AMÉRICA
POÉTICA.

AMÉRICA POÉTICA.

COLECCION ESCOJIDA

DE COMPOSICIONES EN VERSO,

ESCRITAS

POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO.

Parte Lírica.

„ Ningun lazo de union y afecto entre los pueblos será „jamas tan fuerte como el del cultivo de las mismas „artes y del mismo idioma. "

RAFAEL MARIA BARAL.— *Hist de Venez. Paris*, 841.



VALPARAISO.
IMPRENTA DEL MERCURIO,
CALLE DE LA ADUANA, N. 24.

1846.

Los Editores.

«No hemos sido nosotros los primeros en advertir la necesidad y la importancia de reunir en un cuerpo las obras escojidas de aquellos americanos que como poetas se han distinguido en los tiempos mas recientes. Los ilustrados redactores del *Repertorio Americano*, en mas de uno de sus artículos, y el compilador de la *Lira Arjentina*, han dicho que un trabajo de esta naturaleza, contribuiria eficazmente a difundir en nuestras repúblicas el gusto por la amena literatura, y a «la conservacion de los recuerdos que pueden alimentar el espíritu público.»

» Nos guia en la publicacion que anunciamos una intencion mui séria. La tenemos por acto de patriotismo, mirando en ella uno de los testimonios que aun faltan para convencer de que en el pensamiento americano hai elevacion, nobleza y unidad.

» Al ver cómo en pueblos tan apartados luce la llama de una misma inspiracion; el mismo amor por la patria, las mismas esperanzas de mejora y de engrandecimiento; igual entusiasmo por las instituciones nacidas de la emancipacion; igual encanto ante la naturaleza vírjen, lozana y maravillosa del Nuevo Mundo, creemos que no se podrá negar, que a mas de aquella harmonía que proviene de la comunidad de relijion y de idioma, existe otra entre las Repúblicas Americanas,—la harmonía del pensamiento.

» Seria mui fácil decir por qué razon hemos llegado a punto en que tratamos de darnos cuenta de aquellos hechos en mérito de los cuales hemos nacido a la existencia política, formando Estados independientes: por qué advertimos ya que tenemos a la espalda un tiempo que pasó; por qué, en fin, nos lleva un impulso escondido a las investigaciones de nuestra historia. Pero dejando esta esplicacion para lugar mas oportuno y para intelijencias mas claras que la nuestra, nos tomarémos la libertad de

advertir que nos falta una copia de datos suficientemente metodizados para dar con la verdad andando el camino a que nos conducen aquellos impulsos que acabamos de señalar.

» Contrayéndonos a nuestro propósito, observamos que, si mucho se ha hablado en América de su literatura poética, si se la ha juzgado, ya en bien, ya en mal, y a veces con injenio y orijinalidad, ha sido, sin embargo, sin poseer el caudal bastante de noticias y antecedentes necesario para conseguir el acierto en materia tan delicada de crítica. Bajo este otro aspecto consideramos tambien útil la publicacion de nuestra *América Poética.*

» Para la eleccion de las piezas que la componen nos hemos cerrado a toda parcialidad, y tomado como a guias que no pueden estraviar, el amor discreto por el nombre americano y los consejos inmutables del buen gusto. Hemos preferido aquellas composiciones que tienen relacion, por el asunto o por el colorido, con el jenio, la índole y la naturaleza de nuestro continente, desechando las inspiraciones de la pasion en las luchas civiles, y ahorrando, en lo posible, las exajeraciones del entusiasmo en los himnos de triunfo nacional. »

. . . .

Así hemos dicho en el *Prospecto* de esta publicacion: séanos permitido añadir algunos renglones mas.

Antes que la civilizacion cristiana penetrase en América con sus conquistadores, era ya mui conocido en ella y mui estimado el talento poético.

Algunos emperadores mejicanos, como los Sacerdotes del Asia antigua, vistieron las máximas de la moral y esplicaron la naturaleza con las formas de la poesía. El nombre de Haravicus, que llevaron los vates mediante el reinado de los Incas peruanos, significaba, en lengua de los mismos, *inventor*, probando en esto que exijian de sus cantores el ejercicio de la mas alta facultad del espíritu humano. La voz de los haravicus, segun el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio; y sus poesías, servian, como la historia, para perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.

Mas no por eso estaba esclusivamente encerrada la poesía de América en el ámbito de aquellos emporios de civilizacion antigua. Las tribus indómitas que inspiraron a Ercilla octavas inmortales, tenian sus Jempin, nombre espresivo que significa « dueños del decir », y que conviene perfectamente a los poetas del Arauco, estando a la opinion del mas afamado de sus cronistas [1]. Los que adoraban al astro del dia como a la primera de sus divi-

---

1 Molina, T. I, páj. 103.

nidades, debieron esperimentar el entusiasmo que distingue al poeta, ayudándose para espresarlo de las imájenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Asi es que, segun los viajeros en América y sus muchos historiadores, casi no hai una tribu, ya more en las llanuras o en las montañas, que no tenga sus varones inspirados, y su poesía mas o ménos rústica.

Cuando la lengua de Castilla se arraigó en la parte meridional de nuestro continente, sus hijos enriquecieron a la madre patria «no ménos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica» [1]. — Ellos cantaron en el habla de Mena y de Leon:

No con ruda zampoña
Sino con lira grave; [2]

y muchas y mui lozanas hojas del Laurel de Apolo, dejó caer el monstruo de los injenios españoles sobre sienes americanas.

Otras glorias y otros nombres llegaron tras los famosos de D. Juan de Alarcon, por ejemplo, y de la Vírjen mejicana que ha tenido, entre otros muchos, por heraldos de sus talentos, a Feijoo el erudito, y al grave e inspirado cantor de la defensa de Buenos-Aires en 1807, y del Dos de Mayo en Madríd.—Olavide, tan sabio como infortunado, buscó solaz de cristiano para encontrar gloria, en la version castellana de los Salmos. Navarrete rivalizó con el autor de *La noche serena*, en elevacion y candor: Gorostiza consiguió ponerse al lado de Moratin el hijo, entre Martinez de la Rosa y el fecundo Breton de los Herreros.

Mas hasta aquí, el sonido de las liras de América, se perdia entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella, en el mar a cuyo alimento contribuía. La revolucion política que convirtió los vireinatos en repúblicas, encordó con bronce la lira de que hablamos.—Fué única ocupacion de los brazos, la guerra; y la victoria la única inspiratriz del injenio. El carácter de la poesía, mediante la lucha de emancipacion, fué puramente guerrero.

Entónces canta Fernandez Madrid al *Padre de Colombia* y a los *Libertadores de Venezuela*. Lopez entona su himno imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de Junin a par del suyo; y otros muchos entusiastas y nobles, siguen al carro de la Victoria hasta el término de su carrera.

---

1 D. E. de Ochoa— Noticia de Don Manuel E. de Gorostiza. T. V. del Tesoro del Teatro Esp.—1838.

2 Lope de Vega—*Laurel de Apolo*, publicado por primera vez en 1630—hablando de Pedro de Oña, poeta épico: nacido en Chile, en los *Infantes de Engol*,* segun la *Biblioteca Americana* de M. Ternaux Compans.

* Tal vez, Angol, ciudad llamada de los Confines, por su fundador Valdivia en 1553. (Véase a Mol. T. II. pág. 137).

Mui grande debe ser nuestro agradecimiento ácia los hombres ilustres que han escrito aquel período de nuestra historia en el idioma de las musas. La Epopeya de la lucha de la independencia existe burilada; falta únicamente que se reunan en un cuerpo los himnos en el triunfo y las elejías en los desastres, que se han escrito desde el Anahuac hasta la tierra Arjentina.

De entónces hasta los dias actuales, toma la poesía otra direccion en América:

Los poetas pudieron pensar ya en sí mismos e interesar con sus dolores o con sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradicion histórica, los recuerdos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquellos mismos que ántes cantaron a los héroes, cantan a las *Rosas*, o vierten a la lengua materna las descripciones de Delille o los pensamientos de Pope. Pesado traduce a David, y se inspira en los sagrados libros. Varela (infatigable atlecta poético) traduce a Horacio y muere con la Eneida en la mano esforzándose por continuar la version de este poema.

El libro que publicamos, va a jeneralizar las composiciones y los nombres de muchos otros poetas, casi todos vivos, o mui recientemente muertos, cargados de promesas, en la flor de la juventud.

No nos ha sido necesario usar de severidad para juzgarlos por la intencion moral de sus composiciones. Todos han practicado aquel escelente ejemplo del antiguo, recordado no há mucho a la juventud estudiosa por un americano distinguido: «*Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes y puras.*» La trivialidad no existe en la lira americana, así como no hai objeto apocado entre los de su naturaleza física. El cinismo y las provocaciones a la risa, propias de las literaturas achacosas y artificiales, se buscaria en vano entre los buenos versos firmados por nuestros poetas.

Y no podia ser de otro modo atendiendo a sus antecedentes personales. Los mas de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las Asambleas Lejislativas, representaron a sus gobiernos en paises estranjeros, los presidieron a veces, y siempre pertenecieron al movimiento político o a la administracion de sus respectivas repúblicas.

Tanto injenio y tanto carácter noble, mereceria, por cierto, una mano mas digna que la nuestra para presentarlos reunidos ánte el público; sobre todo, una suficiencia mayor que supiese poner de bulto a la luz de una crítica sana todos sus méritos y todas sus bellezas. Pero es destino de las cosas humanas que hayan de llegar a ser perfectas partiendo de un principio incompleto o de una idea en embrion.

Mui flaco es sin duda nuestro talento; pero mui rectas nuestras intenciones. Al ofrecer al público esta coleccion, hallamos paz en la conciencia cuando consultándola, nos dirijimos las preguntas siguientes:

¿No será una ocupacion mui dulce para las almas entusiastas el pasear la atencion por estas pájinas escritas bajo la influencia de ese sol que por un estravío verdaderamente poético tenia altares en América, ántes de la conquista? ¿El amoroso sentimiento de la fraternidad no habrá de arder a la contemplacion de esa familia escojida de pensadores y de ciudadanos intachables, que descansan de sus tareas en el comercio acrisolador de las musas? ¿No se educará en buenas lecciones, el jóven que halla en estos versos los hechos ilustres de sus padres, los nombres y la pintura de los lugares embellecidos por la naturaleza o por la victoria?....

Si los Editores de estas pájinas tuviesen un nombre conocido, de esos que honran a cuanto se les asocia; si no estuviesen convencidos de que cuanto hacen no puede levantarse ni una línea del polvo, — se habrian atrevido a subscribir estas palabras:

A LOS POETAS AMERICANOS,

SUS ARDIENTES ADMIRADORES.

ALOCUCION A LA POESIA.*

Divina Poesia,
Tú de la soledad habitadora,
A consultar tus cantos enseñada
Con el silencio de la selva umbría,
Tú a quien la verde gruta fué morada,
Y el eco de los montes compañía:
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
Que tu nativa rustiquez desama,
Y dirijas el vuelo a donde te abre
El mundo de Colon su grande escena.
Tambien propicio allí respeta el cielo
La siempre verde rama
Con que al valor coronas:
Tambien allí la florecida vega,
El bosque enmarañado, el sesgo rio,
Colores mil a tus pinceles brindan;
Y céfiro revuela entre las rosas;
Y fúljidas estrellas
Tachonan la carroza de la noche;
Y el Rei del cielo entre cortinas bellas
De nacaradas nubes se levanta;
Y la avecilla en no aprendidos tonos
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti silvestre ninfa, con las pompas
De dorados alcázares reales?
¿A tributar tambien iras en ellos
En medio de la turba cortesana
El torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus mas bellos dias
Cuando en la infancia de la jente humana,
Maestra de los pueblos y los reyes
Cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, oh Diosa,
Esta rejion de luz y de miseria,
En donde tu ambiciosa,
Rival Filosofía,
Que la virtud a cálculo somete,
De los mortales te ha usurpado el culto;
Donde la coronada hidra amenaza
Traer de nuevo al pensamiento esclavo
La antigua noche de barbarie y crimen:
Donde la libertad vano delirio,
Fe la servilidad, grandeza el fasto,
La corrupcion cultura se apellida:
Descuelga de la encina carcomida
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo
Los prados y las flores, el susurro
De la floresta opaca, el apacible
Murmurar del arroyo trasparente,
Las gracias atractivas
De natura inocente
A los hombres cantaste embelesados;
Y sobre el vasto atlántico tendiendo
Las vagorosas alas, a otro cielo,
A otro mundo, a otras jentes te encamina,
Do viste aun su primitivo traje
La tierra, al hombre sometida apenas;
Y las riquezas de los climas todos
América, del sol jóven esposa,
Del antiguo oceano hija postrera,
En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre,
Qué prado ameno, qué repuesto bosque
Harás tu domicilio? ¿en qué felice
Playa estampada tu sandalia de oro
Será primero? ¿dónde el claro rio
Que de Albion los héroes vió humillados,
Los azules pendones reverbera,

---

* Publicada por primera vez en Lóndres. — Abril de 1823.

De Buenos Aires, y orgulloso arrastra
De cien potentes aguas los tributos
Al antónito mar? ¿o donde emboza
Su doble cima el Avila entre nubes,
Y la ciudad renace de Losada? [1]
¿O mas te sonreirán, Musa, los valles
De Chile afortunado, que enriquecen
Rubias cosechas, y suaves frutos;
Do la inocencia i el candor injénuo
Y la hospitalidad del mundo antiguo
Con el valor y el patriotismo habitan?
¿O la ciudad [2] que el águila posada
Sobre el nopal mostró al azteca errante,
Y el suelo de inexhaustas venas rico,
Que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
A cuyas hijas dió la gracia en dote
Naturaleza, habitacion te brinda
Bajo su blando cielo, que no turban
Lluvias jamas ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
Harás tu albergue, que entre canas cumbres
Sentada, oye bramar las tempestades
Bajo sus pies, y etéreas auras bebe
A tu celeste inspiracion propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
Entre murallas de peinada roca,
Y envuelto en blanca nube de vapores,
De vacilantes íris matizada,
Los valles va a buscar del Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos dias
Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
Y nativa inocencia venturosos,
Sustento fácil dió a sus moradores,
Primera prole de su fértil seno
Cundinamarca; ántes que el corvo arado
Violase el suelo, ni estranjera nave
Las apartadas costas visitara.
Aun no aguzado la ambicion habia
El hierro atroz; aun no dejenerado
Buscaba el hombre bajo oscuros techos
El albergue, que grutas y florestas
Saludable le daban y seguro,
Sin que señor la tierra conociese,
Los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecia,
Todo era paz, contento y alegría;
Cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca bella [3], de las aguas diosa,
Hinchando el Bogotá, sumerje el valle.
De la jente infeliz parte pequeña
Asilo halló en los montes:
El abismo voraz sepulta el resto.
Tu cantarás cómo indignó el funesto
Estrago de su casi extinta raza
A Nenqueteba, hijo del Sol; que rompe
Con su cetro divino la enriscada
Montaña, y a las ondas abre calle.
El Bogotá, que inmenso lago un dia
De cumbre a cumbre dilató su imperio,
De las ya estrechas márjenes, que asalta
Con vana furia, la prision desdeña,
Y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás como a las nuevas jentes
Nenqueteba piadoso leyes y artes
Y culto dió; despues que a la maligna
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,
Y de la luna por la vez primera
Surcó el Olimpo el arjentado coche.

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
Del ecuador: canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragon del norte su dorada espira
Desvuelve entorno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los mas ricos mueles
Y tomas el mejor de tus pinceles,
Podrás los climas retratar, que entero
El vigor guardan jenital primero
Con que la voz omnipotente, oida
Del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
Sobre su informe faz aparecida,
Y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso

1 Fundador de Caracas. (El A.)
2 Méjico. (El A.)

3 Huitaca, mujer de Nenqueteba o Bochica, lejislador de los Muiscas.—V. Humboldt; *Vues des Cordillières*. T. I. (El A.)

Que vuestros verdes laberintos puebla,
Y en varias formas y estatura y galas
Hacer parece alarde de sí mismo,
Poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
Vejucos, vides, gramas:
Las ramas a las ramas,
Pugnando por gozar de las felices
Auras y de la luz, perpetua guerra
Hacen, y a las raices
Angosto viene el seno de la tierra.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
Del Cáuca a las orillas me llevara,
Y el blando aliento respirar me diera
De la siempre lozana primavera
Que allí su reino estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
Exento, por las márjenes amenas
Del Aragua moviese
El tardo incierto paso,
O reclinado acaso
Bajo una fresca palma en la llanura,
Viese arder en la bóveda azulada
Tus cuatro lumbres bellas,
Oh Cruz del sur, que las nocturnas horas
Mides al caminante
Por la espaciosa soledad errante;
O del cucui las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso,
Y del lejano tambo a mis oidos
Viniera el son del yaraví amoroso!

Tiempo vendrá cuando de tí inspirado
Algun Maron americano, oh diosa!
Tambien las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la zona
De Febo amada al labrador corona:
Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmin la tuna cria,
Donde tremola el algodon su nieve,
Y el ananas sazona su ambrosía:
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, da azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

. . . .

¡Mas ah! ¿prefieres de la guerra impía
Los horrores decir, y al son del parche
Que los maternos pechos estremece,
Pintar las huestes que furiosas corren
A destruccion y el suelo hinchen de luto?
¡Oh si ofrecieses ménos fértil tema
A bélicos cantares, patria mia!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
La sangre de tus hijos y la ibera?
¿Qué páramo no dió en humanos miembros
Pasto al condor? ¿qué rústicos hogares
Salvar su oscuridad pudo a las furias
De la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodijio tanto
El amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia jenerosa;
Ni de la historia da pájina alguna,
Musa, mas altos hechos a tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza,
O a qué varon tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero
Que, vencedor de cien sangrientas lides,
Muriendo el suelo consagró de Talca;
Y la memoria eternizar desea
De aquellos granaderos de a caballo
Que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campiña sola
Cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
Para que en tus cantares se repita,
De campeones cuya frente adorna
El verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
Que con sus caballeros denodados
Rompió del enemigo las hileras;
Y donde el rejimiento de Coquimbo
Tantos héroes contó como soldados.

. . . .

¿De Buenos-Aíres la gallarda jente

No ves, que el premio del valor te pide?
Casteli osado, que las fuerzas mide
Con aquel monstruo que la cara esconde
Sobre las nubes y a los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
De los opresos pueblos la querella;
Y tú que de Suipacha en las llanuras
Diste a tu causa agüero de venturas,
Balcarce; y tú Belgrano, y otros ciento
Que la tierra natal de glorias rica
Hicisteis con la espada o con la pluma,
Si el justo galardon se os adjudica,
No temereis que el tiempo le consuma.

. . . .

Ni sepultada quedará en olvido
La Paz que tantos claros hijos llora,
Ni Santacruz, ni ménos Chuquisaca,
Ni Cochabamba, que de patrio celo
Ejemplos memorables atesora,
Ni Potosí de minas no tan rico
Como de nobles pechos, ni Arequipa
Que de Vizcardo con razon se alaba,
Ni a la que el Rimac las murallas lava,
Que *de los Reyes* fué, ya de sí propia,
Ni la ciudad que dió a los Incas cuna,
Leyes al sur, y que si aun jime esclava,
Virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
Que la ensangrientan cada vez mas brava,
Mas indomable, nuevos cuellos hiergue,
Que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
Del Sol la hispana jente advenediza,
Ni al ver su trono en tanto vituperio
De Manco Cápac jemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
Nuevos y mas felices capitanes
Vengarán, y a los hados de su pueblo
Abrirán vencedores el camino,
Huid, dias de afan, dias de luto,
Y acelerad los tiempos que adivino.

. . . .

Diosa de la memoria, himnos te pide
El imperio tambien de Motezuma,
Que, rota la coyunda de Iturbide,
Entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nacion bizarra mejicana
De tu poder y de tu ejemplo espera
La libertad; ni su esperanza es vana,
Si ajeno riesgo escarmentarte sabe.
Y no en un mar te engolfas que sembrado
De los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un dia
Los héroes contarás a que se debe
Del arresto primero la osadía;
Que a veteranas filas rostro hicieron
Con pobre, inculta, desarmada plebe,
Escepto de valor, de todo escasa;
Y el coloso de bronce sacudieron,
A que tres siglos daban firme basa.
Si a brazo mas feliz, no mas robusto,
Poderlo derrocar dieron los cielos,
De Hidalgo no por eso y de Morelos
Eclipsará la gloria olvido ingrato,
Ni el nombre callarán de Guanajuato
Los claros fastos de tu heróica lucha,
Ni de tanta ciudad, que reducida
A triste yermo, a un enemigo infama
Que, vencedor, sus pactos solo olvida;
Que hace exterminio, y sumision lo llama.

. . . .

Despierte (oh musa, tiempo es ya) despierte
Algun sublime injenio, que levante
El vuelo a tan espléndido sujeto,
Y que de Popayan los hechos cante
Y de la no inferior Barquisimeto,
Y del pueblo [1] tambien, cuyos hogares
A sus orillas mira el Manzanares;
No el de ondas pobre y de verdura exhausto,
Que de la rejia corte sufre el fausto,
Y de su servidumbre está orgulloso,
Mas el que de aguas bellas abundoso,
Como su jente lo es de bellas almas,
Del cielo, en su cristal sereno, pinta
El puro azul, corriendo entre las palmas
De esta y aquella deliciosa quinta:
Que de Angostura las proezas cante,
De libertad inexpugnable asilo,
Donde la tempestad desoladora
Vino a estrellarse; y con suave estilo
De Bogotá los timbres diga al mundo,

1 Camaná. (El A.)

De Guayaquil, de Maracaibo (ahora
Agoviada de bárbara cadena)
Y de cuantas provincias Cáuca baña,
Orinoco, Esmeralda, Magdelena,
Y cuantas bajo el nombre Colombiano
Con fraternal union se dan la mano.

. . . .

Mira donde contrasta sin murallas
Mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refujio
De la arrestada, aunque pequeña, tropa
Que la defiende: en torno el enemigo,
Cuantos conoce el fiero Marte, acopia
Medios de destruccion; ya por cien partes
Cede al batir de las tonantes bocas
El débil muro, y superior en armas
A cada brecha una lejion se agolpa.
Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
El patriotismo y el valor agotan;
Mas ¡ai! sin fruto. Tú de aquella escena
Pintarás el horror, tú que a las sombras
Belleza das, y al cuadro de la muerte
Sabes encadenar la mente absorta.
Tú pintarás al vencedor furioso
Que ni al anciano trémulo perdona,
Ni a la inocente edad, y en el regazo
De la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva a vil suplicio el hierro:
Su rabia insana en los demas desfoga
Un enemigo que hacer siempre supo,
Mas que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlen el triste
Pero glorioso fin. La tierna esposa
Herido va a buscar; el débil cuerpo
Sobre el acero ensangrentado apoya:
Estréchala a su seno. «Libertarme
De un cadalso afrentoso puede sola
La muerte» (dice): este postrero abrazo
Me la hará dulce: adios!» Cuando con pronta
Herida va a matarse, ella atajando
El brazo, alzado ya, «¿tú a la deshonra,
Tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
Mas que la muerte horribles me abandonas?
Para sufrir la afrenta falta (dice)
Valor en mí: para imitarte, sobra.
Muramos ámbos.» Hieren
A un tiempo dos aceros
Entrambos pechos, abrazados mueren.

. . . .

¿Pero al de Margarita qué otro nombre
Deslucirá? donde hasta el sexo blando
Con los varones las fatigas duras
Y los peligros de la guerra parte:
Donde a los defensores de la patria
Forzoso fué, para lidiar, las armas
Al enemigo arrebatar lidiando:
Donde el caudillo, a quien armó Fernando
De su poder y de sus fuerzas todas
Para que de venganzas le saciara,
Al inexperto compesino vulgo
Que sus falanjes denodado acosa,
El campo deja en fuga ignominiosa?

. . . .

Ni menor prez los tiempos venideros
A la virtud darán de Cartajena.
No la domó el valor: no al hambre cede
Que sus guerreros ciento a ciento siega.
Nadie a partidos viles presta oidos:
Cuantos un resto de vigor conservan,
Lánzanse al mar, y la enemiga flota
En mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
Ni a la desgracia la cerviz doblegan;
Y si una orilla dejan, que profana
La usurpacion, y las venganzas yerman,
Ya a verla volverán bajo estandartes
Que a coronar el patriotismo fuerzan
A la fortuna, y les darán los cielos
A indignas manos arrancar la presa.
Entanto por las calles silenciosas
Acaudillando armada soldadesca,
Entre infectos cadáveres, y vivos
En que la estampa de la parca impresa
Se mira ya, su abominable triunfo
La restaurada inquisicion pasea:
Con sacrílegos himnos los altares
Haciendo resonar, a su honda cueva
Desciende emhambrecida, y en las ansias
De atormentados mártires se ceba.

. . . .

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
A la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah que entre escombros olvidar pareces,
Turbio Catuche, tu camino usado!

¿Por qué en tu márjen el rumor festivo
Calló? ¿do esta la torre bulliciosa
Que pregonar solia,
De antorchas coronada,
La pompa augusta del solemne dia?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
Sacros ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosos
Banquetes vió y amores, hoi sacude
La grama del herial su infausta espiga.
Pero mas bella y grande resplandeces
En tu desolacion, ¡oh patria de héroes!
Tú que lidiando altiva en la vanguardia
De la familia de Colon, la diste
De fé constante no escedido ejemplo;
Y si en tu suelo desgarrado al choque
De destructivos terremotos, pudo
Tremolarse algun tiempo la bandera
De los tiranos, en tus nobles hijos
Viviste inexpugnable, de los hombres
Y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora:
Florecerán la paz y la abundancia
En tus talados campos: las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
Y cubrirán de rosas tus ruinas.

. . . .

Andres Bello.

AMÉRICA POÉTICA.



ALEJANDRO ARANGO.

La composicion siguiente está tomada de la pájina 100 del «Apuntador", periódico literario, publicado en Méjico, durante el año de 1841. Solo sabemos de su autor, que es mui jóven y nacido en la República Mejicana.

¡UNA ILUSION!

¡Cielos! ¿do estoi?... do mi ajitada mente
En alas de mi loca fantasía
Me arrebata?... ¿Los cánticos sublimes,
Que en humo envueltos y en incienso suben
Hasta el trono de Dios, el dulce coro
De las modestas vírjenes mas puras
Que el aura matinal, romper no pueden
Mi ferviente ilusion, mi desvarío?
¿Qué ví, ciego mortal, que en el santuario
Del mismo Dios, su majestad augusta,
Presa de las mundanas ilusiones,
Vine a insultar?... ¡ah! ¿No la visteis bella
Mas que los serafines que le adoran,
Del santuario las bóvedas sombrías
Veloz atravesar?... Qué! no la visteis
Bajo el velo de luto que la cubre,
Alzar los negros párpados, y al cielo
Tierna elevar los ojos lagrimosos?
Lloras, lloras... Por qué? por qué marchita
Se ve tu faz que un tiempo sonreia
De dulce amor al divinal impulso?...
Tambien ¡ai me! llorabas en un tiempo,
Un tiempo que pasó cual humo leve
Para no volver mas... pero era llanto
De un ternísimo amor correspondido:
Él bañaba mi seno, como baña
El blanco lirio plácido el rocío:
Yo besaba tu frente nacarada,
Tú el hermoso cabello descojias
Que en negros rizos por la blanca espalda
Aromas esparciendo descendia.

. . . .

Creime mas feliz que cuantos séres
Pueblan la tierra y la mansion celeste.
Ah! ¿por qué entonces la sañuda parca
Mi vida no segó, cuando la copa
Del mas puro placer bebí en tus brazos,
Sin sospechar que con su clara linfa
La mas amarga hiel iba mezclada?—
Tronó la tempestad tras la risueña
Aurora de mi amor: ardiente rayo
Hiriónos a los dos; y cuando quise
Contemplarte otra vez, unir mis labios
A tus labios ¡oh Dios! mísero y solo
Atónito me vi. Mil y mil veces
Ingrata te llamé, regué la estancia
Con mis ardientes lágrimas, y el eco

De una campana lúgubre y lejano,
Que de un mortal el fin triste anunciaba,
Respondió a mi clamor. Era tu padre,
Tu padre, en cuyos brazos remecida
Viste la luz primera, cuyas canas
Venerables besaste tantas veces,
Quien nuestro amor bendijo, y cariñoso
Unirnos para siempre prometiera
En lazo conyugal. Llora... sí, llora;
Que yo tambien regué su yerto polvo
Con mis ardientes lágrimas; la tumba
Que para siempre le robó, a la altura
Do moran los espíritus celestes,
La frente orlada de inmortal corona
Le elevó, y desde allí tierno nos mira.
¿Y será eterno el lloro?... ¿Ya en el mundo
No encuentras quien mitigue tu quebranto,
Quien enjugue tus lágrimas, y torne
La dulce calma al angustiado pecho?
No: que si al cielo en sus arcanos plugo
Arrebatarle de la indigna tierra,
En tu horfandad y desgraciada suerte
Un amigo te dió, que tus pesares
Sintiera al par de tí, que tu inocencia
Mísera y desvalida protejiera,
Y que su propia vida diera ufano
Por calmar tu dolor; mas ¿dó me arrastra
Mi ferviente pasion? Cuando al Eterno
Resuelta estas a consagrar tus dias,
Y tu hermosura a hundir en triste claustro,
¿Todavía insensato, alucinado
Alimento falaces esperanzas?
Falaces! no: nací para tí sola:
Tú para mí tambien; el mismo cielo
Para amar nos formó, y en vano, en vano
Romper quisieras del amor los lazos.
Mas pasas ¡ai! y ni la vista vuelves
Acia mí; ingrata, el duro sacrificio
A consumar vas ya? Tente... Qué dices?...
Vírjen mas pura que el azul del cielo,
Qué crímen espiarás en ese claustro?...
Si es crimen el amar, mas que ninguno
Yo criminal seré... Pero me engaño:
Sí: que es santo el amor, es grato, es puro
Cual la oracion en boca del infante
Al despertar risueño con la aurora.
Fué paterno mandato?... ¿Tal haria
Cuando él mismo atizó la ardiente hoguera
Que mi ajitado pecho consumia?
No: mas si esquivas mi pasion, ingrata,
Si el consuelo me niegas que hora imploro,
Si nos separan invencibles muros,
Moriré... moriré, y acaso [illegible] un dia
Mi amor al recordar, y mis pesares,
De mi sepulcro solitario y yerto
Con tierno llanto regarás la losa.

AVELLANEDA

(JERTRUDIS GOMEZ DE)

A pesar de las trabas que impone el réjimen colonial al vuelo de las intelijencias cubanas, aparecen algunas de cuando en cuando para admirar con sus producciones. En el lugar respectivo de esta coleccion, insertaremos las sublimes poesías de D. José María Heredia, que vivió y murió apartado de la Patria, pero siempre pensando en el sol y en los palmeros de su idolatrada Cuba.

El libro que ha publicado en 1840 D. Jacinto de Salas y Quiroga, con el título «Viajes», [1] al mismo tiempo que denuncia la tiranía que avasalla a los talentos, en aquel último abrigo de la dominacion española en América, nos da a conocer el nombre de algunos escritores contemporáneos, mui distinguidos a juicio suyo. Menciona entre los prosadores a D. José de la Luz Caballero y a D. José Antonio Echeverria, y entre los poetas al Sr. Milanes, autor del drama «El Conde Alarcos», a D. Ramon Velez, cuyos cantos se señalan por dulces y suaves; y sobre todos, al rival de Heredia, al sublime mulato «Plácido» hombre en quien todo es notable,—orijen, escritos y desgracias.

Tambien es hija de Cuba la autora de las poesías que publicamos a continuacion. Solo tenemos de ella las noticias que siguen: [2]

La señorita Avellaneda nació en la ciudad de Puerto Príncipe el dia 23 de Marzo de 1816. Dicen que su talento fué mui precoz y que a la edad de ocho años, escribió un cuento con el título «El jigante de cien cabezas». En 1836, al partir de su patria para Francia en compañía de su familia, dió muestras mui claras de sus progresos; pues escribió entonces el soneto que colocamos al frente de sus otras producciones líricas. Dos años despues empezó a escribir en Lisboa, la novela orijinal, «Sab» que concluyó en Sevilla poco despues. En esta ciudad, como en Cádiz, Málaga y Granada, fué mui aplaudida la primera produccion dramática de la señorita Avellaneda, drama en prosa, titulado «Leoncia», que nunca quiso imprimir, pero que sin embargo dió fama a su autora abriéndole las pájinas de muchos escritos literarios, de la Península. Conocida ya con el nombre de la «Peregrina», con que ella firmaba sus escritos, llegó a Madrid en 1840, en donde empezó desde luego a gozar de mui intelijentes y merecidos aplausos en los salones del Liceo.

Desde 1841 ha publicado o escrito esta señorita las obras cuya lista damos a continuacion: «Dos Mujeres», novela, cuyo segundo tomo, segun el parecer del articulista que seguimos en estos apuntes, «es de lo mejor que en este jénero se ha escrito en España.» «Espatolino» «Guatimozin, último Emperador de Méjico» [3] y la «Baronesa de Joux», tambien novela: «La Biografía de Mme. Merlin» al frente de las obras de esta escritora que suponemos habanera. «La dama de Gran Tono» y muchas poesías, a mas de las que componen la coleccion lírica, publicada en Madrid en 1841.

---

1 El Sr. D. Juan García del Rio, ha popularizado el título de esta obra, entresacando de ella los materiales de un artículo que publicó sobre Cuba en el número 25 del "Museo de Ambas Américas".—Valp. Imp. del Mercurio, 1842.

2 Tomados de un artículo del *Album*, periódico de literatura y artes publicado en Caracas. Tomo I.° 5.ª entrega, 1844

3 Otro escritor americano, el Sr. D. José Fernandez Madrid, ha escrito una trajedia sobre este mismo asunto. Se publicó en Paris en 1827.

A la aparicion de este volúmen y de la novela «Dos Mujeres», tanto los periódicos de la capital de España como los de las provincas, se ocuparon de su exámen, y los distinguidos literatos D. Nicomedes Pastor Di sus alabanzas. do por el prólogo de las obras de Zorrilla, y D. Juan Nicasio Gallego, favorecieron ; podrá juzgar todo lo que dice a El que conozca las escuelas en que se divide el gusto literario, de a un mismo tiempo por escelentes sus produccio- favor del mérito de la escritora, el que aquellos! Pastor Diaz, publicados en el «Conservador", pero copiamos a nes.—No nos son conocidos escrito por el Sr. Gallego.—Dice así: continuacion . . . . . . «Las calidades que mas caracterizan sus composiciones son la gravedad y elevacion de »los pensamientos, la abundancia y propiedad de las imájenes, y una versificacion siempre igual, armoniosa y »robusta. Todo en sus cantos es nervioso y varonil: asi cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escritor »del otro sexo. No brillan tanto en ellos los movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias »de un pecho femenil y de la dulce languidez que infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos, que alum- »bró su cuna. Sin embargo, sabe ser afectuosa cuando quiere, como en el soneto 'A Cuba', que puede competir »con los mejores de nuestro Parnaso, en las composiciones 'A su madre' y 'A un niño dormido' y en la 'Ple- »garia a la Vírjen'. Quien despues de haber leido las estrofas 'A la Poesía' 'A la Juventud' A la Esperanza' y »las bellísimas octavas 'Al Jenio', recorra los graciosos juguetes de 'La Mariposa' y 'Del Jilguero'; el que admi- »rado del profundo y filosófico pensamiento que domina en la composicion 'A Francia', contemple la dulce y poética »entonacion de las quintillas 'A Él', o bien el donaire y soltura inimitable de 'El paseo por el Bétis', no podrá »dejar de sorprenderse de la flexibilidad de su talento. No causa menos asombro la maestria con que ha sabido »interpretar en verso castellano las inspiraciones de 'Lamartine', y singularmente la que tiene por título 'Napo- »leon'. Pruebe por gusto a traducirla el poeta mas ejercitado en tan difícil tarea, y verá si sale de la empresa »tan airoso como la poetisa cubana. . . . .

. . . .

«Dando ya fin a este lijero repaso, quizá demasiado largo para un prólogo, mencionarémos la composicion 'A la »Muerte de Heredia', una de las mas perfectas del cuaderno, y en la cual resplandecen rasgos sublimes de sen- »timiento, de conformidad filosófica y de amor a la poesía, espresadas en hermosísimos versos, desnudos de bam- »bolla y afectadas exajeraciones. Sin duda los cantos del 'Cisne del Niágara' avivaron en su alma juvenil la chispa »eléctrica de un talento que puede consolar a Cuba de la pérdida de su vate malogrado, pues no redunda escasa glo- »ria a 'La Perla de las Antillas' de contar entre sus hijos a la Señorita de Avellaneda, a quien nadie, sin ha- »cerle agravio, puede negar la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana así en este »comó en los pasados siglos."

Despues de estos elojios firmados por un hombre tan notable en las letras españolas, no nos resta a nosotros sino manifestar el placer que sentimos al colocar esta sublime mujer entre los Poetas Americanos.

AL PARTIR.

SONETO.

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo,
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voi a partir!... La chusma dilijente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta a su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.

A Dios, patria feliz! Edén querido!
Do quier que el hado en su furor me impela
Tu dulce nombre halagará mi oido.

Ai! que ya cruje la turjente vela,
El ancla se alza, el buque estremecido
Las olas corta y silencioso vuela!

—1836.—

A LA POESIA.

¡Oh tú, del alto cielo
Precioso don al hombre concedido,
Tú de mis penas divinal consuelo,
De mis placeres manantial querido;
Deja que pueda mi dorada lira
Cantar la gloria que tu fuego inspira.

¡Ardiente Poesía!
¡Alma del Universo! De tu llama
Al incendio feliz, el alma mia
En entusiasmo férvido se inflama,
Rasga la mente su tiniebla oscura
Y el rayo brota de tu esencia pura.

¿Qué canto desusado
Exhalan, lira, tus templadas cuerdas
Que al pecho palpitante y abrasado
Pasadas dichas y placer recuerdas,
Volviéndole ¡ai! las emociones gratas
Con que los dias de su abril retratas...?

¡Salve, salve mil veces,
Musa de la ilusion, que adormecida
Estabas en mi mente! Resplandeces
Astro de paz en mi ajitada vida,
Y al noble fuego de tu amor fecundo
Llenaré de tu gloria el ancho mundo.

Mas no: tú misma vuela
Y al Orbe tus misterios celestiales
Con abrasada inspiracion revela,
Comunica tu fuego a los mortales
Y haz circular tu soplo blandamente
De rejion en rejion, de jente en jente.

Asáz el monstruo impío
Que en sangre hirviente sus laureles baña,
Al viento dió su pabellon sombrío,
Asáz ardiendo en inclemente saña
El númen ¡ai! de la nefanda guerra
Con su cetro feral rijió la tierra.

De la ambicion insana,
Del ódio, y la venganza acompañado,
Al Orco torne, en impotencia vana,
Quede su solio impuro derrocado,
Y el funesto laurel que altivo ostenta
Marchito caiga de su sien sangrienta.

¡Jenio de la armonía!
No a la posteridad des la memoria
De esos hombres de sangre, ni a su impia
Fama, le prestes tu fuljente gloria:
Tu carro triunfador no cuesta llanto
Ni el laurel que conquistas con el canto.

No envidies sus blasones
Ni del poder la efímera grandeza
Que hinchada ves de impuras oblaciones:
De tu destino la inmortal belleza,
Tu sublime mision ¡oh Poesía!
Ni acero ha menester ni tiranía.

¡Oh! nunca profanada
La altiva frente ante los tronos bajes,
Ni sea tu voz por la ambicion comprada,
Ni cubras la impiedad con tus celajes:
¡Nunca el magnate o el feroz soldado
A sus piés vean tu laurel hollado!

Tu jenio independiente
Rompa las nieblas del error grosero,
La verdad preconice, y de su frente
Temple con flores el rigor severo,
Dando al mortal en dulces ilusiones
De saber y virtud gratas lecciones.

A tí ofrece natura
Su mas variada pompa y su grandeza,
A tí los cielos brindan su hermosura,
Y el aura de la noche su pureza;
Y el himno entonas que al Eterno sube
En las zafíreas alas del Querube.

Hablas: todo renace.
Tu creadora voz los yermos puebla,
Espacios no hai que tu poder no abrace,
Y rasgando del tiempo la tiniebla,
Luz celestial, descubres e iluminas
Las mutiladas silenciosas ruinas.

Por tu acento apremiados
Preséntanse del fondo del olvido
Ante tu tribunal siglos pasados,
Y el fallo que pronuncias, trasmitido
Por una y otra edad en rasgos de oro
Eterniza su gloria o su desdoro.

Al héroe que se inmola,
Y a quien su patria ingrata desconoce,
Le ciñes tú la espléndida aureola,
Y haces que el sabio la esperanza goce
De que si el ódio empaña su memoria
Tú cantarás al porvenir su gloria.

Mas si entre gayas flores
A la beldad consagras tus acentos,
Haces nacer los célicos amores,
Haces brotar purísimos contentos,
Que de tu voz la Omnipotencia blanda
Con lei de paz los corazones manda.

Así Petrarca un dia
Sintió de amor las penas, los encantos,
El puro fuego que en su pecho ardia
Admira el mundo en sus divinos cantos,
Y aun en la orilla de Valclusa el aura
Murmura triste el nombre de su Laura.

Y vosotros, de España
Vates ilustres, dulce Garcilaso,
Tierno Melendez... la iracunda saña
De altivos héroes celebrais acaso?...
No, que la gloria en vuestra lira hermosa
Solo enlaza los mirtos con la rosa.

¡Oh! si dado me fuera
Vuestro dulce cantar, vuestra ternura,
O el plectro ardiente del sublime Herrera,
O del culto Riöja la tersura,
Entonces ¡ai! el fuego que me anima
Estendiera mi voz de clima en clima.

Mil veces desgraciado
El que insensible a tu divino acento,
Con alma yerta, y corazon gastado,
No siente hervir el alto pensamiento;
Que es el mundo sin tí templo vacío,
Cielo sin claridad, cadáver frio.

Mas yo do quier te miro:
Si de la noche con el fresco ambiente
De puras flores el aroma aspiro,
Al murmurar de la sonora fuente;
Tú respiras allí, y en leda calma
La dulce inspiracion viertes al alma.

Si con la blanca aurora
Despertando natura, se engalana,
Y de zafir y rosa se colora,
Rica de juventud, de amor ufana,
Tú con su brisa en lánguidos desmayos
Jiras del sol en los primeros rayos.

Si al huracan violento
De la borrasca el manto denegrido
Enluta el éter, y en su firme asiento
El cerro tiembla al hórrido estampido,
Trémula siento palpitar mi seno
Y oigo tu voz al retumbar del trueno.

Tambien, tambien un dia
Del ancho mar en el inmenso llano
Tu faz sublime con placer veia,
Ora silbase el aquilon insano,
Ora jimiese en la estendida lona
La brisa pura de la ardiente zona.

Aun en la tumba helada!...
Aun en la tumba, sí, pálida y bella
Te vi borrar, de adelfas coronada,
De la muerte cruel la triste huella,
Y de tu santa inspiracíon el vuelo,
Llevar el alma del sepulcro al cielo.

De la fortuna ciega
Nunca imploré los miserables dones,
Ni de las dichas que el amor me niega
Me adularán mentidas ilusiones.
Eres tú sola ¡oh Musa! mi tesoro,
Tú la deidad que sin cesar imploro.

Y no ambiciosa aspiro
A conquistar el lauro refuljente
Que humilde acato y jenerosa admiro,
De Homero o Taso en la radiosa frente,
Ni invoco ¡Byron! de tu gloria esclava
El númen de dolor que te ajitaba.

Como rosa temprana
Que troncha el cierzo, o marchitó el estío,
Pasa veloz la juventud lozana,
Y la árida vejez, su aliento frio
Al exhalar, marchita cuanto alcanza,
Gloria, placer, ternura y esperanza.

Dame que pueda entonces,
¡Virjen de paz! Sublime Poesía!
No trasmitir en mármoles y bronces
De un siglo en otro la memoria mia,
Solo arrullar, cantando, mis dolores,
La sien ceñida de modestas flores.

—1840.—

EL CAZADOR.

El sol vierte su lumbre
En nubes de oro y grana,
La tierra se engalana
Vestida de verdor.
Con traje caprichoso,
De su perro seguido,
Sale al campo florido
El bello cazador.

Lleva provisto el cinto
Que ancha hebilla sujeta,
Y al hombro su escopeta
De las aves terror.
Las auras matinales
Ajitan el cabello
Que flota sobre el cuello
Del bello cazador.

Todo es vida en el campo,
Todo placer y amores,
Perfumes dan las flores
Y el céfiro frescor:
Sobre el caliente nido
Cantan himnos las aves,
Mientras con pasos graves
Se acerca el cazador.

Ajenas del peligro
Despliegan ya sus alas,
Que ignoran de las balas
El silbo aterrador:
Y una blanca paloma,
De su belleza ufana,
En torno jira insana
Del bello cazador.

Mil círculos trazando
Cual leve mariposa,
Ya vuela caprichosa,
Ya para sin temor.
De un arbol a otro cruza
Allá en el bosque umbrío,
Mientras la acecha impío
El bello cazador.

Con amoroso arrullo
A su consorte llama,
Columpiada en la rama
De un verde sicomor.
Mas ¡ai! que cuando jime,
Y al dulce amor convida,
Vacila y cae herida
Del bello cazador.

Con su inocente sangre
La verde yerba baña,
Y sin piedad ni saña
La mira el matador:
Que en pos de otra victoria,
Al hombro la escopeta,
Sigue su marcha inquieta
El bello cazador.

En tanto allá aparece
Del bosque en la espesura,
Blanca y triste figura,
Fantasma seductor:
Y es Elmira!... la Elmira
Cual tierna desgraciada,
Amante abandonada
Del bello cazador.

Marchita está la rosa
De su blanca mejilla,
Y en su mirada brilla
La llama del amor:
Con paso vacilante
Llega la triste Elmira
Do la víctima espira
Del bello cazador.

Y estrechando a su pecho,
Al ave moribunda
Con lágrimas la inunda,
Le dice con dolor.
—«Paloma sin ventura,
Igual es nuestra suerte,
Pues causa nuestra muerte
El bello cazador.

De su mano tirana
Recibes honda herida,
Y devoró mi vida
La llama de su amor.
Débiles, confiadas,
Perdiónos la inocencia,
E hiriónos sin clemencia
El bello cazador.

Bajo ese verde aliso,
Cual lo eras tú, dichosa,
En noche silenciosa
Me trajo mi candor:
Y oyeron estos valles,
Y oyeron estos vientos,
Los tiernos juramentos
Del bello cazador.

—¿Ves, Elmira, ese cielo
inmenso? me decia;
Pues es, amada mia,
Mas inmenso mi amor.
No cria abril mas hojas
En bosques ni florestas
Como suspiros cuestas
Al tierno cazador.

Mis astros son tus ojos
Y es tu aliento mi brisa,
Me embriaga tu sonrisa,
Me mata tu rigor.
No deseches, bien mio,
El alma que te entrego,
Escucha, Elmira, el ruego
Del triste cazador.

Como eres hechicera
Sé, Elmira, compasiva,
Si quieres ¡ai! que viva
Concédeme tu amor.—
Asi me hablaba, y luego
Con pérfidos abrazos
Me aprisionó en sus lazos
El bello cazador.

Y soñando venturas
Pasó la noche umbría,
Llevando mi alegría,
Dejándome dolor.
Y pasaron con ella
Los halagos traidores...
¡Pasaron los amores
Del bello cazador!

Que como a tí, paloma,
De crudo golpe herida
Dejóme el homicida
Con bárbaro rigor.
Otros pechos buscando
Donde sembrar la muerte,
Que en esto se divierte
El bello cazador.

Cedamos, pues, cedamos
A un destino cruento,
Que sirva de escarmiento
Y ejemplo aterrador.
Y que aves y pastoras,
Al ver nuestro destino,
Se aparten del camino
Del bello cazador.»—

Dice la hermosa Elmira,
Y el célico semblante
Se cubre en un instante
De lívido color.
La muerte con sus alas
Ya nubla su alba frente,
Y aun nombra dulcemente
Al bello cazador.

En busca de su presa
Ya vuelve el inhumano,
La escopeta en la mano
Cubierto de sudor:
Y bajo el sicomoro
Al ave y a su Elmira
Al mismo tiempo mira
Morir el cazador.

—1839.—

A UNA MARIPOSA.

Fugaz mariposa,
Que de oro y zafir
Las alas ostentas,
Alegre y feliz.

¡Cual siguen mis ojos
Tu vuelo jentil,
Que al soplo despleças
Del aura de abril.

Ya rauda te lanzas
Al bello jardin,
Ya en rápidos jiros
Te acercas a mí.

Del sol a los rayos
Que empieza a lucir,
¡Con cuanta riqueza
Te brinda el pensil!

Sus flores la acacia
Despleça por tí,
Y el clavel fragante
Su ardiente rubí.

Abre la violeta
Su seno turquí,
La anémona luce
Su vario matiz.

Ya libas el lirio,
Ya el fresco alelí,
Ya trémula besas
El blanco jazmin.

Mas ¡ai! cuan en vano
Mil flores y mil,
Por fijar se afanan
Tu vuelo sin fin!...

Ai! que ya te lleva
Tu audaz frenesí
Do ostenta la rosa
Su puro carmin.

Temeraria, tente!
¿Dó vas infeliz?...
No ves las espinas
De punta sutil?

Torna a tu violeta,
Torna a tu alelí,
No quieras, incauta,
Clavada morir.

—1838.—

PASEO POR EL BETIS.

Ya del Bétis
Por la orilla
Mi barquilla
Libre va.
Y las auras
Dulcemente
En mi frente
Soplan ya.

Boga, boga,
Buen remero,
Que el lucero
Va a salir:
Y a Occidente
Ledo sube
En su nube
De zafir.

De la tarde,
Que ya espira,
Se retira
Lento el Sol:
Y a medida
Que se aleja
Huellas deja
De arrebol.

A ocultarse
Va sereno
En el seno
De la mar.
Y del cielo
Cae en tanto
Leve llanto
Sin cesar.

Con su riego
Mil olores
Dan las flores
Del pensil.
Halagadas
por la brisa,
Blanda risa
Del abril.

Busca el nido,
Do se mece
Y adormece
Luego al fin,
En las ramas
Del granado
El pintado
Colorin.

Y allá lejos
De la orilla
Vé a Sevilla
Reposar.
De cien torres
Coronada
Perfumada
De azahar.

Sorprendente
Panorama,
Do derrama
Su fulgor,
De la noche
Mensajero,
El lucero,
Brillador.

Oh! no esperes
A que muera
La postrera
Claridad.
Boga, boga,
Buen remero,
Mas lijero
Por piedad!

— 1839. —

IMITACION DE PETRARCA.

SONETO.

No encuentro paz, ni me conceden guerra,
De fuego devorado tengo frio,
Abrazo al mundo y quédome vacío,
Me lanzo al cielo y préndeme la tierra.

Ni libre soi, ni la prision me encierra,
Veo sin luz, sin voz hablar ansío,
Temo sin esperar, sin placer rio,
Nada me da valor, nada me aterra.

Busco el peligro cuando auxilio imploro,
Al sentirme morir me encuentro fuerte,
Valiente pienso ser y débil lloro.

Juguete soi, con tan estraña suerte,
De una belleza, aquien ardiente adoro,
Que no quiere mi vida ni mi muerte.

— 1840. —

A ÉL.

Era la edad lisonjera
En que es un sueño la vida,
Era la aurora hechicera
De mi juventud florida,
En su sonrisa primera:

Cuando contenta vagaba
Por el campo, silenciosa,
Y en escuchar me gozaba
La tórtola que entonaba
Su querella lastimosa.

Melancólico fulgor
Blanca luna repartia,
Y el aura leve mecia
Con soplo murmurador
La tierna flor que se abria.

¡Y yo gozaba! El rocío,
Nocturno llanto del cielo,
El bosque espeso y umbrío,
La dulce quietud del suelo,
El manso correr del rio,

Y de la luna el albor,
Y el aura que murmuraba
Acariciando a la flor,
Y el pájaro que cantaba...
Todo me hablaba de amor.

Y trémula, palpitante,
En mi delirio estasiada,
Miré una vision brillante,
Como el aire perfumada,
Como las nubes flotante.

Ante mí resplandecia
Como un astro brillador,
Y mi loca fantasía
Al fantasma seductor
Tributaba idolatría.

Escuchar pensé su acento
En el canto de las aves:
Eran las auras su aliento
Cargadas de aromas suaves,
Y su estancia el firmamento.

¿Qué ser divino era aquel?
¿Era un Anjel o era un hombre?
¿Era un Dios o era Luzbel?...
¿Mi vision no tiene nombre?
Ah! nombre tiene... ¡Era *Él!*

El alma guardaba tu imájen divina
Y en ella reinabas ignoto señor,
Que instinto secreto tal vez ilumina
La vida futura que espera el amor.

Al sol que en el cielo de Cuba destella,
Del trópico ardiente brillante fanal,
Tus ojos eclipsan, tu frente descuella
Cual se alza en la selva la palma real.

Del jenio la aureola, radiante, sublime,
Ciñendo contemplo tu pálida sien,
Y al verte, mi pecho palpita, y se oprime,
Dudando si formas mi mal o mi bien.

Que tú eres, no hai duda, mi sueño adorado,
El ser que vagando mi mente buscó,
Mas ¡ai! que mil veces el hombre, arrastrado
Por fuerza enemiga, su mal anheló.

Así ví a la mariposa
Inocente, fascinada,
En torno a la luz amada
Revolotear con placer.

Insensata se aproxima,
Y le acaricia insensata,
Hasta que la luz ingrata
Devora su frajil ser.

Y es fama que allá en los bosques
Que adornan mi patria ardiente,
Nace y crece una serpiente
De prodijioso poder.

Que exhala en torno su aliento
Y la ardilla palpitante,
Fascinada, delirante,
Corre!... y corre a perecer!

¿Hai una mano de bronce,
Fuerza, poder, o destino,
Que nos impele al camino
Que a nuestra tumba trazó?..

¿Dónde van, dónde, esas nubes
Por el viento compelidas?...
¿Dónde esas hojas perdidas
Que del árbol arrancó?...

¡Vuelan, vuelan resignadas,
Y no saben donde van,
Pero siguen el camino
Que les traza el huracan.

Vuelan, vuelan en sus alas
Nubes y hojas a la par,
Ya a los cielos las levante
Ya las sumerja en el mar.

¡Pobres nubes! ¡pobres hojas
Que no saben donde van!...
Pero siguen el camino
Que les traza el huracan.

—1840.—

NAPOLEON.

TRADUCIDO LIBREMENTE DE LAMARTINE.

Sobre un escollo por el mar batido
El marinero desde lejos mira
De una tumba brillar la blanca piedra,
Y entre el verde tejido
De la zarza y la yedra
Que unidas flotan en flexibles lazos,
Sobre la humilde losa se descubre ..
Un cetro hecho pedazos!

Aquí yace!... no hai nombre! al Universo
Preguntarlo podeis: él os lo muestra
De las playas del Don hasta las cumbres
Del soberbio Cedar, con sangre escrito,
Y en bronce y mármol, y en el fuerte pecho
De sus guerreros bravos,
Y aun en el corazon de los esclavos
Que uncidos a su carro de victoria
Despojos fueron de su escelsa gloria.

Despues de los dos nombres anunciados
Por un siglo a otro siglo, nombre alguno
Tan lejos no voló, ni planta humana
Cuya lijera huella un soplo borra,
Grabar lográra un sello tan profundo.
Tembló a su peso el mundo
Que a su arrogancia estrecho parecia,
Y hora aquí detenido
Puede el espacio que en la tierra ocupa
Con tres pasos de un niño ser medido.

¡Yace aquí!... ni un murmullo
Produce ya su sombra!... impunemente
El pié de un enemigo con orgullo
Hollar puede su tumba, y por su frente
Sin recelo el moscón zumbando jira.
¡Yace aquí! y a su oido
Do sonára del bronce el estallido
Cual música halagüeña,
Solo llega el monótono ruido
De las olas del mar contra una peña.

No temas, sin embargo, inquieta sombra,
Que con acento impío
Llegue a turbar tu majestad callada:
No, que no insulta con furor la lira
La paz solemne del sepulcro frio,
Y en él la gloria mira
Su fiel asilo, su mansion sagrada.
No vierte el odio su infernal veneno
En ese asilo triste, y a su seno
Nada penetra a perseguir al hombre...
¡Escepto la verdad!—Sobre la tumba
Ella sola severa juzga y falla,
Y a su voz, que en el féretro retumba,
La Muerte tiembla, el Universo calla.

Veló una nube oscura
Tu cuna y tu sepulcro: apareciste
Relámpago veloz entre vapores
De horrible tempestad: desconocido
Era tu nombre al mundo todavia,
Y en desconcierto, confusion y horrores
Tu fatal existencia presentía.
Asi antes que fecunden
Los términos de Ménfis,
Del Nilo los anónimos raudales
Mujen por los desiertos arenales.

Sin Dios los templos, derrocado el trono,
Te levantó en sus alas la victoria,
Y sobre la cerviz de un pueblo libre
Un sólio y un dosel plantó tu gloria.
El siglo desbocado

Que reyes, aras, Dioses arrastrára
En su rauda corriente,
Un paso dió ácia atras, y fascinado
Besó tu mano y te dobló la frente.

El error combatiste y atrevido
Luchaste cual Jacob contra una sombra,
Y a los piés de un mortal se vió caido
El gran fantasma que a la tierra asombra.
De nombres respetables
Profanador sublime, fueron ellos
De tu ambicion juguetes miserables,
Como los vasos del cristiano culto
Ser suelen entre báquicas escenas
Del sacrilego vil presa o insulto.

Cuando un siglo caduco se alborota
Con delirio altanero,
No su cadena de opresion quebranta
Al clamar libertad: no, que un guerrero
Del polvo se levanta
Con su cetro le toca, desvanece
El frenético sueño,
Y la verdad terrible resplandece.
¡Oh! si ese cetro a manos de su dueño
Devuelto hubiese tu triunfante mano!...
Si las ilustres víctimas tu escudo,
Tu fuerte escudo protector cubriera,
Y a la rejia corona
Hubieses vuelto el esplendor primero! ..
En tu augusta carrerra
Vengador de los Reyes, y mas grande
Que los mas grandes Reyes, qué perfume
Tu fama ilustre conseguido hubiera!...
Cómo de jente en jente
Con alta admiracion y amor profundo
Fuera acatado tu laurel fuljente
Y qué homenaje te rindiera el mundo!

Gloria, honor, libertad... los altos nombres
Que veneran los hombres
¿Qué fueron para ti?... débil sonido
Que a lo lejos repite un eco vano,
Y solo pudo comprender tu oido
El crujir del acero
Y el son agudo del clarin guerrero.
Soberbio, desdeñando
Cuanto la tierra adora
Nada tu orgullo inmenso le pedia
Sino el imperio... y viendo
En cada oposicion un enemigo,
Tu voluntad lanzabas cual saeta
Del arco despedida,
Que aun al traves de un corazon amigo
Para llegar al blanco senda se abre
Por la certera mano dirijida.

Jamas por disipar tu real tristeza
Apuraste la copa en los festines.
Ni homenaje rindiendo a la belleza
Respiraste el placer en los jardines.
Inmóvil, mudo cual estéril roca
Te hallaba la hermosura;
Ni la sonrisa de su linda boca,
Ni el llanto de sus ojos
Consiguieron llegar a tu alma dura,
Escitarte al placer ni darte enojos.
Solo amabas tu espada y las alarmas
Del combate feral: grato te fuera
Ver la aurora brillar sobre las armas,
Siendo tu mano a tu corcel lijera,
Cuando flotantes las espesas crines
Volaba como el viento,
Cadáveres y aceros quebrantando,
Y en el polvo sangriento
Las herraduras fuertes señalando.

Sin gozar te elevaste, y ni una queja
Te arrancó tu caida: nada humano
Palpitaba en tu pecho de diamante.
Sin odio y sin amor, el pensamiento
Era tu sola vida. Semejante
Al águila soberbia que domina
En solitario cielo,
Con tu potente vuelo
A una desierta cima te encumbraste
Do solo conservaste
Para medir la tierra una mirada,
Y una garra de hierro
Para poder asirla amedrentada.

De la victoria en el sangriento carro
De un salto solo colocarse altivo!...

De su nombre, su jenio y su fortuna
Tener el Orbe lleno!...
A un tiempo hollar el solio y la tribuna!...
Templar con odio y con amor un freno
Por sus manos forjado, sujetando
Con él un pueblo libre!... Ser de un siglo
La vida y pensamiento!...
Embotar el puñal anonadando
El furor de la envidia!... Al movimiento
De la terrible diestra
Un mundo entero estremecer, su suerte
Al golpe incierto de un azar jugando
Contra los mismos Dioses!... Como dueño
Sujetar a su carro la fortuna!...
Oh! que brillante sueño!
¡Qué delirio divino!
¡Y este fué, Bonaparte, tu destino!

Empero ya caiste
Por huracan horrísono lanzado
De tan escelsa cumbre en esta roca!
Tu rejio manto viste
Entre tus enemigos destrozado,
Y la suerte, ese númen,
Ese Dios que adoró tu audacia loca
En la cima de gloria y de ventura,
Por último favor te dió este espacio
Entre el solio y la humilde sepultura.

¡Oh! quién dado me hubiera de tu mente
Penetrar el secreto pensamiento,
Cuando el recuerdo triste
De tu pasada dicha te oprimia
Cual un remordimiento!
Cuando tu frente pálida y sombría
Sobre tu fuerte pecho se inclinaba,
Y cual la sombra de profunda noche
Una memoria en ella se pintaba!

Bien como el pescador en la ribera
Vé su sombra a lo lejos dilatarse
En el inmenso mar, y la carrera
Seguir flotando de las aguas frias,
Tú recordando tus antiguos dias
En ellos te mirabas;
Ante tí se elevaban, los veias
Rápidos sucederse cual las olas:
Su murmullo armonioso
Halagaba tu oido, y cada oleada
Cual encantado espejo
De tu gloria arrastraba alguna imájen,
Aclarando tu frente su reflejo,
Y tu mirada ardiente perseguia
La ola y la imájen que con ella huia.

Ya sobre el frájil puente despreciando
La tempestad y el rayo te contemplas,
O ya el polvo sagrado del desierto
Tus rápidos caballos levantando,
Y del Jordan entre las ondas puras
Tenderse vés sus polvorosas crines;
Ora miras rendir ante tu planta
Los altos montes su soberbia cima,
Y un camino ofrecerte, donde imprima
Tu carro de victoria
Un sello de poder, de audacia y gloria.
Ora contemplas tu invencible espada
Convertida en un cetro .. ¿qué memoria
Repentina te asalta que asi cubre
De triste palidez tu frente osada?
Dí, de do viene ese temblor que ajita
Tus miembros vigorosos?...
De tus pasados tiempos borrascosos
Qué recuerdo importuno
Puede asi horrorizarte?—De la guerra
Contemplarás los miseros estragos?
Acaso ves las ruinas humeantes
De diez y diez ciudades, y hondos lagos
De sangre humana llenos y espumantes?
¿Las cadenas te oprimen
Que a los pueblos cargaste?... mas la gloria
Todo lo borra, todo!... escepto el crímen.

Ai! su dedo terrible me señala
El cuerpo de una víctima!... le veo!
Es un jóven, un héroe! con su sangre
La oleada que le arrastra torna roja,
Y pasa, y pasa sin cesar... ¡oh cielo!
Y cada vez que pasa un nombre arroja...
¡El nombre de Condé!... ¿Tu helada mano
Por qué, Napoleon, tu frente estrega
Con solícito afan? ¿qué mancha impura
Quieres borrar ansioso?.—¡Empeño vano!

Mas viva luce la caliente sangre
Cuando borrarla trémulo procura,
Y la mancha indeleble
Allí grabada está, cual hondo sello
De una mano suprema
Que le ciñe del crimen la diadema.
Así ¡ tirano! se empañó tu gloria,
Tu jenio colosal queda en problema;
Tu nombre, vacilante
En la humana opinion, como juguete
Que arrolla el cierzo en remolino vario,
Mísero efecto de tu atroz delito,
Una edad y otra edad veránle escrito
Entre el nombre de César y el de Mario,
¡Y sin embargo has muerto
De la muerte del vulgo! ..
Igual al labrador que de la era
Cansado vuelve, y en tranquilo sueño
Sobre su bieldo, su jornal espera,
Tu espada tomas, y en silencio mudo
Te vé a su umbral la eternidad inmensa
De miedo exento y de dolor desnudo
Pedir a Dios justicia o recompensa?. .

Es fama que en el trance postrimero
De su larga agonía,
Solo allí con su jenio, ante la oscura
Terrible eternidad, se le veia
Una mirada levantar al cielo,
Y aplicar a su frente la inefable
Redentora señal, mientras se oia
En sus labios vagar un santo nombre
Que articular no osaba!
¡Pronúncialo sin miedo! no te asombre
Su augusta majestad; acaba, acaba...
Ese es el Dios que reina y que corona,
Ese el Dios que castiga y que perdona.

Un peso diferente
Para los héroes tiene: ¿qué te espanta?
Háblale sin temor, él solamente
Te puede comprender. Ante su planta
Deben rendir el siervo y el tirano
Cuenta de su cadena y de su cetro:
Su omnipotente mano
Pesando los destinos
De todos los mortales
Firma solo sentencias eternales.

¡Silencio! su sepulcro está cerrado!
Sus hazañas y crímenes oscilan
En la eterna balanza. ¿Cuál osado
Mortal se arroja a decidir, midiendo
Del señor la piedad, suma, insondable?
¿Y quién afirmar puede que en vosotros,
Ministros de su cólera, no sea
El jenio una virtud?... Su inescrutable
Justicia reverencio:
Ya el fallo se dictó!... Basta!... Silencio!

—1839.—

A LA ESPERANZA.

Májico nombre que el mortal adora,
Sueño feliz de encanto y de ilusion,
Tú, cuya luz al porvenir colora,
Tú, cuyo aroma embriaga al corazon:

Supremo bien que el cielo bondadoso
Otorgar quiso al infeliz mortal,
Cual en desierto estéril, arenoso,
Hizo nacer un puro manantial:

Eres de Dios la paternal sonrisa,
Eres el don de su divino amor,
Mas suave que el murmullo de la brisa
Mas dulce que el aroma de la flor.

Eres un ánjel que acompaña al hombre
Desde la cuna al fúnebre ataud,
A la inocencia hechizas con tu nombre,
Alientas con tu voz a la virtud.

Tú sola das un bálsamo divino
Al lacerado y yermo corazon,
Y de la vida en el erial camino
Tuyas las flores que se encuentran son.

Hasta en la losa de la tumba fria
Vierte tu luz divina claridad,
Y al penetrar en su mansion sombría
El hombre espera inmensa eternidad.

Por tí el guerrero de su hogar querido
Corre al combate con heróico ardor,
Y del cañon el hórrido estampido
Escucha sin espanto ni temor.

Tuya es la voz que le promete gloria,
Tuyo el afan que se despierta en él,
Mostrándole una pájina en la historia
Y una corona eterna de laurel.

Al marinero que en el frájil leño
Surca el imperio del terrible mar,
Tú le prometes de tesoros dueño
A la patria querida retornar.

Ai! tú tambien delirio lisonjero
Siempre serás del triste trovador,
Tú de su vida el áspero sendero
Perfumarás con encantada flor.

Tuya es la voz, que escucha enardecido,
Que le revela un alto porvenir,
Y de las leyes del eterno olvido
Intenta audaz un nombre redimir.

En vano envuelta en el inmundo cieno
La envidia exhala su infernal vapor,
En vano vierte insana su veneno,
En vano lanza el grito detractor.

Que cuando se alza en el brillante cielo
Mirando al sol el águila real,
No ve al reptil que en el oscuro suelo
Clavarle intenta su aguijon fatal.

Y tú, tierno amante,
Que triste suspiras
De ausencia las iras
De olvido el rigor,
¿Qué bálsamo suave
Mitiga tu pena,
Y encanta y serena
Tu acerbo dolor?...

Tú sola, Esperanza!
Tu influjo divino
Del crudo destino
Se sabe burlar.

No temen tus flores
La fuerza del hielo,
Y en árido suelo
Las haces brotar.

Ven, pues, ¡oh Diva! tu favor imploro,
Muéstrame ya tu seductora faz...
Ah! no te pido ni el laurel, ni el oro,
Solo ambiciono sosegada paz.

Déjame ver en venidero dia
Una choza pajiza entre verdor,
Mientras trinando en la enramada umbría
Las aves canten su inocente amor.

Allá me ofrece la apacible calma
Exenta de temor y de inquietud,
Descanso dulce que apetece el alma,
Supremo bien que anhela la virtud.

De las ciudades el ambiente impuro
No osará, no, mi asilo penetrar,
Ni de un palacio el ostentoso muro
La luz del sol me llegará a robar.

No veré allí ni mármoles, ni bronces
Que presten su dureza al corazon,
Y libre siendo por mi bien entonces,
Me inspirarán sus dueños compasion.

No allí la envidia arrastrará su planta,
Ni la calumnia elevará su voz,
Ni la perfidia; que al herir encanta,
Allí estará, ni la codicia atroz.

Ni allí abrasada de la fiebre impía
Beberá el alma en turbio cenagal,
Ni en el silencio de la noche umbría
Oiré el rumor de inmundo bacanal.

Ni veré frentes pálidas, marchitas,
Surcadas ¡ai! en tierna juventud,
Cual si de Dios por el furor malditas
Ansiasen ya la paz del ataud.

Mas en la tarde, al márjen del arroyo,
Veré cansado al labrador pasar,
Del pueblo honor, de su familia apoyo,
Que alegre torna a su tranquilo hogar:

Y del ganado escucharé el balido,
Y allá distante el compasado son
Con que se anuncia al ánimo abatido
La hora feliz de calma y oracion.

Sauces dolientes, palmas solitarias,
Templos serán, no ingratos al Señor,
Donde dirija al cielo mis plegarias,
Cual puro aroma de inocente flor.

Será la grama mi alfombrado suelo,
Tendré do quier magnífico dosel,
Harán las hojas su vistoso velo
Y flores mil resaltarán en él.

Y mientras duerma en el modesto lecho
No sentiré latir el corazon,
Ni conturbarse mi ajitado pecho
Con sueños ¡ai! de gloria ni ambicion.

Al despertar con las pintadas aves
Saldré a los campos, saludando al sol,
Y entre perfumes cándidos, suaves,
Me embriagaré de luz y de arrebol.

Para mi mesa ofrecerá la oveja
Su blanca leche, y frutas el verjel,
Agua la fuente, y la industriosa abeja
Panales mil de perfumada miel.

Ai! este cuadro, en que descansa el alma,
Pinta, Esperanza, en májico cristal,
Y en dulce sueño de inocencia y calma
Deja que olvide el ruido mundanal.

Deja que alegre tus promesas crea,
Deja que venza al desaliento atroz,
Aunque mentida mi ventura sea,
Aunque desmienta el porvenir tu voz.

Y pasen del mundo
Placeres risueños,
De gloria los sueños,
De amor la ilusion:
Y pasen las voces
Del frio ateismo,
Que arroja el abismo
De estéril razon.

Y pasen pugnando
Las viejas naciones,
Queriendo eslabones
Eternos romper.
Y oprima el tumulto
Lejítimo dueño,
Y tiemble del ceño
De intruso poder.

Y pasen del hombre
Locuras, dolores,
Blasfemias, furores,
Proyectos sin fin.
Veré solamente,
Mecida en tus alas,
Mi choza, las galas
Del bello jardin.

Y en vano del mundo
La pompa engañosa
Mi paz venturosa
Querrá perturbar.
Seré a su atractivo,
Que al necio alucina,
Del monte la encina,
La roca del mar.

—1841.—

A UNA MARIPOSA.

SONETO.

Hija del aire, nívea mariposa,
Que de luz y perfumes te embriagas,
Y del jazmin al amaranto vagas,
Como del lirio a la encendida rosa;

Tú que te meces cándida y dichosa
Sobre mil flores que volando halagas,
Y una caricia por tributo pagas
Desde la mas humilde a la orgullosa;

Sigue, sigue feliz tu raudo vuelo,
Placer fugaz, no eterno, solicita,
Que la dicha sin fin solo es del cielo:
Fijar tu jiro vagaroso evita,
Que la mas bella flor que adorna el suelo
Brilla un momento y dóblase marchita.

—1839.—

A MI JILGUERO.

No así las lindas alas
Abatas, jilguerillo,
Desdeñando las galas
De su matiz sencillo.
No así guardes cerrado
Ese tu ebúrneo pico,
De dulzuras colmado,
De consonancias rico.
En tu jaula preciosa
¿Qué falta a tu recreo?
Mi mano cariñosa
Previene tu deseo:
Feston de verdes hojas
Tu reja adorna y viste:
Mira que ya me enojas
Con tu silencio triste.
No de ingrato presumas
Recobra tu contento,
Riza las leves plumas,
Da tus ecos al viento.
Mas no me escucha
Que tristemente
Jira doliente
Por su prision.
Troncha las hojas,
Pica la reja,
Luego se aleja
Con afliccion.
Ni un trino solo
Su voz exhala,
Mas bate el ala
Con languidez;
Y tal parecen
Sus lindos ojos
En sus enojos
Llorar viudez.
Ya conozco, infelice,
Tu pena punzadora:
Tu silencio la dice
Mi corazon la llora.
Cuando el dolor te oprime
Y cuando callas triste
¿No echas de menos, dime,
El campo en que naciste?
Y el prado lisonjero,
Y el bosque silencioso
Do ensayaste primero
Tu vuelo temeroso?
El árbol cuya rama
Meció tu blando nido,
Y el agua que derrama
Tu manantial querido;
Donde a beber llegabas
Del lago cristalino,
Y a la sombra posabas
Del centenario pino?
Y recuerdas la amena
Pradera, con sus flores,
De los cantares llena
De tus tiernos amores?
Y el séquito canoro
De lindos pajarillos,
Las espigas de oro
Robando de los trillos?
¡Por eso ya no canta
Tu pico enmudecido
Que en desventura tanta
La voz es un jemido!
Yo tu suerte deploro,
Y en triste simpatía
Cuando tu pena lloro
Lloro tambien la mia;
Que triste, cual tú, vivo,
Por siempre separada
De mi suelo nativo,
De mi Cuba adorada.
No ya, jilguero mio,
Veré la fértil vega
Que el Tínima sombrío
Con sus cristales riega.

Ni en las tardes serenas
Tras enriscados montes
Disipará mis penas
La voz de los sinsontes.
Ni harán en mis oidos
Arrullo al blando sueño
Sus arroyos queridos,
Con murmullo halagüeño.
Ni verá el prado
Que vió otro dia
La lozanía
De mi niñez,
Los tardos pasos
Que marque incierta
Mi planta yerta
Por la vejez.
Ni la campana
Dulce, sonora,
Que dió la hora
De mi natal,
Sonará lenta
Y entristecida
De aquesta vida
Mi hora final.
El sol de fuego,
La hermosa luna,
Mi dulce cuna,
Mi dulce hogar...
Todo lo pierdo,
¡Desventurada!
Ya destinada
Solo a llorar.
Pues somos en desventura,
Pájaro infeliz, iguales,
Cantarás tú mi amargura
Y lloraré yo tus males.
Nacidos en cruda estrella,
Unidos por el destino,
Trina al son de mi querella
La cancion del peregrino.
Mas tu mirar angustiado
En mí fijas con tristura
Y tal parece que osado
Me atribuyes tu amargura.
¿No es igual mi cruda pena
A la que te agobia impía?
No nos une la cadena
De una triste simpatía?
—«No, porque en estraña tierra
Tus cariños te han seguido,
Y allí la patria se encierra
Do está el objeto querido.
De una madre el dulce seno
Recibe tu triste llanto,
Y yo de consuelo ajeno,
Solo lloro, y solo canto.
Eres libre, eres amada,
Yo, solitario, cautivo ..
Abecilla abandonada
Para divertirte vivo.
¡Ah! no, pues, mujer ingrata,
No te compares conmigo;
Tu compasion me maltrata
Y tu cariño maldigo.»—
Esto me dicen tus ojos,
Esto tu silencio triste!
Ya comprendo tus enojos,
Ya, jilguero, me venciste.
Libertad y amor te falta,
Libertad y amor te doi!...
Salta, pajarillo, salta,
Que no tu tirana soi.
Salida franca
Ya tienes, mira,
Goza, respira,
Libre eres ya;
Torna a tu campo,
Torna a tu nido,
Tu bien querido
Te espera allá.
Mas no me olvides
Y a mi ventana
Llega mañana
Saliendo el sol:
Que yo te escuche
Solo un momento
Cantar contento
Tu dulce amor.
Corriendo el llanto
Por mi mejilla,
Dulce avecilla,
Te envidiaré:
Y el eco triste
De mis lamentos
Con tus acentos
Confundiré.

Y luego, caro jilguero...
¿Mas dónde está?... ya se lanza
Donde mi vista no alcanza,
Donde no llega mi voz:
¡Así me deja el ingrato
Sin escuchar mis acentos
Y ya en alas de los vientos
Se precipita veloz!

Adios, pajarillo hermoso,
Adios, ingrato querido;
Los bienes que habias perdido
Te restituye mi amor.
¡Así a mí quiera la suerte
Volverme en hora dichosa
Mi Cuba dulce y hermosa
Y su cielo inspirador!

—1839.—

A FRANCIA.

SOBRE LA TRASLACION DE LOS RESTOS DE NAPOLEON A PARIS.

Bástete, o Francia, la jigante gloria
Con que llenó tus ámbitos *el hombre:*
Bástete ver en la brillante historia
Unido al tuyo su grandioso nombre:
Bástete el monumento soberano
Do su potente mano
Grabó en el bronce un sello perdurable:
Mas deja, deja al mundo
Ese sepulcro solitario, austero,
Donde el hado severo
Guarda al coloso de ambicion y orgullo
Entre las peñas áridas y solas,
Mientras el mar con turbulento arrullo
Quiebra a sus piés las espumantes olas.

Déjale allí! ni cantos ni plegaria
Suenan por él en el peñasco rudo
En torno de su tumba solitaria,
Mas elocuente en su silencio mudo.
Déjale allí! sin comitiva, aislado,
Duerma en su roca estéril y sombría
El Rei sin dinastía,
No en panteon estrecho sepultado
Oiga, o Paris, tu bacanal ruido
Entre rejios sepulcros confundido.

Su tumba es Santa Helena:
Los nombres inmortales
De Arcola, de Austerlitz, Marengo y Jena
No llegan a turbar su austera sombra,
Ni la columna altiva
Proteje con sus águilas la tumba,
Ni el clarin suena, ni el cañon retumba:
Mas allí el mundo mírale y se asombra
Mas que de sus victorias y laureles
De ver caido al sin igual coloso:
Y en ese escollo su fantasma inmenso
Velando silencioso
Con su aureola de gloria,
Viendo pasar revoluciones, leyes,
Escarmientos de pueblos y de reyes
Es un padron terrible de la historia.

—1840.—

A LA MUERTE

DEL CÉLEBRE POETA CUBANO

D. JOSÉ MARIA HEREDIA.

" Le poéte est semblable aux oiseaux de passage
Qui ne batisent point leur nid sur le rivage."
LAMARTINE.

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia, y tristemente
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela
Y muerto deja mi entusiasmo ardiente.
Ai! que esa voz doliente
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el oceano,
Murió, pronuncia, el férvido patriota,
Murió, repite, el trovador cubano,
Y un eco triste en lontananza jime
¡Murió el cantor del Niágara sublime!

Y es verdad? y es verdad?.. ¿la muerte impía
Apagar pudo con su soplo helado
El jeneroso corazon del vate
Do tanto fuego de entusiasmo ardia?
¿No ya en amor se enciende, ni ajitado
De la santa virtud al nombre late?
Ai! cual cede al embate
Del aquilon sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de su edad lozana
Fué por el fallo del destino herido:
Astro eclipsado en su primer mañana
Se sepultó en las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.

Patria! númen feliz! ¡nombre divino!
¡Ídolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?
Ostenta, sí, tu duelo,
Que en tí rodó su venturosa cuna,
Por tí clamaba en el destierro impío,
Y hoi condena la pérfida fortuna
A suelo estraño su cadáver frio,
Do tus arroyos ¡aí! con su murmullo
No darán a su sueño blando arrullo.

¡Silencio! de sus hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que le defiende de la injusta suerte,
Ya reclinó su lánguida cabeza,
De jenio y desventuras abrumada,
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa el polvo inerte
Que torna a su elemento primitivo
Ser en este lugar o en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo,
Mas la patria del jenio está en el cielo.

Allí jamas las tempestades braman
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro:
Allí el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.

Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas
Para apagar la sed que enciende el alma,
Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Jamas el mundo satisface o calma:
¡Allí tiene el señor su rejio asiento
Y tendido a sus pies el firmamento!

¿Y qué al dejar la vida deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza
Engañosa, vision que le estravía:
Tal vez la gloria, bello y vano nombre
Que con desvelos y dolor alcanza:
El mentido poder, la amistad fria.
Y el venidero dia,
Cual el que espira breve y pasajero,
Al abismo corriendo del olvido:
El placer cual relámpago lijero
De tempestades y pavor seguido:
Grandes proyectos que medita a solas,
Cimientos ¡ai! sobre ajitadas olas!

De verte ufano, en el umbral del mundo
El Anjel de la hermosa poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y hora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimia,
Y en alas vuelas de tu jenio ardiente.
No mas, no mas lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba.
¡Murió! a la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al señor, su gloria a Cuba:
Que el jenio como el sol llega a su ocaso,
Mas deja un rastro fúljido su paso.

—1840—

A UN NIÑO DORMIDO.

Duerme tranquilo, inocente,
En el maternal regazo,
Y deja que admire atenta
Tu delicioso descanso.

¡Cuál brilla tu frente pura
Entre los rizos dorados
Que en leves ondas descienden
A tu cuello de alabastro!

Pende con dulce abandono
A un lado tu diestra mano,
Y la otra de la mejilla
El peso sostiene blando.

Con razon tu tierna madre
Con afanoso conato
Por tí vela, y te recata
Cual su tesoro el avaro:

Que eres mas bello que el dia
Que entre nacar y amaranto
Aparece en el oriente
De luces vertiendo rayos.

¡Cómo reposa tranquilo!
¡Parece de nieve un ampo!
Mirad que vaga sonrisa
Mueve el carmin de sus labios.

Tal vez sueñe de su madre
Recibir el beso caro;
Tal vez a un anjel sonria
Entre las nubes velado.

Duerme, duerme y que te halaguen
Esos ensueños tan gratos
Que a robarte su embeleso
Se apresta el tiempo tirano.

Volando pasan los dias,
Veloces huyen los años,
A la fresca primavera
Sucede el seco verano.

Y en pos suya se aproxima
El invierno adusto, helado,
Que marchita cuanto toca
Con su descarnada mano.

Ese pecho tan hermoso
Cuyo cutis nacarado
Eleva el latir lijero,
Y brilla cual limpio lago;

Del viento de las pasiones
Será bien presto ajitado,
Y sus olas turbulentas
En tí mismo harán estrago.

Entonces ¡ai! tan tranquilo
No será, no, tu descanso,
Ni al blando seno materno
Le pedirás dulce amparo.

Entonces ¡ai! el orgullo,
El amor y sus engaños,
La ambicion y la codicia,
El temor y el sobresalto,

Serán los ánjeles puros
Que velarán a tu lado,
Reproduciendo en tus sueños
De tu existencia los cuadros.

Y luego ¡ai! ante tu vista
Cubierta por velo opaco
Se eclipsará la esperanza,
Al lucir el desengaño.

Y verás llegar el tedio
De la saciedad en brazos,
Y del caliz de la vida
Gustarás el dejo amargo.

Mas silencio! no se aleje
A tan fúnebres presajios
El ánjel que te sonrie
Mientras tú duermes soñando.

Duerme, sí, pobre inocente,
Prolonga tu sueño grato,
Por los Anjeles mecido,
Por las brisas arrullado.

—1840.—

A LA JUVENTUD.

«Abre tus puertas, mundo!.. ensancha, vida,
Para mí tu camino!
Broten raudales de placer divino,
De amor, de libertad! grandes pasiones
Dadme, dadme sin fin... mi alma encendida
Se ajita en sed de vivas emociones.
Quiero agotar ¡o vida! tus tesoros,
Devorar quiero, mundo, tus placeres,
Gloria, virtud, festines y mujeres,
Cantos, risas, y amores...
Todo debe formar mi alta ventura,
Todo lo encierras en tu rico seno,
Como guardan las flores
En su caliz feliz la esencia pura.»

«Es tan bella la vida!... y vigorosa
Palpita, hierve en mi ajitado pecho:
Y cual hielo desecho
Al rayo vencedor del astro ardiente,
De mi inspirada mente
Se disipan las áridas lecciones
De la adusta esperiencia,
De la helada vejez vanas visiones
Para espantar la crédula inocencia.»

«Horrible te pintaban, mundo amado,
Y un Eden puro de delicias eres:
Tu ambiente perfumado
En languidez sublime me aletarga...
¡Dame, dame placeres,
Que el alma es grande, la existencia larga!
Gozar quiero, gozar!... tantas hermosas
De frente pura, de mirar sereno,
Mi ardiente culto aceptarán gozosas;
Coronado de rosas
Y adormecido en palpitante seno,
Gozando cantaré su amor divino,
Que es amor de la vida el dulce encanto
Y amar será mi plácido destino:

¡Mi destino feliz! ¿quién ¡ai! merece
Culto tan santo, adoracion tan pura
Como vosotras, que debeis al cielo,
Con el alma de un ánjel, su hermosura?
¡Mujeres adorables! no se mece
Tan bella flor en esmaltado suelo
Al soplo de la brisa,
Ni de aromas tan suaves,
Como es hermosa y dulce la sonrisa
De vuestra pura boca,
Que al beso ardiente del amor provoca.»

«En vuestro seno cándido, inocente,
No cabe, no, la falsedad traidora,
Pura el alma teneis, pura la frente,
Como la luz primera de la aurora.
¡Vírjenes celestiales!
De vuestro amor las dulces emociones
Me inundarán de aromas y armonía,
Y vosotras sereis los manantiales
De mi eterna alegría:
Y si penetro de la gloria al templo,
Si pulsando la lira al orbe admiro;
O dando heróico ejemplo,
De amor de patria y libertad ardido
A las lides me lanzo,
Y el laurel a los héroes concedido
Por mi valor y mi entusiasmo alcanzo;
La guirnalda preciosa,
Por vuestras manos de marfil tejida,
Refrescará mi enardecida frente:
Y en vuestros brazos bellos
La laureada cabeza descansando,
Me adormiré escuchando
Del popular aplauso el alto grito,
Y en ensueños de gloria
Veré mi nombre en letras de oro escrito
Entre los grandes héroes de la historia.»

«¡Gloria! don celestial! númen divino!
Eterna fuente de grandiosos hechos!
¿Dó estan los tibios pechos
Que no palpiten a tu nombre augusto?
¿Dó las almas cobardes
Que no se inmolen en tu altar sublime?
Sed de ti me devora,
Y de alcanzarte la ambicion me oprime...
No mas ¡ai! con tu sombra me desveles;
Toma mi vida, y dame tus laureles.»

«La vida, sí, la vida!... hermosa ofrenda
Si en las aras divinas se consagra
De la alma libertad, y tu aureola
La ciñe en torno de celestes rayos.
Oh! la muerte no es muerte!...
Si eterna vida me concedes, gloria,
Si en mi sepulcro brillas,
La muerte es la victoria!
¡Verdugos! preparad vuestras cuchillas,
Vuestros cadalsos levantad, tiranos!
Aquí os espera mi entusiasmo ardiente,
La palma del martirio entre las manos
Y el eterno laurel sobre mi frente.»
«De mi tumba gloriosa
El tierno amor y la amistad sincera
Con llanto y flores regarán la losa...
El amor! la amistad! bienes divinos
Que a mis bellos destinos
Serán perfumes de celeste rosa.»

«Abre tus puertas, mundo, que ya ansío
Tus goces devorar y aun tus dolores...
Todo es sublime en tí, nada sombrío;
Placeres, amistad, cantos, laureles,
En tí mezclados con virtudes veo:
Puros tus goces, tus amores fieles,
Grande tu gloria y tus encantos creo.»

Dice la juventud, y ardiente avanza
Por el estéril campo de la vida,
De mil flores ceñida,
Llena de fé, radiante de esperanza...
¿Qué haces del hombre ¡oh mundo!
Que lleno de ilusiones
A tí llegó con férvido entusiasmo
Pidiéndote virtudes y emociones?...
Su dardo agudo el desengaño esgrime,
La fé vacila, el entusiasmo calma,
Nace la duda que emponzoña el alma
Y entre tinieblas la esperanza jime.

Esto le das ¡oh mundo! y cuando todas,
Sus creencias y virtudes
En tus abismos el dolor derrumba,
Triste y árido hastio
Le roe el alma con su diente frio,
Y le arrojas cadáver en la tumba.

—1841.—

A POLONIA.

TRADUCCION LIBRE DE V. HUGO.

Sola al pié de la torre donde la voz tonante
Resuena pavorosa de tu señor fatal,
Cuya siniestra sombra parece por instante
Designarse en la piedra del silencioso umbral;

Resuenan a intervalos palabras de amenaza,
Y de torpes pisadas escúchase el rumor;
Y un sable allá reluce, y un hierro que te enlaza
Al muro por do corre tu llanto de dolor.

Pronta a ver al esposo trocado en asesino,
Pálida, y hasta el suelo doblada la cerviz,
Vencida, encadenada te ofreces al destino,
Bella y triste Polonia, por víctima infeliz.

Polonia sin ventura! los brazos descarnados
Y la abatida frente te miro levantar,
Y los llorosos ojos, hundidos y empañados,
Acia la Francia tornas con tímido mirar.

A falta de tus hijos miro tus manos puras
El Crucifijo santo con fervor estrechar...
¡Mancharon los Basquiros tus rejias vestiduras,
Y en ellas sus sandalias grabaron al pasar!

Un grito de tu pecho tristísimo desprendes,
–Oh Francia! hermana mia!–te escucho repetir
Ansiosa tus miradas por el camino tiendes,
Y esperas ¡ai! y esperas!.. y a nadie ves venir!!

—1840.—

A WASHINGTON.

SONETO.

No en lo pasado a tu virtud modelo,
Ni copia al porvenir dará la historia,
Ni el laurel inmortal de tu victoria
Marchitarán los siglos en su vuelo.
Si con rasgos de sangre guarda el suelo
Del coloso del Sena la memória,
Cual astro puro brillará tu gloria
Nunca empañaba por oscuro velo.
Mientras la fama las virtudes cuente
Del héroe ilustre que cadenas lima
Y a la cerviz de los tiranos doma,
Alza gozosa, América, tu frente,
Que al Cincinato que formó tu clima
Le admira el mundo, y te lo envidia Roma.

—1844.—

A MI MADRE.

EL PRIMER DIA DEL AÑO.

Detente, Aquilon silboso,
Plega un momento tus alas,
No mas impelas las nubes
Ni estremezcas las montañas,
Ni del arbol ya desnudo
Destroces las secas ramas,
Ni del arroyo tranquilo
Turbes las ondas de plata.
No mas en el mar airado
Levantes negras oleadas,
Ni arrastres cual leve pluma
La nave que incierta vaga.
Tu raudo curso suspende
Y el insano furor calma,
Que un mensaje de ternura
Voi a entregar a tus alas.
Y despues rápido vuela
A la orilla perfumada
Que con sus ondas fecundas
El Bétis risueño baña.
¡Allí respira el objeto
De mi cariño entusiasta!
¡Allí mi amiga induljente!
Allí mi madre adorada!
El talisman de mi vida,
El faro de mi esperanza,
La fuerza que me sostiene,
Y el abrigo que me ampara!
Llévala los puros votos
Que por ella forma el alma,
Y los amantes suspiros
Que el corazon le consagra.
Llévale tiernas caricias,
Llévale dulces palabras,
La esperanza que enajena
Y los recuerdos que halagan
Vuela, Aquilon, presuroso,
Y en un batir de tus alas
La distancia salva odiosa
Que de mi bien me separa.
Mas al llegar a su lado
Depon la violenta saña,
Mitiga los soplos frios
Y el fuerte rujido acalla.
Toma los hálitos puros
De las balsámicas auras,
Y si flores no encontrares
Con que perfumes tus alas
Toma de su puro aliento
La suavísima fragancia.
Vuela, Aquilon, y no temas
Con ninguna equivocarla.
Si ves hermosa matrona
Erguida como la palma,
Frente pura, grave paso,
La mirada dulce y blanda;
Que consuela al infelice
Y a los débiles ampara,
Que al que calumnian defiende
Y proteje al que maltratan;
¡Es ella! Aquilon! es ella!
Llega abatido a sus plantas,
Con respeto la saluda
Y cariñoso la halaga.
Si ves en el templo augusto
Orando al pié de las aras
Una figura apacible
Con negros tules velada.
Si entre el velo transparente
Entre sus hermosas pestañas
Furtiva lágrima observas
Que su fervor te declara,
Si oyes salir de sus labios
Bendiciones y plegarias,
Y por su esposo y sus hijos
Implorar de Dios la gracia:

Si la ves ¡ai! ofrecerse
(¡Ella pura, casta y santa!)
Si la justicia del cielo
Una víctima demanda...
¡Es ella! mi dulce madre!
El puerto de mis borrascas!
El ánjel que me custodia!
El corazon que me ama!

Vuela presuroso,
Raudo Aquilon, vuela
Allá do la suerte
Seguirte me veda.
Del Bétis saluda
La orilla risueña
Y no enamorado
Tu vuelo suspendas.
Llega do te envia
Mi fina terneza
Y a mi dulce madre
Mis votos presenta;
Mis votos amantes,
Mis caricias tiernas,
Mis gratas memorias,
Mis tristes querellas.
Y dila que el año
Que hoi nuevo comienza
Me encuentra llorosa
Jimiendo su ausencia.

—1841.—

AL SOL.

EN UN DIA DEL MES DE DICIEMBRE.

SONETO.

Reina en el cielo, Sol! reina e inflama
Con tu almo fuego mi cansado pecho:
Sin luz, sin brio, comprimido, estrecho,
Un rayo anhela de tu ardiente llama.

A tu influjo feliz brote la grama,
El hielo caiga a tu fulgor deshecho;
Sal! del invierno ríjido a despecho,
Rei de la esfera: sal! mi voz te llama.

De los dichosos campos, do mi cuna
Recibió de tus rayos el tesoro,
Alejóme por siempre la fortuna.

Bajo otro cielo, en otra tierra lloro...
Esta nieve luciente me importuna.
¡El invierno me mata!... ¡yo te imploro!

—1839.—

EL JENIO.

A MI RESPETABLE AMIGO, D. JUAN NICASIO GALLEGO.

Parece, brilla y pasa la hermosura,
Cual flor que nace y muere en la mañana:
Sombra es el mando, sueño la ventura,
Humo y escoria la grandeza humana:
Las moles de arrogante arquitectura,
Con que su nombre en ensalzar se afana,
Voraz el tiempo, que incesante vuela,
Con la huesa del pobre las nivela.

Ceden al peso de su férrea mano
Torres soberbias, cúpulas doradas:
Los monumentos del poder romano
Escombros son y ruinas mutiladas:
De Menfis y Palmira el polvo vano
No cuenta ya sus glorias olvidadas,
Y de la antigua Grecia los prodijios
A penas dejan débiles vestijios.

Piélago sin riberas ni reposo
Hinchado de perennes tempestades,
Sigue su curso eterno, impetüoso,
Siempre tragando y vomitando edades.
A su impulso cediendo poderoso
Húndense muros, templos y ciudades:
Leyes, altares, púrpura y diadema
Yacen sujetos a su lei suprema.

Así vimos un solio esclarecido
Que exaltacion frenética derroca:
De rejia sangre un cetro enrojecido
La osada mano de un guerrero toca:
¡Vedle reinando de laurel ceñido!
¡Vedle morir en solitaria roca!...
Aun el destino impávido se espanta
De tanta dicha y desventura tanta.

Todo sucumbe a la eternal mudanza:
Por lei universal todo perece:
El jenio solo a eternizarse alcanza,
Y como el Sol, eterno resplandece:
Al porvenir su pensamiento lanza,
Que con el polvo de los siglos crece,
Y en las alas del tiempo suspendido
Vuela sobre las simas del olvido.

La gloria de Maron el orbe llena;
Aun suspiramos con Petrarca amante;
Aun vive Milton, y su voz resuena
En su querube armado de diamante;
Rasgando nubes de los tiempos truena
El rudo verso del terrible Dante,
Y desde el Ponto hasta el confin ibéro
El son retumba del clarin de Homero.

Aun conservan las Musas por tesoro
La inspiracion de Sófocles profundo;
Ornado de su trájido decoro
Vive Racine, admiracion del mundo;
Aun nos arranca Shakespeare el lloro,
Aun nos cautiva Calderon fecundo,
Que la palabra que lanzó el poeta
A la lei de morir no esta sujeta.

Pontífice inmortal su mano enciende
De la verdad la antorcha peregrina;
Él del olvido a la virtud defiende,
Al mundo ilustra y al poder domina:
Si a lo pasado su mirada tiende
La noche de los tiempos ilumina,
Y de su siglo un noble monumento
Lega a otra edad su activo pensamiento.

¡Dichoso aquel que la celeste llama
Siente en su pecho, y delicioso aroma
De gloria aspira y de brillante fama!
Fúljido Sol, que en el Oriente asoma
Tesoros dando del calor que inflama
Al llano humilde, a la enriscada loma,
Del mundo por los ámbitos que llena
La palabra inmortal del vate suena.

De cuantos seres, de su injenio hechura,
Divinizó la griega fantasía,
Y al nombre augusto de Deidad mas pura
Desparecieron del Olimpo un dia,
Tan solo el culto inestinguible dura
Del Númen de la escelsa poesía,
En cuyas aras el incienso humea
Por cuanto ciñe el mar y el Sol otéa.

Yo que en vano le invoco y le bendigo,
No espero que mis votos satisfaga:
No como a tí la Musa, ilustre amigo,
Con su sonrisa al despertar me halaga:
Ansiosa, empero, tus pisadas sigo,
Y el eco de tu fama me embriaga...
¡Oh, si fuese partícipe mi lira
Del fogoso entusiasmo que me inspira!

—1841.—

AMOR Y ORGULLO.

I.

Los negros cabellos
Al viento tendidos,
Los ojos hundidos,
Marchita la tez,
Hoi llora humillada
La hermosa María,
Ejemplo algun dia
De altiva esquivez.

Su pecho acongoja
Profundo quebranto;
No alivia su llanto
Su acerbo dolor,
Que en triste abandono
Su amante la deja,
De bronce a su queja,
De hielo a su ardor.

El alba tres veces
Ha visto su pena,
La luna serena
Tres veces tambien.
Y lenta una hora
Tras otra ha seguido,
Sin que haya traido
Ninguna a su bien.

Ni un punto la noche
Sus ansias sosiega,
Que el sueño le niega
Su efímera paz.
Insomne a los vientos
Les cuenta su historia...
Guardó mi memoria
Su canto fugaz.

II.

«Un tiempo hollaba por alfombra rosas,
Y nobles vates de mentidas diosas
Prodigábanme nombres,
Y yo altanera con orgullo vano,
Cual águila real al vil gusano
Contemplaba a los hombres.»

«Mi pensamiento en temerario vuelo
Ardiente osaba demandar al cielo
Objeto a mis amores:
Y si a la tierra con desden volvia
Triste mirada, mi soberbia impía
Marchitaba sus flores.»

«Tal vez por un momento caprichosa
Entre ellas revolé, cual mariposa,
Sin fijarme en ninguna.
De un misterioso bien siempre anelante
Clamaba en vano, como tierno infante
Quiere abrazar la luna.»

Hoi despeñada de la escelsa cumbre
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre
Que facisnó mis ojos,
Cual hoja seca al raudo torbellino
Cedo al poder del áspero destino!
¡Me entrego a sus antojos!»

«Cobarde corazon, que el nudo estrecho
Jimiendo sufres, dime ¿qué se ha hecho
Tu presuncion altiva?
¿Qué májico poder, en tal bajeza
Trocando ya tu indómita fiereza,
De libertad te priva?

«Mísero esclavo de tirano dueño,
Tus glorias fueron mentiroso sueño,
Que con las sombras huye;
¿Dí qué se hicieron ilusiones tantas
De necia vanidad, débiles plantas
Que el aquilon destruye?»

«En hora infausta a mi feliz reposo,
¿No dijiste soberbio y orgulloso:
—¿Quién domará mi brio?

Con mi solo poder haré, si quiero,
Mudar de rumbo al céfiro lijero
Y arder al mármol frio.» —

«¡Funesta ceguedad! Delirio insano!
Te gritó la razon: su voz en vano
Te advirtió tu locura.
Tú mismo te forjaste la cadena.
Que a servidumbre eterna te condena
Y a duelo y amargura.»

«Los lazos caprichosos, que otros dias
Por pasatiempo a tu placer tejias,
Fueron de seda y oro:
Los que hora rinden tu valor primero
Son eslabones de pesado acero,
Templados con tu lloro.»

«¿Qué esperaste, ¡ai de ti! de un pecho helado,
De necio orgullo y presuncion hinchado,
De víboras nutrido?
Tú que anhelabas tan sublime objeto,
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?»

«¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?...
Del torpe engaño mis rivales rien,
Y mis amantes ¡ai! tal vez se engríen
Del yugo que me humilla.»

«¡Y tú lo sufres, corazon cobarde!
Y de tu servidumbre haciendo alarde,
Quieres ver en mi frente
El sello del amor que me devora?...
Ah! velo pues, y búrlese en buen hora
De mi baldon la jente.»

«Salga del pecho refrescando el labio
El dulce nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento.
¿Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible que con ellas
Alumbra el firmamento?»

«¿No le oyes de las auras al murmullo?
No le pronuncia en jemidor arrullo
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?»

«¿De aquella fuente entre las claras linfas
No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si aun el silencio tiene voz que aclama
Ese nombre hechicero?»

«Nombre que un alma lleva por despojo,
Nombre que escita con placer enojo,
Y con ira ternura.»
Nombre mas dulce que el primer cariño
De jóven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura.

Y mas amargo que el adios postrero
Que al suelo damos donde el sol primero
Alumbró nuestra vida:
«Nombre que halaga, y halagando mata:
Nombre que hiere, como sierpe ingrata,
Al pecho que le anida.»

¡No, no le envies, corazon, al lábio!...
Guarda tu mengua con silencio sábio:
Guarda, guarda tu mengua.
Callad tambien vosotras, auras, fuente,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua.

III.

Con un jemido enmudeció María
Y dando de rubor visible muestra,
Su rostro que el amor enardecia
Cubrió un momento con su blanca diestra.
Mas luego se alza, y en su altiva frente
Ya la victoria de su orgullo miro,
Cual si del pecho su pasion ardiente
Lanzáse envuelta en el postrer suspiro:
Cuando a leve rumor, que entre la yerba
Suena, de humana planta producido,

En medio de su saña y pena acerba
La despechada amante presta oido.
¡Cuál late el corazon! ¡Con qué zozobra
Aquel rumor aproximarse escucha!...
Amor su cetro vacilante cobra:
En vano la razon se esfuerza y lucha.
¡Él es! allí está ya!... Clama el orgullo.
—Tente y escucha mis acentos: tente!—
Mas piérdese su voz, cual el murmullo
De humilde arroyo al ruido del torrente.
Que cuando amor tan imperioso grita,
Razon y orgullo a su placer sofoca,
Y al corazon turbado precipita
Cual bajel sin timon de roca en roca.
Él es! allí está ya! Desden, ausencia,
Todo lo olvida la infeliz Maria,
Que al verse de su amado en la presencia
La noche se convierte en claro dia.
¡Feliz, si en pos de la fatal quimera
Que hora la inunda en celestial contento,
Al despertar del sueño no le espera
Dolor profundo, lágrimas sin cuento.
Feliz, si de su orgullo la memoria
No turba mas su pecho lastimado!
Feliz, si en el sepulcro de su gloria
Su amor tambien no deja sepultado!

—1841.—

A LA VIRJEN.

PLEGARIA.

Vos entre mil escojida
De luceros coronada,
Vos de escollos preservada
En los mares de la vida:
Vos radiante de hermosura,
¡Vírjen pura!
De toda virtud modelo,
Flor trasplantada del suelo
Para brillar en la altura.

Vos la sola sin mancilla
De Adan en la prole insana,
A cuya voz soberana
Dobla el anjel la rodilla:
Que vencisteis el delito,
Y al precito
Querúb quebrasteis la frente;
Vos cuyo nombre potente
Es en los cielos bendito.

Vos que ocupais rejio asiento
En Sion hermosa y santa,
Y teneis a vuestra planta
Por alfombra el firmamento.
Vos que mirais, ¡ vírjen pura!
La amargura
De esta mujer solitaria,
¡Ai! escuchad su plegaria,
Desde el trono de la altura.

En tempestuoso océáno
Mi bajel navega incierto,
Sin que un fanal en el puerto
Encienda piadosa mano:
Entre escollos jira roto
Sin piloto;
Y sin brújula ni vela
A merced deshecho vuela
Del vendabal o del noto.

Vos en la noche sombría
Pura luz, celeste faro,
De los débiles amparo,
De los tristes alegría:
Ved mi vida abandonada,
¡Madre amada!
Mi juventud sin amores,
Débil planta a los rigores
De ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo
Donde no juegan las brisas,
Mi infancia no tuvo risas
Ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna
Y sin luna,
Fué la noche desgraciada
Que fuera al mundo lanzada...
¡La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!... no existe
Ni patria ni hogar querido,
¡Soi el pájaro sin nido!
¡Soi sin olmo yedra triste!
Cada sostén de mi vida,
Desvanida,
Fué por el rayo tronchado,
Y débil caña he quedado
De aquilones combatida.

Estranjera en este mundo
No comprendo su alegría,
Ni él penetra, madre mia,
En este abismo profundo:
Este abismo de dolores
Que con flores
Disfraza tal vez la suerte;
¡Volcan que encierra la muerte
Coronado de verdores!

Seres hai en este suelo
Enigmas ¡ai! de amargura,
Ni el cielo les da ventura,
Ni el mundo les da consuelo.
Van por ignotos caminos
Peregrinos,
Solitarios y sin nombres,
No les conocen los hombres
Ni comprenden sus destinos.

¿Qué quiere hacer ¡oh María!
De estas almas el Eterno?...
¿Es del cielo o del infierno
La mision que les confia?...
¿Para qué fueron lanzados
¡Desgraciados!
Al bello mundo estos seres,
Entre risas y placeres
A padecer destinados?...

Yo los misterios venero
Que comprender no consigo,
Y a vos ¡o vírjen! os digo,
«¡Madre! yo ruego y espero.»
Se dice que el señor vierte
En el fuerte
La amargura de su ira,
Y con blandos ojos mira
Al indefenso e inerte.

¡Ai! no soi soberbia encina
Firme al cierzo a la saña,
Sino humilde y frájil caña
Que al menor soplo se inclina.
Pase por el mundo ciego
Con sosiego
Mi solitaria existencia,
Y de Jehová la clemencia
Alcance mi ardiente ruego.

Del árbol de mi esperanza
Secas las flores cayeron,
Y cual humo leve huyeron
Mis sueños de bienandanza.
Despojados de ilusiones
Corazones
No ambicionan alegría,
Solo os piden, virjen pia,
Paz, suspiros y oraciones.

—1844—

EL BEDUINO.

Del sol de Libia al penetrante rayo
Que un suelo ingrato con su ardor devora,
Que nunca borda con sus flores mayo
Ni julio estivo con sus mieses dora.

Tostado el rostro, de sudor cubierto,
Sigue su marcha el nómada beduino,
Y su corcel la arena del desierto
Surca y levanta en denso torbellino.

Del fuerte pecho, de terror exento,
Lanza la voz que los espacios llena,
Mientras se aduerme fatigado el viento
En la estension del piélago de arena.
Vuela, vuela, corcel jeneroso,
Tú que afrentas al viento de Ejipto:
Si del Khan [1] por indócil proscripto
Eres hoi del desierto señor.
Vuela, vuela que al sueño se entrega
Descuidada infeliz caravana,
Y serán tus gualdrapas mañana
Cien estofas de vario color.
Del desierto los dos somos dueños,
Y el que osado a pisarlo se atreva,
Griego, copto, o hebreo nos debe
Abundante tributo pagar.
Ni el cristiano de Europa orgulloso
Mis dominios recorra sin pena,
Que a encontrarlo, entre nubes de arena
Volarémos los dos a la par.
Suyas son las ciudades del mundo
Y las torres que al cielo levanta,
Y las piedras dó asienta su planta
Jaspes puros y mármoles son.
Él sus senos abriendo a la tierra
Le arrebata su oculto tesoro,
Y la plata preciada y el oro
Ornan luego su rico arteson.
No le arredra distancia ni tiempo,
Aquilones o brisas suaves,
Y pobladas se ven de sus naves
Las inmensas llanuras del mar,
El al cielo sus astros numera,
Y al través de las nubes le escala,
Y aun es fama que al rayo señala
El paraje dó debe estallar.
Goce, pues, su poder, sus tesoros,
Su talento, su orgullo, su ciencia!...
El desierto dejó por herencia
Al beduino feliz Ismael.
Sin sus artes de frívolo ornato,
Sin sus templos, palacios y leyes,
Del desierto vastísimos reyes
No trocamos la suerte con él.
Donde quiera que se abra una palma,
Una acacia, o un drágo, o un pino,
Donde quiera que brota mezquino
Un raudal que mitigue mi ardor.
Allí planto mi tienda lijera
Y al reposo contigo me entrego,
Sin que llegue a turbar mi sosiego
De la vida el inquieto rumor.
Del Bajá los humildes esclavos
Alla tiemblen si arruga su ceño,
En tí encuentra cariño tu dueño,
En su lanza, botin, libertad;
Vuela, vuela corcel jeneroso,
Cual *Simoun* [2] que arrebata la arena,
Que ni lei ni temor encadena
Nuestra libre y feliz voluntad.

—1842.—

A LAS ESTRELLAS.

SONETO.

Reina el silencio: fúljidas en tanto,
Luces de amor, purísimas estrellas,
De la noche feliz lámparas bellas,
Bordais con oro su enlutado manto.
El placer duerme y vela mi quebranto
Y rompen el silencio mis querellas,
Volviendo el eco, unísono con ellas,
De aves nocturnas el siniestro canto.
Estrellas, cuya luz modesta y pura,
Del mar duplica el azulado espejo,
Si a compasion os mueve la amargura,
Del intenso penar porque me quejo,
¿Cómo para aclarar mi noche oscura
No teneis ¡ai! ni un pálido reflejo?

—1841.—

---

1 Kan: especie de caravansell, o parador público destinado a las caravanas. (El A.)

2 Simoun: viento impetuoso. (El A.)

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA. [1]

FANTASIA.

Noche
Triste
Viste
Ya
Aire,
Cielo,
Suelo,
Mar.
Mirando
Del mundo
Profundo
Solaz,
Esparcen
Los sueños,
Beleños
De paz.
Y se gozan
En letargo
Tras el largo
Padecer,
Los heridos
Corazones
Con visiones
De placer.
Mas siempre velan
Mis tristes ojos;
Ciñen abrojos
Mi mustia sien;
Sin que las treguas
Del pensamiento
A mi tormento
Descanso den.
El mudo reposo
Fatiga mi mente;
La atmósfera ardiente
Me abrasa do quier,
Y en torno circulan
Con rápido jiro
Fantasmas que miro
Brotar y crecer.
Dadme aire!... necesito
De espacio inmensurable,
Do del insomnio al grito
Se alce el silencio y hable.
Lanzadme presto fuera
De angostos aposentos...
¡Quiero medir la esfera!
¡Quiero aspirar los vientos!
Mas qué siento! Balsámico ambiente
Se derrama de pronto! El capuz
De la noche rasgando en oriente,
Se abre paso la cándida luz.
Es el alba! sus líquidas perlas
Ya coronan mi frente febril,
Y en las hojas acude a mecerlas
Con susurros el aura jentil.
Es el alba!... se alejan las sombras
Y con nubes de azul y arrebol
Se matizan etéreas alfombras,
Donde el trono se asienta del sol.
Es el alba! es la luz! es la vida!
Es la fé! la ilusion! la esperanza!
Es el alba! que bella y florida
De los campos del cielo se lanza.
Y a mi pecho, que asedian dolores,
El esfuerzo perdido restaura,
Cual reviven las lánguidas flores
A los soplos benignos del aura.
Salí por fin del antro tenebroso
De aquesa soledad sin estension,
Donde el silencio mora sin reposo
Y reina sin la calma la inaccion.
Ya salí, si, de los estrechos muros:
Ya puedo por los llanos discurrir...
Mas ¡ai! me pierdo en ámbitos oscuros,
Y nada logro ver, ni nada oir,

1 Tomado de un periódico español.

Aqui los campos, sin color ni espacios
Semejan la perfecta creacion:
Allá aparecen templos y palacios,
Sepulcros de un inmenso panteon.
Ni una hoja se mueve, ni una ave respira,
Parece que el tiempo parado se está
Y nada en la tierra con forma se mira;
Ni nubes ni sombras distinguense ya.
Imájen horrible del caos primitivo,
Se siente la calma y al par confusion:
Yo en este sosiego la nada concibo,
Dudando si existe mi propia pasion.

¡Oh autor de los colores! oh rei del claro dia,
Que en campos de mi patria tuviste sacro altar!
Mi acento te saluda con férvida alegría,
Ya enciendas a la tierra, ya arjentes a la mar.
Desde la ardiente zona do tienes almo asiento
Tus rayos a mi cuna lanzaste abrasador...
Por eso en ígneas alas remonto el pensamiento,
Y el fuego me devora de inestinguible amor.
Mas quiero que tu lumbre mis ansias ilumine;
Mis lágrimas reflejen la aureola de tu luz;
Y solo cuando yerta la muerte se avecine,
La noche tienda triste su fúnebre capuz.

EL DIA FINAL. [1]

¡Cumpliéronse los tiempos! de sus obras
Retira el Criador su escelsa mano,
Y aquella voz que enfrena al oceano,
Terrible e indignada,
«¡Toma! dice a la nada,
«¡Cuanto de ti saqué, de mí recobras!»

Y alzando el ánjel de la muerte el vuelo
Por los inmensos campos del vacío,
Raudo entre nubes de color sombrío,
Que al sol envuelven en luctuoso velo,
De planeta en planeta
Pasa llevando la sentencia dura,
A que el Supremo Artífice sujeta
De su poder la portentosa hechura.

Rota la lei que ordena el movimiento
De innumerables mundos,
Por la vasta estension del firmamento,
Sin rumbo ni compas vagan errantes
En confusion y vértigos profundos.
Unos con otros luchan: sus brillantes
Destellos palidecen;
Y el espacio sin fin el grito absorbe
Que cruza por los ámbitos del orbe.

¡Escuchad, escuchad!!... Los aquilones
Rápidos jiran, y en su curso ciego
De unas a otras rejiones
Van el carro de fuego
De la sañuda tempestad lanzando:
Las altivas naciones
Pálidas tiemblan con pavor nefando,
Y cual flexibles cañas
Doblan sus crestas ásperas montañas.

Por las ciudades, de opulencia emporios,
Rujiendo van los tigres y panteras:
Las aves carniceras
Refújianse en magníficos cimborios
De alcázares y templos; y en las grutas
De sanguinarias fieras,
Hermanos contra hermanos
Se abalanzan hambrientos los humanos.

¡No hai amor! ¡no hai piedad! Del negro espanto,
Del furor ciego y el pesar profundo,
Huyendo van los sentimientos suaves...
Del tierno infante el inocente llanto,
Y del anciano los dolores graves,
La desesperacion en su iracundo
Frenético anhelar, en vano escucha...
¡Naturaleza con la muerte lucha!

¡Espectáculo atroz! la mar devora
Campos y pueblos que no dejan rastros,
Y se alza bramadora
Amenazando al cielo,
Como si el apagar fuese su anhelo
La ya marchita lumbre de los astros.

1 Tomada del Suplemento al Correo de Ultramar. — Mayo 844. — Paris.

La ponderosa mole de la tierra
Su movimiento y turbulencia imita,
Voràjines inmensas abre y cierra,
Y en convulsion frenética se ajita.

¡Despareció la lobreguez! El cielo,
Hoguera inmensa sacudiendo llamas,
Con claridad fatídica ilumina
La universal catástrofe. Del velo
De densas nubes, que desgarra el rayo,
Despeja el sol la enrojecida frente,
Y de su centro súbito desata
Volcánico torrente,
Que por el ancho espacio se dilata.

Brama en el aire ignífero oceano,
Zumba y estalla el fulminante trueno;
Jiran chocando rápidos planetas,
Como del mar en proceloso seno,
Desmanteladas y perdidas náos;
Cruje la tierra; el cielo se desgarra,
Tiende la muerte su acerada garra;
Jime la creacion y torna el cáos!
¡Reina la eternidad! sobre los mundos,
Devueltos a la nada,
El ígneo trono del Señor se asienta:
Yace a sus pies la muerte encadenada,
Rota en su mano inerme
La guadaña sangrienta,
Y el tiempo inmóvil a su lado duerme.

—1843.—

BALCARCE

(FLORENCIO.)

«D. Florencio Balcarce, hijo de uno de los veteranos de nuestra revolucion [1], aparece ahora en la escena lite- »raria, para ocupar despues un lugar mui distinguido entre los poetas arjentinos. — Cuenta apenas 23 años, y »seria una injusticia no reconocerle ya acreedor a aquel título, tan difícil de merecer [2].» No era cumplido un año, despues que un hombre mui notable del Rio de la Plata, nos hacia la anterior promesa, cuando Balcarce ya no existia. — Su mucha contraccion al estudio le trajo la enfermedad de que murió en Buenos-Aires el jueves 16 de Mayo de 1839.

Al examinar sus trabajos emprendidos, los libros que formaban su biblioteca y los apuntes tomados en los bancos de las aulas, se nota la escelente direccion que Balcarce daba a su espíritu. Sobre la historia particular de su pais y la filosofía, eran sus meditaciones favoritas. La literatura amena no fué su ocupacion principal, sino el empleo honesto y laudable de sus momentos de descanso.

Era todavía alumno de la Universidad de Buenos-Aires, cuando partió para Francia en Abril de 1837: entonces escribió sus sentidos adioses a la patria, tan llenos de nobleza como de presentimientos de muerte. Mediante su permanencia en Paris, oyó las lecciones de los Sres. Saint Hilaire, Jouffroy, Lerminier y otros filósofos.

A mas de las poesías que ahora publicamos [3], dejó manuscritos y acabados los trabajos siguientes: La traduccion del curso de filosofía de M. Laromiguiere; una novela tomada de un suceso referido en la historia antigua del Rio de la Plata: una traduccion del drama de M. A. Dumas, Catalina Howard; y muchos artículos orijinales publicados sin su nombre en los diarios de Buenos-Aires y Montevideo.

Esta noticia rápida sobre una existencia tan pasajera, como rica en esperanzas, la hemos tomado de un artículo necrolójico, publicado en el «Diario de la Tarde,» del 22 de Mayo de 1839. — Su autor se espresa así sobre los últimos momentos de Balcarce: «Paciencia y serenidad admirables ha mostrado en sus padecimientos.... Conversaba »tranquilamente con los facultativos que le han asistido, y discurria con ellos acerca de la naturaleza y estado de »su enfermedad. Oyó sin inmutarse la noticia de su próximo fin, y se preparó a él con una resignacion verdadera- »mente cristiana. — Un sacerdote jóven y virtuoso, su compañero de estudios, recojió los últimos suspiros de Flo- »rencio, e hizo descender la bendicion del cielo sobre aquella cabeza que no volverá mas a pensar.»

Aunque nos hemos impuesto la lei de no entrar en censura alguna sobre las poesías que publicamos, y de no dar razones particulares de nuestra eleccion, creemos necesario advertir que nos son conocidos los defectos que en algo deslucen a la primera composicion de Balcarce. Ellos pertenecen esclusivamente a la harmonía, y pueden disculparse, porque segun opinion de un literato competente y mui conocido en América, son frecuentes en poetas castellanos [4].

---

1 El jeneral D. Antonio Gonzalez Balcarce, vencedor en Cotagaita y en Suipacha.

2 Palabras tomadas de un artículo escrito por el Dr. D. Florencio Varela, en "El Iniciador" periódico literario de Montevideo, T. 1.°, N.° 8. — Agosto 1.° de 1838.

3 Se hallan insertas en el *Iniciador* — en el *Constitucional* — en el *Corsario*, periódicos de Montevideo. Tambien en la *Coleccion de poesías escojidas* o FLORES DE POETAS, un tom. en 4.° — Montevideo, Enero de 1840.

4 D. J. J de Mora. — Mercurio chileno, núm. XII, paj. 545.

AL SEÑOR DON VICTOR SILVA,

RECIEN ORDENADO DE SACERDOTE.

Humilla al polvo la elevada frente
Y a Dios entona, o Victor! alabanza,
Que él te estendió su mano omnipotente
Y con paterno anhelo
Alzarte quiso a celestial bonanza.
Un dia, allá desde el eterno cielo,
Cuando la mansa faz volvió clemente
A esta mansion de lágrimas y duelo,
Te vió benigno que en la pobre cuna
Lanzabas el fatídico jemido
Que la vida del hombre anuncia al suelo:
A tí inclinó el oido,
Bañó tu faz en celestial contento,
Y del Destino en el profundo arcano,
Escrito sobre el santo firmamento,
Borró su eterna mano
Los terrenos deleites y pesares
Que a tu vida mortal guardaba el mundo;
Y a quemar suave incienso en sus altares,
A ser de sus bondades santo nuncio,
A servir de consuelo al débil hombre,
Con sello eterno consagró tu nombre.
Humíllate otra vez, Silva, pues Santa
La mision es que el cielo te confia;
El Señor a otra esfera te levanta,
Y eres mas que mortal desde este dia.
Tus ojos ven allá sobre los cielos
Por la mano de Dios con fuego escritos
Nuevos deberes hoi, nuevos desvelos:
«Persecucion sin tregua a los delitos,
«A la virtud apoyo
«Y a la desgracia auxilios y consuelos.»
Pronto herirá tu oido
En el pajizo albergue del cristiano,
De la pobreza el lúgubre alarido,
Del infortunio el lamentar en vano...
Entonces tú le tenderás la mano,
Y del abismo de miseria y duelo
En que abatido el corazon yacia,
Con tu consejo sabio
Alzar le harás a la bondad del cielo,
Y bendecir al Hacedor del dia.
Tu voz entonces sonará inflexible
Contra el mortal ceñido
De pompa vana y mundanal ruido:—
«Bajad al polvo, clamarás, la frente,
«Simulacros de cieno,
«Que Dios es todo, los mortales nada;
«Y este mundo, esos astros, ese trueno,
«Dejarán de existir eternamente,
«Al sonar de su voz omnipotente:
«Adorad al Señor, ciegos mortales!...
«Bajad al polvo la orgullosa frente»!...
Cual anjel tutelar, del débil hombre
Tú sostendrás la marcha vacilante
Con mano poderosa,
Desde que en pobre cuna es remecido
Hasta que es sepultado en yerta fosa:
Tu mano sacra lavará la mancha
En la frente del niño ternezuelo,
Cuando jimiendo asome
A arrastrar su existencia en este suelo;
Y tu sagrada voz sonará fuerte
Sobre el lecho de muerte,
En que se aleje tímido del mundo
El mortal penitente y moribundo.
Humilde siempre, humano,
El refujio serás del desgraciado,
El protector del huérfano inocente
Y sosten del virtuoso ciudadano.
Pasaron ya los tenebrosos dias
De lágrimas y horrores,
En que el mundo escuchó voces impías
De indignos sacerdotes
Tronar sobre la tierra ensangrentada,
A venganzas impuras
Incitando los pechos fraternales,
Y a clavarse los bárbaros puñales
En nombre del Señor de las alturas.
Pasaron ya los tenebrosos dias
En que el débil mortal empuñó ciego
El santo crucifijo y la cuchilla,
Y entre el horror y el fuego,
Respetoso doblando la rodilla,

Las cenizas, el humo, la venganza,
Los jemidos del mísero inocente,
Y el vapor de la bárbara matanza,
Ofreció reverente
Como grato holocausto al Dios clemente.
En sangre tinta y destruccion envuelta
Así jimió la América algun dia:
Sobre escombros, cadáveres, ruinas,
La cruz enrojecida se erijía,
Y el sacerdote santo
Con el soldado impío confundido
De guerra alzaba el espantoso canto
Y empuñaba la mecha enfurecido.
Era Jesus entonces a sus ojos
Un Dios sañudo ansioso de venganza,
Que en fúnebres despojos,
En muerte y guerra impía
Al lado de Jehová se complacia.
Por la codicia el hombre enceguecido,
Un Dios, como él, fanático anunciaba,
Y a criminal olvido
Sus sagrados preceptos relegaba.
Cuando Jesus del Gólgota en la cima
A muerte ignominiosa se vió fijo,
No saben lo que hacen,
Perdónalos, Señor, perdona, dijo.
Y cuando irreverentes
Nuestros brazos clavároule la lanza,
Dijo, en vez de, *Señor toma venganza,*
Perdónalos, Señor, son inocentes.
Predica tú la paz: que nuestro suelo
No mas en llanto humedecer se vea,
Y que la voz del cielo
Oyendo de tu boca el ciudadano,
Apague ya la destructora tea
Que arde voraz en su violenta mano.
Predica la clemencia: que la Patria
No mas se vea en sangre salpicada,
Y quede entre la vaina enmohecida
La justiciera espada...
La espada justiciera y fratricida!...
Contra el embate de pasion mundana,
Mas que roca en el mar, firme y sereno,
Tu voz al crimen sin cesar combata,
Y a Dios anuncie cual le anuncia el trueno.
Píntale airado en tenebrosa nube
Nuestra soberbia frente amenazando:
El rayo pinta en su tremenda mano.
El huracan lejano
La destruccion del mundo murmurando,
Y entre el anuncio del estrago infando,
De Sodoma y Gomorra encanecidas
Las réprobas cabezas aun erguidas.
Pero al soplar de Dios la ira en la tierra,
Pinta sueltos los vientos,
Los cielos conmovidos,
El mundo retemblante en sus cimientos,
La luz del sol rojiza,
Y los vanos mortales convertidos
En nube vil de polvo y de ceniza...
Tambien yo, miserable, envanecido
Aquí en mi seno un dia
Lijero presté asilo
A la ambicion de gloria y nombradía.
Mi ardiente fantasía
En sueños regalados
Mil de veces me alzó sobre la tierra,
Y me mostró a mis plantas humillados
Los hombres, y la fama, y la riqueza
Que el universo con orgullo encierra.
Mil de veces soñé que se escondia
Allá, sobre las nubes mi cabeza,
Y que el Señor en vano a mi grandeza
Con mano airada el rayo lanzaria.
Pero tu voz interrumpió mi sueño,
¡Oh Dios omnipotente!
El dedo tuyo señaló mi frente,
Y un eco que retumba
Al rededor aun de mis oidos,
Mis sueños me mostró desvanecidos,
Y só mis piés abriéndose una tumba.
Mi paso vacilante,
Mis músculos ya yertos,
La mortal palidez de mi semblante,
A la mansion me llaman de los muertos.
Y en vano, en vano, detener la vida
Pienso corriendo procelosos mares,
Y la márjen florida
Voi a buscar del bullicioso Sena:
En vano todo, que la muerte siento
Difundirse por mí de vena en vena.
Adios, amigo!... Que tu esfuerzo santo
A nuestra patria mísera consuele;
Y pues ordena el venerando cielo

Que antes mi voz y corazon se hiele,
Que escuchar repetido por el mundo,
Con respeto profundo,
El nombre tuyo en premio de tu anhelo,
Yo sin gozar tan plácido momento
Débil tributo a tus virtudes dando
En suelo estraño moriré contento.
.... Adios! adios!... El arjentino rio
No mas, tal vez, escuchará mis ecos:
Y cuando torne el ardoroso estío,
Sin dejar de mi vida un solo rastro
Solo seré vil polvo, amigo mio.

Buenos-Aires Enero 2—837.

LA PARTIDA.

Circumdederunt me dolores mortis:
Dolores inferni circumdederunt me.
PSALM 17.

I.

El Dios, que la tierra y el Cielo domina,
Que alienta la Hormiga, y el Cóndor, y el Leon,
Me ordena que deje la playa arjentina:
Adios, Buenos-Aires; amigos, adios.
Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas, y el Sol,
Y, trémula al soplo del aura se ajita,
Su caida anunciando contínuo temblor,
Tal seca mi vida de muerte el aliento;
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento,
Y entre hojas ¡ai! secas al suelo bajar.
Mas viene en mis sueños el Anjel luciente
De dulce esperanza, mi amigo mas fiel;
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus lábios me dicen palabras de miel.
«Allá tras los mares existe otro suelo,
«Que oculta, me dice, tu antiguo verdor»
Su voz creo y sigo,—pues viene del Cielo—
Adios, Buenos-Aires; amigos, adios.

II.

El Anjel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aerea rejion;
Destello que alumbra, del negro destino
Los hondos arcanos, la oscura mansion.
Allí me describe, con vivos reflejos,
El mundo, y los siglos, que vienen en pos,
¡Oh Patria! tu nombre reluce a lo lejos,
Y el sello celeste, que Dios te imprimió.
Honrosos trofeos te sirven de asiento;
Y, en tanto que ciñe la groria tu sien,
Te den mis amigos la paz y el contento,
Con frentes ya calvas, dictando la lei.
Y aquella corona, que yace marchita,
Con dos o tres hojas de tierno laurel,
¿A quién pertenece, que el mundo no habita?
A alguno que el Cielo... La mia es tal vez!
Mas no, que el Destino mi muerte aun no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó:
Su trémulo curso me arrastra ácia el Sena;
Adios, Buenos-Aires; amigos, adios.

III.

En medio del mundo, yo, pobre estranjero,
Debajo de un cielo de bronce a mi mal,
Veré solo en torno desden altanero,
En vez de caricias de amor maternal.
Pero odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y, algunos instantes robando al Destino,
Llevar mis ofrendas ¡oh gloria! a tu altar.
Entonces mil veces feliz me diria,
Si viese la lumbre del Sol que me crió;
Si el agua bebiese del rio que un dia,
El pié de mi cuna bramando lamió.
De inicuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impios, que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta,
Cesando los vientos, al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso, cantando yo muera.—
Adios, Buenos-Aires; amigos, adios.

IV.

Pero ¡ai! que a mi oido el viento que zumba,
Es voz que me llama a la otra mansion;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un eco de muerte responde a mi voz.
Mirando a la Patria, su oprobio me humilla;
Sus hijos dormidos su afrenta no ven:
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla,
Y horrendas cadenas arrastran sus piés.
¡Oh Patria! Si nada tu gloria me debe,
Jamas su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve,
Perdida, de noche, que el polvo bebiò.
Amigos; si os llama tal vez el acaso
Al suelo estranjero do voi a morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso,
No todos, no todos se olviden de mí.
Adios, dulce sombra del techo paterno;
Adios, compañeros de infancia feliz:
Amigos queridos, mi adios es eterno.
Adios, Buenos-Aires, mil veces y mil.

A bordo del Philadelphe.—1837.

EL PICAFLOR.

Apenas la luz serena
Refleja en el horizonte,
Y ya de Silvia la pena
Entre los árboles suena
Y entre las hojas del monte.
Falso y cruel parte su amante
Sobre un oscuro fogoso,
Con la risa en el semblante,
Y en el pecho de diamante
Indiferencia y reposo.
Suavemente sopla el viento,
Vuela alegre y tierna el ave,
Y de la ninfa el lamento
Al son de triste instrumento
Rusuena así con voz grave:
«Caballo oscuro, detente,
Detente oscuro bridon,
Mira que mi pecho siente
Que tu galope inclemente
Me arrebata el corazon.
«Por Dios, caballo, modera,
Deten el paso veloz;
No te vayas, oye, espera
Hasta que escuche esa fiera
Los acentos de mi voz.
«Pero ya miro en su mano
Al aire el látigo ondear,
Y mi lamento es ya vano,
Porque la espuela inhumano
Le ha clavado en el hijar...
«¡Ai! en qué pensando estuve
Cuando a su voz me rendí!
Ya negra a los cielos sube
De leve polvo una nube
Que lo separa de mí.
«Vete ingrato y que mis ojos
No te vuelvan a mirar:
Que en vez de rosas, abrojos,
En vez de amores, enojos
Solo puedas encontrar.»
Dice así la ninfa bella,
Y sus ojos vierten llanto,
Y ya no sigue la huella
Del que arranca su querella,
Del que causa su quebranto.
Ondea al viento el cabello
Como dorada serpiente,
Y le cubre el rostro bello,
Y se le enrosca en el cuello
Y le acaricia la frente.
Queda pálido el semblante
Y su carmin pierde el lábio,
Alumbra el sol mas radiante,
Y a lo lejos insultante
Repite el eco su agravio.
Al fin la trémula planta
Del triste sitio remueve,
Y un picaflor se levanta.
Y al ver sus lágrimas canta,
Vuela, jira y se las bebe.

CANCION.

Las tiernas hijas del Plata
Mas frescas son que las flores,
Sus palabras son amores
Dulce halago es su mirar.
Infeliz quien sus virtudes
Y quien sus gracias no admira!
Mas infeliz quien las mira
Y las tiene que dejar!
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Cual la lumbre que de noche
La luna esparce en los cielos,
Nos vierten ellas consuelos
En las horas de amargor:
Y, si risueño el destino
Placeres nos atesora,
Son como flor que en la aurora
Nos embriaga con su olor.
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Sus negros ojos alcanzan
De los amores la palma;
A traves de ellos el alma
Se vé cándida brillar;
Como entre arena plateada,
Refleja el nacar luciente,
A traves de su corriente
El augusto Paraná.
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Sus corazones abrigan
La pureza de su cielo,
La inocencia de su suelo,
Lo benigno de su sol:
Al Picaflor ellas vencen
En viveza y en donaire,
Y les da la flor-del-aire
Su fragancia y su frescor.
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Pobre de mí que ya nunca
Las veré en playa estranjera!
Pobre de mí cuando muera
Sin que me aliente su voz.
Si escribió suertes risueñas
Allá en su libro el Eterno,
Tambien cual noches de invierno
Oscuras las escribió.
Ten tus alas un momento
No me robes el contento,
Manso viento.

Adios, estrellado cielo,
Adios, oh Rio Arjentino!
Donde me lleve el Destino
Serán tus hijas mi amor.
¿Cuál habrá entre ellas que un dia
Mi oscuro nombre repita?
¿Ningun corazon palpita
Cuando oye mi triste voz?
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Abril 5 de 1837.—A bordo del Philadelphe.

EL CIGARRO.

En la cresta de una loma,
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate si sopla el viento:

Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansion pacífica donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con lábios casi yertos,
«Feliz, dice, quien respira
»El aire de los desiertos!
»Pueda al fin, aunque en la fuente
»Aplaque mi sed sin jarro,
»Entre mi prole inocente
»Fumar en paz mi cigarro.»
«No siempre movió en mi frente
»El pampero fria cana;
»El mirar mio fué ardiente,
»Mi tez rugosa, lozana:
»La fama en tierras ajenas
»Me aclamó noble y bizarro;
»Pero, ya qué soi? apenas
»La ceniza de un cigarro.»
«Por la Pátria fui soldado
»Y seguí nuestras banderas,
»Hasta el campo ensangrentado
»De las altas cordilleras:
»Aun mi huella está grabada
»En la tumba de Pizarro;
»Pero, qué es la gloria?—nada,
»Es el humo de un cigarro.»
«Qué nos dejan en sus huellas
»La grandeza y los honores?—
»Por la paz hondas querellas,
»Los abrojos por las flores:
»La Patria al que ha perecido
»Desprecia como un guijarro...
»Como yo arrojo y olvido
»El pucho de mi cigarro.»
«Las horas vivid sencillas
»Sin correr tras la tormenta:
»No dobleis vuestras rodillas
»Sino al Dios que nos alienta.
»No habita la paz mas casa
»Que el rancho de paja y barro;
»Gozadla que todo pasa,
»Y el hombre como un cigarro.»

BELLO

(ANDRES.)

El Señor D. Andres Bello, miembro del Senado de Chile y Rector de su Universidad, nació en Caracas, en el seno de una familia respetable, por los años de 1780.

Cuando Venezuela dió su primer paso a la independencia el 19 de Abril de 1810, el Sr. Bello, oficial mayor en la Secretaría de la Capitanía Jeneral, fué llamado a servir a la Junta Suprema Gubernativa, como oficial, tambien de su Secretaría.

Probó allí con varios trabajos su capacidad, y su celo por los nuevos destinos que se preparaban para su patria. Fué uno de aquellos trabajos, la redaccion de la nota con que contestó la Junta a la circular en que la Rejencia de España daba cuenta de su reciente instalacion.

Tan decididos y liberales fueron los principios y procederes del nuevo gobierno venezolano, que bien pronto se apercibió de la necesidad de precaver el pais contra una invasion de sus antiguos dominadores. Pensó a este fin, en la cooperacion y en la amistad política de la Inglaterra.

Con el objeto de alcanzarlas, nombró una comision compuesta de los Señores, Simon Bolivar (coronel entonces) Luis Lopez Mendez y Andres Bello, la cual partió para Lóndres por el mes de Junio de 1810.—Datá desde entonces la amistad que siempre se profesaron Bolivar y Bello, de la cual recibió este pruebas mui honoríficas hasta la muerte del héroe venezolano.

Diez y nueve años consecutivos permaneció el Señor Bello en Inglaterra, a escepcion de algunas breves escursiones por la Francia.

Su vida allí fué siempre laboriosa, prestando servicios importantes a las legaciones de Colombia y de Chile, y publicando algunas de las obras que le han granjeado lugar entre los primeros literatos y publicistas en la América que habla lengua española.

Nunca perdió de vista en estas tareas, ni el suelo ni los intereses reales del continente a que pertenecia por su nacimiento.

Convencido de la poca luz intelectual que alumbraba en América, y de lo necesario que era desvanecer errores que sobre cosas americanas tenian cabida, aun entre los sábios y estudiosos de Europa, contribuyó a la fundacion y redaccion de dos publicaciones periódicas consagradas esclusivamente a aquellos fines.

Nos referimos a la «Biblioteca Americana» y al «Repertorio Americano,» que empezaron a publicarse en Lóndres; la primera en 16 de Abril de 1823, y el segundo en Octubre de 1826.

Los numerosos y variados artículos firmados A. B., en aquellas publicaciones, son orijinales, estractados o traducidos por el Sr. D. Andres Bello,—y no a nuestro juicio, sino al de personas competentes, ya traten de literatura amena o de crítica, ya espliquen el uso de una fórmula aljébrica o un fenómeno de la naturaleza, llevan siempre aquellos artículos el sello de recomendacion que ponen a sus producciones, el talento, la reflexion y la propiedad del estilo.

Iguales méritos distinguen a las obras que el Sr. Bello ha publicado en Chile desde su llegada a este pais en 1829. De ellas mencionarémos las siguientes:

«Principios de Derecho internacional: 2.ª edicion correjida y aumentada» — 1844. «Principios de la ortolojía y Métrica de la lengua castellana» — 1835. «Análisis ideolójica de los tiempos de la conjugacion castellana» — 1841. «Teoria del entendimiento» — 1843 y 44 [1]. «Proyecto de código civil» [2] «Discurso en el acto de la instalacion de la Universidad de Chile» en 17 de Setiembre de 1843 [3].

En cuanto a las producciones poéticas del autor reunimos ahora las que ya han visto la luz pública, pero es esta la primera vez que aparecen en un cuerpo.

El mérito de ellas ha sido reconocido desde mui atras. En 1824 reproducian con encomio las prensas de Buenos Aires, los fragmentos del poema titulado «América» [4]. El Cantor de la batalla de Junin, llama «bellisima composicion» a este poema, y en nombre de la «patria y de la buena literatura» se considera autorizado para exijir su continuacion [5]. Un elegante literato al adoptar los pensamientos del Sr. Bello, no cree justo citarle sin añadir el dictado de «escelente poeta» [6] y mas de un periódico de nota se ha recomendado ante el público anunciando la reproduccion de algunas de estas poesías [7]. Finalmente, el elocuente autor de las «Delicias y ventajas de estudio» concluye su escursion por las rejiones de la imajinacion con el siguiente juicio sobre el temple del talento poetico del Sr. Bello:

«Reflexivo como Pindemonte, filosófico por carácter y por la fuerza de su razon, dotado de conocimientos vastos »y profundos, inspirado del cielo para comunicar a sus lectores una centella del fuego divino, ora cante Bello los »gloriosos hechos los claros adalides de nuestra revolucion, despertando recuerdos que ajitan y exaltan el alma; »ora pinte la majestuosa naturaleza, las bellas escenas y las ricas producciones de las rejiones tropicales, entre»gándose a las inspiraciones del entusiasmo; ora nos exorte a la práctica de la virtud y al amor de la patria, »encontraremos siempre en sus composiciones elegancia e independencia, sentimientos puros, alta moralidad, »elevados y nobles pensamientos, y una ardiente pasion a la libertad racional y a la paz [8].»

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA.

¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la herviente cuba:
No de purpúrea fruta o roja o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano

1 Crepúsculo: periódico de Santiago, desde el núm. 1.º al 12 del tomo 1.º—En este mismo periódico (tomo 2.º) se rejistran dos artículos del mismo Sr. Bello, bajo el epígrafe «Historia literaria,» el 1.º sobre el «Orijen del romance caballeresco» y el 2.º sobre la «Influencia de la poesía jermánica en el romance.»

2 En el «Araucano» periódico oficial hebdomadario.

3 Se rejistra en el Araucano de 22 de Setiembre de 1843. «El Dia» periódico de Bogotá del 1.º de Enero de 1844, núm. 203, año 5.º, dice al reproducir este discurso: «El Dia se complace en reproducir íntegramente este documento »sustancioso y profundo en el fondo, como brillante y natural en la forma: es una pieza literaria que confirma la alta »nombradía de su autor, y que descubre en él una alma noble, relijiosa y elevada; manifestando así prácticamente »que la verdadera y sólida ilustracion, lejos de estar en divorcio con los principios morales y relijiosos, necesita »de ellos para su progreso y para hacer la felicidad social.... el Sr. Bello tan conocido en el mundo literario, y sin »disputa el primer literato de América, es el autor de aquel discurso: su nombre solo es la mejor recomendacion de »esta obra con que se engalana «El Dia» al principiar el año de 1844.»

4 «Teatro de la opinion» tomo 2.º núm. 6.

5 D. José Joaquin Olmedo—en la nota 6.ª a su Canto a Bolivar.

6 Rafael María Baralt—«Resumen de la historia de Venezuela:» Paris 1841.

7 Prospecto del «Liceo Venezolano.»

8 El Sr. D. Juan García del Rio.—«Museo de ambas Américas,» tomo 2.º

Que tiene por lindero el orizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De dó la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmin viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta jenerosa
Emula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave [1]
Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de suave
Humo en espiras vagorosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo, [2]
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma [3]
Su vario feudo cria,
Y el ananás sazona su ambrosia:
Su blanco pan la yuca, [4]
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodon despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellon de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha [5]
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para tí el maiz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano;
Y para tí el banano [6]
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las jentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:
No es a la podadera, no al arado
Deudor de su racimo:
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar a sus fatigas mano esclava;
Crece veloz, y cuando exausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.
Mas oh! si cual no cede
El tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
Y como de natura esmero ha sido,
De tu indolente habitador lo fuera!
Oh! si al falaz ruido
La dicha al fin supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano,
Fasto, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusion funesta
Aquellos que fortuna hizo señores
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
Y a la fé mercenaria
Las patrias heredades,
Y en el ciego tumulto se aprisionan
De míseras ciudades,
Do la ambicion proterva
Sopla la llama de civiles bandos,

1 Maguei o pita (*Agave americana*, L.) que da el pulque. (El A.)

2 El café es orijinario de Arabia, y el mas estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoi está Moka. (El A.)

3 Ninguna familia de vejetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre; pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc. (El A.)

4 No se debe confundir (como se ha hecho en un diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raiz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manihot* de Linneo, conocida ya jeneralmente en castellano, bajo el nombre de *yuca*) con la *Yucca* de los botánicos. (El A.)

5 Este nombre se dá en Venezuela a las *Pasifloras* o *Pasionarias*, jénero abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos. (El A.)

6 El banano es el vejetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, y de que sacan mediata o inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no solo da, a proporcion del terreno que ocupa, mas cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vejetales alimenticios, este es el que pide menos trabajo y menos cuidado. (El A.)

O al patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios
La incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo a la fatiga;
Mas la salud estraga en el abrazo
De pérfida hermosura
Que pone en almoneda los favores;
Mas pasatiempo estima
Prender aleve en casto seno el fuego
De ilícitos amores,
O embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
Del asíduo amador fácil oido
Da la consorte: crece
En la materna escuela
De la disipacion y el galanteo
La tierna vírjen, y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
Los ánimos heróicos denodados
Que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festin beodo,
O de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá, modesta,
Orgullo de la patria, y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa lei rejir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas
En la dudosa lid verá sereno;
O animoso hará frente al jenio altivo
Del engreido mando en la tribuna,
Aquel que ya en la cuna
Durmió al arrullo del cantar lascivo,
Que riza el pelo, y se unje, y se atavía
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el dia,
O en criminal lujuria pasa entero?
No asi trató le triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del estado
A la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado;
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh los que afortunados poseedores
Habeis nacido de la tierra hermosa
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganaros y atraeros,
Quiso naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
El mercader que necesario al lujo
Al lujo necesita,
Los que anelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grei de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto cáos:
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amais la libertad? el campo habita,
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,
Va la razon al triunfal carro atada,
Y a la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amais? ¡ah, que el retiro,
La solitaria calma
En que juez de sí misma pasa el alma
A las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscais durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y a su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre, ah! siempre
Donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares.

Que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que a la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
Que de estranjero ornato
Y afeites impostores no se cura?
¿O el corazon escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz espresa
Y a la intencion ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el jesto,
Ni falta allí carmin al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperareis que forme
Mas venturosos lazos himeneo,
Do el interes barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fé por nombre o plata,
Que de conforme gusto, edad conforme,
Y eleccion libre, y mutuo ardor los ata?

Allí tambien deberes
Hai que llenar: cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Aspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
A la sedienta caña:
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España:
Adorne la ladera
El cafetal: ampare
A la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare: [7]
Aqui el verjel, allá la huerta ria...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
Nodriza de las jentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces:
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca: oigo las voces,
Siento el rumor confuso: el hierro suena,
Los golpes el lejano
Eco redobla: jime el ceibo anciano,
Que a numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas, se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera: deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos va a buscar doliente...
¿Qué miro? alto torrente
De sonorosa llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Solo difuntos troncos,
Solo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
Y a los rollizos tallos hurta el dia:

7 El cacao (*Theobroma cacao*, L.) suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*. (El A.)

Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello a la vista, alegre a la esperanza:
A la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá a lo lejos el opimo fruto,
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto, y con la falda en cinta,
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.
¡Buen Dios! no en vano sude,
Mas a merced y a compasion te mueva
La jente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastacion y militar insulto,
Aun mas que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle a tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le alijera,
Cual de dorado sueño
Vision falaz, desvanecido llore:
Intempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrion: el diente impío
De insecto roedor no lo devore:
Sañudo vendabal no lo arrebate,
Ni agote al árbol el materno jugo
La calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
Arbitro de la suerte soberano,
Que suelto el cuello de estranjero yugo
Erguiese al cielo el hombre americano,
Bendecida de tí se arraigue y medre
Su libertad; en el mas hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arredre
Del arte bienhechora,
Que las familias nutre y los estados:
La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
Espiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas do quier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
Suplicios, orfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Motezuma.
Ah! desde el alto asiento,
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz ante la lumbre de tu frente,
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana jente)
El anjel nos envia,
El anjel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente el que a los hombres
Sagrado diste, imprescriptible fuero:
Que alargar le haga al injuriado hermano
(Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme:
Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano.
El corazon lozano
Que una feliz oscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y codicioso de poder o fama,
Nobles peligros ama;
Baldon estime solo y vituperio
El prez que de la patria no reciba,
Y séale mas dulce que el imperio
La libertad, y que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, Patria mia,
Verá la Paz el suspirado dia;
La Paz, a cuya vista el mundo llena
Alma, serenidad y regocijo,
Vuelve alentado el hombre a la faena,
Alza el ancla la nave, a las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo

Y no basta la hoz a las espigas.
¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzais sobre el atónito occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida
Del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambicion, y la lei templo.
Las jentes a la senda
De la inmortalidad, árdua y fragosa
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad; y nuevos nombres
Añadiendo la fama
A los que ahora aclama,
«Hijos son estos, hijos,
(Pregonará a los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo, y en Junin, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al Leon de España.» [1]

—1826.—

FRAGMENTO DE UNA TRADUCCION DEL POEMA DE LOS JARDINES DE DELILLE.

Ya de la primavera el blando aliento
A rejuvenecer el mundo torna,
Trayendo alegre música a la selva,
Flores al campo y a Favonio aromas.
¿A qué nuevo cantar templo la lira?
Ah! cuando el largo luto se despoja
La tierra: cuando el valle y la montaña,
El prado humilde y la floresta hojosa,
Todo de amor y de esperanza rie,
Mi voz tambien tu imperio reconozca,
Jenial Abril! Cante otro las batallas
Y abra al valor los fastos de la gloria:
Pinte el fulmíneo carro de Mavorte,
O ensangriente sus manos con la copa
Del fratricida Atreo, los jardines
Prefiero yo, las dádivas de Flora.
Yo diré como el arte gracias nuevas
Dá al césped, a la flor, la áspera roca,
El parlero cristal, y en la animada
Tabla del suelo, luces mezcla y sombras;
Sabe sitio elejir, y perspectiva;
Uno el designio y varia hace la forma;
Llama al hábil cincel, llama a la noble
Arquitectura, y con sus bellas obras
Decora la mansion del hombre, y hace
A la naturaleza mas hermosa.

Tú que con el vigor juntas la gracia,
Cuando el verso didáctico sazonas,
Musa! si de Lucrecio en los acentos,
De las lecciones áridas la tosca
Austeridad puliste: si su ilustre
Rival, merced a ti, supo al idioma
Del cielo hacer la esteva y el cayado
Digna materia; ven, y un tema adorna
Ménos severo y que a Virjilio mismo
Pudo tentar [2]; mas no la vana pompa
Busquemos de prestados ornamentos:
Ven, y teje a mi frente con mis propias
Flores guirnalda; y cual temprano rayo
Que el orizonte de celajes dora,
Alguna parte alcanzará a mi estilo
De los colores que a mi asunto sobran.

Vió del arte inocente que celebro,
El antiguo universo la primera
Infancia; y desde el tiempo que al colono
El duro suelo avasalló la reja,
Fué a la recreacion dada una parte
Feliz de su dominio, estancia amena
De plantas escojidas, que halagaban
Los ojos y el olfato a competencia.
En rústicos verjeles se complace

1 Esta composicion y la *Alocucion a la Poesia*, formaban parte de un poema con el título «América.» Cambiando luego de propósito su autor, empezó a publicar fragmentos del poema, bajo la modesta denominacion de «Silvas Americanas.»

2 Alusion a los versos 116 y siguientes del L. IV. de las Jeórjicas. (El A.)

El simple lujo do Feacia [1]: eleva
Al aire Babilonia sus pensiles;
Y cuando Roma al orbe dió cadenas,
En parques que cautivas adornaban
Las maravillas de las artes griegas,
Iban los orgullosos vencedores
A deponer el rayo de la guerra.
El saber habitaba los jardines
Un dia, y entre verdes alamedas
Pudo con sobrecejo menos grave
Comunicarse a la pulida Aténas.
El venturoso Eden y el Eliseo
Que el cielo dió por cuna a la inocencia
Y a la virtud por premio, ¿eran acaso,
Jaspëados palacios? Bosques eran,
Lozanos bosques y risueñas fuentes
Y alegres prados de mullida yerba,
Do inaccesible el hombre a los cuidados
En paz vivia y bienandanza eterna.
Tú que a Natura pides que en el campo
Simple se muestre a par que amable y bella,
No a gran precio la insultes, que el injenio
Te manda prodigar, no la riqueza.
Elegante un jardin mas que ostentoso
Un ancho cuadro a nuestra vista ofrezca.
Sé pintor: la campiña y sus matices,
La luz del sol, las sombras de la selva,
El jiro de los cielos, que varía
De las horas y meses la librea,
De las colinas el ropaje verde,
La alfombra del abril en la pradera,
Musgosas rocas, y árboles copados,
Y fujitivas aguas, tal la tela,
Tales son tus pinceles, tus colores.
Naturaleza es tuya, y a tu esperta
Mano, para que formas nuevas cries,
Todas las formas da de la materia.
Mas antes de plantar, antes que toque
El corvo arado el seno de la tierra,
A la naturaleza observa; estudia,
Por modelo la toma y por maëstra.
¿No ves aparecer, vagando acaso
Por apartado sitio, inculta escena
Que te hace el paso suspender, y el alma
En blandas fantasías embelesa?
Copie el pincel, si puede, sus aspectos;
A hermosear el campo, el campo enseña.

Tambien los sitios notarás, que el gusto
Intelijente ornó, y en lo escojido
Escojerás de nuevo. Ya la noble
Pompa de Chantillí, que favorito
Albergue fué a cien héroes, te convida:
Bel-Œil que a lo campestre une lo rico:
Navarra, en que la sombra se complace
Del Grande Henrique; y Tivoli florido,
Cuyas amables formas a la Francia
Hicieron divisar de un nuevo estilo
El modelo primero, como suele
Tímido recatando el botoncillo
Su delicado seno todavía,
Dar de la alegre primavera aviso.
Chanteloup, que te ufanas del destierro
De tu señor; Montreuil, cuyo recinto
Las gracias solazándose trazaron;
Auteuil, Rincy, Limours; ¡qué de atractivos
A la vista ofreceis! cuán dulcemente
Me pierdo en vuestros verdes laberintos!
De aguas rico y de prados y de selvas,
Ostenta el aleman nuevos prodijios.
¿Quién a Rhinberg ignora en que reposo
Halla el valor, las artes domicilio;
Rhinberg, que se retrata en los cristales
De un lago inmenso? ¿A quién no es conocido
Potsdam, que ya en la paz y ya en la guerra
Dominó de la Europa los destinos,
Mansion de la victoria; Bellavista,
Por do las ondas corren sin ruïdo
Del rio, que a la juncia de sus trenzas
Supo enlazar el ramo de Gradivo;
Casel, de sus cascadas orgulloso,
De sus llaños Gosow? Jamas han visto
Campiñas, montes, valles, aguas, bosques
Tan deleitosa variedad de sitios.

Los campos de los Césares te llaman,
Donde te muestra bajo mil aspectos
La Señora del mundo su ruïna,
Y entre despedazados monumentos
Engañada la vista se figura,

---

1 Isla en que reinaba Alcinoo cuyos jardines describe Homero en la Odisea L. VII. (El A.)

En lugar de un jardin ver un museo.
Piramidales árboles alternan
Con mármoles, palacios, bronces, templos,
Sepulcros, urnas, en que errar parece
De Roma antigua el imperial espectro.
De su Aranjuez ufana está la Iberia,
Y del lujo real de San Lorenzo.
¿Y quién no ama tu fresca lozanía,
Fastuoso Prado? No el mezquino juego
Ostentas tú de contrahechas fuentes
Que solaz a la vista pasajero
Muestran, y brevemente fatigadas
Triste dejan la selva y mudo el eco:
Mas sin cesar las aguas resonando
Vivifican tus parques altaneros,
Y en bóvedas, en arcos, en columnas,
Lanzándose animosas, dan al viento
Frescura eterna, y de las patrias cumbres
Igualan el nivel; sitio sobervio,
En que un Borbon la Francia reprodujo,
Y emuló la grandeza de su abuelo.
El Bátavo a su vez, hijo del arte,
En vistosos jardines mudó el cieno
De su anegada patria; mas produce
Hastío allí a la vista el nimio esmero
En peregrinas flores: y esparcidos
Boscajes dan insípido ornamento
A uniformes llanuras en que el rudo
Ceño de las montañas echo ménos.
Empero tus canales, la abundancia
De tus orillas, los movibles lejos
En que el ganado anima la dehesa,
La barca el agua, y el molino el viento,
Tus cabañas, Batavia, tus cortijos,
Tales son tus jardines verdaderos.

Los líquenes, los musgos, la robusta
Verdura de los pinos, vencedora
De los yelos polares, casi solos
El largo invierno al Moscovita adornan.
¿Mas qué resiste al arte? Crudas nieves
El erizado polo en vano acopia:
El fuego vence al aire, y dá Vulcano
En templos de cristal hospicio a Flora.
Fantásticas bellezas ama el chino,
Contrastes pintorescos ambiciona.
De porcelana sus paredes cubre:
Matices vivos, peregrinas formas
Complácese en juntar, pero las gracias
De lo sencillo y natural ignora.
¿Diré de los jardines otomanos
El voluptuoso lujo, en que se gozan
Las hijas del oriente? Allí prodiga
Las rosas el amor y los aromas.
En mármoles y jaspes bulle el agua,
Y toldos de jazmines le hacen sombra:
El céfiro suspira entre azaares,
Y pabellones de cendal tremola.

Mas ya, Inglaterra, a tus orillas vuelo:
A quien Bacon, a quien los dulces cantos
De Milton y de Pope el no sabido
Arte de los jardines enseñaron.
Cayeron a su voz los terraplenes
De viejos parques: del nivel esclavos
No fueron ya mas tiempo los jardines;
Que como al pueblo, hiciste libre al campo,
Y con la libertad un nuevo estilo
Apareció en tus bosques y en tus prados.
¿Qué leda muchedumbre de verjeles,
De hermosas vistas, de hechiceros cuadros,
En su camino tortüoso mira
Aquel altivo rio, que en mil naos
Acarrëando sin cesar a Lóndres
El tributo del mundo, al Océano
Leyes parece dar, rei del comercio,
Y por urna tener la de los hados!
Park Place ¿a quien no agradan tus boscajes
Mas que el vano esplendor de los palacios?
¡Y los tuyos, Leasow, dulce morada
De Shénston, que aun respiras los encantos
De amor y de las musas? Lo elegante
De tus rurales gracias, Hayley, ¡cuánto
Enamora la vista! Bówton, Foxley,
Que sois a vuestros dueños imitando,
Amigos y diversos, el buen gusto
De sí mismo hizo alarde al dibujaros.
Ni a tí tampoco olvidarán mis versos
Chiswick, que unidos gozas los milagros
De la naturaleza y de las artes;
En quien no sé si mas deleita el blando
Verdor de la floresta, o si la noble
Arquitectura que trazó Paladio,
O los vivientes lienzos, que a tu sala
Dió el flamenco pincel y el italiano.

Los sitios dije que imitarse pueden:
Tambien peligros hai que cauto evites.
No de servil imitacion llevado,
Al suelo quieras dar lo que resiste;
Obsérvale antes bien; consulta al Jenio
Que mora en él, y adoracion le rinde.
No impunemente violará sus leyes
El que sin gusto mezcle, alce, derribe:
Que por desatender osado artista
Lo que el local rehusa y lo que pide,
Fantástico parece en las del Sena
Lo que es bello en las márjenes del Tibre.
Descubre perspicaz y diestro adopta
Lo que el terreno de su grado admite.
El arte entonces, mientras copia, inventa:
Es la naturaleza, y la corrije.
Asi Berghem, asi creó el Pusino:
Sus diseños estudia y sus matices
Y lo que debe al campo la pintura
Vuélvalo agradecida a los jardines.
Contempla, pues, el vario aspecto y varia
Indole de la tierra, ya sublime,
Ya entre rudos contrastes caprichosa,
Ya con modestas gracias bella y simple.
Hubo un tiempo funesto, en que tirano
Violentó el arte al suelo, y el declive
Que en blandas lomas recreó la vista
Cambiar osó por esplanadas tristes.
Hoi no menos despótico presume
Montes crear y valles do no existen.
Ambos estremos huye. En ancho llano
Hace reir la montañuela humilde
Que a pintoresca aspira; ¿y de alta sierra
Combatir la aspereza, de qué sirve?
¿Quieres lugar propicio a tus trabajos?
No anivelado campo solicites,
No fragosa montaña, mas la leve
Desigualdal que sin orgullo rie,
Do sin rudeza se levanta el suelo,
Sin uniformidad es apacible.
Andas? El horizonte ande contigo:
Ora se alce la tierra, ora se humille;
Aqui se estreche, y mas allá se estienda;
Y a cada paso un nuevo aspecto admires.
Oscuro agrimensor, en el retiro
Del gabinete, helados trazos forme,
Y jardines jeométricos describa.
Tú al sitio mismo vé. Valles y montes,
Sombras y lejos al papel traslada:
Obstáculos prevé, medios escoje:
De la dificultad nace el milagro,
Y dá belleza el arte a lo disforme.
¿Cuál tan áspero suelo y tan esquivo
Su divino poder no reconoce?
Desnudo está? Frondosos bosques cubran
Su desnudez. Tupido acaso? Dome
La inútil pompa de la tierra el hacha.
Humedo? En vasto lago se trasformen,
O en limpio estanque las impuras ondas,
O el campo bulliciosas alborocen.
Arido en fin? esplora, tienta, escava.
No desesperes: ya el cristal que esconden
Secretas venas, va a brotar. Al modo
Que cuando a largo afan mi injenio pobre
Se rinde exausto, y la difícil rima
Fatiga en valde ingratos pormenores,
Brilla un feliz concepto de improviso
Y numeroso el verso y fácil corre.
Nuevos cuidados restan, arte nuevo,
Empeño superior. Poco es que logres
Embelesar los ojos: habla al alma.
¿Los misteriosos vínculos conoces
Entre lo inanimado y lo sensible?
Percibes de las aguas, de las flores,
De los boscajes la elocuencia oculta?
La muda voz de los desiertos oyes?
Repite sus acentos. En tus obras
Lo bello hechice y lo sublime asombre:
Pasa de lo risueño a lo severo:
Muéstrate fuerte y dulce, simple y noble,
Triste y alegre; y variado el tono
Al variar del gusto se acomode.
Haz que vaya el pintor, a su paleta
Bajo tus mirtos a buscar colores:
Allí, de sacra inspiracion turbado
Cante el poeta, el sábio filosofe,
Y en sus dulces memorias el dichoso,
Y en su llorar el infeliz se goze.
. . . .
. . . .

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA.

CANTO ELEJIACO.

I.

Santa Casa de oracion,
Templo de la Compañía,
Que a plegaria y a sermon
Llamas de noche y de dia
La devota poblacion:

¿Qué esplendor, qué luz es esta
Que sobre tí se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
Es devastadora llama;
Es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
El que por los aires corre:
Ayes son esos que envia
Envuelta en humo tu torre:
Son jemidos de agonía. [1]

Jamas con furor tan ciego,
Prendió escondida centella:
Vióse breve lumbre; y luego
A grande altura descuella
Una cúpula de fuego.

Raudo volcan se me antoja,
Que aglomera nube a nube
De humareda parda y roja,
Y ya hasta los cielos sube,
Y encendida lava arroja.

Cual leon que descuartiza
Descuidada presa hambriento,
Tal, encrespado se heriza,
Tal ruje el fiero elemento,
Que te reduce a ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
A socorrerte anhelante,
Rápido el incendio cunde,
Y hasta el cerro mas distante
Terrífica luz difunde;

Y en cuanto la vista abraza,
Tiñen medrosos reflejos
Toda calle y toda plaza,
Y aun contemplados de lejos
Espanto son y amenaza.

Una vision jigantea
Que negras alas ajita,
En lo alto revolotea:
Soplando, el incendio irrita;
Y sacude humosa tea.

¿Será aquel anjel, al pozo
De perdicion derrocado,
A quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado
Vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema
De fuego, lluvia desciende
Ardiente, que alumbra y quema
La vasta nave, y se estiende
Con voracidad estrema.

Virjen! si compadecida
Te halló siempre el ruego humano,
Deten la fiera avenida:
Tiende el manto soberano
Sobre tu mansion querida;

Sobre tu bella morada,
Donde con ardientes votos
Has sido siempre invocada;
Donde mil lábios devotos
Te llamaron abogada.

---

1 El toque a fuego en las campanas de la iglesia incendiada. (El A.)

Y tú, ¿puedes tolerar
Que así las llamas te ultrajen,
Santo Arcánjel titular? [1]
¿Se cebarán en tu imájen?
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor:
La destruccion es completa:
Arde todo en derredor:
Aun a su Dios no respeta
El fuego consumidor.

II.

Y a tí tambien te devora,
Centinela vozinglero,
Atalaya veladora,
Que has contado un siglo entero
A la ciudad, hora a hora.

Diste las nueve, y prendida
Estabas viendo la hoguera
En que iba a espirar tu vida:
Fué aquella tu voz postrera,
Y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
Ese fatídico acento,
¿Quién imajinó perderte,
Y que en las alas del viento
Iba la voz de la muerte?

Paréceme que decias:
«Adios, patria! el cielo ordena
Que no mas las notas mias
Desenvuelvan la cadena
De tus horas y tus dias.

«Mil y mil formas miré
Nacer al aura del mundo,
Y florecer a mi pié,
Y descender al profundo
Abismo de lo que fué.

«Yo te ví en tu edad primera
Dormida esclava, Santiago,
Sin que en tu pecho latiera
Un sentimiento presago
De tu suerte venidera.

«Y te ví del largo sueño
Despertar altiva, ardiente,
Y oponer al torvo ceño
De los tiranos, la frente
De quien no conoce dueño.

«Ví sobre el pendon hispano
Alzarse el de tres colores;
Suceder a un yermo un llano
Rico de frutos y flores;
Y al esclavo el ciudadano.

«Santiago, Adios! ya no mas
El aviso dilijente
De tu heraldo fiel oirás,
Que los sordos pasos cuente
Que ácia tu sepulcro das.

«Adios! llegó mi hora aciaga
Como llegará la tuya.
No hai cosa que no deshaga
El tiempo, y no la destruya:
Aun a los imperios traga.»

III.

El anjel que guarda y vela
A nuestra patria naciente,
Ya que el incendio encarcela,
Mustio, la mano en la frente,
Al empíreo coro vuela.

Sacióse en el templo santo
El fuego: cesó el bullicio:
Duerme la ciudad: y entanto
Entorno al trunco edificio
Reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea
Lumbre el horror y el asombro:
Frio norte el humo ondea:
Algun denegrido escombro
Acá y allá centellea.

[1] La iglesia de la Compañia tuvo el título de San Miguel Arcánjel. (El A.)

Entre la vasta ruina
Tal vez despierta y se encumbra
Llamarada repentina,
Que fantástica relumbra,
Y todo el templo ilumina;

Mas otra vez se adormece;
Y solamente la luna,
Cuando entre nubes parece,
Sobre el arco y la coluna
Luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor
Reciben nave y capilla
Este tan nuevo esplendor—
Lámpara sola que brilla
Ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido
De infelice ave nocturna
Que busca en vano su nido,
O del aura taciturna
Algun lánguido jemido,

O las alertas vecinas,
O anunciadora campana
De las preces matutinas,
O la lluvia que profana
Las venerables ruinas,

Y bate la alta muralla,
Y los sacros pavimentos,
Triste campo de batalla
De encontrados elementos;
Todo duerme, todo calla.

IV.

Cuando, a vista de un estrago,
Dolorido el pecho vibra,
¿Hai un sentimiento vago
Que nos alienta; una fibra
Que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,
Que cuando rompe y cancela
La fortuna un peregrino
Monumento, nos revela
Mas elevado destino?

¿O con no usada enerjía
Despierta en tu seno el alma
Y bulle la fantasía,
Noche oscura, muerta Calma,
Solemne Melancolía?

Yo no sé en verdad qué sea
Lo que entonces la trasporta:
Absorbida en una idea,
Los terrenos lazos corta
Y libremente vaguea.

Y no es un descolorido
Bosquejo lo que elabora,
Que al pensamiento embebido
El *antes* se vuelve *ahora*,
Y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
Toman colores reales,
Y quebrantan las prisiones
De las arcas sepulcrales
Difuntas jeneraciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insolito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
El silencio secular
De ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
Las heladas osamentas:
De los nichos en que moran
Bajan sombras macilentas:
Negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro
La procesion, que la grada
Monta del hondo retiro,
Y en dos filas ordenada
Hace en torno un lento jiro.

Va a su cabeza un anciano—[1]
Una blanca mitra deja

1 El obispo D. Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía. (El A.)

Asomar su pelo cano—
Cantan, y el canto semeja
Sordo murmullo lejano.

Mueven el lábio, y despues
Desmayados ecos jimen:
La luna pasa al traves
De sus cuerpos; y no imprimen
Huella en el polvo sus piés.

No, no es cosa de este mundo,
Ni es lustre de ojos humanos,
El de aquel mirar profundo:
Sendas hachas en sus manos
Dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere
A lo que en el aire zumba
Y en tristes cadencias muere,
Se oye el cantar de la tumba,
El lúgubre Miserere.

«El brazo airado deten,
Muestra benigno el semblante,
¡Sumo Autor de todo bien!
Para que otra vez levante
Sus muros Jerusalen.» [1]

V.

Pero ya rayó la aurora,
Y a su luz, cada vez mas
La vision se descolora,
Y al fin, como un leve gas,
Por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera
Sube el primer sol de junio,
Y apresura (cual si huyera
De ver tamaño infortunio)
Entre nubes su carrera.

Ah! lo que ayer parecia
Fábrica eterna, ¿quién pudo
Adivinar que hoi seria
Tostados leños, desnudo
Paredon, ceniza fria?

Entre el pavor y el respeto
Contempla el vulgo curioso
(¡Horrible y mísero objeto!)
De lo que fué templo hermoso
El mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;
No arde el incienso suave;
Polvo inmundo afea el ara...
¿Mas por qué en lo menos grave
El pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo...
Tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalen!, rasga el manto,
Por tu pálida mejilla
Hilo a hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
El Señor; y dió al olvido
La fiesta de la semana;
Y su tienda ha demolido,
Y desechó su peana. [2]

Callan, ¡ai!, eternamente
La iglesia, la torre, el coro.
Calló el rezo penitente;
Calló el repique sonoro;
Calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado:
Duelo cubre y confusion
Al Sagrario desolado;
Y la hija de Sion
Es un cadáver tiznado.

Santiago de Chile—1841.—

---

1 Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalen. Psalm. 50, v. 19. (El A.)
2 Non est recordatus scabelli pedum suorum in die furoris sui.
Succendit in Jacob quasi ignem flammæ devorantis in gyro.
Demolitus est tabernaculum suum: oblivioni tradidit Dominus festivitatem et sabbatum.
Jerem. Thren. II; 1, 3, 6. (El A.)

EL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE.

ODA.

I.

DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE, hermosa fiesta
De Chile, alegre dia,
Que nos viste lanzar el grave yugo
De antigua tiranía;

Cánticos te celebren de victoria,
Que blanda el aura lleve
Desde la verde playa hasta las cumbres
Coronadas de nieve.

Desde el desierto en que animal ni planta
Viven, y solo suena
La voz del viento, que silbando empuja
Vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan.
Islas mil, de la dura
Humana lei esentas, paraisos.
De virjinal verdura;

El diez y ocho se cante *de Setiembre*;
Y en la choza pajiza,
En el taller, en la estucada sala
Que la seda tapiza:

A su loor alborozados himnos
Canora fama siembre,
Y bulliciosos ecos le respondan:
«*Diez y ocho de Setiembre.*»

II.

Cual águila caudal, no bien la pluma
Juvenil ha vestido,
Sufre impaciente la prision estrecha
De su materno nido;

Y dòcil al instinto vagoroso
Que a elevarse atrevida
Sobre la tierra, y a esplorar los reinos.
Etéreos la convida,

Las inespertas alas mueve inquieta,
Y enderezada al cielo
La vista, al fin se lanza, y ya por golfos
De luz remonta el vuelo;

Asi el pecho sentiste, Patria mia,
Latir con denodados
Brios de libertad, y te arrojaste
A mas brillantes hados:

Así el dia inmortal, de que hoi tus hijos
Bendicen la memoria,
Intrépida te vió, sublime, altiva,
Campos buscar de gloria.

III.

«No mas,» dijiste, «un jeneroso pueblo
Dormite en ocio muelle:
Ser libre, jure; y con su sangre el voto,
Si es necesario, selle.

«Bramarán los tiranos; guerra y luto
Decretarán traeros,
Y convertir en servidumbre eterna
Los recobrados fueros.

«Pero ¿cuándo en las lides la victoria
No ha coronado al fuerte,
Que a la ignominia de servil cadena
Antepuso la muerte?

«Que si al tirano alguna vez sonrie
La Fortuna indecisa,
Múdase presto en afrentoso escarnio
La halagüeña sonrisa;

«Y semejante al pueblo poderoso
Que sojuzgó la tierra,
Perdió la libertad muchas batallas,
Pero ninguna guerra »

Dijiste, y el sagrado juramento
En simultáneo grito
Sonó, y en los chilenos corazones
Fué para siempre escrito.

IV.

Dia feliz! cuando asomó la aurora
Sobre la ajigantada
Cabeza de los Andes, y la diuca [1]
Te cantó la alborada;

Dime, ¿qué nuevas hojas en el libro
Que de pueblos y jentes
Contiene en caractéres inefables
Destinos diferentes;

¿Qué nuevas hojas desvolvió la Mano
Eterna? ¡Qué guardadas
Eras del porvenir chileno abrieron
Sus pájinas doradas?

¿Qué nobles hechos de alentado arrojo,
O de valor sereno,
De patrio amor y de virtud constante,
llevabas en tu seno?—

Los innatos derechos proclamados,
Del hombre; la española
Corona hollada, y concedido el cetro
A la Lei santa sola;

De dos pueblos nacientes, ya en el brio
A en la esperanza grandes,
Al choque impetuoso quebrantada
La valla de los Andes;

Los campales trofeos, que decoran
Allá el monte, acá el llano,
Y los que hendido de chilenas quillas
Vió absorto el Océano;

Y los que, cuando nada en Chile resta
Que no ceda y sucumba,
Dos veces vindicaron de los Incas
La profanada tumba—

Tales ejemplos de valor tu seno
Fecundo contenia,
Diez y ocho de Setiembre, memorable
y bienhadado dia:

Como a la colosal futura palma
Tierno jérmen oculta,
Que será de los campos ornamento
Cuando descuelle adulta,

Y contrastar sabrá de procelosos
Huracanes la guerra,
Y dará fruto sazonado, y sombra.
tutelar a la tierra.

V.

Crece así tú, ¡querida Patria! crece,
Y tu cabeza altiva
Levanta, ornada de laurel guerrero,
Y fructuosa oliva.

Y florezca a tu sombra la Fé santa
De tus padres; y eterna
La libertad prospere; y se afiance
La dulce Paz Fraterna;

Y en tu salud y bienestar y gloria
Con la mente y la mano
Trabajen a porfía el rico, el pobre,
El jóven, el anciano;

El que con el arado te alimenta,
O tus leyes esplana,
O en el sendero de las ciencias guia
tu juventud lozana,

O con las armas en la lid sangrienta
defiende tus hogares,
O al Infinito Ser devoto incienso
Ofrece en tus altares.

VI.

Pero del rumbo en que te engolfas mira
Los aleves bajíos

---

1 *Fringilla Diuca.* Ave pequeña de color turquí, que segun el abate Molina: «su canto es delicioso, especialmente al amanecer, viviendo al rededor de las casas».....

Que infaman los despojos miserables
Ai! de tantos' navíos.

Aquella que de léjos verde orilla
A la vista parece,
Es edificio aereo de celajes,
Que un soplo desvanece.

Oye el bramido de alterados vientos
Y de la mar, que un blanco
Monte levanta de rizada espuma
Sobre el oculto banco;

Y de las naves, las amigas naves,
Que soltaron a una
Contigo al viento las flamantes velas,
Contempla la fortuna.

¿Las ves, arrebatadas de las olas,
Al caso estremo y triste
Apercibirse ya?... Tú misma, cerca
De zozobrar te viste.

VII.

A tus consejos, a tu pueblo, sabia
Moderacion presida;
Y a la insidiosa Furia, cuyo aliento
Emponzoña la vida;

Que de la Libertad bajo el augusto
Velo esconde su fea
Lívida forma, y el puñal sangriento,
Y la prendida tea;

No confundas incauta con la vírjen
Hermosa, pudibunda,
A quien el íris viste, a quien la frente
Fúljida luz circunda;

Nodriza del injenio y de las artes,
De la Justicia hermana,
Que fecunda y alegra y ennoblece
La sociedad humana.

Así florecerás, Patria querida:
Tus timbres venideros
Así responderán a los ensayos
De tu virtud primeros.

Y, del héroe a quien dió del Santa undoso
La enrojecida orilla
Eterno lauro, el héroe que hoi ensalzas
A la suprema silla.

Pasando el grave cargo, en gloriosa
Serie, de mano en mano;
Madre serás de jentes, que tu suelo,
Antes fecundo en vano,

Densas habitarán, libres, felices;
Y con mas alegría
Cantarán cada nuevo aniversario
De este solemne dia.

—1841.—

A OLIMPIO. [1]

IMITACION DE VICTOR HUGO.

I.

¿Recuerdas, Olimpio, aquella
Unica amistad constante,
Que no copió en su semblante
Las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
Que en la miseria ha dejado
A tu corazon llagado
Por último bien el cielo?

1 *Olimpio* es un patriota eminente, denigrado por la calumnia, y que se consuela de la desgracia en las meditaciones solitarias de una filosofía induljente y magnánima. No sabemos quien fuese el personaje que V. H. se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas no han faltado *Olimpios*.

Testigo de los azares
De la encarnizada lidia
En que te postró la envidia,
Que hoi te abruma de pesares;

Así te dijo; — y en tanto,
Una luz serena y clara
Desarrugaba tu cara,
Mojando la suya el llanto:

«¿Eres tú aquel cuya gloria
Ensalzaron nobles plumas,
Y miraban de reojo
Mil envidias taciturnas?

«Acatábante en silencio
Las jentes: la infancia ruda
A escucharte se paraba,
Como la vejez caduca.

«Eras meteoro ardiente
Que en una noche profunda
Se lleva tras sí los ojos,
Cuando por el cielo cruza.

«Y ahora arrancada palma,
Doblas tu cabeza mustia:
No te dá apoyo la tierra,
No dás al aire verdura.

«¡Cuántas frentes a la sombra
Acostumbraba la tuya!
Y ahora ¡qué de sonrisas
Irónicas te saludan!

Ajado está el bello lustre
De tu blanca vestidura;
Los que galante adoraron,
Andrajoso, te hacen burla.

«La detraccion en tu vida
Clavó sus garras impuras:
Es texto a malignas glosas
Tu reputacion difunta;

«Y como helado cadáver,
Desfigurada, insepulta,
Sabandijas asquerosas
Por todas partes la surcan.

«Revelada por la llama
Que a tu memoria circunda,
Tu existencia es un terrero
Que cuantos pasan insultan;

«Y cien silbadoras flechas
Vienen a herirla una a una,
Que en tu corazon inerme
Hondas encarnan la punta.

«Y con festivos aplausos
Cuenta el vulgo las agudas
Heridas y los dolores
Y las ansias moribundas:

«Como suelen bandoleros,
Al ver la presa segura,
Contar monedas y joyas
Que reciente sangre enturbia.

«El alma, que de lo recto
Era un tiempo norma augusta,
Es ya como la taberna
Que por la noche relumbra;

«A cuya reja se apiñan
Curiosos, por si se escucha
El canto de locas órjias,
O de las riñas la bulla.

«Cortaron tus esperanzas,
Flor de que nadie se cura,
Manos crueles, y al suelo
Las dán en trizas menudas.

«Nadie te llora; tu suerte
Ningun corazon enluta;
Tu nombre es un epitafio
De desmoronada tumba;

«Y el que con dolor finjido
Alguna vez lo pronuncia,
Es como el que muestra escombros
De arruinada arquitectura,

«Que un tiempo adornaron jaspes
Y sustentaron columnas,
Y ya malezas la cubren,
Y vientos y aguas la injurian.

III.

«Mas ¿qué digo? En la miseria
Mas elevado y sublime
Te muestras a quien la altura
De tus pensamientos mide.

«Tu existencia, combatiendo
A los contrapuestos díques,
Suena como el occëáno
Que asalta los arrecifes.

«Los que observaron de cerca
La lucha, vuelven y dicen
Que inclinándose a la márjen
Vieron tremenda caríbdis;

«Mas puede ser que la vista
Calando ese abismo horrible,
La perla de la inocencia
En lo mas hondo divise.

«Turba los ojos la niebla
De que pareces vestirte;
Mas sobre ella un claro cielo
Serenas lumbres despide.

«¿Qué importa al fin, que el mundo
Contra tu entereza lidie,
Alzando nubes de polvo
Que cualquier soplo dirije?

«Para juzgar ¿qué derecho,
Qué título nos asiste?
¿Qué objeto no es un enigma
Para los ojos mas linces?

«¿La certidumbre?... ¡Insensatos,
Que imajinais tierra firme,
La que celajes vistosos
En vuestro discurso finjen!

«Así puede asirla el juicio
Del hombre, como es posible
A la mano asir el agua
Sin que presta se deslize.

«Moja apenas, y al instante
Huye; y al pecho que jime,
Y al ardiente labio, nada
Deja que la sed mitigue.

¿Es dia? ¿Es noche? Los ojos
Nada absoluto distinguen:
Toda raiz lleva frutos;
Y todo fruto raices.

«Apariencias nos fascinan,
Ya sombras densas contristen
La vista, o ya luminosos
Colores la regocijen.

«Un objeto mismo a visos
Diferentes llora y rie:
Por un lado, terso lustre;
Por el otro, oscuro tizne.

«La nube en que el marinero
Vé rota nave irse a pique,
Para el colono es un campo
Que doradas mieses rinde.

«¿Quien habrá que los misterios
Del pecho humano escudriñe?
¿Quién, que las transformaciones
Varias de un alma adivine?

«Larva informe surca el lodo;
Y tal vez mañana, libre
Mariposa, alas de seda
Despliegue, y aromas libe.

IV.

«Pero tú penas ¿y cómo
Pudo ser que no penaras,
Oh víctima sin ventura
De persecucion villana?

«¿Tú a quien la calumnia muerde
Lo mas sensible del alma?
¿Tú en quien el sarcasmo agota
Sus flechas enherboladas?

«Herido leon, huiste
A la selva solitaria;
Y allí memorias acerbas
Te hacen mas honda la llaga.

«Entregado a ellas vives;
¡Y cuántas veces, ai, te halla
La noche en la actitud misma
En que te halló la mañana!

«¡Dichoso, cuando a la sombra
En que tu pecho descansa;
La sombra, de los que piensan
Favorecida morada;

«Desde el alba hasta el ocaso,
Desde el ocaso hasta el alba,
Contemplando las facciones
Del valle y de la montaña;

«Atento al tapiz musgoso
Que las rocas engalana,
Al sosiego de los campos,
O al tumulto de las aguas;

«A la lozana verdura
De hierbas jamas holladas,
O a la nieve que los montes
Empinados amortaja;

«A la bostezante gruta
De tenebrosa garganta,
Y de verde cabellera,
Con florecida guirnalda;

«O a la mar, do las antorchas
Del mundo su curso acaban,
Que como un pecho viviente
Respirando sube y baja;

«O siguiendo con los ojos
Desde la arenosa playa,
Al lijero esquife, alegre
Depósito de esperanzas;

«Que las velas tiende y huye,
Huye, y rompe la delgada
Hebra que ata el duro pecho
Del marinero a la patria;

«Sobre el risco, donde tantos
Dispersos rumores vagan;
Bajo la espesura umbrosa,
Donde ni el silencio calla:

«A los ecos das un eco;
A las confusas palabras
De místicas armonías
Vibra tu mente inspirada;

«Y concurres al inmenso
Coro que todo lo abraza,
Lo que remontado vuela,
Y lo que humilde se arrastra;

«Coro de infinitas voces
Que suspende y arrebata,
Y en que la naturaleza
A todos los seres habla!

V.

«Consuélate, que algun dia,
Y no distante quizas,
El imperio de las almas
A la tuya volverá;

«Y ha de verse, ante los ojos
Mas obcecados, brillar
Con nueva luz, de tu frente
La nativa majestad:

«Como joyel, a que el polvo
Deslustró la tersa faz,
Nuevamente acicalado
Para fiesta nupcial.

«En vano tus enemigos,
De la sátira mordaz
Contra tu pecho inocente
Aguzaron el puñal;

«Y divulgaron secretos
Fiados a la amistad,
Como quien derrama el agua
Sobre el camino real.

«En vano, en vano su furia
Humillada lanzarán

Contra tu nombre, a manera
De enhambrecido chacal,

«Que para saciar la rabia
De su apetito voraz
Desgarra la última carne
Del hueso roido ya.

«Esos hombre que te ponen
Piedras en que tropezar
Y de asechanzas te cercan,
No, no prevalecerán.

«Pasarán, como vislumbres
Entre espeso matorral,
Que a merced del viento corren,
Y no dejan huella atras.

«Te detestarán, sin duda,
Con el rencor infernal
Que alimenta contra el cielo
El pecho de Satanás;

«Pero las voces de muerte,
Que como ardiente raudal
Salen de su boca impía,
Leve soplo estinguirá.

«Mira entretanto con ojos
De jenerosa piedad
A los que de un bajo instinto
Arrastra el poder fatal;

«A los que en densa ignorancia
Sumidos no ven rayar
Celeste albor, que ilumine
Su mísera ceguedad;

«Que llaman luz a la sombra;
Y bonanza al huracan,
Y andan a tientas, sin rumbo,
Sin lei, sin fé, sin altar:

«Al soberbio que levanta
Contra el débil el procaz
Estrépito del torrente,
Demolido el valladar;

A la mujer seductora,
Desamorada beldad,
A quien la sonrisa, estudio,
A quien es arte el mirar;

«Y en cuyo ropaje, suelto
A los vientos, redes hai,
Redes, que prenden las almas
En dura cautividad;

«Al ambicioso que trepa
Sobre el ambicioso, a par
De la yedra, que a sí misma
Entretejiéndose vá;

«A la turba lisonjera
Que rinde a cada deidad
Efímera el torpe incienso
De su adoracion venal;

«Y a declamadores vanos,
Que hacen ruido y no mas,
Oráculos que atestiguan
La insensatez jeneral.

«¿Qué son contigo esos hombres
De un dia, enjambre fugaz
De insectos que vió la aurora,
Y la tarde no verá?

«Ellos son viles, tú grande,
Es el interes su iman,
La gloria el tuyo: la guerra
Apetecen, tú la paz.

«Nada hai comun a la suya,
Y a tu carrera inmortal;
Ni se puede su alegría
A tu dolor igualar;

«Que es sublime y grandioso
Espectáculo el que dá
La mano dispensadora
Que reparte el bien y el mal,

«Y alejando al jenio el cebo
De lo vano y lo falaz,
Lo labra con el arado
Que se llama adversidad.»

VI.

¡Olimpio! un amigo fiel
Entonces te hablaba así,
Queriendo apartar de tí
La henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga
Que antes te halagó perjura,
Quiso de la desventura
Alijerarte la carga.

Y tú, si en tono mas grave,
No de metal diferente,
Como el gran rio a la fuente,
Como al esquife la nave,

Le hablaste;—y cruzó veloz
Una sombra tu semblante;
Y un tierno afecto un instante
Hizo vacilar tu voz:

VII.

«No me consueles, ni te aflijas! vivo
Pacífico y sereno,
Que solo miro al mundo de las almas,
No a ese mundo terreno.

«Ni es tan perverso el hombre, la fortuna,
Liberal o mezquina,
Tiñe en puro licor o en turbias heces
La copa cristalina.

«Del estrecho teatro, que aprisiona
Tu pensamiento, el mio
Oye a lo lejos el rumor, y vuela
A su libre albedrío.

«Si murmura la fuente, o solitaria
Bulle una verde orilla,
O viene a mis oidos el arrullo
De amante tortolilla;

«O el esquilon de las exequias llora
En la torre sublime,
O de los sauces la colgante rama
Sobre las cruces jime;

«Paréceme que huello excelsa cumbre,
A do conduce el viento,
De cuanto ser criado habita el orbe
Una voz de lamento.

«Allí la pequeñez a la grandeza,
El barro al oro igualo;
Y exploro los arcanos del abismo,
Y el firmamento escalo.

«Cuando el humo lejano se levanta
De humilde choza, pienso
Que en el ara se exhala, do se quema
A Dios devoto incienso;

«Y de dispersas luces por la noche
Sembrada la llanura,
El infinito espacio tachonado
De soles me figura.

«Contemplo allí de lejos cuanto puebla
La tierra, el mar profundo,
Y miro al hombre, misterioso mago,
Atravesar el mundo.

«Y como suele el pájaro a su pluma,
Me entrego al pensamiento;
Y entiendo qué es la vida, y lo que dice
Aquel doliente acento.

«¿Y quieres que murmure de mi suerte?
¿Cuál es el hombre, díme,
A quien, parcial el cielo, de la carga
Universal exime?

«Yo que lóbrega noche vivo ahora,
En mi denso horizonte
Conservo, cual rosada luz, que deja
La tarde en alto monte,

«La llama del honor, divina lumbre,
Que en apacible calma,
Todavía ilumina lo mas alto,
Lo mas puro del alma.

«Sin duda un tiempo—¿Que razon temprana
De este modo no yerra?—

Sueños dorados vi, cuales el hombre
Suele ver en la tierra.

«Vi alzarse mi existencia coronada
De visiones hermosas;
Mas qué; ¿Debí juzgar que fuese eterna
La vida de las rosas?

«Las ilusiones que tocar pensaban
Mis infantiles manos,
Disipó la razon, como disipa
La aurora espectros vanos.

«Y digo ya a la dicha lo que dice
Navegante que deja
El suelo patrio, a la querida orilla
Que mas y mas se aleja.

«Señala Dios a todo ser que nace
Su herencia de dolores,
Como, a la aurora, un amo a sus obreros
Reparte las labores.

«Animo, pues! ¿qué importa a un alma grande,
Destello peregrino
De antorcha celestial, eso que el hombre
Suele llamar destino?

«Ni elacion en la frente jenerosa,
Ni aparezca desmayo,
Ora brille a los ojos la serena
Luz del dia, ora el rayo.

«Brame allá bajo la preñada nube
Que tempestades mueve,
Y su tranquilidad conserve el alma,
Cual la cumbre su nieve.

«Forceja en vano el rebelado orgullo
Contra la lei severa
(Necesidad o espiacion se llame)
Que al universo impera;

«Rueda fatal, que a todo lo criado
En movimiento eterno
Jirando abruma, y de una mano sola
Reconoce el gobierno.»

LAS FANTASMAS,

IMITACION DE UNA DE LAS ORIENTALES DE VICTOR HUGO.

I.

¡Ah, qué de marchitas rosas
En su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
Muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
Rinda su alegre esperanza
A la hoz del segador:
Es forzoso que la danza
En el gozo fugaz de los festines
Huelle los azahares y jazmines:

Que huyendo de valle en valle
Sus hondas la fuente apure;
Y que el relámpago estalle
Y un solo momento dure;
Y el vendabal que perdonó a la zarza
La fresca pompa del almendro esparza.

El jiro fatal no cesa:
La aurora anuncia el ocaso.
En torno a espléndida mesa,
Jovial turba empina el vaso:
Unos apenas gustan, y ya salen:
Pocos hai que en el postre se regalen.

II.

Murieron, murieron mil!
La rosada, y la morena;
La de la forma jentil;
La de la voz de sirena;
La que ufana brilló; la que otro ornato
No usó jamas que el virjinal recato.

Una, apoyada la frente
En la macilenta palma,
Mira al suelo tristemente;
Y al fin rompe al cuerpo el alma
Como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
Quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra en un nombre querido
Con loca fiebre delira:
Otra acaba, cual jemido
Lánguido de eolia lira,
Que el viento pulsa; o plácida fallece,
Cual sonriendo un niño se adormece.

Todas nacidas apenas,
Y ya cadáveres frios!....
Palomas, de mimos llenas,
Y de hechiceros desvios:
Primavera del mundo, apetecida
Gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?
¿Ni una voz? ¿ni una mirada?
¿Tanta llama, hecha pavesa?
¿Y tanta flor, deshojada?....
Adios! huyamos a la amiga sombra
De anciano bosque; pisaré la alfombra

De secas hojas, que crujan
Bajo mi pié vagoroso....
Fantasmas se me dibujan
Entre el ramaje frondoso:
A incierta luz siguiendo voi su huella,
Y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
Y mi sombra despertó?
¿Como ellas estoi yo muerto?
¿O ellas vivas como yo?
Yo la mano les doi entre las ralas
Calles del bosque, ellas a mí sus alas;

Y a su forma vaga, etérea
Mi pensamiento se amolda....
A do, meciendo funérea
Colgadura el sauce entolda
Un blanco mármol, de tropel se lanzan;
Y en baja voz me dicen, ven!.... y danzan.

Vanse luego paso a paso
Por la selva, y de repente
Desparecen.... Yo repaso
La vision acá en mi mente,
Y lo que entre los hombres ver solia,
Reproduce otra vez la fantasía.

III.

Una entre todas!.... tan clara
La bella efijie, el semblante
Me recuerdo, que jurara
Estarla viendo delante:
Crespas madejas de oro su cabello;
Rosada faz: alabastrino cuello;

Albo seno, que palpita
Con inocentes suspiros;
Ojos que el júbilo ajita,
Azules como zafiros
Y la celeste diáfana aureola
Que en sus quince a las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
De un liviano afecto, cupo:
No supo jamas de amor;
Aunque inspirarlo sí supo.
Y si cuantos la ven, la llaman bella,
Nadie al oido se lo dice a ella.

El baile fué su pasion,
Y costóle caro asaz:
Deslumbradora ilusion,
Que pasatiempo y solaz
A todo pecho juvenil ofrece;
Pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
Sobre su sepulcro alguna
Nube de cándida gasa,
Que hace fiestas a la luna,
O el mirto que lo cubre el viento mece,
Rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envia,
Que para el baile la empeña;
Y si piensa en él de dia
En él a la noche sueña;
Vuélanle en derredor regocijadas
Visiones de danzantes, silfios y hadas;

Y la cercan plumas, blondas,
Canastillas y bandejas,
Mué de caprichosas ondas,
Crespon, de que las abejas
Pudieran hacerse alas; cintas, flores,
Tocas de for[illegible] de mil colores.

IV.

Ya llega.... los elegantes
Le hacen rueda; luce el rico
Bordado; en los albos guantes
Se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta:
Y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ájil salta o se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza
Crencha del pelo dorado,
Brillan, como dos astros en la ceja
De luz, que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
Juego, donaire, alegría,
Inocencia.... En una oscura,
Solitaria galeria
Yo, que los grupos móviles miraba,
A Lola pensativo contemplaba....

Pensativo.... caviloso....
Y triste no sé si diga:
En el baile bullicioso
El loco placer hostiga:
Enturbia el tedio la delicia, y rueda
Impuro polvo en túnicas de seda.

Lola en la festiva tropa
Va, viene, revuelve, jira:
Valse! cuadrilla! galopa!
No descansa, no respira;
Seguir no es dado el fujitivo vuelo
Del lindo pié, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones.
Alegre canto, reflejos
De arañas y de blandones
De lámparas y de espejos;
Flores, perfumes, joyas, tules, rasos
Grato rumor de voces y de pasos,

Todo la exalta; la sala
Multiplica los sentidos.
No sabe el pié si resbala
Sobre cristales pulidos,
O sobre nube rápida se empine,
O en ajitadas olas remoline.

V.

¡De dia ya!.... ¿Cuando tarda
La hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
Por la capa de satin;
Y bajo la delgada mantellina
Cuela alevosa el aura matutina.

Ah! qué triste tornaboda!
Risas, placeres, adios!
¡Adios, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
Al baile, ardor febril que la desvela,
Dolor que punza, y respirar que anhela,

Y a la fresca tez rosada
La cárdena sigue luego,
Y la pupila empañada
A la pupila de fuego.
Murió.... la alegre! la jentil! la pura!
La amada!.... el baile abrió su sepultura.

Murió.... la muerte la arranca
Del abrazo maternal—
Último abrazo—y la blanca
Vestidura funeral
Le pone, en vez del traje de la fiesta,
Y es en un ataud donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
Guarda la escojida flor,
Que prendida llevó al seno;
Y aun conserva su color:
Cojióla en el jardin su mano hermosa,
Y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡qué distante
De adivinar su fortuna,
Cuando la arrullaba infante,
Cuando la meció en la cuna,
Y con solicitud, con ansia tanta
Miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?.... Su amor, su Lola,
Cebo del gusano inmundo,
Amarilla, muda, sola,
En un retrete profundo
Duerme; y si en clara noche del hibierno
Interrumpe la luna el sueño eterno,

Y a solemnizar la queda
Los difuntos se levantan,
Y en la apartada arboleda
Fúnebres endechas cantan;
En vez de madre, un descarnado y triste
Espectro al tocador de Lola asiste.

«Hora es» dice: «date prisa»;
Y abriendo los pavorosos
Labios con yerta sonrisa,
Pasa los dedos nudosos
De la descomunal mano de hielo
Sobre las ondas del dorado pelo;

Y luego la besa ufano,
Y de mustia adormidera
La enguirnalda, y de la mano
La conduce a do la espera
Saltando entre las tumbas coro aerio,
A la pálida luz del cementerio,

Y tras un alto laurel
La luna su faz recata,
Sirviéndole de dosel
Nubes con franjas de plata,
Que el íris de la noche en torno ciñe,
Y de colores opalinos tiñe.

VI.

Niñas! no el placer os tiente
Que víctima tanta inmola:
Mas tened, tened presente
A la malograda Lola;
La compañera hermosa, amable, honesta,
Arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
Gracia, beldad, lozanía,
Y de todas estas flores
Una guirnalda tejía,
Y cuando en matizarla se divierte,
A esta dulce labor da fin la Muerte.

LA ORACION POR TODOS.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

I.

Ve a rezar, hija mia. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo:
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va a colgar su pabellon.

Sacude el polvo el árbol del camino,
Al soplo de la noche; y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreon.

Mira! su ruedo de cambiante nácar
El occidente mas y mas angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúljido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y a los destellos últimos del dia
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda jime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El dia es para el mal y los afanes:
Hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oracion y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los piés desnudos,
Fé en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, a un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre su cama volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento a las vermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adormece su mente virjinal.

¡Oh dulce devocion, que reza y rie!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraiso!
¡Preludio del concierto celestial!

II.

Ve a rezar, hija mia. Y ante todo
Ruega a Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el ser, y la mitad mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega despues por mí. Mas que tu madre
Lo necesito yo.... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, a nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean
A ti jamas!... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza a la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo, y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un dia
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda a los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que a la gloria
Guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataud.

La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mia, a rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirijir te baste;
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres Grandeza; eres Bondad; perdon!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende a su fin: a la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer.
Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oracion en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
Soi como el fatigado peregrino,
Que su carga a la orilla del camino
Deposita y se sienta a respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso a mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga,
Que me agovia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
En esta noche de pavor, el vuelo
De un anjel compasivo, que del cielo
Traiga a mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada dia,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno esprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implores:
Por justos y pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez.
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace ahullar el canto obsceno
De nocturno bacanal.
Y por la velada vírjen
Que en su solitario lecho
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y a la afliccion.
Que no da sustento al hambre,
Ni a la desnudez vestido,
Ni da la mano al caido,
Ni da a la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza cruel.
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor.
Por la razon que leyendo
En el gran libro, vijila;
Por la razon que vacila;
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.

Acuérdate aun del malvado
  Que a Dios blasfemando irrita.
  La oracion es infinita:
  Nada agota su caudal.

IV.

Hija!, reza tambien por los que cubre
  La soporosa piedra de la tumba,
  Profunda sima adonde se derrumba
  La turba de los hombres mil a mil:
Abismo en que se mezcla polvo a polvo,
  Y pueblo a pueplo; cual se ve a la hoja
  De que al añoso bosque abril despoja,
  Mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
  Donde segada en flor yace mi Lola,
  Coronada de anjélica aureola;
  Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
  Que las restauren a su ser primero,
  Y purguen las reliquias del grosero
  Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija! cuando tú duermes, te sonries,
  Y cien apariciones peregrinas,
  Sacuden retozando tus cortinas;
  Travieso enjambre, alegre, volador.
Y otra vez a la luz abres los ojos,
  Al mismo tiempo que la aurora hermosa
  Abre tambien sus párpados de rosa,
  Y da a la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas!... si supieras
  Qué sueño duermen!... su almohada es fria:
  Duro su lecho; anjélica harmonía
  No regocija nunca su prision.
No es reposo el sopor que las abruma;
  Para su noche no hai albor temprano;
  Y la conciencia, velador gusano,
  Les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
  Hará que gozen pasajero alivio,
  Y que de luz celeste un rayo tibio
  Logre a su oscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
  Una tregua a sus víctimas conceda,
  Y del aire, y el agua, y la arboleda,
  Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
  La sombra ves, que de los cielos baja,
  La nieve que las cumbres amortaja,
  Y del ocaso el tinte carmesí:
¿En las quejas del aura y de la fuente
  No te parece que una voz retiña,
  Una doliente voz que dice: «niña,
  Cuando tu rezes, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muertos
  Que oraciones alcanzan, no escarnece
  El revelado arcánjel, y florece
  Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ai! A los que yacen olvidados
  Cubre perpetuo horror, hierbas estrañas
  Ciegan su sepultura; a sus entrañas
  Arbol funesto enreda la raiz.

Y yo tambien (no dista mucho el dia)
  Huesped seré de la morada oscura,
  Y el ruego invocaré de un alma pura,
  Que a mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas
  Y para mí la eterna paz implores,
  Y en la desnuda losa esparzas flores,
  Simple tributo de amorosa fé.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
  Si disipadas fueron una a una
  Las que mecieron tu mullida cuna
  Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
  Te arrancará una lágrima, un suspiro
  Que llegue hasta mi lóbrego retiro
  Y haga mi helado polvo rebullir.

— 1843. —

MOISES SALVADO DE LAS AGUAS.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

«Compañeras, al baño! alumbra el dia
La cúpula lejana:
Duerme en su choza el segador; y enfria
Las ondas la mañana.

«Ménfis apenas bulle; hospedadora
Nos da la selva abrigo:
Y tendremos, amigas, a la aurora
Por único testigo.

«De Faraon mi padre, el jaspeado
Palacio al mundo asombra;
A mí del bosque el pabellon, del prado
Me agrada mas la alfombra.

«¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
Y el mármol de colores,
A par del Nilo y de esta verde orilla
Esmaltada de flores?

«No es tan grato el incienso que consume
En el altar la llama,
Como entre los aromos el perfume
Que el zéfiro derrama.

«Ni en el festin real me gozo tanto,
Como en oir la orquesta
Alada, que esparciendo dulce canto
Anima la floresta.

«¿Veis cual se pinta en la corriente clara
El puro azul del cielo?
El cinto desatadme, y la tiara,
Y el importuno velo.

«¿Veis en aquel remanso transparente
Zabullirse la garza?
Las ropas deponed, y al blando ambiente
El cabello se esparza.

«Ea! trisquemos en el fresco baño,
Alzando blanca espuma....
Mas ¿qué objeto descubre tan estraño
La fujitiva bruma!

«Mirad; enfrente al sicamor sombrío
Que verdes arcos tiende
Sobre la playa, un bulto por el rio
Lentamente desciende.

«No temais: de una palma el tronco anciano
Que en demanda navega
De las altas Pirámides, liviano
Sobre las hondas juega.

«¿O es de Hérmes por ventura el carro leve?
¿O es la concha divina
De Isis, que con suave aliento mueve
La brisa matutina?

«¿Qué digo? es tierno niño, que en lijera
Barca duerme al sereno
Arrullo de las olas, cual pudiera
En el materno seno.

«Arrastra el Nilo la flotante cama,
Cual nido de avecilla
Que arrebatado hubiese a la retama
De su silvestre orilla.

«¡Qué de peligros corre a un tiempo mismo!
¿Cuál puerto de salud
Le aguarda? ¿mece el proceloso abismo
Su cuna o su ataud?

«Los ojos abre, hijas de Ménfis! llora....
¿Pudo una madre, ¡oh cielo!,
Al agua abandonar devoradora
El hijo pequeñuelo?

«Tiende los brazos, ai!, cual si supiera
Su malhadada suerte;
Y son frájiles cañas la barrera
Que presenta a la muerte.

«Es de la raza de Israel, sin duda,
Que mi padre sentencia
A proscripcion.... pero ¿qué lei sañuda
Proscribe a la inocencia?

«¡Pobre niño! su llanto me conduele:
A su madre aflijida
Sucederá otra madre: salvaréle:
Me deberá la vida.» _

Ifisa hablaba así, jóven princesa;
Y dócil al consejo
De la piedad, acometió la empresa;
Y el juvènil cortejo

A la vírjen, que presta se adelanta,
De confianza llena,
Sigue, estampando con lijera planta
La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
Revolando las blondas
Madejas por el hombro alabastrino,
La hija de las ondas.

El blanco pié con círculos de plata
El espumoso rio
Le ciñe; y ya a las olas arrebata
El pequeño navío.

Palpita con la carga que suspende,
Alegre y orgullosa;
Y en sus mejillas el color se enciende
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita
Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama;

Y del recien nacido alegremente
Cercan todas la cuna,
Y sonriendo, la asustada frente
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú, que de lejos a tu hijo
Por la playa desierta
Seguiste desolada, el rostro fijo
En su carrera incierta!

Llega: el hinchado seno da al infante:
Tu llanto ni su risa
Revelarán en tí la madre amante,
Pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado
Con lágrimas de duelo
Y de gozo a la par, dulce cuidado
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moises iba seguro:
De Faraon cruel
Hospeda el rejio alcázar al futuro
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada
Con las alas, el coro
Que vé a sus pies la bóveda estrellada,
Pulsaba liras de oro:

«Alégrate, Jacob, en el asilo
De tu destierro», (el canto
Así sonaba), «y no al impuro Nilo
Se mezcle mas tu llanto.

«El Jordan a sus campos te convida:
Te oyó el Señor: Ejipto
Marchar verá a la tierra prometida
Tu linaje proscripto.

«Ese niño que vírjen inocente
Salvó de olas y vientos,
Es el Profeta del Horeb ardiente,
Rei de los elementos.

«Humillaos, mortales insensatos,
Que al Eterno haceis guerra:
Hé ahí el Lejislador, que sus mandatos
Promulgará a la tierra.

«Cuna humilde, baldon de la fortuna,
Juguete del profundo,
Ha salvado a Israel: humilde cuna
Ha de salvar al mundo.

—1814.—

LOS DUENDES.

IMITACION DE VICTOR HUGO. [1]

I.

No bulle
La selva:
El campo
No alienta.
Las luces
Postreras,
Despiden
Apenas
Destellos,
Que tiemblan.
La choza
Plebeya,
Que horcones
Sustentan;
La alcoba,
Que arrean
Cristales
Y sedas;
Al sueño
Se entregan.
Ya es todo
Tinieblas.
¡Oh noche
Serena!
¡Oh vida
Suspensa!
La muerte
Remedas.

II.

¿Qué ruido
Sordo nace?
Los cipreses
Colosales,
Cabezean
En el valle:
Y en menuda
Nieve caen
Deshojados
Azahares.
¿Es el soplo
De los Andes,
Atizando
Los volcanes?
¿Es la tierra
Que en sus bases
De granito
Da balances?
No es la tierra;
No es el aire;
Son los duendes
Que ya salen.

III.

Por allá vienen:
¡Qué batahola!
Ora se apiñan
En densa tropa,
Que hiende rápida
La parda atmósfera;
Y ora se esparcen,
Como las hojas
Ante la ráfaga
Devastadora.
Si chillan estos,
Aquellos roznan.
Si trotan unos,
Otros galopan.
De la cascada
Sobre las ondas,
Cual se columpia,
Cual cabriola.
Y un duende enano
De copa en copa,
Va dando brincos,
Y no las dobla.

---

1 La idea jeneral, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del orijinal. La composicion francesa se titula *Les Djinns*. (El A.)

IV.

¿Fantasmas acaso
La vista figura?
Como hinchadas olas
Que en roca desnuda
Se estrellan sonantes,
Y luego reculan
Con ronco murmullo,
Y otra vez insultan
Al risco, lanzando
Bramadora espuma:
Así van y vienen,
Y silban y zumban,
Y gritan que aturden:
El cielo se nubla;
El aire se llena
De sombras que asustan;
El viento retiñe;
Los montes retumban.

V.

A casa me recojo:
Echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
Arde mi lamparilla!
¡Oh Virjen del Carmelo!
Aleja, aleja el vuelo
De estos desoladores
Anjeles enemigos,
Que no talen mis flores,
Ni atizonen mis trigos.
Ahuyenta, Madre, ahuyenta
La chusma turbulenta;
Y te pondré en la falda
Olorosa guirnalda
De rosa, nardo y lirio,
Y haré que tu sagrario
Alumbre un blanco cirio
Por todo un octavario.

VI.

Cielos! ¡lo que cruje el techo!
¡Y lo que silba la puerta!
Es un turbion deshecho.
De lejos oigo estallar
Los árboles de la huerta,
Como el pino en el hogar.
Si dura mas el tropel
No amanecerá mañana
Un cristal en la ventana
Ni una hoja en el verjel.

VII.

San Anton, no soi tu devoto,
Si no le pones luego coto
A este diabólico alboroto.
Motin semeja, o terremoto,
O hinchado torrente que ha roto
Los diques, y todo lo inùnda!
Jesus! Jesus! ¡qué barahunda!....
¿Qué significa, raza inmunda,
Esa aldabada furibunda?
El rayo del cielo os confunda,
Y otra vez os pele y os tunda,
Y en la caverna mas profunda
Del inflamado abismo os hunda.

VIII.

Ni por esas. Parece que arroja
El infierno otro denso nublado,
O que el diablo al oirme se enoja,
Y empujando el ejército alado
El asalto acrecienta y aviva.
El tejado va a ser una criba:
Cada envion que recibe mi choza
Yo no sé como no la destroza:
A tamaña batalla no es mucho
Que retiemble y que toda se cimbre,
Cual si fuese de lienzo o de mimbre....
¿Es el miedo? ¿o quien anda en la sala?...
Vade retro, perverso avechucho....
Ai! matóme la luz con el ala....

IX.

¡Funesta sombra! ¡tenebroso espanto!....
Amedrentado el corazon palpita....
Y la lejion de Lucifer en tanto,
Reforzando la trápala y la bulla,
A un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
Bufa, relincha, ronca, ladra, ahulla;
Y asorda estrepitosa los oidos
Mezclando carcajadas y alaridos,

Voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
¡Qué fiero son de trompas y cornetas!
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrio de carretas!....
Ya escampa! hasta la tierra se estremece
Y segun es el huracan, parece
Que a la casa y a mí, nos lleva al vuelo....
Perdido soi.... ¡misericordia, cielo!

X.

Ah! por fin en la iglesia vecina
A sonar comenzó la campana....
Al furor, a la loca jarana,
Turbacion sucedió repentina.
El tañido de aquella campana
A la hueste infernal amohina,
Sobrecoje, atolondra, amilana.
Como en pecho abrumado de pena
Una luz de esperanza divina;
Como el sol en la densa neblina,
De los montes rizada melena;
El tañido de aquella campana,
Que tan alto y sonoro domina,
Y se pierde en la selva lejana,
El tumulto en el aire serena.

XI.

Partieron! la sonante nota
A la hueste infernal derrota.
Uno a otro apresura, escita,
Estrecha, empuja, precipita.
Huyó la fementida tropa:
No trota ya, sino galopa,
No galopa ya sino vuela.
Por donde pasa la bandada,
Una sombra mas atezada
Los montes y los valles vela,
Y el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
Que en el hogar chisporrotea;
De mil pupilas culebrea
Rojiza luz intermitente,
Que va señalando la ruta
De Satanás y de su jente.

XII.

Cesó, cesó la zozobra.
A escape va la pandilla:
Y la tierra se recobra
De la grave pesadilla
De esta visita importuna;
Y la perezosa luna
Sale al fin, y el campo alegra.
Allá va la sombra negra;
Distante suena la grita
De la canalla maldita;
Como cuando ciñe un monte
De nubes el horizonte
Y desde su obscuro seno
Rezonga lejano trueno:
Como cuando Primavera
Tus nieves ha derretido,
Jigantesca cordillera,
Y a lo lejos se oye el ruido
De impetuosa corriente
Que arrastra una selva entera,
Cubre el llano y corta el puente.

XIII.

Mas a tí, ¿qué fortuna,
Huerta mia, te cabe?
¿Respiras ya del grave
Afan? ¿Injuria alguna
Sufriste?.... ¡Cuánta asoma,
Entreabierta a la luna,
Nueva flor! ¡Cuánto aroma
De rosas y alelíes
El ambiente embalsama!
No hai una mustia rama;
No hai un doblado arbusto.
Parece que te ries
De tu pasado susto.

XIV.

Sobre aquellos boldos
Que a un pelado risco
Guarnecen la falda,
Al amortecido
Rayo de la luna
Van haciendo jiros,

Enjambre parecen
De abispas, que el nido
Materno abandona,
Despojo de niños
Traviesos, y vuela
Errante y proscripto.

XV.

¡Desventurados!
Del patrio albergue
Tambien vosotros
Jemís ausentes:
Vagar proscriptos
Os cupo en suerte...
¡Terrible fallo!....
¡Y eterno!.... ¡Pesen
Mis maldiciones,
Blandas y leves.
Sobre vosotros,
Míseros duendes!

XVI.

Acia el cerro
Que distingue
Lo sombrío
De su tizne—
Padron negro
De hechos tristes—
Vagorosas
Ondas finje,
Parda nube,
Con matices
Colorados,
Como el tinte
Que a la luna
Da el eclipse;
Y en la espira
Que describe
Rastros deja
Carmesíes....
¿En qué abismos,
Infelice
Nubecilla,
Vas a hundirte?....
Ya los ojos
No la siguen;
Ya es un punto:
Ya no existe.

XVII.

¡Qué calma
Tranquila!
Tras leve
Cortina
De gasa
Pajiza,
La luna
Dormita.
Al sueño
Rendidas,
Las flores
Se inclinan.
El viento
No silba,
Ni el aura
Suspira.
Tú sola
Vijilas;
Tú siempre
Caminas,
Y al centro
Gravitas,
¡Oh fuente!
Querida!
Ya turbia;
Ya limpia;
Ya en calles;
Que lilas
Y adelfas
Tapizan;
Ya en zarzas
Y espinas.
Tal corre
La vida!

—1843.—

BERRO [1]

(ADOLFO.)

Adolfo Berro, nació en Montevideo el dia 11 de Agosto de 1819, en el seno de una familia mui considerada, no solo por los servicios que su jefe ha rendido al pais, y por las distinciones que ellos le han merecido, sino, principalmente, por una práctica constante de todas las virtudes, de esas virtudes que sirven a la sociedad desde el silencio del hogar doméstico, y son fuente de sólida y lejítima felicidad.

La educacion moral empieza desde que podemos contraer hábitos, es decir, en la cuna. Las primeras impresiones suelen decidir el destino de toda una vida, porque la moral, para ser sólida, ha de ser hábito antes que fruto del estudio y esperiencia. Asi es que el niño Berro gozó, desde luego, y aprovechó estensamente, esta esencialisima educacion, que tan bien se avenia con las tendencias de que el cielo le habia dotado; y de mui pocos años se hacia notable por su espíritu de órden, por la esactitud de su raciocinio y por una modestia, que mas tarde, no pudieron arrancarle los merecidos y seductores elojios, que a sus talentos se tributaron, por personas cuyo voto es capaz de arrojar la simiente de la vanidad en cabezas que el tiempo haya sazonado.

Dotado de esta educacion importante, en que se armonizaba tan completamente su temperamento con los ejemplos domésticos, recibió Adolfo toda la enseñanza que por entonces ofrecian los mejores profesores de Montevideo; y en 1836, al abrirse en esta capital las cátedras de estudios mayores, se halló en estado de incorporarse al aula de derecho civil que rejenteaba el Dr. D. Pedro Somellera.

En los bancos de aquella aula tuvimos la fortuna de conocerle. Adolfo, dotado de verdadero talento, que acrecia diariamente del modo en que este don supremo se desenvuelve y perfecciona, por la meditacion y el estudio, se distinguia mucho en el de derecho, no solo por la aplicacion y el método con que procedia en esta, como en todas sus tareas, sino tambien por la cabal intelijencia de la razon y espíritu de la lei, que es, como dice el sabio autor de las Partidas, el «verdadero saber de las leyes». — No emitimos una opinion personal únicamente. Su catedrático, juez mas idóneo que nosotros en el caso, preguntado, cuáles eran sus mas aventajados discípulos, los clasificó en unos exámetros latinos, diciendo de Berro — «Mens legum Adolfus».

A los conocimientos teóricos que alli adquiria, unió la práctica en el bufete del Dr. D. F. Varela, hábil abogado y literato de vasta erudicion y esquisito gusto, que ligado a la familia de Berro por vínculos estrechos, se complacia en cultivar aquella intelijencia privilejiada. — A la tierna solicitud que en esto ponia Varela, se refiere Adolfo en los versos que le dirijió con motivo de la muerte de su escelente hermano Rufino.

Florencio amigo, que de tiernos años
Amar me hiciste la virtud austera,
Y acá en mi mente derramaste ansioso
Blandas ideas.

Adolfo habia llegado a aquella sazon en que los años nos empujan sobre los caminos de la vida social y un

---

1 Las poesías de D. Adolfo Berro aparecieron en Montevideo el año 1842, en un vol. en 4.° de 200 pájinas con el retrato del autor y un discurso preliminar escrito por el Sr. D. Andres Lamas. De este discurso estractamos la presente noticia biográfica, que no hemos querido hacer mas estensa con nuestros propios recuerdos.

nuevo espectáculo se ofrece a nuestros ojos. Berro, era uno de esos hombres predestinados a verlo todo de una vez, a distinguir las llagas a traves de las flores que las cubren, a oir los ahogados jemidos que se escapan en medio de las risas y de los himnos; a no detenerse en la epidermis de la sociedad.—¿Quién puede calcular las impresiones, los dolores que aquejarian aquella alma en el momento en que el espléndido manto que viste el mundo a nuestros ojos de niño, se convierte en paño negro empapado de llanto?

Berro, lleno de la fortaleza de la virtud, e iluminado por su intelijencia, tenia la conciencia de sus deberes. No podia ser de otro modo, porque Dios no prodiga las dotes que le concedió, para que se estingan en estériles jemidos. Tal vez ese tinte melancólico, que tanto interes daba a su pálido rostro, era hijo de la tristeza que produce la contemplacion de esas hondas miserias, hermanada con los duelos domésticos que han vestido su hogar, desde los tempranos dias en que su valiente hermano D. Ignacio rindió la vida por la Patria, en los gloriosos campos de Ituzaingó.

Mui serias tareas ocupaban su ánimo. La infame tiranía ejercida en la raza de color, no podia dejar de sacudirlo fuertemente; el corazon y la justicia la condenan con horror. Un homenaje tributado al talento de Berro por el superior tribunal de justicia, nombrándole asesor del defensor de esclavos en 1839, y que él aceptó y desempeñó, con un saber y una elevacion que bastarian para ilustrar su nombre, le dió ocasion de conocer en todos sus inauditos detalles la opresion que pesa sobre esos míseros hombres, que la perversidad humana quiere transformar en bestias. Se consagró entonces a promover la aplicacion del remedio radical de esa lepra de nuestra sociedad.—«La emancipacion y la mejora intelectual de las jentes de color»; y escribió un proyecto, que tenemos a la vista, para alcanzar esos fines por medio de la «asociacion», consultando, en todo ello, los derechos de la humanidad, y los bien entendidos intereses morales, políticos y económicos de la República.

Alejado de nuestras luchas civiles, se consagró a servir positivamente a su pais; y estendió sus meditaciones sobre la «educacion popular». Trabajos de verdadera conciencia, que favorecen tanto a su carácter como a su corazon: que lo llenaban completamente. En el delirio que precedió a su muerte llamaba a D. Cándido Juanicó y hablaba de unos papeles que a este le pertenecian. Eran los apuntes sobre la educacion de nuestro pueblo!

«En uno de esos momentos en que», como lo dice en una nota sobre el 'Azahar', «nuestra alma nada encuen»tra en el mundo que la satisfaga, la conmueva, se puso a borrajear mil ideas incoherentes», y escribió sus primeros versos, a que siguieron poco despues los de la magnífica composicion titulada: «El Esclavo».

Adolfo los guardaba con un esmero particular: estas inspiraciones eran su secreto. Una casualidad burló sus precauciones, y una hermana suya, que lo habia sorprendido, dijo a su cuñado D. Jacobo Varela que Adolfo hacia versos.

Estrema era la consideracion y el cariño de Berro por Varela, y sin embargo no pudo este conseguir, sin mucho esfuerzo, que le confiase sus poesias. Consintió en ello al fin, y en que se mostrasen a D. Florencio. A esto se debe su publicacion, hecha por este último, y los elojios que decidieron la vocacion de Berro a este jénero de literatura [1]. Su modestia natural, no conocia límites; era una de las cualidades que mas lo distinguian, y tanto, que en unos exámenes de derecho, el presidente del acto, Dr. D. Julian Alvarez, creyó que debia hacer de ella pública recomendacion.

Adolfo se sentia morir: se sentia hundir en el sepulcro y esclamaba—

Morir! sin que entre el polvo los tiranos
Haya visto en el mundo de Colon,
Demandando al Eterno en mis plegarias
Para los abatidos el perdon!

El cielo lo habia decretado de otra suerte: en la noche del 28 al 29 de Setiembre de 1841, las puertas de la eternidad se abrieron para recibirlo, dejándonos en el suelo las hojas de este libro.

1 En «El Correo núm. 1.°—Montevideo 4 de febrero de 1840

EL AZAHAR.

Flor sencilla a cuya vida
Breves horas marca el cielo,
Para imájen en el suelo
Del contento mundanal.

Es tu aroma regalado
A mi espíritu doliente,
Cual de vírjen inocente
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas
Te dió grata la natura,
Y a tu cáliz la amargura
De las hieles del amor.

En su negra cabellera
La hermosura te ensortija,
O tu trono alegre fija
En sus labios de rubí.

En tí encuentra blando alivio
El ausente que padece,
Tu belleza se le ofrece
La que su alma cautivó;

Y mirándote arrobado,
Mil recuerdos en su mente,
Se despiertan blandamente:
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuantas veces mis temores
Flor querida, disipaste!
¡Cuántas veces mitigaste
De mi amada la esquivez!

Hoi de nuevo la esperanza
En tí el alma deposita,
¡La esperanza! que marchita
Veré luego con la flor.

—1839.—

EL ESCLAVO.

De luna que espira la luz macilenta
Las vias aclara del ancha ciudad;
Silencio, do quiera, la noche sustenta,
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto a la puerta de humana morada
Un hombre infelice se mira llorar;
Sus ojos que brillan en faz atezada
Parecen del cielo justicia implorar.

¡Ai mísero, esclama, con flébil acento,
De aquel a quien roba destino fatal
Amigos y deudos en solo un momento
Y lejos arroja del suelo natal!

Sus lágrimas corren ardientes, en vano,
Y en vano con ellas procura mover,
Que el blanco no mira con ojos de hermano
Al triste a quien negro le cupo nacer.

Nada queda a mi existencia
Arrojada con violencia
A esta tierra de dolor.
El recuerdo me devora
Que me dice a toda hora,
Soi esclavo y fuí señor.

Como sigue al condenado,
Del verdugo ensangrentado
Fiera imájen ideal,
Que acrecienta los tormentos
De sus últimos momentos
En la vida terrenal,

Así acosa al Africano
El aspecto del tirano
Que cautivo le llamó,
Y que injusto le condena
A arrastrar servil cadena
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! tus pesares
Se redoblan a millares
En la torpe esclavitud:
Que tu bárbaro destino

Es llorar y de contino
Ver abierto el ataud.

¡Por qué un alma noble me dieras ¡oh cielo!
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,
Si miro do quiera mil rostros de hielo
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible
Del Dios sempiterno de paz y de amor,
Y en todos la llama prendió inestinguible,
Destello sublime del almo Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente
El blanco codicia llevara y maldad,
Cautivo al inerme condujo insolente
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo
Que senda espaciosa tranquilas le dan;
Y al negro condenan a bárbaro yugo,
A vida infecunda de mísero afan.

Escucha la plegaria
¡Oh padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleva el alma a tí.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Celebran tu justicia
En coros reverentes,
Mil pueblos diferentes
Del Sur al Setentrion.
¿Y solo tus miradas
No alcanza el africano?
Le apartas de tu mano,
Le libras al dolor?

Reservas al que ofende
La vida de tu hechura,
Tras larga desventura
La muerte de Cain:
Y el blanco, que en crueza
Escede al tigre fiero,
¿Tu rayo justiciero,
Señor, no alcanzará?

Escucha la plegaria,
¡Oh Padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleva el alma a tí.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

—1839.—

A D. ESTEVAN ECHEVERRIA.

I.

Pulsa, poeta, tu enlutada lira:
Canta y resuene tu acordado acento
Cual coro celestial;
La muerte, entonces, que feroz te mira,
Veloce de tu rostro macilento
La vista apartará.

Canta, que el cielo te marcó en la frente
Para llenar en terrenal morada
Poética mision;
Y te dió la aureola refuljente
Del divino Querub, predestinada
Al jenio creador.

II.

Cuando por vez primera en mis oidos
Sonára melodioso,
Tu canto doloroso,
Violento se ajitó mi corazon:

En lágrimas ardientes se empapára
Mi pálido semblante,
Y el lábio palpitante
Rompió en voces de intensa admiracion.

El vuelo arrebatado de tu mente
Mi espíritu seguia,
Y absorto te veia
Luchar con espantosa realidad;

Y en las puras rejiones ideales,
El alma con anhelo,
Correr tras el consuelo
Que negó a tu penar la sociedad.

Mas qué importa, poeta peregrino,
Aqueje tu existencia
La bárbara dolencia
Que te arrastra a la puerta sepulcral;

Si en elevado acento te fué dado,
Cantar cuanto atesora
De ocaso hasta la aurora
En su seno natura misterial?

Acá en mi mustia frente, de María
Aun vive la memoria,
Y aquella hermosa historia [1]
De su pura y fatídica pasion.

Y del indio la tribu que recorre,
Cual nube pasajera,
En rápida carrera
Del yermo inhabitable la estension.

Graba, ¡oh poeta! tu pensar intenso
En blancas hojas que creó del hombre
El arte sin igual;

Y desde el Plata, de poder inmenso,
Al rico Tajo, de eternal renombre;
Tu verso sonará:

Mientra en el suelo que nacer me viera
Y que circundan escarpadas rocas
Y un monte litoral,

La mente falta de inmortal lumbrera,
Obscura, y llena de esperanzas locas,
Mi vida pasará.

—1840.—

LA ESPOSITA.

I.

Niña primorosa
De los ojos negros,
Del cabello en trenzas
Del eburneo cuello;
¿Por qué late ansioso
Tu velado seno
Y con llanto inundas
Ese rostro tierno?
¿Un aleve, acaso,
Con mentido fuego
Te burló inclemente,
Te robó el contento?
¿Lloras, por ventura,
De cercano deudo
La enfadosa ausencia
O el destino fiero?
Tal vez.... mas acrece
Sin tasa tu duelo....
—«Soi huérfana, dices,
Amparo no tengo».

II.

Llora, niña sin ventura,
Que eres hija de la impura
Maldecida seduccion;
Los que al mundo te arrojaron
Por herencia te legaron
La pobreza.... y un borron.

Torpe fué la madre fiera
Que la dicha hallar creyera
Separada de tu faz:
Que no da con fácil mano
El Señor al inhumano
Largas horas de solaz.

Eras prueba de la culpa
Que, sabida, no disculpa
La manchada sociedad:
Y apagóse en el momento
El materno sentimiento,
Y triunfó la vanidad.

1 La Cautiva, poema de Echeverria. (El A.)

¡Arrojarte asi a la vid
Tan hermosa y desvalid
En un mundo corruptor!
¡Y acallar a la conciencia
Desterrando tu presencia,
Para hundirte en el dolor!

Tú no tienes, inocente,
Quien te mire blandamente,
Quien se duela de tu mal;
Nadie asila tu pobreza,
Ni reposa tu cabeza
En el halda maternal.

Infelice! vuelve al cielo
Tus plegarias, y consuelo
Dete el Dios de caridad.
Que eres vírjen blanda y pura,
Y a la casta criatura
Él ampara en la horfandad.

III.

Exhala tu dolor arrodillada
A los pies de esa cruz ensangrentada
Que levantó rabioso el descreido,
Cuando a Jesus, el hijo de Dios bueno,
Jerusalen, con ciego desenfreno,
Enclavó en el madero bendecido.

Demanda al Redentor del mundo impío
Preserve tu existir del estravío
Que derrumba de Adan la descendencia:
Ruégale, por la madre lacrimosa,
Te aliente en esta vida tormentosa
Do fallece la débil inocencia.

Oremos; yo a tu lado vírjen pura
Elevaré mis ruegos con tristura
Al que tres veces Santo el mundo aclama;
Y maldiga su voz omnipotente
A quien vé en el dolor al inocente
Sin enjugar el llanto que derrama.

—1840.—

A LA MUERTE.

En vano, cruda muerte,
En mí tu saña apuras:
Si están mis manos puras
¿Qué mal podré temer?—

La llama que a mi mente
Dió un dia el alto cielo
No esperes en el suelo
Tirana oscurecer.

El présago sonido
Que exhalas de tu boca,
Espante al que provoca
La lid de maldicion.

Espante al que su patria
Sujeta a vil coyunda,
Y en crímenes se inunda
De atroz recordacion.

Espante al que seduce
La cándida belleza,
Y en llanto e impureza
La mira sin horror.

Espante al que a su hermano
Conduce en cautiverio,
O lleva el adulterio
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo
Las leyes a porfía,
Si odié la tiranía
Y al hombre desleal:

Si miro un nuevo hermano
De Dios en cada hechura:
Si en mí la desventura
Consuelo halló vital;

¿Por qué, sangrienta muerte,
Tu saña me persigue?
El que inocente vive
¿Qué mal podrá temer?

La llama que a mi mente
Dió un dia el alto cielo,
No esperes en el suelo
Tirana oscurecer.

—1840.—

EL MENDIGO.

I.

Las quietas aguas de la mar colora
El sol naciente, con rojiza luz;
Rayo despide que en el acto dora
Del alma Seo la cristiana cruz.

Al pié de torre que elevó el creyente
Yace el mendigo de atristada faz,
Gravados, ¡ay! sobre su calva frente,
Los hondos surcos del dolor tenaz:

¡Oh sol! esclama con cortado aliento,
¡Bendito Dios que te arrojó a lucir!
En presa el alma a sin igual tormento
Anoche, helado, me sentí morir.

Allá en los años de mi edad lozana
En blando lecho, sin pesar, dormí;
En frio mármol mi cabeza cana
Hoi solo posa, despreciada, aquí.

¡Cuánta miseria! Del amarga copa
Las heces todas apuré, señor;
Diez años hace que mi hambrienta boca
El pan demanda por tu santo amor.

¡Feliz si al menos no pidiese en vano!
Alivio hallara mi terrible afan;
Mas no, del hombre, para escarnio, hermano
El labio dice, y me deniega el pan.

II.

Cual grano lijero
Que al mar el pampero
Bramando arrojó;
Del mundo olvidada,
Mi vida anegada
Se ve en el dolor.

Constante en mi oido
Escucho el sonido
De acento infernal,
Que dice, del crimen
Estás en el limen,
¿Por qué vacilar?—

Y en vano consuelo
Demando, ¿en el suelo
Quien oye mi voz?
Asi en el torrente
La gota luciente
Se pierde veloz.

Tal vez.... sí, mañana
La triste campana
Por mí doblará;
Y el hombre enemigo
¿Qué importa un mendigo?
Pasando, dirá.

III.

Y un hombre pasaba: con muestras de duelo
Oyó al triste anciano su queja exhalar,
Que vueltos los ojos marchitos al cielo
Alivio divino parece esperar.

Piedad de cristiano el ánima pura
¡De aquel pasajero sin duda, tocó:
Ay! cese tu llanto, no mas desventura,
Diciendo, al mendigo la mano tendió.

Riquezas te faltan, riquezas poseo,
Y amigos y deudos que tuyos serán;—
—De veras? Bendiga tan pio deseo,
En tí y en tus hijos de Dios la bondad.

Y nunca, si lloras, te niegue el consuelo
Que dán al mendigo tus labios de amor.—
Eleva de hinojos entonces al cielo
Del Padre potente el himno en loor.

IV.

A tí, Dios, tributo
De amor perdurable

Mi ser inefable
Te vá a consagrar.

Formaste piadoso
El alma que pura
Pretende en ventura
Mi pena trocar.

Al hombre dijiste,
«Maldita la mano
Que hiere al hermano
Con ira brutal:

Bendito quien seca
Del mísero el llanto,
Le aguarda del santo
La vida eternal.»

Los orbes en coro
Su padre te aclaman;
Tus manos derraman
En ellos la fé.

Los ojos te encuentran
Do quiera, Dios mio,
Temblando el impio
Humíllase y cree.

La saña sujetas
Del mar con tu acento,
Enciende tu aliento
Del rayo el furor.

Lo mandas,—del mundo,
Mil pueblos perecen;
Lo quieres, parecen,
Con nuevo esplendor.

¡Oh Dios! tu clemencia
Los siglos publican,
En tí glorifican
La eterna bondad:

Bendiga tu diestra,
Señor, al cristiano,
Y lava al profano
De toda impiedad.

—1840.—

ECOS DE LA VOZ DEL SEÑOR.

Envuelto desparece el sol rojizo
En nubes de negrura,
Y se oye con pavura
El viento en las techumbres rebramar.

Retumba el rudo son del ronco trueno
Tras rayo desatado,
Sus aguas, ajitado,
Despeña con fragor el ancho mar.

La voz del que concierta el Universo,
Con mano fulgurante,
Al mundo zozobrante
Habló en medio a la rauda tempestad.

Sus écos a mis labios han pasado;
En pura santa llama
El pecho ya se inflama....
¡Mortales descarriados, escuchad!

En vano, soberbiosos de la tierra,
Alzais la impia frente,
Y al débil, el potente,
Sepulta de la muerte en la mansion.

En vano en rozagantes vestiduras
Oculta su impureza,
La réproba belleza,
Abrasada en satánica pasion.

En vano por la senda maldecida
Del vicio, torpe planta
Moveis, y la ira santa
Olvidais, y de Dios la inmensidad.

El dia lucirá de la justicia,
Y ante el solio fuljente
Del Padre providente,
De hinojos, temblará la iniquidad.

De la ignífera trompa retumbante
Al présago sonido,
El mundo conmovido
Do quiera con espanto se verá.

Retemblarán sus montes jiganteos,
Sus simas tenebrosas,
Y en las abiertas fosas
El frijido esqueleto se alzará.

¡Ai del malvado entonces, del mundano
Que bebe en copa impura,
Que mísero la apura,
Y rie del que jime en el dolor!

¡Ai del protervo impío que dijera:
«Mi lei es mi apetito,»
O niega el infinito
Poder del almo, eterno creador!

Armado de justicia inexorable,
A un signo de su mano,
El bárbaro profano
Derrumbado al abismo bajará.

Y allí entre fieras llamas incesantes,
Y angustias infernales,
¡Oh impróvidos mortales!
Los siglos de los siglos yacerá.

—1840.—

EL RUEGO DE UNA MADRE.

En bóveda estrecha
De negra capilla,
Al pié de la esposa
De Dios sin mancilla,
Mujer enlutada
Se mira postrada
De hinojos orar.

Virjen, dice, lacrimosa,
De Dios padre tan querida,
Por la sangre que vertida
Los humanos rescató,

Vuelve a mí tus dulces ojos,
Ten piedad de quien te implora,
Que la culpa roedora
Me consume sin cesar.

¡Yo pequé! Bebí en la copa
Rebozada de impureza
Con que brinda a la belleza
La maldita corrupcion.

Hubo un hombre que en mis labios
Derramó infernal veneno;
Yo le abrí mi incauto seno
Y él.... ya madre, me dejó.

Mil desprecios me aguardaban
En un mundo sin clemencia,
Que seduce a la inocencia
Y se burla de su afan:

Un horrible pensamiento
Brilló entonces en mi mente;
Yo dí a luz un inocente,
Y a este templo le arrojé.

¡Hijo mio! El seco labio
Te dió aquí el adios postrero:
Un quejido lastimero
De tu boca se exhaló:

¡Ah, perdon! de entonces siempre
Resonando está en mi oido,
Ese lúgubre jemido
Que me acuerda mi maldad.

¿Te dió amparo algun cristiano?
¿Vives, hijo, acá en la tierra?
O tal vez ¡gran Dios! te encierra
El abismo del no ser!

¿No me ves hijo del alma,
No me ves aquí humillada
A la virjen adorada
Que me absuelva, demandar?

Torpe madre, impresas llevo
Del delito las señales;
Me desprecian los mortales
Y me aguarda el ataud.

¡Ah! morir sin esperanza
De abrazarte en ese cielo
De do acaso el desconsuelo
De tu madre viendo estás!

¡Imposible! que me abrumen
En el mundo los pesares,
Que se aumenten a millares....
Soi indigna de perdon.

Mas ¡oh Virjen! un instante
Vuelve a mí tu rostro pío,
Logre ver al hijo mio,
Santa Madre de Jesus,

—1840.—

AL JAZMIN.

Blanca flor que en la mañana,
Empapada del rocío,
Das consuelo al pecho mio
Con tu aroma sin igual;

Vida tienes en la rama,
Cual mis dichas, un momento;
Que marchitas al aliento
Ceden luego del pesar.

Culto rinden a tu imperio
Las mosquetas y las rosas;
Que te ponen las hermosas
Para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste
De una vírjen sin ventura,
Que del alma la amargura
Dió a tu cáliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche
De los hombres el murmullo
Abre luego tu capullo
Matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena
De la aurora apetecida
En tí encuentra nueva vida
El inquieto picaflor.

Dió a tus hojas la natura
El color de la esperanza;
Que tu aroma solo alcanza
Doblegar a la esquivez.

Yo te ví en el puro seno
De quien causa mis dolores;
La mas bella entre las flores
Desde entonces te llamé.

De la cruz que mi sepulcro
Marque al pio viandante
No te apartes un instante
Aromático jazmin.

Al mirarte asi enlazado,
Pensativa y lacrimosa,
Dirá acaso alguna hermosa:
«Fué poéta e infeliz».

—1840.—

EL MORIBUNDO.

CANCION.

Dulce virjen, que al mundo naciste
Para hacer mi ventura en el suelo,
Hoi que el alma demanda consuelo
¿Por qué, Laura, no escucho tu voz?

Si a morir en tu ausencia, bien mio,
Me condena el Señor irritado,
Llegue, al menos, en llanto mezclado,
A tu oido mi lúgubre adios.

De la vida el hechizo inefable
Ya destroza dolencia inclemente:
En delirio abrasada la mente
Ve terribles fantasmas cruzar.

Una voz, del infierno nacida,
«Ciego, dice, murió tu esperanza;
El poder del humano no alcanza
A librarte del hado fatal».

Mezcla airada la muerte mis dichas
Al licor de su copa sangrienta,
Y su lívida mano presenta
El veneno que es fuerza apurar.

Ah! tú solo, bien mio, la calma
Volver puedes al pecho angustiado.
¿Por qué tardas? Tal vez ya borrado
De tu seno mi amor estará.

Moriré como lirio en el yermo
Que deshoja sañudo pampero,
Y en mis labios el ¡ai! postrimero
Será, Laura, un suspiro de amor.

Cuando suene, en la tarde serena,
La campana que a orar nos convida,
Por mí eleva plegaria sentida
A la esposa del almo Señor.

—1840.—

LA VIRJEN BAÑANDOSE.

Sobre la playa estendida
El mar sus ondas desliza,
Y en la arena movediza
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas
Del sol la luz placentera:
Cruza en tanto la ribera
Doncella de blanca tez.

No es mas hermosa en el cielo,
De amor la fúljida estrella;
No el azahar que descuella
En el florido jardin.

Sueltos los cabellos viene,
Desnudo el pié torneado,
Y el albo cuerpo velado
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas
Templar el ardor de enero,
Por eso al rayo primero
Dejára el paterno hogar.

Llega a la orilla y se para,
Que frio el líquido siente;
Córtale luego impaciente
Como veloce alcion.

Mirábala yo embebido
Perderse en alegre juego,
Y sobre las aguas luego
Húmedo el cuello mostrar.

Dichoso el mortal, la dije,
Que amor encuentre en tus ojos:
Disiparás sus enojos,
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata
De un ánjel de paz al lado,
Para, en su seno, arrullado,
Dormir, exento de afan:

Beber el halito suave
Que exhala inocente boca,
Cuando el halago provoca
Con sus palabras de amor.

Mirar el rostro sereno,
Contino de la hermosura,
Que a ser del hombre ventura,
Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda,
Que aguarda, niña hechicera,
A quien la diestra sincera
De vírjen esposa dés.

Mas ¡ai! si a lazos profanos
Sujetas el débil cuello,
Verás, cual vano destello,
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga
Por siempre, niña, en el pecho,
Si cae una vez deshecho
Muro, que alzára el pudor.

Huye del hombre engañoso
Las seductoras miradas,
Que van en ellas mezcladas
Venturas y perdicion.

Asi la rosa, que aromas
Esparce en el prado ameno,
Perece si el tierno seno
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta,
Vuelve a tu pobre morada,
Y allí, del mundo olvidada,
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrio
La ruborosa violeta,
Y nunca mano indiscreta,
La roba al suelo feliz.

—1840.—

A MI LIRA.

Cándida lira, que con tierno anhelo
Del alma templas el cruel dolor:
Calla, pues vuela tu fugaz consuelo
Cual hoja leve que huracan alzó.

¿Qué importa, díme, que en el pecho mio
Bálsamo vierta tu apacible son,
Si eternos viven en el mundo impío
Los fieros males que lloró mi voz?

¿No ves al negro en cautiverio aciago
Inerme presa de señor brutal?
¿No ves cual abre a seductor halago
Su incauto seno la infeliz beldad?

¿No ves lanzada del materno lecho,
Cual tierna rosa a la corriente audaz,
Párvula al mundo, que en ajeno techo
Amor, en vano, buscará y solaz?

En lid nefanda la sangrienta diestra
El pecho rasga del hermano ¡oh Dios!
Y casta esposa los joyeles muestra
Que a las vencidas arrancó su amor.

Tal vez en medio a la hermanal pelea
Vate profano pulsará el laud;
Y tinto en sangre, que caliente humea,
Dirá al terrible triunfador: ¡«salud»!

«Vencidos huyen por el llano y sierra
Esos que osaron tu poder burlar:
Amo te aclame la postrada tierra,
Ardan inciensos en el patrio altar.»

Tú sola sabes, solitaria lira,
Herir las auras con doliente son,
Mas no apagar del vencedor la ira
Huellas dejando de piedad y amor.

¿Qué importa, dime, que del pecho mio
Templen tus ecos el cruel dolor,
Si eternos viven en el mundo impío
Los fieros males que lloró mi voz?

—1840.—

LA RAMERA.

I.

Tierna mujer que la lozana frente
Graciosa eleva de carmin teñida,
Suelto el cabello que feliz desciende
Al albo seno do el placer se anida.

En danza alegre, sobre alfombra roja,
El pié lijero, como el aura mueve;
Gota luciente sus mejillas moja
Que blanco lino en el instante bebe.

Mil lazos forman en voluble juego
Sus altos brazos con primor velados,
Mientras ardiendo en revoltoso fuego
Los ojos jiran, por amor formados.

Cual vaga nube que sus alas tiende
Sobre las aguas, a la luz primera,
Vuela la veste, que en el talle prende
Con jalde broche, de jentil manera.

II.

Imájen de los seres que la mente
Del poéta adormido ve en la esfera,
¿Quién eres, dí, mujer resplandeciente?
Un ánjel? no, ¡gran Dios! una ramera.

¡Ramera! nombre execrado
Que nacido en la torpeza,
Es baldon de la belleza
Que le lleva por su mal.

Nombre de halago y misterio,
De perdicion y ventura,
Qne muere en la desventura
Como el arista en la mar.

¿Y tú le llevas, hermosa,
Sin confusion y sin pena,
Riendo de ese anatema
Que la sociedad te echó?

¿No lloras, mujer, no lloras
Cuando pasando altanera
La esposa, dice, ¡ramera!
Trémulo el labio de horror?

¿No lloras, cuando a tu rostro,
Do nieve y rosa atesoras,
Ves cual marchitan las horas
Que pasas en embriaguez?

¿No tiemblas cuando procuras
Rasgar el espeso velo
Del porvenir, y tu anhelo
Desprecios, miserias vé?

¡Terrible, cierto, es en medio
De la festiva velada,
Oir esa voz helada
Que marca el tiempo que fué:

Terrible tras danza loca
Dormir en lecho de amores,
Y despertar en dolores
En la horfandad y vejez!

¿Y ries, y herido el suelo
Bajo tus plantas retumba,
Ramera; mientras derrumba
Su carro el tiempo veloz?

En vano hermosa te ostentas,
En vano en gozo te bañas,
Que abrigan hiel tus entrañas,
Veneno tu corazon.

Ay! ese cuerpo elegante
Que adornas con tanto anhelo,
Pronto, despojo del suelo,
Será un objeto de horror;

Y en infernales orjías
Tu cráneo hueco y maldito,
Copa será del precito
Do beba negro licor.

III.

Deja, loca mujer, la danza impura;
Arroja tanta gala mundanal,
Y en vez de la brillante vestidura
Toma de penitencia ancho sayal.

Desecha los deseos que se abrigan
En tu seno, que vele ya el pudor:
Rompe esos torpes lazos que te ligan
Cual parásita hiedra a tierna flor.

Elévense tus preces ejemplares
Al Dios que «la luz sea,» dijo, y fué:
Arrójate a los piés de sus altares
Y esclama en mar de llanto: ¡yo pequé!

Vuela, que un solo instante de tardanza
Las sendas de salud te cerrará;
Y do buscaba aliento tu esperanza
Reprobacion eterna encontrará.

—1840.—

A UNA ESTRELLA.

Pálida estrella que mi frente hieres
Con luz escasa, mientra en blando lecho
Busco a los males que mi ser devoran
Bálsamo en vano;

¿Por qué te ostentas solitaria en medio
Del negro manto que la noche tiende,
Pábulo dando a las que abriga el alma
Locas ideas?

¿Eres la vírjen del amor primero,
La casta vírjen que en el labio puso
Trémulo beso, y a mi fé robára
Lívida muerte?

¿Eres el ánjel que en mi guarda vela
Y ansiosa vienes a calmar la mente,
Secando el lloro que arrancó a mis ojos
Mundo engañoso?

Querub, acaso, del celeste coro,
De allí te apartas para dar consuelo
Al que en estrecha y solitaria cárcel
Mísero jime.

Tal vez al hombre que del suelo patrio
Lejos arroja su infeliz destino,
Traes en tu lumbre de perdidos bienes
Grato recuerdo.

En tí la imájen de la amante esposa,
En tí la faz del adormido hijuelo,
O el rostro amigo de la anciana madre
Plácido mira.

Al nauta guias, que los mares hiende,
Al indio rudo, que el desierto corre,
Y al verte augura bonancible dia
Yerto el mendigo.

Mas ¡ai! velada por opacas nubes
Tu luz perece, macilenta estrella,
Y el pecho mio, que do quier te busca,
Présago late.

Ingratas voces que al oido llegan
Astro te dicen de mi frájil vida,
Que mustia brilla, y el sepulcro espera
Luego en su seno.

—1840.—

A UNA MADRE ADORMECIENDO A SU HIJO.

¿Por qué, madre donosa,
Quieres, con duro ceño,
Del blando niño, que en tus haldas posa,
Los dulces ojos entregar al sueño?

Deja, deja que abrigue
La ternezuela mano
En tu albo seno, y tus cabellos ligue,
Y al hombro luego los estienda ufano.

Deja que al rostro llegue
Con su rosada boca,
Y un beso ponga en el hoyuelo breve
De tu mejilla, que su amor provoca.

Deja, deja que ria
Y entone alegre canto
Que el mundo ingrato arrancará algun dia
¡Ay! a sus ojos doloroso llanto.

—

Como tras largo vuelo
Por la pradera hojosa,
Duerme en purpurea rosa
Inquieto picaflor,

Tu niño así, del juego
Rendido a la fatiga,
Halle en el halda amiga
Benéfico sopor.

Ajiten, si le arrullas
Con placidas canciones,

Mil gratas emociones
Tu seno maternal.

Goza, mujer querida,
En su dormir, exento
Del roedor tormento
De una pasion tenaz:

Goza, pues rauda llega
La adolescencia impura,
Trocando en amargura
Los dias de placer.

Madre amorosa entonces,
Con lacrimoso ruego,
Apagarás el fuego
En que se sienta arder.

Y, con halago blando,
Volver harás al alma
La apetecida calma
Que por su mal perdió.

Y de tu labio ansioso,
Por la razon movido,
Escuchará su oido
Materna reprension.

—

Dile, dile que a la mente
No dió el cielo vanamente
Esa llama divinal.

Que ella rija sus acciones
Y combata las pasiones
Del espíritu del mal.

Que, cual rio cristalino
Que siguiendo su camino
Dá en el lago encantador,

Van las almas virtuosas
Por senderos de mimosas
Donde mora el creador.

Mas si bebe enajenado
En la copa del malvado,
Beberá su perdicion.

Y hallará siguiendo el vicio
Un tremendo precipicio
Do está escrito: «maldicion!»

Dile, ¡oh madre!, que en la vida
Siempre estamos de partida
Para un mundo misterial,

Y es terrible aquel momento
Si de crímenes exento
No está el pecho del mortal.

—1840—

RECUERDO, ESCRITO EN EL ALBUM DE....

Oye el canto que te envia
Tu rendido trovador.
OCHOA.

Como lozano se ostenta
Lirio que abrasa el estío,
Si gota de almo rocío
Su cáliz llega a empapar:

Y esparce aromas suaves
Por la esmaltada pradera,
Cuando arrebola la esfera
Naciente rayo de sol:

Asi la voz cariñosa
De la mujer en el suelo,
Vierte inefable consuelo
Sobre el poéta infeliz.

Y entonces, si ella lo quiere,
Entona el canto olvidado,
Y admira el mundo arrobado
Su melodioso laud.

¡Feliz, si en móvil arena
Su pensamiento no escribe!
¡Feliz, si en premio recibe
Solo un suspiro.... no mas!

Escucha, pues, los acentos
Que tú me inspiras, María;
Y quiera el cielo, armonía
Dar a mi lira esta vez.

La noche tiende su manto,
Brama en los techos el viento;
Tan solo mi pensamiento,
Hermosa, vela por tí.

Tú en blando lecho, sin duda,
Yaces, cubriendo tu cuello
En ondas mil el cabello
Que al hombro baja jentil.

Velado en blancos sendales
Suave respira tu seno:
¡Ah! ¡nunca ingrato veneno
Le haga latir mas veloz!

Tú sueñas dulces caricias,
Danzas y alegres festines.
¿No ves tambien Serafines
Que besan tu tierno pié?

Tus sueños, vírjen, tranquilos
Serán, cual mansa corriente
Que va a perderse en la fuente,
Bañando, al paso, la flor.

Exentas corran, María,
Tus horas de sinsabores:
Bendiga Dios tus amores
Y al que tú llames, «mi bien».

Cuando al altar te conduzca
De aquel que pena y perdona,
Yo te daré una corona
De bien oliente azahar.

Y cuando ponga en tus labios
De esposo el beso primero,
Diré de nuevo sincero
—«Hermosa, vive feliz».

—1840.—

ESPERA A ORILLAS DEL MAR.

Ven, mujer, a mis ojos mas hermosa
Que en la mañana purpurina rosa
Ornato del jardin:
Pura como María
Que el Golgota vió un dia
Verter llanto sin fin.

Ven, que reina la noche, y la ribera
Con mustia luz alumbra en su carrera
La luna virjinal;
Ven y aspira el ambiente
Que circunda mi frente
A orillas de la mar.

Todo al sueño se entrega sin temores:
Nadie perturbará nuestros amores
Al pálido destello:
Y en tu seno, bien mio,
Se enjugará el rocío
Que moja mi cabello.

Llega, pues, que sin tí todo en el suelo
Ofrece solo imájines de duelo
Al alma combatida:
Y solo en tu presencia
Recobra mi existencia
La paz apetecida.

Deja, hermosa, el blando lecho
Do no encuentras dicha alguna;
Es mas dulce aquí en mi pecho
Reposar, mientras la luna
Se refleja en blanco techo.

¿Qué placer mas acabado
Puede darse en este suelo,
Que mirar a su adorado
Bajo puro y vago cielo
En amores abrasado?

¿Qué mayor contentamiento
Que, cruzando la ribera,
Escuchar el dulce acento
Del que prueba ya el tormento
Que da amor a quien espera?

¿Mas deseados los sonidos
De la danza, siempre impura,
Son tal vez a tus oidos,
Que del pecho los latidos,
Cuando colmas mi ventura?

¿Por qué, pues, con loco anhelo,
Do te llama la velada
Vas corriendo engalanada,
Y hoi olvidas que yo velo
En la orilla despoblada?

Ven, ingrata, a esta ribera
Sin joyeles, desceñida
Tu flotante cabellera,
Y aun serás mas hechicera
Que la aurora a su salida.

Aquí crecen blandamente
Nacaradas bellas flores,
Esperando solamente
Para dar suaves olores
Que las ponga yo en tu frente.

Todo aquí al amor provoca,
Todo, amor está diciendo;
Llega, hermosa, que tu boca
Lo repita al ronco estruendo
De las aguas en la roca.

—1840.—

UNA MUJER EN LA TUMBA.

Yace por siempre helada
Dentro ataud profundo
Una mujer manchada,
Que el Hacedor del mundo
Tornó en arcilla, en nada.

Luz funeraria vierte
Mustio, fugaz destello
Sobre el ya rostro inerte
Que de lozano y bello
Fiero paró la muerte,

Nadie eficaz consuelo
Dióle con labio amante,
Ni mitigó su duelo
En el terrible instante
De abandonar el suelo.

Nadie doliente llora
Sobre su faz marchita;
Ni la piedad implora
En oracion contrita
Del Dios que el justo adora.

Que en ese enjuto seno
Se aposentaba el crimen,
Desque al rubor ajeno
Pudo salvar el limen
Que lleva al desenfreno.

Fué su ventura, gota
De matinal rocío
Que rudo viento azota,
O que ferviente estio
Con seco rayo agota.

Mientras creciera obscura
Bajo el paterno techo,
Nunca pasion impura
Hizo latir su pecho
Con desigual presura.

La vanidad maldita
Echóla luego al mundo
Que la inocencia incita
Para que el vicio inmundo
Deje su huella inscrita.

¡Ay! la que amada prenda
Era del padre anciano,
Dando al deseo rienda
Hizo en altar profano
De su pureza ofrenda.

Por el salaz camino
Corrió con suelta planta,
Pimpollo purpurino
Que insecto vil quebranta
Y arrastra el torbellino.

¡Cuánta ventura insana,
Cuánto pesar impio
Abrigó el alma vana,
De ese cadáver frio
Que fetidez emana!

¿Y esa, gran Dios, la hermosa
Es que brilló en el suelo,
Cual loca mariposa
Que remontando el vuelo
Cae en la mar undosa?

Sí: que la diestra fuerte
Del Hacedor del mundo,
El alma mia advierte
En ese cuerpo inmundo,
Que desecó la muerte.

—1840.—

ROMANCES HISTORICOS.

YANDUBAYU Y LIROPEYA.

Siguiendo va por un bosque
Del Paraná renombrado
A Yandubayú, cacique,
El sanguinario Carvallo.[1]

Vuela el indíjena, y solo
Se para, así que lejano
De Juan Garay y su tropa
Ve al atrevido cristiano.

Entonces cual tigre fiero
Que sobre el toro inmediato,
Revuelve, y la aguda zarpa
Clava en el cuello gallardo.

Él, esquivando la espalda
De furibundo lanzaso,
Ha, con los brazos ñudosos,
A su enemigo aferrado.

Tremenda lucha se traba,
Que son guerreros bizarros;
Y a su contrario dar muerte
Los dos al cielo juraron.

Mil veces el indio fiero
Cree ya vencido a Carvallo:
Pero mil veces sin fruto
Le anuda al cuello los brazos.

Rendido, en fin, al esfuerzo
De aquel luchar tan estraño,
Víctima ya del cacique,
Era el soberbio cristiano:

Cuando, del ruido avisada
Que hacen las voces de entrambos,
A despartir la pelea
Vino, con rápido paso,

La mui jentil Liropeya,
India de rostro lozano;
Del Paraná rica perla
Que guarda el bosque callado.

Por ella en castos amores
Se está el cacique abrasando;
Y por haberla ofreciera
A grave empresa dar cabo;

Cinco terribles guerreros
Tiene a la lucha emplazados,
Pues ofendieron sus deudos
Y él ha jurado vengarlos.

[1] Carvallo era uno de los soldados que con Juan de Garay salieron de Santa Fé en socorro del Adelantado Zárate que se hallaba en Martin Garcia. (El A.)

«¿Así te olvidas, cacique,
De tus promesas? ingrato!
¿Así en combates sin premio
Digno de tu heroico brazo,

La vida espones que solo
Has de arriesgar en el campo,
Donde, triunfante, de esposa
Debo ofrecerte la mano?

Ai! deja, deja te ruego
A ese enemigo soldado,
Y guarda, guarda tu esfuerzo
Para combate mas alto».

Dijo la india; y al punto
Soltó el cacique a Carvallo;
De paz la diestra tendióle
Sin rastro alguno de enfado.

De Liropeya así cumple
Yandubayú los mandatos;
Luego tranquilos y juntos
Se van los dos retirando.

Fresca y hermosa es la india,
Bien lo notó el Castellano,
Que por salaces deseos
Y torpe saña llevado,

Hunde la espada traidora
En el cacique preclaro,
Que cae sangriento y sin vida
De Liropeya en los brazos.

Como la tórtola blanda
Viendo a su amante llagado,
Por el mortífero plomo
Que le echó al suelo del árbol,

Con nunca oidas querellas
Asorda bosques y llanos,
Aun a piedad las entrañas
Del cazador escitando;

Así con voces sentidas,
Vertiendo fúnebre llanto
Sobre el cadáver que estrecha
Contra su seno torneado,

La hermosa indíjena increpa
Al matador inhumano,
Y a su maldito destino,
Que a tal desgracia la trajo.

De allí llevarla procura
Con tiernos ruegos Carvallo;
Pero ella airada resiste
Sus seductores halagos.

En fin, volviendo los ojos
Al desleal castellano;
»Seguirte quiero, le dice,
»Si con tus ajiles brazos,

«Abres la fosa que encierre
»Este cadáver helado;
»Para que pasto no sea
»De los voraces caranchos». [1]

Lleno de impróvido gozo
Suelta la espada el villano,
Y empieza a abrir el sepulcro
Del que mató descuidado;

En él le arroja, y le cubre
Despues con tierra y guijarros,
Y adonde está Liropeya
Vuelve contento sus pasos.

Ella del suelo lijera
El fuerte acero ha tomado,
Y al español inclemente
Fiera mirada lanzando,

«Abre otra fosa, le dice,
»Oh maldecido cristiano!»
Y con la espada sangrienta
Se pasa el seno angustiado.

—1840.—

1 Aves de rapiña.

POBLACION DE MONTEVIDEO.

(Febrero de 1724.)

I.

Brillaba el sol en oriente
Hiriendo el manto de nacar
Con que al nacer de sus rayos
Guarda el aurora la espalda:

Y de las olas y el suelo
La densa niebla ahuyentada,
A descubierto su mole
Mostraba la alta montaña.

Allí en su base bramando
Se derrumbaban las aguas,
Por sobre rocas inmobles
En que soberbia descansa.

Desierta estaba la tierra
Sin una pobre morada,
Donde hoi ¡oh patria! te elevas
Como paloma lozana,

Que llega al pié de la fuente
Para bañarse en el agua,
Y satisfecha en la orilla
Posa y estiende las alas.

Todo en el húmedo suelo
Todo en silencio callaba:
Túrbale solo el estruendo
Que hace la mar en la playa,

Y de gaviotas voraces
La estrepitosa algazara
Cuando descubren la presa
Que en seco dejan las aguas.

Tal vez repente se muestra,
Como flotante fantasma,
Sobre peñon denegrido
De algun charrua la talla; [1]

Y luego al punto desciende
De su insegura atalaya,
Miedo llevando en el rostro
Y mas que miedo en el alma;

Pues ve a lo lejos, sin duda,
Venir del puerto en demanda,
Alzando montes de espuma
Dos anchas naves cristianas.

II.

Ya a la mitad de su curso
El Dios del Inca tocaba,
Aun las arenas quemando
Que humedeció la resaca,

Cuando un gran ruido a las aves
Hizo volar en bandadas,
Que entre las peñas ocultas
O entre la yerba posaban;

Y luego al punto se vieron
Cruzar lijeros la playa,
En poderosos corceles
Que ansiosos el freno tascan,

Bien ordenados guerreros
De cuyas fúljidas lanzas,
Penden airosos listones
Con los colores de España.

Sobre un tostado revuelto
Que en propia espuma se baña,
De toda aquella cuadrilla
El noble jefe cabalga.

Y en su mirar atrevido
Y en su apostura gallarda,
Decir a todos parece:
Don Bruno soi de Zabala:

Recto y leal caballero
Del órden de Calatrava,
A quien el Rei diera el mando
De las provincias del Plata.

1 *Charruas*, indios de una de las tribus que habitaban el territorio que hoi pertenece al Estado Oriental del Uruguay: indómitos y guerreros, le defendieron palmo a palmo contra las invasiones de la conquista: todos han perecido en esta lucha obstinada.

Luego que en presta carrera
La leve arena cruzaran,
Clavó el caudillo en la cuesta
El pendon réjio de España;

Y con mil flámulas bellas,
Y con mil bélicas salvas,
Le saludaron las naves
Que ya en el puerto le aguardan.

Al viento dieron entonces,
Que mansamente soplaba,
Las no bien rejidas velas
De sus perezosas barcas:

En ellas nuevos guerreros
A tierra rápidos bajan,
Y a los jinetes sudosos
Contra sus pechos abrazan.

Solaz, por breves momentos,
Dióles Don Bruno Zabala;
Y al punto ordena que todos
Dejen las lanzas y espadas,

Y den comienzo a la empresa
Que tiene el Rei ordenada,
Poblando aquellos contornos
En buen servicio de España.

III.

Del sol los rayos postreros.
Tiñen en rojo las aguas,
Que mil cambiantes despiden
Cuando la brisa las alza.

De las praderas vecinas
Suaves olores se exhalan,
Que margaritas rastreras
Del blando cáliz derraman.

Negras columnas de humo
De entre las peñas se alzan
Que por el cielo adormido
El viento al fin desparrama.

Sobre la estensa ribera
Aquí y allí se levantan,
Humildes chozas cubiertas
Con blandos mimbres y paja.

De tan endebles cimientos
Naciste, patria adorada,
Que ya los vates celebran
Como a colmena del Plata.

En el albor de la vida
Fué tu ventura harto escasa,
Pues te ligaron cadenas
Y aun no sabias trozarlas.

Luego al mirarte mas bella
Te echó un imperio la zarpa,
Pero tus hijos, ya fuertes,
Te redimieron de esclava:

Y en mil combates terribles
Sangre fecunda brotara,
Que de tu cuello por siempre
Borró esa pálida mancha.

Creciste entonce en riquezas
Y en los saberes, sin trabas;
Que del progreso, do quiera,
La libertad es el alma.

De la virtud por la senda
Mueve constante la planta,
Que si un momento tan solo
De ese camino te apartas,

Serás al carro sangriento
De los tiranos atada,
O de potentes naciones
Por largos siglos esclava.

—1840.—

MAÑANAS DE ESTIO.

I.

De la loma al pié, una fuente
De hermosura peregrina,
Bajo sauces lagrimosos
Deja ver su clara linfa.

En sus márjenes de grama
Reclinada está una niña,
Sonrosada, blanca y bella
Cual la aurora que la mira.

De su cuello y su cintura
Las lazadas desceñidas,
En el seno contorneado
Blando abrigo halla la brisa.

Sin gustar de la frescura
Con que el agua la convida,
Por sobre ella prestamente
El desnudo pié desliza.

Alza a veces puras gotas
Que al caer forman mil prísmas,
Dando paso a los destellos
Que el naciente sol envia.

La flotante cabellera
En los hombros se ensortija,
Ya los besa, y ya se aparta
De las auras impelida,

En la fuente acaso toca
Y fugaz el agua riza,
Cual las alas presurosas
Del Alcion que allí se anida.

En sus manos tiene un ramo,
La rosada y blanca niña,
De marchitos azahares
Y cerradas margaritas.

Le contempla; dentro el agua
Deja el pié, que el frio eriza,
Y risueños pensamientos
En su bella faz se pintan.

De los ojos renegridos
Se humedecen las pupilas,
Y halagüeños, como nunca,
Con no visto fuego brillan.

¿Qué tendrá, pues, ese ramo
Que la pone así festiva?
¿El enlace será, acaso,
De azahar y margaritas?

Es que ayer, a la alborada,
Al venir, aun adormida,
A bañarse en esa fuente,
Cuyas aguas hoi esquiva,

Halló el ramo atado a un sauce
Con celeste—blancas cintas,
Sujetando, al mismo tiempo,
Unas décimas sentidas.

Que es a ella a quien han sido
Esas trovas dirijidas,
Duda, cierto, no la queda,
¿Mas por quién fueron escritas?

No lo sabe, aunque sospecha
Son de alguno cuya vista,
Vió mil veces fija en ella
En los bailes de las trillas.

Y se cuenta que él la hizo,
No habia mucho, compañía,
Al volver de unas carreras
Hasta el rancho donde habita.

La plateada luna, entonces,
Derramando luces vivas
Se mostraba, con la madre
Del amor, toda encendida.

¡Cuán hermosa está esa estrella!
Prorrumpió la dulce niña,
Que entregada a ideas vagas
Contemplándola venia:

Y él la dijo, luego al punto,
«Es verdad.... siempre divina»
Y clavó sus tiernos ojos
En los de ella distraida.

El misterio que esas voces
Y miradas envolvian,
No sé yo si desde luego
La inocente entenderia,

Pero sí que desde entonces
Siempre está imajinativa,
Cuando vé cómo esa estrella
En el puro cielo brilla.

—1840.—

II.

Deleite causa en verano
Pasear la estensa ribera.
Cuando la aurora en la esfera
Tiende su manto fugaz.

Y ver las aguas lucientes
Que dan continuo en las peñas,
Cual las ideas risueñas
Del hombre en la eternidad.

Allí en la orilla las gotas,
Que el dolor trajo a la frente,
Seca el purísimo ambiente
Que se adormece en redor:

Y el pensamiento, ya libre,
Trasciende mares y tierra,
Para abarcar cuanto encierra
En sí la humana mansion.

Al soplo airado del cielo
Mira ceder las naciones,
Indestructibles lecciones
Dejando en pos al pasar.

De las ciudades que fueron
Busca las débiles huellas,
Y encuentra impresas en ellas
De torpes vicios los pies;

Y en vez del blando murmullo
Que hace el mundano contento,
Se escucha solo «Escarmiento»
Entre las ruinas sonar.

De Europa altiva sorprende
La desmayada natura,
Que el arte en vano procura
Lozana y fértil tornar:

De cada pueblo a las puertas
Negro fantasma se eleva,
Que con sus lágrimas lleva
«Miseria» escrito en la faz.

En desnudez el mendigo
Pasa las noches heladas,
De las soberbias moradas
Bajo el marmoreo dintel;

Y las migajas recoje
Del destrozado sustento,
Que el cortesano opulento
Le echa tal vez con el pié.

¡Maldito el suelo en que el hombre
Así ante el hombre se postra,
Y sus desprecios arrostra
Porque se muere de afan!

¡Maldito el suelo que solo
Brinda con taza de hieles,
A esos desnudos tropeles
Que acosa el hambre o la sed!

Llena de ingratas ideas
Se vuelve entonces la mente

Al virjinal Continente
Que vió Cristobal Colon.

Y que al tornar, el encono
Del mar burlando y el viento,
Cual mujeril ornamento,
Echó a los pies de Isabel.

De Dios la diestra invisible
Formó su espléndido cielo,
Y abrióla toda, y el suelo
De ricos dones sembró.

Bañan sus playas estensas
El mar Atlántico airado,
Y el que de gozo arrobado
Llegó Balboa a besar;

Cuando, la espada desnuda,
Las ondas cerca del pecho,
De su monarca en provecho
Tomó marcial posesion.

Montañas tiene soberbias,
De cuyo inmóvil asiento,
Se arrojan rios sin cuento
Para perderse en la mar:

Y hai en sus llanos verdura
Que ansiosos pacen los brutos,
Y abundantísimos frutos
De regalado sabor.

¡Feliz mil veces el hombre
De quien la cóncava cuna,
Alumbra pálida luna
En tan lozana mansion!

¡Feliz! verá de la vida
Los demarcados momentos,
De agudas penas exentos,
En libre tierra correr.

Que si algun torpe tirano
De entre la turba se eleva,
Es ese, tiempo de prueba
Para las almas templar;

Hasta que llega el instante
En que con mano de hielo
Le postra Dios en el suelo
Y dice airado: «no mas».

—1840.—

III.

EL OMBÚ.

—

(FRAGMENTO.)

Venga la blanda gruitarrà,
Venga, bien mio, y cantemos,
Que ya el Oriente de rojo
Tiñen del sol los reflejos.

Venga, que en lomas y llanos
Rebrama el toro soberbio,
Y bajo altivos caballos
Retumba herido el potrero.

Naturaleza se anima,
Y con sus voces sin cuento
Alzar mil himnos parece
De gratitud al Eterno.

Tambien sus alas veloces
Sacude ya el pensamiento,
Cuanto en redor le circunda
Tocando al paso en su vuelo.

En el ombú solitario,
Que es de la loma ornamento,
Al fin detiénese, en presa
A siempre ingratos recuerdos.

Y de sus hojas marchitas,
Que mecen raudos los vientos,
Gotas de leve rocío
Mira caer en el suelo,

Cual se desprenden veloces,
Del desengaño al aliento,
Las ilusiones queridas
Que abriga el hombre en el pecho.

Bajo tu sombra apacible
Nacieron, árbol, mis sueños,
Como la niebla fugaces,
Como. . . . .

Junto a tu tronco el gaucho
Pasa las tardes de Enero
Viendo cruzar blancas nubes
Por el azul firmamento.

. . . .
. . . .

A TI.

¡Alma mia! de tí ausente
Nada encuentro que me aliente
En el dolor:

Que eres tú solo consuelo
De mi pecho, en este suelo
Matador.

La armonía regalada
Que se escucha en la alborada
En derredor;

El aroma de las flores
Cuando asoma entre esplendores
Lento el sol:

Las inquietas mariposas
Que ya besan a las rosas
Con amor,

Y las auras que a la frente
Circundando tiernamente
Dan frescor:

Nada, hermosa, vuelve al alma
La fugaz y dulce calma
Que perdió:

Nada vuelve, ¡ai! a mi vida,
Tan temprano dolorida,
Su vigor.

—

La vida! sí, qué es la vida
Si nos falta la mujer
A quien dijimos ayer
Serás tú sola querida?

Qué es la existencia en la tierra
Si de la frente abrasada,
Nadie, con mano adorada,
Negras ideas destierra?

—Flor despreciable, inodora,
Que estando falta de riego,
Con sus mil rayos de fuego,
El Sol marchita y devora.

—

¡Vírjen pura! si un momento
Disiparas con tu aliento,
Mi pesar.

Si tu seno tan amado,
Yo sintiera apresurado,
Palpitar:

Si en mil rizos tu cabello
Resbalando por el cuello
Sin igual,

Se mezclara blandamente
A las hebras de mi frente,
Mundanal;

¡Anjel mio! volvería
A mi pecho la alegría
Que pasó,

Y con llanto de mis ojos
No causára mas enojos
A tu amor.

—1840.—

DOLOR.

En los primeros años de la vida,
Cuando el mundo nos brinda con su amor,
La sonrisa del tédio está en mis labios,
En mi pecho el veneno del dolor.

La copa donde rápidos placeres
Dióme un dia a beber la sociedad,
Está exhausta a mis ojos, que anegados
Del Cielo en vano imploran la piedad.

Locuras de las horas que pasaron
Atribulan mi pobre corazon,
Y el negro pensamiento de la muerte
Detiene el vuelo audaz de la razon.

¡Morir, cuando en redor todo respira,
Cuando todo sonrie en el solaz,
Sin que un ánjel de gracia en la agonía
Me dé pasando el ósculo de paz!

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos
Haya visto en el mundo de Colon,
Demandando al eterno en mis plegarias
Para los abatidos el perdon!

¡Morir, cuando se ajita el orbe entero
En pos de esa deseada libertad,
Sin que pueda el camino, arrebatado,
Mostrar a la obcecada humanidad!

¡Y dejar en el suelo por memoria
El recuerdo fugaz de un ataud,
Con los truncos acentos arrancados
En horas tribuladas al laud!

¡Ai! yo pensé que acaso ablandarian
Las lágrimas vertidas al Señor,
Y que el dar a mis labios sed de canto
Era signo primero de su amor.

Ensueños de ventura tuve entonces
Como los de la esposa juvenil,
Que el deseado hijuelo en sus entrañas
Por la primera vez siente latir.

Mas se apagó en naciendo mi esperanza
Cual en la noche roja exhalacion....
Y las hondas ideas de la tumba
De nuevo han inundado la razon.

—1840.—

A FLORENCIO VARELA

EN LA MUERTE DE SU HERMANO RUFINO.

Florencio amigo que de tiernos años
Amar me hiciste la virtud austera,
Y acá en mi mente derramaste ansioso
Blandas ideas:

¿Do están los dias que a tu lado viste
Crecer en ciencia a tu infeliz hermano,
Y ser del pobre perseguido, inerme,
Público amparo?

Ese demonio que persigue al jenio
Hasta exhalar el postrimer suspiro,
Con yerta mano le arrojó a la tumba,
¡Mísero amigo!

¡Morir lejano de la triste madre
Pasado el pecho de enemigo acero,
Sin que uno solo por su vida alzase
Férvido ruego!

¡Ai del que mira sin horror la sangre!
¡Ai del que rie del ajeno llanto,
Y vé sin pena que el sepulcro encierre
Jóven lozano.

¿No fuimos todos para amar formados?
¿No somos todos del eterno hechura?
¡Maldito el hombre que sus santas leyes
Bárbaro burla!

Deja, Florencio, que el instable vulgo
De amor el alma y de piedad desnuda,
En vez de lloro con amargas hieles
Riegue esa tumba.

En tanto al cielo subirán mis preces
Por el amigo que perdí temprano,
A cuyo lado deslizarse viste,
Tristes mis años;

Y en esas horas en que el hombre cuenta
Cuantos objetos estimó en la vida,
Rufino siempre arrancará a mis ojos
Lágrimas pias.

—1841.—

A LA SEÑORITA DE.... EN SU ALBUM.

Paz dé Dios siempre a tu seno
Y a tus jardines un lirio,
Y si amas, un hombre lleno
De esperanza y de delirio.
SALAS Y QUIROGA.

Cuando en la tierra estranjera
Donde a morar te dispones,
Con voz fatal la campana
Anuncie al suelo las doce.

Y las virtudes y el vicio
En las calladas mansiones,
Gocen del blando descanso
Que trae consigo la noche,

Suelta tus rubias madejas
Que por el cuello, sin órden,
Al resbalar blandamente
El seno cándido toquen:

Entre las palmas ebúrneas
La mústia frente repose
Y pensamientos de virjen
Por ella crucen veloces.

Abre este album, mujer bella,
Abrele rápida entonces,
Que de misterios y amor
Llenas palabras esconde.

Y a la luz trémula y roja
De alguna lámpara inmóble,
Busca en sus hojas, perdido,
Como en el mundo, mi nombre.

Búscalo, si; y al hallarle
Lágrimas tiernas lo mojen,
Que arrancarán a tus ojos
Recuerdos ¡ay! matadores.

Recuerdos, no del poeta
Cuya existencia corroe
Algun oculto veneno,
Que Dios en su seno pone.

Sino de tu patria bella,
Ciudad de las negras torres,
Que con cintura de espumas
La sien adorna de flores.

De ese su cielo apacible,
De sus festivas canciones,
Y de ese monte atalaya
Que lamen ondas veloces.

¡Cuántos amargos ensueños,
Cuántas ingratas visiones,
Sobre tu frente sus alas
Plegarán raudas entonces!

Latirá el seno ajitado,
Se apagarán los colores
De tus mejillas, los labios
No darán paso a las voces.

Y como fuente que hinchada
Salva los marcados bordes,
Y arranca al paso la flor
Que octubre en los campos pone,

Por los pesares preñados,
Tal vez tus ojos arrojen,
Asi de llanto torrentes,
Que borren fieros mi nombre.

Mas no: do quiera que mire
Nacer la hermosa sus soles,
Un ánjel vela a su lado
Para calmar sus dolores;

Y la esperanza le vuelve
Cuando se aduerme en la noche,
Besando el nítido seno
A que piadoso se acoje.

Vírjen de rubias madejas,
Guarde el Señor tus amores,
Y haga que en tierras estrañas
Tu vida en dichas rebose.

—1841.—

A DON ANDRES LAMAS.

Je ne demende plus a la muse que j'aime
Q'un seul chant pour ma mort solennel et suprème;
Plutot que je n'ai du je reviens dans la lice:
Mais tu le veux, ami! ta muse est ma complice:
J'unis donc à tes chants quelques chants temeraires.
Prends ton luth inmortel nous combations en freres
Pour les mêmes autels et les mêmes foyers.

VICTOR HUGO.

De hastío el alma y de pesares llena,
Busqué en el ocio la deseada paz,
Y del laud que acompañó mi pena
Rompí las cuerdas y dejé el cantar.

¿Qué sirve, dije, que contino implore
Consuelo breve para tanto mal,
Y de ese mundo descarriado llore
El perdurable roedor afan,

Si he de hallar solo corazones frios
Que no latieron de dolor jamas,
Si han de perderse los cantares mios
Como las brisas en revuelto mar?

Yo quiero lejos del humano ruido
Muda plegaria dirijir a Dios,
Antes que pongan una cruz de olvido
Sobre mi cuerpo sin vital calor.

—

Como hoguera mal cubierta
Que una roja chispa enciende,
Y de sí llama desprende
Con mas vivo resplandor,

En mi pecho el puro fuego
Que el pesar ahogado habia,
Encendió tu fantasía
Aun mas férvida que el sol.

—

Y sentí a tu noble acento
En mis ojos seco el llanto,
En los labios sed de canto,
En el alma intenso ardor.

Sí, cantemos: de la lira
Salgan sones elocuentes
Que conmuevan a las jentes
Y sean gratos al Señor.

—

Descendamos a la arena
Con la frente sin mancilla,
Doblegando la rodilla
De virtud ante el altar;

Y halaguemos con cantares
De suavísima harmonía
Al que yazga en agonía,
Al que sufra acerbo mal.

Arastrando una cadena
De insufrible pesadumbre,
El esclavo ve la lumbre
Y maldice su nacer.

Porque el sol de cielo estraño
Al que agobia torpe yugo,
Sirve solo de verdugo
Que le dice—«hoi lo que ayer.»

—

Sobre blanco mármol frio
El mendigo ve la aurora
Y sustento en vano implora
Por el Santo de Israel;

Y a la párvula inocente
Que de sí la madre arroja,
El rocio acaso moja
De algun templo en el dintel.

—

Tiene América rasgados
Por las lides fraternales
Los ropajes virjinales
Con que el cielo la vistió:

Y su seno mal velado
A ese viejo mundo incita,
Que una virjen necesita
Para alivio a su pasion.

—

¿Por qué, pues, bajan al llano
Esas huestes iracundas,
Y en contiendas infecundas
Sangre dán, y hacen correr?

Por qué quieren sus caudillos
Con el hierro de la lanza,
Do virtud tan solo alcanza
Alcanzar ellos tambien!

—

¿Y por qué labran tiranos
En su bárbara locura,
El ajena desventura
Y su propia perdicion?

Pues no mas que leve paja
Ellos son para el Eterno
Que arrojar puede al infierno
Con su soplo estirpador.

—

¿Y callar podrán los labios,
En la lira no habrá acentos
Que mitiguen los tormentos
De la América infeliz?

Sí, que el vate es para el pueblo
Un fanal que en la tormenta,
El pavor del alma ahuyenta,
Con la luz del porvenir.

—

Lucha el torrente con terrible saña
Contra los diques que a su paso halló,
Pero ya rotos, apacible baña
Los secos prados, la tostada flor.

Asi tambien cuando elevados vates
Rompen las vallas de revuelta grei,
Exenta corre de furor y embates
Prestando fuerza a la olvidada lei.

Vendrán, amigo, los serenos dias,
Si fé tenemos y confianza en Dios,
Si al pueblo abrimos anchurosas vías
Por donde corra de la dicha en pos.

—

Al lucir tan bella aurora
Para el mundo de Colon,
Tendrá fin ese tormento
Que te oprime el corazon:

En la lira no habrá, amigo,
Cual ahora cruda hiel,
Pues del vate, largo y dulce
Será entonces el placer,

Como el beso sin mancilla
Que en la noche nupcial,
El esposo da en el seno
De su amada al despertar.

—

BUSTAMANTE

(RICARDO J.)

El Sr. Bustamante es hijo de la República de Bolivia y reside actualmente en Paris donde completa su educacion literaria. Segun una carta, datada en aquella capital en Agosto de 1845, el Sr. Bustamante se ocupaba de poner en castellano ciertos trabajos de Mr. D'Orbigny relativos a la historia y a la jeografía de Bolivia. Creia en esto prestar mayores servicios a su pais que sirviendo el cargo de secretario de una legacion al Brasil: segun la carta citada, no habia querido aceptarle el Sr. Bustamante, por continuar en el arreglo de los manuscritos del célebre viajero y naturalista frances.

El Sr. Bustamante frecuenta en Paris la amistad de literatos de nota, particularmente españoles y americanos del Sur. Hemos visto un album en su poder en el cual hai bellos pensamientos firmados por nombres mui respetables: al frente de este album ha escrito el Sr. Bustamante los siguientes versos:

»La lumbre nunca de su jénio apague,
»Y si en raudal de inspiracion le pague
»El dueño del saber, de la alta esfera,
»Al noble vate o jeneroso amigo,
»Que una limosna de su injenio quiera
»Echar aquí en el cofre de un mendigo».

Sentimos mucho no poseer otras composiciones del mismo autor, a mas de la presente oda que tanto se recomienda por la nobleza del asunto.

ODA A BOLIVAR.

¿No ves jirando con altivo vuelo
Condor jigante por el vasto cielo,
Y luego descender, y en la alta cumbre
De las montañas majestuosa planta
Posar, sin que deslumbre
Del sol el brillo a su fulgor que encanta?

No se ofuscan de gozo tus sentidos
Al mirar, cual en bronce, allí esculpidos
En sus ojos de fuego relucientes
Del hondo porvenir grandes arcanos,
Y glorias esplendentes,
Que hundieron en el polvo a los tiranos?...

Si le admirais, audaz los horizontes
Con sus alas rozando, y de otros montes
El sitio ir a buscar... ¿árbol fecundo
De libertad no veis, que ya se eleva,
Para asombro del mundo
Allí do quiera que su planta lleva?

. . . .

Así fué tu destino, y azorado,
Grande Bolivar, inmortal soldado,
Te vió el orbe surjir, y bendiciones
Mil redimidos pueblos te enviaron;
Y en tanto, maldiciones
Sobre tí los tiranos descargaron.

Nuevo lustre su rabia dió a tu nombre;
Porque es un lauro nuevo para el hombre
Que ama la libertad, de algun tirano
El odio merecer, el odio inmundo,
Y su furor insano
A la faz despreciar de todo un mundo.

La gloria militar nunca sublime
Será del que su acero solo esgrime
Por la sed de conquista, y anhelante
Corre tras el poder y la grandeza,
Sin pensar un instante
Que lo que no es virtud, solo es vileza.

Hubo un Jénio en el mundo: fabuloso
Será en el porvenir, porque impetuoso
Torrente desbordó llevando guerra,
Y alabanza exijiendo a toda boca
Cual dueño de la tierra....
¡Y fué a estrellarse al fin contra una roca!

Fantasma solo de grandeza humana
Queda de él ante el ara soberana
Del tiempo y de la historia, pues su causa
No fué noble ni grande, y conspirando,
Sin hacer leve pausa,
Del orbe ansiaba en su delirio el mando.

Mas tú, Grande Bolivar, defendiendo
La causa mas sagrada, y combatiendo
Al despotismo que con ceño inmundo
Queria sofocar entre sus garras
A la vírjen del mundo,
Con noble esfuerzo su opresion desgarras.

Y esa vírjen del mundo, que inocente
Releva hoi libre su lanceada frente;
De la posteridad a las miradas
A su Libertador brillando ofrece,
Que en sus sienes ornada
Bolivar, como un astro, resplandece.

Porque tu eres el libre entre los grandes...
Porque tú eres el condor de los Andes...
Y el Aguila Francesa y sus lejiones,
Y las Romanas Aguilas guerreras,
Cual tú las bendiciones
No alcanzarán de las remotas eras!...

Paris 184...

CALDERON

(FERNANDO.)

Mui pocos serán los teatros de América, en donde no se hayan aplaudido ya algunos dramas escritos por este poeta Mejicano. El Torneo es uno de esos dramas; el primero tal vez que salió de su pluma, y mui notable por el fervor de su poesía y por lo lleno de su versificacion.

Las poesías líricas de Calderon, se han impreso en Méjico en estos últimos meses; pero no las hemos obtenido todavía: las publicaremos en el «apéndice» que la naturaleza de nuestra coleccion exije indispensablemente y allí daremos las noticias biográficas de que carecemos en este momento. Sabemos que nació en Zacatecas, Estado central de la República Mejicana.

El Sr. Carderon aparece en la lista de los redactores del periódico literario mas importante que se publica en su patria: el «Museo Mejicano»: — las composiciones que damos de él a continuacion, están tomadas de otro periódico literario de Méjico, publicado allí mediante el año 1838, bajo el título: «Recreo de las Familias».

LA RISA DE LA BELDAD.

Bella es la flor que en las auras
Tranquilamente se mece:
Bello el íris que aparece
Despues de la tempestad:
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero mas que todo es bella
«La risa de la beldad».

Despreciando los peligros,
Tal vez un jóven guerrero,
Deja por el duro acero
La dulce tranquilidad:
Quién su corazon enciende
Cuando a la lucha se lanza?
¿Quién anima su esperanza?
«La risa de la beldad».

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y horfandad:
Y, ¿quién el curso detiene
De su cólera siniestra?
Y ¿quién desarma su diestra?
«La risa de la beldad».

¿Quién del prisionero triste
Endulza el feroz tormento?
¿Por quién olvida un momento
Su perdida libertad?
Y, ¿quién, en fin, del poeta
Hace resonar la lira?
¿Quién sus acentos inspira?
«La risa de la beldad».

Una suerte inexorable
Llena de luto mi vida,
Y mi alma jime oprimida
Por la dura adversidad.
Pero yo olvido estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
«La risa de la beldad».

Diciembre 23 — 1837. —

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD.

Sobre un caballo brioso
Camina un jóven guerrero
Cubierto de duro acero
Lleno de bélico ardor.
Lleva la espada en el cinto,
Lleva en la cuja la lanza,
Brilla en su faz la esperanza,
En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita
Y el robusto cuello halaga,
Y la crin que al viento vaga
De su compañero fiel.
Al sentirse acariciado
Por la mano del valiente,
Ufano alzando la frente
Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
De blanca espuma se llenan;
Sus herraduras resuenan
Sobre el duro pedernal;
Y al compas de sus pisadas,
Y al resonar del acero,
Alza su voz el guerrero
Con un acento inmortal.

Vuela, vuela, corcel mio,
Denodado;
No abatan tu noble brio
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado;
Y mil veces
Has oido
Su estallido
Aterrador
Como un canto
De victoria,
De la gloria
Precursor.
Entre hierros, con oprobio,
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte o la libertad.

El artero cortesano
La grandeza
Compre adulando al tirano
Y doblando la rodilla;
Mi troton y pobre silla
No daré por su riqueza;
Que bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar.
Corcel mio,
Yo prefiero
Tu altanero
Relinchar.
Entre hierro, con oprobio,
Gocen vergonzosa paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte o la libertad.

Yo dejé el paterno asilo
Delicioso;
Dejé mi existir tranquilo
Para ceñirme la espada,
Y del seno de mi amada
Supe arrancarme animoso:
Ví, al dejarla,
Su tormento:
¡Qué momento
De dolor!
Ví su llanto
Y pena impía,
Fuí a la mia
Superior.
Otros gocen entre hierros,
Una vergonzosa paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte o la libertad.

Vuela, bruto jeneroso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu ardiente brio,
Y hollar del tirano impío
El pendon abominado.

En su alcázar
Relumbrante,
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu herradura
Estamparás.
Otros gocen, entre hierros,
Una vergonzosa paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte o la libertad.

Así el guerrero cantaba
Cuando resuena en su oido
Un lejano, sordo ruido
Como de guerra el fragor.
«A la lid», el héroe grita,
En los estribos se afianza,
Y empuña la dura lanza
Lleno de insólito ardor.

En sus ojos y en su frente
La luz brilla de la gloria,
Un presajio de victoria,
Un rayo de libertad.
Del monte en las quiebras hondas
Resuena su voz terrible
Como el huracan horrible
Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo
Ya del combate impaciente,
Mucho mas que el rayo ardiente
En su carrera veloz.
Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero,
Aun se vé brillar su acero,
Se oye a lo lejos su voz.

Gloria, gloria! yo no quiero
Una vergonzosa paz;
Busco en medio de la guerra
La muerte o la libertad.

—Marzo 8 de 1838.—

CANTILO

(JOSÉ MARÍA.)

Nació en Buenos-Aires y cultiva desde niño un ramo importante de las ciencias naturales. Ha publicado algunas poesías en los periódicos de Montevideo, anónimas unas, y otras firmadas únicamente con sus iniciales.

LAS FLORES.

Solo el que no es dichoso sufriendo oculta pena
Comprende cuanto vale una olorosa flor,
Cuando con dulce risa de mil encantos llena
La ofrece una belleza teñida de rubor.

Las flores son un bálsamo al alma acongojada,
Que al respirar su aroma se eleva a otra rejion,
A esa rejion sublime en sueños figurada
Donde todo es ventura, donde todo es pasion.

Cuàndo presa la mente de pensamiento impío
Olvida cuanto tiene el hombre en derredor,
Y no hai en torno suyo mas que ese desden frio
Que marchita una a una las horas del amor;

Es dichoso si entonces alguna amiga mano,
Le brinda cariñosa con tímido mirar,
Una flor olorosa que su dolor tirano
Embota, y un momento suaviza su pesar.

Acaso se respiran aromas en el cielo:
Tiene algo de divino la esencia de una flor;
Y cuando yo he soñado con mi anjel de consuelo,
Una flor en el seno le ví de albo color.

Cuánto, cuánto se goza, si en la noche sombría
Al reclinar cansada la calorosa sien,
Se desliza hasta el alma la célica ambrosia
De flores que una bella brindára sin desden!

Tal vez en ese instante resbala silenciosa
Una lágrima ardiente que nadie enjugará!
Tal vez algun suspiro del alma congojosa
Se pierde entre sus hojas... y las marchitará!

—1844.—

LA NIÑA MARIA.

Beaucoup, beaucoup d'enfans pauvres et nus, sans mère
Sans maison, n'ont jamais d'oreiller pour dormir;
Ils ont toujours sommeil! o destinée amère!
Maman! douce maman! cela me fait gémir.

MME. D. VALMORE.

Preciosa las hermosas la llamaban,
Y la cándida frente le besaban,
Viéndola despertar;
Y en la falda la madre la mecia,
Y cantos inocentes la decia,
Al verla dormitar:

«Duerme niña preciosa,
Duerme, paloma mia,
Opaco viene el dia,
Y el viento recio está:
Duerme, mientras la nieve
De agosto se evapora;
Nublada está la aurora,
Y acaso lloverá.

«Los árboles se doblan
A impulsos de los vientos,
Soltando amarillentos
Sus ramas a volar:
Del mar las ondas braman;
Qué triste que está el dia,
Duerme, paloma mia,
Al son de mi cantar.

«Si vieras, como cruzan
Helados, abatidos,
Los pobres desvalidos;
Sin cama y sin hogar;
Si vieras otros niños
El blanco pié desnudo,
Sufrir el frio rudo
Que los hace llorar!

«Si vieras desgreñados
Sus dorados cabellos!
No hai un perfume en ellos
Ni rizados están:
Y del sol del invierno
El pálido desmayo,
Aprovechan del rayo
Para pedir el pan!

«Si vieras esos niños
Como tú tan preciosos,
Demandando llorosos
La pública piedad;
Y en abondono triste
Pasar el triste dia,
Y la noche tan fria
En desnuda horfandad!

«Si vieras, amor mio,
Dulce paloma mia,
Qué frio que está el dia;
Qué encrespada la mar;
Cuál los arbustos crujen
Al impulso del viento,
Nublando el firmamento
Las nubes al pasar!

«Oh! duerme y no despiertes,
Tierna paloma mia,
Opaco viene el dia,
Y el viento frio está:
Duerme, mientras la nieve
De agosto se evapora:
Nublada está la aurora
Y acaso lloverá.

«Y cuando te recuerdes
En tu envidiado lecho,
Te alzaré hasta mi pecho
Para darte calor;

Y quizás al mirarte
Tan linda, tan tranquila,
Enturbie mi pupila,
Por tí llanto de amor!»

Así cantaba ufana
La madre de María,
Mientras dormir la hacia
De la cuna al vaiven;
Y en su blanca mejilla
Mil besos estampaba,
Y sus labios besaba,
Y su tranquila sien.

Donosa era María
Adormida en la cuna,
Como un rayo de luna
Que refleja en el mar:
Cuando ella la besaba,
Sus labios entreabria,
Y sin saber reia
Despues al despertar.

Pero esta vez acaso
En su sueño profundo
Vió los males que el mundo
Guardaba a su niñez;
Y el canto de la madre
La niña entenderia,
Y en el vivir vería
Soledad y aridez.

Y diez veces apenas en el cielo,
La luna que es tan grata para el suelo,
Mostró su redondez;
Y la niña que tanto acariciaban,
Al ver que los querubes la llamaban,
Voló con rapidez.

Un año todavía no tenia
Y la cuna mullida en que yacia
En tumba se trocó;
Y los que antes alegres le arrullaron
Al mirar su cadáver la lloraron
Pero la canto yo.

Los ánjeles sus alas ajitaron,
Y al trono del Eterno se llevaron,
Un alma sin pecar;
Y esa noche mirando las estrellas
Yo ví una exhalacion en medio de ellas
Rutilante pasar.

—Agosto, 1843.—

A LA MEMORIA DEL JENERAL ARJENTINO D. JUAN JOSÉ VIAMONT.

Llanto y respeto a su fatal estrella.
F. VARELA.

MORIR lejos del suelo donde la luz primera,
Alumbró nuestra cuna bajo cielo feliz;
Doblar la altiva frente en la tierra estranjera,
Cuando se ve la patria padeciendo infeliz:

Sentir dentro del pecho que la vida se acaba
En horas que alborean victoria y libertad;
Que el corazon se hiela cuando solo anhelaba
Ver el triunfo que el cielo guarda a la humanidad.

Morir lejos del cielo de la Patria adorada,
Dar el último aliento en dura proscripcion,

Sin ver radiar la aurora tanto tiempo esperada
En que flamee puro de Mayo el PABELLON;

Oh! Dios, es duro trance y mas si el triste lecho
Enlaza los despojos del que soldado fué;
Oh! cuánto diera entonces por volver a su pecho
El fuego de la infancia, del guerrero la fé!

VIAMONT..! Yo te contemplo—cercano ya a la muerte
Debiste, en tus delirios, soñar la dura lid;
Alzar la frente jóven, y que tu brazo fuerte,
Volvia a ser ahora de temible adalid.

Que volvian los tiempos de recuerdo glorioso,
Cuando tu Patria alzaba, soberbia, la alta sien,
Cuando sola y pujante desafió ese coloso
Que tú a batir viniste con tu espada tambien.

VIAMONT..! yo te contemplo; comprendo la amargura
Que tu postrero instante fatal emponzoñó,
Y al sublimarse tu alma a otra mansion mas pura
El nombre de la Patria tu labio murmuró.

Tú viviste en un tiempo de inmarcesible gloria,
De famosas batallas, de perdurable honor;
El polvo del combate en rota o en victoria
Le dió a tu Patria jóven su pasado esplendor.

Pasado... sí, el destino que no penetra el hombre,
Lo cubrió con un manto de fúnebre capuz;
Solo quedó su historia, solo quedó su nombre,
Que hasta el cielo para ella oscureció su luz.

Dichoso tú que bajas al seno del olvido
Si ha de ser consumado de la Patria el baldon;
Dichoso tú si escrito por desventura ha sido
De nuestra cara tierra la eterna perdicion!

De qué sirve la vida cuando se alienta esclavo?
Cuando se ahoga en el pecho la voz de libertad?
Oh! la muerte mil veces, pero morir cual bravo
Al pié de la bandera peleando con lealtad.

Pelear por esos dogmas que con robustas manos
Plantaron nuestros padres en época mejor;
Y morir, pero al menos no escupan los tiranos,
Nuestra orgullosa frente radiante de honor.

Mas no—los pueblos tienen sus dias de amargura
Que la historia señala con fúnebre crespon,
Pero pasan, y luego brilla mas clara y pura,
La luz que les señala senda de salvacion.

Grande será, mui grande, para la edad futura,
La pájina de historia que se diseña ya,
Elevemos la frente y en la batalla dura
Valientes pelearemos—la historia esto dirá.

Y tú, viejo soldado, mientra esa aurora brilla,
Reposa en esta tierra bendecida de Dios;
Tal vez yo te conduzca a la tranquila orilla,
Del rio caudaloso que nos meció a los dos.

—Montevideo, 26 abril de 1843.—

CARPIO

(MANUEL.)

El editor de las «Poesías Mejicanas» [1] únicamente se propuso reunir algunas de las publicadas en los diarios de aquella república, despues de su independencia. A pesar de esto, ha prestado con su libro un gran servicio a los amigos de la literatura americana. Sin él ignorariamos nosotros, no solo el nombre del señor Carpio como poeta, sino tambien su mérito como ciudadano porque a él, como a los demas que componen la coleccion mejicana, tocan estas honrosas observaciones de la «advertencia preliminar:...» La simple lectura de estas piezas hará conocer no solo el mérito que ellas tienen en sí mismas, en la realidad bien grande, sino el que debe suponerse en sus autores, que como pasatiempo y al descuido, producen tan grandes bellezas.... «Casi todas las que se hallan en esta coleccion son de personas que se han formado en el presente siglo, los mas despues de la independencia, y todos son mui superiores a los de fines del pasado, en que se puede decir tuvo principio la poesía mejicana»... Todos son nacidos en Méjico, y tan recomendables por sus servicios patrióticos, como por su literatura y talentos poéticos que tanto honor y lustre dán a su patria.»

LA MARIPOSA.

Inocente mariposa
Que andas vagando sencilla
Del Atoyac a la orilla
Las puras tardes de Abril;

Los cazadores te asustan
Y dejas la flor mas bella,
Pero retornas a ella,
Y chupas luego otras mil.

Bates las alas azules
Por la ribera arenosa,
En donde la agua espumosa
Se quebranta con furor:

En tanto tú sosegada
Te diviertes a tus solas
Con ver las movibles olas,
Movibles como el amor.

En vano un inquieto niño
Te acecha allá entre las ramas,
Pues burlas todas sus tramas
Solo con querer volar.

No conseguirá el travieso
Despojarte de tus galas,
No te arrancará las alas
Ni aun te las podrá empañar.

Pura eres como la luna,
Y airosa como la palma,
Que vive en la dulce calma
Del desierto en que nació.

Al alba, el agua y las flores
Encantan tus bellos ojos,
Y por la tarde, los rojos
Celajes que el sol tiñó.

Lleno el corazon de luto
Envidio tus dulces dias,
Tus sencillas alegrías
Y tu inocente candor.

Mientras que paso la vida
Sumido en negra tristeza,
Lejos de aquella belleza
En quien coloqué mi amor.

[1] Coleccion de Poesías Mejicanas. Paris, librería de Rosa, 1836.

CHACON

(JACINTO.)

El Sr. Chacon es hijo de la República de Chile y abogado de sus tribunales; ha publicado muchas composiciones métricas en periódicos acreditados de Santiago, los cuales, alguna vez, han tributado elojios mui honoríficos a las miras elevadas de su poesía.

DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS DIEZ.

(FRAGMENTO).

LA SALVA.

¿Qué bronco son retumba en el espacio
Que de su sueño al pueblo despertó,
Al despuntar sus rayos de topacio
El bello sol que a Chile iluminó!

¿Qué es ese son que al par que nos aterra
De entusiasmo nos llena el corazon?—
Es de Chile la voz que alzó de Guerra
Cuando al mundo mostró su pabellon!

Es el eco del son que envió sañuda
De su primer cañon la Libertad,
Que hoi al Sol de Setiembre le saluda
Sol que nos diera en sombras claridad!

Eco inmortal, trompeta de la historia
Que en los remotos siglos tronará,
Por do el grito de Guerra y de Victoria
La gran posteridad comprenderá!

Hoi se tornó la Esclava en Amazona
La librea la cambia en pabellon,
Y al pisotear la hispánica corona
La voz de *Libertad* la dió el cañon!

Y por eso se inflaman nuestras venas
Y palpita orgulloso el corazon,
Porque oimos romperse las cadenas
Cuando oimos rujir ese cañon,

Y por eso los viejos veteranos
Rien de gozo, lloran de emocion,
Porque fueron sus pechos y sus manos
Los que dieron impulso a ese cañon.

Y por eso miramos en sus vidas
Las reliquias de eterna adoracion,
Mas nos llenan de envidia sus heridas
Cuando oimos tronar ese cañon.

Y por eso el pueblo entero
Se ajita en gran conmocion,
Porque hoi destrozó su acero
Los grillos del carcelero
Al tronar ese cañon;

Que hoi en el cielo esta idea
Trazó la divina mano,
«*Alce Chile, libre sea*,»
Y este arrojó la librea
Y vistió de ciudadano.

Por eso al rayar el dia
Entre el cañon tronador,
Se eleva suave armonia
Que un coro anjélico envia
Al trono del SALVADOR.

Y todo es ajitacion
En tan gloriosa mañana,
Y a la voz de ese cañon
Le responde el torreon
Con repiques de campana.

Y se alarman los cuarteles
Al son del pito y tambores,
Y en los altos chapiteles
Se ajitan los tres colores
Como floridos laureles.

Y crece la conmocion,
Y mas el bullicio crece,
Y cuanto mas amanece
Es mayor la ajitacion
Que allá en la plaza aparece.

Y al reventar de las fuentes,
Del sol a los resplandores,
Se elevan los surtidores
Formando iris transparentes,
Que ostentan los tres colores,

Y mezclan su dulce son
A los cantos matinales,
Y ajitan el corazon
El armónico cañon
Y las músicas marciales.

Porque al rayar el sol en este dia
Chile nació, pregona ese cañon,
Chile nació, resuena esa armonía,
Chile nació, repite mi cancion!

—1843.—

EL VERANO.

Ya lanzo al fin mi rústica piragua
En las ondas ¡o estio! de tu mar,
No ajites, no, contra su prora el agua,
Deja que cumpla su destino en paz.

Deja que siga en su veloz carrera
El carro eterno del fecundo sol,
Y que aborde por fin a una ribera,
Donde halle un campo y en su bosque un Dios.

Deja se aduerma a mis cantares la ola
Y humilde halague mi infeliz batel,
La fama al oirlos, con gloriosa aureola
Mi sien de niño ceñirá tal vez.

Y ora del prado en las floridas galas,
A la sombra de verde pabellon,
Traeráme el aura en sus fragantes alas
Refujio blando a mi azaroso ardor:

Ya en su ancha taza la sonora fuente
Sus limpias aguas brindará a mi sed,
Y allí inspirando su frescor la mente
¡Oh sol! tus cantos modular podré:

O allí el naranjo de escarlata y verde
Su estensa copa brindará quizás,
Y el bello fruto que entre azahar se pierde
Bálsamo dulce a mi calor será:

O acá el granado sus purpúreos globos
Con su agridulce brindará tambien,
Y los coposos altos algarrobos
De fresca sombra me darán dosel:

O mas allá la bi-frutal higuera,
Que en los misterios escondió la flor,
Con su ancha copa llenará la esfera,
Y a un limpio arroyo privará del sol.

¡Y, qué delicia en lo alto del cogollo
Su dulce fruto de ébano gustar,
Luego bajando al fondo del arroyo
Dejar nos lama trémulo el cristal!

En ella encierra el pueblo una creencia
Heredero de santa tradicion..........
Cuánto halaga la mísera existencia
Hallar en todo y por do quiera un Dios!

Dicen se ven celestes resplandores
En su copa la noche de San Juan,
Y apareciendo súbito sus flores
Ciérranse al punto y la ilusion se vá.

Pobre de aquel, se dice, que quisiere
El misterioso arcano sorprender,
La cólera de Dios allí le hiere
Y a otro mundo refiere lo que vé.

Todo al verano ofrece su tributo,
Al impulso feraz de ardiente sol;
Yo me deleito en ir de fruto en fruto
Bendiciendo la mano de mi Dios.

—1844.—

A MI AMIGO H. I. EN SU MATRIMONIO.

Veo cruzar ante mi vista rápida
En noche eterna exhalacion fugaz:
Nuestra vida es relámpago
Y el mundo oscuridad.

Llevábanos no ha mucho, caro Hermójenes,
Por el mundano mar, cuna infantil.
Hoi bogamos ya jóvenes,
Veremos playa al fin!

Ayer no mas entre reflejos lánguidos
La aurora de niñez nos dió su luz;
Hoi nos alumbra cálido
El sol de juventud.

Ayer, amigo, en tus ensueños plácidos
Blanca ilusion gozabas y no mas;
Hoi en nupciales vínculos
Tu ves la realidad.

Ayer tu madre en inocente júbilo
Rizó el cabello y te besó la tez:
Hoi es tu esposa cándida,
Será el hijo despues.

Esta cadena fragua el tiempo rápido,
En pasado, presente y porvenir.
Mas la muerte en su tálamo
Destrúyela por fin.

Perdona, amigo, mis acentos lúgubres,
Hoi que en tu cielo azul brilla una luz:
Un pensamiento fúnebre
Destempla mi laud.

Sea esa luz la antorcha de tus cánticos,
La que encienda tu jenio creador,
Y al par los lauros líricos,
Recójanlos los dos.

Y en retozo infantil los tiernos párvulos
Alzarse veais sombreados de laurel,
Y un dia en lira armónica
Aduerman tu vejez.

Enero—1843—

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO: LA MUJER.

Cuando la naturaleza te creó, te vió tan bella y tan perfecta que temió que demasiado divina para la tierra, no fueses reclamada por los cielos.

BYRON.

INTRODUCCION.

Estaba Adan en la mansion dichosa
Sentado al pié del árbol de la ciencia,
Y anhelaba inocente, en cada cosa,
El misterio sondear de su existencia.

Examina prolijo sus sentidos
Por si sorprende en ellos el arcano,
Y los jiraba absortos, aturdidos,
Por la estension del delicioso llano.

Y al contemplar en ellos la armonía,
De la alta creacion con su estructura,
Oríjen celestial se atribuia
Y se gozaba en su perfecta hechura.

Ya a sus ojos se ostenta el firmamento
Tachonado de fúljidas estrellas,
Ora el sublime líquido elemento,
O ya la tierra en sus escenas bellas.

O le halagan armónicos su oido,
Ya de la brisa los murmullos suaves,
O del arroyo el músico ruido,
O ya el trinar de melodiosas aves.

Ya su olfato recrea el suave aroma
Que a las fragantes yerbas y a las flores
Del perfumado cáliz la aura toma
Cuando juega en sus pétalos de olores,

O el paladar deleita con los frutos
De esquisita sazon, rica fragancia,
Que cual señor recibe por tributos
En varia forma de la augusta estancia.

Sus sentidos así con la natura
Descubrian el íntimo contacto:
Mas no encontraba un rostro de dulzura
Do resbalar su delicado tacto.

Examina despues los atributos,
Que ennoblecen su ser intelijente,
Y ve que le distingue de los brutos
La fantasía, el corazon, la mente.

Ya sorprenden su ardiente fantasía,
El majestuoso andar de los planetas,
De animales y plantas la armonía,
O el sublime vaiven de olas inquietas.

Ya sondea su noble intelijencia
Del tiempo y del espacio los confines,
Ya la oculta razon de su existencia,
O del Ser creador los altos fines,

De este modo su mente y fantasía
Hallaban relacion con lo creado;
Mas allí el corazon no descubria
Un eco tierno, un tono apasionado.

En vano en derredor buscaba inquieto
Do el sentimiento y la pasion se acuerde,
Pues no vibraba unísono otro objeto
Y el corazon su voz, sin eco pierde.

Entonce Adan se postra ante el Eterno,
Hastiada ya su vida solitaria,
Y en acento de amor sumiso y tierno
Su corazon le dicta esta plegaria:

Si al formar la creacion
Quisiste fuese su rei,
¿Por qué esceptua tu lei
A mi pobre corazon?

Allí la imajinacion,
Los sentidos y la mente,
Cada uno sus goces siente
Que no encuentra el corazon.

Halla ahí su relacion
Cada cual con un objeto,
Pero vaga en vano inquieto
En su busca el corazon.

Ni el tono de la pasíon,
Ni del sentimiento arroja,
Y su cuerda ya se afloja,
Y desmaya el corazon.

Haz mi Dios para este un don
Do encuentre su simpatía,
Y temple con su armonía
La cuerda del corazon.

Dijo, y de amor los ósculos imprime
Postrado ante el Señor, en sacro lodo,
Y en dulce voz de amor, tierna y sublime
Rompió el silencio Dios de aqueste modo:

Adan, Adan, tu querer
Voi a dejar satisfecho.
Y el vacio de tu pecho
Va a llenarlo la mujer.

Ella será de tu ser
El precioso complemento,
La pasion y el sentimiento
Hallarás en la mujer.

Te estasiará de placer
Con su dulce vibracion....
La cuerda del corazon
Va a templarla la mujer.

Bella y sensible al nacer
Y alimentada de amor,
Te inspirará suave ardor
Con su hechizo la mujer.

Mas tiembla que en el placer
Te embriague tan linda maga,
Pues daráte una hora aciaga
Con ese amor la mujer.

Habló el Señor y sus postreras voces
Aun en el orbe resonando están,
Y el oido de Adan hieren veloces,
Y el hombre hereda la sordez de Adan.

Ya el sentimiento y la pasion le ajita
La reflexion ahogando en el placer,
Y ya de amor su corazon palpita
Al eco dulce y tierno de mujer.

Y nació la mujer y en dulce abrazo
En estasis de amor ciñóla Adan,
Y ella le halaga tierna en su regazo
Y ambos se arrullan puros con afan.

Y la voz del Señor perdió su imperio
En los gritos de amor del corazon,
Y prestóles sus pliegues el misterio,
Y en el mundo tronó la maldicion.

Y escondióse en negro velo
El sol en esa hora aciaga,
La noche fué, y en su duelo
Recuerda al hombre en el suelo
La hora de amor de la maga.

Y por eso la mujer
Con su encanto nos embriaga,
Y nos parodia la plaga
Que causó al humano ser
La hora de amor de la maga.

Y así hija, amante o esposa,
O madre, tierna y hermosa
Amor la nutre y la halaga,
Y al hombre dá cariñosa
La hora de amor de la maga.

LA HIJA.

—

I.

¿Rasgar la niebla umbría
Has visto pura y bella,
Entre la noche y dia
La matutina estrella,
Saliendo en luces fúljidas
El mundo a esclarecer?
¿Has visto en los jardines
Abrir su tierno broche
Los cándidos jazmines?...
Así rompe su noche
Y entreabre así sus cálices,
Y nace la mujer.

Y empieza su existencia,
Como el venir del dia,
Pura, y en su inocencia
Velada, Dios la guia
Por los floridos ámbitos
Del valle de niñez.
Y surca el mar mundano
Serena en tierna cuna
Cual por tranquilo oceano
Va al rayo de la luna,
El navegante intrépido
Con réjia esplendidez.

. . . .
. . . .

¡Mujer! ¡oh gota pura
Del cálice divino!
Calmar con tu dulzura
Al hombre es tu destino,
El amargoso líquido
Del vaso del dolor;
Tú eres mujer la urna
Que encierra su consuelo;
La antorcha eres nocturna
Que le platea el cielo;
Y en fin en turbio piélago
Su estrella eres de amor.

Tú endulzas su existencia
Con solo una palabra,
De niña tu inocencia
Tu puro amor, le labra,
En candorosas pláticas,
Su dicha, sin ficcion.
Tal vez ya tu hermosura
Ya tu graciosa risa,
Un beso, una locura,
Le arranque una sonrisa
En lo íntimo recóndito
Del triste corazon.

. . . .
. . . .

La niña en tanto crece
Cual linda pasionaria:
Su mente se esclarece
Cual bella luminaria,
Y alientos dá aromáticos,
Y luz en derredor;
Y al triste jardinero
Consuela en sus olores,
Y al mísero viajero
Le alumbra en sus fulgores.
¡Qué haré sin pura lámpara!
¡Qué haré sin tierna flor!

Ya admira los contornos
De alguna otra hechicera
Ya envidia sus adornos,
Su crespa cabellera,
Y en pábulos fantásticos
Se nutre el corazon.
Y a solas en su espejo
Contempla su hermosura,
Y ensaya con despejo
Ya un jesto, una postura,
Que en sus contornos májicos
Aumentan la ilusion.

. . . .
. . . .

Lucientes picaflores
Sus ojos, brotan fuego,
Y por tocar las flores
Le bailan sin sosiego,
A impulsos del simpático,
Sensible corazon;

Y si tal vez se encuentran
Con otros negros ojos,
Los suyos se concentran
Y en cándidos sonrojos,
Teñido el rostro en púrpura
Revelan su emocion.

El alba entusiasmada
Sonrójase inocente
A la primer mirada
Del astro reluciente,
Y cual la niña osténtase
Mas bella en su candor.
Ve niña que este ensayo
Tu corazon no toque
Pues uno y otro rayo
Se encuentran y a su choque
Se elevan chispas májicas
Que forman el amor.

LA AMANTE.

—

II.

Cual la gota del alba cristalina
Se estremece en el cáliz de las flores,
Del céfiro al frescor,
Así la virjen tímida, divina
Siente entre el seno maternal temblores
Al soplo del amor.

Cual se encoje en sus plumas aturdida
La paloma infantil, al tierno arrullo
De cándido pichon;
La niña así se esconde enrojecida
De su seno de amor al fiel murmullo
De amante corazon.

Y cual penetra el rayo de la luna
En el seno de diáfana laguna
Sin que empañe el cristal;
Así un mirar castísimo y ardiente
Sin mancharlo traspasa blandamente
Un pecho virjinal.

Y a impulsos de este ardor, la bella envia
Sus ojos al abrir un casto fuego
De vida y de placer;
Y es la imájen del sol que enjendra el dia
Su párpado al alzar y sin sosiego
Da vida a todo ser.

Así inocente al recibir la luna
Ese rayo de amor que el sol le presta,
Con pálido candor,
Inclinando su frente a la laguna,
Lanza en su luz tan cándida y modesta
Consuelo en derredor.

Y cual huella la virjen misteriosa
Con tímido fulgor, su azul palacio
Rielando en la mar,
Y al navegante en noche borrrascosa
Le muestra un punto en su ajitado espacio
Do está su amor y hogar:

Así lá niña en su mansion tranquila.
Lanza al mundano mar reflejos puros
De ternura y pasion;
Y el casto resplandor de su pupila
Ilumina al mortal, puertos seguros....
Y muestra el corazon.

Y cual en cáliz aromado brinda,
Al bello picaflor, la amable rosa
Su delicioso humor:
Así en su puro corazon la linda
Brinda a su amante tierna y candorosa
La esencia del amor.

Y el májico licor la mente embriaga,
Del dichoso galan, de amor palpita
Violento el corazon;
Y encierra el mismo son que dulce halaga
Los senos del laud, cuando le ajita
Sonora vibracion.

Y ella al sentir tan tierna melodía,
Brillan sus puros ojos mas parleros
Al fuego del amor;
La aurora asi tambien a la armonía
Que entona el orbe a Dios, de sus luceros
Aviva el resplandor.

Y en tan dulce emocion, su suave aliento
Balancea sus senos virjinales
Con blando murmurar;
Como al soplar del ajitado viento,
Abre y cierra ruidoso sus umbrales
El conmovido mar.

Y así como las formas de natura
Vénse brillar con nítida aureola
Del sol al resplandor;
Tambien así la cándida hermosura
Sus májicos contornos arrebola
Al rayo del amor,

. . . .
. . . .

LA ESPOSA.

—

III.

— ¡Oh padres! ¿porqué en lágrimas
Vais tiernos a estrechar,
En vuestros senos trémulos
El corazon filial?
¿Por qué en corrientes líquidas
Vais tristes a empapar,
La vestimenta cándida
De la hija anjelical?

El padre. ¿De la modesta aureola
De la paterna sien,
Mi cornerina nítida
No desprenderse ves?
Yo pierdo su luz májica,
Y va a resplandecer
En el anillo, símbolo
Del tálamo y su fé.

La madre. La rosa cuyos pétalos
Yo cuidadosa abrí,
Y alzándose aromática
Ornaba mi jardin,
Hoi da su aroma y púrpura
Al conyugal pensil:
Dejad destile el párpado,
Mi amor en su matiz.

— Dejando nuestros ámbitos
La aurora asi cual vos,
Empapa en puros líquidos
El broche de la flor;
Y entre los rayos cálidos
Dejándola del sol,
Destila en gotas trémulas
La vida y el amor:

Mas ya los tonos lánguidos
Del sollozar dejad,
No mas el nupcial cántico
Vengais a perturbar.
Vendrán los tiernos párvulos
Si la hija al fin se va....
Si un ánjel da otros ánjeles
Qué habeis que lamentar?

—

Y tú mujer, arroyo delicioso,
Que amenizas el valle de la vida,
Sigue por él tu rápida corrida,
Con tus ondas de amor y de placer.
De la peña al brotar, tu linfa clara
Se desliza purísima y tranquila,
Y entre la huerta paternal destila
Vida en tortuoso, jugueton correr.

Le abre en seguida la pasion su cauce
Y entra por él bellísima y sonora,
Y entre conchas de nacar, bullidora,
Pasa arrastrando delicioso humor;
Sigue despues, y el cándido himeneo
La recibe en su lecho de jazmines,
Mas lenta allí fecunda sus jardines
Y hace brotar pacífica la flor.

Ya tu padre y amante, bella Emilia,
Han bebido su dicha en tus raudales;
Dále a gustar tus májicos cristales
Hora al esposo, encántalo tambien.
Ya pescadora bella vé arrollando
Esas redes de amor, tus lindos rizos;
E iris de paz, la cofia, los hechizos
Graciosa aumente de tu blanca sien.

Semejante de seda al gusanillo
Que rompiendo su cuna misteriosa,

Va en libertad, y vuelto en mariposa,
Fértil da a luz su rica sucesion;
Así rasgando el paternal capullo
Torna en esposa la filial esencia,
Y en dulce libertad tu descendencia
Venga a hermosear la augusta creacion.

LA MADRE.

—

IV.

¡Incomprensible ser, ser misterioso,
Aunque ajitado en mísero oceano
De la pasion al soplo borrascoso,
Brilla en tu faz tu orijen soberano!

La humanidad, mujer, es bello anillo
Que en Dios su orijen y su fin remata,
Tú eres la perla que le dá su brillo,
Tú eres tambien el nudo que le ata.

Ese brillo es de amor el dulce imperio,
El lazo de ese nudo es la existencia;
Sí que en tus senos encerró el misterio,
Del placer y el vivir la omnipotencia.

Tras tí la mano del Señor diviso,
Que envuelve el lampo de su luz divina
Entre el lodo feraz del paraiso,
Y al mundo da su copia peregrina.

Si, en tí se esconde el Hacedor sublime,
El misterio a llenar de la existencia:
El en tus senos el licor esprime
Con que aduermes y nutres la inocencia.

El dá a tus miembros débiles los brios
Con que el peso llevar de tus entrañas;
Que hace pesar con viles atavios
La necia humanidad con artimañas.

Tambien provée tu corazon materno
De la antorcha de amor, con que encaminas
El paso incierto del infante tierno,
Y la razon del jóven le iluminas.

¡Espíritu de Dios, ánjel fecundo,
Que disfrazado en míseros andrajos
De pobre humanidad, bajaste al mundo
Para endulzar al hombre sus trabajos!

A tí fué dado en tu mision divina
¡Oh sublime vestal! con mano pura
Cebar de humanidad la antorcha indina,
Y encandilar su luz, trémula, oscura.

Tú ante el ara mas pura del Eterno
En la cuna postrada de la infancia,
Libas la vida en cáliz de lactancia
A un ánjel del Señor, al hijo tierno.

Y entonando pacíficos cantares,
Sacerdotiza fiel, al Dios clemente,
La ofrenda das mas grata a sus altares—
El sueño celestial del inocente.

Contempla ¡oh madre! en éstasis sublime
La imájen fiel, en majestuosa calma,
Del niño de Betlhem, y en él imprime
La fé de amor, la relijion del alma.

Cual se refleja Dios en el infante,
Y un tinte augusto en su dormir le inspira,
Al verle, oh madre, animas tu semblante,
Y de entusiasmo el corazon suspira.

¡Cómo brilla el placer en tus pupilas!
¡Cómo sella el amor tu labio puro!
¡Con qué ternura su dormir vijilas,
El misterio sondeando del futuro!

¿Mas qué sublime instinto te detiene?
¿Qué misterioso iman allí te liga?
¿De madre el corazon qué encanto tiene
Que la delicia encuentra en la fatiga?

¿Elijióte mi Dios por su segundo
Al fabricar los orbes, por fortuna?
Sí, y al seguir la creacion, del mundo
Eres ánjel guardian, desde su cuna.

Llena el fin de tu Dios, cumple el destino:
Sé la imájen ¡oh madre! de María,
Que tierna y fiel siguió su hijo divino,
Al nacer, al sufrir, y en su agonía!

Vijila pues del inocente el sueño
Gozando al ver su dignidad inerte,
Que en premio y gratitud loco y risueño,
Te inundará en placer cuando despierte.

Mas ya en llantos, mamá, gritó el infante,
Y acudes tierna al nombre que te engrie,
Siente el niño tu amor, y a un mismo instante
Despierta, llora, te divisa y rie.

Como un ánjel de Dios ha despertado
Que en la cuna del sol posó su frente,
Y su augusto semblante está aun ornado
Con las preciosas galas del oriente.

A su gracioso labio y su mejilla
La rica tinta del carmin colora,
Y en su lloroso párpado le brilla
Entre luces la perla de la aurora.

Son cual hilos de luz del sol dorado
Las rubias hebras del filial cabello,
Y de anillos sedeños coronado
En crespos rueda al delicado cuello.

Copia es del hombre del Eden perdido,
Ese floron de la deidad suprema.
Que de su aureola un Dios ha desprendido
Para adornar la maternal diadema.

Qué hermoso ¡oh madre! amaneció ¿no es cierto?
Ese puro boton teñido en grana,
Que el soplo del Señor para tí ha abierto,
Y hoi en su llanto empapa la mañana;

¡Cómo enciende tu amor tu lindo niño!
Tú en retozos le das tierna caricia,
Y al volverte loqueando tu cariño
Te baña el alma en celestial delicia.

Ya su labio infantil tu labio toma
Y el perfume de amor jugando exhalas;
Así al pichon arrulla la paloma,
Y en cadena de amor baten sus alas.

Ya sombrea su faz tu dulce brazo
Bajo el rayo voraz del sol de estio,
O le defiendes tierna en tu regazo
Del soplo agudo del invierno frio.

Cual tú tambien la misteriosa higuera
Sus hojas tiende que su fruto abrigan,
Y aun desnuda tambien la alta palmera
Sus hebras teje que a su dátil ligan.

Y el árbol del azahar, su globo de oro
Tiene en sus anchas copas guarecido,
En cuyas ramas el volatil coro
Tambien guarece su injenioso nido.

Todo el misterio a mantener conspira
De tu alta creacion, ¡oh Padre eterno!
¿Y quién comprende tu grandiosa mira?
¡El noble instinto del amor materno!

Llena el fin de tu Dios, cumple el destino;
Sé la imájen ¡oh madre! de María,
Que tierna y fiel siguió su hijo divino
Al nacer, al sufrir y en su agonía.

—1843.—

CORTÉS

(JOSÉ MANUEL.)

Las dos composiciones siguientes del Sr. Cortés (hijo de la República de Bolivia) están tomadas del periódico « La Época », que se publica en la ciudad de la Paz.

A LA LUNA.

¡O luna solitaria!
Un arjentado rayo
De tu luz se refleja blandamente
Sobre mi adusta y amarilla frente.

Tus puros resplandores,
Tu quietud, qué contraste
Con el triste negror del alma mia,
Y con la convulsion de mi agonía!

En un tiempo me viste
De la infiel en los brazos,
En un mar de deleites sumerjido
De celestes visiones seducido,

Esperando me viste
La cita apetecida,
Y acusando del tiempo la tardanza,
Que diferia el colmo a mi esperanza.

Entonces yo contaba
Del reloj los compases,
Tardos, al paso que eran repetidos
Con rapidez del pecho los latidos.

Ahora tu luz serena
En mis párpados dora
Una lágrima amarga y solitaria,
Como lo son mi queja y mi plegaria.

La sombra de la angustia
Que el corazon desgarra
Se proyecta en mis ojos negra y triste,
Y el universo de pavor reviste.

Mis sueños de ventura
Huyeron para siempre:
La infausta realidad me ha despertado
Y el seductor encanto ha disipado.

Solo queda la imájen
De la fiel que adoraba.
¿Mas qué? ¿La he olvidado y no la adoro?
Mis labios callen: dígalo mi lloro.

Su imájen es el pino
Que crece en el desierto,
El pájaro que en noche umbría canta,
La torre que entre ruinas se levanta.

De mi dicha el recuerdo,
Luna, brilla en el alma,
Cual tu rayo en el mar embravecido
Cuando el rudo aquilon lo ha sacudido.

¿Por qué ocultas tu disco
Tras la parda montaña?
¿Aun tú me dejas sin alivio, o Luna?
¿Aun para tí mi queja es importuna?

Si tú a quien miré siempre
Cual deidad bienhechora
No prestas un consuelo a mi amargura,
Me queda un postrer bien; la sepultura.

Sonrio contemplando
Que del duro destino
El furor implacable y saña airada,
Bien pronto, no hallarán sino la nada.

Sueñe con nueva vida
El mortal que disfruta
De placeres, de gozo y bienandanza,
Mientras yo digo «a Dios» a la esperanza.
Julio 1.° de 1845.

A LA IMAJINACION.

¡Rayo que baña el alma en claro dia!
¡Del Ser Eterno fúljida mirada
En la mente del hombre reflejada!
¡Luz del cielo, brillante fantasía!
En santo arrobamiento
Admiro de tus obras el portento.

A tu voz nace un mundo de ilusiones
O ya tristes, funestas, horrorosas,
O halagüeñas, alegres, venturosas.
Tú reprimes o escitas las pasiones
Y atormentas el alma,
O la aduermes tranquila en dulce calma.

Quieren tus alas un espacio inmenso
Donde estenderse en vuelo inmensurable,
Y de donde tu vista imperturbable,
Sin mirar de la tierra el aire denso,
El infinito mide
Y nuevos mundos en su anhelo pide.

El orbe sin tí fuera un esqueleto
Pálido, sin calor, sin luz, ni vida,
Inmensa soledad donde perdida
El ánima vagara en paso inquieto,
Sin que un eco se oyera,
Que sus dolientes quejas repitiera.

¿La realidad bastara a la ventura
Sin los prestijios májicos que ostentas?
Sin las claras visiones que presentas,
En noche triste, pavorosa, oscura,
El hombre caminara,
Y solo objetos de pesar hallara.

De brillantes colores la esperanza
Vistes y muestras sus hermosas galas.
¿Quién no ha soñado bajo de tus alas
Un blanco porvenir de bienandanza,
Y en gratos devaneos,
No ha visto satisfechos sus deseos?

Por tí tranquila pasa la existencia,
Y atraviesa un pensil de bellas flores
Que al sol lucen vistosos sus colores
Y al aura brindan perfumada esencia:
Cual tu dulce mirada
Se desliza la vida sosegada.

Cuando el pesar nos acomete impío,
No es la razon quien triunfa de las penas:
Tu mano despedaza las cadenas
Que nos aherrojan al dolor sombrío:
En tu sonoro acento
Se pierden los quejidos del tormento.

De la vida el celaje nacarado
Tornas, si quieres, nube tormentosa
Donde la tempestad fiera reposa,
Y donde solo brilla levantado
El brazo omnipotente
Del destino que amaga nuestra frente.

Ai! ¡Cuántas veces en vijilia larga
Cercado de fantasmas en mi lecho,
Ajitado latió dentro del pecho
Mi corazon en agonía amarga!
Esos fantasmas fueron
Tus hijos, que a tu voz obedecieron.

Otras veces benigna me has mostrado
Llenas de vida mis ya muertas glorias;
Bienes que ya no son sino memorias
Por tí cual realidad yo he gozado,
Y en un profundo olvido
Mis acerbos pesares se han perdido.

Ostentas tu poder aun en el sueño:
En tanto que dormido el cuerpo yace,
De sus lazos el alma se deshace
Y por ti finje en afanoso empeño
Mil lúgubres visiones,
O bien encantadoras ilusiones.

¿En el sueño tornar no he visto al dia
La sin ventura y malograda Elmira?
Engaño tuyo fué, una mentira,
Pero engaño que adora el alma mia,
Ficcion que es un consuelo
Y será realidad allá en el cielo.

¡Rayo que baña el alma en claro dia!
¡Del Ser Eterno fúljida mirada
En la mente del hombre reflejada!
¡Luz del cielo, brillante fantasía!
En santo arrobamiento
Admiro de tus obras el portento.

Agosto 12 de 1845.

A LORD BYRON.

El rei de las florestas en la muerte
Encuentra su placer; asi, o gran Byron!
En tu mísera suerte,
Sin víctimas vivir nunca te es dado.

Se asemeja tu jenio a esas montañas
Que levantando al cielo su cabeza,
Tienen en sus entrañas
Las devorantes lavas del infierno.

A LA NIÑA J. F.

MUERTA POCO DESPUES DE HABER NACIDO.

EPITAFIO.

Iba a tocar la tierra con su planta,
Cuando ve sus espinas, y a los cielos
Cuál cándida paloma se levanta.

COUTO

(JOSÉ BERNARDO.)

«Este señor pertenece a las notabilidades mejicanas, por sus calidades e influjo.... Es hombre de comprension vasta y fácil, de estilo fluido y ameno, de instruccion vastísima para su edad, y de una aplicacion incansable al estudio: su carácter es frio, calmado y tímido hasta el esceso en tomar partido por las reformas sociales: este temor no es en él cobardía por los riesgos que pueda correr personalmente, sino por los males públicos que se figura podian ser el resultado de su voto; por eso está casi siempre por la negativa, y sus propensiones son ordinariamente mas bien a conservar que a cambiar. La moralidad de Couto como hombre privado, como funcionario público y como ciudadano es cabal y perfecta en todas líneas: para él no hai distincion entre los deberes públicos y privados que somete a la conciencia, único medio de apreciarlos. Los principios políticos de Couto son de progreso: pero en razon de su carácter, se prestará mas fácilmente a sostener las reformas hechas, que a promover las que están por hacer: el sí, en él, siempre es difícil y muchas veces vacilante; el no, es constantemente firme y pronunciado con resolucion.»

Tal es la opinion que sobre el Sr. Couto, encontramos en los escritos de Mora [1] al esponer la conducta de los diputados del congreso mejicano cuando este se declaró «Lejislatura Constituyente.» Nos es sensible no poseer todas las poesías del señor Couto, pues el elojio anterior, deja presumir que las que publicamos actualmente son una muestra incompleta del mérito poético de su autor.

AL RETRATAR A FILIS.

Ven, jenio tutelar de la pintura,
Del padre Apolo numen soberano:
A mis votos acorre, guia la mano
Que va a copiar de Filis la figura.

De su apacible celestial belleza
Al pintor tú le muestra los primores,
Y que en torno revuelen los amores,
Y que trisquen las gracias con viveza.

Ve cual brilla de Filis en la frente,
El arco tricolor que borda el cielo,
Y que de iris señala el raudo vuelo
Cuando muere tu luz en occidente.

Y ve de sus mejillas la templada
Púrpura que resalta sobre nieve:
La rosa, que embalsama el aura leve,
De mirarla se cierra avergonzada.

Y luego ve sus lánguidas miradas,
Y la sonrisa de su linda boca
Que miel destila y al amor provoca
Cuando articula voces encantadas,

Róbale, Apolo, róbale a la Aurora
Los tintes que matizan el oriente
Cuando el rocío se exhala blandamente
Y los lejanos horizontes dora.

---

1 Obras sueltas de José Luis Mora, ciudadano mejicano. Paris, 1837.

Porque puedas de Filis con destreza
Copiar en breve tabla la hermosura,
Si acaso es concedido a la pintura
Remedar con colores su belleza.

Y tú, del Dios discípulo escojido,
A quien permite el hado venturoso
Contemplar el objeto mas hermoso
Que nunca a humana vista se ha ofrecido;

Si alcanzan por fortuna tus pinceles
A retratar a Filis dignamente,
Musas y gracias ceñirán tu frente
Con coronas de mirtos y laureles.

A FILIS EN EL INVIERNO.

La escelsa cumbre del sagrado Ajusco
Ya otra vez ciñe su invernál corona
Desque mi pecho con afecto casto
Férvido te ama.

La bella ninfa que los prados viste
De floreal pompa en la estacion primera
La bella ninfa de quien dulces besos,
Céfiro liba.

Y de Verano el rutilante sirio
Que rayos lanza a la tostada tierra,
Y el padre Otoño cuyas sienes orna
Báquica yedra:

Vieron la llama perennal que abrasa,
Cándida Filis, a tu amante tierno:
Viéronla y fueron; y la llama aun vive
Dentro del pecho.

Con lento paso el aterido Invierno
De nuestros campos volará a otro clima,
Vivo dejando de mi amor el fuego,
Plácida amiga.

Y Primavera tornará a mirarme
De tus encantos ocupada el alma,
Mi blanda lira repitiendo siempre
Tiernos amores.

Dulce embeleso de la vida mia!
Propicia atiende mi ferviente voto:
Oye a tu amante que a los cielos lleva
Humildes ruegos.

Eterno lazo por amor formado
Mi suerte ligue con la amable Filis,
De rosa teja la feliz cadena
Blando himeneo!

EL VERANO.

Ya el Verano se acerca
Coronado de rosas,
Vertiendo por los campos
Flores de todas formas.
Los prados que rodean
Mi granja encantadora,
Empiezan a cubrirse
De yerbas olorosas.
¡Ojalá vieras, Fabio,
La fuente bullidora
Que baña los cimientos
De una arruinada choza!
A su orilla sentado
Vieras rodar las olas,
Formando remolinos
Las aguas espumosas.
El manzano que un dia
Junto a musgosa roca
Plantamos los dos juntos
Al despuntar la aurora,
Qué airoso está! qué bello!
Qué jentilmente asoman
Las sabrosas manzanas
Entre las verdes hojas!
Aquella grande palma
De susurrante copa,
A cuyo pié dormias
Las siestas calorosas,

Ya por el suelo yace
Falta de jugo y hojas:
Ejemplo formidable
A las hermosas todas.
¡Qué seca está! qué triste!
Los pájaros se asombran
Cuando ven abatida
Palma tan orgullosa.
Pero la que sembraste
En la cercana loma,
Esa sí está mui bella,
Mui verde y silbadora.
¡Cuántas veces sentado
Bajo su inmensa copa,
Miro alzarse la luna
Espléndida y redonda!
Deja el poblado, Fabio,
Deja su vana pompa,
Que el verano se acerca
Coronado de rosas.

DOMINGUEZ

(LUIS L.)

El silencio de los campos ha inspirado muchos pensamientos poéticos. La primera vez que el señor Dominguez escribió en verso fué a las quietas orillas del «Negro» y del «Dacá,» dos corrientes balsámicas que desaguan al oriente del rio Uruguay: veinte años tenia entonces, y era por los primeros meses del año 1839. Su patria es Buenos-Ayres.

En los bosques de «seibos» y de olorosos arrayanes, en aquella tierra «tan llena de poesía», como él la llama, aprendió a copiar la rica naturaleza de América con tal primor, que un literato mui distinguido ha visto, en la composicion a Montevideo, reimpresa en el tomo I del «Museo de Ambas Américas» [1], la esperanza de un «vate» de primera clase. Esta esperanza es una realidad en el juicio que de su autor tienen formado los que conocen todos sus escritos. Mui aventajado es el que manifestó la comision clasificadora de las piezas poéticas en el certámen con que se solemnizó en Montevideo en 1841 el aniversario de mayo.

A principios de 1840 fijó el Sr. Dominguez su residencia en Montevideo y empezó a redactar un diario con el título del «Correo.» Mui luego abandonó esta tarea para entregarse al comercio, sin dejar por esto de ocupar sus ocios en mui formales trabajos literarios, y en escribir poesías, cuya mayor parte guarda en su cartera, porque es de los que creen que el tiempo y el labor sazonan los frutos de la intelijencia.

El que habia escrito estas palabras de La Mennais al frente de su composicion premiada: «La libertad es la gloria de los pueblos», se decidió a permanecer dentro de las murallas de Montevideo mediante el sitio que todavía sufre aquella ciudad. Allí ha desempeñado algunos empleos que prueban la estimacion que se le dispensa por su probidad y sus luces.

En medio de la guerra y de las penurias del asedio, no ha estado enmudecida su musa: entre las obras poéticas que se leyeron en el «Instituto Histórico» la noche del 25 de mayo de 1844 [2] obtiene la de Dominguez uno de los lugares principales, teniendo que competir con los señores Acuña de Figueroa y con D. Estevan Echeverría. En una cancion, los «Mártires de la Patria,» que no publicamos en esta coleccion, hemos notado esta estrofa:

Ese que hoi es un mísero inválido
Vigoroso y robusto fué ayer,
La esperanza querida de un padre,
De una esposa adorada el sosten.
Pero bravo y patriota, en la lucha
Vió sereno su brazo rodar;
Y esclamó: tengo un miembro de menos,
Y la patria una gloria de mas.

En los momentos en que se preparaba a nuevas tareas cooperando a la redaccion del «Comercio del Plata», periódico notable cuyo primer número ha aparecido el 1.° de octubre último, se sintió atacado de una dolencia terrible en los órganos de la respiracion. A mediados de noviembre ha subido el Paraná con direccion a Corrientes en busca de salud y de decanso.

---

1 Valparaiso, Imprenta del Mercurio, 1842. —3 tomos 4.°

2 Cantos a Mayo, leidos en la sesion del Instituto histórico, jeográfico nacional, un vol. en 4.° de 212 pájinas —Montevideo, Imprenta del Nacional.

YO TE AMO.

Je t'adore ange et t'aime femme.
Dieu qui par toi m a completé,
A fait mon amour pour ton ame
Et mon regard pour ta beauté!
V. HUGO.

Como la rosa nueva
Que su perfume exhala
Cuando refleja el cielo
Su colorido al alba,
Así pura es la vírjen
Que yo amo con el alma,
Y es linda cual la aurora
Teñida de oro y nácar.

Cual la paloma tierna
Que entre la selva canta,
Meciéndose graciosa
En una débil rama,
Así su voz es dulce
Cuando esta frase májica:
Yo te amo, me repite
Estremeciendo mi alma.

Como vestal purísima,
Como vision fantástica,
Que forja entre misterios
La mente acalorada,
Así a mí me parece
Cuando la luna pálida
Sobre su talle esbelto
Su luz tenue derrama.

Como la sombra al cuerpo
Sigue siempre ligada,
A esta mujer anjélica
Asi está unida mi alma:
Que ella es para mi vida
Como el rocío a la planta,
Como el azul al cielo,
Como la estrélla al nauta.

YO TE AMÈ.

«Yo te amé, jóven hermosa,
Por las gracias que ví en tí;
Por tu mirada amorosa,
Por tu mejilla de rosa,
Por tus labios de rubí.

«Si te ofendi en mis amores,
Mujer querida, perdona!
Mas no olviden tus rigores
Que yo siempre tendré flores
Para hacerte una corona.

«Dobla, sí, tu tiranía;
Yo sufriré tu desaire:
Pero deja, vida mia,
Que yo me esté noche y dia
Admirando tu donaire.

«Y cuando el pecho abrasado
Entregues tú a mi rival,
Deja, mi alma, que a tu lado
Yo recoja arrodillado
Las migas de tu panal.»

—

Bajo el cerrado balcon
De la mujer que ha robado
La paz a su corazon,
Un amante desgraciado
Preludiaba esta cancion.

—Octubre 7 de 1840.—

EL OMBU.

A FELIX FRIAS, EN BOLIVIA.

"En el Ombú que ha brotado
Con el jérmen de mi mente,
Estas letras he grabado: —
«A Felix, que no ha olvidado
Su Patria: su amigo ausente:»

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente
El Brasil, su sol ardiente,
Minas de plata, el Perú,
Montevideo, su Cerro,
Buenos-Aires, — Patria hermosa, —
Tiene su pampa grandiosa;
La Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura estendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar,
Es la Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza dá su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan a los corceles
Y guarida a la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz —
El bibi, los macachines
El trebol, la margarita,
Mezclan su aroma esquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni las aves que hai en ellos;
Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas rejiones
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su horfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo o el carancho; —
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está; —
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está contando
El vijilante yajá.

No hai alli bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza a divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

El ombú! — Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan ñudoso,
Su corteza tan roida,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar como derrama
Su raiz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afan,

Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero,
Que es tremendo su huracan.
Puesto en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta a todos el abrigo
De sus ramas con amor:
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y a su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.
Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas a su pié.
Todo pájaro hace nido
Del jigante en la cabeza;
Y un enjambre en su corteza,
De insectos varios se vé.
Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube a Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza dá su nombre
Que nadie pudo domar.
Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porcion mas culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominios dividiendo
Que vá el bárbaro cediendo
Palmo a palmo a la Ciudad.
Y el rasgo mas prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú. [1]
Cuánta escena vió en silencio!
Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido;
A su pié se ha combatido
Por amor y libertad.
En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algun caudillo
Que a los Indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!...
A su sombra melancólica
En una noche serena
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.
Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;
O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos
Pone paz a dos esposos,
O en las carreras es juez.
A su pié trazan sus planes,
Haciendo circulo al fuego,
Los que van a salir luego
A correr el avestruz....

1 Los pampas y casi todas nuestras tribus indíjenas, envuelven el cuerpo en una manta de lana desde la cintura hasta las pantorrillas que llaman:—*chamal*,—vestido que han adoptado nuestros gauchos bajo el conocido nombre de *chiripá*. Tambien han adoptado estos los *bolas*, arma de caza y guerra cuyo nombre indijena, es: *laques*.—Creo que el lenguaje poético debe preferir las palabras chamal y laques; lo mismo que la acentuacion que he usado en la palabra que vulgarmente se pronuncia gualichu o valichu.—Vease: costumbres de los pegüenches, por Cruz; Angelis, tomo primero. (El A.)

Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadoso mano
Bajo su copa una cruz.
Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho a su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza a divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.
—Montevideo, junio 8 de 1843.—

EL CEMENTERIO VIEJO.

MONTEVIDEO.

I.

Por qué pones, oh Dolores,
En tu frente blancas flores;
Y por qué en tus ojos bellos
Resplandecen los destellos
De una chispa celestial?
Por qué late el blanco seno
De suspiros ajitado?
Por qué el rostro delicado
Se matiza de coral?
Ajitada está la hermosa
Porque hoi mismo será esposa,
Del mas gallardo guerrero
Que empuña robusto acero
Bajo el patrio pabellon.
Mas él, de amor, la corona
Mezclar con palma ha querido,
Por eso al campo ha salido
Con su valiente escuadron.
Sus laureles vencedores
Mezclará con esas flores
Con que adornaste tu frente,
Y su espada reluciente
Pondrá rendida a tus pies,
Por ceñirte con sus brazos
Tu bellisíma cintura,
Y embriagarse en la dulzura
De tus labios una vez!
«Llega, llega hora deseada!....
Un tropel de jente armada
Acercarse veo al muro;
Pero el cielo ya está oscuro
Y no alcanzo nada a ver.
Si será el valiente Cárlos!....
Acia aquí el tropel avanza.
No abandones, esperanza,
A esta infelice mujer!»
El amor no tiene espera:
Como los aires lijera,
Ella se lanza anhelante,
Para estrechar a su amante
Sobre su fiel corazon.
Dónde está mi Cárlos, grita,
Que yo le oiga, que le vea!
Y una voz—(maldita sea)
Responde: murió en la accion.
Deshojáronse, Dolores,
De tu guirnalda las flores;
Se marchitó tu hermosura
Y cambióse en sepultura
El albo lecho nupcial.
Llegó el deseado momento,
Pero tu dicha en su aurora,
Despareció—Vírjen, llora!
Naciste en dia fatal.
Del bravo Carlos el querido nombre
En duro mármol esculpió el amor;
Única huella que recuerda al hombre
Cuando se vuela al reinó del Señor.
Pobre Dolores! Triste cementerio
Ora es tu dicha, tu mansion, tu bien:
Como una sombra, un anjel, un misterio,
Por él los hombres divagar te ven.

Con flores riegas la modesta fosa,
Lágrimas viertes, jime el corazon;
Pones la frente encima de la losa,
Y al cielo, Vírjen, alzas tu oracion:
— «Cubre esta tumba con tu exelsa mano
Solo consuelo, oh Dios, de mi horfandad.
Y si a este polvo toca algun profano,
Tu ira, Señor, castigue su impiedad!»

II.

—El cementerio es el término
Entre la vida y el cielo,
El polvo que hai en su suelo
De huesos de hombres nació.
Es un templo consagrado
A los restos de la vida;
Es la memoria querida
Que de los muertos quedó.
Desde su asiento sumido
En un silencio profundo,
Èl hace señas al mundo
Con los brazos de su cruz.
No aparteis, hombres, la vista
Del imponente sagrario;
Ved que ese fétido osario
Eclipsará vuestra luz.
Si indiferente lo miras,
Mortal impio, él te advierte
Que nuestro fin es la muerte,
Que todos vamos allí.
— Con la vara que midieres
Con ella serás medido:
Si echas jamas en olvido
Esta sentencia, ai de tí!
Bárbaro, infame seria
Que la santa sepultura
Que a la hermana criatura
Último asilo prestó,
Por una mano profana
Fuera en su paz perturbada,
Que revelara la nada
Del que en ella se escondió.
Así Dolores la bella,
Al sepultar a su amante,
Salir pensaba triunfante
Del tiempo y de su rigor,
Y al ver su cuerpo en sagrado
Y su espíritu en el cielo,
Ella encontró algun consuelo
Para su acerbo dolor.
Pasáronse algunos años....
Y pensando en sus amores,
Otra vez quiso Dolores
El sepulcro visitar,
En donde puso piadosa
De su vida el solo encanto;
Y sobre él flores y llanto
De rodillas derramar.

III.

Como una bola de fuego
Suspendida en el espacio
Por una mano invisible,
Bajaba el sol al ocaso.
Resplandeciente cortina
De corales y topacios,
Al astro rei envolvian
En un espléndido manto.
Por cima el mar arrojaba
Uno solo de sus rayos,
Cual aureo, inmenso camino
De estrellas todo sembrado.
Para que el mundo no olvide
Que él es su gran soberano,
Muestra el sol toda su pompa
Al hundirse en su palacio.
Luego la luz vespertina
Se adelantó paso a paso,
Convirtiendo el universo
En panorama fantástico.
De la mar sobre la espalda
Se dibuja el negro manto
De una mujer que se acerca
Al cementerio arruinado.
La frente inclinada a tierra
Y el rostro bañado en llanto,
Mueve la planta lijera
Acia el sitio solitario.
De repente se detiene;
Lleva a los ojos las manos;
Mira atenta;—observa todo;
Parece fria de pasmo!
En otro tiempo, severo

Estaba aquí el *Campo-santo*;
Hoi todo es ruinas, escombros;
Y entre ellos huesos y cráneos.
Ni una cruz se vé que diga:
«Aquí reposan cristianos.»
Dolores, pobre Dolores!
Por qué no vuelves el paso?
Pero ella sigue adelante
Que la fuerza su cuidado;
Y entra al recinto que alumbra
De la noche el astro pálido.

—

Allí encuentra sepulcros destapados
De donde sale repugnante olor;
Cadáveres hai dentro disecados...
Oh, qué horror!
Azorada y temblando huye lijera,
Y su planta tropieza con fragor
En una descarnada calavera....
Oh, que horror!
Divagan por allí bestias hambrientas
Y animales innobles sin temor,
Pisoteando sepulcros y osamentas....
Oh, qué horror!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Llega, en fin, de su Cárlos al sagrario
Que a la sombra dejó del Redentor;
Ai! tiraron sus restos al osario....
Oh, qué horror!

IV.

Condenada está tu vida
A ser siempre combatida
Del demonio del dolor.
Viniste a aliviar tu duelo,
Y hallaste en vez de consuelo,
Ruinas, espanto y horror!
Viniste pobre Dolores,
A regar con llanto y flores
Una piedra sepulcral:
Mas la suerte te condena
A que apures de la pena
La copa amarga, infernal!
Infeliz vuelve la planta;
Huye, huye porque espanta
Esa horrorosa mansion,
Donde espíritus malditos
De noche vagan, y a gritos
Van diciendo: «maldicion!»
Maldicion sobre el que impio
Mira indiferente y frio
Este blason de impiedad!
Mil maldiciones sobre esos
Que no escuchan a estos huesos
Que están clamando: «Piedad!»
Octubre 8 de 1840.

A MAYO.

—

(La libertad es la gloria de los pueblos.)
LA MENNAIS.

Hace tres siglos ahora!
El trono ibérico entonce
Sobre acero y sobre bronce
Cimentado habia un rei,
Cuya espada vencedora
Humilló a los otros reyes,
Cuyos jestos fueron leyes,
Y medio mundo su grei.
A cuyo carro triunfante
Guiaba siempre la victoria
Y sobre él iba la gloria
Coronando la ancha sien

Del monarca, del jigante,
Que si el mar le detenia,
Yo iré mas lejos, decia:
Te venceré a ti tambien!
Y al punto un jenio profundo
Inspirado por Dios mismo,
Se lanzó con heroismo
Al temible, ignoto mar,
A sacar un nuevo mundo
Que en sus senos se escondia,
Y que su alta fantasía
Solo pudo adivinar.
Hace tres siglos ahora!
Y la América inocente
Tenia pura su frente
De todo infame borron;
Y de sí misma señora
Ni soñó en futuras penas
Al mirar en sus arenas
Las banderas de Colon.
Vieja Europa corrompida!
Rebosaba en tí el veneno
Y quisiste echarlo al seno
De una tierra virjinal,
Y agobiarla enfurecida
Con tus bárbaras lejiones,
Que en la cruz de sus pendones
Escondian el puñal.
No bastaba a tu codicia
De los Incas la corona;
El dosel de Moteuczoma
No saciaba tu avidez.
Con satánica avaricia
Todo el mundo americano
En el hueco de tu mano
Pretendiste asir tal vez!

América ¡ai de tí! tu dócil cuello
Puso Dios en las manos del verdugo;
Tocaron a deguello
Unciéronte a vil yugo;
Y aquel sol que esmaltó tu hermoso cielo,
La muerte oscureció con negro velo.

Y la sangre corrió formando lagos
Desde el monte escarpado a la llanura:
El Inca apuró a tragos
La copa de amargura;
Y de cráneos alzóse una montaña
Monumento de oprobio para España.

¡Oro, oro! clamaba el estranjero;
Y a quien oro a montones le ofr
Con implacable acero
Su corazon partia;
Y a su vista ¡qué horror! hacia pedazos
El hijo que lloraba entre sus brazos.

Cumple España tu suerte.... o tu delirio!
El crimen no es difícil! sangre, fuego!
Tú das hoi un martirio
Que el tuyo será luego;
Cuando América troze sus cadenas
Tambien correrán lagos de tus venas!

II.

No ois? rumor lejano
Se escucha allá ácia el Plata,
Y por la sierra y llano
Cual trueno se dilata
Y va rodando al mar.
¿Acaso son las iras
Del Dios de las tormentas?
No, no: la esclava ilustre
Cansada ya de afrentas,
Sus hierros va a trozar.
¡Sublime fué aquel dia!
Mirad! un mundo entero
Sacude su apatia,
Empuña fuerte acero
Con ansia varonil;
Y ardiendo en fuego santo
El que era ayer esclavo,
Donde combate, vence;
Que el hombre libre, es bravo,
El siervo es un reptil.
Tan arduo fué su empeño
Como su fin grandioso.
Al despertar del sueño
El pueblo, perezoso
Sentia el corazon;
Pero su voz potente

Castelli alzó: y la llama
Que de sus labios sale
El gran Moreno inflama
Con sólida razon.
La juventud ardiente
Que a glorias solo aspira,
Se abalanzó de frente
A contrastar la ira
Del gótico Leon.
Y si de abismos hondos
Sembrada halló su senda,
Tambien ganó laureles,
Que la mas pura ofrenda
Para la patria son.
Tú San Martin trepaste
La jigantesca cima,
Y al español postraste
En Chacabuco, en Lima
Y el inmortal Maipú.
A tí laurel eterno!
A tí por siempre gloria!
Libertador te aclama
La justiciera historia
De Chile y el Perú.
Belgrano, tu alto nombre
Escrito está en dos templos
Tus hechos; o grande hombre!
Serán bellos ejemplos
Que nunca han de morir,
Sabrán los venideros
Que en Tucuman triunfaste
Sabrán que al pueblo esclavo
La senda le mostraste
De un bello porvenir.
Balcarce! y tú ceñiste
Tu frente la primera;
Que en Cotagaita fuiste
El que la azul bandera
Batió en pompa triunfal.
Pero mirad!... silencio!...
Mas alto que los Andes
Se eleva entre laureles
El grande de los grandes,
Bolivar inmortal!
¡Y cuánta accion hermosa
Quedó en injusto olvido!
Cuánta alma jenerosa
Incógnita ha subido
Al trono del Señor.
Lloremos! que la historia
Con su buril severo,
No grabará sus nombres
Para que el mundo entero
Dé vivas en su honor.

III.

Tal fueron de Mayo los dias de gloria.
Marchando la patria de lucha en victoria,
A filo de espada sus grillos trozó;
Y el drama imponente que empieza en el Plata
La América jóven el dia desata
Que allá en Ayacucho su Dios alumbró,
Entonces del polvo la augusta matrona
Levanta la frente que un jénio corona
Con nueve guirnaldas de palma y laurel;
Y aquellas guirnaldas hermosa diadema
Del libre hemisferio, son fúljido emblema
De nueve naciones brotadas en él.
Florido destino se estiende a su frente
Si en ellas jermina la santa simiente
Regada con sangre mas pura que el sol.
Si saben sus brazos arar esa tierra
Que en duras fatigas, en bárbara guerra,
Libraron sus padres del yugo español.
De hoi mas, cuando miren surcando su rio
Llegar a sus puertas ajeno navío
Veránlo acercarse sin mudo pavor;
Que ya de la España no son los galeones
Que vienen a darles infames prisiones,
Y el fruto a llevarse de tanto sudor.
El hombre de Europa traspasa los mares
Huyendo del aire que infesta sus lares,
Para almas altivas veneno mortal;
Y en aras del pueblo que supo a balazos
Librarse de reyes, ofrece sus brazos,
Sus altas ideas, su pingüe caudal.
Los reyes!... Los reyes!... palabra maldita
Que en mengua del hombre con sangre está es-
Sobre la honda tumba del tiempo que fué. [crita
Los tronos!... blasfemia! solo hai uno, eterno!
Los otros son furias que aborta el infierno;
De la ira del cielo son signos tal vez.

Ser libre!... sin miedo decirse:—soi dueño
Del lecho en que gozan mis hijos el sueño,
Del lienzo que visten, de un mísero pan.»
Y horribles presajios no estar entre el pecho
Gritando sin tregua:—Tus hijos sin lecho,
Sin pan y sin lienzo mañana estarán!»

Ser libre! ser hombre! grandioso programa
De Mayo solemne; magnética llama
Do fueron sus hijos la espada a templar.
¿Murieron algunos? Felices!... Al menos,
Un templo en el pecho tendrán de los buenos
Que ingrato el olvido no irá a profanar.

IV.

Y de tan altos varones
Sobre la modesta losa
Busque el vate inspiraciones,
Y oiga el mundo sus canciones
Con atencion relijiosa.

Y las vírjenes en coro
Con guirnaldas de cipres,
Allí viertan tierno lloro,
Entonando en liras de oro
Cantos épicos despues.

—

Y vosotros retoño de aquellos
Que trozaron las patrias cadenas,
Recordad que teneis en las venas
Una sangre de gran majestad.
No olvideis que al partir al combate
Libertad! vuestros padres clamaban;
No olvideis que en la cuna os cantaban:
—«Libertad, Libertad! Libertad!» [1]

—1841.—

MONTEVIDEO.

Semejante a Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella....
E. ECHEVERRIA.

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos seibos y palmas,
Y la arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja:
Así siguiendo su senda
Sobre sus lechos se arrastran;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

—

El Plata? y es verdad. Ancha llanura
De bruñido metal que nunca acaba,
Parece el rio cuya diestra lava
De Buenos-Aires el soberbio pié;

Cuya izquierda tendiendo ácia el Oriente
De una jóven beldad la falda toca;
Beldad guardada por jigante roca
Que el Plata inmenso desde lejos vé.

Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera nombre,

1 Verso notable del himno Arjentino. (El A.)

Cuando en medio del mar al verla un hombre
¡Monte veo, del mástil esclamó.

En frente de ese monte nació un pueblo
Con un cinto de muros y cañones,
Do clavaron tres reyes sus pendones
Que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joya,
Y un dia en sus coronas te ostentaron,
Y al mirarte otro dia solo hallaron
En vez de joya duro pedernal.

Entonces adornaste la diadema
De la jóven República de Oriente,
Que te muestra a los pueblos en su frente
Desde el Cerro su eterno pedestal.

—

Ahi estás Montevideo
Estendida sobre el rio
Como vírjen que en estío
Se vé en el lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda
Y tu cintura, la mar.
Ciudad coqueta, sonries
Cuando ves los pabellones,
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel.
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen a tu belleza,
Con tu campo, y la riqueza
Que derrama Dios en él.
En tu puerto a centenares
Mécense los masteleros
Como bosque de palmeros
Que sacude el vendabal.
Y si en él se vé de noche
Navegar rápida vela,
Parece garza que vuela
De algun lago en el juncal.
En las noches sin estrellas
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,
Tú, benéfica iluminas
Sobre tu roca jigante,
Un fanal que al navegante
Seguro norte va a dar.
En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla,
De impenetrable muralla
Para oprimirte, Beldad.
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,
Y los muros a pedazos
Derrumbó la libertad.
Eres tú, Montevideo,
Del Plata blanca sirena,
Y tu entraña una colmena
Cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.
Tus hijas todas son ánjeles
En dulzura y en pureza,
Son estrellas en belleza,
De la vida el Iris son.
Por ellas, solo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria recreo,
De mis sueños ilusion.
Y si tú crees en los sueños,
Escucha, oh pueblo, uno mio,
Yo soñé que veia al rio
Salir de su ancho cristal,
Y que a ti y a Buenos-Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal!

—

Si eres solo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamas el triste dia
Que te borre de mí.

Pero nó! que en los cielos está escrita
En la pájina de oro del destino,
La union del Oriental y el Arjentino
Que en mis ensueños vi.

Setiembre 1.° de 1840.

EL RETRATO DE VARELA, POETA ARJENTINO.

(SOBRE EL ALBUM DE SU HERMANO FLORENCIO.)

La muerte, es nada; el olvido, todo.
YOUNG.

Si en la corona bella que a tu hermano
Nuestra patria, Florencio, ceñirá,
Una flor puede haber pobre, aunque pura,
Mi mano, buen amigo, la pondrá.

—

Eran los dias grandes de la patria,
Los dias en que el mundo de Colon,
Sacudiendo su yugo, en los combates
Con su sangre borraba su baldon.

Los dias en que el Sol, Dios de los Incas,
Reflejaba su rayo divinal,
Sobre el sol que adornaba la bandera
De Maipú, Chacabuco y Tucuman.

Los dias en que América se alzaba
La frente coronada de laurel,
Con un réjio estandarte por alfombra,
Y una jóven bandera por dosel!

Y ese lauro cortado con la espada
De Bolivar, Belgrano y San Martin,
Con sangre de cien héroes fecundado,
¿Marchito en el olvido va a morir?

No, que el cielo dió el trueno a las tormentas,
Huracanes furiosos a la mar;
Y a los héroes dió el canto de los vates
Para su nombre y fama eternizar.

Y tú fuiste VARELA, el escojido
Para oir su divina inspiracion;
Y la lira pulsando de los vates
Las glorias proclamar de tu nacion.

—

Así, tu voz robusta
Tu poderoso canto,
Tu ardiente corazon,
Ofreciste a la Patria
Con entusiasmo santo
En sincera oblacion.

Y tu cantar sublime
Arrebató al olvido
Su velo sepulcral:
El nombre que tu mano,
Poeta, haya esculpido,
Será siempre inmortal!

Por eso el varon ínclito
Que su estandarte en Lima
Y en Chile hizo flamear,
Y de los altos Andes
En la nevada cima
Su lanza fué a clavar;

Y el nombre de Cangallo
Que convirtió en hoguera
El bárbaro español,
Y de aquellos valientes
Que el Ituzaingo viera,
Vivirán como el Sol!

—

No fuera, poeta, tu solo destino
Subir a las nubes, cual sube el Condór;
Del jenio debias abrir el camino:
Lo abriste, y la gloria tu sien coronó.

Tu canto era el eco de un himno del cielo
La patria fué siempre tu musa, tu Dios!
Mas, ai! que cortaron al águila el vuelo!
Al bardo, un tirano, sin patria dejó!

Proscripto! cuál crímen, cuál fué tu pecado?
Incienso a la patria y aromas quemar?....

Ah! el cielo de espinas la senda ha llenado
Que al templo conduce de gloria inmortal.

En tanto la muerte, velando a tu lado
Infunde en tus venas veneno cruel;
Y espiras, poeta, de sueños rodeado
Mas bellos que el cielo, mas dulces que miel!

Y tú, que pasaste, tu vida afanosa
Robando a la tumba su presa mejor,
Dejaste en el mundo memoria gloriosa,
Joyel de la patria de inmenso valor.

Y el mundo que admira, Varela, tu nombre,
Salvó del olvido tu imájen tambien.—
Merezca un recuerdo la imájen del hombre;
La frente del vate merezca un laurel!

—Julio 28 de 1840.—

ECHEVERRIA

(ESTEVAN.)

D. Estevan Echeverria nació en la ciudad de Buenos-Aires por aquellos años en que las armas inglesas perturbaron la paz colonial del Rio de la Plata y despertaron a un mismo tiempo al jenio de las batallas y a la musa que celebra las victorias. — Huérfano desde mui niño, formó su corazon al lado de una madre amorosa a quien recuerda siempre con ternura y «cuya voz inefable que aprendió a conocer desde la cuna,» ha oido mas de una vez en sus extasis de poéta.

Preparado con los primeros estudios literarios y aspirando a una instruccion mas vasta que la que podria alcanzar en su pais, pasó a Francia en el año de 1825.

Despues de seis años de constantes estudios, regresó a América en Junio de 1830, rico en conocimientos positivos, mui versado en las literaturas estranjeras, y conocedor de la nuestra, como ya entonces lo probaba saludando las playas nativas con estos versos harmoniosos:

¡Oh Patria, Patria, nombre sacrosanto,
A pronunciarte vuelvo con encanto!
Tu halagüeño semblante
Ya rebuscan mis ojos cuidadosos
Por el vasto horizonte,
Y cual airosa cima de alto monte
Ya lejos lo perciben, y mi seno
De júbilo rebosa palpitante......

Buenos-Aires acababa de salir de una revolucion sangrienta que trajo la postracion de los ánimos, y tras ella despotismo y barbarie. Los jenerosos proyectos de servicios a su pais que sin duda habia concebido el Sr. Echeverria quedaron burlados, y se reconcentró de nuevo en el estudio. La tristeza y la soledad produjeron en él uno de sus frutos naturales — la poesía, — esa inocente consoladora de las almas afectuosas y de los espíritus cultivados.

«Elvira o la novia del Plata,» fué el primer poema hijo de su musa. Apareció anónimo en 1832, en un momento mui poco literario para Buenos-Aires, y pasó por consiguiente, inapercibido a pesar de su orijinalidad y de sus muchas bellezas.

Elvira es la prometida esposa de Lisardo, y este, «esplorando el campo de las ciencias» trata de hacerse digno del amor y de la posesion de su elejida. En tanto, en uno de esos hermósos dias de nuestras primaveras,

En el jardin ameno
Que vió nacer sus plácidos amores,

Se entregaba Elvira a mui agradables recuerdos:

Mas, vagó de repente
En su risueña mente,
Como triste y fatal presentimiento:
Oscureció el pesar su alegre frente,
Y así cantó con melodioso acento:

Podriamos pasar en silencio la preciosa cancion de la Ofelia americana, ya que no damos cabida en nuestra coleccion al poema de donde la copiamos?

Creció acaso arbusto tierno
A orillas de un manso rio,
Y su ramaje sombrío
Mui ufano se estendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el rio cual torrente,
Y en su túmida corriente,
El tierno arbusto llevó.
Reflejando nieve y grana
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa,
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.
Así dura todo bien....
Así los dulces amores
Como las lozanas flores
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaiven
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza del amor.

El mismo dejo de infortunio próximo y pesar, que hai en el fondo de estos versos, se siente en los coloquios de los dos amantes. Lisardo ha visto en los sueños de una de sus noches, dos corazones ansiosos por unirse y que la mano de un espectro aparta con «turbia sonrisa:» ha oido una voz secreta que le decia:

Del tálamo halagüeño,
El éxtasis de amor y de ternura,
No gozarás en brazos de tu dueño...

Los delirios febriles de Lisardo, son el pretesto de que se ha valido el poeta para desatar su imajinacion, y presentar un cuadro caprichoso, alto en colores, y abundante en mui estrañas figuras. Del seno de una selva virjen, evoca a toda aquella turba de enjendros inmundos y de espíritus de mal y tiniebla que segun una tradicion comunicada a los pueblos cristianos por los judios [1], bullian alegres en las noches del sábado al rededor de Lucifer, armado de cetro y ceñido de una tiara.

Tales asambleas no pueden convocarse sino para urdir tramas de muerte y agostar la flor de las esperanzas virtuosas. — «Canta el gallo en la alquería» — la turba infernal se desvanece como el humo y Lisardo despierta entonces a la voz imperiosa que suena a sus puertas, diciendo:

«Elvira, Elvira, ya es tiempo!»

Lisardo ha despertado para presenciar un espectáculo real y cruel:

El luminar del dia
Reclinaba su frente
Sereno y majestuoso en Occidente,
Y fugaz el crepúsculo esparcía
Melancólico velo sobre el mundo.
Multitud silenciosa y pensativa
En rededor de un féretro marchaba,
Donde mortal despojo se veia
Cubierto con el cándido ropaje
De la inociencia, y en su sien ceñida
De azucenas y violas amorosas
Corona virjinal, aun no marchita.
Mas de repente en medio del concurso
Un jóven se arrojó, — tendió su vista
Sobre el fúnebre ataud, y repitiendo
Con grito de dolor: «Elvira! Elvira!»
Exánime cayó. . . . .

Si en ciertas obras de imajinacion, mas que en los pormenores, está el mérito en la final y duradera impresion que dejan en el ánimo, mérito, sin duda, tiene para nosotros este poema de Elvira. Su lectura ha calmado en nosotros, muchas veces, ese vago anhelo que tal vez ha puesto Dios en el alma del hombre para que le sacie con poesía.

En 1834 apareció el libro que ha hecho amado y popular el nombre del Sr. Echeverria en el Rio de la Plata. Púsole por título: «Los Consuelos,» porque, segun él mismo, «aquellas fugaces melodías de su lira divirtieron su dolor y fueron su único alivio en dias de amargura.» — Tanta fué la aceptacion que tuvieron los Consuelos,

[1] Opinion del autor de los Consuelos.

que a pesar de haber sido mui copiosa su primera edicion, se hizo otra en 1842, con pequeñas correcciones y cambios.

Bajo el modesto título: «Rimas de Estevan Echeverria» apareció en 1837 el volúmen que contiene el poema de La Cautiva [1]: su asunto está tomado de las frecuentes invasiones que los indíjenas de la llanura hacen sobre las poblaciones cristianas de la provincia de Buenos-Aires. El autor, mejor que pudieramos nosotros, da a conocer el designio del poema, y algunas de sus teorias literarias, en su advertencia preliminar. Dice así: «El principal designio del autor de la Cautiva ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del Desierto, y para no reducir su obra a una mera descripcion, ha colocado en las vastas soledades de la Pampa, dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no es cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstanciadamente, ha escojido solo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar mas colores locales al pincel de la poesía......... De intento usa a menudo de locuciones vulgares y nombra las cosas por su nombre, porque piensa que la poesía consiste principalmente en las ideas, y porque, no siempre como aquellas, logran los circunloquios poner de bulto el objeto ante los ojos.. La poesía ni miente ni exajera. Solo los oradores jerundios y los poetas sin alma toman el oropel y el rimbombo de las palabras por elocuencia y poesía. — El poeta, es cierto, no copia sino a veces la realidad tal cual aparece comunmente a nuestra vista: porque ella se muestra llena de imperfecciones y máculas, y aquesto seria obrar contra el principio fundamental del arte, que es representar lo Bello»......

A mas de estas obras, el Sr. Echeverria ha publicado muchas composiciones patrióticas llenas de entusiasmo y de escelente doctrina despues que los sucesos de la revolucion de su pais le obligaron a abandonar la paz de sus campos y la vida independiente de ganadero. — Trasladado desde entonces a Montevideo, donde reside en la actualidad, ha escrito allí dos poemas que conserva inéditos todavía. El «Anjel caido,» (así se titula uno de ellos) consta de ocho cantos y de mas de cinco mil versos.

Algunos escritos en prosa recomiendan tambien el talento del Sr. Echeverria: la prensa de varias de nuestras repúblicas no há mucho que ha reproducido la introduccion de un libro, que para la educacion social y moral de la niñez, encomendó a nuestro poeta el gobierno de Montevideo.

EL PENSAMIENTO.

O flor de alta fortuna!
RIOJA.

Yo soi una flor oscura
De fragancia y hermosura
Despojada;
Flor sin ningun atractivo
Que solo un instante vivo
Acongojada.

No descuello en los jardines
Como los albos jazmines
O las rosas;
Pero me buscan y admiran,
Me contemplan y suspiran
Las hermosas.

Naci bajo mala estrella,
Pero me miró una bella
Enamorada,
Y me llamó pensamiento,
Y fuí desde aquel momento
Flor preciada.

Si me mira algun ausente
Que de amor la pena siente,
Cobra vida;
Y es feliz imajinando
Que en él estará pensando
Su querida.

[1] Este poema fué reimpreso en España, y juzgado mui favorablemente por el Sr. D. Alberto Lista.

Yo soi grata mensajera,
Que bajo forma hechicera
Voi volando,
A llevar nuevas de dicha,
Al que vive en la desdicha
Suspirando.

Símbolo del pensamiento,
Del amor y el sentimiento,
Mi destino
Es deleitar al que adora,
Y consolar al que llora
Peregrino.

—1832.—

LUNA NACIENTE EN EL MAR.

Subir veo lentamente
La nítida y blanca luna.
GOETHE.

Cubierto el horizonte
De una faja nublosa,
Purpúreos resplandores
Nacen en torno de su frente hermosa.

Con lentitud se avanzan
El espacio ocupando,
Y los cielos y tierra
De luminosos rayos inundando.

Disípanse las nubes
Del vasto firmamento,
Que de nuevo se cubre
De variado y magnífico ornamento.

Y las estrellas mústias
Trémulas centellean,
Y parece abandonan
El lóbrego palacio que hermosean.

Coronada de luces
La luna se aparece;
Cual reina de la noche
En su cerúleo trono resplandece.

Contémplase gozosa
En el mar trasparente,
Que sereno refleja
La imájen de la bóveda luciente.

En calma la natura.
Parece adormecida,
Y su faz macilenta
A meditar al pensador convida.

Renacerá la Luna,
Y tras ella los dias
Circularán veloces,
Llevando en pos las esperanzas mias.

—Mayo 1830.—

RECUERDO.

In vain, alas! in vain.
CAMPBELL.

En vano busco la mujer hermosa,
Iman de mi alma, que llenó mis dias
De tiernas ansias, deliciosos sueños,
De amor y dichas.

La busco en vano que doliente siempre
Voz ominosa de la negra tumba
Burla mi anhelo y me responde triste:
«Aquí se oculta.»

Se oculta sí...... mas sempiterna noche
Cubrirá el lecho do mi amor descansa?
¿No verá un ánjel que moró en la tierra
La luz de otra alba?

Pero qué importa, si su imájen bella
Mientras yo aliente vivirá en mi pecho,
Do el aura aspira que a los serafines
Destina el cielo:

Hasta que airada la insaciable muerte
Corte la trama de mi frájil vida,
Una mis restos a los suyos caros
Y todo estinga.

—Enero, 1831.—

EL POETA ENFERMO.

¡O juicio divinal!
Cuando mas ardia el fuego
Echaste el agua.

JORJE MANRIQUE.

El sol fuljente de mis bellos dias,
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el cáliz de oro de mi frájil vida
Se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace moribunda y triste,
Y el sacro fuego, inspiracion divina,
Devora mi alma.

¡Don ominoso! en juventud temprana
Yo me consumo sin que el canto escelso,
Eco sublime de mi dulce lira,
Admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas musas
Me prometieron, y guirnalda bella
A la sien tierna de la patria mia
Yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta,
Con mano impia, los frondosos ramos;
Que el frio soplo de dolencia infausta
Hiela mi vida.

Un foco inmenso de divinos ecos
Mi alma era un tiempo, que al activo soplo
De las pasiones, exhalaba ardiente
Voces sublimes.

Cuanto tocaba en su celeste fuego
Ardia al punto, el universo un himno
Era para ella, de armonías puras
Coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa:
Anjel de muerte, de mi lira en torno
Mueve sus alas y suspira solo
Fúnebre canto.

Como la lumbre de meteoro errante,
Como el son dulce de armoniosa lira,
Así la llama que mi vida alienta
Veo estinguirse.

Adios por siempre aspiraciones vanas,
Vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;
Adios, del mundo lisonjeras glorias
Deleites vanos.

Adios morada de tiniebla y llanto,
Tierra infeliz que lá virtud repeles,
Y desconoces insensata al jenio
Que te ilumina.

Mi mente siempre en tu rejion impura
Se halló oprimida; peregrino, ignoto,
Por tí he pasado y sin pesar ninguno
De tí me alejo.

Lira enlutada, melodiosa entona
Funeral canto; acompañadla gratas
Musas divinas; mi postrer suspiro
Un himno sea.

—Agosto, 1831.—

DESEO.

Sub umbra alarum tuarum
Protege me.
PS. XVI.

Silencio, nada mas, y no jemido
Lágrimas o suspiros yo demando,
En el instante lastimero cuando
Descienda helado a la mansion de olvido.

Jamas estéril llanto a la ternura
Debió mi pecho en sus acerbos males,
Solo apuré los tragos mas fatales
Que me brindó la impía desventura,

Dormir sin ser al mundo tributario,
Quiero en la noche tenebrosa y fria,
Sin que nadie interrumpa su alegría;
Morir, como he vivido, solitario.

Tú, númen de infelices, Dios de olvido
Que a la nada presides misterioso,
Encubre con tus alas silencioso
El sepulcro de un ser desconocido.

—Diciembre, 1830.—

EXTASIS.

Et audivi vocem magnam.
APOCALIPSIS.

Cuando el sol reina en el zenit fuljente,
A la sombra sentado
De un álamo frondoso, tristemente
Por el cielo esmaltado
De diamante, oro, y plata,
Mi pensamiento raudo se dilata.

Ante los ojos mios se anonada
El mísero planeta,
De dolor y de lágrimas morada,
Donde el mortal vejeta
En el piélago inmundo
De la ignorancia y del error profundo.

Mas lejos que do estalla horrisonante
El trueno, se remonta,
Mas lejos que la esfera rutilante
Que el águila transmonta,
Y que la etérea cumbre
Do no alcanza la necia muchedumbre,

Y en la eterna rejion de la armonía
Y las esencias puras,
Do reina inalterable la alegría
Que anhelan las criaturas,
En extásis glorioso
Oye un coro de espíritus grandioso;

Y con ruido que al cántico supera
Resonar, como trueno, un ronco acento,
Que repite, vagando por la esfera:
«Ven do reina el contento
Y la gloria que anhelas ¡oh poeta!
Deja ese triste y mísero planeta.»

—Setiembre, 1831.—

RUEGO.

Inclina aurem tuam ad precem meam.
PS. 87.

En tí Señor confío,
A tí mi Dios me entrego;
Mi humilde y triste ruego
Implora tu piedad;
No mires con desvío
Mi llanto y amargura,
Que aunque mi alma está impura
No abriga la impiedad.

Mi espíritu se humilla
A tu divina planta,
Y su dolor levanta
Esperanzado a tí;
Acoje la sencilla
Plegaria que te envia
Señor, y tu faz pia
Vuelve un instante a mí.

Henchido de pasiones
Mi corazon demente,
Se abandonó al torrente
Del mundo seductor,
Mas ya, sus ilusiones
Falaces desdeñando,
Se vuelve a tí implorando
Consuelo en su dolor.

Si algun tiempo embriagado
De deleites mundanos
Los tuyos soberanos
Insensato olvidé,
Perdona a un descarriado,
Que buscando hoi ansioso
Tu bálsamo precioso
Vá en alas de la fé.

Soi pecador indígno;
Pero mi alma sincera
Arrepentida espera
En tu inmensa bondad;
Contempla, pues, benigno
Señor, y no indignado,
A quien atribulado
Se acoje a tu piedad.

De dolor consumido,
De angustias y dolencia
Tu divina asistencia
Necesito, Señor;
Levanta mi abatido
Corazon, vuelve a mi alma,
Vuelve la dulce calma
Que le roba el dolor.

Atiende a tu criatura
Que mísera fenece,
Sus penas adormece,
Escucha su clamor:
Pues en mar de amargura
Se anega mi existencia,
Mírame con clemencia
Aunque soi pecador.

—Noviembre de 1831.—

CONTESTACION.

Ah! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me ajita
Ruga mi frente de dolor nublada.
HEREDIA.

Feliz tú que de bellas ilusiones
Sin cesar halagado, a las visiones
Inefables del alma,
Librar puedes tu ardiente fantasía,
Y de éxtasi embriagar y de armonía
Tu corazon en calma.

Feliz tú que aspirando el aura pura
Del majestuoso Plata, la hermosura
Contemplas de la luna,
Que asoma melancólica su frente,
Como jentil beldad que de amor siente,
La congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,
Oyes solo el susurro misterioso
De las olas serenas,
Que al rayo de la luna resplandecen,
Y en cadencia armoniosa se adormecen
Sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo
Hasta el trono de Dios levanta el vuelo,
Y olvidada del mundo
Escucha la armonía soberana
Que de su eterna gloria eterna mana
Cual venero fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente
En esa viva, inagotable fuente
Que al universo anima,
Y con alas de fuego divagando
El infinito abarca y remontando
Mas y mas se sublima.

¡Quién como tú pudiera, el pecho lleno
De esperanza y de fé, por el ameno
Camino de la vida
Esparciar sus miradas halagüeñas,
Y ver por todo imájenes risueñas,
Como en la edad florida!

¡Quién en su lira modular sonora
Dulce amor y amistad consoladora,
Tesoros celestiales;
Y al son de la hechicera melodía
Derramar esperanza y alegría
En los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú que atras dejando
Un pasado feliz y contemplando
El porvenir brillante,
Un mundo de esperanzas y delicias
Ante tus ojos ves y no codicias
Nada al vulgo anhelante.

Mi juventud tambien tuvo visiones
De ambicion, y de gloria y mil pasiones
Terribles la ajitaron.
Amor fué su delirio y su ventura,
Y en brazos apuró de la hermosura
Delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba
El feroz huracan de cumbre altiva,
Al impulso violento
De fogosas pasiones, abatida
Cayó mi juventud que solo vida
Tiene para el tormento.

¡O si en himnos de escelsa poesía
Yo pudiera el torrente de armonía
Exhalar de mi pecho,
O en tristes tonos modular suaves,
De mi fiero dolor las ansias graves,
Las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mia
Al eco de la tuya se uniria
En soberano coro,
Y esos pechos de bronce casi yertos
Latirian oyendo los conciertos
De nuestra lira de oro.

Pero vano delirio, mi destino
Es batallar con el dolor contino
Hasta que suene la hora;
Y consumirme en agonía lenta,
Como el ave inmortal que en sí alimenta
Fuego que la devora.

A DIOS.

Ton souvenir sera, dans mon ame attendrie,
Comme un son triste et doux qu'on écoute long temps.
V. HUGO.

No quiere tierna amiga
La fortuna enemiga
Puerto a mi vela dar,
Y en frájil barca nueva
Peregrino me lleva
Por borrascoso mar.

De nuevo separado
Me voi acongojado
Lejos de tí a vivir;
Sin verte, sin hablarte,
Sin poder consolarte;
Que es fuerza hoi el partir.

Cuando fatal desdicha
El astro de tu dicha
En su oriente eclipsó,
Con la eterna lazada
De la amistad sagrada
Mi alma a la tuya unió.

Entonces, pio el cielo,
Quiso que algun consuelo
Yo diese a tu dolor,
Y entonces fuí dichoso......
Mas ¡ah! que ya envidioso
Me aleja de tu amor.

Me aleja sí, importuno,
Donde placer ninguno
Gustar sin tí podré;
Donde en ausencia larga,
A mi tristeza amarga
Consuelo no hallaré.

Pero no importa, pura
Tu imájen, mi ventura
Siempre querida hará;
Y cual benigna estrella,
Consoladora y bella
Do quier me alumbrará.

Adios mi tierna amiga,
Ya la barca enemiga
Se afana por partir;
Adios, volveré a verte
Si el soplo de la muerte
No apaga mi vivir.

—Octubre, 1832.—

CREPUSCULO EN EL MAR.

Antes de espirar el dia
Vi morir a mi esperanza.
ZÁRATE.

Allá en el horizonte el rei del dia
Su frente hunde radiosa,
Y por el vasto espacio va flotando
Su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes
Se adorna el firmamento,
Que entre negros celajes se confunden
En su brillante airoso movimiento.

Y poco a poco sus inmensas alas
La noche va estendiendo,
Y con manto de duelo los adornos,
Y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones
Ven la imájen sombría,
De la esperanza que los sustentaba,
Desvanecerse con la luz del dia.

Y la hora en que yo veo de mi vida
La trama deshacerse,
Y el porvenir glorioso que la halaga,
Como el cielo entre sombras esconderse.

En que yo digo adios a la esperanza
Y a los gozos del mundo,
Y con incierto paso y sin vijía
Marcho por un desierto tremebundo.

En que contemplo mi fugaz aurora
Sin lucir disiparse,
Y las lozanas flores de mi vida
Sin exhalar perfume deshojarse.

En que a la vez mis bellas ilusiones
Toman cuerpo, se abultan;
Tocan la realidad, y desmayadas
En crepúsculo negro se sepultan.

—Mayo de 1830.—

MI DESTINO.

Oui, je mourrai: déjà ma lyre en est en deuil,
Jeune, je m' éteindrai, laissant peu de mémoire.
V. HUGO.

Presa de mil dolencias,
El corazon marchito,
A veces angustiado
Me concentro en mí mismo,
Y voz secreta escucho
Decirme estremecido:
«En juventud temprana
Morir es tu destino.»

«Antes que el lauro sacro
Se entrelace y el mirto
En tu lozana frente,
Sufrirás el martirio
Que al que nació poeta
Reserva el hado impío:
Que en juventud temprana
Morir es tu destino.»

De Prometeo el fuego
Arde en mi seno altivo,
Un buitre despedaza
Mi pecho enardecido,
Y mi existencia llena
De angustias y conflictos:
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

A cada instante veo
El tenebroso abismo
De la tumba a mi planta,
Y el pensamiento mio
Replega al contemplarlo
Sus alas abatido:
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Con el mirar profundo
De espíritu divino,
Mi jenio el universo
Abarca y lo infinito;
Pero voz ominosa
Me repite al oido,
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Como la flor del campo
Que el inflamado estío
Agosta en el momento
De desplegar sus visos;
Asi se han marchitado
Mis juveniles brios:
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

¿Qué importa que llenase
De fuego peregrino
Mi pensamiento el cielo;
Si soplo fujitivo,
Exhalacion errante,
Al nacer ya me estingo?
Si en juventud temprana
Morir es mi destino?

Mi corazon desmaya
De dolor consumido,
Y mis fugaces dias,
Sin ostentar su brillo,
Se eclipsan y descienden
A la mansion de olvido:
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

LOS RECUERDOS.

ROMANCE A DELMIRA.

Tú me apareciste, como un anjel benigno enviado para llevarme desde los inocentes dias de mi infancia, hasta la sublime cumbre de la existencia. Mis ojos, al abrirse, encontraron tu corazon, y mi primer sentimiento fué un inefable regocijo.

SCHILLER.

De los primeros amores
¡O cuán dulce es el recuerdo!
Cómo su risueña imájen
Vierte en el alma consuelo!
Mi corazon desdichado
Flota en un mar de tormentos
Delmira, mas tu memoria
Templa sus males acerbos.
Cuando la negra tristeza
Tiende sobre mí su velo,
Y de fantasmas sombrías
Circunda mi pensamiento:
Cuando el recuerdo terrible
De mil aciagos sucesos,
Viene cual nube cargada
De tormenta, horror y truenos,
A atribularme en mis ansias
Y hacer mi dolor mas fiero;
Tu imájen se me aparece,
Como en páramo desierto
Al caminante perdido
Verdoso y florido otero;
Y la fantasía entonces
Con las alas del deseo,
Me transporta enajenada
A aquel delicioso tiempo,
En que por la vez primera
Te ví, como anjel del cielo.
El bozo empezaba apenas
A adornar mi labio tierno;
Eras tú rosa en su aurora,
Eramos niños, recuerdo,
Y de rubor inocentes
Palpitaron nuestros pechos
De simpática ternura,
De amante júbilo al vernos.
Turbáronse nuestros rostros
Y se reveló el misterio:
Nació el amor ignorado,
Y el amor habló en silencio.
Tu imájen bella de entonces
Quedó grabada en mi seno,
Y una ajitacion estraña
Llena de dulce embeleso,
Se amparó de mis sentidos.
Dejé los frívolos juegos
De la niñez, y embebido
Solo en tí mi pensamiento,
Do quier hallaba el encanto
De tu semblante halagüeño,
Do quiera de tus miradas
Aquel iman hechicero.
Dia y noche me seguia
Tu imájen en el paseo,
En el bosque, en la campaña
Y aun en mi tranquilo lecho.
Mi juvenil existencia
Era un deleitoso sueño,
De glorias desconocidas,
De esperanzas y deseos.
Dias felices ¡cuán pronto

Para mi mal fenecieron,
Dejándome circundado
De desolacion y tedio!
A amar juntos aprendimos,
Amor por dulces senderos
Nos llevó en sus alas de oro
Y nos enseñó sus juegos.
¿Te acuerdas, Delmira, el dia
Que nos hablamos primero,
Cuán alegre y fácilmente
Nuestras almas se entendieron?
¿Recuerdas, Delmira mia,
Aquellos dulces momentos
Que pasábamos alegres
En inocentes recreos?
¿Te acuerdas de los regalos
Con que tu cariño tierno
Recompensaba del mio
El incesante desvelo?
De las citas misteriosas?
¿De aquel albergue secreto
Donde tu boca y la mia
Se unieron con dulce beso?
De nuestros rubores y ansias,
Nuestro tímido recelo,
La precaucion inocente
Y el cariñoso misterio?
Sobre todos, de aquel dia,
Dia feliz y supremo,
En que por hechizo oculto
Nuestros suspiros se unieron,
Sin saber cómo, atraidos
Se tocaron nuestros senos,
Ligáronse nuestros brazos
Con nudo de amor estrecho;
Trémulo tu labio ardiente
Aplicó al mio su fuego,
Se abrasaron mis sentidos
De amor en el grato incendio,
Y a mis ojos y a los tuyos
Se anonadó el universo.
—Todo pasó, dulce amiga,
Todo pasó en fugaz vuelo,
Solo queda la memoria
De aquel venturoso tiempo.
La edad vino a amonestarnos
Con su semblante severo;
Separarnos fué preciso
Y seguir caminos nuevos.
Adios, amores de entonces,
Juveniles devanéos
De dos almas inocentes
Que para amarse nacieron.
Llorando y con dulce abrazo
Dimos el adios postrero
Al aire, y nuestros suspiros,
Nuestras ansias llevó el viento.
Tomó mi mano el destino
Y del dulce hogar paterno
Me arrebató, y en el mundo
Me lanzó con furia luego.
He flotado en él sin guia
Cual frájil náufrago leño,
Sin encontrar en camino
Grato asilo o manso puerto.
Mil tormentas he sufrido,
Que en el voluble elemento
De las inquietas pasiones
Me engolfé fogoso y ciego.
No he sucumbido a sus furias;
Pero mi cuitado pecho
Por siempre, amiga, ha perdido
La dulce paz y el sosiego,
Y despojado, en su aurora,
De los prestijios risueños
De la vida, a la esperanza
Y aun al amor yace muerto.
Solo tú, tú sola puedes
De mi alma en el cáos horrendo,
Hacer brillar un instante
Lampos de fugaz consuelo.
Tu imájen bella, a mis ojos,
Como la estrella de Vénus
En desatada tormenta
Se muestra al triste nauclero,
Aparece en los conflictos
De mi triste pensamiento,
Aplaca un tanto las iras
De mis pesares acerbos,
Y esclamo entonces lloroso:
«Anjel de amor y consuelo
No apartes tu luz divina
De mi espantoso desierto:

Mi corazon desdichado
Flota en un mar de tormentos,
Delmira, mas tu memoria
Calma su dolor funesto.

—Agosto de 183

MI ESTADO.

Il est chez les vivans comme une lampe éteinte.
HUGO.

Cual sombra vana, mis lozanos dias
Se han disipado, y ni vestijios quedan
De lo que fueron en su bella aurora,
Mis verdes años.

Nada ha quedado a mi existencia frájil
Mas que la herida del pesar tirano,
Nada que pueda a mi infortunio triste
Dar un consuelo.

Como fantasma tétrico y sombrío
Sin esperanza vago entre los hombres;
Ningun prestijio o juvenil halago
Brilla en mi frente.

Nada yo espero en el desierto mundo,
Nada que endulce mis amargas penas,
Y desolado el corazon marchito
Ni aun amor siente.

¡O si sintiera cual sintió otro tiempo!
Amor al menos en el pecho triste
Vierte halagando, como sierpe astuta,
Dulce veneno.

Solo el reposo de la tumba aguardo;
Pero la muerte de mis crudas ansias
Rie inclemente y a mi amargo lecho
Lenta se acerca.

Cuento los dias de afliccion cargados,
Cuento las horas de pesar exentas,
Y veo entonces que mejor seria
No haber nacido.

Pronto despojo de la muerte fiera
Será mi cuerpo que angustiado jime,
Dulce alimento a réptiles inmundos,
Pasto a gusanos.

Y el fuego sacro que mi mente llena,
Ansia sublime, inspiracion divina,
Don de las musas, como frájil humo,
Va a disiparse.

Cuantas pasiones abrigó mi pecho,
Cuanto elevado sentimiento cupo
En mi alma noble, a convertirse vuelven
En polvo y nada.

—Octubre de 1831.—

EL IMPIO.

Dixit insipiens in corde suo: non est deus.
PS. LXXXVII.

Se alzó del polvo en noche tenebrosa,
En medio del jentío
Orgulloso el impío
Blasfemando de Dios: cual ponzoñosa
Sierpe, letal veneno,
Lanzó impiedades de su inícuo seno.

No hai Dios, dijo primero el arrogante;
Que todo cuanto encierra
El universo y tierra
Lo produjo el caos en un instante
De su seno fecundo:
Él padre fué del universo mundo.

Y levantando entonces el erguido
Y viperino cuello,
Erizado el cabello,
Con corazon maligno y pervertido
Toda justicia hollando,
Marchó seguido de ominoso bando.

El odio, la injusticia, la asechanza
Astuta precedieron
Sus pasos, y nacieron
De su infernal y tenebrosa alianza
Mil monstruos en su seno,
De criminales apetitos llenos,

Se embriagó de maldades engreido,
Sin temor el impío,
Soltando a su albedrío
Libre freno, y clamando fementido:
«No hai Dios, nó, que me vea,
Y juez supremo de sus obras sea.»

Mas tú le oiste ¡O Dios! y tu tremenda
Ira lanzaste luego,
Y como paja al fuego
Despareció el impío, que en horrenda
Angustia, maldiciente
Blasfemaba tu ser omnipotente.

—Noviembre de 1831.—

ÉL Y ELLA.

Quién podrá el lazo romper
Que sus corazones liga!
Ni menos desconcertar,
De sus almas la armonía.
SCHILLER.

I.

EL.

Cuando en tu seno reclinado me hallo,
Mi dulce amiga, el universo olvido,
Ni siento el peso abrumador del tiempo,
Ni la fatiga.

Tú eres la estrella que mis pasos guia
En el camino del desierto mundo,
Y de tu lumbre el esplendor divino
Siempre me halaga.

Tú eres la imájen que en mis sueños veo;
Tú eres el anjel tutelar que guardas,
Del jenio adusto que mis pasos sigue,
Mi triste vida.

Cuándo el encanto de tu rostro bello,
Encubre el velo de melancolía,
El astro hermoso que en la noche reina
Tú me pareces.

Mas si en tu frente la sonrisa vaga,
Si amor respiran tus ardientes ojos,
Eres la aurora que halagüeña rie
Todo alegrando.

El vivo aliento que tu pecho exhala
Es para mi alma como el grato soplo,
Que reanima del estéril yermo
La flor marchita.

ELLA.

Cuando reclinada me hallo
Sobre tu amoroso seno,
Dueño mio, ante mis ojos
Se anonada el universo.
Tú eres la hechicera imájen
Que en todas partes yo veo,
El bello sol que me alumbra
Y de mi alma el claro espejo.
Sin ti los dias me fueran
Enojosos y molestos,
Con tu presencia los años
Pasan en rápido vuelo.

Cuando de mí te separas,
Con alas de ser etéreo

Por donde quiera te sigue
Mi amoroso pensamiento,
Y mientras solo suspira
Mi corazon de amor lleno,
Para aliviar mi congoja,
Pensando en tí me deleito,
Y me digo yo a mí misma:
Vuelve mi amor, vuelve luego,
El corazon me lo dice
Que adivina mi deseo.
Tu hablar es dulce a mi oido,
Como el melodioso acento
Del ruiseñor en el bosque,
Do reina el mudo silencio.

EL.

Cuando de mi triste pecho
La desolacion se ampara,
Y de mi mente se aleja
La imájen de la esperanza;
Cuando el infausto recuerdo
De las terribles borrascas,
Que han ajitado mi vida,
Viene a redoblar mis ansias,
Y en mi pecho se despiertan
Las pasiones inflamadas,
Que para siempre alejaron
La felicidad de mi alma:
Tú eres el íris que vuelve
A mi corazon la calma,
Disipando las tinieblas
Que me atribulan y asaltan.

ELLA.

Cuando en tu frente serena
La dulce sonrisa vaga,
Y se disipan las sombras
Que la oscurecen infaustas;
Cuando tus ardientes ojos,
Con halagüeña mirada,
Como buscando su centro,
Sobre los mios se clavan,
Manifestando espresivos
La luz espléndida y clara
Del contento y la alegría
Que fugaz por tu alma pasa,
Ningun pesar me atormenta,
Ningun cuidado me asalta,
Y la inefable ventura
Del serafin goza mi alma.

EL.

Cuando la aciaga memoria
De mis pasadas desdichas,
Viene a inflamar de mi pecho
Las sanguinosas heridas,
Y a derramar en mi mente
Mil imájenes sombrías;
La tuya se me aparece,
Anjelical y divina,
Se desvanecen al punto
Las visiones enemigas,
Y yo me digo: «Ella me ama
¿Qué importa un mar de desdichas»?

ELLA.

Cuando pienso que en tu pecho
Idolatrado se abriga
Atroz pesar devorando
Al nacer todas sus dichas,
Lloro lágrimas amargas,
Y me digo entristecida:
Si mil vidas yo tuviese
Por verle feliz daria,
Mas ya que no está en mi mano
Poder sanar las heridas
De su corazon, a amarlo
Quiero consagrar mis dias.

EL.

Cuando el soberano vuelo
Alza mi espíritu altivo,
Y en mi corazon rebosan
Mil armónicos sonidos;
Tú eres el númen que inspira,
Consolador y propicio,
A mi cítara sonora
El canto escelso y divino.

ELLA.

Cuando cantas inspirado,
En tono triste y sombrío,
Tú me pareces un ánjel
En la tierra peregrino,

Que sus infortunios llora,
Y tus conciertos melifluos
En mi corazon resuenan
Como seráficos himnos.

EL.

Tú me hiciste amar la vida
Que aborrecí en mi despecho,
Y disipaste la noche
De mi espíritu desierto.

ELLA.

Tú embelleciste mis dias
Llevándolos por sendero
De delicias y de flores;
Vida y cariño te debo.

EL.

Mas vivirá tu memoria,
Celia, divina, en mis versos.

ELLA.

Aun mas allá de mi muerte
Tú vivirás en mi pecho.

EL.

Vivirán tus perfecciones.

ELLA.

Será nuestro amor eterno.

II.

EL.

Ven dulce amiga al monte,
Y a la fresca enramada
De sauces coronada,
De mirtos y laurel;
Ven, que el astro del dia
Glorioso reverbera
En la inflamada esfera,
Ven, dulce amiga, ven.

Ya los pájaros cantan
Con dulce melodía
Y todo es alegría
Amor, delicia y bien;
Ya la tórtola tierna,
Con lánguido jemido,
Halaga a su querido;
Ven, dulce amiga, ven.

Con elocuentes voces,
Todo hoi en la natura
A gloria, y a ventura
Convida, y a querer.
Estos cortos instantes
De vida aprovechemos,
Amemos y gocemos;
Ven, dulce amiga, ven.

Ven, dulce amiga, al monte,
Y a la fresca enramada
De sauces coronada,
De mirtos y laurel.
Ven, y allí respirando
El ambar de las flores,
Hablaremos de amores;
Ven, dulce amiga, ven.

AMBOS.

Las delicias que ofrece la vida
Apuremos burlando al dolor,
Que la muerte devora homicida
Los deleites y glorias de amor.

Ten ¡o tiempo! tu rápido vuelo,
Déjanos un instante gozar;
Sed propicio una vez al anhelo
De dos seres que saben amar.

Infelices bastantes te imploran
En la tierra con largo jemir,
Vuela, vuela para ellos que lloran,
Déjanos nuestra dicha sentir.

Déjanos un momento siquiera,
Los pesares amando olvidar,
Y sin sombra fatal a la esfera
Del amor y la dicha volar.

Las delicias que ofrece la vida
Apuremos burlando al temor:
Toda gloria humanal es mentida
Todo bien se convierte en dolor.

EL.

Deja que mi amor sediento
Beba de tu alma el aliento,
Y que mi pecho amoroso,
Con su aroma delicioso,
Se embriague y calme un momento.

ELLA.

¡O que delicia! o ventura!
Pasar, como una aura pura,
Mi alma enamorada siente
De la tuya el fuego ardiente,
Y en mar nado de dulzura.

EL.

Deja que latir con brio
Tu corazon sobre el mio,
Casi insensible yo sienta;
Pues tu amor mi sangre alienta,
Como a flor mústia el rocío.

ELLA.

De amor, de amor desfallezco,
Y toda yo me estremezco
Tu ardiente labio al tocar;
Dame en tu boca saciar
La dulce sed que padezco.

EL.

Qué me importa que el destino
Me haya cerrado el camino
Del bien, si cuanto yo adoro,
Mi esperanza y mi tesoro
Tengo en mis brazos divino.

ELLA.

Modera tus transportes,
Modera tus halagos, dueño mio,
Que ya mi débil corazon el brio
Pierde para gozar tanta ventura.
Conserva aquestos dias
Destinados a amarte,
Y a endulzar de los tuyos la amargura;
No con tan vivo anhelo
El cáliz agotemos de dulzura
Que nos ofrece amor hijo del cielo.

EL.

No, apuremos temprano, querida,
Los placeres que ofrece la vida,
Deja al necio sufrir y esperar;
Que con ceño terrible la muerte,
Envidiosa del bien nos advierte,
Que naciendo los va a devorar.

AMBOS.

De la aurora gocemos florida,
Que un instante sonrie a la vida,
Mientras quede vigor para amar;
Que con voz elocuente natura
Nos repite: «el amor y ventura
Son cual luz fujitiva en el mar.»

—Agosto de 1832.—

ADIOS, EN EL MAR.

Se parte as velas dando.
CAMOES.

Ya deja ya el puerto
La mi navecilla
Y la aguda quilla
Surca por el mar,
Favonio despierto
Ya trisca en la vela,
Y rauda ella vuela
Del viento a la par.

Adios mi regazo
Mis dulces amores
Y los sinsabores
Que con ellos van:
Adios, que ya abrazo
Mas sólidos bienes
Entre los vaivenes
Que las olas dan.

¡O cuán agradable,
El eco armonioso,
Es del mar ruidoso
Al ánimo audaz!
Y cuán admirable
El flujo incesante,
La faz inconstante
De la onda voraz!

Soplad bonancibles
Alíjeros vientos,
Que a vuestros acentos
No he de suspirar;
Soplad apacibles,
Que lejos de orilla
Ya la aguda quilla
Surca por el mar.

—Junio de 1830.—

EL INFORTUNIO, EN EL MAR.

Qu' importe le soleil? je n'attends rien des jours.
LAMARTINE.

Qué importa al desgraciado
A quien pesar devora,
Que brillante y risueña
Aparezca la aurora:
Que cuando por los mares
Su nave surca erguida,
De tempestad horrenda
Se vea combatida;
Y divagando incierta
Jamas arribe al puerto,
O vacile en el borde
Del abismo entreabierto.
¿Qué importa?—si temprano
Se voló su esperanza:
Él con ojos serenos
Contempla la bonanza,
Y nada pide al mundo,
Ni a las bellas auroras,
Ni al puerto ni a los dias,
Ni a las fugaces horas.

—Junio de 1830.—

EL CEMENTERIO.

Misterios de la vida y de la muerte.
CALDERON.

Creation Sleeps.
YOUNG.

Al resplandor sereno de la luna
Yo andaba por los sitios solitarios
Que al vulgo atemorizan, pesaroso,
Y en lúgubres ideas embebido;
Y mis inciertos pasos me llevaron
A la mansion sagrada de los muertos:
Relijioso pavor cubrióme al punto,
Y esclamé sofocando mis angustias:
Silencio ¡o corazon! hé aquí el asilo
Donde reina la paz inalterable,
Do no alcanza el tumulto de los hombres,
Do se acaban las ansias y tormentos
De la altiva ambicion y el infortunio,
Do se estrella el poder y la grandeza,
Do el amor y el deleite se anonadan,
Donde la gloria es humo y las pasiones,
Que ajitan al mortal;—aquí el esclavo
De sus hierros se olvida; con el polvo
De la víctima suya a confundirse
Viene el fiero opresor;—aquí del crímen
Cesa el remordimiento, y los jemidos
De la virtud paciente se sepultan;
Aquí se abisman, sin cesar, los siglos,
Y mil jeneraciones y mil otras,

Con rapidez se agolpan, no dejando
Vestijio de su ser; — aquí su cetro
Levantan el misterio y el olvido,
Las esperanzas mueren, y en su aurora
El injenio brillante se disipa.—
Salud, tristes despojos, monumentos
Fúnebres del dolor, a visitaros
Viene una alma enlutada y borrascosa.
Si los profanos ecos de la tierra
Hasta vosotros llegan, respondedme:
Hai vida mas allá?—pero qué veo?
Un espectro confuso se levanta,
Y con faz melancólica me mira: —
Tú, cualquiera que seas, habitante
De esta mansion de luto misteriosa,
Responde hoi a las dudas de quien viene
A interrogar la muerte y los sepulcros
Transido de dolor: ¿por qué tus ojos
Brotan lágrimas tristes, y en tu frente
Del funesto pesar vagan las sombras?
Hai dolor, por acaso, aun en la tumba?
Siente el polvo? — «Silencio reptil vano,
La mansion del misterio es el sepulcro» —
Un eco moribundo respondióme,
Y silencio, silencio repitieron
Los cóncavos helados de las tumbas.
Se oscureció la luna de repente
Y un pálido fulgor cubrió la tierra,
Semejante al de antorcha suspendida
En medio de un Panteon: — y yo miraba,
Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento: —
Cuando un eco al de un ánjel parecido
Hechicero sonó — «ven, ven conmigo;
Ven, ven, a descansar, infeliz jóven:
La tumba es el amor; aquí las almas
En himeneo eterno, eternas viven;
Ai! ai! por tí padezco hace diez años,
Ven, seremos felices, ven conmigo,
Esperándote estoi» — y yo miraba,
Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento;
Y ví de una mujer la vaga sombra,
De una mujer que conocí en la tierra,
Y que profano labio nunca nombra.
Y otro acento de amor, voz inefable
Que aprendí a conocer desde la cuna
Oí que repitió — «ven, hijo mio,
Ven te consolaré ¡qué infeliz eres!
Tu alma no es de ese mundo, aquí es su centro:
El lodo es del reptil» — un grito entonces
Quise dar y no pude, y madre, madre,
Articuló mi lengua: y yo miraba,
Pasmado de terror sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento.
Quedó todo en silencio nuevamente;
Se disipó el fulgor, como la llama
De un astro consumido, y las tinieblas,
La oscuridad fatal se condensaron.
Todo era noche y noche: — uno por uno
Los astros de la esfera se estinguieron,
Como antorchas sin pábulo, y la tierra,
Y el cielo, y el espacio no formaron
Mas que un lúgubre, denso, opaco abismo
De tinieblas palpables a mis ojos.
Me estremecí de horror; — formas confusas
Fábricas jigantescas del orgullo,
Cadáveres inmensos de los siglos,
Pueblos, jeneraciones, seres, hombres
Cual rápido torrente descendian
En la inapeable sima confundidos,
Y al *caos* daban *ser*.... Un mortal hielo
Cubrió todo mi cuerpo; mis potencias
Como de un largo sueño despertaron;
Miré y ví con asombro que la tierra,
Al resplandor sereno de la luna,
Mientras yo solitario cavilaba,
Como el callado asilo de los muertos,
En silenciosa calma reposaba.

A MARIA.

A fortuna me traz peregrinando,
Novos travalhos vendo e novos danos.
CAMOENS.

Ya llegó el momento
De pena y tormento
Para el alma noble que sabe sentir;
Llegó, dulce amiga,
Que siempre enemiga
Fortuna de nuevo me fuerza a partir.

Se fué mi ventura
Como sombra oscura,
Quedome el recuerdo para mas pesar:
Se fué mi esperanza,
Como la bonanza,
Del triste nauclero que vaga en el mar.

Sin faro, ni puerto
Quedé en un desierto,
En la edad risueña de sentir y amar,
La vida maldije,
Y a mi pena dije
Me voi a la tumba consuelo a buscar.

Mas, cándida y bella
Como ánjel o estrella,
Por acaso entonces, amiga, te ví;
Te ví, y de la vida
La imájen florida
De nuevo hechicera se mostró ante mí.

Me distes el alma,
Y plácida calma
Descendió a mi pecho con el dulce amor;
Y en tu seno amante
Apuré constante,
De inefables dichas, el grato dulzor.

Mas quiere fortuna
Que gloria ninguna
Feliz y tranquilo yo pueda gozar;
Pues ya mi ventura,
En tiniebla oscura
De enojosa ausencia, se vuelve a eclipsar.

Por nuevo camino
Me lleva el destino,
Sembrado de riesgos, tormentas y azar:
Sin que el tierno llanto
De tu amor, un tanto
Su rigor injusto, consiga aplacar.

A mi alma no abate
El fatal combate
De inciertos acasos que voi a sufrir:
La pena que siento
Es ver que me ausento,
Y te dejo sola llorar y jemir.

Yo aprendí temprano
Del pesar tirano
Con frente serena la saña a mirar;
Pero tú su triste
Furor no sufriste,
Y el tormento fiero de no ver y amar.

Al crudo despecho
No abrigo en tu pecho
Amoroso y tierno, dulce amiga, des:
Acójete al ara
De la imájen cara,
En tu seno siempre colocada ves.

«El me ama» repite,
Cuando airado ajite
En tu triste pecho, su dardo el dolor;
«El me ama, y suspira
Como yo, y delira
De su dulce estrella buscando el fulgor.»

«Duerme y sueña ahora,
Que yo encantadora,
Como ánjel benigno, mirándole estoi;
Ora que amorosa
La pena enojosa
A ahuyentar de su alma con halagos voi.»

«Ora las estrellas,
Contempla, y en ellas
Risueña y hermosa mi imájen cree ver;
Ora de las aves,
En los trinos suaves,
Do quier halagüeña mi voz entender.»

Mas ¡ai! que yo insano
Me dilato, en vano,
Buscando remedio para tanto mal:—
Adios; ya mi dicha
Se fué, y la desdicha
De nuevo me espera con ceño fatal.

—Octubre de 1832.—

LA NOCHE, EN EL MAR.

La noche lóbrega y triste.
MORETO.

¡O noche! oscuridad! del alma mia
Alimento precioso;
Tu majestad sombría
Place a mi pensamiento borrascoso.

De anhelar con la turba fatigado
Los bienes mentirosos
Del mundo, deslumbrado
Me acojo en tus asilos misteriosos.

Y arrojando de mí los viles lazos
De las torpes pasiones,
Encamino mis pasos
A menos vacilantes ambiciones.

En tu seno fecundo en harmonía,
Sereno o espantoso,
Busca mi fantasía
Asaz ocupacion si no el reposo.

Tempestades, naced, fragosos vientos,
Dejad vuestras cavernas,
Y que los elementos
Quebranten sus murallas sempiternas.

Silben los uracanes inclementes,
Lanzándose furiosos,
Por los llanos fervientes
De los inquietos mares espumosos.

Como el bravo guerrero en la batalla
Y ruidosa victoria,
Su ardor bélico acalla
Persiguiendo el fantasma de la gloria.

O como águila audaz en las rejiones
Mas allá de la tierra,
Burla los aquilones,
Y ni la horrible tempestad la aterra.

Así, ante el espectáculo imponente
De la natura activa,
Se complace mi mente;
Inspiracion sublime la cautiva.

Allí olvido deleites y pesares,
Y todo lo mundano,
Y sin temor de azares
Vuelo altivo, cual jenio sobrehumano.

Y mirando de faz el universo,
Exento de conflicto,
Con sus jenios converso;
Mi pensamiento vaga en lo infinito.

—Mayo de 1830.—

LA HISTORIA.

(FRAGMENTO.)

There is no hope for nations!—Search the page
Of many thousand years—the daily scene,
The flow and ebb of each recurring age,
The everlasting to be which hath been,
Hath taught us nought or little:
BYRON.

No hai ya esperanza para las naciones. Recorred las pájinas de los siglos ¿qué nos han enseñado sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las edades, y esa eterna repeticion de acontecimientos?—Nada o mui poco.

Encantada y atónita mi mente
Rejistra los anales de los siglos,
Que pregona la fama mas gloriosos,
Y del pasado tiempo y del futuro
El tenebroso velo
Quiere rasgar en su impaciente anhelo.

Monumentos, pirámides alzadas
Por el humano orgullo en su demencia,
Fatídicos emblemas esculpidos
Por manos mercenarias y serviles,
Que adulacion respiran
Y vergüenza y oprobio solo inspiran.

Todo interroga, y a la vez responden,
Con dolorosos gritos que estremecen,
Los mármoles, los pueblos y los tiempos:
Que ignorancia y miseria sempiterna,
Inevitables males
Son la herencia fatal de los mortales.

Con lívido semblante y torvo ceño
Sus pasos jira en derredor del orbe
El tiempo inexorable, como fiera
Famélica, sedienta, enfurecida,
Que sus hierros quebranta
Y mueve libre su sañuda planta.

Sin cesar marcha, y donde quier imprime
Su jigantesca mole el pié tremendo,
Monumentos humildes y arrogantes
Tiemblan, caen y desparecen luego;
Lo fértil y lozano
Se seca y muere entre su yerta mano,

Allí donde se muestra portentosa
La vanidad del hombre y la pujanza,
Acorre presuroso sepultando,
Con baldon de su orgullo, en el abismo
Profundo de la nada,
Dioses y templos y soberbia airada.

De asolacion y llanto se alimenta:
Ni la acerba agonía, ni los ayes,
Del que cansado de esperar fenece:
Ni los férvidos ruegos que a herir suben
Los dombos celestiales,
Nos libran de sus garras infernales.

Las ciencias y las artes mas sublimes,
Los héroes y los jenios que lograron
Legar vano renombre a un mundo vano,
Nuestros desvelos todos, nuestra vida
Que son?... tristes despojos
Consagrados en ara a sus enojos.

Míseras ruinas que otro tiempo alzasteis
Vuestra soberbia frente hasta las nubes,
En hombros del orgullo y la demencia,
Al cielo y a la tierra amenazando,
Arbitras de memoria,
Respondedme ¿qué fué de vuestra gloria?

Lisonjeros relámpagos de fama,
Prosperidad voluble y pasajera
Gozaron las naciones un momento;
Mas voraces de bien las negras furias
Del averno salieron,
Y en el olvido eterno lo sumieron.

¿Donde está Ejipto y el saber y nombre
Que fueron maravilla a las edades,
Y con eco monótono la historia
Trasmite sin cesar de siglo a siglo?
Un instante brillaron
Y en el caos del tiempo se engolfaron.

¿Qué importa que pirámides tuviese
Con el sudor de esclavos fabricadas?
Que derramando el Nilo sus corrientes,
Del limo fecundante enriquecidas,
Sus comarcas bañase
Y próvida la tierra se mostrase?

Si el mísero habitante embrutecido
Por astutos hipócritas (o sabios),
De relijiosa máscara encubiertos,
Yace sumido en fanatismo astroso,
Y siervo sin coraje,
Al ídolo bestial rinde homenaje.

Ante los muros de Pelusa un dia
Las pérsicas falanjes se estendieron
De inmundos animales precedidas; [1]
El ejipcio los ve, se hinca a adorarlos,
Y sus armas entrega,
Y su cerviz al opresor doblega.

En dias de esplendor el Asia tuvo
Imperios que a la tierra conturbaron,
Y allí encontró la adulacion rastrera
En coronados asesinos, héroes,
Y allí tembló el romano
Al renombre de un solo soberano. [2]

Mas, qué fué de la fuerza y poderío
Que al universo atónito asombraron?
Todo entre pompas feneció y deleites,
Y aun el vigor del alma—allí ora esclavos
Y molicie contemplo
Entre las ruinas para grande ejemplo.

La Grecia libre, fué de los tiranos
El inclemente azote justiciero,
Y el foco de las luces y la gloria;
Mas tambien a su vez la devoraron
La monstruosa anarquía
Y la nefanda inicua tiranía.

Platea, Maraton y Salamina,
Fueron vanos y estériles trofeos
A un ídolo sin culto consagrados [3]
Por un pueblo ambicioso y corrompido,
Que al oro de un protervo
Se vendió con baldon y se hizo siervo. [4]

Al ostracismo fulminó la envidia,
Y los brazos tremendos que en mil lides
Las pérsicas falanjes deshicieron,
Sin patria, sin asilo, fujitivos,
Inermes mancillaron
La gloria de la patria que salvaron.

Como huracan violento que repente,
Se desata furioso en negra noche
De la sirte volcánica rujiendo,
Y por el ancho espacio se dilata,
Do quier despedazando
Y estrago y ruinas y terror sembrando;

Así el águila audaz de los romanos,
Henchida de ambicion y de pujanza,
Con alas de terror cubre la tierra,
Desolando, aterrando las naciones,
Que doblan la rodilla
Ante el fatal poder que las humilla.

Y altiva sobre ruinas asentando
En Asia, Africa, Europa los cimientos
De un imperio que eterno juzgaria,
Con escarnio y baldon del universo,
Ve desde el capitolio
Medio mundo rendido ante su solio.

Pero a la vez los pueblos, fatigados
De la inicua opresion e indigno yugo,
Sacuden la cerviz con fiero brio,
Y se derroca al suelo que abrumaba
El inmenso coloso,
Con estallido horrendo y espantoso.

---

1 Habiendo puesto largo tiempo las murallas de Pelusa dique a las conquistas de Cambises, hizo colocar este rei de los persas al frente de las lejiones un enjambre de animales que adoraban los Ejipcios; quienes al ver que sus dioses patrocinaban la empresa de aquel tirano, arrojaron las armas, y prefirieron la esclavitud al sacrilejio (El A.)

2 Mitridates, el grande rei del Ponto. (El A.)

3 La Libertad. (El A.)

4 Filipo, rei de Mecedonia. (El A.)

Sobre su informe cuerpo los enjambres
De bárbaros se ceban, vengativos
Como plagas de Dios que impele el soplo
De la muerte;—lo befan, lo despojan,
Y dan para escarmiento
Hecha cenizas su corona al viento.

Ya víctores no suenan en el foro; [1]
Ni poderosos reyes, ni caudillos
En la sangrienta lid avasallados,
O con perfidia negra seducidos,
El triunfador bizarro
Arrastra en pos de su vistoso carro.

Do en otro tiempo el águila soberbia
Desplegaba sus alas sobre el mundo,
Do asentaba sus bases el Olimpo, [2]
Do triunfó Manlio del impío galo, [3]
Ya la tiara se ostenta
Y al universo oprime y amedrenta.

El fanatismo entonces, cual si averno
Lo forjara jigante en sus furores,
Mas terrible, mas cruel, mas sanguinario,
Que cuanta plaga el mundo en sí encerrara,
Encendió las naciones
Que tremolan de Cristo los pendones.

Y su férvida lava derramando,
Como un Etna, de Europa en las comarcas,
Por relijioso celo aguijoneadas
Las pasiones mas bárbaras del hombre
En tropel despertaron,
Y a los pueblos al crímen arrastraron.

En Oriente desatan furibundas,
Su saña, su ambicion y fanatismo,
Las cristianas lejiones por enjambres,
El blason de la cruz y omnipotencia
Aleves proclamando,
Y el inclemente acero fulminando. [4]

De sangre se atosígan, sobre montes
De ruinas y cadáveres caminan
Sembrando, como el ánjel de la muerte,
Do quier desolacion y recojiendo,
Para homenaje santo
Del Dios que vilipendian, sangre y llanto.

Los fieles del Islam vuelan, henchidos
De fanático ardor a poner dique
Al torrente impetuoso que amenaza
Asolar de Mahoma el templo augusto;
Y anhelando venganza
Provocan al cristiano a la matanza.

Huye por fin el temerario bando,
Que arrastró el fanatismo a mil maldades,
Como fatal meteoro de la saña
Huye del huracan, dejando solo,
En su huella sangrienta,
Padrones indelebles de su afrenta.

En tremendo luchar, por largos siglos,
Procuraron su ruina mútuamente
Fascinados los pueblos, las naciones,
Y barbarie ominosa, sangre, muerte
Y despotismo inmundo
Inundaron los ámbitos del mundo.

Por largos siglos fanatismo y fuerza
La tierra avasallaron, cual dos furias,
Y entre fango de males sumerjida
Se encontró la razon, de donde fuera
El hombre descarriado
En el volver del tiempo arrebatado.

En las fojas fatídicas del tiempo,
Con sanguinosas letras está escrito,
De terrible poder aqueste fallo:—
«Inacabable mal, mal sempiterno
Pesará sobre el mundo
Y la precita raza del profundo.»—

Sin que pueda valerle la soberbia
Ni el doloroso llanto, ni los ayes
Para acallar su pálida conciencia,
Al hombre que azorado, del vil lodo
La cabeza levanta,
Y el inapeable abismo ve a su planta.

—Paris, agosto de 1827.—

1 Alude a las fiestas del triunfo destinadas a ensalzar las victorias de los jenerales romanos. (El A.)
2 Tómase el Capitolio por el Olimpo, morada de los dióses (El A.)
3 Manlio Capitolino que salvó a Roma de los Galos. (El A.)
4 Alúdese a las cruzadas. (El A.)



HIMNO AL DOLOR. [1]

Nada se hace en la tierra sin motivo, y de la tierra no nace el dolor.
Las cosas, que antes no queria tocar mi alma, ahora por la congoja son mi comida.
JOB.

Devora fiera insaciable,
Monstruo, o demonio execrable,
Que avasallas la creacion;
Devora como lo has hecho,
Si no te hallas satisfecho,
Con furor aun mas deshecho,
Mi robusto corazon.

Cebe, cebe en mis entrañas,
Con mas rencorosas sañas
Tu furia el diente voraz;
Y en ellas continuo asida,
Como el cáncer a la herida,
Lo que me resta de vida
Consuma en su afan tenaz.

Roe, roe;—tu constancia
No abatirá mi arrogancia,
Ni mi orgullo tu furor.
Nada, nada desconhorta
Un corazon que conforta
Alma grande, a quien importa
Poco, placer, mundo, amor.

Roe, roe, y en mi seno
Tu mortífero veneno
Derrama:—no he de jemir;
Y cual Jacob, sin testigo
Contra el ánjel enemigo,
Lucharé firme contigo
Hasta vencer o morir.

No temas, no, que me espante
Tu fuerza y poder jigante,
Aunque frájil caña soi.
Mi alma es símil a la roca
Cuya frente al cielo toca,
Y la tempestad provoca
Siendo mañana, lo que hoi.

Hollada la sierpe, vibra
Su dardo, hiere y se libra
Del villano pié veloz;
O sobre el tigre, enroscando
Su flexible cuerpo blando
Lucha incansable, burlando
Su instinto y saña feroz.

Devora:—tu fiero brio
Yo provoco y desafio
Armado de mi razon;
Yo masa de vil arcilla,
Yo flor que un soplo amancilla,
Trama débil y sencilla,
Despojo de la creacion.

Yo miserable gusano,
Luz que alienta efluvio vano,
Insecto, chispa mortal;
Yo, menos que un ente aerio
Yo, esclavo vil de tu imperio,
Yo polvo, nada, misterio....
Nacido en hora fatal.

---

1 Hemos hallado la esplicacion filosófica de este himno, en el siguiente comento de Kant al conocido dicho del estóico: «¡oh dolor! jamas confesaré de tí que eres un mal». «Razon tenia el estóico, esclama aquel: lo que sentia y »le arrancaba gritos era el mal físico, no el mal moral, ineficaz para con él; porque el dolor no apoca la dignidad del »hombre y cuando mas modifica su estado. Pudo dejarse vencer del abatimiento, pero lejos de eso, hízole cobrar el »dolor mayor espíritu y exaltacion, porque tenia conciencia de no haber cometido injusticia ni maldad, y de no me- »recer por consiguiente castigo alguno». (El A.)

Yo te provoco: — descarga
Sobre mí con mano larga
Tus iras: — yo callaré;
Y sellando como el sabio
A toda queja mi labio,
Cual firme monte a tu agravio
Inmoble siempre estaré.

Yo te provoco: — Dios eres,
Dios terrible que a los seres
Impones tu dura lei;
Dios que su furia sedienta
Con jemidos alimenta,
Como el oso su cruenta
Zarpa en indefensa grei.

Dios inexorable y fuerte
Que divides con la muerte
El vasto imperio del mal;
Desde que el hombre perverso,
En oscuro dia adverso,
Fué lanzado al universo
Del crimen con la señal.

Yo te provoco: — al infierno
Pide su penar eterno,
Su angustia y noche sin fin;
Su esquisito sentimiento,
El vivaz remordimiento,
La congoja y el tormento
Del soberbio serafin.

Pídele con sus delirios
Sus indecibles martirios,
El hielo y llama voraz;
La sed, la rabia y despechos
De los mas précitos pechos,
Y aquellos marmóreos lechos,
Do no hai sueño ni solaz.

Pide tambien a la tierra
Cuantos dolores encierra,
Cuanto ha, y debe padecer;
Y sobre mí con violencia
Lanza toda su inclemencia:
Que de mi alma la escelencia
No se dejará vencer.

Yo te provoco: — cuatro años
Los tormentos mas estraños
Probaste iracundo en mí;
Agotando de mi vida,
De mi juventud florida
La fuente escelsa, que henchida
De un mundo de glorias ví.

Yo te provoco: — cuatro años
De mil y mil desengaños
Me hiciste apurar la hiel;
Y en un páramo desierto,
Do todo era negro y yerto,
Me dejaste al descubierto
Presa de borrasca cruel.

Yo te provoco: — tu mano
De mis fatigas temprano
La copiosa mies cegó,
Dejándome los abrojos,
Para doblar mis enojos,
Y el recuerdo y los despojos
De un tiempo feliz que huyó.

Yo te provoco: — ¿qué males,
Qué ansias o penas fatales
Me podrán sobrevenir,
Que no haya firme sufrido?
Qué pasion no habré sentido?
Qué idea no habré podido
Grande o noble concebir?

Mi espíritu en su carrera
Ha recorrido la esfera
De lo terrestre y lo ideal;
Visto su forma desnuda,
Y sondado sin ayuda
Los abismos de la duda,
Del bien, la vida y el mal.

Cuando los otros insanos
A pensamientos livianos
El juvenil brio dan;
Y en el labio la sonrisa,
Con inquietud indecisa,
Flores de la vida a prisa
Despojando torpes van.

Mi corazon de tormentas
Desatadas y violentas
Sufrido habia el rigor;
Y laso en un solo dia,
Muerto al placer y alegría,
Dicho, en su congoja, habia
Adios eterno al amor.

En la edad en que sin tino
Del error por el camino
Mueve tropezando el pié
La turba insana, y apura,
Sumida en tiniebla oscura,
Del placer la copa impura
Que vacía siempre vé:

Ya mi espíritu ambicioso
Para su ardor jeneroso
Buscaba un nuevo manjar;
Y en sus vuelos soberanos,
Libre de lazos mundanos,
De la creacion los arcanos
Osaba altivo indagar.

Como en un espejo terso,
Reflejaba el universo
Sus maravillas en él:
Nada, nada se encubria
A la intelijencia mía,
Y mi ardiente fantasía,
Era un májico pincel.

Gloria, gloria era el acento
Que en el cielo, tierra y viento
Yo escuchaba resonar;
Gloria mi pecho exhalaba,
Gloria durmiendo soñaba,
Y su fantasma miraba
Do quier como astro brillar.

Ella me llevara ufano
A contemplar del Oceano
El tempestuoso furor;
Ella entre cultas naciones
A buscar dignas lecciones
De graves meditaciones;
Nuevo alimento a mi ardor.

¿Dónde se fué tanto sueño,
Porvenir tan halagüeño,
Tanta sublime pasion?
Dolor impio!—Triunfante
Tu brazo asoló pujante,
El edificio jigante,
Que labrara mi ambicion.

Tú agotando, poco a poco,
Has ido el ardiente foco
De luz que mi alma abrigó;
Y con tu soplo de muerte
Convirtiendo en masa inerte
Una edad jóven y fuerte,
Que mil frutos prometió.

¿Qué esperanza me has dejado,
Qué idea no has sofocado
En mi espíritu al nacer?
¿Qué pasion o sentimiento
No me has trocado en tormento?
Qué amor o contentamiento
En hastío o desplacer?

¿Qué ilusion o dulce engaño
En funesto desengaño?
Qué dicha en triste pesar?
De qué angustia no has cercado
Mi corazon desolado?
Qué lágrima no has helado
En mis ojos al brotar?

Nobles y grandes pasiones,
Pensamientos y visiones
Sublimes, gran porvenir;
Estudio, vijilias largas,
Siempre fastidiosas cargas
Para débil cuerpo, amargas
Horas de oscuro vivir,

Y de frio desaliento;—
Todo, todo en un momento
¡Oh inescrutable Dolor!
Para mí estéril ha sido,
Grano en el agua esparcido;
Y en fuente lo has convertido
De despecho y amargor.

¿Qué afliccion o desventura
Podrá parecerme dura?
Qué puedes robarme ya?
Qué placer del mundo activo
Puede tener atractivo
Para mi pesar esquivo?
¿Qué llenar mi alma podrá?

Ven, ven ¡oh Dolor terrible!
De tu poder invisible
Haz un nuevo ensayo en mí;
Verás que un alma arrogante
Es como el duro diamante,
Que siempre brilla flamante
Sin admitir mancha en sí.

Ven oh Dolor! en silencio;
Ven, pues ya te reverencio
Como a jenio bienhechor,
Que mueve influjo divino;
No cual númen que previno
Inexorable destino
Para venganza y terror.

Como animando la tierra
El aire impuro destierra
Con su ardiente rayo el sol;
Así tú, ¡oh Dolor fecundo!
Lacerando el cuerpo inmundo,
Que se ase reptil al mundo,
Eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas,
La limpias y purificas
De la escoria material;
Sublimando la escelencia
De su peregrina esencia,
Hasta darle una potencia
Divina, escelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza,
Su constancia y su grandeza
En el yunque del sufrir;
El triunfo glorificando
Del que contigo luchando
Sufre y calla, sofocando
De sus huesos el jemir.

Sin tu influjo, el hombre henchido
De vanidad, sumerjido
Yace en el mar del placer;
Y cree en su delirio ufano,
Cuando se arrastra gusano,
Tierra y cielo soberano
Sujetar a su poder.

Ven, que tal vez atesora
Alguna fibra sonora
Mi pecho aun lleno de ardor;
Que a tu inhumana porfía
Exhalará una harmonía
Capaz de darme alegría,
Y de vencerte ¡oh Dolor!

Ven luego; que una alma noble
Firme, incontrastable, inmoble.
Es contra la adversidad
Como el Oceano, sublime,
Que de lei comun se exime,
Y en cuya frente no imprime
Mancilla el tiempo, ni edad.

—Setiembre de 1834.—

AL CORAZON.

¿Quién diese que se cumpliera mi peticion; y que Dios me concediera lo que espero?

JOB.

¿Qué corazon es el mio?
¡Oh Dios que rijes los mundos!
Con la lei de tu albedrío,
Cuyos designios profundos
No me es dado penetrar!
¿Qué misterio, arcano, abismo
Es este que ni yo mismo
Me atrevo; ¡oh Dios! a sondar?

¿Cuándo su volcan se apaga?
Cuándo su hondura se llena?
¿Cuándo la tormenta aciaga
De sus pasiones serena
Podré ver y no sufrir?
¿Cómo es que nada le sacia,
Si ha perdido la eficacia
Para gozar y sentir?

—

¿Cómo al cúmulo de males,
Que con porfia violenta
Como furias infernales
Le acosan, no se revienta,
Ni exhala un solo clamor?
¿Como no vierte siquiera
Una lágrima lijera
Para amortiguar su ardor?

—

¿Cómo cabe entre mi pecho,
Cuando su vuelo atrevido
Halla el universo estrecho,
Desprecia lo conseguido,
Y sin cesar pide mas?
¿Cómo sufre, calla, anhela,
Se roe a sí mismo, y vela
Sin fatigarse jamas?

—

Vuelvo la vista azorado
Como náufrago en el puerto
Al borrascoso pasado,
Y encuentro todo desierto,
Todo triste y funeral;
Miro atónito delante,
Y ni la luz vacilante
Veo de astro divinal.

—

¿Qué quiere pues, ¡oh Dios mio!
Mi corazon insaciable,
En su loco desvarío;
Si en la sirte miserable
Todo su caudal perdió?
¿Qué quiere si ya la tierra
Nada en su estension encierra
Semejante a lo que vió?

¿Acaso en rejion luciente
Guardas ¡oh Dios poderoso!
Algo que el alma presiente,
Algun tesoro precioso
Que deba en vano desear;
Y que la mia ambiciona,
Como la escelsa corona
De su incansable afanar?

—

Parece que el hombre errante,
Como triste peregrino,
Marcha con pié vacilante,
Sin saber por qué camino,
En pos de alguna vision;
De paso echa una mirada,
Sin arraigar aquí a nada
Su voluble corazon.

—

Pero infeliz! marcha en vano,
Tropieza, cae, se fatiga,
Maldice su error insano,
Y a veces su sed mitiga
Con lágrimas de dolor;
Hasta que una mano yerta
Viene, lo toca, y despierta
Despechado del sopor.

—

Mas yo continuo luchando
Con un jenio incontrastable,
Con mi corazon, sudando.
Al destino irrevocable
Obedezco a mi pesar;
Y no puedo en mi ansia fiera
Ni una lágrima siquiera
Para alivio derramar.

—

¿Qué es esto ¡oh Dios! por qué ha sido
Para mí tu lei mas dura?
¿Por qué hacerme habeis querido
Blanco de la desventura
Formándome un corazon
Tan indómito y sediento,
Que batallando violento
Siempre está con mi razon?

Pero nada me respondes
Dios clemente y soberano:
¿Por qué tu auxilio me ascondes,
Y me dejas en oceano
De dudas siempre fluctuar?
Por qué un rayo de luz pura
No me abre senda segura
Para poder descansar?

No te pido ¡oh Dios! riqueza,
Felicidad, poderío,
Gloria, deleites, grandeza;
Manjares que dan hastío,
Y nunca pueden saciar:
Solo quiero olvido eterno,
Y algo que pueda el infierno
De mis pasiones calmar.

—Junio, 1835.—

CANCIONES.

Melodía sonora, e concertada,
Suave a letra, anjélica a soada.
CAMOES.

I.

LA AUSENCIA.

—

Fuése el hechizo
Del alma mia,
Y mi alegría
Se fué tambien:
En un instante
Todo he perdido.
¿Dónde te has ido
Mi amado bien?

—

Cubrióse todo
De oscuro velo,
El bello cielo,
Que me alumbró;
Y el astro hermoso
De mi destino,
En su camino
Se oscureció.

—

Perdió su hechizo
La melodía,
Que apetecia
Mi corazon.
Fúnebre canto
Solo serena
La esquiva pena
De mi pasion.

—

Do quiera llevo
Mis tristes ojos,
Hallo despojos
Del dulce amor;
Do quier vestijios
De fugaz gloria,
Cuya memoria
Me da dolor.

—

Vuelve a mis brazos
Querido dueño,
Sol halagüeño
Me alumbrará:
Vuelve; tu vista,
Que todo alegra,
Mi noche negra
Disipará.

II.

LA DIAMELA.

—

Dióme un dia una bella porteña,

Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez;
Me la dió con sonrisa halagüeña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos,
Incapaces de engaño y doblez.

—

En silencio y absorto toméla
Como don misterioso del cielo,
Que algun ánjel de amor y consuelo
Me viniese, durmiendo, a ofrecer;
En mi seno inflamado guardéla,
Con el suyo mezclando mi aliento,
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

—

Desde entonces, do quiera que miro
Allí está la diamela olorosa,
Y a su lado una imájen hermosa
Cuya frente respira candor;
Desde entonces por ella suspiro,
Rindo el pecho inconstante a su halago,
Con su aroma inefable me embriago,
A ella sola consagro mi amor.

III.

A UNA LAGRIMA.

—

Si la májia del arte
Cristalizar pudiera,
Esa gota lijera
De oríjen celestial;
En la mas noble parte
Del pecho la pondria:
Ningun tesoro habria
En todo el orbe igual.

—

Por ella amor se inflama,
Por ella amor suspira,
Ella a la par inspira
Ternura y compasion:
Su luz es como llama
Del cielo desprendida,
Que infunde al mármol vida,
Penetra el corazon.

—

¡Quién mira indiferente
La lágrima preciosa,
Que vierte jenerosa
La sensibilidad!
Su brillo, transparente
Del alma el fondo deja,
Y hasta el matiz refleja
De la felicidad.

—

Permite que recoja
Esa preciosa perla;
Los ánjeles al verla
Mi dicha envidiarán:
Amor en su congoja,
Para calmar enojos,
En tus divinos ojos
Puso ese talisman.

IV.

EL DESAMOR.

—

Acongojada mi alma
Dia y noche delira,
El corazon suspira
Por ilusorio bien;
Mas las horas fugaces
Pasan en raudo vuelo,
Sin que ningun consuelo
A mi congoja den.

—

Entre mis venas corre
Sutil, ardiente llama,
Que sin cesar me inflama,
Y llena de dolor.
Pero una voz secreta
Me dice: infortunada!
Vivirás condenada
A eterno desamor.

Como muere la antorcha
Escasa de alimento,
Así morir me siento
En mi temprano albor:
Ningun soplo benigno
Da vigor a mi vida,
Pues vivo sumerjida
En triste desamor.

—

Como fátuo destello
Que brilla y se evapora,
Se desipó en su aurora
El astro de mi amor:
Fuese con él mi dicha,
Fuese con él mi calma;
Quedóle solo a mi alma
Perpetuo desamor.

V.

LA AROMA.

—

Flor dorada que entre espinas
Tienes trono misterioso,
¡Cuánto sueño delicioso
Tú me inspiras a la vez!
En tí veo yo la imájen
De la hermosa que me hechiza,
Y mi afecto tiraniza,
Con halago y esquivez.

—

El espíritu oloroso
Con que llenas el ambiente,
Me penetra suavemente
Como el fuego del amor;
Y rendido a los encantos
De amoroso devaneo,
Un instante apurar creo,
De sus labios el dulzor.

—

Si te pone ella en su seno,
Que a las flores nunca esquiva,
O te mezcla pensativa
Con el cándido azahar;
Tu fragancia llega al alma
Como bálsamo divino,
Y yo entonces me imajino
Ser dichoso con amar.

VI.

SERENATA.

—

Al bien que idolatro busco
Desvelado noche y dia,
Y la esperanza me lleva
Tras su imájen fujitiva,
Prometiéndome engañosa
Felicidades y dichas:
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

—

Sobre el universo en calma
Reina la noche sombría,
Y las estrellas flamantes
En el firmamento brillan:
Todo reposa en la tierra
Solo vela el alma mia.
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

—

Como el ciervo enamorado
Busca la cierva querida,
Que de sus halagos huye
Desapiadada y esquiva;
Así yo corro afanoso
En pos del bien de mi vida.
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

—

El contento me robaste
Con tu encantadora vista,

Y sin quererlo te hiciste
De un inocente homicida:
Vuélvele la paz al menos
Con tu halagüeña sonrisa.
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

VII.

LA LAGRIMA.

—

Enjuga, enjuga esa preciosa perla
Que para herir cristalizó el amor:
Ella deslumbra el corazon que al verla
Hierve de nuevo en criminal ardor.

—

No venga, no, de tus hermosos ojos
Astros de vida el brillo a oscurecer;
No venga infausta a presajiar enojos,
Ni amortiguar tu bello rosicler.

—

Chispa divina del sagrado fuego
Que infundió a tu alma celestial piedad
Ella es, y deja al desdichado ciego
Que vaga envuelto en triste oscuridad.

¿Por qué llorar? de las pasiones fieras
Tú no has sentido el devorante ardor;
Siempre te halagan auras lisonjeras,
Nunca te asalta el frijido escozor.

—

¿Por qué llorar? un misterioso velo
Te encubre aún arcanos del vivir;
Tu alma es mas pura que la luz del cielo,
Todo a tu anhelo miras sonreir.

—

¿Por qué llorar? impresa en la memoria
No llevas, no, la sombra del pesar;
Gozas de un ánjel la inefable gloria,
Tu sueño guarda un ánjel tutelar.

—

Mas ai! que veo tu pupila ardiente
Toda anegada en lloro virjinal;
Mas ai! que asoma en tu lozana frente
Del infortunio el precursor fatal.

—

Dále a mi mano el enjugar tus ojos;
Mas ah! que vierten fuego abrasador;
Y yo insensato, para mas enojos,
Ni llorar puedo ni sentir amor.

LA CAUTIVA.

—

—Female hearts are such a genial soil
For kinder feelings, whatsoe'er their nation,
They naturally pour the «wine and oil»
Samaritans in every situation;
BYRON.

En todo clima el corazon de la mujer es tierra fértil en afectos jenerosos:—ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.

PARTE PRIMERA.

EL DESIERTO.

—

Ils vont. L'espace est gr.
HUGO.

Era la tarde, y la hora
En que el Sol la cresta dora
De los Andes.—El Desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso a sus piés
Se estiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda a su altivez.

Jira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Do quier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Do quier cielo y soledades
De Dios solo conocidas,
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento lijeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; o su toldería [1]
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el dia
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y a par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! — Cuánto arcano
Que no es dado al vulgo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento,
Dicen mas al pensamiento,
Que todo cuanto a porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.

¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
Qué lengua humana alabarlas!
Solo el jenio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en Occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcia, misteriosa
Sombra dando a su color.

El aura moviendo apenas,
Sus alas de aroma llenas,
Entre la yerba bullia
Del campo que parecia
Como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
Del astro rei la partida
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Solo a ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí o allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rujia un tigre feroz:
O las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,
El Yajá, [2] de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

---

1 *Toldería:* el conjunto de chozas o el aduar del salvaje. (El A.)

2 El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguai, dice:
«El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño El »color es ceniciento con un collarin de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolon »colorado duro y fuerte con que pelea.... En su canto repiten estas voces, *yahá*, *yahá*, que significan *(en »guarani)* «vamos, vamos» de donde se les impuso el nombre. El misterio y significacion es que estos pájaros »velan de noche, y en sintiendo ruido de jente que viene, empiezan a repetir *yahá*, *yahá*, como si dijeran: »«vamos, vamos que hai enemigo, y no estamos seguros de sus asechanzas.» Los que saben esta propiedad »del Yahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos.»
En la provincia se le llama Chajá o Yajá indistintamente. (El A.)

Se puso el sol; parecia
Que el vasto horizonte ardia:
La silenciosa llanura
Fué quedando mas oscura,
Mas pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El Occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venia, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta a veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido,
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió.... y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso,
Dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ájil potro arrogante
El duro suelo temblaba;
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Vianse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto estraño y cruel.

Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba,
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Solo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve a hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos a buscar?

Oid! — ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino;
Mirad! — Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con lijereza suma
Pasa en ademan atroz.

¿Dónde vá? de dónde viene?
De qué su gozo proviene?
Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Repiran aún furor.

Asi el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Esclamando: — «ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos [1] do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.

[1] *Ranchos*, cabañas pajizas de nuestros campos. (El A.)

¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoi del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que jimen en cautiverio,
A libertar, y como ántes
Nuestras lanzas probarán.» —

Tal decia; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras, la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto,
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

PARTE SEGUNDA.

EL FESTIN.

. . . . orribili favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira,
Voci alte e fioche, e suon di man con elle
Facevan un tumulto. . . . .

DANTE.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
El jenio de las tinieblas,
Para algun misterio inmundo,
Sobre la llanura inmensa,
La lobreguez del abismo
Donde inalterable reina.
Solo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos
Con viva luz reverberan,
Se disipan, reaparecen,
Vienen, van, brillan, se alejan.
Mientras el insecto chilla,
Y en *fachinales* [1] o cuevas
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.

La tribu aleve, entre tanto,
Allá en la pampa desierta,
Donde el cristiano atrevido
Jamas estampa la huella,
Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera,
Y campo tiene fecundo
Al pié de una loma estensa,
Lugar hermoso, do a veces
Sus tolderias asienta.
Feliz la *maloca* [2] ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató a los cristianos.
Caballos, potros y yeguas,
Bienes que en su vida errante
Ella mas que el oro precía;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante yerba;
Y al lazo, algunos prendidos,
A la pica, o la manea
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas,
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio,
Sin esperanza, lamentan
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
Cuatro estendidas hogueras,
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando, colorean
El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo o llama tuestan.

[1] Llámanse así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza. (El A.)
[2] *Maloca*: lo mismo que incursion o correria. (El A.)

Aquel come, este destriza,
Mas allá alguno degüella
Con afilado cuchillo
La yegua al lazo sujeta,
Y a la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella,
Y a borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pié, trémula y convulsa,
Dos o tres indios se pegan,
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo mormullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
Y se desploma la yegua
Con aplauso de las indias
Que a descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
Con viva luz las hogueras;
Sopla el viento de la pampa,
Y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones,
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacías echan,
Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza
Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar,
Que bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algun indio, medio ébrio
Tenaz metiendo la lengua,
Sigue en la preciosa fuente,
Y beber tambien no deja
A los que aguijan furiosos;
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra,
Y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, rie, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se dá la tribu; aquel ébrio
Se levanta, bambolea,
A plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca.
Este chilla, algunos lloran,
Y otros a beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea,
Y hace andar en remolino
Sus delirantes cabezas.
Entonce empieza el bullicio,
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.
Mientras sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños
Al ver llorar a sus madres.
Las hogueras entretanto,
En la oscuridad flamean,
Y a los pintados semblantes,
Y a las largas cabelleras
De aquellos indios beodos
Dá su vislumbre siniestra
Colorido tan estraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Précita, inmunda ralea,
Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta. [1]
Todos en silencio escuchan;—
Una voz entona recia
Las heroicas alabanzas,
Y los cantos de la guerra:—

—

Guerra, guerra y esterminio
Al tiránico dominio
Del *huinca* [2]; engañosa paz:—
Devore el fuego sus ranchos,

1 Junta nocturna de los espiritus malignos, segun tradicion comunicada a los pueblos cristianos por los judíos. (El A.)

2 Huinca: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza. (El A.)

Que en su vientre los caranchos
Ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,
Y en su fogoso tordillo
Salió Brian;
Pocos eran y él delante
Venia, al bruto arrogante
Dió una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
Se alzó Brian;
Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitúr y Callupán.

Echando espuma y herido
Como toro enfurecido
Se encaró,
Ceño torvo revolviendo,
Y el acero sacudiendo:
Nadie acometerle osó.

Valichu [1] estaba en su brazo;
Pero al golpe de un bolazo
Cayó Brian
Como potro en la llanura:
Cebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilan.

—

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo;
Pero el indio guapo, nó:
Chañil murió como bravo,
Batallando en la refriega,
De una lanzada murió.

—

Salió Brian airado
Blandiendo la lanza,
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzudo,
Brian lo levantó.
Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.
Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio mas fuerte,
Que la pampa crió.

—

Quienes su pérdida lloran,
Quienes sus hazañas mientan.
Oyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros, cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan,
Y un sordo mormullo reina,
Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algun indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entonces,
Y atizando su fiereza
Al rencor adormecido,
Y a la venganza subleva.
En su mano los cuchillos,
A la luz de las hogueras,
Llevando muerte relucen;
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan.

1 Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indijenas de la pampa. Hemos leido en el Falkner Valichu: comunmente se dice Gualichu.
Bolas; arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un estremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra. (El A.)

Y asombradas las cautivas
La carnicería horrenda
Miran, y a Dios en silencio
Humildes preces elevan.
Sus mujeres entre tanto,
Cuya vijilancia tierna
En las horas de peligro
Siempre cautelosa vela,
Acorren luego a calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras
De amor y eficacia llenas;
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan,
Lanzando injuriosos gritos;
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida,
Su natural fortaleza
A la embriaguez y al cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos,
Las lastimosas endechas
A la abundancia pasada,
A la presente miseria,
A las víctimas queridas
De aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
Hace a los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, o quejas,
Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;—
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan,
Los jemidos infantiles
Del *ñacurutú* [1] se mezclan;
Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda a la presa.
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras
Solo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

PARTE TERCERA.

EL PUÑAL.

Yo iba a morir, es verdad,
Entre bárbaros crueles,
Y allí el pesar me mataba
De morir, mi bien, sin verle.
A darme la vida tú
Saliste, hermosa, y valiente.
CALDERON.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,
Y ningun ruido perturba
Su sueño o sopor mortal.
Varones y hembras mezclados
Todos duermen sosegados:
Solo, en vano tal vez, velan
Los que libertarse anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos, que vagando
Libres despuntan la grama,
Y a la moribunda llama
De las hogueras se ve,
Se vé sola y taciturna,
Símil a sombra nocturna,
Moverse una forma humana,
Como quien lucha y se afana,
Y oprime algo bajo el pié.

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante mormullo,
Semejante al del novillo

1 *Ñacurutú:* especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño. (El A.)

Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad;
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo a borbollones,
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio;—ya el paso leve
Por entre la yerba mueve,
Como quien busca y no atina,
Y temeroso camina
De ser visto o tropezar,
Una mujer:—en la diestra
Un puñal sangriento muestra,
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Ella vá.—Toda es oidos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando,—escucha,—mira,—
Se pára,—apenas respira,
Y vuelve de nuevo a andar.
Ella marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas,
Mil espectros divisar.

Ella vá, y aun de su sombra
Como el criminal se asombra;—
Alza,—inclina la cabeza;
Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal.—
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve; mas ella
Cobra espíritu y coraje,
Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira;
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con mas tino,
Arrostrando del destino
La rigorosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto jeneroso
La impele y guia segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella oscuridad.

Su corazon de alegría
Palpita;—lo que queria,
Lo que buscaba con ansia
Su amorosa vijilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor, esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafin.

—«Brian, dice, mi Brian querido
Busca durmiendo el olvido;
Quizá ni soñando espera
Que yo entre esta jente fiera
Le venga a favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho
Descansa, como en su lecho,
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle mas amargo
De la muerte el pensamiento;
Deleitarse en su tormento,
Y mas su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mia,
Guardaron, cuando triunfantes
Hasta los tiernos infantes,
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno
De sus madres—¡dia lleno
De execracion y amargura,
En que murió mi ventura,
Tu memoria me da horror!»—
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente
Del sentimiento fecunda,
Que el femenil pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazon alianza
Han hecho, y solo una idea
Tiene fija y saborea
Su ardiente imajinacion.
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcan, y se esplaya
La lava del corazon.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo y ceñido
El cuerpo con duros lazos,
Abiertos en cruz los brazos,
Ligadas manos y piés.
Cautivo está, pero duerme;
Inmoble, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible:
De la pampa el leon terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía
Esperando con el dia
Horrible muerte, está el hombre,
Cuya fama, cuyo nombre
Era al bárbaro traidor,
Mas temible que el zumbido
Del hierro o plomo encendido;
Mas aciago y espantoso
Que el *valichu* rencoroso
A quien acata su error.

Allí está;—silenciosa ella,
Como tímida doncella,
Besa su entreabierta boca,
Cual si dudára le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras
Que sus carnes roen duras
Corta, corta velozmente
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre comun.

Brian despierta;—su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco a poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino:—echan fuego
Sus ojos de ira; mas luego
Se siente libre, y se calma,
Y dice «¿eres alguna alma
Que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,
Anjel bueno, o vacilante
Parto de mi fantasía?»
—«Mi vulgar nombre es María,
Anjel de tu guarda soi;
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,
En aquesta noche oscura,
Velando a tu lado estoi:—

Nada tema tu congoja.»—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le dá mil besos y abrazos
Repitiendo—«Brian, mi Brian»—
La alma heróica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusion están.

Y en labios de su querida
Apura aliento de vida,
Y la estrecha cariñoso,
Y en éstasis amoroso
Ambos respiran así;
Mas, súbito él la separa,
Como si en su alma brotára
Horrible idea, y la dice:—
«María, soi infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrá ajado la pureza
De tu honor, y mancillado
Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor;
Ya no me es dado quererte.»
Ella le responde:—«advierte

Que en este acero está escrito
Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento
Y saltará de contento
Tu corazon orgulloso;
Diómelo amor poderoso,
Diómelo para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente;
Para, a un tiempo, de mi padre,
De mi hijo tierno y mi madre
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, mas preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
O contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo,
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus despojos
De Brian la querida ver,

Despues de haber mutilado
A su hijo tierno; anegado
En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Dióle muerte este puñal.
Levanta, mi Brian, levanta,
Sigue, sigue mi ájil planta;
Huyamos de esta guarida
Donde la turba se anida
Mas inhumana y fatal.» —

«¿Pero adónde, adónde iremos?
Por fortuna encontrarémos
En la pampa algun asilo,
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos
Caminar a pié, ijadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?»

—«Sí; el anchuroso desierto
Mas de un abrigo encubierto
Ofrece, y la densa niebla,
Que el cielo y la tierra puebla,
Nuestra fuga ocultará.
Brian, cuando aparezca el dia,
Palpitantes de alegría,
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallaremos
Que el cielo al infeliz dá.» —

«Tú podrás, querida amiga,
Hacer rostro a la fatiga,
Mas yo, llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja a Brian infortunado,
Solo, en tormentos morir.»

—«No, no, tú vendrás conmigo,
O pereceré contigo.
De la amada patria nuestra
Escudo fuerte es tu diestra,
¿Y qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos; propicio
El cielo este beneficio
Nos ha querido ofrecer;

No insensatos lo perdamos.
Huyamos, mi Brian, huyamos;
Que en el áspero camino
Mi brazo, y poder divino
Te servirán de sosten.» —
«Tu valor me infunde fuerza,
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria, o agonía
Participar con María
Yo quiero, huyamos, ven, ven.»

Dice Brian y se levanta,
El dolor traba su planta,
Mas devora el sufrimiento;
Y ambos caminan a tiento

Por aquella oscuridad.
Tristes van, — de cuando en cuando
La vista al cielo llevando,
Que da esperanza al que jime,
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte o la libertad.

«Y en esta noche sombría
¿Quién nos servirá de guia?»
— «Brian ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella
Cual benigno astro de amor?
Pues esa, es por Dios enviada
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodijiosa;
Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto
Nos llevará a feliz puerto.» —
Ellos van; — solas, perdidas
Como dos almas queridas,
Que amor en la tierra unió,
Y en la misma forma de antes,
Andan por la noche errantes,
Con la memoria hechicera
Del bien que en su primavera
La desdicha les robó.

Ellos van. — Vasto, profundo
Como el páramo del mundo
Misterioso es el que pisan;
Mil fantasmas se divisan,
Mil formas vanas allí,
Que la sangre jóven hielan:
Mas ellos vivir anhelan.
Brian desmaya caminando,
Y al cielo otra vez mirando,
Dice a su querida así:

«Mira, — ¿no ves? — la luz bella
De nuestra polar estrella
De nuevo se ha oscurecido,
Y el cielo mas denegrido
Nos anuncia algo fatal.»
— «Cuando contrario el destino
Nos cierre, Brian, el camino,
Antes de volver a manos
De esos indios inhumanos,
Nos queda algo: — este puñal.» —

PARTE CUARTA.

LA ALBORADA.

Già la terra è coperta d'uccisi;
Tutta è sangue la vasta pianura;...
MANZONI.

Ya de muertos la tierra está cubierta,
Y la vasta llanura toda es sangre.

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
Recien la yerba lozana
Acariciaba y la flor,
Y en el oriente nubloso
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido:
Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y solo, al ronco bufido
De algun potro que se azora,
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
So la techumbre del cielo,
Libre, ajena de recelo
Dormia la tribu infiel;
Mas la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba cruel.

Súbito al trote asomaron
Sobre la estendida loma
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador;
Y al pié de ella divisaron
La chusma quieta y dormida,
Y volviendo atras la brida
Fueron a dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadron de lanceros

Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano;
Y en hileras dividido
Al Indio, no apercibido,
En doble muro encerró.

tonces, el grito «Cristiano, Cristiano»
Resuena en el llano,
ristiano» repite confuso clamor.
turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada,
ristiano nos cerca, cristiano traidor.»

ños y mujeres, llenos de conflito,
Levantan el grito;
Sus almas conturba la tribulacion;
Los unos pasmados, al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusion.

Quien salta al caballo que encontró primero,
Quien toma el acero,
Quien corre su potro querido a buscar;
Mas ya la llanura cruzan desbandadas,
Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
Blandiendo en su mano
La terrible lanza, que no da cuartel.—
Los indios mas bravos luchando resisten,
Cual fieras embisten: —
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece;—las armas agudas
Relucen desnudas,
Horrible la muerte se muestra do quier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje
Crece del salvaje,
Sin su apoyo, inerme, se deja vencer.

Pié en tierra poniendo la fácil victoria,
Que no le da gloria,
Prosigue el cristiano lleno de rencor.—
Caen luego caciques, soberbios caudillos:
Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Jemir del que implora,
Puesto de rodillas, en vano piedad,
Todo se confunde: —del plomo el silbido,
Del hierro el crujido,
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel dia;
Ni hembra, ni varon, ni cria
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso a la perfidia,
Y en no cara y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida
De sangre, hediondo y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festin.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes se holgaron,
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas de regocijo;—
Una al esposo, otra al hijo
Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban,
Porque ni vivo, ni muerto
Halló a Brian, en el desierto,
Su valor y su lealtad.

PARTE QUINTA.

EL PAJONAL. [1]

. ... e lo spirito lasso
Conforta, e ciba di speranza buona;
DANTE.

.... y el ánimo cansado
De esperanza feliz nutre, y conforta.

Así, huyendo a la ventura,
Ambos a pié divagaron
Por la lóbrega llanura,

[1] *Pajonal*: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hai mui estensos, y algunos a la distancia aparecen en la planicie como bosques: son los *Oasis* de la pampa. (El A.)

Y al salir la luz del dia
A corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal.
Brian debilitado, herido,
A la fatiga rendido
La planta apenas movia;
Su angustia era sin igual.
Pero un ánjel, su querida
Siempre a su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heróica anidaba,
La infundia, al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas,
Que debieran ser eternas;
Y aquellas palabras tiernas,
O armonías misteriosas,
Que solo manan fecundas
Del labio de la mujer.

Temerosos del Salvaje
Acojiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar;
Descansar allí un momento,
Y refrijerio y sustento
A la flaqueza buscar.

Era el adusto verano,
Ardiendo el sol como frágua
En cenagoso pantano
Convertido habia el agua
Allí estancada, y los peces,
Los animales inmundos,
Que aquel bañado habitaban
Muertos, el aire infestaban,
O entre las impuras heces
Aparecian a veces
Boqueando moribundos;
Como del cielo implorando
Agua y aire;—aquí se via
Al voraz cuervo, tragando
Lo mas asqueroso y vil;
Allí la blanca cigüeña,
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algun reptil;
Mas allá se ve al carancho,
Que jamas presa desdeña,
Con pico en forma de gancho
De la espirante alimaña
Zajar la fétida entraña:—
Y en aquel páramo yerto,
Donde a buscar como a puerto
Refrijerio, van errantes
Brian y María anhelantes,
Solo divisan sus ojos
Feos, inmundos despojos
De la muerte.—¡Qué destino
Como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino,
La memoria perdurable
De la pasada ventura,
A turbar su fantasía
¡Cuán amarga les seria!
Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
En el lodo pegajoso
Penetraron, ya cayendo,
Ya levantando, o subiendo
El pié flaco y dolorido;
Y sobre un flotante nido
De yajá, (columna bella,
Que entre la paja descuella,
Como edificio construido
Por mano hábil), se sentaron
A descansar o morir.
Súbito allí desmayaron
Los espíritus vitales
De Brian a tanto sufrir;
Y en los brazos de Maria,
Que inmoble permanecia,
Cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
Pintar al vivo podrán
El desaliento y angustias,
O las imájenes mústias
Que el alma atravesarán
De aquella infeliz mujer!
Flor hermosa y delicada,
Perseguida y conculcada
Por cuantos males tiranos
Dió en herencia a los humanos
Inexorable poder.

Pero a cada golpe injusto
Retoñece mas robusto
De su noble alma el valor;
Y otra vez, con paso fuerte,
Huella el fango, do la muerte
Disputa un resto de vida
A indefensos animales;
Y rompiendo enfurecida
Los espesos matorrales,
Camina a un sordo rumor
Que oye próximo, y mirando
El hondo cauce, anchuroso
De un arroyo que copioso
Entre la paja corría,
Se volvió atras, esclamando
Arrobada de alegria:—
—«Gracias te doi, Dios supremo!
Brian se salva, nada temo».—

Pronto llega al alto nido
Donde yace su querido,
Sobre sus hombros le carga,
Y con vigor desmedido
Lleva, lleva, a paso lento,
Al puerto de salvamento
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
El inmoble cuerpo posa,
Y los labios, frente y cara
En el agua fresca y clara
Le embebe;—su aliento aspira,
Por ver si vivo respira,
Trémula su pecho toca;
Y otra vez sienes y boca
Le empapa:—en sus ojos vivos,
Y en su semblante animado,
Los matices fujitivos
De la apasionada guerra
Que su corazon encierra,
Se muestran.—Brian recobrado
Se mueve, incorpora, alienta;
Y débil mirada lenta
Clava en la hermosa María,
Diciéndola: «amada mia,
Pensé no volver a verte,
Y que este sueño sería
Como el sueño de la muerte;
Pero tú, siempre velando,
Mi vivir sustentas, cuando
Yo en nada puedo valerte,
Sino doblar la amargura
De tu estraña desventura.»
—«Que vivas tan solo quiero,
Porque si mueres, yo muero;
Brian mio, alienta, triunfamos,
En salvo y libres estamos.
No te aflijas;—bebe, bebe
Esta agua, cuyo frescor
El estenuado vigor
Volverá a tu cuerpo en breve,
Y esperemos con valor
De Dios el fin que imploramos».—

Dijo así y en la corriente
Recoje agua, y dilijente,
De sus miembros con esmero,
Se aplica a lavar primero
Las dolorosas heridas,
Las hondas llagas henchidas
De negra sangre cuajada,
Y a sus inflamados piés
El lodo impuro; y despues
Con su mano delicada
Las venda.—Brian silencioso
Sufre el dolor con firmeza;
Pero siente a la flaqueza
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
Corre a buscar; y un momento,
Sin duda el cielo piadoso,
De aquellos finos amantes,
Infortunados y errantes,
Quiso aliviar el tormento.

PARTE SESTA.



LA ESPERA.



¡Qué largas son las horas del deseo!
MORETO.

Triste, oscura, encapotada
Llegó la noche esperada,
La noche que ser debiera
Su grata y fiel compañera;

Y en el vasto pajonal
Permanecen inactivos
Los amantes fujitivos.
Su astro, al parecer, declina,
Como la luz vespertina,
Entre sombra funeral.

Brian por el dolor vencido
Al márjen yace tendido
Del arroyo;—probó en vano
El paso firme y lozano
De su querida seguir;—
Sus plantas desfallecieron,
Y sus heridas vertieron
Sangre otra vez.—Sintió entonce
Como una mano de bronce
Por sus miembros discurrir.

María espera, a su lado
Con corazon ajitado,
Que amanecerá otra aurora
Mas bella y consoladora;—
El amor la inspira fé
En destino mas propicio,
Y la oculta el precipicio
Cuya idea solo pasma:—
El descarnado fantasma
De la realidad no vé.

Pasion vivaz la domina,
Ciega pasion la fascina;—
Mostrando a su alma el trofeo
De su impetuoso deseo
La dice: tú triunfarás.
Ella infunde a su flaqueza
Constancia allí y fortaleza;
Ella su hambre, su fatiga,
Y sus angustias mitiga
Para devorarla mas.

Sin el amor que en sí entraña,
Qué seria?—Frájil caña
Que al mas leve impulso quiebra,
Ser delicado, fina hebra,
Sensible y flaca mujer.
Con él, es ente divino
Que pone a raya al destino,
Anjel poderoso y tierno
A quien no haria el infierno
Vacilar, ni estremecer.

De su querido no advierte
El mortal abatimiento,
Ni cree se atreva la muerte
A sofocar el aliento
Que hace vivir a los dos;
Porque de su llama intensa
Es la vida tan inmensa,
Que a la muerte venceria,
Y en sí eficacia tendria
Para animar como Dios.

El amor es fé inspirada
Es relijion arraigada,
En lo íntimo de la vida.—
Fuente inagotable, henchida
De esperanza, su anhelar
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria;
Si se estrella en lo imposible,
Gozoso vuela a la gloria
Su heróica palma a buscar.

María no desespera,
Porque su ahinco procura
Para lo que ama ventura,
Y al infortunio supera
Su imperiosa voluntad.
Mañana,—el grito constante
De su corazon amante
La dice:—mañana el cielo
Hará cesar tu desvelo,
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto,
Camina en densa tiniebla,
Y en el abismo de espanto,
Que aquellos páramos puebla,
Ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa
Una faja luminosa
Forma horizonte no lejos;
Sus amarillos reflejos
En lo oscuro hacen vaiven.

La llanura arder parece,
Y que con el viento crece,
Se encrespa, aviva y derrama
El resplandor y la llama
En el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,
En tinieblas engolfado,
Cuyo esplendor vaga horrendo,
Era trasunto estupendo
De la infernal terriblez.

Brian, recostado en la yerba
Como ajeno de sentido,
Nada vé: — ella un ruido
Oye; pero solo observa
La negra desolacion,
O las sombrías visiones
Que enjendran las turbaciones
De su espíritu. — ¡Cuán larga
Aquella noche y amarga
Seria a su corazon!

Miró a su amante, — espantoso,
Un bramido cavernoso
La hizo temblar, resonando: —
Era el tigre, que buscando
Pasto a su saña feroz
En los densos matorrales,
Nuevos presajios fatales
Al infortunio traia. —
En silencio, echó María
Mano a su puñal, veloz.

PARTE SEPTIMA.

LA QUEMAZON.

Voyez.... Déjà la flamme en torrens se déploie;
LAMARTINE.

Mirad... ya en torrentes se estiende la llama.

El aire estaba inflamado,
Turbia la rejion suprema,
Envuelto el campo en vapor;
Rojo el sol, y coronado
De parda oscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcia;
El bruto, el pájaro huia,
Y agua la tierra pedia
Sedienta y llena de ardor.

Soplando a veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veian como montes;
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas,
Como lenguas inflamadas,
O melenas encrespadas
De ardiente, ajitado mar.

Cruzándose nubes densas
Por la esfera dilataban,
Como cuando hai tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y mas, y mas aumentaban
El pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran, con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

—

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos;
Del dia enlutado
La ceñuda faz.
El humilde llora,
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio
Fatal, estupendo
Del dia del juicio,
Del dia tremendo
Que anunciado está.
Quien piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone a prueba ya.

Era la plaga que cria
La devorante Sequía
Para estrago y confusion: —
De la chispa de una hoguera,
Que llevó el viento lijera,
Nació grande, cundió fiera
La terrible quemazon.

—

Ardiendo, sus ojos
Relucen, chispean;
En rubios manojos
Sus crines ondean,
Flameando tambien;
La tierra jimiendo,
Los brutos rujiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.

Sutil se difunde,
Camina, se mueve.
Penetra, se infunde;
Cuanto toca, en breve,
Reduce a tizon.
Ella era, — y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando,
Venia de llama,
Que hirviendo, silbando
Se enrosca y derrama
Con velocidad. —
Sentada María
Con su Brian la via:
— «Dios mio! decia,
De nos ten piedad». —

—

Piedad María imploraba,
Y piedad necesitaba
De potencia celestial.
Brian caminar no podia,
Y la quemazon cundia
Por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y ajitando, desbocada,
Su crin de fuego erizada
Jigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza;
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,
Con despavoridos ojos,
Están, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hai como huir, no hai efujio,
Esperanza ni refujio;
¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brian yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracan.

Para ellos no existe el mundo.
Detras arroyo profundo
Ancho se estiende, y delante,
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

«Huye presto, Brian decia
Con voz débil a María,
Déjame solo morir;
Este lugar es un horno:
Huye, ¿no miras en torno
Vapor cárdeno subir?»

Ella calla, o le responde: —
— «Dios, largo tiempo, no esconde
Su divina proteccion.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
O morir mi corazon». —

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio
No debian perecer;
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:
De la pasion que atesora
El espíritu inmortal
Brota, en su faz la belleza
Estampando y fortaleza
De criatura celestial,

No sujeta a lei humana;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,
Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo estendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor:
Semejante a Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados
Sueltos, reluciendo van;
Voga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
A flor, el cuerpo de Brian.

Aran la corriente unidos
Como dos cisnes queridos,
Que huyen de águila cruel,
Cuya garra, siempre lista,
Desde la nube se alista
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
En perseguirlos: —ufana
En la orilla opuesta el pié
Pone María triunfante,
Y otra vez libre a su amante
De horrenda agonía ve.

¡O del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
Del corazon, gota a gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable uncion;
Sale en lágrimas deshecho
Su heróico amor satisfecho.
Y su formidable cresta
Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazon.

—

Calmó despues el violento
Soplar del airado viento.
El fuego a paso mas lento
Surcó por el pajonal,
Sin topar ningun escollo;
Y a la orilla de un arroyo
A morir al cabo vino,
Dejando, en su ancho camino,
Negra y profunda señal.

PARTE OCTAVA.

BRIAN.

—

Les guerriers et les coursiers eux mêmes
sont là pour attester les victoires de mon bras.
Je dois ma renommée a mon glaive..........
ANTAR. [1]

Los guerreros y aun los bridones de la batalla
existen pa a atestiguar las victórias de mi brazo.
Debo mi renombre a mi espada.

Pasó aquel, llegó otro dia
Triste, ardiente, y todavía
Desamparados como antes,
A los míseros amantes
Encontró en el pajonal.
Brian, sobre pajizo lecho
Inmoble está, y en su pecho
Arde fuego inestinguible;

1 Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje a Oriente: de ellos se ha tomado el lema que encabeza este canto. (El A.)

Brota en su rostro, visible
Abatimiento mortal.—

Abrumados y rendidos
Sus ojos, como adormidos,
La luz esquivan, o absortos,
En los pálidos abortos
Que la conciencia, (lejion
Que atribula al moribundo)
Verán formas de otro mundo;
Imájenes fujitivas,
O las claridades vivas
De fantástica rejion.

Triste a su lado María
Revuelve en la fantasía
Mil contrarios pensamientos,
Y horribles presentimientos
La vienen allí a asaltar;—
Espectros que enjendra el alma,
Cuando el ciego desvarío
De las pasiones se calma,
Y perdida en el vacío
Se recoje a meditar.

Allí, frájil navecilla
En mar sin fondo ni orilla,
Do nunca rie bonanza
Se encuentra, sin esperanza
De poder al fin surjir:
Allí ve, su afan perdido
Por salvar a su querido;
Y cuán lejano y nubloso
El horizonte radioso
Está de su porvenir:—

Cuán largo, incierto camino
La desdicha le previno,
Cuán triste peregrinaje;
Allí ve de aquel paraje
La yerta inmovilidad.
Allí ya del desaliento
Sufre el pausado tormento,
Y abrumada de tristeza,
Al cabo a sentir empieza
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
Y al aspecto de su amante
Desfallece su heroismo;
La vuelve, y hórrido abismo
Mira atónita detras.
Allí apura la agonía
Del que vió cuando dormia
Paraiso de dicha eterno,
Y al despertar un infierno
Que no imajinó jamas.

En el empíreo nublado
Flamea el sol colorado;
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brian sigue inmoble, y María
En formar se entretenia
De junco un denso tejido,
Que guardase a su querido
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
Que al levantarse o moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral.
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió con movimiento tardo,
Y ácia a ella encaminarse
Lamiéndose, un tigre pardo
Tinto en sangre;—atroz señal.

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo a Brian.
Llegó la fiera inclemente;
Clavó en ella vista ardiente,
Y a compasion ya movida,
O fascinada y herida
Por sus ojos y ademan,

Recta prosiguió el camino,
Y al arroyo cristalino
Se echó a nadar.—¡Oh amor tierno!

De lo mas frájil y eterno
Se compajinó tu ser.
Siendo solo afecto humano,
Chispa fugaz, tu grandeza,
Por impenetrable arcano,
Es celestial.—Oh belleza!
No se anida tu poder,

En tus lágrimas, ni enojos;
Sí, en los sinceros arrojos
De tu corazon amante.—
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror,
Pero cayó sin sentido
A conmocion tan violenta.—
Bella como ánjel dormido
La infeliz estaba, exenta
De tanto afan y dolor.

Entonces, ah! parecia
Que marchitado no habia
La aridez de la congoja,
Que a lo mas bello despoja,
Su frescura juvenil.
¡Venturosa si mas largo
Hubiera sido su sueño!
Brian despierta del letargo:
Brilla matiz mas risueño
En su rostro varonil.—

Se sienta,—estático mira,
Como el que en vela delira;
Lleva la mano a su frente
Sudorífera y ardiente,
¡Qué cosas su alma verá?
La luz, noche le parece,
Tierra y cielo se oscurece,
Y rueda en un torbellino
De nubes.—«Este camino
Lleno de espinas está:

«Y la llanura, María,
¿No ves cuán triste y sombria!
Dónde vamos?—A la muerte.—
Triunfó la enemiga suerte,»
Dice delirando Brian.

«Cuán caro mi amor te cuesta!
Y mi confianza funesta,
Cuánta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán.»

Cobra María el sentido
Al oir de su querido
La voz, y en gozo nadando
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.
«Pensé dormias, la dice,
Y despertarte no quise;
Fuera mejor que durmieras
Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

«Sábes?—sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracan pasó,
Desolacion vomitando,
Su vijilante perfidia.
Obra es del inicuo bando,
Qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó.

«De paz con ellos estaba
Y en la villa descansaba.—
Oye, no te fies, vela,—
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener.—
Mira donde me han traido.—
Atado estoi, y ceñido;
No me es dado levantarme,
Ni valerte ni vengarme,
Ni batallar ni vencer.

«Venga, venga mi caballo,
Mi caballo por la vida;
Venga mi lanza fornida,
Que yo basto a ese tropel.—
Rodeado de picas me hallo.—
Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel.

«¿No mirais la polvareda
Que del llano se levanta?
No sentís lejos la planta
De los brutos retumbar?
La tribu es, huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

«Mirad ardiendo la villa,
Y degollados dormidos
Nuestros hermanos queridos
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! oh rabia! oh mancilla!
Venga mi lanza lijero,
Mi caballo parejero,
Daré alcance a ese tropel».

Se alzó Brian enajenado,
Y su bigote erizado
Se mueve; chispean rojos,
Como centellas, sus ojos
Que hace el entusiasmo arder;—
El rostro y talante fiero,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza,
La majestad del guerrero
Acostumbrado a vencer.

Pero al punto desfallece.
Ella atónita enmudece,
Ni halla voz su sentimiento;
En tan solemne momento
Flaquea su corazon.
El sol pálido declina:
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos,
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura lejion,

De cadáveres avara,
Cual si muerte presajiara.
Así la caterva estulta,
Vil al heroismo insulta,
Que triunfante veneró.
María tiembla.—Él alzando
La vista al cielo, y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga adoradas,
A su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:
«Oye;—de Dios es arcano,
Que mas tarde o mas temprano
Todos debemos morir.
Insensato el que maldice
La lei que a todos iguala:
Hoi el término señala
A mi robusto vivir.

«Resígnate;—bien venida
Siempre mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte,
Que à la patria y al honor
Jóven consagró su vida:
Qué es ella?—una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

«La mia brilló un momento,
Pero a la patria sirviera;
Tambien mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de tí me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

«Otro premio merecia
Tu amor y espíritu brioso,
Y galardon mas precioso
Te destinaba mi fe.
Pero ¡ai Dios! la suerte mia
De otro modo se eslabona;
Hoi me arrancan la corona
Que insensato ambicioné.

«Si al menos la azul bandera
Sombra a mi cabeza diese!
O antes por la patria fuese
Aclamado vencedor;
¡Oh destino! quién pudiera

Morir en la lid, oyèndo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor.

«Tal gloria no he conseguido.
Mis enemigos triunfaron;
Pero mi orgullo no ajaron
Los favores del poder.
Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

«¡Oh estrépito de las armas!
Oh embriaguez de la victoria!
Oh campos, soñada gloria!
Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros
Ya no volveré a gozaros;
Jóven yo debo morir.

«Hoi es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno a mí todo calla....
Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue a su santuario....
Aves de presa parecen,—
Ya mis ojos se oscurecen;—
Pero allí baja un condór,

«Y huye el enjambre insolente.
Adios, en vano te aflijo....
Vive, vive para tu hijo,
Dios te impone ese deber.—
Sigue, sigue al occidente
Tu trabajosa jornada:
Adios, en otra morada,
Nos volveremos a ver».

Calló Brian, y en su querida
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella
Al parecer exhaló.—
El crepúsculo esparcia
En el desierto luz mustia.—
Del corazon de María,
El desaliento y angustia,
Solo el cielo penetró.

PARTE NOVENA.

MARIA

Fallece esperanza y crece tormento.
ANONIMO.

Morte bella parea nell suo bel viso.
PETRARCA.

La muerte parecia
Bella en su rostro bello.

Qué hará María?—En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
Dónde irá?—Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasion;
Que para ella es infecundo
Todo consuelo del mundo,
Burla horrible su contento,
Su compasion un tormento,
Su sonrisa una irrision.

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vanagloria;
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazon humano,
En qué límite del orbe
El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra; lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el mas fino amor.
Sobre ella hincada María,
Muda como estatua fria,
Inclinada la cabeza,
Semejaba a la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,
Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente
La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
Pero como ánjel que implora,
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez.

—«Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo,
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien:
Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase,
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, a su alma
Tu seno regalado,
Del bienaventurado,
Reciba el galardon:
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha,
Que busca en su desdicha,
Mi viudo corazon».—

Dice: un punto su sentido
Queda como sumerjido.—
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba callada
Donde toda su alma está,—
Mirada llena de vida;
Pero lánguida, abatida
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre,
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;
Y tomando por la orilla
Del arroyo ácia el ocaso,
Con indiferente paso,
Se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira delante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo do quier.

¡Oh noche! oh fúljida estrella!
Luna solitaria y bella
Sed benignas; el indicio
De vuestro influjo propicio
Siquiera una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos,
Preñados de temporales,
Apiadaos; fieras fatales
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos
De los míseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz a su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla,
Que resignada se humilla,
No hagas la fé acrisolada;
Susténtala en su jornada,
No la dejes perecer.

Adios pajonal funesto,
Adios pajonal amigo.
Se va ella sola ¡cuán presto
De su júbilo, testigo,
De su luto fuiste vos!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufanía;
Pero hoi tumba de un soldado
Eres y asilo sagrado:
Pajonal glorioso, adios!

Gózate; ya no se anidan
En tí las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Solo a los brutos y fieras:
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En tí hallaron refrijerio;
De su infortunio el misterio
Tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores
De felices amadores
Tu esquividad no turbaron;
Sino voces que confiaron
A tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la lejion ominosa,
Oirás ayes y jemidos:
Adios triste pajonal.

De tí María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma; agradecido
El depósito querido
Guarda y conserva; quizá
Mano jenerosa y pía
Venga a pedírtelo un dia:
Quizá la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará.

Dia y noche ella camina:
Y la estrella matutina
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir
La ve.—En su planta desnuda
Brota la sangre y chorrea;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.—
Su garganta es viva frágua,
Un volcan su pensamiento;
Pero mar de hielo y agua
Refrijerio inútil es
Para el incendio que abriga:
Insensible a la fatiga,
A cuanto ve indiferente,
Como misera demente
Mueve sus heridos piés,

Por el Desierto.—Adormida
Está su orgánica vida;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue a la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afan violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Último efujio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsion
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un dia
Anonada el pensamiento,
Encanece, o deja fria
La sangre en el corazon.

Dos soles pasan ¿A dónde
Tu poder ¡oh Dios! se asconde?
Está por ventura exhausto?
Mas dolor en holocausto
Pide a una flaca mujer?
No;—de la quieta llanura
Ya se remonta a la altura
Gritando el yajá:—camina,
Oye la voz peregrina
Que te viene a socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina sí, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal;
Tuyo es tambien del espacio
El transparente palacio:
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algun vasto pajonal.

De la víctima el jemido,
El huracan y el tronido
Ella busca y deleite halla
En los campos de batalla;
Pero tú la tempestad,—
Dia y noche vijilante,
Anuncias al gaucho errante;

Tu grito es de buen presajio
Al que asechanza o naufrajio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,
Oye María infelice;—
Alerta, alerta, te dice;
Aquí está tu salvacion.—
¿No la vés cómo en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre a calmar tu afliccion.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va a prisa:
El demonio con que lucha
La turba, impele y amaga.
Turbios, confusos y rojos
Se presentan a sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta, insondable llanura,
Donde sin brújula vaga.

Mas ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca ¿serán infieles,
Enemigos?—No, soldados
Son del desdichado Brian.
Llegan, su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálido fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitan.

Creíanla cautiva o muerta;
Grande fué su regocijo.
Ella los mira y despierta.
—«¿No sabeis qué es de mi hijo?»—
Con toda el alma esclamó.
Tristes mirando a María
Todos el labio sellaron;
Mas luego una voz impía:
«Los Indios lo degollaron»
Roncamente articuló.

Y al oir tan crudo acento,
Como quiebra al seco tallo
El menor soplo del viento,
O como herida del rayo,
Cayó la infeliz allí;
Viéronla caer, turbados,
Los animosos soldados;
Una lágrima la dieron,
Y funerales la hicieron
Dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada
De la hebra mas delicada,
Cuyo espíritu robusto
Lo mas acerbo e injusto
De la adversidad probó,
Un soplo débil deshizo:
Dios para amar, sin duda, hizo
Un corazon tan sensible;
Palpitar le fué imposible
Cuando a quien amar no halló.

Murió María.—¡Oh voz fiera!
Cuál entraña te abortara!
Mover al tigre pudiera
Su vista sola;—y no hallara
En tí alguna compasion,
Tanta miseria y conflito,
Ni aquel su materno grito;
Y como flecha saliste,
Y en lo mas profundo heriste
Su anhelante corazon.

Embates y oscilaciones
De un mar de tribulaciones
Ella arrostró; y la agonía
Saboreó su fantasía,
Y el punzante frenesí
De la esperanza insaciable,
Que en pos de un deseo vuela;
No alcanza el blanco inefable,
Se irrita en vano y desvela;
Vuelve a devorarse a sí.

Una a una, todas bellas,
Sus ilusiones volaron,
Y sus deseos con ellas;
Sola y triste la dejaron

Sufrir hasta enloquecer.
Quedaba a su desventura
Un amor, una esperanza,
Un astro en la noche oscura,
Un destello de bonanza,
Un corazon que querer:

Una, voz cuya armonía
Adormecerla podria;
A su llorar un testigo,
A su miseria un abrigo,
A sus ojos que mirar.
Quedaba a su amor desnudo
Un hijo, un vástago tierno;
Encontrarlo aquí no pudo,
Y su alma al regazo eterno
Lo fué volando a buscar.

Murió: por siempre cerrados
Están sus ojos cansados
De errar por llanura y cielo,
De sufrir tanto desvelo,
De afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
De su mirar; ya el desierto,
Su último asilo, los rastros
De tan hechiceros astros
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aun hai vestijio.
¿No veis el raro prodijio?
Sobre su cándida frente
Aparece nuevamente
Un prestijio encantador.
Su boca y tersa mejilla
Rosada, entre nieve brilla,
Y revive en su semblante
La frescura rozagante
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
Y estampó en su rostro hermoso
Aquel inefable hechizo,
Inalterable reposo,
Y sonrisa anjelical,
Que destellan las facciones
De una vírjen en su lecho;
Cuando las tristes pasiones
No han ajado de su pecho
La pura flor virjinal.

Entonces el que la viera,
Dormida ¡oh Dios! la creyera;
Deleitándose en el sueño
Con memorias de su dueño,
Llenas de felicidad:
Soñando en la alba lucida
Del banquete de la vida
Que sonrie a su amor puro:
Mas, ai! que en el seno oscuro
Duerme de la eternidad.

EPILOGO.

Douce lumiere, es tu leur ame?
LAMARTINE.
¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

¡Oh Maria! Tu heroismo,
Tu varonil fortaleza,
Tu juventud y belleza
Merecieran fin mejor.
Ciegos de amor el abismo
Fatal tus ojos no vieron,
Y sin vacilar se hundieron
En él ardiendo en amor.

De la mas cruda agonía
Salvar quisiste a tu amante,
Y lo viste delirante
En el desierto morir.
¡Cuál tu congoja seria!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
Que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;
Y cuando sola te viste
Tambien mísera caiste,
Como árbol cuya raiz
En la tierra ya no afianza
Su pompa y florido ornato:
Nada supo el mundo ingrato
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta
Como diamante en la mina,
La belleza peregrina
De tu noble alma quedó.
El Desierto la sepulta,
Tumba sublime y grandiosa,
Do el héroe tambien reposa
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
Fué amar, amor tu delirio,
Amor causó tu martirio,
Te dió sobrehumano ser;
Y amor, en edad florida,
Sofocó la pasion tierna,
Que omnipotencia de eterna
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
De amor, ¡oh bella María!
Que la vírjen poesía
Corona te forma ya
De cipres entretejido
Con flores que nunca mueren;
Y que admiren y veneren
Tu nombre y su nombre hará.

Hoi, en la vasta llanura,
Inhospitable morada,
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz;
Descollando en una altura,
Entre agreste flor y yerba,
Hoi el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa estensa y tupida
De un Ombú [1], donde se anida
La altiva águila real;
Y la vária muchedumbre
De aves que cria el Desierto,
Se pone en ella a cubierto
Del frio y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno,
Ni quién a su sombra el signo
Puso de la redencion.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca a aquellos lugares,
Recordando sus hogares,
Se postra a hacer oracion.

Fama es que la tribu errante,
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,
Al ver del ombú jigante
La verdosa cabellera,
Suelta al potro la carrera
Gritando:—«allí está la cruz.»

Y revuelve atras la vista,
Como quien huye aterrado,
Creyendo se alza el airado,
Terrible espectro de Brian.
Pálido el indio exorcista
El fatídico árbol nombra;
Ni a hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

Tambien el vulgo asombrado
Cuenta, que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos luces aparecer;
Que salen, y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,
Juntas a su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aerio,
Quizá espíritus,—misterio!
Visiones del alma son.
Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía,
Forman coro en la armonía
De la invisible creacion.

1 Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero si fresca y regalada sombra en los ardores del estío. (El A.)

FIGUEROA

(FRANCISCO ACUÑA DE)

El Sr. Figueroa, actual Director de la biblioteca pública de Montevideo, nació en esta ciudad por los últimos años del siglo próximo pasado. — Ha cultivado la poesía desde mui jóven, y son fruto de su fertilidad y aplicacion, muchos volúmenes de composiciones en verso, que permanecen ineditas en su mayor parte. Los trabajos mas recientes del Sr. Figueroa, son una traduccion en verso de la famosa epopeya de Casti («Gli animali parlanti»), y la crónica poética de los dos asedios que sufrió la plaza de Montevideo en los primeros años de la guerra de la independencia.

Las poesías que publicamos a continuacion, son parte mui reducida de las que ha publicado ya el Sr. Figueroa por la prensa periódica de su pais: apenas pueden considerarse como una muestra de los diversos jéneros que cultiva su fecundo e injenioso autor.

LA CALAMIDAD PUBLICA.

ELEJIA.

¿Cómo es que solitaria está sentada
La opulenta Ciudad de pueblo henchida?
Cual viuda abandonada,
Y en dolor sumerjida,
De cien provincias la inclita Señora
Sin réjia pompa y enlutada llora!! [1]

Ya se fué la hermosura
De la escelsa Israel: sus anchas puertas
Derrumbadas, desiertas
Publican su desastre y su amargura,
Y en fúnebres querellas
Jimen sus Sacerdotes y Doncellas.

A la hija de Sión, oh Dios tremendo,
Cubrió de oscuridad tu mano airada,
Porque, a ti desoyendo,
Corrió desenfrenada,
Y al tocar de sus crímenes la cumbre
Probó afliccion y dura servidumbre.

Sus muros dominantes
La Vírjen de Judá mira enlutados,
Ni cánticos sagrados
Resuenan en su Templo.... Oh caminantes
Decid, yo os desafío,
Si hai un dolor que iguale al dolor mio!!

Así en Jerusalen desamparada
Sus ruinas el profeta contemplando,
Con voz acongojada
Se lamentaba, cuando

---

[1] El fondo de esta estrofa, y de las tres siguientes, es sacado de las lamentaciones de Jeremías. (El A.)

El Dios de las venganzas por castigo
La abandonó al furor de su enemigo.

Y tú, o Patria aflijida
Del contajio cruel; ¿a quién lamentas?
¿Cómo librar intentas
Los hijos de tu amor, cuando estendida
Miran la espada fuerte
Y en la respiracion beben la muerte?

¿Cómo al Juez vengador en desagravio
No levantas, o mísera, tus preces?
Mas ai! sellas el labio,
Atónita enmudeces:
Y el remedio a tu inmenso desconsuelo
Lo buscas en la tierra y no en el cielo!!

¿No oyes cuán doloroso
Do quier suena el clamor?.... Allí una viuda
En su afliccion aguda
Se abraza del cadáver del esposo,
Le estrecha, y aflijida
Quisiera con su aliento darle vida.

Aquí una madre en bárbara amargura
Exhala su dolor, y delirante
Con ardor y ternura
Besa al hijo espirante,
Que así transmite a su materno seno
Con el último aliento su veneno.

Allá jime aflijido
En torno a un atahud el triste esposo;
Aquí mas clamoroso
El tierno infante con acento herido
Llora, porque ha quedado
En mísera horfandad desamparado.

Con fatal estridor cruzar se miran
Los carros de la muerte pavorosos,
Que ya cansados tiran
Los brutos vagarosos;
Anunciando su fúnebre trofeo
Los oscuros penachos del arreo.

Nadie en el ansia fiera
Osa aspirar el aire inficionado;
Mas oh inútil cuidado,
Si de improviso asaltan por do quiera
Al débil, como al fuerte
Los feos parasismos de la muerte.

En la desolacion e inmenso duelo,
Ya el triste llanto y queja lastimosa
Desoye airado el Cielo;
Y la muerte horrorosa
Para tragar mas víctimas, hambrienta
Su vientre ensancha y su furor aumenta.

Ya en las auras tremendo
Vibra su espada el ánjel del espanto;
El abismo entre tanto
Lanza un clamor de gozo, recibiendo
Las numerosas almas,
Y la profundidad bate sus palmas. [1]

De una jóven en féretro enlutado
Miro el cadáver lívido y adusto:
Cuál la han abandonado!!
Con horror y con susto
Nadie se acerca en torno de la que antes
Era tan bella, y tuvo mil amantes!!

¿Dó está la faz serena
La graciosa sonrisa, el rojo labio?
¿Quién, con bárbaro agravio,
Mudó en cárdeno lirio la azucena?
¿Dó está el dorado lecho?
Los que ayer la servian, qué se han hecho?

Así de mil terrores aflijidos,
Todos en larga noche se estremecen,
Y apenas se adormecen,
Cuando ya en los oidos
Suena, al primer albor de la mañana,
El eco funeral de la campana.

En tan aflicta suerte
Cercada de la parca y sus despojos,
Vuelve, oh Patria, los ojos
A aquel que es solo sábio, solo fuerte,
Y es acertado medio
Que el que te ha dado el mal, te dé el remedio.

1 Imitacion del Profeta Habacuc; oracion, verso 10: «El abismo dió su voz: la profundidad alzó sus manos.» (El A.)

Vuelve ya presurosa; en su amargura
Vé cual sustenta al triste Israelita
Que humilde le procura,
Pero tambien medita
Que le dijo con eco tempestuoso:
«Soi el Señor tu Dios fuerte y celoso». [1]

Porque en su fé confia
Vence David al bárbaro Jigante;....
Él concede triunfante
A Jehú las victorias; mas la impía
Jezabél obcecada
Fué por hambrientos perros devorada.

Con diez plagas que anuncian sus furores
Intíma a Faraon, que endurecido
Se obstina en sus errores,
Y cuando al escojido
Pueblo vá a devorar con torpe enojo
Le sepulta en las ondas del mar Rojo.

Allí el tirano mismo
Sus carros, sus caballos y guerreros,
En remolinos fieros
Bajaron como el plomo al hondo abismo,
Que henchido de repente
Estendió rebramando su corriente.

Así tú solo, o Dios, grande y piadoso
A mi Patria infeliz salvar pudieras,
Porque oyes bondadoso
Las preces lastimeras,
Mas, ai del pueblo ingrato a quien desamas,
Si en el furor tu indignacion derramas!!

Oye pues el lamento,
Y el hondo cáliz de tu grande ira
Retira, o Dios, retira,
Purificando el aura con tu aliento,
Porque en tu templo santo
Resuene de alegría el dulce canto.

TRADUCCION DEL SALMO

SUPER FLUMINA BABILONIS....

Sentados en la márjen
Del babilonio rio,
Allí Sion tu nombre
Recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras harpas
Y címbalos festivos,
Tristes ya y destemplados
De los frondosos sauces suspendimos.

Pues los que a servidumbre
Nos llevaron vencidos,
Por escarnio intentaron
Oir nuestras canciones allí mismo.

Y los que nos trajeron
A la ignominia uncidos,
Entonad, nos decian,
De Sion los cantares y los himnos.

¿Cómo cantar podremos
Y profanar impíos
Del Señor los cantares
En tierra ajena y en ajenos grillos?

No, Sion; y primero
Que así te dé al olvido,
Y en tu ignominia cante,
Me olvide de mi diestra y de mí mismo.

Yerta mi lengua y fija
Al paladar indigno,
Si de tí me olvidare
Pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere,
O si indolente y tibio,
Jerusalen no fuese
De mi alegría oríjen y designio.

1 Exodo, cap. 20, verso 5. (El A.)

Tu ira, Señor, se acuerde
De los infandos hijos
De Edon, cuando disfrute
Jerusalen su dia apetecido.

Ellos son los que dicen
Sedientos de esterminio:
Hasta los fundamentos
Asolad, asolad los edificios!

Hija desventurada
Del pueblo aborrecido,
Feliz quien te dé el pago
Del tratamiento vil que te debimos.

¡Oh, bien aventurado
Quien goce vengativo
Levantar con sus manos
Y en la piedra estrellar tus parvulillos!

AL SEÑOR PRESBITERO D. VALENTIN SAN MARTIN,

PREDICADOR Y CAPELLAN DE UN PRESIDIO.

En la mansion de horror, do las pasiones
A tantos delincuentes sumerjieron,
Tus ecos apostólicos oyeron
Cual timidas ovejas, fieros leones:
Por la primera vez sus corazones,
Duros cual sus cadenas, se rindieron,
Y absortos de sentir lo que sintieron
Olvidaron su pena y sus prisiones.
Prosigue ¡oh San Martin! pues ya al malvado
Saludable terror tu acento inspira,
Y consuelo y constancia al desgraciado:
Y aplaudiendo tu celo, el pueblo mira,
Que allí donde el furor blasfemó airado,
Hoi la resignacion tierna suspira.

—Noviembre 9 de 1834.—

IMPROVISACION EN UN CEMENTERIO.

Tú que ciego en el placer
Cierras del alma los ojos,
Contempla en estos despojos,
Lo que eres, lo que has de ser.
Ven a este sitio a aprender
Del hombre la duracion;
Que en esta triste mansion
De desengaño y consejo,
Cada sepulcro es espejo,
Cada epitafio leccion.

LA MADRE AFRICANA.

Tairai-je ces enfants de la rive africaine,
Qui cultivent pour nous la terre américaine?
Différents de couleur, ils ont les mêmes droits;
Vous-mêmes contre vous les armez de vos lois.
DELILLE.—Malheur et Pitié—chant. 1.

Y así cruel pirata, así te alejas
Robándome tirano
Los hijos y el esposo? así inhumano
En desamparo y en dolor me dejas?
Ai, vuelve, vuelve! en mi infeliz cabaña,
Sin consuelo y sin vida,
Vé cual me dejas como débil caña
Del huracan violento combatida.

Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste!
Llévame vil, y en servidumbre muera
Con mis prendas amadas; mas ai triste!
Que no espero ablandar tu pecho duro
Con lamentos prolijos,
Tú no sientes amor, no tienes hijos!!

—

Y es posible que el sol que entre zafiros
Ostenta esa bandera
Llegue a esta playa por la vez primera
A presenciar tu infamia y mis suspiros?
Oh globo celestial que esplendoroso
Dominas en las cumbres,
Oscurece tu luz y al monstruo odioso
Solo sangriento y con horror alumbres!

—

Mas ai, qué nueva pena!
Ya descubren mis ojos
La azagaya y el arco que en la arena
Del asalto feroz fueron despojos.
¡Inocente consorte! Tú ignorabas
Que saben esos bravos
Proclamar *Libertad*... y hacer *esclavos!*

De esta suerte la mísera africana
Se queja inútilmente
Mientras la nave apresta indiferente
El traficante cruel de carne humana;
Y truena el bronce, y su clamor repite,
Que el clamor la consuela;
Mas el *Águila* [1] en hombros de Anfitrite
Suelta las alas, y al estruendo vuela.

—

Al punto encadenados
Los cautivos se miran
Y al fondo del bajel desesperados
Los lanzan sin piedad; y ellos suspiran,
Mientras que la infeliz desde la peña
Se arroja y dá un lamento
Que en pos de la alta popa lleva el viento.

CANCION SECULAR. [2]

TRADUCCION DE HORACIO.

A FEBO Y DIANA.

Ambos Coros.

Oh refuljenie Febo, oh casta Diana!
De las selvas señora;
Lucientes astros que el mortal adora,
De la jente romana
A vuestras aras puesta
Oid el voto en la sagrada fiesta.

En que de las Sybilas providentes
Ordenan los cantares
Que a los Dioses de Roma tutelares,
Infantes inocentes,
Vírjenes superiores,
Entonen himnos y tributen flores.

Coro de niños.

Sol que desde tu carro luminoso
Fecundas la natura,
Ya ostentes o ya ocultes tu luz pura;
Objeto mas grandioso
Que el pueblo de Quirino [3]
Jamas alumbre tu esplendor divino.

Coro de niñas.

Oh Diana que al feliz alumbramiento
Presides bienhechora!
Sé de las tiernas madres protectora,

---

1 Nombre de un buque negrero.
2 Antes de Augusto, el siglo era de cien años, mas los Sacerdotes intérpretes de los oráculos escritos, por obsequiar a aquel, hicieron cayese en su tiempo esta solemne festividad, consiguiendo sin mucho trabajo persuadirle, que segun los versos sibilinos, el siglo debia contarse de ciento diez años. Augusto encargó a Horacio la composicion del himno secular, que es este mismo, el cual era cantado en las plazas públicas por dos brillantes coros de niños y niñas de distinguido nacimiento. Duraban las funciones tres dias, y en todos ellos se entonaba este himno a medio-dia y a la mitad de la noche. (El T.)
3 Roma, de Rómulo a quien llamaban tambien Quirino. (El T.)

Y cante nuestro acento
Tu alabanza divina
Bien te nombres Fecunda o bien Lucina.

La sucesion romana inumerable
Bajo tu amparo crezca;
Él la lei del Senado favorezca,
Que dando al sexo amable
Conyugales cadenas,
Iguale nuestra prole a las arenas.

Ambos coros.

Porque el futuro tiempo repitiendo
Su jiro majestuoso,
Cada ciento y diez años mas dichoso
Restituya el estruendo,
Los himnos y alegrías
Por tres serenas noches y tres dias.

Y vosotras ¡oh Parcas de infalible
Y fatídico acento!
Tenga lo que anunciasteis cumplimiento
Al tiempo imprescriptible,
Y a par de los pasados
Seguid hilando venturosos hados.

En ganados y frutos abundando
A Ceres y Pomona
Brinda la tierra espléndida corona
De espigas, sustentando
Sus procreos y aumentos
Salubres aguas y templados vientos.

Coro de niños.

Mitiga ¡oh blando Apolo, el ardoroso
Esplendor de tu llama
Oye, a los niños cuya voz te aclama!

Coro de niñas.

T tú planeta hermoso,
Reina de las estrellas,
Oye cándida Luna a las doncellas!

Ambos coros.

Si Roma es obra vuestra, si arribaron
A la etrusca ribera
Las falanjes troyanas, que do quiera
Los númenes salvaron,
Y obedeciendo al cielo
Fundaron su ciudad en nuestro suelo.

A los que el pio Eneas conduciendo
De su patria adorada
Por entre el fiero incendio, con su espada
Libre camino abriendo
Les ofreció tendrian
Un imperio mayor que el que perdian.

Dad a la juventud ¡oh soberanos
Númenes protectores!
Costumbres y virtudes superiores;
Descanso a los ancianos,
Y a la Romulea jente
Hijos, riqueza, y gloria permanente.

Y el que de blancos toros grata ofrenda
Os tributa en el ara,
De Anquises y de Venus sangre clara,
Reine, y su imperio estienda;
Leon en la lid osado
Y apacible deidad con el postrado. [1]

Ya por tierra y por mar despavorido,
Al romano denuedo
Y a la albana segur respeta el Medo;
Ya leyes han pedido
El Escita insolente
Y el que del Indo bebe en la corriente.

Ya la fé, paz y honor, y la olvidada
Virtud en nuestro suelo,
Y el antiguo pudor tornan del cielo:
Ya en la patria adorada
Luciendo un siglo de oro,
Difunde la abundancia su tesoro.

Coro de niños.

Y el adivino Febo decorado
Con arco rutilante,
De las Pimpleas preferido amante,
Al que aliviar es dado

[1] Augusto, descendiente de Julio, hijo de Eneas, estaba sacrificando a los Dioses mientras se cantaba este himno. (El T.)

Con saludable ciencia
De los cansados miembros la dolencia.

Si favorable al templo Palatino, [1]
Si al Lacio delicioso,
Y al romano esplendor mira afectuoso,
Proteja él su destino
Mas brillante y seguro
En la rejion inmensa del futuro.

Coro de niñas.

Y Diana cuya fúljida diadema
Desde el Aljido monte,
Y el Aventino, alumbra el horizonte, [2]
Favorezca suprema
A los quince varones [3]
Y atienda de la infancia a las canciones.

Ambos coros.

Ya de Febo y de Diana terminado
El himno de alabanza,
Lleva el coro la plácida esperanza
Que Júpiter sagrado
Y las sumas deidades
Derramarán en Roma sus bondades.

—1834.—

INSCRIPCION BAJO UNA ESTATUA DE LA LIBERTAD.

Sagrada Libertad! los que te adoran
Conocen tu valor; tú eres del hombre
El mas precioso bien, y al oir tu nombre
Los libres cantan, los tiranos lloran.

—1834.—

AVISO.

Quejábase llorosa
La isensible Dorina,
Y en nada halla consuelo
Al dolor que la ajita:
Quejábase y a todos
Inquiere y solicita,
Y a su perrita llora
O robada o perdida.
Aquellos ojos bellos
Donde el amor se anida,
Para herir con ventaja
Al que incauto los mira;
Ya tristes y ajitados
Opacamente brillan,
Mostrando de su pena
La imájen espresiva.
Los labios que a la rosa
Los colores imitan,
Por donde entre corales
Las perlas se divisan:
Los labios, que teniendo
Tantas almas cautivas
Con un «no» dan la muerte
Con un «sí» dan la vida;
Ya trémulos exhalan,
No la amable sonrisa,
Sino los tiernos ayes
Que su pecho suspira;
Su pecho de diamante
Donde el amor afina
Las flechas, porque hagan
Incurables heridas,
Tambien siente la pena
Y ajitado palpita,
Cual tierna flor que el cierzo
Del vástago derriba.
Lijeros cupidillos
En torno de ella jiran,
Mariposas amantes
Que el dulce aroma liban.
De Citerea el hijo
Satisfecho la mira,

1 Augusto habia levantado un templo sobre el monte Palatino. (El T.)
2 Diana tenia su templo sobre el Aventino, y se la miraba como protectora de este, y del monte Algido (El T.)
3 Quince eran en aquella época los sacerdotes depositarios de los libros Sibilinos. (El T.)

Y a su víctima bella
Engañado acaricia.
Ya del triunfo ilusorio
La proeza publica,
Clamando.. . la hé vencido!...
Mas entonces Dorina,
Volviendo del deliquio
Que la embarga y atrista,
Le dice: «rapazuelo
De condicion maligna,
Ni tu imperio ocasiona,
Ni tu ciencia adivina
El motivo que causa
La amarga pena mia....
Díme si acaso sabes
Qué mano cruel, impía,
Robó de mis halagos
A mi dulce perrita.
Ai! no sabe el tirano
De cuanto bien me priva,
Y el tesoro del alma
Que con ella me quita.
Cleópatra es su nombre
Y bien pudo la ejipcia
Mas soberbia ostentarse,
Pero nunca mas fina.
Su delicado cuerpo
Suave vellon cubría,
Que en cándidos anillos
Los céfiros ajitan.
En torno al albo cuello
(Para señal te sirva)
Es su joyante seda
Menos larga y pulida.
Y sus pequeños ojos
Cual negras estrellitas,
Entre copos de nieve
Le bailan y le brillan.
Ah! cuán fina do quiera
A mi encuentro salia
Removiendo la cola
Juguetona y festiva,
Y al mirarme enojada,
Con espresion sumisa
Arrastrándose humilde
Desarmaba mis iras.
A veces oficiosa
Al verme pensativa,
Ajitada espresaba
Su curiosa fatiga:
O fijándome inmóvil
Atenta e indecisa,
Leer mis pensamientos
En mis ojos queria.
Tan fiel como celosa,
Si acaso alguna amiga
Me tomaba la mano
O el cuello me ceñia,
Con sonoros ladridos
A su rival gruñia,
Como quien reclamaba
Sus derechos.... o altiva
Atacando al zapato
Mas resuelta, me hacia
Con el eburneo diente
Agradables cosquillas.
Esta son, o Cupido
Las señas distintivas
Con que debes buscarme
A mi fiel falderita.
Si la encuentras, protesto
A tu imperio rendida,
Que mi pecho a tu aljaba
No mas fiero resista;
Y llevar en ofrenda
A tus aras propicia
Mas blancas que mis manos
Dos tiernas palomitas».
Mas Cupido que atento
La contempla y suspira,
Arrojando a sus plantas
El carcaj y la vira,
Balbuciente la dice
Con espresion divina:
Tu pecho y tus palomas
Conserva, amable niña.
Yo buscaré con ansia
Y encontraré, a fé mia,
A ese objeto dichoso
De tu amor y mi envidia:

Darételo adornado
De flores y de cintas;
Mas oye... que has de darme
Un beso por albricias.

CIELITO ORIENTAL. [1]

Entre tantos juramentos
Que hicimos en la opresion,
Solo vale el de là Patria
Que sale del corazon:
Cielito de los tiranos,
Cielito, de qué sirvió
Que el labio dijera sí
Cuando el alma dijo no.
Como entre frias cenizas
Conserva el fuego su ardor,
Así en la opresion guardasteis
El fuego libertador:
Cielo de la independencia,
Cielito del patrio amor,
Que de una chispa inflamada,
Formó el incendio mayor.
De la Esfera del Brasil
Una estrella se eclipsó,
Y en nuestro dichoso Oriente
Se vé convertida en sol.
Cielo de nuestra esperanza
Cielito del pabellon,
No vuelvas a ser estrella
Pues has llegado a ser sol.
La que en verdes esmeraldas
Pálida estrella lució,
Aquí entre azules zafiros
Nuevo sol resplandeció:
Cielito de los colores,
Tu color prefiero yo,
De celos quiero vivir,
Pero de esperanzas no.
Como en el crisol el oro
Saca acendrado valor,
Así de opresion la Patria
Sale con mas esplendor:
Cielito de las tinieblas
Cielito del resplandor,
Despues de sombras opacas
Mas bello parece el sol.
Sucumbió Troya abrasada,
Porque perdió el Paladion:
Conservad la union, patriotas,
Que es vuestro escudo la union:
Cielito de la concordia,
Cielito de la Nacion,
Qué débil es un cabello,
Y qué fuerte es un cordon!
De qué sirve al astro bello
Lucir con tanto primor,
Si un eclipse le oscurece
Su brillante resplandor:
Cielito cielo de Oriente,
Cielito del arrebol,
La anarquía es el eclipse,
Y nuestra Patria es el sol.
Con sangre a la Patria disteis
Libertad, vida y honor,
Que no se pudo a mas precio
Comprar tesoro mayor:
Cielito de las hermosas,
¡Ai cielo del tierno amor!
El que os muestre mas heridas
Ese logre mas favor.
La dulce Patria, Orientales,
Vuestro esfuerzo libertó;
Que las virtudes sustenten
Lo que la espada alcanzó.
Cielo de la libertad,
Cielito del corazon
¿De qué sirve si se pierde
Gozar tan precioso don?
Enciende ¡oh Patria! en los pechos
Ese incendio superior,
Porque inflamados vivamos
Salamandras de tu amor;

---

1 *Cielito:* tonada popular en el Rio de la Plata.

Ai cielo de los ardores,
Cielito del patrio amor,
Que porque la Patria viva
Daremos la vida en flor.

—1829.—

LA CURIOSA INOCENTE.

LETRILLA.

Pues que sabe tanto,
Diga, mama mia,
¿Qué santo seria
D. Código Santo?
En prosa y en canto,
No hai quien no le alabe;
Todos lo idolatran;
—*Eso Dios lo sabe!*

Será jóven bella
La Patria, mamita?
Pues cada cual grita,
¡*La vida por ella!*
Dichosa su estrella
Es en cuanto cabe,
Con novios tan finos;
—*Eso Dios lo sabe!*

Ese despotismo
Será cosa adusta,
Que nadie de él gusta,
Sino es en sí mismo;
Vaya al hondo abismo,
Dijo un hombre grave,
Porque lo aborrece;
—*Eso Dios lo sabe!*

De *igualdad completa*
Nadie hai que no hable,
Los hombres de sable
Y los de chaqueta;
Todo se sujeta
A la lei suave,
Que a todos iguala;
—*Eso Dios lo sabe!*

La lei y el derecho
Guardemos, decian;
¿Dó la guardarian?
Adentro del pecho?
O por mas provecho
Debajo de llave
En algun baulito?
—*Eso Dios lo sabe!*

¿Serán los jurados
Santos mui seguros,
En jamas perjuros,
Ni menos malvados?
No habrá paniagudos,
Ni empeño que trabe
Su justa conciencia?
—*Eso Dios lo sabe!*

Diz que no sé cuantos
Habrá tribunales,
Con mas oficiales
Que en el cielo santos;
Con pilotos tantos
Nuestra hermosa nave
Irá viento en popa?
—*Eso Dios lo sabe!*

Oh, qué monumento
De arreglo y firmeza,
Siendo la cabeza
Mayor que el asiento!
Con poco cimiento,
Y mucho arquitrabe,
Tendrá consistencia?
—*Eso Dios lo sabe!*

¿Qué habrá sucedido
A los escritores?
Los mas parladores

Han enmudecido;
Se habrán adormido
Con *algun jarabe?*
O tendrán cuartana?
—*Eso Dios lo sabe!*

Y hai quien les dirá
Con zonga y cariño,
Arrorró mi niño,
Que viene el guá guá;
Que gusto será
Cuando el sueño acabe,
Verlos cuán valientes;
—*Eso Dios lo sabe!*

Dirán sentenciosos
Por toda descarga,
La verdad amarga
A los poderosos:
Mamá, que famosos
Serán para el clave,
Con tanto tecleo;
—*Eso Dios lo sabe!*

Oh, por vida mia,
Hábleme mas claro:
¡Qué animal tan raro
Será la *anarquía!*
¿O es alguna arpía
Con lanza y trabuco,
O será Mandinga?
—*Hija, ese es el Cuco.*

Virtud, se me antoja,
Ser cosa mui bella,
Pues diz que sin ella,
Tata Dios se enoja:
¿Es vestido en hoja,
Muñeca bonita,
O en fin, es un ánjel?
—*Esa es la papita.*

LETRILLA SATIRICA.

»Navega nuestro bajel
»Viento en popa y mar bonanza;
«Buena va la danza!»

No den interpretaciones
A mis versos los ilusos,
Que el que ataca los abusos
Ama a las instituciones;
Mas si aquestas prevenciones,
No son suficiente fianza,
«Buena va la danza»!

De las capas que yo mismo
Me admiro de su grandor,
Es la mas «doble» y mejor
La capa del patriotismo:
Muchos profesan civismo,
Mientras corre la pitanza;
«Buena va la danza«!

Defiende en campo de honor
La libertad un valiente,
Como un héroe, y no consiente
Ni aun la sombra de opresor;
Mas en la paz ¡qué dolor!
Aquel duerme y este avanza.
«Buena va la danza»!

Con mas astucia que un gato,
Mas agallas que un tauron,
Se presenta un trapalon
Con un proyecto barato;
Luego tocan a rebato
Y asegura lo que alcanza.
«Buena va la danza»!

Tiene por padrino a «un gordo»
El gran sisador D. Tejo,
Y dánle para el «manejo»
Un empleo de alto bordo:
Ordeña a la Patria el tordo
Cual si fuera vaca mansa.
«Buena va la danza»!

Consigue otro parvulillo
«Manya con tuti» y gandul,
Vender por blanco y azul
Lo que es «verde y amarillo»,
Y logra algun empleillo
En que se llena la panza.
«Buena va la danza»!

Muestra Fabio por trofeo
Sus heridas, su opinion,
Buscando colocacion
Sin alcanzar su deseo,
O le ofrecen un empleo
En la isla de Sancho Panza.
«Buena va la danza»!

Confiado en el galardon
Sirve Jorje en trance duro,
Mas en pasando el apuro
Lo relegan a un rincon,
A vivir cual camaleon
Del aire de la esperanza.
«Buena va la danza»!

Llega al foro de un Tarquino
Constanza, y si pestañó,
Ha de salir cual salió
La esposa de Colatino;
Mas su heroismo y destino
No imita Doña Constanza.
«Buena va la danza»!

Va el pueblo en una eleccion
A votar como en barbecho,
Y la astucia y el cohecho
Triunfan en la votacion:
Se repite otra ocasion
Y sigue la contradanza.
«Buena va la danza»!

Entra un licurgo doncel
De la lei en el santuario,
Y se adhiere a un partidario,
Sacrificando por él
De Temis la espada fiel
Y de Astrea la balanza.
«¡Buena va la danza»!

Alto ahí! dice un figuron;
Yo soi la Patria y la Lei,
Los demas son una grei
De irracional condicion;
Mis fueros son el cañon
Y mi derecho la lanza.
«Buena va la danza»!

Manchados de concusion
Muchos se lavan ufanos
Como Pilatos las manos
Sin lavarse el corazon,
Y al hacer la espoliacion
Se escudan con la ordenanza.
«Buena va la danza»!

El escribano Pantoja
Gordo escribe y apartado,
Sin ver que el papel sellado
Cuesta a dos reales la hoja:
De sus derechos no afloja
Segun su maldita usanza.
«Buena va la danza»!

Ve a una garza D. Ciriaco,
Se emboba y casa con ella,
Pensando que es la doncella
«Sesto signo» del zodiaco;
Mas ella hace al monicaco
Capricornio sin tardanza.
«Buena va la danza»!

Llega un albeitar de «alen»,
Nuevo adepto de Esculapio
Conjugando el verbo «rapio»
Y matando a «tutiplen»,
Todos le dicen amen,
Y autorizan la matanza.
«Buena va la danza»!

Odio al vicio, dice Andres,
Virtud es nuestra divisa!
Mientras pierde la camisa
Al «en puertas» y al «en tres»,
Perorando en los cafés
De Colon y de la Alianza
«Buena va la danza»!

Llega en cerdudo lenguaje
Un gringo diciendo «gui»
Y mil monos luego aquí
Le imitan el aire y traje,
O le encargan que trabaje
En la pública enseñanza.
«Buena va la danza»!

Sóplase orondo un trompeta
En el Parnaso, porque
Aprendió el «peopo-e»,
«Poe — teata — poeta,»
Y en su mísera cuarteta
Enreda una mezcolanza.
«¡Buena va la danza»!

Porque no llegue a rabiar
Matan un cuzco inocente,
Mas pagando «la patente»,
Ya puede un mastin campar,
Que impune con su collar
Rabie y muerda con confianza.
«Buena va la danza»!

Hai escritor adulon
Que al sol que nace se inclina,
Hace Bruto a un Catilina
Y Vespasiano a un Neron,
Iturbide es Washington
Mientras no hai una mudanza.
«Buena va la danza»!

Es verdad que hai mil varones
En patriotismo acendrados;
Hai virtuosos majistrados
Temistocles y Catones;
Solo hablo con los bribones
Cuando les digo por chanza:
«Buena va la danza»!
«Buena va la danza»!

—1833.—

TORAIDAS.

PRIMERA.

Cante el divino Homero en plectro de oro
Al furibundo Aquiles y el Mantuano
Inmortalice con clarin sonoro
La catástrofe horrenda del troyano;
O el Arjentino cisne envuelta en lloro
Nos pinte a Dido y su dolor insano; [1]
Mientras yo al son de gaitas y panderos
Solo canto *Toraidas* y *Toreros*.

Si atiendes al clamor de un mal poeta,
O tú del Helicon númen eterno,
Si tanta empresa quieres que acometa
Dame del *Aries* o del *Tauro* un cuerno;
Al son de la estrambótica trompeta
Resonarán los huecos del averno,
Y Juanchos y Romeros en cuadrilla
Prepararán la espada y banderilla.

En plena posesion como unos reyes
Estábamos del circo, en paz profunda,
Cuando violando las taurinas leyes
Se amotinó una plebe furibunda,
Y sobre si eran toros o eran bueyes
Hubo escándalo, asalto y barahunda,
Hasta que al fin volar vieron mis ojos
Tablas, sillas, y bancos por despojos.

Yo ví ultrajada en el saqueo infando
La pica de Palanca, ¡ó caso fiero!
Pica que honrára al mismo Villandrando,
Y en qué manos!.. ¡en manos de un lechero!!
Ví a una ninfa en gran riesgo reclamando
Contra el vulgo frenético y grosero,
Víla sobre un tablon que se derrumba
Como al ánjel de luz sobre una tumba.

A *Repollo* y *Violin* llamaba airado
El vulgo en el furor que le enajena,
Mas el violin estaba destemplado,
Y el repollo cual blanda berenjena;
Asustados los dos bajo el tablado
Quién sabe lo que hacian en tal pena;
Ai, no salgas! escóndete Repollo,
Que eso seria echarle trigo al pollo.

---

1 El Sr, D. Juan Cruz Varela autor de las hermosas trajedias la Dido y la Arjia, y de otras obras clásicas. (El A.)

Allí vendióse en bárbara subasta,
Y à precio vil, la espada de García;
Dulces vi por el suelo en caldo y pasta,
Y una lluvia de almendras y arropía;
Un confuso tropel de varia casta,
A la mosca! y al mono! repetía,
Y al boletero asaltan con encono,
Mas ya estaban en salvo mosca y mono!! [1]

Por esto fulminóse providente,
De «*No mas Toros*» el fatal decreto,
Decreto que lloraron tristemente
El rico, el pobre, el necio y el discreto;
Y hasta los mismos del motin furente
Llenos ya de pesar y de respeto,
Decian clamoreando como gansos:
Vuelvan los toros aunque sean mansos!!

Pues bien, ya los teneis.... cesen los lloros;
Ya cuatro circos instalarse veo,
Caballitos, pelota, gallos, toros,
Todo es zambra feliz, todo es bureo!
Do quiera imitan infantiles coros
El mujido, el relincho, el cacareo;
Mas el profundo observador bien nota
Que prefieren el toro y la pelota.

¿No los veis con manoplas o paletas
Echando su *arrayúa* à lo estranjeros,
Con riesgo de narices y peinetas
A la pelota retozar lijeros?
¿No veis otros con jiros y gambetas,
Cabalgando en escobas, o carneros,
Jugar al toro, y con horrenda grita
Imitar a Palanca y Coronita?

Oh espectáculo bello y democrático
Que amalgama a las clases diferentes!
Donde al entrar depone el mas cismático
Necio orgullo, y pasiones insolentes;
Un talisman divino, un goce estático
Une en fraterno lazo a los valientes
Que acompañaron a los tres Campeones
De Sarandí, del Cerro, y de Misiones.

Mientras llega la hora y sale el toro
Una música dulce el tiempo engaña,
Que en grato alegro y a compas sonoro
Preludia la festiva *media-caña;*
La comparsa del bronce haciendo coro
Allí do alumbra Febo la acompaña,
Y batiendo las palmas placentera
Entona.... «media caña, caña entera.»

Allí las bellas ninfas con finura
Conquistan con mirar a mil amantes,
Realzando del cuadro la hermosura
Los sombrerillos, plumas y turbantes;
Allí la vista absorta se figura
Con colores mas vivos y elegantes,
Un aéreo jardin de flores bellas,
O rutilante círculo de estrellas

Allí el fuljido Febo.... mas no incumbe
A mi aliento el clarin, sino la gaita,
Ni tampoco pretendo que me zumbe
El apolíneo coro, y gruña el taita;
Toquémos nuestro cuerno que retumbe
En Hamburgo, Pekin, y Cotagaita,
Anunciando en mujido a fuer de toro
Que ya ha tornado al mundo el siglo de oro.

Ya Coronita de embajada pasa
En hombros de Neptuno al occidente,
A hacer la adquisicion del gran Zaraza,
Zaraza sin mojar... pieza escelente!!
Tambien el jóven Juancho vendrá a casa
Que su noble prosapia no desmiente,
Y es en lo astuto, impávido y despierto,
De tan escelsa rama digno enjerto.

Otro ilustre emisario a fuerza de oro
Recorre la campaña en este instante,
Porque pueda con pompa y cón decoro
Traer a *Meloncito* el ambulante,
El cual si alguna vez lo atraca el toro
Será melon de olor... y algo fragante,
Pues suele aquella bestia en su bravura
Con los cuernos hacer la caladura.

1 La voz boletero que no trae el diccionario castellano, y las de mosca y mono significando dinero, son locuciones de las que no es responsable el autor sino el vulgo que las profería. (El A.)

Ya me imajino ver al toro adusto,
Y a Palanca gritándole *acá hijito!*
Con aquel vozarron que inspira susto
Retumbando en los ecos del distrito:
Los cuernos baja el animal robusto,
Bufa espantoso, y acomete al grito,
Puja y puja el campeon, las piernas cierra,
Y el toro y el rocin besan la tierra.

Llueven luego *cumquibus* o pesetas
Sobre el rocín que sale dando coces,
Y los hijos de Apolo cien cuartetas
Preparan encomiásticas y atroces;
Porque solo ofrecemos los poetas
En lugar de *cumquibus*, nuestras voces,
Que aunque suene a prefacio el verso intonso,
Mejor es un prefacio que un responso.

Venga el fiero bicorne de Pasife
Que enjendró al Minotauro horror de Creta,
O el toro que llevára a fuér de esquife
A su ninfa bogando a la jineta [1]
Preséntense; y al inclito alarife
Cada cual por su banda le acometa,
Y de repuesto Alcides con su tranca,
Y verán todos tres quien es Palanca!!!

¿Y no miras, no sientes, no te late
El corazon de orgullo y de contento
Al ver que un racional resiste, abate,
Y postra al fin de un bruto el ardimiento?
¿Y quién, al ver el hórrido combate,
De una parte el furor, de otra el talento,
Aunque el grave espectáculo le asombre,
No saldrá envanecido de ser hombre?

Si a esto llaman locura, otras mayores
Hacen jentes ilustres y preciadas,
Que cual gallos preparan gladiadores
Para el solemne circo de trompadas;
Roma vió cuatrocientos senadores
Y a un soberano andar a las puñadas,
Contemplandose aquellos mui felices
Con perder solo un ojo o las narices. [2]

Los riesgos que ponderan.... desatinos
Son que un ciego terror se forje en vano;
Mas víctimas se llevan los pepinos
O el agua fria en tiempo de verano;
De mil formas se muere, los destinos
No es dado contrastar al triste humano;
¿Y quién sabe si a veces son los bueyes
Fatídicos ministros de las leyes?

Mas vuelvo al circo, y miro de repente
A Repollo, y aquel *de voz de pito*,
Ya a sus capas se lanza el Toro ardiente
Entre aplausos y estrépito infinito;
No diré yo cual sea el mas valiente,
Porque en reglas de gusto no se ha escrito;
Hai hombre que prefiere el congrio al sollo,
Y otros dan por un rábano un *repollo*.

Sale en esto a plantar su banderilla
El veloz *Meloncito*, oh paso tierno!
Mas de pronto al crujir la chaquetilla
Vuelve el toro cual furia del averno;
Préndese la garrocha en la espaldilla,
Ah, corre, corre! que te pincha el cuerno,
Conserva el melonar, pues si te espones
¿Adonde iremos a buscar melones?

Embiste el animal con choque horrendo
A la valla y el circo se estremece,
Y el inflamado globo con estruendo
Le azota el cuello, y su furor acrece;
Humo y sangre respira, y tan tremendo
La dura tierra escarba, que parece
Que llama a su enemigo con bravura,
O que empieza a cavar su sepultura.

Acércase Repollo con recato,
Mas oyendo un bufido desalienta,
¿Y quién le pone el cascabel al gato?
¿Quién al furioso toro se presenta?
Campea el animal un largo rato
Y el ajitado pueblo se impacienta;
Cuando suena el tambor, y la alegria
Se pinta en todos al salir Garcia.

1 Júpiter convertido en Toro por la ninfa Europa la robó, y cargándola en sus lomos se arrojó con ella al mar. (El A.)
2 El Emperador Cómodo solia descender al Circo para luchar o andar a trompadas. (El A.)

Ornan su chaquetilla rozagante
Recamos y melindres de oro y plata,
En la diestra el acero centellante
Y en la siniestra el manto de escarlata;
Una banda lucida y elegante
El ceñido calzon sujeta y ata.
Llega, y llamando al animal valiente
Le ajita el manto ante la torva frente.

La sangrienta cerviz entumeciendo
Al purpúreo cendal embiste airado,
Mas le evita García, y revolviendo
Torna a llamarle en el opuesto lado;
Otra vez acomete el bruto horrendo
Y con mortal herida traspasado,
Bambolea un instante, desfallece;
Cáe a sus pies, y el suelo se estremece.

Con entusiasta ardor inmensas voces
Se elevan a García proclamando,
Mientras su alma se inunda con los goces
De un placer entre duro y entre blando;
En caballos ariscos y veloces
Luego entran dos jinetes, que arrastrando
Sacan al toro convertido en yelo
Surcando con el asta el duro suelo.

Oh Ignacio, Paraguai, Vequis, García
Malagueño, Violin, Repollo, Palma,
Casavalle, y Corona!! En este dia
Diez coronas os diera con el alma,
Y a ti inmortal Palanca te alzaria
Por signo hasta el zodiaco, donde en calma,
En estrellada esfera, en circo de oro
Dieras lanzadas al celeste toro.

SEGUNDA.

Oh deidad que presides refuljente
Del bicorne Parnaso en las dos cumbres,
Alúmbrame benéfico, induljente,
Pero por las costillas no me alumbres;
Y del licor de la castalia fuente
Concédeme, siquiera, un par de azumbres;
Porque ornado de inmenso perifollo
Brinde un lauro a Palanca otro a Repollo.

Lució el fúljido Febo, rayó el dia
De la solemne fiesta sin segunda
(Que en los taurinos fastos a fé mia
No la ha habido mejor, ni mas jocunda)
Cuando escucho un tambor.... el alma mia
Siente una sensacion grata y profunda....
Ya no cantaban gallos ni serenos,
Mas dudo si es tambor, o si son truenos.

Acércase el rumor; ya reconozco
La querida señal, y un sentimiento
Que unos llaman pulido y otros tosco
Me hace saltar del lecho en el momento;
Imajínome oir.... *al negro! al hosco!*
Ya miro del concurso el lucimiento,
Mientras el pecho en su ilusion se ajita
Divagando entre Palma y Coronita.

Todo el pueblo se llena de contento,
Un nuevo ser le anima; y hai alguno
Que cual camaleon papando el viento
Se dirije al Cordon estando ayuno;
Dirá un censor adusto en el momento,
Eso no es ser cristiano, es ser moruno!
Mui bien.... sean cristianos, sean moros,
Nadie piensa en comida cuando hai toros.

En el alto zenit resplandeciente
El carro la de luz divide al dia,
Y ya una inmensa procesion de jente
Al hermoso espectáculo acudia;
Corre el jóven y el viejo juntamente;
Y las ninfas vendiendo lozanía
Con la mano en el moño van con tiento
Poniendo el peineton a sotavento.

Otra el pulido talle ostenta ufana
O el nuevo sombrerillo de alta copa,
Y mas allá la esbelta cortesana
Se mece cual bajel con viento en popa;
Una turba de niños corre insana
Y cada uno cual toro brinca y topa,
Mientras que a sus hermanas en secreto
Les ofrece un galan dulce y boleto;

Tal era la vistosa perspectiva
Del camino del circo el dia hermoso
En que una multitud varia y festiva

Corria al espectáculo grandioso;
Palcos, gradas, cazuela, abajo, arriba,
Todo llena el concurso numeroso,
Que impaciente y ansioso en su deseo
Así que llegó el juez dió un palmoteo.

Brama encerrado el toro, y entre tanto
Que los chulillos a la lid se ofrecen,
Bate el cuerno el toril, y por encanto
Las esperanzas y el temor acrecen:
Con pulsaciones de placer y espanto
Del corazon las fibras se estremecen,
Tira el cerrojo el flaco Guarda-ropa,
Y sale el toro, y a Palanca topa.

Un simultaneo aplauso y un cohete
Con estrépito suben hasta el cielo,
En tanto que el magnifico jinete
Con su honorable espalda bate el suelo;
García echa su capa, y arremete
A Repollo veloz que toma el vuelo,
Y por detras el animal cornudo
Dió, por darle un bufido, un estornudo.

Para vengar su honor bien adquirido
Torna el bravo Palanca a la palestra,
Acométele el toro embravecido,
Y cede al brio de su heroica diestra;
Tambien dió Casavalle distinguido
De su arrojo y valor hermosa muestra,
Cuando admirando el pueblo su pujanza
Sostuvo al toro hasta romper la lanza.

Mas no quiero estenderme en dar loores
A los toros, tampoco a los toreros;
Que si aquellos han sido los mejores
Estos fueron valientes y lijeros;
Fueron el negro y blanco, superiores,
Lo mismo los del medio y los postreros,
Mas el cuarto o el quinto fué un torillo
Que balló sin cesar el fandanguillo.

Tienta el diablo a Repollo mui orondo
A hacer un grande lance sin recelo,
Cuando embístele el toro, y cae redondo,
Mas no en la tentacion, sino en el suelo;
Él vió un cancél, y dijo, aquí me escondo,
Que hasta escondido se le eriza el pelo,
Y para no incidir en otro antojo
Se apareció despues, finjiendo el cojo.

Sale luego otro toro y gritan, este
Es otro que bien baila.... y no bailaba.
Porque era un animal bárbaro, agreste,
Que no entendia el baile y corneaba:
A Coronita en el calzon celeste
Con furioso encontron las puntas clava,
Y si la suerte al infeliz no abona
Saca el toro los cuernos con *corona*.

Líbrelo Dios! y dando de soleta
Él y todos se salven de un aprieto,
O aprendan de Repollo la discreta
Precaucion con que guarda su coleto;
Mas en caso funesto, cual poeta
Con dolor de mi alma ya prometo,
Que al primero que caiga, en verso záfio
Tengo de hacer el mísero epitafio.

PATAGORRILLO TAURI-POÉTICO, O TORAIDA CON MORRION.

TERCERA.

Llegó el ansiado dia; oh cuán sereno
Despejado el Oriente se engalana!
Y de Amphitrite en el undoso seno
Brillan reflejos de esmeralda y grana;
Sube Febo a su trono, un dia ameno
Nos premia el largo afan de una seman.
Y el tamboril que en gozo me enajena
Taran tan plan, taran tan plan resuena.

Sigue y sigue tocando con aliento
Oh atezado tambor, injerto en chino!
Y atruene a todo el pueblo ese instrumento
Nuncio del espectáculo taurino;
Corren en pos de tí con ardimiento
Cien jóvenes que envidian tu destino,
Y el mismo Apolo, si del Pindo baja,
Cambiaria su plectro por tu caja.

Así en andrajos
Tú me pareces
Mejor cien veces
Que el Dios de amor:
No mas trabajos
Penas y lloros,
Ya de los toros
Suena el tambor.

A los balcones
A ver se asoman,
Ninfas que toman,
Hombres que dan:
Los corazones
Salen del centro,
Latiendo adentro
Taran tan tán.

Sin pensar en potajes ni en cocina
Inmensa multitud corre a la Plaza,
No menos que otro tiempo en Palestina
Cuando tocó a mil hombres por hogaza;
Oh ayuno meritorio, oh pasion fina!
Que de mayor prodijio tiene traza,
Pues estos con el ansia y los afanes
No han comido entre todos cinco panes.

Van en lucidos coches preparados
Los que tienen favor o patacones,
Mas en duros carruajes apilados
Niños, viejas, muchachas y barbones;
Así cual tomatina misturados
Con el calor aprieto y trompicones,
Se encuentran en la tosca carretilla
Ellas hechas pastel, ellos tortilla.

Las ninfas de la pesca, de antemano
Ya tienden su palangre al tonto o ciego,
Que el falso halago y el afecto vano
Con el palco y los dulces paga luego;
Solo tira ventajas el que insano
Desabrocha mas pronto su talego,
Porque al diablo de ogaño se le antoja
Que solo tire mas quien mas afloja.

Mas luego a deshora.
Conoce el desfalco,
Y al toro y al palco
Maldice a la vez:
Y ella que traidora
Chupóle la sangre,
Recoje el palangre
Y busca otro pez.

Si a algúno le pega
La sátira oculta,
Apolo me indulta
De pena y de mal:
Y en vano reniega,
En vano se enoja
Si al tira y afloja
Perdió su caudal.

Mas ya en el circo estoi, en dulce coro
Canta il populo multo, y mil clamores
Repiten con ardor, que salga el toro,
O escitan a los bravos lidiadores;
Dorina ostenta allí sus trenzas de oro,
Aquí Filis sus dijes y sus flores,
Revoleando en torno a sus zarcillos
Con amoroso afan mil cupidillos.

El apuesto y gallardo Malagueño
Con jitano donaire se presenta,
Y preparado al jeneroso empeño
Hacer alarde de su garbo intenta;
Allá junto al toril con torvo ceño,
Cabalgando un bucéfalo, se ostenta,
Ancho de encuentros, recojida el anca,
Con su potente pica el gran Palanca.

A competencia se van
El caballo y el jinete,
Pues si el uno sorbe el mosto,
El otro los vientos bebe.
Sus ojos do quier vagando
Se inflaman o se oscurecen,
Con crepúsculos de luz
Entre opacos y entre alegres.

Descubren de cuando en cuando,
Sus greñas que el viento mueve,
Las cruzadas cicatrices
Que su figura ennoblecen:
¡Oh cuantas veces el circo
A impulsos de cuerno aleve
Barrió con la noble espalda,
O hirió con la heroica frente!!

Allí todo es placer, todo es motivo
De entusiasmo y ardor; si salta un perro
Atolondran al tímpano auditivo
Los silbos, la algazara, o el cencerro.
El mas libre de lengua es mas festivo,
Que erijirse en censor fuera gran yerro,
Cuando se ensanchan, por virtud del toro,
Las melindrosas trabas del decoro.

Poco airoso Coello aunque atrevido,
Anda el circo con pasos desiguales,
Y en ajustadas calzas entumido
Muestra los polvorosos calcañales;
A la par va Arellano que ha sabido
De valor y destreza dar señales;
Mientras sobre un cancel el buen Repollo
Se da en espectacion como un pimpollo.

Ya la redonda pierna
Bambolea festivo,
Ya al son del instrumento
Salta airoso en el circo:
Y las mórbidas formas
Del volumen rollizo,
Le tiemblan ajitadas
De agradables salticos.

Mui chulo andas Repollo,
Pero luego al torito
A retaguardia y lejos
Lo tratas con desvío:
No mueres de cornada,
Ni yo tendré el martirio
De inscribir en tu fosa
El epitafio digno.

Mas allá por el circo se pasea
El ambidextro Palma sin capilla,
Luciendo ante la estática asamblea
El cuerpo chulo y gruesa pantorilla.
Coronita tambien lucir desea
Ornado manto y nueva monterilla,
Confiando en la fama que pregona
El sobrenombre ilustre de Corona.

Allí se mira a Bequis que ha jurado
Con los toros la alianza mas discreta,
Y el prudente García preparado
A buscarle la nuca en la paleta;
En esto llega un héroe acrisolado
Estribando cual moro a la jineta,
Y se entra por el medio abriendo calle
En su bridon el bravo Casavalle.

Sobre la atezada frente
Tostado y crespo el cabello,
Indica el misto linaje
De africano y de europeo:
El impaciente corcel
Tascando espumoso el freno,
Con el resonante callo
Quiere castigar al suelo.

Y en las anchas federicas
De fuerte y lustroso cuero,
Al soberbio bruto ajitan
Dos acicates sangrientos;
Blandiendo la enorme pica
Junto a Palanca se ha puesto,
Porque pretende igualar
Las glorias de su maestro.

Mas ya el Juez se presenta: en el momento
Da la seña el tambor con un redoble;
Sube un cohete a la rejion del viento
Y apareja Palanca el duro roble;
Sale un toro feroz y corpulento,
Y al ver del héroe la presencia noble,
Baja la frente horrífica y cornuda
Como quien reverente le saluda.

Viendo que no le embiste al *vente hijito*,
Que al paternal cariño se hace ingrato,
Le suelta *aquel requiebro* favorito
Con que ofende al oido y al olfato;
Al rudo acento, al injurioso grito
Le asalta el animal con arrebato,
Y allí Palanca con desdoro y mengua,
Pagó las demasías de su lengua.

No resisten al choque tremendo
El rejon ni la fuerza del brazo,
Que el jinete con fiero porrazo
Hizo el suelo y el circo temblar;
El caballo le oprime, y muriendo,
Con su cuerpo le sirve de escudo,

Mientras tanto que impávido pudo
Mal ferido del riesgo salvar.

El dios Baco dió un grito mirando
Que ya el toro lo prende y lo agarra,
Y asustado con hojas de parra
Por no verlo sus ojos tapó:
Y la fama voló publicando
Con acento patético y tierno:
¡Oh mal hayan el toro y el cuerno!
Ya Palanca su gloria eclipsó!!

Ay, cual cunde el terror! y huyen el bulto
Al animal tan grande como un rancho,
A cuyos fieros cuernos dificulto
Que pudira atreverse el mismo Juancho;
Viendo el porrazo de Palanca inulto
Gritaban sus parciales, ¡esto es gancho!
Mas da tres toques el tambor sonoro
Y salió, a fuer de bravo, libre el toro.

Presentáse el segundo adusto y fiero
Y embiste a Casavalle, que animoso
La ofensa de su ilustre compañero
Supo vengar mas diestro o mas dichoso:
Una furia bicorne era el tercero
Que con bramidos atronaba el coso,
Mas en medio del circo su pujanza
Postró dos veces la ominosa lanza.

Fué el toro primero
Y los sucesivos,
Los siete pecados
Que dá el catecismo:
Sin ser maragatos
Cargaban con brio,
Cornudos en forma,
Mas no consentidos.

Oh cuántos aplausos
Y cuán repetidos,
El héroe valiente
Obtuvo en el circo!
En tanto que otros
Con befa y con silbos,
Siendo corredores
Quedaron corridos.

¡Qué es ver a Repollo
Andar pavorido,
Perdiendo capillas,
Ganando escondrijos!
Y luego que al toro
Lo enlaza *Chivico*,
Bailarle a la cola
Con muecas y brincos.

No permitió a García el hado insano
Sostener el honor de su tizona,
Pero él supo guardar como cristiano
El quinto mandamiento, y su persona;
Un toro de los siete por su mano
Alcanzó del martirio la corona,
Cada cual a la espada le acomete
Mas no dirán que ha sido un mata-siete.

Aquí llegaba mi poema; y cuando
Me negaba Talia sus raudales,
Aparece el *Relámpago* surcando
Del ceruleo Neptuno los cristales;
Zarpa el veloz esquife, y en llegando
Se presentan dos héroes a los cuales
La redondez del mundo viene escasa,
El insigne Patricio, el gran Zaraza.

Salve Patricio! tu valiente padre
Tigres y toros domeñar sabía,
Siendo trofeos de su heróico brazo
Uñas y cuernos.
Célebre Juancho, la ominosa frente
Alza si puedes de la tumba fria!
Vé cual se muestra del honor paterno
Digno tu hijo.

Salve otra vez, Patricio, hijo y tocayo
Del vencedor de un tigre! Jove asista
A tu brazo y espada, a cuyo rayo
No habrá cosa con cuernos que resista,
Si airoso sales del primer ensayo,
(Voi a usar la espresion de un financista)
Verás llover do quier con mano franca
En lugar de papeles.... *plata blanca*.

Y tú ilustre Zaraza, distinguido
En el Pueblo feliz que baña el Plata,
Que llegas de la fama precedido
Y de los hechos que su voz relata,
Si te portas dichoso y atrevido
Daréte por refresco alguna orchata,
Y porque al mundo mi largueza asombre
Un sayo de la tela de tu nombre.

Mas aqui ya el Pegaso
Fatigado y molido,
Me arroja de sus lomos
Con fatalas corcovos y relinchos;
Y concluyendo apenas
Este patagorrillo,
Recíbalo el que quiera
Como don de amistad corniflorido.

TORAIDA RABONA.

CUARTA.

Salve al bravo Palanca! en hojas de oro
Pueda su nombre eternizar la historia!
Gloria a Cejas, que fuerte y con decoro
Mantiene de su lanza la memoria!
Al ilustre Patricio que es del toro
El terror y la muerte.... salve y gloria!
Y a Arellano, Corona, y Bequis diestro,
Salve tambien... con gloria, y padre nuestro.

Si te burlas, lector, con faz toruna
De mis versos en forma de novena,
Deja al menos que toque parte alguna
A Zaraza y Repollo en esta trena;
Los alzaré a los cuernos de la luna
Coronados de hinojo y de verbena,
Porque entre Tauro y Capricornio eternos
Sean los dos constelacion con cuernos.

Y si la crítica
Sin causa sólida,
La frente estólida
Pretende erguir:
Yo con política
Su intento exótico,
Por estrambótico
Sabré eludir.

Pida un acólito
En tono ascético,
Que amor patético
Premie su afan:
Que yo en insólito
Metro romántico,
Pido en mi cántico
Toros y pan.

Y oyó Jove mi voz!... Jove que implora,
Y que debe implorar todo chulillo,
Porque a la ninfa Europa antes de ahora
Hizo el amor en forma de novillo;
Dió sobre el parche la señal sonora
El tambor narigudo y amarillo,
Y a cada golpe de su ronca caja
Respondia mi pecho cual sonaja.

Oh que paisaje tan lucido ostenta
El circo ante mis ojos! allí ufano
Preparado a la lidia se presenta
Cada chulillo con su andar jitano;
Allá está Coello que sus triunfos cuenta,
Repollo mas acá salta lozano,
O prendido a un cancel cual lagartija
Bambolea sus piernas de botija.

Aquí junto al toril tocan un cuerno,
Allá haciendo de un trapo banderola
Maestro Juan se prepara echando un terno
A plantar sus rejones por la cola;
Alza junto al patriarca sempiterno
La gaya jente inmensa batahola,
Y en la salsa de gracias y dislates
No escasean los *ajos y tomates.*

Acá miro a Patricio reluciendo
Del vestido bordados caracoles,
O los ojazos revolver tremendo
Como dos pesos patrios con sus soles;
Zaraza allí los labios relamiendo
Difunde cierto olor a vino y coles,
Y Bequis.... pero basta, pues ya veo
Que anuncia el primer toro el palmoteo.

Sale un toro cargador
De gran morrillo y piel blanca,
Que ciego embiste a Palanca
Con pujanza y con furor;
Mas le alumbra con valor
Por si encandilado está,
Y hubo quien dijese ya,
(Salvo su honor y decoro)
Que él alumbra bien al toro
Cuando *alumbrado* no está.

Cejas, que la jente llama
Con apodos diferentes,
Mostró en acciones valientes
Ser digno de heróica fama;
Viva D. Sancho! conclama
La turba de rancho y gancho,
Mas él hace el pecho ancho
Al apodo impertinente,
Probando así justamente
Que *al buen callar llaman Sancho.*

¿Y quién las banderillas animoso
Se atreverá a plantar con mas despejo?
Quién, sino Coronita que glorioso
Sabe arriesgar su fama y su pellejo?
Coronita que alienta jeneroso
Corazon juvenil en cuerpo viejo,
Dá el ejemplo al valor; luego Arellano
Le planta dos con la siniestra mano.

Emulando a su digno compañero
Desempeña Zaraza su destino,
Dando el grito de atras al toro fiero
Con voz discorde y ensopada en vino;
Encendido en furor parte lijero
El animal, y el otro que es ladino,
Con pié veloz, aunque parece enclenque,
Se salva entre los biombos del palanque.

Suena luego el tambor, y como un dardo
Vuela Patricio a la señal de muerte,
Tira el sombrero al suelo, y sin retardo
Llama al fiero animal con eco fuerte;
Este asalta furioso, mas Duardo
Yerra una vez, y a la segunda suerte
Lanzando a *volapié* dura estocada,
Deja a la fiera ante sus piés postrada.

Oh qué gozo,
Qué alborozo
De cualquiera
Se apodera,
Y al momento
Sube al viento
Un cohete
Volador.

Grandes, chicos,
Pobres, ricos,
Todos gritan
Y se ajitan;
Todos llaman,
Y proclaman,
A Patricio
Vencedor.

De negra piel y bárbara figura
Sale el segundo toro por contraste,
Poniendo al gran Palanca en apretura
Que apénas su pujanza y ciencia baste,
A Cejas acomete con bravura
Y dá D. Sancho con su cuerpo al traste;
Mas quedando sangriento el toro negro
La música en su honor tocó un alegro.

A este fiero animal, y otro de cuenta
El último y mejor de la jornada,
El gran Patricio que su fama aumenta
Los mató a cada cual de una estocada.
En vano el odio o la cabala intenta,
Bravo Duardo deslustrar tu espada:
De cobre es tu color, mas tu alma es de oro,
Y el corazon... mas grande que el del toro.

Deja bramar la envidia: así arrastrando
En torno al poste rústica cadena,
El sañudo mastin se altera, cuando
Diana con su esplendor los cielos llena;
Y dá tristes aullidos, redoblando

Su ladrar impotente;... mas serena
Derramando la luz que le importuna
Sigue su curso la esplendente Luna.

Mas ai, que olvidaba,
Y fuera injusticia
Que intento y malicia
Pudieran llamar,
De dar a los chulos
El lauro debido,
Con que han merecido
Sus frentes ornar.

Mostraron en lances
De honor y osadia
Valor este dia
Visto a toda luz:
Coello el de las piernas
En forma de.... X,
Y el nclito Bequis
De garbo andaluz.

Rompió sus calzones
Repollo, y al cabo
Sacó un tapa-rabo
Con casto pudor:
El es de los chulos
La flor y el cogollo,
¡Oh cuando, Repollo,
Serás coliflor!

En fin caballeros,
De la órden del asta,
Guardáos, y basta,
Aquí para nós:
Toraida rabona
Es esta que acabo,
Hasta otra con rabo,
Toreros.... adios.

TORAIDA DE ALELUYA.[1]

QUINTA.

No canto al bravo Cejas de ancha espalda,
Ni al gran Patricio de tremendos ojos,
Ni al digno Coronita la guirnalda
Pienso ofrecer de tauricos despojos;
Ya los subí al Parnaso.... allá en su falda
Clío los recibió puesta de hinojos;
Ora voi a cantar con mas acierto
A Dominguez, Macías, Luque, y Puerto.

Despues de tres semanas, no lo dudo,
No habrá lector curioso ni induljente,
Porque ya el bello sexo, y el barbudo
Solo quieren toraidas en caliente;
Pretenden que un poeta a lei de embudo
Sople y haga botellas juntamente,
Y el menos melindroso dirá al cabo,
Al asno muerto la cebada al rabo.

Mas nada me acobarda, y si la orilla
De la Hipocrene toco, o sus raudales,
Tambien tendran un lauro sin mancilla,
Gomez, Vega Jimenez, y morales:
Empero a mi poema o tonadilla
Tal vez cuelguen y quemen mis rivales:
Pues ya con mal presajio y tristes dudas
Sale en sabado santo como el Judas.

Qué mormullo!
Qué barullo!
Cuánta jente
Dilijente!
Qué aparato
De arrebato
Se oye en torno!
¿Qué será?

Caja suena,
¡Señal buena!
Ya me asomo,
Ya no como,
Mi garganta
Se atraganta,
Y a los toros
Corro ya.

---

[1] Fué publicada en el Sábado Santo de 1837.

Quién despertó azorado entre dos luces,
O tres con su candil, y en camisola
Se frangolló en la frente un par de cruces
Que el diablo le deshizo con la cola.
Quién cismando con toros y andaluces
No da cuenta de sí, ni pié con bola,
Y sube y baja, y torna de carrera
Hasta no ver del circo la bandera.

Cada cual desde el punto en que amanece
Se mece en la esperanza, o bien se inquieta,
Porque el cielo ya aclara, o ya oscurece,
Y no cambia al pampero la veleta;
Cualquier nube tormenta le parece,
O el ruido del tambor cualquier carreta,
Hasta que al cabo cuando el sol asoma
Cubre un jentío del Cordon la loma.

Ya en dorada sopanda Olinda ostenta
Trémulas plumas y brillante estofa,
Célia menos feliz no desalienta
Pisando cual colchon la tierra fofa,
Otro grupo a lo lejos representa
Un convoi de corsarios de alta cofa,
Que impulsados por fresca ventolina
Navegan viento en popa, o a bolina.

Cuál se agolpa la jente, y suda, y pena,
Por entrar en el circo al primer toro,
Cuando adentro la música resuena
Y mil palmas batiendo le hacen coro.
De repente un cohete el aire atruena,
Figurando al caer culebras de oro,
Y retumba el redondo anfiteatro
Porque ha llegado el Juez, y dan las cuatro.

Si clama un rábula
Con lengua crítica
Que hoi no es política
Tal diversion;
Diré que es fábula
Su torpe lójica,
Y anfibolójica
Su insinuacion.

Malo es que un vándalo
De sangre pródigo,
El santo Código
Ose insultar;
Pero su escándalo
No sea obstáculo,
A un espectáculo
Tan popular.

Nuevo aplauso del pueblo circunstante
Se oye al salir la espléndida cuadrilla,
Que allá mil lauros mereció triunfante
Del claro Manzanares en la orilla:
Dominguez y Macías van delante
De los héroes de capa y banderilla,
Y detras Luque y Puerto, que grandiosos
Parecen a caballo dos colosos.

Colócanse en sus puestos, y al redoble
Sale un toro que a Carlos acomete,
Y la potente pica de haya o roble
Por el morrillo con valor le mete,
Hasta que el duro cuello rinda y doble,
Puja el membrudo Puerto, y porque apriete
Jú-i!... dice, y el *Jú-i* acompaña
Con eco prolongado y voz estraña.

Por la ancha nariz brotando
Globos de humo el toro fiero
Sucumbe a la fuerza, y bate
Con feroz hocico el suelo.

Al bravo Luque acomete
Con nueva furia, y a un tiempo
Tiembla a sus plantas la tierra
Y jime el aire en sus cuernos.

Cual fabuloso Centauro,
Luque en su corcel soberbio,
Es doble monstruo en un bulto,
O estraño aborto en dos cuerpos.

La fiera embiste, y bramando
Contra el poderoso hierro,
Ya trémula, ya enroscada
Azota su cola al viento.

En fin, su impotente furia
Cede, y al heróico esfuerzo

Se rinde, haciendo al caballo
Barrer con el anca el suelo.

Varios lances el héroe ha sustentado
Hasta que su lanzon voló en astillas:
Tambien Carlos se vió mas esforzado
Despues que se pelara las patillas,
Al reves de Sanson que ya rapado
Perdió el brio en los brazos y rodillas;
Y hai quien duda, quien fuera mas forzudo,
Si este sin pelos, o Sanson peludo.

A plantar banderillas arrogante
Sale Gomez lijero al dar la seña,
Y de a dos y de a cuatro en un instante
Al misero animal cargó de leña.
Sube al cielo el aplauso resonante
Al ver con qué valor se desempeña,
Brama el toro, sacude los zarcillos,
Y toca un rigodon con diez palillos.

Golondrina tal vez le llamara
Por lo negro del traje y lijero,
Bien que al pueblo compete, y refiero
El bautismo del bravo campeon:
Mas al otro trigueño de cara
Que le iguala en destreza y bravura,
Sin padrinos, ni hisopo, ni cura
Le bautizo llamando *Pichon*.

Compitiendo en destreza y osadia
En otros toros el valiente Vega,
Los ojos nos llevaba, y yo temia
Que iba toda la jente a quedar ciega;
Cargan los dos a un toro, y ya corria
Aquel lleno de ardor.... mas Gomez llega,
Llama de pronto a un lado, y al avance
Planta sus dardos, y le roba el lance.

Tras un cancel guarecido
Estaba echando bravatas
El que anduvo el Circo *a gatas*
El *non plus ultra* Vellido;
Se oyó un eco del tendido,
¡Que salga Ignacio a matar!
Y el *traga-toros* sin par
Dijo, no, que es toro infiel,
Ando de cuernos con él
Y aun no lo puedo tragar.

Alcanzando una y otra banderilla
Anda el gordo Repollo en movimiento,
Repollo que despues de ser *capilla*
No llegó a ser párroquia ni convento:
No piensen que le tomo con rencilla
Por la punta o la proa en mi argumento;
O diga el que lo infiere y lo barrunta
Si hai repollo con proa ni con punta.

Entretanto con rústica bravura
El toro que sangriento brama y muje
Vé pintada de un chulo la figura,
Y embiste al biombo que se cimbra y cruje;
El corazon se oprime con pavura,
Tiembla todo el andamio, y al empuje
Percibe cada cual bajo su asiento
La trémula impresion del movimiento.

Ya Dominguez la espada, animoso
Apercibe, y al toque de muerte
Sale al circo, e impávido y fuerte
Pasma a todos con ánimo audaz:
Un susurro do quier pavoroso
Se difunde, y el alma se apena;
Todos tiemblan.... tranquila y serena
Solo el héroe presenta la faz.

¡Cuán gallardo y esbelto se ofrece
Digno objeto de Cipria y de Marte!
En sus galas refleja y reparte
Mas brillante sus rayos la luz:
Con la espada, en su mano aparece
La capilla que al aura tremola,
En sus brios el alma española,
Y en sus formas el aire andaluz.

Llega airoso, dá un grito, y la fiera
Que escarbando la tierra se ajita,
Contra el rojo cendal que la irrita
De repente bramando embistió:
En el hierro que oculto la espera
Se atraviesa la bestia irritada,
Y hasta el puño sangrienta la espada
Entre aplausos el héroe mostró.

De palcos y lunetas,
De gradas y sillones,
Con mil aclamaciones
El aura resonó.
Oh valiente Dominguez,
Solo puede, en tus dias,
Igualarte Macías
Mas superarte, nó.

Al insigne Macías considero
Sublíme en el valor diestro en el arte,
Y a la par de Dominguez por guerrero
Digno del lauro que le ofrece Marte;
Segundo espada sin tener primero,
Una toraida mereciera aparte,
Pues si aquel cuatro toros acomete,
Los tres que este mató valen por siete.

A Dominguez un toro atropellando
Le puso en grande riesgo; mas valiente,
Por no perder su espada, tropezando
Se dió un golpe en el biombo prominente:
Así la oronda ninfa resbalando
Lleva la mano al moño, y cáe de frente
Y se rompe las muelas, pero en suma
Salva en el aire el peineton de pluma.

De uno y otro campeon en su alto empleo
Confiesan la igualdad jentes sensatas,
Mas por lo que es las ninfas, ya lo veo,
Son adictas al uno, al otro ingratas;
Por mí, si es nari-lindo, o nari-féo
Yo reparo en los bríos, no en las ñatas,
Y no me importa cuando versos hago
Si la nariz es *Roma* o es Cartago.

Mas ai, que el Pegaso
Ya al suelo me arroja,
Y aun no he repartido
Las ocho coronas:
Pues las que a Repollo
E Ignacio se amoldan,
Gratis et amore
Mi afecto las obla.
Ai, que a poner iba
El *finis coronat.*
Sin haber pelado
El rabo a la zorra.
Faltaba Morales
De apuesta persona,
Que en las banderillas
Su nombre acrisola,
Y el diestro Jimenez,
El gozo y la gloria
De todos los chulos
Que el mundo pregona.
Mucho les cantara,
Aunque es a deshora,
Y no es culpa mia
Si Apolo lo estorba.
Mas es, que en la lista
Vienen a la cola,
Y *el último mono*
Dicen que *se ahoga.*

GARCÍA GOYENA.

El Dr. García Goyena es hijo de Centro-América.—Solo conocemos de él la coleccion completa de sus fábulas, publicadas en Paris el año 1836 por el librero Rosa.

LA ARAÑA, Y LA ORUGA.

Bajo un vaso cristalino
Suelo encerrar las orugas
Para saber cuándo y cómo
En mariposas se mudan.
Este insecto por instinto
Para la muerte acostumbra
Disponerse en un retiro
Lejos del comercio y bulla.
En abstinencia perpetua,
Y con vijilancia suma,
Sus postrimeros instantes
Toda su atencion ocupan.
De cierto humor glutinoso
Que de sus entrañas purga,
Con delgados hilos teje
Las fatales ligaduras.
Contra lo terso del vaso
Repetidas hebras cruza,
Y sobre ellas sus cenizas,
Y las esperanzas funda.
Allí con impulso propio
La antigua piel se desnuda,
Y bajo el nombre de ninfa
Una bolsa lo sepulta.
Pasados algunos dias,
En que el calor la fecunda,
Ya mariposa brillante
Sale volando de la urna.

Observando este portento
Una vez, como otras muchas,
Ví en un pequeño resquicio,
Que estaba una araña oculta.
Entre el vaso y la pared
Estendió su tela astuta
Con cuyo doloso arbitrio
Su efímera vida busca.
Atisbando cautelosa
A un gusano en su clausura,
Entre dientes murmuraba,
Haciéndole mofa y burla.

«¡Qué raro tema, decia,
A este bicho preocupa!
No come, bebe, ni duerme,
Pensando solo en la tumba.
¡Pobre diablo, con qué empeño,
Con qué calor, y qué furia
Ha tomado por oficio
Labrarse la sepultura!
Las entrañas se devana,
Y para morir madruga:
De las delicias se priva,
Y hasta el pellejo renuncia.
Yo tambien me desentraño,
Pero por la causa justa
De procurarme la vida
Y placeres, que la endulzan.
Al solo nombre de muerte
El cuerpo se me espeluza,
Su mas remoto peligro
Me hace guardar esta gruta.»

Oyólo todo el gusano
Y con su voz moribunda
Le dijo: «los dos tenemos
Razon en nuestra conducta.
Tú, que otra vida no esperas
Mas que la presente, gusta
De sus placeres, y teme
Que la muerte los destruya.
Yo voi alegre al sepulcro,
Y aun lo prevengo de industria,
Porque la muerte es el medio
De mejorar mi fortuna.
Ahora soi gusano humilde
Que me arrastro con angustia,
Y mañana ave del cielo
Volaré por las alturas.»

Lo mismo decir pudiera
Un fraile de la cartuja
Contestándole a Voltaire
Los sarcasmos y las zumbas.
Siglo que ilustrado llaman
Las arañas de que abundas,
Aprovecha las lecciones
Con que un gusano te alumbra.

UNA YEGUA Y UN BUEI.

En un soberbio caballo
Por el campo se pasea
Un jóven, haciendo alarde
De su garbo y jentileza.
El diestro jinete pone
Su docilidad en prueba,
Y él corresponde obediente
Al manejo de la rienda.
Ya sofrenado reprime
Contra el pecho la cabeza,
Formando del cuello un arco,
De largas, lustrosas cerdas.
Tasca el espumoso freno:
Las manos con pausa alterna,
Todo el cuerpo equilibrado
Sobre las partes traseras,
Bufa y la hinchada nariz
Con el resoplido suena:
Su larga tendida cola
En el movimiento ondea.
Ya soltándole la brida,
Y aplicándole la espuela,
Tiende el cuerpo, y se dispone
A la rápida carrera.
Con ambas manos a un tiempo
El suelo hiere, y con ellas,
Y los piés horizontales,
Describe una línea recta.
Pero al mas lijero impulso
Del brazo que lo gobierna,
Suspende el curso violento
Y pára haciendo corvetas.
Entre otras que allí pacian,
Alzó a mirarlo una yegua,
Y dando un grande relincho
Dijo a un buei que estaba cerca:
«Ese potro tan bizarro
Que tanto al hombre deleita,
Es hijo de mis entrañas,
Y bien sus obras lo muestran.
¡Qué docilidad! qué brio!
Qué índole tan noble y bella!
Qué paso tan asentado!
Qué bien hecho! qué presencia!
De su jenerosa estirpe
Un ápice no discrepa:
Bien empleados los desvelos
Que tuve en su edad primera.»
El buei entre tanto estaba
Rumiándole la respuesta;
Y así que acabó le dijo
Con voz reposada y seria:
«Aunque ese potro gallardo
El nacimiento te deba,
Tú no tienes parte alguna
En sus adquiridas prendas:
Tú solo alumbraste un bruto
En su física existencia,
Que al arte y la industria debe
Los lucimientos que aprecias.
El derecho que te asiste
Es ser madre de una fiera,
Indómita por carácter,
Cerril por naturaleza.

Yo soi testigo de vista
De cuánto al hombre le cuesta
Haber domado su furia,
Y adestrado su rudeza.

Así, Padres de familias,
La República pudiera
Responder por muchos hijos
Que su poblacion aumentan.
El hombre sin las costumbres
Que la educacion enjendra,
En lo político toca
A la clase de las bestias.

LOS MUCHACHOS, LOS SANATES Y EL LORO.

En un naranjal su nido
Un sanate construia,
Y en el pico conducia
El material escojido.
Con algun conocimiento
De reglas de arquitectura,
De la mas gruesa basura
Usaba para el cimiento.
Un bejuco, el desperdicio,
Una piltrafa, un andrajo,
De un mecate un estropajo,
Fundaban el edificio.
Con mas lijero y mas fino
Material, despues trabaja:
Cerdas, hojarasca y paja,
Retales de lana y lino;
Al fin el nido se acaba,
Y en pelillos delicados
Yacen los huevos pintados
Que la madre fomentaba.
Quiso la desgracia un dia,
Que un muchacho jugueton
Vió que del nido un cordon
De san Francisco pendia.
A otros compañeros llama,
Sube al arbol en un vuelo,
Dan con el nido en el suelo
Desprendido de la rama.
Juntos todos con gran prisa,
Proceden al inventario,
«¡Miren un escapulario!»
Gritó uno, muerto de risa,
Otro dice: «Aquí hai retazos
De patentes o de bulas...
¡La medida de Esquipulas!
¡Jesus! ¡qué picaronazos!»
Dice otro: «si a mas no viene,
Este ramo está bendito...
Miren este rosarito...
Solo dos misterios tiene...
A ver, a ver la estampita?
Es de san Pedro y san Pablo
De la cruzada... ¡Qué diablo
De sanata tan maldita!»

El exámen satisfecho
De los andrajos devotos,
Dejaron los huevos rotos,
Y el nido todo deshecho.
Mientras tanto amotinados,
Los sanates daban gritos,
Diciéndoles: «¡Ah, malditos!
¡Herejes excomulgados!
¡Oh! ¡qué horrendos sacrílejios!
Lo mas sacrosanto y pio,
¡Cómo lo ridiculizan!
Las plumas se nos erizan,
No hiciera mas un Judío.
¡Qué juegos tan execrables!
¡Qué chacotas tan punibles!
¡Hacer objetos risibles
Las reliquias venerables!
Pero el cielo que es testigo
De tanta profanacion,
Dará a vuestra irrelijion
Correspondiente castigo.»
Oyendo estos disparates,
Disque un loro mui ladino
De un Licenciado vecino
Dijo, hablando a los sanates:
«La profanacion, hermanos,
Ya la hizo quien de estas cosas
Sagradas y relijiosas
Se sirve en usos profanos.
A los cintos y cordones,
Por su bendito instituto,

No conviene el atributo
De empollar y criar pichones.
Ese celo tan estraño
Que mostrais por su respeto,
Solo tiene por objeto
Evitar el propio daño.»

La defensa muchas veces
De la relijion hacemos,
Cuando de acuerdo la vemos
Con los propios intereses.

La relijion soberana
Y su divino derecho,
Conforme a nuestro provecho,
Se consagra o se profana.

EL MACHO DE ARRIERO, Y EL CABALLO DE CARRETA.

Al potrero de Corona
Fui una tarde por paseo,
Que hasta un caballo, si piensa,
Se divierte en un potrero.

Despues de dar varias vueltas
Sin determinado objeto,
Sobre la yerba del campo
Tendí largo a largo el cuerpo.
A corta distancia estaban,
De conformidad paciendo,
Un caballo de carreta
Con el macho del arriero.
El mulo roznaba a veces,
Y en una de ellas entiendo
Que al caballo le decia
Con orgulloso desprecio:
«Eres un ente infeliz,
Tu destino compadezco,
Pobre caballo que siempre
Y por siempre habrás de serlo.
Uncido a un humilde carro,
Bajo el látigo severo,
No conoces mas recinto
Que el de tu nativo suelo.
La ciudad y la pedrera
Y este miserable encierro,
Son los términos que abrazan
Todos tus conocimientos.
Yo tengo medida a palmos,
Toda la estension del reino
Desde Trujillo a Oajaca,
Desde el Petén al Realejo.
¡Qué ciudades tan hermosas!
¡Qué sin número de pueblos!
¡Qué bosques y qué llanuras!
¡Cuántos valles, cuántos cerros!
Ahora mismo determino
Emprender un viaje nuevo:
No hai gusto como el viajar,
El mundo es un libro abierto».
Aquí corcoveó el caballo,
Y con relincho burlesco,
Le pregunta: «¿Y de ese libro
Qué sabe el señor viajero?
Al cabo de tantos trotes,
¿Qué ha sacado de provecho?
Antes de los viajes *macho*,
Y *macho* despues ha vuelto».

Yo como soi enemigo
De malquistarme, no quiero,
Por cuanto oro tiene el mundo,
Aplicar a nadie el cuento.

LOS PERROS.

No debe dudar ninguno
De mis cándidos lectores,
Que en la casa de un magnate
Haya perros a montones.
Un valiente alano siempre
A la cadena se pone,
Y en ciertas horas se suelta
Para que la casa ronde.
Un podenco mui lijero
Que con vivo olfato corre

Tras la liebre, cuando el amo
Sale a cazar en el bosque.
Un lanudo perro de aguas,
Que con los muchachos dócil,
Si le tiran la pelota
Él la persigue y recoje.
Hasta la niña de casa
Tiene su querido gozque,
Que en sus faldas acaricia
Con envidia de algun jóven.
Despues de la cena juntos
Bajo la mesa una noche,
Entre el podenco y alano
Pasaron estas razones.
«Si todos nacemos perros
Aunque con distintos nombres,
¿Por qué han de ser desiguales
Los destinos que nos toquen?
A nosotros las fatigas
Y trabajos corresponden;
Y otros logran el regalo
Y estimacion de los hombres.
No señor, en las fortunas
Turnemos todos conformes,
Aunque al lanudo y gozquejo
El partido no acomode».
Discutida la materia,
Resolvieron los perrotes
Con espíritu insurjente
Remediar aquel desórden.
He aquí que el perro de faldas
Amanece puesto al poste
De la puerta, y aunque ladre,
Miedo ni respeto impone.
Del tanque quiso el podenco
Sacar la pelota: undióse,
Y al cabo salió sin ella,
Tragando agua a borbotones.
Cuando el cazador azuza
Al perro lanudo, torpe
A la seña, ladra y brinca,
Y los conejos se esconden.
Y el alano corpulento,
Viendo la ocasion de molde,
Sobre la niña en la cama
Con lijero salto echóse.
Ella grita temerosa,
Ocurre jente, y en donde
Buscaba tiernos cariños,
Halla desprecios y golpes.
Instruido del desengaño,
Su cadena reconoce,
Y cada cual de los otros
Se reduce al antiguo órden.
Nunca podrán ser iguales
Las humanas condiciones,
Mientras deban ser distintos
Los talentos y los dotes.

LA MOSCA, LA HORMIGA, Y LA PALOMILLA NOCTURNA.

Ahora mas que nunca atento
Pretendo, lector, que estes
Al caso que te presento;
Que aunque parezca que lo es,
No es fábula lo que cuento.
Una mosca vagamunda,
Que de placeres sedienta,
En ellos su dicha funda,
Y por gozarlos se sienta
En la cosa mas inmunda.
Una hormiga afanadora,
Que acopiando se mantiene
Provisiones, aunque ignora
Para quien de los que tiene
Enemigos atesora.
La simple mariposilla,
Que desde el punto en que nace
De la roedora polilla,
La corte en círculos hace
A la candela que brilla.
Unidos estos sujetos
De mi estudio en un rincon,
Como suelen los discretos,
Formaron conversacion
Sobre distintos objetos.
«No hai vida como la mia,
Dice la mosca holgazana,
Sin partir con nadie el dia,
En lo que me da la gana
Lo gasto con alegría.

Con vuelo y gusto mudable,
Lo graso o lo dulce chupo
Al objeto deleitable;
Pero por jamas me ocupo
En cosa desagradable.
Busquen allá los avaros
Con inquietud y fatiga
Sus bienes mil veces caros»...
Aquí replica la hormiga.
«Poco a poco: vamos claros.
No apetezco de tu suerte
La libre desenvoltura,
Porque sé habrán de verte
De la miel en la dulzura
Ahogada con cruda muerte.
Mi constante dilijencia
Y laborioso ejercicio
Aseguran mi existencia,
Negando la entrada al vicio
Y a la futura indijencia.
Sudo, es verdad, y me afano
Continuamente y apenas
Descanso; pero no en vano:
Miro al fin mis trojes llenas
De rubio y precioso grano.
El ambicioso infelice
Que lucimientos anhela
En sus glorias se eternice»...
Oyendo esto aquí se vuela
La palomilla, y le dice:
«No codicio tus graneros,
Porque sé que hai un enjambre
De sompopos bandoleros,
Que estimulados del hambre
Asolan los hormigueros.
Numerosos escuadrones
Conducidos de un caudillo
Asaltan tus posesiones,
Lo pasan todo a cuchillo,
Y roban las provisiones.
Mientras tanto yo me inclino
A eternizar mi memoria
En un ilustre destino,
Coronándome de gloria
La misma luz que examino.
Con vuelo noble, arrogante,
Por los aires conducida,
Tras una antorcha radiante
Hago carrera lucida,
Y una fortuna brillante.»
Las otras dicen: «Aspira
A los resplandores que amas
De la antorcha; pero mira
Que los brillos de sus llamas
Son incendio de tu pira».
Hasta aquí de los insectos
La conferencia llegó:
Y en vista de los proyectos
Humanos, añado yo:
«No son los hombres mas rectos».
Tras los placeres sensuales,
La codicia y la ambicion,
Van los míseros mortales;
Y sus fines siempre son
Los de aquellos animales.
La mosca en la miel que gusta
Muere; y a la hormiga arrasa
Por su hacienda tropa injusta:
La palomilla se abrasa
En la que ama luz augusta.
Así, lector erudito,
Quien la razon avasalla
Por seguir el apetito,
En su misma pasion halla
Quien castigue su delito.

—

LOS FUEROS JUMENTILES.

A cierta funcion de iglesia
Que con un motivo rejio
Se celebraba, asistian
Todos los ilustres cuerpos.
El tribunal superior
En su respetable acuerdo
De los señores [illegible]gados
Y presidente co[illegible]uesto,
Con todo aquel apa[illegible]to,
De ministros subalte[illegible]s,
Con paso grave y medid[illegible]
Tambien se dirije al temp[illegible]

Al embocar una calle
Se pararon los maceros:
El señor rejente entonces
Dijo: «¿en qué nos detenemos?»
«Es el real claustro, responden,
De los doctores y maestros
Que con todas sus insignias
Caminan al mismo objeto.»
«Que se suspendan, repuso
Con aire imperioso y serio,
Y córteseles el paso
Nuestra marcha prosiguiendo».
Al punto asi se ejecuta;
Y los doctores discretos
La autoridad reconocen,
Y permanecen suspensos.
A pocos pasos andados
Vuelven a estar los porteros
Inmobles; y se pregunta
Segunda vez: «¿qué hai de nuevo?»
«Es una recua, contestan,
De mas de treinta jumentos,
Que unidos uno en pos de otro,
Siguen sin dar intermedio».
«Pues es preciso esperar
Que pase el último de ellos;»
Dijo el señor presidente
Del tribunal circunspecto.
Cumplióse al pié de la letra
El acordado decreto,
Y dióseles libre *pase*
A los jumentiles fueros.
Es cordura sostener
Con los sabios los derechos,
Y no es menos discrecion
El cederlos a los necios.

EL SOPILOTE CON GOLILLA.

Gastamos, Delio querido,
Nuestros juveniles años,
En revolver lejicones
Con diurna y nocturna mano,
Para saber cómo hablaban
Allá en los siglos pasados
Los Listrios y los Ligurios,
Pueblos del antiguo Lasio.
Sabes, pues, que desde entonces
Entiendo aunque nunca parlo
Los monotonos dialectos
De los animales varios:
Y que este conocimiento
Nos suele dar buenos ratos,
Como pienso lo tendras
Oyendo el siguente caso.
Dos sopilotes estaban
En el vecino tejado,
Uno de ellos con golilla
De un gran pergamino blanco.
Y yo desde mi ventana
Sus guz-guces escuchando ,
Oi que al otro le decia
El que estaba engolillado:
«Nunca podrás olvidarte
De aquella trampa del gancho
Y la cuerda; pues en ella
Ibamos a caer entrámbos.
Yo solo quedé cautivo
En poder de los muchachos
Temiéndome las resultas
De sus juegos sanguinarios.
Pero por fortuna mia
Despues de haberme observado,
Poniéndome en cruz las alas
Y mirándome despacio,
Con alegría festiva
Este cuero me encajaron,
Y me echaron a volar
Entre victores y aplausos.
Sabrás, pues, que desde entonces
Se me ha infundido en los cascos
La presuncion de que soi
El sopilote mas sabio:
Que a todos hago ventaja
En la vista y el olfato,
Y que mi pluma elegante
Puede encumbrarme mui alto.
Mi figura circunspecta
Y mi jenio reservado
Y melancólico, forman
Mi caracter literario.

En aire meditabundo,
Siempre con el pico bajo
Pausadamente camino
Moviéndome paso a paso.
Y mis propios compañeros
En los concursos que me hallo,
Como me miran vestido
De este honorífico ornato,
Al punto me hacen lugar
Por respeto o por espanto,
Y me observan de hito en hito
Llenos de envidia o de pasmo.
Yo los miro sobre el hombro
Como a unos pobres bobancios
Que ignorantes se alucinan
De cualesquiera espantajo.
Y he creido que esta garnacha
Tiene algun secreto encanto
Que me ha inspirado los humos
De que mas que todos valgo».
Hasta este punto llegaba,
Y un litigante pesado
Por instruirme en sus asuntos
De los mios me distrajo.
Pero tú, como discreto
Con numen suplementario,
Lo que de mi cuento falta
Sabrás llevarlo hasta el cabo.
Mas guardate, dulce amigo,
Por tu vida, de contarlo
Ante los que usan golilla,
Por mas que te tiente el diablo.

LA MARIPOSA Y LA ABEJA.

La mariposa brillante
Matizada de colores
Visita y liba las flores
Con vuelo y gusto inconstante.
A un fresco alelí se inclina,
Y apenas lo gusta, inquieta
Pasa luego a una violeta,
Despues a una clavellina.
Sin tocar a la verbena
Sobre un tomillo aletea,
Percibe su aura sabea
Y descansa en la azucena.
De allí con rápido vuelo
En otro cuadro distinto,
Da círculos a un jacinto
Y se remonta hasta el cielo.
Vuelve con el mismo afan
Sobre un clavel encarnado;
En cuanto lo hubo gustado
Se traslada a un tulipan.
Atraida de su belleza
En una temprana rosa,
Por un momento reposa
Y el dorado caliz besa.
Ya jira sobre un jazmin,
Ya sobre el lirio, de modo
Que corre el ámbito todo
Del espacioso jardin.
Sobre un alto jirasol
Por último toma asiento,
Y en continuo movimiento
Brillan sus alas al sol.
Haciendo de bachillera
Le dirije la palabra
A cierta abeja que labra
Dulce miel y blanda cera.
Y le dice: «vaya, hermana,
¡Qué caracter tan paciente!
Te tuve por dilijente,
Pero eres grande haragana.
De una en una he repasado
Las flores; tú en una sola,
En una simple amapola,
Media mañana has gastado.
Nuestra frájil vida imita
A la flor que se apetece;
Aquella en su flor perece,
Y esta en boton se marchita.
No malogres de esa suerte
Un tiempo tan mal seguro;
Goza del deleite puro
Antes que pruebes la muerte».
La abeja entonces contesta
(Sin divertir su atencion
De su actual ocupacion)

Con la siguiente respuesta:
« Tú en las flores solo miras
Aquel jugo delicado
A tu gusto acomodado,
Único objeto a que aspiras.
Yo trabajo con constancia
En la flor que me acomoda
Hasta que la estraigo toda
La preciosa útil sustancia.
No consulto a mi provecho
Sino al de la sociedad
Y pública utilidad
En el fruto que cosecho.
Sigue tu jenio lijero
En pos de lo deleitable,
Porque lo útil y lo estable
Pide un afan tesonero ».
De este modo, amigo, piensa
Una abeja, y tú pensaras
Como ella si censuraras
Los escritos de la prensa.
Si unas con otras cotejas
Las obras de los autores,
Verás que liban las flores
Mas mariposas que abejas.

—

EL VENADO, LA SERPIENTE Y LA PALOMA.

Por una vereda estrecha
Un ciervo se dirijia
A una siembra de sandia
Que se hallaba ya en cosecha.
Aunque este bruto es hermoso
Por su figura elegante,
Hace mui mal caminante
Por lo cobarde y medroso.
Del mas leve movimiento
Entre las hojas, recela:
De un pajarillo que vuela,
Del ruido que causa el viento.
Pausadamente camina,
A cada paso orejea,
Todo cuanto le rodea
Con atencion examina.
Parando, pues, de este modo
Y andando por intervalos,
Llegó a una puente de palos
Puesta por el mucho lodo.
Tímido aquí se retrae
Y circularmente mira,
Una oreja atras retira,
Y otra por delante atrae.
Elevada la cabeza
Hiere con la mano el suelo,
Pára el rabo pequeñuelo
Que sacude con viveza.
A todas partes se vuelve,
Y no viendo otros senderos,
Continuar por los maderos
Su caminata resuelve.
Pero al dar el primer paso
Silbó una astuta serpiente
Diciéndole: «hola! detente,
Y evitarás un fracaso:
Yo ví al hombre fraudulento
Que estaba con mil fatigas
Acomodando esas vigas
Aunque ignoro con qué intento.
Con todo no dificulto,
Siendo del hombre tal obra
(En quien la malicia sobra)
Que ha de haber engaño oculto.
Si te pareciere vano
Mi recelo, yo te juro
Que no pondrás pié seguro
Donde el hombre ha puesto mano».
No sabe entonces suspenso
Qué hacerse el pobre animal,
Porque el dicho lodazal
En lonjitud era inmenso.
Por el tiro mas estrecho
De latitud, es mui largo
Para el salto, sin embargo
Brinca y se atolla hasta el pecho.
Su corpulencia le vale,
Y con dilijencia mucha

Contra el lodo espeso lucha,
Y a la orilla opuesta sale.
Al fin ya de la jornada
Enlodado, sucio, y puerco
Se vió delante del cerco
De aquella fruta vedada.
Iba a entrar sin embarazo
Por un portillo, y observa
Que oculto bajo la yerba
Estaba por dentro un lazo.
Suspéndese vacilante,
Y entre las ramas se asoma
Una sencilla paloma
Diciendo: «pase adelante,
No ponga reparo, amigo,
Nada hai aquí que le asombre,
Yo miro salir al hombre
Y entrar por ese postigo.
Siendo él tan sabio y esperto,
Libre va que se espusiera
A ningun riesgo, aunque fuera
Remoto y el mas incierto».
He aquí, nuestro venado
Se anima, y al punto entra,
Sin saber cómo se encuentra
Por el pescuezo lazado.
Brinca con esfuerzo y salta,
Tira, jala, y se despecha,
El lazo mas se le estrecha,
Y el aliento ya le falta.
Con voz ronca y oprimida
Dijo por la última vez.
«La prudencia y sencillez
Son peligros de la vida».
Tierna juventud humana,
De este siglo diez y nueve,
Al Evanjelio se debe
La máxima soberana;
Simplicidad imprudente
Es paloma peligrosa,
Y prudencia maliciosa
Es mortífera serpiente.
Llegó al colmo de la ciencia
Quien unir a un tiempo sabe
De este reptil y aquella ave
La sencillez y prudencia.

EL PAVO REAL, EL GUARDA Y EL LORO.

Un soberbio pavo real
De pluma tersa y dorada
Con brillantez adornada
Se paseaba en un corral.
El petulante animal
Con aire de señorío
Miraba el rico atavío
De su pluma; pero mudo,
Aun en su elojio no pudo
Decir: «este pico es mio».
Mientras tanto tomó asiento
Allí cerca un pobre guarda,
De estos de la pluma parda,
Que no tienen lucimiento:
Pero con melifluo acento
Abre la dulce garganta,
Y de tal manera canta,
Con voz delicada y suave,
Que aun el pavon que no sabe
Admiró dulzura tanta.
Necio entonces y orgulloso
Al mismo tiempo que rico,
Quiere imitarlo, abre el pico,
Y da un graznido espantoso.
Mi loro que es malicioso
Con una falsa risilla
Dijo: «¡Bravo! ¡qué bien brilla
Con el resplandor del oro!
Mas no tiene lo canoro
De esa discreta avecilla».
Dime, Musa, si has sabido
Los misterios de los hados,
¿Por qué están enemistados
Lo rico con lo entendido?
Bajo un humilde vestido
Vive el sabio en menosprecio,
Mientras el soberbio necio
Lleno de oro y de arrogancia
En medio de la ignorancia
Merece el comun aprecio,

LOS ANIMALES EN CORTES.

De muchos animales
Quejas sin fin y largos memoriales
Llegan al leon, pidièndole que forme
Leyes nuevas, y el código reforme.
El leon entonces de justicia lleno
A cortes los convoca en sitio ameno
Donde tres diputados
Por cada especie llegarian nombrados.
Apenas publicado fué este bando
Cuando fueron llegando
El toro ardiente, el jaco belicoso,
El fiero tigre, la pantera y oso,
La liebre, el ciervo, el gamo, el perdiguero,
La oveja y el carnero,
El marrano, el coyote,
Y despues el pollino a medio trote.
En fin sin escepcion, de varios modos
Se vieron juntos todos,
Uniéndose por su orden al efecto
Desde el noble elefante al vil insecto.
¡Con qué elocuencia grave, con qué seso
Desplegó sus talentos el congreso!
Del valor militar habló el caballo,
De vijilancia el gallo.
Alaba el perro su lealtad constante,
La castidad ensalza el elefante,
Y aun el asno, atenido a su esperiencia,
Encomia la virtud de la paciencia.
Contra el ocio perora
La hormiga afanadora,
Censura el mustio gato
El paseo libre y el mundano trato.
Y hasta un lobo, político aunque lobo,
Dijo mil maravillas contra el robo;
El venado, el conejo bullicioso,
La ardilla, el ratoncillo quisquilloso
En la junta despliegan con destreza
Su natural viveza;
Brillando aun mas con su maligno tono
El zorro astuto, y el picante mono.
Despues de mil debates
En que se hablaron muchos disparates,
Se trató de plantear el ejercicio
De la virtud, y sufocar el vicio.
Discurriéndose medios mui diversos
Para que los infames y perversos
Al punto desterrados
Fueran, de las campañas y poblados:
Y aunque a cada proyecto
Se le encontraba siempre algun defecto,
El gallo al fin propuso con instancia,
Que la preponderancia
De algunos animales se quitara
Y la lei de igualdad se decretara.
La propuesta causó grande susurro,
Y aun se llegó a sonreir el mismo burro;
Mas como un estranjero
Pasa en cualquiera parte por primero,
Distintos oradores
Agotando de su arte los primores
Sostuviéronle al gallo de tal modo,
Que inclinado quedó el congreso todo.
Por interes los unos,
Por zánganos los otros, y por tunos,
De la igualdad sancionan el decreto,
Y luego al rei lo llevan con respeto.
Firmó S. M., y en la asamblea
Resuenan los aplausos de la idea
Llamándola un portento,
Y apostrofando al gallo por su invento.
Salíanse ya cuando un raton casero
Vió junto a sí con ademan severo
Al gato su enemigo,
Y poniendo al congreso por testigo,
«Mirad, Señores, dijo;
Vuestro decreto es vano aunque prolijo,
Pues mi señor el gato aun uñas tiene,
Y predominio sobre mí mantiene».
«Amigo, esclamó el leon, mis animales
Se han declarado iguales;
Mas no es fácil quitarles con presteza
Lo que al nacer les dió naturaleza
Con decretos eternos.
Por hoi mantenga el toro sus dos cuernos,
El mulo sus pezuñas,
El tigre y gato sus filosas uñas:

Guarde el lobo sus dientes,
Y cada uno sus armas diferentes:
Haz que sea pensado
El negocio, y mi reino nivelado»...

Nunca se llegó a ver por esperiencia;
Pero salió por fruto esta sentencia:
Ningun lejislador aunque profundo
Podrá igualar el mundo.

LAS GOLONDRINAS Y LOS BARQUEROS.

Unas golondrinas
Desde Guatemala
Quisieron hacer
Un viaje a la Habana.
Y dando principio
A su caminata
Volaron diez dias,
Haciendo mil pausas.
Llegan a Trujillo,
Y estando en la playa,
En vez de temer
Resuelven la marcha.
Una de prudencia
Entre ellas estaba,
Y las dijo: «Amigas
Mirad tantas aguas.
No nos espongamos
A morir ahogadas,
Si a medio camino
Las fuerzas nos faltan.
Mejor es pedir
En aquella barca
Un lugar pequeño,
Que tal vez no falta».
Apenas habian
Dicho estas palabras,
Cuando respondieron
Con gran petulancia:
«Barca no queremos,
Pues con nuestras alas
Tenemos de sobra
Para ir hasta España».
Los barqueros todos
Oyendo esto estaban,
Y tambien se reian
De tal petulancia.
Pasada la noche,
A la madrugada
Alzaron el vuelo
Con gran algazara.
Tambien los barqueros
Hicieron su marcha,
Con la lijereza
Que andan los piratas,
Y apenas dos leguas
Llevaban andadas
Cuando ven llegar
Las aves cansadas.
Con súplicas mil
Todas desmayadas
Amparo pedian,
A los de la barca.
Mas ellos entonces
Riendo a carcajadas
Solo les decian:
«¿Pues no teneis alas?»
Al fin perecieron
Nuestras camaradas,
Y así los barqueros
Tomaron venganza,

Esta fabulilla
Se llama la capa,
Vistala el lector
Si acaso le entalla.

—

GODOY

(JUAN.)

D. Juan Godoy nació en Mendoza, provincia de Cuyo en la República Arjentina, el año de 1793, y reside actualmente en Chile. Este Señor ha publicado algunas poesías en los periódicos de Lima, de Santiago y de Valparaiso, y de ellos hemos tomado las que se insertan a continuacion.

CANTO A LA CORDILLERA DE LOS ANDES.

DEDICADO AL SEÑOR DON PEDRO PALAZUELOS Y ASTABURUAGA,

DIPUTADO AL CONGRESO NACIONAL DE CHILE.

En qué tiempo, en cual dia, o en qué hora
No es grandioso soberbio e imponente,
Altísima montaña,
Tu aspecto majestuoso!
Grande, si el primer rayo de la aurora
Se refleja en las nieves de tu frente:
Grande, si desde en medio del espacio
El sol las ilumina;
Y magnífico, en fin, si en el ocaso
Tras de la onda salada y cristalina
Su disco refuljente se ha escondido,
Dejando en tu alta cumbre
Algun rayo de luz que nos alumbre;
Aunque no veamos ya de do ha partido.
¿Qué mortal atrevido es el que ha osado
A tus escelsas cimas elevarse?
¿Quién es el que ha estampado
En las eternas nieves que las cubren
El rastro de su planta?
El Condor que en su vuelo
Mas allá de las nubes se levanta,
Y que a escalar el cielo
Parece destinado,
Jamas fijó la garra ensangrentada
En tus crestas altísimas en donde
A la tierra Arjentina el sol se esconde.
Qué sublime y grandiosa es la presencia
De tu jigante mole inmensurable
En las ardientes noches del verano;
Cuando la luz incierta de la luna
Alumbra una por una
Las hondas quiebras de tu frente altiva!
Al contemplar mi mente
La siempre caprichosa alternativa
De eminencias sin límite patente,
Y de profundidades sin medida,
Absorta y conmovida
Cree estar viendo los pliegues del ropaje
De un fantasma nocturno cuya planta
En la tierra está fija,
Y su cabeza al cielo se levanta.
¿Qué serian los Alpes, el Caucaso,

El Pirineo, el Atlas y Apeninos,
Si se hallaran vecinos
Al agreste empinado Chimborazo?
Solo tú, Dolhaguer, de las alturas
Que el mortal ha podido
Sujetar a mensuras
Mas alto te levantas;
Pero ¿quién ha medido
El gran Loncomini, ni el Illacmani?
Y quién del Tupungato inaccesible
La enorme elevacion ha calculado?
Cordilleras inmensas donde el hielo
A los fuegos del sol es insensible
Forman el pedestal donde su asiento
Tiene esta mole, cuya helada cima
Parece que sostiene el firmamento.
Huye sañudo o iracundo el viento
Y las selvas y torres estremece,
Y su espantosa furia tanto crece
Que arranca los peñascos de su asiento.
Las nubes sobre nubes amontona;
Y de la tempestad el ronco estruendo
De valle en valle su furor pregona.
Rasgan mil rayos de la nube el seno,
Y el horrendo estampido
Del pavoroso trueno,
De la oscura guarida hace que huya
El leon despavorido.
Mas cuando en las montañas
De un órden inferior, y en las llanuras,
Todo anuncia el estrago y esterminio
De las selvas, peñascos y criaturas,
La tempestad no estiende su dominio
A la cumbre elevada inconmovible
Del siempre encanecido Tupungato,
Do fluye el éter puro y apacible.
En la edad primitiva de la tierra,
Cuando el fuego voraz que en lo mas hondo
De sus senos recónditos se encierra
Mas a la superficie se acercaba;
Y cuando en cada una
De tus cumbres altísimas se via,
Que en torbellinos de humo ardiente lava
El cráter inflamado despedia
De cien volcanes, cuyas erupciones
Nuevos montes y valles, nuevos lagos
Dejaron por señal de sus estragos:
Cuando las convulsiones
Que ajitaron la tierra de contino
A los mares abrieron el camino
Que despues Magallanes descubriera;
Entonces ¿qué mortal hubiera visto
Impávido y sereno
Su cabeza amagada por el trueno,
Y el pié no hallar asiento
Que seguro le fuera
Cuando la tierra estaba en movimiento?
Si fué en aquella era
En la que la salvaje Patagonia
Una raza habitaba de jigantes,
De mas gran corazon que lo es ahora
El hombre envilecido,
Oiria en el rujido
Que la esplosion violenta producia,
El Orbe conmoviendo en sus cimientos,
La voz del Grande Espíritu ordenando
A los astros distintos movimientos,
Hacer la division de noche y dia
Y las varias sazones arreglando.
En el fuego, veria, que arrojaban
Las cóncavas entrañas
De las crespas y altísimas montañas
Otras tantas antorchas con que quiso
Iluminar su trono,
El Ente eterno que los mundos hizo.
Si a la tierra bajara
La libertad querida, hija del cielo,
¿Dó su trono fijara
En el mísero suelo,
Sino donde el aliento emponzoñado
Del despotismo mancillar no pudo
El aire primitivo?
¿Y cuál lugar en fin no ha profanado
En su inquieto furor la tiranía?
La corva quilla de guerrera nave
Corta la honda ajitada del Oceano,
Y el despotismo fiero que no cabe
En el recinto que ocupar solia,
Estiende su poder al pais lejano:
Nuevas víctimas halla

En que ejercer sus bárbaros furores,
Y el hombre jime bajo el yugo odioso
A que unce las naciones que avasalla.
¡Mas qué estraño será que la cadena
Lleve el hombre infeliz, del despotismo;
Cuando ni la ballena
En lo mas hondo del salado abismo
De su influjo fatal se mira exenta,
Y fuera de su alcance no se cuenta!
El pino, de los bosques ornamento,
En el recinto oculto y solitario
La erguida copa ostenta
Mecida blandamente por el viento;
Pero el brazo nefario
La cortante segur al tronco aplica,
Y en el fugaz periodo de un instante,
El mismo que hasta el cielo
Elevarse orgulloso parecia,
Sin vida cae tendido sobre el suelo.
De allí a la húmeda playa
El esfuerzo del hombre hace que vaya:
En bajel se transforma y ¡quién creyera
Que este árbol tan gallardo, tan lozano,
Que en la remota selva habia nacido,
Exento no estuviera
Del poder formidable de un tirano!
Él ordenó que nave se volviera,
Y nave se volvió, do ahora truena
El cañon matador cuando él lo ordena.
Empero por ¿ventura,
La mísera morada
Al hombre destinada,
Seria la mansion augusta y pura
En que la libertad moró algun dia?
No: que a la tiranía
El hombre como el bruto
Le pagan de dolor triste tributo:
Los míseros humanos
Bajo el yugo do quier de los tiranos
Arrastraron su mísera existencia.
Do quiera que hombres hubo
Alzó la tiranía
Su estandarte sangriento en mano impía.
Tan solo en la eminencia
Do nieves sobre nieves amontona
La sabia Providencia,
Cual en los polos frios,
Do ni el viento, ni el sol las desmorona,
Y el surtidero son de grandes rios,
No pueden los tiranos,
Como en los hondos valles y los llanos
El suelo mancillar con piés impios.
¡O dulce Patria mia! quién creyera
Cuando al salir del sueño de la infancia
Admiradas te vieron las naciones
Alzarte como el águila altanera;
Y que en tu vuelo audaz, con arrogancia,
Humillabas los leones
De Castilla, que tanto respetaron,
Y ante los cuales a su vez temblaron;
Quién creyera, repito, que algun dia
Doblases la cerviz al yugo duro,
A que te habia de uncir la tiranía
Bajo la planta de un tirano oscuro!
Pero todo en tu seno lo ha manchado
Ese funesto aborto del abismo;
Por miles las cabezas ha cortado,
Con la sonrisa aleve del cinismo;
Y en todo lo que abarca
Tu suelo desde la Plata a Catamarca,
Y del pié de los Andes a Corrientes,
Con sangre señalaron su camino
Sus bárbaros tenientes.
Solo la nieve eterna de la cumbre
De ese cordon que ciñe al occidente
Tus inmensas llanuras,
No sostuvo jamas la pesadumbre
De sus plantas impuras.
Mas tus picos nevados
No así se resistieron
En otro tiempo, altísima montaña,
Para no ser holladas
De aquellos que valientes combatieron
Por libertarse del poder de España.
Lejiones de mi Patria enarbolando
El bicolor do el sol su faz ostenta,
Ví yo escalar tu cima;
Y el yugo de Fernando
Que tres centurias de existencia cuanta
Roto le ví caer en Chile y Lima.

Libertad en tus cumbres se proclama;
Y desde el cabo helado do la tierra
Con el sañudo mar siempre está en guerra,
A la desierta arena de Atacama,
De monte en monte se repite el grito;
Y el eco dice, LIBERTAD, en Quito.
¡Mas o dulce ilusion! ¿Por qué concluiste?
Independencia y glorias consiguieron;
Pero la libertad que a tantos dieron
No alcanzaron jamas ¡o verdad triste!
Yo saludo las cumbres en que ostentas
Nieves que una edad cuentan con el mundo,
Montaña inaccesible.
Y al contemplar las faces que presentas,
Desde el valle profundo,
Que mísero gusano imperceptible,
Me diera el Ser eterno por morada:
Al beber de los rios y torrentes
Que se desprenden de tu helada cima,
Y que rujiendo van por la quebrada
En que Dios encerrara sus corrientes:
El soplo del Eterno que me anima
Bendice su hacedor, y agradecido
Se postra en su presencia enmudecido.
Yo veo en esa mole jigantesca
La obra de un Ente eterno,
Y de la eternidad me da la norma.
Llegará, tal vez, tiempo en que perezca
A la voz de gobierno
Con que los soles y los mundos forma:
Quizás en los arcanos de su mente
Está ya decretado,
Que en polvo se disuelva de repente;
Pero mi entendimiento
Débil y limitado
A comprender no alcanza
El Supremo poder, que movimiento
Al universo ha dado,
Fijando el equilibrio y la pujanza
De los cuerpos que pueblan el vacío,
Do ejerce su poder y señorío.
Mas su saber y su grandeza admiro
Cuando al insecto imperceptible miro;
Y siento que su mano,
Que todo lo sacara de la nada,
Ha podido arrojar sobre ancho llano
Una montaña enorme y elevada;
Y a polvo reducirla en un momento
Arrancando de cuajo su cimiento.
Cuando las tempestades
Las razas esterminen de los hombres,
Estinguiendo los nombres
De Naciones, Imperios y Ciudades:
Cuando el fuego del cielo
Por la mano de Dios lanzado sea,
Y descendiendo al suelo
Hecho pavesas por do quier se vea;
Y que los altos montes y collados
Como la cera fluyan liquidados:
Cuando el fiero Aquilon embravecido
Sublevando las aguas del oceano
Las saque del abismo do han yacido,
El escarpado cerro y ancho llano
Bajo sus ondas cubran encrespadas:
Cuando ninguna voz, viviente, unida
Al mujir de las olas ajitadas,
Deje sentir de vida
Un eco solo que repita el monte;
Entonces esas puntas siempre heladas
Respetará la furia de los mares;
Y en el vasto horizonte
El punto enseñarán donde algun dia
La Libertad tuviera sus altares.
Y así como los mástiles indican,
El lugar do la nave ha zozobrado;
Y que mudos publican
El fracaso que allí los ha fijado:
O cual cruz solitaria en el desierto
Anuncia al caminante,
Que en aquel punto ha muerto
Y sepultado está su semejante:
Así esas crestas que orgullosa elevas,
Del naufrajio del mundo y los mortales
Vendrán a ser las únicas señales,
Que puedan consultar las razas nuevas;
Hasta que un jesto del Eterno obrero
La grandeza les vuelva y ser primero.

—

LA PALMA DEL DESIERTO.

AL SR. D. CARLOS BELLO.

Palma altiva y solitaria
Que en los bosques te presentas,
O en agreste falda ostentas
Tu jigante elevacion:
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje,
¿Es acaso tu lenguaje;
Es tu idioma; es tu espresion?

Respondes, quizá, y no entiendo
Tu respuesta, palma bella,
Por mas que quisiera en ella
Lo que dices comprender:
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ai, no puedo satisfecho
Tus palabras entender!

De tus abanicos verdes,
Por el céfiro movidos,
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque ¿qué es la voz humana,
Si palabras articula,
Sino el aire que modula
El hombre con precision?

Si él espresa en sus palabras
Ideas y pensamientos,
Quién sabe si tus acentos
Ideas no son tambien?
Ideas que tú a tu modo
Espresas en tu lenguaje
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaiven?

Pero sea lo que fuere,
Básteme a mí para amarte,
Tan gallarda contemplarte
Tan altiva, y tan jentil;
Mas, sabiendo que a las naves
Do truena el bronce horadado,
Jamas una tabla has dado
Ni a una lanza duro astil.

Por tí ningun pueblo llora
Los males de la conquista;
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.
Al contrario al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida,
Es buscar una querida
Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
De flores el campo inunda,
Tu caliz no se fecunda
Si compañera no ves;
Pero si otra copa erguirse
Divisas a la distancia,
Racimos en abundancia
Se desgajan a tus piés.

Alzarse graciosa he visto
Mas que el pino tu cabeza,
Y ostentar su jentileza
A orillas del Paraná.
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que a tu lado está.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamas al pichon querido
Tu altura le ha sido infiel:
Cuando sin alas implume
No puede arrojarse al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

Ah si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el cefirillo acaricia
Tu verde copa al pasar;
Cuán dulce, cuán delicioso
Es quedarme allí dormido,
Al son del blando jemido
Que repites sin cesar!

En tí la imájen admiro
Del ánjel que es mi tesoro,
De la bella que yo adoro
Tú me das la copia fiel.
En ese tallo gallardo
Con que se engalana el valle,
De su delicado talle
La redondez veo en él.

La fragancia de tus flores
El aroma es de su aliento,
Que al acercarme a ella siento
Perfumar su alrededor;
Y embriagado al aspirarlo
Es tan dulce su incentivo,
Que si entonces sé que vivo
Es porque muero de amor.

Cada ramo de tu copa
Que sombrea el tronco bello,
Un rizo es de su cabello
Que el cuello viene a sombrear.
Y los racimos do escondes
Linda palma tu simiente,
El blanco pecho turjente
Me parecen diseñar.

Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa,
Ojalá que majestuosa
Tu tronco eleves galan;
Sin que roedor gusano
Haga de horadarlo ensayo;
Sin que lo consuma el rayo
Ni lo quiebre el huracan.

Otra fortuna no envidio
Que descansar a tu sombra,
Bajo la olorosa alfombra
De trebol que hai a tu pié;
No importa que sepultura,
En la bella patria mia,
Me niegue la tiranía,
Con tal que a tu sombra esté.

—Lima, 25 de mayo de 1843.

A UNA DAMA QUE PASABA EN SU CALESA.

El ruido desapacible
Que en el empedrado hacia,
Un carruaje que venia,
Los ojos me hizo volver;
¡Ai Camira! y al fijarlos
Divisé por la vidriera
Tu flotante cabellera
En mil rizos descender.
Yo que la viera poco antes
Ceñida de una guirnalda,
La blanca y mórbida espalda
Y el terso cuello sombrear;
Al ver su nuevo tocado
Tan elegante y perfecto,
¡Juzga Camira el efecto,
Que debí esperimentar!
Tener a raya no pude,
Camira, mi pensamiento,
Que volando mas que el viento
Al carruaje penetró;
Y allí del lijero talle
La perfeccion delicada,
Y la voluble mirada,
De tus ojos saboreó.
Dí Camira, ¿no sentiste
Un tierno ardoroso beso,
Que imprimió con embeleso,
Mi pensamiento en tu pié?
¿No advertiste que en tu seno
Penetrando blandamente,
Tocó la forma turjente
Que ocultaba tu corsé?
¡Ai Camira! era imposible
No advertir en el latido

Blando, pausado y medido
Que daba tu corazon,
El que de la llama ardiente
Que me abrasa sin sosiego,
Ninguna chispa de fuego
Lo puso en ajitacion.
El resonar del carruaje,
Que al paso que se alejaba
Mas débil a mí llegaba
Dejó de hacerme impresion;
Vuelto entonces en mí mismo
Quise abrazarte, Camira,
¡Pero, ai triste! ¡con cuanta ira
Vi que todo era ilusion!
Mustio y sombrío maldije
Mil veces mi cruda suerte:
En vano invoqué la muerte,
¡Ni la muerte me atendió!
Quise huir donde no viera
Que el carruaje se alejaba
Y de mí te retiraba,
Mas la fuerza me faltó.
Por el dolor abismado,
Sin accion, sin movimiento,
Apenas conservé aliento
Para entrar en reflexion:
¡Qué insufrible es, me decia,
Arder de amor a toda hora,
Y poseer lo que se adora
Solo en la imajinacion!
Así, divina Camira,
Un dia tras otro pasa,
Mientras que el alma se abrasa,
Y se siente consumir;
Y cuando a todos quejarse
En sus tormentos es dado,
Solo yo estoi condenado
A callar hasta morir.

—1843.—

A UNA JOVEN VESTIDA DE LUTO.

De aquella que negro viste,
Descubre la parda toca,
Dos corales en su boca
Una azucena en su tez:
Dos luceros en sus ojos,
Una rosa en su mejilla;
Y el oro que en trenzas brilla
Símbolo es de su niñez.
Su estatura es mas gallarda
Que la palma del desierto,
Y su talle aunque cubierto
Por los pliegues del manton,
Se vé que es suelto y rotundo,
Y que su aérea lijereza
No le cede en jentileza,
Al de la madre de amor.
De su linda mano, el guante,
No deja ver la blancura,
Ni las gracias de su hechura,
Pero sí su pequeñez:
Su andar es el de una vírjen
Que ha descendido del cielo,
Para lucir en el suelo
Sus pequeñísimos piés.
Por piedad! jamas te quites
Si a la calle sales, niña,
Ese manto, esa basquiña,
Esos guantes; porque así
La ardiente antorcha que lleva
En su mano el niño ciego,
No tiene bastante fuego
Para que incendie sin tí.
Pero si quieres que el mundo
En hoguera se convierta,
Suelta el manto y descubierta
Un dia déjate ver;
Y yo te juro que el fuego
De tus ojos celestiales,
A los míseros mortales
Hará de improviso arder.
Necio yo, mil veces necio,
Cuando por piedad te pido
Que ocultes lo mas cumplido,
Que hai en toda la creacion!
No escuches esta plegaria,
A tus gracias quita el velo,
Y arda la tierra y el cielo
Como arde mi corazon.

MALVINA.

Cuando va tu voz, Malvina,
Siguiendo cada inflexion,
Del tierno armonioso son
Que esprime tu harpa divina;
Cuando tu mano graciosa
Pulsa la trémula cuerda,
Sin que a su contacto pierda
Su blandura deliciosa:
Entonces, bella Malvina,
Imposible es que haya un alma,
Que se mantenga en su calma
En tu presencia divina.

Si de la verde gramilla,
Al compas que da el Obué,
Tu pequeñísimo pié
Los tiernos tallos humilla:
Si de actitud voluptuosa,
Tu talle jentil, esbelto
Ajil cambia, y siempre suelto
Otra toma mas airosa;
Entonces, bella Malvina,
Apenas hubiera un alma,
Que conservase su calma
En tu presencia divina.

Si tus labios de carmin
Los conmueve una sonrisa,
Y en tus dientes se divisa
La blancura del jazmin:
Si el pañuelo trasparente,
Que el cándido pecho cubre,
Al blando latir descubre,
La móvil forma turjente
Entonces, bella Malvina,
No hai sobre la tierra un alma
Que pueda mostrarse en calma
En tu presencia divina.

Si tus ojos humedece
Centellante y cristalina,
Una lágrima, Malvina,
Al ver un ser que padece;
Si al correr por tu mejilla,
Pára en ella un solo instante,
Como chispa de diamante
Que sobre una rosa brilla
Entonces, bella Malvina
No creo que hubiera un alma,
Que permaneciese en calma
En tu presencia divina.

Cuando el nítido arroyuelo,
Con su linfa cristalina,
Cubre tus formas, Malvina,
Como trasparente velo;
Y que bulliciosa y pura,
Lamiendo el nevado cuello
Los rizos de tu cabello
Acaricia con blandura:
Entonces, bella Malvina,
Estoi cierto que no hai alma,
Que pudiera estar en calma
En tu presencia divina.

En blanco y mullido lecho
Ví de Malvina dormida,
La cabellera esparcida
Sobre el cuello y lindo pecho,
No era de simple mujer,
Era de ánjel su presencia,
Era la misma inocencia
Representada en su ser.
Entonce, bella Malvina,
Entonce sentí que mi alma
Habia perdido su calma
En tu presencia divina.

GOMEZ.

(JUAN CARLOS.)

Nació este Señor el 25 de Julio de 1820, en la capital del Estado Oriental del Uruguay. Hizo allí sus estudios elementales y universitarios, y al concluir los de Derecho civil y de jentes, se ausentó de su pais. A pesar de los sinsabores del destierro, ha cultivado constantemente sus aventajados talentos. Permítale el cielo contraerlos alguna vez al servicio de una Patria que él tanto ama! — El Sr. Gomez ha vivido algunos años en el Brasil y reside actualmente en Valparaiso. Le damos las mas espresivas gracias por el sacrificio que ha impuesto a su modestia, facilitándonos las poesías que damos a continuacion, inéditas las mas de ellas.

LA LIBERTAD.

Se alzará como el Sol, radiante y pura
Rasgando el manto de la noche oscura.
A. LAMAS.

I.

En las ardientes horas de juventud temprana
Mi mente entusiasmada soñó la libertad;
Envuelto en mis delirios espero la mañana
Que alumbre al mundo todo de eterna claridad.

¡Acaso nunca, nunca tan suspirado dia
Veré yo pobre niño sobre mi sien lucir!
Acaso nunca, nunca la pobre Patria mia
Los sueños realizados verá del porvenir!

¿Será que las pasiones en perdurable lucha
Sus bellas esperanzas en flor agostarán!
¿El Ser omnipotente mis súplicas no escucha
O manda fecundante rodar el huracan?...

El jiro seguí siempre de tu carrera inquieta
Buscándote en los pueblos, querida libertad;
Y atravesando siglos la mente de poeta
Rasgó de lo pasado la densa oscuridad.

La mano de Dios mismo te colocó en las leyes
Dictadas en la cumbre del alto Sinaí;
Mas cuando en vez de jueces el pueblo pidió reyes
En vano yo te busco, tú ya no estás allí.

De Maraton los llanos, los campos de Platea,
Te vieron esplendente las filas recorrer:
La Grecia se alzó tanto durante la pelea
Que el peso de su nombre no pudo sostener.

Solon dió ciudadanos a la indolente Atenas,
Solon les predicaba los dogmas de igualdad:
Los pueblos se doblaban entanto a sus cadenas,
Solon no les decia tambien humanidad!

Celosa de sí misma fulmina el ostracismo,
La cárcel es el premio del hijo de Cimon,
Ministra la cicuta su ciego fanatismo,
Y quedan sin sepulcro los huesos de Focion.

Mas lejos, en la orilla del silencioso Eurotas
Esparta en tu ara pone su acero vencedor;
Y jimen entre hierros los míseros Ilotas
Sus campos fecundando con llanto de dolor.

En ese hermoso suelo sembrado de memorias,
Corrió de las pasiones sangriento el huracan,
Y en pájinas de crimen escritas con victorias
La libertad en vano los hombres buscarán.

Allá del ancho Tiber en la desierta orilla
De Bruto te abre paso la punta del puñal;
En su mirada altiva tu fuego santo brilla
Detras de las señales del duelo paternal.

Alzando la cabeza la poderosa Roma,
Doblada bajo el peso de la corona ayer,
Invicta sobre el mundo sus águilas desploma
Y el mundo entero llora su bárbaro poder.

Y libres los Romanos, audaces se decian
Entanto conquistaban esclavos para sí,
Entanto que los Gracos valientes sucumbian
Bajo el puñal patricio por invocarte allí.

Sentada sobre el mundo, brillante, jigantea,
Ceñida de trofeos el tiempo avasalló;

Mas Roma solo es grande durante la pelea,
La libertad sus huéllas en Roma no estampó.

De Griegos y Romanos los nombres nos quedaron,
Que abulta lo remoto de su existir tal vez,
Las sombras de los siglos su nada nos velaron,
Su gloria por el prisma pasó de la niñez.

Oh Libertad! en vano mi corazon te implora,
Me esfuerzo por hallarte, mis ojos no te ven!
Mas no, ya miro leda resplandecer tu aurora
Sobre un pajizo techo del mísero Belen.

Jesus para el martirio desde él sale triunfante,
Sellando con su sangre la lei del Sinaí,
Al hombre la presenta diciéndole *adelante!*
No harás lo que no quieras que hicieren para tí.

Entonces se convierten los hombres en hermanos
Unidos por el lazo de santa relijion,
Entonces el destino descubre sus arcanos,
Y empieza a realizarse mi espléndida ilusion.

Mas vano fué tu brillo, la Europa estaba ciega
Y tu beldad suprema no pudo contemplar;
Si el homenaje impia de adoracion te niega,
Preciso es una Patria para nacer buscar:

II.

América desploma sus rios como mares,
Las cumbres de sus montes se ocultan al mortal,
Sus bosques están llenos de místicos cantares
Que acaso son el eco del coro celestial.

América es sin duda la tierra prometida,
América la virjen del universo es,
¡Oh Libertad quién sabe si para darte vida
La mano de Dios mismo no la formó despues!

Al fin te me presentas, al fin yo puedo verte
Como eras en mis sueños querida Libertad
Al fin yo te contemplo sin miedo de perderte
Que adoran ya los pueblos tu santa majestad!

De Washington el brazo te clava en las orillas
Que abraza el Misisípi entre uno y otro mar,

Y entonces tan espléndida, con tanto fuego brillas
Que vas en las Pirámides tu lumbre a reflejar..

Las ondas se estremecen del impetuoso Plata,
Y el grito que por ellas vibrando resonó
Las estendidas playas sacude y se dilata,
Y libres en sus playas naciones levantó.

En vano desplomaba soberbio sobre ellas
Falanjes y falanjes el déspota Español:
Quedaban de su paso para marcar las huellas,
En el camino nuevo que les mostraba un Sol.

Los hielos de los Andes cayeron a pedazos
Al reflejar en ellos su celestial pendon:
Naciones al empuje nacieron de sus brazos,
De la mas bella gloria dignísimo padron.

Ah! tú tambien estabas valiente patria mia
Siguiendo ese camino sin gloria y sin pendon,
Tu sable sin embargo manchaba todavia
La sangre de los hijos intrépidos de Albion.

Los ecos del desierto tu paso repitieron,
Tu brazo levantado mostrabas en Maipú,
Los Andes a tus plantas sus moles dividieron
Y al pié del Chimborazo tambien estabas tú.

No importa, si tu nombre no suena en la victoria,
Bastante en la pelea, bastante se escuchó.
No importa, que las pájinas brillantes de tu gloria
Del Sarandí se estienden hasta el Ituzaingó.

III.

Silencio reina solo tristísimo y profundo
En la distancia hermosa del mar al Uruguay:
Al triunfo, la agonía siguió del moribundo,
Al viva del combate de servidumbre el ai!

No bien el horizonte vaticinó la aurora,
Las nieblas amagaron de su claror el fin,
Que reventó talando los campos destructora
La guerra maldecida, la herencia de Caín.

Monarca advenedizo lanzóse poderoso
Clavando en todas partes su lábaro triunfal.

Yo vengo a dar, decia, *felicidad, reposo*,
Vuestra miseria cubre mi túnica imperial.

Y revolvió su manto sobre la patria mia
Que exhausta, de cansancio cayó a su pesadez.
Imbecil! si pensaste que siempre duraria,
Los pueblos son esclavos, de niños, una vez.

Imbecil! que en herencia con despreciante orgullo
Cual joya de familia legaste una Nacion....
Imbecil! no sentistes eléctrico el murmullo
Del libre que aprestaba la lanza y el bridon?

Pasad horas impías, abortos del Destino,
Pasad! no vengais ora mi sien a oscurecer.
Dejadme el rayo bello que rompe diamantino,
Las ominosas nieblas en el Oriente ver.

Dejadme ver del Plata la libertad brotando
Como la Diosa antigua, bellísima, del mar.
Dejadme ver los tronos atónitos rodando,
Cuando al poner en tierra su pié, la hizo temblar.

El Plata levantaba sus olas tumultuosas,
En frájil navecilla la Libertad se vé.
Las preces en silencio la siguen fervorosas,
Camina por las aguas, no se hundirá que hai fé.

Con víctores el Pueblo la aclama en la ribera;
El brillo de los sables a su esplendente luz
Relámpagos semeja que cruzan en la esfera
De tenebrosa noche rompiéndole el capuz.

Tiranos, deteneos! probad, probad la suerte!
No pretendais cobardes sin batallar huir!
La lucha de los Pueblos es una lucha a muerte,
La tiranía impugne no quedará a vivir.

Mirad ese puñado, como decis, de escoria,
Porque no van dorados el casco y el corcel;
Las armas de los libres se tiñen con la gloria
En las sangrientas charcas de orillas de laurel.

Del rol de las Naciones el Uruguay se borre!
¿Cómo osa desafiarnos la débil niña así?
Venid! hermoso llano se estiende donde corre
Placeres murmurandoos el fresco Sarandí!

El sol nació! marchaban lejiones y lejiones
Con los ensueños ébrias de la victoria ya,
Se vieron, y al combate lanzaron los bridones...
La hechura de tus manos proteje Jehová!

Los libres entre nubes de polvo y de metralla
Pelearon a los gritos de Patria y Libertad,
La música mas grande del dia de batalla,
Sublime himno de triunfo para la humanidad.

El Sol se hundió.... sus rayos no hallaron un acero
Donde decir al trono su postrimer adios:
De la imperial falanje no revolvió un guerrero
Para apartar la lanza que lo hostigaba en pos.

Huyeron de su paso dejando por despojos
Recuerdos en lecciones a la posteridad.
Cobardes fueron ellos?.... los enervados ojos
A sostener no alcanzan del Sol la claridad.

Oh Patria! si al amago de nueva tiranía
Sintiese mi entusiasmo, mi fé disminuir,
Presenta de tus hechos a la memoria mia
Tan solo ese gran paso que diste al porvenir.

Preséntame, ya enjuto de esclavitud el llanto
Tu faz serena y noble delante del poder.
Preséntate triunfante.... levantaré mi canto
Y volverá mi pecho de patriotismo a arder!...

Huyeron, mas ya tocan el suelo del Imperio,
Sus verdes estandartes refleja Ituzaingó:
Tened! tened, que es fuerza cumplir el ministerio
Que al brazo de sus hijos la Patria encomendó!

Los reyes y los pueblos volvieron al combate,
La lucha fué espantosa, la sangre la empapó.
Los pueblos la recuerdan en el laud del vate,
Los reyes nunca osaron nombrar Ituzaingó.

Salud hermanos nuestros, guerreros Arjentinos
Que vuestro nombre disteis en el festin triunfal;
Mi Patria lo dió al libro que encierra sus destinos;
La ingratitud no mancha su nombre celestial.

IV.

Doblados bajo el yugo, los ojos en el suelo

Durante la ignominia tuvimos que fijar,
Erguimos ya las frentes, altivos en el cielo
Podemos enclavarlos y en su color gozar.

Podemos a los aires confiar nuestro lamento,
Cuando el vivir oprima la mano del dolor;
Podemos con los gritos poblarlos del contento
Sin atender al muelle descanso de un Señor.

Dormir en nuestro techo sin que planta profana
Las penas o placeres sorprenda del hogar,
Dormir sin el asiduo temor de que mañana
Vendrán de nuestros labios el pan a arrebatar.

Vivir en la ventura, tener una esperanza,
Poder dejar un ósculo en la querida faz.
Pasaron sí, pasaron las horas de venganza
La sangre derramada santificó la paz.

Hermanos encontramos do vimos enemigos,
Hermanos que invocaron la Libertad tambien.
No fueron impasibles de nuestro bien testigos
E hicieron la corona rodar ya de una sien....

Mas ai! el horizonte de nuevo se oscurece,
La tempestad sordísona retumba en el confin;
Abrasador el viento laureles aridece
¿Dónde encontrarlos luego de la contienda al fin?

No sonarán, no, cantos despues de la pelea,
Para el vencido lágrimas, al vencedor cipré:
Oh Libertad! ante ellos tu pabellon ondea
Si todos lo contemplan unidos los veré!...

Lo mirarán un dia, del cielo los colores,
El luto deponiendo por siempre han de vestir,
Y entonces los vestijios que dejen los dolores,
La senda habrán marcado del grande porvenir.

Yo sé que vendrá un tiempo para la Patria mia
De paz y de ventura, de gloria y de hermandad.
Lo espero, sí, lo espero: yo sé que vendrá un dia
Que alumbres todo el mundo brillante Libertad.

Entonces ai! de aquellos que se apellidan reyes!
Coronas y cabezas en trozos saltarán.
Entonces ai! de aquellos que toquen a tus leyes!
Escritas en sus cráneos los pueblos las verán.

Te espero sí, te espero, hoi solo eres la estrella,
Do fija la mirada del universo está.
Mañana cuando alumbres omnipotente y bella
Sus alas destructoras el tiempo plegará.

—Montevideo 25 de mayo de 1842.—

A ADOLFO BERRO.

Fué poeta e infeliz.
BERRO.

Deja el guerrero escrita su memoria
En el rastro de sangre de sus huellas;
El poeta en sus lágrimas su historia,
Los que saben llorar la leen en ellas.

Él marca su vivir, en pos de un nombre,
Con horas de delirio y de afliccion,
Dichoso si las lágrimas del hombre
Señalan el compas de su cancion.

¡Pobre Adolfo! tu vida fué un jemido,
Un jemido tan hondo y tan veloz!
Si tan pronto en los tiempos se ha perdido,
Quedó en las almas eco de tu voz.

Porque es un eco inmenso el sentimiento
Estrechamente a la existencia unido,
Y al sonar en los aires tu lamento
Los hombres que lo oyeron han sentido:

Y llorarán e inundará su llanto
La losa de la tumba en que reposas,
Y otro poeta elevará su canto,
Y el bueno sus plegarias fervorosas.

¡Pobres nosotros! perdimos
Una esperanza tan bella,
Quedándonos en vez de ella
Solo un recuerdo.... no mas.

Perdimos en un momento
Con el porvenir de un hombre,
La parte inmensa de nombre
Que debimos heredar.

¿Quién llorará nuestros males
Llenándonos de consuelo,
Marcándonos en el suelo
La senda de la virtud;

Con ese acento tan suave
Que nuestra alma suspendia,
Con esa triste armonía
De su enlutado laud?

¿Quién a la infeliz ramera,
A la huérfana, al mendigo,
Dirá palabras de amigo,
Dará esperanzas, como él?

¿Quién a los hombres, valiente
Dará el sarcástico *¡bravo!*
Al ver llorar al esclavo
Reclinado en un dintel?

Ellos vendrán a tu tumba,
Vendrán de tristeza llenos;
El séquito de los buenos
Será tu elojio mayor.

Feliz quien ha conseguido
El llanto del desgraciado!...
Aquel que nunca ha llorado
No comprende su valor.

Ellos vendrán y contarán tu historia
Al que lleve su paso por allí,
Y rendirá homenaje a tu memoria
Al oir, *fué poeta e infeliz.*

Jóven cual tú me perderé, sin duda,
Porque hai en mí un jérmen de dolor,
Porque yo siento una tormenta muda
Despedazar mi pobre corazon.

Mas al recuerdo de la suerte mia
Nadie en el mundo verterá su llanto;
Sobre la losa de mi tumba fria
Ningun poeta entonará su canto.

—Setiembre 28 de 1841.—

A LA MEMORIA DE MI MALOGRADO AMIGO D. DIEGO FURRIOL.

De la frente de la Patria
Una a una caen las flores,
El crespon de los dolores
Vuelve de nuevo a ceñir;
Que el viento del infortunio
Helado sobre ella zumba,
Precipitando en la tumba
Las galas del porvenir.
No basta, Señor, no basta
Que el huracan se desate,
Y caiga a su rudo embate
Tanta flor de juventud!
No basta tender la muerte
Sus alas sobre un desierto;
Tambien, tambien has abierto
Para el jenio el atahud!
Tan jóven y acariciado
Por esperanzas de gloria,
No dejar otra memoria
Que una mísera inscripcion!
Entonces, Señor, entonces
¿De qué sirve una existencia,
Quemada por la violencia
De fogosa inspiracion?
Yo te diera una corona,
Mas acaso caen en vano,
Del corazon de un hermano
Las lágrimas que lloró;
Quien sobre tumbas desiertas
Vagando inapercibido,
Para lanzar al olvido
Sus tristes *ayes* quedó.
¡Ah! quién sabe si del suelo
Te arranca compadecido,
Sin duda porque ha querido
Recompensarte el Señor?
Quién sabe si desde el mundo
En donde el tiempo no corre,
Tu mano amiga nos borre
Largas horas de dolor!

Leve la tierra a tu descanso sea,
Eterno el mármol que tu nombre guarde;
Purísima oracion se alce en la tarde
Ante tu yerta cruz:
Y ya que ves el bien desde tu asiento,
Pídelo a Dios para la Patria amada:
Pide para mi mente un pensamiento,
Un rayo de su luz!

—1841.—

A.... EN SU ALBUM.

En horas de esperanza para la Patria mia
Quise entonar un canto de amor y juventud;
Pero cayó la noche, y en esa noche fria
Dormí sobre las tumbas llorando en mi laud.

Mi voz es de recuerdos, mi voz es de tristeza,
De la mañana el himno no vine a preludiar:
Nacido en la borrasca no he visto mas belleza
Que la enlutada nube y el irritado mar.

Ella mi cielo ha sido, las olas mi camino,
Son toda mi existencia, mi porvenir acá...
No pidas, vírjen, flores al triste peregrino,
Las que le dió su amada se marchitaron ya.—

Recuerdas todavía la falda de aquel monte
Donde sombreó tu cuna la copa del ombú?

El rio de una márjen enfrente al horizonte?
Las cándidas diamelas que cultivabas tú?

Todas las hojas, todas, arrebató el pampero;
Ninguna de tus flores, ni del ombú quedó;
Ninguno de tus ayes un eco lastimero,
Ninguna de tus lágrimas el rio eternizó.

Ves el pasado ahora? vés ya cuanto nos queda
De lo que fué esperanza, de lo que dicha fué?
Y ves por qué en dolores mi pensamiento rueda?
Por qué la vista vuelve del porvenir mi fé?

Mañana mis hermanos del Plata en la ribera,
Para cerrarme en ellos sus brazos me abrirán,
Y en vano de mi infancia la tierna compañera
Mis ojos en sus grupos ansiosos buscarán.

Es cierto, amiga, es cierto?... ya no nos sentaremos
Debajo de los árboles a conversar los dos?
Es cierto, hermana, es cierto? nosotros nos daremos
En medio de la vida nuestro postrer adios?...

Despues vendrá la noche, la noche del olvido,
La noche de la tierra de indiferencia y paz,
Y viviré en la mente de los que me han querido
Y no echarán de menos mi compañia jamas.

Vivir asi en los otros!! como un vestijio incierto,
Como algo que no puede la mente perpetuar;
Reflejo de una tarde serena en el desierto,
Vestijio de una noche de luna sobre el mar.

Y nada mas de tanto conservará una hermana?
Nada mas! de un cariño que no conoce ayer?...
Quién sabe si dichosa con lágrimas mañana
Tus hijos en mi nombre no enseñarás a leer.

—Jacuy—1844.—

REMINISCENCIA.

The heart
Was darken'd with her shadow.
BYRON.

Por qué posó en mis ojos tu mirada
Quemando de pasion en mi agonía?
Por qué si una existencia infortunada
Derramar en tu pecho no debia?

Otra era tu esperanza, tu destino:
Y de alegría y de hermosura llena,
¡Por qué te plugo oir al peregrino
El monotono canto de su pena!

En vano me rodeaste de caricias:
Empapando mi vida en tu ventura,
Llenabas mi infortunio de delicias,
El vacio de un alma de dulzura;

Pero de amor, jamas! siempre tu beso
Buscaba palpitante el labio mio;
Siempre la irradiacion de tu embeleso
Pudo solo encender mi desvarío.

En pago a tanto bien como me diste,
Por tantas horas de inefable encanto,
Solo te dejo una memoria triste
Y me separo de tu amor sin llanto.

Yo amaba otra mujer. El tiempo rudo
Clavó en mi juventud su zarpa airada,
Desgarró el corazon, pero no pudo
La imájen arrancar allí estampada.

Yo amaba otra mujer. Mientras los dias
Amontonaban nieve en mi cabeza,
El ánjel de las dulces simpatías
Abrigó con las alas su belleza.

Ella es la imájen que flotó indecisa
De bienestar en la primer idea,
En la edad en que al alma una sonrisa
Sobre la entera creacion pasea.

Quizás un rayo del vivir lejano
Al pensamiento la alumbró del niño:
Quizás errante al corazon temprano
La trajo el ánjel del primer cariño.

En él vivió de la inocencia mia,
En él durmió velada en mi sosiego,
Hasta mostrarse en mi camino un dia
Para mirarla y conocerla luego.

Que aparecióse a mi cariño incierto
Como memoria del Edén sentida,
En las noches de luna del desierto
Y en las blancas auroras de la vida.

Ella fué mi universo: la mañana
Siempre en su dicha me encontró pensando;
Siempre una estrella misteriosa hermana
Tuvo en la noche para mí brillando.

Siempre un rayo de luz su frente clara,
Siempre una sombra negra sus cabellos,
Flor nacida en la tierra los manchára...
Solo la flor-del-aire enredé en ellos.

Yo ante sus pasos me lancé sin tino
Tras de un albergue a su ilusion propicio,
Yo trepé las montañas sin camino
Por brindarle la flor del precipicio.

Luego por las orillas de los rios
Encaminamos nuestro paso a solas,
Sus brazos enredados en los mios
Escuchando el silencio de las olas.

Las aguas la espejaban seductora,
Cantaban a sus piés en dulce arrullo,
Le besaban el pié como a Señora
Y su homenaje revelaba orgullo.

Ah! la paz de mis dias fué y mi gracia,
Mi fresca linfa, mi verdosa palma;
Sus recuerdos de amor, en la desgracia
Son el rico tesoro de mi alma.

Ah! qué me has dado tú, tú que me adoras?..
Aparta! aparta! que está en mí su imájen,
No dejaré acercar las tentadoras
Ilusiones livianas que la ultrajen.

Ya todo el tiempo arrebató en su huida,
Mi primavera ennubleció serena,
Déjame solo caminar la vida
Rayando un nombre con el pié en la arena.

—Porto-Alegre.—Julio 1844.—

EN LA PRIMERA PAJINA DE UN VOLUMEN DE LAMARTINE.

A MI HERMANO.

Quién sabe si el Destino mui lejos me arrebata
De las hermosas playas, donde rebienta el Plata
Batido del pampero, sus olas en el mar!
Quién sabe en los dolores guardados a mi alma,
Si lejos de tí busco la sombra de una palma
Para dormir el sueño de proscripcion en paz!

Ah! entonces el acento te diga de un poeta
Que devoró mi vida la ajitacion secreta,
De un alma que se ignora sedienta de algun bien:
Te diga que en la tierra la dicha busqué en vano,
Te diga.... que palpita mi corazon de hermano,
Como al sentirme el tuyo palpitará tambien.

—Guaiba—1843.—

GOTAS DE LLANTO.

A MI MADRE.

Già ogni stella cade che saliva
Cuando mi mossi.
DANTE.

¡Seremos aun felices, madre mia!
La sombra que deslustra cada dia
La mirada, el cabello y el semblante,
¿No empañará en mi seno
El prisma de diamante
Do se refleja hermoso lo que es bueno?

Cuanto nos prometimos encantado,
Cuanto se nos mostraba delicado
Fué una dulce ilusion de la inocencia.
Y hoi que lo hemos sentido,
Podremos la existencia
Lisonjear con un bien que así ha mentido?

Los lejanos azules del paisaje,
Ya no nos mueven a emprender el viaje
De la melancolía. Las estrellas,
Y las anchas llanuras,

Y los bosques sin huellas
Perdieron su distancia y sus honduras.

Ah! con verguenza, madre, lo confieso:
Si pudieras volverme todo eso,
Y la fé en la ilusion, las inquietudes;
Me vieras con presteza
Volverte tus virtudes
Y hundirme en la ignorancia y la pereza.

O ceñido de inútiles dolores
Caminar otra vez hollando flores,
Que el viento tras de mí marchitaria;
Maldecir la fortuna,
Bebiendo la agonía
En la luz voluptuosa de la luna.

O con el horizonte ante mis ojos,
Cuál suelto mi caballo se lanzara
Por cima de las eras y de abrojos,
Sin que nunca parara,
Hasta no ver la vida
Una vez mas ante mis ojos ida!...

¡Seremos aún felices, madre mia!
Tras sí dejó una sombra cada dia,
Que ennegreció la imájen hechicera
De mis delirios bellos,
Y apagó la quimera
Dorada en la color de los cabellos.

Todo entristece: hasta tu imájen misma
Veo al traves de su funesto prisma,
Y de una juventud a la distancia
No alcanzo como eras
Al conducir mi infancia
Por los campos do nacen las palmeras.

¡Quién pudiera mirarte en esas blancas
Horas de ayer de la inocencia mia,
Jóven y hermosa abandonar ufana,
Tu esbelta gallardía
Por remecer mi cuna;
El velo desceñirte por cubrirme
De la luz importuna,
Y a cada movimiento sonreirme!

Los que así te miraban,
Dí ¿de veneracion no se llenaban?

Una noche serena era tu vida:
Aromas de una flor desconocida
Tu ambiente embalsamaban,
Y las voces del aire te cantaban.
Ah! triste tu alma ahora
Exhala de dolor un ai! sublime,
Y el universo enderredor te jime
Con un acento que tan bien la llora.

Pero esas horas del Edén viviste;
Puedes al menos la mirada triste
Cerrar y verme en mi inocente lecho,
Como cuando en tu pecho
Ebria de regocijo
Latir sentiste el corazon de tu hijo.

Felicidades son aunque ilusorias,
Abandona tu vida a las memorias,
Paladea de nuevo alborozada,
La inefable delicia
De sentir su mirada
Responder inocente a tu caricia.

Acaso entonces llena de tu suerte
Comunicarla ansiaste, y presintiendo
Difícil comprenderte
Fueron tristes tus lágrimas cayendo.
¿Y quién sabe si alguna
No bebieron sus ojos en la cuna!

Y cuando amontonabas en tus faldas
Flores para tejerle las guirnaldas,
¿Quién sabe si en tu afan de coronarle,
La sien no le ceñiste
De flores funerales
Que al azar en el campo recojiste?

¿Si su ponzoña no dejó en mi seno
La simpatía por el llanto ajeno,
La tristeza que aguarda al infortunio,
Las sombras interiores,
Para teñir de luto
La diáfana ilusion de los amores?

Todo se vá acabando, madre mia!
Ves, tenebrosa la borrasca impía
Sobre mi juventud cierne sus alas:
En su noche iracunda
No hai luz para sus galas,
Ni la llama del sol que la fecunda.

Tú me dijiste al contemplarla negra:
Una mujer la soledad alegra;
Hai dulzura en su voz y en su semblante:
Mas serenas auroras
Alborarán delante
De tus vagos deseos en las horas.

Yo escojí la mas bella... y de la mano
Traida a mi pecho, la llevaba ufano;
Siguióme, iba contenta.... y de repente,
La corona de azahares,
Se deshojó en su frente,
Caminando conmigo a los altares.

La estrella del amor faltó a mi cielo:
Luego el aire natal faltó a mi vuelo
Madre! y ora me arrastro peregrino,
Llorando en mis canciones,
Sembrando en el camino
Las hojas sin color de mis pasiones.

—Rio Pardo. — Julio de 1841.—

SOLEDAD.

Donde irá un alma huérfana
De amor que halle contento!
En qué apartado sitio
Reposaré un momento
Postrado de cansacio,
La vida sin placer?

Distante de la Patria
Viviré desgraciado,
Y ausente en estas márjenes,
Pensando que a su lado
Las horas de infortunio
Dulces pudieran ser.

Siempre una bella imájen
Deploraré lejana,
Siempre un cariño íntimo
Me faltará mañana,
Siempre una sombra fúnebre
Habrá en mi cielo azul.

Las ilusiones últimas
Van a la par lijero
Del alma desprendiéndose,
Que el sol del estranjero
Pronto tiñó de pálido
Mi hermosa juventud.

—Jacuy, 1844.—

DELEITE.

La noche ha tendido su manto y la tierra
Dormida se ha envuelto con él:
La vida se cierra
En las blandas memorias de ayer.
Desciñe el joyante cabello alma mia
Con él haz un manto de sueño a mi sien:
Esta noche es mas bella que el dia,
Tan solo en tus ojos la luz quiero ver.

No se escucha un jemido del viento
Ni el crecer de una flor:
Del bosque el aliento
En las auras se duerme de amor.
Las aguas reposan en muelles arenas
Calientes del rayo postrero del sol,
Dame un beso mi bien ¡Cuán serenas
Las horas empiezan de amarnos los dos.

No temas, no es malo dormir en el sueño,
Que inspira halagüeño,
El perfume del campo al amor:
Tú lo ves remontarse ácia el cielo,
Lo mas puro que encuentra en el suelo,
Eso toca de paso y vá a Dios.

— Rio Pardo.—Febrero, de 1844.—

RUEGA.

A MI HERMANA.

Vírjen cristiana póstrate
Ante el altar y llora:
Para tu hermano, en lágrimas,
Del corazon implora
Del mártir de los mártires
Resignacion y fé.

Una esperanza pídele
Para tu tierna vida,
Bella de santos éxtasis,
Que no lloró perdida
La calma de la infancia,
Ni devoró una sed.

Ayer no mas dos éramos
En una simpatía;
El ruego de mi labio
Tu labio repetia,
Y en un acorde unísono
Volaban al Señor.

Despues.... llegará el término
De la tormenta ruda:
En la plegaria unámonos
Durante nos sacuda,
Como dos gotas de agua
Se unen en una flor.

—1844.—

EN EL ALBUM DE UNA BRASILERA.

A qué nacer la flor en el desierto
De las galas del lujo asaz cubierto,
Si su vida inocente es ignorada?
Rebosar en sus pétalos la almibar,
Si los seres que tienen por morada
Bosques de naranjeros no la liban?
Por qué naciste, vírjen, en la tierra
Que tanta dicha y tanto bien encierra
Con tus ojos formados para el llanto
Y tu sonrisa de inefable encanto?
Ah! no haber elejido aquí otro suelo
Del tiempo y las tormentas azotado,
Do es necesario el ánjel de consuelo
De la desgracia al lado!

AGUA DORMIDA, EN UN ALBUM.

En la inquietud inmensa del destino
Reposar en la márjen de una fuente,
Sin rumor, sin murmullo, sin corriente,
Muerta cual la esperanza, no es vivir.
No es vivir al nacido en la ribera
Del impetuoso y turbulento Plata,
Donde pasan sus aguas de carrera
Con las olas del mar a combatir.

Bien puede ser que en tu primer mañana,
De sus celajes diáfanos ceñida,
Tenga dulzuras para tí la vida
Do quier reclines a soñar la sien.
Bien puede ser que anheles olvidada
En un sueño de paz adormecerte,
Que en el mayor silencio de la suerte
Dentro tu corazon haya un Edén.

Y grata el agua te será adormida
Que tu embeleso adulará serena,
Mientras rayando estés sobre la arena
La misteriosa cifra del amor;
Dulce el halago del secreto asilo,
La orilla de laguna sin lamento,
Para teñir el vago pensamiento
De su calma inefable y su frescor.

Donde no jima el viento, ni la brisa
Los árboles ajite enamorada,
Deja correr las horas olvidada
Vive en el corazon sin recelar.

Yo nací en la borrasca y me complacen
Los tumbos y el embate de las olas:
Duerme en la orilla de tu fuente a solas,
Yo me voi a las ondas de la mar.

—Rio Janeiro.— 1845.—

A MI MADRE.

Madre llorad! las nieblas de la vida
Me acercan ya la noche de dolor,
Madre llorad! vos mi primer querida
Mi última fé, mi inolvidable amor.

Yo no demando el angustioso llanto
Que agosta y quema al empapar la faz,
Sino el que brota de un recuerdo santo,
Serena el alma y la concede paz.

Si alguna vez llorasteis por un hijo
Lágrima amarga, yo no la pedí;
Pero si acaso el corazon os dijo
Que penariais, debió ser por mí.

Presajio fué de mi destino impio,
Nació la espina antes de abrir la flor,
Juntad ahora vuestro lloro al mio
Regad mi madre el tallo del amor.

—Febrero, de 1845.—

CEDRO Y PALMA.

De un arroyo sin nombre en las orillas
La palma con el cedro se enlazó,
El viento quo juntara sus semillas
Los ramos de los ramos separó.

El sol que tanto fecundó su vida
Lisonjero halagándola al nacer,
Vibró mas fuerte la calor querida
Quemó las fibras y agostó su ser.

El agua que regalo era a su frente
Y espejo a la hermosura era en su pié,
Desatando la lluvia y la corriente,
Azote y tumba a sus amores fué.

Nada valió la oscuridad de asilo,
Nada el misterio de ignorado amor.
Hermoso el sol amaneció tranquilo
Y era no mas que un dia de dolor.

El viento, el sol, el agua, les dió el cielo
Prendas asaz de duradero bien,
Bastó que fuera su morada el suelo,
Les fué un erial el prometido Eden.

Solitario y desnudo el cedro queda
Simpático y jigante en el sufrir,
La tempestad en su cabeza rueda
Sin poder arrancarlo ni abatir.

HEREDIA.

(JOSÉ MARÍA)

D. José María Heredia hijo primojénito de un majistrado virtuoso y sabio, nació en Santiago de Cuba el dia 31 de Diciembre de 1803. Desde la edad de dos años hasta la de trece, acompañó a su padre en viajes que este hizo a la Florida, a Santo Domingo y a Valencia de Venezuela de donde era oidor. Heredia no hizo estudios serios hasta el año 1816, empezando a oir lecciones de filosofía en la ciudad de Caracas. Continuó el año siguiente sus estudios en la Habana, dándose al de la jurisprudencia. A fines de 1820, pasó Heredia con su padre a Méjico, en donde tuvo la desgracia de perderle, —desgracia de que nunca se consoló, como lo prueban varias de sus mas patéticas composiciones.

Muerto el padre se retiró Heredia con su familia a Matanzas, y en Junio de 1823 se recibió de abogado en Puerto Príncipe contando apenas la edad de veinte años. En Noviembre de este mismo año 23, fugó a los Estados Unidos de América, por hallarse complicado en una conspiracion desgraciada contra las autoridades peninsulares, delito por el cual le condenó la Audiencia de Cuba a estrañamiento perpétuo.

Esta sentencia amargó mas la existencia de Heredia que ninguna otra de sus desgracias. El destierro, «ese espectro de andar presuroso, siempre vestido con traje estranjero,» le perseguia por todas partes y le llevó (como él mismo dice a su hermano en la dedicatoria de la primera edicion de sus poesías) «a fatigar con su aspecto errante las playas estranjeras».

En Agosto de 1825, invitado por el Presidente de Méjico, Victoria, entró en aquella república y empezó la carrera de los empleos desempeñando el de oficial en una de las Secretarías de Estado. En 1827 obtuvo el cargo de Juez de primera instancia, debiendo este empleo a sus relaciones amistosas con D. Lorenzo Zavala. En este año se casó. En Diciembre de 1828 fué promovido a fiscal de la Audiencia, en la que obtuvo plaza de majistrado por Enero de 1831. Dos años despues fué electo diputado a la lejislatura de Méjico, en la que solo permaneció cinco meses, renunciando la diputacion. Volvió a su Audiencia y la desempeñó hasta que una lei mejicana vino a hacer incompatible su destino con la calidad de no nacido en el pais. En 1836 logró permiso de las autoridades españolas para volver a Cuba por pocos dias con el fin de abrazar a su madre y demas personas de su familia.

D. J. M. Heredia vivia en Méjico el año de 1838, pues es esta la época en que se publicaba allí el periódico literario de donde tomamos estas rápidas noticias. Su autor refiriéndose a ellas y al retrato que las acompaña, dice: «El Sr. Heredia recibirá ambas cosas como un sincero homenaje del respeto y admiracion que nos inspira». Tenemos motivos para creer que su muerte acaeció a fines del año 1839.

Heredia fué de talento vasto y precoz: contaba poco mas de siete años de edad, cuando, segun el testimonio de uno de sus condiscípulos, «anticipándose en él el jenio al estudio y a la esperiencia, copiaba a Homero refiriendo los nobles desastres de Ilion. El semblante infantil se le iluminaba entonces, y sus ojos renegridos brillaban bajo la frente espaciosa y morena». — «El sol terrible de su patria (dice él mismo) habia derramado fuego abrasador en su alma borrascosa». Su carácter era melancólico y afectuoso. Amó a sus padres y deudos con delirio, a

la naturaleza y la hermosura como quién sabe comprenderlas, y a Dios sobre todas las cosas. Su pensamiento es siempre puro y elevado — noble y filosófico el objeto de sus composiciones serias. — De la admiracion de la naturaleza se remonta hasta el Hacedor, y vemos que en esta alta idea y en la de la inmortalidad se concentra en la última época de su existencia.

La primera edicion de las poesías de Heredia fué hecha en Nueva York el año de 1825. La segunda en 1833, bajo su direccion en Toluca. Hai otra edicion de Barcelona del año de 1840, cuyo editor asegura haber seguido el testo de la segunda por un manuscrito del autor mismo. — Muchas poesías hai sueltas de Heredia que no han sido reunidas, de las cuales publicamos ahora algunas en la América Poética, tomadas de periódicos mejicanos. Las «Poesías Americanas» que promete en una nota de la edicion de Nueva York, no han aparecido. Nosotros publicamos cuanto hemos hallado escrito por Heredia sin atrevernos a escluir ni aun aquellas composiciones, que segun parece, habia desechado en la edicion de Toluca que no conocemos. Tal vez los lectores nos agradezcan esta determinacion nacida del amor que profesamos al poéta habanero.

Menos conocidas que las líricas son otras obras del Sr. Heredia. En los periódicos literarios de Méjico se rejistran algunos escelentes artículos críticos, de su pluma, sobre Casti, sobre las memorias militares del jeneral Miller, sobre la trajedia de Lanuza, etc. Desde 1829 a 32 publicó la «Miscelanea,» que creemos sea una produccion periódica consagrada a las ciencias y a la literatura, y en aquel mismo año dió a luz sus «Lecciones de Historia». — Ha traducido y publicado el Sila de Jony, el Abufar de Ducis, y dejó inedita, el Fanatismo de Voltaire, el Saul de Alfieri y el Cayo Graco de Chenier.

La fama poética del Sr. Heredia no está encerrada en América: se estiende a todos los pueblos del habla española. La crítica le fué favorable desde la aparicion de sus primeras poesías. El Sr. D. Andres Bello las juzgó y elojió en las pájinas del Repertorio Americano, y el Sr. D. Alberto Lista, dió al autor el título de «gran poéta,» en una carta que dirijió desde Madrid en 1828 al Sr. D. Domingo del Monte.

La naturaleza le habia hecho poeta, y las vicisitudes de su vida desenvolvieron en él las dotes de su imajinacion. Llevóle el destierro a las cataratas del Niágara, a la pirámide relijiosa de Cholula, a la tumba de Washington, a la cumbre de muchas de las nevadas montañas de Méjico. A presencia de tales espectáculos, tomó su jénio ese vuelo sublime en el cual parece que nos arrebata cuando leemos sus producciones.

El Sr. Heredia ha vivido treinta y seis años únicamente; pero treinta y seis años de actividad y labor. «El torbellino revolucionario (ha dicho él) me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con mas o menos fortuna, he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, majistrado, historiador y poeta»....

Publicamos al frente de las poesías de Heredia, la composicion que le dirije con motivo de su muerte, el Sr. del Monte, a quien suponemos nacido en América, estando al sentido de algunas espresiones de sus bellos versos.

A LA MUERTE DE MI AMIGO Y CONDISCÍPULO D. JOSE MARÍA HEREDIA.

Se cumplió su mision sobre la tierra!
La tierra oyó su apasionado canto:
La tierra vió su inestinguible llanto:
La tierra compartió su padecer.
Cantar, jemir, sufrir! — Triple corona
Del poeta a la frente destinada,
De espinas agudísimas armada
Para clavarse en su doliente sien.
Cantar, jemir, sufrir! — Esta es la vida:
Esta fué su mision. Cantó a natura,
Al amor y la patria y la hermosura
Y la santa virtud y la razon.

Lloró del hombre los errores tristes,
El frívolo anhelar, el egoismo,
El desconsolador escepticismo,
La horrenda duda y la incredulidad.
Sufrió el peso fatal de la injusticia,
La vil calumnia envenenó su vida,
Y su escelsa virtud fué combatida
Por la torpe ignorancia y la maldad.
Y jimiendo en los bosques de la patria,
Sublime ruiseñor del nuevo mundo,
A su acento fatídico y profundo
El eco de la Patria respondió.

Y cantando en su plácida agonía,
Cubano cisne en la suprema hora,
De virtud y saber la nueva aurora
Que despunta ahora en Cuba, saludó.
Y cantando y jimiendo, entre raudales
De armonía, de amor y de ternura,
Encendido Querube, su alma pura
Batió las alas y voló al Señor.
Y Anáhuac quedó huérfano. Y su patria,
Tierra de los perfumes y verjeles,
De verde palma, circundó y laureles,
En vez de sauces su final mansion.

Sublime Heredia! tú escuchas
Desde tu inmortal asiento,
El dolorido lamento
De tu amigo en la niñez;
Del amigo que te viera
En la orilla de la Ozama,
Nutrir la divina llama
Que al fin devoró tu ser.

Aun me acuerdo. Un doble lustro
Por tí pasado no habia:
Aun llegado no era el dia
De la razon para tí;
Y anticipándose el jenio
Al estudio y la esperiencia,
Tu asombrosa intelijencia
Revelaba el porvenir.

Yo, casi adulto, al oirte
Copiar casi niño a Homero,
Creí ver el choque fiero
De Aquiles y Agamenon:
Y frente a las griegas naves
Y de Príamo a los jemidos,
Entre llamas y alaridos
Hundirse la sacra Ilion;

Y, cabe al derruido muro
Alzado el caballo inmenso,
Griegos, lanzas y humo denso
De sus llamas vomitar;
Y los dioses del Olimpo
Luchar en la arena ardiente
Y, al mover su adusta frente
El alto Jove, temblar.

. . . .
Vierais al niño estupendo
Cielo y tierra recorriendo,
Tierra y cielo describir:
Vierais su infantil semblante
Alumbrarse de repente
Y en su ancha y morena frente
Los negros ojos lucir.

El jenio! el jenio! Miradlo
Cómo la ciencia adivina,
No hai maestro, no hai doctrina:
El jenio es la inspiracion.
El jenio abrevió su vida,
Que el jenio es la calentura
Que la fibra humana apura
Cuando alumbra a la razon.

—

Tú cantaste la espléndida carrera
Del sol de nuestros climas que encerrado
En la zona flamíjera, vertiera
Sobre el centro del orbe iluminado,
Sus prolíficos rayos. Tras la huella
Del padre de la luz, tú viste alzarse
La verde copa de la palma bella,
Y de su centro esférico lanzarse
La flecha derechísima, cual sube
De Roma en las basílicas sagradas,
El majestuoso dombo hasta la nube
Con su aguja o sus cruces bronceadas.
Tú cantaste, el primero, la natura
De la tórrida zona, el fresco ambiente
Bajo un cielo de fuego, la verdura
Esmaltada, eternal, resplandeciente.
De la reina jentil de las Antillas
Sus piñas, sus aromas orientales,
Y el nectar de sus cañas amarillas
Convertido en melíferos cristales.
Y el mundo de Colon no fué un desierto!
Tuvo el bosque su voz la suya, el llano,
Su murmullo el arroyo, y su concierto
El pardo ruiseñor americano.
Y la flor reveló su gallardía,
Y el mar caribe su onda mujidora,
Y los cedros su bíblica osadía,
Y el huracan su voz atronadora.

Y entre espumas, fragor, diluvio y trueno
Del Niagara rujiente en la ancha boca,
Te vió el mundo, de asombro y susto lleno,
Tu arpa triste pulsar en la alta roca.
Y el orbe de Colon la voz alzando
«Es mi poeta» dijo. Y la alta idea
Del nuevo el mundo antiguo confirmando
«Es poeta,» dijera, «pinta y crea!»

—

Bello es pintar a fé: crear es bello,
Bello es trazar con la flexible pluma
La luz variable y vaga de la aurora,
Del astro el primer fúljido destello,
El rayo que se escapa entre la bruma,
Y la alta cresta que ese rayo dora.
Bello es pintar del verde papagayo
Las olas de carmin y el pecho de oro,
El tornasol del colibrí zumbante,
El jazmin del café brotando en mayo,
Y el ruiseñor que en el volátil coro,
Libra atiplado su tenor triunfante.

Bello es crear en Corina
La lira que canta a Italia,
Y so la tosca sandalia
De penitente heroina,
La ardiente vestal de Idalia.
Bello es, cuando no se encierra
Solo en lo real del suelo,
Del jenio el fecundo vuelo:
Bello es crear en la tierra
Las ilusiones del cielo.

—

Tú pintaste y creaste! su paleta
Natura te confió; su antorcha el jenio.
Es pintor cuando crea el gran poeta,
Es creador cuando pinta el grande injenio.

Mas ai! cuando de este mundo.
Que crió tu jenio profundo,
Descendiste al cieno inmundo
Del mundo cierto y real:
Cuando viste la alta ciencia,
Doblada por la indijencia
Pedir socorro y clemencia
A la ignorancia brutal:

Cuando las virtudes jimen,
Cuando los malos oprimen,
Cuando en su antro ruje el crimen
Erguido, amenazador;
Entonces tu musa llora,
Y al ser infinito implora,
Y de tu arpa jemidora
Se alza el himno del dolor.
Himno fatídico y santo,
Dulce y cadencioso llanto,
Solemne y lúgubre canto,
Vision de la eternidad.
Himno que en el bajo suelo,
Sublime intuicion del cielo,
De esperanza y fé el consuelo
Derrama en la humanidad.
Cantor del moderno mundo,
Y del Niagara iracundo,
Te convertiste en profundo
Poeta del corazon:
Pintor del bosque y las flores,
Y la luz y los colores,
De los humanos dolores
Descendiste a la rejion.
Y allí en el caos sombrio
De la mente del impío,
Tú viste su orgullo frio,
Su soledad y pavor:
Y viste allí en la inocencia,
La dicha de la existencia,
Y del malo en la conciencia,
Los tormentos y el terror.
Y allí entre bienes y males,
Revelaste a los mortales
Los destinos eternales
Que aguardándoles están:
Y al darte el adios postrero
Te proclamó el mundo entero,
Cual vate, rival de Homero,
Cual bardo, rival de Osian.

—

Poeta encantador, bardo sombrio,
Hora en la gloria a do te alzó tu fé,
Tu morada inmortal, del pecho mio
El velo rasga y vé cuanto te amé.

Sí, yo te amé! Del impetuoso Ozama
En la azotada orilla, un tiempo honor
De la aurífera Haiti, tu infantil llama
A mi alma nueva trasmitió su ardor.
Sí, yo te amé! Del infortunio el viento
Al soplar rebramando sobre tí,
A tu oido llegó mi amigo acento,
Y tu penar inmenso compartí.
Sí, yo te amé! Tus cantos inmortales
Fueron siempre mi encanto y mi solaz,
Luz de amor en la noche de mis males,
Voz de amigo en mi larga soledad.

Adios, adios!... Tu cuerpo está en la tierra,
Tu alma inmortal en el empireo está:
Aquí una piedra tu sepulcro cierra,
Allí te abre su gloria Jehová.
Cantar, jemir, sufrir! —Esta es la vida,
Sufrir es la virtud. La eterna luz
Al que sabe sufrir está ofrecida.
Quién al hombre salvó? Solo la cruz.

—Madrid, Diciembre 8 de 1839.—

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

A MI ESPOSA. [1]

Cuando en mis venas férvidas ardia
La fiera juventud, en mis canciones
El tormentoso afan de las pasiones
Con dolorosas lágrimas vertia.
Hoi a tí las dedico, esposa mia,
Cuando el amor mas libre de ilusiones
Inflama nuestros puros corazones
Y sereno y de paz nos luce el dia.
Así perdido en turbulentos mares
Mísero navegante al cielo implora,
Cuando le aqueja la tormenta grave;
Y del naufrajio libre, en los altares
Consagra fiel a la deidad que adora
Las húmedas reliquias de su nave.

A UNA SEÑORA QUE SACÓ COPIA DE UNA DE MIS POESIAS

PARA REGALARMELA.

Ai! ¿es verdad? La delicada mano
Que al dulce beso del amor convida
Y en sed enciende el anhelante labio,
Mis versos escribió? ¿y este consuelo
Al insano pesar que me devora,
Y el caliz del dolor vierte en mi vida,
Guardaba al fin el apiadado cielo?
Encantadora mia! mas ufano
Con favor tan precioso
Que con su alto poder el ambicioso,
Yo te bendeciré: con noble orgullo
De mis humildes versos satisfecho,
Por nada en este instante trocaria
Mi simple lira, y mi sensible pecho.
Tal vez mientras su mano apresurada
Mis venturosos versos escribia,
Allá en su alma ajitada
Mi destino infeliz compadecia,
Y al contemplar de mi alma la amargura,
Movido de dulcísima ternura
Palpitó su albo seno,
Y un suspiro piadoso,
Y una preciosa lágrima en sus ojos
A mí se consagró.... Gratos delirios
Ai! no me abandoneis: goce en idea
Lo que la dura suerte me ha vedado
Gozar en realidad.... Sí, sí, gozoso
Con la mitad de mi existencia triste
Comprar quisiera el venturoso instante
En que de la ternura el sentimiento
Me halagase en tu cándido semblante.
¿Y condenado a ajitacion eterna

1 Dedicatoria de la segunda edicion.

Siempre habré de vivir? ¿Nunca mis ojos
En otros ojos hallarán ardiendo
La llama del amor? ¿Hasta la muerte
Jemiré de mis bárbaros pesares
Y tedio insoportable combatido?
¿No habrá una alma clemente
Que simpatice en su cariño ardiente
Con este Heredia triste y desquerido?
Papel precioso, entre las prendas mias,
Ocupa tu lugar: mil y mil veces
Mis labios encendidos
Sobre tí buscarán la dulce huella
De la mano lijera y delicada
Que se dignó escribirte: si la suerte
Quiere oprimirme injusta y despiadada,
Tú mi alivio serás: al contemplarte
Mil recuerdos de gloria en mi escitados
Templarán mi dolor, llenando mi alma
De un inocente y celestial consuelo:
Cuando la muerte con funesto vuelo
Sus alas tienda de mi frente en torno,
Recibirás sobre mi yerta boca
Mi último beso y mi postrer suspiro.

—Octubre de 1833.—

LA PRENDA DE FIDELIDAD.

Dulce memoria de la prenda mia
Tan grata un tiempo como triste ahora,
Aureo cabello, misterioso nudo,
Ven a mi labio.

Ai! ven, enjugue su fervor el llanto
En que tus hebras inundó mi hermosa,
Cuando te daba al infeliz Fileno,
Mísero amante.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,
Decidme siempre que mi Lesbia es firme;
Decid que nunca romperá su voto
Pérfida y falsa.

Oh! cuánto el alma de dolor sentia,
Cuánto mi pecho la afliccion rasgaba,
Cuando la hermosa con dolientes ojos
Viéndome dijo:

«Siempre, Fileno, de mi amor te acuerda!
Toma este rizo, que mi frente adorna....
Toma esta prenda de constancia pura....
Guárdala fino.»

A donde quiera que la suerte cruda
Me arrastre ¡oh rizo! seguirásme siempre,
Y de mi Lesbia la divina imájen
Pon a mis ojos.

Tú me recuerda los felices dias
De paz y amor, que fujitivos fueron,
Cual débil humo de aquilon al soplo
Tórnase nada.

Oh! cuántas veces su cabello rubio,
Al blando aliento de la fresca brisa,
Veloz ondeaba, y en feliz desorden
Vino a mi frente!

La luna amiga con su faz serena
Mil y mil veces presidió mi dicha....
Memoria dulce de mi bien pasado,
Sé mi delicia!

—1819.—

LOS RECELOS.

Por qué, adorada mia,
Mudanza tan cruel? Por qué afanosa
Evitas encontrarme, y si te miro,
Fijas en tierra lánguidos los ojos
Y triste amarillez nubla tu frente?
Ai! dó volaron los felices dias
En que risueña y plácida me vias,
Y tus ardientes ojos me buscaban,
Y de amor y placer me enajenaban?
Cuántas veces en medio de las fiestas,
De una fogosa juventud cercada,
Me aseguró de tu cariño tierno

Una veloz simpática mirada!
Mi bien, ¿por qué me ocultas
El dardo emponzoñado que desgarra
Tu puro corazon?... Mira que llenas
Mi existencia de horror y de amargura:
Dime, díme el secreto que derrama
El cáliz de dolor en tu alma pura.
Mas, ¿aun callas? ¡ingrata! Ya comprendo
La causa de tu afan: ya no me amas,
Ya te cansa mi amor.... No, no; perdona!
Habla, y hazme feliz! Ai! yo te he visto,
La bella frente de dolor nublada,
Alzar los ojos implorando al cielo.
Yo recojí las lágrimas que en vano
Pretendiste ocultar; tu blanca mano
Estreché al corazon lleno de vida
Que por tu amor palpita, y azorada
Me apartaste de tí con crudo ceño:
Volví a cojer tu mano apetecida,
Sollozando a mi ardor la abandonaste,
Y mientras yo ferviente la besaba,
Bajo mis labios áridos temblaba.
Te finjirás acaso
Delito en mi pasion? Hermosa mia,
No temas al amor: en pecho helado,
Al dulce fuego del sentir cerrado
Rechaza la virtud, a la manera
De la peña que en vano
Riega a torrentes la afanosa lluvia
Sin que fecunde su natal dureza;
Y el amor nos impone
Por lei universal Naturaleza.
Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas
Que yo marchite con aliento impuro
Tu virjinal frescor. Ah! te idolatro!....
Eres mi encanto, mi deidad, mi todo.
Único amor de mi sencillo pecho!
Yo bajara al sepulcro silencioso
Por hacerte feliz... Ven a mis brazos,
Y abandónate a mí; ven y no temas.
La enamorada tórtola tan solo
Sabe aqueste lugar, lugar sagrado
Ya de hoi mas para mí... Su canto escuchas
Que en dulce y melancólica ternura
Baña mi corazon?... Déjame, amada,
Sobre tu seno descansar.... Ai! vuelve....
Tu rostro con el mio
Une otra vez y tus divinos labios
Impriman a mi faz atormentada
El beso del amor.... ídolo mio,
Tu beso abrasador me turba el alma:
Toca mi corazon cual late ansioso
Por volar ácia tí.... Deja, adorada,
Que yo te estreche en mis amantes brazos
Sobre este corazon que te idolatra.
¿Le sientes palpitar? ¿Ves cual se ajita
Abrasado en tu amor? Pluguiera al cielo
Que a tí estrechado en sempiterno abrazo
Pudiese yo espirar!... ¡Gozo inefable!
Aura de fuego y de placer respiro;
Confuso me estremezco:
Ai! mi beso recibe.... yo fallezco....
Recibe, amada, mi postrer suspiro.

—

A MI ESPOSA EN SUS DIAS.

Oh! cuán puro y sereno
Despunta el sol en el dichoso dia
Que te miró nacer, Esposa mia!
Héme de amor y de ventura lleno.
Puerto de las borrascas de mi vida,
Objeto de mi amor y mi tesoro,
Con qué afectuosa devocion te adoro,
Y te consagro mi alma enternecida!
Si la inquietud ansiosa me atormenta,
Al mirarte recobro
Gozo, serenidad, luz y ventura;
Y en apacibles lazos
Feliz olvido en tus amantes brazos
De mi poder funesto la amargura.
Tú eres mi ánjel de consuelo
Y tu celestial mirada
Tiene en mi alma enajenada
Inesplicable poder.
Como el iris en el cielo
La fiera tormenta calma,

Tus ojos bellos del alma
Disipan el padecer.
Y, cómo no lo hicieran
Cuando en sus rayos lánguidos respiran
Inocencia y amor? Quieran los cielos
Que tu dia feliz siempre nos luzca
De ventura y de paz, y nunca turben
Nuestra plácida union los torpes celos.
Esposa la mas fiel y mas querida,
Siempre nos amaremos,
Y uno en otro apoyado, pasaremos
El espeso desierto de la vida.
Nos amaremos, esposa,
Mientras nuestro pecho aliente;
Pasará la edad ardiente,
Sin que pase nuestro amor....

—Noviembre. 1827.—

PLACERES DE LA MELANCOLIA.

FRAGMENTOS DE UN POEMA. [1]

No es dado al hombre de su débil frente
Las penas alejar y los dolores,
Ni por campos de mirtos y de flores
Dirijir el torrente de la vida.
De las pasiones el aliento ardiente
Le enajena tal vez, y breves horas
En ilusiones férvidas perdido,
Osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido
La fiebre del amor, ni qué alma helada
No probó la dulzura emponzoñada
Que en el beso fatal vierte Cupido?
Yó adoré la beldad; cual sol de vida
Lució a mis ojos y bebí encendido
El cáliz del amor hasta las heces.
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,
En todos sus placeres y deseos
Al estremo voló: tibias pasiones
Nunca en ella cupieron.... Mas ¡ai! pronto
Siguió a los goces y delirio mio
La saciedad, el tedio devorante,
Como sigue de otoño al sol brillante
El del invierno pálido y sombrío.
Tal es la suerte del mortal cuitado:
Ajitarse y sufrir, despues que siente
El vigor de su pecho quebrantado
Por su escesivo ardor, que al fin agota
Del sentimiento la preciosa fuente.
Qué hará el triste? las flores de la vida
Al soplo abrasador de las pasiones
Marchitas sentirá. Do quier que mire
Será el mundo a sus ojos un desierto,
Y el misterioso abismo de la tumba
Será de su esperanza único puerto.
Así el piloto en tempestuosa noche
Solo distingue entre su denso velo
El mar furioso y el turbado cielo.
Entonces tú, jentil melancolia,
Serás bálsamo dulce que suavice
Su árido corazon y le consuele,
Mas que el plácido llanto de la noche
A la agostada flor. Yo tus placeres
Voi a cantar y tu favor imploro.
Ven, tonos blandos a mi voz inspira,
Enciéndala tu aliento, y de mi lira
Templa con languidez las cuerdas de oro.
Quién en adversa o próspera fortuna
No se abandona al vago pensamiento,
Cuando suspira de la noche el viento

1 Publico estos fragmentos, porque el poema ya no ha de acabarse. Otros cuidados que deben ocuparme esclusivamente, no me dejan el ocio de espíritu que exijen las Musas. Por eso imprimo mis versos tales como están. Salgan pues, y tengan su dia de vida ya que no deben esperar de mí ni revision, ni aumento.

Solo deseo que este cuaderno escite emulacion saludable en nuestra juventud. ¿Por qué no tiene Cuba grandes poetas cuando sus hijos están dotados de órganos perfectos, de imajinacion viva, cubiertos por el cielo mas puro, y cercados de la naturaleza mas bella?

Mis amigos echarán menos en esta coleccion algunos poemas publicados ya; pero estos y otros inéditos, irán en una edicion separada.

(Nota del A. en la edicion de N. York.—1825.)

Y de Cuba en el mar duerme la luna?
¿Quién no ha sentido entonces dilatarse
Su corazon, y con placer llevarse
A mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor? Con qué deleite
En los campos bañados por la luna
Siguen nuestras miradas pensativas
La sombra de las nubes fujitivas,
En oceano de luz puro y sereno!
¡Qué encanto hai en la calma de esta noche,
Del hondo mar en la distante furia,
Que halaga al corazon! Melancolía,
Tú respiras allí: tu faz amable,
Velada entre vapores transparentes,
Sonrie con ternura al que en tu seno
Busca la paz; y al que de penas lleno
Se acoje a ti, con mano compasiva
Del rostro enjugas el sudor y el llanto.
Mas la disipacion furiosa en tanto
En sus bailes y juegos y festines,
Hace beber de tedio triste copa
A los que por su halago seducidos,
Buscan entre sus pérfidas caricias
Gozo y felicidad. Mustios, rendidos,
Maldecirán al sol, y a sueño ansioso
La frente atormentada reclinando
La suerte trocarán del bello dia.
Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía
Me desataste el corazon! ¡Oh tiempo
De ceguedad y de furor!... Insano,
En tormento sin fin buscaba dicha,
Paz en eterna turbacion.... Empero
A mis ojos el sol brilla mas puro
Desde que ya, mas cuerdo, no alimento
De mi sangre el ardor calenturiento,
Soñando gozos y placer futuro.
De la grata ilusion perdí el encanto,
Pero hallé de la paz el bien seguro.
. . . .
Dulce es la soledad, en que su trono
Asienta la feliz melancolía.
Desde la infancia venturosa mia,
Era mi amor. Aislado, pensativo,
Gustábame vagar en la ribera
Del ancho mar. Si los airados vientos
Su seno hinchaban en tormenta fiera,
Mil pensamientos vagos, tumultuosos,
Me ajitaban tambien; pero tenia
Deleite inesplicable, indefinido,
Aquella confusion. Cuando la calma
Reinaba en torno, y el espejo inmenso
Del sol en occidente reflejaba
La noble imájen en columna de oro,
Yo en éstasis feliz la contemplaba,
Y eran mis escondidos pensamientos
Dulces, como el silencio de los campos
De la luna en la luz. Y los pedantes,
Azotes de la infancia, que querian
Subyugar mi razon a sus delirios,
Fieros amenazándome decian:
«Este niño holgazan y vagabundo
Siempre necio ha de ser». Y yo temblaba,
Mas no los maldecia,
Sino de ellos huia,
Y en mi apacible soledad lloraba.
. . . .
Oh! si Dios de mis males apiadado
Las alas de un espíritu me diera!
Cuál por los campos del espacio huyera
De este mundo tan bello y desdichado!
Oh! si en él a lo menos me ofreciera
Una mujer sensible, que pudiera
Fijar mi corazon con sentimientos
Menos vivos tal vez, menos violentos
Que los que enciende amor, pero mas dulces
Y duraderos! En su injénua frente
El candor y la paz me sonreirían:
De este esceso de vida que me agobia
Me aliviara su amor. Su voz piadosa
De aqueste pecho en la profunda herida
Bálsamo de consuelo derramara,
Y su trémulo acento disipara
Las tinieblas de mi alma entristecida.
Encarnacion de mi ideal esposa,
Cómo te adoraré!... No por mas tiempo
Me hagas ansiarte y suspirar en vano:
Mira que vuela mi verdor lozano.
Ai! ven y escucha mi rogar piadosa.
. . . .
¿Qué placer melancólico no goza,
Al ver al tiempo con alada planta
Los dias y años y los siglos graves
Precipitar en el abismo oscuro
De lo que fué? Las épocas brillantes
Recorro de la historia.... ¡Qué furores!

Cuadro fatal de crímenes y horrores!
Do quier en sangre tíñense las manos:
Los hombres fascinados o furiosos,
Ya son juguetes viles de facciosos,
Ya siervos miserables de tiranos.
Pueblos a pueblos el dominio ceden;
Y del orbe sangriento, desolado,
Desaparecen como en mar airado
Las olas a las olas se suceden.
De Babilonia, Menfis y Palmira
Entre los mudos restos el viajero
Se horroriza de ver su estrago fiero
Y con profunda lástima suspira.
Campos americanos! En vosotros
Lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora
Vuestro nombre y desdicha? Circundado
Por tenebrosa nube un hemisferio,
Ocultábase al otro: mas osado
Forzó Colon el borrascoso imperio
Del oceano feroz. La frájil nave
Por los yermos de un mar desconocido
En silencio volaba: la vil chusma
Pálida, yerta, con terror profundo,
A la Patria querida
Tornaba ya la resonante prora,
Cuando a sus ojos refuljente aurora
Las playas reveló del nuevo mundo.
¡Hombres feroces! La severa historia
En pájinas sangrientas eterniza
De sus atrocidades la memoria.
Al esfuerzo terrible de su espada
Cayó el templo del Sol, y el trono altivo
De Acamapich [1].... Las infelices sombras
De los reyes Aztecas olvidados,
A evocar me atreví sobre sus tumbas,
Y del polvo a mi voz se levantaron,
Y su inmenso dolor me revelaron.
¿Do fué la raza candorosa y pura
Que las Antillas habitó?.... La hiere
Del vencedor el hierro furibundo,
Tiembla, jime, perece,
Y como niebla al sol desaparece.
Sediento de saber, infatigable,
Del Tiber, del Jordan, y del Eurotas
Las aguas beberé y en sus orillas
Asentado en escombros solitarios
De quebrantadas míseras naciones,
Me daré a meditar; altas lecciones,
Altos ejemplos sacará mi mente
De su desolacion. ¡Cuánto es sublime
La voz de los sepulcros y ruinas!
Allí tu inspiracion pura y solemne,
¡Oh, musa del saber! mi voz anime.
Y tú tambien jenial melancolía,
Me seguirás do quiera suspirando,
O en mi lecho tu pecho reclinando
Harás a mi descanso compañía.
. . . .
Cuánto es plácida y tierna la memoria
De los que amamos, cuando ya la muerte
A nuestro amor los arrancó! La tumba
Encierra las inmóviles cenizas;
Los lijeros espíritus pasean
En el aire sereno de la noche
En torno de los que aman, y responden
A sus dulces recuerdos y suspiros
En misteriosa comunion. Creedme,
No lo dudeis: por esto son tan dulces
Las solitarias lágrimas vertidas
En la tumba del padre, del esposo
O del amante, y el herido pecho
Ama su llanto y su dolor piadoso.
Oh tú que para mí fuiste en la tierra
De Dios augusta imájen! Cuántas horas
Desde el momento que cesó tu vida
Por mí pasaron, llenas de amargura
Y de intenso dolor! Sombra querida
Del mejor de los padres, en el cielo
Recibe de mi pecho lastimado
La eterna gratitud. Mi dócil mente
Con atencion profunda recojia
De tu boca elocuente en las palabras
El saber, la verdad: aun de tu frente
En la serena majestad leia
Altas lecciones de virtud. Tus pasos,
Tus miradas, tu voz, tus pensamientos
Eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura
De mi pecho impaciente reprimias
El ardimiento, la fiereza!.... El cielo
Contra el ciego furor de los malvados
Sirviéndote de asilo, me dejara
Entre borrascas mil.... Ai! a lo menos

1 Tal vez es este el nombre del primer rei mejicano, a quien Clavijero llama Acamitzin.

ré a morir en tu sepulcro, y junto
A tu polvo sagrado
Reclinaré mi pecho atormentado,
Y al eco de tres sílabas funestas
Aun allí temblará. Mas tu memoria
Será mientras respire, mi consuelo,
Y grato y dulce el solitario llanto
Que la consagre, mas que gozo alguno
Del miserable suelo.
¡No me abandones, padre, desde el cielo!
. . . .
Patria!.... Nombre cual triste delicioso
Al peregrino mísero que vaga
Lejos del suelo que nacer le viera!
Ai! ¿Nunca de tus árboles la sombra
Refrescará su dolorida frente?
¿Cuándo en la noche el músico ruido
De las palmas y plátanos sonantes
Vendrá feliz a regalar mi oido?
¡Cuántas dulzuras ¡ai! se desconocen
Hasta perderse! No, nunca los campos
De Cuba parecieron a mis ojos
De mas beldad y jentileza ornados,
Que hoi a mi acongojada fantasía.
Recuerdo triste de maldad y llanto!
Cuando esperaba paz el alma mia,
Redobló la fortuna sus rigores,
Y de persecucion y de furores
Pasó tronando el borrascoso dia.
Desde entonces mis ojos anhelantes
Miran a Cuba, y a su nombre solo
De lágrimas se arrasan. Por la noche
Entre el bronco rujir del viento airado
Suena el himno infeliz del desterrado.
O si el Oceano inmóvil se adormece
De Junio y Julio en las ardientes calmas,
Ansioso busco en la distante brisa
La voz de sus arroyos y sus palmas.
Oh! no me condeneis a que aquí jima,
Como en huerta de escarchas abrasada
Se marchita entre vidrios encerrada
La planta estéril de distinto clima.
Mi entusiasmo feliz yace apagado:
En mis manos ¡oh lira! te rompiste:
Cuándo sopla del Norte el viento triste,
Puede algun corazon no estar helado?
¿Do están las brisas de la fresca noche,
De la májica luna inspiradora
El tibio resplandor, y del naranjo
Y del mango suavísimo el aroma?
¿Dónde las nubecillas que flotando
En el azul sereno de la esfera,
Islas de paz y gloria semejaban?
Tiende la noche aquí su oscuro velo;
El mundo se adormece inmóvil, mudo,
Y el aire punza y bajo el filo agudo
Del hielo afilador centella el cielo.
Brillante está a los ojos, pero frio,
Frio como la muerte. Yo lo admiro,
Mas no lo puedo amar, porque me mata,
Y por el sol del trópico suspiro.
Vuela, viento del Norte, y a los campos
De mi patria querida
Lleva mi llanto, y a mi madre tierna
Murmura mi dolor.
. . . .
A tí me acojo fiel melancolía,
Alivia mi penar: a tí consagro
El resto de mi vida miserable.
Siempre eres bella, interesante, amable;
Ya nos renueves los pasados dias,
Ya tristemente plácida sonrias
En la pálida frente de una hermosa,
Cuando la enfermedad feroz anubla
Su edad primaveral. Benigna diosa,
Tu bálsamo de paz y de consuelo
Vierte en mi alma abatida,
Hasta que vaya a descansar al cielo
De este delirio que se llama vida......

—Boston....—

A LA HERMOSURA.

Dulce hermosura de los cielos hija,
Don que los dioses a la tierra hicieron,
Oye benigna de mi tierno labio
Cántico puro.

La grata risa de tu linda boca
Es mui mas dulce que la miel hiblea:
Tu rostro tiñe con clavel y rosas,
Cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma
Del manso mar en los cerúleos campos,
Así los orbes del nevado seno
Leves ajitas.
El universo cual deidad te adora;
El hombre duro a tu mirar se amansa,
Y dicha juzga que sus ansias tiernas
Blanda recibas.
De mil amantes el clamor fogoso,
Y los suspiros y jemir doliente,
Del viento leve las fugaces alas
Rápidas llevan.
Y de tu frente al rededor volando,
Tus dulces gracias y poder publican:
Clemencia piden, pero tú el oido
Bárbara niegas.
Por qué tu frente la dureza nubla?
El sentimiento la beldad afea?
No: vida y gracia y espresion divina
Préstala siempre.
Yo ví tambien tu seductor semblante,
Y apasionado tu alabanza dije
En dulces himnos, que rompiendo el aire
Férvidos jiran.
Mil y mil veces al tremendo carro
De amor me ataste, y con fatal perfidia
Mil y mil veces derramar me hiciste
Mísero llanto.
Y maldiciendo tu letal hechizo,
Tu amor abjuro y delirante y ciego;
Mas ¡ai! en vano que tu bella imájen
Sígueme siempre.
Si a lo alto vuelvo la llorosa vista,
En la pureza del etéreo cielo,
El bello azul de tus modestos ojos
Lánguido miro.
Si miro acaso en su veloz carrera
Al astro bello que la luz produce,
El fuego miro que en tus grandes ojos
Mórbido brilla.
Es de la palma la gallarda copa
Imájen viva de tu lindo talle;
Y el juramento que el furor dictóme
Fácil abjuro.
Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,
Caigo a tus plantas, y perdon te pido,
Y a suplicar y a dirijirte votos,
Tímido vuelvo.
Ai! de tus ojos el mirar sereno
Y una sonrisa de tu boca pura,
Son de mi pecho que tu amor abrasa,
Único voto.
Dulce hermosura! mi rogar humilde
Oye benigna, y con afable rostro
Tantos amores y tan fiel cariño
Págame justa.

—1820—

A LA ESTRELLA DE VENUS.

Estrella de la tarde silenciosa,
Luz apacible y pura
De esperanza y amor, salud te digo.
En el mar de occidente ya reposa
La vasta frente el sol, y tú en la altura
Del firmamento solitaria reinas.
Ya la noche sombría
Quiere tender el diamantino velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo dia.
Hora feliz y plácida, cuál bella
Tú la presides, vespertina estrella!
Yo te amo astro de paz! Siempre tu aspecto
En la callada soledad me inspira
De virtud y de amor meditaciones.
Qué delicioso afecto
Escita en los sensibles corazones
La dulce y melancólica memoria
De su perdido bien y de su gloria!
Tú me la inspiras. Cuántas, cuántas horas
Viste brillar serenas
Sobre mi faz en Cuba!.... Al asomarse
Tu disco puro y tímido en el cielo,
A mi tierno delirio daba rienda
En el centro del bosque embalsamado,
Y por tu tibio resplandor guiado
Buscaba en él mi solitaria senda.
Bajo la copa de la palma amiga,
Trémula, bella en su temor, velada
Con el májico manto del misterio,
De mi alma la señora me aguardaba.
En sus ojos afables se veian

Injenuidad y amor: yo la estrechaba
A mi pecho encendido,
Y mi rostro feliz al suyo unido,
Su balsámico aliento respiraba.
¡Oh goces fujitivos
De placer inefable! Quién pudiera
Del tiempo detener la rueda fiera
Sobre tales instantes!...
Yo la admiraba estático: a mi oido
Mui mas dulce que música sonaba
El eco de su voz, y su sonrisa
Para mi alma era luz. Horas serenas,
Cuya memoria cara
A mitigar bastara
De una existencia de dolor las penas!

Estrella de la tarde! ¡cuántas veces
Junto a mi dulce amiga me mirabas
Saludar tu venida, contemplarte,
Y recibir en tu amorosa lumbre
Paz y serenidad!... Ahora me miras
Amar tambien, y amar desesperado.
Huir me ves el objeto desdichado
De una estéril pasion, que es mi tormento
Con su belleza misma;
Y al renunciar su amor, mi alma se abisma
En el solo y eterno pensamiento
De amarla, y de llorar la suerte impía
Que por siempre separa
Su alma bella y pura de la mia.

—1826.—

MEMORIAS.

¿Recuerdas los bellos dias
En que tímido y sincero
El homenaje primero
Te llegara a presentar?
Oh ceguedad! Oh estravio!
Ai! nunca, Lesbia inconstante,
Un pecho mas fiel y amante
Pudiera amor inflamar.

Nunca, nunca a infiel hermosa
Nadie tan tierno quisiera:
Mudable el tiempo te hiciera
Y el tiempo me consoló.
El amor que me inspiraste
Para siempre se ha borrado:
No mas el fuego apagado
Recuerdes al corazon.

En vano con rostro amigo
Me tiendes la blanca mano;
La fé reclamas en vano
Que a la tuya prometí.
La credulidad que sola
Devolvértela pudiera,
Por tu inconstancia altanera
Para siempre huyó de mí.

El lijero pajarillo
De la prision escapado,
Prudente y escarmentado,
Teme al señuelo traidor.
No ya se acerca cual antes,
Que la desgracia le instruye,
Y la esclavitud rehuye
Que le brinda el cazador.

—1821.—

EL RUEGO.

De mis pesares
Duélete hermosa
Y jenerosa
Paga mi amor.
Mira cual sufro
Por tu hermosura
Angustia dura
Pena y dolor.

Quién ¡ai! resiste
Cuando le miras
Y fuego inspiras
Al corazon?
Cuando tu seno
Blando palpita
¿En quién no escita
Plácido ardor?

Secreto afecto
Me enardeciera
La vez primera
Que yo te ví.
Tu habla divina
Sonó en mi oido,
Y conmovido
Me estremecí.

De amor el fuego
Corre en mis venas....
Sí.... de mis penas
Ten, ai! piedad.
Ténla, un afecto
Dulce y sencillo,
Releva el brillo
De la beldad.

A MI AMANTE.

Es media noche: vaporosa calma
Y silencio profundo
El sueño vierte al fatigado mundo,
Y yo velo por tí, mi dulce amante.
¡En qué delicia el alma
Enajena tu plácida memoria!
Único bien y gloria
Del corazon mas fino y mas constante,
Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho
La ajitacion lanzaste y el martirio,
Y en mi tierno delirio
Lleno de tí contemplo el Universo.
Con tu amor inefable se embellece
De la vida el desierto,
Que desolado y yerto
A mi tímida vista parecia,
Y cubierto de espinas y dolores:
Ante mis pasos, adorada mia,
Riégalo tú con inocentes flores.
Y tú me amas! Oh Dios! Cuánta dulzura
Siento al pensarlo! De esperanza lleno,
Miro lucir el sol puro y sereno,
Y se anega mi ser en su ventura.
Con orgullo y placer alzo la frente
Antes nublada y triste, donde ahora
Serenidad respira y alegría.
Adorada señora
De mi destino y de la vida mia,
Cuando yo tu hermosura
En un silencio relijioso admiro,
El aire que tú alientas y respiro,
Es delicia y ventura.
Si pueden envidiar los inmortales
De los hombres la suerte,
Me envidiarán al verte
Fijar en mí tus ojos celestiales
Animados de amor, y con los mios
Confundir su ternura.
O al escuchar cuando tu boca pura
Y tímida confiesa
El inocente amor que yo te inspiro:
Por mí exhalaste tu primer suspiro,
Y a mí me diste tu primer promesa.
Oh! luzca el bello dia
Que de mi amor corone la esperanza,
Y ponga el colmo a la ventura mia!
¡Cómo de gozo lleno,
Inseparable gozaré a tu lado,
Respiraré tu aliento regalado,
Y posaré mi faz sobre tu seno!
Ahora duermes tal vez, y el sueño ajita
Sus tibias alas en tu calma frente,
Mientras que blandamente
Solo por mí tu corazon palpita.
Duerme objeto divino
Del afecto mas fino,
Del amor mas constante;
Descansa, dulce dueño,
Y entre las ilusiones de tu sueño
Levántese la imájen de tu amante.

— Abril, 1827. —

ATALA.

Des que te vide prisionero hermoso,
Sentado a par de la luciente hoguera,
Por mis venas corrió fuego dichoso,
Que no puedo esplicar. ¡Quién a tu lado
Vivir siempre pudiera,
Y consolarte en tus amargos males,

Y tu gozo partir! ¡Fuérame dado
Romper osada tu cadena dura,
Y a tu lado corriendo a los desiertos,
Gozar contigo sin igual ventura!
Pero no la gozara que al mirarte
Me siento estremecer. Quédanse yertos
Mis miembros todos y con furia bate
Mi ansioso corazon dentro del pecho.
Cuán estraña es mi suerte!
Tiemblo cuando te miro, y si te partes,
Ansio y me ajito por volver a verte.
Al punto que te miro,
Gallardo prisionero,
Huir de tu vista quiero
Y no te puedo huir.
Con languidez suspiro
Al verte que suspiras,
Y lánguido me miras,
Y pienso yo morir.
Ayer tarde le ví junto a la fuente
A mi lado correr; temblé, y ardiente,
Apretando mi mano, así me dijo:
«Desde que te miré la vez primera,
El sueño huyó de mis ardientes ojos.
La memoria feliz de tu hermosura
En mi pecho se iguala
A la memoria dulce y lisonjera
De la cabaña en que nací.... ¡Oh Atala!
Mal puede responder a tus amores
Un corazon que aguarda los horrores
Del suplicio y la muerte». ¡Ai! sí, mi amado
Sin mí perecerá; salvarle es fuerza,
Y seguirle tambien; sí, sí, seguirle.
Qué han menester los hijos de los bosques
Para vivir?... En su ropaje verde
Morada nos dará la antigua encina.
Saldrá el brillante sol, y a par sentados
Al borde de un torrente bullicioso,
Veremos con placer su luz divina.
O a la sombra de un álamo frondoso
Los dos triscando en deliciosa fiesta
Miraremos pasar la ardiente siesta,
Y él me dirá palabras misteriosas,
Y yo responderé con tierno acento:
«¡Oh Chactas! ¡Oh mi amor! Tu rostro hermoso
Es mas grato de Atala al blando pecho
Que la sombra del bosque al mediodia,
O los silbidos del furioso viento
Cuando sacuden la cabaña mia
En medio de la noche silenciosa».
Así diré, me estrechará en sus brazos,
Llamándome su esposa,
Y escuchará el desierto mis amores,
Y alegres repitiendo el canto mio,
Chactas y Atala volverá la selva,
Chactas y Atala el resonante rio.

¡Oh placer sin igual!... Pero mi madre...
¡Oh recuerdo de horror! Horrible lazo!
¡Oh voto temerario y detestable!
Ai! la sombra implacable
De mi madre infeliz do quier me sigue,
Y en pavorosa voz me anuncia muerte.
Muerte! termine de una vez su brazo
El horror de mi suerte.
Evítame ¡ai! el bárbaro martirio
De adorar a Chactás y abandonarle.
Abandonarle! ¡Oh Dios! El blanco lirio
Cuando con majestad sobre su tallo
Muévele fácil la lijera brisa,
No es mas gallardo y bello que mi amante.
El puro olor de la encendida rosa
Es menos grato al corazon de Atala
Que de su boca el encendido aliento.
Ai! ¿y le has de olvidar? Vuela el colibre
De un bosque al otro, y su pequeña esposa
Rauda vuela tras él. .. Mi suerte impía
Me hace mas infeliz, pues en su saña
Volar me impide tras la prenda mia!

Quién me lo veda? ¡Dios! ¿y por ventura
Ese Dios es un bárbaro que fiero
Se goza en mi dolor, y ve agradado
De mi encendido pecho los tormentos?
¿Le deleitan acaso los acentos
De desesperacion, mas que los himnos
De hermosa gratitud, que una alma pura,
Inocente y feliz, férvida eleva
Hasta los piés de su peremne trono?
Ah! por qué de Chactás a la ternura
Que pague con rigor duro me ordena?

Por qué permite que a Chactás yo adore?
Oh madre! oh madre! Tu irritada sombra
Callar me ordena, y que a Chactás olvide.
No le puedo olvidar: a Dios pluguiera
Que posible me fuera
Tus ansias sosegar ¡oh madre tierna!
Ah perdona clemente mis errores:
No mas me aterres.... no..! Con alma pia
Pide a tu Dios.... que borre.... ¡nunca sea!...
Oh Chactas! oh gran Dios! oh madre mia.

LA RESOLUCION.

¿Nunca de blanda paz y de consuelo
Gozaré algunas horas? ¡oh terrible
Necesidad de amar!... Del oceano
Las arenosas y desnudas playas
Devoradas del sol de mediodia
Son imájen terrible, verdadera
De mi ajitado corazon. En vano
A ellas el padre de la luz envía
Su ardor vivificante, que orna y viste
De fresca sombra y flores el otero.
Así el amor, del mundo la delicia,
Es mi tormento fiero.
¿De qué me sirve amar sin ser amado?
Anjel consolador, a cuyo lado
Breves instantes olvidé mis penas,
Es fuerza huir de tí; tú misma diste
La causa... Me estremezco.... Alma inocente,
Ai! curar anhelabas las heridas
Que yo desgarro con furor demente.
La furia del amor entró en mi seno,
Y el amargo dulzor de tus palabras,
Y el bálsamo feliz tornó veneno.
Me hablabas tierna: con afable rostro
Y con trémulo acento
La causa de mi mal saber querias,
Y la amargura de las penas mias
Templar con tu amistad. Cuánto mi pecho
Palpitaba escuchándote!... Perdido
A feliz ilusion me abandonaba,
Y de mi amor el misero secreto
Entre mis labios trémulos erraba.
Alcé al oirte la abatida frente,
Y te miré con ojos do brillaba
La mas viva pasion.... ¿No me entendiste?
No eran bastantes ¡ai! a revelarla
Mi turbacion, de mi marchito rostro
La palidez mortal? Mujer ingrata,
Mi delirio cruel te complacia!...
Ai! nunca salga de mi ansioso pecho
La fatal confesion: si no me amas,
Moriré de dolor, y si me amases....
Amarme tú! .. Yo tiemblo... Alma divina,
Tú amar a este infeliz que solo puede
Ofrecerte su llanto y la tibieza
De un desecado corazon? ¿Tú, bella
Mas que la luna si en el mar se mira,
Unirte a los peligros y pesares
De este triste mortal?... Jamas!—Huyamos
De su presencia, donde no me angustie
Su injuriosa piedad... A Dios! yo quiero
Ser inocente y no perderte... Amiga,
Amiga deliciosa, nunca olvides
Al mísero Fileno, que a tu dicha
Sacrifica su amor: él en silencio
Te adorará, gozándose al mirarte
Tan feliz como hermosa;
Mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.

—Agosto, 1823.—

AUSENCIA Y RECUERDOS.

Qué tristeza profunda, qué vacío
Siente mi pecho? En vano
Corro la márjen del callado rio,
Que la celeste Lola [1]
Al campo se partió. Mi dulce amiga,
Por qué me dejas? Ai! con tu partida
En triste soledad mi alma perdida
Verá reabierta su profunda llaga,

1 Diminutivo de Dolores.

Que adormeció la majia de tu acento.
El cielo, a mi penar compadecido,
De mi dolor la fiel consoladora
En ti me deparó: la vez primera
(¿Te acuerdas, Lola?) que los dos vagamos
Del Yumarí tranquilo en la ribera,
Me sentí renacer: el pecho mio
Rasgaban los dolores.
Una beldad amable, amante, amada
Con ciego frenesí, puso en olvido
Mi lamentable amor. Enfurecido,
Torvo, insociable, en mi fatal tristeza
Aun odiaba el vivir: desfiguróse
A mis lánguidos ojos la natura,
Pero ví tu beldad por mi ventura,
Y ya del sol el esplendor sublime
Volvióme a parecer grandioso y bello:
Volví a admirar de los paternos campos
El risueño verdor. Sí; mis dolores
Se disiparon como el humo leve,
De tu sonrisa y tu mirar divino
Al inefable encanto.
Anjel consolador! yo te bendigo
Con tierna gratitud: cuán halagüeña
Mi afan calmaste! de las ansias mias,
Cuando serena y plácida me hablabas,
La ajitacion amarga serenabas,
Y en tu blando mirar me embebecias.
Por qué tan bellos dias
Fenecieron? Ai Dios! ¿Por que te partes?
Ayer nos vió este rio en su ribera
Sentados a los dos, embebecidos
En habla dulce, y arrojando conchas
Al líquido cristal, mientras la luna
A mi placer purísimo reia,
Y con su luz bañaba
Tu rostro celestial. Hoi solitario,
Melancólico y mustio errar me mira
En el mismo lugar, quizá buscando
Con tierna languidez tus leves huellas.
Horas de paz, mas bellas
Que las cavilaciones de un amante,
Donde volasteis?—Lola, dulce amiga,
Dí, por qué me abandonas
Y encanta otro lugar tu voz divina?
¿No hai aquí palmas, agua cristalina,
Y verde sombra, y soledad?.... Acaso
En vago pensamiento sepultada,
Recuerdas, ai! a tu sensible amigo.
Alma pura y feliz! Jamas olvides
A un mortal desdichado que te adora,
Y cifra en tí su gloria y su delicia.
Mas el afecto puro
Que me hace amarte, y ácia ti me lleva,
No es el furioso amor que en otro tiempo
Turbó mi pecho: es amistad. Do quiera
Me seguirá la seductora imájen
De tu beldad. En la callada luna
Contemplaré la anjélica modestia
Que en tu serena frente resplandece:
Veré en el sol tus refuljentes ojos;
En la gallarda palma la elegancia
De tu talle jentil: veré en la rosa
El purpúreo color y la fragancia
De la boca dulcísima y graciosa,
Do el beso del amor riendo reposa:
Asi do quiera miraré a mi dueño,
Y hasta las ilusiones de mi sueño
Halagará su imájen deliciosa.

—Mayo, 1822.—

LA INCONSTANCIA.

A DON DOMINGO DEL MONTE.

En aqueste pacífico retiro,
Lejos del mundo y su tumulto insano
Doliente vaga tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos, y conoces
A la mujer infiel.... Oh si del alma
Su bella imájen arrojar pudiese,
Cuál fuera yo feliz! Cómo tranquilo
De amistad en el seno

Gozára paz y plácida ventura,
De todo mal y pesadumbre ajeno!
Amor, ciego y fatal!.... Ahora la tierra
Encanta con su fresca lozanía.
Por detras de los montes enriscados
El claro sol en el sereno cielo,
De azul, púrpura y oro arrebola do,
Se alza con majestad: brilla su frente,
Y la montaña, el bosque, el caserío,
Relucen a la vez.... Salud, ¡oh padre
Del ser y del amor y de la vida!
Quién al mirar a tí no siente el alma
Llena de inspiracion?.... Salve! tu carro
Lanza veloz por la celeste esfera,
Y vida, fuerza y juventud lozana
Vierta en el mundo tu inmortal carrera!
Vuela, y muestra glorioso al universo
El almo Dios, que en tu fulgor velado,
Sin principio ni fin.... ¿Por qué mi frente
Dóblase mustia, y en mi rostro corre
Esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado
El entusiasmo espléndido y sublime
Que a gozar y admirar me arrebataba?
Qué me importa ¡infeliz! el universo,
Si me olvida la infiel? Ai! en la noche
Veré la tierra en esplendor bañada,
Al vislumbrar de la fuljente luna,
Y no seré feliz: no embebecida
El alma sentiré, cual otro tiempo,
En mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor: hoi aflijido
Solamente diré: «No mi adorada
En tal contemplacion embelesada
A mí dirijirá sus pensamientos.»
De aquestas cañas a la blanda sombra
Recuerdo triste mi placer pasado,
Y me siento morir: lánguidamente
Grabo en el tronco de la tersa caña
De Lesbia el nombre, y en delirio insano
Jimo, y le cubren mis ardientes besos.
Su mano ¡ai Dios! la mano que amorosa
Mil y mll veces halagó la mia,
Hundió el puñal en mi confiado pecho
Con torpe engaño y con mudanza impía.
Héme juguete de la suerte fiera
De una pasion tirana subyugado,
Abatido, infeliz, desesperado,
El triste espectro de lo que antes era.
Oh pérfida mujer! ¡Cómo pagaste
El afecto mas fino!
Bajo rostro tan cándido y divino,
Tan falso corazon pudo velarse?
Tú, mi loca pasion ¡ai! halagabas,
Y feliz te dijiste en mis amores.
Aunque el hado tirano
En mi alma tierna y pura
Verter quisiese cáliz de amargura,
¿Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?
Cuando el fatal prestijio con que ahora
La juventud y la beldad te cercan
Haya la parca atroz desvanecido,
Para salvar tu nombre del olvido
El triste amor de tu infeliz poeta
Será el único timbre de tu gloria.
La mitad del laurel que orne mi tumba
Entonces obtendrás; y de tus gracias
Y de tu ingratitud y mi tormento
Prolongará mi canto la memoria.
Hermosura fatal! tú disipaste
La brillante ilusion que me ocultaba
La corrupcion universal del mundo,
Y la vida y los hombres a mis ojos,
Presentaste cual son: ¿Dónde volaron
Tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste
Así olvidarte de tu amor primero?
¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ai! el alma
Que fina te adoró! falsa! te adora.
No vengativo anhelaré que el cielo
Te condene al dolor: sé tan dichosa
Cual yo soi infeliz: mas no mi oido
Hiera jamas el nombre aborrecido
De mi rival, ni de su voz el eco
Torne a rasgar la ensangrentada herida
De aqueste corazon: no a mirar vuelva
Tú celeste ademan, ni aquellos ojos,
Ni aquellos labios do letal ponzoña
Ciego bebí.... Jamas!—Y tú en secreto
Un suspiro a lo menos me consagra,
Un recuerdo... Ah cruel! No te maldigo,
Y mi mayor anhelo
Es elevarte con mi canto al cielo,
Y un eterno laurel partir contigo.

— Julio: 1821. —

LA CIFRA.

¿Aun guardas, árbol querido,
La cifra injeniosa y bella
Con que adornó mi adorada
Tu solitaria corteza?
Bajo tu plácida sombra
Me viste evitar con Lesbia
Del fiero sol meridiano
El ardor y luz intensa.
Entonces ella sensible
Pagaba mi fé sincera,
Y a tí enlazó nuestros nombres
De inmortal cariño en prenda.
Su amor pasó, y ellos duran
Cual dura mi amarga pena....
Deja que borre el cuchillo
Memorias, ai! tan funestas.
No me hables de amor: no juntes
Mi nombre con el de Lesbia,
Cuando la pérfida rie
De sus mentidas promesas,
Y de un triste desengaño
Al despecho me condena.

—1821.—

A LOLA, EN SUS DIAS.

Vuelve a mis brazos, deliciosa lira,
En que de la beldad y los amores
El hechizo canté. Sobrado tiempo
De angustias y dolores
El eco flébil fuera
Mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera
No calmar mi agonía
Este brillante dia,
Que a Lola vió nacer? ¡Cuán deleitosa
Despunta en el oriente la luz pura
Del natal de una hermosa!
Naciste, Lola, y Cuba
Al contemplar en ti su bello adorno
Aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna
Meció festivo amor: tu blanda risa
Nació bajo su beso: complacido
La recibió, y en inefable encanto
Y sin igual dulzura
Tus labios inundó: tu lindo talle,
De gallarda hermosura
Venus ornó con ceñidor divino,
Y tal vez envidiosa, contemplaba
Tu celestial figura.

Nace bárbaro caudillo,
Que con frenética guerra
Debe desolar la tierra,
Y jime la humanidad.

Naciste, Lola, y el mundo
Celebró tu nacimiento,
Y embelesado y contento
Adoró amor tu beldad.

Feliz aquel a quien afable miras,
Que en tu hablar se embebece, y a tu lado
Admira con tu talle delicado
La viva luz de tus benignos ojos.
Venturoso mortal! ¡en cuánta envidia
Mi corazon enciendes!.... Lola hermosa,
Quién a tanta beldad y a tantas gracias
Pudiera resistir, ni qué alma fria
Con la espresion divina de tus ojos
No se inflama de amor? El alma mia
Se abrasó a tu mirar.... Eres mas bella
Que la rosa lozana,
Del céfiro mecida
Al primer esplendor de la mañana.

Si en un tiempo mas bello y felice
Tantas gracias hubiera mirado,
Ah! tú fueras objeto adorado
De mi fina y ardiente pasion.

Mas la torpe doblez, la falsía
Que mi pecho sensible rasgaron,
En su ciego furor me robaron
Del placer la dichosa ilusion.

Anjel consolador! Tu beldad sola
El bárbaro rigor de mis pesares
A mitigar alcanza,
Y en tus ojos divinos
Bebo rayos de luz y de esperanza.
Conviértelos a mí siempre serenos,
Abra tus labios plácida sonrisa,
Y embriágame de amor!.... Acepta grata
Por tu ventura mis ardientes votos.
Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera
Sumir el cielo en afliccion y luto
Tanta y tanta beldad? Si despiadado
El feroz infortunio te oprimiere,
Ai! no lo mire yo. Baje a la tumba
Sin mirarte infeliz; o bien reciba
Los golpes de la suerte,
Y de ellos quedes libre, y jeneroso,
Si eres dichosa tú, seré dichoso.

Me oyes, Lola, placentera,
Llena de fuerza y de vida....
Ai! mi juventud florida
El dolor marchita ya.

Cuando la muerte me hiera
Y torne tu dia sereno,
Acuérdate de Fileno,
Dí su nombre suspirando,
Y en torno de tí volando,
Mi sombra se gozará.

—Marzo, 1822.—

LA PARTIDA.

Adios, amada, adios! llegó el momento
Del pavoroso adios... mi sentimiento
Dígate aqueste llanto... ai! el primero
Que me arranca el dolor! ¡oh, Lesbia mia!
No es tan solo el horror de abandonarte
Lo que me ajita así; son los temores
De perder tu cariño: sí, la ausencia
Mi imájen borrará, que en vivo fuego
Grabó en tu pecho amor... Eres hermosa,
Y yo soi infeliz!... En mi destierro
Viviré entre dolor, y tú cercada
En fiestas mil de juventud fogosa,
Que abrasará de tu beldad el brillo,
Me venderás perjura,
Y en nuevo amor palpitará tu seno,
Olvidando del mísero Fileno
La fé constante y el amor sencillo.

Sumido en pesares,
Y triste y lloroso,
Noticias ansioso
De tí pediré:
Y acaso diránme
Con voz dolorida:
«Tú Lesbia te olvida,
Tu Lesbia es infiel».

Yo te ofendo, adorada: sí, perdona
A tu amante infeliz estos recelos.
¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos?
Tú sabrás sonservar con fiel cariño
De tu primer amante la memoria;
No perderás ese candor que te hace
Del cielo amor, y de tu sexo gloria.
Lloras! ai lloras!... ¡oh fatal momento
De dicha y de dolor!... Aquese llanto,
Que tu amor me asegura,
Me rasga el corazon.... Tu hermosa vida
Anublan los pesares y amargura
Por mi funesto ardor.... El cielo sabe
Que con toda la sangre que me anima
Comprar quisiera tu inmortal ventura!
Mas, desdichado soi... ¿Por qué te uniste
A mi suerte cruel, que ha emponzoñado
De tus años la flor?... Adios, querida!...
Adios!... ai! apuremos presurosos
El cáliz del dolor... Ese pañuelo
Con tus preciosas lágrimas regado,
Trueca por este mio.
Besándole mil veces, y en sus hilos
Mi llanto amargo uniendo con tu llanto,
Daré a mi pena celestial consuelo.
Lesbia me ama, diré, y en mi partida
Este llanto vertió... Tal vez ahora
Mi pañuelo infeliz besa encendida,
Y le estrecha a su seno
Y un amor inmortal jura a Fileno!!

Piensa en mí, Lesbia divina,
Y si algun amante osado

De tus hechizos prendado
Quiere robarme tu amor;
Pon la vista en el pañuelo,
Prenda fiel de la fé mia,
Y dí: «cuando se partia,
Cuán grande fué su dolor!»

— Abril: — 1819. —

RECUERDO.

Despunta apenas la rosada aurora;
Plácida brisa nuestras velas llena;
Callan el mar y el viento, y solo suena
El rudo hendir de la cortante prora.

Yo separado ¡ai me! de mi señora
Jimo no mas en noche tan serena:
Dulce airecillo, mi profunda pena
Lleva al objeto que mi pecho adora.

Oh cuántas veces al rayar el dia,
Ledo y feliz de su amoroso lado,
Salir la luna pálida me via!

Huye, memoria de mi bien pasado!
¿Qué sirves ya? Separacion impía
La brillante ilusion ha disipado.

PARA GRABARSE EN UN ARBOL.

Árbol que de Fileno y su adorada
Velaste con tu sombra los amores,
Jamas del can ardiente los rigores
Dejen tu hermosa pompa marchitada.

Al saludar tu copa embovedada,
Palpiten de placer los amadores,
Y celosos frenéticos furores
Nunca profanen tu mansion sagrada.

Adios, árbol feliz, árbol amado;
Para anunciar mi dicha al caminante,
Guarde aquesta inscripcion tu tronco añoso:

«Aquí moró el placer: aquí premiado
«Miró Fileno al fin su amor constante:
«Sensible amó, le amaron, fué dichoso.»

LA MELANCOLIA.

Hoja solitaria y mustia,
Que de tu árbol arrancada,
Por el viento arrebatada,
Triste murmurando vas,
Do te dirijes?—Lo ignoro;
De la encina que adornaba
Este prado, y me apoyaba,
Los restos mirando estás.

Bajo su sombra felice
Las zagalas y pastores
Cantaban, y sus amores
Contenta escuchaba yo.
Nise, la jóven mas bella
Que jamas ornó este prado,
Tal vez pensando en su amado,
En el tronco se apoyó.

Mas contrastada la encina
Por huracan inclemente,
Abatió su altiva frente
Dejándose despojar.
Desde entonces cada dia
Raudo el viento me arrebata,
Y aunque feroz me maltrata
Ni aun oso quejarme de él.

Voi, de su impulso llevada,
Del valle a la selva umbrosa,
Do van las hojas de rosa
Y las hojas de laurel.

¡AI DE MI!

Cuán difícil es al hombre
Hallar un objeto amable,
Con cuyo amor inefable
Pueda llamarse feliz!

Y si este objeto resulta
Frívolo, duro, inconstante,
¿Qué resta al mísero amante
Sino esclamar: ai de mí!

El amor es un desierto
Sin límites, abrasado,
En que a mui pocos fué dado
Pura delicia sentir.

Pero en los mismos dolores
Guarda májica ternura,
Y hai siempre cierta dulzura
En suspirar: ¡ai de mí!

A UNA SEÑORITA QUE LEIA CON GUSTO MIS VERSOS.

Dícenme jóven hermosa,
Que con semblante agradado
Viste mis tiernos escritos
Al solo amor consagrados.
Yo, hermosa, no de la fama
Anhelo el estéril lauro:
Mi único placer y gloria
Es amar y ser amado.
Por agradar hago versos,
Y mas me adula el aplauso
En los ojos de las bellas
Que en la boca de los sabios.
Desde que miré tu rostro,
Y tu talle delicado,
Tu ademan dulce y modesto,
Tus ojos vivos brillando,
Y en fin tu frente serena
Del bello pudor retrato,
El corazon en el pecho
Me palpitó acelerado.
Oh, si palpitase el tuyo!...
Si mi cariño pagando
Me amases, ¡cuál bendijera
Mis versos afortunados!
Ai! oye, hermosa, mi acento,
Óyele grata, y tornando
A mí tus benignos ojos,
Muda en placer mi quebranto.
Mira que mas que talentos
Tengo un pecho tierno y blando,
Que amor suspira y no gloria,
Y cuento diezisiete años.
Oye mis ruegos querida,
Y en vez de laureles vanos,
Ciñe mi frente con mirtos
A Cupido consagrados.
Tú serás la inspiradora
Y el objeto de mi canto,
Que repetirá: mi gloria
Es amar y ser amado.

—1821.—

EL RIZO DE PELO.

Pelo querido,
Tú la inclemencia
De aquesta ausencia
Mitigarás:

Del cruel olvido
Ni un solo instante,
Al pecho amante
Permitirás.

En el momento cruel de mi partida....
Oh Dios! ví a mi adorada;
La ví, Deliso, en lágrimas bañada
La cabellera al aire desparcida......
Nunca, Deliso, nunca tan hermosa
Apareció a mis ojos.
Partes! me dijo en moribundo acento,
Los bellos ojos trémula fijando
En mi faz dolorosa:

Parto, dije, y el labio balbuciente
Se negó a proseguir, y los sollozos
Suplieron a la voz, y tristemente
Por el aire sonaron: ella entonces,
Quitando un rizo de su pelo rubio,
Con tiernisima voz; toma, me dijo,
Guárdale, ai Dios! porque de mí te acuerdes...
Ven a mis labios, ven... Pon en mi pecho
Tu mansion duradera,
Solo consuelo que la suerte fiera
En mi mal me dejó, y al contemplarte
Diré vertiendo lágrimas ardientes:
Feneció para mi alma la alegría:
Feneció la ventura y gloria mia.

Ven mil veces al labio y al pecho,
Ven ¡oh parte feliz de mi amada!
Tú mi bien y mi gloria pasada
Me recuerda y me anima a esperar.
Ojalá que mi Lesbia a mi ejemplo
Guarde siempre el querer de su amante!
Ojalá que en su pecho constante
Nunca pueda a Fileno olvidar!

—1819.—

A MI QUERIDA.

Ven, dulce amiga, que tu amor imploro:
Luzca en tus ojos esplendor sereno,
Mientras desciende en ondas a tu seno
De tus cabellos fúljidos el oro.

Oh mi único placer! oh mi tesoro!
Cómo de gloria y de ternura lleno,
Estático te escucho y me enajeno
En la arjentada voz de la que adoro!

Oh llégate a mi pecho apasionado:
Ven hija celestial de los amores,
Descansa aquí donde tu amor se anida.

Oh! nunca te separes de mi lado,
Y ante mis pasos, de inocentes flores
Riega la senda fácil de la vida.

EL CONVITE.

Llega, llega a mis brazos
Objeto amable, que encantar supiste
Mi tierno corazon: con faz serena
Tiende tus brazos de mi cuello en torno,
Y bésame otra vez.... Oh! cuánto el alma
Se llena de placer! Cómo al mirarte
Huyen mis penas, cual la niebla fria
Al relucir del sol....! Nunca ¡oh amada!
Nunca podrá olvidar el alma mia
Tu beldad y tu amor.... Mírame, hermosa,
Y que otra vez al contemplar mi gloria
Aplauda amor entre festiva risa,
Batiendo alegre las divinas palmas.
Mil veces infeliz el que no sabe
Como Fileno amar....! Su árido pecho
Cerrado a la alma voz de la natura
Nunca supo gustar de sus favores;
Y mui mas infeliz quien no ha encontrado
Una amante cual tú, cuya ternura
En su pecho abrasado,
Funde un trono inmortal a los amores.

Tú, adorada, mi llanto enjugaste
Consolando mi amargo dolor:
Yo adoré tu beldad, tú me amaste,
Y aplaudió nuestras dichas amor.

Mas, qué? sobre mis hombros te reclinas
Y tu cabello undoso
Cubre mi frente? Tu nevada mano
Tiende, hermosa, ácia mí... ¿Mi mano ardiente
Mórbida estrechas con la mano tuya,
Y me juras amor, y en él me inflamas
Con tu ardiente mirar?
Oh dulce amiga!
Una vez, y otra, y mil los dos juremos
No olvidarnos jamas: ven y sellemos
Nuestro ardiente jurar con mil caricias....

. . . .
Nunca fuí tan feliz: no arrebatado
Hora me siento del amor furioso
Que encendiera en mi pecho una perjura,
Menos bella que tú, menos amable.
Infiel! cuál me vendió!.... ¡Yo que rendido
Por siempre la adoré....! Lejos empero
Memoria tan fatal: de hoi mas la olvido
Por adorarte a tí.... Ven ¡oh querida!
Sienta yo palpitar bajo mi mano
Tu blando corazon y torne a oirte
Suspirar de placer entre mis brazos;
Y que al mirarme en languidez envuelto,
Tú con sonrisa plácida me brindes
A cojer en tus labios regalados
El dulce beso en que el amor se goza;
Y que al cojerlo, en tus celestes ojos
Mi ventura y tu amor escritos mire
Y te bese otra vez; y luego espire.

EL DESAMOR.

Salud, noche apacible: astro sereno,
Bella luna, salud! ya con vosotros
Mi triste corazon de penas lleno
Viene a buscar la paz. Del sol ardiente
Me oprime el resplandor y me devora;
Su luz abrasadora
Marchita mas y mas mi mustia frente.
Solo tu luz ¡oh luna! pura y bella
Y modesta cual tú reanimar sabe
Mi corazon llagado,
Cual fresca lluvia al aterido prado:
Hora serena en la mitad del cielo
Ries a nuestros campos agostados,
Y bañas su verdura
Con suave luz y plácida frescura.
Calla toda la tierra embebecida
En contemplar tu marcha silenciosa:
Resuena solo la cancion melosa
Del tierno ruiseñor, o el importuno
Grito de la cigarra: entre las flores
El céfiro reposa adormecido.
El pomposo naranjo, el mango erguido,
Agrupados allá, mi pecho llenan
Con el sublime horror que en torno vaga
De sus copas inmóviles: unidos
Forman bajo ellos cavidad sombrosa,
Do de la luna tímida los rayos
No penetran jamas. Morada fria
De grato horror y oscuridad sombria.
A tí me acojo, y en tu amigo seno
Mi tierno corazon sentiré lleno
De agradable y feliz melancolía.
Calma serenidad, que enseñoreas
Al universo, dí, ¿Por qué en mi pecho
No reinas ¡ai! tambien? ¿Por qué ajitado
Y en fuego el rostro pálido abrasado,
Yo solo, en tanta paz, jimo y suspiro?
Esta llama volcánica y furiosa
Que arde en mi corazon, cuál me atormenta
Con su estéril ardor...! ¿Nunca una hermosa
Será por fin su delicioso objeto?
Cuán feliz seré entonces! Encendido
La amaré y me amará; y, amor y dicha....
Engañosa esperanza! Ai! Desquerido
Jimo, triste, anhelante,
Y abrasado en amor no tengo amante.
No la tendré jamas?... Oh! si yo hallára
Una beldad sensible que me amara,
Como la amara yo! Cómo las horas
De mi tranquila vida hermoseando,
Me hiciera ella feliz! Cómo en sus ojos
Y en su dulce sonrisa yo leeria
Mi ventura inmortal! Cuando la lluvia
Vertiéndose a torrentes en mi techo
Lo hiciera estremecer, cuando los rayos
Retumbasen do quier, ¡con qué delirio
Yo la estrechara a mi ajitado pecho,
Y entre la conmocion de la natura,
Y con ella exaltado, dividiera
Mi inefable placer y mi locura!
O en una noche plácida y serena
A la callada luna contemplando,
En su divino hablar me embebeciera,
Y en su seno mi frente reclinando,

alpitar dulcemente le sintiera;
envuelto en languidez abrasadora
n beso y otros mil la diera ardiente
en mi feliz delirio la abrazara,
lientras la luna en esplendor bañara
on un rayo de luz su tersa frente....!
h! sueño engañador y delicioso!
Por qué mi acalorada fantasía
Vienes ¡ai! a halagar? La mano impía
De la suerte cruel negó a mi pecho
La esperanza del bien: solo amargura
Me guarda por do quier el mundo ingrato,
Y el cáliz del dolor mi labio apura.

—1822.—

A.... EN EL BAILE.

(FRAGMENTO.)

¿Quién hai, mujer divina,
Que al májico poder de tus encantos
Pueda ya resistir? El alma mia
Se abrasó a tu mirar: entre la pompa
Te contemplé del estruendoso baile,
Do en medio de las bellas descollabas,
Cual palma gallardísima y erguida
De la enlazada selva en la espesura.
De tus rosados labios la sonrisa
Mas grata me es que en el ardiente julio
De la sonante brisa el fresco vuelo;
Y tus ojos divinos resplandecen
Como el astro de Venus en el cielo.

Pero ájil y serena
Al compas de la música sonante
Partes ¡ai Dios! y mi ajitado pecho
Palpita mas y mas. Cual la azucena,
Que al soplo regalado
Del aura matinal mueve su frente
Que coronó de perlas el rocío,
Así de gracias y de gloria llena
Jiras ufana, y la espresion escuchas
De admiracion y amor, y los suspiros
Que vagan junto a tí; que ya electriza
A todos y enamora
Tu beldad, tu abandono, tu sonrisa,
Y tu actitud modesta, abrasadora.

Ai! todos se conmueven:
Todas sus compañeras eclipsadas
Se ajitan despechadas,
Y ni a mirarla pálidas se atreven.
Ellos arden de amor, y ellas de envidia.
¿Y engaños y perfidia
Se abrigarán en el nevado seno
Que hora palpita blandamente, lleno
De vida y de candor?.. Afortunado
El mortal a quien ames encendida,
A quien halagues grata y cariñosa
Con tu mirar sereno y blanda risa.
Amame, hermosa jóven: ¡ai! ¿quién supo
Nunca amar como yo?... Tus ojos bellos
Torna afable ácia mí, y hazme dichoso.
En tus labios de rosa el dulce beso
Ansioso cojeré: luego en tu seno
Reclinaré mi lánguida cabeza,
Y espiraré de amor....
Mas ¡ai! en vano
Te amaré enardecido:
Jamas, jamas de tí correspondido,
Siempre infeliz seré: mi hado tirano
A amar sin esperanza me condena.
El pecho se me oprime.... ai! abrasado
Me ajito y jimo triste,
Y me siento morir... Dios que me miras,
Ten compasion de mi inquietud amarga,
Y alivia ya la insoportable carga
Del corazon ardiente que me diste.

. . . .

Tú eres mas bella que la blanca luna
Cuando en las nubes del ardiente estío,
Precedida de brisas y frescura
En oriente aparece
Y sube por el cielo, y silenciosa
En medio de los ástros resplandece.

. . . .

Su indigno compañero
La lleva entre sus brazos insensible;
Y tibio, inanimado,
Revuelve en derredor los vagos ojos,
Y sus gracias no vé......
No mas profanes,
Insensible mortal, ese tesoro
Que no sabes preciar: deja a mis brazos
Que opriman ¡ai! a mi encendido pecho
Ese ánjel celestial!... Oh! si pudiera
Hacer que me adoraras cual te adoro,
Cuán fuera yo feliz! Cómo viviera
Del mundo en un rincon, desconocido,
Contigo y la virtud!...
Mas no, infelice:
Yo de dolor y angustia la llenara;
Yo en su alma candorosa derramara
La ajitacion amarga y dolorosa
Que turba y atormenta
Mi juventud ardiente y borrascosa.

No, mujer adorada!
Vive feliz sin mí.... Yo jeneroso
Jemiré y callaré; seré dichoso
Si eres dichosa tú.... Benigno el cielo
Oiga mis votos férvidos y puros,
Y grato te conceda
De la inocencia la apacible calma;
La deliciosa paz, la paz del alma
Que severo y terrible me ha negado,
Cuando me ha condenado
A jemir y apurar sin esperanza
El cáliz del dolor y la amargura,
Y a que nunca me halaguen
Sueños de amor y paz y de ventura.

—Diciembre: 1821.—

AL NIÁGARA.

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y ajitada
Arder la inspiracion. Oh! cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!.... Niágara undoso,
Tu sublime terror solo podria
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.
Torrente prodijioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soi de contemplarte: siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al oceano
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas, del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el Destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podria
De la sirte rujiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipio altísimo: mil olas
Cual pensamientos, rápidas pasando
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Ved! llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil íris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rijidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Jira en torno, y al éter

Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.
Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afan? Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ai! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?
Este recuerdo a mi pesar me viene....
Nada ¡Oh Niágara! falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
Muelle placer inspiran y ocio blando
En frívolo jardin: a tí la suerte
Guardó mas digno objeto, mas sublime;
El alma libre, jenerosa, fuerte,
Viene, te vé, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impio,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra;
Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignacion. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
Asombroso torrente!
Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiracion me llena!
Do tu orijen está? Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes ajitadas,
Dió su voz a tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad!.... Al hombre
Huyen asi las ilusiones gratas,
Los florecientes dias,
Y despierta al dolor!.... Ai! agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me ajita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este dia
Mi soledad y misero abandono
Y lamentable desamor... ¿Podria
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? Oh! si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiracion acompañase!
Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser mas bella
En su dulce terror, y sonreirse.
Al sostenerla mis amantes brazos!...
Delirio de virtud! Ai! desterrado
Sin patria, sin amores,
Solo miro ante mi llanto y dolores.
¡Niágara poderoso!
Adios! Adios! dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro a la memoria mia!
Y al abismarse Febo en occidente
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

—Junio: 1824.—

EN UNA TEMPESTAD.

AL HURACAN.

Huracan! huracan! venir te siento
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.
En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
Al toro no mirais? El suelo escarba
De insoportable ardor sus piés heridos,
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos!
Qué nubes! qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado solo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni dia....
Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y a su voz responden.
Llega ya.... No le veis? Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso!...
Jigante de los aires, te saludo!...
En fiera confusion el viento ajita
Las orlas de tu parda vestidura....
Ved!... en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo a mirar de monte a monte.
Oscuridad universal!... Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos ajitado!...
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo.
¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada
Cae a torrentes, oscurece el mundo,
Y todo es confusion, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Do estais?... os busco en vano:
Desparecisteis.... La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano
Que todo lo sepulta....
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracan y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! Cómo en tu seno
De tu solemne inspiracion henchido,
El mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Do está el alma cobarde
Que teme tu rujir?... Yo en ti me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento a la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

—1822.—

HIMNO AL SOL, EN EL OCEANO.

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente
Lo infinito sostiene tus piés.
Ven: al bronco rujir de las ondas
Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.
Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el Oriente,
Y la sombra se acoje a Occidente
Y a las nubes lejanas del Sur:

Y del Este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso
De oro, púrpura, fuego y azul.
Vedle ya.... Cual jigante imperioso,
Alza el Sol su cabeza encendida....
¡Salve, padre de luz y de vida
Centro eterno de fuerza y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol!
De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, ajita, serena tu ardor.
Al brillar la feliz primavera
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la májia de amor.
Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son a tu noble poder.
Aun el mar te obedece, sus campos
Abandona huracan inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.
Tuyas son las montañas altivas
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.
Tuyas son las cavernas profundas,
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentra tu pálido ardor.
Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.
Cuando el éter dominas, y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que a mi seno desciendes, yo pienso,
Y alto númen despiertas en él.
Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envia
Al Autor de tu vida y la mia
Al Señor de los cielos y el mar.
Calma eterna do quiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo, mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia esplicar?
A su inmensa grandeza me humillo,
Sé que vivo, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.
Ah! si acaso pudieron un dia
Vacilar de mi fé los cimientos,
Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crímen y error.

—1825 —

AL COMETA DE 1825. [1]

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas
Que iluminas e inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?
Cuál es tu orijen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y mas allá del invisible Urano,
Ve abismarse tu carro misterioso:
¿El influjo del sol allá te alcanza,
O una funesta rebelion te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
Ningun sistema habitas,
Y tan cerca del sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?
Huye su luz, y teme que indignado

[1] El autor supone ser el mismo que apareció en 1811.

A su vasta atraccion ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.
Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.
Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo, al contemplarte, ledo
Elévome al Criador: mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan solo ahora
En mi alma dejas impresion profunda:
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes dias,
A mi ajitada mente parecias
Un volcan en el cielo.
El ánjel silencioso
Que hora inocente direccion te inspira,
Se armará del Señor con la palabra
Cuando del libro del Destino se abra
La pájina sangrienta de su ira.
Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo,
Y escombros abrasados
De mundos destruidos
Llevarán el terror a otro sistema!...
Tente, Musa, respeta el velo oscuro
Con que de Dios la majestad suprema,
Envuelve la rejion de lo futuro:
Tú, Cometa fugaz, ardiente vuela,
Y a millones de mundos ignorados
Al Hacedor magnífico revela.

—1825.—

LA ESTACION DE LOS NORTES.

Pasó volando del ardiente estío
El fuego abrasador: del yerto polo
Del setentrion los vientos sacudidos
Envueltos corren entre niebla oscura
Y a Cuba libran de la fiebre impura.

Brama ajitado el mar, y se revuelve,
Y en golpe azotador hiere las playas:
Baña sus alas céfiro en frescura,
Y en vaporoso trasparente velo
Se envuelve el sol, y el rutilante cielo.

Salud, felices dias! Ya a la muerte
La ara sangrienta derribais que Mayo
Entre flores la alzó: la acompañaba
Con amarilla faz la fiebre impia,
Y con triste fulgor resplandecia.

Ambos veian con adusta frente
De las templadas zonas a los hijos,
Bajo este cielo ardiente y abrasado:
Con sus pálidos cetros los tocaban,
Y a la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del Norte el viento
Purificando el aire empozoñado,
Tiende sus alas húmedas y frias,
Por nuestros campos resonando vuela,
Y del ardor de Agosto los consuela.

Hora en los climas de la triste Europa
Del aquilon al soplo endurecido
Su vida y su verdor quita a los campos,
Cubre de nieve la desnuda tierra,
Y al hombre helado en su mansion encierra.

Todo es muerte y dolor: en Cuba empero
Todo es vida y placer: el sol sonrie
Mas templado entre nubes transparentes,
Da nuevo brillo al bosque y la pradera,
Y los anima en doble primavera.

Patria adorada! Tú, favorecida
Con el mirar mas grato y la sonrisa
De la divinidad! No de tus campos
Me torne a arrebatar el hado fiero.
Lúzcame ¡ai! en tu cielo el sol postrero.

Oh! con cuánto placer, hermosa mia,
Sobre el modesto techo que nos cubre,
Caer oimos la tranquila lluvia,
Y escuchamos del viento los silbidos,
Y del distante Oceano los bramidos!

Hinche mi copa con dorado vino
Que los cuidados y el dolor ahuyenta:
Él, adorada, a mi sedienta boca
Mui mas grato será de tí probado,
Y a tus labios dulcísimos tocado.

Junto a tí reclinado en muelle asiento,
En tus rodillas pulsaré mi lira,
Y cantaré feliz, mi amor, mi patria,
De tu rostro y de tu alma la hermosura,
Y tu amor inefable y mi ventura.

—Octubre, 1822.

LA NOCHE. [1]

Reina la noche: con silencio grave
Jiran los sueños en el aire vano;
Cándida, pura, el silencioso llano
Viste la luna de su luz suave.
Hora de paz!... Aquí do a nadie miro
En esta cumbre alzado,
Héme, Señor, del mundo abandonado.
Cómo embelesa la quietud augusta
De la natura, a la sensible alma
Que oye su voz, y en deleitosa calma
De esta mansion y su silencio gusta!
Grato silencio, que interrumpe el rio
Distante murmurando,
O en las hojas el viento susurrando.
Ya de la noche con el fresco ambiente
Jira en lánguidas alas el reposo,
Que vela fiel bajo del cielo umbroso
Y huye la luz del sol resplandeciente.
Invisible con él y misterioso
En llano y montes yace
El bello horror que contristando place.
Cómo en el alma estática se imprime
El delicioso y triste pensamiento!
¡Cómo el cuadro feliz que miro atento
Es a par melancólico y sublime!
Ah! su paz de la música prefiero
Al eco poderoso
Con que se anima el baile bullicioso.
Allí en salon soberbio, por do quiera
Terso cristal duplica los semblantes:
De oro vestida y perlas y diamantes
Hermosura jentil danza lijera,
Y con sus gracias y afectado hechizo
De mil adoradores
Lleva tras sí los votos y loores.
Admirable es aquesto! Yo algun dia,
De la simple niñez salido apenas,
En los bailes magníficos y cenas
De mi amor al objeto perseguia,
Y atesoré con májica ventura
De la jóven amada
Un suspiro fugaz, una mirada.
Mas ya por los pesares abatido,
Y a languidez y enfermedad ligado,
Mui mas me place que salon dorado
Este llano en la noche oscurecido;
A la brillante danza prefiriendo
El meditar tranquilo
Bajo este cielo, en inocente asilo.
Ai! brílleme por siempre las estrellas
En un cielo tan puro como ahora,
Y a la alta mano de mi ser autora
Puédame yo elevar, viéndola en ellas.
A tí, Dios de los cielos, en la noche
Alzo en humilde canto
La dolorosa voz de mi quebranto.
Te saludo tambien, amiga luna:
Siempre tierno te amé, reina del cielo:
Siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,
En la adversa y la próspera fortuna.
Tú sabes cuantas veces anhelando
Gozar tu compañía,
Maldije el brillo del ardiente dia.
Asentado tal vez a las orillas
Del mar cuyo cristal te retrataba,
En cavilar dulcísimo pasaba

[1] Debo esta cancion al dulcísimo Pindemonte. (El A.: edicion de N. York —1825.)

Las leves horas en que leda brillas;
Y recordando mi nublada gloria,
Miré tu faz serena
Y en tierno llanto desahogué mi pena.
Mas ¡ai! el pecho con dolor palpita,
Herido ya de consuncion tirana,
Y cual tù al esplendor de la mañana,
Palidece mi rostro y se marchita.
Cuando caiga por fin, inunde al menos
Esa luz calma y pura
De tu amigo la humilde sepultura....
....Mas, ¿qué canto suavísimo resuena
Del inmediato bosque en la espesura?
Es tu voz, ruiseñor, que de ternura
En dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé, porque debiste al cielo
Jenio triste y sombrio
Tierno y agreste como el jenio mio.
Perezca el que à tu nido te arrebata,
Y porque jimas gusta de oprimirte:
Por qué no viene como yo a seguirte
Del bosque espeso entre la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo
En torno de tu nido,
Que a nadie quiero esclavo ni oprimido.
Noche, antigua deidad, que el caos profundo
Produjo antes que al sol, y al sol postrero
Has de sobrevivir, cuando severo
El brazo del Señor trastorne el mundo;
Óyeme: tu serás mientras me dure
Este soplo de vida,
Celebrada por mí, de mí querida.
Antes del primer tiempo, sepultada
Del caos en el vórtice yacias:
Inspirada tal vez ya preveias
A tu beldad la gloria destinada;
Y ociosa, triste, en el sombroso velo
Tu frente arrebozabas,
Y en el futuro imperio meditabas.
A la voz del criador, del oceano
Reina saliste, el cetro levantando,
De estrellas coronada, desplegando
El manto rico por el éter vano;
Y al mundo silencioso deleitaba
En tu frente severa
De la alma luna la arjentada esfera.
Cuántas altas verdades he aprendido
En tu solemne horror, sublime Diosa!
En el silencio de la selva umbrosa
¡Cuántas inspiraciones te he debido!
En tí miro al Criador, y arrebatado
De fervoroso anhelo,
Pulso mi lira y me levanto al cielo.
Salve, gran Diosa! En tu apacible seno
Déjame consolar y recrearme,
Tu bálsamo feliz puede aliviarme
El triste pecho de dolores lleno.
Noche, de los poetas y almas tiernas
Dulce, piadosa amiga,
En blanda paz convierte mi fatiga!

MISANTROPIA.

Qué triste noche! En las lejanas cumbres
Mil nubes pavorosas se amontonan,
Y el lívido relámpago ilumina
Su densa confusion. Ardiente calma
Me abruma en derredor, y un ruido sordo,
Vago, cual los recuerdos del sepulcro,
Sale a intervalos del opaco bosque.
Oigo el trueno distante.... En un momento
La horrenda tempestad va a despeñarse:
La presajia la tierra en su tristeza.

Aquesta confusion en armonia
Está con mi alma destrozada.... ¿El mundo
Padece como yo?... No, que no tiene
Pasiones insensatas: solo el hombre
De su huracan feroz víctima jime,
Y mas que nadie, yo.
Mujer funesta,
Ai! me has perdido para siempre... En vano
Me esfuerzo a reanimar del alma mia
El marchito vigor; tú el universo
Desfiguraste para mí.... Ni echarte
Puedo de mi memoria. Tus recuerdos
Me aquejan sin cesar, vertiendo en mi alma
Una alegría confusa y un deleite
Funesto, amargo, bien cual la sonrisa
Que suele verse en los marchitos labios
De una belleza pálida en la tumba.

Oh hermosas! yo inocente os adoraba....
¿Quién me venció en sentir? Vosotras fuisteis
Mi encanto, mi deidad: en vuestros ojos,
En vuestra dulce y celestial sonrisa
Sentí doblar mi ser, y circundado
De una atmósfera ardiente de ventura,
Renuncié a la razon, quebré insensato
De mi enérjica mente los resortes,
Y a solo amaros consagré mi vida.
Qué horrible pago recibí!... Oh hermosas!
Me hicisteis infeliz, y ya no os amo....
Ni puedo amar la vida sin vosotras.
Así en horrible confusion perdido
Vago insano y furioso. Desecada
Siento mi alma infeliz, huyo a los hombres
Y hasta la luz del sol ya me fatiga.
Mi fantasía se apagára, y vago
Espectro jemidor, junto al sepulcro,
Sin conservar de mi marchita vida
Sino del cruel dolor el sentimiento.
Pero amo a veces mi afliccion: me gozo
En el llanto de fuego que me alivia;
Mas triste es mi placer. Vago y sombrío...
Felices ¡ai! los que jamas probaron
El gozo del dolor!
Do están los tiempos
De mi felicidad, cuando mi mente
De la vasta creacion se apoderaba
Con noble ardor? En medio de la noche,
Del mar en las inmensas soledades
Suspenso entre el abismo y las estrellas,
¡Cuán fuertes y profundos pensamientos
Mi mente concibió! cómo reia
El universo de beldad ornado
A mis ojos serenos, y me alzaba
A admirar y gozar! Cuál de la vida
Me sentí en posesion!... Mas hoi ¡cuitado!
Tal vez al ver mi ajitacion insana
Creerán turbada mi razon. No, necios:
Ved en mi frente la profunda huella
Que dejara el dolor... Mas no me escuchan,
Y murmurando de mi frente adusta,
Insocial y selvático me llaman.

Almas sin sentimientos! Cuando el mundo
De mil dolores inundó mi seno,
Porque no sé para finjir sonrisas
Dar a mis labios contorsion víolenta
Mientras rebosa mi alma en amargura,
Llaman negra y feroz misantropia
Mi amor de soledad... Oh! si pudieran
Bajo este velo agreste que la cubre
Sentir de mi alma la ternura inmensa,
Tal vez me amaran... Pero no: tan solo
Vil piedad o desprecio escitaria
En sus almas de fango abominables.

Dejadme, pues, menospreciando al mundo,
Arrastrar mis pesares y amarguras
En esta soledad. Arboles bellos,
Que al soplo de los vientos tempestuosos
Sobre mi frente os ajitais, mañana
Vendrá a lucir el sol en vuestras copas
Con gloria y majestad: mas para mi alma
De furiosas borrascas combatida,
No hai un rayo de luz.... Entre vosotros
Buscaré alguna calma, y de los tristes
Invocaré al amigo, al dulce sueño.

—Agosto—1821.—

A MI CABALLO.

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven a aliviarme ya. Por las llanuras
Desatado arrebátame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.

Fueron ¡ai! de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha
Llevándose tras sí las esperanzas,
Corrióse el velo: desengaño impío
El fin señala del delirio mio.

Oh cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! Cuánto es horrible
El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya que la resta?—Tedio y amargura.

Ese viento del sur...! ai! me devora!
Si pudiera dormir...! En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara,
Y mi alma triste a su vigor tornara.

Mi caballo, mi amigo! A tí te imploro,
Volemos, ai! Quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil: haz que de este modo
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.

Débate yo tan dulce refrijerio.
Mas, oye: ayer avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad y mi delirio
Al contemplar mis piés ensangrentados,
Y tus hijares, ai! despedazados.

Perdona a mi furor.... El llanto mira
Que se agolpa a mis párpados... Amigo,
Cuando mis gritos mi impaciencia anuncien,
No aguardes, no, la devorante espuela,
La crin sacude, alza la frente y vuela.

—1821.—

CALMA EN EL MAR.

El cielo está puro,
La noche tranquila,
Y plácida reina
La calma en el mar.
En su campo inmenso
El aire, dormido
La flámula inmóvil
No puede ajitar.
Ninguna brisa
Llena las velas,
Ni alza las ondas
Viento vivaz.
En el oriente
Débil meteoro
Brilla y disípase
Leve, fugaz.
Su ebúrneo semblante
Nos muestra la luna,
Y en torno la ciñe
Corona de luz.
El brillo sereno
Arjenta las nubes,
Quitando a la noche
Su pardo capuz.
Y las estrellas,
Cual puntos de oro,
En todo el cielo
Vénse brillar,
Como un espejo
Terso, bruñido,
Las luces trémulas
Refleja el mar.
La calma profunda
De aire, mar y cielo,
Al ánimo inspira
Dulce meditar:
Angustias y afanes
De la triste vida!
Mi llagado pecho
Quiere descansar.
Astros eternos,
Lámparas dignas,
Que ornais el templo
Del Hacedor;
Sedme la imájen
De su grandeza,
Que lleve al ánima
Santo pavor.
¡Oh piloto! la nave prepara:
A seguir tu derrota disponte,
Que en el puro, lejano horizonte
Se levanta la brisa del sur:
Y la zona que oscura lo ciñe,
Cual la luz presurosa se estiende,
Y del mar cuyo espejo se hiende,
Mui mas bello parece el azul.

AL SOL.

Yo te amo, oh Sol! Tú sabes cuán gozoso,
Cuando en las puertas del oriente asómas,
Siempre te saludé. Cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Desde tu trono en el desierto cielo,
Del bosque hojoso entre la sombra grata
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su vuelo,
Y a mil cavilaciones me abandono
De inefable dulzura,
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de occidente.
Empero el opulento en su delirio
Solo de vicios y maldad ansioso,
Rara vez alza a tí su faz ingrata
Tras el festin nocturno, crapuloso.
Tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
Y tu fuego le ofende,
Tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
Oh! si el oro fatal cierra las almas
A admirar y gozar, yo le desprecio:
Disfruten otros su letal riqueza,
Y yo contigo mi feliz pobreza.
Oh, cuánto en el Anáhuac
Por tu amor suspiré! Mi cuerpo helado
Mirárase encorvado
Ácia la tumba oscura:
En el invierno rijido, inclemente,
Me viste al contemplar tu tibio rayo,
Triste acordarme del fulgor de Mayo,
Y alzar a tí la moribunda frente.
«¡Dadme, clamaba, dadme un sol de fuego
Y bajo él agua, sombras y verdura,
Y me vereis feliz»!... Tú, sol, tú solo
Mi vida conservaste: mis dolores
Cual humo al aquilon desparecieron,
Cuando en Cuba tus rayos bienhechores
En mi pálida faz resplandecieron.
Mi patria... ¡oh Sol! Mi suspirada Cuba
A quién debe su gloria,
A quién su eterna, virjinal belleza?
Solo a tu amor. Del capricornio al cáncer
En jiro eterno recorriendo el cielo,
Jamas de ella te apartas, y a tus ojos
De cocoteros cúbrese y de palmas,
Y naranjos preciosos, cuya pompa
Nunca destroza el inclemente hielo:
Tus rayos en sus vegas
Desenvuelven los lirios y las rosas,
Maduran la mas dulce de las plantas,
Y del café las sales deliciosas.
Cuando en tu ardor vivífico las viertes
Larga fuente de vida y de ventura,
¿No te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?
Mas a veces tambien por nuestras cumbres
Truena la tempestad. Entristecido
Velas tu pura faz, mientras las nubes
Sus negras olas por el aire ardiente
Revuelven con furor, y comprimido
Ruje el rayo impaciente,
Estalla, luce, hiere, y un diluvio
De viento y agua y fuego se desata
Sobre la tierra trémula, y el caos
Amenaza tornar.... Mas no, que lanzas
Oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
La confusion de nubes y a la tierra
Llega a dar esperanza. Ella anhelante
Le recibe, sonrie, y rebramando
Huye ante tí la tempestad: mas puro
Centella tu ancho disco en occidente.
Respira el mundo paz; bosque y pradera
Se ornan de nuevas galas,
Mientras al cielo con la tierra uniendo
El iris tiende sus brillantes alas.
Alma de la creacion! Cuando el Eterno
Del primitivo caos
Con imperiosa voz sacó la tierra,
Qué fué sin tu presencia? Yermo triste,
Do inmóviles reinaban
Frialdad, silencio, oscuridad.... Empero
La voz omnipotente
Dijo: «enciéndase el sol»! y te encendiste,
Y brotaste la luz que en raudo vuelo
Pobló los campos del desierto cielo.
Oh! cuán ardiente al recibir la vida,
Al curso eterno te lanzaste luego!
Cómo al sentir tu delicioso fuego
Se animó la creacion estremecida!

La sombra de los bosques,
El cristal de las aguas,
Las brisas y las flores,
Y el rutilante cielo y sus colores,
A una mirada tuya parecieron,
Y el placer y la vida
Su jérmen inmortal desenvolvieron.
Y esos planetas, tu inmortal corona
Te obedecen tambien: raudos jiraban
Sin órbita ni centro
Del éter en las vastas soledades.
El Criador soberano sujetólos
A tu poder, y les pusiste rienda;
A tu fuerte atraccion los enlazaste,
Y en derredor de tí los obligaste
A que siguiesen inerrable senda.
Y tú sigues la tuya, que eres solo
Criatura como yo y estrella débil
(Como las que arden por la noche umbría
En el cielo sin nubes) en presencia
De tu hacedor y mi hacedor, que eterno,
Omnicio, omnipotente, dirijiendo
Con designios profundos
Tantos millones férvidos de mundos,
Reina en el corazon del universo.
Espejo ardiente en que el Señor se mira,
Ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
Y con el rayo y espantoso trueno
Al mundo lance su terrible ira;
Gloria del universo
Del empíreo señor, padre del dia,
Sol! oye: si mi mente
Alta revelacion no iluminara,
En mi entusiasmo ardiente
A tí, rei de los astros, te adorara.

—Así en los campos de la antigua Persia
Resplandeció tu altar: así en el Cuzco
Los Incas y los pueblos te acataban.
Los Incas!... Quién al pronunciar su nombre,
Si no nació perverso,
Podrá el llanto frenar? Sencillo y puro
De sus criaturas en la mas sublime
Adorando al autor del universo,
Aquel pueblo de hermanos
Alzaba a tí sus inocentes manos.

¡Oh dulcísimo error... Oh Sol! tú viste
A tu pueblo inocente
Bajo el hierro inclemente
Como pálida mies jemir segado.
Vanamente sus ojos moribundos
Por venganza o furor a tí se alzaban:
Tú los desatendias,
Y tu carrera eterna proseguias,
Y sangrientos y yertos espiraban......

EL ARCO IRIS.

Arco sublime de triunfo
Que adornas el vasto cielo
Cuando su confuso velo
Recoje la tempestad;
No al oráculo severo
De la alma filosofía
Pregunta la mente mia
La causa de tu beldad.
Paréceme como en tiempo
De mi niñez deliciosa,
Cuando tu frente radiosa
Parábame a contemplar;
Y estacion te imajinaba
Para que entre tierra y cielo
Descansara de su vuelo
Del justo el alma inmortal.
¿Pueden los ópticos frios
Esplicar tu forma bella
Para agradarme con ella
Cual mi ignorancia feliz?
En lluvia fugaz convierten
El espléndido tesoro
De perlas, púrpura y oro,
Que ardiente soñaba en tí.
Cuando a natura la ciencia
Quita el misterioso encanto,
Cuánto disminuye, cuánto
El brillo de su beldad!
Cuál ceden a yertas leyes
Mil deliciosas visiones!
Cuán plácidas ilusiones
Miramos ¡ai! disipar!
Pero el mismo Omnipotente
Nos revela arco, divino,

Tu orijen y tu destino
Con su palabra inmortal:
Al dibujarse tu frente
En el cielo y mar profundo,
Al cano padre del mundo
Fuiste sagrada señal.
Cuando tras fiero diluvio
La verde tierra te amaba,
Cada madre a su hijo alzaba
A ver el arco de Dios.
El campo te daba incienso,
Y aroma pura la brisa,
Cuando en tu luz la sonrisa
Del cielo resplandeció.
Y como entonces brillabas,
Sereno brillas ahora,
Y cual del mundo la aurora,
Su fin tremendo verás:
Que Dios, fiel a su promesa,
Intacta guarda tu gloria,
Para perpétua memoria
De que a la tierra dió paz.
De la música primera
Sonó en tu honor el acento,
Y del primer poeta el viento
Oyó la májica voz.
Sigue, pues, siendo mi tema,
Símbolo de la esperanza,
Fiel monumento de alianza
Entre los hombres y Dios.

AL RETRATO DE MI MADRE.

Es ella, sí: la venerada frente
Que adoró mi niñez, de nuevo miro
Con profunda emocion, aunque las huellas
Del tiempo y del dolor tiene grabadas.
Hé aquí los ojos que mi débil cuna
Estáticos velaban, y los labios
Que con tierno cariño tantas veces
En mi pálida frente deponian
El santo beso maternal.... Imájen
De la madre mejor y mas amada,
Ven a mis labios, a mi ardiente seno,
Y recibe las lágrimas que brotan
Mis ojos mustios; llanto de ternura
Y acaso de fatal remordimiento.
Sí, madre idolatrada: tus amores
Tu anhelo por mi bien infatigable,
Y tus lecciones de virtud sencilla
Desatendí frenético... ¿Qué pago
Recibiste de mí? Dolor y luto.
Precipité mis pasos imprudentes
Tras el glorioso, espléndido fantasma
De inaccesible libertad. La ira
De celoso poder me hizo blanco,
Y fulminó tremenda. Cuántas noches
Cuando los ojos de llorar cansados
Cerrabas, te mostró la fantasía
Mi sangriento patíbulo! Mi fuga,
Y una separacion tal vez eterna,
Calmaron tu terror no tus pesares.
Qué lágrimas ansiosas, de amargura,
Te habrá tu primojénito costado
Prófugo, errante en estranjeros climas,
Donde asentaron su fatal imperio
Feroces odios, ambicion tirana,
Y fratricida bárbara discordia!
Y yo, madre, tambien tu triste ausencia
Lamento inconsolable. Los prestijios
De mísero poder o fútil gloria
No me embriagaron, ni del pecho ansioso
Borrar pudieron tu sagrada imájen.
De Témis en el templo venerando,
En la silla curul a que fortuna
Elevóme despues; en el peligro
Y escitacion de bélico tumulto;
Entre los brazos de adorada esposa
O las tiernas caricias de mis hijos,
Recordé tus amores, y brotaba
De mis ardientes labios el suspiro.
Tres años ha que por la vez primera
Desde el trono español se pronunciaron
Los dulces ecos de la paz y olvido.
Oh! cómo palpité!... La fantasía
En májica ilusion mostróme abiertos
Los campos deliciosos de mi Cuba,
Y entre sus cocoteros y sus palmas,
Al márjen de los plácidos arroyos,
Con mi familia cara y mis amigos
Me hizo vagar. Al ajitado pecho
Pensé estrechar a las hermanas mias,
A mi madre inundar en llanto dulce
De inefable ternura, y en su seno
Deponer a mis hijos.... Mas, sañudo

Arbitrario poder frustró mis votos;
Que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,
De viles siervos abatida sierva,
No es dado el hacer bien ni al mismo trono,
Cuyo querer eluden los caprichos
De sátrapa insolente!... Se arrastraron
Dos lustros y dos años dolorosos
De espatriacion, de lágrimas y luto,
Y en los hispanos pechos implacable
Arde vivo el rencor....
Mas, a despecho
Del odio suspicaz y la venganza,
Yo, madre, te veré. Cuando benigna
Primavera jenial restaure al mundo,
Las turbulentas olas del oceano
Hendiremos los dos, y venturoso
Del Hudson en las fértiles orillas
Te abrazaré. Tu imájen venerada
Será entretanto mi mayor consuelo.
Mostrándola a mis hijos cada dia,
Enseñaréles con afan piadoso
A que te amen, respeten y bendigan,
Y oren por tí sus inocentes labios.
Ella en este desierto de la vida
Será para mis ojos vacilantes
Astro sublime de virtud. Al verla,
Tus augustos consejos recordando,
Fiel les seré, y a Dios enardecido
Elevaré mis inocentes votos
Porque a tus brazos me conduzca. Sea
Báculo a tu vejez tu primer hijo,
Y en asilo rural, feliz, oscuro,
Te haga olvidar las anteriores penas
Con amantes cuidados y caricias.
Aquesto y nada mas demando al cielo....

—Enero 4: 1836.—

CATON.

De la alma libertad campeon augusto,
Entre ruinas de Roma miserable,
Caton opone el pecho incontrastable
A Cesar vencedor y Jove injusto.

No hai esperanza.... Al opresor robusto
Rie Fortuna con semblante afable....
Fué Roma.... Él su clemencia despreciable
Brinda, y le oye Caton con rostro adusto.

¡Lejos, dice, el perdon!.. «perdon!.. mi vid
Menos horrible la injusticia hiciera
Con que victoria al opresor corona».

Dice y rompe su pecho: por la herida
Indignada se lanza el alma fiera,
Y el cadáver a Cesar abandona.

—

SOCRATES.

No jueces condeneis con ciega ira
De la augusta verdad al sabio amante!...
Mas ¡ai! que el vil Melito ya triunfante
La ventaja logró porque suspira.

Sócrates firme con piedad le mira,
Y él palidece y con igual semblante
Bebe el sabio el veneno devorante,
Y en brazos de Platon tranquilo espira.

Presto remordimientos dolorosos
Atenas siente, y su crueldad jimiendo
Maldice y sus fanáticos furores.

Temed mortales oprimir furiosos
A la verdad y al mérito, oprimiendo
Al que osa combatir vuestros errores.

—

A D. DIEGO MARIA GARAY [1], EN EL PAPEL DE JUNIO BRUTO.

Prócer sublime de la libre Roma,
¿Por qué abruma el dolor tu augusta frente,
Y en vano reprimido, el llanto ardiente
A tus cargados párpados asoma?

Lanza Discordia su funesta poma,
Y hasta tus hijos con furor demente
Quieren que el vil Tarquino huelle insolente
Al pueblo rei que a los tiranos doma.

Tú pronuncias su muerte: el pueblo jime
Entre piedad y horror.... Con faz sombria
El alma ocultas de dolores llena....

Tal me mostraste tú, Garay sublime,
A Bruto, que terrible parecia
El Dios que airado en el Olimpo truena.

A DON JOSÉ TOMAS BOVES. [2]

Hipócrita, perjuro, despiadado,
Sin ninguna virtud que amar le hiciera,
Bañóse en sangre y con delicia viera
La muerte y el terror siempre a su lado.

A Venezuela mísera ensañado
En un yermo de horror tornado hubiera,
Si de Urica en los campos no cayera
De vengadora lanza traspasado.

Rie en su tumba Humanidad gozosa
Y en su velo la frente arrebozando,
«Horror! esclama, al pronunciar su nombre,

Horror, oh monstruo! a tu memoria odiosa,
Que al vencedor la gloria coronando,
Jamas al tigre premia sino al hombre.»

LA DESCONFIANZA.

Mira mi bien, cuán mustia y desecada
Del sol al resplandor, está la rosa
Que en tu seno tan fresca y olorosa
Pusiera ayer mi mano enamorada.

Dentro de pocas horas será nada...
No se hallará en la tierra alguna cosa
Que a mudanza feliz o dolorosa
No se encuentre sujeta y obligada.

Sigue a las tempestades la bonanza;
Siguen al gozo el tedio y la tristeza..
Perdóname si tengo desconfianza

De que dure tu amor y tu terneza:
Cuando hai en todo el mundo tal mudanza,
¿Solo en tu corazon habrá firmeza?

—1818.—

MI GUSTO.

Llénase de placer el marinero
Cuando la dulce playa ve cercana;
Gózase el sabio que estudiando afana,
Cuando su parecer es verdadero.

Goza tambien impávido guerrero
Cuando gloria fatal en lides gana;
Gózase entre la jente cortesana
Quien miró a su señor menos severo.

---

1 Este actor que se hizo famoso en varios teatros de América y a quien Heredia dedicó el Sila, nació en Málaga el año de 1794. Hizo sus primeros ensayos en Granada, y en 1819 era 2.° galan en la compañía principal de Cadiz. Al año siguiente fué contratado para la Habana y de allí pasó a Méjico en donde alcanzó muchos triunfos en su arte. Vuelto a la Habana, murió en 30 de Enero de 1837.—Garay es padre del actor de este nombre que conocemos y hemos aplaudido en los teatros de Chile.

2 No se diga que turbo sus cenizas, los héroes y los monstruos pertenecen a la historia para ejemplo y horror del jénero humano. (El A. Edicion de N. York.—1825.)

Nada de esto me place: soi dichoso
Tan solo estando a par de mi Belisa,
Que paga con su afecto mi ternura.

Si al tiempo que me mira advierto ansioso
En su boca asomar dulce sonrisa,
Llega a su colmo entonces mi ventura.

—1819.—

EL MÉRITO DE LAS MUJERES. [1]

Yo canto las virtudes y atractivos
Que adornan gratos del linaje humano
A la amable mitad. Belisa hermosa
Admite con agrado el homenaje
Que rindo a tu beldad: tu faz de rosa
Vuelve apacible a mí: logre a lo menos
Una sonrisa tuya, una mirada
De tus ojos dulcísimos, serenos,
Tu encendido cantor. Tú eres la musa
Que preside a los sones de su lira
Cuando celebra tu beldad amada.
Yo lograré feliz la única gloria;
El solo premio a que en mi canto aspiro,
Si me consagras plácida un suspiro,
Y un recuerdo agradable en tu memoria.

Era la noche y el informe caos
Entre espantosa oscuridad jiraba:
Mas Dios habló, y al eco poderoso
De la criadora voz, vierais al caos
Airado revolverse y tempestuoso,
Y de sus senos pálidos, oscuros,
A la tierra lanzar: vierais al punto
Cómo el Criador las aguas de la tierra
Con su soplo apartó y alzó los montes,
Tendió los valles, y con larga mano
Cubrió los bosques de verdor sombroso,
Y para ser del hombre soberano
Con prodijio mayor al hombre hiciera.
Tras obras tan espléndidas y hermosas
Hizo de la Beldad su obra postrera.
En esta obra maestra de sus manos
Se detuvo el Criador: noble destino
Que abrió a su gloria la feliz carrera!
La mano del Señor al mundo diera
Mas adorable objeto, mas divino?
Aquella frente celestial y pura
Donde el pudor y dignidad se miran;
Que turba los humanos corazones
Con sonrisa apacible: aquellos ojos
Donde brilla del sol la activa llama;
Cuyo mirar sereno y sin enojos
En delicioso ardor al hombre inflama:
Aquel cabello que en dorados rizos
Baja a adornar su faz: el lindo talle
De jentileza lleno y gallardia;
El seno voluptoso do su nido
Asentaron triscando los amores,
El tejido que forma sangre pura
Bajo alabastro limpio y transparente.
Sin duda que atractivos tan amables
Bastan a seducir; mas la hermosura
Para doblar y prolongar su imperio,
Sabe agregar a tan divinas gracias
El encanto feliz de los talentos.
Los pintaré? De un clave a los acentos
Cloris une su voz fácil y dulce
Y yo la escucho estático y pasmado.
Su canto hermoso me penetra el alma,
Me enajena feliz, y arrebatado,
Y envuelto entre placer tiemblo y la adoro.
Mas ai! que cesa Cloris: su maestro,
Con mas velocidad, con mayor fuerza
El clave hace sonar: tiene mas ciencia,
Mas, ¿tiene tanta gracia como Cloris?
Ofrece acaso a mi encantada vista

---

1 Este poema imitado del frances de Legouvé, se imprimió en la Habana en 1821, y se reimprimió en Méjico. Despues he visto una traduccion fiel de Legouvé, en versos de ocho sílabas, que, a la verdad no es digna del elegante autor de la «Opinion». Me animo a incluir este ensayo en mi coleccion, esperando que las correcciones que lleva, lo hagan menos indigno de la benignidad del público. En su primera edicion lo dediqué a mi dulce amigo D. Blas Osés, en prenda del afecto tierno que nos profesamos, y que está ya a prueba de la ausencia, del tiempo y del infortunio. (El A. Edicion de Nueva-York.—1825.)

Aquellos brazos que el amor torneara,
Ni aquel rubor que al resonar los vivas
Cubre de Cloris la divina cara?

Sigue el baile al concierto. Allí Lucinda
Laura y Melisa, cual las rosas bellas,
En la flor de su edad, cubiertas todas
De oro y de flores en feliz tejido,
Al compas de la música ajitando
Su talle jentilísimo, semejan
Al lirio por el céfiro mecido.
De su beldad los jóvenes prendados,
Y de su amable gracia, ven que Momo
Para agradar, de Cipris necesita.
Y, ¿qué fueran sin ella del teatro
Las funciones espléndidas? Sin duda
Por la belleza que Orosman adora
A toda alma sensible interesando,
De Racine el rival, tierno y sublime
Supo espresar de Zaira los dolores,
Mas de Gaussin el órgano divino
La conquistó mas lágrimas, que el jenio
De su inmortal autor.

¡Oh bellas artes!
Empleando la mujer vuestros secretos,
Os hace mas amables: de las flores
Por Vallayer [1] regadas sobre el lienzo,
Tiéndese fácil mi engañada mano
Los tallos a cojer: una y mil veces
Encantado imajino que respiran
Los retratos preciosos de la mano
De Le Broun inmortal [2]: las mismas Gracias
Su pincel delicioso dirijieron.
Leed a Genlis a Galvez y a Corina;
Ved las obras preciosas que escribieron:
Amor pintó tan halagüeños cuadros.
Si la mujer en varonil delirio
No supo hacer que por su labio henchida
La trompa de Tirteo resonase,
Ha sabido probar que sin esfuerzo
Bajo sus dedos ájiles, lijeros,
Fácil suspira sin esfuerzo alguno
La flauta pastoril.

Graves censores
Del sexo amable, acaso a vuestros ojos
Imajinarios son tan ricos dones.
Ah! pues que sus talentos no os encantan,
Al menos sus servicios repetidos
Desarmaros sabrán: con nuestra vida
De la mujer empiezan los afanes.
Ella lleva en su seno doloroso
Al fruto de himeneo que mil veces
Es para ella infeliz: por largo tiempo
Sobre un lecho cruel desfallecida
Jime doliente, y moribunda al cabo
Le pone en los umbrales de la vida;
Y al nuevo y tierno ser ya consagrada,
Los cuidados amantes le prodiga
A la infancia del hombre necesarios.
Cuán preciosos cuidados! Cuando duerme
Aplica sin cesar el cauto oido,
Y de las sombras al silencio atiende.
O si Morfeo la adormece un punto,
Al mas leve rumor abre de nuevo
Sus agravados párpados y pronta
A la cuna de su hijo inquieta vuela:
Inmóvil le contempla largo rato,
La paz gozando de su dulce sueño,
Y a su cama se torna aun no tranquila.
Si el niño se despierta, en el instante
Presentándole plácida su seno,
Le vierte la salud en leche pura.
Qué importa la fatiga a su ternura?
Existe en su hijo, y a los tiernos ojos
Del esposo se muestra mui mas bella
Con él al seno suspendido.

El niño
De la vida adelanta en la carrera.
Su madre está con él: su mano amante
Sostiene, ayuda sus primeros pasos;

---

1 Madama Vallayer—Coster se distingue en la pintura de las flores y otros objetos de la naturaleza inanimada. (Nota tomada de Legouvé. edicion de Didot.)

2 Madama Le Broun, no solamente célebre por sus retratos que pueden rivalizar con los de Vandick, sino por sus famosos cuadros: «la Paz trayendo la abundancia;» «Venus atando las alas del amor,» y «la ternura maternal». (Id id id.)

Ella fué su nodriza y es su guia.
Al punto que su voz temblando empieza
A articular sonidos, «madre mia»,
Es la primer palabra que le enseña.
A preceptores duros entregado
Presto jime infeliz...... ¿Cuál es el seno
Donde su corazon despedazado
Corre a buscar alivio a sus tormentos?
El de su madre: de ternura lleno
Su labio fiel con plácidos acentos
Disipa su dolor, su llanto enjuga,
Le da lindos juguetes, y afanosa
Torna la paz a su ajitado pecho,
Tomando su defensa.

Edad hermosa,
Ai! pasas cual relámpago, y el hombre
Deja la infancia, y al amor despierta.
Ya en su frente serena está pintado
Un tímido rubor: húmeda llama
Brilla en sus ojos vivos: inflamado
Su tierno corazon se eleva y jime,
Y el insufrible peso que le oprime
No puede sacudir: anhela ardiente
Una felicidad desconocida,
Y siéntese turbado de repente
Por secreto terror: su alma encendida
No puede hallar reposo. De este modo
Sufrí tambien, pero te ví, adorada,
Y pensé ver a un Dios: estremecido,
Débil la planta, y respirando a penas,
Palpitándome el pecho acelerado,
Y en confusion dulcísima perdido
Me sentí a tu mirar... Horas felices!
¡Oh languidez sublime y deliciosa!
¡Oh! cuánto fuí feliz! Cuánto, mi hermosa,
Sentí mi sangre arder, cuando a tus labios
El beso arrebaté...! Cual desgraciado
Que en tinieblas naciera, y luego el arte
Le hiciera ver el sol, arrebatado
A otro universo entonces me creyera.
Hablar contigo y verte y adorarte
Mi ocupacion y mi delicia fuera:
Tú encantaste mis horas: la carrera
De mi vida feliz ornaste en flores.
Por tí la paz, la risa y los amores
En torno de mi frente revolaban,
Y gratos y afanosos ahuyentaban
Los cuidados, la angustia y los dolores.
Y, cuál fué mi dolor cuando arrancado
Me ví a tu dulce amor y a tu presencia?
Dílo tú ¡oh noche! que testigo fuiste
De mi amargo penar, de mis furores:
Cuenta cómo mi llanto recibias,
Compasiva mis quejas escuchabas,
Y en tu silencio plácido aliviabas
El tormentoso horror de aquellos dias.

Pero, alzábase el sol, y al universo
La claridad tornaba y la alegría,
Mas no a mi corazon: sobre alta roca
Que el mar bañaba con furiosa espuma,
Salvaba con la ardiente fantasía
El espacio insondable que tendido
Me apartaba de tí, mi pecho ardia,
Y en las alas de amor arrebatado
Llegaba y palpitaba, y te veia.
Mas la razon desvaneció severa
Tan dichosa ilusion, ¡cuán triste entonces
Canté los males de la ausencia fiera!
Al eco incierto, al áspero silbido
Del viento bramador sonó mi canto,
Y el viento bramador llevó mi llanto,
Al turbulento mar: mas aun entonces
Con placer melancólico, inefable,
Tu beldad recordaba,
Y mis ardientes lágrimas amaba.

Mas ved a Delio que a Melisa unido
Fué en himeneo feliz. Vedle; ya es padre:
Oh venturoso amante! Con qué gozo
Sientes que otro tu mismo te acaricia!
Ah! cuán fuera de tí, con qué delicia
Estrechas esa prenda tan preciosa
Sobre tu corazon, y tus facciones
Hallar pretendes en su faz graciosa!
Con su madre afectuoso le comparas,
Y mas te la hace amar si es su retrato.
Si sale de tus brazos, conmovido
Sigues sus movimientos, y mirando
Jugar, correr, crecer tu imájen viva,
Por sus inclinaciones ya le juzgas
Gloria y honor de tu vejez dichosa.
Felicidad tan alta disfrutaras
Viviendo sin amor y sin esposa?

Una esposa! Su vista y su dulzura
Do quier del hombre alivian la fatiga.
Allá fogoso con la esteva dura
Rompiendo el labrador la árida tierra,
Sobre los surcos el sudor prodiga.
A la tarde retírase agoviado:
Jime y va a sucumbir a tanto peso;
Mas vió a su esposa y se sintió aliviado.
Allí el ministro vano y orgulloso,
Que del monarca a par alza la frente,
En su poder supremo, inútilmente
Anhela ser feliz: triste, sombrio,
De su consorte al seno delicioso
Viene a huir de sí mismo, y allí olvida
El tedio, las sospechas que a los grandes
Emponzoñan sin fin la triste vida.
Por amor del orgullo distraido
Respira a par de su querida esposa
Del peso y resplandor de sus honores:
Si solitario, yerto y sin amores
Le hubiera hecho vivir la suerte avara,
Dónde su corazon descanso hallara?

Mas dejemos a amor, sin él tenemos
Un lazo encantador que une las almas:
Es la pura amistad: tierna, sin celos,
La vida de los hombres hermosea.
Pero en una mujer es mui mas dulce;
Entonces es de amor la bella hermana:
Entonces venturosos obtenemos
Las complacencias gratas, los cuidados
Que el hombre con el hombre nunca supo
Sino a medias tener, y poseemos
Menos que amante, pero mas que amigo.
Teneís algun proyecto? Os es mui grato
Confiarlo a una mujer, pesar con ella
Lo que tiene de cierto y de dudoso.
El infortunio en su favor odioso
Os sume entre dolor? Bálsamo dulce
A vuestra alma será que a vuestras penas
Responda una mujer: tierna y sensible
Sabe tomar mejor que el hombre duro
Aquel tono simpático, apacible,
Que calma los pesares y dolores,
Y sabe unir mejor su llanto al llanto
Del que sufre del hado los rigores.
Mas si el placer nos brinda y los amores,
Tambien nos lleva de la gloria al templo.
Ved aquel jóven cuyo jenio anima
El ansia de agradar: sus versos bellos
Ya declama el actor, y del teatro
Vibrase el arteson, y estremecido
Retumba con su nombre y los aplausos,
Y gozando su triunfo, conmovido,
Oh mujeres! esclama, sí, a vosotras
Debo aqueste placer y aquesta gloria.

Por qué ese jóven hasta aquí ignorado
Corre a buscar al campo la victoria?
Porque a los ojos bellos que idolatra,
Ojos que muchos idolatran fieles,
Parecerá mas bello y mas amable
Si le adornan de Marte los laureles.
Quién mejor que una hermosa inspirar puede
A un guerrero valor? Y, ¿no se ha visto
A una mujer grande-hombre allá en Palmira
Oponerse de Roma a los furores?
Otra junto al Eufrates sometido,
Como conquistador lidió valiente
Y gobernó cual rei. Pero, qué digo?
Solo las reinas pueden la alta frente
Ceñirse de laurel? Mil y mil otras
O jenerales o soldados siendo,
Sus cuerpos delicados estrecharon
Con el hierro durísimo, y cubriendo
Con el yelmo su frente encantadora,
Y empuñando la espada, a lid de muerte
Los miembros espusieron
Que a lid mas dulce destinó la suerte.
Jimió al verlas amor.

Tened la planta,
Hermosas, por piedad: qué ¿no os espanta
De Marte aterrador la faz odiosa?
No con sangre mancheis las blancas manos
Que destinara amor a las caricias:
Vuestro dulce mirar cause delicias,
No pavor, cual los hombres inhumanos.
Ese horroroso asolador torrente
Arroyo fué una vez: entonce al suelo
Con su serena y plácida corriente
Llenaba de placer: junto a sus aguas
El césped matizábase de flores,

Y a su dichosa márjen los pastores
Contra el rigor del abrasado cielo
Encontraban asilo, y los amores
En torno a las zagalas revolando
La hicieron su mansion.... Hora furioso
En remolino raudo arrebatando
Chozas, ganado y perros y pastores,
Mieses destruye y en angustia y duelo
Inunda la comarca. Pavorido
Huye su encuentro aquel, mientras su amada
En la corriente férvida arrastrada
Implora en vano su favor. Herido
Responde el alto monte a los lamentos
Y del agua al bramar... Siempre, o hermosas!
Dulces y tiernas sed: ¿no os satisfacen
La adoracion del hombre y de la tierra?
Quereis tambien que os tema y os maldiga,
Y con mano enemiga
Marchite esa beldad...? Mas no me escuchan,
Y ardiendo en ciega cólera y enojos,
A las rabiosas lides arrojadas,
Logran allí victorias duplicadas
Con el brazo valiente y con los ojos.

Díganlo tus hazañas jenerosas
Telesila arrogante y afamada:
Dígalo tu valor que a los franceses
Defendió, Juana de Arc: de la cabaña
A las lides lanzándote animosa
Cuando el ingles a Orleans amenazaba,
Apareciste y asombrado el campo
Creyó mirar un ánjel del Eterno,
Que del empíreo en su favor bajaba.
Combates, y el ingles pierde su orgullo
Y huye aterrado al mar; a Orleans libertas,
Salvas a Francia de estranjero yugo;
Y al pueblo de Reims aun admirado
De tus hazañas que mirado habia,
Tornas al rei, que mudo y asombrado,
El yermo trono al vencedor cedia.

Oh destino feliz del sexo amable!
Triunfa do quier, pero tal vez la espada
No le sienta mui bien: su ruego y llanto
Mas dulces armas son, mas poderosas.
Cedan el hierro y fuego a las hermosas!
El cruel Asuero, el déspota persiano
Feroz proscribe a la nacion hebrea,
Tiéndese en Israel el mudo espanto,
Y el afilado alfanje centellea.
Pero Ester de sus lágrimas ornada
Perdon demanda y el perdon obtiene;
Y de Israel las vírjenes gozosas
Su númen tutelar tiernas la llaman,
Y con sonora voz cantando claman:
Cedan el hierro y fuego a las hermosas.

Armado de venganza Coriolano
Viene fiero a destruir la ingrata Roma,
Que con destierro le pagó sus triunfos.
Tribunos, viejos, cónsules, vestales
Y pontífices sacros, vanamente
Se arrojan a sus piés: sus dioses mismos
Bajan la faz ante su altiva frente.
Mas todo en vano; el héroe solo escucha
La voz de su furor, y alza la espada
Y Roma va a caer.... Mas vé a su madre....
Veturia noble por la patria amada
Olvidando la injuria de su hijo
Implora al vencedor, que jime y cede,
Y el llanto de Veturia a Roma salva.

En vano Eduardo al bárbaro verdugo
Quiere entregar con vengativa mano
Los seis guerreros de Calais rendida.
Margarita su esposa, enternecida
Defiende a los magnánimos franceses,
Y ganando una espléndida victoria,
De su ciego furor salva en un punto
A ellos la vida, al vencedor la gloria.

Abre tus puertas ya, recinto triste
Do el enfermo indijente y sin asilo
Vá lánguido a jemir: allí mujeres
Que de hermanas [1] distingue el dulce nombre,
Le prodigan su celo y su cuidado.
Al cielo invocan, y a la tierra sirven,
Y el pié dejando del altar sagrado,
Vuelan piadosas al doliente hermano,
Y son de un Dios de amor dignas esposas
Para aliviar al infeliz humano.

1 Alude a las «sœurs grises» que cuidan en Francia los hospitales. (El A., edicion de N. York, 823.)

Mujeres adorables, cuál mintiera
Quien tímidas os dijo! valerosas
Sois a la voz de vuestros nobles pechos.
Por qué verdugos viles allá en Tebas
Con muerte atroz a Antigone inmolando
La entierran viva en una gruta oscura?
Porque dando a su hermano sepultura,
Con mano relijiosa honrar quisiera
Aquel mismo cadáver que a los buitres
La venganza inclemente prometiera.
No la cruel lei Antigone ignoraba,
Mas vió a su Polinice idolatrado,
Que de la tumba y de su honor privado
El favor postrimero le pedia,
Y le sepulta y muere.... Y, ¿cuál el crimen
De esa Eponina fué? Por qué al cadalso
La miro conducir? Porque en la cueva
Do huyó Sabino al vencedor contrario,
Vino a sufrir sus males y peligros
Un lustro y otro mas. ¡Oh heroico ejemplo
Del amor conyugal! Tan triste estancia
Para ella fué de la ventura el templo.
Ella hermoseó a los ojos de Sabino
La caverna espantosa:
Su dulce voz sonando melodiosa
Con el canto de amor, puro, divino,
Supo encantar los ecos pavorosos
Que la honda cueva con horror volvia;
Y cuando al orbe la callada noche
En plácido silencio adormecia,
Trocaba en lecho de himeneo dichoso
La áspera roca que a ambos recibia.

Y por qué allá en los tiempos apartados
Los modelos buscar? En nuestros dias
Cuando sobre la Francia desolada
Feroz pesaba el cetro ensangrentado
De decenviros crueles ¿no han probado
Con mil rasgos espléndidos, sublimes,
Su magnanimidad? El mudo espanto
Sobre la Francia atónita volaba:
El frances del frances no fiel hermano
Sino enemigo fiero se mostraba.
Ellas, empero, firmes arrostraron
De los tiranos el furor. Aquella
Desde el alba arrancándose al reposo,
Sentada en el umbral de sus palacios,
Aguardaba constante su presencia.
Aquella con el oro desarmando
De un alcaide insensible los furores,
A un calabozo fúnebre y sombrio
Bajaba a consolar al triste padre,
O al objeto infeliz de sus amores.
Otra, si estos marchaban a la muerte,
Insultaba furiosa a sus verdugos,
Y lograba feliz la misma suerte.
Todas apoyo del frances cuitado,
Por él tiernas y ardientes suplicaban,
Y con él jenerosas se inmolaban.

Y, ¿olvidarte podré, jóven sensible
Que habitabas el techo hospitalario
Do a la persecucion enfurecida
Oculté a mi pesar mi amarga vida?
Oh! cómo la piedad hija del cielo
En tu divina frente disipaba
De tu amigo proscripto los dolores!
Ánjel de dulce paz y de consuelo,
Tu memoria preciosa que embellece
De mi destierro las cansadas horas,
A mi sepulcro bajará conmigo,
Y en su hielo no mas podrá entibiarse
La gratitud ardiente de tu amigo.

Tal brilla la mujer en sus virtudes.
Si bajo nuestra planta vacilante
Abre la varia suerte un precipicio,
Se arroja con nosotros o nos salva.
Siempre sobre ella el infeliz reposa,
Y aun aquel que es feliz solo a ella debe
El colmo de su suerte venturosa:
Ella su abril entre placer adorna.
Cuando el tiempo veloz ruga su frente,
Cuando le oprime ancianidad amarga,
Gracias a sus cuidados, siente menos
De la yerta vejez la odiosa carga.
En las mismas orillas del sepulcro
Puede cojer temblando algunas flores,
Y al cerrarse los ojos a la vida
Miran a la que alivia sus dolores.

Del bello sexo eternos enemigos,
¿Qué teneis que oponerme? Ya os contemplo
Que a la avara pintais y a la soberbia,

La varia caprichosa y la inconstante;
A la mejera sin cesar celosa,
Azote de su esposo o de su amante.
¿Somos nosotros ánjeles, acaso,
Para osar reprenderlas? ¿No tenemos
Esos defectos sin tener sus gracias?
Pero no me escuchais, y mas severos
Me presentais a Erifile a Medea
Con sū furor a Colcos espantando:
El crímen de las Lesbias inhumanas:
A Mesalina impúdica ordenando
Saturnales horribles; a la odiosa
Medicis fiera aconsejando al hijo,
De los franceses la feroz matanza.
Y, quién como vosotros no detesta
A esas mujeres bárbaras? Mas, ellas
Deben hacer odioso al sexo entero?

Sobre nuestras cabezas centellando
Mil estrellas y mil pueblan el cielo.
Algunas hai que tras su curso arrastran
Las pestes, las borrascas, y su aspecto
Nos anuncia desgracias y dolores.
Y, ¿por eso no mas la vista mia
No alzaré a las demas que me consuelan
Del vasto luto de la noche umbría?
Órnanse ñuestros campos de mil flores:
Y ¿por algunas pérfidas que ofrecen
Negra ponzoña a la feroz venganza,
Menos bellas las otras nos parecen?
Las menospreciaremos cuando brillan
Con colores variados e inocentes,
Y desparciendo delicioso aroma
Nos hace respirar puros placeres
Su balsámico aliento? Las mujeres
De la envidia a pesar y sus furores,
Son las estrellas y apacibles flores
Que adornan el desierto de la vida.
Tú que las menosprecias, ¿no te acuerdas
De que una madre tienes? — Torna ¡oh ciego
De tal error y al bello sexo adora,
Mientras mi boca, de su amor movida,
Sus loores canta y su favor implora.

LA CAIDA DE LAS HOJAS. [1]

De otoño el viento, la tierra
Llenaba de hojas marchitas,
Y en el valle solitario
Mudo el ruiseñor yacia.
Solo y moribundo un jóven
Lentamente recorria
El bosque donde jugaba
En sus niñeces floridas.
«Adios, adorado bosque,
Voi a morir, le decia,
Y mi fin desventurado
Tus hojas ¡ai! vaticinan.
La enfermedad que mi seno
Está devorando impia,
Pálido, cual flor de otoño,
Ácia el sepulcro me inclina.
Apenas breves instantes
Disfruté la dulce vida
Y siento mi primavera
Cual sueño desvanecida.
Caed efímeras hojas
Y por el suelo tendidas,
A mi desolada madre
Ocultad mi tumba fria.
Mas si mi amante velada
Viene en la tarde sombria
A llorar en mi sepulcro,
Ajitándoos conmovidas,
Despertad mi triste sombra,
Y su fiel llanto reciba.»
Dijo y partió... para síempre!
Murió, y al tercero dia
La sepultura le abrieron
Debajo la árida encina.
Su madre, ¡ai! por poco tiempo,
Vino a llorarle aflijida;
Pero no su fiel amante
Como el infeliz creia.
Solo del pastor los pasos
En aquella selva umbria,
Perturban hoi el silencio
En torno de sus cenizas.

1 Traducido libremente del poeta frances Millevoye.

A UNA REPRESENTACION DE LA TRAJEDIA DE OSCAR.

Por un amor terrible devorado
El infeliz Oscar se ajita y jime.
Ai! sus combates y dolor sublime
Quién puede contemplar con pecho helado?
Vedle temblar y reprimirse al lado
De Malvina, y volar a los desiertos
A ocultar su vergüenza y sus furores.
Le es insufrible de Morven la estancia
Do ve a Malvina y dobla su tormento.
A qué apurar con importuno acento
Su ya débil y lánguida constancia?
Oh! dejadle morir. La tumba sola
Puede apagar la inestinguible hoguera
De su amor criminal.... Ya no resiste,
Y Dermidio su amigo.... su asesino....
Llega a sus labios aridos la copa
Ansiada del placer, y en un instante
Se la arrebata. Su alma delirante
Por el mortal veneno
De negros celos siente destrozada;
Provoca, lidia, y la funesta espada
Del amigo infeliz clava en el seno.
Víctima infausta del feroz delirio,
Vagar le miro luego
Por la fúnebre selva: todo calla,
Le cercan los sepulcros silenciosos....
«Salvadme!» grita «y oponed piadosos
Entre el crímen y Oscar una muralla!»
Vano anhelar! Las manos homicidas
Tiene empapadas del amigo en sangre,
Y le sigue do quier su sombra yerta.
Para colmo del mal cobra el sentido,
Ve su crímen atroz, y confundido
Se hunde en la tumba que le aguarda abierta.
Oscar! misero Oscar!... Ai! yo no ignoro
Lo que es una pasion desesperada......
Y ver en torno de la frente amada
Los tristes rayos del poder y el oro.
Oh! cuánto es duro en la abrasada frente
Finjir serenidad, ahogar el llanto,
Y en lucha eterna y en dolor eterno
Ajitarse y vivir! .. Ya fatigada
Advierto mi razon, y bien conozco
Que turbándose va.... Mísero Taso,
Tal vez seré tu igual en desventura
Pero en gloria jamas!...
Ai! mi locura
Me arrastra.. ¿Do fué Oscar? Garay, mi amigo,
Sublime actor, Melpomene severa
Te entrega su puñal: con mano fiera
Vibralo tú, y en poderoso encanto,
Al pueblo estremecido que te admira,
Con tu talento irresistible inspira
Terror profundo y compasion y llanto.

LA POESIA. [1]

Alma del universo, Poesía!
Tu aliento vivífica, y semejante
Al soplo abrasador de los desiertos,
En su curso veloz todo lo inflama.
¡Feliz aquel que la celeste llama
Siente en su corazon! Ella le eleva
Al bien, a la virtud: ella a su vista
Hace que rian las confusas formas
Del gozo por venir: contra el torrente
Del infortunio bárbaro le escuda,
Haciéndole habitar entre los seres
De su creacion: con alas encendidas
Osada le arma, y vuela
Al invisible mundo,
Y los misterios de su horror profundo
A los hombres atónitos revela.
Sublime inspiracion! oh! cuántas horas
De inefable deleite
Concediste benigna al pecho mio!
En las brillantes noches del estio
Grato es romper con la sonante prora,
Largo rastro de luz tras sí dejando,
Del mar las ondas férvidas y oscuras:
Grato es trepar los montes encumbrados,
O a caballo volar por las llanuras.
Pero a mi alma fogosa es mui mas grato

1 Se tendrá por estravagancia esta tentativa para es, resar el espíritu poético? (El A. Edicion de N. York.—1825.)

Dejarme arrebatar por tu torrente,
Y ornada en rayos la soberbia frente,
Escuchar tus oráculos divinos,
Y repetirlos; como en otro tiempo
De Apolo a la feliz sacerdotisa
Grecia muda escuchaba,
Y ella de sacro horror se estremecia,
Y el fatídico acento repetia
Del dios abrasador que la ajitaba.
Hai un jenio, un espíritu de vida
Que llena el universo: él es quien vierte
En las bellas escenas de natura
Su gloria y majestad: él quien envuelve
Con su radioso manto a la hermosura,
Y dá a sus ojos elocuente idioma,
Y música a su voz: él quien la presta
El hechizo funesto, irresistible,
Que embriaga y enloquece a los mortales
En su sonrisa y su mirar: él sopla
Del mármol yerto las dormidas formas,
Y las anima, si el cincel las hiere.
Él en Fedra, en Tancredo y en Zoraida
Nos despedaza el corazon: o blando
Con Anacreon y Tibulo y Melendez
Del deleite amoroso nos inspira
La languidez dulcísima: o tronando
Nos arrebata en Píndaro y Herrera
Y el ilustre Quintana, a las alturas
De la virtud sublime y de la gloria.
Por él Homero al furibundo Aquiles
Hace admirar, Torcuato a su Clorinda,
Y Milton, mas que todos elevado,
A su ánjel fiero de diamante armado.
Por do quiera este espíritu reside;
Mas invisible. Del etéreo cielo
Baja y se manifiesta a los mortales
En la nocturna lluvia y en el trueno.
Allí le he visto yo: tal vez sereno
Vaga en la luz del sol, cuando este inunda
Al cielo, y tierra y mar en olas de oro:
De la música tiembla en el acento:
Ama la soledad: escucha atento
De las aguas con furia despeñadas
El tremendo fragor. Por el desierto
Los vagabundos árabes conduce,
Soplando entre sus pechos ajitados
Un sentimiento grande, indefinido,
De agreste libertad. En las montañas
Se sienta con placer, o de su cumbre
Baja, y se mira del oceano inmóvil
En el hondo cristal, o con sus gritos
Anima las borrascas. Si la noche
Tiende su puro y centellante velo,
En la alta popa reclinado inspira
Al que estático mira
Abajo el mar, sobre su frente el cielo.
Es el ansia de gloria noble y bella:
Yo de su lauro en el amor palpito,
Y quisiera en el mundo que hoi habito
De mi paso dejar profunda huella.
De tu favor, espíritu divino,
Puedo esperarlo, que tu aliento ardiente
Vive eterno y dá vida: los mortales
A quienes jenio dispensó el destino,
Ansiosos corren a la sacra fuente
Que tu fogosa inspiracion recibe.
El mundo a sus afanes apercibe
Indigno galardon. Cuando los cubre
Vestidura mortal, vagan oscuros
Entre indijencia y menosprecio: acaso
De sacrílega mofa son objeto.
Al cabo mueren, y sus almas tornan,
A la fuente de luz de que salieron,
Y entonces a despecho de la envídia,
Un estéril laurel brota en sus tumbas.
Brota, crece, y ampara las cenizas
Con su sombra inmortal, pero no enseña
A los hombres justicia, y cada siglo
Ve repetir el drama lamentable,
Sin piedad ni rubor. Divino Homero,
Milton sublime, Taso desdichado,
Vosotros lo direis! Empero el jenio
Al infortunio arrostra: sus oidos
Halagan los aplausos que su canto
Recibirá feliz en las rejiones
Del porvenir. Su gloria, su desgracia
Escitarán la dulce simpatía
En la posteridad, de los crueles
Que a miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reinará: las bellas
Con respeto y ternura suspirando,
Pronunciarán su nombre: ya centella
A sus ojos la lágrima preciosa
Que arrancarán sus pájinas ardientes

A la sensible hermosa.
La ve, palpita, se enternece, y fuerte
De la cruel injusticia se consuela,
Y esperando su triunfo de la muerte,
Al seno del Criador gozoso vuela.
¡Dulcísima ilusion! ¿Quién ha podido
Defenderse de tí, si no ha nacido
Yerto como los mármoles y troncos?
Oh, yo te abrazo con ardor! Lo espero!....
Algunas efusiones de mi musa
Me sobrevivirán, y mi sepulcro
No ha de guardarme entero:
Tal vez mi nombre, que el rencor proscribe,
Resonará de Cuba por los campos
De la fama veloz en la trompeta.
  Al ver como su lienzo se animaba,
El Corregio esclamaba:
«Yo tambien soi pintor!....» Yo soi poeta.

PROGRESO DE LAS CIENCIAS.

(FRAGMENTO.)

  La física incansable indagadora,
Analiza la gran naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
Entre persecuciones y peligros,
De inquisidor fanático a despecho
Consagrados errores disipando,
Su libertad revindicó a la mente.
Armó de nuevos ojos al humano,
La noble frente a Júpiter sublime
Coronó de satélites, y a Febo
Sentó en inmóvil, refuljente trono.
  El volador cometa vagabundo
De siglo en siglo iluminaba el cielo
Con siniestro fulgor, vaticinando
Fúnebre porvenir. La ciencia osada
Midió por fin su elíptico sendero,
Anunció su venida, despojóle
De usurpado terror, y el astro humilde
Obedeció del sabio los decretos.
  Torricelli, Pascal, su peso miden
A la impalpable atmósfera: encerrado
En férreo tubo el aire se desata,
Y feroz ante sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo,
Por cristalino prisma dividido,
Entre la oscuridad que le circunda,
Hace brillar del iris los colores.
En el convexo lente deja dócil
Su fuljente corona, y concentrado
Se arma feroz de innumerables puntas,
Y a los metales y al diamante muerde.
  En primorosa imitacion la Esfera
Rueda en sus ejes, dividiendo el año,
Hace jirar en su órbita la tierra,
Y de ella en pos a la inconstante luna.
A la vista Saturno aproximado
Revuelve sus anillos misteriosos
Que oculta o muestra: Júpiter eclipsa
Sus brillantes satélites, y el sabio
Nota el momento, y las distancias mide.
El imanado acero en equilibrio
Busca del norte la querida estrella,
Y en el inmenso mar, en negra noche,
Fija su rumbo el navegante incierto.
El agua del calor atormentada,
O al choque de la eléctrica centella
En diferentes gases convertida,
A la llama voraz pábulo presta.
  Con inocente estrépito a los ojos
Estalla y luce simulado rayo,
Que enseñó la atraccion del verdadero,
Y pudo el hombre desarmar las nubes.
  Del galvanismo al poderoso impulso
Tiembla y se ajita el pálido cadáver
Con misteriosa convulsion, y casi
Duda su triunfo atónita la muerte.
  Fiero coloso el arador se torna
Del microscopio májico en el seno;

Y en sus miembros y espalda cristalina
Centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
Hierven insectos mil, y nuevos mundos
A la asombrada vista se presentan.
Entre los senos de la tierra ocultos
La química sorprende a los metales,
Y su corriente sólida persigue.
La accion devoradora de la llama
Hace brotar de calcinadas piedras
El líquido mercurio, y resplandece
Entre la arena vil, pálido el oro.
De blanda seda refuljente globo
Hinche lijero gas. en él suspenso
Deja la tierra el físico atrevido,
Con rápido volar hiende las nubes,
Mui mas allá de su rejion oscura
Bebe del sol purísima la lumbre,
Y sobre un horizonte ilimitado
Los desiertos del éter señorea.

A MI PADRE EN SUS DIAS.

Cuando feliz tu familia,
Se dispone, caro padre,
A solemnizar la fiesta
De tus plácidos natales,
Yo el primero de tus hijos,
Tambien primero en lo amante,
Hoi lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.
Oh! cuán gozoso repito
Que tú de todos los padres
Has sido para conmigo
El modelo inimitable!
De mi educacion el peso
A cargo tuyo tomaste,
Y nunca a manos ajenas
Mi tierna infancia fiaste.
Amor a todos los hombres,
Temor a Dios me inspiraste,
Odio a la atroz tiranía
Y a las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
Que por tí Fileno hace,
Y que de su labio humilde
Hasta el Eterno se parten.
Por largos años el cielo
Para la dicha te guarde
De la esposa que te adora,
Y de los hijos amantes.
Puedas ver a tus biznietos
Poco a poco levantarse,
Como los verdes renuevos
En que árbol noble renace,
Cuando al impulso del tiempo
La frente sublime abate.
Que en torno tuyo los veas
Triscar y regocijarse,
Y entre cariño y respeto
Inciertos y vacilantes,
Halaguen con labio tierno
Tu cabeza respetable.
Deja que los opresores
Osen faccioso llamarte,
Que el odio de los perversos
Da a la virtud mas realce.
En vano blanco te hicieron
De sus intrigas cobardes
Unos reptiles impuros,
Sedientos de oro y de sangre.
Hombres odiosos!... Empero
Tu alta virtud depuraste,
Cual oro al crisol descubre
Sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
Esos honrosos pesares,
Y si fueras mas dichoso
Me fueras menos amable.
De la triste Venezuela
Oye al pueblo cuál te aplaude,
Llamándote con ternura
Su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz dichosa:
Jamas la calumnia infame

Con hálito pestilente
De tu honor la luz empañe;
Entre tus hijos te vierta
Salud bálsamo suave,
Y amor te brinde risueño
Las caricias conyugales.

— Noviembre: 1819. —

A MI PADRE, ENCANECIDO EN LA FUERZA DE SU EDAD.

Es el sepulcro puerta de otro mundo:
Los sabios y los buenos
Así lo afirman, y de espanto llenos
Tiemblan los malos a su horror profundo.
Verdad sublime! oh padre! Bastaria
Tu virtud elocuente
A demostrarla, y a librar mi mente
De los tormentos de la duda impía.
Deja que vil calumnia se dispare,
Porque has obedecido,
El mandato del Dios que ha prometido
«Piedad y amor a quien piedad usare.»
Los pueblos te bendicen: ellos fueron
De tu virtud testigos,
Y cargan a tus torpes enemigos
La justa execracion que merecieron.
No tus canas fijó del tiempo el vuelo,
Sí noble desventura....
Contempla ese volcan! Su nieve pura
No prueba, dí, su inmediacion al cielo?

— 1820. —

CARACTER DE MI PADRE.

Integer vitæ, scelerisque purus
HOR.

Candorosa virtud meció su cuna,
Fióle Clio su pincel sagrado,
Su espada Temis. Contrastó indignado
Al sangriento poder y la fortuna.
Siempre fué libre. De su frente pura
El ceño augusto fatigó al tirano,
Cuya cobarde y vengativa mano
Vertió en su vida cáliz de amargura.
Humanidad fué su ídolo. Piadoso
Le hallaron el opreso y desvalido:
Fué hijo tierno, patriota esclarecido,
Buen amigo, buen padre, y buen esposo.
Hombres que de ser libres haceis gloria,
Él adoraba en vuesto altar augusto:
El polvo respetad de un hombre justo,
Y una lágrima dad a su memoria.

RENUNCIANDO A LA POESIA.

Fué un tiempo en que la dulce Poesía
El eco de mi voz hermoseaba,
Y amor, virtud y libertad cantaba
Entre los brazos de la amada mia.
Ella mi canto con placer oia,
Caricias y placer me prodigaba,
Y al puro beso que mi frente hollaba
Mui mas fogosa inspiracion seguia.

Vano recuerdo! En mi destierro triste
Me deja Apolo, y de mi mustia frente
Su sacro fuego y su esplendor retira.
Adios ¡oh musa! que mi gloria fuiste:
Adios, amiga de mi edad ardiente:
El insano dolor quebró mi lira.

— Boston: 1823. —

A ROMA ANTIGUA.

Envuelta en sangre y pavoroso estrago
Combate Roma con feroz anhelo:
Llena el mundo su nombre, sube al cielo,
Y las naciones tiemblan a su amago,
Su águila fiera por el aire vago
Hiende las nubes con ardiente vuelo,
Y apenas mira en el distante suelo
Las ruinas de Corinto y de Cartago.
Que la valió? Carbon, Mario implacable,
Y Sila vengador y Cesar fuerte
Huellan del orbe a la infeliz señora.
Y otros.... Oh, Roma, grande y miserable,
Que ansiando lauros y poder de muerte
No supo ser de sí reguladora!

—

A LOS GRIEGOS EN 1821.

Jamas puede un tirano
La cadena cargar al pueblo fuerte,
Que enfurecido se alza, lidia, triunfa
O sufre noble muerte.
¡Pueblos famosos de la antigua Grecia,
Vosotros lo decid! En el orgullo
De su inmenso poder jura Darío
A torpe servidumbre someteros,
O a la desolacion: estremecida
Yace la tierra, y en silencio yerto
Aguarda el yugo en estupor hundida.
Mas alza Atenas la sublime frente,
E impávida resiste
Al furibundo asolador torrente,
Que en su valor el ímpetu quebranta.
Campo inmortal de Maraton! Tú viste
De Milciades magnánimo la gloria;
Y luego en Salamina, y en Platea,
Temistocles, Aristides, Pausanias,
Triunfan, y en Grecia truena
De libertad el grito y de victoria.
Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo
Cargarte el musulman la vil cadena,
Que cuatro siglos míseros sufriste?
No el nombre de Leónidas oiste?
O el despotismo audaz ha devorado
Las pájinas de luz en que la historia
Consagra los recuerdos
De tu antigua virtud y de tu gloria?
Mirad cómo se acerca enfurecido
El segundo Mahomet, y precedido
Marcha de sangre y devorante fuego:
En vez de apercibirse a los combates,
Ved cuán pálido tiembla el débil griego!
Ignominia! Baldon! Su negro manto
Por Grecia desolada
Tiende la esclavitud, y el templo santo
Profana el musulman con sus furores.
Europa consternada se estremece
Cuando la media luna destructora
A Bizancio domina, y vencedora
Cual fúnebre cometa resplandece.
Dónde la Grecia fué? Dónde se oculta
De la brillante Atenas,
Y de la fiera Esparta, y de Corinto
El pasado esplendor? Miseria, sangre,
Y muda esclavitud presenta solo
Por cuatro siglos la moderna Grecia.
Sus vírjenes adornan el serrallo
De vil Bajá: la yerba solitaria
Crece en el panteon abandonado.
El viajero, en escombros reclinado,
En vano busca suspirando ahora
La patria de las ciencias y las artes,
De Roma y de la tierra la instructora.
Ai! todo pereció: su triste anhelo
Halla tan solo de la Grecia antigua
El aire puro y refuljente cielo.
Pero amanece del Destino el dia
Y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos,
Que há poco la olvidaban,
O en languidez imbecil suspiraban
Por el socorro infiel del estranjero.
Su jenio majestuoso,
El de Aristogiton y Harmodio fiero
Deja la tumba, su radiosa frente

En el cabo de Ténaro levanta,
Esclama «Libertad!» ardiendo en ira,
Esperanza y ardor al griego inspira,
Y al feroz Musulman yela y espanta.
Los númenes antiguos
Se ajitan bajo el mármol mutilado,
Que murmura confuso «Guerra! Guerra!»
Cual se oye por los senos de la tierra
Vagar trueno profundo y dilatado.
Ya vuelan por la Grecia estremecida
De «Libertad» y «Gloria» y de «Venganza,»
Furibundos clamores:
Levántanse oprimidos y opresores,
Y ruje la matanza.
Nobles griegos, valor! Que vuestros hijos
Hereden libertad! Con fuerte mano
La barbarie frenad de ese vil pueblo,
Crudo enemigo del linaje humano.
No invoqueis a los príncipes de Europa:
De su ambicion en el furor celoso,
Los esfuerzos de un pueblo jeneroso
Con ceño miran y rencor insano.
En un déspota o rei ven un hermano,
Y es déspota el Sultan.... Pero vosotros,
Armados de valor y alta constancia,
Sin ellos triunfareis. Cuando los padres
Al morir en el campo de batalla,
A sus hijos encargan
Sangrienta herencia de venganza y gloria,
Aunque la lucha prolongarse puede,
Segura es la victoria.
Mas ¿qué vago rumor hiere mi oido,
Cual sordo trueno en nube tempestuosa
Por los valles dilata su bramido?
Ved las sombras augustas de los héroes
Abandonar las tumbas do jemian
Su abandono fatal! Arma sus frentes
Profunda indignacion: brillan sus ojos
Bien como rayo en la tormenta umbría,
Y en sus diestras armadas
Resplandecen vibrando las espadas.
«Imitadnos, prorrumpen, o atrevidos
Nuestra gloria eclipsad! La liza abierta
Os llama a combatir. La tiranía
Por vuestros campos con aliento impuro
De fuego y sangre verterá un torrente;
Mas no olvideis que secará la fuente
A un diluvio de lágrimas futuro.
Cedereis? No! Jamas! Ventura, gloria
Y libertad os guarda la victoria,
Y la derrota esclavitud o muerte.
En vuestros jefes nuestro aliento fuerte
Invisibles pondremos,
Y a sus pasos do quier presidiremos.»
Y os inspiran, caudillos vengadores,
Que al griego conducis a los combates
De ardor sublime y esperanza lleno.
Magnánimo Ipsilanti!
Noble Cantacuceno!
Haced la independencia de la Grecia
Y haced su libertad. La Grecia libre
Supo arrostrar de Jérjes y Darío
El inmenso poder: la Grecia esclava
Al Musulman cedió... Leccion terrible
Que aprovechar debeis! Europa entera
Y de la noble América los hijos
Guirnaldas tejen de laurel y rosas
Que os adornen las frentes jenerosas.
Vuestro puro patriótico ardimiento
A nuestros nietos contará la historia,
Y en el augusto templo de la gloria
De Washington a par tendreis asiento.
Oh! No lo veis? De Grecia las montañas
Fuego desolador va recorriendo,
Y el Eurotas sonante y el Pamiso
Escuchan retumbar en sus orillas
De aspera lid el tormentoso estruendo.
El grito, «Libertad!» los aires llena
Y el Bósforo ajitado
Hasta Bizancio, «Libertad!» resuena.
Del sultan al mortífero decreto
Se lanzan los jenízaros.... Miradlos
Del griego vengador bajo la espada
Desparecer, como al furor del fuego
La yerba de los campos desecada.
Salamina repítese y Platea;
Mas ¿qué valen? oh Dios! ¿Nunca se agota
El torrente de bárbaros?... Oh! vedlo
Cuál se renueva sin cesar y corre
Como el flujo feroz del oceano,

Violento, asolador, irresistible!...
Oh ceguedad funesta, incomprensible
De matar y morir por un tirano!
Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa,
Cómo en vuestros oidos
No suenan los tremendos alaridos
Con que asordado el Bósforo retumba?
Oh! ¿ser podreis friamente espectadores
De la lucha de Grecia y sus horrores?
Esperais de ese pueblo jeneroso
El esterminio?... Refrenad la furia
Del Musulman fanático, y lanzadlo
A los desiertos de Ásia, donde viva
Sin matar ni oprimir. Aquesta guerra
Util, noble, sagrada,
Aceptarán con gozo las naciones;
Del mundo escitareis las bendiciones,
Y el culto de la Grecia libertada.
Ai! mis ojos, oh Grecia vengadora,
Tu gloria no verán! La muerte fiera
De mi edad en la dulce primavera,
Cual flor por el arado atropellada
Va a despeñarme en la rejion sombría,
Del sepulcro fatal. Oh lira mia!
Estos serán los últimos acentos
Que haga salir de tí mi débil mano.
Mas el hado no heló mi fantasía,
Y en sus alas veloces conducido
Vivo en el porvenir. Como un espectro,
Del sepulcro en el borde suspendido,
Dirijo al cielo mi postrero voto
Porque triunfes. ¡Oh Grecia! Ya te miro
Lanzar a los tiranos indignada,
Y a la alma libertad servir de templo,
Y al mundo escucho que feliz aplaude
Victoria tal y tan glorioso ejemplo.

A SILA.

Triunfante Sila, cuyo carro fiero
En las ruedas jiró de la fortuna,
La antigua libertad desde tu cuna
Fué tu divinidad, tu amor primero.
Pero la Roma vil en que viviste
No era ya la de Curcio y Cincinato
Y Fabricio y Scipion: su pueblo ingrato
Demandaba opresion, y se la diste.
De su antigua virtud sin el tesoro,
El senado magnífico de reyes
Que al orbe sometido impuso leyes
Prostituyó el poder, vendióse al oro.
Roma, victima inmensa de facciones
Capaz de esclavitud, no de obediencia,
Enmudeció temblando en tu presencia
A fuerza de furor y proscripciones.
No fuiste vil por opresor: en vano
Quisieras libertad: solo veias
Crímen y esclavos.—En tan negros dias
Yo hubiera sido como tú, tirano.
Con todo tu furor, romano fuiste,
Porque la alzaste al fin libre y señora,
Y con una sonrisa aterradora
«Mas que mortal diadema depusiste».
Si tu brazo feroz a Roma oprime,
La liberta tu esfuerzo jeneroso:
Tú no faltaste a tu valor glorioso,
Faltó tu siglo a tu virtud sublime.
Abdicaste el poder. Tu única gloria
Terror profundo en su grandeza inspira,
Y a los ojos del mundo que te admira
Aislado te alzas en la vasta historia.
Diste con tanta sangre a los romanos
Saludable leccion. Así tu nombre,
Que vivirá inmortal, tremendo asombre
A facciosos, cobardes, y tiranos.

A WASHINGTON.

Primero en paz y en guerra,
Primero en el afecto de tu Patria
Y en la veneracion del universo,
Viva imájen de Dios sobre la tierra,
Libertador, lejislador y justo,
Washington inmortal, oye benigno
El débil canto de tu gloria indigno
Con que voi a ensalzar tu nombre augusto.

¿Te pintaré indignado
A la voz de la Patria dolorida
Volar al arduo campo de la gloria,
Y como Marte en el Olimpo armado
A la suerte mandar y a la victoria?
Magnánimo apareces;
Ríndese Boston y respira libre.
Vanamente el tirano
Cuarenta mil esclavos lanza fiero
Para estirpar el nombre americano.
Tú, sin baldon, al número cediste,
Y acallando el espíritu guerrero,
A tu gloria la Patria preferiste.
Así del pueblo eterno los caudillos
Al vencedor Anibal contemplaron
Con inmutable frente,
Y la invasion rujiente
A la púnica playa rechazaron.
Mas luego, en noche de feliz memoria,
Del Delaware el vacilante hielo
Ofreció a tu valor y patrio celo
El camino del triunfo y de la gloria.
La soberbia británica humillada
Es por último en York, y su caudillo
Rinde a tus piés la poderosa espada.
El universo atónito saluda
A la triunfante América, y te adora
Mientras que la metrópoli sañuda
Tu gloria bella y su baldon devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
De libertad la espada en tu alta mano,
El poder soberano
Como insufrible carga depusiste.
Alzado a la primer majistratura,
De tu patria la suerte coronaste,
Y en cimientos eternos afirmaste
La paz, la libertad sublime y pura.
De años y gloria y de virtud cargado,
Con mano vencedora
Rejir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te asentaste
De la fama en el templo,
Y a la virtud con inmortal ejemplo
La fé del universo conservaste.
Cuando en noble retiro,
De oro y de crimen y ambicion ajeno,
Tu espléndida carrera coronabas,
En este bello asilo respirabas
Pobre, modesto, y entre libres libre.
¡Oh! Potomac! del orgulloso Tibre
No envidies, no, la delincuente gloria,
Que no recuerda un héroe como el tuyo
Del orbe todo la sangrienta historia.
Por la Francia feroz amenazada
Vuelve a la Patria del peligro el dia,
Y en unánime voto al heroe fia
De libertad y América la espada.
Los rayos de la gloria
Vuelven a ornar su venerable frente...
Mas ¡ai! despareció, volando al cielo,
Como de nubes en brillante velo
Hunde el sol su cabeza en occidente.
Oh Washington! Protejen tu sepulcro
Las copas de los árboles ancianos
Que plantaron tus manos,
Y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira,
El que tú respirabas,
Paz y santa virtud al pecho inspira.
En la tumba modesta,
Que guarda tus cenizas por tesoro,
Ni luce el mármol ni centella el oro,
Ni entallado laurel ni palmas veo.
Para qué, si es un mundo
A tu gloria inmortal digno trofeo?
Con estupor profundo
Por tu jenio creador lo miro alzado
Hasta la cumbre de moral grandeza;
Potente y con virtud, libre y tranquilo,
Esclavo de las leyes,
Del universo asilo,
Asombro de naciones y de reyes.

—Mount-Vernon.—1824.—

A NAPOLEON.[1]

Conjunto incomprensible y asombroso
De oscuridad y luz, de nada y gloria;
Astro a par ominoso
A libertad y reyes, elevado
Por una tempestad a tal altura,
Por otra tempestad de ella lanzado,
Que solo has igualado
Con tu desgracia inmensa tu ventura.
¡Divinidad mortal! Bajo tu planta
Su alta cumbre los Alpes inclinando,
Un camino triunfal te preparaban.
Tu señal aguardaban
Los elementos, mientras disipando
Las tempestades de lluviosa noche,
Para alumbrar tus fiestas,
El sol desde su carro te anunciaba.
Europa te miraba
Con un horror profundo;
Y de tu voz fatídica el acento,
De tus ojos bastaba un movimiento
A conmover al mundo.
Tu soplo animador del caos sacaba
Las olvidadas leyes.
A los vastos despojos de los reyes
Tu imájen insultaba
Sobre mil y mil bronces, que cautivos
Al orbe tus hazañas referian.
A tu querer los cultos renacian,
De su fraternidad ya se pasmaban,
De los altares que juntos humeaban
Por tí sus oraciones confundian.
«Conserva ¡oh Dios! decian,
Al héroe del Tabor: dale victoria!
Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tibre,»
Por qué añadir entonces no pudieron
Para colmar tu gloria:
«Conserva ¡oh Dios; al rei de un pueblo libre!»
Si quisieras reinaras todavía.
Hijo de libertad, la destronaste:
Su esterminio juraste
En tu soberbia impia.
Mas la tumba que se abre
A la diosa inmortal, tarde o temprano
Hiela en su sombra fria
El necio orgullo del mayor tirano.
En tu ambicion furiosa
Fé, justicia o derechos respetaste?
En vano ya te fuera
La España jenerosa
De gloria y de peligros compañera.
Esclava la anhelaste;
Mas no quisiste unir otra diadema
A tu doble corona, y en su trono
Un simulacro tuyo colocaste.
Mas no: sus sacerdotes y guerreros
A la lid mutuamente se escitaron.
Supersticiosos, fieros,
Los pueblos al clamor se levantaron.
Presajio pavoroso! Las campanas
Por invisible mano sacudidas,
«Alarma» resonaban.
Las estátuas antiguas retemblaban,
Y llanto se veia
En sus ojos inmóviles: la sangre
Del salvador divino de la tierra
En sus yertas imájenes corria.
Por la noche los muertos vagueaban,
Y los fúnebres gritos, «Guerra! Guerra!»
Do quiera los sepulcros exhalaban.
Una noche... Atended! Era la hora
En que los sueños lúgubres anuncian
Del sepulcro sombroso
La triste voz; en que el segundo Bruto
Vió a su jenio enlutado

[1] Este poema es traduccion libre de la última de las tres «Messeniennes nouvelles,» publicadas ha pocos meses por Mr. C. Delavigne. Emprendí la version con el solo objeto de distraer algunos ratos de tedio y tristeza. Me encontré con ella concluida, y la agrego aquí esperando que la novedad y nobleza de los pensamientos dé a otros el mismo placer que a mí. (El A.: edicion de N. York, 1825.)

Alzarse en el horror de las tinieblas;
En que el feroz Ricardo, atormentado
Por sueño sin reposo,
Los manes vió de su familia entera
Maldecirle y gritar: «Aquesta, impío,
Es tu noche postrera!»
Solo, en silencio Napoleon velaba;
La fatiga inclinaba
Su frente poderosa
Sobre la carta inmóvil, que sus ojos
Solo confusamente
Miraban: tres guerreras, tres hermanas,
A su vista se ponen de repente.
Pobre y sin atavios la primera,
Una virjen romana parecia,
Morena al brillo de abrasado cielo.
Su alta frente ceñia
Simple ramo de encina: se apoyaba
En un roto estandarte, y recordaba
Un dia sublime de inmortal memoria.
Brillaban tres colores
En sus jirones al frances sagrados,
Del humo ennegrecidos, destrozados,
Pero por la victoria.
«Te conocí soldado:
Salud! hete ya rei, ella dijera:
De Marengo la espléndida jornada
En tus fastos de gloria
Despues que yo se encuentra colocada.
Soi su hermana mayor; la que en Arcola
Protejí tu carrera,
Dictándote la voz airada, fuerte,
Que el valor de los tuyos reanimara,
Cuando tan grande te miró la muerte,
Que en medio a rayos mil te respetara.»
«Trocaste en cetro de hierro
Mi bandera profanada.
Tiembla! Tu estrella eclipsada
Palidecer miro yo.
La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
Adios, tu reinado espira
Y ya tu gloria pasó.»
Sobre su frente la segunda unia
A la brillante palma del desierto
Los tesoros que encierra Alejandria.
El fuego con que el sol a Ejipto inunda
Sus ojos encendia.
En los hijos dé Omar ensangrentada
Ostentaba su mano por trofeo
De Julio Cesar la terrible espada,
Y el ilustre compas de Tolomeo.
«Te conocí de Francia desterrado
Salud! hete ya rei; ella dijera.
Del famoso Tabor la gran jornada
En tus fastos de gloria
Despues que yo se encuentra colocada.
Soi su hermana mayor; te debo el nombre
Que al pié de las Pirámides obtuve.
¡Nombre inmortal! Del Nilo en las orillas
Ví los turbantes de Ismael hollados
Por tus caballos rápidos. Las artes
A sus hijos preciados
Allí bajo tu ejida colocaban,
Cuando al polvo de Menfis y de Tebas
Sus misterios augustos preguntaban.
Si te estraviaste entonces
En tu glorioso vuelo,
Fué cuál águila noble que fijando
La vista al sol, y tras la luz volando,
En los desiertos piérdese del cielo».
Bajo tu cetro de hierro
La quisiste ver ahogada.
Tiembla! tu estrella eclipsada
Palidecer miro yo.
La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
Adios! Tu reinado espira
Y ya tu gloria pasó».
La postrera... ¡Oh piedad! sus manos bellas
Cadenas oprimian. Con los ojos
Clavados en la tierra, do sus pasos
Dejaban ¡ai! ensangrentadas huellas,
Se acercaba temblando,
Perece, no se rinde! murmurando.
Lejos de ella la pompa, y los tesoros
Con que feliz victoria se atavía!
Pero cipreses bellos cual laureles,
Su noble frente coronaban fieles,
Como guirnalda fúnebre y sombría.
No me conocerás hasta la hora
Que dejes de reinar: escucha y tiembla!
Ninguna otra jornada
Se ha de ver en tus fastos colocada
En pos de mí. Tampoco

Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
Seré a la tierra de valor y pena.
Libertaré a los reyes oprimidos,
A los pueblos pasando su cadena.
Los siglos dudarán al ver tu historia,
Si tus soldados fuertes,
De tanta y tanta hazaña escombros vivos,
Compañeros antiguos de tu gloria,
Mas grandes parecieron
En un dia solo que reves sufrieron,
Que en veinte años de dicha y de victoria».
«Yo al fin echaré del cielo
Tu estrella triste, eclipsada,
Y quebraré con tu espada
Tu cetro férreo y atroz.
La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira:
Tiembla! tu reinado espira
Y ya tu gloria pasó».
Dijo: las tres al cielo
Encaminaban ya su raudo vuelo,
Y aun el guerrero atónito escuchaba
El fatídico acento, que pesaba
Sobre su alma oprimida.
Mas al redoble del tambor guerrero
Se disipó su imájen importuna,
Cual la pálida lumbre de la luna
Del sol ardiente al esplendor primero.
Creyendo haber domado
Los hijos fieros de Pelayo fuerte,
Sube otra vez al carro vagabundo
En que llevar pensaba por el mundo
La esclavitud y muerte.
De un salto pasa por su vasto imperio.
Sus fogosos caballos, anhelantes,
Que se desfallecian
Bajo el cielo del Sur, fiero, abrasado
Para refrijerarse ya bebian
Del Beresina helado.
Fiado en estrella infiel se adormecia,
Por lisonjeros viles fascinado,
Y cuando ya caia,
De la tierra el imperio meditaba.
Abrió los ojos al fragor del rayo,
Y, donde se encontró? Sobre una roca
Do a todos los monarcas inquietaba
Con su vida importuna.
Mas presente do quier se le miraba,
Grande cual su desgracia, destronado,
Pero inmutable, alzado
En los escombros ¡ai! de su fortuna.
Quedó Europa vacía
Y cubierta de luto la victoria.
Así de falta en falta,
De tormenta en tormenta,
Vino a morir sobre el escollo estéril
Do naufragó su gloria.
En torno de su tumba murmurando
El mar su pena ostenta.
Te recibió un peñasco
Sin corona y sin vida
Cuando antes contenerte no pudiera
Un imperio vastísimo. A la tumba
Contigo descendieron
Tu imperial porvenir, tu dinastía.
De tarde en ella el pescador reposa,
Y sus pesadas redes levantando,
Se aleja lentamente, cavilando
En su trabajo del siguiente dia.

A NAPOLEON.

Sin rei ni leyes, Francia desolada
De anárquico furor cayó en la hoguera:
Salvóla Bonaparte: lisonjera
La gloria en cetro convirtió su espada.
Tembló a su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa;
En Moscou, en Madrid su águila fiera
En Roma y Viena y en Berlin vió alzada.
¡Cómo cayó! vencido, abandonado
En un peñasco silencioso espira,
Dando ejemplo a los déspotas terrible.
Al contemplar su fin desventurado,
Clama la historia, que su jenio admira:
«No hai opresor por fuerte irresistible».

MEDITACION MATUTINA.

Pasé la noche tranquila
En el sueño sepultado,
Y por la luz despertado
Saludo al sereno albor.
Como si naciese ahora
Siento y gozo la existencia:
Mi alma cobra su potencia
Y a tí se eleva, Señor!

Tu mano sabia me guie
Por el arduo laberinto
En cuyo triste recinto,
Vagará mi incierto pié.
Y protéjame tu escudo
Del crimen y sus furores
De los peligros y errores
Que débil arrostraré.

Presto cerrará mis ojos
Otro sueño mas profundo;
Noche mas larga, del mundo
El cuadro me velará.
Pero siempre mi flaqueza
Sostendrá tu mano fuerte,
Y aun mas allá de la muerte
Piadosa me salvará.

Este sueño misterioso
Debe terminar un dia,
Y esa tiniebla sombría
Disipará tu esplendor.
Me inundará luz eterna,
Rasgado el fúnebre velo,
Y las delicias del cielo
Me dará tu inmenso amor.

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO.

Al brillar la razon en su alma pura,
Miró los males del doliente suelo:
Jimió, y los ojos revolviendo al cielo,
Voló buscando perenal ventura.

EL CONSUELO.

Ai! ¿por qué adorada mia,
Cuando la noche agradable
Nos convida a ser dichosos,
Jimes triste y anhelante?
Están ajadas y mustias
Las rosas de tu semblante
Y en desórden tempestuoso
Tu seno trémulo late.
En vano con tu sonrisa
Te esfuerzas; ai! a halagarme....
Triste y amarga sonrisa
Que no puede fascinarme!
¡Yo estar contento y tranquilo
Cuando padece mi amante...!
Yo fuera si lo estuviese
El mas vil de los mortales.

¡Oh mujer idolatrada!
Conmigo tus penas parte,
Y llorarás en mi seno,
Y el llanto sabrá aliviarte.
De esta luna silenciosa
A la luz grata y suave,
Al susurro de las hojas
Que leve el céfiro bate,
Tambien de melancolía
Siento mi pecho llenarse,
Y la voz oir me parece
De mi malogrado padre.
Un año há que frio sepulcro
Me cavaban los pesares,
Y mi juventud robusta
Cual flor sentí marchitarse.

Fatigado de la vida,
Viendo la huesa delante,
Quise cortar mis dolores
Y en ella precipitarme.
Ai! si hubiera ejecutado
Mis proyectos criminales,
Ni gozara de tu vista,
Ni de tu amor inefable.
Ánjel de paz! Dios piadoso
Te destinó a consolarme....
El hacerme tan dichoso
A tu dicha no es bastante?

Deja adorada que el tiempo
La rejion impenetrable
Del porvenir nos descubra
Y no angustiosa te afanes.
De la tórtola no escuchas
El arrullo lamentable
Que en noche tan clara y pura
Dulce resuena en los aires?
Él manda amor: ven querida
Y entre mis brazos amantes
Olvida, como yo olvido
Los cuidados y pesares.

—1822.—

RECUERDOS.

Salve asilo solitario
De mis amores testigo,
Cuando en tu techo conmigo
La triste Laura vivió.
Ai! esta jóven, objeto
De mi dolor y ternura,
Descansa en la sepultura
Que sus gracias devoró.
En esta calle sombrosa
A mi lado paseaba,
Y con delicia pensaba
Que nos ibamos a unir.
Con ceguedad la infelice
Condenada por la suerte,
Ya en los brazos de la muerte
Me hablaba de porvenir.
Una lánguida sonrisa
Vagaba por su semblante,
Y disipaba un instante
Su profunda palidez.
Y yo triste, desolado,
Viendo con terror su calma,
En el fondo de mi alma
Lloraba ya mi viudez....

....Mas entre los matorrales,
Del alto bosque en la orilla
Resuena la campanilla?....
¡Oh recuerdo de dolor!
Es la cabra, que mui tarde
A su seno desecado
Un bálsamo regalado
En su leche prodigó.
Guárdala, cabra querida,
De toda estranjera mano:
Un dia, tal vez cercano,
De ti necesitaré.
Marchito siento inclinarse
La flor de mi vida triste:
El favor que a Laura hiciste
Lánguido te pediré.
Pero ya baja la noche,
Y su tenebroso velo
Envuelve la tierra y cielo
En silencio y en horror.
En la oscuridad profunda
Aun la casa ver quisiera
Donde ya nadie me espera,
Donde no habita mi amor.

LA FLOR.

Flor solitaria y modesta
Que del valle fuiste honor,
Tus restos vagan marchitos
Al soplo del aquilon.

Igual suerte nos oprime,
Cedemos al mismo Dios;
Una hoja te quita el viento,
Y un placer me dice, adios.

Ayer la bella pastora
Viendo tu fresco verdor,
Que su hermosura realzaras
Envanecida esperó.
Mas ¡ai! sobre el mustio tallo
Te inclinaste con dolor,
Y su amante cuidadoso
Encontrarte no logró.
A su vuelta suspiraba:
No te aflijas ¡oh pastor!
Aun vive tu fiel amante,
Solo perdiste la flor.
Mísero! mi dulce amiga
Como una sombra pasó,
Y la dicha de mi vida
Cual sueño se disipó.
Bella fué, jóven y amable:
Su brillo se marchitó,
Y tres veces en su tumba
La yerba reverdeció.
Ai! escuchar imajino
Su dulce arjentada voz,
Y que me dice: «Te aguardo;
Olvidastes ya mi amor?»

A ELPINO.

Feliz, Elpino, el que jamas conoce
Otro cielo ni sol que el de su Patria!
Ai! ¡si ventura tal contar pudiera!
Tú empero, partes, y a la dulce Patria
Tornas.... ¡Dado me fuera
Tus pisadas seguir! ¡oh, cuán gozoso
Tu triste amigo oyera
El ronco son con que la herida playa
Al terrible azotar del oceano
Responde largamente! sí, la vista
De sus ondas fierísimas, hirviendo
Bajo huracan feroz, en mi alma vierte
Sublime inspiracion, y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo
Al vórtice rujente me lanzara.
Oh! cómo palpitante saludara
Las dulces costas de la patria mia,
Al ver pintada su distante sombra
En el tranquilo mar del mediodia!
Al fin llegado al anchuroso puerto,
Volando a mi querida,
Al ajitado pecho la estrechara,
Y a su boca feliz mi boca unida,
Las pasadas angustias olvidara!
Mas, a donde me arrastra mi delirio?
Partes, Elpino, partes y tu ausencia
De mi alma triste acrecerá el martirio.
¿Con quién ¡ai Dios! ahora
Hablaré de mi patria y mis amores,
Y aliviaré jimiendo mis dolores?
El bárbaro destino
Del Tezcuco en las márjenes ingratas
Me encadenó tal vez hasta la muerte.
Hermoso cielo de mi hermosa patria,
¿No tornaré ya a verte?....
Adios, amigo: en venturoso puerto
A mi amante verás... Elpino, díla
Que el infeliz Fileno
Le amará hasta morir.... Díla cuál jimo
Lejos de su beldad, y cuantas veces
Regó mi llanto sus memorias caras.
Cuéntale de mi frente ya marchita,
La palidez mortal... Adios, Elpino:
Adios, y sé feliz! Vuelve a la Patria,
Y cuando tu familia y tus amigos
Caricias te prodiguen, no perturbe
Tu cumplida ventura
De Fileno doliente la memoria
Mas luego no me olvides, y piadoso
Cuando recuerdes la tristeza mia,
Un suspiro de amor de allá me envia.

—1819.—

EN MI CUMPLEAÑOS.

Gustavi paululum mellis et
ecce morior. (I. REG. XIV. 43)

Volaron ¡ai! del tiempo arrebatados
Ya diez y nueve abriles desde el dia
Que me viera nacer, y en pos volaron
Mi niñez, la delicia y el tormento
De un amor infeliz....
Con mi inocencia
Fui venturoso hasta el fatal momento
En que mis labios trémulos probaron
El beso del amor... ¡Beso de muerte!
¡Oríjen de mi mal y llanto eterno!
Mi corazon entonces inflamaron
Del amor los furores y delicias,
Y el terrible huracan de las pasiones
Mudó en infierno mi inocente pecho,
Antes morada de la paz y el gozo.
Aquí empezó la bárbara cadena
De zozobra, inquietudes, amargura
Y dolor inmortal, a que la suerte
Me ató despues con inclemente mano.
Cinco años há que entre tormentos vivo,
Cinco años há que por do quier la arrastro,
Sin que me haya lucido un solo dia
De ventura y de paz. Breves instantes
De pérfido placer, no han compensado
El tedio y amargura que rebosa
Mi triste corazon, a la manera
Que la luz pasajera
Del relámpago raudo no disipa
El horror de la noche tempestuosa.
El insano dolor nubla mi frente,
Do el sereno candor lucir se via
Y a mis amigos plácidos reia;
Marchitando mi faz, en que inocente
Brillaba la espresion que amor inspira
Al rostro juvenil... Cuán venturoso
Fui yo entonces ¡oh Dios! Pero la suerte
Bárbara me alejó de mi adorada.
Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!
¡Oh beso del amor! su faz divina
Miré por el dolor desfigurada.
Díjome ¡adios! Sus ayes
Sonaron por el viento,
Y adios le dije en furibundo acento.
En Anahuac mi fúnebre destino
Guardábame otro golpe mas severo:
Mi padre ¡oh Dios! mi padre, el mas virtuoso
De los mortales.... Ai! la tumba helada
En su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo!
Yo vi su frente pálida, nublada
Por la muerte fatal... ¡Oh! cuán furioso
Maldije mi existencia,
Y osé acusar de Dios la providencia.
De mi adorada en los amantes brazos
Buscando a mi dolor dulce consuelo,
Quise alejarme del funesto cielo
Donde perdí a mi padre. Moribundo
Del Anahuac volé por las llanuras,
Y el mar atravesé. Tras él pensaba
Haber dejado el dardo venenoso
Que mi doliente pecho desgarraba;
Mas de mi patria saludé las costas,
Y su arena pisé, y en aquel punto
Le sentí mas furioso y ensañado
Dentro mi corazon. Hallé perfidia
Y maldad y dolor....
Desesperado
De fatal desengaño en los furores
Ansié la muerte, detesté la vida:
Qué es ¡ai! la vida sin virtud ni amores?
Solo, insociable, lúgubre y sombrío,
Como el pájaro triste de la noche,
Por doce lunas el delirio mio
Jimiendo fomenté. Dulce esperanza
Vislumbróme despues: nuevos amores,
Nueva inquietud y afan se me siguieron.
Otra hermosura me halagó engañosa,
Y otra perfidia vil... ¿Querrá la suerte
Que haya de ser mi pecho candoroso
Víctima de doblez hasta la muerte?
Mísero yo! y he de vivir por siempre
Ardiendo en mil deseos insensatos,
O en tedio insoportable sumerjido?
Un lustro há que encendido

Busco ventura y paz, y siempre en vano.
Ni en el augusto horror del bosque umbrío,
Ni entre las fiestas y pomposos bailes
Que a loca juventud llenan de gozo,
Ni en el silencio de la calma noche
Al esplendor de la callada luna,
Ni entre el mujir tremendo y estruendoso
De las ondas del mar hallarlas pude.
En las fértiles vegas de mi patria
Ansioso me espacié. Salvé el Oceano,
Trepé los montes que de fuego llenos
Brillan de eterna nieve coronados,
Sin que sintiese lleno este vacío
Dentro del corazon. Amor tan solo
Me lo puede llenar, él solo puede
Curar los males que me causa impío.
Siempre los corazones mas ardientes
Melancólicos son: en largo ensueño
Consigo arrastran el delirio vano
E impotencia cruel de ser dichosos.
El sol terrible de mi ardiente patria
Ha derramado en mi alma borrascosa
Su fuego abrasador. asi me ajito
En inquietud amarga y dolorosa.
En vano, ardiendo, con aguda espuela,
Al jeneroso, volador caballo,
Por llanuras anchísimas lanzaba,
Y su estension inmensa devoraba,
Por librarme de mí: tan solo al lado
De una mujer amada, y que me amaba
Disfruté alguna paz. Lola divina,
El celeste candor de tu alma pura
Con tu tierna piedad templó mis penas,
Me hizo grato el dolor... Ah! vive y goza;
Sé de Cuba la gloria y la delicia;
Pero a mí ¿qué me resta, desdichado,
Sino solo morir?...
Do quier que miro
El fortunado amor de dos amantes,
Sus dulces juegos e inocente risa,
La vista aparto, y en feroz envidia
Arde mi corazon. En otro tiempo
Anhelaba lograr infatigable
De Minerva la espléndida corona:
Ya no la precio: «amor» «amor» tan solo
Suspiro sin cesar, y congojado
Mi corazon se oprime... Cruel estado,
De un corazon ardiente sin amores!
Ai! ni mi lira fiel que en otros dias
Mitigaba el rigor de mis dolores,
Me puede consolar. En otro tiempo
Yo con ájiles dedos la pulsaba,
Y dulzura y placer en mí sentia,
Y dulzura y placer ella sonaba.
En pesares y tedio sumerjido
Hoi la recorro en vano,
Y solo vuelve a mi anhelar insano:
«Voz de dolor y canto de jemido». [1]

—22 de Diciembre de 1822.—

LA LAGRIMA DE PIEDAD.

¡Cómo exalta y diviniza
El rostro de la hermosura,
La espresion celeste y pura
De la sensibilidad!
¡Cuán estático, mi amiga,
Tu semblante contemplaba,
Cuando en tus ojos temblaba
La lágrima de piedad!
Grata es la luz apacible
Que occidente nos envia,
Cuando al espirante dia
Sepulta la eternidad.
Del crepúsculo es la hora
Grata al alma pensativa;
Pero mui mas la cautiva
La lágrima de piedad.
Ved a la vírjen amable
Cuánto mas bella se ostenta
Si al pobre anciano alimenta
Con modesta caridad.
¡Y lo niega ruborosa!
Es un ánjel, o una bella?....
Ved!... en sus ojos centella

1 Primer verso de la oda de Herrera a la muerte del Rei D. Sebastian.

La lágrima de piedad.
El delicioso rocío
Que vierte nocturno cielo
Llanto es, y al árido suelo
Torna frescura y beldad.
Cuajado sobre las flores
¡Cómo en la luz resplandece!
Pero su brillo oscurece
La lágrima de piedad.
Cuánto es horrible la vida
Al que ama desesperado!
Cómo del objeto amado
Le atormenta la beldad!
Una lágrima!... Bendigo
Todo el rigor de mi suerte.
¿Es el amor quien la vierte,
O es lágrima de piedad?
Oh! mi bien ¡ai!... No te ofenda
El escuchar que te adoro:
Nos divide, no lo ignoro
Tirana desigualdad.
Nada exijo.—¿Por ventura
Deberás negar impía,
A la triste pasion mia
Lágrimas ¡ai! de piedad?

—

LOS SEPULCROS.

DEDICADO A DON MANUEL ROBUEDO.

De lánguidos cipreses a la sombra,
Y en urnas que el amor baña con llanto,
¿Es mas plácido el sueño de las tumbas?
Cuando el sol a mis ojos estinguidos
No resplandezca ya, ni a mis oidos
Llegue la dulce voz de la harmonía,
Ni el tierno amor mi corazon inflame,
Ni el halagüeño porvenir me ria,
¿Podrá darme consuelo yerta losa,
Que distinga mis huesos de otros tantos
Que en la tierra y el mar siembra la muerte?
No, querido Manuel; aun la esperanza,
Diosa final, de los sepulcros huye;
El pavoroso indiferente olvido
Lo envuelve todo en su profunda noche;
Y el hombre, los sepulcros y ruinas
De tierra y cielo, en insondable abismo
Sepulta el tiempo con helada mano.
Mas ¿para qué los míseros mortales,
Al tiempo anticipándose, destruyen
La piadosa ilusion que en los umbrales
De la huesa fatal detiene al muerto?
¿Aun no vive en la tumba, cuando puede
Tras sí dejar recuerdos cariñosos
O de útil gloria noble monumento?
Esta de afectos comunion divina
Es un celeste don a los humanos:
Por ella con los muertos aun vivimos,
Y con nosotros ellos. Sus reliquias
De la inclemencia y del profano vulgo
Defiende la piedad. El caro nombre
Conserva el mármol o la piedra humilde,
A árboles odoríferos, floridos
Con blanda sombra las cenizas bañan.
Solo quien al amor negó su pecho
Se concentra en la tumba. Su alma triste
Se precipita al tormentoso Averno,
O bien se acoje a las inmensas alas
De la clemencia celestial. Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga;
Que sobre las reliquias de los muertos
Jamas brotaron apacibles flores,
Si no las riega del afecto el llanto.
Do quier que sociedad juntó a los hombres,
Contra los elementos y las fieras
Guardaron los cadáveres. Las tumbas
Garantizaban los remotos pactos,
Eran aras tambien, y fué temido
Sobre el paterno polvo el juramento.
Los cedros, los cipreses y los sauces,
Llenando el aire con efluvios puros,
Sombra perenne y plácida tendian
Sobre las urnas. Los amigos fieles
Una centella al sol arrebataban
Para alumbrar la subterránea noche
Que en sepulcrales bóvedas reinaba,

Porque siempre los ojos moribundos
Buscan al sol, y el último suspiro
A la nublada luz todos exhalan.
De agua lustral murmurádoras fuentes
Violetas y amarantos producian,
Y los hijos, las madres, las esposas,
Al obsequiar las adoradas tumbas
Con láctea libacion, en la fragancia
Eliseo aroma respirar creian.
Las urnas de los sabios y los fuertes
Patriótico valor, virtud respiran.
De Maraton las coronadas tumbas
Los magnánimos pechos inflamaron
A los héroes de Grecia, y la semilla
De un bosque de laureles jerminaron.
Al contemplar de Washington divino
El modesto sepulcro, nos llenamos,
De amor de Patria y Libertad, y osamos
Luchar con los tiranos y el destino.

—

MEDITACION EN EL TEOCALI DE CHOLULA. [1]

(FRAGMENTOS DESCRIPTIVOS DE UN POEMA MEJICANO.)

Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los Aztecas [2] valientes. En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hai desde el polo al ecuador. Sus llanos
Cubren a par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al arbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaczihual [3] purísimo, Orizaba [4]
Y Popocatepetl; [5] sin que el invierno
Toque jamas con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura lijera
Y oro teñirse reflejando el brillo
Del sol en occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vió a naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida......
Era la tarde: su lijera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre la yerba y árboles dormia,
Mientras el ancho sol su disco hundia
Detras de Iztaczihual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él: un arco inmenso
Que del Empireo en el cenit finaba,
Como espléndido pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibia
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el desierto cielo se veian.
¡Crepúsculo feliz! Hora mas bella
Que la alma noche o el brillante dia,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mia!
Hallábame sentado en la famosa
Cholulteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacia,
Los ojos a espaciarse convidaba.
Qué silencio! qué paz! Oh! ¿quién diria
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresion, y que esta tierra
Brota mieses tan ricas abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada

1 *Teocalli*, llamaban los mejicanos antiguos a sus templos, por sus jigantescas dimensiones. El de *Cholula* está sobre una pirámide que llaman en el pais el «monte hecho a mano,» y se cree construida por los Tolteques.

2 *Aztecas ó Azteques*, son los verdaderos mejicanos y los últimos pobladores del Anahuac, donde se establecieron por los años 1160 de la era vulgar.

3 *La mujer blanca*, montaña de la sierra nevada de Méjico, cuya altura sobre el nivel del mar es de 4786 metros.

4 Montaña de Méjico elevada 2595 metros sobre el nivel del mar.

5 Volcan de Méjico, cuya altura, segun Humboldt, escede en 716 varas a las mas elevadas cumbres del antiguo continente.

Por la supersticion y por la guerra?....
Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y mas oscuro
Se fué tornando; la movible sombra
De las nubes serenas que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano:
Iztaczihual purísimo volvia
Del arjentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el oriente,
Bien como puntas de oro, centelleaban
Mil estrellas y mil... Oh! yo os saludo,
Fuentes de luz que de la noche umbría
Iluminais el velo,
Y sois del firmamento poesía!
Al paso que la luna declinaba
Y al ocaso fuljente descendia,
Con lentitud la sombra se estendia
Del Popocatepetl, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
A mí llegó, cubrióme y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.
Volví los ojos al volcan sublime
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De occidente en el cielo.
Jigante del Anahuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir a tus piés, que combatian
Cual ora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creian,
Fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
Y tú, eterno serás? Tal vez un dia
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruina
El yermo Anahuac; alzaránse en ella
Nuevas jeneraciones, y orgullosos
Que fuiste negarán....
Todo perece
Por lei universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué......
En tal contemplacion embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes Aztecas desplegóse
A mis ojos atónitos. Veia
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos, levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesion, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundia,
Y ni mirar a su Señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.
Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,
Su vil supersticion y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí que la muerte, universal señora,
Hiriendo a par al déspota y esclavo
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió a la supersticion mas inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazon sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo,
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor. . . . .

—1820.—

LA INMORTALIDAD.

Non omnis moriar.
(HOR.)

¡Oh Dios, cuya inefable providencia
Abarca la creacion y la dirije,
Y cuyo ardiente espíritu la inflama,
Y estiende aun mas allá su noble imperio,
Tú de la eternidad señor augusto
Oye mi humilde voz! Llene mi canto
La celestial inspiracion, y pueda
Con enérjico tono irresistible
Revelar a los hombres el tesoro
De la inmortalidad. Glorioso tema
De infinita importancia, y mui mas grato
Al que te ama mejor y mas te adora.
Naturaleza, tu hija misteriosa,
De tí inmutable mutacion eterna
Recibiera por don, y al hombre instruye
Con oráculo mudo y elocuente.
Ella en revolucion perpetua jira:
Todo cambia sin fin, nada perece.
Sigue la noche al refuljente dia,
Y a noche oscura nuevo sol: los astros
Salen, se ponen y a mostrarse vuelven,
Y la tierra tambien a ejemplo suyo
Aspecto muda y formas. El verano
De verdura brillante revestido
Y coronado con risueñas flores,
Cede al otoño pálido. El invierno
Sigue despues de hielos erizado
Al dulce otoño, y a sus aureos frutos
Hace desparecer, y reina impío,
Hasta que la florida primavera,
Con aliento jenial y delicioso,
Templa sus iras y restaura al mundo.
Cuanto vejeta y vive se marchita
Para reflorecer, y cual en rueda
Que jira con violencia, todo baja
Para subir. ¡Emblema fiel del hombre
Que se altera, se oculta y no perece!
Naturaleza en circulo constante
Por siempre jira, mas el hombre vuela
En línea inmensurable. Su alma sube
Trémula, ardiente, cual etérea llama:
La humilde fé y el celo fervoroso
Sus alas son para subir al cielo.
El mundo material en varias formas
Muere y revive, y en perenne jiro
Lo tienen y tendrán la vida y muerte;
Pues ni siquiera un átomo invisible,
Que una vez existió vuelve a la nada,
Imprevision mostrando en el Eterno
Si la materia es inmortal, ¿acaso
La esencia inmaterial, el alma pura,
El pensamiento, la razon, podrian
En el inerte polvo aniquilarse?
¿Pudiera la sustancia mas impura
A la mas noble preferir? y el hombre
Para quien todo muere y resucita,
Será el único ser que para siempre
Se abisma en el sepulcro tenebroso?
Será él solo sembrado en suelo estéril,
Menos feliz que el grano y la semilla
Por Dios a su alimento destinados?
El solo y noble ser a quien el cielo
Atribuyó la facultad sublime
De amar la vida y de temer la muerte,
¿A irrevocable fin fué destinado
Por severo capricho de la suerte?
Si de natura el orden perdurable
Favorece mi tema, en voz mas alta
Su gradacion universal depone.
Mirad los grados de su inmensa escala
En que un ser intermedio siempre liga
Al superior y al inferior. Inerte
La materia tal vez, dormida aguarda
Celeste aliento que la inspire vida.

El vejetal combina misterioso
La muerte y la existencia: luego un bruto
Existe y siente, y otro mas felice
Un leve rayo a la razon usurpa,
Que con pleno fulgor brilla en el hombre.
Pero ¿cómo se alarga la cadena
Hasta los reinos de incorporea vida,
Que escluyen el dominio de la muerte?
Su postrero eslabon es el humano
Que une el visible al invisible mundo,
Medio mortal, medio inmortal, etéreo
Por la razon, terrestre en los sentidos,
Las bestias a los ánjeles enlaza.
Así natura por do quier publica
De la inmortalidad el dogma santo;
¿Y el incrédulo sordo a sus clamores,
Osa aun desmentir su testimonio
Por no violar su alianza con la muerte,
Y a la razon frenético renuncia,
Por no apartarse de su polvo amado,
Y no esponerse a conquistar el cielo?
Mísera ceguedad! ¡Atroz insulto
A la sublime dignidad del hombre!
Pero el sabio feliz, iluminado
Por la luz de la fé con noble tono,
Ajeno de temor dice a la muerte:
«Cúmplase en mí la voluntad divina,
Disuélvase la tierra, y desquiciados
De sus lejanas órbitas desciendan
Los astros graves y la tornen polvo.
En su inmortalidad mi alma segura
Saldrá gloriosa del futuro caos.
Sobre la inmensa universal ruina
Se asentará como en soberbio trono,
Predominando, cual etérea llama
La pira funeral del universo».
Recorramos la tierra y con asombro
Hallarémos espléndidos prodijios,
Que casi eclipsan la beldad del cielo.
Campos inmensos, que do quiera cubren
Ópimos frutos, deliciosas flores;
Mares hendidas por soberbias naos,
Do el hombre truena, o jeneroso vierte
Goces, riqueza en apartados climas.
El fuego, el mar, los vientos y planetas,
Cual instrumentos dóciles le sirven,
Por su profundo jenio sojuzgados.
Aun las eternas inflexibles rocas
Ceden a su poder: allana montes,
Los precipicios colma, y por do quiera
Mil ciudades magníficas erije,
Aun en medio del mar, que en vasto espejo
Su noble pompa y esplendor retrata.
Soberbios templos alzanse a las nubes
Con misteriosa majestad: los rios
Corren suspensos por el aire vano,
En mares se convierten las llanuras,
O canales profundos atraviesan
De mar a mar y las remotas aguas
Se confunden atónitas. El hombre
Desentraña la tierra tenebrosa
O mide audaz el ámbito del cielo,
Y nuevos elementos, nuevos astros
Feliz descubre; la creacion ensancha,
Y cede a su poder naturaleza.
¡Espléndido, glorioso monumento
Del humano saber! ¡Cuadro sublime
En que inmortalidad sentó su sello!
Pudiera el barro impuro, deleznable,
Elevarse a tan altas concepciones,
O desplegar tan jeneroso vuelo?
Mas si los argumentos de natura
Apareciesen frívolos y vanos,
Aun se hallarán mas fuertes en el hombre.
¡Ai! si este duerme y cierra los oidos
A la enérjica voz del universo,
Puede cerrarlos al eterno grito
De su ajitado corazon? El necio
Que la inmortalidad combate insano,
Su sentencia fatal lleva consigo,
Como nuevo, infeliz Belerofonte.
Quien examine cauto el propio seno,
En él encontrará pruebas sensibles
De vida eterna; o la falaz natura
Despiadada burlándose del hombre
Con la misma verdad quiso engañarle.
Descontento, inquietud, vago deseo
Traban por siempre el corazon humano,
Y de él destierran el sereno gozo.
El rei bajo los aureos artezones,
Y el vil pastor en su cabaña humilde,
Distintos en la suerte, en pena iguales,

Ansian, anhelan, y a la par suspiran.
¿Será tal vez porque el visible mundo
Satisfacer no puede con sus dones?
Mirad esos rebaños inocentes
Pastar la yerba que mojó la lluvia,
Con un placer purísimo, perfecto,
Y ved si anhelan mas. ¿Por qué motivo
Se niega a su señor igual contento?
Porque el centro glorioso de las almas
No está en la tierra; y el sediento humano,
Por frívolos objetos seducido,
Cuanto disfruta mas, mas apetece.
Menos benigna al hombre que a los brutos
Fué natura tal vez? No: de las almas
El alimento mas precioso y puro,
En el empíreo su celeste patria,
El creador supremo les reserva.
Por él suspiran con feliz instinto:
Bajo el dolor se oculta su grandeza,
Y el perdurable afan que los ajita
Es de inmortalidad segura prenda.
Es progresiva la razon del hombre;
Mas el instinto nace con el bruto
En plena perfeccion, y aunque viviera
Un siglo y otro siglo, no saldria
Del círculo seguro que lo estrecha.
Mas si el hombre del sol contemporaneo
Hubiera sido, su ánimo insaciable
Aun que aprender y meditar tuviera.
¿Por qué, naturaleza, con el hombre
Tan dura fuiste ya? Por qué incompleta
Salió la mejor obra de tus manos,
Cuando las otras menos importantes
Con asombrosa perfeccion puliste?
O si al hombre imperfecto destinabas
A prematuro fin, sin permitirle
Que fijase la esfera de su jenio,
¿Por qué dar a su pecho acongojado
El terror ponzoñoso de la muerte?
¿Por qué le diste prevision infausta
Del futuro dolor? ¿Por qué le hiciste
Víctima de su ciencia lastimosa,
Y mas que en rango, superior en penas?
Ah! la inmortalidad tan solo puede
Revelar el enigma inesplicable,
Y compensar sus males y dolores.
Sí, la inmortalidad tan solo puede
Resolver el enigma tenebroso
De la esperanza humana; el mas oscuro
Si al espirar morimos para siempre.
La esperanza frenética y ansiosa,
De nuestro gozo rápido asesina,
Todo presente bien huella y devora.
¿Por qué la posesion ya conseguida
Es siempre menos pura y deliciosa
Que la pintaba en sueños el deseo,
Y a férvido anhelar el tedio sigue?
Porque a distancia inmensa de nosotros
Oculta la rejion de lo futuro
El único, inmortal, sublime objeto
Digno del hombre, y su hacedor augusto
Allá dirije nuestro ardiente anhelo.
Es otro enigma la virtud. Mil veces
La huella fiero el insolente crimen;
Y si todo se acaba en el sepulcro,
Si no hai reparacion en otra vida,
¡Cuán necios son sus mártires! En vano
La formidable voz de la conciencia
Manda que la sigamos. ¿Pudo el cielo
Inculcar la virtud a sus criaturas,
Si es decepcion? O la justicia eterna
Quiso burlarse del humano triste
Haciéndole adorar vano fantasma?
No: la conciencia y la razon nos mienten
O el alma es inmortal, y en otro mundo
Glorioso galardon, terrible pena,
A la virtud y al crímen se prepara.
Cuando en sueño balsámico adormida
Yace la tierra y solo me acompañan
En ardiente vijilia centellando
Las estrellas sin fin, que en torno adoran
De media noche el silencioso trono,
Yo en soledad augusta me consagro
A conversar con los ilustres muertos.
¡Cuántos modelos de virtud sublime
Y de patrio valor! De cuántos jenios
En las gloriosas pájinas alienta
Espíritu inmortal! Y, ¿tales almas,
De la divinidad emanaciones,
Dejaron de existir? ¿Tan solo fueron
Como fugaz fuljente meteoro,
Que arde, luce un momento y se disipa
En el nocturno espacio tenebroso?
Cuando seguimos al sepulcro triste
Los restos de mortales afamados,
Por su ciencia o virtud, por cuanto estima

Y alaba el hombre, ¿imajinar podemos
Que no existen sus almas jenerosas,
O que en inmunda corrupcion terminen?
La ciencia, la virtud son nombres sacros,
Que respeta y aplaude y diviniza
Universal instinto jeneroso.
Mas ¡ai! si los espíritus perecen,
Solo son dignos de piedad. El sabio
Solo aviva sus ojos penetrantes
Para ver mas miserias y delitos,
Y la noble virtud, timbre glorioso
Que une la tierra con el cielo puro,
Es dañosa ilusion, delirio vano.....
Engañará la voz del universo?
Mientras mas penetramos en el hombre,
Se ve mas clara la impresion profunda
De un sello universal, augusto, eterno.
En el fondo del alma, firme base
De todo lo demas, siempre notamos
De saber y de amar instinto puro,
Afectos esenciales al humano,
Como luz y calor al sol divino.
Y de qué sirven si las almas mueren?
Con mil y mil afanes alcanzamos
Imperfecto saber, y las mas veces
Responde a nuestro amor desden helado
O pérfida traicion. ¿Por qué natura
Tan anjélicos, puros apetitos
Satisfacer nos veda plenamente
Y a los brutos benigna satisface?
Es el hombre mejor mas infelice?
No: de saber y amar en el humano
La ilimitada facultad y anhelo
Nos demuestran objetos infinitos:
Del criador la inefable providencia,
Por lei universal de la natura,
Proporciona el objeto al apetito
Y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo
Será triste escepcion de lei tan sabia?
Si no le aguarda eternidad futura,
Si aqueste asilo burla su esperanza,
El hombre es monstruo, del criador afrenta,
Ominoso lunar, fúnebre nube
De la natura en el brillante aspecto.
Quien la inmortalidad niega del alma,
Al mismo Dios frenético blasfema.
Aun las pasiones que al humano débil
Con su furor funesto descarrian
De la santa virtud, y en su tumulto
A la razon y a la verdad acallan,
De su inmortalidad son testimonio.
Recorrámosla pues y comencemos
Por la ambicion, a la que siempre ajita
Fogoso anhelo de brillante fama.
Pero con cuánto afan lo disimula!
Si mira sus designios revelados,
Aunque al mas noble objeto se dirijan,
Repentino rubor cubre su frente,
Porque su dueño es inmortal. La sangre,
Subiendo así con misterioso instinto,
Reprende al hombre que insensato busca
Fugaz reputacion, sutil elojio
En este vano y transitorio mundo,
Y olvida ciego su inmortal destino.
La insaciabilidad del ambicioso
No es menos elocuente. Si de fama
La inestinguible sed su alma devora,
La admiracion de un siglo menosprecia,
Y ansia que los aplausos de su gloria
Por mil jeneraciones repetidos,
Al porvenir lejano se difundan:
Eternizar ansiamos nuestro nombre;
Vano delirio que jamas turbara
Del hombre el corazon, si el alma suya
Tambien no fuese indestructible, eterna:
Así el instinto previsor anuncia
Un futuro interes; mas el humano
Embrutecido su clamor desoye,
O vana sombra por sustancia sigue.
De la inmortalidad sombra es la fama,
Y sombra es en sí misma. Preguntadlo
Al ambicioso y os dirá que siempre
A su estéril afan huye impalpable.
«Es todo, aquesto?» Preguntaba Cesar,
Del poder en la cumbre fastidiado,
Viendo a sus piés el universo y Roma.
Así con vano ardor el ambicioso
La tierra inunda en lágrimas y sangre
Y le averguenza al fin su misma gloria
Porque gloria mas alta y perdurable
Ser el objeto espléndido, sublime,
De su inmortal espíritu debiera.
Mas aunque mil peligros y pesares
Pérfida la ambicion prodigue al hombre,
Nadie del corazon puede arrancarla
Do firme la plantó naturaleza.

Absurdo fuera el célebre consejo
Que a Pirro dió el filósofo, pues antes
Domar pudiera su valor el mundo,
Que la grave razon su alma fogosa.
Una constante actividad interna,
Un elástico impulso al hombre ajita
Por distincion en tronos y cabañas;
Porque el señor y el siervo son iguales
En inmortalidad, y el alma eterna
Siempre ambiciona el oropel o el oro,
La estimacion mortal o la del cielo.
El insaciable afan del triste avaro
Ofrece igual, irresistible prueba,
Cuando con privaciones prolongadas,
Sin escuchar de la razon el eco,
Aun en el borde mismo del sepulcro
Guarda tesoros con errado instinto,
Buscando eternidad sobre la tierra.
Mas la sensualidad embrutecida
Aunque se burla de futuros goces,
Y audaz promete al hombre fascinado
Convertir en Eden aqueste mundo,
Prueba no menos mi glorioso tema.
¿Por qué nuestro deleite mas preciado,
El goce del amor que tan fogoso
Turba, embelesa, exalta los sentidos,
Siempre va del rubor acompañado,
Busca la grata sombra del misterio
Y con el manto del pudor se cubre?
Este rubor, inspiracion del cielo,
Nos anuncia que el hombre se degrada
Aun en el colmo de terrestre dicha;
Y aunque dormida la razon callase,
Aqueste solo instinto jeneroso
Nuestra inmortalidad revelaría.
Sí: la inmortalidad esplica sola
Del hombre los misterios, y sin ella
Con sus instintos pavoroso enigma,
Y sus virtudes miserable sueño.
Aun sus propios errores y delitos
Prueban su dignidad. Su sed eterna
De oro, deleites y brillante fama,
Dice que para objetos infinitos
Fué destinado. Sus pasiones fieras,
Para las cuales el visible mundo
Es estrecho teatro, le presajian
Existencia mejor, vuelo mas noble,
Y acreditan sus títulos al cielo.
Deten aquí tu canto laborioso
Musa de la verdad! La antorcha pura
De la razon, que tus humildes pasos
Ha dirijido, penetrar no puede
El velo de tiniebla misterioso
Que el invisible mundo nos oculta,
Ni enseñarte sus goces y dolores.
No al celestial espíritu debiste
Inspiracion profética. La muerte,
De todo impulso libertando el alma
Mui mas allá del sol y las estrellas
La hará subir sobre las igneas alas
De su inmortalidad, y el grande arcano
Revelará de su futura suerte.

INMORTALIDAD.

Cuando en el éter fúljido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.
Ai! así jirarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fria!..
Entre el orgullo y la flaqueza mia
Con ansia inútil suspirando peno.
Pero ¿qué digo? irrevocable suerte
Tambien los astros a morir destina
Y verán por la edad su luz nublada.
Mas, superior al tiempo y a la muerte
Mi alma verá del mundo la ruina
A la futura eternidad ligada.

CONTEMPLACION.

Cuán inmenso te estiendes y brillante
Firmamento sin límites! Do quiera
En el puro horizonte iluminado
Por la arjentada lumbre de la luna,
Te asientas en el mar. Las mansas olas
Del viento de la tierra al manso soplo
Levemente ajitadas, en mil formas
Vuelven la luz serena que despide

La bóveda esplendente, y el silencio
Y la quietud que reina en el profundo,
Llevan el alma a meditar. ¡Oh cielo,
Fuente de luz eternidad y gloria!
Cuantas altas verdades he aprendido
Al fulgor de tus lámparas eternas!
De mi niñez en los ardientes dias
Mi padre venerable me contaba
Que Dios presente por do quier, miraba
Del hombre las acciones, y en la noche
El cielo de los trópicos brillante
Contemplando con estasis, creia
Que tantas y tan fúljidas estrellas
Eran los ojos vivos, inmortales
De la divinidad.
Cuando la vista
A la rejion etérea levantamos,
Atónitos en ella contemplamos
Del Hacedor sublime la grandeza.
En el fondo del alma pensativa
Se abre un abismo indefinible: el pecho
Con suspirar involuntario invoca
Una felicidad desconocida,
Un objeto lejano y misterioso,
Que del mundo visible en los confines
No sabe designar. La fantasía
Al recorrer la multitud brillante
De soles y sistemas enclavados
En su gloriosa eternidad, se humilla
Ante el Criador, y tímida le adora.
Las leyes inmortales que encadenan
Esta celeste fábrica, y los astros
En elíptico jiro precipitan,
No desdeñan del hombre la miseria,
Y con profundo universal acento
Le dictan su deber. En todo clima,
Del Polo al Ecuador, su voz augusta
Beneficencia y paz impone al hombre,
Que de pasiones fieras ajitado
Turba con su furor el triste globo,
Y a error, venganza y ambicion erije
Sangrientos y sacrílegos altares.
Alma sublime, universal del mundo,
Que en los humanos pechos colocaste
La semilla del bien; la mente mia
De la santa virtud por el sendero
Dígnate dirijir: abre mi oido
Al grito del dolor; haz que mi seno
De la tierna piedad guarde la fuente,
Y a la opresion, al crimen insolente,
Pueda arrostrar con ánimo sereno.

—

LA RELIJION.

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en lijeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que amor inspira.
Hoi, santa Relijion, quiero cantarte,
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria refuljente al suelo.
Musa de la verdad, que en ígneo trono
Con tu solemne inspiracion solías
Animar el acento de Isaías,
O del profeta rei el noble tono,
Oye mi voz humilde que te implora;
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.
Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera suspirando alzar el vuelo,
Y a su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me revela
En soledad y calma
Que no es la tierra el centro de mi alma.
Entre nube de luz serena y pura
Vela el Criador su ceño majestuoso,
Y circundan su rostro misterioso
La eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelacion intruye al mundo.
Augusta Relijion! De luz cercada
Bajas al mundo, que el error oprime,
Mostrando el cielo en ademan sublime,
Y con la santa cruz tu diestra armada.

Cubre tus ojos venda misteriosa,
Y majestuosamente
Brilla la eternidad sobre tu frente.
Tu trono es el empíreo. De su altura
Tú nos anuncias el primer pecado,
Al hombre por su mal dejenerado,
Y la inefable redencion futura.
Viene al mundo Jesus, de los humanos
(¡Venturoso destino!)
Reparador y redentor divino.
Su pura, simple y celestial doctrina
La feroz impiedad tachar no puede:
La voz de los profetas le precede,
Y el universo atónito se inclina.
Enfrénase a su voz el mar airado,
Y a su mandato fuerte
Su presa con pavor suelta la muerte.
Del justo Dios para templar la ira,
Y de su inmenso amor víctima santa,
Entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre-Dios jime y espira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
La tierra oscurecida,
En sus eternos ejes conmovida.
Por su propia virtud resucitado
Triunfa Jesus, y con glorioso vuelo
Sube despues al esplendente cielo,
Vencedor de la muerte y del pecado.
Milagros inefables! Confundido
¡Oh Cristo! yo te adoro,
Te confieso mi Dios, jimo, y te imploro.
Mas la persecucion fiera fulmina
Del infierno frenético lanzada,
Y con su pura sangre derramada
Sellan mártires mil su fé divina.
Triunfas, ¡oh Relijion! y al vasto mundo
Sojuzgas con presteza,
Nacida en la ignorancia y la pobreza.
El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado,
Que a la luz de su antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.
Tu influjo bienhechor allí le alcanza:
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa
Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazon llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.
Yo ví mil veces al tirano impío
De hierro asolador el brazo armado
Teñirlo en sangre, y de terror cercado
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz a tierra y cielo,
Con sonrisa ominosa
Vile insultar la humanidad llorosa.
Hollando altivo a la virtud, gobierna
La tierra alguna vez el crímen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero:
La justicia de Dios vijila eterna.
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo.
Hai otra vida y Dios, premio y castigo.
Dogma sublime! Celestial consuelo,
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir a la opresion sangrienta,
Eterno galardon busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crímen firme resistencia.
Triunfas, ¡oh Relijion! De tu victoria
Irritados los jenios infernales,
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refuljente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
Y del Orco ajitado
Lánzase al mundo el Fanatismo armado.
Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz oscureció del cielo.
Víctima suya, el hombre, te maldice,
Y con grito blasfemo
Feroz insulta al Hacedor Supremo.
Bárbara Inquisicion! Cueva de horrores!
Descubre al universo tus arcanos,
Y de tus sacerdotes inhumanos

Los crímenes revela y los furores.
¡Cuántas vítimas ¡ai! atormentadas
En tu infernal abismo,
Apelaban a Dios del Fanatismo!
¡Divina Relijion! Tú que veías
Al insolente monstruo dominando,
Y en tu nombre a la tierra devorando,
En el seno de Dios tierna jemias.
Él te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno
Y el Fanatismo volverá al infierno.
Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como despues del huracan violento
En el atormentado firmamento
Con mas cándida faz brilla la luna;
Y el mundo te verá desengañado
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde tu trono.
Y libre al fin del duro cautiverio
Del odio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazon a la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma
El tiempo fatigado
En escombros del mundo aniquilado.

—

CONTRA LOS IMPIOS.

Si Dios no existe, o si de mí se olvida
Y tan solo al azar debo la vida,
Para pasar el mundo
Cual nube tempestuosa el oceano
A merced de los vientos,
Bien podéis disolveros, elementos
Que en mí formasteis con acuerdo vano
Turbado pulso y visionaria mente.
Vuestra beldad perezca, dulces flores,
Emblemas ¡ai! de mi funesta suerte:
Vuestras lámparas bellas
En el cielo apagad, puras estrellas,
Si habeis de iluminar mi eterna muerte.
Virtud, de los tiranos enemiga,
Y del hombre de bien sublime amiga,
Eres vana ilusion y yo te abjuro,
Si al alma que tú elevas,
Y al bien y gloria llevas
Se hunde y perece en el sepulcro oscuro.
Doctrina pavorosa!
Para lograr tan triste resultado
Analizó la ciencia laboriosa
La tierra y mar, y audaz se ha levantado
Hasta el etereo cielo,
Que ha recorrido con triunfante vuelo,
Para traernos en horrible fallo
La desesperacion? Sofistas duros,
Jamas amasteis!... Vuestra sien corona
Con seca rama el árbol de la muerte.
El sanguinoso lauro que insolente
La torpe adulacion ciñe al tirano,
No es tan injusto y vil como el que insano
Del incrédulo audaz orna la frente.
Oh mundo misterioso
Que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
La fe sobre tu abismo pavoroso
Divina luz despide;
Y en sus alas ardientes conducida
El alma del cristiano,
Al salir de la tierra lagrimosa,
Al seno del Criador vuela dichosa.
Así el fiero cometa,
Del empíreo jigante,
Precipita su carro de diamante
De planeta en planeta,
Y atrevido se lanza
Donde ni el pensamiento ya le alcanza.
Mas en algun lugar su curso espira;
Y con mayor violencia
Al sol de que partió volviendo jira.

LA DESESPERACION.

(IMITACION DE LAMARTINE.)

Cuando el Criador, en hora infausta,
Con soplo enérjico, fecundo,
Sacó del caos este mundo,
Disgustado su obra miró.
A los abismos del espacio
Lanzóla con pié desdeñoso,
Y apartando el rostro glorioso,
A su augusta calma tornó.

«Vé», dijo; a tu propia miseria,
Mientras durares, te consigno.
De mi amor o cólera indigno,
Eres cual nada para mí.
Que destino ciego te guie
Por los yermos del éter vano!
Para que tengas soberano
Al infortunio te cedí.»

Cual se arroja sobre su presa
El gavilan enfurecido,
Lanza el monstruo largo jemido
De fiero júbilo en señal;
Y cayendo sobre este globo,
Con garra feroz le asegura,
Y desde aquel instante dura
Su imperio bárbaro y fatal.

Sobre el mar hombres y navios,
El volcan sus labas enciende,
O la tierra mísera hiende
Terremoto devorador.
Livida peste o hambre dura
Tiende sus brazos descarnados,
Y deja reinos asolados
Con aliento devastador.

Del hombre los largos afanes
Burla tal vez pérfido cielo,
Y con ardor, granizo, hielo,
Destruye la pompa estival.
Bajo las flores halagüeñas
Se abriga sierpe venenosa,
Y entre verdura deliciosa
Nos acecha fiebre mortal.

Libertad, verdad y justicia,
Por do quier oprimidas lloran,
Y al orbe misero devoran
Despotismo y supersticion.
A vil error sacrificado
Bebe Sócrates un veneno:
Mas allá rasgando su seno,
La esclavitud huye Caton.

El dolor y el crímen altivo
Por do quier sus dardos asestan,
Y con soplo de muerte infestan
Los mundos físico y moral.
Regulador de aqueste cáos,
Poder oculto y misterioso,
Si eres bueno cual poderoso,
Por qué lanzaste al mundo el mal

¿Por qué crímen cielo tirano,
Del dolor me abriste la puerta?
¿Te pidió el ser la nada yerta
O de tus manos le aceptó?
Nuestro llanto misero bebes,
O el clamor del hombre que jime
Suena cual música sublime
Al que tierra y cielo crió?

Para evitar males tan duros
Solo un camino queda abierto:
El sepulcro será mi puerto
De tal borrasca en el furor.
Muerte, recíbanme tus brazos!...
Fútil esperanza la mia!
¿En tus abismos, tumba fria,
No hai tambien eterno dolor?

DIOS AL HOMBRE.

IMITACION DE LAMARTINE.

El hijo imbecil de la nada
Osa maldecir su existencia,
Y acusando mi providencia
Blasfema del bien y del mal!
Para penetrar mis arcanos
En afan estéril se ajita,
Y rebelde, ciego, me cita
A su insolente tribunal!

A mil beneficios ingrato
Mis obras tu labio maldice,
Y porque bruto no te hice,
Te quejas de no ser un Dios.
¿Te consulté cuando mi acento
Pobló de luz el éter vano;
Cuando en su abismo el oceano
Lanzóse rujiendo a mi voz?

Revelé mi ser a tus ojos
Cuanto permitió su flaqueza!
Viste en el cielo mi grandeza,
Viste en la tierra mi bondad.
El órden constante del mundo
Te descubre mi intelijencia,
La natura mi providencia,
Y el espacio mi inmensidad:

Ese sol, que ofusca tus ojos,
Sombra de mi fuego divino,
¿Tal vez me propuso el camino
Que en el éter le señalé?
¿Por ventura diré a la tierra
Qué lei sus entrañas fecunda?
Cuando el mar sus playas inunda,
O las huye, ¿sabe por qué?

En los desiertos del vacío
Sembré cual polvo las estrellas:
De mi poder mira las huellas
En la tierra, el cielo y el mar.
Por tus sentidos imperfectos
Envuelto en tiniebla sombría,
Del universo la harmonía
Puedes apenas vislumbrar.

Mira do quier! Naturaleza
Sigue su curso majestuosa,
Y jamas indaga curiosa
Los designios de su Señor.
Tú, mortal, adórale! Aguarda
La leccion final de la muerte,
Y abandona humilde tu suerte
A tu benéfico Hacedor.

Libre tu alma del barro impuro,
Caerá de tus ojos el velo:
Desde las alturas del cielo
Mas horizonte abarcarás.
Fuente serán de altas virtudes
Los males que tanto deploras,
Y verás lucir triunfadoras
Mi justicia y tu libertad.

El infortunio pasajero
Es crisol del alma escojida,
Y convierte la frájil vida
En gloriosa inmortalidad.
Hijo del polvo! te concedo
Para ser justo, solo un dia:
Mi suprema sabiduría
Tiene ante sí la eternidad!

HIDALGO.

(BARTOLOMÉ.)

D. Bartolomé Hidalgo nació en Montevideo: la revolucion de 1810, debió encontrarle mui jóven juzgando por el entusiasmo que respiran sus poesias patrióticas escritas en 1816 y 1818.

Dos «Unipersonales» representados en festividades cívicas en los teatros de Montevideo y Buenos Aires y los diálogos que publicamos a continuacion de esta noticia, son las únicas obras de Hidalgo salvadas del olvido.

Hidalgo no carecia de entonacion poética y era hábil en hallar medios eficaces para exaltar el entusiasmo en pueblos comprometidos en una empresa difícil. — El actor de uno de los Unipersonales, es un militar en hábito de campaña el cual dirije sus discursos a una multitud de soldados. En la última escena, toma un pabellon, se adelanta ácia ellos y les dice:

«Mirad el pabellon que esta provincia
Reconocé por suyo: defendedlo.
Tremole desplegado en nuestros muros,
Símbolo fiel de tan heroico esfuerzo!
Si el tirano intentase arrebatarlo,
Antes en sangre y muerte se halle envuelto;
El dia se encapote, jima el aire,
La bóveda celeste al ronco estruendo
Despida rayos, y la triste noche
Aumente su pavor: retiemble el suelo:
Neptuno mande con acento horrible
Al oceano que salga de su centro:
Todo tiemble y destruya si se pierde
El pabellon que ufano doi al viento.
. . . .

No obstante el mérito de estos versos y de otros que pudieramos añadir, Hidalgo no es conocido en el Rio de la Plata sino por los diálogos de «Chano y Contreras» que reproducimos en esta coleccion. Están estos, escritos en el lenguaje pintoresco y rústico de los «gauchos», en el metro que emplean los «payadores» en sus justas poéticas, y tanto el uno como el otro de estos diálogos, retratan al vivo el carácter y las costumbres de aquellos hombres altivos e intelijentes.

Aquella «difícil facilidad» que resalta en las obras verdaderamente orijinales, ha inducido a muchos a escribir a la manera de Hidalgo; pero todos han quedado mui abajo del maestro. Tal vez conserva superioridad, porque nadie descendió a hablar el lenguaje tosco del pueblo con mejores intenciones que él. En los tiempos que alcanzó nuestro poéta, el patriotismo estaba en el alma, y desde aquel santuario, era un verdadero jenio inspirador de felices ideas, tanto en el bufete como en los campos de batalla.

DIALOGO PATRIOTICO INTERESANTE,

ENTRE JACINTO CHANO, CAPATAZ DE UNA ESTANCIA EN LAS ISLAS DEL TORDILLO, Y EL GAUCHO DE LA GUARDIA DEL MONTE.

(*Se supone recien llegado a la guardia del Monte el capataz Chano, y el diálogo en casa del paisano Ramon Contreras, que es el gaucho de la guardia.*)

CONTRERAS.

¡Con qué amigo! ¿Diaonde diablos
Sale? Meta el redomon,
Desensille, votoalante......
¡Ah pingo [1] que da calor!

CHANO.

De las islas del Tordillo
Salí en este mancarron
¡Pero si es trabuco, Cristo!
¿Cómo está señó Ramon?

CONTRERAS.

Lindamente, a su servicio::::
¿Y se vino del tiron?

CHANO.

Sí, amigo; estaba de balde,
Y le dije a Salvador:
Andá, traéme el azulejo,
Apretamelé el cinchon
Porque voi a platicar
Con el paisano Ramon.
Y ya tambien salí al tranco,
Y cuanto se puso el sol
Cojí el camino y me vine:
Cuando en esto se asustó
El animál, porque el poncho
Las verijas le tocó....:.
¡Que sosegarse este diablo!
A bellaquear se agachó
Y conmigo a unos sanjones
Caliente se enderezó.
Viéndome medio atrasado
Puse el corazon en Dios
Y en la viuda, y me tendí;
Y tan lindo atropelló
Este bruto, que las zanjas
Como quiera las salvó.
¡Eh p.... el pingo lijero
Bien haya quien lo parió!
Por fin despues de este lance
Del todo se sosegó,
Y hoi lo sobé de mañana
Antes de salir el sol,
De suerte que está el caballo
Parejo que da temor.

CONTRERAS.

¡Ah, Chano..... pero si es liendre
En cualquiera bagualon!.....
Mientras se calienta el agua
Y echamos un cimarron [2]
¿Qué novedades se corren?

CHANO.

Novedades...... qué sé yo;
Hai tantas que uno no acierta
A que lado caerá el dos,
Aunque le esté viendo el lomo.
Todo el pago es sabedor
Que yo siempre por la causa
Anduve al frio y calor.
Cuando la primera patria
Al grito se presentó
Chano con todos sus hijos.
¡Ah tiempo aquel, ya pasó!
Si fué en la patria del medio

---

1 Lo mismo que caballo.
2 Mate sin azucar.

Lo mismo me sucedió,
Pero amigo en esta patria.....
Alcancemé un cimarron.

CONTRERAS.

No se corte, déle guasca,
Siga la conversacion,
Velai mate: todos saben
Que Chano, el viejo cantor
A donde quiera que vaya
Es un hombre de razon,
Y que una sentencia suya
Es como de Salomon.

CHANO.

Pues bajo de ese entender
Emprestemé su atencion,
Y le diré cuanto siente
Este pobre corazon,
Que como tórtola amante
Que a su consorte perdió,
Y que anda de rama en rama
Publicando su dolor;
Asi yo de rancho en rancho
Y de tapera [1] en galpon
Ando triste y sin reposo,
Cantando con ronca voz
De mi patria los trabajos,
De mi destino el rigor.—
En diez años que llevamos
De nuestra revolucion
Por sacudir las cadenas
De Fernando el baladron,
¿Qué ventaja hemos sacado?
Las diré con su perdon:—
Robarnos unos a otros,
Aumentar la desunion,
Querer todos gobernar,
Y de faccion en facccion
Andar sin saber que andamos:
Resultando en conclusion
Que hasta el nombre de paisano
Parece de mal sabor,
Y en su lugar yo no veo
Sino un eterno rencor
Y una tropilla de pobres,
Que metida en un rincon
Canta al son de su miseria,
¡No es la miseria mal son!

CONTRERAS.

¿Y no sabe en que diasques
Este enredo consistió?
¡La pujanza en los paisanos
Que son de mala intencion!
Usted que es hombre escribido
Por su madre digaló,
Que aunque yo compongo cielos
Y soi medio payador,
A usted le rindo las armas
Porque sabe mas que yo.

CHANO.

Desde el principio, Contreras,
Esto ya se equivocó.
De todas nuestras provincias
Se empezó a hacer distincion,
Como si todas no fuesen
Alumbradas por un sol:
Entraron a desconfiar
Unas de otras con teson,
Y al instante la discordia
El palenque nos ganó,
Y cuando nos descuidamos
Al grito nos revolcó.
¿Por qué nadie sobre nadie
Ha de ser mas superior?
El mérito es quien decide,
Oiga una comparacion:
Quiere hacer una volteada
En la estancia del rincon
El amigo Sayavedra.
Pronto se corre la voz
Del pago entre la gauchada;
Ensillan el mancarron [2]
Mas razonable que tienen,
Y afilando el alfajor
Se vinieron a la oreja
Cantando versos de amor;
Llegan, voltean, trabajan,

1 Casa abandonada.
2 Caballo.

Pero amigo, del monton
Reventó el lazo un novillo
Y solito se cortó,
Y atras del como langosta
El gauchaje se largó....
¡Que recostarlo, ni en chanza!
Cuando en esto lo atajó
Un muchacho forastero,
Y a la estancia lo arrimó.
Lo llama el dueño de casa,
Mira su disposicion
Y al instante lo conchaba.
Ahora pues pregunto yo:
¿El no ser de la cuadrilla
Hubiera sido razon
Para no premiar al mozo?
Pues oiga la aplicacion.
La lei es una no mas,
Y ella dá su proteccion
A todo el que la respeta.
El que la lei agravió
Que la desagravie al punto:
Esto es lo que manda Dios,
Lo que pide la justicia
Y que clama la razon;
Sin preguntar si es Porteño
El que la lei ofendió,
Ni si es Salteño o Puntano,
Ni si tiene mal color.
Ella es igual contra el crimen
Y nunca hace distincion
De arroyos ni de lagunas,
De rico ni pobreton:
Para ella es lo mismo el poncho
Que casaca y pantalon:
Pero es platicar de balde,
Y mientras no vea yo
Que se castiga el delito
Sin mirar la condicion,
Digo que hemos de ser libres
Cuando hable mi mancarron.

CONTRERAS.

Es cierto cuanto me ha dicho,
Y mire que es un dolor
Ver estas rivalidades,
Perdiendo el tiempo mejor
Solo en disputar derechos
Hasta que ¡no quiera Dios!
Se aproveche algun cualquiera
De todo nuestro sudor.

CHANO.

Todos disputan derechos,
Pero amigo sabe Dios
Si conocen sus deberes:
De aqui nace nuestro error,
Nuestras desgracias, y penas;
Yo lo digo, sí señor,
¡Qué derechos ni qué diablos!
Primero es la obligacion,
Cada uno cumpla la suya,
Y despues será razon
Que reclame sus derechos;
Así en la revolucion
Hemos ido reculando,
Disputando con teson,
El empleo y la vereda,
El rango y la adulacion,
Y en cuanto a los ocho pesos....
¡El diablo es esto Ramon!

CONTRERAS.

Lo que a mí me causa espanto
Es ver que ya se acabó
Tanto dinero, por Cristo!
Mire que daba temor
Tantisima peseria!
¡Yo no sé en qué se gastó!
Cuando el jeneral Belgrano
(Que esté gozando de Dios)
Entró en Tucuman, mi hermano
Por fortuna lo topó,
Y hasta entregar el rosquete
Ya no lo desamparó.
¡Pero ah contar de miserias!
De la misma formacion
Sacaban la soldadesca
Delgada que era un dolor!
Con la ropa hecho miñangos,[1]

[1] Pedazos, harapos.

Y el que comia mejor
Era algun trigo cocido
Que por fortuna encontró.
Los otros cual mas cual menos
Sufren el mismo rigor.
Si es algun buen oficial
Que al fin se inutilizó,
Da cuatrocientos mil pasos
Pidiendo por conclusion
Un socorro: no hai dinero.
Vuelva.... todavía no....
Hasta que sus camaradas
(Que estan tambien de mi flor)
Le largan una camisa
Unos cigarros y a Dios.
Si es la pobre y triste viuda
Que a su marido perdió,
Y que anda en las dilijencias
De remediar su afliccion,
Lamenta su suerte ingrata
En un misero rincon.—
De composturas no hablemos:
Vea lo que me pasó
Al entrar en la ciudad:
Estaba el pingo flacon
Y en el pantano primero
Lueguito ya se enterró,
Seguí adelante ¡ah barriales!
Si daba miedo, señor.
Anduve por todas partes
Y ví un grande caseron
Que llaman de las comedias,
Que hace que se principió
Muchos años, y no pasa
De un abierto corralon,
Y dicen los hombres viejos
Que allí un caudal se gastó.
Tal vez al hacer las cuentas
Alguno se equivocó
Y por decir cien mil pesos....
Velai otro cimarron.
Si es en el paso del ciego,
Allí Tacuara [1] perdió
La carreta el otro dia;
Y él por el pasó cortó
Porque le habian informado
Que en su gran composicion
Se habia gastado un caudal.
Con qué amigo no sé yo
Por mas que estoi cavilando
A donde está el borbollon.—

CHANO.

Eso es querer saber mucho—
Si se hiciera una razon
De toda la plata y oro
Que en Buenos Aires entró
Desde el dia memorable
De nuestra revolucion,
Y despues de buena fé
Se diera una relacion
De los gastos que han habido,
El pescuezo apuesto yo
A que sobraba dinero
Para formar un cordon
Desde aquí a Guasupicúa;
Pero en tanto que al rigor
Del hambre perece el pobre,
El soldado de valor,
El oficial de servicios,
Y que la prostitucion
Se acerca a la infeliz viuda
Que mira con cruel dolor
Padecer a sus hijuelos,
Entretanto, el adulon,
El que de nada nos sirve
Y vive en toda faccion,
Disfruta grande abundancia;
Y como no le costó
Nada el andar *remediado*
Gasta mas pesos que arroz.—
Y amigo de esta manera,
En medio del pericon
El que tiene es D. Fulano,
Y el que perdió se amoló;
Sin que todos los servicios
Que a la patria le prestó,
Lo libren de una roncada
Que le largue algun pintor.—

CONTRERAS.

Pues yo siempre oí decir

---

[1] Apodo de un paisano

Que ante la lei era yo
Igual a todos los hombres.—

CHANO.

Mismamente, asi pasó,
Y en papeletas de molde
Por todo se publicó;
Pero hai sus dificultades
En cuanto a la ejecucion.—
Roba un gaucho unas espuelas,
O quitó algun mancarron,
O del peso de unos medios
A algun paisano alivió:
Lo prenden, me lo enchalecan,
Y en cuanto se descuidó
Le limpiaron la caracha,
Y de malo y salteador
Me lo tratan, y a un presidio
Lo mandan con calzador:
Aquí la lei cumplió, es cierto,
Y de esto me alegro yo,
Quien tal hizo que tal pague.—
Vamos pues a un señoron.
Tiene una casualidad......
Ya se ve...... se *remedió*......
Un descuido que a cualquiera
Le sucede, si señor.
Al principio mucha bulla,
Embargo, causa, prision,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, admiracion,
¿Qué declara? que es mentira,
Que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? no se sabe,
El estado la perdió.
El preso sale a la calle
Y se acaba la funcion.
¿Y esto se llama igualdad?
La perra que me parió.—
En fin dejemos amigo,
Tan triste conversacion,
Pues no pierdo la esperanza
De ver la reformacion.
Paisanos de todas layas,
Perdonad mi relacion:
Ella es hija de un deseo
Puro y de buena intencion.
Valerosos jenerales
De nuestra revolucion,
Gobierno a quien le tributo
Toda mi veneracion,
Que en todas vuestras acciones
Os dé su gracia el Señor,
Para que enmendeis la plana
Que tantos años se erró:
Que brille en vuestros decretos
La justicia y la razon,
Que el que la hizo la pague;
Premio al que lo mereció,
Guerra eterna a la Discordia,
Y entonces sí creo yo
Que seremos hombres libres
Y gozarémos el don
Mas precioso de la tierra:
Americanos, union,
Os lo pide humildemente
Un gaucho con ronca voz
Que no espera de la patria
Ni premio ni galardon,
Pues desprecia las riquezas
Porque no tiene ambicion.
Y con esto hasta otro dia,
Mande usté amigo Ramon
A quien desea servirle
Con la vida y corazon.

Esto dijo el viejo Chano
Y a su pago se marchó,
Ramon se largó al rodeo
Y el diálogo se acabó.

—1820.—

RELACION QUE HACE EL GAUCHO RAMON CONTRERAS A JACINTO CHANO,

DE TODO LO QUE VIO EN LAS FIESTAS MAYAS EN BUENOS AIRES, EN EL AÑO 1822.

CHANO.

¡Con que mi amigo Contreras,
Qué hace en el ruano gordazo!
Pues desde antes de marcar
No lo veo por el Pago.

CONTRERAS.

Tiempo hace que le ofrecí
El venir a visitarlo,
Y lo que se ofrece es deuda:
¡Pucha! pero está lejazos.
Mire que ya el mancarron
Se me venia aplastando.
¿Y usted no fué a la ciudad
A ver las fiestas este año?

CHANO.

¡No me lo recuerde amigo!
Si supiera ¡voto al diablo!
Lo que me pasa ¡por Cristo!
Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
A comprarme unos caballos:
Le pedí a dieciocho reales,
Le pareció de su agrado,
Y ya no se habló palabra,
Y ya el ajuste cerramos;
Por señas que el trato se hizo
Con caña y con mate amargo.
Caliéntase Sayavedra,
Y con el aguardientazo
Se echó atras de su palabra,
Y deshacer quiso el trato.
Me dió tal coraje amigo
Que me aseguré de un palo,
Y en cuanto lo descuidé
Sin que pudiera estorbarlo
Le acudí con cosa fresca:
Sintió el golpe, se hizo gato,
Se enderezó, y ya se vino
El alfajor relumbrando:
Yo quise meterle el poncho,
Pero amigo quiso el diablo
Trompezase en una taba,
Y lueguito mi contrario
Se me durmió en una pierna
Que me dejó coloreando:
En esto llegó la jente
Del puesto, y nos apartaron.
Se fué y me quedé caliente
Sintiendo, no tanto el tajo
Como el haberme impedido
Ver las funciones de Mayo:
De ese dia por el cual
Me arrimaron un balazo,
Y pelearé hasta que quede
En el suelo hecho miñangos.
Si usted estuvo Contreras
Cuénteme lo que ha pasado.

CONTRERAS.

¡Ah fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones mas mandadoras,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro a la noche
Como es costumbre empezaron.
Yo ví unas grandes columnas
En coronas rematando
Y ramos llenos de flores
Puestos a modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El cabildo, la pírami
La recoba y otros lados,
Y luego la verseria.
¡Ah cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo
Pero ¡ah poeta cristiano,

Qué décimas y que trovas!
Y todo siempre tirando
A favor de nuestro aquel.
Luego habia en un tablado
Musiquería con fuerza
Y bailando unos muchachos
Con arcos y mui compuestos
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el mas chico
Una relacion echando
Me dejó medio.... quién sabe.
¡Ah muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al VEINTICINCO DE MAYO!
Despues siguieron los fuegos
Y cierto que me quemaron
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
A las ocho de tropel
Para la Merced tiraron
Las jentes a las comedias;
Yo estaba medio cansado
Y enderecé a lo de Roque:
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agua,
Estuve cimarroneando
Y luego para la plaza
Cojí y me vine despacio:
Llegué ¡bien haiga el humor!
Llenitos todos los bancos
De pura mujereria;
Y no amigo cualquier trapo
Sino mozas como azucar,
Hombres, eso era un milagro;
Y al punto en varias tropillas
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos,
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron a la pirami
Y al dir el sol coloreando,
Y asomando una puntita....
Bracatan, los cañonazos,
La griteria, el tropel,
Música por todos lados,
Banderas, danzas, funciones,
Los escuelistas cantando;
Y despues salió uno solo
Que tendria doce años,
Nos hechó una relacion.
¡Cosa linda amigo Chano!
Mire que a muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Mas tarde la soldadesca
A la plaza fué dentrando
Y desde el fuerte a la iglesia
Todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno a las once
Con escolta de a caballo,
Con jefes y comandantes
Y otros muchos convidados,
Doctores, escribinistas,
Las justicias a otro lado,
Detrás la oficialeria
Los latones culebreando.
La soldadesca hizo cancha
Y todos fueron pasando
Hasta llegar a la iglesia.
Yo estaba medio delgado
Y enderecé a un bodegon,
Comí con Antonio el manco,
Y a la tarde me dijeron
Que habia sortija en el bajo;
Me fuí de un hilo al paraje,
Y cierto no me engañaron.
En medio de la alameda
Habia un arco mui pintado
Con colores de la patria:
Jente, amigo, como pasto,
Y una mozada lucida
En caballos aperados
Con pretales y coscojas,
Pero pingos tan livianos
Que a la mas chica pregunta
No los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompia
Tendido como lagarto,
Y.... zas.... ya ensartó.... ya no....
¡Oiganlé que pegó en falso!
¡Que risa, y que boracear!
Hasta que un mocito amargo
Le aflojó todo al rocin

Y ¡bien haiga el ojo claro!
Se vino al humo, llegó
Y la sortija ensartando
Le dió una sentada al pingo
Y todos, VIVA, gritaron.

Vine a la plaza: las danzas
Seguian en el tablado;
Y ví subir a un ingles
En un palo jabonado
Tan alto como un ombú,
Y allá en la punta colgando
Una chuspa con pesetas,
Una muestra, y otros varios
Premios para el que llegase:
El ingles era baqueano:[1]
Se le prendió al palo viejo,
Y moviendo piés y manos
Al galope llegó arriba,
Y al grito ya le echó mano
A la chuspa y se largó
De un pataplus hasta abajo:
De allí a otro rato volvió
Y se trepó en otro palo
Y tambien sacó una muestra,
¡Bien haiga el bisteque diablo!
Despues se treparon otros
Y algunos tambien llegaron.
Pero lo que me dió risa
Fueron, amigo, otros palos
Que habia con unas guascas
Para montar los muchachos,
Por nombre rompe cabezas;
Y en frente, en el otro lado
Un premio para el que fuese
Hecho rana hasta toparlo;
Pero era tan belicoso
Aquel potro, amigo Chano,
Que muchacho que montaba,
Contra el suelo.... y ya trepando
Estaba otro.... y zas al suelo;
Hasta que vino un muchacho
Y sin respirar siquiera
Se fué el pobre resbalando
Por la guasca, llegó al fin
Y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
Y me tenté ¡mire el diablo!
Con poncho y todo trepé
Y en cuanto me lo largaron,
Al infierno me tiró,
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo,
Que si allí tengo narices
Quedo para siempre ñato.
Luego encendieron las velas
Y los bailes continuaron,
La cueteria y los fuegos.
Despues todos se marcharon
Otra vez a las comedias.
Yo quise verlas un rato
Y me metí en el monton,
Y tanto me rempujaron
Que me encontré en un galpon,
Todo mui iluminado,
Con casitas de madera
Y en el medio muchos bancos.
No salian las comedias
Y yo ya estaba sudando,
Cuando amigo, de repente
Árdese un maldito vaso
Que tenía luces dentro,
Y la llama subió tanto
Que pegó fuego en el techo:
Alborotóse el cotarro,
Y yo que estaba cerquita
De la puerta, pegué un salto
Y ya no quise volver.
Despues me anduve paseando
Por los cuarteles, que habia
Tambien mui bonitos arcos
Y versos que daba miedo.—

Llegó el veintiseis de mayo
Y siguieron las funciones

[1] Diestro.

Como habian empezado.
El veintisiete lo mismo:
Un jentío temerario
Vino a la plaza: las danzas,
Los hombres subiendo al palo,
Y allá en el rompe cabezas
A porfia los muchachos.
Luego con muchas banderas
Otros niños se acercaron
Con una imájen mui linda
Y un tamborcito tocando:
Pregunté qué vírjen era,
La Fama, me contestaron:
Al tablado la subieron
Y allí estuvieron un rato,
A donde uno de los niños
Los estuvo proclamando
A todos sus compañeros.
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo
Ver al muchacho caliente,
Y mas patriota que el diablo.
Despues hubo volantines,
Y un ingles todo pintado,
En un caballo al galope
Iba dando muchos saltos.
Entretanto la sortija
La jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Lorea
Otros tambien me contaron
Que habia habido toros lindos.
Yo estaba ya tan cansado
Que así que dieron las ocho
Corté para lo de Alfaro,
Donde estaban los amigos
En beberaje y fandango:
Eché un cielito en batalla,
Y me resbalé hasta un cuarto
Donde encontré a unos calandrias
Calientes jugando al paro.
Yo llevaba unos realitos,
Y así que echaron el cuatro
Se los planté, perdí en boca,
Y sin medio me dejaron.
En esto un catre viché, [1]
Y me la fui acomodando,
Me tapé con este poncho
Y allí me quedé roncando.

Esto es, amigo del alma,
Lo que he visto y ha pasado.

CHANO.

Ni oirlo quisiera, amigo,
Como ha de ser! padezcamos!
A bien que el año que viene,
Si vivo iré a acompañarlo,
Y la correremos juntos.

Contreras lió su recado
Y estuvo allí todo un dia;
Y al otro ensilló su ruano,
Y se volvió a su querencia
Despidiéndose de Chano.

—1822.—

1 Descubrí.

INURRIETA.

(MANUEL.)

D. Manuel Inurrieta, nació en Chascomus, ciudad mui principal de la provincia de Buenos Aires. Es un jóven de tinguida educacion, pero no ha seguido la carrera de las letras: cultiva algunas bellas artes como aficionado y ide actualmente en el Brasil, ocupado en especulaciones mercantiles.

La primera de las dos siguientes composiciones, está tomada de uno de los números del Museo de Ambas Américas, dactado por el Sr. D. Juan García del Rio,—la otra es inédita.

LA CADENA DE PELO.

(SATISFACCION A UNA DAMA.)

Porque la tenga presente,
O me sirva de consuelo,
Envióme una amiga ausente,
De los rizos de su frente,
Una cadena de pelo.
Para tiernos corazones,
Esas hebras combinadas
Son poderosas prisiones,
Mas que gruesos eslabones
De cadenas remachadas.
Mas no os dé, señora, pena,
Solo es prenda de amistad;
No a esclavitud me condena:
Traigo al cuello una cadena
Sin perder mi libertad.

—Montevideo, agosto 1840.—

LA QUE VI EN EL BAILE.

A MI HERMANA.

(INEDITA.)

Era jóven y era linda,
De una estatura mediana,
Negro el cabello, ojos grandes,
La mejilla sonrosada;
En su festivo semblante
De espresion abierta y franca,
Por una mano invisible
La bondad lleva grabada.
Dulce su voz, harmoniosa,
Penetrantes sus miradas,
De afable y sencillo trato,
Alegre como una pascua,
Sin melindres de doncella
Ni escrúpulos de beata.

De blanco toda vestida
De sencillez hace gala:
Tanto mas bella parece
Cuanto menos esmerada.
Chalcito color celeste,
Sujeto al pecho llevaba
Con una «mariposita»
De filigrana de plata.
En cada una de sus formas,
En sus modales, en su habla,
Hai un secreto que hechiza
Hai un hechizo que encanta.
Cuando baila ¡qué donaire!
Qué jentileza! qué gracia!
Si parece que no toca
Al suelo la leve planta.
Entre el bullicio y tumulto
De la alegre contradanza,
Atónito la seguia
Con la vista y con el alma:
Solo a ella veian mis ojos,
Solo su voz escuchaba.
Si fuera como esta hermosa
La que el destino me guarda,
Cuán dichoso me creyera!
Oh, cómo tierno la amara!
Mientras bailaba lijera
Una presurosa valsa,
Cayérasele un ramito
Que en la cabeza llevaba;
Recojílo en el momento
Como una cosa sagrada,
Y guardélo aquí en mi pecho
Que ajitado palpitaba.
Entre confiado y dudoso,
Acerquéme luego a hablarla,
Y mirándome risueña
Estendió su mano blanca,
Brindándome una diamela
Que sobre el pecho ostentaba.
Al tomarla yo la dije,
Con no sé qué desconfianza:
«Por qué la empleais tan mal?»
«En nadie mejor empleada,
Me contestó cariñosa,
Que en el que humilde se abaja
A levantar una flor
Acaso ya pisoteada»......
Desde entonces ando loco,
Yo no sé lo que me pasa:
Soñé con ella esa noche,
Tambien soñaré mañana.
Ella, el ramo, la diamela,
Y aquella boca torneada
Como el arco del amor,
Me siguen como fantasmas:
Unas veces todas juntas
Otras veces separadas,
Siempre las tengo presentes
Y no pudiera olvidarlas,
Ni aunque tú me lo pidieras,
Ni aunque ella me lo mandara,
Ni porque traiga en el pecho
«La imájen de la inconstancia.»

—Montevideo, febrero 1840.—

IRISARRI.

(HERMÓJENES.)

D. Hermójenes Irisarri, hijo de un americano mui conocido por sus escritos y sus actos diplomáticos, nació en la República de Chile el 19 de Abril de 1819. Ha escrito en varios periódicos de Santiago, y las poesías que publicamos aparecieron (desde 1842 a 1844) en el «Semanario» y en el «Crepúsculo,» publicaciones ambas, de recomendable mérito literario.

A UNA MUJER.

Fuiste un tiempo, triste niña,
La envidia de la hermosura,
Y en tu frente honesta y pura
Brilló el amable candor.
Y entonces, niña ¿te acuerdas?
Los hombres te saludaban,
Y a tu oido murmuraban,
Dulces palabras de amor.

Palabras que en tu inocencia
Sin comprenderlas oias,
Y tú a la vez sonreias
Quizás sin saber por qué;
Pues que tu sonrisa injénua
En tu labio y tu mejilla,
Como tu alma era sencilla,
Pura como el labio fué.

Esas palabras que ahora,
Si suenan en tus oidos,
Suenan como ecos perdidos
De un concierto que acabó!
Te traen al pensamiento
Un recuerdo, dulce y triste
De lo que en un dia fuiste
Cuando el amor te halagó.

Tus ojuelos celestiales
Eran dos diáfanas fuentes
De vivida lumbre ardientes,
Y respirando placer;
Eran de amor lenguas vivas
Que si el amor inspiraban,
Ellos solos lo ignoraban,
Sin desearlo comprender.

¡Pero, qué pronto perdieron
Su hermosura y su viveza!
¡Ai cuán presto a la tibieza
Se siguió la languidez!
¡Dolorida es la mirada
Que un tiempo fuera tranquila,
Y ya el párpado destila
Llanto que quema tu tez!

Eran tus labios la imájen
De la rosa purpurina,
Que la brisa matutina
Aromática empapó,
Cuando por puertas de nácar,
Apareciendo la aurora,
Trasparentes gotas llora
Sobre el cáliz de la flor.

Y era tu risa el remedo
De las blandas olas, cuando,
Por la playa resbalando,
Quieren su imperio ensanchar,
Y al replegarse a su lecho
Muestran a la vista, avaras,
Nítidas perlas, que raras,
En su seno guarda el mar.

Si dormias, de tu sueño
Gozabas tranquilamente,
Sin que ajitase tu mente
Un recuerdo de dolor;
Que tu corazon sereno
Dejaba gustar a tu alma
En suave y plácida calma
Del dulce sueño el valor.

Cual arroyo que tranquilo
Sus limpias aguas desliza,
Y las flores fecundiza
En el ameno verjel,
Era tu vida en el mundo;
Por él serena pasaba,
Brillo y color le prestaba,
Y era pura como aquel.

¿Quién que te viera aquel tiempo,
Hermosa niña, dijera,
Que tu aparicion no fuera
Una vision celestial?
¿Un ánjel que descendia
A endulzar nuestra amargura,
A prometernos ventura
Allá en la vida eternal?

¿Y hora por qué mustia y sola
Y retirada del mundo,
Consuelo a un dolor profundo
Buscas en la soledad?
¿Por qué tus ojos al cielo
De lágrimas inundados,
Los tienes siempre tornados
Como implorando piedad?

¡Piedad de los cielos niña!
¿Y los cielos qué te han hecho,
Que así exhalas de tu pecho
Quejas de amargo dolor?
—Los cielos no te ofendieron,
Ni te podrán dar los cielos,
Para tus males, consuelos
Que te ha negado el amor.

Amaste, niña, y amando
Dejaste de ser dichosa,
Que una ventura engañosa
Sorprendió tu corazon;
Y dejastes inocente,
Una dicha verdadera
Por una falaz quimera,
Una fatal ilusion.

Tu tierno pechó sencillo,
Las palabras engañaron
Que los labios pronunciaron
De ese tu amante traidor;
Y cuando pudo su astucia
Triunfar de tu resistencia,
Burlóse de tu inocencia
Y de tu cándido amor.

Tú le contemplas a veces
En medio de los placeres
Del amor de otras mujeres
Tranquilamente gozar,
Sin que recuerde tan solo
Una vez al pensamiento,
El horroroso tormento,
Que te ha por fin de acabar.

O te finjes que le miras
Ya volver arrepentido,
Y a tus piés le ves rendido
Implorando tu perdon,
Y tú le tiendes la mano,
Y en disculparle te empeñas.
Y vas a abrazarle y...... ¡Sueñas
Con una grata ilusion!

Inocente paloma, sufre y llora,
Que trazado en el libro del destino
Estaba el largo y áspero camino
Que te conduce de la vida al fin,

¡Si, sufre y llora, que tu culpa espías,
Que tú a la tierra a padecer viniste.
¡Sobrada culpa tuviste
Con empezar a vivir!

Si creiste tal vez que tu existencia
De placeres se viera coronada,
Por tu amor adormida, y arrullada
De la fortuna entre caricias mil,
¡Inocente paloma! es que ignorabas
Entre ilusiones de eternal ventura,
¡Que esta mansion de amargura
Lo era de engaños así!

Los goces, los deleites de la tierra
Son sombras, son fantasmas pasajeros,
Que a nuestra vista ofrecen lisonjeros
Cuadros de gloria y de inmortal placer.
¡Fantasmas que cual humo se deshacen,
Miéntras que al alma fascinada aquejan
Los recuerdos que le dejan
De la ventura de ayer!

—

Y tú, paloma incauta, enamorada,
¿Qué harás de tu existencia desgraciada,
Dime, que harás con tu infeliz pasion?
Llegas tal vez a un claustro y dolorida
En él consumes tu ajitada vida,
Entre el cilicio, ayunos y oracion.
Y allí suplicas con ferviente anhelo
Que plegue concederte al almo cielo,
De tu acerbo penar el galardon.
Y en tus ruegos tal vez envuelto un nombre
Sube a implorar del cielo, para el hombre,
Que te perdió en el mundo, su perdon!

EL POETA.

(FRAGMENTOS.)

Al mundo vino un ser por su desgracia
Y enviado por la mano de Dios mismo,
Marcado con el sello de su gracia
Y colocado al borde de un abismo.

Todo el espacio su mirada abarca
Y a la infinita eternidad se estiende,
Y el corazon de fuego late y marca
Cada celeste chispa que le enciende.

Dotado de alma grande, alma sensible,
Que todo lo comprende o lo medita,
Y para quien vivir es imposible
Con una duda en la memoria escrita.

Un ser que marcha sin saber por dónde;
Pero que en todas partes vé un camino,
Que aunque su fin ante la vista esconde,
Siempre, seguirle siempre, es su destino.

Flores le cubran o ásperos abrojos
Por el sendero va con planta osada,
Y es la espina o la flor ante sus ojos
Con colores poéticos tocada.

Lanzado al mundo con mision divina
Como su patria el mundo le recibe,
Él por el mundo con placer camina,
Pero en el pensamiento solo vive.

Vive para los hombres, para el mundo,
Para la gloria vive a quien adora,
Pero en penoso meditar profundo,
Que vive para sí su mente ignora.

Un ser a quien le fuera concedido
Discurrir en las nieblas del pasado,
Y sacar de entre el polvo del olvido
Hechos que eternamente ha consagrado.

Y hasta el velado porvenir oscuro,
Como la fantasía del profeta,
Se atreve a penetrar, y a lo futuro
Le arranca sus secretos el poeta.

Sí, su mente brillante y atrevida,
Miente el pasado y porvenir, presente
Todo en el alma está lleno de vida,
Que todo vive en su atrevida mente.

—

¡Poeta, sí, tu vives, y viviendo
Pasan por tí los dias y los años,
Y los dias, los años, van trayendo
A tu penosa vida desengaños!.......
. . . .
. . . .

Viste naciendo un boton
De una rosa nacarada,
Y pensaste en la ocasion
Que aquella flor encantada
Merecia un corazon.

Y tú el corazon la diste
Poeta, y lo diste en vano,
Que a cojerla fuiste ufano,
Y las espinas no viste
Que lastimaron tu mano.

Así vinistes al mundo,
Y el mundo así te engañó,
Y solo en cieno profundo
Este muladar inmundo
Que un jardin te pareció.

Pero tú, poeta, vives
En él y solo por él,
¿Qué te importa sea hiel
Lo que del mundo recibes,
Si tú le dejas tu miel?

Guste en buen hora de tu obra
O la rechace de sí,
Poeta, confiesa y dí,
¿Si su voto no es de sobra,
Si no te bastas a tí?

Si tu conciencia es la guia
Que conduce tu razon,
Deja al mundo en la ocasion,
Déjale con su mania,
Descansa en tu corazon.

No temas, no, la malicia
De ese mundo corrompido
Que te hiere en su injusticia,
Relega todo al olvido
Que el bueno alcanza justicia.

Ni te importe su opinion,
Que el poeta en su mision
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendicion! [1]

A LICE.

¿Quién creyera, ingrata Lice,
Que fueras tan inconstante;
Quién pensara que al amante
Que te juró eterno amor,
A quien tu correspondiste
Y le entregaste tu pecho,
Le niegues hoi el derecho
Que tiene a tu corazon?
Crueldad tan grande no cabe
En beldad tan soberana.
¿Y cómo creerte, inhumana,
Capaz de tal mutacion?

Cuando ries de mis quejas
Y te burlas de mi llanto,
Y del juramento santo
Que a mí or siempre te dió,

Pienso ver de un triste sueño
Alguna amarga ilusion.

¿Yo creyera que esos ojos
Sus rayos abrasadores
Solo lanzasen traidores
Para causar destruccion?

---

1 Zorrilla. (El A.)

¿Creyera yo que tuviesen
Tanta languidez finjida,
Y que prometiesen vida
Para dar muerte mayor?
¿Pensara yo que tu boca
Que causa envidia a la rosa,
Mui mas fresca y mas hermosa
Que un vespertino arrebol,
Dulcemente pronunciase
Palabras del amor llenas,
Palabras que eran ajenas
De un sencillo corazon?

Es imposible, ni el sueño
Obrar puede esa ilusion.

No puedo yo persuadirme
Que quieras darme la muerte.
¿Ni cómo creer que mi suerte
A tal estremo llegó?......
¿A tu mas humilde siervo,
A tu amigo el mas constante,
A tu mas rendido amante,
Tratarlo con tal rigor?
¿Y cuál el motivo ha sido
Que en tí tal mudanza ha obrado,
Despues de haberme jurado
Constante fé, eterno amor?
¿Pues no he sido siempre el mismo,
Y mis palabras y acciones
En todas las ocasiones
No probaron mi pasion?

¿Y aun no te viste en mi sueño
Hermoseando la ilusion?

Mucho, Lice, te he querido
Y te quiero mucho, ingrata,
Y al fin tu rigor me mata
Sin ser yo merecedor.
Mas, tomaré tus crueldades
Cual si me fueran favores,
Y modelo de amadores
Cesarán mis quejas hoi:
Yo no merezco ser tuyo;
Así lo quiere el destino,
Y este me traza el camino
Que seguiré en mi dolor.
Así me dice sañudo:
»Olvida cosas pasadas,
»Que promesas olvidadas
»Nunca las hizo el amor.

«Tu ventura ha sido un sueño
»Y su amor una ilusion.»

¿Cierto será, Lice mia,
Que tú, cruel, me has engañado
Que tú jamas me has amado,
Que burlaste un corazon
Que juró ser siempre tuyo?
¿Cierto será? y has tenido
El placer de haberme herido
Con tan horrible traicion?
No, repito, jamas creo
Que de tal modo haya obrado
La que en el mundo ha ostentado
Ser la total perfeccion.
Ya, ya te miro a mi llanto
Volver la faz, y risueña
De tus labios, halagüeña
Así decirme tu voz:

Son tus temores un sueño,
«Una fatal ilusion».

PENSAMIENTOS.

A MI AMIGO D. J. V. L.

CANTO SÁFICO.

I.

¡Bálsamo grato de las crudas penas,
Dulce consuelo en mis amargas horas,
Blando regalo de la mente mia,
Ven, yo te imploro!

¡Grata Poesía, celestial encanto,
Ven, y a mi ruego presurosa acorre,
Ven a dictarme sonorosos versos,
Musa querida!

Si el alma tiene que llorar sus cuitas,
Si tiene el alma que cantar sus goces,
Lágrimas tristes o sonrisa grata,
¡Tú me las debes!

¡Ven, y ya sea que anegada en llanto,
O que festiva te presentes hora,
Siempre en buena hora, bien venida seas....
Quiero que vengas!. ..

. . . .

Ai que tu risa no se acuerda, oh Musa!
Con el martirio que padece el alma,
Ásperos, rudos, mis acentos fueran,
Tibio mi canto.

Pero si mustia, taciturna influyes,
El estro mio se dilata, y dócil
Corre la pluma, y trazará sonoros
Fáciles versos.

Si el alma inquieta, si doliente el cuerpo
Lánguido tiendo sobre el triste lecho,
Si sufro y lloro y padecer contínuo,
Solo es mi vida:

¿Cómo pudiera deleitarme el canto,
Los blandos sones de acordada Lira,
Si son los ecos de felices de horas
Que ya pasaron?

¡Ven, pero traeme tus dolientes ayes
Y tus suspiros y tus quejas hondas;
Y tus amargas y abundantes dame
Lágrimas tiernas!

Y yo contento con tu don sagrado
Mil y mil veces bendecirte pueda;
Que es don del cielo el de llorar las cuitas
Que se padecen.

II.

¡Cuánto apetezco en la acallada noche
Bajo las ramas del añoso sauce,
Cuando la vírjen de los aires, blanca,
Pura se ostenta:

¡Cuánto apetezco en el espacio inmenso
Verla esparcir sus celestiales rayos,
Y que su imájen pudorosa, quiebren
Aguas del rio!

Pláceme ver el azulado cielo,
Manto bordado de brillantes luces,
Bóveda inmensa que jamas midieron
Ojos humanos,

Pláceme sí, con penetrante vista
Sondar su oscuro, su profundo arcano,
Y adivinarle en mi febril deseo
Límite fijo.

Lánzome así por la rejion del eter,
Vago por medio de un millon de mundos,
Mudo y absorto los contemplo y nada
Sé que decirme.

Ellos son grandes, son inmensos mundos,
Quizá habitados por las mismas almas
Que aquí dejaron la pesada y dura
Cárcel del cuerpo.

O en esos globos rutilantes miro
De ánjeles bellos la mansion gloriosa,
Bella, flotante, transparente y pura,
Propia del ánjel.

¡Cuántas ideas que espresar quisiera
Vuelan y asaltan a la mente mia,
Cuando contemplo maravillas tantas,
Obras tan grandes!

Venga conmigo el obcecado ateo,
Venga conmigo el obcecado y crea,
Que no es posible resistir cuando habla
Naturaleza.

Venga y ya observe con la luz dudosa
De la plateada y vacilante estrella,
O con el rojo y vigoroso rayo
Del sol hermoso;

Siempre a sus ojos brillará el potente
Brazo que ordena creacion tan vasta,
Siempre a sus ojos brillará, en la viva
Luz y en tinieblas.

Y el hombre, el hombre, el infeliz gusano,
Te desconoce, criador supremo;
Goza tu luz y tu tiniebla.... ¡nunca
Te dá las gracias!

Yo, miserable, aunque doliente sufro,
A tí mis preces y mi canto envío:
Llegue a tu trono mi loor y suba,
Suba mi incienso.

Suba, que en tanto, resignarme es justo
A lo que ordene tu querer divino....
¡Si tú que muera decretaste, venga,
Llegue la muerte!

III.

Limpia, tranquila, plateada luna
Dame tu suave, tu fulgor divino,
Y un rayo tuyo penetrando el sauce,
Hiera mi frente.

Húmedas nieblas que vagais prendidas
De la insalubre líquida laguna,
En espirales como el humo al cielo
Pronto, alejaos.

Zéfiro, dame tu suspiro errante,
Dame tu aliento embalsamado y puro,
Y que tus alas al pasar, mi rostro
Diáfanas toquen.

Y si vosotras misteriosas hadas
Volais errantes por el aire vano,
No de mi ensueño me saqueis con voces
Desconocidas.

Amo en la luz y la quietud callada
De la serena y apacible noche,
Dar a mi cuerpo y mis sentidos, libre
Paz y descanso.

Amo el murmullo del arroyo limpio
Que el cesped riega en desigual corriente,
Cuando con manso susurrar halaga,
Frescas las flores.

Y amo el momento en que las flores bellas
Tiernas cerrando tembloroso el caliz,
Vuela la tarde y al llegar la noche
Sopla la brisa.

Y amo en la brisa respirar el suave
Puro perfume que exhalaron ellas,
Cuando les daba el primoroso y blando
Ultimo beso.

. . . .

Es el momento en que reposa todo,
Todo en silencio se sepulta y sombras;
Horas de paz en que cansados duermen
Cielos y tierra.

Que si a deshora en lontananza se oyen
Vagos ladridos del mastin celoso,
Que en el aprisco velador se hospeda,
Eco les falta.

Nada! el silencio, la oracion, el sueño,
La paz, la calma sepulcral, las sombras,
Formas sin cuerpo, sin color, sin voces....
¡Muerto está el mundo!

IV.

¡Esta la hora que a pensar me invita,
Este el momento en que morir debiera;
Porque en el alma recojida bullen
Santas ideas!

Llore angustiado y con zozobra espere
Del duro trance aproximarse el tiempo,
Quien nada tenga que desear, quien nada
Juzgue que falta.

Quien goce y viva de mundanos bienes,
Quien cifre en ellos sus delicias todas,
Quien tantas horas de ventura cuenta
Cuantas son ellas.

Pero hai momentos en que abate al hombre
Tanto el destino con sus rudos golpes,
Que busca alivio en la futura calma
De la otra vida.

Cuando el momento de morir me llegue,
Buenos amigos, un favor os pido:
Templad acordes la sonora Lira
Juntos, y en torno

De aquel estrecho cabezal que ocupe,
Unidos todos, con fervor sagrado
Cantad al Dios de las bondades, bellos
Sáficos himnos!

LAFINUR.

(JUAN CRISÓSTOMO)

El Dr. D. Juan C. Lafinur nació en las Minas de la Carolina, lugar situado en la jurisdiccion de San Luis, provincia de la República Arjentina, el 27 de enero de 1797.—Estudiaba en la universidad de Córdoba del Tucuman, cuando emprendió sus campañas el jeneral D. Manuel Belgrano. Lafinur dejó entonces el manteo de estudiante de ciencias morales, ciñó la espada, y dió otra direccion a su espíritu, pues segun espresion de él mismo, tuvo la gloria de pertenecer a la academia de matemáticas fundada por aquel jeneral para instruccion de los cadetes de su ejército. «A ella se agolpaba la juventud a sorprender a la naturaleza en sus misterios y a fecundar desde temprano el jérmen de la gloria.»

Lafinur se dió a conocer en Buenos Aires por algunos periódicos que redactó allí, por sus poesías, y principalmente por la novedad de las doctrinas que profesó en los colejios de aquella ciudad.

En enero de 1823 se doctoró en ambos derechos en la universidad de Santiago de Chile, se casó en esta capital en el mismo año, y murió el dia 13 de agosto de 1824.

Lafinur fué uno de esos hombres de accion y de entusiasmo cuyos escritos son inferiores a su talento y a su fama. En los 27 años de su vida, fué militar, periodista, profesor; cultivó la música, se separó de la doctrina de sus maestros para enseñar las ideas que entonces se llamaban «del siglo», y murió como el católico mas fervoroso.

A LA MUERTE DEL JENERAL DON MANUEL BELGRANO. [1]

CANTO FUNEBRE.

Obruit audentem rerum gravistaque, nitorque,
Nec potui coepti pondera ferre mei.
OVID.

¿A donde alzaste fujitiva el vuelo
Robándote al mortal infortunado,
Virtud, hija del cielo?
¿Quién ayermó tu templo inmaculado,
Y tu antorcha apagó? Dínos ¿a dónde
El voto te hallará del varon justo?
Un eco pavoroso ¡ai! nos responde:
«Olvidó para siempre al mundo injusto:
Al túmulo volóse, allí se esconde:»

Y el justo lo sintió; que en su alta mente
Vió las desgracias que la patria llora,
Y antes que ella lloró; vió de repente
Jemir los bronces, do el buril pronuncia
Los nombres de los hijos de la gloria;
De luto el estandarte que antes fuera
Prenda de la victoria;
Ronco el tambor glorioso
Que predicó el combate y las venganzas;

[1] Vencedor en «Tucuman» el 24 de Setiembre de 1812, y en «Salta» el 20 de Febrero de 1813.—Murió en Buenos Aires, su ciudad natal, el 20 de Junio de 1820.

Y al héroe que animoso
Vió su sangre correr en mil matanzas,
Y viólo en faz serena,
Hoi postrarse al dolor, darse a la pena.
Aun sintió mas: en bárbara alegría
Los abismos hervir, y las pasiones
Del mundo apoderarse con fiereza;
De la guerra fatal la chispa impía
Avivar es su afan, y con presteza
La copa tiende el miedo a la venganza
Traidora e impotente;
Mientras que la ambicion mas insolente
Avanza hasta el terrible tabernáculo;
El velo despedaza, escupe el ara;
Truena la guerra, y mil desastres para
Y mil sepulcros abre. La cuadriga
En carro de serpientes arrastrada
La densidad rompiendo
De una nube de crímenes preñada,
El paso se abre, y en los aires zumba
Un grito pavoroso a que responden
Los huecos de la tumba;
Grito fatal con que ella se recobra:
Murió Belgrano; consumada es la obra.
Y ¿es verdad? ¿El oráculo espantoso
Terminaria aquí? ¡Bárbara suerte!
¡Acabó la virtud!! ¡Polvo y ceniza
Caen en el rostro que la misma muerte
No logró conturbar! La tumba triste
Por una lei precisa
Es el último carro de los héroes!
Sea: y ¡qué resta, muerte, al triunfo impío,
Si el valor es difunto;
Qué resta ya sino cambiar al punto
En sepulcro la tierra, divorciando
Al tiempo y a la vida para siempre!!
Sol que ves nuestro luto; ilustre padre
De la Patria y la luz; tú que reinando
En las rejiones do sus lindes puso
La inmensa creacion, viste las glorias
Del héroe que a tu causa reservaste;
¿Testigo del contraste,
Que por su amarga pérdida lloramos,
Serás? Mil veces para sus victorias
Fué escasa tu luz pura;
Hasta aquella rejion donde natura
Escondió sus tesoros, y algun dia
Aras de oro se alzaron a tu frente:::::
Hasta allá fué su espada; y su enerjía
Vengó tu templo, redimió tu jente.
Pero ¡a qué describir sus altos triunfos!
¡A qué rumiar laureles marchitados
De la tumba en el hielo!
Contemplemos por único consuelo
A Belgrano inmortal en nuestras almas,
Y su alma contemplemos.
Su relijion ¡o Dios! ¡Quién como él supo
Rendir al ara el estandarte altivo
Y al Dios de los combates acatarse?
Su pecho compasivo,
Cuando estaba la gloria fermentando
Sus soberbias semillas,
Y en el furor del triunfo, él las ahogara
Por mejor heroismo,
Y a la hueste rendida le declara
La vida y libertad. Su patriotismo,
Su celo por el bien, su porte justo,
Su jenerosidad.... gritadlo a voces,
Lejiones que a la gloria condujera;
Vosotros que a su ejemplo fuisteis siempre
Pródigos de las almas;
La miseria espantosa, la hambre fiera,
La estacion penetrante ¡ai! combatisteis
Con vuestro jeneral: ¡oh! vos sentisteis
De su pecho las tiernas emociones:
Vos le visteis
Primero que la luz, volar en torno
De vuestras pesadumbres. ¡Cuántas veces
No os consoló su ejemplo poderoso!
Y cuando la fortuna en sus reveses
Falló ciega por vos, en sus abrazos
Cojisteis con usura
El precio a tanta pena acerba y dura.
Rodead tambien el negro monumento,
Jóvenes tiernos que al santuario ilustre
De la hermosa virtud habreis llegado
A merced de su amor. Queria el hado
Perpetuar en vosotros sus caprichos,
Y ciegos a la luz, parar el dia
En que fuerais esclavos:
Belgrano combatió su tiranía,
Y con piedad heróica y sin ejemplo

De la alma educacion os abrió el templo.
¡Qué mas quiere la tierra! No, no es ella
Para quien tanto se hizo:
La virtud quiere su obra y se querella
Contra el tiempo y el crímen;
La eternidad a unirse con el hombre
Anhela ávida y torba;
Y ella y la muerte con furor oprimen
La muralla de bronce que lo estorba:
¡Ai! que el dolor, la enfermedad acerba,
Legados de la Parca,
Desploman su existencia, y Esculapio
Jamas, jamas tan crudo
En sus altares lágrimas ver pudo,
Y lágrimas tan justas!!
Iba a rayar el dia en que la Patria
Recuerda de su cuna la hermosura;
Triste era esta alba, no cual la alba pura
En que el mundo la vió libre y señora:
El bronce en truenos su llegada anuncia,
Y Belgrano lo siente; en esta hora
Desasirse pretende de la muerte
Que lo ahoga y lo devora:
Cárdeno el labio, trabajosa el habla
Al cielo alzando las deshechas manos,
Se rindió a un parasismo.... Americanos,
Un cuadro tan terrible y tan sublime
Os faltó ver; entonces clamariais:
«Nuestra patria no vuelve a los tiranos».
Vuela el tiempo sus alas empapando
Del escelso vivir en las corrientes
Hasta secarlas todas;
Belgrano ya no alienta; ¡oh! ¡qué elocuentes
Son sus miradas lánguidas, sus formas
Escuálidas y tristes!
Así descansa el ave hermosa y pura
Sus plumas y matices recojiendo,
Pronta a volar a la suprema altura
Y mostrarnos sus alas derramadas,
De oro y azul celeste salpicadas.
Héroes de nuestro suelo
Que habeis volado de la gloria al templo,
A la tierra dejando
Sangre, gloria, virtud, fama, y ejemplo,
Ved vuestro jeneral: corred el velo
A las doradas puertas, mientras tanto
Nosotros con desvelo
Visitaremos la urna para darle
Tributo eterno de amargura y llanto.

—1820.—

A LA MUERTE DEL JENERAL D. MANUEL BELGRANO.

CANTO ELEJIACO.

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo
Al ánjel entregado de la muerte,
Que a la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeon ya no muestra el rostro altivo
Fatal a los tiranos; ni la hueste
Repite de la Patria el sacro nombre
Decreto de victoria tantas veces.
Hoi enlutando su pendon, y al eco
Del clarin angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor; ¡dolor terrible
Que el llanto asoma so la faz del héroe!...
Y el lamento responde pavoroso:
«Murió Belgrano!» ¡oh Dios! ¡asi sucede
La tumba al carro, el ai doliente al viva,
La pálida azucena a los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
¡La tierra fria cobra tus despojos,
Que abarcará por siempre; mas no puede
¡Campeon ilustre! ¡atleta esclarecido!
La mano que te roba hollar las leyes
Que el corazon conoce: envanecido
El jaspe os mostrará a los descendientes
De la jeneracion que te lamenta.
La patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que le amaga
En anárquico horror, la ambicion prende

En los ánimos grandes, y la copa
Da la venganza al miedo dilijente.
Aun de Témis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo; el inocente,
El inocente pueblo, ilustre un dia,
A la angustia entregado; el combatiente
Sus heridas inútiles llorando
Escapa al atambor; el pais se enciende
En guerra asoladora que lo ayerma;
Asoma la miseria, pues que cede
La espiga al pié feroz que la quebranta,
Y ¿ora faltas Belgrano?... ¡Así la muerte
Y el crímen, y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
¡Y diez años de afan'... ¡Todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu jenio,
Tu nombre en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un dia; marchitólas
La nieve del sepulcro. Así os lamente
La lejion que a la gloria condujiste:
Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
La majia del honor, y con destreza
Amar le hicisteis el teson perenne,
La hambre angustiadora, el frio agudo...
Suspende ¡o musa! y al dolor concede
Una mísera tregua. Yo lo he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo, y consolarlo.
Ora rayo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza, y triunfa, y luego
¿Qué mas hacer?... El desairar la suerte,
Y ser grande por sí; esta no es gloria
Del comun de los héroes; él la ofrece
En pró de los rendidos que perdona.
Ora al jenio se presta y lo engrandece:
Corre la juventud, y la natura
La espía en sus arcanos, la sorprende,
Y en sus almas revienta de antemano
El jermen de las glorias [1]. ¡Oh! ¡quién puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazon de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien! Solo a tí es dado
Historia de los hombres: a tí que eres
La maestra de los tiempos. La arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe,
En tí se deposita; recojedla,
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos ¡sombras preciosas de Balcarce,
De Oliver, de Colet, Martinez, Velez!
Ved vuestro jeneral; ya es con vosotros;
Abridle el templo que os mostró valiente.
¡Tucuman! Salta! Pueblos jenerosos!
Al héroe del Febrero, y del Setiembre
Alzad el postrer himno. Mas vosotras,
Vírjenes tiernas, que otra vez sus sienes
Coronasteis de flores, id a la urna,
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio; émulo hacedlo
De los mármoles, bronces, y cipreses.

—1820.—

A LA ORACION FUNEBRE,

QUE EN LA IGLESIA CATEDRAL DE BUENOS AIRES, FUE PRONUNCIADA POR SU PREBENDADO DR. D. VALENTIN GOMEZ, EN LAS EXEQUIAS DEL JENERAL D. MANUEL BELGRANO.

No tiene poco de héroe el que sabe
alabar dignamente a los que lo son.
(Un escritor americano.)

ODA.

Era la hora: el coro majestuoso
Dió a la endecha una tregua; y el silencio,
Antiguo amigo de la tumba triste,
Sucedió a la harmonía amarga, y dulce:
La urna, solitaria, presidia
La escena que canta hoi la musa mia.

---

1 La Academia de matemáticas establecida en Tucuman, para la instruccion de los caballeros cadetes, y a la que el autor tiene el honor de haber pertenecido. A este propósito hubiera dicho mas en detalle algunos de los hechos, que han marcado su vida con caractéres eternos de filantropía y humanidad; tal como el de la fundacion de escuelas de primeras letras en varios pueblos, a sus espensas; pero esto no ha sido posible atendida la brevedad del canto, y la premura del tiempo. (El A.)

Que las virtudes que en su torno andaban
Velando su tesoro, y dando al cielo
Su llanto, su esperanza, y sus amores,
Al púlpito volaron; sus acentos
Dulcísimos sonaron; los oyeron
Los hombres,... y de serlo se dolieron.

¡Cuándo mas dulce la verdad fué oida!
¡Cuándo sus rayos mas apetecidos!
Y ¡cuándo mas acerba nuestra pena!
Y ¡Cuándo nuestra pena menos dura!
Milagros tuyos ¡orador divino!
Del corazon tu lengua halló el camino.

El pueblo suspiraba ante tu frente;
Un canal misterioso se veia
Desde tu boca hasta él. Avara el alma
Se guarda tus palabras, cual si fuesen
Las reliquias del héroe que encarecen.

Un cuadro de virtudes delineado
Por quien sabe sentirlas; de virtudes
Por quienes Clio no ensayó aun su trompa,
Ni la historia sus pájinas, fué dado
A tu espresion feliz, dechado entero
De lo bello, lo tierno y verdadero.

No a la mísera Safo retrataste
Herida de un ingrato; ni de Ariadne
Los suspiros; ni lágrimas de Dido
Tu pincel espumara regalado;
Si al mausoleo penetraste triste
Con mejor causa que Artemisa fuiste.

Aquí a la Patria en su desdicha unida
Mostraste, señalando la urna avara:
Y ¿quién no fué el primero a apresurarse
Para tenderle el brazo?... El patriotismo
Dijo a la fama: «*Un héroe se ha acabado,*
Y en su pérdida mil han asomado.»

¡Momentos fujitivos! ¡oh que vuelva
El dolor que nos diste! torna a vernos
Envanecidos de glorioso llanto;
Heríate el dolor; tú nos herias
Con su espada y la tuya; que fué entonces
Mengua de tu poder no herir los bronces.

Centellas que despide el entusiasmo,
Y que apaga el sollozo.... reticencias,
Mas elocuentes que la lengua misma....
Tiernas interjecciones, usurpadas
Del sentimiento a la dialecta grave:
Leyes son con que el arte triunfar sabe.

Mas te vastó tu causa; tus prodijios
El cielo solo los obró en tu boca;
Si la sombra del héroe fué presente
A tu dolor sublime ¡qué contento
Diciendo a su silencio tornaria:
«OS VIVO AUN QUERIDA PATRIA MIA».

Pero el tiempo.... ¡cruel! y ¡cuál se engaña
El hombre en su consuelo! Vuela el tiempo...
¡Nuestra dulce ilusion, nuestra esperanza
Se han acabado ya! despierta el alma
A su afan anterior, y se estremece,
Y la verdad apura que aborrece.

Tú nos dejaste al fin, pero dejando
En nuestras almas la virtud hermosa:
Así oscurece el sol porque a otras climas
Vaya el torrente de su lumbre pura,
Así la rosa cuando dulce espira
Descarga su fragancia en quien la mira.

Viva en nosotros tu oracion sagrada
Como el fuego de Vesta; orgullo sea
De las divinas letras; pesadumbre
De los tiranos; ornamento digno
De la Patria; que al héroe honra mil veces
Mas que mármoles, bronces y cipreses.

—1820.—

A UNA ROSA.

(SONETO.)

INEDITO.

Señora de la selva, augusta rosa,
Orgullo de Setiembre, honor del prado,
Que no te despedace el cierzo osado
Ni marchite la helada rigorosa.
Goza mas; a las manos de mi hermosa
Pasa tu trono; y luego el agraciado
Cabello adorna, y el color rosado
Al ver su rostro aumenta vergonzoso.

Recójeme estas lágrimas que lloro
En tu nevado seno, y si te toca
A los labios llegar de la que adoro,
Tambien mi llanto ácia su dulce boca
Correrá, probarálo, y dirá luego:
Esta rosa está abierta a puro fuego.

—Buenos-Aires. 18[illegible].—

BRINDIS EN UN CONVITE PATRIOTICO.

Cuatro constelaciones en el cielo
Hoi aparecen de figura estraña:
Al Medio-dia corre el astro hermoso,
Y por el Norte se atraviesa el águila.

De fenómeno tal nadie adivina
Los efectos, los modos y las causas:
Se aturde el necio, el sabio es el que dice:
«Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.

—Santiago de Chile, Julio 9 de 18[illegible].—

LAFRAGUA.

(JOSÉ MARÍA.)

D. J. M. Lafragua, secretario del Ateneo de Méjico, goza fama de poeta en aquella república, su patria: nosotros solo conocemos de él la siguiente composicion a Iturbide, y algunos trozos en prosa insertos en el « Apuntador,» periódico literario, publicado en Méjico el año 1841.

ITURBIDE.

AL SR. D. ANDRES QUINTANA ROO.

Les siécles sont a toi, le monde est ta patrie.
Quand nous ne sommes plus, notre ombre à des autels
Oú le juste avenir prépare a ton génie
Des honneurs inmortels.
LAMARTINE.

I.

De cruel destino la implacable saña
De los Aztecas derribó el imperio:
Tenochtitlan [1] cayó, y un hemisferio
Apenas basta a la ambicion de España.
De oro y plata riquísimo venero
Abre Anahuac al fiero castellano,
Que al yugo le unce con impía mano,
Mintiéndole amistad con labio artero.
Y su altivo señor de una mirada
La suerte de dos mundos decidía:
«Nunca el sol en su imperio se ponia,»
Su voz en tierra y mar era acatada.
Y sus tercios derraman muerte y lutos
En torno del Azteca infortunado,
Que de la clase de hombre degradado,
Envilecido jime entre los brutos.
Y en el nombre de un Dios, todo dulzura,
Hipócritas ministros guerra gritan,
Y de la turba la venganza escitan
Y ciñen de laurel su sien impura.
Y sumido en horrible cautiverio,
Es Anahuac memoria de lo que era;
El delicioso grano es ya cibera,
Es el antiguo Eden un cementerio.
Y así corren los años tras los años,
Y pasa un siglo y otro siglo pasa,
Y la jóven colonia, triste, lasa,
Yermar se ve por déspotas estraños.
Cual víctima arrastrada al sacrificio,
Unida vive a la caduca Iberia,

[1] La ciudad de Méjico.

Y parto sus errores, su miseria,
De Mezencio sufriendo el cruel suplicio.

—

Llenóse, empero, la fatal medida,
De Méjico se abrieron los anales,
Do grabados con sangre, tantos males
Vió la naturaleza estremecida.
Encadenadas, las humildes manos
Elevó al cielo el infeliz colono:
Llegó su voz hasta el fuljente trono,
Y condolido Dios, «no mas tiranos,»
Dijo; e *Hidalgo* fué: su noble aliento
Anuncia «patria» en el feliz «Dolores;» [1]
Y enajena oprimidos y opresores
De «Independencia» el seductor acento.
Acento que a las víctimas que jimen,
Como al amante la esperanza, encanta:
Acento que a los déspotas espanta
Como al reo el recuerdo de su crimen.
Que es para ellas de un ánjel como el trino,
Dulce como es el puerto al marinero,
Y para ellos la voz de un juez severo,
Como la de cadalso al asesino.
En torno del patriótico estandarte
Presurosos adúnanse mil bravos;
Que ya el acero blanden los esclavos,
Si bien ignoran de la guerra el arte.
Pero el déspota en bárbara pelea
Se forma en derredor horrible valla;
De cadáveres alza una muralla,
Y de un lago de sangre la rodea.
Y la casta beldad y el jóven fuerte,
Y el tierno niño y el inerme anciano,
Y el ministro de Dios y el artesano,
A la segur sucumben de la muerte.
Y la virtud, la ciencia, el heroismo,
Al colosal poder todo se humilla:
Lo que olvida la pérfida cuchilla
Arrebata rabioso el fanatismo.
Porque entonces, «piadosa y justiciera,»
En medio de las ruinas y el espanto,
Entre horfandad, viudez, suspiros, llanto,
La «santa» Inquisicion prende su boguera.
Así vencidos nuestros campeones,
Así sus huestes destrozadas fueron;
Los padres de la patria así cayeron,
Se abatieron así nuestros pendones.
Y el ídolo de horrenda tiranía
De miseria y cadáveres cercado,
Sobre un trono de tumbas asentado,
Como el jenio del mal aparecia.
Implacable, cual crímen castigaba
La palabra, la accion, el mismo aliento,
Porque de sangre indíjena sediento,
Solo con sangre su furor saciaba.
Y es vano su furor, como su encono,
Efímero el poder de que blasona,
Que perdió su equilibrio la corona,
Su fuerza el cetro, su respeto el trono.
Y aquel hombre que púrpura vestia,
No era ya un semidios cual antes fuera;
La voz de la razon desvaneciera
El prestijio que enantes le cubria.

—

El torrente impetuoso de Dolores
A un arroyo se hallaba reducido,
Por el brazo de un héroe defendido
En los montes del sur abrasadores.
Como el útimo adios de la existencia,
Ardia del tirano en vilipendio,
Aquella chispa del pasado incendio
Que el astro iluminó de independencia.
¿Qué empero un brazo contra mil alcanza?
Ya Anahuac no luchaba con su suerte;
Cierta como un «ayer» era su muerte,
Vaga como un «mañana» su esperanza.
Mas cual suele tras hórrida tormenta
Brillar del claro sol la lumbre pura,
En medio tanto horror, tanta amargura,
Un jenio nuevo, un paladin se ostenta.
Del seno mismo de la hueste impia
Nace el terrible, el vengador guerrero:

---

1 D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores, dió en él la voz de la revolucion mejicana, la noche del 15 de Setiembre de 1810.

Conocido es del déspota su acero,
Temidas su pericia y osadia.
Que en la década infanda, por su saña,
Por su valor en lances mil probados,
Cual fúnebre cometa fué el soldado,
Hijo de Anahuac, defensor de España.
Una mancha de sangre le cubria:
La vió, se estremeció, y por borralla,
Arrójase a los campos de batalla
Y al poder de tres siglos desafia.
Sus enemigos, sus rivales mide;
Y superior a opresos y opresores,
La voz que Hidalgo pronunció en Dolores
A repetir a «Iguala» va «Iturbide.»
Y ante este pueblo de eternal renombre
Se humillaron Celaya y Salvatierra;
Y se olvidó la fratricida guerra
De independencia ante el sagrado nombre.
Al escuchar del héroe los acentos,
Tembló bajo la púrpura el tirano;
El cetro deslizóse de su mano,
Retemblaron del trono los cimientos.
Aprestóse de nuevo a la pelea,
De su inmenso poder haciendo alarde,
El tenaz castellano.... ya era tarde,
Independiente y libre Anahuac sea
Iturbide dijera.... ¿qué podia
Contra el jenio la odiosa tirania?

II.

Cambióse el teatro: no es ya de Dolores
La fúnebre escena que rápida huyó:
Es drama grandioso, que a nuevos actores
La mano potente de Dios encargó.
Mil ecos responden al grito de Iguala;
Repítelo el rio, apréndelo el mar,
Resuena en Sonora, resuena en Zempoala,
Lo aplaude la toga, lo acata el altar.
Y al punto mil huestes de bravos soldados
Do quiera tremolan del héroe el pendon,
Y vuélvense en lanzas las plumas y arados,
Y en vez de la lira retruéna el cañon.
Y el viejo patriota, de Hidalgo guerrero,
Que víctima fuera del nuevo adalid,
Su encono depone, desnuda el acero,
Su jefe le aclama, le sigue a la lid.
Y al campo de muerte, de honores y gloria,
Las huellas siguiendo del gran capitan,
En pos de una patria, se lanza victoria,
Y Musquiz y Bravo, Rayon y Teran.
Y el noble Guerrero, señor de sí mismo,
Cediendo gustoso de jefe el baston,
Imprime en su nombre de prez, de heroísmo,
Eterno, fuljente, glorioso blason [1].
El bando enemigo, briosos campeones,
Valientes soldados ofrece tambien:
Ansiosos de fama, de entrambas lejiones
Los dignos rivales son firme sosten.
Empero entre todos brillaba Iturbide
Rijiendo a los suyos y al fiero español,
Cual brilla, y los astros soberbio preside
En medio a los cielos el nítido sol.
Levanta la frente, de gloria velada,
Se lanza a la arena, su sangre a verter,
Y empuña el acero, que en vil retirada
Jamas a la vaina se viera volver.
«Alzaos, Aztecas: la patria o la tumba;
O libres o muertos,» el héroe clamó.
Y alzaos, Aztacas, do quiera retumba;
Que ya del tirano la hora sonó.
La lucha se traba; y al hórrido trueno
Y al eco sonoro de noble clarin,
El hombre de *Iguala*, valiente, sereno,
Anahuac recorre de uno a otro confin.
Las huestes impías de vil servidumbre
Ante él desparecen cual humo fugaz:
La lid es su triunfo, vencer su costumbre,
Su grito de guerra presajio de paz.
Y cuantas batallas, victorias numera;
Y el brazo invencible, que el cielo guió,
Del mísero pueblo que esclavo jimiera,
Las férreas cadenas al fin destrozó.

1 Superior a todo elojio fué a la verdad el noble desprendimiento del jeneral *Guerrero*; y bastaria por sí solo, aun sin las demas prendas de este desgraciado caudillo para colocarle en la mas brillante pájina de nuestra historia. Pasó ya el tiempo de las pasiones, y el nombre que estas quisieron mancillar, aparece hoi en toda su pureza. *Cuilapa* nos pide una lágrima: vertámosla; porque aquella humilde tumba guarda los restos de un héroe. (El A.)

Al golpe terrible de fúljida espada
El cetro y corona miramos romper;
La púrpura rejia miramos rasgada
Y el trono potente derruido caer.
Rayó de ventura dulcísima aurora,
Que Méjico libre, vengada adoró;
Y llena de heridas, empero señora,
Del mundo en los fastos su nombre grabó.

III

Y llegó el dichoso dia, [1]
Dia de gloria y honor,
En que un pueblo que nacia,
En su seno recibia
Al augusto salvador.
En que a la patria un altar
Erijió el feliz colono,
En aquel mismo lugar,
Donde se viera acatar
De los tiranos el trono.
Del sol el disco candente
El espacio señoreaba,
Cual nunca resplandeciente,
Y cual nunca derramaba
De luz y fuego un torrente.
A la celeste lumbrera
Entusiasta muchedumbre
La frente alzaba altanera,
Donde antes impreso fuera
Sello de vil servidumbre.
De amor y de gratitud
Latian los corazones,
Al mirar los campeones,
Que de infame esclavitud
Rompieran los eslabones.
Sobre brioso corcel,
Blandiendo fuljente espada,
La noble faz sonrosada,
De inmarcesible laurel
La noble sien coronada;
Y en medio de mil loores
Y lágrimas de alegría,
Y a los ecos triunfadores
De clarines y atambores,
Iturbide parecía.
Su escelsa frente velaba
Nuevo, brillante dosel;
Que sobre ella revolaba,
El águila, y desplegaba
Sus alas en torno de él.
Era tan viva, tan pura
Como el amor de una madre,
De los pueblos la ternura;
Que en él miraban su padre,
Su esperanza y su ventura.
La mansion que el opresor
Con su hálito envileciera,
Purificó el redentor;
Y se abatió su bandera
Ante el pendon tricolor.
La naciente sociedad
Fiaba su paz, su gloria,
En el valor y lealtad
Del hijo de la victoria,
Del Dios de la libertad.
Y Méjico independiente,
Al ver al héroe divino,
Contemplaba tiernamente
Aquella radiosa frente
Que encerraba su destino.
Intérprete del contento
Que nada turba ni impide,
Era un solo sentimiento,
Era un solo pensamiento,
Un solo nombre, Iturbide.
Y miraban con delicia
Los jóvenes su bravura,
Las mujeres su apostura,
Los guerreros su pericia,
Los ancianos su cordura.
Y perdida la memoria
De los pasados horrores,
Todo era júbilo, honores,
Era un torrente de gloria,
Era un oceano de amores.

---

1 Por una coincidencia estrardinaria entró en Méjico el jeneral *Iturbide* el mismo dia en que cumplió 38 años; de manera que nos dió el ser político el dia en que recibió la vida. (El A.)

Era la dicha gozar
De aquel que naciendo ciego,
Llega el sol a contemplar;
Era abrasarse en el fuego
En que arde el que sabe amar.
Era por fin, existir;
Porque la luz es la vida,
Porque el amor es vivir,
Porque el alma está adormida
Antes de ver o sentir.

IV.

¿Cómo ser pudo que en tan breve espacio
Tan májico placer despareciera?
¿Cómo fué que de Anahuac se pusiera
El astro bienhechor?

El sol de independencia nos alumbra.
Nuestro es de libertad el beneficio;
Pero ¿dónde el que alzara el edificio?
¿Dó está el libertador?

¡Ai! ya la patria que libró su brazo,
No es la vírjen de América que un dia
Llena de juventud y lozanía,
Europa contempló.

Es flor hermosa que agostó el estío,
Beldad del vicio por el filtro ajada,
Estrella por las nieblas eclipsada,
Esperanza que huyó.

¿Qué se hicieron de júbilo las horas?
Los dias de ventura ¿qué se hicieron?
Su aurora apenas vimos cuando huyeron
Para no mas volver.

Sus goces embriagando nuestras almas,
Un recuerdo fugace nos dejaron,
Y nuestros labios, sin gustar, probaron
La copa del placer.

En señor el colono convertido,
Presa fué de la pérfida anarquía:
Era ciego.... la luz del medio dia
No pudo resistir.

Y cual destroza al elevado cedro
Del terroroso rayo la fiereza,
Del padre de la patria la cabeza
El golpe vino a herir.

No digamos que débil, fascinado,
Deslustrando el laurel de la victoria,
Bajó del alto asiento de la gloria,
Y hasta rei se abatió;

No lo digamos, no; que nuestras frentes
El sello vil del parricidio marca:
Si graves faltas cometió el monarca
Un crímen las borró.

De Calleja el guerrero fratricida
Ante el varon de Iguala desparece;
La víctima sangrienta desvanece
La débil majestad;

Y ante el libertador idolatrado
Olvídanse del hombre los errores,
Y cubre del magnate los rencores
Un velo de piedad.

Jigante de grandezas y miserias,
Su cetro se rompió, su espada brilla:
¡Gloria, honor en Iguala.... y.... en Padilla...
Muerte de malhechor!

¡Un trono y un cadalso! Aclamaciones
De aquel en torno, en torno de la tumba
Ni el eco solo de una voz retumba,
Ni se mece una flor!

Su oido regalaron los aplausos
Y del festin los brindis solo un dia:
Durmió tres lustros bajo losa fria
En fúnebre quietud.

Pisó su planta un dia sobre rosas;
Y tres lustros el pié del caminante
Sobre su frente descansó arrogante,
Hollando el ataud.

Que a la crueldad la ingratitud uniendo,
La Patria derramó su sangre pura,
Y negó a sus cenizas sepultura....
Pero no, que mentí.

Nunca la Patria de tan negra infamia
La autora fué: lo fueron las facciones
Arrastradas de míseras pasiones
Al ciego frenesí.

Que no fué nunca el Cesar sino el héroe,
No el hombre que en un trono se asentara,
Sino el hombre que un trono desplomara,
Blanco de su rencor.

Y esculpida en el pecho de los pueblos
Siempre su imájen celestial viviera:
Para el feliz Anahuac siempre fuera
Un padre, un salvador.

Grande, guerrero; grande, ciudadano;
Grande, al romper los grillos del colono;
Y al descender del elevado trono,
«*Único, sin rival.*» [1]

Olvídese «*Agustin,*» nunca «*Iturbide;*»
Arránquese la foja del imperio;
Mas de Colon acate el hemisferio
Al caudillo inmortal.

Sí, héroe digno, paladin valiente,
Tu nombre santo vivirá glorioso
Mientra el sol de los trópicos radioso
Colore el setentrion.

Y la vejez lo enseñará a la infancia,
Y la madre a sus hijos en la cuna:
Señal será en la guerra, de fortuna,
Como en la paz, de union.

Mejores que nosotros nuestros hijos,
Darán a tus proezas premio justo:
Si te desconoció tu siglo injusto,
Te espera el porvenir.

De la historia en las tablas de diamante
Tu jenerosa accion será grabada;
Que la verdad sobre la tumba helada
Siempre se ve lucir.

De amor con letras «Iturbide» impreso,
En cada corazon tendrás alzado
Un altar por las lágrimas regado
De tierna gratitud.

De las artes, de la alma poesía,
Se agotará el tesoro en tus loores;
Que siempre el jenio coronó de honores
La gloria, la virtud.

Méjico, Setiembre 27 de 1841.

---

1 En efecto: si el Sr. *Iturbide* como jeneral y como libertador, es igual o, si se quiere, inferior a Bolivar y a Washington; si es menos que Napoleon como emperador, es indudablemente superior a los tres, el dia 30 de Marzo de 1823, abdicando en Tacubaya una corona que podia facilmente conservar. Bolivar usurpó el mando y no supo dejarlo: Napoleon abdicó dos veces por fuerza, porque toda la Europa se habia conjurado contra él: Washington no se halló en este caso; y así no puede asegurarse lo que habria hecho. *Iturbide*, pues aparece *solo*, dando este noble ejemplo de heroicidad, despojándose del poder supremo voluntariamente y por un acto de puro patriotismo, que las jeneraciones venideras apreciarán en su verdadero valor. ¡Gloriémonos de que haya nacido en nuestra patria! (El A.)

LANZAS.

(JOAQUIN M. DE CASTILLO Y)

El Sr. Castillo y Lanzas ha publicado sus poesías el año de 1832 en Filadelfia. Es hijo de Jalapa, en Méjico; cuenta hoi cuarenta años de edad, y ha visitado algunos pueblos de la Europa y de los Estados Unidos de América. Mediante la administracion del jeneral Paredes, ha sido ministro de Estado en el departamento de Relaciones esteriores.

MI DESEO.

Si yo canté algun dia,
Merced de la fortuna a los favores,
Del campo el alegría,
La risa de las flores,
Y de inocentes senos los amores:
Amor, campo ¡ai! y flores
Perdieron a mi vista sus bellezas;
Y son ora dolores,
Ya no dulces ternezas
Lo que dan de mi mal las asperezas.
Turbio traigo ora el seno
De tan largo penar cual le ha cabido;
Y mi vivir sereno,
Apenas conocido,
En grave ajitacion se ha convertido.
¡O bosques silenciosos
De mi dulce Jalapa! ¿cuándo, cuándo
Darán vuestros umbrosos
Senos abrigo blando
Al corazon contino lamentando?
En tan deseado asilo
Y de vuestro follaje al manso ruido
Descansando tranquilo,
Yo quedaré adormido;
Y conmigo mi mal, en grato olvido.
Y entre guijos bullendo,
Derramando el consuelo en su frescura
Irá el randal corriendo,
Murmurando ternura,
Y al sueño breve prestará dulzura.

UNA REVOLUCION.

Yo ví, la diestra armada
De sangriento puñal amenazante,
A la AVARICIA osada
Con enerjía pujante
Congregar a las huestes arrogante.
Yo oí el grito tremendo
Que al punto alzaron ellas congregadas,
Al orbe estremeciendo,
Viéndolas denodadas
A cometer el crímen preparadas.
Yo ví entonces alzarse
La mortífera daga del tirano;
Y en el seno ocultarse,
¡Ah, furor inhumano!
De su patria infelice, por su mano.
Yo oí luego jemidos,
Y prolongados, fúnebres clamores,
Y hórridos alaridos
Que entre llanto y temores
Anunciaban a un tiempo esos horrores.

Yo ví el sol cubrirse
De inúsito vapor; y el cielo entero
Negro capuz vestirse;
Y partiendo lijero
Ir el trueno a anunciar el hecho fiero.

Yo oí clamar *Victoria!....*
Y a la AVARICIA ¡oh, caso sin ejemplo!
En el sólio de gloria,
Usurpado, contemplo;
Y de Patria y Virtud destruido el templo.

A LA SEÑORITA D.ª.... EN SUS DIAS.

Aurífera brillando la alta frente
Y en traje de alegría
Aurora abre felice en el Oriente
La puerta al nuevo dia.

Abrázala afectuosa la natura,
Que en su contento llora:
El reino alado ensalza su ternura,
Los mortales su gloria.

En el pensil, a Flora consagrado,
Ya la purpúrea rosa
Se alza en rara beldad, su cerco alado
Abriendo deliciosa.

¡Que alargar sus encantos fuera dable!
Mas presto ¡oh desconsuelo!
De la llama despojo lamentable,
Cubrirá mustia el suelo.

Nacer,—brillar,—morir, obra es tan solo
De un brevísimo paso;
Y si, al salir, riente la halla Apolo,
Yerta véla a su ocaso.

Así rápida vuela nuestra vida,
Lesbia, así tu hermosura;
Esta, que a deleitable amor convida
En singular ternura.

¡Ah! no estéril perezca; si en ofrenda
Preciada de himeneo
En su ara la tributa, cara prenda
De un conyugal deseo.

Y por Virtud rejida con clemencia
Tu alma placentera,
Haga, cuando finare tu existencia,
Tu fama duradera.

Así la blanda rosa, cuando espira
Destruida su elegancia,
En sus reliquias plácida respira
Dulcísima fragancia.

Tal es mi voto, Lesbia: ¡oígalo el cielo!
Y, cual en este dia,
Mui venturosa déte aquí en el suelo
Larga existencia, y pia!

EL PATRIOTISMO.

Cuando la antigua Grecia florecía,
Cuando Roma señora dominaba,
Con celo el *Patriotismo* se abrigaba,
Su nombre con placer se repetia.
A su impulso, toda alma en sí sentia
Fuego que al heroismo la incitaba,
Y este, que de victoria se orleaba,
A la victoria misma embellecía.
Mas su celeste llama gloriosa
Ya no cual antes muéstrase tan pura,
Ni cual antes es hoi tan ardorosa.
Entronizada la *Avaricia* oscura,
YO REINA SOI, esclama ella imperiosa,
Desconocerme es perdicion segura!

LA VICTORIA DE TAMAULIPAS.

CANTO.

Al cielo eleva su himno de victoria
El mejicano pueblo venturoso;
Y de nativa gloria
Y fúljidos destellos rodeado,
Desciende el jenio hermoso
De sacra libertad.
Acongojado,
Ante su faz divina se prosterna
El mísero invasor; y en la arenosa
Playa memoria eterna
Deja de su ruina ignominiosa.
Y entre el comun aplauso, la Española
Muchedumbre mirando, Pálas ciñe
Al jóven vencedor verde laureola.

Si benigno quisiera
El dios del Pindo acierto y enerjía
Dar a la musa mia,
La porfiada lucha describiera
En que la altiva saña
Domada fué de la arrogante España:
Domada por los hijos valerosos
De la ardiente Zempoala, [1] que arrostrando
La furia de la hueste embravecida,
Dieron en Tamaulipas nueva vida
Y esplendor a su patria independiente.

Porque cerró el oido
El justiciero Dios a los clamores
Del invasor impío, que atrevido
Al meditar la mas nefanda guerra
Invocó el santo nombre en sus furores,
Al pueblo por su diestra engrandecido,
Al mejicano pueblo grato atiende,
Con brazo poderoso le defiende,
Y al bando hostil dispersa, confundido,
Mas a la Hespéria deshonor eterno!
Sentada sobre ruinas
Y montes de cadáveres sin cuento,
Sus males llora y desventuras dinas;
Y a la contrita voz del desengaño
Puesto el atento oido,
Señala con el índice a los pueblos
El cuadro de lo que es, y lo que ha sido.
Allá el fuljente sol sus rayos lanza
Dando brillo mayor a una corona
Que era en dos hemisferios acatada:
Acá, se vé caida, destrozada,
Entre sendos despojos confundida,
Y bajo un bello cielo que, negando
Sola a ella su esplendor, toda otra parte
Está con vivas luces reanimando.

Mirad, como destruido
Yace aquel cetro horrendo
Que estableciera entre el marcial estruendo
Un nuevo Cid audaz. Grandioso cuando
De *San Estevan* designó el asiento [2]
Entre bélicos cantos de alegría;
Mas de estrago cruento
Asunto lamentable en este dia.
¡Tanto pudo en la mente del tirano
La falaz esperanza, fabricada
Sobre bases aéreas de conquista!
¡Tanto el ardor insano
De la venganza atroz nunca aplacada!

«*Anáhuac* en civiles disensiones
Exije, dijo, el freno saludable
De nuestras sabias leyes.» ¡Oh inaudita
Ilusion, a sí sola comparable!

---

1 Veracruzano fué el jefe de de la division de operaciones contra los invasores: los recursos para la campaña en Veracruz se suministraron: y del estado veracruzano eran la mayor parte de los cuerpos militares que entraron en esta gloriosa lid.

2 PANUCO se fundó el año 1520, por órden de Hernan Cortés, con título de San Estevan del puerto.

Qué pues, ¿aherrojarnos se pretende
Con infame baldon, cuando supimos
Volver con dignidad a nuestros fueros?
¿Y cuando a los mortíferos aceros
De la opresion inicua caer vimos
Víctimas a millares,
En su sangre tiñendo los altares,
En su sangre este suelo,
Restaurar se desea
El afrentoso yugo, renovando
Dias de luto, y duelo, y sufrimiento?
Há, que en su necio orgullo devanea
Esa nacion, que un tiempo al orbe dando
Ejemplo de virtudes peregrinas,
De su envidiable elevacion sublime
Cayó por siempre; y oprimida jime.

¿Y qué bienes dejónos en herencia?
¿Qué males no sembrara en nuestra tierra?
¿Y ópimos esperaba
Que de ahí frutos naciesen?... Solo guerra:
Otro medio ninguno nos restaba
Contra la usurpacion, cuando el momento
Mil veces glorioso
De rejeneracion era llegado,
Y por la voz de un héroe proclamado.
Momento que el Eterno
Habia en su alta mente prefijado
Para oprobio condigno de un gobierno
Que con furial poder rejir queria:
Momento en que debia
Anunciarse la nueva a las naciones
Del tránsito a la lista de los libres,
Rotos de esclavitud los eslabones,
De un numeroso pueblo; en fin, momento
En que se realizase el grato triunfo
De la Razon divina y la Justicia
Contra la Iniquidad. Movió los pechos
En ellos infundiendo noble aliento,
Y con suma clemencia
Las vias preparó y heróicos hechos
Que guiaron la nacion a su contento,
A libertad y dulce Independencia.

Y contra aquel decreto irrevocable,
Contra esa animacion toda divina,
¿Qué prepotencia humana bastaria?
El Altísimo dijo: «O tiranía,
Hasta aquí; ya este pueblo tu execrable
Imperio a destruir de hoi se encamina».

Los cielos aplaudieron la justicia:
Tremó toda la tierra conmovida;
Y la brillante espada desceñida
Vibrando el noble Hidalgo,
La libertad proclama.
Cunde veloz su llama:
Retiembla formidable el sólio hispano;
Mas a la lucha ordena a las lejiones
Que marchen, y que sácien su venganza
En la sangre del bravo mejicano.
Atónitas, observan las naciones
La pugna truculenta, que amenaza
En páramo tornar la pingüe tierra;
Mas las palmas batiendo,
Indicios dan de celebrar la guerra.

En ella sucumbieron
Mil ilustres patricios, cuya gloria
No borrará jamas el tiempo austero;
Ni la de aquellos ínclitos varones
Que en la sangrienta lucha libertados
Del enemigo acero,
Sellaron en cadalsos su memoria.

Su sangre, por la Patria derramada,
¡Ah! no estéril corriera.
De desastrosa tempestad cargada,
Oscura, horrible nube suspendida
Sobre IGUALA improviso se descubre,
Y una vasta espansion en torno cubre:
Con estrépito horrísono revienta;
Vuela el rayo flamíjero, y ahuyenta
Las Hespéricas haces. Confundidos,
Los restos de esa vana muchedumbre
Caer ven de su templo la techumbre,
Y a su suelo regresan. Las columnas
Del Gaditano estrecho se estremecen;
Y las duras cadenas, conque unidas
Estaban al Anáhuac, derruidas,
Sumérjense en el piélago. Cordiales
Sobre la Patria llueven bendiciones;
Y en premio a tantos males
Cubre el oprobio a la nacion ibera;

Y la eternal barrera
Diamantina se cierra, que separa
El pais de Moctezuma venturoso
Del reino de Fernando tenebroso.

Mas no suele huracan el mas violento
Imprimir por do pasa tan funestas
Señales de su aciago poderío,
Como en esta alma tierra por desdicha
Dejó el dominio de la España impío.
¡Ai! si jamas tan negra tiranía
Hubiese contra aquella conspirado,
Ni del saber triunfado
La estólida ignorancia,
Ni la superstición de la adorable,
Celeste relijion; ¡cuál otra fuera,
Destruida la coyunda del tirano,
La suerte del Anáhuac! Nunca fiera
Su cuello hubiera erguido,
Ni en la tierra ruinas esparcido
De la sangre nativa mancilladas
La hidra monstruosa de anarquía;
Ni de tornar a ejércitos y armadas
Con tan ardiente empeño
A la soberbia España
Tal causa la daria.

Mas torpemente en su rencor se engaña.
Antes, aunque entre anárquica inclemencia,
Anáhuac ser prefiere soberano,
Que en servil existencia
Tornar al yugo innoble del hispano.
Ésto, empero, el hispano no ha pesado;
Y pues vélo turbado,
Que Anáhuac pide, juzga exajerante,
Su auxilio, y *su* rejencia:
¡O juicio temerario y arrogante!

De un pueblo que, ilustrado,
Juró no mas sufrir duras cadenas,
Y que de la honda sima
De oscuro despotismo
Alzó con heroismo
A la brillante lumbre
De libertad la sien ante abatida,
¿Razon será se exija que en la infancia
Diere estable la paz, y la abundancia?

¿Cómo a ese señorío,
Sobre sólidas bases cimentado,
Que admiracion al orbe ha producido
Elevarse han logrado
Las naciones mas ínclitas que ha habido?
Viérase de entre el humo
De la sangre patricia, que a torrentes
Inundara los campos, las ciudades,
Nacer la clara estrella
De suspirada gloria: las maldades,
Espiadas en cadalsos imponentes,
Cesar ante el rigor de la justicia;
Y en pos venir propicia
La dulce paz a cimentar el lazo
De union indisoluble,
Venir, aun ¡ai! su palma salpicada
Con la sangre en discordias derramada....
Paz cara si con ella redimida
Fuese la libertad, y toda fuente
De bárbaro dominio destruida.

¡Mengua, empero, afrentosa
Al pueblo que deifica a su tirano,
E imprime el lábio süave en la mano
Que los hierros le forja; o que, indolente,
Tolera al ambicioso
Que el cetro empuñe de opresion odioso!

Sufrir no pudo Anáhuac en su seno
Doméstico tirano. La aura bella
Del pueblo entusiasmado,
Que de su amor y su renombre lleno
Su triunfo alzaba a la polar estrella,
Turbóse, y se deshizo con violencia
No bien ya viera en déspota tornado
Su gran libertador: a triste exilio
Por el voto comun fué condenado
El que a su patria diera *Independencia.*

¿Y la Iberia así juzga de este suelo
Fácil la reconquista? Qué delirio!
Mas asequible fuera que hoi al Asia
Libertad y esplendor diese el Asirio.

Mas no vé que esforzando
Su voz por atraerse las naciones,
Rien de ella, presajiando
Que al blasonar de fuerte

Se lanza a cierta muerte.
Y cual feroz guerrero
Al peso de los años encorvado,
Entre la nieve de sus canas fiero,
Respira aún y arranca del olvido
Sû antiguo ardor: así *ella* a la memoria
De su pueblo revive,
Lamentando falaz nuestra anarquía,
Su para siempre estinta nombradía.

«Tiempo es, esclama, fuertes Castellanos
A vuestro honor volviendo
Por azar de la adversa suerte ajado,
Que lidiando y venciendo
Con vuestro brío usado,
Resplandecer hagais en la victoria
Vuestra preclara gloria.
La fama largo tiempo adormecida,
Que tanto fatigáran las hazañas,
En entrambas Españas,
De vuestra ilustre raza esclarecida,
Hoi pide resonar con nuevo aliento
Vuestros triunfos.—Sí; llegó ya el dia
En que sea la justicia vindicada,
Libre de degradante cautiverio:
Y nuestras justas leyes
Por siempre mas recobrarán su imperio».

Dice; y con voz tremenda
Publica a sus cohortes mercenarias
De la arrogante empresa el firme intento,
Y a estas playas remotas señalando
El término les muestra a su ardimiento.
Sus álas la Esperanza
Prestando a los bajeles equipados,
Cortan el ancho golfo arrebatados;
Y llegan. Los pendones
Despléganse, y de parches y clarines
Nuevo estridor resuena,
Y el bronce honda señal deja en la arena.

¡Al arma, ciudadanos!
Aprestaos a la guerra,
Que huellan nuestra tierra
Con sacrílega planta los hispanos! [1]

Con animado rostro, en que se vía
Profética señal de la victoria
Lucir encantadora,
Noble adalid del suelo Anahuacense,
SANTA-ANNA se presenta; y dice: «Amigos,
Los duros opresores de la Patria
Osado han temerarios
Invadir nuestro suelo,
Y sus planes nefarios
Pretenden ocultarnos bajo el velo
De nuestra relijion y bien seguro.
¿Quién en ellos no advierte
Que lo que anhelan mas es nuestra muerte,
Y la renovacion de su dominio?
Completemos veloces su esterminio;
Y en una heroica y rápida jornada
Quede tal arrogancia escarmentada,
Y el pueblo mejicano
Libre por siempre mas de su tirano».

Y ordena que del tiempo
Robando los instantes presurosos,
Vuelen por mar y tierra
Campeones de Zempoala valerosos.

El pardo lino al aura desplegando
Aprestadas las naves,
El campo con las proras van surcando
Del ponto bramador. — «Brisas, suaves
Soplad, y no se vea
Oscurecerse el cielo proceloso,
Ni el férvido oceano
Sepulte en su ancho abismo tenebroso,
Sin honor al valiente mejicano,

[1] Anuncios se tenian en la república de la invasion que se proyectaba, algun tiempo antes de que se realizase; mas tan vagos, que para algunos todo era problemático, mientras que otros se reian altamente de la credulidad de aquellos que daban fé a semejante *sandez*. Entretanto a ninguno se le habia revelado sobre qué punto de nuestra costa estaba destinada a efectuar su desembarque la espedicion. En medio de esta jeneral incertidumbre, y despues de la media noche del 1.º de agosto de 1829, llegó a Veracruz, donde a la sazon se hallaba el jeneral *Santa-Anna*, la noticia de que los españoles habian desembarcado en *Cabo-Rojo*, situado en frente de la isla de Lobos, a cincuenta leguas del puerto de Veracruz y en el estado del mismo nombre.

stas frájiles naves; [1]
Ah! ni esta juventud, que de la Patria
's blason distinguido.
dios, adios, oh jóvenes guerreros;
nscrito en vuestra frente está el destino
De gloria que os espera.
En ecos de la fama vocingleros
La nueva lisonjera
Vendrá de vuestro triunfo peregrino.
Volad, venced!».... Así del mar orilla
Clamando, los que quedan siguen fieles
Con los ojos las naves que se alejan,
Y esperanzas hermosas
En pos de sí al apartarse dejan.

Si fuese por ventura
Dado a mi humilde lira
Mas elevado son, cuando procura
Encarecer los hechos gloriosos
De los dignos guerreros nacionales;
Fausta en esta ocasion celebraria
La escelsa bizarría
Del ínclito caudillo mejicano,
Que a fuer de mas valiente
En pobres navecillas mofa ufano
La ciencia y vijilancia del hispano,
Que cuando mas distante
Creialo ¡error! lo tiene frente a frente.
La historia en sus anales
Consagrará este rasgo de ardimiento,
Del final triunfo anuncio verdadero;
El fallo jeneral ha pronunciado
De admiracion su asiento lisonjero.

¡Y oh, májico poder imprescindible
Del patrio amor en pechos jenerosos!
¿Pudo la ostentacion de la clemencia,
Conque dorar sus fines el hispano
Iluso pretendía,
Desviar en el pecho americano
El amor a su cara Independencia,
Y el que a su patria sola le debia? [2]
Jamas; ni en uno pudo:
Si con mayor desdoro
A su nota perfidia, impenetrable
Vió siempre a sus halagos y vil oro
De permanente honor el firme escudo.

Y cuando los agrestes moradores,
Insólito mormullo percibiendo
Por la tendida playa, numerosos
Aquellos invasores
Vieron que en densas filas la ocuparon,
Huyendo presurosos
Al punto sus hogares desolaron;
Y jóvenes, y ancianos,
Del uno y otro sexo promiscuados,
De los montes volaron al seguro.
De allí luego, los senos alentados
A la comun defensa de la patria,
Con ímpetu, volviendo, en choque fiero
A escarmiento mui duro
Somete el campesino al vano ibéro. [3]

Cual suele devorante
Llama, que entre las mieses ha prendido,
Arder, crecer, volar, ruinas causando;
Tal desde el nuevo puerto, defendido
Por el hesperio bando, [4]

---

1 Tan frájiles eran, en efecto, comparadas con las mui superiores enemigas, que parecia poco menos que temeridad el fiarse en ellas a los inminentes riesgos consiguientes en esa ocasion. Por eso el comandante de la escuadrilla francesa, que en aquellos dias se hallaba surta en Sacrificios, trató de disuadir al jeneral *Santa-Anna;* mas no pudiendo lograrlo, concluyó diciéndole, segun refiere el autor de las Memorias para la historia de la invasion española. «*Señor jeneral, voi a estar a la espectativa de su jornada; y si es feliz como me dice que ha de ser, diré en llegando a Francia, que a V. le acompaña toda la suerte del hombre célebre que condujo su ejército a Ejipto entre las escuadras inglesas.*

2 Véase la proclama del capitan jeneral de Cuba, del 17 de Junio de 1829, la del mismo Barradas, etc., publicadas en los periódicos de esta ciudad, y en otros de la federal ácia fines del mismo año.

3 En 31 de julio llegó el enemigo al Paso de la Aguada, distante ocho leguas de Tampico de Tamaulipas; y el primero de Agosto continuó su marcha hasta el paso de los *Corchos*, por donde se entra para Tampico el alto y Pueblo Viejo. En eso punto fué atacado por una seccion compuesta de quinientos hombres, la mayor parte visoños, con una pieza de artillería al mando del capitan de caballería Esparza, quien le hizo un destrozo de consideracion.

4 Luego que arribaron a la costa de Tampico los invasores se apoderaron de la Barra y de la nueva poblacion de Tampico de Tamaulipas, o Santa-Anna de Tamaulipas, pues uno y otro nombre ha tenido desde su fundacion y habilitacion, aunque antes tuvo el último de los dos, profético a la verdad.

Con ímpetu saliendo
Y con furia leonina combatiendo,
Hasta la capital a que dió nombre
El celoso patriota *Villerías* [1]
Con su caudillo al frente
La hueste abrióse paso osadamente.

Por no esperadas vías
Llega entonce indignada
Donde el antiguo pueblo al nuevo mira,
La lejion de Zempoala valerosa,
De castigar ansiosa
Y con mano esforzada
Esa sin tasa asoladora ira.

Oscuro manto teje silenciosa
La noche; y en su sombra sepultado
Lo futuro, lo de hoi y lo pasado,
Todo en olvido plácido reposa.
Su luz niegan los astros en el cielo,
Mientras acá en el suelo
Aquí y allí confusa se discierne
En la estancia de odiosa servidumbre
De breve luz la trémula vislumbre.
A la quietud el bravo mar se inclina,
Y no brama tan fiero
Do a recibir del Pánuco las aguas
Tan cerca a nuestra costa se avecina,
Que cual de ello ofendida
Repele sus encuentros, e indignado
Sepulcros hondos labra
En que abismar la triste nao procura,
Y el tesoro, y el dueño infortunado.

Do quier silencio. Un punto hizo natura,
Atenta a la vandálica locura!

Mas, improviso, ¿qué festivos sones
De oscuridad rasgando el denso velo
A herir agudos llegan los oidos?
Y aun otra vez... y aun otra...
¡Oidlos, con estruendo repetidos!
Voces son del hispano
Que, en beodo festin, envanecido
Su triunfo canta ufano;
Y cual si dél hubiese dependido
El éxito final de la campaña,
Arbitra de la paz aclama a España.

La nueva noche al impaciente dia
Sucede al fin, y al sueño y al sosiego
Sus alas tiende. El héroe de Zempoala
Llevar súbito opina hierro y fuego
Al enemigo campo. Viérase al instante
Ufano los valientes congregarse
Sin sacudir el parche resonante,
Sus armas requerir, y con presteza
En arregladas filas ordenarse.

Y a ser primero en el peligro, al frente
SANTA-ANNA se coloca noblemente,
Y dice: «Anahuacenses,
Un hemisferio tiene en este día
La vista en vos fijada,
Impaciente del fin de esta jornada.
A vuestro arresto y noble bizarría
Toca dejar la Patria libertada,
La impia turba invasora destruida,
Y aquella ardiente espectacion cumplida.»

Cúmplase, respondieron,
Y en presurosa marcha se pusieron.

En débiles esquifes
Con tal cautela el Pánuco atraviesan,
Que lo sintiera apena el mismo rio:
Y de nuevo se ordenan. Y con brio
Por tres puntos distintos, de concierto,
Entre vivas a Anáhuac soberano,
Raudos el campo asaltan. Sacudido
El aura en tanto al hórrido estallido
Del fulmineo cañon, anuncia cierto
El resistir de aquel protervo bando, [2]

---

1 La ciudad de *Altamira*. Fundóse en 1750 por el coronel D. José de Escandon, quien le dió este nombre en muestra de su estimacion al marques de Altamira, oidor de Querétaro, y uno de los individuos destinados por la corte de España para inspeccionar la conquista y nuevas poblaciones de aquella demarcacion. *Villerías* con mas noble derecho ha perpetuado en ella su memoria.

2 En los primeros momentos del asalto, nuestros artilleros no llevaban ningun cañon: el enemigo sí los tenia.

ue de los firmes techos murallados
resentando al asalto resistencia
rroja con prestísima violencia
'errible destruccion. Y de aprestada
.l combate enemiga navecilla,
lortifera retumba por la orilla
:l bronce estallador. Oh, cuál se vía
:n esa hora funérea
Iacer, jimiendo, en pálidos fulgores
Fatídico esplendor, que en los horrores
Al punto disipado
De aquella oscuridad, el alma hacia
Tremer al contemplar ¡ai cuánta muerte!
Y de viudez, y de horfandad y duelo
¡Cuánta ocasion a arbitrio de la suerte!

¿Mas qué manda la patria en su defensa?
O vencer, o morir. La lei es esta:
Pompa triunfal, o decorosa pira.
Tiemble, tiemble el servil a quien denuesta
El poder que a morir le ha religado;
Mas al libre soldado
La gloria nacional aliento inspira:
Por ella no le aterra
El rostro horrible de ominosa guerra.

La noche a paso lento caminaba,
De la escena luctuosa complacida:
Raya la aurora, tímida esparciendo
Su luz, tras de las nubes escondida.

Mas aun no se doblega el ardimiento
De aquellos Zempoaltécas esforzados
Que su patria defienden
Y dulce libertad.—Rotos, lanzados
Do quier los opresores
De la alta posicion do se muraron,
En tierra dan, con desusado estruendo;
Y en mayor saña ardiendo,
Y sus cárdenos labios
De la espuma de su ira revestidos,
Sus ojos centellantes, encendidos,
Tornan a la pelea, redoblando
Sus golpes, con usura retribuidos;
Y en gritos furibundos prorumpiendo
Execran la ilusion que a tan horrendo
Término, sin honor, trajo sus dias;
Y en el lance fatal en que se miran
Rápidos se abalanzan, cual la hiena
Del hambre devorada
Su infausta presa bárbara arremete;
Mas rápidos al punto se retiran,
Y el escarmiento su furor enfrena,
Y a ser menos osados les somete.

Un clamor de las haces nacionales
Entonces se levanta, que pronuncia
«Muerte a la turba hispana;» y preparadas
Al fiero acometer, blanden sanguineas
Sus tajantes espadas,
Cuando... ¡Victoria, oh cielo! ved que ondea
Señal de paz el domeñado ibero:
Cese, cese la guerra,
Que el rujiente leon besó la tierra!

Inesperado luego
Estrépito confuso se conmueve;
Y de polvo una nube
Oscureciendo mas al cielo sube,
Y una guerrera multitud se observa
En tropel ajitado aproximarse, [1]
Y en los rostros fijarse
Del ibérico resto el rojo tinte
De renaciente gozo:
En sus senos revive la confianza,
Y el ardor no encubierto de venganza.
«Todo no está perdido,»
Esclaman animosos;
«El cielo con piedad nos ha mirado:
Nuestro número así multiplicado,
La lei demos, la muerte, victoriosos.»

¡Ilusivo clamar! ¿La lei, la muerte
Dar el vencido al vencedor? ¿Qué vale
Crecer en fuerza, cuando adversa suerte
Su sello ya imprimió? Del debelado

[1] Avisado Barradas del asalto de nuestras tropas a su cuartel jeneral en Tampico de Tamaulipas, abandonó precipitadamente la ciudad de Villerías, y regresó a marcha forzada al referido puerto.

La triste relacion de aquel suceso
Los senos de pavor habia helado. [1]
Y así como en JUNIN, donde brillaba
El gran *Libertador*, sobre su frente
El bello nombre de COLOMBIA escrito,
Rayos de luz tan viva y refuljente
En torno despedia, que el hispano
Sin voz, sin movimiento,
Solo para la fuga tuvo aliento;
Así no bien del *Héroe mejicano*
El nombre ilustre el invasor oyera,
Y vencedor le viera,
Que atónito, confuso, y reducido
A ingrata humillacion, en tanto admira
La estrella hermosa de su ilustre fama,
Solo a pedir acierta
Que sea el combate aciago suspendido.
Y quintuplas las filas enemigas,
Que pasen libremente
Sin mengua de la patria a los honores
Dejan las mejicanas, cual si amigas,
Los pendones del Águila flameando,
Y al compas de ruidosos atambores.
¡Oh gloria a los valientes que estamparon
Allí su prez impavidos triunfando!

Tal entre el numeroso
Concurso de los astros, y cercado
De vivo resplandor, hender se viera
La alta rejion cometa majestuoso.

Orilla el rio undoso
Un fortin en las *Piedras* se levanta,
Y en sitio poderoso
El dominio asegura de las aguas
Que mansas a lamer llegan la planta
De un elevado monte pedregoso.
Del *Humo* en la planicie,
Al nivel y vecino de esas aguas,
Queda un bastion en breve construido.
De *Cecilia* está el paso guarecido
Por los bravos que guia
El ilustre *Terán*, a quien corona
De frondoso laurel Minerva pía. [2]

---

1 Publicóse en la ciudad federal, algunos dias despues de la campaña, un impreso suelto en que hablando del mismo suceso a que hace referencia esta parte del canto, se dice: «¡Pero qué os sucede, reconquistadores? ¿Quién os sorprende como el rayo en vuestro campo con un puñado de hombres? ¿Quién os da lecciones de valor, de patriotismo, de libertad y pericia militar? ¿Quién os estrecha y replega a las trincheras de la ciudad que ocupais, dejándose escuchar de vuestras súplicas luego que en lo mas vivo de los fuegos indicais con la bandera que quereis parlamentar? ¿Quién estrechado entonces por una columna poderosa de vuestras armas se sostiene con denuedo * y desfila con tambor batiente y bandera desplegada? Es el Annibal mejicano; *aquel que en Veracruz plantó el árbol precioso de la libertad, cuyo ser está a su cuidado y a su dilijencia el que fructifique y crezca.*

Los versos que siguen en esta composicion y hacen relacion a *Bolivar*, son tomados del hermoso canto a la victoria de Junin. El Señor Olmedo se servirá dispensarme por no haberlos trasladado *verbatim:* la idea es la misma suya. Véase aquí el pasaje orijinal:

«. . . . . Y es fama,
¡O portento inaudito!
Que el bello nombre de COLOMBIA escrito
Sobre su frente en torno despedia
Rayos de luz tan viva y refuljente
Que deslumbrado el español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento:
Solo para la fuga tiene aliento.»

2 Recomendables eran las cualidades personales de este jeneral mejicano, y mui laudable su asidua dedicacion a las ciencias: prestó servicios de alguna importancia a la nacion, que esta le recompensó honoríficamente; mas en Tamaulipas, ¿hasta qué punto se estendieron?

Ya que la ocasion se presenta, oportuno será dar a la justicia lo que reclama; y pues se ha querido, equivocadamente, atribuir a *Terán*, una parte en ese glorioso triunfo igual a la que se concede a *Santa-Anna*, fuerza será que poniendo en claro los sucesos, se desvanezca la tremenda injusticia que con tan arbitraria reparticion se le ha inferido al último jeneral. Por ella se le usurpa a este una porcion de su gloria igual a la que indebidamente se endona al primero. Esto deberia ofender la moderacion de *Terán*, quien no apeteceria seguramente adornarse con lauros ajenos.

* "Y tremolando gloriosamente el pabellon tricolor de los libres, dicese en el detalle dado al supremo gobierno, marcha majestuosamente por en medio de mas de quintiplicadas fuerzas"....

El águila de Anáhuac allí alzada,
Sus alas estendidas,
A diestra y a siniestra el punto cubre
De la enemiga furia desatada.

¿Qué resta al invasor? Morir heroico,
Su lealtad mostrando,
O a discrecion sin límites rendirse
Del noble vencedor. Morir, lavando

Y a la verdad, bien considerado todo, es preciso admitir que, mas que *Terán*, contribuyeron al feliz éxito de la campaña otros jefes y oficiales.

El autor de las Memorias para la historia de la invasion española y algun escritor mas han incurrido en errores al tratar de esta materia; no diré que por efecto de la parcialidad, si probablemente por haberse atenido a informes inexactos. Mas el que presenció los hechos tiene por testigos sus sentidos, que no se engañan con facilidad en cosa tan de bulto por su naturaleza. En todo caso, los bizarros jefes, oficiales y soldados que han sobrevivido, y a quienes apelo, así como los honrados vecinos de los pueblos comprendidos en los términos del teatro de la guerra dirán, si necesario fuese, a quien se debe la razon. Mas a los hechos.

Terán, tan luego como tuvo noticia del desembarque de los invasores, voló desde el punto de su destino a ofrecer sus servicios en Tamaulipas al jeneral la Garza. Sabedor este que el enemigo se dirijia sobre Villerias, empleó a *Terán* en la formacion de algunos parapetos con el fin de contener a aquel en su marcha si posible era, o perjudicarle de alguna manera. Sin embargo, como que las fuerzas españolas eran mui superiores en número, de nada sirvieron aquellas disposiciones; y la Garza se vió obligado a retirarse, dejando aquella ciudad en posesion del enemigo.

Santa-Anna mandó a ese jeneral en comision a Méjico: y queriendo entonces ademas dar a *Terán* una prueba del aprecio que hacia de su mérito, le nombró su segundo, y puso a sus órdenes las fuerzas que mandaba la Garza. En seguida le libró órden para que fortificase a Villerias; y aunque *Terán* le avisó de algunos obstáculos que se le presentaban, le repitió su órden para que removiéndolos lo verificase sin demora, como en efecto lo hizo.

Dado parte de quedar fortificada dicha ciudad, dispuso *Santa-Anna* que dejándola guarnecida con la fuerza que le detalló, viniese a situarse al Paso llamado de Cecilia, en la ribera opuesta al cuartel jeneral mejicano, entre la Barra y Tampico de Tamaulipas: medida que Terán no aprobaba del todo, por razones que él consideraria fundadas; mas la órden era terminante, y obedecióla. Llegó, pues, en la tarde del siete de Setiembre al referido Paso con algunas piezas de artilleria, 500 infantes y 500 caballos, cuya fuerza se reforzó con 600 infantes mas, escojidos de la division de operaciones.

Debiendo construirse en el referido Paso dos reductos, el uno de ellos al cargo del coronel D. José Ignacio Iberri, comisionó *Santa-Anna* a *Terán* para la formacion del otro. Por lo que hace a las fortificaciones en las Piedras y el Humo, *Teran* ninguna intervencion tuvo en ellas, como se ha querido afirmar, pues se hicieron esclusivamente bajo la direccion del mencionado coronel; y aun puede agregarse, para mayor corroboracion de esto, que Terán hasta despues de concluida la campaña jamas atravesó el rio, ni visitó nuestra posicion por el lado de Pueblo Viejo de Tampico. Sobrevino entonces el fuerte temporal de que se hace referencia en la nota de la pájina 405; y aun no habia del todo cesado cuando el jeneral en jefe, avisado de que la fuerza enemiga que guarnecia el fortin de la Barra se habia refujiado al monte para cubrirse de la tormenta, trató de no dejar escapar tan feliz ocasion, y se embarcó a todo riesgo con sus ayudantes en un pequeño bote para el campo de Cecilia. *Terán*, apesar de la posicion que guardaba y de estar tan próximo a dicho fortin, nada habia sabido de esa ocurrencia; de donde resultó que no se aprovechase la bella coyuntura que pocas horas antes se ofrecia, habiendo quedado abandonado por los españoles ese punto desde las 7 de la mañana hasta las 5 de la tarde.

Marchó *Santa-Anna* con las fuerzas que pudo llevar consigo del mencionado campo de Cecilia, disponiendo al mismo tiempo fuese con él *Terán*. Mas al llegar a avistar el fortin, le comunicó un español que se pasó a nuestras tropas, que aquel punto estaba ya ocupado por el enemigo; en vista de lo cual le intimó *Santa-Anna* rendicion, persuadiéndole que se hallaba a la cabeza de numerosas fuerzas, y que de no rendirse le atacaria despues del término que le señalaba. Despreció el enemigo con la mayor altaneria esa intimacion, concluyendo con decir que no rendiria jamas sus armas a los traidores.

Irritado justamente con esto *Santa-Anna*, considerando todo lo que en aquel momento le rodeaba y la oportunidad de aprovechar tan favorable momento, al paso que su tropa le pedia no retrocediese un solo paso sin escarmentar al «orgulloso español;» temiendo una baja considerable de enfermos por el estado en que se hallaban los campamentos, por la escasez de viveres, etc.; y finalmente, constándole que el enemigo aguardaba una remesa cuantiosa de provisiones, la llegada de la division del coronel Guzman que estaba ya en Nueva Orleans, ademas de otra considerable que debia salir en esos dias de la Habana: juzgó preferente, aunque fuese a riesgo de perder alguna fuerza, asaltar el fortin y decidir de una vez la victoria. Mas aun entonces se sabe que no fué de la aprobacion de *Terán* esta resolucion; sin embargo, el éxito confirmó su oportunidad.

Atendiendo ahora a este relato verídico de los hechos, dígase de buena fé, ¿en qué estriban los argumentos de los que han pretendido equilibrar el *valor* de *Santa-Anna* con la *prudencia* de *Terán*? ¿A qué fin introducir este peso exótico, esa prudencia, que por mui característica que fuese de *Terán*, para nada se empleó en esa ocasion?

El jeneral *Terán* poseia cualidades que le hacian digno de estimacion; mas es preciso considerar que en la campaña de Tamaulipas sus servicios fueron puramente ordinarios, y que no tuvo la menor intervencion en las disposiciones del jeneral en jefe,

Con lustracion de sangre la injusticia.
Mas si sobrarle pudo la sevicia,
Del jeneroso aliento carecia
Que al honor salva y presta nombradía.

Cual triste moribundo,
Que próximo ya al trance de agonia,
Jimiendo al despedirse de este mundo,
Del uno al otro dia
Anhela prolongar, aunque angustiado,
La ya trémula chispa de existencia:
Así el caudillo hispano,
Perdida la esperanza en aquella hora,
Quisiera ¡oh cuán en vano!
El instante apartar de la victoria.
Propone instante nuevas condiciones; [1]
Empero ya la guerra
Por su misma natura le indicaba
Que su gloria final solo estribaba
En el agudo acero, no en razones.

O rendicion total, o cierta muerte:
He aquí de la balanza
Los contrapuestos pesos. En tal lucha
Por la ambicion y la ira provocada,
Derecho uno solo hai, el del mas fuerte,
Pues en la fuerza y no en razon fundada
Está de la agresion el arduo empeño.
La *Libertad*, la patria *Independencia*
Jamas, ah! no, con opresores reyes
Transijirán infames: ni halagüeño,
Con rostro seductor, pérfido hispano
Doblegará a su antojo nuestras leyes.

Tocaba ya la tregua
Su término fatal, cuando turbada
Su faz natura muestra,
Presajiando siniestra
Horrible tempestad. No bien formada,
Con violencia indecible se desata,
Y su influjo dilata
Asolador al reino del Oceano:
Y ¡oh! entonces brama horrendo,
Aquí espantosos vértigos formando,
Allá su altura al cielo disputando,
Y los diques rompiendo
Sobre las playas nuevos lechos tiende.
Horrísonos desátanse los vientos,
Y cuanto a ellos se opone fácil cede,
Caber en sí el Pánuco no puede,
Y con estraños ecos turbulentos
El feudo de sus ondas, que a oceano
Debiera, lo tributa a las vecinas
Tierras, tornando en ruinas cuanto aniega
Por do con gran furor hirviendo llega.
Caen los vapores densos
Deshechos en torrentes de agua inmensos.
Y rompiendo en fragor hórrido trueno
En ecos sonorosos repetido,
Parte ignífero el rayo de do el seno
De la tormenta está mas denegrido.

Y súbito la tierra se estremece,
Y soterraño son bronco despierta,
Y cuanto mas la noche se oscurece
Mas efuljentes vénse nuevas llamas
Emitir los volcanes,
Con su irrupcion inúsita esparciendo
Terror; y do los manes
De los padres ilustres de la patria
Descansan apacibles
En el eterno sueño, estos acentos,
Silenciando los vientos,
Oyéranse terribles:

«¿Y aun no vencidos son esos esclavos
Que profanar osaran
La mansion de los libres, e intentaran
En nuevo yugo uncir a nuestros bravos?
¿Hasta cuando, hasta cuando
Tal desacato sufrirá el Anáhuac,
Tan criminosa audacia, tan nefando
Fruto de la soberbia castellana?

---

1 En el mismo detall citado en la nota de la paj. 401, se lee lo siguiente: «En tal estado, intimé al jeneral español se rindiera a discrecion con sus tropas a la jenerosidad mejicana en el perentorio término de 48 horas, o que de lo contrario lo asaltaria con los valientes que comandaba, y a ninguno daria cuartel; mas antes que el enemigo recibiera mi intimacion enarboló bandera blanca, enviando a mi campo un capitan con un pliego en que ofrecia evacuar la república, para lo que solicitaba entrar en tratados. Yo respondí a su mision negativamente...... A la siguiente mañana volvió el enemigo a pedir parlamento....: neguéle lo que solicitaba, añadiéndole no permitiria mas parlamento, ni otra con testacion, etc.

ollad la pompa vana
e esa vil, mercenaria muchedumbre;
a la radiante lumbre
e sacra *Independencia*
os senos inflamados,
archad, volad, acometed osados,
h dignos defensores de este suelo,
ue fué siempre clemente
la *Justicia* el poderoso cielo.
por él triunfareis; y restaurada
La patria a dulce vida,
Vuestros nombres gloriosos
Bendecirá constante agradecida.

«Sí, Patria, fuente hermosa
De virtudes sublimes en las almas
De aquellos que te adoran
Con invariable fé, ¡Patria amorosa!
Hoi solo a tu defensa consagrado,
De tu ardor alentado
Empuñando el acero,
Digno de ti e impávido el guerrero
Vengará tus ultrajes; y humillada
La arrogante cerviz será por siempre
Del odiado opresor. Desde hoi sellada
Será tu libertad esclarecida.
Del invasor oscuras con la sangre
Correrán presurosas
Correrán murmurando
Las aguas abundosas
Del Pánuco, llevando
La noticia a los mares
Del eterno baldon al nombre hispano.

«Y la aflijida Hesperia
Capuz pondrá de luto
Por los sus caros hijos inmolados,
Que al huracan violento
De ajitadas pasiones, y sangriento
Rencor, y sed de sangre y de venganza,
Del natal suelo fueron arrancados.»

Cesó la voz, y suspendióse en torno
Pavorosa y solemne la tormenta;
Mas, de nuevo, terrífica revienta.

Aquel sublime ardor inestinguible [1]
Aquel perseverar a todo trance
Con singular constancia,
Dotes del alma noble donde impera
Seguro el heroismo,
Resplandecer con grande honor se vieran
En los hijos de Anáhuac. ¿Quién pudiera
Los afanes decir, las penas graves,
Contínuas privaciones y fatigas
Que allí los obsediaran?
Y aquel sufrir paciente, no apreciado,
Que aun a jentes estrañas y enemigas
Digno fué de admirar? A él hoi se debe
El espléndido triunfo que cantara
Con júbilo sin par la patria mia;
Y el vencedor hoi bebe
Por él, en raudal puro cual la clara
Diurna luz, las aguas de ambrosia
De la inmortalidad. ¿Quién podrá fuerte
Esta gloria eclipsar? ¿Quién?.. ni aun la muerte.

¡Oh de inmortal renombre
Justamente ensalzada
Heroicidad, espléndida y proficua!
En vano equiparada
Ya por la envidia inicua,
Ya por la mente de hombres delirantes,
Con la que ¡ai triste humanidad! producen,
No dignos de servir jamas de ejemplos,
Los hechos en el crímen mas flamantes
Del atroz fanatismo,

1 Puede asegurarse que en una gran parte de nuestras tropas empezó a hacer estragos la enfermedad desde los primeros dias de su salida de Veracruz, por razon de la insalubridad del clima y la escasez y mala calidad de los víveres; a lo que se debe agregar que algunos tuvieron que hacer marchas mui largas y entrar cuasi luego en accion, sin haber satisfecho debidamente el hambre ni repuesto el cuerpo de la fatiga. A esto añádase lo que dijo al supremo gobierno en el referido detall el jeneral en jefe: «Sobrevino un furioso huracan, que entre sus comunes estragos hizo crecer de un modo estraordinario este rio y laguna; anegáronse mis acampamentos, destruyéronse parte de los reductos, y el destacamento del Humo apenas pudo salvarse, con el agua hasta el pescuezo...... Esta ocurrencia desgraciada influia sobremanera en mi situacion. La total carencia de recursos, la falta de brazos para reponer mis atrincheramientos....., el tener mis tropas a la intemperie en un terreno cenagoso y mortífero, todo me ponia en un estado violento ..... La tropa habia sufrido en un fangal toda la noche las penalidades de la mas deshecha tormenta, en un terreno que le cubria de lodo hasta la cintura......»

O de ambicion audaz, a quien ha alzado
El vulgo iluso majestuosos templos.

De triunfos harto, con sangriento acero
A someter la India marcha fiero
El jóven Macedon. El Indo pasa
Y el tributario Hidaspe; lidia, vence
Al denodado Poro, y luego esclama:
«¿Quién creyera, Atenienses,
Que a tan vastos peligros me fiase
Por merecer de vos ilustre fama?»
Fama; ¡ai! con caractéres
De sangre rejistrada en los anales
De la historia veráz .. La Parca llega,
Corta del ambicioso el raudo curso;
En su mas vigorosa lozanía
Derríbale a la tumba, y destruido
Deja su hercúleo cetro tan temido,
Y su imperio anchuroso en anarquía.

Mas el que combatió con fuerte brazo
Dando estabilidad en la victoria
A la lei nacional, y nueva gloria
A la invicta, sagrada *Independencia*,
Engarza su memoria en dulce lazo
Al corazon del que ama
Su cara libertad, y en noble herencia
Da a la posteridad su clara fama.

Envidiable el que logra
En vida tal renombre asegurarse,
Y en la esfera del Tiempo perpetuarse,
Cual en la etérea azul astro fuljente
Que no toca jamas en su poniente!

Ardiendo en sed de gloria,
Y de lanzar al invasor ansioso
Del profanado suelo, el patrio bando
Que le conduzcan pide a la victoria.
«Venzamos, y un momento
No logre mas el insidioso hispano
Burlar nuestro indebido sufrimiento:
Sepulcro a su ambicion la arena sea;
Y de sangre en torrentes inundado,
Honor y vida a un tiempo aquí resigne».
A la lid preparado,.
En columna ordenada se presenta.
Reina la noche, y el silencio reina,
Y osténtase serena
La faz del cielo; mas do quier cargada
De míseros despojos la ribera,
En que se estrella fiera
Con son ronco la mar.
La voz es dada.
Y marchan, y se acercan, y al asalto
Se arrojan denodados: la estacada
Del erguido fortin, atrincherado
Y de tonantes bocas coronado,
Salvan con gran valor; el foso pasan
Con ímpetu veloce, presentando
Cual fuerte muro el pecho jeneroso.
Rejido por la mano del encono
Abre el cañon ibero, retumbando,
Larga calle en las filas, que se cierran;
Y de nuevo otras abre, que cual antes
Se cierran sin tardar; y no se aterran
Los libres al horror, si mas pujantes
Avanzan, con intrépida firmeza,
Y ya con los contrarios brazo a brazo
La lid, el campo, el suelo en cruel porfía
Disputan a la vez; y de humo envuelto
En densa niebla sube el grito insano
De lúgubre agonía.
Vuela activa la muerte. Un hondo lago
Forma en raudal la sangre; y foso, y rio,
Y mar en ella tintos
De aquel choque postrero muestran cuánto
Es la tremenda furia: allí hacinado
Un cuerpo sobre el otro cuerpo frio
De los que sucumbieron, se levanta
Sangriento valladar, que es derribado,
Y flotan sus reliquias lamentables
Sobre las aguas, lentas se moviendo.

Asoma el dia, viendo
Infinitos despojos miserables.
Barradas se horroriza, tiembla, cede
Mirando cual su hueste es destrozada;
Y pues no hai esperanza que le quede,
A rendicion se abate, ilimitada.
¡VICTORIA! el patrio ejército proclama;
Y la vecina sierra,
Los ecos remedando de la fama,
Difunde del Anáhuac por la tierra
En claro son el grito de *Victoria!*

Las cúspides escelsas, do perenne
Nieve reluce en cándida hermosura,
En luz bañadas aurea diadema
Se ciñen, y publican la ventura.

¡Gloria por siempre al inmortal SANTA-ANNA!
Y gloria a los valientes
Que a la patria libraran
De la ensorbebecida hueste hispana!

Gloria, el pueblo responde,
¡Gloria a *Santa-Anna!* Y desde el claro oriente
Hasta do el sol se esconde,
Y del polo boreal al meridiano,
Ya en hombros de los Andes conducida
Ya por el vasto imperio de Oceano,
Es llevada la fama de su nombre;
Y en letras de diamante,
Que a par del tiempo viven, esculpido.

¡Oh jóven vencedor! Si en tu carrera
Ha sonreido apacible la fortuna,
Y la patria felice te numera
Entre sus nobles hijos predilectos;
La patria de ti espera
Nuevos triunfos aun, nuevas venturas,
Que sin duda el destino ha señalado
A tu reputacion. Cuando seguras
La paz y la abundancia,
Y el órden firmemente cimentado
Deban su alto esplendor a tu gobierno,
Y cual suave incienso de fragancia
Se eleven hasta el trono del Eterno
Las preces de un gran pueblo agradecido,
Entonces en la tierra tu destino,
Inclito vencedor, será cumplido.

Vos, de Zempoala ninfas agraciadas,
Tejed de mirto, de azucena y rosas
Guirnaldas preciosas.» [1]
Salid, que viene el héroe esclarecido,
Nuestro libertador. Mil parabienes
A tributarle id por la victoria
Que júbilo inefable y alta gloria
Ha dado a la nacion. Y con alegres
Voces cantad el triunfo celebrando,
Al himno jeneral acompañando.

«¡Oh, dulce *Independencia!*
Idolo de los pechos mejicanos,
Turbada no será mas tu existencia.

«Si a yermo redujeron los tiranos
Con mano férrea un dia esta alma tierra
En dura, inicua guerra,
Ha sido para siempre destruido
El cetro de opresion: el gran coloso
De bronce reducido
A polvo por los héroes que vencieron,
Y eterno ser te dieron.

«¡Ai! si torva la Parca
Segar pudo inmaturos
Algunos de tus dignos defensores,
Jamas, no, la memoria
Estinguiráse de sus hechos puros,
Ni sus ilustres nombres: consagrados
En los hermosos fastos de tu historia,
Con amor serán siempre recordados.

«En tu espléndido templo
Inscritos se hallarán con letras de oro;
Y a tus aras cantando el grato coro
De tus adoradores, a sus hijos
Habrán de señalarlos para ejemplo.
«¡Oh, cara *Independencia*
Con dulce hechizo tú los corazones
Rijes a tu placer. En tu presencia

---

1 El entusiasmo con que recibieron a SANTA-ANNA los habitantes de Veracruz, a su regreso, fué estraordinario. Los repiques a vuelo, los reiterados y ruidosos vivas, todo daba muestras inequívocas del júbilo jeneral. El muelle, la plazuela contigua, y todo el trecho que mediaba hasta el palacio estaban cubiertos del inmenso jentio que concurrió a victorearle; y al fin llegó a tal estremo la exaltacion, que le condujeron en brazos hasta su residencia. A los pocos dias hubo magníficos saraos en celebracion del glorioso triunfo, que fué una y mil veces cantado por los apasionados de las musas

En la encantadora Jalapa se repitieron despues, con igual ardor, las mismas festividades, honradas con la presencia del ilustre VENCEDOR.

Acállase el furor de las pasiones, [1]
Y el grito de ambicion. Tú restableces
La vacilante union, signo de gloria;
Y en la sangrienta lucha tú ennobleces
El firme ardor que guia a la victoria.

«¿Qué falta a tu esplendor, hija preciosa
De celestial razon? Por tí grandiosa,
Entre los pueblos libres se numera
Esta patria perínclita, y su fama
De clima en clima vuela lisonjera:
Por tí feliz se aclama;
Y por tí sola ufana
Gobierna sus destinos soberana.

—

Mas cesa, musa mia,
Débil aún para que el vuelo eleves [2]
A tanta altura, dí ¿cómo te atreves
A celebrar la gloria y bizarría
De los bravos campeones de este suelo,
Asunto que requiere
Otra mejor dotada fantasía?
Deja, deja a la fama, que publique
A las distantes jentes de la tierra
Y a los mares el fin de aquesta guerra.

Y yo la blanda cítara colgando,
Tornaré a do me espera
Holganza placentera,
Dulcísima ventura,
Y renovada, bella paz segura.

—Veracruz 1832.—

---

1 Triste era el cuadro que presentaba nuestra república a la época de la invasion, y el furor de las pasiones habia llegado a su colmo. Sin embargo, (séase dicho para gloria de nuestra nacion) no bien se presentaron sobre la costa los enemigos, que todas nuestras disensiones domésticas cesaron; y estos hallaron para su desengaño, como antes de ahora hase dicho, que «los que en la sociedad mejicana se llamaban *escoceses* y *yorquinos*, solo son mejicanos en campaña, *independientes y libres*.» Las cortes de España en 1823 oyeron el dictámen de la comision sobre el reconocimiento de nuestra independencia, en el que se decia entre otras cosas lo siguiente: «La propension casi innata de los americanos a la independencia no procede únicamente de resentimientos, sino del natural deseo que tienen los hombres, cuando se reunen en grandes masas, de gobernarse por sí solos, cuando acertada o equivocadamente se consideran capaces de ello; y mucho mas, cuando una enorme distancia de sus actuales gobernantes les priva de muchas ventajas, y les provoca a la separacion...... Estas reflexiones conducen a inferir, que sino entramos directamente a tratar este asunto, no solo perderá la España cuanto pudiera conseguir, sino que la sobrevendrán gravísimos males.»

Un sabio español, D. Alvaro Flores Estrada, ha dicho: «La independencia de la América está dictada por las leyes de la naturaleza, que jamas se contrarian sin perjuicio de los que lo intentan. Cualquiera esfuerzo a resistirla no serviria sino para agravar mas y mas los males de la Europa entera.»

2 Dejando a un lado todo lo que pudiera llevar consigo el menor viso de finjida moderacion permítaseme asegurar injénuamente que he meditado mucho antes de atreverme a dar a luz el presente canto. Cortas mis fuerzas y grande por su asunto la obra que he concluido, exijia mayor atencion y mas estudio y esmero que el que, por razon de mis ocupaciones, las mas ingratas sin duda a las amabilísimas nueve de Helicona, podia tributarle. Mas ¿no merecerá alguna induljencia un jóven que, aspirando a celebrar el distinguido mérito de un jeneral mejicano y un *triunfo* todo de la patria, ofrece una composicion como la presente, quizá de los primeros en el nativo suelo? En todo caso se me concederá que,

Si deficiant vires, audacia certe
Laus erit: in magnis et voluisse sat est.

Como la minuciosa relacion de pormenores es causa, por lo comun, de que desmaye el verso, admitiré que esta produccion habria sido mas poética si hubiese sido menos histórica: mi ánimo fué, si posible, reunir entrambas cualidades.

¡Qué abundante materia presta al canto la historia de nuestra guerra de independencia! Mui plausible seria que aquellos a quienes ha la naturaleza dotado con todas las prendas necesarias, y sean dignos de ceñirse la apolínea rama, enriqueciesen con sus bellas producciones dedicadas a objetos nacionales nuestra naciente literatura. Llegue el dia en que se vean

...... Animados
De mas sublime ardor, sonando Clio
La trompa que marcial ira difunde
De ANAHUAC celebrar los altos triunfos.

LA GRECIA.

(BYRON.)

¡Hermoso clima! En tí benigno el cielo
Sonrie alegre en todas estaciones
Sobre estas bellas islas, que observadas
Desde la escelsa cumbre de Colona,
Dan gozo al corazon que las contempla
Y ornan la soledad de dulce encanto.

Sobre la faz serena de tu oceano
Plácidos se reflejan los colores
De numerosas cimas, que se atraen
Las fugaces corrientes, ondeantes,
Que bañan tus jardines orientales.
Y si, de paso, alguna brisa leve
Turba el azul cristal de aquestas aguas,
O despoja las plantas de sus flores,
¡Cuán grato entonces es el aire suave
Que nace al punto aromas esparciendo!

Sobre peñasco o valle
La rosa aquí florece,
Sultana a quien dedica Filomena
Su dulce melodía, y por quien sola
Hiciera resonar sus tiernos cantos:
Aquella, sonrojada y compasiva,
Grata el cantar escucha de su amante.

Reina de esa ave, y del verjel señora,
Ningun viento la oprime,
Ni frias nieves mustian sus bellezas.

Prodígale la brisa sus halagos:
En ella miran siempre
Las estaciones todas su alma prenda;
Y las dulzuras que a natura debe
En grato incienso al cielo las devuelve:
Al cielo, que le presta
Sus vistosos colores variados,
Sus fragantes alientos.
¡Oh, cuántas lindas flores del estío!
Oh cuantas sombras, que el amor tan solo
!Gozar debiera, vense en este suelo!
¡Y cuantas grutas, para el sueño hermosas!
Mas ¡ah! que hoi son sus huéspedes piratas.

En la ensenada oculta su barquilla,
La pacífica nave transeunte
Acechan cuidadosos;
Y al punto que a su oido la guitarra
Del marinero suena, y que se asoma
La estrella vespertina,
El escondido remo sacudiendo
Salen por entre bancos encubiertos;
Se arrojan al botin, que osados llevan,
Y en jemidos convierten los cantares.

Lástima que do quiso la natura
Formar una mansion digna de dioses,
Y un paraíso ameno
Lleno de encanto y gracias peregrinas,
El ser malvado, ardiendo en sed de ruina,
En un desierto estéril lo tornara;
Que oprima cual acemia aquestas flores
Que una hora no le piden de trabajo,
Ni deben de sus manos al cultivo
La preciosa ufanía con que brillan
Y florecen en clima tan hermoso.

Lástima que el sosiego de este sitio
Con su altivez loca pasion turbara,
Y la sensualidad y la rapiña
A esta rejion bellisima nubláran;
Como si aquí los entes infernales
Sobre los serafines triunfasen,
Y aquellos se mirasen
Sentados sobre tronos celestiales
Cual libres herederos del Averno;
Pues que de maldicion el grito atruena
Contra esos inhumanos que así talan
Una mansion tan plácida y amena;
La Grecia! ¡Ai! no la antigua victoriosa.
La Grecia, sí: en su frialdad graciosa,
En sus ruinas bella;
Mas, oh triste, que falta el alma en ella!

LA ORACION.

TRADUCCION DEL INGLES DE LA SRA. HEMANS.

Pregar, pregar, pregar,
Ch'altro ponno i mortali al pianger nati.
ALFIERI.

Niño que entre flores juegas,
Cuando el bello sol declina;
Tierna madre que en silencio
Con afan de todo cuidas;
Y tú, padre laborioso,
Que al descanso te retiras,
Orad antes que la angustia
Emponzoñe vuestras vidas;
Elevad los corazones
Y doblad vuestras rodillas!

Peregrino, en tierra estraña,
Lejos ¡ai! de tu familia;
Tú que oir la voz creyeras
De ente amado ya no en vida;
Prisionero cuya estancia
Claro sol nunca ilumina;
Navegante que combates
De un airado mar las iras;
Elevad los corazones
Y doblad vuestras rodillas!

Vencedor en lid cruenta
Que a la paz tornas amiga;
Tú, mujer, que entre los muertos
Jimes de aflixion movida;
Tú mortal desventurado;
Tú a quien colman las delicias;
Pues a todos aquel orbe
Su esplendor a par envía;
Elevad los corazos,
Y doblad vuestras rodillas!

LILLO.

(EUSEBIO)

Habiendo suplicado al Sr. Lillo que diera alguna noticia sobre su persona, escribió las palabras siguientes:— «Nací el 14 de agosto de 1826: Mi patria es Chile, y la ciudad de mi nacimiento, Santiago. — Sigo la carrera de abogado y estudio al presente, derecho de jentes y bellas letras, en el instituto nacional. — Mi primera composicion, a la muerte de D. José Miguel Infante, fué publicada en junio de 1844.»

Podiamos estender estas noticias con las comunicadas por uno de los profesores del Sr. Lillo a quien aquel cuenta entre sus mas aventajados discípulos; pero, a la edad de este jóven, la biografiia está en el porvenir.

INTRODUCCION A UNA LEYENDA TITULADA „LOCO DE AMOR."

Alzóse un dia una ciudad hermosa
Que nuestros padres «Concepcion» llamaron,
Con su gala y bellezas orgullosa,
Que mil otras ciudades la envidiaron;
Guerrera asaz valiente y jenerosa
Nunca enemigos su cerviz doblaron
Y esa ciudad preciosa y peregrina
Hoi es tan solo miserable ruina.

Y sin embargo entre el escombro mudo
De su desgracia oscuro monumento,
El lirio se levanta bello y mudo
Embalsamando con su aroma al viento:
La madreselva con verdoso nudo
Del árbol en la rama hace su asiento,
Y por do quiera que su flor asoma
Le arrebatan los céfiros su aroma.

La blanca luna su fanal derrama
Sobre un suelo de flores y verdura
Y alumbra al penetrar de rama en rama
Clara, preciosa, reluciente y pura:
Tal vez siguiendo de su luz la llama
El astro de la cándida hermosura,
Cruza tranquilo por la azul esfera
Y a Concepcion contempla en su carrera.

Mas de una estrella desde el cielo umbrío
Con blanca luz titila vagorosa
Y en las aguas del manso Bio-Bio
A contemplar su tez viene orgullosa:
Tiende su espalda el murmurante rio
Y su faz enturbiar apenas osa,
Porque la estrella que fugaz titila
Pueda en sus aguas relucir tranquila.

Del rio en las bellísimas orillas
Se eleva el litre y la flexible caña,
Y modestas tambien mil florecillas
Dichosas con el agua que las baña;
Cuando sobre las crestas amarillas
Posa el sol de la pálida montaña,
Contemplar, vive Dios! es grato y bello
Rodar el rio a su fugaz destello.

Si de tan bella y plácida morada
La vista derramais en la llanura,
Hallará solo el alma contristada
Informe masa sin color, oscura:
Una pared al lejos derrocada,
Una torre que apenas se asegura,
Y mas lejos el sol trémulo brilla
Sobre el resto no mas de una capilla.

Aquí y allá sembradas al acaso
De aspecto por demas triste y mezquino,
Entre la ruina que os estorba el paso
Tristes casas hallais en el camino;
Y ese pueblo infeliz de aspecto escaso
Que soñaba en un tiempo otro destino,
Ese pueblo tan bravo y tan inquieto
Hoi es solo tristísimo esqueleto.

Y sin embargo que con torpe huella
La destruccion allí posó la planta,
Por sus mujeres Concepcion descuella
Y altanera con ellas se levanta:
No hai en Chile, en verdad, vírjen mas bella
Que la mujer que esa ciudad encanta,
Aunque digan las lindas de Santiago
Que una injusticia en mi opinion las hago.

No hai colores mas bellos, ya os agrade
La tenue palidez o los sonrojos,
Y mas si este color precioso invade
De una boca jentil los labios rojos;
Nariz encantadora ¿y quién no añade
Unos audaces, celestiales ojos,
Que si atrevidos miran o si lloran
Al mismo amor con verlos enamoran?

Cuerpo jentil, cuya cintura leve
Se mece con galano movimiento;
Garganta celestial que no se atreve
A besarla, por pura, el blando viento;
Enano pié que apenas si lo mueve
Hace fugaz sobre la tierra asiento:
Blanca mano que el labio nos incita....
Tal es la bella que ese suelo habita.

Asi en la arena del fatal desierto
Se alza blanca y jentil una azucena
Al céfiro liviano, el seno abierto;
De aroma celestial y encantos llena;
Detiene el viajador su paso incierto
Y sin sentir la abrasadora arena,
Mira la flor que alegre le convida
Y en un instante su pesar olvida.

De tu orilla remanso Bio-Bio
Tambien hallé una flor hermosa y pura,
Fué en mi vida una gota de rocio
Que un porvenir dió al alma en su frescura:
Si bajo el toldo de tu playa, oh rio,
Alguna vez contemplas su hermosura,
Enviale por mí suspiro blando
Mientras cruzas tranquilo murmurando.

Tal vez cuando jugando en tu ribera
Recuerde los momentos de su infancia,
Si en su fácil y rápida carrera
Va a engalanar tu florecida estancia,
Cuando al verla las flores, hechicera,
Afanosas despidan su fragancia,
Oh manso Bio-Bio en tu querella,
Dila que el corazon late por ella.

Que su memoria cándida y risueña
Fija en el corazon la tengo ahora
Mas bella que la luz con que diseña
Al orizonte la jentil aurora,
Que por ella una lucha el alma empeña
A la luz de esperanza engañadora;
Y dila que su anjélica presencia
Es el solo fanal de mi existencia.

En tanto cruza murmurando, rio,
Rodando para el mar tus mansas olas,
Cruza bañando con fugaz rocío
Azucenas y lacres amapolas,
Que si a tus playas llega el canto mio
Cuando estén melancólicas y solas,
Lo he de encerrar entre las bellas flores
Donde nació la luz de mis amores:

Mas dejemos recuerdos de ventura,
De momentos felices en mi vida:
Esfera de placer cándida y pura
En donde mi esperanza va prendida,
Que pasen como pasa allá en la oscura
Noche, la luz de estrella desprendida.....
Olvidemos del mundo la miseria
Y por concluir entremos en materia.

LAS FLORES.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA....

Hermosas en la espléndida mañana
Alzais ¡oh flores! la hechicera frente,
Porque el aura jentil que os engalana
Venga a daros sus besos, inocente.

Ojalá que rodando placentero
En las alas del aura el canto mio,
Se prenda en algun caliz hechicero
Como una fresca gota de rocio:

Ojalá que por siempre lindas flores
Inspiraseis mi loca fantasía...
Ojalá mis recónditos dolores
Entre vosotras adurmiere un dia.

Felices sois que en el jardin precioso
Por los juegos del viento remecidas,
Sin que os turben el plácido reposo
Vuelan las horas leves y perdidas:

Felices sois que no teneis una alma
Ni un corazon que sienta la amargura,
Vosotras bellas que dormis en calma
Mientras el aura en derredor murmura.

Felices sois que al rayo de la aurora
El seno alzais bellísimo y galano,
Porque las perlas que preciosa llora
Venga a traeros el céfiro liviano.

Y no teneis ni un vago pensamiento,
Ni una espina en el cáliz oloroso
Que brinde solo matador tormento
Robando a la existencia su reposo.

Felices sois... ¿pero por qué marchitas
Doblais a veces las hermosas frentes,
Y pareceis que vejetais malditas
Las secas hojas arrugando ardientes?

¿Por qué cerrais el seno perfumado
Y a las auras huyendo con desvio
Ni os levantan la lúz del sol dorado,
Ni os refresca el purísimo rocío?

Cuando así estais, sin duda el sentimiento
Os cubre con su manto de agonía,
Luego teneis tambien un pensamiento
Una alma y una ardiente fantasía.

Luego tambien teneis en esta vida
El llanto y el placer, preciosas flores,
Y esa esperanza que en el alma anida
Y ese fuego que encienden los amores.

Luego teneis pasiones roedoras
Que vuestras frentes al dolor doblegnen,
O ilusiones de amor encantadoras
Que los senos purísimos os rieguen.

Tal vez cuando columpia su albo coche
La reina de la noche limpia y grave,
Abrais del seno el delicado broche
Por recibir un beso puro y suave.

Tal vez en un lenguaje misterioso
En el jardin donde yaceis unidas,
Os mandais con el viento voluptuoso
Pensamientos de amor, flores queridas.

Tal vez amándoos en union divina,
Mientras la fuente vuestros piés halaga,
Resbala la existencia peregrina
Y en las alas de amor tranquila vaga.

Si es cierto que abrigais, cándidas flores,
La blanca luz de hermosa fantasía,
Si mucho gozareis, tambien dolores
Vendrán a atormentaros dia a dia.

Mil veces mirareis al ronco viento
Tronchar el tallo de la flor querida,
Y enredarla en sus pliegues turbulento
Y verla, ai triste! para siempre ida.

Otras veces vereis hoja por hoja
Arrancar el revuelto torbellino,
Y la flor bella a quien el viento arroja
Ir a cruzar el polvo del camino.

Y asi tendreis en la existencia amarga
Eternos dias de tristeza y llanto...
Eternos, sí, porque la vida es larga
Si la angustia la envuelve con su manto.

Mas si esperanza, oh flores, os asiste
Tal vez en el sufrir tendreis la calma,
Esperar y sufrir cualidad triste
Del ser que siente porque abriga una alma.

EL JUNCO.

Pálida flor, cuya marchita frente
Al soplo de las auras se doblega,
Mientras te arrulla el jugueton ambiente
Y entre tus hojas bullicioso juega:

Pálida flor, que vives descuidada
Sin alzar tu cabeza entre las flores....
Siempre fija en la tierra tu mirada
Con la espresion que imprimen los dolores:

¿Dime, qué tienes?..... Cuando el alba tiñe
Los cielos en su paso majestuoso,
Cuando el velo de nieblas se desciñe....
¿Por qué no te alzas a gozarla hermoso?

¿Dime, qué sufres?.... Cuando el sol dorado
Posa en los cielos su divina planta,
Cuando da luz al suelo fatigado.....
¿Por qué, dime, tu faz no se levanta?

O cuando en brazos del fugaz ambiente
Se va a ocultar el sol allá en los mares....
¿Por qué no elevas tu preciosa frente
Y dejas a tus plantas los pesares?

Tal vez doblega misterioso peso
Tu frente juvenil, pero marchita,
Y en tu faz donde el aura imprime un beso
Alguna maldicion tienes escrita.

Tal vez en esa fuente pasajera
Que a tus plantas espléndida murmura,
Mientras lame tu pié leve y lijera,
Te gozas en tu pálida figura.

O quizas orgulloso con tu traje
No elevas nunca la figura bella,
Por no ver otra flor que te aventaje....
Sin que pudieras competir con ella.

O tal vez te imajinas que doblando
Con mustia faz tu amarillenta frente,
Te ves mas lindo.... y en murmullo blando
Viene el aura a mecerte muellemente.

Tal vez.... mas no.... tu pálido capullo,
Se abre y se dobla misterioso al suelo,
No porque encierres, linda flor, orgullo,
Sino que es lei que te impusiera el cielo.

Que en esa frente que nació doblada
Amor su aliento celestial sujeta,
Porque a tu pié se eleva enamorada
Reclinaba en tu tallo la violeta,

Con ella vives.... un comun aliento
Os enlaza.... bellísima pareja,
Tal vez.... ¿quién sabe si te dá un acento,
Mientras la mandas tu sentida queja.

Tal vez en el lenguaje de las flores
Hablais los dos en plática amorosa,
Y respirais envueltos en amores......
Y un suspiro mandais a vuestra hermosa.

Quién sabe si en la noche fujitiva
La servis de dosel del aire frio,
Y cuando el alba se levanta altiva
La derramais purísimo rocío.

Quién sabe si las flores tus vecinas
Que se alzan en el prado candorosas,
Tus pláticas escuchan peregrinas
Y despues te contemplan envidiosas.

Mientras que tú con lánguida terneza
Buscas la flor que alegre te convida,

Y ansioso doblas tu jentil cabeza
Para dejar un beso en tu querida;

. . . .

Mas, ah! no puedes, que tu faz no alcanza
A unirse con el cáliz de tu bella..........
Y entonces se marchita tu esperanza
Y viertes una lágrima sobre ella.

Y *ella* tambien ansiosa se levanta
Por elevarte sus moradas flores....
Mas, ai, por siempre quedará a tu planta
Para darte sus lágrimas de amores.

. . . .

¿De qué te sirve, oh junco, contemplarla
Y en su cáliz mirar un amor tierno,
Si cuando luchas por un beso darla
Encuentras el martirio de un infierno?

¿De qué te sirve la pasion inquieta
Que bulle entre tus pétalos prendida,
Si apartado te ves de la violeta
Que miras a tus piés desfallecida?

. . . .

Por eso tan tristísimo levantas
Tu verde tallo entre las bellas flores,
Y por eso reclinas a tus plantas
Tu frente marchitada de dolores;

Por eso creces tan desnudo y triste
Y en tu seno tan pálido y sombrío,
Cuando su traje la mañana viste
Derrama apenas su fugaz rocío....

Y a la par de tu lánguida violeta,
Lloras tal vez tan angustiada suerte
Y en la desgracia que te ajita inquieta
Prendes una esperanza.... y es la muerte.

—

¡Morir!... mas vale la muerte
Con su pisada altanera,
Que vivir de esa manera......
Que amar y morir de amor;
Vale mas, flor maldecida
Verte del tallo arrancada,
Que así caerás desgajada
Sobre tu querida flor.

Y no importa... si al mirarte
Sin vida.... la suya exhala,
Si la muerte los iguala
Y van juntos a rodar.
Que allá entre el polvo que eleva
Revoltoso torbellino,
Enlazados.... el camino
Podreis felices cruzar.

. . . .

Y tal vez habrá otro mundo
Donde renazcan las flores
Con mas hermosos colores,
Con vistosa brillantez.
Y allí los dos, mas amantes
Renacereis dulcemente......
Alzando entonces la frente
Sin pálida languidez.

Allí crecerá preciosa
Tu linda y pura violeta,
Mientras tu tallo sujeta
Su débil tallo jentil.
Y allí vivireis felices....
Los senos entrelazados....
Y os mecerá enamorados
Volando el aura sutil:

Allí servirá tu tallo
A tu violeta de escala
Que desplegando su gala
Irate leve a besar;
Y tú, junco, entre tus hojas
Lleno de amor la encadenas.....
Y para siempre sin penas
Vereis la vida volar.

. . . .
. . . .

Sufre mientras tanto... sufre
Esa amorosa agonía,
Que al fin lucirá otro dia

Y otro porvenir con él.
Y entonces gozando, junco,
Al lado de tu querida,
Verás volarse la vida
Del amor bajo el dosel.

—

Tambien yo sobre el mundo de amargura
Doblé mi frente al peso del amor,
Y un rayo débil de fugaz ventura
Reluce apenas con dudoso albor.

Tambien yo aliento la cansada vida
Envuelta entre la duda y el pesar,
Y apenas la esperanza bendecida
Viene sobre mis huellas a cruzar:

Tú vives, junco, al lado de tu bella
Mandándola siquiera un sonreir;
Desgraciado de mí que lejos de ella
Sufro sin ver sus ojos de zafir.

Tú sabes que te adora tu querida,
Yo dudo delirando de mi amor;
Para vosotros es comun la vida,
Yo solo tengo mi tenaz dolor.

Tú, si doblegas tu amarilla frente
Al seno de tu flor descenderás;
Mientras que yo diviso tristemente
Mi tumba a un paso y mi dolor detras.

Tú en fin como tu cándida hechicera
Eres igual pues que naciste flor...
Mi bella es ánjel de la azul esfera
Y yo tan solo un infeliz cantor.

. . . .
. . . .

Reclina, junco, tu marchita frente,
La mia yo tambien reclinaré...
Tal vez con otro dia y otro ambiente
Sus placeres amor al fin nos dé.

EL ANJEL Y EL POETA.

(FANTASIA.)

¡¡ GLORIA !!

—

CANTO DEL POETA.

«Sueño de amor, de glorias y de encanto
»Risueñas y fantásticas visiones,
»Gloria divina, que halagais en tanto
»Que vuelan de la vida los jirones!

»Oh! ven a mí, y entre tus bellas alas
»Envuelve pura mis marchitas sienes,
»Y sueñe entre tus brazos rejias salas,
»Pompa, bellezas, cánticos y edenes;

»Dame a gozar tu dicha, aunque ilusoria:
»Deja me estrechen deliciosos brazos,
»Y pueda ver en tu mansion de gloria,
»Lindas mujeres y floridos lazos:

»Dame allá una arpa con sus cuerdas de oro,
»Ciñe mi frente con hermosas flores,
»Mientras al ser a quien hermoso adoro
»Mi son se elevará lleno de amores:

»Dame un cielo, placer, gloria y mujeres;
»Realízame veloz mi fantasía,
»Y en medio a los amores y placeres,
»Alzaré un son por tí, del arpa mia:

»Llévame de la tierra, pura Maga,
»De esta mansion de zarzas y de abrojos,
»Donde cada placer es una llaga
»Que llena el alma de pesar y enojos:

»Llévame allá donde te asientas bella,
»Sobre tu trono de placer y amores,
»Dame jentil, la vívida centella
»Que han sentido tambien mil trovadores:

»Déjame recibir de entre tus manos
»Esa arpa bella de las cuerdas de oro,
»Y cantar en mil cánticos livianos
»La virjen del amor, que tanto adoro:

»Deja volar mi ardiente fantasía,
»Apoyada en el arpa, a tus rejiones,
»Y en ellas con ardor, oh! Maga mia,
»Por tí elevar dulcísimas canciones:

»Ven a mí, Vírjen, y en tus bellas alas
»Envuelve pura mis marchitas sienes,
»Y sueñe entre tus brazos, rejias salas
»Pompa, bellezas, cánticos y edenes.»

II.

Así en la noche pura y silenciosa,
Mientras la luna sin parar corria,
En medio la floresta misteriosa,
Lleno de ardor el bardo repetia;

Y alza su canto sonoroso al viento
Que a la rejion del cielo con él vuela,
Y ya es, tal vez, tiernísimo lamento,
O ya de amor sentida cantinela:

Y el viento vuela, y en el cielo posa,
Y allá por el espacio juguetea,
Y al llevar la cancion pura y hermosa
Tal vez con ella el cielo se recrea,

Que ardor tan solo el trovador respira,
Y el dulce son de su arpa encantadora
Ese sueño de gloria se lo inspira,
Y una mujer a quien por siempre adora.

Mirad su frente que pomposa y bella
Se alza inspirada, prepotente, al cielo,
Ved cómo mira la brillante estrella
Que allá se oculta con liviano velo.

Quiere *volar* mas alto que la luna,
Quiere *subir* con rica fantasía,
Quiere pisar el cuello a la fortuna,
Porque es la gloria su brillante guía.

Y así al murmullo de la fuente inquie'
Que fácil rueda sus cristales pura,
Lleno de ardor, escúchase al poeta
Que en su delirio con placer murmura:

»Ven a mí, Vírjen, y en tus bellas alas,
»Envuelve pura mis marchitas sienes,
»Y haz que sueñe en tus brazos rejias salas,
»Pompa, bellezas, cánticos y edenes.

DICHA DEL POETA.

I.

Hermosa, en el espacio
La luna reverbera,
Y alumbra en su carrera
Con pálido esplendor;
Y en el jardin precioso,
La brisa que murmura,
Moviéndose insegura
Vuela de flor en flor:

El cielo riela puro
Con su brillante estrella,
Que siempre pura y bella
Se mira titilar,
Sin que su brillo empañe
La nube vaporosa,
Que en jiros, voluptuosa
Se ve linda vagar.

Mientras en jiros leves
La fuente se resbala,
Y escápase en su gala
Con rápido ademan,
Mil flores se doblegan
Con lánguido albedrío,
Y en ellas el rocío
Se oculta con afan.

Se ven las amapolas
Con su tapiz de seda,
Y en ellas que se enreda
La brisa con rumor:
Mientras allá el diamelo
Semeja blanco encaje,
Dando su bello traje
Vista, sombra y olor:

Bello el jardin se mira
Con cándidos primores,
Y miente con sus flores
Puro y hermoso eden;
Y en él, con bella lira
Tambien se ve al poeta,
Mientras la brisa inquieta
Vuela en torno a su sien.

II.

De pronto una nube se esparce en el cielo,
Cual cándido velo
De niebla sutil;
Y en jiros esbeltos, graciosa aparece,
Ya mengua, ya crece,
Lijera y jentil:

Así cual se mira por mar altanera
Surcando lijera
La nave bogar,
Luciendo a lo lejos la lona insegura
Su pálida albura
Del viento al cruzar:

Los aires hendiendo desciende pomposa
La nube graciosa,
Cual blanco cendal:
Tal vez en su seno trayendo divina
Beldad peregrina,
Vision celestial.

Desciende a la tierra, con jiros inquieta,
Y al hombre poeta
Y al bello jardin;
Envuelve en su velo, sutil, vaporoso,
Mostrando, gracioso,
Fugaz serafin.

III.

Hermoso como la aurora
Brillando en grato pensil,
O como el dulce recuerdo
De amor precioso y feliz,
Salió de la blanca nube
Fantástico serafin;
Alas doradas, al viento,
Que brillan mas que el zafir,
Y que en voluptuosos jiros
Se ajitan con gracias mil,
Y una tez pura y preciosa
Que retrata al alhelí,
Y una mirada divina,
Cándida, pura, infantil,
Al habitante del cielo
Anuncian en el jardin;
De los pliegues de la nube
Baja con gracia jentil,
'Mientra arrobado el poeta
Sueña mirar una hurí:
«Trovador, murmura el ánjel,
Sube conmigo, feliz,
Y en el seno de la nube
Blanca, lijera y sutil,
Irás a gozar tranquilo
Por el cielo de zafir.
Lleva tu lira, poeta,
Tu fantasía jentil,
Que esa será, majestuosa,
Tu apoyo tan solo allí.
Sube, trovador, conmigo,
Tú solo puedes subir.»
Rodó la nube al momento,
Y el poeta y serafin,
Se dirijen en su seno
Al estrellado zenit.

IV.

Asciende la nube con doble carrera,
Volando lijera,
Subiendo al eden;
Y encima, divino, la lira sujeta,
Se mira al poeta
Y al ánjel tambien.

ÁNJEL Y POETA.

Poeta.—¡Hermosa bóveda azul!
¡Qué linda para cantada!
¿Aquí moran, ánjel mio,
Las bellas y puras almas?
Ánjel.—Sí, poeta; tras el velo
Que detiene tus miradas,
Hai un lugar que a pintarlo

La imajinacion no alcanza,
Que tiene el Supremo allí
Con los buenos su morada.
oeta.—¿Y allí irémos, ánjel?
njel.— Sí!
Con tu inspiracion traspasa
Ese tul bello que sirve
De alfombra al supremo alcazar.
Irás a ese cielo, bardo,
Tu imajinacion te basta.
oeta.—¡Oh! qué dicha!
njel.— Sí, poeta;
Solo tú logras gozarla,
Que es tu rica fantasía
Don que el Supremo regala.
Solo tú verás la gloria
Viviendo en la tierra infausta,
Y la pintarás al hombre
En los versos de tus cántigas.
'oeta.—¡Qué linda será, ánjel bello!
Deliro ya por cantarla!
Deslumbrarán con sus ojos
Sus hermosísimas magas,
Todo allí será magnífico,
Perlas, oro, rica gala;
Allí estará poderoso
Deslumbrador con su gracia,
El que creara mil mundos
Con su imperiosa palabra;
Allí en eternos placeres,
Volando las horas plácidas,
Gozarán los serafines
Que como a ti Dios creara:
Allí pulsarán mil liras
Al Dios que así las regala,
Mil hermosos trovadores
Con dulcísimas cantatas;
¡Ah! si en el mundo como esas
Tuviera tambien una arpa,
Y esa inspiracion suprema
Feliz, pudiera alcanzarla!
Ánjel.—Te basta con la que tienes,
Que en la tierra la que ansias,
Jamas podria, poeta,
Débil el hombre escucharla,
Que para tanta armonía
No tiene jamas una alma:
Tal vez el poeta, solo
Por ser poeta, la alcanza.
Poeta.—Tienes razon, ánjel mio,
Lo confieso, deliraba,
Que al darle un Dios al poeta
Su imajinacion fantástica,
Le dió ambicion de esa gloria
Que en la tierra no se alcanza.»

Perdiéronse en el espacio,
Tal vez las otras palabras,
Que cerca, la bella nube,
Del rejio y supremo alcázar,
Ya casi toca el poeta
La linda alfombra estrellada;
Un coro oyera divino,
Voces puras y fantásticas,
Y a poco mas, el poeta
Pisó la eterna morada.

IMAJINACION DEL POETA.

Y al fin, el trovador volviera al suelo
Llena de ardor su rica fantasía,
Y en arpa celestial, cantara, el cielo
La pompa y la alegría
De la feliz mansion:

Y en la tierra, los hombres lo escucharon
Y asombrados, es Dios! tal vez dijeron,
Quizá por él, feroces se endulzaron,
Y alegres se rindieron
Del arpa al dulce son:

Fué el bardo a las rejiones deliciosas
Entre pompa, belleza y serafines,
Y trajo sus imájenes hermosas,
Y trajo los jardines
De ese mundo ideal.

Y en el mundo, del arpa entre los sones,
Mas hermosos, tal vez, los produjera,
Y cantara en sus plácidas canciones,
Con voz pura, hechicera,
La mansion celestial:

Y allá en el cielo, un Dios, al bardo bello
Un soplo le mandó de su grandeza,
Y ese puro y bellísimo destello,
Le dió fugaz viveza,
Fuego le dió a su sien:

Y ese soplo sintió, divino Homero,
Cuando sus cantos a su patria diera;
Y Byron el sublime, el altanero,
Esa águila lijera,
Sintiéralo tambien:

Ya en sublime pensar, ya en dulce canto,
Ese soplo de un Dios divino brilla,
Con doble inspiracion, con doble encanto,
En tu mente ¡oh Zorrilla!
Dulce bardo Español:

Y Lamartine y Hugo lo sintieron,
Y Espronceda tambien sintiólo, ardiente;
Sus obras, admirados nos dijeron
Que ardió sobre su frente
Como brillante sol.

DESDICHAS DEL POETA.

Mas ¿de qué sirve al poeta
Ese soplo de luz pura?
Si su vida es amargura
A la desgracia sujeta:

Esa arpa y ese cantar
Es solo pesada carga,
Que hace su existencia amarga
Mas que las olas del mar:

¿De qué sirve que en el cielo
Haya momentos gozado?
Si en su vida es desgraciado,
Si solo llora en el suelo:

Su libertad y su lira,
¿De qué le sirve tener?
Si esclavo es de la mujer,
Y en ella solo delira:

Diérale Dios al poeta,
Menos amor, menos alma,
Y él gozara de mas calma,
Su vida no fuera inquieta:

Aunque amando sin cesar
Tal vez sus penas olvida;
Mas ¡ai! en la triste vida,
¡Cuán amargo es el amar!

Amar sin una esperanza,
Amar, y mirar desdenes,
Y tal vez soñando edenes
Y cándida venturanza:

Amar un ser ideal,
Cantarle tiernos amores;
Y otro gozando mil flores
En su seno anjelical;

Y el poeta, con el alma
Que amores solo respira,
Tal vez amando delira
Y pierde su vida y calma.

Él no nació de la tierra,
Que el mundo no le comprende,
Igual el hombre le entiende,
Sin ver lo que en él se encierra:

Y solo, su gloria, el mundo
Viene a escribirla callado,
Encima su cuerpo helado,
Sobre su sepulcro inmundo:

Y cuando acaba su suerte,
Y el mundo en su redor zumba,
Le espera mísera tumba
Y un ánjel solo a su muerte;

Que tiene el bardo hechicero,
En su vivir intranquilo,
Una tumba por asilo
Y un ánjel por compañero.

LOPEZ Y PLANES.

(VICENTE)

El Dr. D. Vicente Lopez, natural de Buenos Aires, fué capitan de patricios en 1807; presidente del departamento topográfico y estadístico de Buenos-Aires en 1826, y Presidente de las provincias unidas del Rio de la Plata en julio de 1827: actualmente es miembro de la cámara de justicia, en la capital de su nacimiento.

LOS OFICIALES DE LA SECRETARIA DEL SOBERANO CONGRESO

A LA PATRIA, EN LA VICTORIA DE MAIPO.

ODA.

¡Oh! ¡si hoi mi poderío
La esfera de mis votos igualase
Para cantar el belicoso brio
De la lejion Maipuana [1]
Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaria,
De Píndaro, de Horacio, y del Mantuano
Aquel estro, grandeza y armonía
Que a los siglos quebrantan,
Y siempre al alma con su májia encantan.

De Eurydice al esposo
La deliciosa voz demandaria,
El mismo Apolo su eco victorioso
Me daria con gusto,
Que siempre ha sido con los héroes justo.

Despues al rutilante
Carro del sol en majestad subiendo,
De la cordura y rectitud amante
Cual Faeton no fuera:
Principiaria la inmortal carrera.

Por delante la aurora
Mas graciosa, mas cándida, mas bella
Que en el cielo jamas se viera hasta ahora,
Las puertas me abriria,
Y el camino de rosas sembraria.

Los pueblos del Oriente
Admirados quedando al presentarse
Fenómeno tan raro y esplendente,
Corriendo a las alturas
Dejarian talleres y culturas.

Yo entretanto ocupando
Del Grande Tauro [2] el hyperbóreo alcazar,
Y el humilde orizonte atras dejando

---

1 A Scipion se le apellidó el Africano por el teatro de sus victorias. (El A.)
2 Actualmente se halla el sol en la constelacion de Táuro. (El A.)

Con ráfagas de lumbre
Mas vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
Deliciosos poemas sembraria,
Que al leerse por el mundo y meditarse
De Maipo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria.

Al zenit mas cercano,
Y ya a la vista jeneral del Orbe,
Entonara mi canto sobrehumano.
Melodiosos torrentes
Moverian las piedras y las jentes.

¡O patria! tú serias
De mis loores el sublime objeto:
Tu pasmosa constancia en tantos dias
De apremio y de fatiga
Con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha
Cual si no hubiera pueblos jenerosos,
Nadie en el mundo tu clamor escucha.
Todos te dejan sola
En brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena
Vertiendo sangre y en sudor bañada,
Con la mano de trueno y rayos llena,
Luchas con tus rivales
Y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa
Que en sus pérdidas mismas recobrado
El tirano otra vez la lid empieza,
Y te arrostra atrevido
Como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen.
¡Tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! tus conflictos a la par acrecen,
Mil monstruos parricidas
Que renuevan atroces tus heridas.

Mas, SAN MARTIN, ese hijo
Que en sus favores te ha donado el cielo
Para colmo de gloria y regocijo,
Se arroja a la palestra,
Y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte,
El herculeo campeon se precipita,
Su gran maza [1] levanta,
Y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
De las célebres márjenes del Maypo,
En donde fuiste, ¡o patria! coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martin, y su lejion terrible.

Gloria a tantos varones
Que a los mas grandes en la guerra igualan,
Y los vencen en muchas proporciones.
En igual circunstancia
No hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por estenso
Con majestuoso acento cantaria,
Y asombrado al oirme el orbe inmenso
Prorumpiera cantando
América y sus bravos alabando.

Despues celebraria
Tu rico suelo que llenó natura
De dones abundosos a porfía:
Suelo privilejiado
Para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
Tambien diria, que en cruenta lucha,
Arrebatar a todo el orbe espera
Este terreno amigo
Donde todo estranjero tiene abrigo.

Yo entretanto gozoso
Bajaria el gran Carro al horizonte;
Y celajes de un gusto primoroso
Pondrian fin al dia
Que te ofrecen mis votos, patria mia.

---

1 Espresion alegórica del Ejército vencedor. (El A.)

MARCHA NACIONAL ARJENTINA.

Oid mortales el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble Igualdad.
Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva, gloriosa nacion,
Coronada su sien de laureles,
Y a sus plantas rendido un leon.

CORO.

«Sean eternos los laureles,
»Que supimos conseguir:
»Coronados de gloria vivamos,
»O juremos con gloria morir».

De los nuevos campeones los rostros,
Marte mismo parece animar
La grandeza se anida en sus pechos
A su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

«Sean eternos los laureles etc.»

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el pais se conturba por gritos
De venganza de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid mas cruel.

«Sean eternos los laureles etc.»

No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cuál lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz?
No los veis sobre el triste Caracas
Luto y llanto y muerte esparcir?
No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

«Sean eternos los laureles etc.»

A vosotros se atreve Arjentinos [1]
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

«Sean eternos los laureles etc.»

El valiente arjentino a las armas
Corre ardiendo con brio y valor:
El clarin de la guerra cual trueno
En los campos del Sud resonó.
Buenos-Aires se opone a la frente
De los pueblos de la ínclita union,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo leon.

«Sean eternos los laureles etc.»

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucuman,
La Colonia, el Oceano, los Andes,
El Cerrito y muralla oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo arjentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

«Sean eternos los laureles etc.»

---

1 La voz arjentinos en esta marcha comprende a todos los ciudadanos de las provincias del Rio de la Plata. (El A.)

La victoria al guerrero arjentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió:
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos a la Libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

«Sean eternos los laureles etc.»

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarin,
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales oid:
Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud;
Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo arjentino salud!

«Sean eternos los laureles etc.»

LOZANO.

(A.)

El Sr. Lozano es hijo de Venezuela. En el «Venezolano» de Caracas del año 1843, se lee un comunicado remitiendo a sus redactores la composicion que nosotros hemos titulado—«Bolivar»: segun aquel comunicado, el jóven Lozano, carecia de estudios y aun de los libros necesarios para darse a ellos. A ser esto cierto, mayor mérito tendrán para nuestros lectores las bellas composiciones de este poeta.

El Sr. Lozano está haciendo actualmente una publicacion con el título:—«Tristezas del alma,» cuya segunda entrega vemos anunciada en el «Semanario de Cartajena» de 22 de febrero del presente año de 1846.

MI ADIOS A PUERTO CABELLO.

Opreso el corazon, muda la lengua
Abandono tu suelo pintoresco;
Mendigo trovador, solo te ofrezco
Mi vago y melancólico cantar.........
Tus auras no plegaron de mi cuna
El primer y fatídico jemido;
Niño vine hasta aquí: niño he crecido,
Y conmigo mi incógnito pesar.
En vano lo he cantado!... que en mis labios
La sonrisa amarguísima que viste
Tú, libre de dolor, no la entendiste,
Sordo al hondo suspiro de mi afan.
Y en tanto que apuraba mi tormento,
De tu mar ocupado y de tus naves,
Cruzaron mis cantares cual las aves
Que a un desierto arrojara el huracan.

. . . .

Otro suelo me espera.... Allí en las noches
Tu nombre al reflejarse en mi memoria,
Recordará en mi mal la negra historia
Que dormido en tus playas concebí.
Historia de un ensueño mentiroso
Como el mundo a que vine confinado,
Historia que a torrentes me ha arrancado
Llanto que no borró lo que escribí.
Y con ella vendrán los ricos sueños
Que poblaron mi alegre fantasía
Cuando la aurora virjinal teñia
Mi primera y dulcísima ilusion.
Cuando en busca tal vez de algun recuerdo
La mente vagorosa se angustiaba,
Y mintiendo un placer, solo encontraba
Mudo y aletargado el corazon........

. . . .

Porque hai en los desiertos de la vida
Solitaria tal vez alguna fuente,
Donde un hombre probó de su corriente
Y su tostado labio humedeció:
Y mas lejos, tal vez, hai una sombra
Donde paró, cansado, su carrera,
Y le es grato en la calma lisonjera
Recordar el raudal donde bebió.
Pero yo, ¡vive el cielo! en mi abandono
No he encontrado ni sombra ni corriente:
Do quiera en mi dolor, sobre la frente
La huella del pesar solo mostré........

. . . .

Adios...... pueblo querido. Si en mi canto
Se revela una queja, en un suspiro,
Dí mas bien que mentí, dí que deliro,
Mas no que en mi dolor te calumnié.......
Yo sé que a los alcázares no llega
El ai! atosigado del mendigo:
Yo sé que en su vivir no halla otro abrigo,
Que sus tristes harapos...... su dolor......
Que es mendigo tambien el que soñando
Lauro inmortal, al son del harpa lucha;
Alcázar es el pueblo que le escucha:
Su portada no se abre a su clamor....

. . . .

De tus mares al son descompasado
Con que en la noche la ribera azota,
Una gloria soñé: hela ya rota,
Y vive en su lugar la realidad.......
Realidad turbulenta y azarosa
Hija infeliz de un sueño malogrado;
Realidad de un fantasma decorado
Con sombras halagüeñas de verdad.

. . . .

Otro suelo me espera...... Si en mi canto
Una queja se alzó sobre un jemido,
Perdona, o pueblo, al vate dolorido,
Que acaso no supiste comprender......
Adios..... Mi mente guarda tu memoria,
Memoria con matices de ventura,
Y con sombras aciagas de amargura,
Que recuerdo con llanto y con placer.

—Puerto-Cabello, Diciembre 23 de 18[illegible].—

A CARACAS.

Atras mi pié dudoso
Dejó un suelo querido
Donde el amor mis juegos
De niño, sorprendió:
Donde al rumor lejano
Del mar embravecido
Templé mi ronca lira,
Y el corazon lloró.

—

Entonces yo era un niño,
Que deliraba amores,
Y el mundo ví a lo lejos
Cual vívido verjel,
Mas, ai! cuando insensato
Corrí en pos de sus flores,
Espinas erizadas......
Hallé, cuitado, en él.....

—

Recuerdo que en las noches
Al fulgurar la luna
Lanzé perdido al viento
Mi lánguido cantar:
Recuerdo que agobiado
De un sueño sin fortuna,
Mansísimo otro ensueño
Me vino a despertar.

—

Soñaba yo una tierra
Con puentes, catedrales,
Donde el injenio humano
Sus glorias dibujó:
Soñaba que en sus torres,
Magníficos fanales
Para alumbrar los pueblos
Oscuros, levantó.

—

Soñaba que esas torres
Un tiempo sucumbieron
Al turbulento soplo
Del rápido huracan;
Y que al cruzar sus ruinas,
Un lúgubre «aquí fueron,»
Acaso algun viajero
Deletreó al pasar.

—

Así es el hombre: al cielo
Levanta, corpulentas
Pirámides, que abonen
Su nombre o su blason;
Y mira indiferente
Las pardas osamentas,
Y olvida que un alcázar
Mañana es un panteon.

Ayer a la corteza
De un árbol, fió su nombre,
Y el tronco carcomido
Del árbol lo guardó;
Brillaron otros soles
Y se apagó el del hombre,
Mientras por burla, el cielo
Las letras perdonó......

—

La luna ya escondia
Sus tímidos celajes,
Y con mi alegre ensueño
La nueva luz cruzé;
Mas nunca aquellos blancos
Y móviles paisajes
Por otras ilusiones
Nocturnas alejé.

—

Caracas! esa tierra
Que adiviné dormido
A un tiempo hermosa y rota,
Tal vez tu sombra fué;
Y aquel siniestro sueño,
Que me arrancó un jemido,
El estertor sombrio
De mi caduca fé.

—

Aquí entre el blando incienso
De tus altares de oro,
Cuya flotánte nube
Se eleva hasta tu Dios,
Yo buscaré un acento
Magnífico y sonoro
Para cantar al HEROE
Que libertad te dió.

—

Tú tienes en tu suelo
Risueñas creaciones,
Y en tus amenos rios
Oculta inspiracion;
Yo tengo solo un harpa
Que da lánguidos sones,
Y que en humilde ofrenda
Te rinde el corazon.

Mas no esperes con ella
Las cántigas de Homero,
Ni el inspirado aliento
De Píndaro inmortal:
Son hijos mis cantares
De mi dolor primero,
Y mustios cual las flores
De un tórrido arenal.

—

Así, si acaso el gozo
Resbala por mi frente,
Si alguna vez enjuga
Mi llanto la mujer,
No esperes que esa dicha
Del corazon te cuente,
Ni que a la lira fie
Tan virjinal placer.

—

Que oirás solo mi acento
Mientras llorosa el alma
Dormite sobre el lecho
Punzante del dolor;
Mas no cuando arrullado
De lisonjera calma,
Me duerma en el silencio
Gozando algun favor.

—

Favor dije! mentira,
Jamas ví en la belleza
Mas que una estátua helada
Que el arte cinceló;
El mundo es un desierto
De sepulcral tristeza,
Y el jenio, en sus llanuras,
De sufrimiento, yo.

—

Es fuerza, pues, que escuches
Mi voz enronquecida,
Que de mi lira ensaye
La tosca vibracion,
Que en la invisible gasa
Del céfiro, perdida,
Espire solitaria
Mi tímida cancion.

—Caracas, diciembre 27 de 1843.—

A....

Frondosa en el prado su frente elevaba
Robusta palmera nacida al lintel:
El ave en sus ramas dulcísima alzaba
Sus blandos cantares del alba al nacer.
Do quiera en el llano sonora armonía
Cruzaba en los brazos del aura fugaz,
Do quiera la brisa flotante mecía
Lasciva sus flores sonando al pasar.
Mas oye, señora; cayó la palmera,
Cayó al fuerte empuje del recio huracan:
Se hundió desgajada su copa hechicera,
Guardaron los vientos su historia inmortal.
Así lo que absortos ayer admiramos
Con vanos aplausos, con loco tropel,
Desnudo en los brazos del viento miramos
Desnudo el hechizo del sueño de ayer.
El aura amanece de nardo impregnada,
Difunde en el valle suavísimo olor;
Mas tiende la noche su sombra callada
Y al aura convierte en fiero aquilon.
Ayer delirante con fuego inocente
Tu pecho amoroso tal vez suspiró,
Y en fuego abrasada perdióse tu mente
Jurándome tierna dulcísimo amor.
Un mundo de amores, de gloria y ventura
Mentí como un niño postrado a tus piés,
Cual fueras la vírjen que el Dios de la altura
Formó en los pensiles del májico Eden.
Recuerdo la noche que ansiosa en tu asilo
Mi trémula planta por tí se posó;
Recuerdo que entonces en sueño tranquilo
Mil bellas visiones formó el corazon.
Mas fueron visiones que en tí el alma ingrata
Dejó entre los pliegues del aura sutil;
Así a las palmeras el viento arrebata,
Y arrastra con ellas al hondo confin.
Cuando ardiente un pensamiento
Despierta mi fé abatida,
En negro llanto, mi vida,
Baña ingrato el corazon.
Qué tristes son, ¡ai! mis horas,
Como la lumbre sombría
Que pasa en fiera agonía
El maldecido de Dios.
Porque sin ti, yo perdido,
No hallo luz, no hallo hermosura,
Ni del alba la frescura
Calma el fuego de mi ardor:
Ni la fuente que murmura,
Ni el aljófar del rocío,
Halagan el llanto mio,
Ni el cantar del ruiseñor.
Solo un sueño me persigue
Negro, horrendo, borrascoso,
Cuyo recuerdo azaroso
Me desgarra el corazon;
Como sombra acosadora
De un delirio turbulento,
Que nos agobia un momento
Para no olvidarse, no.
Yo me acuerdo que otros dias
Bajo un cielo puro, hermoso,
Oí tu acento armonioso
Jurándome eterna fé,
Y de irresistible amor
Mi pensamiento abrasado,
Un querub del cielo enviado,
Yo, mujer, te imajiné.
Aquella aura que aromaba
Tu flotante cabellera,
Hoi, no mas por la pradera
Jugará de flor en flor:
Solitaria cual tu amante
Vagará por la llanura,
O se perderá en la hondura
De un torrente bramador.
A otras playas venturosas
De mí te aleja una quilla,
Y yo triste a la otra orilla
Quedo del undoso mar.
Allí clavados mis ojos
Con lágrimas turbulentas,
Conjurarán las tormentas
Que te quieran zozobrar;
O al pié de enorme peñasco
Por las ondas azotado,
A mi duelo abandonado
El alba me encontrará.
Tal vez cándidos ensueños

Al reir de la mañana,
Tu perfeccion soberana
Al nacer, me finjirán....
Tal vez al lánguido canto
De la tórtola inocente,
Resbalará por mi frente
Alguna vision de paz.
Mas, ai! que en mi abatimiento
Solo y triste me devoro,
Que aquellas visiones de oro
Las llevó el tiempo falaz:
Y en vano las busca el alma
En sus delirios perdida;
Volaron tras tí mi vida,
Para no volver jamas....

—Puerto-Cabello, Febrero 1843.—

BOLIVAR.

Ayer cuando era niño mi madre me contaba
La historia de tres siglos que América escribió:
Contábame que un hombre (que al recordar lloraba)
Sobre un caduco cetro la independencia alzó.
Contábame que ese hombre do quiera con su espada
Sepulcros dió al tirano y a América un altar;
Que cuál Jehová los orbes sacara de la nada,
Él supo un mundo libre del caos levantar.
Pasó mi edad de niño, mas luego me hice hombre
Ví en un salon suntuoso la forma de un varon:
Àvida la pupila buscó a sus piés el nombre,
Y sorprendida el alma deletreó «Simon!!!»
Él es!!!....... aletargados mis labios pronunciaron,
Él es!!'....... en los contornos el eco remedó:
Trémulas mis rodillas de hinojos se postraron;
Él es!!!...... convulso, el labio de nuevo repitió.
Tú fuistes ese hombre, magnético dibujo,
Colgado por adorno sin voz en la pared:
Tú fuiste el rayo ardiente que el Ávila produjo
Que atosigó de Iberia la sanguinaria sed.
Tal vez cuando en la noche la fértil Venezuela
Se duerme al son lejano del turbulento mar,
Rompe la yerta losa tu sombra y la revela
Arcanos que ella guarda risueña al despertar.
Tal vez se oyen perdidos dulcísimos acentos
Que un ánjel que te sigue derrama del laud;
Tal vez al son nocturno de perfumados vientos
Te encierras misterioso de nuevo en tu ataud.
Ven a inspirar mi musa, Libertador de un mundo
Que el lauro de otros héroes amortiguando vas,
Suspende los ensueños de mi dormir profundo,
Y estampa en mi memoria tu aparicion fugaz.
Yo sé que siendo niño pintaste en tu sonrisa
Lo que escondida el alma soñando meditó,
Que luego el nombre de héroe te distinguió en la liza,

Y el sueño de la infancia tu lanza realizó.
Que entonces el tirano su frente alzó altanera,
Te vió....... y un sol de sangre tras él se levantó;
Y el leon de las Castillas que acaso en paz durmiera
Al brillo de tu espada convulso despertó.
Lanzóse a la llanura con desigual rujido,
Sereno sus lejiones le viste numerar;
Y el cuervo del desierto desde el salvaje nido,
Su tumba en el desierto se le escuchó augurar.
Mas tarde al son de muerte del sanguinario acero,
Victoria por Bolivar!!! un eco murmuró:
Maldijo sus destinos el castellano fiero,
Y amenazando al cielo sacrílego espiró,
Tu gloria es mas sublime que el sol que se levanta,
Que del lejano cénit el diáfano cristal;
Que el ánjel que el hosanna sobre los astros canta,
Que el ruido del torrente cruzando el arenal.
Washignton y otros héroes atletas que lidiaron
Son átomos tan solo que jiran junto a tí;
Los Alpes un coloso sobre su cima alzaron;
Mas yo sobre los Andes mas grande que él te vi.

Que aquel furioso jigante
Que al mundo quiso abarcar,
Sobre una playa distante
Le arrojó bramando el mar.
Porque sediento de gloria
Vencedor trepó a la altura;
Mas ignoró en su bravura
La aurora de Waterloo......
Pero tú, sol de mi patria,
Mientra hubiste combatido,
Nunca te vieron vencido,
Solo te venció el dolor.
Mas tarde abrieron tu historia
Por baldon arrinconada,
Y arrepentida y turbada
Lloró una jeneracion.
Y su llanto doloroso
Vertido al remordimiento,
Fué a esconderse macilento
En tu lúgubre panteon.

Entonces se alzó tu sombra
Sobre el Ávila empinado;
Y a sus piés avergonzado
Demandó el malo perdon.
Porque maldijo tu nombre
En su loco desvario,
Y te dió a beber impío
El tósigo del pesar.
Porque en una triste orilla
Que el mar solitario moja
En tu funeral congoja
Te vió, riéndose, espirar.....
Sacude el hediondo sueño
Sombra magnífica y santa,
Ven a ver cual se levanta
El sol que te vió nacer.
Ven a oir la voz de un hombre
Que en el templo te saluda,
Aunque en tu féretro, muda,
Te vuelvas, sombra, a esconder.

Bolivar, yo recuerdo que en la niñez pacífica
Mi madre sollozando tu historia me contó:
Que luego en una sala tu forma vi magnífica,
Y balbuciente el labio tu nombre deletreó.

Que se ocultó la lumbre de aquel brillante dia,
Y amaneció otra aurora tremenda para tí:
Que el malo tu retrato rabioso conducia,
Y le arrastró en el suelo con torpe frenesí........
Bolivar...... yo recuerdo que un suelo hospitalario
Sobre el cadáver tuyo su llanto derramó;
Que el tuyo aletargado ni un ruego funerario
Al son de sus campanas acongojado alzó........
Perdona, o patria mia, si en mi cantar te ofendo
Si recordé insensato lo que olvidar debí;
Perdona........ en tu semblante yo tímido comprendo,
Que acaso al son del harpa tu corazon herí.

—Puerto-Cabello, Octubre 28.—

AYES DEL CORAZON.

De tu memoria lanza mi memoria,
Jamas recuerda la terrible historia
Del bardo errante que acojiste ayer.
JOSÉ MARÍA GONZALEZ.—*(La Diosa del Arauco, inedita.)*

¿No recuerdas, hermosa, aquel dia
Que opaca se hundiera la lumbre del sol,
En que apenas el ruido se oia
Del mar que las playas azota feroz?
Aquel dia solemne y sombrío
Que el santo aparato del templo alumbró,
En que el pueblo con paso tardío
Cruzaba las calles en pos de su Dios?
Aquel dia que un hombre leyera,
Del Gólgota santo la historia inmortal;
Y en sus místicas hojas vertiera
Seráfico llanto su fé celestial?
No recuerdas que entonces del duelos
Mi tímida vista por tí levanté,
Y mintiendo tus formas un cielo
De Dios olvidado no tuve mas fé?
Que frenético quise en tu frente
Con labio sacrílego un beso posar,
Y en amor abrasada la mente,
Tú fuiste mi Dios, tú planta mi altar.
Si te acuerdas, olvida esa historia
Que en hora siniestra forjamos los dos
Y que en vez de halagar la memoria
Del pecho me arranca mil ayes feroz.
Yo tal vez en incógnito soto,
Mi fuego sacrílego errante espiaré,
O en un campo desierto y remoto
La mísera angustia del pecho ahogaré;
Podré acaso en la sombra campestre,
Tu nombre en los cantos de un pájaro oír,
Y a su trova sonora y silvestre
Con él mi quebranto de amor confundir.
Podré al lado de arroyo escondido
Mi llanto a sus aguas desiertas mezclar;
Podré enviarte en el aura un jemido,
Jemido que nunca podrás escuchar.
Aunque se alce convulsa en el alma
Del pecho cuitado la antigua pasion,
Cual a veces serena la palma
Se mueve al impulso del rudo aquilon.
Impasible veré yo al destino
La cifra de sangre marcar para mí,
Solitario cruzando el camino
Dò blanca y risueña, señora, te ví.

Senda estéril que solo tu hechizo
Magnético pudo su orilla esmaltar,
Cuando iluso mentí un paraiso
Que nunca he podido, señora, alcanzar.
Un Edén que a tu májico acento
Se alzó perfumado delante de mí,
Y hoi deshecho en los brazos del viento
Despierto medito, que entonces dormí.
Que tan solo me queda en la mente
Marcada la huella de aquella vision,
Y el dolor asomado en la frente
Que turba a deshora mi casta oracion.

Mas oye. Solitaria en la llanura
Llorar una paloma escuché yo;
Si era de amor su triste desventura
Yo no la comprendí, señora; no.
Si era la lobreguez de su retiro
La que quiso en sus penas desahogar,
Yo no lo sé, porque tambien suspiro,
Y el mundo no comprende mi pesar.
Porque tambien como ella vivo triste
Sin una voz que endulce mi afliccion,
Que esa pasion que el alma no resiste
Es un volcan que abrasa el corazon.
Es un volcan que en hora infortunada
Vino en mi mal fatídico a lucir.
Es un volcan que al alma aletargada
Mintió de gloria un rico porvenir.
Y solo cuando asome al cuerpo mio
La amarillenta tinta sepulcral,
Podrá morir su resplandor sombrío
Sobre el aciago velo funeral.
Entonces si a la orilla de mi losa
Late de algun mortal el corazon,
Allí mi sombra le dará piadosa,
Si adora a la mujer, triste leccion.
¿De qué me sirve amar y ser amado
Si huye de mí fantástico el placer?
De qué tener un pecho enamorado
Que espera un porvenir que no ha ver?
Si cuando ansiada brilla la bonanza
En el rebelde mar de mi pasion,
Se pierde en sus llanuras mi esperanza
Y solitario jime el corazon?

. . . .

Oye otra vez, señora. En tu memoria
No guardes mas mi nombre.... por piedad!
No mas amor.... Si quieres otra historia
Delineará el pincel la de amistad.
Oh! déjame olvidado a la ribera
De ese desnudo llano en que te hallé.
Déjame.... y ni una lágrima siquiera
Viertas al recordar que yo te amé.
Porque acaso, mi bien, tu mente ignora
Cuánto pesa una lágrima de amor!
Cuánto en el pecho nuestra paz devora
Al rodar silenciosa al corazon.
Tú no sabes, señora, la amargura
Que un recuerdo de amor nos da a probar.
Tú no sabes tal vez la desventura
Del que tiene placeres que llorar.
Oh! déjame volver a ese camino
De donde tu hermosura me desvió,
Sendero tenebroso que el destino
Con implacable mano me trazó.
Déjame devorar el signo amargo
Que en la cuna me dieron al nacer,
Que de la muerte el funeral letargo
Mui pronto concluirá mi padecer.
Y si aun te agobia entonces mi memoria
Clava sobre mi lápida una cruz,
Que ella será la ofrenda meritoria
Que tus manos darán a mi ataud:
Insignia misteriosa y elocuente,
Jeroglífico mudo del *no ser*,
Cifra que dice al mísero viviente
«Aquí no hai porvenir; solo hai ayer.»
Déjame delirar, ánjel hermoso,
Llena el alma de engaño y de ilusion,
Que proscripto en un mundo mentiroso
Es forzoso vivir de su ficcion.
Y si ese cruel escarnio, esa mentira
Es lo que aquí llamamos realidad,
Yo quiero al son de mi cansada lira
Solo llorar mi negra soledad.
Quiero que iluso el corazon delire

Y adore sus fantasmas y oropel.
Quiero que el alma lánguida suspire
Y sueñe alegre aplausos y laurel.
Mas... no, mi hermosa... A alzar un paraiso,
Donde sin tí el infierno solo ví,
Ven, y a jurar de nuevo si es preciso,
Aquel amor que ponderar te oí.
Tú le darás colores a mi pluma
Con que pintar el fuego de los dos.
Que en ese seno de nevada espuma
Mansos cantares hai para mi voz.
No me olvides... ah!... no... Quiero abrazarte
Lleno de amor y fuego el corazon.
Ya no quiero morir .. Solo adorarte
Y en tus labios beber la inspiracion.

—Puerto-Cabello, noviembre 17 de 1843.—

A VILLAPOL.

El puro cielo de la vieja España
Veló en la cuna tu primer ensueño,
Y el de estas costas, virjinal, risueño,
Te vió luego en sus playas despertar.

En nombre de una raza de Nerones
Sangre pediste al pobre americano,
Y torpe en ella se tiñó tu mano
Al ronco son del bélico timbal.

El grito de las víctimas humeantes
Lúgubre hirió tu corazon de ibero,
Y en las manchas de sangre de tu acero
Combinado encontrastes un renglon.

En él tu labio incierto y balbuciente
Leyó con estupor, en rojas letras,
«Tú que estos signos fúnebres penetras,
Venga nuestras cenizas, español!»......

Y es fama que una lágrima encendida
Rodó por tus mejillas hasta el suelo,
Y arrepentido demandaste al cielo
Borrase aquella sangre con su luz.

Que un espíritu blanco y transparente
Murmuraba el renglon en la batalla,
Entre el ronco estridor de la metralla
Y el humo del belíjero arcabuz.

Mas tarde alzó risueño en las montañas
Abril su pabellon de cien colores,
Y alcanzaste dormido entre sus flores
Al ánjel de la santa libertad.

Espíritu potente cuyo grito
Ensordece el alcazar de los reyes,
Y rasga airado las sangrientas leyes
Que torturan la pobre humanidad.

La libertad...! Sirena misteriosa
Cuya májica voz de siglo en siglo,
Va ahuyentando el satánico vestiglo
Que adoran los tiranos en su altar.

De esa voz las perdidas vibraciones
Llegaron melodiosas a tu oido,
Entre el sordo y monótono jemido
De la víctima próxima a espirar,

Y en extasis purísimo y sagrado
Gritaste: ¡¡«Libertad»!! y el santo eco
Resbalando fugaz de hueco en hueco
En las tiendas hispanas fué a morir.

Rabiosos tus hermanos lo escucharon,
Mientras víctores mil te recibieron
Entre los mismos héroes que te vieron
Por vencerlos, impávidos reñir.

San Mateo!!... Esta lápida sangrienta
Donde se lee—«Ricaurte»!!..«Campo Elias»!!!..
Sorbió tus postrimeras agonías,
Y tu nombre a esos nombres añadió.

Que al fijar de los libres la bandera
Sobre la tierra en sangre reteñida,
Mató su luz el astro de tu vida
Y el ánjel de la gloria lo encendió.

—Noviembre 28, 1844.—

UN RECUERDO DE PUERTO-CABELLO.

EL MANGLE.

Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas,
Tus islas solitarias, tu calma perennal,
Y tus garcelas blancas, que habitan escondidas
Sus olvidados nidos pintados de coral!

Cuán gratos los cantares que en lánguido desvelo
Tendido en su piragua levanta el pescador,
En tanto que en sus redes o en su traidor anzuelo
Se prende el pez incauto del fondo habitador;

Y ver desde tus costas entre el redondo hueco
Que el viento en ancha nube y ennegrecida abrió,
La trasparente luna y el arjentino fleco
Que en el contorno oscuro su tibia luz prendió;

Y allá sobre las cumbres de los lejanos montes
Cuando la niebla invade su agreste soledad,
Fosfórico relámpago hender los horizontes
Sus cóncavos tiñendo de fátua claridad!

Acaso un dios marino visita en la alta noche
Tu alcázar incrustado de concha y caracol,
Y tiran los delfines su misterioso coche
Que se hunde entre las aguas al asomar el sol.

Un coro de sirenas tal vez en pos le canta
Salvajes harmonías que nunca oyó el mortal,
Y el céfiro dormido, por escuchar, levanta
De tus manglares bellos sus alas de cristal.

Las ondas espumosas del ronco mar vecino
Respetan en sus iras tu plácida quietud,
Como respeta el crimen el resplandor divino
Que arroja de su frente la tímida virtud.

Del mar son los furores, del mar las tempestades,
Las trombas, y del trueno la retumbante voz,
Lenguaje con que en medio sus anchas soledades
Maldice los linderos que le señala Dios.

Y tuyos los aromas que vierte la mañana
Sobre las ténues alas del plácido terral,
Y de la fresca tarde la tibia luz lejana
Que trémulo refleja tu límpido cristal.

Innúmeras gaviotas que habitan las arenas
Por visitarte cruzan la atmósfera sutil;
Y dejan en las noches las májicas sirenas,
Por arrullar tu sueño, sus lechos de marfil.

—

Yo he visitado tus dormidas linfas
En las tardes purísimas de Abril;
De tus marinas y salvajes ninfas
Los cantares dulcísimos oí.

Era yo niño entonces, y embriagado
A estas voces de cielo me adormí,
Y en mi sueño inocente y nacarado,
Vi la sombra fugaz de un serafin.

Fué la imájen falaz de la fortuna,
De la celeste gloria, del amor,
O el ánjel invisible que en la cuna
Mis ilusiones cándidas meció?

Yo no lo sé.... pero sentí en mi frente
El contacto de un ósculo de paz.
Yo desperté.... La forma trasparente
Ví sepultarse rápida en el mar.

Sueño feliz, bellísimo, encantado,
Que jamas en mi vida olvidaré,
Dulce como el ambiente embalsamado,
Como el beso de amor de una mujer.

Sueño que vive oculto en mi memoria
Como una faz que adora el corazon,
Como el eco de un cántico de gloria,
Como una gota de agua entre una flor.

—

Oh! bellas son tus aguas azules y dormidas,
Tus islas solitarias, tu calma perennal,
Y tus garcelas blancas que habitan escondidas
Sus olvidados nidos pintados de coral.

—Diciembre 23—1844.—

UN CANTO Y UNA LAGRIMA.

AL DESGRACIADO JOVEN AUTOR DE «EL HARPA DEL PROSCRIPTO.» [1]

«Hijo del hombre, vivir
Es lo mismo que llorar;
Dar tregua al lloro, es dormir,
Ser dichoso, eso es soñar.»
AROLAS.

Oye, flébil cantor, pues que una lira
No basta a consolar tu desventura;
Y *sin fé, sin amor*, miras la altura
Sin ver tras ella oculto el porvenir;
Y *sin fé, sin amor*, bajas la frente
A la del hombre lúgubre mazmorra,
Sin encontrar en ella quien acorra
La negra soledad de tu vivir,
Oye, y no llores: lágrimas, sepulcros,
Infierno, proscripcion, eso es la vida,
¿Quieres gozar? La tumba te convida
Con su solemne y solitaria paz.
Yo arrancaré de tu panteon la yerba
Que de la tarde ondule al manso viento;
Y si oyen los que *fueron* nuestro acento,
Tú mi plegaria funeral oirás....
Cantastes y lloré: porque tu canto
Un alarido fué del hondo pecho,
Un satánico grito de despecho
A cuyo bronco son me estremecí.

1 «El Harpa del proscripto» es una leyenda escrita por *Manuel Jerez*, publicada en Caracas y reimpresa en el «Correo de Ultramar» del año 845.

Asi es fuerza cantar ¡sentencia horrible!
Mas, es fuerza creer. Sin esperanza,
¿Quieres, vate, saber lo que se alcanza?—
El lodo que la planta huella aquí.
El árbol deshojado espera un dia
La verde y olorosa primavera:
La seca márjen de la fuente espera
Las aguas que el verano le robó:
La fiel paloma que encontró sin vida
Su tierna prole en el silvestre nido,
Espera con su arrullo dolorido
Darle el calor que el cielo le quitó.
¿Y tú no esperarás...? Tú a quien el ánjel
Teje corona de celeste lirio,
Para borrar la sangre del martirio
Que sorberá tu lágrima final?
El árbol de la fé tiene sus flores,
Y si una vez la duda las marchita,
Una lágrima fiel las resucita
Y exhalan un olor mas virjinal.

Si duerme el sol, despertará la noche,
Toldo benigno del ardiente dia,
Vírjen que aplaca el llanto y la agonia,
Y nos tiende en el lecho a suspirar.

La noche es el espejo misterioso
Donde Dios y los ánjeles se miran,
Cuando sus formas confundidas jiran,
Deja el lecho, cantor, póstrate a orar.

Y será tu oracion sublime y santa,
Cual la fé predicada en el desierto,
Cual la que el Hombre-Dios alzó en el Huerto,
Pura como la sangre que vertió,

Que es la oracion al hombre maldecido
Lo que fué en su abandono a los querubes,
Cuando entre llamas y sulfúreas nubes,
Dios a Luzbel de su mansion lanzó.

Sube en las alas de la fé cristiana
A bañarte en la luz del firmamento,
A respirar el perfumado aliento
Que se escapa del trono de Jehová.

Verás allí la reina de los orbes
De cuyos ojos nacen las estrellas,
Cómo apaga en el éter las centellas
Con solo una mirada que les dá.

Verás allí los misticos patriarcas
Bajo sus palmas inmortales de oro,
Y oirás el puro y relijioso coro
Del alcázar beatífico de Dios.

Verás allí las púdicas vestales,
Multiplicadas sombras de María,
Que al escuchar la terrenal orjia
Dieron a los placeres un adios.

Y en tanto que las vírjenes te aguardan
Con mil coronas de azulados lirios,
Canta, vate infeliz, y en tus martirios,
Haya esperanza y relijion y fé.

Y ¡oh! si pudiera yo cuando en tu losa
El céfiro columpie una palmera,
Seguir, cantor, en la infinita esfera
Las esplendentes huellas de tu pié!....

—Caracas, Octubre 1844.—

NAPOLEON.

Despues de Satanás.... ni hombre, ni ánjel,
ni demonio ha caido de tan alto.

BYRON.

Águila del desierto, cuyo nido
Fueron las borrascosas tempestades,
Flamíjero cometa suspendido
Sobre el cielo sin fin de las edades:
Tú, que en el lago mismo del olvido
Has lanzado tus rejias claridades,
Dios caido del trono de los dioses....
¿Quién recibió tus últimos adioses?....

No fueron las pirámides que oyeron
De tus pasos el ruido y se inclinaron;
Ni las aguas del Nilo, que te vieron
Y en sus ondas tu nombre murmuraron:
No fueron las ciudades que encendieron
Sus torres y en las noches te alumbraron....
¿Quién fué?... Silencio!. . Trémula mi boca
Nombra apenas el mar.... nombra una roca.

La tierra, el mar, los cielos, orbe estrecho
Eran para tu planta de jigante:
De tu imperial palacio el rejio techo
Fué el firmamento colosal, flotante;
Tu diadema los soles.... y tu lecho
El antártico polo de diamante....
Tu féretro? Es verdad? Titan del Sena!! —
El peñasco fatal de Santa Helena....

Y así como retiembla la montaña
Al desprenderse el roble corpulento,
Tembló la Europa, como débil caña,
Al caer tu cadáver sin aliento.
El mar que tu sepulcro antiguo baña
Dicen que se estrelló mas turbulento,
Y que una nube funeral, sangrienta,
Cruzó por Waterloo, tétrica y lenta.

El alma de tu cuerpo desprendida
Surcó el éter con vuelo majestuoso,
Y por tus viudas águilas seguida
Al alcázar llamó del Poderoso:
Del pórtico al dintel fué detenida
Por un brazo invisible y vigoroso,
Porque el cielo temió que en tu demencia
Fueses a conquistar la Omnipotencia.

Mortaja del coloso de la guerra
Tú sola fuiste, Albion, del mar señora;
¿Por qué? — Porque un pedazo de tu tierra
Fué a pedirte el coloso en mala hora
Y le diste un peñasco!.... En él se encierra
Tu mas horrenda pájina, traidora!
En él su espectro arrastra sus crespones
Y te cubre de horrendas maldiciones.

Tuviste miedo al leon y lo enjaulaste;
Y de lejos oyendo su rujido,
Tú, del mar la señora,... tú.... temblaste!!
Por el puñal de la traicion herido
Cayó a tus piés.... Entonce respiraste,
Cobarde vencedora del vencido.....
El Oceano mismo no podria
Borrar ese padron de cobardía......

Tú no eres tan culpable... ¿En dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
¿Por qué no le salvó?.... Le contemplaba
Desde sus blancos Alpes sonreida!....
Y él, que la hizo tan grande!.... Ella danzaba
Sobre sus mil banderas.... Y su vida,
Como un volcan antiguo moribundo,
Lenta espiraba en ese mar profundo.

Eso es la gloria.... NAPOLEON! BOLIVAR!
Inmortales, espléndidos cometas!
Una copa de flores y de almibar
La gloria os presentó, grandes atletas;
Pero en el fondo, emponzoñado acíbar
El destino guardaba.... Y en mil grietas
Hendidos vuestros pechos.... los pesares
Os ahogaron a orillas de los mares.

Eso es la gloria!.... El dios armipotente,
El titánico dios de las batallas,
Tú, BONAPARTE! sol en occidente,
Contra un peñasco maldecido encallas
Cual bajel de los mares.... Y esa frente
Que desafió cien nubes de metrallas,
Solo Bertrand, el bravo granadero,
La sostuvo en su trance postrimero.

AMÉRICA.

Ceñida de jazmin y enredadera
Y entre viejas montañas escondida,
Pasa su blanda y perezosa vida
Una tierra bellísima, un jardin.

—

América unos hombres la llamaron
Y sus hijos despues lo repitieron;
Sus moradas sobre ella suspendieron
La sílfide, la fada, el serafin.

—

Las auras de sus bosques centenarios
Mecen los mil jazmines de su frente,
Y un aroma purísimo, inocente,
Se desprende al columpio virjinal.

Ciñe su inmensa frente por diadema
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Altivas y caducas moradoras
Del desierto y del tórrido arenal.

—

Descienden en vistosos torbellinos
De trasparentes perlas sus cascadas,
Y bordan las corolas perfumadas
De la campestre y olvidada flor.

—

Pueblan sus altos robles y sus ceibas
En bandos pintorescos los turpiales,
Y ostentan los mitrados cardenales
La púrpura de Tiro en su color.

—

Las deidades del mar visten sus playas
De caracoles, conchas y corales,
Que ostentan sus desiertos arenales
Como un cinto de perlas y rubí.

—

Encaje pintoresco y ondulante
Con que adornan su vírjen vestidura,
La casta, hermosa, celestial y pura
Tierra de los ensueños de alhelí.

—

Un cielo azul, benigno, trasparente
De nubes de oro y nácar tachonado,
Y sus noches de amor, engalanado
Con millares de estrellas por do quier.

—

Es el toldo magnífico, esplendente,
Que con tierna y bellísima sonrisa
Tiende en las alas de la mansa brisa
El ánjel de los sueños y el placer.

—

Los ojos de sus bellas son de fuego,
Sus miradas fascinan y enloquecen;
Descarriados arcánjeles parecen
Que descendieron en su vuelo aquí.

—

Sus morenas mejillas, sus melenas,
Sus senos voluptuosos, palpitantes,
Del corazon arrancan delirantes
Mil suspiros de ardiente frenesí.

—

Tus bosques, tus rios, tus limpias cascadas
Eternos sus flores, sus aguas te den;
Tus auras fugaces de aroma cargadas
Columpien tus palmas con blando vaiven.

—

Tu cielo de estrellas, azul, trasparente,
Derrame su manso fulgor para tí;
Y rica y altiva, feraz y potente.
Los soles te alumbren, fantástica hurí.

—

Esconda en tus flores sus lágrimas puras
La cándida y tibia mañana de paz,
Y tienda en tus verdes feraces llanuras,
Su velo de rosas liviano y fugaz.

—

Arrullen tu casto, mansísimo sueño,
Del bosque las brisas con dulce rumor,
Y el canto del ave, silvestre, halagüeño,
Tu paz interrumpa con notas de amor.

—

Desciendan en vistosos torbellinos
De trasparentes perlas tus cascadas,
Y borden las corolas perfumadas
De la flor escondida y virjinal.

—

Ciña tu inmensa frente por diadema,
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Siempre altivas y eternas moradoras
Del llano, el bosque, el valle, el arenal.

—

Vierta Dios a torrentes en tu suelo,
Virtud, saber, prosperidad, bonanza,
Y el eterno fanal de la esperanza
Alumbre tu dormir, tu despertar.

—

Que el Jenio misterioso de los siglos
Sobre su inmensa trípode sentado,
Te augure con la fé del inspirado
Glorias que él mismo no podrá borrar.

—Enero 1.º de 1843.—

LUCA.

(ESTEVAN)

Nació en Buenos-Aires. Regresaba a esta ciudad en clase de secretario de una legacion estraordinaria a la corte del Brasil, cuando naufragó, y pereció, en el Banco ingles del Rio de la Plata, en Marzo de 1824.

A LA VICTORIA DE CHACABUCO.[1]

ODA.

ENTRE guerra y venganzas,
Muertes y horrores el caudillo Ibero,
Entre crueles verdugos y asechanzas,
Cual Minotauro fiero
Con centelleantes ojos asombraba
De Chile el monte y llano que ocupaba.

Alza la erguida frente
Sobre un trono con sangre salpicado
Mil y mil veces de la indiana jente;
El cetro ya empuñado,
El ferreo cetro, agudas las espadas
Cierran ya de su imperio las entradas.

Yo conquisté esta tierra,
A sus sangrientas haces les decia,
Que a esfuerzos del terror y de la guerra
Por tres siglos es mia;
En mis iras conoce el Araucano
El rayo de que Jove armó mi mano.

¿Mi dominio rodeado
De intransitables ásperas montañas
Será del Arjentino profanado?
¿Mil heroicas hazañas
No os gritan que este suelo subyuguemos,
O que al furor de Alecto lo entreguemos?

Así el tirano clama:
SAN MARTIN otro *Aníbal* mas famoso,
A quien celeste ardor el pecho inflama
Practica ya el fragoso
Camino de los Andes, ya el soldado
Toma ejemplo del jefe denodado.

A un lado, mole inmensa
Ve levantarse al cielo, a la otra parte
Un precipicio horrendo, y solo piensa
A fuer de brio y arte
Al término llegar de la angostura;
Pigmeo es la montaña a su bravura.

El enemigo bando
Avistan los campeones impacientes,
Sobre él ya cargan rápidos bajando
Como en gruesos torrentes
Por entre riscos el furioso Guano[2]
Que raudo corre por inmenso llano.

---

[1] Ganada el 12 de Febrero de 817.
[2] Uno de los varios torrentes de los Andes. (El A.)

Los montes cavernosos
Retumban con el bélico alarido,
Y el tronar de las armas, espantosos
Dando horrible jemido,
Desde sus hondas lóbregas entrañas
De sí arrojan al Leon de las Españas.

Ruje herido del rayo
De las patrias lejiones, que aguerridas
En fuga ponen y en mortal desmayo
Sus huestes homicidas;
El paso vencen, y al favor de Marte
Tremolan en el valle su estandarte.

¡O deidad, que inflamaste
En sacro ardor el numen del Mantuano!
¡O tu que en plectro de oro celebraste
El valor sobrehumano
De Hércules vencedor! hoi canta solo
El paso de los Andes, sacro Apolo.

No cantes, no este dia,
La cítara divina resonando,
Del héroe de Cartago la osadía
Los Alpes traspasando:
A un otro Anibal canta, mayor gloria
Da al Nuevo Mundo eterna su memoria.

Mas ¡o terrible escena!
Del Hispano la armada muchedumbre
Los llanos abandona, cruel se ordena
De nuevo en la alta cumbre
De la vecina y escarpada sierra,
Y el pendon alza de ominosa guerra.

El oprimido suelo
Mira en fuertes guerreros convertido,
Resonando los cóncavos del cielo
Con el marcial ruido;
Clamor universal oye, y se aterra:
¡Venganza, Eponamón [1], venganza y guerra!

El grito heroico alcanza
Al mar del Sud en ásperos acentos
Cual Austro embravecido; invicto avanza
SAN MARTIN los sangrientos
Rebeldes enemigos; ronco suena
El bélico clarin, el bronce truena.

La lid está trabada
En CHACABUCO; del guerrero infante
Se ve la línea en fuegos inflamada;
Su acero fulminante
En la diestra revuelve ya el jinete,
Y en el veloz caballo ya arremete.

La intrépida carrera
Del relinchante bruto, el corvo alfanje,
Rompen al enemigo que lo espera
En cerrada falanje:
Al duro choque retemblaba el suelo
Cual si brotara nuevo Monjibelo.

La muerte conducida
Sobre el rodante carro hiere, mata
En ambas huestes, la infelice vida
Del cuerpo la desata;
Los muertos huella, corre sin fatiga,
Que el cuadriga fatal la guerra instiga.

Frente a sus escuadrones
SAN MARTIN ya decide la victoria,
Clama, atropella, rinde las lejiones;
Cubierto va de gloria
Cual otro Aquiles fuerte, invulnerable,
A las Troyanas jentes espantable.

Dos rayos de Mavorte,
De la patria constantes defensores,
Solér, O'Higgins, cada uno en su coborte
Gobierna los furores;
De los fieros Titanes este dia
Triunfara en CHACABUCO su osadía.

¡O patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendon de Castilla de ellos fieros

[1] El dios que invocan los Indios de Arauco en sus negocios mas graves. (El A.)

suelo derribaron;
lve, Patria, mil veces, altaneras
lotan en todo Chile tus banderas.

as sombras irritadas
e Tucapel, Caupolican, Lautaro,
ejaron los patriotas hoi vengadas.
oi vuestro nombre caro
lama al hijo de Arauco que la lanza
iñe en sangre española en la matanza.

Del arduo escelso asiento
De los nevados Andes, hoi la Fama
Tocando el estrellado pavimento,
En los Orbes proclama
A vuestros héroes: su eco resonante
Va desde el mar del Sud al mar de Atlante.

¡O paternal gobierno
Que enérjico y prudente protejiste
Tan jigantesca empresa! honor eterno
A la Patria le diste:
Tuyo es el regocijo a que se torna,
Y el precioso esplendor con que se adorna.

Vírjenes adorables,
Ninfas del Arjentino sacro rio,
Cantad tambien los hechos memorables,
Mientras el llanto mio
Tributo al campeon que en la victoria
Muriendo por la Patria nos da gloria.

— 1817. —

AL TRIUNFO DEL VICE-ALMIRANTE LORD COCHRANE,

SOBRE EL CALLAO EL 6 DE DICIEMBRE DE 1820.

¿Qué varon, dime, o Musa, tan terrible,
Tan esperto en las lides peligrosas,
Como el ilustre Cochran, triunfar supo
En los mares de América y Europa
De la saña enemiga
Con vijilia inmortal y ardua fatiga?

¿Quién, como él, en el Orbe fué inflamado
De un fuego tan heróico, tan sublime,
Cuando, prev iendo el porvenir dichoso,
Que el cielo al Nuevo mundo preparaba,
Decide en su alta mente
Su esfuerzo unir al de la indiana jente?

Nadie jamas: al invencible Cochran
Enciende, ajita causa sacrosanta;
La libertad de mil jeneraciones,
Que ya sus glorias a cantar empiezan
Sobre los Kooks y Ansones
Que honor dieron y gloria a los Bretones.

Un volcan es su pecho jeneroso
De virtudes guerreras; no le es dado
Mas tiempo resistir, y despreciando
Los palacios y torres eminentes,
Que la Europa pregona,
Al furor de las ondas se abandona.

Luchando con los vientos borrascosos,
De la soberbia Albion, del patrio suelo,
Con ánimo esforzado se retira
Por vengar a los hijos de Columbia
Del duro cautiverio,
Con que oprime la España su hemisferio.

Vuelta la faz al septentrion helado,
De las brillantes Osas se despide,
Y tendiendo al Antártico la diestra,
Como en accion de señalar las tumbas
Del Inca virtuoso,
A sus manes promete dar reposo.

¡O padre de los vientos! favorable
Encadena a los fieros aquilones,
Mientras navega por los altos mares
El ínclito Breton, que ya traspasa

El ecuador-ardiente
En demanda del indo continente.

Y vosotras ¡o estrellas refuljentes!
Acompañadle en su gloriosa empresa,
Que hoi mas que nunca observa vuestro brillo
Hasta llegar al puerto suspirado;
Pues un fugaz momento
Un siglo vale para su alto intento.

Mas ¡o ventura! ya a engolfarse empieza
En los mares del Sud, las altas cimas
De montes jigantescos descubriendo,
Fama es que los Tritones a su arribo
La nave circundaron,
Y a todas las riberas lo anunciaron.

El pueblo entonces del heróico Chile,
Que juró guerra eterna a los tiranos,
Al puerto corre, y entre alegres vivas
Liberal lo recibe; ya su nombre
A todo pecho inflama,
Y el jenio su heroismo ya proclama.

Temblad, temblad, sangrientos opresores,
Que dominais en la opulenta Lima;
Temblad, temblad, de los terribles golpes,
Que ha de lanzaros la indomable diestra
De Cochrane invencible;
Temblad, temblad en vuestro asiento horrible.

No lo quiero pintar cuando destroza,
Y hunde los mares el bajel guerrero,
Con que el Hispano su valor insulta:
No visitando intrépido las costas,
Que el Pacífico baña,
Con terror y vergüenza de la España.

No como en el Callao desde el alcazar
Fulmina nuevos aterrantes rayos [1],
Rayos de las materias inflamadas,
Que allá en su abismo encierran los volcanes,
Y son al enemigo
Un presajio fatal de su castigo.

Si me asistiera el majestuoso acento
De Píndaro sublime, si al Olimpo
Yo me elevase en vuelo arrebatado,
No bastára a pintar el nuevo arrojo,
Que ahora Cochran medita,
Y a riesgos mil y mil lo precipita.

Al medio de la noche, al sordo ruido
Con que baten las olas espumosas
El flanco de la nave, se dirije
A forzar en su puerto al enemigo,
Que no espera confiado
Ataque recibir tan denodado.

A los primeros golpes se resiste
La altiva nave [2] que combate Cochran;
Crece el clamor de la marina jente,
El silencio terrible se interrumpe,
Y responden entonces
Del gran baluarte los tremendos bronces.

Retumba lejos en los hondos mares
El formidable estruendo; por momentos
Se ilumina la atmósfera y se inflama,
Cruzando con brillar interrumpido
Los globos de la muerte,
Que España arroja del castillo fuerte.

¡O teatro a un tiempo de pavor y gloria!!
Igual era tu aspecto al que presenta
El Etna mujidor en noche obscura,
Cuando vomita un mar de ardiente lava,
Y al bramar de su seno,
El rayo siguen y espantoso trueno.

En medio Cochran del horror y estrago
Ejemplo es del soldado y marinero,
Que ya claman victoria:::: de un mosquete
El mortífero plomo despedido,
Silbando a herirlo viene,
Mas su glorioso triunfo no detiene.

Su sangre vé correr, y al punto esclama:
Recibe, o gran Columbia, este tributo,
Que a tu sagrada libertad consagro,

1 Los cohetes incendiarios. (El A.)
2 La fragata de guerra *Esmeralda*. (El A.)

Y rinde en tanto la alterosa nave,
En que funda el Hispano
Su naval fuerza con orgullo insano.

Tú entonce, o jefe ilustre, allí la sombra
Terrible viste del invicto Nelson,
Que en el duro combate te animaba
Con su inmortal ejemplo; tú escediste
Las glorias de aquel dia,
En que humilló de España la osadía.

Al frente del Callao la nueva aurora
Te vé mostrar el triunfo que arrancaste
Del centro del poder a los tiranos;
La fama vuela hasta el visir de Lima,
Que en su dosel erguido
La santa humanidad tiene en olvido.

Se turba y oye, pálido el semblante,
La nueva que sus próceres le cuentan;
Es en vano el despecho y rabia ciega,
Con que invoca a las Furias infernales;
Que el Dios del mar potente
Hoi a Cochrane ha dado su tridente.

Salve mil veces, célebre caudillo,
Que el Pacífico surcas, tremolando
En triunfo el pabellon que te confia
El Estado Chileno: tus hazañas
Dan hoi gloria y consuelo
Al peruano oprimido, al patrio suelo.

Tú a los altos designios consagrado
Del bravo O'Higgins y San Martin invicto
El mar del Sud dominas; tú aseguras
Un asilo de paz a las naciones,
Y un templo a tu memoria,
Donde por siempre brillará tu gloria.

CANTO LIRICO A LA LIBERTAD DE LIMA.

No es dado a los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insanos
A do quier el terror, el llanto, el duélo,
La viudez y horfandad: en vano el trono
Ven con ardiente celo
Guardar a los ministros de su furia;
En vano fieros desde el alto asiento
De su injusto poder, miran los males
De pueblos oprimidos y obedientes
Por largo espacio al ímpetu violento
De su cruel ambicion; ya las señales
De su ruina y oprobio están presentes;
Llega por fin el dia en que hasta el polvo
Su soberbia humillada,
Será de las naciones execrada.

Así el poder de Jerjes orgulloso,
Así el dominio del feroz Atila,
Tan solo en la memoria
Duran hoi de los hombres, y es su gloria
Del Orbe aborrecida: ya pasaron,
Cual plagas espantosas, y a la tierra
Solo largos recuerdos le dejaron
De incendios, muerte, asolacion y guerra.

Así, o España, vimos
Caer aquel vasto y gótico edificio,
Que a tu infausta ambicion sobre las ruinas
De dos ricos imperios levantaste
En el nuevo hemisferio: al torpe vicio,
Al sórdido interes abandonada,
Fuiste esclava a tu vez, tambien probaste
En justa pena de tu horrendo crimen
El duro yugo que la ardiente espada
De Napoleon te impuso. Entonces jimen
Tus hijos degradados, los que fieros
A Colombia destrozan y la oprimen.

Cuando allá de los altos Pirineos
Hasta el soberbio muro gaditano,
Los brillantes trofeos
Las águilas francesas anunciaban
Del Cesar mas altivo, heroicos gritos
Por todo el Nuevo Mundo resonaban
Contra la antigua España y sus decretos,
Que del colono con la sangre escritos,
A eterna esclavitud lo condenaban.
Diez años a los hijos de Colombia
Sobre los montes y tendidos llanos
Vió el sol entre fatiga,

Y muerte y destruccion, la horrenda liga
Combatir de los bárbaros tiranos,
Invocar de la Patria el santo nombre,
Y constantes y fieles
Su vida consagrarle y sus laureles.

Mas, súbito al estruendo formidable
Y confuso clamor, alto silencio
Se sigue, comparable
Al que vemos reinar en el Oceano,
Cuando ya cesa el aquilon furioso
De ajitarlo y bramar; cuando sus aguas,
Blandamente del céfiro movidas,
Calma dan y reposo
A las almas de espanto confundidas;
Silencio majestuoso,
Que a la opulenta Lima ya cercanó,
San Martin interrumpe cuando clama:
INDEPENDENCIA AL SUELO AMERICANO!

Oye el atroz tirano
Este augusto decreto del Eterno
Con profundo terror, el negro Averno
Abierto ve a sus piés, cual otras veces,
Al oir la voz del trueno retumbante
Que le acusa de crímenes horrendos.
¡O gloria! San Martin ya entra triunfante
A la gran capital donde reinaba
El sangriento poder, la vil codicia,
Que a ejemplo de Pizarro devoraba
Al visir orgulloso:
Aquí los fieros déspotas, viviendo
Tres siglos en deleite escandaloso,
La miserable suerte
Del colono un momento no aliviaron,
Y a servidumbre y muerte,
Gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la Patria
Marcha la libertad, hermosa brilla
Y augusta la razon; ¡glorioso dia!
Ya disipan sus rayos luminosos
La noche del error que antes cubria
Con un velo fatal los espantosos
Designios del tirano:
Ya en toda Lima el himno soberano
De libertad resuena;
Ya rota la cadena
De amarga esclavitud, canta las glorias
Del grande capitan; ya los clamores
De un pueblo agradecido, las victorias
Publican de los libres:
¡Libertad! Libertad! Sublime acento,
Que lleva el eco desde el hondo valle
A los montes mas altos y fragosos,
Y repiten los mares procelosos.

O ilustre pueblo, en el mas fuerte asilo
De antiguos opresores, circundado
De bárbaros sayones,
Valorar la virtud aun no te es dado
Del fuerte de los fuertes, del gran jenio,
Que al frente de guerreros escuadrones,
De audaces poderosos enemigos
Venció la rabia insana;
Tú, que a la dulce libertad hoi naces,
Aun no puedes saber de cuanto lustre
Ha colmado a la jente americana:
En tu dicha inefable y suspirada
Pregúntalo a los pueblos, que del yugo
Libertó de opresion su heroica espada;
Oye los claros hechos,
Que del héroe pregonan
Los pueblos libres en sagrada alianza,
Y une a los cantos que a su gloria entonan,
El debido tributo de alabanza.

San Martin animado
De celestial impulso, en el gran libro
Leyó de los destinos, que Colombia,
Largo tiempo oprimida
Por la ambicion mas bárbara y funesta,
Cobrando nueva vida,
Rompiendo sus prisiones,
Alzarse debe libre, independiente
De la soberbia España,
Y triufadora de su cruda saña
Bella y rica mostrarse a las naciones.
El intrépido jefe los peligros
Contempla y las distancias,
Que ha de arrostrar en la gloriosa empresa:
Ora al tirano vé, que armado en muerte,
Un momento no cesa
De oprimir obstinado, y a la suerte
De la Patria oponerse venturosa;
En el carro tremendo

Ora lo vé en la lucha sanguinosa,
Y entre el horror de muertes mil cayendo
Vé al jeneroso Indiano: mas es justa
La causa que al caudillo el pecho inflama:
Si, de los cielos la justicia augusta
Ordena combatir; pronto la sangre
Se verterá a torrentes,
Y caudalosos rios por tributo
La llevarán al mar en sus corrientes.

El sagrado entusiasmo en tanto crece
Del fuerte San Martin que se imajina
El cuadro portentoso
De las jeneraciones venturosas
Que a tanto precio poblarán un dia
Comarcas numerosas
En el indiano suelo:
Rasgando el denso velo
Del arduo porvenir, al firmamento
Alza los ojos, y al Eterno implora
En favor de la Patria, a quien su aliento
Jeneroso consagra. Arrebatado
De tan alto pensar, allá en la cima
De los Andes que el sol eterno dora,
Vé a Colombia sentada; ella lo anima
Con espresivo maternal acento
A ejecutar, como hijo denodado,
Los planes que medita:
Ella le muestra su fecundo seno
Herido y destrozado
Por el rayo y el trueno,
Por la sangrienta guerra que lo ajita;
Ella el camino de la escelsa gloria,
La senda hermosa del honor señala
Al jefe ilustre, que vengarla debe
Con eterna victoria
De su tormento, a que ninguno iguala.

Portento tal, de San Martin inflama
El pecho fiel, su brazo fortifica:
En la diestra el acero fulminante
El bélico furor ya comunica
A la hueste que en Cuyo preparara
Al estruendo y estragos de la guerra.
Fue entonces débil muro
A la jigante empresa que formara,
La alta y nevada sierra:
En asilo seguro,
Al otro lado de la mole inmensa,
Se creyó largo tiempo el vil tirano,
Cuando repente con asombro escucha
El sonoro clarin del bravo Indiano,
Cuando con ojos aterrados mira,
Que San Martin a la tremenda lucha
Descendia con fuertes batallones,
De la fragosa altura al fértil llano,
De libertad alzando los pendones.

¿Quién podrá retratar los movimientos
De gloria y alto honor, que lo ajitaban,
Allá en la cumbre de soberbios montes,
Del Eter puro en la rejion sublime?
¿Quién logrará los altos pensamientos
Dignamente cantar, que lo elevaban
Sobre la esfera entonces
De las pasiones viles, que obscurecen
La mente del comun de los mortales?
A designios tan nobles, tan augustos
Los acentos de Clio desfallecen;
Para ejemplo y asombro los anales
Del mundo lo dirán: no fué de Aníbal
Tan heroico el aliento,
Cuando el consejo y fuerza del Romano
Allá sobre los Alpes contemplaba,
Y eterno monumento
En Canas a su gloria levantaba.

Así fué que, cual rayo desprendido
Del alto cielo en tempestad sonora,
Destruyó en Chacabuco el yugo infame
Que al Chileno oprimia;
Despues en Maypo en mas tremendo dia,
A esfuerzos de valor y de constancia,
A la Patria salvó, dobló la afrenta,
Y humilló la arrogancia
Del opresor sangriento, que tornaba
Mas fiero y confiado
En huestes numerosas que mandaba.
Entonces San Martin un nuevo Estado
Dió a la sagrada causa; en premio entonces
Él vió cuánto brillaba
Su heroismo a la faz de las naciones;
Él oyó resonar su claro nombre

En las dulces canciones,
En los cantos heróicos, que los hijos
De Apolo consagraban inspirados
A sus grandes hazañas; todos vimos,
Que los dardos entonces disparados
Por la rabiosa envidia contra el héroe,
En su escudo luciente, impenetrable,
Volaban a romperse: así admirable
Respondió San Martin a la esperanza,
Que un dia en él fundaron
Buenos-Aires y Chile,
Cuando sus nobles armas le confiaron.

Mas aun no era bastante
A su grande alma el español orgullo,
En Chile por dos veces humillado:
Aquí tan solo ejecutaba parte
De los planes profundos que en su mente
Continuo revolvia: nuevo Marte
Debe ser y llevar rápidamente
Mas allá de los montes,
Mas allá de los mares,
Las armas de la Patria: consumada
Así la libertad, así la gloria
De Colombia verá; su fuerte espada
Aun debe fulminar, hasta que en Lima
Se vea entrar triunfante
El altar de la Patria; aun es forzoso
El solio derribar, que allí arrogante
En triste aciago dia
Por tres siglos alzó la tiranía.

El jefe ilustre del heroico Chile
De San Martin la empresa favorece;
¡Cuánto se inflama el atrevido jenio!
¡Cuál su entusiasmo crece,
Al llegar a las playas arenosas
Del Pacífico mar! Oir le parece,
Al ruido de las olas espumosas,
Las plegarias fervientes
Del Perú, de sus pueblos numerosos,
Que contra los tiranos inclementes
Auxilio le demandan animosos.
Esperad, esperad, jente peruana;
Favorables los vientos
Impelen ya las naves atrevidas,
Que os llevarán la hueste americana;
Ellas van conducidas
Por el nuevo argonauta, el grande Cochran,
Que triunfa de los fieros elementos,
Y en tus costas humilla
El pendon ominoso de Castilla.
¡Cuánto furor enciende a los tiranos
Al eco de la Fama, que publica,
Que a su imperio los hijos belicosos
Abordan de la Patria! A los prestijios
Del fanatismo odiosos,
Y a las armas acuden; asombrados
Huyen sus ojos del profundo abismo,
Donde caerán por siempre sepultados.

¡Cuánta sangre y sudor, cuánta fatiga
Os esperan soldados de la Patria,
Antes que en el Perú logreis dichosos
Arrancar el laurel de la victoria!
En medio de verdugos espantosos,
Aun el visir de Lima
Eterno cree su imperio,
Aun os condena a eterno cautiverio,
Aun los brazos armados por su furia
Impele en vuestro daño a los combates;
Mas una vez y mil en vuestro aliento
Encuentra oprobio, ruina y escarmiento.
Tened vuestro furor, crueles tiranos;
Muchas veces la tierra
Se estremeció con el horror y espanto
De asoladora guerra
Que movisteis a pueblos que del hombre
Los sagrados derechos invocaban;
Mas de vuestra crueldad ellos triunfaban,
Y sobre vuestras ruinas muerte o gloria
A la divina libertad juraban.

Decid, o Grecia, o Roma,
O Helvecia, y tú, o Boston, en la ardua empresa
De vuestra libertad, cuántos furores
Tuvisteis que arrostrar, decid las plagas,
Las muertes, los horrores,
Que en medio de vosotros arrojaron
Los déspotas feroces; mas con gloria
De tanto mal triunfaron
Vuestro valor y sin igual constancia.
O Colombia inocente!
Tambien oponen pechos de diamante
Tus hijos esta vez al gran torrente
De la devastacion: ¡felice dia!

Hoi un muro de bronce han levantado
Entre ellos y la horrenda tiranía.

Vano es que en Lima el oro con el fraude
Hoi prodigue la raza de tiranos
A mercenarios viles; los valientes
De la Patria se acercan,
Y con rayos ardientes
Las falanjes combaten y destrozan
Del bárbaro opresor; solo en la fuga
Busca ya su salud, abandonando
A la gran capital: mas ¡ai! primero
Con despecho nefando
Sus fueros mas sagrados atropella,
Le arranca sus tesoros, y cargado
De crímenes horrendos, a los montes
Corre precipitado
A ocultar su ignominia: ¡ya el soldado,
Que desmaya infeliz en su carrera
Con saña nunca vista, la mas fiera,
Por el hispano jefe es inmolado!
Como la densa nube,
Que amaga destruccion, es impelida
Al remoto horizonte por el viento,
Así de espanto herida,
Para eterno escarmiento,
Huye la hueste sanguinosa, y deja
De su ambicion el poderoso asiento.

¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres
Del orgullo europeo convertidas
En polvo caen, y el ídolo sangriento
Del fanatismo horrible: ya el palacio
Ocupa San Martin donde las leyes
De sangre se dictaron, largo espacio
Allí adoróse la soberbia imájen
De los hispanos reyes;
Mas hora en Lima el pérfido tirano
No encuentra algun asilo a su vergüenza;
Hoi muere su esperanza,
Pues no puede surcar el Oceano,
Y allá en Europa concitar la saña,
Cual en un tiempo, de la fiera España.

Salve, jenios ilustres [1], que inflamados
A la luz de la gran filosofía,
Pudisteis anunciar del Nuevo Mundo
La libertad a todas las naciones:
Salve una vez y mil, sabios varones;
Ved ya, para consuelo, realizada
La teoría del bien, que al hombre un dia
Le fué en vuestros escritos revelada.
Cuando la espesa nube del misterio,
En larga noche tenebrosa y fria,
Los pueblos infelices conservaba;
Cuando la España con pesado cetro
De América los brillos eclipsaba,
Vuestro sagrado acento
Fué una luz celestial, fué luz divina,
Que al mísero colono dió el aliento,
Con que despues rompiera
El yugo abominable que tres siglos
En oprobio del hombre le oprimiera.
Vuestros nombres el mundo agradecido
Jamas olvidará. Ved ya destruido
Para siempre el contrato [2],
Que en ruina de los Incas celebraron
La vil codicia y ambicion sangrienta;
Aquel contrato horrendo,
Que selló el fanatismo [3], y aun lamenta
La triste humanidad; ella aun jimiendo
Nos recuerda, que un dia fué insultado
El Dios de paz en sacrificio augusto
Por tres hombres feroces invocado.

Cese, pues, gran Colombia,
El compasivo llanto, que derramas
Sobre las tumbas de tus caros hijos,
Que vibrando su espada,
Del Septentrion al Sud por tí murieron;
Tus ojos, largo tiempo encadenada,
Harto llanto vertieron;
Hoi, libre de opresion, en ellos brille
La mas dulce alegría:
Los himnos oye, con que te saludan
De un polo al otro polo tus guerreros
En tan dichoso dia.

1 Montesquieu, Raynal, Filangiere y otros filósofos amantes de la humanidad. Tambien merece la mayor consideracion a los Americanos Mr. De Pradt, por sus escritos en favor de su libertad. (El A.)

2 Francisco Pizarro, Diego Almagro, y Fernando de Luque se asociaron para emprender la conquista del Perú (El A.)

3 Luque consagró publicamente una hostia, consumió parte de ella, y el resto lo repartió entre sus asociados, jurando los tres por la sangre de Dios, no perdonar, para enriquecerse, la vida del hombre. (El A.)

Ved como, vencedores del tirano,
Levantan a porfía
Altares a tu nombre soberano.
A tí, patria querida, han consagrado
El código sublime
De nuevas sabias leyes, que han formado:
Ellas fruto sagrado
Son de virtud y sangre jenerosa,
Con que la faz de tu hemisferio hermosa
En lides mil y mil enrojecieron,
Cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
Crecerá majestuoso
De libertad el árbol sacrosanto;
Sobre los montes alzará su frente,
Y sus ramas pomposas
Cubrirán el mas vasto continente.
Sí, que el dia ha llegado,
En que el antiguo déspota humillado,
En su rabia inhumana,
Los hombres todos de diversos climas
Den aumento a la jente americana.

Ya tus altos destinos
Se pronuncian, o Patria, en los consejos
De tus sabios varones:
Tus fieles hijos todas las rejiones
Pueden ya visitar; no, no está lejos
El dia, en que los libres de Occidente
Que habitan en tu imperio,
Lleven al Indo y Ganges caudalosos,
Sus frutos y tesoros mas preciosos.
Por mas breve, mas próspero camino
Sus naves llegarán al Golfo Indiano,
No como el Lusitano [1],
Cuando en el Tormentorio navegaba,
Y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podreis jamas, crueles tiranos,
Tanta dicha estorbar, que el cielo envia
A la angustiada tierra:
Ni la supersticion, ni el fiero orgullo,
Que en vuestros pechos de crueldad se encierra,
Renovarán nuestros pasados males.
¡¡Feliz posteridad!! De vuestros bienes
Hoi nos da la razon claras señales;
¡Mi mente, al contemplarlos, cuál se ajita
En un furor divino!
Yo veo del alcazar del Destino
Súbito abrirse las ferradas puertas,
Y allí en letras de fuego escrita leo
Vuestra dicha futura.
No, no es grata ilusion, vano deseo,
Que fiel me lo asegura
La sagrada *Opinion*, que al Nuevo Mundo,
Al Orbe, a todos clama:
Libertad, libertad, fuera tiranos,
Que toda esclavitud al hombre infama.
¡¡¡Época memorable!!! Ya los pueblos,
Que tan altos acentos hoi escuchan,
Como las olas de la mar se ajitan,
El carro de la guerra precipitan
Contra el cruel despotismo, y fieros luchan.

Y tú, España, que largo tiempo esclava
Del poder mas fanático y sangriento,
Con sangre y fanatismo esclavizaste
Al Nuevo Mundo, empieza ya a ser justa.
Si es verdad, que respiras hoi el aura
De libertad augusta,
De esta eterna deidad, que el Orbe adora,
No quieras por mas tiempo ser señora
De Colombia inocente;
Reconócela libre, independiente
Del trono de tus reyes,
Si hoi al fin olvidada
De tus sangrientas leyes
Aceptares la paz que te ofrecemos,
Con fervor sacro, y en un mismo idioma
La libertad del mundo cantaremos.

¿Pero qué monumento, o gran Colombia,
Consagrarte debemos,
Cuando a la faz de todas las naciones
Libre, jóven y hermosa te presentas?
¿Dónde el sublime artífice hallaremos,
Que en su obra muestre cuanto bella ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
De Ejipto las pirámides enormes,

1 Vasco de Gama fué el primero, que en demanda de las Indias Orientales dobló el cabo de las tormentas, hoi llamado de Buena-Esperanza. (El A.)

Los grandes obeliscos consagrados
Hasta ahora al fanatismo y al orgullo?
No, que tus fuertes hijos inflamados
Del entusiasmo ardiente,
Te alzarán al Olimpo
De un modo mas grandioso y permanente
Que el Griego y el Romano,
Cuando con mano esperta y atrevida
A mármoles y bronces dieron vida.

Tu prole venturosa
Subirá a la alta cima
De los nevados Andes; allí el jenio
afirmará su audacia hasta que imprima
Jigante humana forma y asombrosa
Al mayor de los montes; en la estatua
De la divina Libertad, la tierra,
Lo verá convertido;
Estatua que resista al gran torrente
De los siglos, y triunfe del olvido;
Estatua colosal, nuevo portento,
Que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes,
Que osados dejan los paternos lares,
Así los fatigados caminantes
Al ver de un horizonte mas lejano,
Tan alto monumento,
Saludarán con alma reverente
A la deidad, al númen soberano,
Que por siempre será de jente en jente
Invocado en el mundo americano.

MADIEDO.

(M. M.)

Granadino — las poesías que publicamos de este señor han aparecido en el «Dia», periódico de Bogotá, a fines de 1855 y principios del presente año.

EL GUALI.

¿Veis estos montes azules
Y ese despejado cielo,
Puro y misterioso velo
Que cubre la faz de Dios,
Dosel inmenso del mundo
Bajo el cual, suntuosa brilla
La estupenda maravilla
De la ennumera creacion?
El sol limpio señorea
En la mitad del espacio,
Como un inmenso topacio
De espléndida brillantez,
Y cual aliento de un ánjel
Un dulce ambiente murmura,
En la trémula verdura
De las palmas del verjel.
¿Empero, qué caro ruido
Llena toda el alma mia,
Cual la sublime armonía
De un concierto celestial?.....
Oh! no es el robusto acento
De las olas del oceano,
Ni su horizonte lejano
Que inspira la libertad.....
En un bullicioso rio
Que pega de peña en peña,
Y cuya orilla risueña
Coronan árboles mil:
Es el Gualí delicioso,
Cuyas ondas cristalinas
Van huyendo de las ruinas
De otro pueblo que hubo aquí.
Sobre el escombro de un puente
Alguna vez me reclino,
Y nuestro frájil destino
Pienso en las olas mirar....
Volando de roca en roca
Un instante sin descanso,
Y mas luego en un remanso,
Morir sin dejar señal.
Al fin, desnudo, a la sombra
De algun cancho centenario,
Al blando concierto vario
Del viento y del agua azul;
Oyendo sobre mi frente
El tierno canto de un ave,
Quisiera a su voz suave
Mezclar mi triste laud.
En un recodo apacible,
Bajo un dosel de verdura,
Vigor, placer, y frescura
Hallo alegre al zabullir;
Y mientras hundido vago,
O en las olas jugueteo,
Acariciado me creo
En un regazo jentil.
Aquí la planta del hombre
Apenas tiene una huella:
El agua duerme o se estrella
Con belleza natural.

Las rocas en toscos grupos
Allá y acá se presentan,
Y aquí las aguas revientan,
Y allá las ciñen en paz.
Amable naturaleza!....
¿Podrá del hombre la ruina
Tu faz grandiosa y divina
Con su tumba entristecer?....
No, porque tú eres hermosa
Aun en tus mismos furores....
Tú embelleces los horrores
Con tu sublime pincel.
El hombre, pobre copista
De tu elegante belleza,
Busca en vano en su cabeza
Algo mas bello que tú;
Pues cansado al fin, conoce
Que en tí el modelo se anida
En las glorias de la vida,
Y en la paz del ataud.

LA NOCHE.

.... fête éternelle
Que le ciel rayonant donne au monde la nuit........
V. HUGO.

Hé aquí la apacible luna
Que asoma tras de los Andes,
Cual nunca bellos y grandes
De la tiniebla al traves.
Y en las ruinas solitarias
De la ciudad silenciosa,
Su pálida luz reposa
Sobre un antiguo cipres.
A mis plantas con blando murmullo
El Gualí mansamente resbala,
Y a mis sienes ardidas regala
De sus linfas el caro frescor.
Y a la trémula luz de los astros,
En las tímidas alas del viento,
Me parece que vaga el acento
De un arcánjel que canta al Señor.
A lo lejos en la orilla
Volando de peña en peña,
Fantástica se diseña
Una negra confusion:
Como el vago sentimiento
De un grande dolor pasado,
Que un no-se-qué ha fecundado
De pena en el corazon.
Un acento de pronto se escucha,
Y a una lumbre que trémula brilla,
Se oye el remo de frájil barquilla
Que de un eco preside el compas.
Y engolfada en airada corriente
En las olas incierta divaga,
Mas la lumbre de pronto se apaga,
Y el acento no suena ya mas.
Un pensamiento de muerte
Me da la opuesta ribera,
A donde la sombra impera
De un negro barranco al pié;
Y cuando se alza la luna
Y lo ilumina curiosa,
Parece que allí reposa
Alguna vida que fué.
A mi frente se eleva de un templo
Silenciosa la pálida ruina,
Que entre nubes la luna ilumina,
Cual sudario de un resto mortal;
Y al acento del buho solitario
Me parece que vaga una sombra,
Que otro mundo mas bello me nombra,
De quien este es paródia infernal.
Del Gualí miro en los aires
El lindo puente lanzado,
Y a su traves, despeñado
El Magdalena en tropel:
Cual las férvidas pasiones
De un alma jóven y fuerte,
Hasta dormir de la muerte
Bajo el sublime nivel.
A la luz de una esfera sin mancha
Acarician las auras mis sienes,
De otra vida adivino los bienes,
Y me elevo hasta el trono de Dios,

Y al mirar las miseria del mundo,
Sus placeres, sus vanos enojos,
Una lágrima asoma a mis ojos,
Y a mi labio una májica voz.

Y el aroma de la noche
En su misterioso vuelo,
Lleva en sus alas al Cielo
El himno de mi piedad.
Y un ánjel de Dios querido
Siento que llena mi alma,
Y estasiado adoro en calma
La sagrada Eternidad.

De los cielos la bóveda inmensa,
De las olas plateadas el ruido,
El silencio del mundo dormido
Y del céfiro el blando jemir;
Al incierto rumor de la yerba
Que en las ruinas tan tristes se mece,
De la muerte la voz me parece
Que en sus brazos me llama a dormir.

MADRID.

(JOSÈ FERNANDEZ)

El Dr. Fernandez Madrid, hijo de Cartajena en Nueva Granada, prestó desde 1810 mui importantes servicios a la causa de la independencia de Colombia. Asociado a Pombo, a Granados y a otros ciudadanos distinguidos, contribuyó a la instalacion de la primera junta patriótica en la noble ciudad de Cartajena. Tambien debió su salvacion esta plaza, al celo y enerjia del Dr. Madrid, cuando en 811 intentaron los españoles apoderarse nuevamente de ella.

Diputado al Congreso jeneral de las provincias unidas de Nueva Granada y Venezuela, se hizo notable por la bondad de sus talentos y por los planes atrevidos que desenvolvió en sus discursos para la salvacion del pais. En 1816, creciendo los apuros con la derrota e Cachiri y otros desastres de las armas republicanas, se creyó que nadie mejor que el Dr. Madrid podria salvar el pais colocándole a su cabeza. En consecuencia se le nombró Presidente de las P. U., en cuyo puesto probó grandes amarguras, y aun dió lugar, arrastrado por el impulso irresistible de los malos sucesos, a que su reputacion de firme y de leal fuese un problema para alguno de los historiadores de Colombia.

En aquella época en que se habia perdido «hasta la esperanza de restablecer la república», y en que Morillo hizo subir al cadalso a tantos ilustres colombianos, Madrid pudo salvar la vida y permanecer en la ciudad de la Habana, en vez de pasar a España para donde era remitido.

Cuando cambió la suerte de Colombia y fué reconocida su independencia por la Gran Bretaña, fué nombrado Madrid, ministro plenipotenciario en Lóndres, y murió en aquella capital por los años de 1830, como a los 46 o 48 de su edad. Madrid, segun persona que le trató mui de cerca, «era la virtud misma: todo era en él bondad, sensibilidad, dulzura; era enfermizo y algo melancólico.»

El nombre de Fernandez Madrid habria quedado tal vez eclipsado al lado de tantos y tan gloriosos como cuenta la revolucion colombiana, si el destierro y la adversidad no le hubieran dado ocasion para cultivar su talento poético. La poesia le sirvió de distraccion y de consuelo, segun él mismo ha dicho.—En 1828, publicó sus versos en Londres y esta es la edicion que tenemos a la vista para reproducir algunos de ellos.

Madrid es autor de las trajedias, el Guatimozin y la Atala: la primera impresa en Paris en 1827 y juzgada en el tomo IV del Repertorio Americano.

CANCION AL PADRE DE COLOMBIA Y LIBERTADOR DEL PERU.

Tres siglos eternos el nuevo hemisferio
En vil servidumbre sumido jimió:
Temblad, o tiranos! finó vuestro imperio,
América es libre, vuestra hora sonó.
Tremendo guerrero,
Blandiendo el acero
Con brazo invencible, BOLIVAR juró
Romper de su patria la dura cadena.
En vano el Ibero
Leon iracundo las garras abrió;
En vano encrespando la tosca melena,
De orgullo y de rabia furioso rujió.

Las fieras falanjes prepara el tirano:
Ya se unen, ya parten, ya surcan el mar,
Ya pisan la playa.... ¡Feroz Castellano!
De sangre y venganza te vas a saciar.
Venganza! clamando,
Soberbios marchando....

La infamia y la tumba venid a encontrar.
Venid, los bisoños, sin armas, sin arte,
Ya estan esperando:
Venid, veteranos de Iberia esplendor;
Venid, vencedores del gran Bonaparte;
Sabreis lo que pueden la patria, el honor.

Desnuda la espada, Colombia nos llama:
Amigos, el canto de guerra entonad:
Espléndido triunfo promete la fama,
Al fuerte, al constante; la oferta aceptad.
Seguid denodados,
Constantes soldados,
En pos de Bolivar al campo marchad.
Sí, larga y sangrienta será la carrera:
Mil pueblos talados
Serán por la espada del conquistador.
Qué importa? qué importa? si al fin os espera
Hermosa corona de eterno verdor.

Temed, Castellanos! ¿No veis el portento
De bélicas haces que un héroe formó?
Temed, Castellanos! del seno sangriento
Guerreros terribles Colombia brotó.
Armada la veo,
Y estar viendo creo
A Pálas, que joven y hermosa nació,
El yelmo en la frente, la lanza en la mano.
La lira de Alcéo
Mi musa inflamada quisiera pulsar,
Y en verso sublime, cantor Colombiano,
Del déspota Ibero la rabia irritar.

Al héroe invencible se oponen en vano
La horrenda discordia, la negra traicion:
Peligra la patria, y el pueblo Peruano
De jefe supremo le entrega el baston.
Lo empuña, y contento
El pueblo al momento
De mísero esclavo se eleva a nacion.
Bramando furiosos los tigres de Iberia,
Con nuevo ardimiento
En pos de Bolivar se van a lanzar.
¡Qué lagrimas, luto y oprobio y miseria
La empresa insensata les debe costar!

Junin! allí se abre la hermosa campaña
Que eterna ignominia de Iberia será.
¿Quién manda? BOLIVAR! Adios a la España,
Adios a la gloria, feroz Canterá!
Con fuerza impotente,
Al raudo torrente
Que baja impetuoso, ¿quién freno pondrá?
Corceles, jinetes quedaron por tierra.
Tú, jefe insolente,
Caudillo famoso, ¿por qué huyes veloz?
Mas, vana es la fuga; *Cierra, España, cierra!*
La Gloria te llama, ¿no escuchas su voz?

La escucha.. formados diez mil combatientes,
La flor de la Iberia, los hijos del Cid,
De sangre sedientos, cual leones rujientes,
Con gritos de muerte preludian la lid.
Seis mil esforzados
Estan preparados
Y esperan la órden del digno adalid.
Victoria! victoria! feliz patria mia!
Postrando a tus plantas de España el pendon,
Sus fuertes postrados,
Desmaya la fiera, y en larga agonía,
Atruena los Andes muriendo el Leon.

¿Aun hai opresores? Pichincha indignado
Arroja torrentes de fuego y furor:
Del gran Chimborazo, que horrendo ha bramado
Se lanza y eleva triunfante el Condor.
Venid Colombianos,
Que aun quedan tiranos,
Aun brilla la espada del Libertador.
Del hondo sepulcro sacando gozosos
Las frentes, orladas del rojo cordon,
Los Incas peruanos,
Saludan tres veces al gran campeon!
Y al ver que están libres sus hijos dichosos,
Entonan el himno de amor y de union.

En fuego divino los Andes se inflaman:
De doce monarcas la voz paternal
Repiten sus ecos, que al mundo proclaman
De América el triunfo, la gloria inmortal.
O manes sagrados!
Volved aplacados,

lved a las tumbas, familia imperial.
mas servidumbre, no, sombras augustas;
só la ignominia del yugo español;
Ya estamos vengados;
reinan de nuevo, con leyes mas justas,
s dignos del padre, los hijos del Sol.

¡O cuántos prodijios y heroicas hazañas
Gloria en sus fastos podrá eternizar!
ecidlo vosotras, inmensas montañas,
sotros, o rios rivales del mar.
¿Y qué no supera
Colombia guerrera
tú la dirijes, deidad tutelar?
medio de abismos, escollos y horrores,
La nao velera
Al puerto anhelado va pronto a surjir;
Y al sabio piloto con palmas y flores
América libre saldrá a recibir.

Bolivar, cumplido ya está el juramento;
La patria en sus brazos te quiere estrechar.
¡Así te conduzcan pacífico el viento,
Serenas y mansas las olas del mar!
Triunfó tu constancia;
En paz y abundancia
La América toda podrá respirar.
Con noble arrogancia
Alzad, veteranos, las frentes gloriosas;
Y al lauro de Marte, que obtuvo el valor,
Colombia entreteja la oliva y las rosas
Que están preparando la Paz y el Amor.

LA PRISION DE ATAHUALPA.

ELEJIA.

Del torpe sueño de trescientos años
Despertad, pueblos del Perú, que el dia
De redencion se acerca. Los engaños
Lamentad y la horrible tiranía
Del pérfido Pizarro. Mas ¿qué digo?
No culpeis a los fieros Castellanos;
Vuestro mas crudo y bárbaro enemigo
Fuisteis vosotros mismos, ¡o Peruanos!
De los hijos del Sol míseros restos!
Llorad, llorad de vuestra guerra impía
Los efectos amargos y funestos.
¡O desastrosas guerras fratricidas!
Por ellas la gavilla de asesinos,
En breve espacio, a larga servidumbre,
De los Incas divinos
Redujera el imperio venturoso.
¿Qué sirvió la infinita muchedumbre
De jentes y provincias divididas?
¡Ai! con sus propias manos
El seno de la patria enfurecidas
Rasgaron sin piedad, y el hondo abismo
De su ignominia abrieron y miseria.
Fatal discordia de los dos hermanos!
Así triunfaron siempre los tiranos!
Así de un mundo la orgullosa Iberia
Piensa triunfar segunda vez; mas vanos
Serán sus artificios, que la historia
Para nuestra leccion, en sus anales,
De tanta sangre, lágrimas y males,
No guarda inutilmente la memoria.

¿Quién tan grande catástrofe ha olvidado?
De los últimos Incas ¿quién ignora
La malhadada suerte,
El horroroso fin del desdichado
Huáscar, y de Atahualpa
Los grillos, las cadenas y la muerte?
¿Adonde te dirijes, coronado
De la encarnada borla, Inca guerrero?
¡O ceguedad! persigues implacable
A tu hermano, al lejítimo heredero,
Y te fias del bárbaro estranjero,
De oro y sangre insaciable,
Y que respira solo
Muerte, desolacion, violencia y dolo?

En pos del engañoso mensajero,
Que en nombre de Pizarro y de la España,
De amistad y de union ofertas le hizo,
Sigue incauto el monarca, y le acompaña
Del sexo débil el amable hechizo,
Los próceres, la flor de la nobleza,
Los ministros al templo consagrados,
Y los guerreros, ¡ai! aparejados
Mas bien para las fiestas y la danza,
Que para la pelea y la venganza.
No los cantos de guerra,
Himnos de paz entonan y alianza;
De arrayan y de flores,
Alfómbrase la tierra.
Así, ostentando su imperial decoro,
Entre vivas alegres y loores,
De noble pompa y majestad cercado,
Llega el monarca sobre el trono de oro
Al campo de Pizarro. ¡Inca engañado!
Goza, infeliz, tus últimos honores!

De sus negros antros ya parten las fieras,
Lanzando bramidos de rabia y furor:
Atruenan el campo las trompas guerreras,
El cañon horrendo y el bronco atambor.

Las víctimas huyen, pero huyen en vano,
Que do quiera encuentran al crudo invasor:
De tímida vírjen, de trémulo anciano
El ruego es inútil, ocioso el clamor.

Ya el Inca está preso! Detente, detente,
No sigas tu curso, benéfico Sol.
¿Por qué no han vertido su sangre inocente?
¡Piedad execrable, feroz compasion!

Testigo bien pronto será Cajamarca
De nuevas perfidias, de un crímen mayor:
En largo tormento morirá el monarca
Víctima dos veces del falso español.

—

LA MUERTE DE ATAHUALPA.

ELEJIA.

«Al lúgubre concierto de mi lira,
»Salid, ayes, tres siglos reprimidos
»En los pechos del pueblo Peruano;
»Ya podeis ser oidos,
»Y escitar la piedad.... la rabia, la ira,
»La venganza del libre americano,
»Y un odio eterno al despotismo hispano.»

No sin violencia cubrirá mi musa
De execracion el nombre de la España
Sus crímenes y fraudes recordando:
Tiembla mi mano y bosquejar rehusa
Tanta codicia, fanatismo y saña.
Sangre española corre por mis venas;
Mio es su hablar, su relijion la mia,
Todo, menos su horrible tiranía.
No aborrezco a la España; solamente
Abomino a los tigres de la Iberia,
Que de sangre inocente,
De lágrimas, de luto y de miseria
Han llenado este nuevo continente.
Siempre se halla presente
La desolada América a mis ojos:
Ahora de los Incas opulentos
Estoi viendo los míseros despojos;
A sus hijos que, hambrientos,
Cabizbajos, desnudos y abatidos,
Vagan por el Perú, cual tristes sombras,
Que, al tierno son del yaraví doliente,
Exhalan melancólicos jemidos.

«Al lúgubre concierto de mi lira,
»Salid, ayes, tres siglos reprimidos
»En los pechos del pueblo Peruano;
»Ya podeis ser oidos,
»Y escitar la piedad.... la rabia, la ira,
»La venganza del libre americano,
»Y un odio eterno al despotismo hispano.»

Atahualpa! y ¿esperas
vida rescatar con el tesoro
e ofreces a esas fieras,
n sedientas de sangre como de oro?
tando en su poder fuerza es que mueras.
morirás; en vano
zgas que te redimes
ometiendo colmar de oro y de plata
prision en que jimes.
escuchar la oferta, en el semblante
l ávido tirano relucia
yo fugaz de bárbara alegría;
mo, en la confusion y los horrores
una lóbrega noche procelosa,
relámpago muestra al navegante
airado mar la audacia y los furores.
cho está el juramento,
pacto concluido,
on qué viva impaciencia el cumplimiento
s españoles quedan esperando!
los indios veloces han partido:
zarro, transportado de contento,
n la imajinacion ya está gozando
el rescate opulento,
nuevas asechanzas maquinando.
oro, que en mil formas variadas
arte convertia
en preciosas alhajas, consagradas
los templos del Sol, a los palacios
monumentos públicos, salia
hombros de los Indios de la rica
etrópoli imperial, y de la escelsa
iudad del Ecuador y otras hermosas
iudades del imperio populosas.
i! ¿quién mirar podia
on ojo enjuto y pecho empedernido
quel triste espectáculo? Llegaban
os Indios anhelantes con la carga,
a deponer el oro prometido
n la prision entraban,
ante su Rei llorando se postraban.
«Al lúgubre concierto de mi lira etc.»

Otros, y otros llegaban cada dia;
Y demasiado lento
El tiempo a la codicia parecia!
«¿Por qué tanto aguardar? en el momento
»Divídase el rescate, y sin tardanza
»Hacia el Cuzco opulento
»Marchemos a colmar nuestra esperanza.»
Así el avaro capitan decia,
Y la feroz gavilla le aplaudia.
«Pero antes, agregaba,
»Nos debemos librar del prisionero.
»No impunes quedarán su idolatría,
»Su ambicion, y la muerte del hermano:
»Yo, españoles, seré su juez severo.
»A nuestros intereses y reposo
»Necesaria es la muerte del tirano.
»En medio de su pueblo, un soberano
»Fué siempre un enemigo peligroso.
»¿No lo veis pensativo, silencioso,
»Siempre triste y sombrío?
»Sueña con su pasado poderío;
»Sin duda es criminal, sin duda espera
»Reinar.»—Los españoles repondieron:
»El Inca es criminal, juzgadle y muera.»—
¡Monstruos abominables de injusticia!
¿Cuáles son los delitos del monarca?
¿Vuestra ferocidad, vuestra avaricia?
Juzgarle! quién? un pérfido asesino,
Un salteador infame de camino,
¿Juzgar puede a sus víctimas? ¡O cielo!
¿Qué se hicieron tus rayos vengadores?
¿Triunfarán los crueles opresores,
Mientras que la inocencia por el suelo
Jime sin esperanza y sin consuelo?
¿Pasarán siglos, y la España el fruto
Cojerá de su infame alevosía,
Y un miserable pueblo esclavizado,
Para siempre jamas duro tributo
Le pagará de lágrimas regado?
No tal, no tal que el dia
De América llegó; ya se levanta
De entre sus ruinas el Perú vengado:
La libertad con mano vigorosa
El férreo cetro del Leon quebranta:
Ya se arroja el Leon al oceano;
En tanto que la Diosa
En los escelsos Andes victoriosa,

Tremola el pabellon republicano.
Cercan su trono de oro,
Y en fraternal union se dan la mano
Del Sur las tres indómitas naciones.
Buenos Aires guerrera,
Con el manto de azul resplandeciente,
Y desplegando al aire sus pendones,
Se presenta a mis ojos la primera. [1]
La sigue Chile, en cuya hermosa frente
Ponen a un mismo tiempo la corona
De verde lauro y pámpano formada,
Airado Marte y plácida Pomona.—
Y tú, suelo feliz, patria adorada,
Tierra de tantos mártires sagrada,
¡O Colombia impertérrita! que has sido
De América el honor y la esperanza;
Tú, que al Héroe del siglo has producido;
Tú tambien te presentas al Peruano,
Mostrándole tus hondas cicatrices,
Blandiendo fiera la tremenda lanza,
Pavor del Castellano,
Señal de libertad y de venganza.—

Detente, musa mia,
Y con horror los ojos apartando
De cuadro tan hermoso,
Fíjalos en el cuadro doloroso
De Atahualpa espirando;
Contempla su agonía,
Y su muerte en cadalso ignominioso.—
Este crímen de crímenes mayores
Fué horrible precursor: como un torrente
Devastador, cayeron los traidores
Sobre el imperio del Perú. No encierran
Tanta desolacion, tantos horrores,
Tunguragua y Pichincha en sus entrañas,
Como encerraba tu alevoso pecho,
Tigre de las Españas,
Sanguinario Pizarro. En su despecho
Y desesperacion los Peruanos
En fin, toman las armas en las manos,
Y gritando *a la guerra, a la venganza!*
Se arrojan a morir, sin esperanza.
¡Ai! los tristes guerreros,
Entre sí divididos,
Sin un jefe comun, por los agüeros
De sus falsos profetas seducidos,
¿Qué pudieron hacer? No era ya tiempo.
La tierra temblaba;
Un cerco sangriento
La luna rodeaba;
El sol se eclipsaba;
El trueno se oia;
Todo el firmamento
Del Dios de los Incas mostraba el furor.
El pueblo decia:
Llegó, llegó el dia
De luto, de sangre, de muerte y horror.

Con débiles esfuerzos resistia
El pueblo del Perú, que en sus verdugos
La raza de los Dioses soberanos,
Que anunció Viracocha, contemplaba.
Sin combatir triunfaron los tiranos.
¡Ai! aquel pueblo crédulo, inocente,
En medio de la lucha desastrosa,
De Huaina-Cápac, su Inca mas querido,
El triste vaticinio recordaba,
Y a mantener las armas solamente
Violentarlo pudiera la horrorosa,
Inaudita crueldad con que inhumanos
Su paciencia apurasteis, Castellanos.—
¿De qué, España, te jactas orgullosa?
¿Es de haber abatido
La nacion de los Incas populosa?
Quien no espera vencer ya está vencido.
Sí, la supersticion te abrió la puerta
De este nuevo hemisferio,
Y la supersticion lo ha mantenido
Bajo tu férreo cetro por tres siglos
En el mas lastimoso cautiverio.
Mas hoi! ¿qué buscas, insensata Iberia?
Con la supersticion finó tu imperio.
¿No te deslumbra el esplendor hermoso

1 El autor ignoraba, al estender esta composicion, las circunstancias de la guerra del Perú, tan gloriosa para Colombia. (El A.)

m que al antiguo mundo se presenta
l mundo de Colon libre y dichoso?
eja, deja la América opulenta,
al rincon tenebroso
n que, incierta entre el África y la Europa,
Vives, España, torna para siempre.
Allí, en trono sangriento, el fanatismo
Bajo del solio mismo
En que imperan despóticos tus reyes,
Te dictará sus ominosas leyes.

SONETO.

A LAS BANDERAS DE PIZARRO REMITIDAS A BOGOTA POR EL LIBERTADOR.

Estas son las banderas que algun dia
En manos de Pizarro tremolaron;
Estas en Cajamarca presenciaron
La mas abominable alevosía:

Recuerdos de opresion y tiranía,
Al Perú tres centurias insultaron,
Y los libertadores las hallaron
Tintas en pura sangre todavía.

Monumento de un déspota insolente,
Banderas de Pizarro ensangrentadas
Que rindió ante Bolivar la Victoria:

A los piés de Colombia independiente,
Para siempre abatidas y humilladas,
No mas nuestro baldon, sed nuestra gloria.

A LOS LIBERTADORES DE VENEZUELA EN 1812. [1]

Al ver su fértil suelo
En sangre de sus hijos anegado,
Venezuela venganza pide al cielo;
Y con rostro indignado,
«¡Socorrednos, esclama, Granadinos,
Vengadnos, compatriotas y vecinos!»

«Vuestros hermanos jimen
Bajo el peso de un yugo ignominioso:
El cuello tiende la virtud al crimen
Triunfante y poderoso:
Ni a la vejez ni al sexo delicado
El feroz Monteverde ha perdonado.»

«Ai! mis campos fecundos
Se hallan abandonados y desiertos;
Solo se ven cautivos, moribundos,
Y cadáveres yertos;
Solo se oyen clamores y jemidos...
¿Y de vosotros no serán oidos?

«¿De un pueblo virtuoso
Es posible que nadie se conduela?
¿Nadie corre a salvarle jeneroso?»
Dijo así Venezuela,
Y en el instante oyeron sus clamores
De Calamar los héroes vencedores.

Bolivar el primero
Vuela en auxilio de su patria amada:
Guerra, guerra sin fin al nombre ibero
Jura sobre su espada;
Y a su voz inflamados,
Guerra sin fin! repiten sus soldados.

Marchad que ya resuena
El atambor guerrero de Belona;
Patriotas de la ilustre Cartajena,
De Tunja, de Pamplona
Y de Cundinamarca, llegó el dia
En que debe temblar la tiranía.

[1] Téngase presente que esta Oda fué compuesta y publicada en la época horrible en que los españoles nos hacian la *guerra a muerte*. (El A.)

Mil guirnaldas de flores,
Tejed, ninfas del Zulia caudaloso,
Porque se acercan ya los salvadores
De vuestro suelo hermoso.
Llegaron; coronad su heroica frente,
Y sus nombres cantad de jente en jente.

A Dios! nuevas acciones
Y nuevos triunfos llaman al caudillo.
Carache, Niquitao, los Horcones,
Campos de Tinaquillo,
Referidlos vosotros, que mi musa
Tímida a referirlos se rehusa.

Bolivar esforzado
Vanamente en mis versos yo pretendo
Seguir contigo intrépido y osado,
De atronador cañon entre el estruendo,
Entre los gritos que la muerte envía,
Y el polvo y humo que oscurece el dia.

Sí, digno americano,
En la carrera hermosa de tu gloria
Seguir en pos de tí procuro en vano
De victoria en victoria.
¡Bolivar inmortal, noble guerrero,
Serás LIBERTADOR de un mundo entero!

Mas sublime poeta
Merecen hoi los hechos prodijiosos
De Girardot, de Rivas, de Urdaneta.
Si nombres tan gloriosos
Celebrar dignamente yo pudiera,
Entonces inmortal mi nombre fuera.

Pero ¿qué es lo que siento?
¿Es el Dios de las musas quien me inspira?
Qué transporte divino! Aliento, aliento!
Pulsemos nuestra lira,
Que un fuego celestial mi pecho inflama
Al escuchar la trompa de la fama.

El héroe colombiano
No descansa un instante, corre, vuela,
Ni yerra golpe su terrible mano.
Por toda Venezuela
Huyen los españoles campeones
Cargados de ignominia y maldiciones.

Mas veloces que el rayo
Los acosan do quier nuestros guerreros.
¡Asi corren los hijos de Pelayo
Como ciervos lijeros!
¿Son estas por ventura las hazañas
Del soberbio leon de las Españas?

Corred, corred bandidos,
Prófugos, asesinos de la Iberia,
Lejos de aquí; sin patria, perseguidos,
Vivid en la miseria;
Y vuestra impura sangre, hombres crueles,
No manche nuestras palmas y laureles.

En su justa venganza
Los hijos de la América piadosos
No se complazcan nunca en la matanza;
Y siempre jenerosos,
Sean en la victoria tan clementes,
Como tremendos en la accion y ardientes.

«¡Fatal, fatal clemencia!»
Desde sus tumbas claman irritados
La virtud, el saber y la elocuencia
De tantos desdichados
A quienes inmoló con mano impía
En su encono brutal la tiranía.

¿Con qué preciso ha sido
Sofocar la piedad dentro del pecho?
¡Tánto los españoles han podido!
¿Cómo cambiar han hecho
En tigres tan sangrientos, tan horribles,
A los corderos mansos y apacibles?

A LA MUERTE DEL CORONEL ATANASIO GIRARDOT,

EL DIA DE SUS EXEQUIAS FUNEBRES.

¿No escuchais el jemido lastimoso
Que pausada repite la campana?
¿Dónde está Girardot el valeroso?
¡Oh vanidad humana!

Ni sus acciones, ni su brazo fuerte,
Ai; ni su edad temprana,
Han podido librarle de la muerte.

Cuando mas inflamado tremolaba
a nacional bandera, y atrevido
la cumbre del Bárbula trepaba;
Fué Girardot herido
e una bala fatal, y en el momento,
Sobre el campo tendido,
xhaló el héroe su postrer aliento.

Pérdida irreparable, Parca fiera!
i unir al hilo roto de sus dias
l hilo de los mios yo pudiera,
Burlada quedarias;
las tú, siempre inflexible, inexorable
Confundir no querrias
on la suya mi vida miserable.

Compatriotas, al pié de los altares
Ensanchad los opresos corazones:
Entonad pronto lúgubres cantares,
Tristes deprecaciones,
Ministros del Señor omnipotente;
Y en himnos y oraciones
Suba hasta el cielo vuestra voz doliente.

Y al Dios de los ejércitos, rendidos
Ofreced, compañeros, vuestro llanto;
De luto melancólico vestidos
Venid al templo santo;
Preste al dia la noche sus colores,
Préstele el negro manto,
Y solo se oigan ayes y clamores.

Pero, ¿qué es lo que digo? ¿Deberemos
Sentir su fin glorioso por ventura?
Si contamos sus triunfos, ¿llamaremos
Su muerte prematura?
¿Por el número de años pasajeros
Que el hombre frájil dura
Se ha de medir la vida a los guerreros?

Qué! ¿no ha vivido Girardot bastante?
Vivió para su gloria demasiado,
Vivió para su patria un solo instante:
A este árbol, cargado
De frutos en su hermosa primavera,
El rayo lo ha abrasado
Cuando mas esperanzas prometiera.

Tu destino, Pelópidas, fué el mismo;
El mismo, Epaminóndas, fué tu hado:
Si vuestra fortaleza y patriotismo
Os han eternizado;
Hoi junto a vuestros nombres inmortales
La historia ha colocado
Un nombre americano en sus anales.

A nuestros mas remotos descendientes
Lo llevará en sus pájinas la Historia,
Para que sus virtudes eminentes
Graben en la memoria.
No ha muerto Girardot: no, sus acciones,
Sus triunfos y su gloria
Resuenan hoi en todas las naciones.

Apenas, cara patria, sacudiste
El yugo de afrentosa tiranía
Cuando a los campos de Payan le viste
Que intrépido corria:
El inexperto acero descargaba,
En sangre lo teñia,
Y débil niño, al héroe presajiaba.

Él le quitó la venda a la fortuna;
Él fijó la inconstancia de la suerte;
No fué vencido en ocasion alguna;
Y antes bien de la muerte
Vencedor inmortal, muerto triunfaba,
Y al cadáver inerte
Hasta el fin la Victoria acompañaba.

EPITAFIO.

Girardot aquí se halla sepultado:
Vivió para su patria un solo instante,
Vivió para su gloria demasiado,
Y siempre vencedor murió triunfante.
Sigue el heróico ejemplo que te ha dado,
Mientras haya tiranos, caminante;
Pero si libre América reposa,
Detente y riega en lágrimas su losa.

1812.—

AL LIBERTADOR, EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS.

Hoi BOLIVAR nació! Jamas los siglos
En su larga carrera presentaron
Un dia tan feliz. Nació BOLIVAR,
Y absorto, se detuvo el tiempo cano,
Y dijo, contemplando al débil niño:
«Este el fuerte será, terror de España,
»Libertador del mundo americano;
»De injenio grande, y de carácter grande;
»Lejislador, guerrero, ciudadano;
»Audaz, emprendedor, infatigable;
»Siempre noble y sublime en sus acciones;
»De recursos fecundo, inagotable,
»Y padre y fundador de tres naciones!»

Cumplida está la hermosa profecía.
¡Salve, salve, Caracas venturosa!
En tan próspero dia,
La divina virtud bajó del cielo
Para morar sobre tu fértil suelo,
Suelo fértil en héroes, como en frutos:
Ella en sus brazos estrechó amorosa
Al tierno infante, a su hijo predilecto;
Formó su corazon para que fuese
Digno de redimir a sus hermanos,
Digno de escarmentar a los tiranos.—
¡O mision de BOLIVAR formidable!
¡O destino magnífico y tremendo!
¿No escuchais, compatriotas, el estruendo
Del cañon matador? ¡cuán desolada
La miserable América presenta
La faz ensangrentada!
¡Qué amargo llanto vierte,
Viendo a sus pueblos yermos por la espada;
Viendo la triste suerte
De sus mejores hijos, inmolados
En los campos de hònor, y en los cadalsos!
¡Ai! todo es destruccion, espanto y muerte!
De un mar de sangre entre las olas viene
Fluctuando el héroe vencedor; se acerca,
Ya toca a la ribera, ya ha llegado.
Mil rayos juntos en sus manos veo:
Los lanza varonil, y para siempre,
Del trono, por tres siglos usurpado,
Cae temblando el déspota europeo.

¡Gloria al LIBERTADOR! ¡Cuál se levanta
Colombia de sus ruinas, majestuosa,
Llena de heridas sí, mas victoriosa;
Pobre, pero vengada, independiente!
Colombianos, miradla; tras BOLIVAR
Viene la Paz amable, coronada
De oro y de espigas la serena frente.
Bajo sus piés hollada,
La tierra de Colombia reverdece,
Y brota jenerosa,
Opimos frutos y olorosas flores;
Mientras las nobles ciencias y las artes,
En torno de la Diosa,
Con dulces himnos cantan sus favores.

Pero no a las blanduras y sosiego
De lisonjera paz se entrega el héroe;
De patria y libertad el sacro fuego,
Ardiendo inestinguible,
Consume, abrasa su esforzado pecho.
«¡Compañeros,» esclama, «colombianos!
»*Mientras haya que hacer nada hemos hecho*:
»Aun quedan en la América tiranos:
»Aun jimen todavia
»Bajo el yugo opresor nuestros hermanos:
»Aun hai laureles que cortar; no es tiempo
»De paz ni de reposo;
»Vamos a libertar el mediodia!»

Marchó; ya le estoi viendo
Que atraviesa, impertérrito, el torrente
Del Juanambú impetuoso;
Con horrísono estruendo
En vano por mil bocas
Despiadada la muerte está partiendo
Desde las altas y escarpadas rocas.
Naturaleza se conjura en vano
Con el arte funesto de la guerra;
Pues desde un oceano a otro oceano,

De todo triufa el héroe Colombiano,
De los hombres, del cielo y de la tierra.

Crinada la cabeza de serpientes,
En vano se alza la Discordia impía;
En vano con imbécil osadía
Muchedumbre de altivos combatientes
Invaden a BOLIVAR a porfía.
A su vista, en Junin, huyen vencidos
Los enemigos fieros;
A su piedad acójense rendidos,
Deponiendo a sus plantas los aceros;
O de los Andes por las anchas faldas
Se guaridan de Iberia los guerreros.
¡O vírjenes del Sol! tejed guirnaldas,
Entonad vivas, himnos y canciones
Al caudillo triünfante,
A vuestro salvador: su fuerte brazo
Destrozó en un instante
Los duros y pesados eslabones
De vuestra ignominiosa servidumbre.
Mientras que a los peruanos se presente
De los Andes la mole y pesadumbre;
Mientras eleve la nevada frente
Majestuoso a los cielos Chimborazo;
De BOLIVAR y SUCRE la memoria
Vivirá en los anales de la gloria.

¿Donde está de BOLIVAR el modelo?
¿Acaso entre las ruinas
De las siete colinas?
¿En la ciudad del mundo, bajo el cielo
Inspirador de Italia? ¿Entre los héroes
Se halla de Maraton y Salamina?
¿En los campos de Léuctres y Platea?
¿Y en el famoso estrecho,
En que, a mil muertes presentando el pecho,
Solo, detuvo al Asia conjurada
El inmortal Leonidas con su espada?

De Vénus Citerea,
Divina madre del Amor, queriendo
Apéles trasladar las perfecciones,
No lo pudo alcanzar hasta que uniendo
Todas las hermosuras de la Grecia,
Escojió, de cada una entre los dones,
La majestad, la gracia, la belleza,
Con que las distinguió naturaleza.
Así yo, si quisiera
Bosquejar de BOLIVAR las acciones,
De cuantos héroes celebró la fama
Los grandes hechos recordar debiera.
Asombro de la fiera tiranía,
Arde en su corazon la viva llama
Del patrio incendio que abrasaba un dia
Los nobles corazones
Del formidable Harmodio,
Y de Aristogiton. Washington nuevo,
BOLIVAR une todas sus virtudes.
De Fabio la prudencia,
Del intrépido Anibal la osadía,
De César el saber y la elocuencia;
Y cuanto han producido
De mas esclarecido
Pelópidas, Temistocles, Fociones,
Camilos y Scipiones,
Todo en BOLIVAR se halla reunido.

¡Qué brillante, qué hermoso, qué sereno,
Hoi el sol de los Incas ha lucido
Sobre su antiguo imperio redimido!
¡O del Perú felices moradores!
Del nuevo Manco celebrando el dia,
Vosotros disfrutais de su presencia;
Vosotros le teneis en vuestro seno;
Contempla vuestros raptos de alegría,
Y escucha vuestros himnos y loores;
En tanto que nosotros en su ausencia,
En vano le invocamos,
Y con fervientes ruegos le llamamos.

¿No escuchas de tus hijos los clamores?
Ven, padre de este pueblo; no demores
Mas tiempo tu venida deseada;
Ven a los brazos de tu patria amada.
¡Cuán ansiosa te espera
La juventud guerrera,
Que tantas veces condujiste al triunfo!
Teme el trémulo anciano que la muerte

Le sorprenda sin verte.
Ven, que siempre amorosas, siempre fieles
Del Bogotá las ninfas preparada
Te tienen la guirnalda de laureles
Con que ha de ser tu frente coronada.

—28 de Octubre de 1825.—

CANCION AL MISMO ASUNTO.

CORO.

Compatriotas, llegó nuestro dia!
Hoi el grande BOLIVAR nació,
Nuevo Alcides, pavor de tiranos
Y de América gloria y amor.

¡Colombianos, pasó la tormenta!
Ya no se oye tronar el cañon;
Ya no se oyen los gritos de muerte,
Ni del huérfano el triste clamor:
Sobre el suelo feliz de la patria
No ha quedado ni un solo español,
Y Colombia reposa en los brazos
De la Paz, la Concordia y la Union.

CORO, etc.

Hoi la América entera te aplaude;
Y las artes, la industria, el honor,
Cuanto encierra de ilustre la Europa,
Te saluda, inmortal campeon;
Y los libres de toda la tierra,
Acordando uniformes su voz,
Te proclaman el héroe del siglo,
Te titulan el LIBERTADOR.

CORO, etc.

Hoi recorre tu nombre igualmente
De dos mundos la inmensa estension:
¡Prodijioso concierto de aplausos!
Ningun héroe jamas lo escitó.
A las ninfas del Támesis rico
Y del Sena y del Rin y del Pó
Corresponden con voz majestuosa
Orinoco y el gran Marañon.

CORO, etc.

Él rompió nuestras duras cadenas;
Vida, hogares y patria nos dió:
Él, de un pueblo de tristes esclavos,
Ha formado una hermosa nacion.
Por nosotros ¡qué penas, qué angustias
Ha sufrido su gran corazon!
En quince años de afan y trabajos,
¡Cuántas veces la muerte arrostró!

CORO, etc.

¿No los veis? En su frente gloriosa,
Coronada de eterno verdor,
¿No los veis esos blancos cabellos,
Esas huellas de un noble dolor?
Jóven tierno empezó la carrera:
No son muestras del tiempo veloz;
De sus largas fatigas, sin duda,
De su amor y cuidados lo son.

CORO, etc.

Pero él vive: ¡así viva cien años
De Colombia el feliz fundador,
El guerrero impertérrito y firme
Que ha vengado a los hijos del Sol!
Sí, prolónguese un siglo esa vida
Que las vidas de tantos salvó,
Y benignos conserven los cielos
En BOLIVAR al padre mejor!

CORO.

Compatriotas, llegó nuestro dia!
Hoi el grande BOLIVAR nació,
Nuevo Alcides pavor de tiranos,
Y de América gloria y amor.

— 1825. —

A LOS PUEBLOS DE EUROPA.

¿Dónde los esforzados?
Los libres dónde están? ¿Cómo pudieron
Rehusar el combate intimidados?
¡Ai de los miserables que cedieron
El campo, sin morir, al estranjero!
Dadme la lira, dádmela que quiero

Cantar la Libertad: un Dios me inspira;
Guerra y venganza sonará mi lira:
Y escitando a la lid, al vencimiento
En harmoniosos, desusados tonos,
De opresores tormento,
Yo los haré temblar sobre sus tronos.

No el manto reluciente,
Por las divinas artes fabricado;
Ni la corona rica de tu frente;
Ni tu cetro de hierro, aunque dorado;
Ni de tus ciencias el acento grave;
Ni de tus dulces musas la suave
Voz harmoniosa, plácida y festiva,
América te envidia, Europa altiva;
Porque bajo tus piés se halla un abismo
De servidumbre, lágrimas y horrores,
Y el feroz despotismo,
Aspid mortal, se oculta entre las flores.

¿Qué importa la grandeza
De tus vastos palacios suntuosos?
Plaga devoradora tu nobleza,
Miseria jeneral tus poderosos,
Y tus reyes? Europa esclavizada!
Todo tus reyes, y tus pueblos nada.
Mas tú en el trono reinas dignamente,
Monarca de Albion, tú, que el tridente
Rijes en la estension del oceano,
Tú, que a la liga inicua y tenebrosa
No estendiste la mano,
La noble mano, fuerte y jenerosa.

Vosotros, que postrados
Os visteis a los piés de Bonaparte,
Que su carro tirásteis degradados;
De la fé tremolando el estandarte,
Hipócritas marchais, jefes traidores,
¿Y os llamais de los pueblos defensores?
Vosotros, que humillábais vuestras frentes
Ante el Conquistador, ¿a los valientes
Osais encadenar, a los que os dieron
Libertad y poder? Pero ¿qué digo?
¿Cuándo, cuándo tuvieron
Los tiranos piedad, ni fé, ni amigo?

¡O pueblos! ya lo veo;
Viene del septentrion, y ha superado
La barrera del alto Pirineo:
En una mano el cetro ensangrentado,
En otra lleva la homicida lanza—
¡O cuánto es formidable su venganza!
Mas no, que está su cuerpo jiganteo
En piés de barro frájil apoyado;
No perdais la esperanza,
¡O pueblos! a las armas, a la guerra!
Y caerá por tierra
Ese coloso enorme destrozado.

¿Y podrá la ignorancia
Triunfar de la razon? Si al mundo todo
Con torrentes de luz llenaste, ¡o Francia!
¿Cómo te unes al Vándalo y al Godo
Que en honda obscuridad y noche umbría
Intentan sumerjir el mediodia?
Ábranse al ocio muelle los conventos;
Erijanse de nuevo los tormentos
Del feroz tribunal, y sus hogueras
Siendo la única luz que alumbre al mundo,
Ciencias y artes estingan sus lumbreras;
Sepúltense del hombre los derechos
En olvido profundo,
Y quedareis, tiranos, satisfechos.

¿Qué haces? ¡España, España!
¿En vez de unirse con estrechos lazos,
Tus propios hijos, en su horrible saña,
Al enemigo prestarán sus brazos?
¡O ignorancia, execrable fanatismo!
En el sangriento altar del despotismo
La patria de Lanuza y de Padilla,
Víctima voluntaria, a la cuchilla
Estiende la garganta: ¡o mengua, o crímen!
Y ante el ídolo atroz de los tiranos
Se prosternan y jimen
Los altivos y fieros Castellanos!

No, ¡brote combatientes
El suelo de la antigua Carpentania,
Y de Gama los dignos descendientes
Vuelvan su honor perdido a Lusitania!
Abrácense los pueblos como hermanos;
Únanse como se unen sus tiranos;
Y regada con sangre jenerosa,
Reverdezca la palma victoriosa

Que ha de orlar a los libres algun dia!
Al escuchar sus cánticos triunfales
¡Huya la tiranía,
Desparezcan sus huestes criminales!

Despierta, Italia, y libre
Alza del polvo tu abatida frente,
Y en medio de su pueblo el Dios del Tibre,
Majestuoso, aparezca nuevamente.
¿Cómo te has olvidado de tu gloria?
Abre los ojos, mira! la memoria
De tus héroes, tus ciencias y tus artes,
Inmortal se conserva en todas partes.
Muéstrate digna de tan grandes nombres,
Torna otra vez a tu esplendor perdido:
Italianos, sed hombres!
¿No veis cómo la Grecia ha renacido?

De su sangrienta cuna
Triunfante me parece que la veo
Alzarse y destrozar la media luna.
¿Ese canto de guerra es de Tirtéo?
¿Es el mismo Demóstenes que clama?
¡Alarma, Griegos, que la Patria os llama!
Y aquel gallardo jóven estranjero
Que celebra la lid, ¿es un guerrero?
Vedlo ¡cómo espirante a la sonora
Harpa su voz sublime acompañando,
En favor de la Grecia al cielo implora!
Ai! por la Grecia llora;—
Y el cisne de Albion muere cantando.

—1824.—

A LA MEMORIA DE PORLIER Y LACY, EL 2 DE MAYO DE 1820.

Nulla dies unquam memori vos eximet ævo,
Fortunati ambo!

Las fiestas y los himnos de alegría,
Patriotas, suspended; amargo llanto
Corra de vuestros ojos este dia.
La muerte de Porlier y Lacy canto.
¿Cuál fué tu fin, Porlier, noble guerrero?
De tu vida preciosa,
¿Dó terminaste la carrera hermosa?
¿Fué en el campo de honor? Tú, que el primero
Osaste redimir a tus hermanos,
¿Es verdad, oh caudillo jeneroso,
Que víctima del dolo y de la saña
De tus fieros tiranos,
En horrible patíbulo afrentoso....
Oh crimen! Oh traicion! España! España!
¿Dó están Porlier y Lacy! *Sepultados,*
Estas sus tumbas son, aquí reposan,
Responde España; *pero ya vengados.*

«Las fiestas y los himnos de alegría
Patriotas suspended; amargo llanto
Corra de vuestros ojos este dia:
La muerte de Porlier y Lacy canto.»

Ministros del Señor, con triste luto,
Y de la noche con el negro manto
Las galas ocultad del lugar santo:
Entonad ya los fúnebres cantares,
Pagadles el tributo
Que les debeis, al pié de los altares:
Y resuenen sus nombres en el templo;
Y su heroismo, su martirio y gloria
A los fieles se citen, como ejemplo
Digno de amor y de inmortal memoria.

Sí, la vida de estos bravos,
La muerte de estos valientes
Con sus bocas inocentes
Nuestros hijos cantarán.

Y los míseros esclavos,
Los ministros criminales,
Que causaron tantos males,
Al oirlos temblarán.

Temblarán! que está fresca y aun humea
La sangre jenerosa
Que bebió con horror el patrio suelo.
¿Qué quiere, qué desea
Esa voz de sus manes lastimosa?
¿Venganza pedirá tal vez al cielo?

Españoles, no tal, que su jemido,
Sus ayes prolongados
Os piden solo paz, union y olvido:
Ellos repiten que ya están vengados,
Pues que su gran designio ven cumplido.
Pero si alguna vez los opresores
Intentan levantar la inicua frente,
Y encadenar la patria nuevamente;
Entonces, a las armas, vengadores,
Esterminio a esa raza delincuente,
Odio, rencor y muerte a los traidores.

Toda la España en noche tenebrosa
Sumerjida yacia:
Sobre nacion, un tiempo tan briosa,
Pesaba la mas dura tirania.
Abatida jemia,
Indefensa, sumisa, esclavizada,
La misma, que poco antes coronada
Con el laurel de Marte,
Veinte naciones redimido habia,
Triunfando del invicto Bonáparte.
Ni estaba limitada
La atroz dominacion de los tiranos
A los términos solo de la Iberia:
Mayor asolacion, mayor miseria
Padecieran los pueblos Colombianos.
Con la dura cadena entre las manos,
El soldado español el mar pasaba,
Y esclavitud brindando a sus hermanos,
El infeliz! fijaba
Los últimos pesados eslabones
De América en las fértiles rejiones,
Y a Colombia y a Iberia encadenaba.
Porlier, que avergonzado contemplaba
Tanta mengua, ignominia y sufrimiento,
Creyó que la medida estaba llena,
Y que ya era el momento
De romper esa bárbara cadena.
Ai! cediendo a tan noble sentimiento,
Esclamó, *libertad!* Vanos clamores!
En cadalso de infames malhechores
Exhaló el bravo su postrer aliento.
Mas, oh prodijio! entre la tumba fria
Una voz resonaba, que decia
Libertad, libertad! continuamente:
La escuchó Lacy, y espiró el valiente:
La oyó Vidal, y le costó la vida:
La escuchó Riego, y con la frente erguida,
Repitió *libertad*, y la guadaña
De la muerte homicida
Respetó al héroe salvador de España.

Fué la patria y con su mano
En las tumbas regó flores,
Que acallaron los clamores
De los hijos del honor.

El amable americano
Con laurel y verde oliva,
Coronó la sien altiva
Del guerrero vencedor.

Honor de la nacion, esclarecidos
Porlier y Lacy, vuestra es la victoria:
Triunfasteis, aun despues de fenecidos;
Moristeis, mas en brazos de la gloria;
Moristeis, mas los déspotas vencidos
Fueron por vuestra muerte.
¿No escuchais esos míseros jemidos
Del heróico Velarde [1] y Daoiz fuerte?
¡Cuántas víctimas, ai! a la memoria
Me recuerda este dia,
Indeleble en los fastos de la historia!
«Las fiestas y los himnos de alegria
Patriotas, suspended; amargo llanto
Corra de vuestros ojos este dia:
El dos de mayo y sus horrores canto.»
Hoi fué cuando con vil alevosia
Marchitó para siempre sus laureles
El guerrero frances. Falsos amigos,
Huéspedes ominosos cuanto infieles,
Por toda la metrópoli vagaban
Los sanguinarios, bárbaros soldados,
Dirijidos por sátrapas crueles,
Que al inocente pueblo asesinaban,
Y que no perdonaban,
En su furor insano,
Ni a la virjen, ni al niño, ni al anciano.
¡Merced a los franceses fementidos!
Entonces fué que por la vez primera

1 Este mártir de la libertad española era hijo de Buenos Aires. (El A.)

Los hijos de Pelayo envilecidos
Su dignidad antigua recobraron,
Y el yugo de sus cuellos arrojaron.
¿Será, patriotas nobles, denodados,
Que disteis ese grito valeroso,
Que agora sepultados
Esteis en sueño torpe, vergonzoso,
Y en imbécil, estúpido reposo?

No, no, que por do quiera
Vence la libertad a los tiranos,
Y no para en su rápida carrera:
Ella reina en los campos colombianos,
Y en este mismo instante
Llega hasta los dominios castellanos
En su carro triunfante,
Despues de superar los Pirineos,
Que su término fueran y barrera;
Bajo de sus trofeos
Se conmovió la vasta cordillera.

Hállanse por do quier fuertes campeones,
Almas grandes y nobles corazones,
Que la vida al honor nunca prefieren,
Que bizarros quebrantan sus prisiones,
O en un suplicio por su patria mueren:
Hoi en todos los pueblos y rejiones
Nacen Harmodios, Decios y Catones.
Solo la Libertad cerrar podria
El abismo profundo
De horror y fatricidas disensiones,
Abierto en el antiguo y nuevo mundo.

El llanto cese y tornen las canciones,
Las fiestas y los himnos de alegría,
Pues brilla el sol de todas las naciones.
Hermoso luminar resplandeciente,
El astro bienhechor, desde su oriente,
Benéfica influencia y luz envia
Al norte, al mediodia,
Y a esta inmensa estension del occidente.

FRAGMENTO DE LA DESCRIPCION DE UNA COMIDA EN UN CAFETAL.

Es de la comitiva
Frai Ramon, relijioso franciscano,
De largas esperanzas y fé viva,
De corazon sencillo, y buen cristiano
Católico, apostólico, romano;
Cuello corto, cuadrado, anchas espaldas,
Al parecer, no amigo de las faldas;
Mas no falta al bendito
Ni buen humor, ni menos, apetito.
Dice, puntual, su misa cada dia;
Pero en esto de ayuno y de abstinencia,
No es ciertamente estrecho de conciencia.
El buen vino, la buena compañía,
Y los ricos, jugosos alimentos
Despiertan en el pecho sentimientos
De amable libertad y de alegría:
Se habla de la estincion de los conventos,
Y asómanse las risas placenteras,
Y las gracias lijeras;
Ya parte sutilmente la ironía,
Ya el equívoco agudo;
Y come y calla Frai Ramon sesudo:
En fin, cada uno sale de su quicio,
Y entre chanzas y veras,
Dicen a Frai Ramon mil frioleras;
Pero el buen Frai Ramon, que no es novicio,
Come, bebe y responde: *juicio, juicio!*

FRAGMENTO DE UNA ODA A ITURBIDE EN 1823.

¿Ni qué gloria, qué honor le prometia
De Méjico al tirano abominable
La diadema imperial, que le ceñia
Un populacho Obscuro y miserable?
¿No ves, no ves la suerte,
Déspota ruin, del déspota admirable
Que dominó a la Europa? Obscura muerte
En lejana prision y estraña tierra,
De tanto batallar, de tantos lauros,
Segados en los campos de la guerra,
Ved el amargo fruto.
El poder absoluto
Perdió al primer guerrero, al varon fuerte.
Al César de este siglo, al grande hombre,
Al inmortal Napoleon. Su nombre
Vivirá en los anales de la historia,

erno vivirá; pero sin gloria,
ue la perdió cuando empuñó su mano
sado cetro de opresor tirano.—
el campeon de América invencible
Cuánto mas digno de imitarse ha sido
l ejemplo sublime! Inmarcesible
orona de laurel ciñe su frente,
ue corona de rei nunca ha querido.
u gloria pasará de jente en jente;
el Cincinato, el Washington moderno,
l virtuoso Tell, estos un dia
us renombres serán de honor eterno.
Oh! si la inspiradora poesía
le abriese sus tesoros, ¡con qué gozo
l padre incomparable de Colombia
n harmoniosos versos cantaria!
Ora le pintaria
Luchando audaz con el Leon hispano
Ora sumiso al freno de las leyes,
Mas que guerrero, digno ciudadano,
Desdeñando los cetros de los reyes.
¿A tan hermoso, espléndido destino
Aspirar no podia,
Iturbide, tu espíritu mezquino?
¿Dónde gloria mayor que ser llamado
Libertador y padre de la patria?

¡Vosotros, que yaceis sin sepultura
En los sangrientos campos del Anáhuac,
Sacros restos de mártires gloriosos,
Reposad, reposad, que ya resuena
La trompa del honor: la patria clama;
La patria presa en grillos afrentosos,
Aherrojada en bárbara cadena,
A la guerra, a la lid, al triunfo llama!
¿No escuchas eso lúgubre suspiro
Que sale del sepulcro del guerrero
Que dió el grito primero
De santa libertad? Sí, ya te miro
Heróico Hidalgo, que con rostro airado
Alzas, tremendo, el vengador acero,
Y echas por tierra al monstruo coronado,
Que al trono descendió por el sendero
De la traicion y el crímen.
Esos, que en torno del tirano jimen,
Víctimas inocentes todos fueron,
Y sirviendo a su patría fenecieron.
No sin venganza quedareis, oh sombras!
¡Mártires, en el lecho del reposo
Dormid tranquilos, que se acerca el dia
En que va a perecer la tiranía!
Del Anáhuac hermoso
A la grande metrópoli ya avanzan
Haces republicanas de valientes:
Grito de libertad o muerte lanzan:
Ya levantan las frentes
De Guatimoc los dignos descendientes.
De sus infames nobles circuido,
Tiembla el usurpador arrepentido,
Y de la débil mano
Deja caer el cetro soberano.

NAPOLEON EN SANTA HELENA.

«¿Dónde estoi? ¿Qué es de mí? Yo, que podia
Ser el libertador del mundo entero,
¿Mísero y degradado prisionero
Entre estas rocas?.... mas la culpa es mia.

Cuando al pueblo mi espada defendia,
Fui de todos los héroes el primero:
¡Con qué orgullo la Francia a su guerrero
De laurel inmortal la sien ceñia!

Hoi! sin gloria, en destierro ignominioso,
Al sepulcro desciende el Soberano
A quien veinte monarcas se abatieron!»

Dijo, cruzó los brazos silencioso,
Y los ojos del fuerte veterano
De dolor una vez se humedecieron.

AL CIUDADANO MIRALLA, [1]

CON MOTIVO DE HABER SOSEGADO EL FUROR DEL PUEBLO EL 15 DE ABRIL DE 1820.

¿Visteis alguna vez del mar airado
Encresparse las olas ajitadas,
Cuando, de opuestos vientos contrastadas,
Bramando sin piedad se han levantado?

Ya descienden de un cielo encapotado
Las centellas por Júpiter lanzadas;
Ya no atiende a las velas destrozadas
El marinero absorto y consternado.

Pero, armada la diestra del tridente,
Habla Neptuno, y calla el oceano
Que la voz reconoce omnipotente.

Imájen de ese mar fué el pueblo Habano,
Y de Neptuno el jóven elocuente,
Que aplacar supo su furor insano.

—

LAS ROSAS.

DEDICATORIA.

«Yo no aspiro al favor de los grandes
»Como el vulgo venal de poetas:
»Jamas suben mis versos humildes
»A los tronos de reyes ni reinas.»

«He cantado las Rosas, y solo
»La Hermosura será mi Mecenas:
»La Hermosura es la Diosa que yo amo;
»Nunca fué mi deidad la opulencia.»

«A tí, pues, se dirijen mis versos,
»O sensible y amable Habanera,
»De las Gracias modelo divino,
»De las rosas la Rosa mas bella.»

«Si los oyes con dulce ronrisa,
»Si los riegas de lágrimas tiernas,
»Si te cuesta mi suerte un suspiro,
»¿Qué mas gloria, qué mas recompensa?»

—

ROSA PRIMERA.

LA INOCENCIA.

Ya la Inocencia se dirije al templo:
Cubierta con la túnica de lino,
Y bajando los ojos a la tierra,
Sola ella no conoce sus hechizos.

Orla su frente virjinal corona
De pimpollos de rosas y de lirios,
Y tras la huella de su planta pura
Sigue un cándido y tierno corderito.

El ceñidor divino de las Gracias
Ajustado mantiene su vestido,
En cuyos pliegues juguetear inquieto
Apenas osa leve cefirillo.

Del sacro incienso entre la nube pasa,
Acércase al altar, y escucha el himno
En que el esposo canta al Himeneo
Hermano grave del amor festivo.

¿No te acuerdas, Amira, de la noche
En que estreché tu pecho con el mio,
En que turbada, tímida, indefensa,
Tus padres me confiaron tus destinos?

El temblor de tus miembros palpitantes,
La palidez de tu pudor divino,
Tu amable confusion y tus sollozos,
Todo, todo aumentaba mi delirio.

El amor, el respeto y la ternura
¡Cómo luchaban en mi pecho fino!
¡Y cuál fué mi dolor y mi delicia
Cuando sentí tu rostro humedecido!

[1] Arjentino. Hombre estraordinario por sus talentos, por el entusiasmo de su carácter, y los lances de una esistencia siempre ajitada.

uando te ví cual Náyade que saca
›lanca frente del cristal del rio;
bella que la rosa matutina
ierta con las gotas del rocío.

venturoso dia! en mi memoria
ntras yo viva, vivirás conmigo;
›jalá que a mis versos dado sea
rarte de la noche del olvido!

ROSA SEGUNDA.

LA ROSA DE LA MONTAÑA.

osques de Barragan y de Quindio!
ıtañas majestuosas!
ıntas, cuántas memorias dolorosas
ıstra imájen presenta al pecho mio!
rnas soledades silenciosas,
amente habitadas
sierpes venenosas
ieras contra el hombre conjuradas;
sotras me abrigabais algun dia
l furor de una horrible tiranía.

3ajo el antiguo roble o la palmera
sentarme solia
lado de mi tierna compañera.
como su beldad resplandecia
tre aquellos horrores!
ar viendo creia
Virjen de los últimos amores
reces le decia:
osa de la montaña,
a no temo la saña,
i el furor de la muerte;
a no temo a los tigres y leones,
ıs fieros, sanguinarios corazones
e aplacarán al verte.»—
¡una vez con ella me acostaba
la orilla de un rápido torrente,
e entre dos rocas áridas bajaba
n espantoso estruendo;
ntemplábalo atento, y de repente
a rosa a mis ojos se ofrecía:
u imájen estoi viendo,
»Amira, repetia;
»Sí, tu imájen por cierto,
»Pues brillas como rosa en el desierto.»

Cansada de un camino tan penoso,
Ella buscaba a veces el reposo,
Y tranquila dormia....
¡Dormia la inocencia sosegada!
En medio de aquel monte pavoroso,
Y entre aquella espesura,
Una deidad Amira parecia
Que a la naturaleza presidia.
Sobre su faz nevada,
De activo fuego llenas,
Brillaban sus mejillas, encendidas
Con un vivo encarnado;
Como suelen hallarse confundidas
Las hojas de las rosas y azucenas,
Que furioso huracan ha derribado.

Rosa del Bogotá, que todavía
Conservas tu perfume y lozanía,
¿Cómo es que no has perdido tu hermosura
En tierras y rejiones tan estrañas?
¡Quiera mi suerte dura,
Quiera benigno el cielo,
Que yo pueda volverte a las montañas
De tu nativo suelo!
¡Suelo benigno, ameno, delicioso,
Do moraron la paz y la esperanza,
Hasta el dia ominoso,
En que, ciego de rabia y de venganza,
Brutal soldado lo arrasó furioso!

ROSA TERCERA.

EL DELEITE.

La diosa del deleite, reclinada
Sobre un lecho de rosas,
Y de mil cupidillos rodeada,
Nos arroja miradas amorosas.
En sus ojos hermosos
A un mismo tiempo veo
El pudor y el deseo,
Ya dulce languidez, ya fuego ardiente.
Agora cariñosos,
Agora desdeñosos,

En torno los revuelve blandamente.
¡Qué actitud, qué dulzura!
¡Qué gracia, qué ternura!
¡Cómo le ondea por el blanco cuello
El oro del cabello!
Su guirnalda de flores,
¡Cuánto perfume delicioso exhala!
Que suaves olores!
Toda el Ásia en aromas no le iguala.
¡Cómo juegan con ella los amores!
Uno cubre con su ala
Sus hechizos y encantos seductores:
Otro las hebras de su pelo enreda:
Con mas astucia y arte
Este a sus piés se acerca, y al descuido
Levantando la seda
De su rico vestido,
El alabastro queda
Descubierto en gran parte:
Aquel, menos mirado,
Le introduce en el seno a manos llenas
Las blancas azucenas:
¡Qué no puede un Amor cuando es osado!

Tal es, tal es la Diosa que me inspira:
Todo cuanto respira,
Cuanto existe en el cielo, mar y tierra,
El universo todo prosternado
Le rinde adoraciones,
Le presenta oblaciones:
Marte deja los rayos de la guerra,
Marte, el horrible Marte ensagrantado,
Y se postra a los piés de la hermosura.
De la celeste altura,
¡Cuántas veces los dioses han bajado
Idólatras amantes de su hechura!
No se desdeña Jove soberano
De transformarse en toro
Para pacer la yerba, que la mano
De la cándida Europa le ofrecia.
Otra vez con mayor sabiduría,
Y con mayor decoro,
Bajo la forma de una lluvia de oro
Entró en la fortaleza, donde estaba
Cautiva la belleza que anhelaba.

¡Mil veces venturosas las sencillas
Y tiernas avecillas,
Caprichos que formó naturaleza,
Y modelos de gracia y lijereza!
Es el placer su guia;
Quien les dá sus colores, su harmonía,
Quien les enseña a fabricar sus nidos,
Cunas que flotan a merced del viento,
Con sus hijos queridos.
Estos dulces cantores,
De los bosques delicia y ornamento,
Gozan en libertad de sus amores.
Entre ellos no hai lei dura
Que se oponga a la lei del sentimiento,
Ni saben qué cosa es remordimiento,
Ni es un crimen para ellos la ternura.

De humana carne hambriento
El tigre brama horrible,
O en las montañas ruje el leon fiero
Amenazando al tímido viajero;
Mas oye a la leona, y al momento
El deleite lo mueve, y ya es sensible;
Porque no hai en el mundo alguna fiera,
Ni el tigre, ni el leon, ni la pantera,
A la voz del amor inaccesible.

No menos sometidos a su imperio,
Los hombres le obedecen igualmente:
¿Y quién su grato estímulo no siente?
El majistrado circunspecto y serio;
El lívido y austero anacoreta;
El pobre, el poderoso;
El ameno poeta;
El abogado estéril y orgulloso;
El Hipócrates, ávido, pedante;
El marques ignorante;
El jóven, el anciano;
El rústico sencillo, el cortesano;
Y en fin, desde el mendigo hasta los reyes,
Todos están sujetos a sus leyes.
Qué digo? el mismo sabio,
El hombre virtuoso
Por el deleite alguna vez suspira:
Toma la copa del placer, al labio
La lleva cauteloso,

Gusta de su dulzura, y la retira;
Mientras el vulgo insano
Ni un instante la deja de la mano,
Y apurando, indiscreto, hasta las heces,
Bebe mortal veneno muchas veces.
En fin, nadie está esento del tributo
Que natura de todos ha exijido:
Se lo pagan el hombre como el bruto;
Jamas hubo deber tan bien cumplido.
Ama todo viviente;
El filósofo austero siente que ama;
El tigre atroz, voluptuoso brama,
Y tremendo en su amor, leon rujiente
En el desierto a la leona llama.

Ven a mis brazos, pues, Amira hermosa,
Amiga fiel y tierna compañera:
Ven, inocente y encendida rosa,
Que brillas en tu fresca primavera
Sin tener ni una espina dolorosa:
Con tus gracias divinas
Ven, inocente rosa sin espinas.

ROSA CUARTA.

EL DIA DE AMIRA.

Blanca, rubia y mas hermosa
Que la madre del Amor,
Hoi naciste, tierna esposa,
En un valle de dolor.

Así brota en roca dura
Y en estéril pedernal,
De agua dulce, fresca y pura
Cristalino manantial.

En el árido camino
De mi vida procelosa
Te encontré, ¡feliz destino!
Te cojí, cándida rosa.

Te vi, Amira, y fui sensible,
Te vi, Amira, y te adoré;
No es posible, no es posible
Que no te ame quien te vé.

Tú pagaste con ternura
La constancia de mi amor,
Y me hallé con tu hermosura
A un monarca superior.

Si tu gracia, jentileza
Y virtud son mi tesoro,
¿Qué me importan piedras ni oro,
Ni altos puestos, ni grandeza?

Cuantos bienes yo deseo
Los encuentro, Amira, en ti....
Llévate ávido Europeo
Todo entero el Potosí.

ROSA QUINTA.

LA MALVA-ROSA.

Imájen de las ninfas de la Habana,
Nace la Malva-rosa,
Blanca como la nieve, de mañana:
El sol la hiere activo,
Y la cándida flor, artificiosa,
Se va cubriendo de un rosado vivo.
Cuando este astro termina su carrera,
Suele desconocer en occidente
A la que vió al nacer desde su oriente.
¡O mi dulce Habanera!
Tú mudas de colores
De la propia manera:
Tú sabes preparar en un instante
Las diferentes flores,
Que pintan y matizan tu semblante.
¡Mi Laura, tan discreta!
¡Mi Laura, tan graciosa y elegante!
Oh! deja ese capricho estravagante,
Recibe los consejos de un poeta,
(Puedo tambien decirlo) y de un amante.
Si tienen tus mejillas
Suave, tierno y grato s[illegible]ado,
¿Cómo prefieres, pues, el encarnado
Que te dan esas pérfidas cartillas?
Si para conquistar los corazones,
Pródiga te dotó naturaleza
De tantas celestiales perfecciones;
Si te dió la belleza entre sus dones

Y la gracia, que es mas que la belleza;
¿Por qué la desfiguras
Con supuestos colores?
¡Ai mi Laura! no gustan de pinturas
Ni los simples Amores,
Ni las Gracias sencillas y mas puras.
«No mas, no mas colores, Laura amada,
»Que pierdes la salud.—*No importa nada:*
»—Que pierdes la hermosura.—*Ni por eso.*
»—Pues huirá de tu boca el dulce beso.
»—*Qué dices? ¿es posible lo que escucho?*
»—Sí, mi Laura, posible, mucho, mucho.»

En tu boca graciosa,
Sobre tus labios frescos y olorosos
Es donde hallan los besos amorosos
El color y el perfume de la rosa;
Mas huyen asustados
De unos labios que están embarnizados.
Si guardáran medida por lo menos;
Si con mas tino y gusto.... Pero al modo
Que su licor aumenta cada día,
Y el bebedor lo toma a vasos llenos,
Hasta que está beodo;
Así abusan del *rus y cascarilla*,
Y su furor no para
Hasta que al fin en fea mascarilla
Se convierte su cara.
Recibe, Laura, mis consejos sabios:
A fuerza de pintura
No quites a tus labios
Su delicado aroma y su dulzura.
Deja esos artificios
A la desenvoltura
De la vil cortesana,
Que ha estudiado en la escuela de los vicios.

¡O ninfas de la Habana!
La Malva-rosa, usando los colores
Con que brilla la reina de las flores,
No se pone por eso mas hermosa:
Siempre la Malva-rosa es Malva-rosa.

ROSA SESTA.

EL ORGULLO VENCIDO.

Encima de un rosal brilla una rosa
De celosas espinas guarnecida:
Suspira un blanco lirio por la hermosa;
Pero está ella tan alta y defendida!....
El delicado amante
Dice así a su querida:
«Ah! bájate hasta mí, ven a mi seno,
»Que bajo de la nieve del semblante
»Está mi corazon de fuego lleno.
»Ai! ninguno socorre a un desvalido!»
El Zéfiro, que le oye, condolido,
Vuela, mueve a la rosa,
Que en vano se resiste desdeñosa,
Y cede al soplo de tan grato viento.
¡Quién no cede a la voz del sentimiento!
De un lado al otro mécese amorosa,
Desciende, sube, vuelve de su altura,
Hasta que al fin se encuentra amante amada,
Con su cándido lirio entrelazada.
Así bajó, mi Amira, tu hermosura
De su elevado asiento
Del amor con el suave movimiento:
Pudo mas que el orgullo la ternura.

ROSA SEPTIMA.

LA INCONSTANCIA.

Leve mariposita,
Mil veces venturosa!
Tú dejas unas flores
Y pasas a las otras.

En un instante solo
Llegas, pretendes, gozas,
Y en el instante mismo
Las burlas y abandonas.

No encuentras una ingrata,
O esquiva, o desdeñosa;
Porque Amor, como niño,
Gusta de mariposas.

Siendo menos variable
Fueras menos hermosa:
Tu falsedad agrada,
Tu viveza enamora.

Feliz mariposita,
Tu ambicion amorosa
Tiene un vasto serrallo
En los reinos de Flora.

Sin padecer cuidados,
Ni celos, ni zozobras,
De mil diversos gustos
Disfrutas cada hora.

Mientras que así esclamaba,
Yo vi a la mariposa
En derredor volando
De una purpurea rosa.

Aquella se le acerca,
Y esta la frente torna;
La mariposa osada
Vuelve de nuevo y toca;

Pero halla en las espinas
De la bella orgullosa,
En lugar de placeres,
Heridas dolorosas.

«Lejos de mí, *esta dijo*,
»Con tu inconstancia loca.
»Con otras simplecillas
»Diviértete, traidora.»

Mas responde al momento
La sagaz mariposa:
»Hasta hoi he sido libre,
»Y esclava soi ahora.

»Mi carácter lijero
»Tú fijas, bella rosa:
»Si tuve mil queridas,
»No tendré dos esposas;

»Serás mi única dicha,
»Mi único bien tú sola,
»Y siempre en tus cadenas
»He de vivir, Señora.

»Tu color delicado,
»Tu delicioso aroma,
»Tu agradable frescura,
»Tus elegantes formas;

»Tantos, tantos hechizos
»Y gracias que te adornan,
»O reina de los campos!
»¿Pueden hallarse en otra?

«No temas la inconstancia
»Del que fino te adora:
»Feliz en tus prisiones
»No apetezco otra cosa.»

El orgullo es el flanco,
Que tienen las hermosas;
Lo que el amor no alcanza,
El amor-propio logra.

La mariposa triunfa,
Se rinde al fin la rosa,
Que ofrece abierto el seno
A su amorosa boca.

¡Con qué transporte bebe
En la nectarea copa!
¡Cómo bate las alas,
Tiembla voluptuosa!

Mas, pronto satisfecha,
Veloz, el vuelo toma,
Y de flores en flores
Va cantando *victoria*.

Hermosuras altivas,
Que gustais de lisonjas,
¡O crédulas amantes,
Fiad en mariposas!

ROSA OCTAVA.

LA SALUD.

Es la salud una deidad amable,
Alegre, ájil, festiva, voluptuosa;
Y es su padre Esculapio, venerable
Y compasivo anciano:
Una serpiente lleva en una mano,
Y en la otra tiene un mirto y una rosa:
Duerme tranquila en brazos de Morfeo;
La despierta el Deseo;
Le hacen la corte Baco y los Amores;
Y su gracia y favores
Viene a implorar a veces Himeneo.

No nos hace dichosos la riqueza,
Ni la gloria, el saber y los honores
Nos hacen venturosos:

¡A cuántos poderosos
He visto llenos de afliccion y luto,
O jimiendo en un lecho de dolores
Y pagando el tributo,
Con que al hombre gravó naturaleza!
A las gracias he visto y la belleza
Lánguidas y amarillas;
Sin rosas ni jazmines sus mejillas,
Ajados sus semblantes,
Que su esplendor perdieron y frescura;
Sin contornos sus formas elegantes:
Cien veces las he visto suplicantes
Con la salud pedirme la hermosura.
Dichoso! complacerlas he sabido
Y ganarme sus tiernos corazones.
¡Feliz el que ha nacido
Al mismo tiempo médico y poeta!
Dos veces laureado
Por Minerva y Apolo, en sus canciones
Celebra la salud que él mismo ha dado....
Qué digo? presuntuoso, fascinado
Engañarme procuro;
¡Feliz en mi delirio me figuro
Cuando vivo mas triste y desgraciado!
Ai! todo lo he perdido,
Ni la salud siquiera me ha quedado.
Los males de mi pecho devorado
A los males de mi alma se han unido.
De lágrimas amargas y copiosas,
De luto y palidez se ve cubierto,
Y ¡ojalá que ya hubiera fenecido
El cantor de las rosas!
No entra el dolor en el sepulcro yerto.
Pero ya que los hados,
No sé si favorables, o si adversos,
Conservan los instantes desdichados
De mi vida angustiada y miserable;
Ven, o salud amable!
Ven al concierto de mis dulces versos,
Fáciles, descuidados,
Injénuos y sencillos, como el pecho
Del perezoso autor que los ha hecho.
Ven, o precioso bien de los mortales;
Dame risueña el ósculo amoroso,
Y poniéndole término a mis males,
Tranquilo y en el seno del reposo,
Con acento harmonioso
Y con lira mas suave y acordada,
Rosa de la salud, serás cantada.

ROSA NOVENA.

A MIS MADRES.

¡Modelo de virtud y de ternura!
¡Alma celeste y pura!
¡O Madre desgraciada,
De mi vida infeliz consoladora!
¡Madre la mas amada
De un hijo, como tú, desventurado!
Esta espresion de un pecho que te adora
Recibe con agrado.
Recíbela igualmente,
¡O tú, por quien suspira
Mi triste corazon continuamente,
Amable madre de mi amable Amira!
¡Que no pueda deciros lo que siento!
¡Qué tiernas emociones
En mi angustiado pecho esperimento!
Ai! con vuestros maternos corazones
A ellas correspondeis sin duda alguna.
Siempre fuí desdichado;
Siempre me ha sido adversa la fortuna;
Víctima triste del rigor del hado,
A mi pesar, me veo confinado
Mas acá de los mares,
Ausente de mi patria y mis hogares.
O patria! o cara patria! o dulce nombre!
¡Qué poder tienes en mi triste pecho!
Amargo llanto inunda mi semblante,
Y desfallezco en lágrimas deshecho.
Sí, lo juro, jamas, ni un solo instante,
Jamas se apartará de mi memoria
De tus tormentos la horrorosa historia.
¿Dónde están mis amigos mas queridos?
¿Dónde estás mi Felipe, tierno hermano?
¡Cómo han de responder! los llamo en vano;
Ai! en la tumba se hallan sumerjidos.

Vosotras entretanto, madres mias,
Pasada vuestra hermosa primavera,
Ya sufris del invierno los rigores:
El cielo justo quiera
Cortar el hilo débil de mis dias,
Antes que termineis vuestra carrera:

Pero que al menos mi cadáver yerto
Se mire a vuestro lado,
¡O Madres adoradas!
Así un boton apenas entreabierto
Hallarse suele disecado y muerto
Junto a dos grandes rosas, marchitadas
Del viento abrasador por los ardores.
¡O celestiales flores!
¡O rosas de virtud y de hermosura!
Habeis perdido ya vuestra frescura,
Y conservais aun vuestros olores:
Vuestro espíritu existe todavia
Exhalando perfumes de ambrosia.

ROSA DÉCIMA.

MI CORONA Y SEPULTURA.

Yo no apetezco el humo de la gloria,
Ni mirarme ceñido de laureles
Sobre el carro fatal de la victoria,
Como esos hombres bárbaros, crueles,
Que llenan los anales de la historia.

Jamas viven contentos
Los destructores del linaje humano,
Ni en sus brazos sangrientos
Entra jamás con gusto la belleza:
Tiembla el tímido amor junto a un tirano
Y se hiela de horror naturaleza.

Coróname de rosas, dulce Amira,
Y no me des, Amira idolatrada,
Los laureles de Marte ni la espada,
Sino el mirto de Venus y mi lira.

¡Dichoso el que suspira
Sobre tu seno, amiga deliciosa!
¡Feliz el que desprecia los honores,
Ni ambiciona otra cosa
Que tus tiernas caricias y favores!

Despues de los horrores
De una borrasca fiera;
Sujeto de la suerte a los rigores,
¡Cuán infeliz viviera
Sin esta fiel y amante compañera!

Cruce el vasto oceano
El estranjero siempre codicioso,
Para llevarse el oro americano,
Y hágase poderoso
Con la sangre del mísero africano.
Yo soi mas venturoso,
Amable Amira, viéndome a tu lado
De rosas y de mirto coronado.

Sabes cuanto la suerte
Conmigo siempre inexorable ha sido:
Sabes que muchas veces he tenido
Cerca de mí a la muerte
Queriendo enfurecida
Romper la débil trama de mi vida.

La muerte ha de triunfar tarde o temprano:
Yo te suplico, pues, amiga mia,
Que esparzas con tu mano
Algunas rosas en mi tumba fria:
Siembra un rosal en ella,
Y riégalo de llanto, Amira bella.

Con este dulce riego
¡Qué abundantes y hermosas
Verás nacer las rosas!
Cójelas en tu mano, Amira, luego,
Y al aspirar su espíritu oloroso,
Aspirarás el alma de tu esposo.

Traerás tambien contigo
A visitar la humilde sepultura
De tu difunto amigo,
Al hijo delicioso,
Al tierno fruto de una llama pura.
Saldrá mi sombra del sepulcro helado
A ver en su presencia
Juntas a la Hermosura y la Inocencia.

¡O boton delicado!
Entre las tempestades enjendrado,
Nacido entre infortunios y pobreza,
¿Qué puedes heredar de un desdichado?
TU MADRE Y TU CANDOR SON TU RIQUEZA.

Pero en tanto que vivo,
Ven alegre y festivo
A jugar con las cuerdas de mi lira,
Y a ceñirme de rosas la cabeza:
Corone la inocencia a la ternura.

Ven igualmente, celestial Amira,
Y una guirnalda téjeme de rosas,
Tú, que tienes su gracia y su frescura:
Corone a la constancia la hermosura.
¡O la mejor de todas las esposas!
El sensible cantor de los Amores
Solo desea por *corona* flores,
Flores por *sepultura*.

DEFENSA DE LA ROSA PRIMERA.

A D. NICOLAS DE CARDENAS Y MANZANO.

Su noble frente de arrayan ceñida,
De nobles palmas y laurel de Apolo,
Mira tan solo quien al Dios consagra
Toda su vida:

No yo que suelo por capricho apenas
Con mal seguro, con incierto paso,
Ir al Parnaso, donde vago libre
De mis cadenas.

Así que en vano tu amistad me ofrece
Un nombre ilustre, que ni yo deseo,
Ni menos creo que mi humilde númen
Tanto merece.

Tú no lo ignoras, en su misma cuna
Mis pobres versos perseguidos fueron;
Ellos nacieron, cual su autor, odiados
De la fortuna.

Porque han pintado con colores vivos
El pudor bello de una vírjen pura,
Ya se asegura que vedarse deben
Como lascivos.

Críticos graves, ásperos censores,
Id reformando tan severo juicio:
Tachad al vicio, respetad mis tiernos,
Castos amores.

¿Dó la voz se halla que ofendió su oido,
La espresion torpe, la leccion impía?
La poesía sus franquezas siempre
Se ha permitido.

Sabed censores, que afectais decencia,
Que los poetas aun los mas honestos,
Los mas modestos, han usado todos
De esta licencia.

Yo no he cantado criminal deseo,
Ni engaños negros de un amor furtivo;
Sí el fuego activo, la sagrada antorcha
Del Himeneo.

Cubrí de rosas su inocente lecho,
Y he vindicado sus derechos santos,
No como tantos que desprecio y burla
Siempre le han hecho.

Al amor libre le quité esas flores
Que la frente orlan de mi dulce Amira,
Pulsé mi lira, y el amor vendado
Oyó sus loores.

No mas defiendas contra un Zoilo necio,
Jóven juicioso, mis sencillas rimas;
Tú las estimas, Nicolas, les basta
Solo tu aprecio.

A UNA AMIGA.

Modelo de las esposas,
Eiel y tierna tortolilla
Que la muerte de tu amado
Lloras de noche y de dia:
Deten el mísero canto,
Y la dulce poesía
Sea bálsamo que alivie
El dolor de tus heridas.

No es el que vive embriagado
En placeres y delicias,
El que a la piedad se mueve;
Mas yo, para quien la vida
Es una carga pesada;
Yo que siempre ante mi vista
Tengo los caros objetos
Que tanto la martirizan;

Yo que apuro a todas horas
El cáliz de las desdichas;
Con tus lágrimas yo debo
Mezclar las lágrimas mias.
Tambien la Parca inflexible
Ha emponzoñado mi vida,
Robándome casi a un tiempo
Las personas mas queridas.
Arrebatóme alevosa
Con crueldad inaudita
A mi Felipe, a mi hermano,
Planta, que tierna y florida,
Hermosos y dulces frutos
A nuestra madre ofrecia.
¡Pobre y desdichada madre
Que de otra suerte eres digna!
Ai! cuantos de mis amigos
Yacen en la tumba fria,
Y en espantosa miseria
Sus infelices familias!

Si destrozar no temiera
Tu alma tierna y compasiva
¡Qué cuadros tan horrorosos,
Sensible amiga, verias!
A Lesbia, tu compañera,
Tu antigua y constante amiga,
Vieras casi moribunda,
Como fuera de sí misma,
Llamando al amado esposo,
Que obtuvo y perdió en un dia.
Siempre la imájen sangrienta
Tiene presente a la vista,
Asirla quiere, y se le huye
Como sombra fujitiva.
Pobre Lesbia! si la vieras
Ya no la conocerias;
En llanto amargo anegada,
De negro luto vestida,
Para juntarse a su amado
Con paso veloz camina.
No encontraras en su boca
Las gracias y amable risa,
Ni las rosas y jazmines
En sus pálidadas mejillas.
Así una flor que ostentaba
Su frescura y lozanía,
El tierno bástago roto
En que estaba sostenida,
Pierde sus bellos matices,
La frente ácia el suelo inclina,
Y se presenta a los ojos
Pálida, ajada y marchita.
Esas lágrimas copiosas
Son a tu esposo debidas;
Pero si en él has perdido
La prenda que mas querias,
Tienes otras dulces prendas
Que tus pesares mitigan.
Tienes un anciano padre
De quien eres la delicia:
Tienes quince primaveras,
Mil amores en tu hija,
Y otros tres en edad tierna
De sus padres copias vivas.
Con sus gracias inocentes
Ellos tu melancolía
Divierten, y te agasajan
Con amorosas caricias.
¡Ojalá que estos arbustos
Que solicita cultivas,
Bajo sus frondosas copas
Sombra te den algun dia.

—

LA NOCHE DE LUNA.

¡O Sabio autor de tantas maravillas!
¡Del universo augusto soberano!
¡Qué dulce llanto inunda mis mejillas
Al contemplar las obras de tu mano!
Ah! de amor y de asombro conmovido,
Mi corazon palpita enternecido.

Y la prision del cuerpo abandonando
Mi espíritu ya libre, presuroso

Por el inmenso espacio penetrando,
Hasta los tronos del Señor glorioso
Atónito y absorto se levanta,
Y humilde besa la divina planta.

Este solemne reposo
Do yace naturaleza,
¡Qué tierna y pura tristeza
Inspira a mi corazon!

Todo calla...... ¡O poderoso
Movedor de las estrellas!
A tu voz salieron ellas
Del caos y confusion.

Bañando está con opio la noche a todo el mundo
Que duerme sumerjido en letargo profundo.
¿A quién no habla ahora terrible la conciencia?
¿Y quién ahora duda, gran Dios, de tu existencia?
Por estas soledades, yo te oigo, yo te veo.
Ven a escucharle y verle, ven, desgraciado atéo.

Este vasto silencio relijioso,
Estos callados montes lo aseguran,
El ruiseñor lo entona melodioso,
Plácidas esas aguas lo murmuran,
Y el estruendo distante del torrente
Es la voz del Señor Omnipotente.
¿Quién el órden mantiene, con que jira
La reina de las noches por el cielo?
¡Ves aquella ciudad!.... allí suspira
La inocencia oprimida y sin consuelo.
Sí, la tierra y el cielo y nuestro pecho,
Todo nos habla del que todo lo ha hecho.

Apacible y majestuosa
Marcha la Luna plateada,
Dejando en su luz bañada
Del universo la faz.

Bañada en luz deliciosa,
Que la turbacion del alma
Destierra, y la dulce calma
Le vuelve, y la dulce paz.

¡De los hombres sensibles, salve deidad amable!
¡Cuál conmueve mi pecho tu influjo favorable!
Tu paz, tu luz suave y tu melancolía,
Cuánto son preferibles al esplendor del dia!
¡Salve, esposa del sol, que cuando está él ausente,
Reinas sobre ese carro de plata refuljente!

Mas ¿qué voz pavorosa se ha escuchado
De la negra montaña en la espesura?
Es el funesto buho que ha empezado
Su triste canto lleno de amargura;
Él huye de tu vista, Luna hermosa,
Y yo te busco, antorcha deliciosa.

Ya relucen tus rayos en manojos
Que alternan con las sombras; ya en el llano,
Serenos estendiéndose a mis ojos,
Forman un mar de luz, manso oceano,
Cuyas olas inmoviles no altera
Sino la leve sombra pasajera.

Modesta, como la esposa
Que me ha destinado el cielo,
El embeleso y consuelo
Eres de mi corazon.

Y en tanto que silenciosa
Vas pasando el firmamento,
Yo me transporto al momento
De la augusta creacion.

Adoren veinte pueblos al Sol en el Oriente,
Y el Inca poderoso, su falso descendiente,
Edifíquele templos, preséntele oblaciones;
Bella Luna, tus templos son nuestros corazones;
Ellos en el silencio y en el recojimiento
De la virtud te ofrecen el puro sentimiento.

Cuando de la opresion un inocente,
Y del encono de la tiranía
Huye, como si fuera delincuente,
Solo guiado por tu luz sombría;
Tú dirijes sus tímidas pisadas
Por mil sendas ocultas e ignoradas.

Tú del poeta dulce inspiradora,
Tú eres del sabio amiga y confidente,

Tú del pobre que jime bienhechora,
Tú la esperanza de la esposa ausente;
Aun el bárbaro despota suspira
Y siente un corazon cuando te mira.

A veces al marinero,
Despues de negra tormenta,
La luna se le presenta
Con toda su claridad:

Se disipa el horror fiero,
Cesa la desconfianza,
Y renacen la esperanza,
El gozo y serenidad.

Siempre, cándida luna, serás interesante,
Ya sea que aparezcas despejada y brillante,
Ya sea que te oculte la nube pasajera,
Como a una hermosa jóven una gasa lijera;
El velo transparente cubre sus atractivos,
Tanto mas agradables, cuanto menos activos....

Pero, ¿qué conmociones repentinas
Padecen mis potencias ajitadas,
Al paso que las cumbres iluminas
De esos montes de nubes condensadas?
Ah! mirar me parece del Tolima
El yelo eterno, la nevada cima!

¿Cuándo disfrutaré de tu regazo,
Cuándo, mi cara patria, podré verte?
Soberbios Cotopaxi y Chimborazo:
Cuándo permitirá mi adversa suerte
Que os vuelva a contemplar? Ah! cuándo, cuándo
Podré oiros, tranquilo, amenazando?

Vastos Andes, estoi viendo,
Vuestra inmensa cordillera,
Y esa frente que altanera
Vá los cielos a tocar.

Y la voz estoi oyendo
De sus hijos tumultuosos,
Esos rios caudalosos
Que compiten con el mar.

Mas ai! que ya aparece la bella precursora
Del caloroso Febo, ya la rosada Aurora,
Y ya de la mañana el puro y fresco albor,
Anuncian la venida del astro abrasador;
Ah! la benigna Luna, temiendo su presencia,
A los mortales priva de su dulce influencia.

A MI BAÑADERA.[1]

Triste y fatigado
En la ardiente siesta,
Cansado de dar
Vueltas y revueltas,
De tomar el pulso,
De poner recetas,
Y de oir jemidos,
Y de ver miserias;
Vuélvome a mi casa,
En donde me esperan
Mis hijos queridos
Y mi amiga tierna.
Apenas me sienten
Periquito y Pepa,
Cuando, dando saltos,
Salen a la puerta.
Entre sus bracitos
El uno me estrecha,
Y amorosa la otra
Me halaga y me besa.
Luego, de mis manos
Asidos, me llevan
Al cuarto en que se halla
La mi bañadera,
De agua rebosando
Cristalina y fresca.
Vedlos que, desnudos,
Por mí solo esperan.
¡Qué juegos, qué risas,
Qué amable inocencia!
Ya estoi en el agua;
Amiguitos; ea!
¿Quién es el valiente,
El primero que entra?
¡Viva mi Pepilla
Que fué la primera!
Pedrito la sigue,
Y empieza la fiesta.
Ya el uno y el otro
Paliditos tiemblan;
Ya por los dorados
Cabellos les ruedan
Las trémulas gotas,
Cual líquidas perlas.
Pepilla, que nunca
Se sabe estar quieta,
El agua a su hermano
Echa a manos llenas.
Con las mismas armas
El otro contesta:
Trábase al instante
Reñida contienda;
El agua va y viene,
La lluvia no cesa,
Y un mar borrascoso
Es la bañadera.
Yo, en medio del campo,
Bajo la tormenta,
Mucho mas me baño
De lo que quisiera.
En fin mi voz se oye,
Hácese una tregua,
Y la paz bien pronto
Concluida queda.

Preséntame entonces
Pepilla otra escena:
Del javon y el peine
Armada, se acerca,
Y de fuerza o grado,

[1] Se da este nombre en la Habana a una pieza de madera que sirve para tomar el baño. (El A.)

Quieras que no quieras,
Mas bien que peinarlo,
El pelo me enreda.

Mi Pedrito en tanto
Mas juicioso, empieza
A hacerme, cual suele,
Preguntas discretas.
»¿Por qué te viniste
»Papá, de tu tierra?—
»Hijo, me obligaron
»A venir por fuerza.—
»¿Quién?—los enemigos
»Que son unas fieras.
»¿No habia soldados
»Que te defendieran?—
»Sí, pero, hijo, hablemos
»Sobre otra materia.—

En este momento,
Amable y risueña,
Como siempre, Amira
De lejos les muestra
La cesta colmada
De frutas diversas.
Cual rápida parte
Del arco la flecha;
Cual hiende los aires
El ave lijera,
En pos de la madre
Mis dos hijos vuelan.
Luego, jenerosos
Tornan, y me obsequian
Con la mejor parte
De su dulce presa.
¡Hijos adorados!
¡Carísimas prendas
Del alma! tan solo
Vosotros pudierais
Calmar mis angustias,
Divertir mis penas!
Asi de los tiros
De mi suerte adversa
Os libren los cielos;
Y entre las malezas
De la humana vida,
Benignos protejan
Vuestra inerme infancia,
Y vuestra inocencia!

MUCHO AMOR.

CANCION.

IMITACION DE BERANGER.

Si de un tesoro pudiera
Disponer a discrecion,
A mi Amira se lo diera,
Como le dí el corazon.

Satisfaria al momento
Hasta su antojo menor;
No soi, no soi avariento,
Pero tengo mucho amor.

Oh! si me inspirase Apolo!
En las cuerdas de mi lira
Se inmortalizara solo
El dulce nombre de Amira.

Fuera eterna su memoria,
Y eterno fuera mi honor:
No tengo amor a la gloria,
Pero tengo mucho amor.

Si el destino me elevara
Hasta el trono de los reyes,
Ella fuera quien reinara
Y quien dictara mis leyes:

Quisiera para mi dueño
De una corte el esplendor;
No tengo ambicion ni en sueño,
Pero tengo mucho amor.

Mas, qué importuno deseo!
¿No soi de Amira el esposo?
¿Qué gloria, bienes ni empleo
Me hicieran tan venturoso?

No ambicionar cosa alguna,
¿Dónde hai tesoro mayor?
Me persigue la fortuna,
Pero tengo mucho amor.

AMIRA Y YO.

—

CANCION.

IMITACION DE BERANGER.

La que amaré siempre
Qué hermosa es Amira!
¡Cuán interesante
Su melancolía!
Delirio de amores
Sus ojos inspiran;
En todo su cuerpo
¡Qué gracia, qué vida!
¡Cielos! soi tan feo
Siendo ella tan linda!

Veinte primaveras,
Frescas sus mejillas,
Rosa medio abierta
Su boca de risa:
Sus cabellos, oro;
Su hablar melodia,
Y mil y mil gracias
Encuentro en Amira.
¡Cielos! soi tan feo etc.

Que dicha! ella me ama
Con pasion activa;
Me halaga amorosa
Con tiernas caricias;
A mí, de quien antes
El amor huia,
A mí, que de nadie
Tener debo envidia.
¡Cielos! soi tan feo etc.

Ya mi pelo negro
Las canas matizan,
Aunque a siete lustros
Mi edad se limita:
Qué importa? de flores
Me ciñe mi amiga;
Triunfante en mis brazos
Contemplo a mi Amira.
¡Cielos! soi tan feo
Y es ella tan linda!

A DESVAL.

Desval, mil gracías
Por la corona
De verde lauro
Y frescas rosas;
Pero no esperes
Que me la ponga.
Mi frente humilde
No la ambiciona:
Mis hijos tiernos,
Mi dulce esposa
Y mis amigos
Son mi corona.
Ai! en un tiempo
Yo amé la gloria!

Allá en el centro
De una isla hermosa
Que está situada
Entre mil rocas,
Su templo augusto
Tiene la Diosa.
Salida fácil

Prestan sus costas,
Pero es la vuelta
Mui peligrosa.
Yo, que arrojado
Fui por las olas
De la tormenta
Mas espantosa,
Me he despedido
Ya de la gloria.

¡Adios oh musas
Encantadoras!
Perder no quiero
Mi tiempo en coplas;
La ciencia es larga,
La vida corta.
Yo, amigo, tengo
Mui buenas obras
De los autores
De mejor nota,
Que dicen cuanto
Les acomoda,
Y ofrecen curas
Siempre asombrosas,
Aunque no siempre
Las cumplen todas.

¡Adios oh musas
Engañadoras!
Vuelvo a Galeno,
Vuelvo a mis drogas;
Venga mi caña
De grandes borlas
Que voi en busca
De la limosna.

Tú, caro amigo,
Mi ejemplo adopta:
Deja el Parnaso,
Tus libros toma,
Tu magno folio
De a dos arrobas;
Y aunque no entiendas
Su jerigonza,
Porque ellos hablan
El mismo idioma
Que hubo en la torre
De Babilonia;
Vé a los oficios
Donde se adora
El númen patrio
De la discordia;
Lleva un talego
Colmado de onzas,
Uñas mui largas,
Conciencia corta,
Y nada temas,
Canta victoria.
No, Desval mio,
No mas compongas
Dulces canciones
Ni tiernas odas;
Compon escritos,
Enreda, embrolla,
Junta doblones,
Llena tu bolsa,
Y vive y triunfa
Que es lo que importa.

—

ROMANCE PARA EL ALBUM DE DOS SEÑORITAS INGLESAS.

Mal haya mi vanidad
Y mal haya mi amor propio!
Pretendí quedar lucido
Y he de quedar como un tonto.
Cuando Luisita me dijo,
Con embarazo gracioso,
Dulce sonrisa, y bajando
Modestamente los ojos:
»Señor, si V. gusta, escriba
»Dos versos en ese tomo;
¿No hubiera sido mejor
Obedecer, y de pronto
Poner dos versos o cuatro,
Para no pecar de corto?
Pues no señor; al instante
Se entró en mi cuerpo el demonio

De los Poetas, mal dicho,
El demonio de los locos,
Y me dijo: el caso es grave;
No improvises; poco a poco:
La ocasion es oportuna,
El asunto delicioso.
Llévate el libro a tu casa:
En raudales harmoniosos
Corran por sus blancas hojas,
De tu vena los tesoros.
Tú, en medio de la corriente,
Bogando, Cisne amoroso,
Cantarás a Luisa y Emma,
Y Luisa y Emma en retorno
Te llamaran su poeta
Y su Colombiano Apolo;
Y tales pueden ponerse
Las cosas, que acaso en torno
De tu cabeza sus manos
Ciñan el laurel glorioso.
Y yo, tres veces menguado!
Le dí crédito ¡qué bobo!
En vano al Dios de las musas
En tan grande apuro invoco,
Porque el Dios como una estatua,
A mis ruegos está sordo.
Para salir de este aprieto
Hai un medio, no lo ignoro;....
Un plajio.... pero, Luisita,
Soi poeta escrupuloso.
Y si aborrezco un pecado,
Es, sobre todos, el robo.
Vedme pues con mi volúmen,
¡Qué engalanado de adornos,
Fino papel, rica pasta
Y hermosos perfiles de oro!
Vaya! que provoca el libro!
Y está en blanco casi todo!
Comienzo. Canto a Luisita,
Aquel donaire, aquel modo,
Aquellas gracias amables,
Aquellos pequeños ojos
Como relámpagos vivos,
Y tan habladores,—como
Son los de su bella hermana
Tímidos y vergonzosos.
Su pelo ni tira a negro,
Ni tira a rubio tampoco;
Es un misto, ya me acuerdo,
Castaño es su nombre propio.
La linda hermana, al contrario,
Tiene su cabello blondo,
Nevada la tez, imájen
De la inocencia es en todo.
Ni los niños del Albano
Son tan puros y graciosos
Como es Emma: de Diana
Junta el pudor y el decoro.
No es un ánjel celestial
Luisita, lo reconozco;
Confieso que tiene mas
De este mundo que del otro;
Pero encanta, y le dan culto
Innumerables devotos.
Es deidad del mediodia;
Y si yo no me equivoco,
En su sangre hai una gota
De la sangre de los moros.

PARA EL ALBUM DE M.RS GIL, RECIEN CASADA.

En lira humilde
Y fácil verso,
De dos amantes
Esposos tiernos
Los puros goces
Canto y celebro.

No a los placeres
Y devaneos
De libertinos
Envidia tengo.
Tras de la dicha
Corren inquietos,
Y en la encantada
Copa, sedientos,
Beben ansiosos
Mortal veneno.
¿Acaso pueden

Llenar el pecho
Falsas protestas
Y juramentos,
Caricias torpes,
Insulsos besos?
No, los favores
Que otros doscientos
Caro compraron
A bajo precio,
Solo nos brindan
Vergüenza y tedio.

Hermano alegre
Del Himeneo,
Amor prepara
Su casto lecho.
Ya, ya descorre
El blanco velo;
Ya de azucenas
Lo está cubriendo;
Ya lo perfuma
De sacro incienso;
Ya de su boca,
Que sonriendo
El Amor abre,
Sale un concierto
De misteriosos
Y dulces ecos.

¿Es el susurro
Del arroyuelo
Que, entre las flores,
Y en el silencio
De oculto valle,
Pasa corriendo?
¿Son los jemidos
Que exhala el viento
Cuando las ramas
Mueve halagüeño?....
Ah! los conozco,
Sí, los recuerdo,
Son los arrullos,
Son los acentos
De las palomas
Del Himeneo.

Y yo infelice!
De Amira lejos,
En lira humilde
Y fácil verso,
De dos amantes
Esposos tiernos,
Los puros goces,
Dulces afectos,
No sin envidia,
Canto y celebro.

POBRE DE MI.

Pues que mañana
Me he de morir,
Lindas muchachas,
Venid, venid.
Flores amables,
Que ofrece Abril,
Pásase el tiempo,
¡Pobre de mí!

Mas privaciones
No he de sufrir:
Médicos, lejos;
Dejadme así.
Los pocos dias
Que he de vivir,
Sino los gozo,
Pobre de mí!

¿Ver de mi sangre
Quereis el fin?
¿Quién con solo agua
Podrá existir?
Dieta y mas dieta,
Píldoras mil,
Vino, ni verlo!
Pobre de mí!

¿Quereis que viva
Vuestro Madrid?

Mi Amira y Juana
Llegad aquí:
Vuestras caricias
Me harán vivir:
De otra manera,
Pobre de mí!

Mi ardiente pecho
Siento latir,
Qué nueva vida!
Me haceis feliz!
De vuestros senos
Parte un sutil,
Vital aliento,
Pobre de mí!

Mas, si la muerte
Logra estinguir
Fuego tan vivo;
Venid, venid,
Que en vuestros brazos
Quiero morir:
Cerrad mis ojos,
Pobre de mí!

EL RETRATO DE AMIRA.

Dicen que respiras,
Que te oyen hablar,
Que ni mas ni menos
Idéntico está,
Amira, el retrato
Con su orijinal.
Mas ai! dueño mio
Que si esto es verdad
Ciego como un topo
Sin duda estoi ya.
Y si no, que digan
¿Dónde, dónde estan
Tu dulce sonrisa,
Tu tierno mirar,
Tu amable modestia,
Tu aire virjinal
Que virtud respira,
Candor y bondad?
¡Vaya, que el buen hombre
Sabe retratar!

LA HAMACA.

CANCION.

No canto los primores
Que otros poetas cantan,
Ni cosas que eran viejas
En tiempo del Rei Vamba:
Si el Alba llora perlas,
Si la Aurora es rosada,
Si murmura el arroyo,
Si el lago duerme y calla.
«¡Salud, salud dos veces
»Al que invento la Hamaca!»

¿Qué me importan los cetros
De los grandes monarcas,
De los conquistadores
Las sangrientas espadas?
Me asusto cuando escucho
La trompa de la fama,
Y prefiero la oliva
Al laurel y las palmas.
«¡Salud, etc.

Al modo que en sus nidos,
Que cuelgan de las ramas,
Las tiernas avecillas
Se mecen y balanzan;
Con movimiento blando,
En apacible calma,
Así yo voi y vengo
Sobre mi dulce hamaca.
«¡Salud, etc.

Suspendida entre puertas,
En medio de la sala,
¡Qué cama tan suave
Tan fresca y regalada!
Cuando el sol con sus rayos
Ardientes nos abrasa,
¿De qué sirven las plumas
Ni las mullidas camas?
«¡Salud, etc.

Meciéndome en el aire,
Sobre mi cuerpo pasa
La brisa del oriente
Que me refresca el alma:
De aquí descubro el campo,
La bóveda azulada,
Y la ciudad inquieta,
Y el mar que fiero brama.
«¡Salud, etc.

A nadie tengo envidia;
Como un sultan del Asia,
Reposo blandamente
Tendido aquí a mis anchas:
Es verdad que soi pobre,
Mas con poco me basta;
Mi mesa no es mui rica,
Pero es buena mi gana.
«¡Salud, etc.

Los primeros, sin duda,
Que inventaron la hamaca
Fueron los Indios, jente
Dulce, benigna y mansa:
La hamaca agradecida
Consuela sus desgracias,
Los recibe en su seno,
Los duerme y los halaga.
«¡Salud, etc.

Pobres los descendientes
Del grande Huayna-Cápac
Y de los opulentos
Monarcas del Anáhuac,
Hoi miserables jimen,
Todo, todo les falta,
Y solo un bien les queda,
Su pereza y su hamaca.
«¡Salud, etc.

Hace mui bien el indio
Que, en su choza de paja,
De sus ávidos amos
Engaña la esperanza:
Para que estos no cojan
El fruto de sus ansias,
En su hamaca tendido,
Se ocupa en no hacer nada.
«¡Salud, etc.

Mi hamaca es un tesoro,
Es mi mejor alhaja;
A la ciudad, al campo
Siempre ella me acompaña.
¡O prodijio de industria!
Cuando no encuentro casa,
La cuelgo de dos troncos,
Y allí está mi posada.
«¡Salud, etc.

Si, venga el Ciudadano,
Que dos mil pesos gasta
En ricas colgaduras
Para vestir su cama:
Venga, venga y envidie
Mi magnífica hamaca
Mas cómoda y vistosa
Sin que me cueste nada,
«¡Salud, etc.

Las copas elegantes
De las ceibas y palmas,
Son las verdes cortinas
Que mi hamaca engalanan:
Pintados pajarillos
De rama en rama saltan,
Y en trinos acordados
Amor, amor me cantan.
«¡Salud, etc.

Ven que los dos cabemos,
Amira idolatrada;

Sobre mi pecho ardiente
Ponme tu mano blanca.
¿No sientes cuál me late?
¿No sientes cuál se abrasa?

¡O Amira encantadora!
¡O sonrisa! ¡O palabras!
«¡Salud, salud dos veces
»Al que inventó la hamaca!»

SATIRA DIRIJIDA A MI MALOGRADO AMIGO

EL SEÑOR JOSÉ ANTONIO MIRALLA, QUE ME HABIA REMITIDO LOS DOS VERSOS SIGUIENTES, PARA QUE ME SIRVIESEN DE TEMA PARA UNA SATIRA:

Hai en el mundo dos felicidades,
Una ser rico, y otra ser soltero!

Otra vez poseido del demonio
Que me inspiró la sátira primera,
Te escribo la segunda, José Antonio.

Dirá esta vez mi musa justiciera,
Sin disfraz ni rebozo, claridades,
Y si a alguno le duelen, que se muera.

«Hai en el mundo dos felicidades,
Una ser rico, y otra ser soltero:»
Tuyas son, caro amigo, estas verdades.

El Dios de esta ciudad es el dinero:
Desvélese y estudie el que quisiere,
Que pronto ha de ascender a pordiosero.

Si de sér grande tentacion te diere,
No olvides que al injenio mas divino
Un *injenio de azucar* se prefiere.

Matarse por saber es desatino:
El sabio muere de hambre; el ignorante
Goza del buen bocado y del buen vino.

Porque sabes hablar, eres pedante;
Porque entiendes de todo, eres lijero:
Por ameno y jovial, eres tunante.

Así te juzga el público habanero;
Mientras tiene por hombre de gran juicio
A un Hipócrates, grave majadero:

Verbi-gracia, el Doctor Anti-patricio,
Que a la diaria cosecha de pesetas
Reune mas de un sueldo vitalicio.

Su mónita jesúitica y sus tretas
Imitemos, amigo; apostatemos
Del dios a quien adoran los poetas.

No mas el tiempo en versos malgastemos,
Porque a la sombra del laurel de Apolo,
Coronados y hambrientos moriremos.

La gloria! es humo leve, torpe dolo,
O para hablar mas claro, aquí no hai gloria,
Quien no tiene doblones es un bolo.

¿Qué importa, por ejemplo, que la historia
Diga algun bien de mí, que es mui dudoso,
Que se citen mis versos de memoria,

Que me llamen buen padre, tierno esposo,
Amigo fiel, patriota desgraciado;
Si ya estoi en el lecho del reposo,

Y si a mis pobres hijos no ha quedado
Si no este vano, estéril patrimonio,
¡Gran tesoro por cierto han heredado!

Ponte mas serio que un Lacedemonio,
Porque al segundo punto ya tocamos,
Y no es cosa de risa el matrimonio.

Ola! ¿De mí te burlas? Vamos, vamos!
Recuerda que Malvina es un portento;
Como ella diga *si*, ya te enjaulamos.

Es temible y no lo es un casamiento;
Si se hace por amor es un azote,
Y si se hace por cálculo un contento.

Se pesa al pretendiente con la dote:
Sale la cuenta; viene un escribano,
Y echa la bendicion un monigote.

Líganse, meramente con la mano,
Quedando en libertad los corazones.
¿Puede haber un estado mas liviano?

Aquí no sufre trabas ni prisiones,
Como en otros paises, Himeneo,
Ni se somete a freno y privaciones.

Así viven a lo ancho del deseo
El jóven con la vieja cortesana,
O con la niña linda el viejo feo.

Es nuestra jente mui republicana;
No quieren ni aun hablar de monarquía
Las ninfas de la *siempre fiel Habana!* [1]

Alguna que otra queda todavía
Que, insensible a este ejemplo seductivo,
Todo el gobierno a su marido fia.

Las demas, de caracter mas altivo,
No quieren un señor, y a dos, al menos,
Entregan el poder ejecutivo.

Son los maridos cómodos y buenos,
Y llenos de induljencia y de pecados,
Pasan dias tranquilos y serenos.

Perdonan, y tambien son perdonados,
Y consiste en que es santo el sacramento,
Y, sin duda, el mejor de los estados.

Únese con Florinda en casamiento
Don Obos, un Esopo en la figura,
Que no lo es ciertamente en el talento:

Florinda, del amor feliz hechura,
Reune, entre mil gracias hechiceras,
Medio millon, tres lustros y hermosura.

O Don Obos! que quieras, o no quieras,
Te pondrá una corona con sus manos
La niña de las quince primaveras.

Tus cuidados, tu celo, todo es vano:
Ánimo pues, y armarse caballero,
Que del órden serás tarde o temprano.

En medio del enjambre lisonjero
Que hoi te hace la corte por tu esposa,
Hallarás un amigo verdadero;

Y apenas tú dirás, quiero tal cosa,
Que la tendrás, Don Obos, al instante.
¡Qué rica mina es la mujer hermosa!
¡Qué amigo tan leal es un amante!

A FATO QUE ACONSEJO AL AUTOR QUE NO HICIESE VERSOS EN EL MES DE ENERO POR SER TIEMPO DE MUCHO FRIO.

EPIGRAMA.

Fato el coplero
Me ha aconsejado
Que esté callado
El mes de enero:
Me he conformado,
Y he recetado
Al majadero
Que esté callado
De enero a enero.

---

[1] El gobierno español habia dado a la Habana el título de *siempre fiel*. (El A.)

CON MOTIVO DEL RESTABLECIMIENTO DEL PODER ABSOLUTO EN LA HABANA.

CANCION.

Andate con Dios, amiga;
No hace tres años completos
Que viniste a visitarnos
Desde el antiguo hemisferio:
Qué victores, qué algazara!
Qué transportes de contento!
Hasta Condes y Marqueses
Te hicieron sus cumplimientos.
«Adios Libertad, buen viaje,
¿Y volverás? Yo te espero.»

Ya se cierran las escuelas,
Ya se abren los conventos;
Frailes de todos matices
Ya preludian el Te-Deum:
Ya la santa inquisicion
Prepara los quemaderos
Para tantos herejotes,
Y tantos libritos nuevos.
«Adios Libertad, etc.

Oh! qué mal que conocias
El carácter de este pueblo!
Aquellos arcos triunfales,
Los vivas y juramentos
De constitucion o muerte,
De no sufrir ni un momento
Las cadenas.... inocente!
Eran solo pasatiempo.
«Adios Libertad, etc.

Los servilones, por mas
Que los llamen majaderos,
Son los hombres que han mostrado
Astucia y entendimiento:
Al verte se acurrucaron,
En las conchas se metieron,
Y ahora salen triunfantes
Erguidos y peri-puestos.
«Adios Libertad, etc.

Ya vuelven las distinciones
De nobles y de plebeyos:
¡Desgraciado del que exija
Su salario a un caballero!
Que lo lleven a la carcel,
Que lo metan en un cepo,
Y si chista, que se pudra
Y pague su atrevimiento.
«Adios Libertad etc.

¡O pueblo dócil y amable!
¡O mansísimos corderos!
Ya empuñó vuestro pastor
El gran cayado de hierro:
Ya no andareis estraviados
Por falta de buen gobierno;
Ya tendreis quien os esquilme,
Quien os lleve al matadero.
«Adios Libertad etc.

No, Libertad, no te alejes;
No abandones este suelo
Que brotó bajo tus plantas
Nuevas flores, frutos nuevos:
Verdad es que no te quieren
Ciertos nobles y opulentos;
Pero si te aman los pobres,
Pero te adoran los buenos.
«Adios Libertad, buen viaje,
¿Y volverás? Yo te espero.»

1823.—

A UNA CEIBA DE LA ISLA DE CUBA.

SONETO.

Tú que viste nacer a Nemorosa,
Vive, gala y honor de su morada,
Hija noble de esta isla afortunada,
Gloria del campo, Ceiba majestuosa.

¡Feliz el que la siesta calurosa
Bajo tu sombra fresca y regalada,
Con alma libre, pura y sosegada,
En blando sueño, plácido reposa.

La verde cabellera de tu frente
Y tus robustos brazos estendidos
Convidan al inquieto ciudadano;

Que ya jime al rigor del sol ardiente,
Ya se ahoga entre muros reducidos,
Siempre esclavo infeliz, o vil tirano.

A DOS HERMANAS.

TRADUCCION.

Tan bella es Emma, como Luisa es bella;
Fluctúa entre las dos mi pecho amante:
Si me das una, seré fiel con ella;
Mas si me das las dos, seré inconstante.

SOBRE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

¿De dónde me proviene
Esta inquietud ardiente, este deseo
Que incierta mi alma tiene?
Del trabajo al recreo,
Del reposo al estudio en vano vaga;
Pues nada hai que la llene y satisfaga.

Venga, venga la hermosa
Copa de las delicias;
Dadme pronto mi lira melodiosa;
Coronadme de flores;
Vengan las tiernas gracias, los amores,
Vengan juegos, placeres y caricias.
Verted el vino,
Sea el camino,
Que hollar deben mis plantas venturosas,
Perfumado de lirios y de rosas.

Mas ai! que ya la rosa se marchita;
Ya los perfumes pierden sus olores;
De mis sienes se escapa y precipita
Mi guirnalda de flores;
De mi lánguida mano cae mi lira,
Y ya mi corazon triste suspira.

A los campos de Belona
Volar intrépido quiero;
Allí, terrible guerrero,
Voi mil palmas a segar,

Ya la suerte me corona
Con laureles inmortales,
Y la historia en sus anales
Va mi nombre a eternizar.

El acero está brillando,
Y la pólvora se inflama;
Vamos, vamos, que me llama
La trompeta del honor.

El estrago estoi mirando,
La sangre veo corriendo,
Y el clamor estoi oyendo
Del vencido y vencedor.

Mi alma de estos horrores consternada
No puede a la piedad cerrar la entrada.

Mas, lejos del tumulto de la guerra,
La ambicion me ha llamado con empeño:
Para mandar sujétome a sus leyes:
Señor soi ya del mar y de la tierra;
Ocupo ya los tronos de los reyes,—
Y de mí no soi dueño.

Mudando de esperanza,
Ansioso siempre, y siempre fatigado,
Mi espíritu se lanza
En pos de un bien mas sólido y sagrado:
Mientras mas goza el hombre, mayor siente
De la inmortalidad la sed ardiente.

Cuando el sabio ha espirado,
Le dice un Dios: «me habia reservado
»La eternidad, que hasta hoi te ha precedido:
»La eternidad futura te he cedido.»
Mas qué digo? Dejemos
Espresion tan profana;
La eternidad jamas se ha dividido.
Todos con Dios nacemos,
Co-eternos en él hemos vivido:
De nuestro nacimiento
La hora y el momento
Siempre estuvo en su mente soberana,
Y en su profundo y vasto pensamiento.

Elévate, hombre, pues, a tu alta esfera
Y a tu orijen divino;
No detengas tu rápida carrera,
Que la inmortalidad es tu destino.
Deja de un falso mundo la quimera,
Déjale que se arrastre por el suelo.
Para quien los contempla desde el cielo,
¡Qué ruin es la ambicion de los humanos!
Ver le parecerá la oscura guerra
Que se hace un vil enjambre de gusanos,
Disputándose un átomo de tierra.
Por mas que la ignorancia las aumente,
Por mas que las presente
Como grandes y hermosas;
Vistas desde la altura
De la inmortalidad, ¿qué son las cosas
Que tanto estima aquí nuestra locura,
Porque la vanidad las desfigura?

Este gran porvenir noble y fecundo,
No las leyes del hombre miserable,
Sostiene este edificio deleznable,
Y nos iguala a todos en el mundo.
Sí, la gran perspectiva
De la inmortalidad, nos hace iguales,
Nos llama a los palacios celestiales,
Hace nuestra alegría menos viva,
Y tambien menos tristes nuestros males.
Estando ya sentados
En aquellas mansiones inmortales,
¿Nos dignarémos ver si hai una tierra,
Si brilla un sol, si hai héroes, potentados,
Si declaran la paz, si hacen la guerra,
Si da la suerte o quita los estados?
Viendo correr el Nilo caudaloso
De la cumbre elevada
De un monte, cuya frente sube al cielo,
¿Quien la vista encantada
Apartará de cuadro tan hermoso,
Para ver a sus piés de un arroyuelo
La corriente menguada?
¡Silencio, pues, mortales!
¡Silencio, pues, grandezas mundanales!
Fuerza, debilidad, ciencia, ignorancia,
Todo pierde su efímera importancia,
Todo es igual delante del Eterno.
Así el vasto Apenino por su altura
Confunde a nuestros ojos valle y monte,

Solo forma de un mundo una llanura,
Y un inmenso horizonte.

Ah! si este instinto noble y verdadero,
Que se anida en los grandes corazones,
Que produjo un Homero,
Y a quien Roma debió los Scipiones,
No es sino un sueño grato y lisonjero,
Sino un romance vano,
Sino un delirio del orgullo humano;
¿De dónde, pues, proviene
Que, llegando ácia el fin de su carrera,
El hombre temeroso se detiene,
Y al ver la nada, renacer quisiera?
¿Por qué su confianza
En esta vida misera, inconstante?
¿Y por qué su esperanza
De que ha de ser eterno en adelante?
No es un vano sistema
Este instinto de tantos combatido;
No, la bondad suprema
En nuestros corazones lo ha esculpido,
Para aterrar al vicio prepotente,
Y consolar a la virtud doliente.

Sentada en un trono augusto,
Terrible para el culpable,
Para el bueno favorable,
Miro a la Inmortalidad.

Libra allí del tiempo al justo,
Al criminal de la nada,
Y le muestra preparada
Una horrible eternidad.

¡Temblad, usurpadores,
Aunque tengais el rayo en vuestras manos!
¡Del altar, de las leyes corruptores,
Y del mundo opresores,
El peso sufrireis de nuestros males!
¡Temblad, fieros tiranos
Temblad! sois inmortales!

Consolaos vosotros, desgraciados,
Víctimas pasajeras,
Sobre quienes de Dios están fijados
Los ojos paternales,
Peregrinos por tierras estranjeras,
Consolaos, tambien sois inmortales!

¿A quién, ai! no domina este deseo
De levantarse de la tumba fria?
De esperanza y temores ajitado
Al mísero hombre veo
Que lo lleva consigo noche y dia,
Y lo conserva hasta el sepulcro helado.
Sobre el cadáver yerto
La fúnebre pirámide se lanza
Para mostrar al cielo la esperanza
Del ambicioso muerto.
El hombre graba sobre piedra dura,
Y sobre el mismo bronce su memoria;
Mas su frajilidad graba por cierto:
Y este débil recuerdo de su gloria,
Monumento mortal, del hombre hechura,
De su inmortalidad nos asegura.

Amigos de las musas, compañeros,
Vosotros solamente, oh! mis rivales
Erijís monumentos duraderos,
Y que no son mortales.
Si celebrais al héroe verdadero,
Celebrais vuestros nombres juntamente:
Dándole la corona, vuestra frente
La recibe tambien del mundo entero;
Así la tierra de vosotros llena
Os ha de doble honor enriquecido;
Mas que a los Dioses que cantaba, a Homero
El universo altares ha erijido.
Si la lisonja, pérfida sirena,
Que el corazon corrompe de los reyes,
Alguna vez dictó vuestras canciones;
Otras muchas sublime vuestra lira
En harmoniosos y elevados sones
Nos enseña el respeto de las leyes,
Y el amor de la patria nos inspira.

A Marte, enardecido por Tirteo,
Paréceme que veo,
Y al Bardo, que en los campos discurria
La gloria y los combates respirando,
Y que estoi escuchando

Los versos de un Alcéo,
Que tremendos resuenan todavía,
Y amenazando están la tiranía.

Oh! cuánto yo detesto a los tiranos!
Siempre perseguirán mis maldiciones
La marcha de sus carros inhumanos.
Aunque débil, insulto al poderoso;
Y yo hubiera cantado a los Catones
En presencia de César victorioso.

¿Y el furor por qué tememos
De un injusto vencedor?
¿Otra patria no tenemos,
Y allí un dios consolador?

Cuando a César se entrega todo el mundo,
De Caton la grande alma
Entre la tempestad goza de calma;
En éstasis profundo,
Descubre su destino venidero,
Contemplando a Platon en una mano,
Y en la otra el acero:
Viendo en este la muerte,
Viendo en aquel la vida verdadera,
Libre de esclavitud se considera
Y señor de la suerte.
Ríndase todo al opresor romano;
Que su espíritu fuerte,
De la celeste patria ciudadano,
Triunfo, soi inmortal, dice a la muerte,
Y soi libre, al tirano.

Mas ya que su alma grande está en los cielos,
A la urna conducid de sus abuelos
Esos restos preciosos,
Del vencedor del mundo, vencedores.
En vano con sus carros victoriosos,
En su marcha arrogante,
César pasa delante
Del sepulcro glorioso;
Libre el pueblo un momento y jeneroso,
Arroja mil clamores,
Llorando de aquel héroe la memoria.
Así el carro feliz de la victoria
Envidia del sepulcro los honores:
César desaparece en un instante,
Y el virtuoso Caton queda triunfante.
Qué digo? compañeros desdichados
Víctimas de la suerte,
Sin bienes, sin familias, desterrados
De una patria querida,
No llamais a la muerte,
Y mas valientes soportais la vida!
¿Qué cosa alienta vuestro pecho fuerte?
Ah! la fé que os promete otra existencia.
Así encontrais riqueza en la indijencia,
Ventura entre las penas,
En el dolor consuelo,
La dulce libertad en las cadenas;
Y en medio del oscuro calabozo
En que oprimidos vuestros pechos jimen,
Los brillantes alcázares del cielo.
Lejos, pues, esa máxima execrable
Que quita el premio al justo, el freno al crimen:
«Aquel que nada teme, nada espera.»
La Libertad amable,
De la Inmortalidad, su hermana bella,
Sigue siempre la huella.

Caros amigos, que mi pecho adora,
Para siempre nos hemos separado?
Si esta vida es la aurora
De un dia mas hermoso y despejado,
Otra vez, mis amigos, nos veremos!
¡Qué lágrimas entonces verteremos!
Mas solo de amistad y de ternura:
De la celeste altura
Tal vez una mirada arrojaremos
A esta mansion de luto y desventura.

Cultivad entre tanto
De las artes las gracias seductoras,
Y volarán lijeras vuestras horas,
Y su divino encanto,
Y su grata dulzura,
Mezclándose tal vez con vuestro llanto,
Templarán su amargura.
Pero no profaneis el fuego santo
De vuestros corazones;

Olvidad los placeres amorosos;
En sublimes canciones
Celebrad a los hombres virtuosos;
Sean vuestros acentos harmoniosos,
Preludios en el suelo
De los himnos y cánticos del cielo.

FRAGMENTOS DE UNA TRADUCCION DEL POEMA DE DELILLE,

LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA.

MUSIDORA EN EL BAÑO.

DEDICATORIA.

»De las tres gracias, aquella
»Que representa el pudor,
»Es sin duda la mas bella;
»Y si Vénus y el Amor
»Interesan, es por ella:

»De esta gracia celestial,
»De esta gracia encantadora,
»Pura, tierna y virjinal,
»El retrato es *Musidora*,
»Tú eres el orijinal.»

EPISODIO DEL CANTO III.

MUSIDORA EN EL BAÑO.

Sobre la fresca orilla de un arroyo,
Que límpido bajaba y cristalino
De un monte por las rocas escarpadas,
Damon alimentaba su delirio:
Amante sin consuelo ni esperanza,
De aquella fuentecilla al sordo ruido,
A la sombra del sauce y los rosales,
Por el soplo del céfiro mecidos,
Se halla melancólico, acusando
De su querida el seductor desvío;
Porque la hermosa y adorada vírjen,
Ora fuese pudor u orgullo altivo,
Sus rendidos obsequios recibia
Con cierto modo indiferente y frio;
Y solo alguna tímida mirada,
Algun ay! escapado, algun suspiro,
La pasion de su pecho descubrian,
Y el disimulo y el desden finjido.
Al paso que, ocultándolo, aumentaba
Mas y mas de su amor el fuego activo;
El fino amante meditaba triste
En medio del desierto, único alivio
Del amargo dolor que lo consume,
Por qué medio feliz, por qué artificio,
Arrancarle pudiera los secretos
Que en su pecho estuviesen escondidos,
Dirijiéndole versos delicados,
Llenos de amor, respeto y atractivo.
Una casualidad inesperada
Sirvió a Damon, que a veces el destino
De los amantes, como el de los reyes,
De una casualidad ha dependido.

Llamada Musidora cierto dia
Por la grata frescura de aquel sitio,
Sus cándidas mejillas abrasadas
Por los ardientes rayos del estío,
Llena de timidez iba buscando
Del baño acostumbrado el dulce asilo.
En una soledad ella se juzga;
Pero el feliz Damon llegar la ha visto,
Y con modestia retirarse quiere
(Respeto propio de un amante digno,
Que pretende inspirar a su adorada
Amor y estimacion a un tiempo mismo):
Se quiere retirar, mas lo detiene
Su corazon, ¿y cómo resistirlo?
¿Y cómo no ceder a sus impulsos?
¡Era ella tan hermosa, y él tan fino!
Los ojos vergonzosos Musidora,
Con aire embarazado y pensativo,
Estiende al rededor, y palpitando
El amante la mira complacido.
Páris sintió en su pecho menos gozo,

Deleite menos puro y menos vivo,
Cuando vió, sobre el Ida, de tres diosas
Los elegantes cuerpos sin vestidos.
De Musidora la belleza y gracia
Con Vénus misma hubieran competido.
Ya se sienta a la orilla de la fuente,
Ya el cendal trasparente desprendido
Desciende por los miembros de alabastro:
Inflamado en amor lucha consigo
Y aun resiste Damon. ¿Lo podrá cuando
Ella desate el encarnado cinto
Del cuerpo virjinal, y se descubran,
Libres de sus adornos y atavíos,
Los contornos del pecho, que ajitaban
La salud y el amor con sus latidos?
¿Y cuándo se presenten sus dos globos,
Bellos grupos de cándidos jacintos,
De pimpollos de rosas coronados?...
¡Parte, imprudente jóven, de este sitio!
¿Conservar tu virtud podrás acaso,
Y al fuego resistir de tus sentidos,
Cuando todo el ropaje de tu amada
Haya en undosos pliegues descendido?
¿Cuando el último holan baje de un cuerpo
De blancura mayor que el holan mismo,
Y descubra a tus ojos deslumbrados
Los tesoros ocultos, los prodijios
De torneadas formas y graciosas,
Que con sus propias manos amor hizo,
En que resalta sobre un blanco puro
Un encarnado tan brillante y vivo?

Se mira Musidora y se sonroja;
Su pudor teme aun sus ojos mismos;
¡Qué embarazo tan bello y tan amable!
De una hoja que ha movido un cefirillo,
De una sombra, de un nada se estremece:
De esta manera tiembla al menor ruido
Y se esconde saltando por el bosque
Un inesperto y tierno cervatillo.
Resuélvese por fin la ninfa hermosa,
Que se juzga segura en el peligro:
La recibe y abraza el arroyuelo,
Amante bullicioso y fujitivo,
Cuyas olas, jugando con su cuerpo,
Y cubriéndolo, aumentan sus hechizos:
Asi la fresca rosa matutina,
Bajo el diáfano velo del rocio,
Muestra un nácar mas vivo y delicado;
Así entre los cristales brilla un lirio.
Ya la ninfa zabulle entre las aguas,
Ya se levanta y muestra de improviso,
Y las límpidas gotas van rodando
En forma de diamantes cristalinos,
Y se deslizan por el albo seno,
Y por las hebras del cabello riso,
Cuyas madejas de ébano cobijan
La mitad de su cuerpo. ¡En qué delirio
Y transporte Damon mira aquel ánjel!
Arrebatado, en fin, por los prodijios,
Por las gracias y encantos deliciosos
Que observa, que adivina, que ha entre-visto,
Vuela fuera de sí... ya es delincuente,
Si un esceso de amor es un delito:
Pero llega y detiénese a la orilla,
Y arroja este billete, dirijido
Al tímido pudor, y en el combate
De la pasion y del respeto escrito:
»Disipa, hermosa ninfa, los temores
»Que los ojos de amor te han producido;
»Damon va a defender de otras miradas,
»Que puedan profanarlo, este recinto:
»Cálmate, bella ninfa, y nada temas;
»Yo te he visto, te adoro y me retiro.»

Parte luego, y la casta Musidora,
En medio del transporte que ha sufrido,
Ve volar el billete, y se estremece
La honesta virjen con pudor divino.
Al contemplar el riesgo de una afrenta,
Queda fuera de sí, pierde el sentido,
E inmóvil permanece largo tiempo.
Se creyera estar viendo el mármol frio,
De un célebre escultor obra sublime,
Cuyo injenio sagaz eleccion hizo
De todas las bellezas de la Grecia
Para pintar a la deidad de Gnido,
En el momento en que al salir del baño,
Con sus manos proteje sus hechizos.
Recóbrase y se lanza al otro lado,
Donde coje temblando sus vestidos,
Y al tomar el billete, en el instante

La mano de su amante ha conocido.
Entonces al cuidado de su pecho
El contento sucede de improviso;
La virtud de Damon, que enfrenar supo
De la pasion el poderoso instinto,
Sus castas espresiones, su pureza,
Su amor por su modestia embellecido,
Todo, todo la halaga, y ya en su pecho
La virtud y el amor están unidos.
Con el tosco buril de los pastores
Estas palabras graba en un aliso:
»Oh tú, amante feliz, a quien de acuerdo
»La suerte y el amor hoi han servido,
»Tú, que solo conoces mi lenguaje;
»Si fueres siempre tan discreto y fino,
»Conserva la esperanza, que a mi lado
»Podrás un dia reposar tranquilo.»

EPISODIO DEL CANTO VI.

LA AMÉRICA INDICADA A COLON.

¿Quién no conoce de Colon la historia?
Su nombre el nuevo mundo ha eternizado:
Ilustre favorito de Neptuno,
Por los hondos abismos del mar vasto
Vagaba el gran Colon, y ya sus naves
Las columnas de Alcides han pasado.
En medio de las olas, las Nereidas,
Sorprendidas miraban los soldados,
Las banderas, los bronces formidables,
Las ciudadelas de flotantes naos,
A quienes sirven dóciles los vientos
Cual sumisos cautivos y vasallos.
Medio año han navegado inútilmente:
Hartos de penas, de alimento escasos,
Desmayaban los tristes marineros,
Implorando la tierra; pero en vano.
Todo un aciago fin les presajiaba:
Con el hambre juntábase el contajio;
Y para el colmo, en fin, de desventura,
Los aires reposaban sosegados,
Y las olas callaban silenciosas
Sobre un inmenso mar aletargado.
En las velas caidas no silbaba
El soplo de algun viento: con espanto
Contemplaba esta calma formidable
El piloto aflijido y consternado.
En medio de la noche pavorosa,
Solo se oyen los golpes reiterados
De los muertos que arrojan a las aguas
Los vivos moribundos con sus manos.
A la mas alta antena muchos suben,
A los cielos y mares consultando;
Mas ambos están sordos a sus ruegos.
Entonces de sus pechos ajitados
El mas negro transporte se apodera:
Los marinos, de cólera bramando,
Contra su ilustre jefe se conjuran:
Él los mira venir sin sobresalto;
Y firme se mantiene al pié de un mástil
El que mil tempestades ha arrostrado.
Mas ¿cómo resistir a esta borrasca
De un carácter tan nuevo, tan estraño?
Ya resplandece el luminar del dia,
Y no se muda su destino infausto:
¡Qué feroces miradas le amenazan!
¡Inútil frenesí, furor insano!
¿Ni cómo puede intimidar la muerte
Al que la ha tantas veces despreciado?
Pero ¡morir al encontrar un mundo,
Y despues de sufrir afanes tantos!
Ver frustradas tan grandes esperanzas,
Y tanta gloria, tan hermoso lauro!
Estos son los puñales verdaderos
Que su gran corazon han traspasado.
Pero no hai que esperar, ya no hai remedio;
La sangrienta cuchilla levantando
La muerte está sobre él... Mas de repente
Halagando a Colon céfiro blando,
Siente aquel, reconoce el aura pura
Y de las flores el aliento grato.
A estas prendas propicias se abandona:
Se une un viento feliz a este presajio;
Y entonces, recobrando la confianza,
Esclama: «¡compañeros desgraciados!
»Bien sabeis que Colon nunca temiera,
»Que impávido Colon nunca ha temblado,
»Y que siempre constante en su designio,
»Dividió con vosotros los trabajos,
»Los tormentos del hambre, y los furores
»Del mar contra nosotros conjurado.
»Esperad un momento solamente,
»Fiad en mi pronóstico, soldados;
»Y mañana verted toda mi sangre
»Si no aparece el mundo que buscamos.»

porte varonil, sus espresiones,
ꞁu aire venerable de inspirado,
ꞁ vuelve la esperanza: el marinero,
antiguo respeto recobrando,
ꞁar viendo imajina al dios Neptuno
r leyes al furor del oceano.
ꞁu voz las pasiones se sosiegan;
ꞁedécenle, y rápida la nao
ꞁrcha hendiendo las aguas espumosas;
cuando del Olimpo arrebolado
ꞁ los últimos rayos descendian,
. mar con sus colores matizando;
ꞁbito se divisa la ribera,
un clamor jeneral ha resonado.
ꞁlen del negro abismo las colinas,
. los ojos preséntanse por grados;
ꞁescúbrense las copas de los bosques,
ꞁe donde un viento fresco, embalsamado,
ꞁes viene a consolar a cada instante.
ꞁe nuevo los esfuerzos redoblando,
ꞁe acercan, llegan ya, y el suelo pisan,
Donde alegres al héroe coronaron
Con las flores proféticas, que fueron
Entonces galardon, si antes presajio.

EPISODIO DEL CANTO II.

DESCRIPCION DE UN HURACAN EN LOS DESIERTOS DE AFRICA.

Impetuosos los vientos otras veces
Con estrépito horrible resonando,
Las borrascas conducen y la noche;
Y en el mar de los aires, con espanto
Se oye la tempestad, y brama fiero,
Rival de un oceano, otro oceano.
Tambien a veces muje y se despide
El uracan indómito y osado,
Que oculta su cabeza entre los cielos,
Mientras sus piés la tierra van hollando:
El terror, las zozobras le preceden;
Le siguen destruccion, muertes y estragos:
El arranca las chozas y los bosques:
La roca misma se defiende en vano:
Hace volver las aguas a sus fuentes:
Se rinde el duro hierro destrozado;
Y con horror los ojos van siguiendo
La desastrosa huella de sus pasos.
Como siembra la muerte y sus horro res
El ánjel destructor de los estados,
Una revolucion; leyes, costumbres,
Gobierno, altares, todo es arrasado;
Y las obras de un siglo en un instante
Hace desparecer un jenio aciago:
Asi del huracan los torbellinos
Dejan tras sí desolacion y llanto.
¿Quién ignora el furor con que atormentan
A los vastos desiertos africanos,
Cuando rápidos vuelan y fogosos
Sus ardientes arenas levantando,
Donde quedan las ricas caravanas,
Las chozas, los camellos enterrados?
Qué digo? algunas veces la tormenta
Corre en un mar de polvo condensado,
Envuelve los ejércitos enteros,
Y la naturaleza sus agravios
Vengando inexorable, en el desierto
Abisma los guerreros sanguinarios.
Conquistador terrible del Ejipto,
Cambíses ya le habia sojuzgado;
A los dioses del Libio amenazaban
Sus bélicos enjambres de soldados.
Mezcla de veinte pueblos diferentes,
Las riberas del Indo estos dejaron,
Aquellos las del Gánjes. Reflejaban
Ya sus espadas los ardientes rayos
Del sol en las rejiones africanas;
Cuando con mil relámpagos volando
Densas nubes de polvo se levantan:
El aire brama, lánzanse los rayos,
Huye la luz y desparece el dia:
Los valientes guerreros azorados
En vano se sostienen con esfuerzo
En combate tan nuevo y tan estraño.
Al modo que hace intrépido jinete
Dar vueltas y revueltas al caballo;
Del uracan el negro torbellino,
Con ímpetu violento circulando,
Los ajita a su arbitrio y los envuelve,
Y a revolverlos torna por cien lados.
Mútuamente se apoyan al principio,
Y resistir procuran el estrago
De la móvil arena y la tormenta,
En densos batallones afianzados;
Pero bien presto corren por dó quiera

Llenos de asombro, turbacion y espanto;
A merced de los vientos todos vagan,
Y ceden a su impulso los mas bravos:
Ya no hai órden, ni filas, ni concierto;
Y en un mismo lugar se ven mezclados
Tantos diversos pueblos que se chocan,
Que se rechazan y que van rodando,
Ya sobre los montones de las flechas,
Ya sobre los escudos destrozados;
Y en medio de esta noche tenebrosa,
De tanta confusion y de horror tanto,
Sin combatir presentan a la vista
La imájen del combate mas aciago.
Tambien los animales participan
De aquel mismo terror, de aquel espanto:
Sobre camellos ruedan los camellos,
Sobre los caballeros los caballos,
Y los mismos enormes elefantes
Caen bajo sus torres desplomados.
El uracan en su implacable furia,
Como un inmenso mar bate irritado;
Las olas abrasadas de la arena
Los párpados ardientes azotando,
Cierran los ojos a la luz del dia,
Y las bocas al aire; sepultado
Queda, en fin, un ejército de vivos
De aquel desierto en el sepulcro vasto;
Mientras la tempestad vuela triunfante
Las banderas rendidas desplegando.
Bajo las negras olas que los cubren,
Unos a otros se llaman, pero en vano;
Pues sus gritos se pierden por el aire:
Se enfurecen los vientos entre tanto,
Se aumentan los torrentes de la arena,
Y si un instante cesan sus asaltos,
Los míseros temblando se levantan;
Mas de nuevo al ataque retornando,
El aire brama, lánzase fogoso
De indignacion y cólera inflamado;
Atormenta la tierra y la despide,
Granizadas de piedras arrojando;
Las olas se suceden a las olas,
El viento empuja al viento, ni descanso
Tiene un momento el uracan furioso;
Apenas ya se ven algunos brazos,
Apenas ya se ven fuera del polvo
Las puntas de estandartes y de dardos.
La tempestad se aumenta por instantes;
Abierto ya un abismo, ya cerrado,
Ora muestra la luz, ora la oculta.
Ai! de la dulce luz los desdichados
Con el último adios se han despedido.
En fin, aquel ejército luchando
Con el sepulcro, a levantarse torna
Para ser nuevamente derribado.
Oyense entonces los suspiros tristes,
De treinta pueblos el jemido vasto,
Viene la noche, se oscurece el dia,
Y ya todo es silencio, todo espanto,
Muerte, desvastacion y yermo inmenso.
Ah! jamas bebereis, oh desgraciados!
Ni las aguas del Indo, ni del Gánjes,
Ni volvereis jamas al suelo patrio,
Ni a ver vuestras familias, que os esperan,
Ni a cojer en las manos el arado,
El inocente arado, la hoz benigna.
Míseros! habeis muerto en suelo estraño:
Vuestros huesos se hallan todavia
En medio de la arena blanqueando,
Y tiembla todavia el caminante
De su propio peligro al contemplarlos.

—

MAITIN

(JOSÉ ANTONIO).

Don J. A. Maitin, nació en la pintoresca Puerto-Cabello, ciudad marítima de Venezuela. La fortuna militar de Monteverde, obligó a la familia de Maitin, (como a otras muchas de patriotas venezolanos) a buscar en el suelo extranjero, un asilo contra la cuchilla española. Hallóle en la Habana, despues de muchos padecimientos; y en esta ciudad de las Antillas fué en donde Maitin, menos por la edad que por los sucesos presenciados, dejó de ser niño, y abrió su alma sensible a las inesplicables tristezas del jóven. No fué para él poca dicha hallar allí, entre otros emigrados, al distinguido y amable granadino Don J. Fernandez Madrid, quien le cobró aficion, le infundió amor por la literatura y le nombró su Secretario en la embajada de Colombia a Lóndres.

En 1824 regresó Maitin a su casa de Puerto-Cabello, permaneciendo allí hasta 1826, año, en que, con calidad de adjunto a la legacion a Lóndres del Sr. D. Santos Michelena, partió para aquella capital, donde trató a eminentes personajes y perfeccionó sus conocimientos músicos.

A su vuelta de este viaje, mui fructuoso para su intelijencia, empezó el Sr. Maitin a escribir en verso con detencion y arte; dió a la prensa en 1835 y 38 dos dramas, que, segun críticos de su pais, no deben considerarse sino como los pasos primeros en su carrera literaria. Hasta el año 1841 no ha mostrado Maitin todo el caudal poético que encerraba: se cree que la lectura de las primeras poesías de Zorrilla, le entusiasmaron y le pusieron en el camino en que ha hecho tantos progresos.

Los periódicos de Caracas, aclaman a Maitin, al vate de «Choroni,» como al primero de sus poetas jóvenes, y el Liceo de Madrid ha recibido con aplauso algunas de sus «cantatas.»

En diciembre de 1844 ha obtenido el Sr. Maitin permiso y privilejio para imprimir una coleccion de sus poesías, bajo el títu'o: «Ecos de Choroni.» Choroni es un lugar amenísimo, no distante de Caracas, donde el poeta pasa dulcemente la vida y en donde puede él decir, como otro poeta contemporáneo: — «Estos árboles, sus sombras y sus frutos, son mios.»

CANTO A BOLIVAR.

FRAGMENTO.

¿Qué gritos de victoria, qué estrepitoso acento
Cual música del cielo se escucha resonar?
¿Qué voces, qué alaridos, estremeciendo el viento
En mezcla sonorosa retumban sin cesar?

En vez de amedrantarme este potente grito,
Este himno de batalla que suena por do quier,
Me encanta cual los ecos de un cántico bendito
Y su hórrido estampido me exalta de placer.

Los tonos majestuosos de la sonora trompa,
La caja, los timbales, las armas, el pendon,
El fausto, los trofeos de la guerrera pompa,
Me alientan, mil encantos llevando al corazon.

Los ecos de la tierra oyendo alborozados,
El colosal rujido en su honda soledad,
Al ruido de las turbas responden encantados,
Y al grito de victoria repiten: Libertad!

¿Qué cantos de alegría, qué delicioso acento,
Cual música del cielo se escucha resonar?
¿Qué gratas armonias estremeciendo el viento
Cual arpa melodiosa retumban sin cesar?

. . . .

¿Quién es, ¡oh Musa! indómito el guerrero
Que como el rayo entre la nube espesa,
De triunfo en triunfo intrépido atraviesa
La selva, el llano, el risco aterrador?
¿Quién escala los Andes empinados
Como alada deidad que sube al cielo,
Y fija altivo, en la rejion del hielo
Su pabellon triunfante y redentor?

¿Quién estampa en las cumbres diamantinas
Jamas holladas, los heróicos rastros
Y toca, audaz, los rutilantes astros
Envuelto de Iris en el manto azul?
¿Quién vecino del sol, a tal altura,
Y el pecho henchido de un delirio santo
Alza de Libertad sonoro el canto
De helada nube entre el espeso tul?

Dime! oh Musa! quién es. No es Alejandro.
Él no fundó sus inmortales glorias
En el honor de estériles victorias
Ni sangre inútil derramó al pasar.
No es la jigante roca desprendida
Que asorda con su estruendo la montaña,
Y aplastando al pastor y la cabaña
Se precipita en el profundo mar.

No es César. Lleno de celeste fuego
Jamas holló frenético las leyes:
Enemigo implacable de los Reyes
Su poder formidable no usurpó,
No es el réprobo audaz que el templo hermoso
De Libertad minando hasta el cimiento,
En vez de un Dios a un ídolo sangriento
Adoracion y altares consagró.

No es Napoleon. Cual colosal estátua
No alza hasta el cielo la cabeza altiva,
En tanto que a sus piés jime cautiva
Y entre dorados hierros la Nacion.
No es el ancho palacio que se incendia,
Cuyos pórticos bellos cincelados
Del hacha al golpe ruedan desplomados
Aumentando el estrago y confusion.

¿Quién es entonces? Su mision sagrada
Fué la tierra purgar de sus tiranos:
De la ambicion los lauros inhumanos
Su heróico corazon vió con desden;
Y este entusiasmo ardiente que le enciende,
Y ese instinto de guerra que le inflama,
No es de una gloria efímera la llama,
Es de la Patria el soberano bien.

El resplandor celeste de su espada
Como un rayo benéfico del dia
Rasga la nube lóbrega y sombría
Que a la virjen América eclipsó.
Huye a su luz la triste servidumbre,
Y el esqueleto vil del despotismo
En las hondas cavernas del abismo
Convulso y para siempre se lanzó,

¡Jenio feliz, meteoro deslumbrante
e rápido surcó la vasta esfera!
stros de luz marcaron su carrera
da de bien, de amor, de libertad.
é cual la tempestad que el aire manso
sus funestos hálitos depura,
ie cruje en hondo son, luce, fulgura,
deja en pos pureza y claridad.

Asi cuando el ambiente está cargado
impuros, de mefíticos vapores,
coje el sol sus bellos resplandores
su broche jentil cierra la flor;
bla la espiga el vástago marchito,
mudecen las auras fujitivas,
sus notas brillantes y festivas
errumpe asustado el ruiseñor.

El cielo se oscurece lentamente,
mundo calla de terrores lleno,
lo el acento lúgubre del trueno
oye en la negra esfera retumbar.
vienta el rayo al fin, rasga la nube,
nco el turbion en remolino crece,
la celeste bóveda parece
lava y sangre un espantoso mar.

Mas el Iris benéfico aparece,
la niebla que flota al horizonte,
ende en las faldas del lejano monte
gasa trasparente y virjinal.
vanta el tallo la marchita espiga,
ren sus tiernos cálices las flores,
nta de nuevo el ave sus amores
alza la tierra su himno universal.

Ven, Musa divina?..... del jenio santo
ue trajo tanto bien, revela el nombre,
pagaré con mi discorde canto
n humilde tributo a su renombre.

Que quien la gloria admira refuljente
e su vida fecunda y portentosa,
la inmensa corona de su frente
ueda añadir efímera una rosa.

Ven, ¡oh Musa! y refiéreme la historia
el adalid, del ínclito guerrero,
Que supo recorrer con tanta gloria
De la fama el magnífico sendero.

Ya llegas... ya tu fuego misterioso,
Ya tu impresion, ya tus influjos siento
En el delirio de mi pecho ansioso
Y en el soplo aromado de tu aliento.

Tu mano delicada, encantadora,
Sobre las cuerdas pon de la arpa mia,
Para que a su contacto, sonadora,
Hechice el corazon con armonía.

¿Mas qué estraño pesar cubre tu frente?
Tu labio puro y virjinal suspira,
Y de fúnebre gasa trasparente
Velas la dulce, la sonante lira.

¿Qué causa tu dolor? No te comprendo.
Consternada me miras y llorosa;
En lugar de cantar estás jimiendo
Y una mano me tiendes temblorosa.

La mia te entrego... Tu contacto frio
En vez de darme inspiracion me yela,
Y ese silencio fúnebre y sombrío
Un infortunio ¡oh Musa! me revela.

¿Me ordenas que te siga? ¿Por qué exhalas
Suspiros dolorosos? Ya te sigo,
Iré bajo las sombra de tus alas,
Bajo la ejida de tu rastro amigo.

Me inspirarás do quiera tus conciertos,
Y yendo en pos de tu vision lucida
No temeré perderme en los desiertos
De una enfadosa y solitaria vida.

Mas ¡ai! ¿adónde vas? A cada paso
Que incierto muevo mi embarazo aumenta
Y luce el sol con brillo mas escaso,
Y una sombra me sigue macilenta.

Oigo a veces dulcísimo un sonido
De arpa sonora que estremece el viento,
Otras de un hondo y lúgubre jemido
El doloroso y solitario acento.

Si es ilusion no sé; pero yo ignoro
Si estas sombras fantásticas que miro,
Si este que escucho lamentable lloro
Es pura realidad, o si delirio.

Avanzo mas y cesan los jemidos:
Solo las sombras y la noche crecen:
Estinguense los ayes comprimidos
Y las últimas luces desparecen.

En medio de esta noche tenebrosa
Descubro un monumento funerario
Y una lámpara alumbra misteriosa
De la muerte el imperio solitario.

Al santuario, confuso, me adelanto...
Todo es descanso aquí, calma, secreto,
Silencio, soledad, reposo santo;
Solo mi corazon palpita inquieto.

De mis pasos al ruido prolongado
Que la sonora cúpula repite,
Vuelvo el rostro, temiendo horrorizado
Que la sagrada sombra no se irrite.

Lugar solemne de misterio y calma
Mansion de paz y de recojimiento,
Donde libre del mundo encuentra el alma
De su inmortalidad el sentimiento.

¡Oh Musa! por tu lira melodiosa,
Por tu vision anjelical y pura,
Díme el nombre del jenio que reposa
En el silencio de esta tumba oscura.

Y correré a besar entusiasmado
De tu flotante ropa el blanco lino
Y en tu alabanza entonaré inspirado
Plácido un canto en amoroso trino.

Mas tú te cubres los cansados ojos,
Hondo suspiro de dolor exhalas,
Y la piedra que encierra los despojos
Con mano falleciente me señalas.

Levanta pues la gasa trasparente
Que la lápida vela misteriosa:
Solo tu mano, cándida, inocente,
Podrá tocar la sacrosanta losa.

Por mí no temas, la inscripcion descubre
Que yo la copa apuraré de acibar:
El velo caiga que la losa encubre.
Aliento corazon!... Leeré... ¡¡BOLIVAR!!!
. . . .

A LA NOCHE.

Llega, benigna noche, yo te aguardo;
Ven, opaca deidad, reina del sueño,
Que ya del alba el resplandor risueño
No mas me presta su ilusion falaz.
Porque hasta el hondo corazon inquieto
Proyecta el sol su luz deslumbradora,
E iluminando el mal que le devora
Hace que su inquietud resalte mas.

Ven, pues, oh noche, y llegarán contigo
Tu dulce paz, tus vagas impresiones,
Las movibles, fantásticas visiones
Que errantes vagan en tu opaco tul.
Arrastra en pos tus fúljidas estrellas,
Tu aura fugaz, fragante cual ninguna,
Tu querida quietud, tu casta luna
Gloria y honor del firmamento azul.

Vengan contigo tus tranquilas horas,
La dulce calma de tu sueño amigo;
Tu sueño, sí, benéfico al mendigo,
Al oprimido esclavo y al Señor.
Benigno huésped del alcázar réjio
Y de las pobres chozas olvidadas;
Mensajero de imájenes doradas
Que envueltas lleva en májico sopor.

Sí: tu sueño, cual ánjel de consuelo,
Su benigno letargo a nadie esquiva,
Él estiende su sombra compasiva
Sobre el feliz y el mísero mortal.
Para él no hai distincion. Lleva sus dones
A la choza del pobre y al serrallo,
Nivelar al Señor con el vasallo,
Es su escelsa mision anjelical.

El mendigo infeliz en la alta noche
Su pena olvida en su quietud bendita.
Al monarca mirad: ved cual dormita
Bajo su rico y réjio pabellon.
El sueño a entrambos con su paz nivela;
Su destino es igual, una es su suerte;
Entrambos son la imájen de la muerte,
En su letargo ignoran lo que son.

El uno piensa en su único tesoro,
Su solo bien, en su constante amigo,
En su leal perro, *el perro del mendigo*,
Siempre a su lado vijilante y fiel.
Sueña tal vez que le acaricia y besa,
Que le lame los piés, y aun se figura
Que en pago de su amor y su ternura
Su escasísimo pan parte con él.

Tal vez piensa el magnate en sus placeres,
Le ocupa todo su ambicion estrema;
Fulgurar mira la imperial diadema
Al vivo resplandor de antorchas mil.
Oye el son armonioso de la orquesta,
De la lisonja el susurrar liviano,
Y ve a sus piés al pueblo cortesano
Que le tributa adoracion servil.

Mas si turba ¡oh Monarca! tu reposo
El temor de las negras rebeliones,
Si el horrible clamor de las traiciones
Arruga el ceño de tu réjia faz,
La oscuridad prefiero en que yo vivo,
La inquietud vaga de mi pecho incierto,
Mi mal soñado cuando estoi despierto
Y de mi sueño la tranquila paz.

Si me forjo quiméricas desdichas
Que a herirme el corazon vienen traidoras,
Mil visiones tambien consoladoras
Del mal espulsan el ideal dolor.
Placer me da la noche en mi quebranto
Con sus lejanos vientos sonadores,
La luna con sus tenues resplandores,
Con su fragancia la nocturna flor.

Placer me dan las lóbregas figuras
Que por do quiera cruzan fujitivas,
Sombras de horror, fantasmas vengativas
Que espantan al impuro corazon.
Pero aun me deleitan, me consuelan,
Esas tenues quimeras vagorosas,
Y las movibles sombras misteriosas
De la alta noche mi embeleso son.

A mí me dan placer y me consuelan
Los vapores sutíles del rocío;
Siento el contacto del ambiente frio
Que refresca, al pasar, mi ardiente sien.
Oigo el ruido lejano de las fuentes,
De la vecina selva la armonía,
Y en los secretos de la noche pia
Encuentra mi alma el suspirado bien.

Ven, pues, ¡oh noche! de consuelos llena;
Yo no apetezco el sol, su luz me ciega:
Cuando él desde el zenit sus rayos riega
Mustio, sin voz, me siento fenecer.
Bajo su ardiente luz del medio dia
La flor desmaya, el céfiro enmudece,
Y el corazon rendido desfallece,
Torpe la mente, el alma sin poder.

No tú, que vienes como casta virjen,
Tu mal llorando con estinto acento.
Yo escucho tus jemidos en el viento
Y tus suspiros lánguidos de amor.
En el eco lejano oigo tu llanto:
Y las lágrimas puras que derramas
Pendientes miro en las salientes ramas
Y en el abierto cáliz de la flor.

No tardes, pues. Ya el sol veló su frente
En pos dejando sanguinosas huellas.
Ya te miro llegar; miles de estrellas
Te ciñen y coronan la amplia sien.
¡Benígna noche! Yo estaré contigo
Hasta que se hunda tu último lucero.
Ven, pues, reina del sueño; yo te espero,
Para mi dicha y mi consuelo ven.

—1843.—

JEHOVAH.

Eterno ser que el Universo animas
Con tu aliento fecundo y soberano;
Que con un leve signo de tu mano
A cada mundo asignas un lugar:
Yo me postro ante tí; los resplandores
Que esparces por do quier, sumiso adoro,
Y de tu inmenso y estrellado coro
El concierto sublime y singular.

No es en los libros santos del profeta
Donde tu nombre entero se contiene:
¡Pobre idioma del hombre que no tiene
Para nombrarte acento ni espresion!
Escritos ellos en la lengua escasa
Que imajinó para entenderse el hombre,
Busca en vano su voz un signo, un nombre
Digno del ser que llena la estension.

No es bajo de la cúpula sonora,
Pobremente orgullosa, de algun templo,
Que yo tu gloria y tu poder contemplo,
Y te descubro en tu esplendor brillar;
Ni en el estrecho altar que te levanta
El mísero mortal, es que te admiro;
Sino en los soles fúljidos que miro
En la celeste bóveda jirar.

Solo en el hondo abismo del espacio,
En ese eterno libro de los cielos,
Entre el misterio de sus densos velos,
Tu nombre augusto dejas entrever.
Te dejas entrever, porque tú sabes
Que si el pobre mortal tu nombre oyera,
A su estruendo jigante se rompiera
El hilo frájil de su débil ser.

Tú levantas tu sol y tus planetas
Entre la tierra y tu inmortal morada,
Y le ocultas al hombre tu mirada
Que ilumina y fecunda la estension;
Porque si tu presencia soberana,
Si un rayo de tus ojos le alcanzara,
Ciego con tu esplendor, la muerte hallara
En la súbita luz de tu vision.

Por eso adoro resignado y mudo
De tu poder los signos esplendentes,
Tus soles mil que arrojan a torrentes
Vigor, vida, calor y claridad.
Y me anonado mas cuando comparo
La duracion del hombre miserable,
El sueño falso de su vida instable
Con tu imperecedera eternidad.

¿De qué me sirve a mí, ser de un instante,
La antorcha celestial del pensamiento,
Si al impulso fugaz del manso viento
Débil, precaria estingue su fulgor?
¿De qué sirven las vívidas pasiones,
Los raptos delirantes del poéta,
El blando amor que el corazon inquieta,
De un pecho jóven adorable error?

Todo cuanto es del hombre, en los abismos
Del tiempo se consume y aniquila;
Solo la vasta esfera que rutila
Eterna durará como su Dios:
Porque esos vastos globos inflamados,
Esos mundos que surcan el espacio,
Faros son de su espléndido palacio
Que salieron del caos a su voz.

Por eso me confunde y anonada
El débil sueño de mi frajil vida:
Por eso adoro esa vision lucida
Con que ciñes, Jehovah, tu augusta sien:
Por eso es que mi amor a tus portentos
El terrenal disgusto no acibara,
Y si mi vida instable no acabara
Eterno fuera como yo tambien.

Mas yo debo morir: mi polvo entonces
No podrá contemplar tus maravillas,
Ni el mar de luz con que en el éter brillas,

el trueno tempestuoso que es tu voz.
debo perecer... ¡Ai del que viva
ı admirar tus bellas creaciones,
anzado en el mar de las pasiones
levanta los ojos a su Dios!

Yo me postro ante tí, porque tu vista
bre este mundo de tinieblas vela:
ɪs das una creencia que consuela,
ɜna toda de amor y caridad:
ɪs das la fé contra la duda impía:
que sufre por tí dás la confianza:
nto al dolor colocas la esperanza;
nto a un penoso fin, la eternidad.

Viste al hombre disperso, infortunado,
ɪs heces apurar de la agonía:
Lloró infeliz, le distes a María
Que enjugara su llanto y su afliccion.
Perdió su gracia, y delincuente y torpe
Fué condenado a un padecer prolijo:
Tuviste compasion, le diste al Hijo,
Prenda de paz, de olvido y de perdon.

Sí: yo pienso que el soplo de la vida
Al desprenderse de la tierna madre,
Volverá al seno celestial del Padre,
Fuente de accion, de movimiento y luz.
Y el alma desde allí, pura, radiante,
Al brillo de la luna fujitiva,
Una mirada lanzará furtiva
Sobre su tumba humilde y tosca cruz.

EL AVE DEL VALLE.

Entona tu letrilla
Y canta sin cesar ave del valle,
En cántiga sencilla
Tu triste voz se ensaye
Desde que el alba en el oriente raye.

Y remontando el vuelo
Del alto monte hasta la cumbre altiva
Que se avecina al cielo,
Suelta la voz cautiva
Y en torno se derrame fujitiva.

En torno se derrame,
Y estremeciendo el aire blandamente
Oyéndote se inflame
La tórtola inocente
Y a par de tí suspire tristemente.

Que sepan lejas tierras
El eco al escuchar de tu garganta
Que en estas hondas sierrras,
Entre aspereza tanta,
Hai una ave tristísima que canta.

Ensaya sin descanso
Tu cancion inocente y lastimosa
Orillas del remanso,
O de la selva hojosa
Bajo la sombra espesa y deleitosa.

Cantando solitaria
Aduerme la ansiedad que te fatiga;
Entona tu plegaria
Bajo la sombra amiga
Que grata teje la flotante espiga.

Que vives condenada
A recitar tu pena y tus quimeras
Del valle en la enramada,
Sin que tus compañeras
Respondan a tus quejas lastimeras.

Mas ¡ai, calla infelice!
¿Ese silencio de la selva umbría,
Acaso no te dice
Que tu áspera armonía
No dá al prado placer ni alegra el dia?

¿Tú, de todas las aves
Que llenan dulces la floresta hermosa,
Con sus gorjeos suaves

La menos melodiosa,
Sola, en las ramas trinarás quejosa?

La lóbrega tristeza
Que reina por do quiera, ave del valle,
Verás con entereza
Sin que tu voz desmaye,
Sin que a su influjo tu garganta calle.

¡Oh! calle tu garganta:
Que no llegue tu acento a las ciudades,
Que si tu voz no encanta
En estas soledades
Do están tu amor; tu dicha y tus deidades;

Si lánguida, abatida,
En alas vuela de la brisa mansa,
Y es solo repetida
En triste lontananza
Por los ecos que halagan tu esperanza;

¿A qué esforzar el tono
Y que llegue del hombre a las mansiones,
Si en ellas el encono
De míseras pasiones
Obstruye y cierra el paso a tus canciones?

Reposa dulcemente
Orillas de la fuente encantadora,
No sea que imprudente
En vez de ave cantora
El grajo vil despiertes a deshora.

Y si ha de responderte
El lobo astuto con su aullido fiero;
Si has de escuchar por suerte
El buitre carnicero
En vez de los compases del jilguero;

O si has de oir medrosa
De la serpiente el áspero silbido,
O de la vil raposa
El disonante aullido,
Antes dormita en reposado olvido.

Dormita y recojiendo
Tu plumaje jentil de cien colores,
Sin voz y sin estruendo
Oculta tus dolores,
Si es tu queja importuna y tus clamores.

—

EL SUSPIRO.

¿De donde viene el íntimo suspiro
Que el pecho exhala en série continuada?
No es la espresion del alma enamorada
Que quimeras de amor ya no deliro.

No es la ilusion liviana y pasajera
De un esperado bien. Yo nada espero.
Voló el placer dulcísimo, hechicero,
Con los delirios de la edad primera.

No es la miseria ruin de adusto ceño.
Yo vivo en el solaz, en la abundancia,
Y en el aura respiro la fragancia
De flores mil en apacible ensueño.

Tal vez es el hastío que entre el ruido
Del placer vano del estéril mundo
Nos influye un jemido hondo, profundo,
Por un nuevo placer desconocido.

No sé lo que será, mas yo padezco
Una oculta ansiedad desconocida:
No sé lo que será, mas es mi vida
Insulso un don que a veces no apetezco.

No sé lo que será: solo me place
Lejana voz de alguno que suspira,
Y si las cuerdas pulso de mi lira
Solo su amargo son me satisface.

Vanamente el deleite mover quiere
Del alma usada el lánguido resorte:
A un suspiro mortal su linda corte
Huye del alma que en su angustia muere.

Iesos que en el espacio se revuelven,
ensos mundos asombrado admiro,
ras la admiracion viene el suspiro,
nis enfados la ilusion disuelven.

Ya vea lucir el disco refuljente
l magnífico sol al levantarse,
de vapor blanquísimo al velarse
paso tornasole en Occidente;

Ya brille en el cenit como el diamante
e la corona inmensa de la tierra,
empre el enfado el corazon me cierra,
empre suspira el pecho delirante.

Ya mire el mar que manso se dilata
ual la vision azul de una laguna,
a desparrame en él la blanca luna
u misteriosa luz de limpia plata.

Ya el horizonte oscuro, encapotado,
l rayo surque en ongulosa jiro,
l lábio ¡ai Dios! asómase el suspiro
Cuando el primer asombro ha terminado.

¿Qué me importa la gracia, la hermosura,
El pié jentil, la lánguida mirada,
Si la dulce ilusion está gastada
De la mujer por la inconstancia dura?

¿Qué importa que descienda en espirales
Por la lucida espalda el luengo pelo,
Si un recuerdo de ayer transforma en yelo
Y del amor apaga los fanales?

¿Qué me importa la báquica algazara
Que aturde del salon el ancho techo
Si yo arrancar no puedo de mi pecho
El dardo agudo de mi angustia rara?

¿Qué me importe la turba que contenta
Corre por calles, plazas y jardines,
Y de ninfas el coro que en festines
Y en danza alegre su donaire ostenta?

¿Qué me importa el placer en que se embriaga
El pobre iluso que se cree querido?
¡Oh! déjale gozar su bien mentido;
Vendrá un mañana que su error deshaga.

Entonces mirará cual yo lo miro
Oscuro el porvenir negro y vacío,
Y a lo presente indiferente y frio
Suspirará tambien cual yo suspiro.

¡Oh sensacion oculta, incomprensible,
Que abate el corazon, tenaz y activa!
¿Quién eres tú, fantasma fujitiva,
De forma y de color indefinible?

Siento el influjo poderoso, interno,
Que tienes sobre mí; vision errante;
Miro tu sombra opaca y vacilante,
Oigo tu voz mas nunca te discierno.

Si eres amor que vienes en mi daño,
Aléjate de mí, déjame en paz,
Que tu linda ilusion no veré mas
Por el májico prisma del engaño.

Si eres la imájen vagorosa, incierta,
De un quimérico bien que nunca gozo,
Pues no te he de abrazar, deja en reposo
Mi inquieta vida a la esperanza muerta.

Si ambicion eres con la faz de rosa
Y el corazon repleto de amargura,
Pasa, y no turbe tu vision impura
Mi paz profunda y libertad dichosa.

Si eres la duda que a ajitarme vienes,
¡Oh! yo no dudo, no; que el ancho espacio
Es la corona escelsa de topacio
Con que Dios ciñe sus augustas sienes.

Si eres una ilusion que ya he perdido,
Deja que en paz un solo instante goce;
Deja que el corazon sin tí repose
Y abismate en la noche del olvido.

Si eres la gloria espléndida, halagüeña,
Cual te concibe mi embriagada mente,
Ven, y suspire el pecho eternamente
Por un favor de tu vision risueña.

Que tienes un altar en mi memoria
Donde un culto te rindo ardiente y vivo,
Y estas humildes líneas que yo escribo
Tributos son para halagarte ¡oh gloria!

Ven, vírjen divinal: ven, que yo mire
Cerca de mí tu fúljida hermosura,
Y aunque no ciñas tú mi sien oscura
Mírete yo y el corazon suspire.

PARA UN ALBUM.

Fué un tiempo, señora (aun era yo niño)
En que era mi vida risueña, un pensil,
En que eran mis sueños mas blancos que armiño,
Mas lindos que el cielo del plácido Abril.

Do quiera que atentos vagaban mis ojos,
Hallaban, felices, un blando placer:
Jamas los enfados, jamas los enojos
Mis sueños de niño pudieron romper.

En lecho mullido de cándidas rosas,
Pasaba mis dias en dulce embriaguez:
Aun no amenazaban entonces furiosas
Las negras pasiones mi quieta niñez.

Mas vino del tiempo la mano inclemente;
Yo niño y dormido, llegar no la ví:
Los dedos helados me puso en la frente
Y al frijido tacto los ojos abrí.

Sentí de repente funestos temores;
Revuelta, deshecha, mi cuna encontré,
Marchitas las rosas, ajadas las flores,
Y yermas llanuras hollaba mi pié.

Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento;
En hondos desiertos mi voz espiró.
Canté, mas mi canto perdióse en el viento,
Y solo un jemido mi voz contestó.

Sin eco los montes, sin voz ni armonía,
Deshecha mi cuna, marchita mi flor,
Sin fuente sonora, perdido, sin guia,
Busqué entre los hombres un mundo mejor.

Y el mundo engañóme. Oh! cómo a mis ojos
Brilló la hechicera liviana mujer!
Yo triste, a sus plantas cayendo de hinojos,
Rendíle, cautivo, mi vida y mi ser.

Busqué el blando halago en aquellas sonrisas,
Que en lábios de rosas vagaba sutil,
Y nunca mas dulces me fueron las brisas
Que un tiempo aromaban mi edad infantil.

Hablé con el alma de amor el lenguaje;
Voraz un incendio mi pecho abrasó;
Mi vida, mi todo, rendí en vasallaje
Al Ser prepotente que mi alma humilló.

Mas pronto las gratas ficciones huyeron;
El Dios que adoraba marchóse veloz;
El ídolo, el ara, deshechos cayeron,
Y el templo quedóse sin culto y sin Dios.

Los ojos llorosos, el alma turbada,
Consuelo a mi pena busqué en la amistad:
Lanzéme a su seno. Mi mente encantada
Pensaba en sus brazos hallar la verdad.

¡Error!... de sus lábios salió la impostura:
Brillando sus ojos con blando interes,
Su voz resonando simpática y pura
En lo hondo albergaba mentira y doblez.

«*Pues bien, a la gloria!*» grité entusiasmado
Y al nombre de gloria vibró el corazon:
Pulsé yo mi lira, sentíme inspirado,
Y súbito el viento lanzó mi cancion.

Mas ¡ai! que en lugar de los himnos triunfantes,
Que yo en mi delirio pensaba entonar,
Del arpa se oyeron salir espirantes
Los ayes dolientes de eterno pesar.

Y apenas de la amplia corona de gloria
Un ramo tan solo tocaba mi sien,
Que ya me pesaba la insulsa victoria,
Y el ramo, hostigado, rompí con desden.

Así yo arrastraba mi triste agonía,
El alma desierta, los ojos sin luz,
Cual yerto cadáver que en tumba sombría
Su fúnebre losa soporta y su cruz.

Mas vos indecisa llegasteis, Señora,
La frente encendida de casto rubor,

E incierta, turbada, a mi arpa sonora
Pedisteis un canto de angustia o de amor.

Entonces las selvas oyeron mi acento;
En hondos desiertos mi voz no espiró;
Mis cantos vibraron en alas del viento,
Y el eco de nuevo mi voz contestó.

Y aquestas endechas que cuentan mi historia,
Con sones dolientes, al punto entoné;
Si quedan gravadas en vuestra memoria
La palma del triunfo, Señora, obtendré.

La bella esperanza de gloria tan nueva
Me exalta, me llena de noble ambicion;
Mi angustia pasada, mi enfado, se lleva,
Y deja en el alma su dulce ilusion.

¡Oh! gracias, Señora, me habeis inspirado.
¿Mi gloria presente con qué os pagaré?
Mis cantos y mi arpa no mas me han quedado;
Y mi arpa y mis cantos en pago os daré.

Y puesto que os debo la dulce quimera
Que vuelve a mis ojos la luz que perdí,
Oh! quieran los cielos que sea duradera,
Oh! nunca su májia se aparte de mí.

IMPRESIONES DE TEATRO.

Venid impresiones, venid armonías,
Volad cual visiones en torno de mí.
Venid... Los dolores, las penas sombrías,
Entrada importuna no tienen aquí.

Llegad, ilusiones, que absorto contemplo
Y en alas llevadme del dulce placer.
Yo sé que el teatro magnífico es templo
Do se obra el misterio de vuestro placer.

Do quiera un deleite mi vista columbra,
Fantástico un mundo se pinta a mis piés;
Un piélago inmenso de luz me deslumbra
De cintas y gasas flotando al traves.

Escucho el acento de música leve
Que lleva hasta el alma su encanto feliz:
Divisan los ojos mil rostros de nieve
Do mezcla la rosa su rico matiz.

Esencia esquisita perfuma el ambiente
Que exhalan los broches del blanco clavel,
Injertos prendidos al seno esplendente
De ninfas mas bellas que el fresco verjel.

Allí se despliegan gallardas las flores,
Ya no echan de menos la fuente jentil,
Ni de la floresta los tiernos cantores,
Ni el que abandonaron risueño pensil.

Y allí cual retoños las vírjenes rosas
Ostentan lozanas su fresco arrebol;
Pues ven en los ojos de tantas hermosas
Su fuente, su prado, su cielo y su sol.

¡Oh! todo me exalta, me ciega, me encanta.
Oh! todo me presta su fuerte ilusion.
e llena el artista de amor si amor canta,
le altera si finje una horrible pasion.

Si veo suspira de amor y ternura,
i exhala un jemido, si miente un pesar,
Mis ojos derraman simpática y pura
De llanto una gota que quema al rodar.

¡O! do quiera un cielo mi vista columbra,
Fantástico un mundo se pinta a mis piés;
Un piélago inmenso de luz me deslumbra
De cintas y gasas flotando al traves.

¿Quién es esa bella que Vénus no iguala
Sin ricos tocados de rejio valor,
Que lleva por lujo, que lleva por gala
En el albo traje prendida una flor?

¿Quién es la que puede con solo una rosa
Posada en el seno mi pecho inflamar?
¿Quién es esa fada, quién es esa hermosa,
Sin oro, sin sedas, que sabe encantar?

¿Por qué estraño modo; por qué arte del cielo
Tan linda parece su faz virjinal?
¿Deberá su encanto que causa mi anhelo
A adorno tan pobre tan simple y trivial?

Desprende, señora, del cándido seno
Esa que me ciega magnífica flor:
Que sepa si es causa del mal con que peno,
Si influye en tu encanto y aumenta mi amor.

Que al caer en el suelo la flor desgajada
Yo pueda de nuevo mirarte otra vez;
Que sepa si es ella o si es tu mirada
Quien causa este daño quien da esta embriaguez,

Mas ¡ai! yo deliro. Detente, SEÑORA,
No arranques del seno la májica flor.
Si tú destrozaras la flor seductora
No fuera por eso tu encanto menor.

Mas ya te levantas y dejas el trono
En donde cual reina brillabas sin par.
¡Te vas y nos dejas en tanto abandono!
¡Te vas y nos robas tu célica faz!

Te vas, sí: cesaron la música, el canto,
Las risas que me hacen el seno latir,
De nuevo el fastidio, de nuevo el quebranto
El alma angustiada vendrán a invadir.

Así se consume la mísera vida
Buscando un contento difícil de hallar;
Para una ventura tal vez desabrida
Un mar de tristezas debemos surcar.

Mas ¡ai! yo te espero mañana, señora:
La rosa no dejes en triste viudez.
Al son de la orquesta brillante y sonora
Espero en tu seno mirarla otra vez.

MEDITACION.

Es la hora deliciosa de la tarde.
El sol envuelto entre dorada nube,
Cual vespertino, espléndido querube
Hace de su poder soberbio alarde.

Quiebra sus dardos ricos, luminosos,
En el ténue vapor que lo circunda,
Y el suelo, el monte, el mar y el cielo inunda
De sus varios colores misteriosos.

Con réjia majestad baja a su ocaso
Y a proporcion que la tiniebla crece,
Descolorido el mundo empalidece
Teñido de un color blanco y escaso.

Mas esta palidez encantadora,
Con su vaga, fugaz melancolía,
Lleva hasta el pecho de su calma pía
La languidez feliz y bienhechora.

Horizontes sin límites, profundos,
Ruedan y se dilatan a lo lejos

Do puso mil colores, mil reflejos
El escultor sublime de los mundos.

Las estrellas avanzan lentamente
Como flotantes lamparillas de oro,
Con que ilumina el azulado coro
El ánjel de la noche trasparente.

De los montes las cumbres ondulosas
Flotan en el azul del éter vago,
Cual los abismos del celeste lago,
Sus crestas levantando tenebrosas.

Todo es magnificencia en las alturas:
Globos sin fin la vasta esfera encierra:
Todo es allí grandeza, y en la tierra
Reposo, ambiente, amor y esencias puras.

La creacion parece que despliega
De su nocturna pompa los primores
Para obsequiar al ser que estos fulgores,
Y tanta luz en los espacios riega.

La luna emperatriz, limpia, sin velos,
Es el fanal de paz y de alegría,
Que ilumina la inmensa galería
De esta réjia funcion que dan los cielos.

¿Por qué entretanto yo, triste, turbado,
Sentado de mi valle en la eminencia,
Al contemplar de Dios la omnipotencia,
De mí mismo a pesar, jimo angustiado?

¿Quién a mi delicioso sentimiento,
Quién a mi dulce y celestial delirio,
Quién a mi blanda paz mezcla el martirio
De un estraño pesar?... Mi pensamiento.

Él me revela ¡oh Dios! la soberana
Obra de tu poder que atento miro,
Mas me dice tambien que si hoi la admiro
Yo, ser mortal, la perderé mañana.

Por él el corazon pretende ansioso
Hallar tu forma y conocer tu esencia;
Mas de su necedad, de su impotencia
Hasta el abismo rueda tenebroso.

Te busco de la noche entre los velos,
Te busco en el espacio constelado,
Y en esas luces mil que has derramado
En las profundidades de los cielos.

¿Mas qué me dicen al buscarte en ellas?
Que cuando hacer el mundo resolviste,
Entre el hombre y tu trono interpusiste
Tu magnífico pórtico de estrellas.

Miro la creacion y me deslumbra;
En tus obras, Señor, tu poder leo;
Sospecho lo que habrá por lo que veo
En ese mar de soles que me alumbra.

Y al ver resplandecer tanto sistema,
Polvo que huella tan jigante paso,
Siento la fuerza inmensa de tu brazo
Y me anonada mi impotencia estrema.

Pienso en el tiempo, en ese mar profundo,
Cuyas ondas se ajitan incansables,
Y para cuyos senos insondables
Cien siglos son iguales a un segundo.

Y al comparar mi instante diminuto
Con esa eternidad que te reservas,
Desdeño el ser ¡oh Dios! que me conservas,
Y mi angustiada vida de un minuto

Miro el éter azul, ilimitado,
Que cuanto mas se mide, mas se estiende,
Cuyo confin la mente no comprende
Por mas que añada el cálculo cansado.

Miro ese campo inmenso y esplendente
De sistemas sin fin, de orbes flotantes,
Ese enjambre de mundos rutilantes,
Que no hai signo en la tierra que los cuente;

Y al ver la inmensidad de ese conjunto
Donde el ojo del hombre se estravía,
Siento entonces que yo, polvo de un dia,
Ocupo en él un invisible punto.

Así pasan mis horas silenciosas
Entre la admiracion y el descontento;
En alas vago ya del manso viento,
Ya abandono mis miras ambiciosas.

En el libro inmortal del infinito
veces un renglon de muerte leo,
un ¡ai! oculto y fujitivo veo
sus eternas pájinas escrito.

Ved entretanto al pobre campesino
ue entusiasmado de placer delira;
ambien la creacion absorto admira
unto a su techo rústico y mezquino.

Nada revela en él pesar ni duelo,
Todo es deleite el venturoso aldeano:
Sostiene el hacha su robusta mano
Que suelta al fin para mirar al cielo.

Vaga en sus lábios plácida sonrisa,
Le interesan la luna y las estrellas,
Y del sol que se va, las blancas huellas,
Y el cielo azul y la nocturna brisa.

¿De dónde viene la embriaguez intensa
Sin mezcla de inquietud que le domina?
¿Por qué solo venturas imajina
En cuanto siente y vé? Porque no piensa.

Bendito el hombre que en los campos mora,
Cuya feliz, pacífica ignorancia,
Le muestra de las flores la elegancia
Y le esconde la espina punzadora.

Bendito el labrador manso, inocente,
Que oculta su cabaña entre las breñas;
Para ese son las márjenes risueñas
Y el agua que susurra mansamente.

Para ese son los ecos armoniosos,
De las aves errantes el concierto,
Porque ese nunca de un futuro incierto
Intenta alzar los velos misteriosos.

Y para mi serán, no las venturas
Del aldeano feliz que no medita!
Sino la escena de su paz bendita
Y de su fácil vida las dulzuras.

CHORONI.

(FRAGMENTO).

Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
Ir por el valle susurrando amores,
Y salpicar las hojas purpurinas
Con sus blancas espumas, a las flores!

Y ver como sin tregua y sin descanso
Con jiros mil la retozona brisa
En ondulantes pliegues, del remanso
La trasparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y, esplendoroso
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
Y con su rayo ardiente y caluroso
Deslumbra y quema el fatigado suelo;

Cuán dulce es reposar bajo la sombra
De la seiba ramosa y estendida,
Y entre la yerba ver, que el suelo alfombra
Correr la fuente que a beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana,
Que el sol tiende en la bóveda azulada
Al ocultar su lumbre soberana.

Y cuando al aclarar en Occidente
Su luz sepulta al fin su última estrella;
¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente,
La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,
Que la noche al pasar dejó prendidas
Sobre la abierta flor, colgando en ondas
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces escuchar en la espesura
De la paloma la sentida queja,
Que mas que la espresion de su ternura,
Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece
Al desatarse en dulce melodía,
Y que desde la rama en que se mece,
Con sus himnos de amor saluda el dia.

¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado
Con que su amor tu compañera llora,
El gorjeo sentido y delicado
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú elijes a tu gusto tus amores
Sin que te pesen importunas leyes,
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas ni reyes.

. . . .

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura,
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

A MI AMIGO T. E. R.

¿Te quejas de que yo, sin ilusiones,
Dada a la ociosidad mi estéril vida,
El arpa rota ya, la voz perdida,
No alegre el valle ya con mis canciones?
¿Quieres que yo tambien, ciego, en mal hora,
Por la ciudad el campo abandonando,
Abjure la quietud y el ocio blando
De esta mi soledad encantadora?

De la ciudad habitador dichoso,
Si tú hallas el contento
En ese lago inquieto y engañoso
Sin temor al relámpago ni al viento;
Si cual marino intrépido te lanzas,
Con alma sosegada
En medio de esa mar revuelta, airada,
De ódios, de celos, vanidad e insidia,
Tu vida alborotada
Mi suerte quieta y plácida no envidia.

Aquí, donde se goza
Debajo de los árboles umbrosos
La calma suave de la paz sabrosa;
Aquí, donde la mente
Libre de las pasiones tumultuosas
Que la ambicion produce; alegremente
Al través de las selvas silenciosas
Vaga libre, feliz e independiente;
Aquí, donde el contento
Las aromadas flores de los campos
Al pecho nos transmiten con su aliento;
Aquí, sin mas testigo
Que la naturaleza bienhechora
Es que solo se vive, dulce amigo.

¿Quién los campos risueños abandona
Por la insulsa mansion de las ciudades?
¿Quién las agrestes grutas que festona
La yedra enredadora
Deja de las tranquilas soledades?
Feliz aquel que mora,
De pretensiones ambiciosas libre,
Con la naturaleza encantadora.
Feliz el que suspira
Bajo el pajizo techo
Por la sencilla aldeana
Conquistadora humilde de su pecho.
¿E iré yo torpemente
Dejando mis pacíficas mansiones,
A buscar de los hombres en el trato
Miseria, orgullos, vanidad, pasiones?
Abjuraré por siempre
Las dulces pequeñeces en que abundo,
Y las mil ilusiones
En que loco y fantástico me inundo?
¿Qué, dejaré mi curso vagamundo
Por los riscos, los prados y los montes,
Y mi florido suelo,
En cambio de otro cielo
Y por otros revueltos horizontes?
¿Iré a las capitales

lisfrazar mis actos, a medirme,
lecir francamente lo que hoi siento
ra mañana o luego arrepentirme?
): yo detesto sujecion tamaña
tanta esclavitud. Ser libre quiero.
o quiero ver escenas irritantes,
ues con tanto disgusto considero
l demagogo que al trastorno aspira
omo el sordo egoismo del logrero.
)uiero pulsar las cuerdas de mi lira
lajo la fresca sombra
)ue canciones patéticas me inspira.
Quiero vivir tranquilo
En dulce somnolencia,
Gozando de mi grata,
Meridional, apática indolencia.
¿No es mi suerte mas dulce y lisonjera
Que la del hombre vano
Que su vida fugaz y pasajera
Por adquirir poder consume insano?
Decidlo, campos bellos,
Vestidos de esmeralda.
Decidlo, montes altos,
En cuya verde falda
Su seno abre la flor purpúrea o gualda.
Decidlo, blandos sitios,
Grutas silvestres y árboles sombríos;
Decidlo, fuentes claras,
Y aguas sonoras de los limpios rios.

Aqui, mi afan primero
Se reduce a buscar de peña en peña
El animal lijero
Que se oculta sagaz entre la breña.
A veces en la rama
Del árbol centenario busco un nido
De algun paují que llama
A su esposa en idioma no aprendido.
Y por el campo plácido y florido,
De regocijo ciego
Corro, cual niño, si a encontrarlo llego.
¿Qué falta al corazon en este sitio
Qué a cuadro tan feliz y lisonjero,
Que a situacion tan bella corresponda?
Un alma que me entienda y me responda;
Un amigo cual tú y un compañero.

Choroní Marzo 26 de 1846.

—

HOMENAJE A BOLIVAR.

DESAHOGO PATRIÓTICO.

Lejos de mi la temeraria idea
De cantar al caudillo americano:
El corazon ardiente lo desea,
Mas no le es dado a mi inesperta mano.

Yo desahogar el alma fatigada
Intento solo en mi cantar sencillo,
No celebrar con harpa destemplada
Y ronca voz al inmortal caudillo.

Ni puedo ya abarcar su inmensa historia,
Su carrera inmortal, alta y triunfante;
Penetrar en el templo de la gloria
No puede una alma loca y delirante.

¡Oh! yo podré cantar el desvarío
Del alma ansiosa que en su afan delira,
Y el escozor que nos sorprende impío
Aun entre el son de la templada lira.

Yo podré describir del mar hambriento
El furor con que azota la ribera,
El horrísono son, el ronco acento
Con que romper pretende su barrera.

O la tonante nube que revuelta
De negra tempestad viene preñada,
Y de su seno ardiente el rayo suelta
Con que aturde a la tierra consternada.

Yo cantaré el asombro que me inspira
El enriscado monte y el torrente,
O la calma feliz con que suspira
Por entre el bosque la sonora fuente.

O la fragancia pura y delicada
Del aura que embalsama la pradera,
Cuando Flora sacude, enamorada,
Su blonda y perfumada cabellera.

Estos los tonos son, pobres, triviales,
Dignos tal vez de mi discorde canto:
¿Cómo cantar virtudes inmortales?
Mi intimidada voz no aspira a tanto.

Otros vendrán cuya alma ardiente, inquieta
Sepan honrar al grande americano,
No yo, vulgar y tímido poeta
De débil voz y de cantar profano.

Mas quiero respirar de esta fatiga
Que sin descanso el pecho me atormenta,
Que en bronco canto a prorumpir me obliga
Y que mi cauta timidez ahuyenta.

Yo quiero respirar. Dejad que cante
Aunque mi acento en el olvido muera,
Aunque mi voz discorde y espirante
Salga apagada y salga la postrera.

¡Bolivar!... oh! perdona si te nombra
Quien a cantar tus glorias no se atreve;
Mi raquítica voz, ilustre sombra,
Morir sin duda en el silencio debe.

Bolivar!... Dicen que surcando vienes
El ronco mar entre ínclitas naciones,
Dosel formando a tus ilustres sienes
Con sus cuatro pujantes pabellones.

Dicen que en pos de tí vienen llorosas
Tres jóvenes repúblicas hermanas,
Orlas tejiendo de fragantes rosas
En honor de tus glorias soberanas.

Sobre el sepulcro ornamentado y yerto
Dicen que un beso estampan espresivo,
Y en su arrepentimiento honran al muerto
En desagravio del ilustre vivo.

Dicen tambien que tus sagrados restos
Serán en urnas de oro colocados;
Dicen que el pueblo espléndidos aprestos
Tiene para ensalzarlos preparados.

Si esto es verdad, mis manos cuando llegues
Banderas tejerán de seda y oro
Para inscribir en sus flotantes pliegues
El nombre de la patria que yo adoro.

Si esto es verdad, mi flauta disonante
Al entonar su humilde cantinela,
Menos bronca será cuando ella cante
Las glorias de mi dulce Venezuela.

Oh! ven. Calló la maliciosa insidia:
Traigante al puerto las henchidas lonas;
Tú fuiste ayer el blanco de la envidia;
Hoi para tí se tejerán coronas.

Así el disco del sol es mas divino
Despues de oscura y tempestuosa noche,
Cuando a su rayo rojo y matutino
La flor despliega su encendido broche.

Asi la alta virtud es mas sublime
Despues de la calumnia horrible y dura,
Cuando rota la nube que la oprime
Su faz presenta candorosa y pura.

Ven, que el tiempo pasó de tu martirio:
Ven y saldrán las jentes a millares
Solo a verte pasar, y en su delirio
Templos tambien te elevarán y altares.

Y tu nombre será de boca en boca
En tu patria por siempre repetido,
Y por el eco que de roca en roca
Vaga en los Andes fríjidos perdido.

Y coronas de blancas azucenas
Pondrán sobre tu tumba silenciosa,
E inscripciones sin fin de afectos llenas
Esculpirán doradas en tu losa.

¡Al jefe de la América inscripciones!
¿Quién las pondrá con atrevidas manos?
¡Honor comun que rinden las naciones
Ora a sus héroes, ora a sus tiranos!

Fuera toda inscripcion. Ninguna encierra
Harto valor, grandeza, y enerjía.
¿Quereis honrar al grande de la tierra?
Poned: BOLIVAR, en su tumba fria.

Ese nombre será la voz hermosa
ue hable a la mente con poder divino;
erá la cifra espléndida y gloriosa
el mas bello y magnífico destino.

Será para la patria enaltecida
le gloria un sol, radiante y esplendente,
Que nos deslumbrará cuando despida
Un rayo de su luz en nuestra frente.

Será cual faro en empinada cumbre
Que en la noche fatal de la anarquía,
Con los vívidos rayos de su lumbre
Rompa la sombra y nos devuelva el dia.

A ese májico nombre los valientes
Saldrán de sus sepulcros olvidados
A visitar la tumba, reverentes,
Y a besar sus faldones enlutados.

Y sus livianas sombras vaporosas
Lejos del hombre y del mundano ruido,
Murmurarán sus preces misteriosas
En rededor del gran recienvenido.

Vendrán tambien allí sin pompa vana
A deponer, los olvidados reyes,
Ante la gran virtud republicana
Su falso brillo y sus vetustas leyes.

Y al mirar sin coronas sus cabezas,
Jefes sin nombre, reyes destronados,
De su poder pasado las grandezas
Llorarán y sus timbres olvidados.

A su nombre las célicas deidades
Que el templo santo cuidan reverentes,
Por el caudillo, al Dios de las bondades,
Levantarán sus manos inocentes.

Y bajarán los blancos serafines
A bendecir y custodiar su sombra;
Y regarán suavísimos jazmines
Que al héroe sirvan de fragante alfombra.

Alados niños poblarán el templo
Y correrán el velo a los altares,
Y las vírjenes puras a este ejemplo
Entonarán sus místicos cantares.

Tal vez el aire llenarán y el coro
Blancas nubes de incienso, que movibles
Se elevarán del incensario de oro
Sustentado por manos invisibles.

Y un reguero de luz las sombras vanas
Vendrán a disipar, tristes y frias;
Y en el coro se oirán voces lejanas
Derramando celestes armonías.

BOLIVAR!... oh! perdona si te nombra
Quien a cantar tus glorias no se atreve;
Mi raquítica voz, ilustre sombra,
Morir, sin duda, en el silencio debe.

En vano mi harpa resonar desea:
No te puedo cantar, jénio del mundo;
Al intentar la espléndida tarea
En mi nada ¡infeliz! me aniego y hundo.

No puede celebrar tu grande nombre
Un trovador cual yo, torpe y oscuro:
Para que el mundo a su esplendor se asombre
Basta su brillo deslumbrante y puro.

No me es dado tocar con torpe mano,
Espléndido el tesoro de tu gloria,
Ni debo yo con mi cantar profano,
El brillo deslustrar de tu memoria.

Gracias que pueda en mi emocion violenta
Alzar la frente de la tierra impura
Para evocar tu sombra macilenta
Del templo santo entre la sombra oscura.

Y un ramo colocar sobre tu losa
Tributo humilde de un cantor profano
Que al llegar a tu tumba silenciosa
La lira suelta su convulsa mano.

Paz al caudillo!... Ya su sombra augusta
Miro vagar por el recinto santo,
De su vision el esplendor me asusta,
Y turba y rompe mi apagado canto.

Y entreábrense mis manos ajitadas,
De ella se escapa la sonante lira,
Y sus doradas cuerdas destrozadas,
La débil voz en la garganta espira.

AL SEÑOR JOSE ANTONIO MAITIN. (1)

Ah! loin de ces cités où les bruits de la terre
Etouffent les échos de l'âme solitaire.
LAMARTINE.

Lejos de mí los frívolos placeres
Que embriagan y adormecen los sentidos,
De aquellos que entre gasas y mujeres
Viven al yugo del engaño uncidos.
¡Ai del vivir mezquino de esos seres
Que al son de las orquestas embebidos,
Con el torpe clamor de las ciudades
No oyen bramar las roncas tempestades!

¡Ai del que al son de voluptuosa danza
En medio a los deleites que le inundan,
Olvida que la luz de la esperanza
Mil negras nubes de dolor circundan!
¡Ai del piloto que en la mar descansa
Sin temer que las ondas le confundan,
Y en brazos va de su cansancio inerte
A visitar las playas de la muerte!

Bienhadado el mortal que el mundo deja
Con sus ruidos, su pompa y sus festines,
Y en abandono lánguido se aleja
Del escondido valle en los confines!
Que allí puede exhalar libre su queja,
Tranquilo habitador de los jardines,
Entre flores de pascua y clavellinas,
Como viven las jentes campesinas.

De nada sirve el eco regalado
Que raudo jira en torno a los salones;
Para el que vive triste, abandonado,
Su música y su bien son sus canciones.
Que a quien nació para llorar cuitado
La luz de sus perdidas ilusiones,
Con un laud sencillo y lastimoso
Nada le importa el mundo caviloso.

No mas, no mas vivir como he vivido
Los cortos años que mi estrella cuenta;
De la ilusion vasallo, no he sentido
Sino el ronco fragor de la tormenta:
Y ya apuradó el vaso corrompido
Que la suerte risueña nos presenta.
Víctima fué de errores juveniles
Quien solo cuenta diez y nueve abriles.

No volverá mi juventud perdida
A gozar los dulcísimos engaños,
Que derramó en mi cielo adormecida
La rauda luz de mis primeros años.
¿Qué es el hombre en los campos de la vida
Que apuró hasta la hez los desengaños,
Si guarda el alma la fatal ponzoña,
Sino un árbol que muere y no retoña?

Cuando al nacer miramos el camino
Que ha de trillar la planta vacilante,
Senda que marca nuestro triste sino,
Maldice el pensamiento delirante
Del injusto rigor de su destino;
Y lanzando con pecho de diamante
Su voz el hombre, que en los aires zumba,
Baja insensato a la insondable tumba.

Como el fulmíneo rayo que pomposo
Brilla al dejar la nube que lo encierra,
Y súbito en su curso luminoso
Recorre los espacios de la tierra:
Su nuevo mundo al contemplar furioso
Quiere abrazar con su terrible guerra,
Y vomitando ardiente su veneno
Corre a perderse en el inmundo cieno.—

(1) Esta composicion del Sr. Calcaño, se encuentra en el folletin del «Liberal de Caracas» de 25 de abril último: no la conociamos hasta ahora y creemos que merece el lugar que le damos a continuacion de las obras del cantor a quien se dirije.

¡Oh! feliz el Edén cuyos rosales
Duermen al beso de la mansa brisa
Escuchando el cantar de los turpiales,
O el eco del raudal que se desliza;
Allí el son de los récios temporales
No torna, no, las flores en ceniza,
Porque duermen pacíficos los vientos
De una arpa a los dulcísimos acentos.

En tu valle tranquilo y retirado
Tú tienes una lira que murmura,
Como jime el favonio enamorado
Refiriendo a la flor su desventura;
Y tu laud sencillo y delicado
Sabes pulsar, cantor, con tal dulzura,
Que hace inclinar la frente a las espigas
El dulce suspirar de tus cantigas.

Yo sé que al son del viento que suspira
Blando meciendo la elegante caña,
Cuando la tarde lánguida te inspira,
Cabe el fresco raudal que tus piés baña,
Brota en dulzuras tu campestre lira,
Y al llegar tu cancion a la montaña,
Repiten tus acentos celestiales
En dulcísimo coro los turpiales.

¿Tú no sabes si errante por el prado
Cojiendo flores por la tarde vaga,
Para adornar la sien del inspirado
Alguna tierna y hechicera maga?
¿Tú has sentido en el césped dormitado
Si su mano suavísima te halaga,
Y coloca en tus sienes, vaporosa,
Su májica guirnalda misteriosa?

Tú cantas como canta el marinero
A la luz de la luna por los mares,
Con ese acento triste y lastimero
Con que espresa sus lánguidos pesares:
Y al ensalzar tu valle lisonjero,
Bien me dicen tus rústicos cantares,
Que sirven a tu lira de atavío
Las cristalinas gotas del rocío.

¡Oh! bendita la paz que en torno jira
Del campo con sus aves y sus flores
Donde el aura pacífica suspira;
Que allí en vez de los sórdidos clamores
Del que ambicioso por mandar delira,
Se escucha con los vientos corredores
El murmurio apacible de la fuente
Que corre sollozando dulcemente.

La dulce paz del campo me enajena:
Embriaga mis sentidos su reposo;
Y de un fuego bendito el alma llena
Que no comprende el hombre vanidoso.
El triste son de la fatal cadena
No hiere su recinto silencioso,
Y libre en su cabaña el campesino
No envidia de los reyes el destino.

Tú en cuyos ojos lánguidos de amores
Bebo la luz que en mis cantares brilla,
Y hablas con tus miradas cual las flores
Con su esencia purísima y sencilla,
Dejemos oropeles brilladores
Por el cantar de rústica avecilla,
Que mas dulce que aquí vierte en el campo
La tierna luna su arjentado lampo.

Y tú, cantor, que duermes descuidado
Mientras jime la tórtola amorosa,
Y por vivir tranquilo y sosegado
De la ciudad te alejas bulliciosa,
No abandones tu valle perfumado,
Sigue pulsando el arpa sonorosa
Bajo el dosel de lindas clavellinas
Que cobija a las jentes campesinas.

JOSE ANTONIO CALCAÑO.

MARIN DE SOLAR

(MERCEDES).

La Sra. Doña M. M. de Solar cuyas poesías tenemos la fortuna de insertar en esta coleccion, es hija de la capital de Chile, en cuya sociedad se distingue tanto por sus talentos como por su modestía y virtudes. A su aplicacion, únicamente, debe la facilidad con que sabe espresar sus pensamientos en clara y elegante prosa, y en harmoniosos versos; pues, como ella misma nos lo ha manifestado, «nacida con la revolucion de su pais, solo alcanzó en los primeros años de su vida, aquella mezquina enseñanza que se daba entonces a las personas de su sexo.» Esta Señora ha resuelto a nuestro entender, un problema difícil, mostrando prácticamente cuál deba ser el uso que de un espíritu cultivado deba hacer la mujer en el estado actual de nuestras sociedades. Ella estudia para educar por sí misma la tierna intelijencia de sus hijos, para comprender mejor sus deberes, y para poder recomendar con elocuencia, a la juventud de su sexo, las ventajas de la ilustracion, del saber y de la virtud. Presidiendo una vez el acto de reparticion de premios en un liceo de Señoritas, les dirijió estas palabras que copiamos de los periódicos que las reprodujeron con encomio: «La historia, la literatura, las bellas artes, os ofrecen sus inmensos tesoros: a todo puede elevarse vuestra intelijencia, que no cede en viveza y penetracion a la del hombre. De todo podeis gozar sin mengua de vuestras gracias naturales, y sin contrariar el destino que os ha deparado la providencia. Pero no es mi ánimo despertar en vosotras una ambicion peligrosa: sé que el destino de la mujer es oscuro, y que el camino de la gloria está para ella erizado de espinas y cubierto de precipicios: no obstante, su vida que en gran parte forma la consagracion al deber, y una modesta sumision a las conveniencias sociales, puede aun estar llena de encantos, si la sensibilidad y las luces, reunidas en proporcion, forman los elementos de su carácter... La solemnidad de este acto os dejará las mas puras e indelebles impresiones. Vosotras lo recordareis con gusto cuando mas adelantadas en la vida, conozcais el precio de la inocencia y del reposo; porque los goces de a virtud no se borran jamas y su memoria, como la de la infancia, esparce una suave y encantadora luz aun en los confines del sepulcro.»

No son comunes, modelos como el que presenta esta señora: los medios discretos empleados por ella para que se le perdonen sus talentos, y el ejercicio que ha hecho de ellos, es una leccion de que pueden aprovechar otras personas, particularmente hoi, cuando el monopolio del saber ya no le es permitido al hombre, y cuando la educacion del bello sexo entra en un camino mas luminoso y mas ámplio. Por esta razon de utilidad no trepidamos en copiar aquí parte de una carta, que la señora Marin ha escrito recientemente, sin intencion de que viera la luz, y en la cual esplica, cómo se sintió llevada a cultivar las letras, y cuál es el fruto que recoje de esta dulce tarea. Dice así: «Ajena toda la vida de pretensiones al saber, solo he escrito cuando alguna fuerte emocion o alguna indispensable condescendencia me ha puesto la pluma en la mano..... Desde mui temprano me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instruccion que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mí misma conocí cuán acertado era a este respecto su modo de pensar, y exajerándolo, tal vez en demasia, juzgué que una mujer literata en estos paises era una clase de fenómeno estraño, acaso ridículo, y que un cultivo esmerado de la intelijencia, exijia de mí, hasta cierto punto, el sacrificio de mi

licidad personal.... El tiempo que me dejan libre mis ocupaciones lo empleo en leer libros útiles para la educacion mis hijos. . Mis versos son como un lujo de mi vida privada, y no pocas veces han contribuido a librarme de guna fuerte y dolorosa impresion.

Discretas y elegantes palabras! No muestran por sí solas, mas que una biografía minuciosa, la sensata moralidad el finísimo tacto social de quien las ha escrito?

CANTO FUNEBRE A LA MUERTE DE DON DIEGO PORTALES. (1)

Despierta musa mia
Del profundo letargo en que abismada
Yaces por el dolor. Musa de duelo
Modera tu quebranto,
Inspiracion benigna pide al cielo
Y desde esta mansion de luto y llanto,
Anuncia con acento lamentable,
Una desgracia inmensa, irreparable,
Un crímen sin segundo,
Ingratitud nefanda
Que escándalo y horror será del mundo.

Mas ¿cuál sonido penetrante escucho,
Que atormenta el oido y que resuena
En lo íntimo del alma? La campana
Es esta de la muerte, y ella hermana
Sus destemplados lúgubres sonidos
Con un coro de llantos y jemidos.

Justicia eterna ¿cómo asi permites
Que triunfe la maldad? ¿Así nos privas
Del tesoro precioso,
En que libró su dicha y su reposo
La Patria, y así tornas ilusoria
La esperanza halagüeña,
Que un porvenir a Chile prometia,
De poderío, de grandeza y gloria?
¿Dónde está el jenio que antes diera vida
A nuestra patria amada? O caro nombre
Que en vano intenta pronunciar el lábio
Mudo por la aflicion! Su infeliz suerte,
Tu prematura dolorosa suerte,

(1) Las oscilaciones políticas de mi pais han sido causa de que yo jamas haya pensado en reimprimir este canto. Estamos mui lejos del tiempo en que la historia pronuncie su fallo imparcial sobre Don Diego Portales que aun el dia de hoi tiene admiradores entusiastas y apasionados detractores. Ajena de toda cuestion política, yo no quiero pertenecer ni a unos ni a otros; pero como hija de ilustres patriotas, no puede serme indiferente el juicio que mis contemporáneos formen por esta produccion acerca de mi modo de pensar, y esta es la razon porque me anticipo a esponer lijeramente mis ideas sobre este hombre célebre, a fin de justificar la pureza de mis intenciones en los elojios que le he prodigado.

Yo he creido siempre que dotado Portales por la naturaleza de talentos superiores y de una enerjia poco comun, tenia vocacion a mandar; que elevado sobre las ramas de un partido poderoso, dominado por una situacion estraordinaria, se vió en la necesidad de tomar providencias fuertes que le concitaron muchos ódios; pero que mas adelante desplegó, con una incesante laboriosidad, grandes miras patrióticas y el mas jeneroso desprendimiento de todo interes personal. Que empeñado Chile en la cuestion del Perú, se mostró vivamente interesado en una empresa, que al honor de la patria interesaba llevar a cabo y conducir a un glorioso desenlace: y en fin, que a pesar de hallarse revestido de influjo ilimitado, supo respetar la vida de los hombres, aun de sus mayores enemigos; sin hablar de otras preciosas garantías, conservadas en tiempo de su gobierno. Estos antecedentes, unidos al carácter alevoso y trájico de su muerte, escitaron por él una vehemente simpatía, que suspendiendo toda animosidad y antiguo resentimiento, obligó al pueblo chileno a derramar sobre su sepulcro, sincero y amargo llanto. Yo me sentí conmovida hasta lo íntimo del alma; y con todo, no he creido ser otra cosa en aquellos dias, que intérprete fiel del sentimiento jeneral. Mi canto halló eco en todas partes; y para mí tiene algo de mui estraordinario, que una simple mujer, poetisa improvisada al parecer solo para aquel momento, sin relaciones de ninguna clase con Portales, se alzase entonando su elojio. La espontaneidad de este hecho, unida a la consideracion de mi carácter personal, le dan cierta semejanza con aquellos testimonios que obtiene a veces la verdad, de un modo casual, de los lábios de la inocencia, y que tanto peso tienen en la balanza de la justicia.—(Agosto 25 de 1846)—(La A.)

No acierto a describir. Ilustre sombra!
Perdona mi estravío en este canto,
Empapado mil veces con mi llanto.

Qué se hicieron los dias venturosos
Del esplendor chileno?
El Pacífico en vano su ancho seno
Franquea a nuestras naves. Los pendones
Que victoria anunciaban,
Y tantos nobles pechos inflamaban,
Y terror infundieron al tirano
En su asiento lejano,
Ya en sangre y polvo envueltos
Se ven, y de vergüenza ¡oh Dios! cubiertos.
Enrojecido el suelo
Está de sangre fraternal. Despojos
De víctimas humanas,
Se ven do quier, y cual torrente fiero
De destruccion, la muerte se ha lanzado:
La obra de iniquidad se ha consumado.

Sí, desencadenada
Saliera del averno horrenda furia,
Oculta con cautela la sangrienta
Cuchilla a las traiciones avezada,
La torpe faz velada
Con apariencias dulces y engañosas,
Cual sierpe que se oculta entre las rosas.
Ella se arrastra y hasta el alto solio
Penetra del poder: allí combina
El plan de maldicion. Su envenenado
Soplo respira sobre mil incautos
Corazones, que ilusos, estraviados,
De incomprensible error, siguen su huella:
Los dias numerados
Tiene ya de la victima inocente:
Y no hai rasgo alevoso,
Que del crímen odioso,
La magnitud enorme no acreciente.

Tú mueres ¡O dolor! La cruda fiera
Que supo alucinarte con falsías,
No respetó tus dias
Que tan queridos a la Patria fueran.
¡Qué! ¿El mérito sublime,
El talento divino,
Poderosos no fueron a librarte,
De tan injusto y bárbaro destino?
¿Con qué fatal conjuro el fementido
Pudo cerrar tu oido
Al aviso oficioso,
De la fiel amistad que al lazo oculto
Tus sagaces miradas convertia?
¿Cómo su noble celo
Rasgar no pudo el velo
Con que las encubrió la alevosía?

¿Mas qué infernal instigacion ofusca
La mente del traidor? Los beneficios
Que con tan larga mano le prodigas
No desarman la suya? La brillante
Carrera que le ofreces a la gloria,
A la estima, al poder, a los honores,
Cual sendero de flores,
¿No halaga su ambicion? ¿Ni aquella noble
Magnánima segura confianza
Con que le libras tu preciosa vida,
Un solo sentimiento
De lealtad a dispertar no alcanza?
Tú cual el grande Macedon, la copa
Apuras sin recelo,
No ya de saludable medicina
Sino de activo y pérfido veneno.
Mas ¡ai! no era posible que en el cieno
De la maldad, un ser dejenerado
Por tan viles instintos,
De ambicion y bajeza,
Percibiese el esceso de grandeza
Que encierra un proceder tan delicado.

Cómo ¡oh Dios! el prestijio poderoso
De la víctima ilustre, el crudo golpe
No vedó al asesino, como al Címbrio
La faz aterradora del Romano?
La sacrílega mano
Quedar debiera al punto yerta y fria,
Al suelo descendiendo el hierro insano;
Pero no vió la luz del claro dia
Esta escena de horror; tiniebla oscura
Sirvió de velo al crimen espantoso:
Nada en torno se via: en el silencio

e al modo de la calma precursora
hórrida tempestad allí reinaba
a imperio terrible y pavoroso:
o un ai! doloroso,
eco de la selva repetia,
ntre débiles auras se perdia.

Díme, infeliz Portales ¿qué sentiste,
ando el amargo cáliz de la muerte
presentó a tus ojos por la mano
la negra maldad? Dí cual sufriste
s agudo dolor? ¿Fué la injusticia
la condena atroz? La alevosía
baja ingratitud? Fué el pensamiento
l hondo precipicio en que sumida
s la dulce patria, o la memoria
aquellas prendas a que la natura
n vínculos de amor te habia unido?
vélalo, amistad ardiente y pura, (1)
e cual numen de paz y de consuelo,
scendido del cielo,
bálsamo suavísimo vertiendo
el alma aflijida
car pudiste la profunda herida.

Inútil fué el denuedo
tanta noble sangre derramada
r la leal milicia en su defensa:
la preciosa vida
l valiente Zaldivar en las aras
la Patria ofrecida.

Y tú, infeliz Cavada,
la fiel amistad ilustre ejemplo,
or qué mueres tambien? ¿Cuál fué el delito
e provocó la rábia
ngrienta de esos lobos carniceros
ra cebarse en tu modesta vida?
sigues a la víctima querida
sacrificio fiero, mas en vano
salvacion procuras: el camino
l dédalo intrincado
r astucia infernal está cerrrado.

Mas veo la venganza de los cielos
Descender al momento
Confiada a nuestros brabos que acometen,
Y cual llama que acrece el raudo viento
Nuevo ardor los inflama
A vista de la víctima sangrienta
Que exánime a sus ojos se presenta.

Furor, ira, venganza, dolor fiero,
Llena los hondos pechos; por sus ojos
Raudal vertiendo de ardoroso llanto,
Esgrimen denodados el acero,
Que vibra refuljente, cual la espada
Del esterminador: seguid valientes,
Purificad un suelo amancillado
Por tan horrendo crímen: no son hombres,
Son furias infernales las que cruzan
Ese campo fatal: corred, guerreros,
Perseguidlas en todos los senderos
Y si huyen a sus hórridas guaridas
Ponga el remordimiento,
Con incesante roedor tormento,
Fin espantoso a sus infames vidas.

Triunfais al fin, y la aflijida patria
Tornó de su angustioso parasismo
Para sentir empero mil dolores
En el aciago triunfo. Al tiempo mismo
Que besa agradecida los laureles
Que el jeneral valiente
Le consagra con llanto, un ¡ai! doliente
Se escapa de su seno penetrado
De una inmensa afliccion. Un eco triste
Repite por do quier: «Murió Portales»
Y todo es miedo, indignacion y susto,
Y todo anuncio de futuros males.

No hai himno de victoria
En este infausto dia, ni otra gloria
Que llorar y jemir. El pueblo en tanto (2)
Se avanza a recibir el don funesto

---

(1) Esta alucion se dirije al coronel Don Eujenio Necochea que habiendo sido aprehendido junto con Portales en illota, le acompañó hasta su muerte.—(La A.)

(2) El pueblo de Valparaiso se adelantó a recibir los cadáveres de los Sres. Portales, Zaldivar y Cavada. Estos últimos quedaron sepultados allí; pero el de Portales despues de embalsamado, fué conducido con grande pompa a capital, donde se le hicieron honores estraordinarios.—(La A.)

De la negra traicion. La fiel matrona
Sorprendida, aterrada,
Su morada, sus hijos, abandona
Y se muestra tambien: vertiendo llanto
En medio de las calles las doncellas
Están de sí olvidadas. Los infantes
Fijos los ojos en sus madres tristes
Enmudecen de espanto:
Y el decrépito anciano
Que ver tantos horrores no esperaba,
Y en dulce paz tranquilo se gozaba,
Se enjuga el lloro con la débil mano.

Ardiendo en ira santa
La juventud chilena se apercibe
A vengar el ultraje. No la espanta
Puñal aterrador: su sangre toda
Gustosa verterá, si así redime
El honor ultrajado y el reposo
De la patria infeliz. El entusiasmo,
Como fuego del cielo descendido,
Llena los corazones. Cuál quisiera
Con atrevida mano
Derrocar al tirano: cuál tornando
Al mártir de la Patria sus miradas
Ansía seguir su huella esplendorosa,
Y halla suerte dichosa
La de morir llorado
Del pueblo libre, cuya dicha fuera
De su desvelo el fin... Pero la Patria
Verá dias de gloria..... Noble arrojo
Será, no vil oprobio y desaliento,
El fruto del profundo sentimiento
Con que a Portales llora desolada
La familia chilena. Sombra amada!
No te conmuevas en la fria tumba,
Ni turbes tu reposo,
El pensamiento odioso,
De ver por el tirano envilecida,
Aherrojada, oprimida,
Esta patria adorada,
Que merced a tu celo se vió un dia,
A tan escelsa gloria levantada.

Mas oigo ya el estruendo
Con que el cañon anuncia que se acerca
El carro funeral. Lucida pompa
Se mira en torno de él. Los viles yerros
Que a la inocente víctima ligaron,
De signo ignominioso,
En timbre de alto honor se ven trocados,
Y en público espectáculo se ostentan,
No menos gloriosos,
Que a los que al gran Colon apercibieron,
Calumnia atroz y bárbara injusticia.
El carro en que a la muerte fué llevado
Por insanos berdugos,
Aparece en las calles enlutado,
Y de sorpresa y duelo,
Indefinible sensacion produce.
Ya la amistad con mano fiel conduce,
La faz en tiernas lágrimas bañada,
La ceniza preciosa
Al postrimer asilo. Reverente
Hondo silencio en torno se difunde,
Y arrobada la mente se confunde,
En solo un doloroso pensamiento
¿Son estos restos frios,
Es esta imájen insensible y muda
Lo que nos ha quedado de Portales?
¿Su indeleble memoria,
Sus acciones legadas a la historia,
Son de hoi en mas todo su ser y vida?
¿Do está el soplo divino que animaba
Aquel semblante hermoso? ¿Do se esconde
La mente osada, altiva,
De aspiraciones elevadas llena;
El alma firme, impávida, serena,
La mirada sagaz y penetrante,
La voluntad resuelta, decidida,
El aliento de vida,
Que a todos de su espíritu animaba,
La pasion jenerosa y anhelante,
De lo grande y lo justo? La faz yerta
Carece de espresion. No ven sus ojos
Su oido no percibe ya el lamento
Y amargo sentimiento
Con que todos contemplan sus despojos.
¿Dónde estás? ¿Es posible? ¿Te perdimos
Para siempre jamas? ¿No nos escuchas,

el pueblo idolatrado,
's nada para tí? ¿Tú mismo en nada
'e tornas para él? Terror! Espanto!
'erman el corazon, y no hai consuelo...
Empero torno al cielo
Mis ojos por el llanto fatigados,
Y veo allí la relijion divina,
Que con faz de belleza peregrina,
Y descorriendo misterioso velo,
Me muestra en los alcázares del cielo,
El asilo dichoso,
Donde libre su espíritu reside,
En sempiterna paz, en almo gozo.
«No llegan los malvados,
Me dice, a este lugar, ni su malicia
Dardos emponzoñados
Asestar puede aquí con mano aleve:
Los que están fatigados,
Aquí descansan, y en el blando seno
Del Hacedor Supremo no hai cuidados,
No hai insidias, ni engaños, ni traiciones,
De las viles pasiones
El imperio tiránico no alcanza
A perturbar el goce inalterable
De este bien inefable,
Y su furor inútil aquí espira,
Cual las olas del mar tempestuoso
Contra el escollo inmóvil que las mira.

Salve, feliz y venerada sombra!
Salve mil veces! Tu alma jenerosa,
Otra morada ocupa mas grandiosa
Y digna de habitarse. El suelo impuro
Que premia la virtud con cruda muerte
No mereció, Portales, poseerte.
Habita esa mansion de luz divina,
Que cobarde traicion no contamina;
Mientras tu cuerpo helado,
Por la doliente patria custodiado,
Cual reliquia preciosa,
Entre los puros ardorosos votos
De un pueblo agradecido,
Ante el santuario del Señor reposa.

A LA SEPULTURA DEL SEÑOR DON MANUEL VICUÑA,

PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA CHILENA.

SONETO.

Yace bajo esta losa muda y fria,
El despojo mortal del Pastor santo,
Que en vano riega el abundoso llanto,
De su grei solitaria noche y dia.

La tierna Magdalena asi jemia
No encontrando el cadáver sacrosanto
De Jesus, y tal era su quebranto
Que la divina voz desconocia.

Cumplióse aqui la lei de la natura:
Un vacío, un dolor, una memoria,
Solo deja al morir la criatura;

Mas si rauda se eleva ácia la gloria
El alma eterna refuljente y pura,
¿Dónde está de la muerte la victoria?

IMPRESIONES DE LA OPERA.

A LA SEÑORA CLORINDA PANTANELLI.

¿Podré yo describir, Clorinda amable,
El encanto inefable,
La halagüeña impresion que sintió el alma
Cuando te vi, te oí, la vez primera?
Tu hermosa faz bañada
De marcial espresion, jentil presencia,
De noble audacia sin igual modelo,
En Romeo admiré; dignidad grave
Y persuasion suave,
Que anima el tierno amor con sus encantos:
Sí, Clorinda, te escucho embelesada...
Mas pronto el rostro bello
Despide de furor vivo destello
Y en la tremenda espada,
En tu acento vibrante,
Y vista centellante,
El anjel del Eden me pareciste,
Y hasta lo hondo del seno estremeciste.

Despues contemplas a la tierna amante,
Cuya faz delicada,
Antes triste y llorosa,
Ora se muestra alegre y cariñosa,
Abriendo dulce entrada
En su alma atormentada
A una dicha ilusoria y fementida:
Tu voz enternecida,
¡Cuál espresa de amor dulces afectos!
En tus brazos se inclina,
Cual lánguida violeta,
La aflijida Julieta;
Y por darla consuelos,
Olvidas a su lado,
Los rigores del hado,
Y tus amargas penas y recelos.
Mas no olvidaré yo, Clorinda amable,
La celeste armonía
Que tu arjentado acento producía,
Unido al de tu hermosa compañera,
En el *mio caro abraciami*;
Ni las dulces profundas vibraciones,
Que en éstasis divino,
Hacian palpitar los corazones.

¿Te seguiré yo en Norma atormentada
Por tus terribles celos? Una Diosa
De májico prestijio rodeada,
Y llena de un poder casi divino,
Vivo emblema del jenio femenino
Apareces primero; todo cede
A tu solemne voz, y los arcanos
Conoces del destino
Y dictas sus decretos soberanos:
Mas ai! eres mujer y allá en tu seno
Oculto está el veneno
De una tierna pasion. Las confianzas
Recibes de la jóven Adalguisa,
Y al oir sus palabras se despierta
En tí aquella funesta *rimembranza* [1]
Que jamas escuché sin que sintiera
Una emocion profunda.
De Adalguisa el amante
Es Polion inconstante;
Norma lo sabe, y con horrenda saña,
Busca en los tiernos hijos la venganza:
En su ciego despecho
Apercibe el puñal, se acerca al lecho,
Mas a herirlos no alcanza
La mano maternal, y dulces besos
Se imprimen en los rostros infantiles
Que riega ardiente y abundoso llanto.
Acércase entre tanto

---

1 En el duo del primer acto, Adalguisa descubriendo a Norma el estado de su corazon, le refiere tan detenidamente ciertas demostraciones de afecto dadas por su amante, que Norma no puede dejar de reconocer son las mismas que ella recibió en otro tiempo de Polion, y esta amarga idea la hace prorrumpir en esta esclamacion *¡O rimembranza!* a que la Sra. Pantanelli da con una espresion tan penetrante y patética.—(La A.)

El término fatal;... yo no me siento
Capaz de describir lo inimitable.
Veo en la faz mudable sucederse
El ódio a la ternura, cual las olas
Del proceloso mar, ¡oh qué contraste!
Qué confusion de afectos,
De celos... de furor!... Cruda victoria
Logra al fin la virtud; y arrodillada
Cual víctima sublime, resignada,
Te declaras culpable.
Buscas la dicha en la terrible muerte,
Y al apurar la copa de amargura,
Es felice tu suerte
Pues de Polion recobras la ternura.

¿Y qué diré del *alma innamorata*,
De ese jemido tierno y melodioso,
Que eternizó de Donizetti el númen,
Y si al vivo retrata
De un amor infeliz el desconsuelo
parece unir la tierra con el cielo?
¿Quién cual tú lo cantó, dulce Clorinda?
¡Ai, cuán hondos suspiros
Arrancó al alma mia
La doliente agonía
De este Edgardo muriendo en mi presencia,
Y cuántos mas me arrancará su ausencia! [1]

Pero ¿cómo has podido,
Mujer inimitable,
Tan buena madre como buena esposa,
Representar la criminal consorte
De Belisario ilustre? Asi violentas
Las amables facciones
Con la torva espresion del ódio fiero
Y la traicion odiosa?
Sin conocer el crímen,
Sin bajar al abismo,
Dí ¿quién te reveló el crudo tormento
Del tardío infernal remordimiento?
El jenio, ese poder indefinible
Cuyo foco es el cielo de do vienen
Nobles inspiraciones sobrehumanas,
Ese claro destello
Que nos lleva ácia Dios, pues nos revela
Las fuentes del sublime y de lo bello.
Él anima tu acento melodioso,
Y ora la virtud cantes,
Ora el vicio simules,
Ora fiera amenaces,
O lisonjera adules,
Te enajene el dolor o bien te anime
La plácida alegría,
Siempre inspiras profunda simpatía.

Qué importa que en honda calma
Esté aletargada el alma,
Si al oir tu voz sonora,
Al ver tu faz seductora,
Se despierta el corazon.

Tú revelas los arcanos,
De los afectos humanos;
Y la jóven inocente,
Por tí los riesgos presiente
De un desacordado amor.

Si de una trájica historia
Borró la triste memoria
El tiempo con su poder,
Tú la hiciste aparecer,
Con su aspecto y su color.

Tal vez el hábito apaga
La pasion que mas halaga;
Mas por tí la fiel esposa
Torna a mirar cariñosa,
Al que dió su fé y amor.

Y cual májico sonido,
Que algun eco ha repetido,
De dulcísima armonía,
Siente llena de alegría,
Que aun hai en su pecho ardor.

Tú infundes los sentimientos,
A merced de tus acentos:
Y el alma contigo pena,

[1] Alusion a la próxima partida de la Sra. Pantanelli.—(La A.)

Se estravía, se enajena,
Entre el gozo y el dolor.

Llena, Clorinda, tu mision divina,
Anime el mundo tu espresion sublime;
Y si la humanidad o el amor jime
Alza tu voz sonora y peregrina.

Ella quebrantará las almas duras
Que cierra el interes y el egoismo,
Y por tí confundido el crímen mismo
Buscará de virtud las fuentes puras.

No mancille tu lábio invencion fea
De corrompido gusto, canta el jenio,
Canta la virtud siempre y el proscenio
Brillante luz al orbe culto sea.

En Chile será eterna tu memoria:
De Clorinda y Teresa[1] entrambos nombres,
Conservará la fama entre los hombres,
Y el arte encantador que hizo su gloria.

—Santiago de Chile, noviembre 1.° de [illegible].—

---

1 La Señora Teresa Rossi, compañera de la Señora Pantanelli.

MARMOL

(JOSÉ).

Nació este señor, en Buenos-Aires, el dia 4 de diciembre de 1818. Destinado por sus padres a la carrera de las tras, hizo alternativamente sus estudios en las escuelas públicas de Montevideo y de Buenos-Aires. En 1838, cuan- se hacia ya querer y notar entre sus jóvenes compañeros por la jenerosidad de su carácter y sus luces, corrió la uerte de muchas otras personas distinguidas de su pais, abriéndose a su inocencia las puertas de los calabozos poli- icos, que nunca como entonces estuvieron tan poblados en Buenos-Aires. — Allí, como en toda prision inquisito- ial, menos vedada era una arma que un tintero; pero a falta de este, el Señor Marmol, escribia con carbones en la ared airados apóstrofes en verso contra el causador injusto de sus padecimientos. Una de aquellas composiciones erminaba con la siguiente estrofa:

Muestra a mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
Bárbaro! nunca matarás el alma
Ni pondrás grillos a mi mente, no!

Asi que obtuvo su libertad, y burlando nuevas persecuciones, emigró el Sr. Marmol a Montevideo y de allí a Rio Janeiro. En este puerto se embarcó para uno de los del Pacífico, en 1844, y no habiendo podido montar el Cabo de Hornos por las tormentas y averías que esperimentó su buque, regresó al Brasil en donde residia ahora poco tiempo. El que escribia en verso en la paredes del calabozo, escribió tambien sobre la inquieta cubierta de un buque desmantelado. Al regresar de su funesto viaje arregló los borradores de un poema que ha titulado: «El Peregrino en el mar,» de cuyos cantos publicamos aqui algunos fragmentos poco conocidos todavia.

El Sr. Marmol ha redactado varios periódicos políticos y literarios; ha escrito muchas bellas poesías y varios dramas en verso, de los cuales dos se han representado en Montevideo con aplauso—el «Poeta» y el «Cruzado.»

LOS TROPICOS.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO: «EL PEREGRINO.»)

Y en medio de las sombras
Enmudece la voz del Peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino,
Sobre el Fenix [1] se oia,
Que como el jenio de la noche huia
En las alas del viento tristemente;
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.
. . . .

1 Nombre del buque.

Qué bello es al que sabe sentir con la natura
Pasar al mediodia del circo tropical,
Y comparar el cielo de la caliente zona
Con el que tibia pinta la luz meridional!

Los Trópicos! radiante palacio del Crucero, [1]
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!
Entre vosotros toda la creacion rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creacion tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza llena de timidez y frio
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «basta!» volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ambar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayan:
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde rios mas anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
Se visten, con las nubes, de la cintura al pié:
Las tempestades ruedan y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido del Andes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tocanos, Guacamallos, el leon y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátil en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vejetacion exhala
Formando pabellones para burlar al sol,

1 Constelacion del sur.

Ya que su luz desdeña pues tiene del diamante
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virjen, hermosa, radiante,
No emanà sino vida y amor y brillantez:
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rei;

Àsi como la niña de quince primaveras
De gracias rebosando, dé virjinal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando a su rostro brotan las rosas del rubor...

Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos jiros besándonos la frente
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ai! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnífica: LA LUZ.
La luz ardiante, roja; cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodia, la tarde tropical;
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
O del millon de estrellas un astro nada mas?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová
Parado en las alturas del Ecuador, mirando,
Los ejes de la tierra por si a doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
E hidrópica de vida revienta por los poros
Vejetacion manando para alfombrar su pié.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando jiran en derredor a él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien:

Y mas arriba, cisnes de nitido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altár.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color;
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma:
Allí se poetiza la voz del corazon:
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la rejion de Dios.

Un poco mas... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito ser,
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su lábio se escapan una vez:

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente,
Con Iris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la vírjen-madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesus.

A BUENOS-AIRES BAJO SU LATITUD.

(FRAGMENTO DEL PEREGRINO.)

Son estos los mares que besan su planta!
n estos los cielos que doran su sien!
li Buenos-Aires, el Aguila esclava,
ue hendia altanera las nubes ayer!

¡O Patria! tus dias de gloria pasaron,
ubriendo la sombra los rayos del sol;
'us hijos proscriptos el pan ablandamos
on lágrimas tibias de ingrato dolor.

Asi lo quisieron: silencio! del alma
e legue al olvido la fuente del mal;
Y el pecho contento sintamos ¡o Patria!
Al ver, de los mares, tu cielo brillar.

Cuán bellas contemplo rodar por la esfera
Tus nubes pintadas de plata y zafir!
¡O Patria! si al hombre faltara la ciencia,
Sabria al mirarlas que estabas allí.

Al ver estos cielos a mi alma dirian,
Nosotros te dimos la luz al nacer:
Nosotros velamos la patria Arjentina
Con rayos de lumbre dorando su sien.

Cuán bellos tus mares! ¡Cuál alzan henchidos
De orgullo sus ondas, valiente su voz!
¡Oh! vaya en vosotros al suelo Arjentino
Vibrando en las olas mi lúgubre *adios!*

. . . .
. . . .
. . . .

Si acaso en la tierra proscripto me aguarda
Sepulcro estranjero sin llanto ni cruz,
Subleva tus ondas ¡oh mar! y a mi patria
Mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡oh! vendrá dia de gloria, lo espero,
Que puedas ¡o madre! tus hijos mirar:
El dia que mires haber en tu suelo
Un hombre de menos, o algun hombre mas.

En tanto, do quiera verán a tus hijos
Sin caer abatida la sien al dolor,
Que el pecho orgulloso del nombre *Arjentino*
Aun no se desmaya diciéndote ¡adios!

II.

Venid proscriptos, con la sien orlada
Del infortunio que la sien oprime;
Y hablemos de la madre abandonada
Que *allá* sin hijos en cadenas jime:
Y una lágrima al párpado asomada,
Que la desgracia al corazon esprime,
Mezclemos al contarnos de su historia
La obscurecida fujitiva gloria.

Si ¡adios! dijimos a la patria bella,
Venid en derredor de mis canciones;
Y, suspirando el corazon por ella,
Hablemos de su gloria y sus varones...
Del Plata hermoso, que sus lindes sella
Con jigantes y ricos eslabones;
De nuestros bosques y su flor mimosa,
De nuestro cielo y de la Pampa hermosa.

Yo soi el trovador que las inciertas
Huellas de mi destino voi siguiendo,
Mas que, al sentir las esperanzas yertas,
Pulso mi lira y las percibo hirviendo:
Canto, y veo las tumbas entreabiertas,
Los Incas a sus hijos bendiciendo;
Y, levantando el porvenir la frente,
Dorar del Plata el apagado oriente.

Venid; el harpa que tomé en las manos,
Cuando del Plata abandoné la arena,
Tiene una maldicion a los tiranos
Que en sus bordonas ásperas retruena:
Y una voz *¡Libertad!* que a mis hermanos
De sacro fuego el corazon les llena,

Porque ellos, como yo, secan el llanto
Con el calor del entusiasmo santo.

Asido al cuello de la tierna esposa,
Reclinado el infante en la rodilla,
Nos encuentre la tarde silenciosa
De ajeno mar en la desierta orilla:
Y, ocultando a la amiga cariñosa
La lágrima que empaña la mejilla,
Enviemos a la Patria un pensamiento,
Sobre las alas de estranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
Antes de dar nuestra cabeza al sueño,
Hablemos de la Patria a nuestros hijos
En derredor del encendido leño:
Ellos, en su alma los acentos fijos,
Cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
Irán ¡Oh Patria! a presentarte helados
Los huesos de tus viejos desterrados.

—Marzo de 1845.—

LAS NUBES.

(FRAGMENTO DEL PEREGRINO.)

Gloria a vosotros, vaporosos velos,
Que flotais en la frente de los cielos,
Como alientos perdidos
Del que arrojó los astros encendidos.
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura,
Enseñando al traves de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Su lábio de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos
Del alma de mi Dios? Bendice al mundo
Cuando de oro y azul pintais la esfera
Y derramais colores
Ricos en fantasías y en amores
Como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonríe
Cuando a la frente cándida del alba
Asomais con el tinte de la rosa,
Cual el rubor al pálido semblante
De vírjen candorosa
Al primer beso de su tierno amante?

¿Al contemplar el mundo,
Se acuerda de su bello paraiso,
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso
Por el que habita lodazal inmundo:
Y por el hombre siente,
Y se le anubla de pesar la frente
Cuando quedais en la tranquila tarde
Con esa luz fantástica, sombría,
Entre el ser y el no ser del tibio dia?

Sois el iman entonces misterioso
Que arrastra a meditar el pensamiento
Y ajita silencioso
Dentro del corazon el sufrimiento?
¡Quién en vosotras, húmedos los ojos
No clavó alguna vez, cuando del dia
Va muriendo la luz, cual va muriendo
Del alma con los años la alegría,
Y la enlutada noche hasta el ocaso
Llega, cual la vejez, paso tras paso!!

Decid nubes, decid, sois los reflejos
Del alma de mi Dios?... El rudo crímen
De la obcecada humanidad primera
Arrancó de sus lábios soberanos
Tremenda maldicion. Cayó en la frente
De la obra de sus manos
El rayo de su voz omnipotente;
Y vosotras rodando por la esfera
Hidrópicos los senos,

anzasteis cual torrente foribundo,
ntre millon de truenos
as aguas del diluvio sobre el mundo.

uarenta veces la inundada tierra
n sus ejes rodó; y en todas ellas
lo iluminara el sol ni las estrellas
as sombras del airado firmamento,
Y tan solo a vosotras en contino
Y rápido volar negras mirára
Lanzando en torbellino
A su maldita frente
Las ondas y las ondas del torrente.
Cumplióse el fallo irrevocable y justo
Del poderoso juez del universo,
Y a su semblante, adusto
Al castigar al crímen del perverso,
Asomó el alegría,
Y vosotras con ella
Bañadas del color del claro dia,
Al decir *basta* y levantar del arca
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
Su maldicion tambien – Allí vosotras
Al eco de su voz acudis luego,
Y en encendidas fuentes se desploma
De vuestro rojo seno un mar de fuego...
Y al volver el semblante
De la hirviente ceniza el ser divino,
En pos de su camino
Vais siguiendo su planta
A iluminar de Abraham la ciudad santa,

Allí exhala Jesus el postrimero
Dolorido suspiro en el madero:
Allí tambien ¡o nubes misteriosas!
Pálidas os contemplo y silenciosas
Cubrir la luz del luminar del cielo
Y por el hombre-dios vestir de duelo.
Decid, nubes, decid ¿sois el reflejo
Del alma de mi Dios? son sus enojos
Y el eco de su acento,
Y el fuego de sus ojos
Terrible centellando
Cuando en montes trepais al firmamento
La recia y ruda tempestad rodando?
Ese trueno es su voz? Esa serpiente
De fujitiva luz, es la mirada
Que lanza de repente
Al volar su carroza de topacios
Chispeando estrepitosa en los espacios?

Salud, nubes, salud!... Sí, sois las bellas
Luces de un rico y eternal espejo,
Donde el Dios que conserva las estrellas
De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos estasiamos
Cuando azulais los cielos,
Bellas cual los primeros dulces años;
Y tímidos temblamos
Cuando os tornais encapotados velos
Tristes como los tristes desengaños.
Y en la tarde tranquila
Por eso el corazon medita y flota
En la mar de recuerdos dilatada,
Y del cáliz del alma tibia gota
Empaña la pupila
Fija en el horizonte la mirada
Por vuestro iman fatídico arrastrada.

Ai! cuántas veces de la verde orilla
Del rio cuyas ondas arrullaron
Mis sueños al nacer, húmeda en llanto
La pálida mejilla,
Mis ojos en vosotras se clavaron!

Y no era aun infeliz! aun no la mente
Desplegando la momia de la vida,
Al corazon valiente
Con su esqueleto lívido asustara,
Y el corazon volviendo
La vista entristecida
Sus lazos con el mundo desatára!

Pero ya un no sé qué de misterioso
En el fondo de mi alma se escondia,
Y os procuraba inquieto y silencioso
Entre el ser y el no ser del tibio dia!
Asi la jóven que inesperta siente
La primera impresion dentro del alma,
Sin saber el por qué de su sonrojos
Teme y evita los estraños ojos,
Y el corazon sin calma,

Por el jardin, perdida,
En las flores se fija distraida.
Cuántas veces proscripto y peregrino,
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,
Desde estranjera roca
Os contemplé llorando mi destino,
Y con esa espresion que nunca alcanza
El lábio a repetir, el alma mia
Os contó sus pesares,
Triste como el crepúsculo del dia,
Desde el arena de estranjeros mares! ..

Hai momentos ¡o nubes!
Que misterioso eléctrico fluido
El alma con vosotras armoniza,
Y al hombre con el polvo confundido
Anjel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y erais ¡o nubes!
De oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es mas espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Mas bordados de fúljidos destellos.
Allí mi fantasía
Ahogaba los recuerdos con deseos,
Y en dulces devaneos
Menos os daba mi alma que os pedia.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume emanacion de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caida.

Mas ¡ai! tambien del atérido polo
Cubris los cielos como pardo manto;
Y yo desde un bajel perdido y solo
Donde nadie cantó, Nubes, os canto.

Despeñadas cruzais el firmamento
Rápidas como herido pensamiento,
Y atónita os contempla
Mi alma, como el enojo soberano
Lanzado en derredor de este Oceano,
Que encarcelado y solo
Entre el linde de América y del mundo,
Maldice de su cárcel los confines,
Y en rudos parasismos
Sacudiendo sus crines
Salta de los abismos
Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frájil tembloroso leño,
Dios y la humanidad en mi memoria,
La humanidad con su doliente ceño,
Dios con su poderío y con su gloria.
Decid, Nubes, decid ¿quién un tributo
No os rindió alguna vez? En el contento,
O con el alma en luto,
Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas
Cuando flotais en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que sostenidas en el aire apenas,
Soplo sutil a deshacerlas basta,
El corazon dolido,
Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdido;
O amorosa y prolija,
No imajinó entre flores,
El porvenir de su inocente hija?...

Qué virjen no os ha dicho sus amores,
O la tardía ausencia
Del ídolo feliz de su existencia?
En la noche sombría
Cuando volais en densa muchedumbre
Como inquietas ideas
De recóndita negra incertidumbre,
Adónde el alma impía
Que miró sin temor al cielo airado?
Qué jénio no ha volado
En alas de su ardiente fantasía?
Qué desterrado, acaso,
En los velos de nacar y zafiro
Que bajais al Ocaso,
No ha mandado a su patria algun suspiro?...

Pasad, Nubes, pasad. Pasad serenas
Para aliviar las escondidas penas
De mis tristes hermanos en el Plata.

Y del proscripto Bardo
Que vaga peregrino
›s canta ¡o nubes! desde el frájil pino,
velad a su dulce patria bella
Cuánto suspira el corazon por ella:
Que por ella en el mundo errante llora,
Y cuanto mas padece mas la adora.
—Marzo 8 de 1845—[1]

LOS TRES INSTANTES.

EL 4 DE OCTUBRE.

lla como la imájen de mis sueños:
ıra como la risa de la infancia:
iste como la sombra de la tarde:
bre como la brisa del desierto:
Asi encontréla un dia
A la hechicera mia,
Así; como reviste
Mi mente la hermosura:
» Tan bella como triste
» Tan libre como pura.»

EL 4 DE NOVIEMBRE.

ensible cual la blanda mariposa:
rdiente como la alma del poéta
ierna como la tórtola en su nido:
lia como del hombre el pensamiento:
Asi la oprimí un dia
Contra mi seno hirviente,
Así, cual yo tenia
La mujer en mi mente:
» Sensible como ardiente
» Y tierna como mia.»

EL 15 DE NOVIEMBRE.

Para siempre cual humo en el espacio:
Cual meteoro que pasa fujitivo:
Cual idea en delirios inspirada:
Cual el alma del cuerpo desprendida:
Asi perdila un dia
Cuando pensé era mia
Hasta en la eternidad.
Así; para mis ojos
No heredar ni despojos
De la felicidad.

Negro como la noche misteriosa:
Agrio como las heces del veneno:
Frio como el cadáver en la tumba:
Mústio como la lumbre del osario:
Así quedó de entonce
Marchito y espirante
Mi espiritu de bronce.
Así; que un solo instante
Bastó para poseerla,
Bastó para perderla.
Montevideo, abril de 840.

A ROSAS, EL 25 DE MAYO.

« Al triunfo, la agonía siguió del moribundo,
Al viva del combate, de servidumbre el ¡ ai!
. . . .
Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mia
De paz y de ventura, de gloria y hermandad.»
(JUAN CARLOS GOMEZ.)

I.

Miradlo, si, miradlo. No veis en el Oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad Americanos la coronada frente
Ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

[1] Llega en este momento (noviembre de 1846) el núm. 264 del «Comercio del Plata» y en él vemos anunciado al público el *duodécimo* canto del *Peregrino*, impreso en Montevideo en el mes de agosto último.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
Clavaron victoriosos en su nevada sien.

Veneracion! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes ¡veneracion! esclaman,
Y abiertos los sepulcros responden a su voz.

II.

Sus hijos! por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracan?
Por qué corren proscriptos sin patria y sin hogares
A tierras estranjeras a mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales
Por qué no les embriaga la salva del cañon,
Los vivas de los libres, los cánticos triunfales
Y el ruido de las ondas del pátrio pabellon.

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡o sol!
Por qué como otros dias sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III.

Emboza ¡o sol de Mayo! tus rayos en la esfera
Que hai manchas en el suelo donde tu luz brilló;
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
No es esa Buenos-Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,
Para evitar su mengua sepúltala ¡por Dios!
La emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre jemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldicion con él.

IV.

¡Ah Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldicion;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazon

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Que has hecho de la patria que te guardaba en sí,
Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Y dínos de sus glorias lo que te debe a tí.

La mancha que en el suelo no borrrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños
Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!

V.

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con luces que recuerdos iluminando van,
Y dínos si conservan memoria de tu alientó
Los inmortales campos de Salta y Tucuman.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes
O acaso en Chacabuco o en Maipo o en Junin;
O si marcando hazañas mas célebres y grandes
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dínos que lidiando la hubistes en Ayuma
O acaso en Vilcapujio, Torata o Moqueguá.

VI.

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció,
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldicion cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colon,
Salvaje, tú dormias tranquilo sòlamente
Sin entre–abrir tus ojos al trueno del cañon.

Y cuando tus hermanos al pié del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestian de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

VII.

¡Ah! Nada te debemos los Arjentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolacion sin fin;
Jamas en las batallas se divisó tu espada;
Pero mostraste pronto la daga de Cain.

Cuando a tu Patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
Fué abrir con tu cuchillo su vírjen corazon,
Yatar ante tus hordas al pié de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellon.

VIII.

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre a rios se derramó do quier;
Y de apilados cráneos los campos se poblaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

Qué sed hai en tu alma? Qué hielos en tus fibras?
Qué espíritu o demonio su inspiracion te dá,
Cuando a tu rudo lábio tu pensamiento vibras
Y en pos de la palabra la puñalada vá?

Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
Qué atmósfera aspiraste? Qué fuente maldecida
P arabautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX.

Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
Para pedir sobre ella la maldicion de Dios?

En qué hora sientes miedo dentro tu ferreo pecho,
Para llamar visiones que su pavor te den?
En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme tempestades vuestro rujir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilon;
Cascadas y torrentes prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda MALDICION...

X.

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazon rechaza la bíblica induljencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinai.

El bueno de los buenos desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
Tambien tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamas dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas ajitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como Arjentino, las de mi patria, no.

XI.

Por tí esa Buenos Aires que soportar sabia
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un leon,
Hoi débil y postrada no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambicion.

Por tí esa Buenos Aires mas crímenes ha visto
Que hai vientos en la Pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres harto, para ofender a Cristo,
Tu imájen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra estraña que nos ofrecė un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...

XII.

Mas ¡ai! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nacar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

HAY MAS ALLA, es el lema de su divina frente
Gravado por la mano purísima de Dios,
Y el Chimborazo al verlo lucir por el Oriente:
HAY MAS ALLA; responde con su jigante voz.

HAY MAS ALLA, los héroes al espirar clamaron,
Poblando con su grito de América el confin,
Y entre vapor de sangre—HAY MAS ALLA, exhalaron
Los campos de Ayacucho, de Maypo y de Junin.

XIII.

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está;
Disfruta del presente que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un dia terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal,
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza
O el corazon te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente
Reventarán los pueblos que doma tu ambicion;
Y cual vomita nubes de su ceniza hirviente
Vomitarán los pueblos el humo del cañon.

XIV.

Entonces, sol de Mayo, sus dias inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en tí;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazon,
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y rico pabellon.

Y al estenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

—Montevideo, mayo de 1843.—

NAVARRETE

(Fr. MANUEL.)

El R. P. Fr. José Manuel Martinez de Navarrete, nació en Méjico, en la villa de Zamora, perteneciente a la diócesis de Michoacan, el dia 18 de junio de 1768. Pasó su infancia en el lugar de su nacimiento y se distinguió en sus primeros estudios. Conocia ya el idioma latino, cuando la decadencia en la fortuna de su familia, le obligó a pasar a la capital a dedicarse al comercio. Pero no era esta la carrera de su eleccion. Despues de cumplir con una comision mercantil, por los años de 1787, se dirijió a Querétaro, donde tomó el hábito franciscano En el convento de los Santos Apóstoles de la provincia de Michoacan, rehizo sus estudios de latinidad, y continuó los demas exijidos a su ministerio. Señalóse en el ejercicio de este, desempeñando la catedra de latinidad en Valladolid, el cargo de predicador en Rio Verde y en Silao, y el de cura párroco de la villa de San Antonio de Tula en la intendencia de San Luis Potosí. En los ocios de estas ocupaciones, cultivó el P. Navarrete la poesía, y entonces fué cuando escribió y dió a conocer su primera composicion endecasilaba, que él tituló «Noche triste,» y tiene por asunto la muerte de su madre.

Cuando se crió el «Diario de Méjico» en 1805, se publicaron en él muchos versos de Navarrete que fueron recibidos con aplauso, contribuyendo a esta buena aceptacion del público, las modestas iniciales con que eran únicamente firmados y el esmero con que el autor los habia limado y reevisto mediante once años.

En aquellos tiempos, los literatos que se daban a la poesía se imajinaban vivir en la edad de oro, y formaban sus «Arcadias,» de los cuales eran pastores. Los arcades del diario de Méjico, le hicieron su Mayoral al P. Navarrete, y la Universidad de Méjico, reconoció la exelencia de su numen asignándole el primer premio en un certamen poetico promovido por aquella corporacion en 1809.

El P. Navarrete, fué, como se trasluce por sus poesías, y como lo atestiguan las personas que le trataron, de alma noble, de carácter injenuo y humilde, de modales afables, y de trato ameno. «Fué alto de estatura, blanco de rostro, de ojos azules, de pelo castaño y rizo, de buena presencia, de semblante halagüeño y de talle naturalmente airoso.»

Corta fué la vida de este distinguido americano. Murió el 19 de julio del año 1809 a los cuarenta y un años de su edad, hallándose de Guardian en el convento de Tlalpujahua.

Dos ediciones se conocen de los «Entretenimientos poéticos» del P. Navarrete. La primera es de Méjico, 1823; y la segunda y última, de París, 1835, en dos tomos, con retrato del autor y mucho esmero tipográfico aunque no esento de notables faltas en el testo.

A FABIO,[1] EN LA REMISION DE ESTAS POESIAS.

Qui legis, tuam reprehendo si mea laudas omnia, stultitiam; si nihil, invidiam.
OWEN.

Tu estulticia reprendo
Lector, si en todo me alabas;
Y tu envidia, si me niegas
En parte las alabanzas.

Como en triste sepulcro,
En un estante viejo,
Condenados a olvido
Yacian mis pobres versos:

Pero a la voz que manda
En todo lo que tengo,
Fueron saliendo todos
Los miserables muertos.

Dame pena el mirarlos
Carcomidos del tiempo,
Animándome a darles
Algun semblante bueno.

Ya les quito o les pongo;
Y al fin de todo advierto,
Que en vano se compone
Lo que de suyo es feo.

No obstante, Fabio, al modo
De anatómico diestro,
Que un esqueleto forma
De carcomidos huesos;

De la misma manera
Por solo tus preceptos,
Hice este como libro,
De mis mohosos versos.

Hacerte yo querria
Un ramillete ameno,
Del monte de las musas,
Con floridos conceptos:

Pero, ¡vanas fatigas
De inútiles deseos,
Si Apolo no me inflama
Con su divino fuego!

En juveniles años,
Y alegres pasatiempos,
El amor fué mi númen:
¿Cuáles serán mis versos?

Pero debo advertirte,
Que de su blando plectro
No siempre me he valido
En algun propio empeño.

Las mas veces instado
De la amistad y el ruego,
En ajenos amores
Canté agradables metros.

De aquí nace la especie
De nombres tan diversos,
Filis, *Doris*, *Clorila*,
Y otros mil sobrepuestos.

En todos, ya supongo,
Por todos sus aspectos,
La falta del adorno,
Y tambien del injenio.

Pero tú bien lo sabes
El alcázar supremo
De las ciencias no he visto
Sino mui a lo lejos.

1 Con este nombre designa Navarrete a su hermano Don Blas.

Por eso me disfrazo
En simple zagalejo,
Y en humildes cabañas
Las mas veces me sueño.

Por eso a mis muchachas
Por los campos las llevo,
Ya tejiendo guirnaldas,
Ya guardando corderos.

Por eso.,.. pero basta
De por esto y aquello:
Cada cual reproduce
El carácter del jénio.

Por último, te encargo,
Que no pongas mis versos
Donde malignos momos
Tal vez puedan morderlos.

Despues mas que descuides
De ratones perversos,
De crueles polillas,
Y otros animalejos.

Aquellos son peores,
Porque aun que estos, es cierto
Que devoran las hojas;
Pero el honor aquellos.

Y en este caso, estaban
Mejor mis pobres versos,
Como en triste sepulcro,
En un estante viejo.

LAS FLORES DE CLORILA, DEDICADAS A FILENO. [1]

PRÓLOGO.

Quæris unde mihi toties scribantur amores?
Unde meus veniat mollis in ore liber?
Non hoc Calliope, non hoc mihi cantat Apollo;
Ingenium nobis ipsa puella facit.
PROPER., lib. 2.° eleg. 1.

TRADUCCION LIBRE.

¿Preguntarás acaso,
Lector, si en mis acentos
Tienen parte los dioses
Que cuidan de los versos?

Respondo, que ninguna;
Sino que el rostro bello
De una hermosa muchacha
Ha templado mi injenio.

Clorila, sí, Clorila,
La pastora que quiero,
Inflama mis versillos
Con su amoroso fuego.

¿Para qué son de Apolo
Inspirantes reflejos,
Si me influye mas suave
La luz de sus ojuelos?

Pues qué si de sus labios,
De sus lábios risueños,
La sonrisa imajino?...
Heliconas no quiero.

Lejos de mi el Parnaso,
Que ya para hacer versos,
Lector mio, a Clorila,
A Clorila me atengo.

1 El R. P. Fr. Vicente Victoria, amigo mui amado del autor.

ODA PRIMERA.

Los versillos sabrosos
Que cantaba a Clorila,
Zagala del ameno
Valle de las olivas:

Álegres producciones
Fueron de aquellos dias,
Que entre gustos se pasan
Cual sombras fujitivas.

Hoi a su rudo lábio
Mi musa campesina
Los vuelve, acompañados
De su avena festiva.

Escucha pues, Fileno,
En dulces cancioncillas,
Amores inocentes
De Silvio y su Clorila.

Como en un ramillete
Advierte en esta obrilla,
Las mas preciosas flores
Que los tiempos marchitan.

¡Ai edad halagüeña!
Huyeron tus delicias,
Sin dejarme otros frutos
Que punzantes espinas.

Espinas, ¡ai, Fileno!
Que en la restante vida,
El corazon me pasan,
Y el contento me quitan.

¡Ai agradables ratos,
Cuando a la verde orilla
De una fuente risueña
Estaba con Clorila!

¡Cuando a la fresca sombra
De robustas encinas,
Cantábamos iguales
Mil amorosas dichas!

¡Ai, hermosa muchacha:
La memoria aflijida
Esprime por los ojos
Estas tristes reliquias!

Camo quiera que sean
Estas *flores* ó *espinas*,
A tus aras, Fileno,
Mi afecto las dedica.

Allí estarán honrando
Nuestra amistad antigua,
Que durará, no hai duda,
Mas allá de la vida.

ODA II.

Como yo cuando canto
Del pueblo me retiro
Al silencioso bosque
De cedros y de pinos:

O a la orilla agradable
De los sonoros rios;
O al valle donde pacen
Mis mansos corderillos;

Seguro me contemplo
De censores malignos,
Que por las propias obras
Juzgan ajenos dichos.

Heme de holgar ahora
Con algunos versitos,
Que a Clorila cantaba
Allá cuando era niño.

Sus flores, o sus gracias,
Que todas son lo mismo,
Cantar quiero. Tu flauta
Me presta, o Cupidillo.

Sí, Cupidillo tierno,
Mui mole, mui blandito,
Me inspira, que no me oyen
Los censores malignos.

Asi te ofrezcan dones
Chipre, Amatunta, Gnido,

Todo el mundo: ¿pues donde
No te hacen sacrificios?

Ni el jóven floreciente,
Ni el anciano marchito,
Se desdeñan de darte
Culto no merecido.

A los ardientes soplos
De tu madre, yo he visto
Que en tus aras se queman,
Rubor me da el decirlo.

Basta, amor: lo que importa
Es que con blando estilo
Me inspires, que no me oyen
Los censores malignos.

Despierta en mi memoria
Los sabrsoos versillos,
Que a Clorila cantaba
Allá cuando era niño.

Mas de modo, que siendo
De mi Clorila dignos,
Lo sean tambien de todos
Los honestos oidos.

ODA III.

Por la márjen de un rio
Que mansamente corre,
La zagala Clorila
Cojiendo estaba flores.

Una le pido, y ella
Tan inocente entonces,
A escojer de las que echa
En sus faldas me pone.

Su confianza respeto;
Mas entretanto dióme
Palabra de ser mia
En lícitos amores.

Pasó el verano: vino
El otoño; y conformes
Fueron siempre los frutos
A sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,
Y vosotros pastores,
A disfrutar placeres,
Que no son los de Dione.

ODA IV.

Un grupo delicioso,
Por natural milagro,
De entretejidas flores
Formó el ameno prado.

Entróse allí Cupido
A descansar un rato,
De aquellas travesuras
Ajenas de un muchacho.

De los pequeños hombros
Baja el carcaj dorado,
Y en el florido lecho
Se entrega al sueño blando.

Como otras ocasiones
Salió Clorila al campo,
A engalanar su frente
Con lo mejor del mayo.

Hecha mano del grupo,
Donde adormido acaso
Estaba el hijo hermoso
De Vénus mui amado.

¡Quién creyera! ya fuese
Por voluntad del hado,
O por otra cualquiera
Hechura del acaso:

Entre claveles rojos,
Y entre jazmines albos,
No sé como, enredóse
El diosezuelo incauto.

Las alas temblorosas
Bate el rapaz cuitado,
Para quedar asído
Mas y mas con los lazos.

Admirada Clorila,
Suspensa estuvo un rato;
Pero luego entreteje
Al amor con los ramos.

A su frente lo lleva,
Y el amor mas ufano
Que si la misma Vénus
Le pusiera en sus brazos,

Desde allí a los pastores
Que coje descuidados
Les dispara sus flechas,
Que son ardientes rayos.

Pues yo, que a tu guirnalda
La estoi siempre mirando,
Y vengo a ser por esto
De amor el mismo blanco:

¿Cómo tendré este pecho,
Clorila? Con mil dardos
Le siento, sí, Clorila,
Le siento atravesado.

¡Ai! suelta al picarillo,
Y a la alma Vénus dalo,
Que menos que en tus flores
Hará en su seno daños.

¡Ai! suéltalo, Clorila,
Que viejos y muchachos
Se quejan en la aldea
De su fogoso estrago.

ODA V.

Calle la fama ahora
De Chipre, y no me diga
Que sus alegres huertos
Ofrecen mil delicias.

El huerto compendiado
De mi bella Clorila,
Contiene menos flores;
Pero de mas estima.

Cuando estoi asaltado
De negra hipocondría,
Me brinda mil placeres
En estas flores mismas.

Claveles en sus lábios
De púrpura encendida,
En sus ojuelos hiedras,
Rosas en sus mejillas.

¿Qué dices, Venus blanda
Del huerto de Clorila?
¿Son asi o se parecen
Tus chipriotas delicias?

¡Qué distancia tan grande,
O Venus, se divisa
Entre unas y otras flores,
Aunque tú lo resistas!

Aquellas aparecen
Con agudas espinas;
Pero estas aunque gratas,
Son de honestas delicias.

Sí, Venus: y te juro
Que a pesar de tu envidia,
No se ajarán las flores
De mi amada Clorila.

ODA VI.

Con otras zagalejas,
Un dia de verano,
Por modo de paseo,
Salió Clorila al campo.

Cuando daban la vuelta,
Traian en las manos
Hacecillos curiosos,
De flores matizados.

Sobre las rubias trenzas
Que el aire iba soplando,
Se ostentaban las rosas
Que habian entrelazado.

Dispuso la fortuna
Que yo saliera al paso:
Clorila dióme luego
Un mui gracioso ramo.

Ramo que habia sido
Lisonja del olfato,
Émulo de los otros,
Y honor ya de mi mano.

Algunos pastorcillos
Que supieron el caso,
Su inocencia y mi dicha
Gruñeron y ladraron.

Mas yo digo a Clorila:
¿Cuándo vuelves al campo
Con otras zagalejas
Un dia de verano?

ODA VII.

Esas que los zagales
Llamamos chupa-rosas,
Tras tu guirnalda vuelan,
Clorila, a todas horas.

Algunos pastorcillos
Émulos de mi gloria,
Andan tambien como ellas
Al olor de sus rosas.

A todos los desprecia;
Porque estos y las otras,
Son por rumbos opuestos
Hambrientas chupa-rosas.

ODA VIII.

De su guirnalda misma,
Y con su misma mano,
Clorila en mi sombrero
Puso el mas bello ramo.

Traia acaso entonces
Un hermoso durazno,
Agradable primicia
Del huerto que yo labro.

Diselo; y ella luego
Lo echó en su seno blando,
En señal cariñosa
De merecer su agrado.

De este modo Clorila
Advierte que su mano
No cultiva la tierra
De algun estéril campo.

No faltó quien dijera,
Que los lances trocamos;
Pero si bien lo dijo,
No lo sé, ni lo indago.

Solo sé que en mi pecho
Senti un placer estraño;
Pero tan dulce y vivo
Que... no podré esplicarlo.

Por esto a mi Clorila
Le digo a cada rato:
Dame flores, Clorila,
Y te daré duraznos.

ODA IX.

Sobre la blanda yerba
De una selva florida,
Sus párpados al sueño
Entregaba Clorila.

La celestial fragancia
De su cara divina,
Un enjambre de abejas
Convoca a toda prisa.

Cuál se pega a los labios,
Y quién a las mejillas,
Por dar a sus colmenas
De tan sabroso almibar.

Clorila que despierta:
Y tantas abejitas
Fueron luego despojo
De sus divinas iras.

A vista del suceso,
Que a todos intimida,
En rústicas zampoñas
No hai zagal que no diga:

« Que el amor liba solo
» Las flores de Clorila;
» Y para Silvio, y no otro,
» Sus panales fabrica. »

ODA X.

En pos de tu guirnalda
Estoi, Clorila, viendo
Mil simples mariposas,
Mil tiernos zagalejos.

¿Cuál es mayor, discurre,
Por contrarios estremos,
Si de aquellas lo incauto,
O la malicia de estos?

Si respuesta acertada
Me dieres, te prometo
Un cabrito manchado,
Que aun no asoma los cuernos.

ODA XI.

Ajar las tiernas flores
De mi dulce zagala
Quieren pastores nécios
Con maliciosa instancia:

Pero aunque ellos parecen
Pajarracos que graznan,
Cuando viles no ensucian
Las flores que intentaban.

Yo, como centinela
De sus flores amadas,
Advierto que su dueño
Con recato las guarda.

Y al instante cojiendo
La honda necesaria,
A los pájaros bobos
Les tiro esta pedrada.

« Aves de mal agüero,
» Mil veces mal os haya;
» Y que os sean como espinas
» Las flores de mi amada. »

ODA XII.

Un sueño misterioso,
Dulce Clorila, atiende,
Me lleva por un prado
De flores mui recientes.

Hacer una guirnalda
Allí se me previene,
Mas ¡ai! que un áspid sale
De entre el florido albergue.

Grito, corro; y el susto
Del letargo me vuelve:
Y ya despierto, acaso
Será bien que te ruegue:

« Que no me des motivo
» Jamas porque me queje
» De los sueños que pintan
» Entre flores serpientes. »

ODA XIII.

Un ramillo de flores
Lleva en su pecho blanco
La zagala que adoro,
Muchacha de quince años.

Al olor que despiden
Las joyuelas del mayo,
Síguenla los pastores
Que encuentra por el campo.

Cércanla como abejas,
Pero, vamos al caso,
Todos huelen las flores;
Mas nadie lleva el ramo.

Yo, que detras de todos
Me divierto mirando,
Al enjambre inesperto
Este versillo canto:

«Apartaos, zagalejos,
» Clorila me ha contado,
» Que a sus flores no llegan
» Insolentes muchachos.»

ODA XIV.

Como nunca de hermosa,
La zagala Clorila,
Se presenta a mis ojos
Haciendo florecitas.

Ya construye una rosa
Que emula sus mejillas,
Ya una blanca azucena
Que su candor imita.

Ya un clavel cuyas hojas,
Segun su roja tinta,
Parece que salieron
De sus lábios teñidas,

El azul de sus ojos
En una hiedra tira...
Yo creo que mi zagala
Se retrata a sí misma.

Asi que ha completado
Su produccion florida,
De su rubia madeja
Se desata una cinta,

Una guirnalda teje,
Y con su mano misma
Ciñe mi alegre frente,
Por coronar mis dichas,

En la estacion risueña
No sale a las campiñas
Mas galan el verano
A espensas de su ninfa,

Como yo, zagalejos,
Me presento a la vista
De toda la cabaña,
Por mi amada Clorila.

Ayudadme, pastores,
A celebrar mis dichas,
Y al son de nuestras flautas
Conmigo todos digan:

«¡Aí zagaleja hermosa!
» Tu Silvio te suplica,
» Que con tus bellas flores
» Otra frente no ciñas.»

ODA XV.

Un niño pequeñuelo
Con inocente mano
Jugaba con las flores
De un delicioso prado:

Asi se divertia,
Y con gorgeos blandos
Engañaba del tiempo
Algunos tristes ratos.

Mas ¡ai! furiosos vientos
Que corren desatados,
Deshojando las flores
Le privan de su encanto.

Llora el niño... y entonces
Viendo que es un retrato
De amor, delicia, ofensa,
Todo lo que ha pasado:

«Te ruego, mi Clorila,
» Que de algun fiero agravio
» No deshojadas sean
» Las flores que yo canto.»

ODA XVI.

Auséntate Clorila,
Y en este mismo instante
Que es de todas mis dichas
El triste último vale:

Mi corazon, si puedo
De este modo esplicarme,

Como el campo se queda
Cuando el verano sale.

«A Dios, digo, Clorila:
» Y pues contigo parten
» Las flores que conmigo
» No permiten quedarse:

« Te pido las defiendas
» Del invierno que sabes,
» No con un torpe hielo
» Vayan a marchitarse. »

Ella me lo asegura
Con aquellos modales,
Que su dulce inocencia,
Tiene para estos lances.

Y mientras que no vuelvan
Las flores de mi amante,
Estése mi cañuela
Pendiente de este sauce.

Y el hijuelo de Venus
Que dictó estos cantares,
La mas amarga ausencia
A llorar me acompañe.

LA INOCENCIA.

ODA PRIMERA.

INTRODUCCION.

Cantar de la *Inocencia*
Los amables candores,
Será el mas propio asunto
De mi campestre albogue.

Musa, la que desdeñas
A los sublimes hombres
Que se van a las nubes
En sus grandes transportes:

Y que solo te dignas
Animar los cantores,
Que entonan agradables
Sus humildes canciones.

Tú, que a mi ruego fácil
Por estos densos bosques
Me acompañas algunas
Felices ocasiones:

Ahora mas que nunca
Benigna me socorre,
Porque de la Inocencia
Quiero cantar loores.

Loores, que soberbios
Allá en algunas córtes,
Desprecian los que ciegos
Su objeto no conocen.

Y tú, virtud del cielo,
Alma inocencia, acorre,
Vuela y dale a mi musa
Tu merced y favores.

Preséntale tu imájen
Bajo el rostro y colores
De la cándida Anarda,
Zagala de estos montes.

Y haciendo este milagro,
Verás los vicios torpes
Que arrastrándose huyen
Y en sus cuevas se esconden.

Verás en tus altares
Las mas preciosas flores
Que brotan los afectos
De nuestros corazones,

Mientras que la comarca
Te llama con el nombre

De la diosa que influye
En los castos amores,

Y la fama alentando
Su retorcido bronce,
Alegre desparrama
Tus gracias por el orbe.

Esto baste, Inocencia:
Y que mi musa sople,
Que ya mi albogue suena,
Y las cabañas le oyen.

ODA II.

LA ZAGALEJA.

Érase en estos campos
Una graciosa niña,
Que nunca vió la cara
A la negra malicia.

Llevóla su inocencia
De acuerdo con mi dicha,
Por do estaba yo en vela
De mis pobres cabritas.

En sus negros ojuelos
Que el dulce halago habita,
Y en sus purpúreos lábios
Que se bañan de risa,

Se asoma milagrosa
La honestidad sencilla,
Que si esperanza alienta,
Tambien temor inspira.

Amor, que de mi pecho
Su blanda cuna hacia,
Como yo la mirase,
Despierta a toda prisa.

Y luego por el aire
Batiendo sus alitas,
Se va al tierno regazo
De la silvestre ninfa.

Ella teme cobarde
Al verle una ascua viva,
Y de su seno de ámbar
Le arranca y precipita.

Mas luego su ternura,
Superior a lo esquiva,
Del suelo lo levanta,
Y le hace mil caricias.

¿No te acuerdas, Anarda,
De las primeras vistas
Que tuvimos? ¡Ai tiempos
De nuestra alegre vida!

Huyeron..... mas dejando,
Sin aguar nuestras dichas,
Mil motivos gloriosos
De inocentes delicias.

Porque ellos solamente
Lo caduco dominan
No la virtud, que el alma
Sus bienes eterniza.

ODA III.

LA SIMPLICIDAD.

Cuando en la dulce Anarda
Cual por vidrieras veo
Aquella su agradable
Inocencia del pecho:

Me acuerdo lo que sábios
Decian nuestros viejos
A todos sus muchachos
En pastoriles versos.

Al son de sus zampoñas
Cantaban, que hubo un tiempo
En que bajó a los campos
Una virtud del cielo.

Los hombres que al mirarla
Nuda y de rostro bello,
El nombre de la amable
Simplicidad le dieron.

Y que amada de todos
Siempre estaba con ellos,
En sus selvas y chozas,
En sus mesas y lechos.

Y que así como el orbe
Se anima por el fuego;
Así por ella todos
Los humanales pechos.

Pero, que vino un dia
Oscuro, en que con ceño
Doble la vió el engaño,
De falsedad cubierto:

Que asustóse; y turbada,
Dejando nuestros techos,
Se fué a las soledades
De los incultos cerros,

A vivir con la humilde
Yerbecita del suelo,
Con inocentes aves,
Y con mansos corderos.

¡Oh virtud, que en mi Anarda
Tienes como un espejo;
Así como en la luna
El resplandor febeo!

Tú, liberal la envias
De allá desde tan lejos,
Tus mercedes y gracias,
Que ella guarda en su seno;

Donde yo cariñoso
Y rendido, te ofrezco,
Como en ara sagrada,
Mil sacrificios tiernos.

ODA IV.

—

LA CORDERITA.

Una mansa cordera
Tiene la dulce Anarda,
Que yo la dí obsequioso
De mi corta manada.

Sonoros cascabeles
Le cuelga en la garganta,
Y un penacho le forma
De cintas coloradas.

Érase la ovejita
En la verde campaña,
Envidia de las otras,
Y hechizo de su ama.

Mas ¡ai! un lobo fiero
Que en la noche callada
Bajó, cuando yacia
En sueño la cabaña:

Del hambre que le roe
El corazon y entrañas
Ajitado, la embiste,
Y su sangre derrama.

¿Dó, Pan, estás dormido?
¿Por qué tu ronca flauta
Con siete horrendas voces
A las fieras no espanta?

Y no que Anarda triste
Hoi llora por tu causa,
Sin admitir consuelo
Mil lágrimas amargas.

Pero tu llanto enjuga
Tiernísima zagala,
Que si la oveja ha muerto
Aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere
Con un amor sin mancha,
Como otra corderita,
Que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira
Que de otros montes bajan
Otros lobos, hambrientos
De otras corderas mansas.

Guárdate siempre de ellos...
De los hombres te guarda,
Que carnívoros buscan
A las simples muchachas.

ODA V.

EL PREMIO.

Pídenme las zagalas
Que les cante la bella
Perspectiva que forma
La alegre primavera.

El caso es venturoso,
Pues su favor me empeñan
Lesbia, Lidia, y Anarda,
Con mil dulces promesas.

Rendíme, pues, gozoso:
Rendíme..... ¿Y quién pudiera
No rendirse a la instancia
De tres muchachas tiernas?

A su influjo suave
Desatóse la vena,
Y espacióse mi musa
Por la pintada selva.

Y asi cantaba el cómo
Y el cuándo a nuestras tierras
Se asomaba la diosa
De la estacion risueña.

Y cómo va sembrando
Sus flores por la selva,
Que por cojerlas corren
Las lindas zagalejas:

Mientras que los pastores
Con blandas cañuecla
Mil amores las cantan
Y sus gracias festejan;

Con otras muchas cosas
Que llenaron la fiesta,
Y que aunque no son malas,
Pero que son ya viejas,

Cantaba: y luego quita
De sus doradas hebras
Lesbia un liston morado,
Y lo faja a mi trenza.

Al dedo pequeñito,
Una ebúrnea fineza
Saca Lidia, y al mio
Lo hace entrar a fuerza.

¿Qué hará entonces Anarda,
La dulce muchachuela,
Que mi afecto se roba
Con su simple inocencia?

¿Qué hará entonces? me mira:
Y la cara cubierta
Del color que le saca
La virjinal modestia,

Se acerca titubeando,
Y una blanca azucena
De su albo pecho arranca,
Y la pone en mi diestra.

Se oye al pronto un susurro,
Como el que las abejas
En el hueco levantan
De la oscura colmena:

Porque muchos zagales
Que están por la pradera,
Discurren..... como todos,
Allá con sus cabezas.

Unos, discretos votan
Por el premio de Lesbia,
Y otros por el de Lidia
Mil razones alegan.

Yo que no èntro en disputas,
Huí de la contienda;
Pero dando al de Anarda
Mi amor la preferencia:

Porque en él contemplaba
Cifrada su inocencia,
Por la que en estos campos
Mis versos la celebran.

Por ella, mas que a nadie,
Le cantaré la bella
Perspectiva que forma
La alegre primavera.

ODA VI.

—

LA TORTOLITA.

La tortolilla tierna
Que en jaulita curiosa
De mimbres delicados
Tenia mi pastora:

La que huérfana vino,
Por suerte venturosa,
A morar en su seno,
Como en nido de aromas:

La misma que a su dueño
En apacibles horas
Su inocencia divierte,
Y sus delicias forma:

Esta mañana, es cierto,
De la frájil custodia
Salióse, dando al viento
Sus alas voladoras.

Salióse cuando en lo alto
De las pajizas chozas
El halcon afilaba
Sus uñas trinchadoras.

Este la sigue, y ella
Revolando medrosa,
Huye, y por todas partes
Las auras leves corta.

Yo entonces preparaba
Mis flechas cazadoras,
Con que sigo a los ciervos,
Los pardos y las onzas:

Y con certera mano,
Y en nombre de la diosa
De los bosques, disparo
Una jara sonora.

Silbó el aire: y al punto
En presencia de todas
Las Napéas que iban
En séquito de Flora,

Bajó el ave rapante
Envuelta en sangre roja,
Y la tórtola simple
Con vida milagrosa.

Al mirar el suceso,
Estaba como absorta
Anarda, y yo le dije
Cantándole esta copla:

«Anarda, ten presente,
» Si sales de tu choza,
» La malicia del mundo,
» Tu inocencia y mi honra.»

ODA VII.

—

EL HIJO DE VENUS.

Mirando la inocencia
De Anarda, y lo sencillas
Que se muestran las gracias
Que le hacen compañía:

La insolencia presume
Temeraria sus dichas,
En el culpable goce
De fáciles caricias.

Pero, ¡cuán engañada!
Pues mi celo la avisa
Del mal en que tropiezan
Las imprudentes niñas.

Por esto, aunque inocente,
De las flechas se libra
Que amor, hijo de Venus,
Le dispara encendidas.

Burlado este muchacho,
Emboscábase un dia,
Cual cazador que acecha
Incautas liebrecillas.

Y oculto entre las ramas,
De sus cautelas fia
El triunfo a que aspiraba
De la inocencia misma.

Como otras ocasiones
Tras sus corderas iba,
Buscando frescas sombras
Mi Anarda simplecilla.

Sacó la cara entonces
Amor, y la convida
Con sabrosas ciruelas,
Que allí cortado habia.

Cuando ella advierte el riesgo
De las redes que pisa,
Llama a su honor, que acaso
Ya en su zagal venia.

Libróse: y aqui es cuando
Dobladas las rodillas,
El diosezuelo astuto
De la chipriota isla,

Mirando a todas partes,
Y juntas sus manitas,
Mil puchericos forma
Que a mí me hacen cosquillas.

Y llamando a los Faunos
De aquellas serranías,
Como testigos fieles,
Su amparo les suplica.

Pero al fin de sus votos,
Y plegaria infinita,
Mezclada con un dulce
Torrente de mentiras,

La merecida gala
Al pronto se le aplica
Que se da a los muchachos
Por sus travesurillas.

Las ninfas de los montes
Que estaban a la vista,
Riendo a carcajadas
La fiesta solemnizan.

Y Cupido de entonces
A mi zagala mira,
Como gato escaldado
Que huye del agua fria.

ODA VIII.

LA FUENTECILLA.

En el ameno soto
Dó suelo entrarme a ratos,
A repasar memorias
De mis pueriles años:

Hai un ojito alegre
De agua pura, manando
El humor de algun rio
Que corre subterráneo.

Jamas se le avecinan
Los sedientos ganados,
Porque Dríadas verdes
Lo están siempre guardando.

Al númen del silencio
Parece consagrado;
Y un no sé qué respira
De sueños y de encantos.

Alguno de estos dias
A su orilla sentado,
Contemplaba lo limpio
De sus cristales claros.

Su linfa transparente
Mis ojos penetrando,
Alcanzaba la vista
Los pececillos vagos,

Y las pequeñas guijas,
Que allá como en letargo
Hundidas en el fondo
Se advierten descansando.

Entonces a mi dueño
El simil apropiando,
Por su pecho sencillo
Que nada me ha ocultado,

Escribí como pude
En el tronco de un árbol,
Cedro mui corpulento,
Estos versillos cuatro:

« Anarda, si a este sitio
» Te trajere el acaso,
» En esas aguas mira
» Tu natural retrato. »

ODA IX.

LA VENUS DE CHIPRE.

Vocinglera la fama
Cuenta como Cupido,
Burlado por Anarda,
Y su madre lo dijo.

Y como allá en el bosque,
Entre espesos lentiscos
Fué castigado, siendo
Tan tierno y tan bonito.

Y que irritada Venus
Rasgando sus vestidos,
Y dando al suelo muchos
De sus lucientes rizos:

Tres, cuatro... y muchas veces
Con llantos y con gritos,
Juraba la venganza
Por los lagos Estijios.

Y que subiendo al carro
Y dejando los ciprios
Lares a nuestras tierras
Derecha tomó el jiro.

Y que en su auxilio vienen
Mil flecheros Cupidos,
Como tordos que vagan
Tras Céres por los trigos.

Mas ¿qué importa, si Anarda
Aunque simple ha tenido
Para todas sus huestes
Un pecho diamantino?

El caso es como sueño;
Mas en verdad yo he visto
Un ejército grande
De alegres pastorcillos,

Que siguen a mi Anarda
Por los valles floridos:
Y estò encierra misterios,
Y encantos y prodijios.

¿Pues qué? ¿no pudo Venus
Dar allá con hechizos
La forma de zagales
A sus amores mismos?

Y ¿para qué todo esto,
Tú, la reina de Gnido
Y de Amatunta, y Páfos,
Y otros pueblos lascivos?

¿Para qué tus banderas,
Tu poder y dominios,
Se estienden hasta el campo
De honestos pastorcitos?

¿Para qué tanta guerra?
¿Para qué tantos tiros
Preparas a una jóven
De un pecho el mas sencillo?

Pero: ¿qué me detengo,
Pastores, en deciros
La insolencia de muchos
Amores atrevidos?

Una lóbrega noche
Cercaron el pajizo
Albergue de mi Anarda,
Sus ojos ya dormidos.

Mas luego dispertando,
Y dando voces dijo:
» Anfriso, acorre, vuela,
» Tu honor se halla en peligro.»

Y ellos, como ladrones
Al trueno fujitivos,
Con su madre se fueron
De vergüenza corridos.

Acompañadme gratos,
Pastores mis amigos,
Y cantemos ufanos
Al son de caramillo:

«¡Victor! ¡oh, victor grande,
» Anarda, y siempre victor;
» Que aunque simple has triunfado
» De Venus y Cupido!»

ODA X.

CONCLUSION.

Todos cantan materias
Segun sus facultades,
Ayudados del gusto
Y primores del arte.

Y asi cantan felices
Los rústicos zagales,
Las gracias de sus dueños,
En que mas sobresalen.

Fabio canta de Mirla,
En citara sonante,
Las hechiceras voces
De sus dulces cantares.

Floridano, de Lisi
Las figuras que sabe
Diestra formar en todos
Los campesinos bailes.

Amin, de Aleja lo albo
De su mano tornátil,
Cuando las cuerdas de oro
De su vihuela tañe.

Tambien de su Dorila
Los ojuelos vivaces
Canta el sábio Fileno,
En metros agradables.

Nicandro, de Rosenda
El aliento suave
De olorosos claveles,
Cuando la boca abre.

Nemoroso, de Tirsa
El cuello, comparable
A la nieve, que adorna
Con sartas de corales.

Todos cantan discretos
Segun su injenio, y hacen
De este modo a sus dueños
Sujetos memorables.

Yo empero cuitadillo
En humilde lenguaje
Canté de la inocencia
Los dones singulares.

Cantélos como pude,
Bajo el propio semblante
De Anarda, que es el dueño
Que por suerte me cabe.

Si acerté en los colores
Que presentan la imájen
De la virtud, que es propia
De jenios celestiales,

No importa que tu nombre
Se quede en estos valles,
Anarda, y que el silencio
Para siempre lo guarde.

Toma mi albogue humilde,
Y en aquel árbol grande
Que hace fresca tu choza,
Que penda en adelante.

Allí estará a tus ojos,
Sin que otro amor alabe,
Que el que nace de un pecho
Sencillo y como de ánjel.

¡Oh, si el tiempo quisiera
Los respetos guardarle
Que hacen vivir por siempre
A la virtud laudable!

Entonces él viviera,
Y tu blando carácter,
Aunque simple, seria
Ejemplo en las edades.

¡Ai! guárdente los cielos
De enemigos falaces,
Y tu alba frente ciñan
Laureles inmortales.

LA MUSICA DE CELIA.

..... Quoniam convenimus ambo
Tu calamos inflare leves, ego dicere versus.
VIRGIL. EGLOG. 5.

ODA PRIMERA.

Id, mis versitos tiernos
A la presencia augusta,
A las aras divinas
De Celia, deidad pura.

Id a sus manos albas,
A sus manos ebúrneas,
Que al jazmin hacen negro,
Y a la azucena oscura.

Aquellas manos sábias,
Que diestramente pulsan
El órgano sonoro
De las cantoras musas.

Besadlas: ¡ai! besadlas
Con sumision profunda,
A nombre del que os manda
A tan sagrada altura.

¡Ai! venturosos hados
Tengais, y que os induzcan
Por sus mui castos ojos
Santo amor y fé pura.

ODA II.

Canten otros poetas
De su objeto amoroso
Claveles por mejillas,
Y luceros por ojos.

Mientras que en pequeñuelos
Dulces versos yo entono
La música suave
De la niña que adoro.

¡Oh! préstame, divino
VALDES, tu laud de oro:
El mismo que pudiera
Honrar al grande Apolo.

Comunícame el tierno
Aquel mui blando soplo,
Que fué para tus versos
Como un vital favonio.

Asi tu diva Filis,
Con recuerdos gloriosos,
Enjugue para siempre
Tus tan fúnebres lloros.

Entonces mis versillos,
Con son mas delicioso,
Que plácido murmullo
De pequeñuelo arroyo,

Irán a los oidos
De un simulacro hermoso,

Duro a mí, como blando
A musicales tonos.

¡Ai, Celia! ¡ingrata Celia!
Acá como en un trono
En el alma te miro,
Y humillado te adoro.

ODA III.

En éstasi el mas dulce
Mi alegre fantasía
Del célebre Parnaso
Llevóme hasta la cima.

Entre mil caprichosas
Cuanto agradables ninfas,
El alma me arrebatan
La *Música* y *Poesía*.

Estas dos bellas artes,
Como Iriarte decia,
Yo las ví que tocaban
En una misma lira.

Y Jove, el almo padre
De tan augustas hijas,
Desde su solio escelso
Luces les comunica.

Al paternal influjo
Estrechamente unidas,
Una y otra abrazadas
Sus gracias eternizan.

Mútuos sus sacros lábios,
Las rosadas mejillas
Con ósculos se alternan
En fraternal caricia.

Aquí vuelvo del rapto,
Celia del alma mia,
Solicitando el goce
De tu gracia benigna.

Y que los dulces versos
De mi tierna poesía
Los llevara a sus tonos
Tu música divina.

¡Oh, si tal sucediera!
¿Cuánto mejor seria
La realidad, que el sueño
De la imajinativa!

ODA IV.

¿Qué quieres, amor necio,
Si en pago del cariño
Que a Celia ingrata tienes,
Ya su rigor has visto?

¡Oh, mas que el bronce dura...
Sí, mas que el bronce mismo
Dura, la que maltrata
A un ternezuelo niño!

Asi esclamaba, cuando
En mi triste retiro,
Dura Celia, contemplo
Tu rigor escesivo.

Entonces, sea sueño
Que me cae de improviso,
O fantástico rapto,
O amoroso delirio,

Ví entrarse por la puerta
De este cuarto que habito
Dando flébiles ayes,
Un pequeño infantillo.

¿Qué tienes? le pregunto
Dímelo, ¿andas perdido?
¿Eres huérfano acaso?
¡Ai! ¡pobre muchachito!

Ya un diluvio de llanto
Sus tiernos cachetitos
Inundaba, moviendo
Mi ánimo compasivo.

Y arrancando del alma
Un blando suspirillo,
Me responde: «*papá*,
Papá, yo soi tu hijo.

¡Ai! qué ¿no me conoces?
Yo soi tu amor, el mismo

Que en Celia rigorosa
A *mamá* solicito.

Porque absorto en las gracias
De sus músicos trinos,
Elevado me tiene
Con sonatas y trios.

Mas ella me despacha
En busca de cariños,
Y madre que me envuelva
A..... No puedo decirlo.»

Sí, ya te entiendo, mi alma,
Le contesto: ¡anjelito!
Vente a mi pecho, vente
A tu cuna, a tu abrigo.

Duérmete; y la esperanza,
Consuelo de aflijidos,
Que te mantenga.... calla:
Ten paciencia, hijo mio.

ODA V.

Discípula de Apolo:
Cuando yo te contemplo
Divertida pulsando
El sonoro instrumento:

Cuando en raptos del alma
Miro tus albos dedos,
Honrando del teclado
Los marfiles mui tersos:

Estaba por decirte
Que como ingrato sueño
Escucho, aunque distante,
Los acordes acentos.

Tu música agradable
Con un divino fuego
Alienta, sí, no hai duda,
Alienta mi deseo.

¡Ai, Celia, Celia hermosa!
Con sus alas soberbio
Sube a gozar las luces
De tu elevado cielo.

Mas ¡ai! que deslumbrado
Tan loco pensamiento,
Precipitado baja;
Pero en amarte ciego.

Ciego en amarte sigue,
Por mas que tus intentos
Castigos le preparen
Despues de mil tropiezos.

Este es amor constante:
Mas con tan dulce objeto,
Las penas se hacen glorias,
Favores los desprecios.

ODA VI.

Jamas, ¡oh cielo santo!
La tentacion tuviera
De amar niñas que juntan
A lo sabias lo serias.

Mi voluntad, medrosa
En esta parte, era
Vírjen, y así tenia
Su algo de recoleta:

Y mi amor, cauto niño,
No obstante su inocencia,
Hecho voto tenia
De castidad perpetua.

Pero ¡ai! que al contemplarte
Aunque adusta, discreta,
Todas mis precauciones
Las echaste por tierra.

Mas nada habias perdido,
Si por la contingencia
Tu gracia, Celia hermosa,
Mi amor te mereciera.

Podias, yo lo digo,
Corresponderle tierna,
Siquiera porque hasta ahora
Tú has sido la primera.

¡Oh, Celia, Celia ingrata!
¡Ai! ámame siquiera

Porque nunca en mi vida
Quise a graves ni austeras.

¡Oh, cómo te cantara,
Y al compas de tus cuerdas
Te dijera mil dulces,
Mil cancioncillas tiernas!

ODA VII.

¡Oh, dichosos mil veces
Músicos celebrados:
Tú, *Pleyel* espresivo,
Tú, *Háiden* soberano!

¡Dichosos! sí, por vuestras
Obras de injenio raro,
Que acaso la hábil Celia
Ahora está estudiando.

Esto os hace, no hai duda,
Aun mas afortunados:
¿Para qué mayor gloria?
¿Para qùé mejor lauro?

Yo no le trocaria
Por el eterno ramo
Que en su dorada frente
Ostenta Apolo ufano.

Vuestras composiciones
Por virtud, o milagro,
Hagan su alma mas dulce,
Y su jenio mas blando.

Susciten en su pecho,
En su pecho mas blanco
Que la cándida nieve,
Y el bruñido alabastro,

Aquellos sentimientos
Divinos, mas que humanos,
Que presumen de tiernos,
Sin desmentir lo castos.

El mismo amor que en ella
Tiempo ha que estoi buscando,
Por lisonja a lo menos
Del gusto con que la amo.

ODA VIII.

Inconsolable estaba
El niño Amor, y dicen
Que a su madre la diosa
Asi le llora triste:

«¡Ai, madre! no sé cómo,
No sé cómo decirte,
Que Celia inexorable
No quiere recibirme.

Esta deidad me agravia,
Cuando es que no me admite,
Porque intereses bajos
Son mis únicos fines.

¿Qué dices, madre, de eso?
Alma madre, ¿qué dices?
Pues yo ¿para qué quiero
Los dones contentibles?

Aunque muchacho, no ando
Con empeños pueriles;
Ni hago el trato un comercio
Que me desacredite.

Yo busco los halagos
En tonos apacibles,
Comoniño criado
Con tus tiernos melindres.

Estos son en mis *pascuas*,
En mis *pascuas* felices,
Mi *turron de Alicante*,
Y tambien mis *confites*.

¿Y qué cuando se llegan
Mis cumpleaños? me sirven,
Si, los dulces halagos
De mui preciosos dijes.»

Entonces Vénus blanda
Risueña es que le dice:

«Anda, cuitado, aprende
Las chanzas femeniles.

Y a la deidad que nombras,
Y en gracias me compite,
Dile: que eres muchacho
Digno que te acaricien.

Que te quiera, que te ame,
Que te adore, y estime,
Que a su seno te lleve,
Y que en él te eternice.»

ODA IX.

A tí, Fama gloriosa
De la divina Celia,
Que sus gracias publicas
Con cien bocas parleras:

A tí que le das todo
Un cúmulo de prendas,
A tí me quejo, Fama,
Pues tú me haces quererla.

Si es tan tierna que admite
El símil de la cera,
Cuando dócil se ablanda
A la llama febea:

¿Cómo dura resiste
Cual diamantina piedra,
Al fuego de un amante,
Que ansioso la desea?

No, Fama, cuando alabes
Tanta beldad, espresa,
Su ingratitud, cual mancha
De toda su belleza.

O así como la sombra
Al claro sol opuesta,
O en cándida mañana
Como una nube negra.

Y tenga Celia ingrata
El nombre de discreta,
Y de hermosa y de sabia,
Y otras mil cosas buenas.

Y sobre todas cuantas
La *música* se lleva
Alabanzas sublimes,
Publíquese maestra;

Pero el honor mas grande
De la naturaleza,
El título de *dulce*,
No, Fama, no lo tenga:

Hasta que a mis amores
No haya dado las pruebas
Que las leyes imponen
De la correspondencia.

ODA X.

Estas son, ¡oh sagrado,
Escelso, sabio númen!
Las sílabas postreras
De mis versillos dulces.

Sí, Apolo, para siempre
De tu elevada cumbre
Me despido, llorando
El rubor que me cubre.

Porque dime, si Celia
Como un empeño inútil
Habia de leer mis versos,
Por qué suave le influyes?

¿Por qué su alma dispones
Con todas las virtudes
De músicos encantos,
Aunque el verso no escuche?

La música y poesía,
Por tus hijas las tuve,
Y en armónicos lazos
Las hiciste insolubles.

¡Ea! vaya, Apolo, dile
Que con su hermana junte
A mi poesía tierna;
Por mas que la repugne.

Que es paternal precepto,
Y es fuerza se ejecute,
Que un punto no se aparten
Las hijas de tu númen.

¡Oh, si tal sucediera!
Yo en métricas laudes,
Su *clave* elevaria
A esos cielos azules,

Para que allí brillara
Como la lira ilustre
Del milagroso Orféo,
Entre las claras luces.

ODA XI.

¿Con qué puedo entregarme
Al consuelo? ¡dichosas
De amor las dulces flechas
Que cuentan mil victorias!

La mayor fué vencerte:
Sí, Celia, y mas que todas
Al amor acredita
De fuerza poderosa.

Todo el amor lo vence:
Y por el alma toda
Se me entra y me consume
Su tea abrasadora.

Pero, ¡qué dulce! ¡ai, Celia!
¡Ai, Celia mui hermosa!
¿La sientes tú? pues deja,
Deja abrasarte toda.

¡Oh, blandos Cupidillos!
Con alas vagorosas
Volad: venid: tejednos
Bellísimas coronas.

Quemad inciensos suave
Esparcid frescas rosas:
Cantadnos dulces himnos
Con gargantas sonoras:

Y repetid alegres
De amor la gran victoria;
Si Celia con su *clave*,
Fidelio con sus *odas*.

—

A CLORI EN EL LECHO.

Deja tu lecho, zagaleja mia,
Tu dulce lecho do en quietud reposa
El albo cuerpo como suave rosa,
Que embalsama la fértil pradería.
Ya que empiezan sus varias tonadillas

Las avecillas
Y envia el cielo
Su luz al suelo,
Tu lecho deja,
Mi zagaleja,

Por venir a cojer tempranas flores
Al lado del zagal, que es tus amores.

Sus alas agradables manso el sueño
Levante de tus párpados preciosos,
Y brillen tus ojuelos luminosos
Como la luz del dia mas risueño.
Tu boca de claveles carmesíes,

O de adelíes
Bostece, dando
Aliento blando:
Asi la rosa
Mui olorosa,

Abre su copa de encendida grana
Al despertar con risa en la mañana.

Tu mano me darás, que la floresta
Te aguarda ansiosa, desparciendo olores,
Y una turba de pájaros cantores
Ofrece a tu llegada alegre fiesta.
Saldrán del rio por besar tus huellas

Nayades bellas,
Napeas hermosas,
Tirando rosas

Irán delante:
Y en el instante

Que llegues al umbral del bosque denso,
Las Dríadas quemarán sagrado incienso.

Mas ¡ai, mi zagaleja! ¿por qué tardas?
¿Por qué tardas? ¡ai! dímelo. ¿No vienes?
¿Por qué causa enemiga te detienes?
¿Mi lado no te ofrezco? Pues ¿qué aguardas?
¡Ai zagaleja, como piedra, dura

A mi ternura!
Ya desespero:
Sacó primero
El sol su cara,
Que me alumbrara,

Siquiera para alivio a mis enojos,
La alegre luz de tus risueños ojos.

A LOS CANARITOS DE LISI.

Pues la bella Lisi
Os lleva el compas,
Tiernos canaritos,
Alegres cantad:

Cantad, y en su escuela
Os aprovechad:
¿Dónde habreis fortuna
Al intento igual?

Su albo pecho tiene
Voz anjelical,
Que siempre divierte,
Y cansa jamas.

Ya un himno le diga
Al ciego rapaz,
Ya zelos, ya ausencia
Se ponga a cantar.

Ya en módulo alegre
De fiesta nupcial,
Ya en fúnebre tono
Que incite a llorar.

Como quiera suena
Su voz celestial,
Que siempre divierte,
Y cansa jamas.

Cuando a la jaulilla
Dó alegres estais
Cautivos, se acerca,
Y leccion os dá,

Otros pajarillos
Quisieran trocar
Por prision tan dulce
Toda libertad.

Y asi, canarillos,
Alegres cantad,
Pues la bella Lisi
Os lleva el compas.

CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA.

JUGUETILLO I.

Arroyuelo
Que caminas
A la aldea
De Clorila:

Corre, corre,
Dila, dila,
Que la adora
La alma mia.

Esté ahora
En su orilla,
Tras sus blancas
Corderitas,

O cortando
Clavellinas
Con las otras
Pastorcitas,

O asomando
Sus mejillas

En tus aguas
Cristalinas:

Corre, corre,
Dila, dila,
Que la adora
La alma mia.

JUGUETILLO II.

¡Ai Clorila!
Tus ojuelos
Son imanes
De mi afecto:

Son estrellas
De tu cielo,
Que me envian
Dulce fuego.

Son antorchas
De amor tierno,
Que se ceban
En mi pecho:

Son divinos
Tus ojuelos:
Son imanes
De mi afecto.

Si están tristes
Son mui tiernos;
Y si alegres
Mui risueños:

Si se enojan
Son severos.
Si acarician
Halagüeños.

Son graciosos:
Son parleros:
Son imanes
De mi afecto.

JUGUETILLO III.

Mira, Clori,
Dos amantes
Inocentes
Tiernas aves:

En la copa
De aquel sauce
Mil cariños
Ya se hacen.

Con piquillos
Mui suaves
Ya se inclinan
A besarse.

Mas ¡ai, Clori!
Que esta imájen
A los ojos
Agradable,

El veneno
Nos persuade
Con instancias
Amigables.

¡Ai! huyamos
De este valle,
No su incendio
Nos alcance:

Y en nosotros
Sea culpable
La inocencia
De las aves.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

De esto, Clori,
No se hable,
Que eres niña,
Y esto baste.

A Dios, Clori,
Que la tarde
Ya me obliga
A dejarte.

JUGUETILLO IV.

—

EL CENTZONTLI.[1]

Pajarillo
Que suave
Con mil voces
Variantes,

Sabio rijes
El volante
Coro alegre
De las aves:

Junta a todas,
Y que alaben
En capilla
Resonante,

A Clorila
Que ya sale
Al paseo
De los sauces:

Con mil himnos
Agradables,
Que le digan
Estas salves:

Salud, Ninfa
Deseable:
Primavera
De estos valles.

El arroyo
Al mirarte
Entre peñas
Brinque y salte.

La floresta
Se engalane,
Y su aroma
Te regale.

El favonio
Que te halague
Con su aliento
Saludable.

Las pastoras
Y zagales,
Ni te envidien,
Ni te manchen.

Y de Silvio
Los cantares
Te repitan
Incesantes:

Salud, Ninfa
Deseable:
Primavera
De estos valles.

LETRILLA.

—

LA ROSA DEL VALLE.

Derramando luces
Al oriente sale
En carro de fuego
El dia mas grande:
Dia en que celebran
Por estos lugares
Todos los amores
La rosa del valle.

La niña preciosa
De claro linaje,
Que a sus plantas tiene
La suerte brillante:
La que es por su rostro
De Venus imájen,
Y por gracias muchas
La rosa del valle.

La que sus esencias
Despide suaves,

[1] El Ruiseñor mejicano.

Llevando con ellas
Tras sí los amantes:
La que es el hechizo
De las voluntades;
Porque encanta a todos
La rosa del valle.

¡Oh! viva felice;
Y un cerco punzante,
De mano atrevida
Por siempre la guarde:
Guárdela, no sea
Que fuerte la arranque,
Y marchita quede
La rosa del valle.

Viva, y el invierno
Sus hojas no escarche:
Y la primavera
Ria en su semblante.
Lejos de ella todos
Los tristes pesares,
Pues bien lo merece
La rosa del valle.

Que el amor mas puro
Que en estos cantares
Celebra su dia
Gozoso y afable,
Dirá en todos tiempos
Y en todas edades:
Mil veces, que viva
La rosa del valle.

VERSOS BOLEROS.

I.

No pasen por los campos
Del amor, niña,
Porque mas que las rosas
Son las espinas:

Espinas crueles,
Que punzan en el alma
De quien bien quiere.

II.

Al ceñirte la frente
De flores varias,
Los pájaros alegres
Te saludaban:

No de otra suerte
Que al alba cuando asoma
Por el oriente.

III.

Alégranse los campos
Cuando se asoma
Al balcon del oriente
La blanca aurora:

Asi se alegran
Mis ojos cuando asomas
Tu cara bella.

IV.

Cuando el sol con su manto
La noche cubre,
Lloran tristes los campos
Sus bellas luces:

Del mismo modo
Lloro cuando se ausentan
Tus bellos ojos.

V.

Un amante que en sueños
Tiene sus gozos,
Diga que le mantienen
Consuelos bobos:

¡Triste del dueño
Que me sueña en sus brazos!
¡Qué verde está eso!

VI.

Ciertos amantes rondan
A una doncella:
Me parece una rosa
Llena de abejas:

Dentro de breve
La dejarán marchita
Como hacen siempre.

VII.

Cuando miro dos niñas
Que se cortejan,
Me parece que miro
Farsa chinesca:

Donde las sombras
Hacen veces de amantes
Unas con otras.

VIII.

El amor me halagaba
Como por trisca,
Me halagaba con flores
Llenas de espinas:

Y desde entonces,
Herido de sus puntas,
No quiero flores.

IX.

Enfermósele a Venus
De ético su hijo;
Pero mientras mas mama,
Mas llora el chico:

Venus entonces
Le dice: mama, mi alma,
Mama y no llores.

X.

Cierta niña rodeada
De mil cortejos,
Es carne en garabato
Segura de ellos:

Donde, si acaso
La huelen, no la comen
Los pobres gatos.

XI.

Niña, tu flor esconde
De amor astuto,
Mira que tras las flores
Quiere los frutos:

Y con el tiempo
Ni estos le satisfacen,
Que es mal contento

XII.

Al amor ya no pintan
De ojos vendados,
Carcax sobre los hombros,
Flecha en las manos:

Ahora le pintan
Ofreciendo a las damas
Lazos y cintas.

XIII.

La mujer me parece,
En ocasiones,
Gato que en casa ajena
Busca ratones:

Sin otra causa
Que porque a nadie gusta
Lo de su casa.

A FILIS EN EL CAMPO. [1]

Oye, Filis, lo sonoro
De melodiosas cadencias
Que en acordes competencias
Trina ya el volante coro:

Cada pájaro canoro
Parece que está apostando,
Y su piquillo variando
Va con tan grato primor,
Que un órgano volador
Se está en el aire escuchando.

1 El que llegare a leer estas décimas, tendrá mucho de que reir; pero el viejo Góngora me las agradecerá. No es malo el consuelo. (El A.)

Mira tantos nacimientos
De arroyuelos, cuya plata
Susurrando se desata
Por esos valles sedientos:

Con uniformes acentos,
Y compases distribuidos,
Van quedando suspendidos
De sus músicos rumores,
Hasta que en cama de flores
Se quedan como dormidos.

Mira la hermosa arboleda
De verde pompa vestida
Y como que nos convida
A pasear por su alameda:

Alegre el ánimo queda
Respirando la frescura
Con que brinda la espesura
De los árboles, que son
Ya un toldo, ya un pabellon
A tu divina hermosura.

Mira cuántos animales,
En cuyas pintadas pieles
Se esmeraron los pinceles
Y dibujos naturales:

Tras de ellos van los zagales
Tañendo y cantando amores:
Así tienen por mejores
Su libertad, su cabaña,
Que aquel fausto que acompaña
A las ciudades mayores.

Mira la selva vestida
De un verde que por los ojos
Se entra a quitar los enojos
De la alma mas aflijida:

En ella la comalida
Oveja puede encontrar
Cuanto tenga que desear:
La mesa para comer,
El campo para correr,
Lecho para descansar.

¡Dichoso yo, que a tu lado
Ando el campo y sus florestas
En las mañanas y siestas
Libre de todo cuidado.

Ahora siéntate en el prado,
A la orilla de esta fuente:
Aquí, Filis, mútuamente
Nos haremos mil amores
Y con guirnaldas de flores
Nos ceñiremos la frente.

A UNOS OJOS. [1]

Cuando mis ojos miraron
De tu cielo los dos soles,
Vieron tales arreboles
Que sin vista se quedaron:

Mas por ciegos no dejaron
De seguir por sus destellos,
Por lo que duélete de ellos,
Que aunque te causen enojos,
Son jirasoles mis ojos
De tus ojos soles bellos.

DUDA AMOROSA.

Si por una cosa rara
Dos corazones tuviera,
En uno Filis entrara,
En otro a Dóris pusiera,
Y así a las dos contentara:

Pero si uno solo tengo
No podré darlo a ninguna,
Porque luego me detengo
En que si lo doi a la una,
Al rigor de la otra vengo.

Darlo a las dos es buscar,
Si se examina despacio,
Guerra en que siempre han de estar:

1 Esta produccioncilla fué el primer gorjeo de mi musa. (El A.)

Porque en un solo palacio
Dos no pueden gobernar.

Qué hacer en tal confusion
No alcanzo; mas si supiera,
Que no habia de haber cuestion,
Sin duda a cada una diera
La mitad del corazon.

Asi una vez discurria:
Y amor que en mi pecho estaba,
En lo interior me decia:
Que si a dos darlo pensaba,
A ninguna lo daria.

Que es lei la mas oportuna;
Aunque de un tan ciego dios,
Que se quiera a sola una;
Porque aquel que quiere a dos
No quiere bien a ninguna.

Luego el corazon le dí
A Dóris; y mal pagado,
Al punto me arrepentí,
De que no le hubiera dado
A Fílis: ¡triste de mí!

A UN CANARITO DE CELIA.

¡Ai, pobre canarito,
Que con flébiles ayes
Llamas al dulce dueño
Que te llevó la muerte inexorable!

¡Ai triste, y cómo llenas
De suspiros los aires
Que volverte no pueden
A nueva vida la consorte amante!

¡Ai como representan
Tus lúgubres cantares
El amor que perdiste,
Amor difunto que en la nada yace!

Suspende de tus quejas
Los fúnebres compases,
Con que a llanto provocas
Al coro alegre de las dulces aves.

Parece que refieren
Los sabrosos instantes
Que en el mullido lecho
Son premio dulce de desvelo amante.

Procura ¡ai! sí, procura
De tu dueño olvidarte,
Y sea total remedio
Para tanto dolor un nuevo enlace.

Ya de la hermosa Celia,
Movida a tus pesares
La ternura se empeña
Para que en otro amor alegre cantes.

Págale sus oficios,
Sus oficios tan grandes
De ternura, con quiebros
Que trinas a la aurora cuando sale.

¡Qué bella pajarita
Te presenta! ¡Qué talle!
¡Qué ebúrneo su piquillo!
¡Qué pintado y qué muelle su plumaje!

Llévalo al dulce nido,
Que puedo asegurarte
Que todos serán gustos,
Pues de los muertos no hace aprecio nadie.

LA MAÑANA.

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible: el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
A la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba al parecer como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que le siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
No se siente ajitado, si contempla
La milagrosa luz del almo dia!
Ya comienza a volar el aire fresco,

a sus vitales soplos se restauran
odos los seres que hermosean la tierra.
l ámbar de las flores ya se exhala
suaviza la atmósfera: las plantas
eviven todas en el verde valle
on el jugo sutil que les discurre
or sus secretas delicadas venas.
legre la feraz naturaleza
e levanta risueña y agradable:
arece cuando empieza su ejercicio,
)ue una mano invisible la despierta.
letumban los collados con las voces
De las cantoras inocentes aves:
Susurran las frondosas arboledas,
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
Pero alegre murmullo entre las piedras.
¡Qué horas tan saludables en el campo
Son estas de la luz madrugadora,
Que los lánguidos miembros vigorizan,
Y que malogran en mullidos lechos
Los pálidos y entecos ciudadanos!
Todo escita en el alma un placer vivo,
que con secreto impulso la levanta
A grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el carácter estampado
De su hacedor eterno. Allá a su modo
Parecen alabar todos los entes
La mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento:
Cada cual de los simples habitantes
Comienza su ejercicio con el dia.
Tras su manada de corderas blancas
Leda la pastorcilla se entretiene,
Tejiendo una guirnalda, que matiza
De varias flores para su alba frente.
El vaquero gobierna su ganado,
Que se dilata en el hermoso ejido.
El labrador robusto se dispone
Para el cultivo del terreno fértil.
Voime al sembrado que la providencia
Con su invisible diestra me señala:
Sufriré el sol ardiente; pero alegre
Con los frutos sazones y abundantes
Que los sulcos me dan que beneficio,
Apagado el bochorno de la tarde,
Me volveré a mi choza apetecible,
Morada de la paz y de los gustos,
Donde mi esposa dulce ya me espera
Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
Despues de recibirme con mil fiestas,
Penderán de mi cuello: ciertamente
Que vendrá a ser entonces como el árbol
De que cuelgan racimos los mas dulces.
¿Y he de trocar entonces mi cabaña,
Aunque estrecha y humilde, por el grande
Y soberbio palacio, donde brilla
Como el sol en su esfera un señor rico,
Pisando alfombras con relieves de oro?
Nada menos. Tampoco este instrumento,
Este instrumento rústico y grosero,
Bienhechor, que me dá lo necesario
En todas las urjencias de mi vida,
Por el cetro brillante que un monarca
Empuña con su diestra poderosa.
No cabe el gozo dentro de mi pecho;
Ni de alabar me canso en la mañana
Al padre universal de las criaturas,
Que miro en esa luz madrugadora:
Sin dejarlo de ver en las restantes
Producciones tan grandes de su seno.
¡Oh, cuántas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!
Pero ninguna como el alba hermosa,
Que parece que a todos les dá vida,
Enviándoles la luz de su semblante.
¡Oh, risa de los cielos, y alegría
De estos campos felices! Precursora
De los rayos del sol, yo te saludo.
Las frescas sombras, las campiñas verdes,
Las fuentes claras, los favonios blandos,
Las aves dulces y las flores tiernas
Te saludan tambien allá a su modo.
Su faz hermosa la naturaleza
Sacar parece del sepulcro ahora:
Todos sus entes cobran nueva vida
A tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras a sus cuevas hondas,
Brincan las cabras, los corderos balan,
Llaman las vacas a sus becerrillos,
Mujen los toros, y responde el eco,
Que sale de los montes retumbando,
Los pastorcillos, y las zagalejas,
Sonoros himnos canten al eterno
Autor que baña tu semblante hermoso
De tan alegre luz por la mañana.

EL AMANTE MAS FIEL DE LOS PASTORES.

EGLOGA PRIMERA.

DEDICATORIA.

A tí, con quien mi amor en algun dia
De mi albogue al compas triste cantaba,
Y tu voz sus cadencias alternaba,
Cual eco que mis ayes repetia:

A tí, que de mis penas la porfía
Por la estrecha amistad que nos ligaba,
De suerte el corazon te traspasaba,
Que la llorabas tuya, siendo mía:

A tí, Berardo, a tí justo es resuelva
Dedicar este afan, corto servicio,
Porque asi a respirar contigo vuelva:

Acepta, pues, de amor el sacrificio
En versos que las ninfas de la selvas
Escucharon de Mopso y de Fenicio.

POETA, MOPSO, FENICIO.

POETA.

Ya las nocturnas aves
Del monte horrorizaban la espesura
Con sus lamentos graves,
Y el negro velo de la noche oscura
Bajando de la lóbrega montaña
Se estendia a la rústica cabaña:

Cuando Fenicio herido
Del acerbo dolor que le atormenta,
Del mal entretejido
Albergue pastoral triste se ausenta,
Para dar sin medida a su quebranto
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
Su débil contestura sustentaba,
El rostro lastimero
Sobre el cansado pecho reclinaba,
Y ácia al suelo doblando su estatura,
Un espectáculo era de ternura.

En traza tan penosa
Poco a poco los pasos dirijia
A la montaña umbrosa,
Y en llegando a su espesa serranía,
De esta suerte, sentándose en un tronco,
Desató de su voz el eco ronco.

FENICIO.

¡Oh noche, a mi tristeza acomodada!
¡Asilo de mi grande sentimiento!
A tu silencio solo revelada
La causa puede ser de mi tormento:
Diga pues mi dolor la voz cansada,
Y salga de este pecho el mal que siento:
Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,
Pues mi mal ¡ai de mi! no tiene cura;
No sé qué de consuelo el pecho humano
Siente con espresar lo que le apura:
Hable pues de mi dueño que tirano
Mi pena, mi dolor, mi mal procura:
De Dóris, sí, de Dóris tanta mengua
Que siente el corazon diga la lengua.

¿Qué motivo ¡ai dolor! ingrata fiera.
Pudo dar ocasion a tal desvío,
Que ofendiendo mi amor y fé sincera
Sujetas a otro amante tu albedrío?
¿Por ventura no soi el que ántes era?
¿Pues cómo ya te enfada el amor mio?
¿Cómo asi con tan súbita mudanza
Muere tu amor, acaba mi esperanza?

¿A dónde está el amor y la fé pura
Que en aras de tu pecho me juraste?
¿Adonde retiraste mi ventura,
Y de mí tan cruelmente la apartaste?

¿A dónde mi regalo y mi dulzura,
Y en ellos mi alma y vida te llevaste?
¿A dónde? ¿a dónde, dí, Dóris, a dónde
Tanto bien ¡ai de mí! tu mal esconde?

¿Con que llegó por fin tu atrevimiento,
Sin alma, sin razon, sin fé, sin juicio,
A quebrantar el mútuo juramento
Con que al amor hicimos sacrificio?
Mas que fiera con tal procedimiento
Te acreditas ¡ai Dóris! con Fenicio:
Mas que fiera... sí, Dóris ¿quién creyera?
¡Ai Dóris, Dóris... Dóris mas que fiera!

¡Qué traicion! ¡qué rigor! ¡qué alevosía,
Ofendiendo mi amor, es la que has hecho!
Pues cuando el daño menos precavia,
Porque estaba, aunque mal, mui satisfecho,
Le robaste el contento a la alma mia,
Dándole a otro pastor tu fácil pecho;
Mas allá de la negra infamia toca
Lo alevoso de tu hecho y accion loca.

¿Quién creyera que ingrata me pagaras
Con tanta falsedad, tanta vileza,
Los tiernos holocaustos que a tus aras
Ofrecia cuotidianos mi fineza?
¡O si tu culpa a conocer llegaras!
Quizá mirando entonces tu bajeza,
Por no manifestar perdido el juicio,
Amaras como de antes a Fenicio.

Mas si apartado estoi de tu memoria,
Y por otro llegaste a mal quererme,
¿Cuándo podré gozar mi antigua gloria?
¿Cuándo podré en tus ojos complacerme?
¿Cuándo podré de amor cantar victoria?
¿Cuándo en tus dulces brazos podré verme?
¿Cuándo podré? ¡ai de mí! no tienen cuando
Los regalos de amor que estoi llorando.

¡Ai! que de rábia y cólera reviento,
Mirándome por otro desdeñado:
El corazon del fiero sentimiento
Parte a parte le tengo traspasado:
Desmáyase el valor y el sufrimiento;
Y del remedio ya desesperado,
Para aplacar un tanto mis enojos,
Lloran hasta cegar mis tristes ojos.

POETA.

Aquí quedóse mudo
Porque el dolor el pecho le oprimia:
Y cuando ya no pudo
Con la lengua esplicarse, se valia
De los ojos, que son mas elocuentes
En idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza
Ya con iguales horas se movia,
Y sin tener mudanza
En sus lágrimas tristes, parecia
Que para dar alivio a sus enojos
El alma liquidaba por los ojos.

Cuando a breves instantes,
Como el cielo de nubes revistiese
Sus antorchas flamantes,
Y sus faldas el monte estremeciese
De los horrendos truenos al amago,
Esperando en sus troncos el estrago:

Como enojado el viento
Corriese por la sierra, despojando
De su hojoso ornamento
A las plantas con que iba tropezando
Y quédase aquel sitio de tal modo,
Que infundiendo pavor estaba todo.

Enjugando su llanto,
A la rotura de una bruta peña
Retiróse entre tanto
El cielo daba de sereno seña,
Que ya, segun lo mucho que llovia,
En agua al parecer se deshacia.

Con quietud procuraba
Mitigar por entonces sus congojas,
Y la noche pasaba
En el lecho fatal de ásperas hojas,
Dando alivio a sus ojos entre tanto
Que volvia de nuevo al triste llanto.

En fin, ya el claro dia
Daba para llegar pasos violentos,

Y puesto en armonía
El curso de los bravos elementos,
Se asomaba la aurora a su ventana
Alegrando la cándida mañana.

Entonces la caverna
El infeliz pastor desamparaba,
Y a tierra mas interna
Sus trabajados piés enderezaba;
Cuando Mopso saliéndole al camino,
Los pasos le estorbó de su destino.

Era este un ganadero
De distinta cabaña, que habia sido
Su amado compañero
En otro tiempo, porque habian vivido
Teniendo sus albergues inmediatos,
Probando su amistad con fieles tratos.

Despues que se pagaron
Algunas afectuosas espresiones
Que siempre acostumbraron
Los amigos en tales ocasiones,
A la sombra de un roble se acojieron,
Y principio a su plática pusieron.

FENICIO.

¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado
Quieres decirme, amigo el mas querido?

MOPSO.

Dorisa, la zagala a quien he dado
Por justo premio el corazon rendido.

FENICIO.

Dichoso aquel amante que pagado
Vive, sin las ofensas del olvido;
No asi yo, Mopso: escucha de mi historia
Mil cosas que enternecen mi memoria.

A tiempo que sus bodas celebraban
Dos amantes dichosos cierto dia,
A los campos me fui donde se hallaban
Con música espresando su alegría.
Acerquéme curioso adonde estaban
Las zagalas y aun no bien recorria
La vista desgraciada, cuando luego
Cual con la luz del sol me quedé ciego.

Era Dóris, la misma que al instante
En su mirar risueño prometia
Ternura a mi cariño titubeante
Que mi rendido pecho le ofrecia:
Entonces parecióme que de amante
Venturoso la suerte me seria;
Pues saliendo a mis lábios mil arrojos,
Se asomaban afectos a sus ojos.

Dieron fin a la fiesta los pastores,
Y acompañarla ofrezco hasta su casa;
Mas temiendo del vulgo los rumores,
En admitir la oferta anduvo escasa:
No juzgué sus reflejas inferiores,
Como que sé lo que en el mundo pasa;
Y asi me despedí tocando ufano
Albos jazmines de su blanca mano.

A mi albergue me fuí, y aunque pudiera
Facilitar consuelos la esperanza,
El corazon se abrasa, y una hoguera
En suspiros de amor afuera lanza:
La deidad de la noche en su carrera
Soñolienta pasaba con tardanza:
Pero habiendo llegado el claro dia,
A la casa de Dóris me partia.

De nuevo me enardezco, y cuando intento
Aliviar con su vista mi quebranto,
Los incendios de amor hallan fomento
Y los deseos crecen otro tanto:
Freno pongo a cualquier atrevimiento
Temiendo un disfavor; mas entre tanto
No dejaba el amor de hacer conquista,
Ya que no con la boca, con la vista.

Repito mis visitas obsequioso:
Y cual soldado en la campaña instruido
Ya se muestra cobarde, ya animoso,
Ya triunfante en la lid, o ya vencido:
De la misma manera cauteloso,
Me hago ya despreciado, o ya querido:

portuna materia para luego
la mina de amor prenderle fuego.

En este, aunque amoroso, triste estado,
ujeto del honor a la cadena,
n la cárcel del pecho aprisionado
amentaba el amor su dura pena.
)iez palacios habia el sol dorado,
Y la luz se vió diez veces llena,
Sin que diese por tímida la boca,
Libertad a pasion que en muerte toca.

Hasta que en fin, instable la fortuna,
O la misma desgraciada cautelosa,
Dispúsome ocasion tan oportuna
Que me fuera el callar sensible cosa:
No corrió con mas fuerza fuente alguna,
Cuando rompe los diques impetuosa,
Despues de largo tiempo aprisionada,
Que mi alma al espresarse apasionada.

Dijela pues, del mal que adolecia
Con vivas y eficaces espresiones:
Y a la de amor continua batería
El muro se rindió de sus razones.
Conquistado el respeto en aquel dia
Unimos nuestros tiernos corazones,
Y dándonos recíprocos abrazos
Fueron nudos estrechos nuestros brazos.

Vijilante el amor, nuevo cuidado
En adelante puso a su belleza:
Y era tanto mayor que en lo pasado
Cuanto hasta entonces fué mas su fineza.
Igualmente oficioso que elevado
En empeños de toda su terneza
Mis manos la servian y a sus soles
Eran siempre mis ojos jirasoles.

Desde luego su afecto me obligaba,
Y como ya otra Dóris parecia,
El obsequio futuro anticipaba
Cuando algunos presentes le servia:
Unas veces de un modo le espresaba,
Y otras de otro el amor que le tenia:
Acciones con que suelen los amantes
Obligar a sus dueños a constantes.

Luego que por abril las blandas flores
El abundoso campo se vestia,
A ejemplo de los mas tiernos pastores
Las guirnaldas mas bellas le tejia:
Pretendian acaso mis amores
Ajitados a impulsos de alegría,
Que cuando al campo su hermosura fuera
La adorara la misma primavera.

El otoño conforme se asomaba,
Y sazonados frutos ofrecia,
Las primicias mas gratas le llevaba
Que el cultivado soto producia.
Parece que mi amor solo cuidaba
De ver como a su Dóris complacia,
Pues aun en tiempos menos liberales
Mis oficios se vieron siempre iguales.

Desde luego en naciendo el corderillo
Mas hermoso y galan por sus colores,
Purificado en aguas de tomillo
Y en otros aromáticos licores,
Coronado del mas tierno ramillo,
Y salpicado bien de nuevas flores,
A sus aras llevaba en sacrificio
Del amor y la fé de su Fenicio.

Ocasion no faltó en que mis desvelos,
Haciéndose enemigos de las aves,
Cojiesen de sus nidos los polluelos
Que diesen a mi Dóris cantos suaves:
Industriosos acaso mis anhelos,
Pues querian tal vez que en tonos graves
Y dulces, de la música del alba
Tambien hicieran a mi Dóris salva.

Asi el tiempo pasaba, y sin las guerras
De celos se gloriaban mis amores:
Tres veces el verano en nuestras tierras
Coronado salió de nuevas flores;
Y otras tantas los montes y las sierras
Lloraron del invierno los rigores;
Sin que alterase el mar de mis dulzuras
Ni el aire de lijeras desventuras,

Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!
Otro tiempo en que todo se perdiera,
Tiempo en que diera fin toda mi gloria,
Tiempo en que todo mal en mí se viera.
¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria
Secóse sin que yo lo mereciera!
¡Oh tiempo! ¡tiempo, en que quedó triunfante
Otro, si mas feliz, menos amante!

Entonces, Mopso, cuando está mas viva
La llama de mi amor, cuando mas fuerte
Ajita el alma, de mi bien me priva
Cruel influjo de mi mala suerte:
Y entonces ¡ai de mí! Dóris esquiva,
Parece que en mi ausencia ve mi muerte,
Pues violando el amor y la fé pura
Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,
Y el rigor a que ingrata me condena,
Y veo de mi amor la ineficacia,
Y en otros brazos la contemplo ajena;
Crece tanto el dolor de mi desgracia,
Y de su ingratitud la grave pena,
Que levanto la voz de mis querellas
Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
Cual por el monte fiera embravecida,
Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
Procurando acabar mi amarga vida:
Me falta la razon, el juicio pierdo:
Y enferma el alma con mortal herida,
No sé como despojo de mi saña
No encuentro mi sepulcro en la montaña.

Pluguiera al cielo que de sus enojos
(Antes que de mi Dóris las estrellas
Hubiera visto de sus negros ojos)
Me hubiesen abrasado las centellas:
Pues ahora que contemplo los despojos
Que el amor me ofreció en sus luces bellas
Tan sin remedio en otro dueño, quedo...
Quedo... como esplicarte yo no puedo.

MOPSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
Para romper los lazos amorosos:
A tu ayuda se mira ya la ausencia
Despues de largos tiempos perezosos:
Pon tu aficion en otra, y la esperiencia
Efectos te hará ver maravillosos:
Estos son contra amor seguros medios,
Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera
Arrancar su retrato soberano;
Pero helara la alegre primavera
Floreciera el invierno triste y cano,
Esta montaña abajo se viniera,
Igualando sus cumbres con el llano,
Antes que, de mi agravio satisfecho,
Sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hai duda, atiendo grato;
Mas quererlo llevar a buen efecto
Es imposible, Mopso, y asi trato
Acabar a los yerros de mi afecto:
Bruto soi en querer a un dueño ingrato,
Aunque como hombre culpo su defecto:
Mas adorando a Dóris, no disputo
Sobre si bien soi hombre, o bien soi bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura
Cuanto el tirano amor te tiene ciego:
No tienes ¡ai de tí! no tienes cura,
A mi consejo opuesto, y a mi ruego:
Mas si algo te merece mi ternura
A mi cabaña ven conmigo luego.

FENICIO.

Cuanto fuere tu gusto a mi alma pide;
Menos el que de Dóris cruel se olvide.

Que aunque me aviente la fortuna airada
A la rejion ardiente, o a la fria,
Y la esperanza llore retirada
De volverla a gozar en algun dia,
En mi memoria siempre colocada
El ídolo será de la alma mia:
Asi Dóris verá por mis amores
El amante mas fiel de los pastores.

POETA.

La carroza dorada
Del inflamado intrépido Faetonte
Rodaba acelerada
Tras de las cumbres del soberbio monte,
Sepultando sus rayos carmesíes
Entre nubes de rosas y alelíes:

Cuando los dos zagales,
Dejando del desierto la aspereza,
Sus amorosos males
Cantaban por alivio a su tristeza:
Costumbre mui antigua en los pastores,
En triste soledad cantar amores.

Al albergue llegaron
Habiéndose ocultado el febeo coche
Entre las que bajaron
Oscuras sombras de la negra noche,
Y entonces cada cual se recojia
En su pajizo lecho hasta otro dia.

LA PASTORA MAS FIEL DE LA CABAÑA.

EGLOGA SEGUNDA.

DEDICATORIA.

Fileno, sábio pastor,
Si a tí se quejó algun dia,
Como sé, la Dóris mia,
De que olvidaba su amor:

Oye en mi voz su dolor;
Mas sin hacer de esto juicio,
Pues si del triste Fenicio
Llega a tí la voz confusa,
Es, porque quiere mi musa
Hacerte algun sacrificio.

POETA, DORIS, FILOMENA. [1]

POETA.

Cuando en el horizonte
Apagada la luz, la noche daba,
Pasa salir del monte,
Acelerados vuelos, y entonaba
Su precursora tropa tristes ecos
Sobre rudos peñascos, troncos secos:

Dóris, la zagaleja,
Encanto de los rústicos pastores,
De su casa se aleja
Llorando de Fenicio los rigores,
Sin tener de su llanto lastimoso
Mas testigo que el bosque silencioso.

A la márjen se sienta
De un arroyuelo, músico del prado,
Y a su compas atenta,
De congojas el pecho traspasado,
El silencio rompió, dando a los vientos
Estos de su dolor tristes acentos:

DORIS.

Aquí la vez primera
Fenicio me ofreció tiernos amores;
Y aquí la vez postrera
Ha de ser de mi vida y sus rigores:
Que este lugar destina la cruel suerte
Por teatro de mi vida y de mi muerte.

Vosotras, flores bellas,
Que de Fenicio visteis las caricias,
Y vosotras, estrellas,
Que envidiasteis acaso mis delicias,
¿No os mueve a compasion tan cruel mudanza
Que acaba con su amor y mi esperanza?

Fenicio, ya estés ahora
Ofreciendo tu afecto en los altares
De otra incauta pastora,
O ya estés entonándole cantares,
Despues de haber llevado sus ovejas;
Como quiera que estés, oye mis quejas.

[1] Para poner de algun modo intervalo a las tristezas de la vida, nos propusimos tres amigos el asunto de una ÉGLOGA que espresára los sentimientos de una mujer zelosa. Yo, que con bastantes motivos juzgaba a cierta dama, bajo el nombre de Dóris, con achaques de esta pasion, produje la siguiente piececilla, que viene a ser como una respuesta de mi ÉGLOGA anterior. (El A.)

Si a tan mortal olvido
Habias de condenarme, ¿por qué, fiero,
Mostrándote rendido
Me ofreciste un amor tan lisonjero?
O si es verdad que entonces me querias,
¿Donde está aquel amor que me decias?

Luego ya por ingrato
Desde hoi en adelante he de tenerte,
Pues tu engañoso trato
No me dicta juzgarte de otra suerte:
Mas ¿qué satisfaccion, qué recompensa
Puede ser de mi mal y de tu ofensa?

Si mientras ofendida
Yo te culpo de infiel, tú en otro empeño
Acabas con mi vida,
¿Cómo será posible, ingrato dueño,
Que de mi antigua paz la dulce calma
Vuelva a la posesion de toda mi alma?

No, Fenicio, no es dable
Que de mi pecho arranque los recelos,
Con que se hace implacable
La guerra cruda de contínuos zelos.
Yo me siento morir, si de mis males
No se duelen los dioses celestiales.

¡Cuánto mejor me estaba
Na haber correspondido a las finezas
Con que me señalaba
Otro tiempo tu amor entre bellezas!
Quizá no echara menos la alma mia
El sosiego que tuvo en algun dia.

¡Oh tiempo venturoso
Antes que yo a Fenicio conociera!
¡Tiempo! ¡tiempo dichoso
Que me veia con cara placentera,
Cuando de aquel arroyo en las orillas
Triscaba con las otras pastorcillas!

Mas hoi aprisionado
Mi desgraciado amor se llora ciego;
Y en un mar alterado
Bebiendo sin cesar olas de fuego
Naufraga la razon: ¡cuánto perjuicio
El engaño me trajo de Fenicio!

¡Oh vosotras, deidades,
Que cuidais de estos páramos sombrios,
Y de estas soledades
Dedicados teneis los sacros rios,
Si os mueven mi dolor y mis pesares,
Sacrificio seré a vuestros altares.

Vosotras, si, por quienes
Tantas veces Fenicio me juraba
Sus afectuosos bienes,
Mirad que vuestro honor se menoscaba,
Si de mi triste voz las grandes quejas
No mueven a piedad vuestras orejas.

Y pues que de Fenicio
Contra vos se declaran las ofensas,
Recóbrese mi juicio,
Que el ingrato tendrá las recompensas
En celestiales iras. Entre tanto
Calme el dolor, enjúguese mi llanto.

Mas ¡ai! almas deidades,
Suspended vuestro brazo vengativo;
No mis penalidades
De su desgracia sean triste motivo;
Mas antes pague yo vuestros enojos,
Y vuelvan a llorar mis turbios ojos.

POETA.

Aquí la voz doliente
Con los tiernos suspiros se embargaba;
Pero el llanto elocuente
Que en sus mejillas rojas derramaba,
Para afear de Fenicio los agravios,
Hizo las veces de sus bellos lábios.

Clamorosos jemidos
Y lastimosos ayes traspasaban,
Por el aire impelidos,
Las débiles paredes que formaban
Una cercana choza en que vivia
La amiga mas discreta que tenia.

Esta era Filomena,
[A] quien habia otras veces conferido
[L]a causa de su pena,
[L]a que habiendo el eco conocido
[D]e su amiga, dejó la dulce cama,
[ll]evada del acento que la llama.

Presa la halló en los lazos
[D]e un violento desmayo, por el suelo:
[T]ómala entre sus brazos,
[Y] procurando darle algun consuelo,
[D]espues que ya del éstasi volvia,
[A]si con blandas voces le decia:

FILOMENA.

¿Hasta cuándo tus ojos
Dejarán de llorar, Dóris querida,
Los injustos enojos
Con que Fenicio cruel te tiene herida?
¿Hasta cuándo tendrán con tus lamentos
Lúgubres quejas los sonoros vientos?

No hai hora en que con llanto
No des de tu dolor amargas señas,
Moviendo tal quebranto,
Que parece lo sienten aun las peñas:
No hai hora en que no suene tu amargura
Sea del dia claro, o noche oscura.

Si esa corriente fuera
De modo que a Fenicio caminara,
No era mucho corriera
Llevándole las rosas de tu cara:
Esperaras tal vez su afecto entonces,
Si hai lágrimas que ablanden a los bronces.

Pero si la fortuna
Descamina tu voz, y nada medras,
Tu querella importuna
Quedará sepultada entre estas piedras,
Mientras que en otras aras tu Fenicio
Consuma de su amor el sacrificio.

DORIS.

Nada menos, amiga,
Que a los oidos de un pérfido me queje,
Y que ruegos le diga
Para que vuelva a mí, cuando a otra deje:
De ninguna manera, porque haria
Su dureza mayor la queja mia.

FILOMENA.

¿Luego sin esperanza
Lamentas, maltratando tu hermosura,
De que tendrá mudanza
Tu desgraciado amor, tu desventura?
¡Qué poco juicio ¡ai Doris! acreditas
En tiempo que mejor lo necesitas!

DORIS.

Sin esperanza lloro,
Es cierto, de ser ya dueño absoluto
De lo que mas adoro;
Mas cuando al suelo lágrimas tributo,
Discurro ¡ai triste! que en remedios tales
Una parte desahogo de mis males.

FILOMENA.

Llora pues, Doris mia;
Pero treguas permite a tus querellas:
Acuérdate del dia
En que dando tu sol sus luces bellas,
Alegrabas los rústicos pastores
Como el alba a los dulces ruiseñores.

Acuérdate de cuando
Despidiéndote Amor doradas flechas,
Las iba rechazando
Y caian a tus pies luego deshechas:
Victorias que te hacian en la cabaña
Honores, como a Diana en la montaña.

Y acuérdate de aquellos
Alegres tiempos, cuando en la floresta,
De ramos los mas bellos,
Pasando los ardores de la siesta,
Con coronas cantábamos y palmas
La dulce libertad de nuestras almas.

DÓRIS.

Antes con la memoria
De mi pasado bien, mi mal se aumenta,
Y perdida mi gloria,
Un infierno a los ojos se presenta.
¿Quién, Filomena amiga, quién pensara
Que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA.

Si de las sujestiones
Del amor en el pecho de quien ama
No triunfan las razones,
Emprendo inútil apagar tu llama;
Pero ya es hora de buscar sosiego
En nuestras dulces camas.

DORIS.

Vamos luego.

POETA.

Con amorosas quejas,
Al juntarse la noche con el dia,
Las tristes zagalejas,
Por temor de la luz que la alba envia,
Se despidieron dándose un abrazo,
Poniendo para verse corto plazo.

DESPIDESE SILVIO DE CLORI.

EGLOGA TERCERA.

SILVIO, POETA.

—

POETA.

Viendo Silvio que Clori se ausentaba
En fuerza de los hados rigurosos,
Al pecho la estrechaba,
Y con suspiros tiernos y amorosos
Su dolor de esta suerte le espresaba:

SILVIO.

¿Te vas? ¡ai Clori! ¿con qué la fortuna
Rompe los fuertes lazos
De una estrecha amistad mas que otra alguna?
¿Con que dejas por último mis brazos?
¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?
¿Dejas mi corazon que por la boca
Repitiéndote está sus blandas quejas?
¿Te has transformado acaso en dura roca,
Que dejas a tu Silvio en triste calma
Sin su Clori? ¿sin tí? ¿sin toda su alma?

Mas ¡ai! que si la estrella
De mis brazos te arranca, ¿por qué lloro
Motivos que no das, mi Clori bella?
La estrella me arrebata el bien que adoro.
A Dios, Clori,... ¿te vas? sí, que la suerte
Con tu ausencia procura...
Procura... ¡ai! si, procura darme muerte
Privándome de toda mi dulzura.

Y puesto que la fuerza,
La incontrastable fuerza del destino,
No hai brazo que la tuerza,
Anda, mi Clori, empieza tu camino.

Mas no, Clori, te aguarda:
¿Olvidarás de Silvio la ternura,
Si acaso para verte el tiempo tarda?
¿Olvidarás que ha sido tu hermosura,
Tantas dichosas veces adorada,
En lo mejor de su alma colocada?
No lo permitas, Clori, ¡ai! ten presentes
Del corazon mas fiel tantos amores,
Que a prueba de otros muchos pretendientes
Envidiosos pastores,
Me hicieron dueño al fin de tus favores.
Sí, Clori: que aunque ausentes
Estemos, y en las tierras mas distantes,
Yo te prometo, por aquella gloria
Que me causó el triunfar de tus amantes,
El que siempre estarás en mi memoria.

:n mi memoria, siempre agradecida
.l honesto recato
)e tu amoroso trato,
[mui reconocida
ı la sagrada fé comprometida
;on juramentos tantos,
)ue por los dioses santos
Jicimos, cuando en mas dichoso dia
ſo me nombré por tuyo, y tú por mia.

¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos,
Corriendo en tus mejillas,
Como dos arroyuelos,
Se arrebaten las tiernas florecillas.
¡Ai! véncete a mi ruego:
No eclipses de tu cielo peregrino
En cada niña un sol de blando fuego:
No llores, Clori, sigue tu camino.

POETA.

Con estas espresiones de ternura
Silvio de su zagala se despide,
Quien con llanto esplicaba su amargura,
Que a su lábio de rosa bablar impide:
Danse el postrer abrazo;
Y desunido el amoroso lazo,
Los últimos adiosos se dijeron
Con ayes tan de alma prorrumpidos,
Que las Driadas y Faunos se movieron,
Y en ecos repetidos
Desde sus hondas cuevas respondieron.

LLORA SILVIO LA AUSENCIA DE CLORI.

EGLOGA CUARTA.

SILVIO, POETA.

POETA.

Como suele el amante pajarillo,
Para aliviar su corazon doliente,
Quejarse sobre algun verde arbolillo
A su consorte ausente:
El triste Silvio sin su Clori amada
Llora su desventura,
Y en el silencio de la noche oscura
De este modo su pena fué espresada.

SILVIO.

La cara trocó el mundo:
Y asi como en la noche oscura y triste,
Un estraño silencio el mas profundo
Respira el campo desque tú te fuiste.
Ya no alegra la luz que la alba envia,
Ni las aves canoras
Su voz desatan ya con alegría.
Tristes corren las fuentes mas sonoras,
Y aun las flores ya niegan su fragancia.
Con razon la distancia,
Que nos separa causa mis desvelos.
¡Oh si te viese ahora,
Bellisíma pastora!
¡Ai! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

No me cabe el dolor dentro del pecho,
Serranilla graciosa,
Cuando pongo los ojos en el techo
De tu mandra[1] dichosa:
Ya no se ve blanquear, como solia,
Con tantas palomitas melindrosas:
Que como echaron menos tu presencia,
Quizá a buscar se fueron su alegría.
Si estuviesen aun, creo que llorosas
Al triste Silvio hicieran compañía.
Date prisa a volver, zagala mia.
¡Ai! traigante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

---

1 *Mandra*, albergue pastoral.—(El A.)

Tus mansas inocentes corderitas
Ni se alegran, ni buscan por el prado
Como de antes las nuevas yerbecitas.
¡Pobrecillo !ai! sin ti de tu ganado!
Y cuando llega la hora
Que del redil las saque su pastora,
La llaman con tristisimos balidos:
A tan grande dolor les acompaña
Con ecos repetidos
La lóbrega mañana.
Y desde aquel instante el mas penoso,
En que se vió la pastoril cabaña
Sin tu rostro precioso,
Una noche sombría
Parece que se estiende por toda ella,
Aun cuando el sol está en el mediodia.
¡Ai serranilla bella!
¿Si volverá a este campo su alegría,
Que con ansias espera la alma mia?
¡Ai! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

Admite, corazon, algun sosiego,
Y aguarda con el tiempo la venida
De tu Clori querida,
Que enjugará este llanto en que me anego.
Acaba de llegar, alegre dia,
Y tendrás, no hai que hacer, en mi pastora
Mejor regazo que en la blanda aurora.
¡Ai! zagaleja mia!
¡Cuánto tus ojos tardan
En alegrar los mios que te aguardan!
¡Ai! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

POETA.

Calló el pastor amânte,
Y la pesada noche tenebrosa
Le retira a su mandra silenclosa
Sin que el dolor le deje un solo instante.

CELEBRA SILVIO LA VUELTA DE CLORI.

EGLOGA QUINTA.

SILVIO, POETA.

POETA.

Ya de los montes el invierno cano
Retirado se habia,
Cuando Silvio volvia
A ver de Clori el rostro soberano.
De su torneada mano,
Que a la boca llevaba muchas veces
Con gratas sencilleces,
Cariñoso la toma:
Sobre la verde yerba de una loma
La sienta, y a su lado
La requiebra, cual suele en el techado
Simple palomo a cándida paloma.

SILVIO.

Bellísima serrana,
Prodijio celestial, todo bien mio,
Grata a mis ojos mas que en la mañana
A las sedientas flores el rocio:
Pasó la noche oscura,
Que lloraba con lágrimas eternas:
El suave resplandor, las luces tiernas
De tu blanda hermosura
Disipan mi tristeza:
Igual es tu belleza
A la que tiene la rosada aurora,
Cuando, rompiendo los nocturnos velos,
Alegra los espacios de los cielos,
Y las coronas de los montes dora.

Pájaros dulces, que en pajizas camas

Gratas consortes requebrais contentos,
Salid alegres a las verdes ramas:
Desatad vuestros músicos acentos,
Y esparcid en los vientos
Vuestra sonora plácida armonía,
Pues ha llegada la zagala mia.

Salid ya del establo, corderillos,
Que en el campo os espera
Produccion olorosa de tomillos,
Que con Clori os envió la primavera.
Dad saltos de alegría,
Pues ha llegado la zagala mia.

Amantes zagalezas,
Que en el fértil sembrado de amapolas
Soleis cantar a solas
De un mal pagado amor las tiernas quejas,
Vuestros amargos lloros
Conviértanse hoi en cánticos sonoros
De alegre melodía,
Pues ha llegado la zagala mia.

Templad los agradables caramillos,
Porque en lo mas sabroso de la siesta,
Músicos pastorcillos,
Haremos nuestro baile en la floresta
A la usanza de simple serranía,
Pues ha llegado la zagala mia.

POETA.

A seguir iba Silvio; pero viendo
La carroza del sol; que iba subiendo,
Se retira a su albergue en compañía
De Clori, y observando los pastores
Sus festivos empeños,
Se dispusieron todos a porfía,
Para alcanzar favores
De sus hermosos dueños:
Y a la siesta en el campo se juntaron,
Y la vuelta de Clori celebraron.

SONETOS.

INFLUJO DEL AMOR.

Célebres calles de la corte indiana,
Grandes plazas, soberbios edificios,
Templos de milagrosos frontispicios,
Elevados torreones de arte ufana,

Altos palacios de la gloria humana,
Fuentes de primorosos artificios,
Chapiteles, pirámides, hospicios,
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh Méjico! sin duda yo gozara
Del gusto que me brinda tu grandeza,
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza
El suave influjo de la dulce cara
de una agraciada rústica belleza.

RECUERDOS TRISTES.

Cuando tu blanca frente yo ceñia
De hiedra azul y de encarnada rosa,
Cuando en el fértil prado y selva umbrosa
Mil cariños mui dulces te decia:

Cuando de agreste flauta me servia
Para cantar tu cara milagrosa,
Cuando en nuestra cabaña venturosa
Me nombraba por tuyo, y tú por mia:

Cuando... mas no, no quieras, Clori amada,
Que refiera mas gustos, pues no intento
Que jima la memoria lastimada:

Iba a decirte, que en aquel momento
Que recuerdo la vida ya pasada,
No sé como no muero de tormento.

A CLORILA EN TRES MESES DE AUSENCIA.

Tres casas visitó, Clorila hermosa,
El sol dorado desde el triste dia
Que a mis ojos robaron su alegría
Con privarlos de ver tu luz preciosa.

Desde entonces ¡Ai triste! no hallo cosa
Que no sea de dolor al alma mia,
Y los males parece que a porfía
Me disponen la vida mas penosa.

Mas si deben hallar correspondencia,
Cuando los tiempos entren en bonanza,
Los males rigurosos de la ausencia,

Consuélame, Clorila, la esperanza
De que tu dulce y celestial presencia
Sanará mis dolencias sin tardanza.

EL SUEÑO EN EL DIA DE CLORI.

Estando ausente de mi Clori amada,
Y llegado que fué su alegre dia,
Púsome en su sabrosa compañía
Dormido, la vision mas regalada.

En mi amoroso pecho reclinada,
Los requiebros mas dulces le decia:
Ella con blanda voz me respondia
En su lábio de rosa embalsamada.

Parecíame mirarla con los ojos.
Mas tocado de envidia el dios Morfeo,
Tuvo zelos, no hai duda, y dióme enojos:

Y del éstasi, Clori, en que te veo,
Vuelvo ¡ai triste! llorando los despojos
Con que el sueño engañaba a mi deseo.

EL RUEGO AMOROSO.

Acaba de llegar, zagala mia,
Al delicioso campo dó te espera
El blando resplandor, la luz primera,
Del mui risueño, del reciente dia.

Si llegases ahora! ¡qué alegria
Por todo el ancho valle se esparciera!
Con frescas rosas el alma primavera
Tus sienes al instante ceñiria.

Cantárate de amor requiebros suaves,
Con cántico mas dulce que a la aurora
El coro alegre de las dulces aves...

Qué ¿no llegas, bellísima pastora?
Acaba de aliviar las penas graves
Del triste Silvio que tu ausencia llora.

RESOLUCION DEL AMOR.

En el funesto potro de una cama
Que el impulso del mal labró violento:
A las sangrientas manos del tormento,
O la muerte, o la vida un triste llama:

Los que escuchan las voces con que esclama,
A delirio atribuyen su lamento;
Mas yo que a semejanza suya siento,
Tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza
No logrando descanso, mira cierto
Que en su dolor la muerte se eterniza:

Asi mi corazon del fin incierto,
Cuando enfermo de amor triste agoniza,
De una vez quiere ser, o vivo, o muerto.

LA SEPARACION DE CLORILA.

Luego que de la noche el negro velo
Por la espaciosa selva se ha estendido,
Parece que de luto se han vestido
Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo
Cada cual se retira al dulce nido:
¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!
Todo suscita un triste desconsuelo.

Solo del buho se oye el ronco acento,
De la lechuza el eco quebrantado,
Y el medroso ladrar del can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,
Como mi corazon, en el momento
Que se aparta Clorila de mi lado.

LA TRISTE AUSENCIA.

Su manto recojió la noche oscura
Que cobijaba al mundo tristemente,
Y abriéndose las puertas del oriente
Se asoma a su balcon la aurora pura.

De la fresca arboleda en la espesura
Los zéfiros susurran blandamente;
Desata el arroyuelo su corriente,
Y por márjenes verdes se apresura:

us fragancias respiran flores suaves,
enando los vientos de armonía
uiebros trinan las parleras aves:

odo el mundo se llena de alegría:
nos yo, que en mis penas siempre graves,
ente estoi de la zagala mia.

A LA VUELTA DE CLORI.

avuelve la deseada primavera
alas de los blandos zefirillos
l coro de los dulces pajarillos
n su voz la saluda lisonjera.

Del abundoso rio la ribera
ae con el olor de sus tomillos
os simples y mansos corderillos
e fatigan del monte la ladera.

Su zampoña el pastor ya templa ufano
ra cantar amores con terneza
su zagala por el verde llano.

Se alegra la comun naturaleza
ando vuelve la ninfa del verano,
mo yo cuando vuelve tu belleza.

A CLORI EN EL CAMPO.

A dó quiera que vuelve el rostro hermoso,
rostro celestial la Clori mia,
parce con sus ojos la alegría:
l es de alegre su mirar gracioso.

Un caos me parecia tenebroso
campo, cuando a verme aun no salia;
s despues que asomó su claro dia,
e parece un oriente luminoso.

¡Ai! mírame, zagala; y tus ojuelos,
n cuyas blandas luces resplandeces,
los cubra la ausencia con sus velos:

¡Ai! mírame otra vez, y otras mil veces,
ue el sol no es tan alegre por los cielos,
mo tú por los campos me pareces.

LAS TRAMPAS DE LA CAUTELA.

Con sus pintadas alas rasga el viento
De libertad gozando un pajarillo,
Y cantando desde un verde arbolillo
Participa a los prados su contento:

Pero apenas desata el dulce acento,
Y el agradable son de su piquillo,
Cuando el mas cauteloso pastorcillo
Mil redes le dispone aquel momento.

A cautiverio duro reducido,
Melancólico, triste y pesaroso,
En lágrimas su canto ha convertido:

¡Ah! pajarillo incauto! riguroso
Es tu estado infeliz, porque has caido
Como yo, en la red del cauteloso.

AGRADECIMIENTO.

No necesitas, no, niña preciosa
De tu garbo, donaire y jentileza:
Para ser estimada con presteza,
Eres a mas de linda, mui graciosa.

Estando en la ciudad mas populosa,
Cual viajante, que yerra en la maleza,
Mereció mi cariño tu terneza:
¿Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada dia,
En la noche, en la tarde, en la mañana,
Recorriendo tu amor y gallardía:

Y a pesar de la ausencia mas tirana,
Un altar te levanto en la alma mia,
Donde adoro tu imájen soberana.

LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en tronos de esmeraldas, tan erguida
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,

Y advertirás entonces convertida
En mústia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda jentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

LA JUVENTUD.

No ves ese clavel ya deshojado,
Por la crueldad del cierzo enfurecido:
Tan muerto, que parece enternecido
Las exequias le canta triste el prado?

Pues ayer se ostentó tan encarnado,
Tan fragante, tan verde, tan lucido,
Que entre el vistoso ejército florido,
Por galan de la selva fué estimado.

Asi será tu muerte lastimosa,
Y no tarde tampoco; aunque reflejo,
Que presumes de una alma mui fogosa.

¡Pronóstico fatal! mas te aconsejo,
En premio del retrato de la rosa,
Que este clavel te pongas por espejo.

ESCLAMACIONES DE UNA MUJER ZELOSA.

Vino ya el desengaño al amor mio:
Vino aunque tarde sin ningun provecho.
¡Desengaño fatal! que da por hecho,
Por ingrato y eterno tu desvío.

En este instante, desde el centro umbrío
Se lanza a mi alma él infernal despecho:
A fuera sale del ardiente pecho,
Buscando a Fabio, ciego el albedrio.

¡Ai, caro dueño! cesen tus rigores,
Y benigno te muestra a mis desvelos:
¿No me oyes? ¿No te mueven mis clamores?

Apiádense de mí los altos cielos,
Que viendo tan trocados mis amores
En el abismo muero de los celos.

NOCHE TRISTE.

...Mihi se, non ante oculis tam clara, videndam
Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit
Alma parens...

VIRG., *Æneid*, lib. 2.°

No de Artemisa el túmulo famoso,
Caros hermanos mios,
De mi llanto esta vez será argumento;
Ni el sepulcro de Adonis fabuloso,
Soñados desvaríos,
Me inspirará con triste sentimiento:
De otra causa me siento
Intimamente herido:
De otro objeto me siento conmovido.
De nuestra tierna madre el triste caso,
El fatal accidente,
Que la lleva a las sombras de su ocaso,
Es el asunto que mi musa llora,
Y el dolor vehemente,
Que me traspasa ahora.
Ya mi llanto en corriente,
De los cansados ojos desprendido,
A mezclarse desciende dirijido
Con lo que lloran vuestros turbios ojos.
A contemplar me escita la tristeza
Los fúnebres despojos
De la naturaleza.
Ya el sol se apaga, y a sus luces bellas,
Pregonando de Dios las maravillas,

ede el resplandor de las estrellas.
no cantan la tiernas avecillas
dulces tonadillas,
: alegraban la fuente, el bosque, el prado.
la noche ha llegado,
ı cara trocándose del mundo,
ece que se torna moribundo
u primer estado.
silencio profundo
ardan todos los entes
la naturaleza diferentes.
o el fúnebre canto
ı que pasan la noche buhos roncos,
lancólico suena,
parciendo el espanto
tre caducos troncos.
do conspira a renovar la pena,
ıe siente el alma mia:
corriéndose al punto
velo de mi opaca fantasía,
: me pone delante
: mi copioso llanto el triste asunto,
mayor de mis bienes ya difunto.
esde luego mi madre... ¡Ai madre amante!
ıi madre la mas tierna!
u imájen esculpida
n mi triste memoria, se hará eterna
odo el amargo tiempo de mi vida.

La noche silenciosa
arece que camina adormecida,
' como nunca ¡ai triste! perezosa.
ın vano el sueño pulsa
ıas delicadas puertas del sentido,
ii el corazon repulsa
l descanso del cuerpo apetecido.
l dolor compelido,
Mi duro lecho regaré con llanto.
La cabeza reclino, y entre tanto
Me salta el corazon dentro del pecho.
Cierro los ojos; hiéreme el espanto:
Dilijencias... ninguna es de provecho
Para aliviar mis miembros fatigados:
Mi espiritu flaquea
Con tantos pensamientos atropados:
Y ajitada la idea,
A mi madre parece que estoi viendo...
¡Ah! lance el mas tremendo,
Cuando en mortales ansias agonizas.
Tu cuerpo venerable
Ya se convierte en lúgubres cenizas.
Despues que una mirada,
Estremo de tu angustia apoderada,
Al resto inconsolable
De los hijos, que cercan tus despojos,
Le dice ya eclipsada,
El tierno último vale de tus ojos.

De repente por toda la morada
El llanto suena, se levanta el grito:
Ya se escuchan los ayes de un *Alejo*,
Que esparcen el dolor en el distrito.
Ya un *Francisco* perplejo
Con el súbito mal, la vestidura
Rasga a su pecho blando:
Y *Juana*, la mujer de mas ternura,
El cadáver helado está abrazando,
Mientras que en dos torrentes de amargura
Se van sus dulces ojos trasformando.

Y tú, que noticioso
Del mal que por entonces amagaba,
En camino te pones presuroso,
Y llegas al ocaso donde acaba
De apagarse la luz, cuyos ardores
Tuviste por mejores
Que los del alto sol: dí ¿qué sentiste
Al saber la catástrofe mas triste?
Blas... ¡Oh!... mi dulce hermano,
Tú que ennobleces el linaje humano
Porque tus sentimientos
No tiene otro hijo iguales...
¿Qué sentiste? ¡ai! ¿diréio?... tus lamentos
Llenaron de jemidos a los vientos.
Tú dijiste a los techos celestiales,
Cayeran sobre tí; y a tus querellas
Parecian moverse las estrellas.
Mas el Señor que cuida de tu pena,
Por la cual estuviste desmayado,
Tiernamente escitado,
La tempestad de tu ánimo serena:

Con que al fin del quebranto
Procuraste piadoso
Enterrar con decencia el cuerpo santo.
¡Dichoso ¡ai! sí, dichoso
Tú, que ejercitas la piedad humana!
Mientras que yo privado por el cielo
De este último consuelo,
A la suerte me quejo mas tirana
En tan remoto suelo.

El corazon se afana
¡Ai, madre, madre mia!
Suspirando tres años que pasaron
Desde el postrero dia,
En que amorosamente me estrecharon
Los mismos brazos qne contemplo yertos,
Hasta el terrible instante,
Que a la rejion te lleva de los muertos.
¿Con que fueron entonces
Tus postreras ternuras?
¡Oh penas las mas duras,
Capaces de ablandar los mismos bronces!
¿Con que ya para siempre me dejaste,
Amada madre mia,
Y sin que yo te viera te ausentaste?
¡Oh, si me hubiera hallado en tu agonía!
Sobre este mismo pecho
Reclinatorio a tu cabeza santa
Te hubiera el amor hecho:
Y ajitado al latir de tu garganta,
De los ojos saliera el llanto mio,
Para templar el frio,
Que se fuera estendiendo
Por tu aflijida cara,
Que otra vez me parece estarla viendo...
Tal vez me consolara
En este trance fiero
Con la memoria del *adios* postrero.
¡Miserable de mí, que no he podido
Abrigar en mi seno los alientos,
Que exhalaron tus últimas boqueadas!
Fallece el corazon, fallece herido
Con agudos tormentos.

Al dolor trastornadas
Las potencias, se turban acá dentro.
Por todas partes el pavor encuentro
De imájenes sombrías,
Hijas de mi cuidado,
Que el acerbo dolor ha fabricado.
Abrese ya un sepulcro cavernoso:
Hórrida tumba: lúgubres bujías:
Melancólica rama
De ciprés y de pálida retama,
Se esparce en el recinto pavoroso.
¡Aparatos funestos!
Funerales me asustan ya dispuestos.
Hieren ya mis oidos
Los ayes, los lamentos, los jemidos.
Tristes exequias ¡ai! ¡qué doloroso
Espectáculo ¡ai cielos! estoi viendo!
Exequias de mi madre ¡ai!... Sepultada
Mi traspasado amor la está sintiendo,
Contemplando su lóbrega morada.

La turbacion pesada
Del letargo me vuelve: un sudor fri
Me cubre de los pies a la cabeza:
Con súbita estrañeza
Huye cansado el brio.
¡Oh, de los cielos Soberana Alteza,
Que imperas las nocturnas sombras mustias,
Envia las deseadas
Luces del alba, viendo mis angustias!

Mas que nunca pesadas
Las horas se figura el alma mia,
Cuando ellas como siempre van volando
Desciende, o númen blando,
Sobre mis tristes párpados, que el dia
Sus luces apresura
Tras de la noche oscura.
Preséntate a mis ojos desvelados
Con semblante risueño...
Mas ¡qué al contrario se presenta el sueño
A los que tiene el susto acobardados!
Miro por todos lados
De macilenta parca los trofeos.
Aridos esqueletos descarnados

upan los oscuros mausoleos...
h huesos a mis ojos venerables,
ya vista me infunde
tivos de dolor interminables!
ánimo se confunde,
entre congojas vuelvo en mis sentidos,
ropeado ¡ai dolor! con tantos males.
la espantosa noche los umbrales
desaparecidos,
escuchan los acentos repetidos,
las canoras aves,
e con voces suaves
cen a su Criador salva sonora.
vista de la aurora
i las gracias a Dios, de que me habia
jado ver la luz del claro dia.
s sin dejar de ver la mas amada
ájen que en la dócil fantasía
sueño me dejó tan bien copiada,
Que borrarse no puede ya en la vida;
Como cosa en el alma retratada,
Y en todas sus potencias recibida.

Y asi estarás ¡ai madre! en mi memoria,
Que con dulces recuerdos te venera,
Como estrella que luce en la alta gloria:
Y mi amor que sin tí se considera,
Te llora eternamente:
Te llora ¡ai madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma
Con eterno laurel, gloriosa palma,
Allá sobre los cielos se pasea,
Mi turbio llanto enjuto
En mi estenuado rostro jamas sea;
Porque en tu hijo se vea
Que te paga, aunque corto, este tributo.

RATOS TRISTES.

Optima quæque des miseris mortalibus ævi
Prima fugit, subeunt morbi, tristisque senectus,
Et labor, et duræ rapit inclementia mortis.
VIRG., *Æneid.*

DEDICATORIA.

Non hæc ingenio, non hæc componimus arte:
Materia est propriis ingeniosa malis.....
OVID., *Trist. Eleg.* 5.ª lib. 1.°

formes versos mios,
cuya voz responden con sus ecos
s cóncavos peñascos, troncos huecos,
s altos montes, y los hondos rios:
uedaos entre estos páramos sombríos,
ue en las grandes ciudades
o suena bien el tono querelloso,
opio de las profundas soledades.

Mas ¡ai! que vuestro acento lastimoso
raspasando los límites debidos.
Penetra los oidos
De un númen de la tierra el mas piadoso.
Este, siendo una imájen espresiva
Del Todopoderoso,
Os llama a su presencia:
Idos pues a cumplir con la obediencia,
Y sus plantas besad cuando os reciba.

Le encontrareis acaso
Elevando su mente
Sobre las altas cimas del Parnaso:

Dó el sábio presidente
De aquel escelso coro,
La suave lira de oro
Pone en su sacra mano:
Y a las cuerdas sonoras
Como heridas de plectro soberano,
Siguen alegres Piérides canoras.

Paréceme escuchar la docta Clio
Inflamada de música tan rara,
Que en fuerza de su heróico poderío
El tiempo que pasó vuelve la cara,
Cantándole por tonos diferentes,
Y colocando en su feliz memoria
Los sucesos mas grandes de la historia,
Empresas árduas de gloriosas jentes.
O las voces de Urania cuyo acento
Subiéndose hasta el alto firmamento,
Baja a sus ojos luego
Orbes bañados de luciente fuego,
Que rodando en sus ejes eternales,
Caminan por los campos celestiales.
O el canto de otra hermana de las nueve
Que ajitada tal vez con la armonía
Que el nuevo Apolo mueve,
Quiere seguir con pasos de garganta
Al compas que la música levanta.

Si le halláreis asi tan divertido,
O en otros ejercicios destinado,
Aguardaos a que esté desocupado:
Y en tono reprimido
Decidle de mi parte [1]
Que os dispense las faltas en el arte,
Y adornos no decentes
Para sacar la cara
Entre las cultas jentes:
Vuestro lenguaje rudo,
Que jamas esperasteis el que hablara
Sino a las sordas peñas;
Porque mi injenio al fin daros no pudo
Sino cosas pequeñas,
Segun las facultades que tenia.....

¡Ai! ¡pobres de mis versos!
Mas, si seguros vais de hados adversos,
Id, hijos de mi escasa fantasía,
Y del númen que os digo en los altares
Ofrecereis, primero que pesares,
El respeto y amor del que os envia.

RATO PRIMERO.

—

MI FANTASIA.

Mortal hipocondría,
Que siento como daños
De mis molestos infelices años,
Enferma de mi musa la alegría.
Ya no, como solia,
Canta de los pastores
Inocentes amores:
Ya no canta las simples zagalejas
Coronadas de flores
Tras de blancas ovejas:
Ya no canta ¡ai de mí! la *Doris* bella,
Ni la *Clori* serrana;
Esta grata, y aquella
Tan cruel como hermosísima tirana.
Ya le influye otra estrella;
Otra estrella de aspecto rigoroso:
Y mudada la alegre perspectiva
Del tiempo venturoso,
Los males llora de mi suerte esquiva.
¡Ai musa! ¡desgraciada musa mia!
Tras del alegre canto
Vaya tu triste llanto,
Al modo que la noche sigue al dia.
Este alivio me dá en las ocasiones
Que la alma dolorida
Quiera llevar con menos aflicciones
Los *Ratos tristes* de mi amarga vida.

---

1 Esto que dije en un tiempo a la persona privada que aqui se entiende, digo tambien ahora a los que hubieren de leer mis *Ratos tristes*.—(El A.)

Asi esclamaba, cuando
ı éstasi quedó mi fantasía:
ıtonces parecióme que veia
ıa deidad llorando:
i misma musa que invocado habia.
ra su rostro ya marchito y feo,
in luz sus ojos, como amedrantados
l ruidoso trepel de mis cuidados.
u cabellera ¡ai! blanca y sin aseo:
oda su contestura
ı la corva figura
)e la triste vejez mui semejante.
Qué aspecto tan estraño al que tenia!
Pone en mi mano un lúgubre instrumento,
Unisono al que pulsa la Elejía,
De ébano negro: y en el mismo instante
Me echa sus brazos, y con raudo vuelo
Por los vientos se sube
Hasta entrarse en el seno de una nube
Que le sirvió como de oscuro velo.
Del letargo volví; pero ajitados
Como de un grave ensueño mis sentidos,
Levanto hasta los cielos mis jemidos,
En lágrimas los ojos empapados.

RATO II.

—

EL DESTINO.

En vano me resisto a la fortuna,
Que me arrastra ¡ai dolor! en cualquier caso
La poderosa diestra del destino;
Desde mi alegre cuna
Hasta las tristes sombras de mi ocaso,
A mis pasos señala su camino.
Luego que esto imajino,
¡O númen soberano!
Parece que me toma de la mano
Una ciega deidad; mi propia suerte,
Que tropezando en diferentes males,
Me lleva por los rumbos de la muerte
Hasta tocar las puertas eternales.

Deidad tan melancólica y sombria,
De mi confusa idea
Como de cueva lóbrega salia;
Pero una luz que en la alma centellea,
Hija graciosa del autor del dia,
Disipa noche tanta.
Veo una mano santa,
Que leyes imponiendo a mi camino
Me dirije al alcázar de la gloria...
¡Oh, celestial mansion de mi destino!
Que al salir de esta vida transitoria,
Se presenten abiertas
A mi alma pobrecilla vuestras puertas.

RATO III.

—

LA PERSECUCION.

Mira, Clori, este campo, cuyas flores
Me pintan aquel prado,
Dó alguna vez holgóme tu hermosura
Con sus blandos amores.
En tus sabrosas faldas recostado
Vióme la aurora pura
Juntar con el recato la ternura.
¡Dichosa! ¡ai! sí, ¡dichosa la mañana,
Que en este instante ocupa mi memoria!
Entonces mi fortuna voló ufana,
Y llevóme a lo escelso de tu gloria.

Paréceme actualmente
Que de claveles, azucenas, rosas,
Estoi ciñendo tu nevada frente...
¿Te acuerdas? ¡ai! ¿te acuerdas de estas cosas?
Yo me acuerdo que entonces penetrada
De mis tiernos amores,
Desataste una cinta colorada
A tu rojo cabello,
Y trenzando con ella hermosas flores,
Tejiste un lazo, y me adornastes el cuello.
¡Oh, qué lejos que fueron de dó estamos
Estas suaves fruiciones!
De tus paises ¡ai Clori! nos privamos
Por grandes enemigas turbaciones,
Que declararon guerra
A la amistad mas dulce y mas sencilla.
¡Ai, pobre serranilla!
¿Y cuándo volveremos a tu tierra?

RATO IV.

—

MI SOLEDAD.

Estendiendo la vista por el prado,
Mientras que mi tormento
Arranca de mi pecho fatigado
Suspiros con que hiero el firmamento,
Tal vez me ofrece asiento
En quieta soledad bosque sombrío:
Tal vez del claro rio
La ruidosa corriente
A su orilla me dice que me siente.
Aquí del llanto mio
Son confidentes mudos
Groseros troncos y peñascos rudos,
Pues con ellos, no obstante su dureza,
Parece que se alivia mi tristeza.

No por esto me nombres
¡Oh Zoilo! aquel filósofo de Atenas [1]
Sepultado en desiertas soledades;
Yo no soi enemigo de los hombres,
Y solo por mis penas
Antepongo el retiro a las ciudades.
Y aunque entre muchos de ellos me imajino
Como entre hambrientos lobos mansa oveja,
De nadie formo queja,
Porque asi lo dispone mi destino.

RATO V.

—

LA INGRATITUD.

Esta es la misma fuente
A cuya suave trasparente linfa
Su blanco cuerpo mi adorada ninfa
Daba, del año en la estacion ardiente.
El escamoso dios de la corriente
Por entre aquellos verdes carrizales
Se asomaba, segun me persuadia
El cuidadoso amor que le tenia.

Una ocasion salió de los cristales,
Y en las verdes orillas
Brindándonos las tiernas florecillas
La mas pintada alfombra,
Y frescos sauces su agradable sombra,
En brazos de mi dueño
Sus blandas alas estendióme el sueño.

Ajitada de amor la fantasía,
Veo del alto cielo
Descender la alma Venus que traia,
En los brazos a su hijo pequeñuelo.
Del éter ilumínase el espacio,
Como cuando la aurora
Se asoma en el palacio
Del rubio oriente, y la mañana dora.
Llegóse la deidad resplandeciente,
Las manos estendió su tierno infante,
Y con cadena de oro refuljente
Al albo cuello de mi ninfa amante
Unióme en el instante...
¡Oh dicha sin igual, que la firmeza
A mi amor prometia
De una grande belleza!
La vision lisonjeándome seguia;
Pero el gusto, que en la alma no cabia,
Del rapto me volvió, dando a mi dueño
Razon entera de tan dulce sueño.

Luego el cariño se asomó a sus ojos,
Y su gracia hechicera
Brilló, riendo por sus lábios rojos.
¿Quién con estos pronósticos temiera
En un pecho mudanza?
Mas ¡ai! que puso fin a mi esperanza
La ingratitud mas fiera.
Si, Fileno, sí, amigo: y la memoria
De estos ¡ai! dichosísimos lugares,
Suscita mis pesares,
Haciéndome pagar aquella gloria,
Que hoi trasforma mis ojos en dos mares.

RATO VI.

—

MI ORFANDAD.

Seis lustros há que vi la lumbre pura:
Y en espacios tan breves,

---

1 Timon el misántropo.—(El A.)

ıfortunios sufri golpes fatales.
áronse a la hórrenda sepultura
padre ¡ai de mi! parcas aleves,
r que por sus años por sus males,
ıdo cuarenta auroras no cabales
toda su edad... Tú, madre mia,
ıos tus ojos tristes manantiales,
:ontaste esto mismo en algun dia:
pidióme mi padre moribundo,
n débiles brazos
lió los tiernos últimos abrazos:
partióse por último del mundo,
ındome su llanto en rostro tierno
:es reliquias del amor paterno.

arece ¡ai padre amado!
a la tristísima hora de tu muerte
'abas mi orfandad mas que tu vida.
ı, si crecido hubiera yo a tu lado!
onces, de la suerte
: estorba la caida
ɔequeñuelo arbusto
árbol de la selva mas robusto
la misma manera sostenido
ıtra el récio huracan de mi fortuna,
una caida importuna
n tus brazos me hubieras defendido...
mi lúgubre idea,
la brillante imájen de mi padre
rayo centellea...
i me lo pintó mi dulce madre...
dulce madre... sí. Tampoco existe:
n su esposo bajó al sepulcro triste.
ıuién llorára, cual debe, estos asuntos!...
: mis padres fragmentos venerables,
ıe ocupais la rejion de los difuntos,
ıra siempre durables
ereis en mi memoria:
aunque están cual luceros en la gloria
ıs almas inmortales
ue os inspiraban el vital aliento,
is ojos han de ser dos manantiales,
ue lloren vuestro triste apartamiento.

RATO VII.

—

LA FUGA.

Estos los bosques son mui venturosos
Dó azorada se entró mi pastorcilla,
Huyendo de los hados rigurosos.
Esta la pobrecilla
Cabaña de humildísimos pastores
Que la hospedó contenta.
Salve, lugar feliz, que en la tormenta
Que turba todo el mar de mis amores,
Vuestra fecunda afortunada orilla,
Como seguro puerto
Se ofrece a mi ajitada navecilla.
Salve mil veces, delicioso huerto:
Y de frutos sazones y abundantes
Os colme el alto cielo:
El verdor se eternice en vuestro suelo,
Y la paz en sus buenos habitantes.

¡Tristes memorias! ¡ai! bosques espesos
De fértiles perales,
Y abundosos camuesos...
Entre estos verdes árboles frutales
Habitaba la dulce Clori mia...
No me acordeis, o ninfas cariñosas,
Vosotras, que escuchasteis tanto dia
Nuestra ternura en pláticas sabrosas,
No me acordeis, ninguna de sus cosas.
No, ninfas, me acordeis cuando sacaba
De su oloroso seno
Las manzanas maduras que cortaba
De vuestro bosque ameno,
Y al echarle los brazos me las daba.
No me acordeis, o ninfas, tanta gloria;
Ni otros oficios tiernos,
Que en mi triste memoria,
Como de tanto amor, serán eternos.
Ni menos aquel trance, el mas penoso,
En que, estando de lágrimas bañada,
Para su cara patria la jornada
Empezaba con paso temeroso.
Todo lo tengo, o ninfas, mui presente:
Todo lo tengo en la memoria mia.
Decidme solo ¿no sabeis el dia,
En que asome su cara refuljente,
Como la aurora pura,
Tras de la noche oscura,
Tras de la noche eterna de su ausencia?...
Remedio no haya ni mortal dolencia.

RATO VIII.

—

LA TERMINACION DE MIS GUSTOS.

Voime por la ribera
De este aunque pobre, pero alegre rio,
Que entre sauces y fresnos levantados
Su corriente purísima acelera.
¡Oh, y como trae al pensamiento mio
Los gustos que del tiempo arrebatados
Pusieron término a la edad florida!

Siéntome a divertir con las memorias
De mis pasadas glorias,
Ya que otras no le quedan a mi vida:
Aquí entre la amenísima espesura
Con Mopso... ¡oh! ¡si él me viera
Tan otro de lo que era,
Penetrado quedara de ternura!
Aquí con Mopso estuve
En distintas alegres ocasiones
Que hasta entonces no tuve,
Ni me permiten ya mis aflicciones.
Ambos con nuestras blandas jovencillas,
Hermosas como honestas,
Pasábamos aquí mui dulces siestas.
Ofrecíannos los huertos florecillas
Con que adornar sus frentes,
Y con que ellas guirnaldas nos tejian.
Entonces parecíanos que venian
De los vecinos bosques y las fuentes
Los dioses y las ninfas dilijentes,
Y encendidos de amores se volvian.
¡Ai Mopso! ¡Mopso! qué contraria escena
En el teatro se ve de nuestros gustos;
La soledad amena
No ofrece al corazon sino disgustos.
Hoi solo en compañía
Del sin igual tiernísimo Fileno,
Unico amigo bueno,
Que siente como tú la pena mia,
A este lugar consagro algunos ratos,
Y en amargos tristísimos despojos,
Cuantos placeres nos brindaba gratos
Le pagan las dos niñas de mis ojos.

RATO IX.

—

LA AUSENCIA.

Silenciosos y plácidos retiros
De quieta soledad: seno profundo
Que ofreces libertad a mis suspiros
Escapados del tráfago del mundo:
Dó arrimado tal vez a un tronco seco,
O a una peña lamosa,
A mi Rórida llamo ninfa hermosa,
Y a la doliente voz responde el eco
Del hondo valle y la empinada sierra.
¡Ai Rórida! te fuiste:
Te fuiste me dejando solo y triste,
Sin la luz de tus ojos a tu tierra.
Ahora te me presentas
En el instante mismo en que te ausentas
Por la fuerza del hado,
Cuyo brazo de cóleras armado
De mi lado te arranca de repente.
¡Ai! no quieras estar ya mas ausente:
Vente a los brazos mios:
No tu amor se amedrente
De ásperos montes, bramadores rios.
La escarcha de los rijidos inviernos
No ofenda rigurosa,
Quiéralo el cielo, tus piecitos tiernos:
Ni del sol ¡ai! la llama calorosa
Ennegrezca el color a tus mejillas,
Amor de los zagales,
Y envidia de las otras pastorcillas.
Anda, Rórida mia,
Y a tu vista disípense mis males.
¿Llegas, Rórida? ¡ai triste! si mi empeño
Delirios me ocasiona, como el sueño,
Que se imprime en la débil fantasía.
¡Oh cuánto tiempo falta para verte!
Oh cielo que me escuchas, cielo santo,
Si de Rórida ausente... Si la muerte...
Lo que empezó la voz, prosiga el llanto.

Asi un pastor con penetrante queja
La soledad de un bosque lastimaba:
Y yo, que lo escuchaba,

eprodujе su ausente zagaleja.
como cuerda herida,
emplada por el tono en que él lloraba,
a mi llanto su voz fué repetida.

RATO X.

—

LA ESPERANZA.

Nosotros ¡ai! nosotros no nacimos,
'ileno desgraciado,
;uando influyen benignas las estrellas.
.uego que de la luz los rayos vimos,
'o creo que irritado
El cielo fulminó muchas centellas,
Agüero que suscita las querellas
Y los grandes enojos,
Y que lloran sin término los ojos.
Por esto la desgracia macilenta
De nuestra propia sangre se sustenta:
Y los negros cuidados
Sin aliento nos dejan
De toda nuestra vida apoderados.
¡Ai, Fileno! y al modo que se alejan
Los dulces ruiseñores
De campos que producen solo espinas,
En busca de otros de agraciadas flores;
Asi las dulces dichas, si examinas
Este punto, verás que de nosotros
Huyen en busca de otros
De alegres y festivos corazones.
¡Ai ¡por cuántas razones
Me quejo de salud tan estenuado!
Mírame como estoi, Fileno amado,
¿No te da compasion ver que los males
Solo huesos y piel me hayan dejado?
Ya los tristes umbrales
De la espantosa muerte
Toca mi vida: entonces de la suerte
Que en la noche descansa del trabajo
El que el peso llevó de un largo dia,
Asi espero el estar cuando debajo
Esté durmiendo de la tierra fria;
Hasta que recordando
A la voz del que es todopoderoso
Salga de mi sepulcro tenebroso
Para estarle alabando
Y gozar de su reino delicioso.
Pobres de nos, Fileno,
Si el premio a tantas penas que pasamos,
No aguardara a nuestro ánimo sereno
Mas allá de ese globo que miramos.

RATO XI.

—

EL AMOR ESTINGUIDO.

Cuando acá en mi memoria te presentas
Con todos los hechizos de tu cara,
¡Ai Doris! ¡cosa rara!
La ya ceniza de mi amor alientas.
¡Influjo poderoso
Por secreta virtud de tu semblante!
El sol no tiene fuego semejante,
Doris, al de tu rostro milagroso.
No perturbes ¡ai Doris! mi sosiego.
La noche de tu ausencia oscura y fria,
Me ponga a salvo de tu ardiente fuego.
¿No te ablanda el dolor de la alma mia,
Que tu ingrata beldad ausente adora?
¡Dóris cruel! parece
Que a mis ruegos te exaltas, segun crece
De tus ojos la lumbre abrasadora.
Amor, tirano amor, asi me inflamas,
Que rios de fuego corren por mis venas,
Y mis huesos cual leños a las llamas,
Me hacen sentir del tártaro las penas.
Muévante mis jemidos,
Que cual volcan que arroja
Peñascos encendidos,
Lanzo al impulso de mortal congoja.

Asi en la ardiente juventud sentia
Del amor los escesos;
Mas ya con la edad fria
El calor se retira de mis huesos.
¡Triste señal de mi postrero dia!

RATO XII.

—

EL REMORDIMIENTO.

¿A qué parte me iré que no me siga
Tu sombra asustadora,

De mi tranquila paz siempre enemiga?
Si de amor en la llama abrasadora
Peligró tu virtud ¿a qué violencia
De nuestra edad fogosa
Temeraria se queja tu inocencia?
Apiádate de mí, muchacha tierna,
Porque te dice mal ser rigurosa.
Esta corriente eterna
Que se desprende de mis turbios ojos,
Borre ya de tu ceño los enojos.
¡Ai, dura Clori! ¡Clori inexorable!
¿Aun me viene siguiendo,
Como de cuerpo sombra inseparable,
La fiera imájen de tu enojo horrendo?
En vano dejo mi rincon oscuro,
Buscando alegres y floridos prados:
Y en vano ¡ai Clori! tu favor procuro
Con tristes ojos de llorar cansados.

RATO XIII.

—

EL DIA DE FILENO.

¡Ai, amigo Fileno! hoi es tu *dia*,
¡Qué triste me parece!
Si en brazos de la aurora asi amanece,
¿Qué será sepultado en noche umbría?
¡Oh, si pudiera hacerte compañía,
Volando en alas de mi gran deseo.
Sin duda mi disgusto se trocara
En plácido recreo
Que tu grata presencia me inspirara!
Entonces por la selva, el campo, el soto,
Renovando el antiguo sacro voto
De amistades eternas,
Daríamos a los rústicos altares
Frutos sazones, florecillas tiernas,
Que acompañaran himnos y cantares.
Entonces en los mas robustos troncos,
Y en los peñascos broncos
De humildes silenciosas soledades,
No en soberbias colunas,
Que levantan fantásticas fortunas
Y que el tiempo derriba en las ciudades,
Nuestro nombre pondriamos, para ejemplo
De los demas zagales,
Que olvidaron el voto de leales;
Que en el glorioso templo
De la amistad sagrada
Prometieron con mútua fé jurada.
Entonces, olvidando tanta pena,
A que el hado mas triste y riguroso
Severo nos condena,
Con el mosto mas suave y jeneroso,
Nuestras dulces preciosas zagalejas
Ceñirianos las frentes con guirnaldas,
Y quizá, reclinados en sus faldas,
Nos darian de su amor mui blandas quejas.
Entonces, ajitada la alegría,
Dulcisonas cañuelas alentara,
Y en pastoriles versos celebrara
Lo mas conforme a tu glorioso dia.
Descendieran tal vez a nuestras voces
De la altiva montaña
Amadríadas y Faunos, que veloces
Saltaran de contento en la cabaña.
Entonces... ¡ai, Fileno mui amado!
Si no es posible el que hoi esté contigo,
Con imájenes solo te fatigo,
Que tienen el valor de lo soñado.
Recibe, pues, amigo, mis deseos,
Y goza de tu dia
Con todos los recreos
Que te ofrezca en su dulce compañía
La inocente hermosura
En cuyo altar consagras tu ternura.
Mientras que yo me miro aquí tan solo;
Si bien entre el bullicio cortesano,
Que parezco habitante de algun polo
Donde apenas llegó el jénero humano.
Por último, Fileno,
Versos te lleguen del castalio coro,
Entre tanto que yo en lugar ajeno
Quiero cantarte, y de congoja lleno
La lira dejo, y nuestra ausencia lloro.

RATO XIV.

—

LA LIBERTAD.

¡Qué admirable concierto! ¡qué armonía
Mantiene el universo! El soberano
Autor con sábia omnipotente mano
Su máquina gobierna noche y dia.

h! ¡con cuánta alegría
asoma la mañana! Las estrellas
ıal moribundas lámparas fallecen
llá en el mas distante de los cielos.
ıs blandas luces bellas
ɜ la alba resplandecen
ɔmo por tenues delicados velos.
ɔr el oriente sube el sol de fuego
erramando en el éter mil colores.
légrase la tierra, y abren luego
u seno de ámbar las pintadas flores.
on soplo lisonjero el aire blando
as mueve: y el arroyo cristalino
as salpica de aljófar trasparente.
Los pájaros volando,
Con agradable trino
Cantan su libertad alegremente:
Su amada libertad... ¡Oh, don del cielo,
Que unos a otros los hombres se han quitado,
Verdugos de su especie!... Un denso velo
Dejo caer de repente al maltratado
Cuadro, de quien Dios mismo fué el modelo.

¡Infelices! dejad esas ciudades,
Donde el poder ufano,
Como infernal ministro de la muerte,
Lleva atadas al carro de la suerte,
Por horrendo blason de sus crueldades,
Tristes reliquias del linaje humano.
Venid: y libres de ferōces jentes
Esplayad vuestros ojos lastimados
Por estas soledades inocentes.

A Dios, alegres prados:
Porque el sol caluroso
Me retira a mi albergue silencioso.
Admitidme entre tanto
Que vuelvo a vuestro seno delicioso
El triste obsequio de mi justo llanto,

RATO XV.

—

LA MUERTE DE FILIS.

Mi dolor me conduce al campo ameno
En la fresca mañana.
Miro el rostro sereno
De la alba que se asoma a su ventana:
Las flores con que el prado se engalana:
Las campiñas risueñas,
El arroyo que brinca entre las peñas.
Escucho las canciones de las aves:
Y recibo el aliento
De los favonios suaves.
De este modo el rigor de mi tormento
Parece que se calma;
Pero en la realidad tanta belleza
De la varia feraz naturaleza,
Me suscita motivos en el alma
De la mayor tristeza.

¿Qué importa que tu imájen cariñosa,
Tu mismo rostro dulce y halagüeño,
Cual sombra regalada en blando sueño,
Se me presente aquí, Fílis hermosa?
Ilusion agradable, pero vana,
Pues el golpe violento
De tu muerte temprana
Acabó con tu vida y mi contento.

¡Ai Fílis! tu hermosura
Fué la primera que encendió en mi pecho
De un amor celestial la llama pura.
Mi corazon en lágrimas deshecho
Lanzaré por los ojos noche y dia.
Cierto que no honraré con tiernas flores
En fé de mis amores
El túmulo dó estas, ceniza fria.
Mas exije el amor que me tuviste.
Las lágrimas, las quejas, los suspiros,
Harán mi ofrenda triste
Por estas soledades y retiros.
Aquí te llamaré en todos instantes:
Y aunque sorda a mis lúgubres jemidos,
Los montes y las sierras mas distantes,
Repetirán heridos
Tu nombre amado en ecos doloridos.

RATO XVI.

—

MI RETIRO.

Olvidado ¡ai de mí! de los mortales,
En mi triste aposento
Me consume interior desabrimiento.
Ya para mí los astros celestiales,

El sol resplandeciente,
En vano saca su inflamado coche
Por las doradas puertas del oriente:
Y la luna, plateándose de noche,
En vano para mí se manifiesta.
Una sombra funesta,
Que levanta la horrenda hipocondría,
Como una nube gruesa
Que al mundo estorba para ver el dia,
Entre mi alma y el gusto se atraviesa.
Parece que mi triste sepultura
Me adelanta la suerte
En esta melancólica clausura.
¡Ai de mí! los horrores de la muerte
Se me ponen delante a cada paso:
Llega el sol a su ocaso...
A su sepulcro llega, y en el cielo
La noche estiende su estrellado manto;
La noche que otros duermen, y yo velo,
Acompañado solo de mi llanto,
Y del mortal pavor que me amedrenta.
¡Noche funesta, noche de amargura,
En cuya sombra oscura
A lo vivo ¡ai dolor! se me presenta
La noche eterna de mi sepultura!

RATO XVII.

MIS ENSUEÑOS.

¿Qué me queda ¡ai dolor! si el blando sueño
Recurso un tiempo en la tristeza mia,
Ya no viene a mis ojos atenuados
Con el rostro risueño
Que alegraba mi triste fantasía?
Hoi solo los ensueños mas pesados
Inquietan mi reposo.
En este lecho ¡ai triste! el mas penoso
Tal vez se me presenta
La inexorable parca macilenta
Luchando con mi vida ya cansada.
Tal vez que en tribunal el mas temible,
Por la justicia airada
La sentencia terrible
Es contra mi alma ¡oh cielos! pronunciada.
Tal vez una caverna
Del seno de la tierra en lo profundo,
En cuyo espacio inmundo,
Sus sombras estendió la noche eterna.
El humo pestilente
Que bosteza la gruta pavorosa,
Los roncos alaridos
Que salen de aquel hondo continente,
Amedrentan a mi alma temerosa.
Aun no despierto, cuando mis jemidos
Penetran de Fileno los oídos:
Y este desde su cama,
Con asustada voz luego me llama.
En mí vuelvo: y apenas el espanto
De mis ojos aparta el duro ceño,
Cuando al hórrido sueño
Se siguen los raudales de mi llanto.

¡Oh, tú, que desde el trono en que te sientas
De luces inmortales
Allá sobre el alcázar de los cielos,
Precipitas las noches soñolientas
Para alivio de todos los mortales!
Eterno Dios, que ves mis desconsuelos,
Líbrame de esta pena tan tirana.
Y así como la luz de la mañana,
Que sale por las cumbres de los montes,
Alegra los opacos horizontes;
Así tu luz graciosa y soberana,
Disipando el horror de la alma mia,
La llene de consuelo y alegría.
En tan penoso lance,
Mi voto humilde tu favor alcance.

RATO XVIII.

MIS PADRES BIENAVENTURADOS.

¡Oh, qué astros tan lucientes
Ostenta en su techumbre
La perdurable bóveda del cielo!
Mis ojos tan pendientes
Se observan de su lumbre,
Como que en verla solo hallan consuelo.
¡Oh, y como levantaron su alto vuelo
Aun mas allá de la fogosa cumbre
Que perciben los ojos perspicaces
Las almas de mis padres venturosas!
En el inmenso reino de las paces
Se eternizan con palmas victoriosas.

aurel inmarcesible
rna sus sienes santas.
evistense de luz inestinguible,
a sus felices plantas
orman pizarras bellas,
escabeles de luces las estrellas.

¡Oh, padres! ¡padres mios!
Aliviad desde allá mis desconsuelos:
Mis ojos hechos rios
Suplican al Señor de las alturas
Que me una con vosotros en los cielos,
Para que tengan fin mis amarguras.

RATO XIX.

LA CONSUNCION.

De tu regazo tierno, dó se anida
Halagüeño el amor, Venus graciosa,
Me arrebatan con fuerza poderosa
Los años destructores de mi vida.
La guirnalda tejida
De mil alegres deliciosas flores,
La misma que con mano delicada
Trenzaron los amores
Para adorno festivo de mi frente,
Ácia mis piés contemplo destrozada.

Todo lo vence el tiempo. Sus rigores
Consumen lentamente
El placer regalado... Mas, ¿qué es esto?
¿Por qué en los brazos ya, por qué tan presto
En los débiles brazos, ¡triste suerte!
De la vejez me miro? edad cansada,
A quien postra la muerte
Con solos los amagos de su espada...
De su espada que triunfa aun del mas fuerte.

Treinta y tres años cuento... no cabales;
Pero asi como en malos temporales
Acelera su curso el cano invierno,
Y marchita la flor del campo tierno:
O asi como en la tarde tempestuosa
Tras de nube lluviosa
El sol esconde toda su alegria,
Déjase ver la noche presurosa,
Y antes de tiempo muere el claro dia:
De la misma manera ¡o suerte dura!
Sobre mi edad florida,
En el dia mas risueño
La vejez se apresura
Con su rugoso y estenuado ceño,
Por acortar los pasos a mi vida.
¡Oh fujitivos años,
Que con pasos violentos
Me obligais de este mundo a la salida!
Vuestros son tantos daños,
Motivo para duros escarmientos,
Y tristes desengaños...
Deteneos un instante en la lijera
Continuada carrera
En que os perdeis de vista a los mortales;
Pondré remedio a tan funestos males...
Mas, en vano se esfuerzan mis lamentos:
¿Pues qué brazo robusto habrá bastante
Para haceros parar un solo instante?
No es tan veloz el carro estrepitoso
De los lijeros vientos,
Cuando a la voz del Todopoderoso
Con sus volantes ruedas
Se arrebata las grandes arboledas.

Con razon se suscitan mis congojas,
Cuando advierto que el tiempo despiadado,
Como al árbol que el cierzo ha despojado
Del natural adorno de sus hojas,
Sin cabellos me deja la cabeza,
Adorno que me dió naturaleza.
¡Miserable de mi! tan gran mudanza
Hace morir del todo la esperanza.
Toma asiento en el alma la tristeza:
Nace la enfermedad consumidora:
Llueve el cielo cuidados:
Y llega la fatal, la última hora
De que en tropel los males conjurados
Me arrastren a la puerta tenebrosa
Del sepulcro, ¡ai de mi! donde contemplo
Que ni la guarda de una triste losa
Me librará de ser un triste ejemplo.
Hasta allá seguiránme los esceses
Del tiempo: y la memoria,
Recordando pasajes de mi historia,
Carcomerá tambien mis pobres huesos.

RATO XX.

MI DIFUNTA HERMANA.

El tiempo ¡ai triste! de la noche oscura,
Que corre acelerado,
Viene a ser para el hombre desgraciado
Un siglo de tormento y amargura.
Mil años de dolor me han parecido
Diez horas que han corrido...
Diez horas de tristeza, que volaron
De mi presencia, desde que las lumbres
Del sol tras de los montes se ocultaron
Para alegrar del orbe la otra cara.
¡Qué grandes! ¡qué molestas pesadumbres
Gravan mi corazon! ¡oh, si acabara
De llegar al sepulcro, donde yace
Reducida a pavesas la luz pura
Con que a tantos cegaba tu hermosura!
Allá el hombre infeliz, desde que nace
Dirije su camino,
Con la carga de males agobiado
Que le impone la lei de su destino.
Allá encuentra descanso, allá reposa,
Del resto de los hombres olvidado,
Cubierto de una losa.
¡Dulce morada de la paz! ¡dichosa
Habitacion que anhelo
Para mis pobres huesos, mientras mi alma
Se sube al alto cielo
Para alcanzar la inmarcesible palma!
Esta esperanza... es cierto,
Es al hombre de penas combatido
Lo que el seguro puerto
Al que navega el mar embravecido.
¡Dichosa tú! ¡dichosa
Tu alma, hermana mia,
Que dejando esta tierra trabajosa,
Descansa en paz por un eterno dia!
¡Grata satisfaccion! mas si se advierte
La dolorosa causa de tu muerte:
Si se atiende a tus hijos pequeñuelos:
Si se ve a tus hermanos aflijidos:
Si a tu esposo, que manda hasta los cielos
Mil suspiros, mil ayes, mil jemidos...
¿Quién con estos tan lúgubres despojos
Podrá tener sin lágrimas los ojos?

Yo derramo un torrente, cuando el mundo
Cubierto de la noche tenebrosa,
En silencio profundo
Una imájen me inspira pavorosa
De aquel tremendo dia,
El postrero del tiempo y las edades,
En que dejando aquellas cavidades
De la rejion umbría,
Tú, yo, y todos seremos reanimados,
Unos para descanso y alegria,
Y otros para el abismo condenados.
¡Oh! líbreme, Señor, tu brazo fuerte
De la espantosa, de la eterna muerte,
Cuando del alto cielo estremecida
La fábrica admirable,
Y la terrestre máquina movida
De tu mano al impulso formidable,
El mundo delincuente sea despojo
De las ardientes llamas de tu enojo:
Entonces, juez eterno,
No quieras sepultarme en el infierno.

RATO XXI.

LA INMORTALIDAD.

En este triste solitario llano,
Dó violentas me asaltan las congojas,
No ha mucho que estendió sus verdes hojas,
Y salpicó de flores el verano.
Este tronco esqueleto, con que ufano
Estuvo el patrio suelo,
Abrigaba los tiernos pajarillos
Entre frondosas ramas:
El líquido arroyuelo,
Por márjenes sembradas de tomillos,
De cantuesos, de pálidas retamas,
De rúbias amapolas,
De albos jazmines y purpúreas violas,
Mansamente corria
Bañando el fértil prado de alegria,
Benigno el aire en la espaciosa estancia,
De los lejanos frutos y las flores,
Desparramaba el bálsamo y fragancia.
¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!
Llega del año la estacion mas cruda,
Y mostrando el invierno sus enojos,

do el campo desnuda
vista de mis ojos,
e ya lloran ausentes
s pájaros, las flores y las fuentes.
a los que miro ¡ai triste! retratados
os gustos de mi vida,
or la mano del tiempo arrebatados,
uando helada quedó mi edad florida.
Dulces momentos, aunque ya pasados,
. mi vida volved, como a esta selva
Ian de volver las cantadoras aves,
.as vivas fuentes, y las flores suaves,
Cuando el verano delicioso vuelva!
¡Mas ai! ¡votos perdidos,
Que el corazon arroja
Al impulso mortal de mi congoja!
Huyéronse los años mas floridos,
Y la edad que no para,
Allá se lleva mis mejores dias...
A Dios, pasadas breves alegrías,
Qué ¿no volveis siquier la dulce cara?...

Aridas tierras, mas que yo dichosas,
No asi vosotras, que os enviando el cielo
Anuales primaveras deliciosas,
Se corona con mirtos y con rosas
La nueva juventud de vuestro suelo.
Pero ¿qué rayo ¡ai Dios! a mi alma enciende?
¡Ah! luz consoladora,
Que del solio estrellado se desprende...
Mas allá de la vida fatigada...
Sí, de la vida cruel que tengo ahora,
Cuando sea reanimada
Esta porcion de tierra organizada,
Entonces, por influjos celestiales,
En los campos eternos
Florecerán mis gustos inmortales
Seguros de los rijidos inviernos.

RATO XXII.

—

LA MEMORIA.

No me atormentes ¡ai! no me atormentes,
Cruel memoria mia,
Poniéndome presentes
Tantos sucesos tristes que creia
De tu eterno volúmen ya borrados.
En vano os fatigais, ojos cansados...
En este mismo instante la memoria,
Cual si corriera un velo de repente
Al funesto teatro de mi historia,
Renueva mi dolor... Violentamente
Unense los paises mas diversos
Por donde me han llevado
Los hados mas adversos...
Del cúmulo de males que he pasado
Rejistro mil tristísimos despojos
En un punto reunidos...
¿Qué me aprovechan lúgubres jemidos?
¿Qué derramar sus lágrimas mis ojos?

Caro Francisco, hermano y compañero,
Amado Silvio, y tú, Clorila mia:
Si mi jemido ronco y lastimero
Llegar no puede a la rejion umbría
¡Ai muertos mui amables,
Cuyas sombras me son inseperables!
En vano estoi llorando noche y dia:
Y en vano ¡ai musa! tu favor me diste
Para que yo llorara mi tormento;
Mas aunque en la alma triste
Los mismos males siento
De que antes me quejaba,
No olvidaré que al son de tu instrumento
Estos versos cantaba,
Cuando en mis *Ratos tristes* te invocaba.
A Dios, ¡oh musa amada!
Que en el llanto la voz queda anegada.

Asi me despedia
De la musa que entona la elegía:
Y entonces la memoria
El libro cierra de mi triste historia.

—

A UN POETASTRO.

Uno tras de otro huevo calentaba
Cierta gallina clueca noche y dia,
Esperando sacar mui buena cria;
Pero el huevo a la postre se enhueraba.

Cacareando una amiga la exhortaba,
Que abandonar el huevo convenia,
Que el calor natural se le estinguia,
Y lleve el diablo el pollo que sacaba.

Aplica el cuento, *Momo*; y advertido,
No calientes conceptos, engañado
De tener buenos partos en tu nido:

Porque aunque mas y mas hayas cloqueado,
El calor de la musa se ha estinguido,
Y lleve el diablo el verso que has sacado.

DEL AMOR.

Que es prision y enfermedad,
Dicen del amor: yo digo,
Que no quiero, Fábio amigo,
Ni salud, ni libertad.

PELIGRO DEL AMOR PASADO DE PRONTO.

Si amaste a Salicio, entiende,
Filis, que el riesgo no pasa;
Pues carbon que ha sido brasa,
Con facilidad se enciende.

A LOS OJOS DE CRISEA.

Cuando Cupido te vea,
A pesar de sus enojos
Le dirás, dulce Crisea,
Que luego apague su tea
Y se valga de tus ojos.

AL MISMO ASUNTO.

Luego que vió Cupido
Tus bellos ojos,
Arrojó contra el suelo
Sus flechas de oro:
Y dijo riendo;
Desde hoi serán mis armas
Tus ojos bellos.

FABULAS.

FABULA I.

—

MIS CENSORES.

En las oscuras noches
Los ladradores perros
Turbáronme el reposo
De mi apacible lecho.

Con esto a los principios
Causáronme desvelos,
Hasta que con el curso
Me impuse de los tiempos.

La costumbre de oirlos
Llegaba a tal estremo,
Que ya no me dormia
Si no ladraban ellos.

Lo mismo ha de pasarme
Con censores molestos:
Si ellos me desvelaren;
Ellos me darán sueño.

FABULA II.

—

EL MOSQUITO.

Un mosquillo impertinente
Picar a un zorro queria;
Pero este se defendia,
Y lo burlaba altamente.

Sin usar voz diferente
Se disfraza en el vestido:
El zorro lo ha conocido,
Y le dice con ultraje:
«¿Qué importa mudes de traje
«¿Si no mudas de zumbido?»

FABULA III.

—

EL ESTANQUE, EL ARROYO, Y CÈRES.

Cerca de un estanque,
Cenagal horrendo,
De sapos y ranas,
Pútrido elemento.

Cuyas turbias agnas
Por ningun venero
Salen a dar vida
A los campos muertos:

Alegre un arroyo
Pasaba corriendo,
Por dar al sembrado
Saludable riego.

Cuando en voz ingrata
De hediondos bostezos
Le dice el estanque:
Ea, compañero,

Suspenda su curso,
Que es sobrado nécio
Quien con otros gasta
Lo que le dió el cielo.

Céres que escuchaba
El fatal consejo,
«Júpiter permita»
Esclamó diciendo;

«Permita que te hagan
» De avaros ejemplo,
» Que con nadie gastan
» Su inútil dinero.»

FABULA IV.

—

LA ARAÑA, EL MOSCO, Y LA CRIADA.

En un rincon oscuro
La maliciosa araña
De sus entrañas mismas
Urdiendo está mil trampas.

Despues de la tarea
Se retira a su estancia,
Cual entre pabellones
Alguna doña Urraca.

Si no es que ya parezca,
Cual entre tocas, beata,
O hermitaño en su cueva,
O en su garita el guarda.

Desde la claraboya,
O tronera, o ventana,
O puerta, u orificio
De aquella telaraña,

Atisba los mosquitos
Que llegan a su casa,
Y allá, quién sabe como,
El jugo es que les saca.

Una ocasion, la historia
Dizque pasó en Tarántulas,
Susurrante un mosquito
Llegó a pedir posada:

Como dama de corte,
Entre mil carabanas
Recibió al señor mio
La hermosa doña zancas.

No bien el suelo toca,
La inadvertida planta
Del inocente mosco,
Cuando... aquí son las ansias.

Al zumbido se acerca
Una moza, y levanta
La escoba... mas se tiene
Diciendo estas palabras:

Fuerza es que te perdone,
Pues, ¿qué hacen las arañas?
¿Trampas? El mundo todo
Incurre en esta falta.

Cuando un mismo delito
A todos nos alcanza,
Se queda sin castigo:
Asi quedó la araña.

FABULA V.

—

LAS DOS PÁJARAS.

En una jaula estaban
Dos pajaritas tiernas,
Con achaque el mas dulce
De la naturaleza.

La falta de consortes
Oportunas lamentan:
Entre tanto Cupido
Sobre la jaula vela.

Travieso este muchacho
Ya se asoma a las rejas,
Y de oro ya les tira
Sus inflamadas flechas.

Hubieron de casarse
Las dos pájaras bellas;
Mas corrido Himeneo
No es que asistió a la fiesta.

Cierto naturalista,
Admirado de verlas
Cuando en un propio nido
Las dos juntas se acuestan,

Les pregunta: avecillas,
Decid, por vida vuestra:
«¿Quién puede hacer de macho
«¿Cuando las dos sois hembras?»

FABULA VI.

—

LOS VIEJOS CASADOS.

Una vieja de ochenta,
Y un viejo de cien años,
Para aumentar el mundo
Sus bodas concertaron.

Como dos armazones
De fragmentos humanos,
Se presentan aquellos
Novios apolillados.

A las nupciales fiestas,
Como era de contado,
Vino el dios Himeneo
Con su cirio en la mano.

Vino la madre Venus,
Sus toallas preparando;
Y su hijo tambien vino
Y sus arpones trajo.

Cercáronse del lecho,
Cuando ya se acostaron
Aquellos esqueletos
En forma de casados.

Y al verlos tan endebles,
Tan viejos, tan cascados,
Unos a otros se miran
Los dioses soberanos.

Apartáronse al punto
Himeneo cabizbajo,
Avergonzada Venus,
Y Cupido llorando.

El caso es fabuloso;
Mas si en verdad hablamos,
¿Cuántos viejos y viejas
Habremos retratado?

FABULA VII.

—

EL DENGUE.

Allá en tiempo en que los dengues
Eran la grandeza y pompa,
Y se alababan de lindos
Entre muchas damas bobas:

Era lei que a los fandangos
Fuesen con sus dengues todas
Las que habian de hacer papel,
Porque era traje de moda.

Entonces una muchacha
Muerta por andar en bola,
Vístese un dengue rotado,
Y cátamela persona.

Váse a una fiesta, y asiento
Yo presumo que ella toma,
Y desde luego se mete
Por lucir, a bailadora.

Levántase la algazara;
Pero ella gritaba: ¡ola!
Malo está mi dengue; pero,
¿Quién me quita estar de moda?

Currutacas, las que sois
De truco alto y carambola,
Y haceis a cortejos viejos,
Por no tener otra cosa:

Cuando suene su matraca
El vulgo de nueva forma,
Responded lo que allá dijo
La muchacha de la historia.

LA DIVINA PROVIDENCIA, POEMA EUCARISTICO

DIVIDIDO EN TRES CANTOS.

INTRODUCCION.

Lejos, lejos de mí, versos profanos,
Y con sagrada lira
Cantemos al Señor que nos inspira
Asuntos soberanos:
Lejos de mí los versos que son vanos.

Como aquel que despierta arborozado
Despues de haber soñado
Mil quimeras preciosas,
Pero que como sombra su alegría
Desparece, mirando que estas cosas
Fueron engaños de su fantasía:
Asi pienso el que estoi: un gran vacío
Hallo en el pecho mio,
Despues de que canté tantos amores
De inocentes zagalas y pastores.

Mas ya que la verdad con presto vuelo
De la mansion lumbrosa
Baja, y disipa como luz del cielo
La apariencia engañosa
Que tuvieron por fútiles mis versos,
Otros caminos seguiré diversos,
Y elevaré mis tonos entre tanto
Que alabo la Divina Providencia
Del númen sacresanto.

¡Oh si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia!
Entonces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos,
Sus sienes ceñiria
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.

¡Oh, abrásame mi Dios! dame tu aliento,
Que no tiene la pobre musa mia
Para tanto argumento,
Ni discurso, ni gracia, ni ornamento.
¡Oh si todo lo hubiese de tu mano!
Dame, Señor, tu aliento soberano,
Y mi agradecimiento, y mis amores,
Saliendo del letargo mas profundo,
Cantarán tus favores,
Y estenderán tu nombre en todo el mundo.

CANTO PRIMERO.

Cuando con alas de inmortal deseo
Vuelo ácia todos lados,
Subo y bajo los cielos elevados,
Y tantos seres veo
En su órden respectivo colocados:

Como la luz me guia
De la alma relijion, nunca pudiera
Preguntarles dudosa el alma mia,
¿Cuál es el númen misericordioso
Que desde su alta esfera
Cuida de tantos seres amoroso?

Alza, mortal, los ojos; ve y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perenal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.

Rie el alba en los cielos, avisando
Que viene el claro dia,
Y luego asoma el sol resplandeciente:
A cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente.
Solo Dios pudo ser tan providente:
Su infatigable empeño
Aun en lo mas pequeño
Se muestra cuidadoso:
Porque ¿quién sino el Todopoderoso
Dice a las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelven en bandadas
A los anchos y fértiles ejidos,
Para volver cargadas
A socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadas
Le piden el sustento?
Solo Dios pudo hacer este portento.

Pero aun a mas se estiende su cuidado,
Viendo por lo que está mas retirado:
Porque ¿quién sino él mismo pule y viste
En el valle mas hondo y apartado,
De tan bello color, al lirio triste?
Solo Dios, el señor de cuanto existe:
Y su mano ahora
Hace que salga por el alto cielo
La rutilante aurora,
Para alegrar la habitacion del suelo;
Despues hará a la noche que descienda
Sobre nuestra morada,
Y del sueño tranquilo acompañada,
Hará benigno que sus alas tienda.

Entonces, cuando el cielo
Parece recojerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido...
Pero el Señor no duerme... cuando el mundo,
De lóbregas tinieblas rodeado,
Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
¿Quién sino Dios entonces, al rujido
Del formidable leon que en la espesura
Estremece los montes levantados,
Quién sino Dios sus manos estendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entonces de su cueva oscura?

Tales son del Eterno los cuidados:
Al fin es su criatura,
Ella, cual todas, su favor espera,
Pues solo Dios pudiera
Mantener providente cuantas cosas
Salieron de sus manos poderosas.

Sí, Señor, solo tú: desde el brillante
Alcázar de diamante
Que elevaste en el alto firmamento,
Sobre todos los seres vijilante,
Y poniendo en seguro movimiento
Los orbes celestiales,
Sí, Señor, desde allá, segun el modo
Que apenas se trasluce a los mortales,
Todo lo miras, y lo arreglas todo.
¡Todo!... sí, pues no fuera consiguiente
Que siendo tú el autor de lo criado,
Otro fuera encargado
De ser en cosa alguna providente.
Todo lo rijes acertadamente;
Sin que lleve Eolo

carro de los vientos, ni Neptuno
cerúleo tridente:
orque tu cetro solo,
u cetro de esplendor, y no otro alguno,
obre el vasto universo representa
l gobierno del Dios que lo sustenta.

Mas ¿qué jenio divino,
Como a recios impulsos, me ha obligado
A subir sobre el cielo cristalino?
Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja, y canta al Señor que va guiando
Al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO.

Al modo que los hábiles pintores
En injeniosos cuadros aplicando
Oportunos colores,
Nos van representando
Los aspectos que el año va mudando:
Y como en cuatro imájenes procura,
De admirable y feliz correspondencia
Con la madre natura,
Instruirnos la pintura,
Hasta hacernos tocar con evidencia
Los favores de la alta Providencia:
Asi tambien ufano yo querria
Que en sus versos lo hiciera
La alegre musa mia.
¡Oh tú, sábio *Barquera*![1]
Diríjela entre tanto,
Diríjela, te ruego, mientras canto
La dulce primavera.

¡Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cual es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al jóven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles céfiros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando,
Y las flores riendo.....
Naturaleza toda a su presencia
Alaba a la Divina Providencia.

Sigue el año su curso presuroso,
Y en tanto que los cielos van rodando
Sobre sus firmes ejes, va tornando
El sol por su camino luminoso.
Asoma luego el caluroso estío,
Y las espigas de los campos dora,
Que hizo brotar la mano agricultora
Entre la escarcha del invierno frio.
Arden los valles; pero el ancho rio,
Los bosques y las auras matinales
Restauran el vigor de los mortales:
Cuando por otra parte los despojos
De la alegre y fecunda sementera
Ofrecen mil contentos a los ojos:
La rubia mies preséntase en manojos
Sobre los altos carros: la galera
En su anchuroso seno la atesora:
Prepárase la era:
Y la hambre asoladora,
Que hace a las jentes formidable guerra,
Como asustada sale de la tierra.
Resuena en las cabañas la alegría
De la jente del campo bienhadada,
Y la sombra de Ceres disipada,
El canto sube a la rejion del dia.

Pero el Señor se escucha, y con violencia
Convoca a su presencia
Mil espesos nublados
Que de agua y refrijerio van cargados:
Su seña aguardan, y en el mismo instante
Que responde a su voz el firmamento,
La máquina del mundo vacilante
Se pone en movimiento:

1 El licenciado D. Juan Wenceslao Barquera—poeta mejicano contemporáneo de Navarrete.

Sopla ajitado el viento;
El polo cruje; el éter se ilumina;
La catarata se abre repentina,
Y baja por el aire estrepitosa
En torrentes la llúvia cristalina.
Cruza la tempestad, y la frescura
Que deja por la tierra calurosa,
Fomenta el seno de la gran natura.

¡Tiempo dichoso en que la huerta amena
Su abundancia nos brinda ya madura
De frutas tantas con que Dios la llena!
Este es el tiempo en que el cantor famoso
De la otoñal riqueza nos mostraba
Las matutinas horas, y ardoroso
Con su cítara dulce las cantaba
En la cuna del alba amaneciendo:
Al punto que asomaba
Vertuno con sus ninfas ofreciendo
A los hombres sus huertos en bonanza.
Sí, *Canazul* felice, hijo de Apolo,
Tú les cantaste con tu dulce afluencia;
Tuya fué para Dios esta alabanza:
Ahora que veas que só el alto polo,
Al parecer, su sábia providencia,
Para igualar las noches y los dias,
Pese las horas en que tú decias,
Mostrando de tu númen un destello:
«Mira cual brilla en el oriente bello
«La rozagante aurora,»
Vuelve a templar tu cítara sonora,
Y que repita ufana
Del rico otoño la oriental mañana.
Repítala, mirando la franqueza
Del año dadivoso,
Y allá como en encanto primoroso
De su jenial destreza,
Recorra el velo al cuadro milagroso
De la alegre y feraz naturaleza.

Mas ¡ai! que a nuestros ojos
Otra escena se va representando,
Y la dura inclemencia y los enojos
Del cielo me parece estar mirando,
Cuando el orbe de aspecto va mudando.
Como un sueño lijero
Desparecen los gustos
Y regalos del tiempo lisonjero.
Ya tornan los disgustos
Y con ellos al alma su tormento.
Los récios golpes siento
Del robusto aquilon que se desata,
Y la abundancia y todo el ornamento
De la estacion fructífera arrebata.
¿Qué nuevo, qué terrible poderío
Triunfa del año, y su verdor maltrata?
Este es el tiempo del invierno frio.

Pero sin él ¿qué fuera
Del orbe terrenal? ¿La primavera,
Para hacerlo dichoso, bastaria
Que de vistosas flores lo cubriera?
¿El ardor estival feliz lo haria,
Cuando tan solamente sazonara
La mies que le prepara
El labrador robusto?
¿Y qué si no pasara
El mayor luminar a mas altura?
¿El otoño a sus mesas presenta a
Sus dones de mas gusto,
Que próvido ha sacado
De las entrañas de la tierra dura?
Y a qué el invierno, pues, llega cargado
De la escarcha y el hielo?
¿Qué beneficios trajo a nuestro suelo
Su brazo fuerte de rigor armado?

Cual obra en el enfermo y estenuado
Tornándolo a su vida y fortaleza,
La virtud de Esculapio milagroso,
Asi obra en la comun naturaleza
La fuerza del invierno riguroso;
Mientras que el delirante
Filósofo atribuye a desconcierto
Del mundo maquinal, lo que es concierto
De la lei del Señor siempre constante;
Aunque aparente elemental desórden.
¿Y a quién tanta armonía,
Tanto primor, tanto órden,
Y tanta divinal sabiduría?
Todas son de la suma providencia

as disposiciones,
e a fin de conservar nuestra existencia
:egló las anuales estaciones.
estra existencia ha sido su cuidado:
h! dílo, musa, en plectro concertado.

CANTO TERCERO.

Ahora mas que nunca yo quisiera
e felice tuviera
musa el arpa de oro,
arpa misma y cántico sonoro
l jenio deificado
ıe só el trono de Israel colocado
ıspertó a la natura, y a su influencia
hizo cantar la suma Providencia.

Cantáronla los hombres, y estendieron
nombre del Señor de las alturas
todas las criaturas,
todas al instante se movieron.
ıntáronla... los páramos sombríos
ı cantaron, y montes, y collados,
piélagos, y rios,
oyéronse mil cantos redoblados:
n tanto que la bóveda del cielo
on festival estruendo respondia
l jeneral aplauso con que el suelo
su gran bienhechor reconocia.
ntonces, ¿cuál seria
i gozo? Yo esclamara,
espues de contemplar la lumbre clara
el sol resplandeciente,
espues de contemplar atentamente
a luna, las estrellas,
l mar, la tierra, el aire, y cuantas cosas
on a la vista mas maravillosas;
ero que todas ellas
las plantas del hombre se postraron,
a su arbitrio y su lei se sujetaron:
ntonces, sí, esclamara ¡Dios benigno!
El pecho lleno de palabras santas)
Por qué de tus favores me haces digno
obre criaturas tantas?
'oco menos que un anjel te he debido,
egun las escelencias que me has dado:
Sacásteme a tu esencia parecido,
Y de gloria y honor me has coronado:
¿Cuál será despues de esto tu cuidado?

Gracias te sean dadas
¡Oh Padre de los hombres bondadoso!
Y tu nombre celebren amoroso
Las jentes por la tierra esparramadas.
¡Oh! acaba de salir del seno oscuro
En que ciego te tiene la ignorancia,
Discípulo insensato de Epicuro;
Y en la acorde y eterna consonancia
De la naturaleza,
Encontrarás motivos poderosos
De amor y de fineza,
Con que la Providencia
Destruye tus sofismas engañosos:
¿Qué motivo mayor que tu existencia?
Así esclamara contra el grito horrendo
De la carne orgullosa, que murmura
Del númen que en sí propia está sintiendo,
Y que ve en todas partes, a manera
Que por el velo de una nube oscura
Vemos del claro sol la antorcha pura.

¡Qué! ¿porqué no nos pone en alta esfera,
Cual só el trono arjentado de la luna,
La ambicion altanera,
Se ha de pensar que ciega la fortuna
Nos lleva tropezando por el suelo,
Cuando estamos mirando en tierra y cielo
La sábia Providencia que gobierna
Todo, conforme con su lei eterna?

¡Mil veces venturoso, amigo Fabio,
El verdadero sábio,
Que, como tú, comtempla su existencia
Un milagro de la alta Providencia:
Y conforme en su estado,
Juiciosamente advierte
Que lo lleva la suerte
Por los rumbos que Dios le ha señalado!
Sí, Fabio: pues ¿qué importa que el destino
Nos cargue de miserias y de males
Como dura pension de los mortales?
¿Qué importa que el camino

De nuestra vida esté lleno de abrojos,
Si termina en las puertas eternales
De la Patria? Es verdad: yo estoi mirando
Delante de mis ojos
El camino derecho de la gloria...

Cuando acá en sus recuerdos la memoria
Me va representando
Tantos motivos de dolor infando,
Tantos peligros de mi triste historia:
Y miro entonces mismo
Que una deidad me libra protectora
Tantas veces de dar en el abismo:
¿Qué te podré decir? ¿Qué podré hacerte,
¡O amable Providencia bienhechora!
Que tantas ocasiones me has librado
Del hambre, de la sed, de la dolencia...
De mil ministros de la cruda muerte?
¡Un milagro es mi vida!
¡Milagro de la suma Providencia,
Que me lleva por senda conocida
A la ciudad de eterna refuljencia!

Vos cantadla por mí, cielo estrellado,
Y tierra florecida:
Alabad al Señor de las alturas,
Porque tiene cuidado
De todas sus criaturas:
Y alabémosle todos los mortales,
Repitiéndole gracias eternales.

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA.

Para triste desahogo de la pena
Que en lo interior me ajita,
Lloro la triste y espantosa escena
Del alma, en el instante
Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve a mis manos, vuelve,
Mi cítara sonante,
Que en mas alegre dia
Acompañabas mis festivos versos:
Hoi el númen resuelve
Que lleves el compas de la elejía,
Y por tonos diversos
La acompañen tus cuerdas entre tanto
Que desata los diques de mi llanto.

Luego que la memoria me presenta
Como en vasto proceso mis delitos,
De que se turba la horrorosa cuenta,
Entonces la tormenta
Crece de mis temores y conflitos:
Y entonces cual si fuese arrebatado
Al tribunal temible
Del juez contra mis culpas irritado,
Miro su rostro de furor bañado,
Escucho de su boca la terrible
Sentencia de dolor y llanto eterno:
Siento el brazo de un Dios irresistible
Que me arroja a las llamas del infierno.

Desde que este cuidado me rodea,
Melancólico vago por el mundo,
Como hurtando el semblante a la alegría.
Conformes solo con mi triste idea
Son tus lúgubres sombras, tu profundo
Silencio, noche oscura. El claro dia
En vano para mí su luz enciende:
La ciudad, su rumor, todo me ofende.
El espanto se sigue a la tristeza,
Y el mas leve ruido
Me parece el horrísono estallido
De un rayo que me hiende la cabeza.
La imájen de la muerte a cada instante
So me pone a los ojos;
Pero aun mas me horroriza tu semblante,
¡Eterno Dios! de donde se desprende
Contra mi alma el raudal de tus enojos
Que en tu furor la enciende.
¿Fallezco? en el instante me parece
Que el hermoso espectáculo del mundo
Con sempiterna noche se oscurece.
Sale del hondo pecho, el mas profundo,
El último suspiro, en que lanzada
Va mi alma a tu presencia
De crímenes horrendos acusada:
Y herida de tu voz, como de un trueno,
De tu justicia escucha la sentencia
De tu eterno castigo irrevocable:

ѐrranla tus ojos, y el sereno
splandor de tu rostro le parece
ıbe que anuncia rayo formidable
ıando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,
dar algun consuelo
mi alma por vosotras aflijida.
ılagüeñas delicias... no queda una
e tantas que en el suelo
iñeron el laurel a mi fortuna.
odas desparecieron
omo un sueño, de mi alma, y de repente
l caos de la nada se volvieron.

Vosotros, mis amigos, id ahora
ı socorrer a mi alma, ¿mas qué digo?
Qué favor podrá ser ¡ai! suficiente
ı salvarla de la ira vengadora
Del Todopoderoso su enemigo?
¡Del Dios cuya invencible fortaleza
Suscita las violentas convulsiones
De la naturaleza?
¡Que ajitando los bravos aquilones
Impele las soberbias tempestades,
Inflama los oscuros horizontes,
Estremece los montes,
Y hasta el nómbre les borra a las ciudades?
¿Del Dios?... pero el palacio refuljente
Está viendo con pasmo el elevado
Solio de aquel monarca omnipotente:
La Emperatriz augusta que a su lado
Goza de sus ternuras y caricias;
Anjeles infinitos que agrupados
Al rededor del trono están postrados;
Las cándidas doncellas
Que en sus puras delicias
Enguirnaldan las frentes con estrellas;
Santos todos; los justos bienhadados;
La corte de los cielos... ¡oh dichosa
Morada! clama entonces la alma mia.

Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
Allí asomas con plácida alegría
Y deliciosa calma:
Gózate, pues ya tienes
Recompensado el mérito de tu alma:
Gózate, ¡oh madre! en infinitos bienes.
Pero qué ¿la blandura de tus ojos
Con miradas crueles me retiras?
¿Objeto es de tus iras
El que sufre del cielo los enojos?
¡Ai! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho
Que en el mundo te di cuando espiraste
Y triste me dejaste
En abundantes lágrimas deshecho.
¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?
¡Ai! mírame por último agradable:
No seas inexorable
Al blando ruego de mis tiernas voces.
¿Huyes de mi presencia?
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
Al hacer una ausencia
De que es la misma eternidad el plazo?
¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo
De tu vida? ¡ai de mí! con raudo vuelo
Te apartas de mis ojos... ya te fuiste
Para otras partes del alegre cielo.

Pero ¿qué estoi mirando? ¡caso triste!
Para mí, y de dolor el mas profundo!
Allí el cómplice está de mi pecado,
Y ¿cuántos que en el mundo
Conocí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,
Dichosos todos con envidia mia
Los que gozais de Dios el dulce agrado,
Y os recrean sus ojos cariñosos!
¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando
Las mansiones de luz, con armonía
De voces apacibles estais dando
Gracias sin término a su autor: al mismo
Que fabricó con manos eternales
Las cárceles horrendas del abismo,
Y encendió las hogueras infernales.

Allá me arroja con furor horrible
A jemir oprimido de cadenas
Que su mano terrible
Forjó para instrumento de mis penas.
Allá me precipita. ¡Qué caverna!
¡Qué fuego abrazador! ¡Qué pestilente
Humo bosteza la tartárea boca!

Disto de los estremos;
Pues lo mismo, lo mismo
Es el alma que tengo,
En vicios, en virtudes,
Pasiones y talentos:
En todo, ¡vida mia!
En todo guardo un medio:
Solo, solo en amarte
Me voi hasta el estremo.
Mi trato y mis modales
Van al par con mi jenio:
Blandos, dulces, sin arte
Lo mismo que mis versos.

Este es, pues, mi retrato,
El cual queda perfecto,
Si una corona en torno
De la frente ponemos
De rosas enlazadas
Al mirto y laurel tierno,
Que el amor y las musas,
Alegres me ciñeron.
Y siéntame a la orilla
De un plácido arroyuelo,
A la sombra de un árbol,
Floridos campos viendo;
Y en un rincon del cuadro
Tirados en el suelo
El sombrero, la banda,
Las borlas y el capelo.
Me pondrás en el hombro
Con mil lascivos juegos
La amorosa paloma
Que me ha ofrecido Venus,
Junto a mis pocos libros,
Mui pocos, pero buenos:
Virjilio, Horacio, Ovidio,
A Plutarco, al de Teyo,
A Richardson, a Pope,
Y a tí, ¡oh Valdes! ¡o tierno
Amigo de las musas,
Mi luz, y mi embeleso.
Y al pié de mi retrato
Pondrás este letrero
» Amó cuanto era amable:
» Amó cuanto era bello.—»

¡Oh retrato dichoso!
Vas donde yo no puedo:
Tu suerte venturosa
¡Con cuánta envidia veo!
Anímate a la vista
De aquella que mas quiero,
Y dile mis ternuras,
Y díle mis deseos.
Dale mil y mil veces
Pruebas de mi amor tierno,
Y dale mil abrazos,
Y en la mejilla un beso.

—Lima: 1808.—

A UN AMIGO EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOJÉNITO.

Tanto bien es vivir, que presurosos
Deudos y amigos plácidos rodean
La cuna del que nace!
Y en versos numerosos
Con felices pronósticos recrean
La ilusion paternal! Uno la frente
Besa del inocente
Y en ella lee su próspero destino;
Otro injenio divino,
Sed de saber y fama
Y de amor pátrio la celeste llama
Ve en sus ojos arder; y la ternura,
El candor y piedad otro divisa
En su graciosa y plácida sonrisa.

Pero será feliz? ¿o serán tantas
Hermosas esperanzas ilusiones?
Ilusiones, Risel. Ese agraciado
Niño, tu amor y tu embeleso ahora,
Hombre nace a miseria condenado.
Vanos títulos son para librarle
Su fortuna, su nombre.
Mas qué hablo yo de nombre y de fortuna?
Si la misma virtud y sus talentos

Serán en estos malhadados dias
Un crimen sin perdon... La moral pura,
La simple, la veraz filosofía,
Y tus leyes seguir, madre natura,
Impiedad se dirá: rasgar el velo
Que la supersticion, la hipocresía
Tienden a la maldad: decir que el cielo
Límites ciertos al poder prescribe
Como a la mar; y que la mar insana
Menos desobediente
es al alto decreto omnipotente;
Impiedad... sedicion... Por toda parte
La frente erguida el vicio se pasea
Llevando por divisa «audacia y arte.»
Tienta, seduce, inflama;
Ni oro ni afan perdona,
Da a la maldad por galardon la fama,
Se atreve a todo, y triunfa, y se corona.

Qué escenas, Dios, qué ejemplos! qué peligros!
Y es tanto bien vivir?—Siquiera el cielo
A mas serenos dias retardara,
Oh niño, tu nacer! que ahora solo
El indigno espectáculo te espera
De una patria en mil partes lacerada,
Sangre filial brotando por do quiera;
Y crinada de sierpes silbadoras
La discordia indignada
Sacudiendo, cual furia horrible y fea,
Su pestilente y ominosa tea.

Oh si te fuera dado al seno oscuro,
Pero dulce y seguro,
De la nada tornar!... y de este hermoso
Y vivifico sol, alma del mundo,
No volver a la luz, sino allá cuando
Ceñida en lauro de victoria, ostente
La dulce patria su radiosa frente,
Y cuando el astro del saber termine
Su conocido jiro al occidente;
Y el culto del arado y de las artes
Mas preciosas que el oro,
Haga reflorecer en lustre eterno,
Candor, riqueza y nacional decoro:
Y leyes de virtud y amor dictando,
En lazo federal las jentes todas
Adune la alma paz, y se amen todas...
Y, oh triunfo! derrocados
Caigan al hondo abismo
Error, ódio civil y fanatismo.

Traed, cielos, en ala presurosa
Este de espectacion hermoso dia.
Entretanto, Risel, cauto refrena
El vuelo de esperanza y de alegría,
¡Oh cuántas veces una flor graciosa
Que al primer rayo matinal se abria,
Y gloria del verjel la proclamaba
La turba de los hijos de la aurora,
Y algun tierno amador la destinaba
A morir perfumando el casto seno
De la mas bella y mas feliz pastora;
¡Oh cuántas veces mustia y desmayada
No llega a ver el sol! que de improviso
La abrasa el yelo, el viento la deshoja,
O quizá hollada por la planta impura
De una bestia feroz ve su hermosura!

Empero tu deber, Risel amado,
Ya que te ves alzado
A la sublime dignidad de padre,
Te manda no temer; antes el fuerte
Pecho contraponer a la violenta
Avenida del mal y de la suerte.
Virtud, Injenio tienes. Sirva todo,
No solo a dirijir la índole tierna
De tu hijo al bien, que en desunion eterna
Está con la ambicion y la mentira,
Sino a purificar en algun modo
El aire infecto que do quier respira.
Aprenda de tu ejemplo
Prudencia, no doblez, valor, no audacia;
Moderacion en próspera fortuna,
Constante dignidad en la desgracia.
Porque cuando en el monte se embravece
Hórrida tempestad, el flaco arbusto
Trabajado del ábrego perece,
Mas al humilde suelo nunca inclina
Su escelsa frente la robusta encina;
Antes allá en las nubes señorea

Los elementos en su guerra impía
Y al fulgurante rayo desafía.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso
Corazon es el ara
Del amor conyugal y la ternura;
Que por seguir y consolar tu esposo,
En tabla mal segura
Osaste hollar con varonil denuedo
Mares por sus naufrajios tan famosas,
Y cortes mas que mares procelosas;
Tú que aun en medio del dolor serena,
Viste abrirse tus piés la tumba oscura,
Ni asomada a su abismo te espantaste;
Y ansiedad y amargura,
En los pesares solo,
Mal merecidos, de Risel mostraste,
O cuando el tierno pecho te asaltaba
Dulce memoria de la patria ausente;
Oh! entonces no sabias
Que al volver a tu patria y tus amigos
En premio el cielo a tu virtud guardaba
Lo que negó a diez años de deseos,
Y que madre a tu madre abrazarias.

Gózate para siempre, amiga mia;
Huyó la nube en tempestad preñada,
Y te amanece bonancible dia,
Gózate, tierna amiga, para siempre:
Este, este de la patria el caro suelo,
Este su dulce y apacible cielo,
Estos tus lares son. Por qué suspiras?
No es ya mentido sueño lo que miras...
Esa que tierna abrazas es tu madre,
Tú mas feliz que yo tu madre abrazas...
Mientras yo, desdichado!
Que una ventura igual me prometia,
Solo en la tumba abrazaré la mia.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura
De sobresalto fiero,
Inefable delicia en el cariño
De este precioso niño,
Primera prenda de tu amor primero.

Paréceme mirarte embebecida
En sus injenuas y festivas gracias;
Y, cuando mas absorta, de improviso
Una lágrima ardiente
De tus ojos brotar... el inocente,
Cual si entendiera lo que entonces piensas,
Las manecitas cariñosas tiende,
Abre en sonrisa la encarnada boca
Y el dulce beso maternal provoca.
Bésale veces mil; y esta dulzura
Divide con Risel. Sábia natura
No te formó al nacer amable, hermosa,
Sino para ser madre y ser esposa.

Y tú, querido infante, que ignorando
Cuál será tu destino, en la dorada
Blanda cuna te meces,
Y agraciado sonríes,
O ledo te adormeces;
Ya que mirar la luz te ha dado el cielo,
Vive, florece; y tus amigos vean
Que en honor y consuelo
De tu familia y de tu patria creces.

Sigue como tus padres alentado
De la virtud la senda,
Y nada temas; que en cualquier estado
Vive el hombre de bien serenamente
A una y otra fortuna preparado,
Y libre, o en cadena, y aun ya alzada
Sobre su cuello la funesta espada,
En noble impavidez antes la frente
A la ceñuda adversidad humilla,
Que a un risueño tirano la rodilla.

— Lima, 1817. —

ENSAYO SOBRE EL HOMBRE.

DE M. POPE.

(VERSION DEL INGLES.)

EPISTOLA I.

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RELACION AL UNIVERSO.

SUMARIO.

La razon no puede formarse idea de Dios sino por las cosas visibles; ni del hombre, sino considerándole como parte de este mundo, cuyas relaciones con el universo nos son desconocidas.—Esta ignorancia es la fuente de nuestras quejas contra la Providencia.—Necedad e injusticia de estas quejas.—Para conocer la sabiduría de Dios en la formacion del hombre, era preciso comprender toda la economía de sus designios.—El hombre tiene toda la perfeccion que conviene a su fin y al lugar que ocupa entre los seres creados.—En la ignorancia de los sucesos futuros de la vida, y en la esperanza de una felicidad futura se funda nuestra felicidad presente.—Nuestros errores y nuestra miseria provienen del orgullo que aspira a una perfeccion de que el hombre no es capaz.—El se mira como el objeto final de la creacion, y quiere en el mundo moral la perfeccion que no hai en el munco físico, y que no puede haber en las cosas creadas.—En el universo visible hai un órden, una gradacion de perfecciones entre las criaturas, de donde resulta la subordinacion de unas a otras, y de todas al hombre.—Gradacion de sentidos, instinto, pensamiento, y razon.—La razon dá al hombre la superioridad sobre todos los animales, y le compensa con ventaja todas las calidades que ellos tienen sobre él.—Facultades sensitivas mas delicadas nos harian miserables.—La conservacion, la felicidad de las criaturas pende del órden y mútuo enlace de todas: la menor dislocacion causaria la destruccion del todo.—El hombre para ser feliz en el estado presente y futuro debe someterse a los designios de la Providencia y concluir que TODO CUANTO EXISTE ESTÁ BIEN EN EL MUNDO.

Despierta amigo; y jeneroso deja
Las necias esperanzas, los caprichos
De la ambicion al vulgo de los reyes.
Y pues el soplo de la vida apenas
Nos permite observar lo que nos cerca,
Y se estingue despues; ven y corramos
Sobre esta escena rápida del hombre.—
¡Qué laberinto! esclamas—Mas no pienses
Que carece de plan. Arbol que tienta
Con sus hermosos y vedados frutos:
Campo dó rosas entre abrojos nacen.
Recorrámosle pues; y cuanto muestra
Sobre su faz, o dentro el seno guarda
Conmigo indagarás, y las tortuosas
Sendas que sigue quien se arrastra ciego,
O el loco aturdimiento del orgullo
Que en su mentida elevacion se pierde.
Seguir tu clara voz, Naturaleza,
Es nuestro fin: la necedad humana
Confundir en su error; y ver las causas
De quejas y opiniones siempre dignas
De risa, o de censura. Al Dios del hombre
A los ojos del hombre vindiquemos.

Sobre Dios, sobre el hombre alguna idea
Solo por lo que vemos nos formamos.
¿Qué vemos en el hombre? Un ser dotado
De reflexion, que su lugar prescrito
Con los demas en la creacion ocupa:
Y toda nuestra ciencia sobre el hombre
A estos solos principios se reduce.

Que a Dios conozcan mundos infinitos
Que ni los puede divisar la vista,
Ni el alma imajinar. Que allá le adoren. .
Nosotros conocerle y adorarle
Debemos en el nuestro. En audaz vuelo
Quien el espacio penetrar pudiere
Y mundos sobre mundos ver jirando
Para formar el universo, y nuevos
Planetas descubrir, y nuevos soles,
Y ver qué seres las estrellas pueblan;
Ese podrá decir porque Dios hizo

La confusion de un cuerpo se difunde
A su sistema, y del sistema al todo;
Y caerá destruido el universo.
La tierra de su centro sacudida
Se escapará de su órbita; y los soles
Y planetas irán ciegos rodando
Sin lei cierta, ni fin. Precipitados
Los ánjeles que rijen las esferas
Serán tambien; los seres sobre seres
Se abismarán, y mundos sobre mundos;
Del cielo desquiciándose los ejes
Vacilará su eterno fundamento,
Y ante el trono de Dios naturaleza
Temblará horrorizada al ver abierto
El espantable abismo de la nada.
¿Por quién desórden tanto? ¡Por el hombre!
¡Por un gusano vil!... ¡O cuánto esceso
De orgullo, de impiedad, y de locura!

¡Qué, si rebeldes nuestros miembros niegan
Su ministerio al alma que lo rije!
¡Si el pié formado para hollar la tierra,
Si la mano al trabajo destinada,
Oler, gustar, oir o ver quisiesen!
Y a cumplir su destino se negasen!...
¡Qué confusion!—Pues mucho mayor fuera
Si en esta inmensa fábrica aspirara
Cada parte a ser otra desdeñando
El empleo y lugar que le ha prescrito
La escelsa mente del Rector supremo.

No son todos los seres sino partes
De este admirable todo, cuyo cuerpo
Es la naturaleza, y Dios el alma.
Dios, que igualmente su poder ostenta
Grandeza y perfeccion creando la tierra,
O la esplendente bóveda del cielo;
Un átomo sutil, o el Sol radioso;
Un hombre vil que en la miseria jime,
O el puro serafin que arrebatado
En éxtasis le adora. Para él nada
Es alto, bajo, grande, ni pequeño.
Todo ante Dios es nada. Su inefable
Espíritu penetra los abismos
Del cielo y de la tierra; enlaza, llena
Y lo sostiene todo... se transforma
En cada ser, quedando siempre el mismo.
Nos calienta en el Sol, y nos recrea
Con las alas del céfiro; florece
En cada planta, y en los astros brilla.
Inestenso se estiende; indivisible
Se difunde do quier: se comunica,
Se da sin perder nada: en toda vida
Vive; y anima la materia inerte;
En nuestra alma respira, siente, piensa;
Y obrando siempre nunca se fatiga.

Depon pues, o mortal, tu error: no llame
Imperfeccion este órden portentoso
Que no conoces bien: tu mayor dicha,
Quizá de lo que mas inculpas, pende.
Tu misma ceguedad y tu flaqueza
Son dones a tu fin proporcionados.
Entra en ti mismo; piensa en tu destino.
Somete tu razon: espera firme
Ser tan feliz aqui, o en otra esfera
Cual conviene a tu ser, pues Dios lo quiere
Y en amor paternal sobre tí vela
Desde el alba a la noche de tu vida,
Y de su diestra poderosa pendes.

Es la naturaleza con sus obras
Un arte para tí desconocido;
Lo que llamas fortuna es el efecto
De un gran disignio, cuyo fin ignoras:
Lo que juzgas discordia es armonía
Cuyo hermoso concierto no percibes;
Y el mal particular que acaso observas
Es un bien jeneral. En fin concluye,
Que a pesar del orgullo, y en despecho
De la razon ilusa, CUANTO EXISTE
TODO ESTÁ BIEN AQUI, TODO ES PERFECTO.

—Lima, 1823.—

LA VICTORIA DE JUNIN;

CANTO A BOLIVAR.

El trueno horrendo que en fragor revienta
sordo retumbando se dilata
r la inflamada esfera,
Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junin rompe y ahuyenta
a hispana muchedumbre
ue mas feroz que nunca amenazaba
sangre y fuego eterna servidumbre:
el canto de victoria
ue en ecos mil discurre ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre
Proclaman a BOLIVAR en la tierra
Arbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar a los siglos y naciones;
Templos, dó esclavas manos
Deificaban en pompa a sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Despues que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros confundidos
Entre la sombra del eterno olvido,
¡O de ambicion y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el Dios y el templo:

Mas los sublimes montes, cuya frente
A la rejion etérea se levanta,
Que ven las tempestades a su planta
Brillar, rujir, romperse, disiparse;
Los Andes..... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando, [1]
Jamas se moverán. Ellos burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder serán eternos
De Libertad y de Victoria heraldos,
Que con eco profundo
A la postrema edad dirán del mundo:
» Nosotros vimos de Junin el campo:
» Vimos que al desplegarse
» Del Perú y de Colombia las banderas
» Se turban las lejiones altaneras,
» Huye el fiero español despavorido,
» O pide paz rendido.
» Venció BOLIVAR, el Perú fué libre;
» Y en triunfal pompa Libertad sagrada
» En el templo del Sol fué colocada.

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano vá sobre la lira
Dando discorde son. ¿Quién me liberta
Del Dios que me fatiga....?
Siento unas veces la rebelde Musa
Cual vacante en furor vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas,
O las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas: [2]
Otras el vuelo arrebatada tiende
Sobre los montes: y de allí desciende
Al campo de Junin: y ardiendo en ira
Los numerosos escuadrones mira,
Que el odiado pendon de España arbolan:
Y en cristado morrion y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera

---

1 Los físicos han procurado esplicar el equilibrio que guarda la tierra a pesar de la diferencia de masas en sus dos emisferios. ¿El enorme peso de los Andes no podrá ser uno de los datos para resolver este curioso problema de jeografía física? (El A.)

2 El rio Guayaquil: en cuyas orillas se hacia esta composicion. Se cree que tomó su nombre de Guáyas, antiguo Régulo del pais antes de la conquista. (El A.)

«Victoria, paz, clamaban,
Paz para siempre. Furia de la guerra,
Húndete al hondo averno derrocada.
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.
Paz para siempre. La sanguínea espada,
O cubierta de orin ignominoso,
O en el útil arado transformada
Nuevas leyes dará. Las varias jentes
Del mundo, que a despecho de los cielos
Y del ignoto ponto proceloso,
Abrió a Colon su audacia o su codicia,
Todas ya para siempre recobraron
En JUNIN libertad, gloria y reposo.»

Gloria, *mas no reposo*; de repente
Clamó una voz de lo alto de los cielos.
Y a los ecos los ecos por tres veces
Gloria, mas no reposo, respondieron.
El suelo tiembla; y cual fuljentes faros
De los Andes las cúspides ardieron.
Y de la noche el pavoroso manto
Se trasparenta, y rásgase, y el éter
Allá lejos purísimo aparece,
Y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra
En faz serena y ademan augusto
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende, y su diestra aëreo cetro rije:
Su mirar noble, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban a su planta
Penacho, arco, carcaj, flechas y escudo.
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a JUNIN: y plácida sonrisa
Vagó sobre su faz. «Hijos, decia,
Jeneracion del SOL afortunada,
Que con placer yo puedo llamar mia.
Yo soi HUAINA CAPAC: soi el postrero
Del vástago sagrado: [1]
Dichoso Rei, mas padre desgraciado.
De esta mansion de paz y luz he visto
Correr las tres centurias
De maldicion, de sangre y servidumbre:
Y el imperio rejido por las furias.»

«No hai punto en estos valles y estos cerros
Que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
Aquí y allí: las tribus numerosas
Al ruido del cañon se disiparon:
Y los restos mortales de mi jente
Aun a las mismas rocas fecundaron.
Mas allá un hijo espira entre los hierros
De su sagrada majestad indignos... [2]
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso Rei los asesinos...
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras *plantas!*»

«Y mi HUASCAR tambien,... [3] ¡Yo no vivia!
Que de vivir, lo juro, bastaria,
Sobrara a debelar la hidra española
Esta es mi diestra triunfadora, sola.»

Y nuestro suelo, que ama sobre todos
El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fué, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero.
Que mis caros hermanos
El gran GUATIMOZIN y MOTEZUMA

---

1 Despues de HUAINA-CAPAC reinaron algunos Incas; pero él fué el último que poseyó integro el imperio. Los demas reinaron en un reino dividido, ajitados siempre de guerras civiles, o encadenados por los españoles. Estos por farsa solian coronar a los lejítimos sucesores para llevar al cadalso una victima que lisonjease mas su *orgullo y su* ferocidad. (El A)

2 El Inca ATAHUALPA hijo de Huaina-Capac murió en un cadalso por órden de Pizarro y consejo del padre Valverde que despues fué obispo en la misma corte en que habian reinado sus víctimas.

El nombre de Atahualpa esta desfigurado con el de Ataliba en varios poemas europeos ¡Y ojalá que solo se desfigurasen los nombres!. . Algunos dramas por apartarse de la historia, ¡cuánto pierden de interes! y cuántas lágrimas perdonan! (El A)

3 El Inca HUASCAR hijo predilecto de Huaina-Capac no fué asesinado por los españoles; pero ellos dieron la causa de su muerte, pues sino hubiesen osado intervenir en los negocios de los hermanos reyes, las diferencias de estos habrian terminado de otro modo. (El A.)

onmigo el caso acerbo lamentaron
e su nefaria muerte y cautiverio,
la devastacion del grande imperio,
n riqueza y poder igual al mio...
Ioi con noble desden ambos recuerdan
l ultraje inaudito, y entre fiestas
levosas el dardo prevenido,
el lecho en vivas ascuas encendido.»

«Guerra al Usurpador, — ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, relijion o leyes...?
Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces, y por fin supersticiosos!
¿Qué relijion? ¿la de Jesus?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh relijion! ¡oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!
¿Y qué lazos de amor...? Por los oficios
De la hospitalidad mas jenerosa
Hierros nos dan: por gratitud, suplicios.
Todos, si, todos: menos uno solo;
El mártir del amor americano:
De paz, de caridad apóstol santo;
Divino Casas, de otra patria digno. [1]
Nos amó hasta morir. — Por tanto ahora
En el empíreo entre los Incas mora.»

«En tanto la hora inevitable vino
Que con diamante señaló el destino,
A la venganza y gloria de mi pueblo.
Y se alza el Vengador. — Desde otros mares
Como sonante tempestad se acerca:
Y fulminó. Y del Inca en la Peana, [2]
Que el tiempo y un poder furial profana,
Cual de un Dios irritado en los altares
Las víctimas cayeron a millares.
¡Oh campos de Junin!... ¡Oh predilecto
Hijo y Amigo y Vengador del Inca!
¡Oh pueblos, que formais un pueblo solo
Y una familia, y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad...»

El Inca esclarecido
Iba a seguir: mas de repente queda
En éxtasi profundo embebecido:
Atónito en el cielo
Ambos ojos inmóviles ponia,
Y en la imprevisa inspiracion absorto
La sombra de una estatua parecia.

Cobró la voz al fin. «Pueblos, decia,
La pájina fatal ante mis ojos
Desenvolvió el Destino, salpicada
Toda en purpúrea sangre; mas en torno
Tambien en bello resplandor bañada.
Jefe de mi nacion, nobles guerreros,
Oid cuanto mi oráculo os previene,
Y requerid los inclitos aceros,
Y en vez de cantos nueva alarma suene:
Que en otros campos de inmortal memoria
La Patria os pide, y el destino os manda
Otro afan, nueva lid, mayor victoria.»

Las lejiones atónitas oian:
Mas luego que se anuncia otro combate,
Se alzan, arman, y al órden de batalla
Ufanas y prestísimas corrieran;
Y ya de acometer la voz esperan.
Reina el silencio. Mas de su alta nube
El Inca esclama. «De ese ardor es digna
La ardua lid que os espera;
Ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese Adalid vencido [3]

1 El nombre de Las-Casas no puede recordarse sin enternecimiento por ningun americano a pesar del último estravio de su celo. ¡Cuándo no se estraviaron las grandes pasiones! El nombre de Las-Casas ès mui venerado en América. España le trata de fanático y de impostor!! (El A.)

2 La peana del Inca era un edificio en que solia descansar cuando atravesaba el gran camino de la cordillera. Sus ruinas, o mas bien, los vestijios de sus ruinas están mui cerca del campo de Junin. (El A.)

3 El jefe del ejército real, despues de su derrota en Junin marchó precipitadamente al Cuzco para preparar una segunda accion, cortando los puentes del Apurímac. Esta operacion detuvo al ejército Libertador en la orilla izquierda del rio. El jeneral Bolivar entonces, dejando las disposiciones convenientes, volvió a Lima con el fin de levantar nuevas tropas para reabrir la campaña, pasada que fuese la rigorosa estacion del invierno. En este intervalo los españoles reuniendo con una presteza admirable cuantas fuerzas tenian en el Cuzco y demas provincias, y arrebatando cuantos elementos de guerra útiles o inútiles babia en el pais, repasaron inesperadamente el Apurímac, y se presentaron en Ayacucho con cerca de diez mil hombres, cuando nuestro ejército apenas escedia de cinco mil. (El A.)

Vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco;
Y en su furia insensata
Jentes, armas, tesoros, arrebata,
Y a nuevo azar entrega su fortuna.
Venganza, indignacion, furor le inflaman,
Y allá en su pecho hierven como fuegos
Que de un volcan en las entrañas braman.»

«MARCHA: y el mismo campo donde ciegos
En sangrienta porfia [1]
Los primeros tiranos disputaron
Cuál de ellos solo dominar debia,
Pues el poder y el oro dividido
Templar su ardiente fiebre no podia:
En ese campo, que a discordia ajena
Debió su infausto nombre, y la cadena
Que despues arrastró todo el imperio;
Allí, no sin misterio
Venganza y gloria nos darán los cielos.
¡Oh valle de AYACUCHO bienhadado!
Campo serás de gloria y de venganza...
Mas no sin sangre... Yo me estremeciera,
Si mi ser inmortal no lo impidiera!»

«ALLI BOLIVAR, en su heróica mente
Mayores pensamientos revolviendo,
El nuevo triunfo trazará, y haciendo
De su jenio y poder un nuevo ensayo,
Al jóven SUCRE prestará su rayo. [2]
Al jóven animoso,
A quien del Ecuador montes y rios
Dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
Toda el alma del HÉROE reflejada,
Que él le quiso infundir de una mirada.»

«Como torrentes desde la alta cumbre
Al valle en mil raudales despeñados,
Vendrán los hijos de la infanda Iberia,
Sobèrbios en su fiera muchedumbre,
Cuando a su encuentro volará impaciente
Tu juventud, COLOMBIA belicosa,
Y la tuya, ¡oh PERÚ! de fama ansiosa,
Y el caudillo impertérrito a su frente.»

¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
Cual aturde y espanta en su estallido
De hórrida tempestad el postrer trueno.
Arder en fuego el aire,
En humo y polvo oscurecerse el cielo,
Y con la sangre en que rebosa el suelo
Se verá el Apurímac de repente
Embravecer su rápida corriente.»

«Mientras por sierras y hondos precipicios
A la hueste enemiga
El impaciente CORDOVA fatiga:
Córdova, a quien inflama
Fuego de edad, y amor de patria y fama;
Córdova, en cuyas sienes con bello arte
Crecen y se entrelazan
Tu mirto Vénus, tus laureles Marte.
Con su MILLER los Usares recuerdan
El nombre de JUNIN: Vargas su nombre, [3]
Y vencedor el suyo con su LARA
En cien hazañas cada cual mas clara.»

«Allá por otra parte,
Sereno, pero siempre infatigable;
Terrible cual su nombre, batallando
Se presenta LA-MAR: y se apresura

1 En el campo de AYACUCHO fué la célebre victoria que predice el Inca, y que fijó los destinos de la América. En el mismo lugar, al principio de la conquista, sé disputaron los Almagros y Pizarros el dominio del Perú con tal encarnizamiento, que por la mortandad de unos y otros se llamó el campo de Aya-cucho que se interpreta Ricon de Muertos. Habiendo recaido la suma del imperio en uno solo, se aceleró la conquista de todo el pais. (El A.)

2 SUCRE fué nombrado por el LIBERTADOR jeneral en jefe del ejército-unido y mandó la accion de AYACUCHO. En los años de 1821 y 22, ganó dos acciones contra los españoles; una a orillas del Yaguachi, tributario del Guayaquil, y otra en las faldas de Pichincha, (El A.)

3 No es posible hacer mencion de todos los cuerpos que se batieron y triunfaron en AYACUCHO... Bogotá, Voltijeros, Pichincha, Rifles y Caracas; los batallones 1, 2, y 3 del Perú, la Lejion Peruana, los Granaderos, los Usares de Colombia y los de JUNIN, todos se distingueron sobre manera. (El A.)

a tarda rota del protervo bando. [1]
ra su antiguo voto, por la patria
ombatir y morir. Dios complacido
ombatir y vencer le ha concedido.
ártir del pundonor, hé aquí tu dia.
a la calumnia impia
ajo tu pié bramando confundida,
'e sonrie la PATRIA agradecida.
 tu nombre glorioso,
l armónico canto que resuena
n las floridas márjenes del Guáyas,
)ue por oirlo su corriente enfrena,
se mezclará; y el pecho de tu amigo
Tus hazañas cantando y tu ventura
Palpitará de gozo y de ternura.»

«Lo grande y peligroso
Yela al cobarde, irrita al animoso.
¡Qué intrepidez! qué súbito coraje
El brazo ajita y en el pecho prende
Del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso,
El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,
Lánzase a tierra con el hierro en mano,
Pues le parece en trance tan dudoso
Lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor. — Ya cede en toda parte
El número al valor, la fuerza al arte.»

«Y el ibero arrogante en las memorias
De sus pasadas glorias,
Firme, feroz resiste: y ya en idea
Bajo triunfales arcos, que alzar debe
La sojuzgada LIMA, se pasea.
Mas su afan, su ilusion, sus artes... nada,
Ni la resuelta y numerosa tropa
Le sirve. Cede al ímpetu tremendo:
Y el arma de Baylen rindió cayendo
El vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no las iras pierde,
Y en furibunda rábia el polvo muerde.
Alza el párpado grave, y sanguinosos
Ruedan sus ojos y sus dientes crujen:
Mira la luz: se indigna de mirarla:
Acusa, insulta al cielo: y de sus lábios
Cárdenos espumosos,
Votos y negra sangre y hiel brotando,
En vano un vengador, muere, invocando.»

«Ah: ya diviso míseras reliquias
Con todos sus caudillos humillados
Venir pidiendo paz. [2] Y jeneroso
En nombre de BOLIVAR y la PATRIA
No se la niega el vencedor glorioso.
Y su triunfo sangriento,

---

1 El jeneral LA-MAR es natural de Guayaquil; mandó bizarramente el ala izquierda del ejército, que fué la que sufrió el mas terrible choque de la fuerza enemiga y decidió la victoria. Desde mui jóven fué enviado a la Peninsula por su familia, a seguir la carrera militar, y se distinguió despues en la guerra que España sostuvo gloriosamente contra los franceses de NAPOLEON. Volvió a América nombrado inspector jeneral del Perú; y los jefes españoles le dejaron en el mando de la plaza del allao, cuando por primera vez abandonaron a Lima al acercarse el valiente y astuto jeneral San MARTIN. Esta fué la situacion mas difícil para un hombre como LA-MAR, que de mui antiguo abrigaba sentimientos americanos, y que se veia entonces obligado a sofocar por cumplir severamente las leyes del honor. Pero en esta misma época fué cuando los patriotas presos en el castillo, conocieron el corazon de este virtuoso americano.

Disueltos al fin honradamente los lazos que tenia con España, llegó a tal punto la opinion pública a su favor, que pocos meses despues de la capitulacion del Callao, fué elejido unánimente por el primer Congreso del Perú, Presidente del gobierno. Entonces fué cuando los enemigos de LA-MAR, es decir, los enemigos del órden y del bien público, conspiraron contra él y divulgaron que tenia comunicaciones con los jefes del ejército real. Pero el campo de AYACUCHO ha hecho ver cuales eran las comunicaciones que LA-MAR queria tener con los enemigos de su patria. Y el tiempo descorriendo el velo a todos los sucesos, ha descubierto tambien quienes eran los falsos patriotas; quienes los que si desearon un tiempo que su patria fuese libre, fué con el voto condicional de mandarla ellos; quiénes los que usurparon un poder que los moderados renunciaban; quienes en fin los que mandando su patria la tiranizaron, y despues de tiranizada la vendieron. Goza de este triunfo, superior a la gloria militar de que te has cubierto, ¡o tierno amigo mio, Oh magnæ spes altera Romæ! (El A.)

2 Quince jenerales españoles, que eran todos los que habia en el Perú, reunidos por una feliz casualidad en AYACUCHO para hacer mas gloriosa esta jornada, se rindieron y capitularon en el campo. — Todos con toda su fortuna han vuelto ya a su patria. La capitulacion fué pedida y otorgada despues de la derrota del grueso del ejército real, y cuando solo quedaba por batir un cuerpo de reserva de poca consideracion Parece que nada falta a esta conducta para ser el rasgo característico de un pueblo. (El A.)

Con el ramo feliz de paz corona.
Que si Patria y honor le arman la mano
Arde en venganza el pecho americano;
Y cuando vence, todo lo perdona.

«Las voces, el clamor de los que vencen,
Y de Quinó las ásperas montañas, [1]
Y los cóncavos senos de la tierra,
Y los ecos sin fin de la árdua sierra,
Todo repite sin cesar, VICTORIA.»

«Y las bullentes linfas de Apurimac
A las fugaces linfas de Ucayale [2]
Se unen, y unidas llevan presurosas
En sonante murmullo y alba espuma,
Con palmas en las manos y coronas
Esta nueva feliz al Amazonas.
Y el espléndido rei al punto ordena
A sus delfines, ninfas y sirenas
Que en clamorosos plácidos cantares
Tan gran victoria anuncien a los mares.»

«SALUD, o Vencedor. O SUCRE, vence:
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria,
Como la palma al márjen de un torrente
Crece tu nombre... Y sola, en este dia
Tu gloria, sin BOLIVAR, brillaria.
Tal el astro de Vénus refuljente
Brilla de modo en la azulada esfera,
Que del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la Luna fuera.»

«Por las manos de SUCRE la victoria
Ciñe a BOLIVAR lauro inmarcesible.
O Triunfador, la palma de AYACUCHO,
Fatiga eterna al bronce de la Fama,
Segunda vez LIBERTADOR te aclama.

Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
La nueva edad al INCA prometida
De libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida:
La rebelde cerviz hispana hollaste:
Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si a mi PUEBLO
Así cual a la guerra lo conformas,
Y a conquistar su libertad le empeñas;
La rara y árdua ciencia
De merecer la paz y vivir libre
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.»

«Yo con riendas de seda rejí el pueblo,
Y cual Padre le amé; mas no quisiera
Que el cetro de los INCAS renaciera:
Que ya se vió algun INCA, que teniendo
El terrible poder todo en su mano
Comenzó padre, y acabó tirano.
Yo fuí conquistador, ya me avergüenzo
Del glorioso y sangriento ministerio;
Pues un conquistador, el mas humano
Formar, mas no rejir debe un imperio.»

«Por no trillada senda, de la gloria
Al templo vuelas, ínclito BOLIVAR.
Que ése poder tremendo que te fia [3]
De los PADRES el íntegro senado,
Si otro tiempo perder a Roma pudo,
En tu potente mano
Es a la LIBERTAD del PUEBLO escudo.»

«O LIBERTAD, el HEROE que podia
Ser el brazo de Marte sanguinario,
Ese es tu sacerdote mas celoso,
Y el primero que toma el incensario,
Y a tus aras se inclina silencioso.
O LIBERTAD. Si al PUEBLO AMERICANO
La solemne mision ha dado el Cielo
De domeñar el monstruo de la guerra,
Y dilatar tu imperio soberano
Por las rejiones todas de la tierra
Y por las ondas todas de los mares,
No temas, con este HEROE, que algun dia

1 El pueblo de Quinó o Quinoa está cercano al campo de AYACUCHO. (El A.)

2 El Apurimac despues de un largo curso entra en el caudaloso Ucayale, que desemboca en el famoso rio de las Amazonas. (El A.)

3 En el mayor conflicto de la República, el jeneral BOLIVAR fué nombrado Dictador por el Congreso del Perú. (El A.)

lipse el ciego error tus resplandores,
persticion profane tus altares,
que insulte tu lei la tiranía:
ι tu imperio y tu culto son eternos.
cual restauras en su antigua gloria
ıl santo y poderôso
ɪCHA-CAMAC el templo portentoso; [1]
empo vendrá, mi oráculo no miente,
ı que darás a pueblos destronados
ı majestad injénita y su solio,
ıimarás las ruinas de Cartago
elevarás en Grecia el Areopago,
en la humillada Roma el Capitolio.»

«Tuya será, BOLIVAR, esta gloria:
'uya romper el yugo de los reyes,
' a su despecho entronizar las leyes;
' la discordia en áspides crinada,
Por tu brazo en cien nudos aherrojada,
Ante los Haces santos confundidas
Haras temblar las armas parricidas. [2]

«Ya las hondas entrañas de la tierra
En larga vena ofrecen el tesoro
Que en ellas guarda el Sol: y nuestros montes
Los valles regarán con lava de oro.
Y el Pueblo primojénito dichoso [3]
De LIBERTAD, que sobre todos tanto
Por su poder y gloria se enaltece,
Como entre sus estrellas
La estrella de VIRJINIA resplandece,
Nos dá el ósculo santo
De amistad fraternal. Y las naciones
Del remoto emisferio celebrado,
Al contemplar el vuelo arrebatado
De nuestras Musas y Artes,
Como iguales amigos nos saludan;
Con el tridente abriendo la carrera
La Reina de los mares la primera. [4]

«Será perpetua o PUEBLOS, esta gloria
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable
De todos los tiranos conjurados,
Si en lazo federal de polo a polo
En la guerra y la paz vivis unidos.
Vuestra fuerza es la union. Union, o Pueblos
Para ser libres y jamas vencidos.
Esta union, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea, [5]
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar: Las tempestades
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan,
Erupciones volcánicas arrasan
Campos, pueblos, vastísimas rejiones,
Y amenazan horrendas convulsiones
El globo destrozar desde el profundo:
Ellos empero firmes y serenos
Ven el estrago funeral del mundo.

Esta es, BOLIVAR, aun mayor hazaña
Que destrozar el ferreo cetro a España.
Y es digna de tí solo. En tanto triunfa...
Ya se alzan los magníficos trofeos.
Y tu nombre aclamado
Por las vecinas y remotas jentes

1 PACHA-CAMAC era una divinidad invencible, cuya imájen era el Sol. Este nombre se compone de *Pacha* universo, y de *camac* participio del verbo *cama* animar: y significa en la lengua de los Incas, Animador del universo. Era tenido en gran veneracion, y el pueblo no osaba pronunciar su nombre. Su culto era interior, y no tenia mas templo que el corazon de los hombres. Cuando aquí se cita el templo del gran Pacha-camac, se entiende el templo del SOL, bajo cuya magnífica imájen aquel era adorado. —¡Cuántos pueblos que se jactan de su antigua civilizacion no han alcanzado estos bellos principios de teolojía natural! (El A.)

2 Las fasces en las antiguas repúblicas eran la principal insignia de las majistraturas civiles. (El A.)

3 Nuestros hermanos del NORTE han sido los primeros en reconocer la independencia de los pueblos del SUR, a la que los escitaron con su ejemplo y ayudaron con su amistad. El pabellon de la República lleva tantas estrellas como son los Estados de la Union. El Estado de VIRJINIA tiene sobre todos la gloria de ser la patria de WASHINGTON. (El A.)

4 La magnánima INGLATERRA ha sido la primera de las naciones europeas que ha reconocido los nuevos estados Americanos. Su amistad en la paz nos será tan provechosa como nos fué en la guerra su amigable neutralidad. (El A.)

5 Se quiere espresar con esta comparacion el deseo de que los pueblos de América por sus relaciones y lazos fraternales sean siempre como uno solo. En este sentido el Inca cuando en su vaticinio habla de su pueblo, de su imperio, quiere comprender todos los pueblos que están unidos y enlazados por la cadena de los Andes. (El A.)

En lenguas, voces, metros diferentes,
Recorrerá la serie de los siglos
En las alas del canto arrebatado.
Y en medio del concento numeroso
La voz del GUAYAS crece
Y a las mas resonantes enmudece.»

«Tú la salud y honor de nuestro pueblo
Serás viviendo, y Anjel poderoso
Que lo proteja cuando
Tardo al empíreo el vuelo arrebatares,
Y entre los claros INCAS
A la diestra de MANCO te sentares. [1]

«Asi place al destino. Oh! ved al Cóndor
Al peruviano rei del pueblo aerio
A quien ya cede el águila el imperio,
Vedle cual desplegando en nuevas galas
Las espléndidas alas
Sublime a la rejion del Sol se eleva
Y el alto augurio que os revelo aprueba.

«Marchad, marchad Guerreros,
Y apresurad el dia de la gloria:
Que en la fragosa márjen de Apurímac
Con palmas os espera la VICTORIA.» [2]

Dijo el INCA. Y las bóvedas etéreas
De par en par se abrieron,
En viva luz y resplandor brillaron
Y en celestiales cantos resonaron.—

Era el coro de cándidas Vestales;
Las vírjenes del SOL, que rodeando
Al INCA como a Sumo Sacerdote,
En gozo santo y ecos virjinales
En torno van cantando
Del SOL las alabanzas inmortales.

«Alma eterna del mundo,
Dios santo del PERÚ, Padre del INCA,
En tu jiro fecundo
Gózate sin cesar, Luz bienhechora,
Viendo ya libre el pueblo que te adora.

La tiniebla de sangre y servidumbre
Que ofuscaba la lumbre
De tu radiante faz pura y serena
Se disipó, y en cantos se convierte
La querella de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

Aqui la LIBERTAD buscó un asilo,
Amable peregrina;
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo.
Y aquí poner la Diosa
Quiere su templo y ara milagrosa.
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,

1 MANCO-CAPAC fué el primer Inca, el primer lejislador del Perú, descendido del cielo, y venerado siempre como una divinidad. (El A.)

2 Aqui concluye el vaticinio del INCA, que será acaso censurado por su démasiada estension: y no sin justicia. Pero ¿no se perdonará a un INCA que antes de pronunciar el grande oráculo, objeto de su aparicion, exhale algunas quejas al ver por la primera vez los lugares que fueron el teatro de los horrores de la conquista? No se perdonará a un buen padre y aun buen rei lamentar antes de todo la suerte de sus hijos y de su pueblo? No se perdonará a un guerrero alentar el valor de las tropas con el recuerdo de agravios pasados, aunque sean sucesos mui conocidos de la historia de su pais? No se perdonará a un anciano el ser prolijo en sus discursos, y aun sábio de edad el no perder la ocasion de dar consejos a los hombres? No se perdonará, en fin, a un sacerdote prolongar un tanto la espectacion del pueblo al anunciar los oráculos del cielo?

Los oráculos comunmente eran breves y sentenciosos. Es verdad: pero la victoria de AYACUCHO es de la mayor importancia como que ha fijado los destinos del pueblo americano; y no estaria bien cantada sino se celebrasen todas las dircunstancias que la hacen memorable. Ademas, esa misma prolijidad de circunstancias dá mayores apariencias de verdad a la prediccion. Por esto se ha escojido un profeta inspirado que lo prevea todo, un anciano que no omita nada de cuanto prevee, y un INCA que mire con interes cuanto contribuya a la gloria del imperio.—Por otra parte la mencion que hace de todos los jefes que debian distinguirse en AYACUCHO sirve de nuevo estimulo a su valor, ya por la anticipada alabanza de sus proezas, ya por la segura esperanza de la victoria.

Se dirá en fin que el INCA de este canto sabe mas de lo que pudo saber en su tiempo.—Pero este era un INCA dotado de espíritu profético, y que segun las antiguas tradiciones predijo la invasion de los españoles, el establecimiento de una nueva relijion y el hado del imperio. Sobre todo no debe estrañarse que tenga ideas justas de relijion, de legislacion y ciencias del siglo quien habita las rejiones de luz y de verdad. (El A.)

Se viene a consolar de la ruina
De los altares que le alzó la Grecia,
Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalen y al Rímac bullicioso [1]
Ya sobre el Tiber y el Eurótas ama.

O padre, o claro Sol, no desampares
Este suelo jamas, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce: por tí viven
Y accion, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas,
Y a las aves canoras
En tus primeras horas:
Y son tuyos sus cantos matinales.
Por tí siente el guerrero
En amor patrio enardecida el alma,
Y al pié de tu ara rinde placentero
Su laurel y su palma:
Y tuyos son sus cánticos marciales.

FECUNDA O SOL, tu tierra;
Y los males repara de la guerra.

Da a nuestros campos frutos abundosos
Aunque niegues el brillo a los metales:
Dá naves a los puertos;
Pueblos a los desiertos;
A las armas victoria;
Alas al jenio, y a las Musas gloria.

Dios del PERÚ, sosten, salva, conforta
El brazo que te venga:
No para nuevas lides sanguinosas,
Que miran con horror madres y esposas;
Sino para poner a olas civiles
Límites ciertos y que en paz florezcan
De la alma Paz los dones soberanos;
Y arredre a sediciosos y a tiranos.

Brilla con nueva luz, Rei de los cielos,
Brilla con nueva luz en aquel dia
Del triunfo que magnífica prepara
A su LIBERTADOR la patria mia.
¡Pompa digna del INCA y del imperio
Que hoi de su ruina a nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta LIMA,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado
ANJEL de la esperanza,
Y JENIO de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza.

Las musas y las artes revolando
Entorno van del carro esplendoroso;
Y los pendones patrios vencedores
Al aire vago ondean, ostentando
Del SOL la imájen, de Iris los colores.
Y en ájil planta y en jentiles formas
Dando al viento el cabello desparcido
De flores matizado
Cual las Horas del Sol raudas y bellas
Saltan en derredor lindas doncellas
En jiro no estudiado;
Las glorias de su patria
En sus patrios cantares celebrando;
Y en sus pulidas manos levantando
Albos y tersos como el seno de ellas
Cien primorosos vasos de alabastro
Que espiran fragantísimos aromas,
Y de su centro se derrama y sube
Por los cerúleos ámbitos del cielo
De ondoso incienso trasparente nube.

Cierran la pompa espléndidos trofeos,
Y por delante en larga série marchan
Humildes, confundidos,
Los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá procede el Astur belicoso;
Allí vá el Catalan infatigable;
Y el agreste Celtíbero indomable,
Y el Cántabro feroz que a la romana

[1] El rio Magdalena corre al mar por las cercanías del BOGOTA, come el Eurótas por las cercanías de Esparta. El Rimac atraviesa a Lima como el Tiber a Roma. (El A.)

Cadena el cuello sujetó el postrero;
Y el Andaluz liviano,
Y el adusto y severo Castellano.
Ya el aureo Tajo cetro y nombre cede;
Y las que antes graciosas
Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tórmes y el Jenil, en duelo
Se esconden silenciosas:
Y el grande Bétis viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

El SOL suspenso en la mitad del cielo
Aplaudirá esta pompa.—O SOL, o Padre,
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio;
Tu luz nos dé el imperio;
Tu luz la libertad nos restituya;
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya.»

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
Y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos. Y en tanto
Tras la dorada nube el INCA santo,
Y las santas Vestales se escondieron.

* * * *

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,
Humilde Musa mia? O! no reveles
A los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama
Y siéntense a la mesa de los dioses,
Y los arrulle la parlera fama
Que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré a mi flauta conocida
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos,
O entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la márjen de mi rio,
O entre risueños campos dó en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La Piña ostenta el cetro de Pomona.[1]
Y me diré feliz si mereciere,
Al colgar esta lira en que he cantado
En tono menos digno
La gloria y el destino
Del venturoso PUEBLO AMERICANO:
Yo me diré feliz si mereciere
Por premio a mi osadía
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la PATRIA mia,
Y el ódio y el furor de los tiranos.

AL JENERAL FLORES, VENCEDOR EN MIÑARICA.

Cual águila inesperta, que impelida
Del rejio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y a su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo:

Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber donde va, pierde el aliento,
Y a la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega:
O por su solo peso descendiendo
Se encuentra por acaso
En medio de su selva conocida,
Y allí la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece:

Asi mi Musa un dia
Sintió la tierra huir bajo su planta,
Y osó escalar los cielos, no teniendo

---

1 Esta descripcion alude a la forma de la planta que produce la piña. Este precioso fruto es conocido en Europa con el nombre de Ananas. La piña es sobre todas las frutas de la tierra como la piña americana por su fragancia, sabor y virtudes medicinales es sobre la europea; y como la piña del Guáyas es sobre todas las demas de los diferentes climas de América. (El A.)

jenio que amor patrio y osadía.
ı rejion etérea se declara
de Sacerdotisa de los Incas;
el templo del Sol: flores y ofrendas
rce sobre el ara:
la estola espléndida y la tiara:
ieta, atormentada
ın Dios, que dentro el pecho no le cabe,
iere en alta voz lo que no sabe,
ciega inspiracion. Tiemblan los reyes
ıchando el oráculo tremendo:
elaciones, leyes
ta al Pueblo: describe las batallas;
la patria predice la victoria,
ı aplaude en seráficos cantares:
los Incas deifica la memoria,
ı sus manes sagrados
tumba les faltó, levanta altares. [1]

Mas cuando ya su triunfo absorta canta,
ras la vista torna,
de el abismo que salvó, y se espanta.
embla, deja caer el refuljente
cro diadema que sus sienes orna,
flaco el pecho, el ánimo doliente
ıal si volviera de un delirio siente;
de la santa ajitacion rendida,
ıedó en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fratricida truena,
de las armas rompe el estallido;
al recrujir el carro de la guerra
e siente en torno retemblar la tierra. [2]

Y el atroz silbo de rabiosas sierpes
Que la Discordia enreda a su melena
In sed mortal los pechos enfurece;
Y de la antigua silla de los Incas
Hasta dó bate el mar los altos muros
De la noble heredera de Cartago,
Todo es horror y confusion y estrago: [3]

En vano, o Dios! del medio
De las olas civiles, con sorpresa,
Jóven, graciosa, de eperanzas llena
Una nueva República aparece;
Cual la Diosa de amor y de belleza
Coronada de rosas y azahares,
Con que el ambiente plácido perfuma,
Surjió sobre la hirviente y alba espuma;
Del mar nacida a serenar los mares: [4]

Y en vano sobre el márjen populoso
Del rico Támes y bullente Rima,
En verso numeroso
Canoras voces se alzan despertando [5]
La Musa de Junin... que el sacro fuego
De inspiracion cesó; lánguido espira;
Y el canto silencioso
Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el Jenio muere: y con su aliento
La tierra, el firmamento,
El mármól, y cadáveres anima.—

Ya está dentro de mí.— Veloces vientos
Anunciad a las jentes
Un nuevo canto de victoria.—Dadme
Laurel y palmas y alas esplendentes;
Volvedme el estro santo,
Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿Adónde huyendo del paterno techo
Corre la Juventud precipitada?
En sus ojos furor, rábia en su pecho,
Y en su mano blandiendo ensangrentada
Un tizon infernal: cual civil Parca

---

1 Alusion al Vaticinio del Inca—a la victoria de Ayacucho—y al himno de las Virjenes del Sol en el *Canto de Junin*. (El A.)

2 Alusion a la guerra de 1829, entre dos repúblicas hermanas y vecinas, terminada felizmente por el valor y jenio del jeneral FLORES. (El A.)

3 Alusion a la guerra civil que se difundió desde el Perú hasta los estremos de Colombia, de donde provino la disolusion de la república. (El A.)

4 Alusion al nuevo estado del Ecuador, fundado por el jeneral FLORES. (El A.)

5 Alusion a las bellas composiciones poéticas de los SS. Bello, Mora, y Pardo, hechas en Londres y Lima, culpando el silencio de mi Musa, cuando tantos y tan grandes asuntos se han ofrecido a la poesía en estos últimos años. (El A.)

Ciega discurre, tala, y sus horrendas
Huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y patria y libertad proclaman...
Y oro, sangre, poder... esas sus leyes,
Esa es la libertad, de que se llaman
Inclitos vengadores...

Y en los enormes montes interpuestos
Y en el soberbio inespugnable alcázar,
Que de lejos ostenta
La Reina del Pacífico opulenta, [1]
La insolente esperanza
Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto... y un abismo
Se abrió bajo sus piés... que los horrores
De tanta sedicion—los alaridos
Que entre las ruinas salen—los clamores
De tantos pueblos íntegros y fieles,
El Rayo concitaron que dormia
Allá en el seno de su nube umbria.

Ese es el adalid a quien dió el cielo
Valor, consejo—prevision y audacia.
Al arduo empeño, a la mayor desgracia
Le sobra el corazon. Todo le cede:
Sirve a su voz la suerte—ante su Jenio
El peligro espantado retrocede. [2]

FLORES los pueblos claman: y los montes
Que la escena magnifica decoran,
FLORES, repiten sin cesar. Los ecos
Avidos unos a otros se devoran
Y en inquietud perpetua se suceden
Como olas de la mar. Sordos aterran
La turba pertinaz, que espavorida
Huye; y no sabe donde—que dó quiera
Los ecos la persiguen,—y dó quiera
El espectro del héroe la intimida.

Asi cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recojiendo
El rebaño que pace descuidado.
Mas si improviso estalla un trueno horrendo,
El tímido ganado
Se aturde, se dispersa desoyendo
Del fiel mastin inútiles clamores;
Se pierde en precipicios espantosos,
Que mas lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan, caen confundidos
Ganados y mastines y pastores. [3]

Oyó la voz doliente de la Patria
Su siempre fiel guerrero;
Y desnudando el invencible acero,
Se avanza; y los valientes Capitanes [4]
En cien lides gloriosos lo rodean,
Y dar paz a la Patria, o morir firmes
Sobre la cruz de sus espadas juran...

El habla: y a su acento
Todo en torno es accion y movimiento.
Armas, tormentos belicos... y cuanto
Elemento de guerra y de victoria
Da el suelo, forma el arte, el jenio crea
Se apresta,—o aparece por encanto.
Jime el yunque—la fragua *centellea*—
Brota naves el mar—tropas la tierra...

---

1 Los facciosos de la Sierra se situaron en las terribles posiciones que ofrece la cordillero de los Andes; y los de Guayaquil, despues de espelidos de la ciudad, se refujiaron en la fragata Colombia, en donde no era posible atacarlos. (El A.)

2 Entre los admirables hechos de esta campaña, debe ocupar el primer lugar el portentoso paso del Salado. Los que han visto con sus ojos el terreno se admiran mas de una empresa, que habria sido calificada de *temeraria*, sino hubiese sido coronada por el suceso. La descripcion exacta de esta hazaña la haria pasar por inverosimil, o fabulosa. (El A.

3 Aquí debe insertarse el horroroso cuadro que ofreció en el mismo tiempo la ciudad de Guayaquil, aflijida por todas las plagas juntas de la guerra, del hambre, y de la peste mas desoladora de que hai memoria en este pais. La precipitacion, con que por las circunstancias se publica esta composicion, no ha permitido dar la última pincelada a este cuadro espantoso, que se insertará en otra edicion.

4 Es mui sensible no poder hacer mencion particular en este canto de los valientes jenerales, jefes, oficiales y cuerpos que se han distinguido en esta campaña memorable. Cada uno merecia un canto separado. (El A.)

y alli la juventud se adiestra
terrible y desigual palestra...
caballo impaciente
reno y de reposo
ndigna, escarba el suelo polvoroso:
ávido, insolente
nanda la señal: bufa, amenaza,
mblan sus miembros: su ojo reverbera;
rca la cerviz, la alza arrogante
prominente oreja coronada;
al viento derramada
crin luciente de su cuello enhiesto
ano dá en fantástica carrera
il y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afan, ajitacion, tumulto
Reina en el bando opuesto.
Armas les dá el furor: la ambicion ciega
Constancia... ostinacion. ¡cuán impotente
Dió voces la razon!... Y en vano el cielo
Los aterra con signos portentosos.
Nocturnas sombras vagan por el suelo
Exhalando alaridos lastimosos;
Rayos sanguíneos las tinieblas aran
En pálido fulgor; y por la noche
Sones terribles de uno al otro estremo
De la espantosa bóveda se oyeron:
Se hiende el monte; el huracan estalla,
Y es todo el aire un campo de batalla. [1]

Y en medio de la pompa mas solemne
Las imájenes santas derrivadas,
¡Qué horror! del alto pedestal cayeron
Del incienso sacrílego indignadas. [2]

¿Veis allá lejos ominosa nube
Ondeando en polvo de revuelta arena,
Que densa se derrama y lenta sube?...
Allí está Miñarica. La Discordia
Allí sus haces crédulas ordena:
Las convoca, las cuenta, las inflama...
Las inflama... despues las desenfrena.

Flores vuela al encuentro: y cuando alzada
Sobre la hostil cerviz resplandecia
Su espada, reconoce sus hermanos:
Lejos de sí la arroja: y les ofrece
El seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la faccion se enorgullece:
Razon, ruego, amistad y paz desdeña.
Triunfa al verse rogada,
Y en ilusion y en arrogancia crece:
Que rara vez clemencia jenerosa
El monstruo del furor civil domeña,
Y aun mas los viles pechos escandece.

Tornó del héroe a relumbrar la espada
Y esta fué la señal. Los combatientes
Con firme paso y exultantes frentes
Se acometen, se mezclan... De una parte
El número y el ímpetu... de la otra
Arte, valor, serenidad: do quiera
Furor y sangre... y a las armas sangre
Aun mas infame que el orin, empaña:
Y los pendones patrios encontrados
Rotos y en sangre flotan empapados.
Cristados yelmos, miembros palpitantes
Erizan la campaña...
Y los troncos humanos
Se revuelcan, amagan:
E impotentes de herir, siquiera insultan
Mientras los restos de vital aliento
Entre sus lábios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos
Se encuentran, se conocen... y se abrazan...
Con el abrazo de furente saña.

Ni tregua, ni piedad. —¿Quién me retira
De esta escena de horror?—Rompe tu lira,
Doliente Musa mía; y antes deja
Por siempre sepultada en noche oscura
Tanta guerra civil, oh, tú no seas
Quien a la edad futura

1 Alusion a los terribles ruidos que alternadamente còmo grandes tiros de cañon se oyeron por la noche en el mes de enero en los próximos dias dé la batalla. (El A)

2 Alusion a la notable circunstancia de haberse caido la santa imájen del Quinche en la solemne procesion que hizo el gobierno revolucionario de Quito para obtener el triunfo. (El A,)

Quiera en durable verso revelarla:
Que si mengua, o escándalo resulta
Honra mas la verdad, quien mas la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa
Serpea fulminando, y veloz huye:
Vuelve a brillar, la tempestad disipa,
Y su esplendor al cielo restituye;
Asi la espada del Invicto FLORES
Por entre los espesos escuadrones
Va sin lei cierta, brilla... y desparecen.
A los unos aterra su presencia:
Otros, piedad clamando, se rindieron;
Y a los que fuertes para huir, huyeron,
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

Salud, o claro Vencedor. O firme
Brazo, coluna, y gloria de la patria!
Por tí la asolacion, por tí el estruendo
Bélico cesa, y la inspirada Musa
Despertó dando arrebatado canto.
Por tí la Patria el merecido llanto
Templa al mirar el hecatombe horrendo
Que es precio de la paz. Por tí recobran
Su paz los Pueblos, y su prez las artes;
La alma Témis su santo ministerio;
Su antiguo honor los patrios estandartes,
La Ley su cetro, Libertad su imperio:
Y las sombras de Guachi desoladas
De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rei de los Andes, la árdua frente inclina,
Que pasa el Vencedor. A nuestras playas
Dirije el paso victorioso, en tanto
Que el himno sacro la amistad entona.
Y fausta la Victoria le destina
Triunfales pompas en su caro Guayas,
Y en este canto espléndida corona.

—1835—

SONETO

EN LA MUERTE DE MI HERMANA.

Y eres tú Dios! ¿a quién podré quejarme?
Inebriado en tu gloria y poderío,
Ver el dolor que me devora impío,
Y una mirada de piedad negarme?

Manda alzar otra vez por consolarme
La grave losa del sepulcro frio, [1]
Y restituye, o Dios, al seno mio
La hermana que has querido arrebatarme.
Yo no te la pedí. Qué! es por ventura
Crëar por destrüir placer divino,
O es de tanta virtud indigno el suelo?

O ya del coro absorto en tu luz pura
Te es menos grato el incesante trino?
Díme, faltaba este anjel a tu cielo?

—1842.—

[1] Alusion al milagro del Salvador resucitando a Lazaro, y restituyéndole a su hermana. (El A.)

TRADUCCION DE LA ODA XIV. LIB. I. DE HORACIO.

O nave, dónde vas? No te amedrentan
s nuevas olas que a la mar te impelen?
: el peligro es cierto.
rna, torna veloz, ocupa el puerto.
. costado de remos vé desnudo,
vé tu mástil roto
ímpetu del abrego sañudo.
:uál crujen las entenas!
n cables, sin timon la frájil tabla
esistir podrá apenas
os asaltos del mar.—No hai vela sana,
i Dios propicio que a tu voz descienda
en tu nuevo conflicto te defienda.
Io te valdrá tu nombre, ni el ser hija
)el mas escelso pino
Que fué honor de las selvas del Euxino.
¿Y pondrá en vano el tímido piloto
En la pintada popa su esperanza?...
Guarte, nave infeliz. cada momento
Teme ser juego del furioso viento.
Tú que otro tiempo fuiste
Inquieto tédio a mi ánimo ajitado,
Y ahora objeto triste
De mi acerbo pesar y mi cuidado:
Huye, vajel querido,
Del mar embravecido
Que entre escollos corriendo peligrosos
De viva roca y de ferviente arena,
A seguro naufrajio te condena.

FRAGMENTO DEL ANTI-LUCRECIO.

(TRADUCCION LIBRE DEL LIB. IX v. 774.)

Mas al autor de maravillas tantas,
Que con poder y con saber profundo
Formó, y gobierna el universo mundo;
¿Cómo, a tu tribunal osas llamarle,
Acusarle de error, y condenarle?

¿En saber, en poder piensas que escedes
A aquel de quien por gracia has recibido
Lo que eres, lo que vales, lo que puedes;
Y sin el cual los mismos pensamientos,
No pudieras tener que hoi contra él tienes?

Él es omnipotente; tú eres débil.
Él sábio; tú ignorante. Él rico en bienes,
Tú vil y miserable.
Y será mas probable,
Que el mundo que tu mano formaria
Aun mas perfecto que el de Dios seria?...
Qué insensatez, qué orgullo, qué osadía!

Si del corporeo lazo desprendida,
(¡Oh si asi fuese!), allá en la eterna esfera,
De la creacion el cuadro portentoso
En la mente de Dios, tu mente viera;
Entonces conociera,
Como en espejo terso,
De este grande universo
El plan, el fin, las leyes, la armonía,
La insensible, fortisima cadena,
Que en mútua dependencia une los seres,
En fin, la perfeccion, que el hombre ciego,
Porque no la comprende, la condena.

Asi cuando en un plano confundidas
Se pintan mil figuras diferentes;
Ni órden, ni proporcion se observa en ellas:
Aun las partes mas bellas
Sin justa relacion a otras unidas
Mayor deformidad nos aparentan:

Y líneas que a millares
Do quier en arcos y ángulos se cruzan
El laberinto y confusion aumentan.

Mas luego que en el medio colocares
De este caos un óptico cilindro,
Toda la confusion al punto cesa;
Porque las partes todas reflectidas
En concierto armonioso
De formas y colores,
Los monstruos anteriores
Transforma con presteza
En órden, proporcion, gracia y belleza.

—1816.—

PARA EL ALBUM

DE LA SEÑORITA ROSA O. DE ZEBALLOS, INSIGNE PROFESORA DE MÚSICA, Y DE SUS DOS BELLAS PRIMAS.

Rosa, que por modestia delicada,
En florecer te places rodeada
Del lindo par de Margarita y Pola,
Huyendo la vergüenza
De ser en gracias y hermosura sola:
Quien pueda resistir al doble encanto,
Rosa, de tu mirar y de tu canto,
Y en grata calma verte y escucharte;
Ese voces tendrá para alabarte.
Mas no el que absorto, estático suspira
En placer inefable, sin que pueda
Decir qué siente, ni decir qué admira.

Yo te escuché una vez; y todo el dia
En ilusion dulcísima creia
Sentir, y respirar, y vivir todo
En un plácido ambiente de armonía.
Y en el silencio de la noche, cuando
El mentido concierto me desvela,
Un ánjel desprendido
Del cielo me deslumbra — y me revela
Que la vírjen Cecilia, que allá ordena
De serafines el ardiente coro,
Absorta cuando te oye, y suspendida
Los celestiales númuros olvida,
De su alto ministerio se distrae,
Y el arpa de oro de sus manos cae.

Y cuando de improviso
Del místico deliquio se levanta,
Nuevas cuerdas aumenta a su instrumento,
Y del Cordero atento.
En nuevas notas nuevos himnos canta.

NOTA.—Estaba impresa ya y pronta para repartirse la entrega 10.ª de la América Poética, cuando hemos recibido una variante que el Sr. Dr. Olmedo quiere introducir en su canto a Junin. Por fortuna, podemos darla a conocer a nuestros suscriptores, aquí, al fin de sus poesías.—A los cuatro versos de la páj. 640 de esta coleccion (páj. 38 de la edicion de Paris, y 40 de la de Lóndres) que empiezan:

«Tal el astro de Venus refuljente
Brilla de modo . . . .

deben sostituirse estos tres:

«Tal se vé Héspero arder en su carrera;
Y del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la luna fuera.»

ORGAZ

FRANCISCO.

D. F. Orgaz, nacido en la Habana, pasó a España en 1838 o 39. Dos años despues, publicó en Madrid, la rimera parte de sus poesías bajo el título «Preludios del Arpa.»

Hemos visto el nombré del Sr. Orgaz al pié de algunos artículos insertos en periódicos literarios de Madrid; pero no conocemos de él otras poesias que las mencionadas: de entre ellas escojemos las siguientes.

PRELUDIOS DEL ARPA.

Triste cantor de la cubana orilla
Donde muere en su cuna el pensamiento,
Donde si el jenio enrojecido brilla,
Es un crímen su noble atrevimiento;
¿Cómo elevar mis cantos a la historia
De los bardos sublimes de Castilla?
¡Cómo alcanzar un lauro de la gloria
De Hartzenbusch, de Espronceda y de Zorrilla!

Nunca, jamas, mis cánticos queridos
Suspiros son del corazon lanzados,
Que al sonoro compás de sus latidos
Salieron en monton atropellados.
Cantos de Cuba son, y allí nacidos
En el descanso de sus frescas tardes,
Tal vez sin gloria están, descoloridos,
Desnudos de placer, mas no cobardes.

Cobardes nunca, que en la patria mia,
Un sol de fuego nuestras frentes quema,
Mas ardiente que el sol de Andalucía
Vierte en el pecho ajitacion suprema.
Patria inocente, arroyos de armonía
Le cantan en mitad del Occéano,
Y en cada roca que ilumina el dia
Inspira un pensamiento soberano.

¡Inspiracion! inspiracion nos sobra
Campo nos falta, libertad querida,
Que el pensador apenas se recobra
Hunde entre el polvo su existencia herida;
Por eso son mis pálidos bosquejos
Los preludios de un harpa dolorida,
Que busca de otro sol a los reflejos
Un mundo de ambicion, otro de vida.

Y en donde pueda el corazon valiente
Espacio hallar a su ambicion bastante
Y libre alzar la soberana frente
Desplegando sus alas de jigante
Donde se ajiten en confusa tropa
Memorias mil en la inspirada mente,
Donde en las ruinas de la vieja Europa,
Recordemos la América naciente.

Donde esas torres de punzon caladas
Que restan de los tiempos berberiscos
Nos recuerden el suelo nunca hollado
De los campestres y cubanos riscos,
Dó el arábigo Alcázar levantado
Vé los siglos que duermen en su base,
Del jenio de otro mundo que ha pasado
Ultima firma, incomprensible frase.

Tal vez un tiempo llegará, cantores,
En que la sed de gloria que me inspira,
Podrá arrancarme cánticos mejores
Que estos preludios de mi torpe lira!
Y a la par de los buenos pensadores
La voz alzando en la marcial campaña
Siga en pos de los buenos trovadores
Honor y gloria de la rica España.

Y tú virjen del sol, Cuba inocente,
Rico jardin de cañas y palmares,
Tuyos mis cantos son, mi jenio ardiente
Tuyos serán no mas ¡ai mis pesares.
Levanta ¡oh patria! la amorosa frente
Mas bella que el cantar de los cantares,
Ora mi voz escucharás doliente,
Porque nació mi voz en tus hogares.

Mas pronto escucharás mi ronco acento
Alzarse entre el inmenso torbellino,
Terrible, sí, como irritado viento
Que las nubes arrastra en su camino,
Y como suele el huracan violento
Bramar por tus campiñas de contino;
Al canto arrebatado y turbulento
Retumbe aun mas allá de tu destino.

Retumbe mas allá, sí, patria mia,
Aunque me cueste la esperanza hermosa
Que revive en mi loca fantasía
De que adorne mis lauros una rosa,
Que en tus arenas con mi amor crecia,
Antes tu gloria que la fé amorosa,
Perdona ¡oh flor! de mi esperanza un dia,
Consagrarse a la patria es lei forzosa.

UN RECUERDO A MI PATRIA.

Dulces memorias de la patria mia,
Henchid de amores mi abrasada frente,
Que ardiente el lábio de placer sonria
Cuando cruceis por mi ajitada mente;
Que en vano luce el luminar del dia
Para el que llora de su patria ausente,
Si ha de mirar en el estraño suelo
Sin luz la vida, sin color el cielo.

Porque la luz que encanta nuestra vida
Es la que vemos en la dulce cuna,
Del inocente amor tierna querida,
Mas bella y mas hermosa que ninguna;
Y a nuestra gloria sin cesar unida
Sin esa luz, ni es bella la fortuna,
Ni son hermosas las mas ricas flores
Ni existen glorias, ni ambicion, ni amores.

Venid, memorias, revolando inquietas
Llevad mi mente a la frondosa cumbre
De esas montañas que en el mar sujetas
Se estienden en inmensa muchedumbre
Abrumando el pensar de los poétas;
Llevadme a la encendida y réjia lumbre
Que enrojece al pasar nuestras arenas,
Y allí calmad mis tormentosas penas.

Que en vano torno la incansable vista
Por este mundo de vivir cansado,
Si apenas comentar puedo en su lista
La historia de los siglos que han pasado.
Cada línea nos muestra una conquista,
Cada pueblo un jigante destrozado,
Cada grano de arena una memoria,
Y donde quiera una jigante gloria.

Y el corazon, el corazon vacío
De admiracion y luz se llena en tanto,
Mas, ¡ai! le falta del paterno rio
Aquel susurro indefinible y santo.
Todo es hermoso aqui mas nada es mio,
Mio es, ¡oh patria! tu amoroso encanto
Como es tuyo no mas mi pensamiento
Y tuya la espresion del sentimiento.

Bellos son estos ricos mausoleos
Que el polvo encierran de la antigua Europa,
Y bellos los magníficos trofeos
Que alza en España su guerrera tropa.
Y si no hai en sus viejos Pirineos
De árbol frondoso la empinada copa,
Allí a los gritos de esterminio y guerra
Cayó el imperio del frances por tierra.

Dónde no estiende el viajador su planta
Que no huelle antiquísimos laureles!
Cuanto este pueblo en sus amores canta
Triunfos son del valor de sus donceles.
Ya aquí el soberbio torreon no espanta,
Zegríes, Mozaráves y Gomeles,
A la trompa del héroe castellano
Desparecieron del solar Hispano.

Todo es hermoso aquí, patria adorada,
Y todo aquí con majestad se ostenta,
De algun templo la cúpula gastada
Tal vez ignora cuántos siglos cuenta.
Y en mil columnas la mezquita alzada
A los ojos del mundo se presenta:
Pero entre tanta cifra misteriosa
Solo me acuerdo de mi Cuba hermosa.

Suave es la brisa en la floresta umbría,
Ricos los frutos son, bellos los prados,
Y el blando aroma y de mejor valía
Brota bajo los cielos celebrados,
De la hermosa y feraz Andalucía;
Pero entre tantos goces decantados
Yo mas quiero tus vegas, que sus viñas,
Mas que sus frutas nuestras dulces piñas.

Tú no tienes alcázares moriscos,
Recuerdos de otros tiempos gloriosos,
Pero puedes alzar sobre tus riscos
Muros, anfiteatros y colosos,
Y pirámides, faros y obeliscos
Mas que cuantos brillaron prodijiosos,
Que el oro se alimenta en tus entrañas
Y en la sabrosa miel de nuestras cañas.

Ardiente el Sol tus campos ilumina,
Bello el pájaro canta en la alameda,
Y al eco dulce de su voz divina
Corre la brisa por tus campos leda.
Sobre tu seno virjinal jermina
Sin la industria del hombre la arboleda,
Y al terrible rujir del Occéano
Alza la frente el trovador cubano.

No serán las canciones orientales
Mas gratas que tus suaves cantinelas,
Ni serán las huríes celestiales
Mas bellas que tus vírjenes morenas,
Que tus divinos ojos tropicales
Abrasan al pasar nuestras arenas,
Cual del árabe negros tus cabellos,
Y tus ojos mas negros, y mas bellos.

Flores, frutos y esencias primorosas
De jazmines, de lirios y claveles,
Tienen, ¡oh patria mia! tus hermosas
Y quintas deliciosas y verjeles;
Brisas para tus siestas calurosas,
Para tu blando invierno ricas pieles,
Y tienen, ¡ai! como mas pura esencia
La venturosa paz de tu inocencia.

El canto de tus bellos ruiseñores
Halaga blandamente tus festines,
Y fuentes con variados surtidores
Bullen, saltan y riegan tus jardines:
Los ánjeles celebran tus amores
Porque son tus doncellas serafines,
En quien el cielo con su fuego inflama
Del casto amor la pudorosa llama.

Las aguas de tus ricos manantiales
Brotan eternamente en las praderas,
Y en tus vegas y hermosos cafetales
Se estienden los bambúes en hileras:
Al soplo de las brisas matinales
Nacen entre rosales tus palmeras,
Y naranjos y hermosos limoneros,
Al pié de tus jigantes cocoteros.

Riquísimas tambien tapicerías
Adornan el precioso gabinete,
Y del Asia costosas pedrerías
De tus bellas se ven en el retrete:
Persianas por cerradas celosías
El humo exhalan del mejor pebete
Y en tus salas de mármoles brillantes
Ostenta la cubana sus diamantes.

El rojo Sol de púrpura teñido
Que tus fértiles campos fecundiza
Con su disco de fuego enrojecido,
Tu faz encantadora diviniza:
Edén del universo el mas querido
En donde el mismo cielo se electriza,
Yo idolatro tu nombre soberano,
Aquel que no te adora, no es cubano.

Nada te falta para ser señora,
Todo lo tienes en tu mismo suelo,
Mas no ha llegado la anhelada hora
De levantar tu venturoso vuelo:
¡Oh! si llegase tan brillante aurora,
Aunque yo pereciese en mi desvelo
Despues de verte con triunfantes galas
Alzarte libre y desplegar tus alas.

¿Cuándo será que despertando osada
De ese letargo que te aduerme impío,
Alces la frente de esplendor bañada
Con tu inmenso y terrible poderío,
Y el universo ante tu faz airada
Te conceda el supremo señorío,
Que tu brillante porvenir nos pinta
Con los vivos colores de su tinta?

¿Cuándo será? los incansables años
Que se escapan en pos de tu ventura,
Te dejan al pasar los desengaños
De esa africana servidumbre impura!
¡Oh! no al terrible peso de sus daños
Tarde conozcas tu fatal locura,
Que si torpes esclavos no tuvieras
Un pueblo libre y soberano fueras.

Mas ¡ai! memorias que llegais molestas
No atormenteis mi espíritu abatido
Con tantas penas por mi mal funestas,
Venid con el brillante colorido
De mis cubanas y amorosas fiestas,
Porque mi corazon enardecido
Pueda pintar con delicioso canto
De mi cuba infelice el bello encanto.

Madrid, agosto de 1841.

EL PORVENIR DE CUBA.

Hermoso porvenir, dulce esperanza
Del jenio americano,
Que en su incansable pensamiento avanza
Hasta rasgar tu misterioso arcano,
Yo miro en tus bellísimos colores
La paz y la ventura,
Que el ánjel de los plácidos amores
A nuestros hijos sin cesar augura:
Así del fondo de la oculta idea
Haces brotar los tonos de mi lira,
Y el jenio se recrea
Cuando es tu pensamiento quien le inspira.
Yo te siento vagar sobre el aroma
Que exhalan nuestras plácidas florestas
Y de la altiva loma
Subir te miro a las jigantes crestas,
Yo te siento venir a la sonrisa
De la brillante aurora,
Te escucho susurrar entre la brisa
Que templa la estacion abrasadora;
Y en la tarde, en la noche, a cada paso
Brillas para mi Cuba en el Oriente:
Tu prisma refuljente
Nunca se oculta en el lejano ocaso.
Yo te miro do quier siempre divino,
Ora enjugues las gotas de mi llanto,
Ora acalles el negro torbellino
Que brama en pos de mí.

Mas si el quebranto
Contuvo las indómitas pasiones,
Que mi entusiasta corazon rasgaron,
Aun me restan tus dulces ilusiones
Que los sañudos tiempos respetaron.

Aun vive la esperanza lisonjera
Que morirá con la existencia mia,
Que hasta en el borde del sepulcro espera
El corazon que en su valor confia.

›r eso en medio de la niebla oscura
lma en pos del horizonte jira,
ro horizonte mira
de la patria el porvenir augura.

speranza feliz, rico tesoro,
fecundiza la inspirada mente;
lime emanacion del solio de oro
ser omnipotente,
no eres ilusion, no, yo te adoro
que eres la verdad.....

Vano contento!
ntasma cruel que aumentas el martirio
l que anima en su loco pensamiento
fiebre abrasadora del delirio!

Pero es tan bella la esperanza hermosa
l patrio suelo, que en la mente fijo,
dando con la idea borrascosa,
empre un recuerdo vá. ¡Patria amorosa
unca te olvida el corazon de un hijo!

Yo corro en pos del porvenir cubano,
aunque la fiebre del delírio sea
uien pinte ese fantasma soberano,
o adora el corazon y lo desea.

Tu porvenir será; y aunque traidora
n torno ruja tempestad sombría,
a calma bienhechora
Tornará por sus campos la alegría:
Y brillarás como la luz del dia
Mi dulce patria de la mar señora.

La tierra virjen de tu inmenso llano
Verá las trabas del saber deshechas;
Del industrioso agricultor la mano
Hará brotar de entre el maduro grano
El oro que destilen tus cosechas.
Y aquella yerba que silvestre cubre
Cuanto tu seno fértil atesora,
Caerá bajo la industria triunfadora,
Y en tu fecundo octubre
Coronado de cañas y palmares,
Fatigarán los dilatados mares
De tus frutos la inmensa pesadumbre.
Ya en pos del industrioso americano
Vuelan crujiendo las hinchadas lonas,
Y el purísimo *habano*
Llevará tu renombre soberano
Por cuanto abrasan las distantes zonas.

El rico *habano* que en la ardiente arena
De tus campiñas sin cesar jermina,
Hoja felíz de la abundosa vena
Que el abrasante trópico calcina.

Ella enlazada a tu industrial corona
Tu porvenir riquísimo refleja,
Y en cada sol que tu grandeza abona,
Nueva esperanza deja
Que la esperanza de tu amor corona.

¿Y yo no escucharé romper tu seno
Bajo los golpes de la industria opima?
¿Y no veré tu porvenír sereno
Que mi existencia sin cesar anima?

Mas qué importa que muera en la amargura,
Si un tiempo de ventura
Ha de henchir de riquezas tus campañas,
Brotando en medio de tu linfa pura,
Entre palmas, cafetos y verdura,
El humor delicioso de tus cañas.

Y bajo el peso del hinchado fruto
Siempre inclinada la madura espiga,
Doblada copia pagará en tributo
A la dulce fatiga
Del industrioso labrador; y ufanos
Al ver el jérmen de tan rica Antilla,
Verán tambien que a sus copiosos granos,
No bastará la voladora quilla
Por mas que sobren industriosas manos.
Qué ha de bastar, si en medio a esa indolencia
Donde encierran tu espíritu, cautivo
En la preciosa edad de la inocencia,
Tus frutos sin cultivo
Te alzan a la opulencia!

Y a los rayos que el trópico te envia
Bañados en purísima fragancia,
Arroyos de armonía
Derraman por tus campos la abundancia!

Mas ¡ah! qne presto llegará el instante
Que el corazon arrebatado implora,
Y rica entonces, y feliz, señora,
Animado el semblante
Con los colores de tu nueva aurora,
Libre la industria se alzará a tus puertas,
Que de tu seno el manantial fecundo,
Pájinas son al porvenir abiertas
Para llenar de admiracion al mundo.

PACHECO Y OBES.

(MELCHOR)

Don M. P. y Obes, natural del Rio de la Plata, hijo de un veterano de 1810, sirve en los ejércitos de su patria desde el año de 1825.

Se educó en los colejios de Buenos-Aires y Rio Janeiro. Perteneció al ejército nacional en la campaña al Brasil mediante los años 25 y 26, y tuvo la fortuna de contarse entre los vencedores de Ituzaingo: este es el nombre de la batalla gloriosa y final de aquella campaña.

En momentos mui críticos para la República del Uruguay, fué nombrado, en 1842, Comandante Jeneral del Departamento de Soriano. Reconcentrados todos los esfuerzos contra la invasion del jeneral Oribe, dentro de las murallas de Montevideo, el Sr. Pacheco desempeñó con poco comun enerjía, la comandancia jeneral de armas y el Ministerio de la Guerra.

El Sr. Pacheco estima y cultiva las letras, y ha compuesto mui bellas poesías en sus cortos ocios de campamento: muchas están datadas a las márjenes de los arroyos, y talvez escritas al abrigo de la sombra de su caballo.

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE.

(EN LA NOCHE.)

Los que en las dichas de la vida ufanos,
Correis jugando su azarosa senda,
Ceñidos de fortuna con la venda,
Que os muestra eternos sus favores vanos.

Los que de risas y ventura llenos,
Orlada en flores la altanera frente,
Cruzais por esta rápida corriente
Que en barca de dolor surcan los buenos.

Los que libais en la nectarea copa
De los placeres sus delicias suaves
Como los trinos de doradas aves,
Como los besos de una linda boca.

Volved la espalda a la suntuosa sala,
De orgullo y oro y corrupcion vestida,
Venid a este salon a que os convida
La muerte ornada de su eterna gala.

Venid a este salon, a cuya puerta
Malgrado tocareis en algun dia;
Aquí de los vapores de la orjía
Vuestra alma libre, se verá despierta.

Y es bueno conocer una posada
A que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carrosa refuljente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada!

Y es útil levantar esas cortinas
Que la heredad envuelven mas preciosa,
Y del que planta solamente rosas,
Y del que coje solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda
De todos los regalos que dá el mundo,
A los que estamos en dolor profundo,
Y a los que ensalza la voluble rueda!

¡Oh! no tardeis los favoritos de ella!
Lujo hai tambien en el palacio helado:
Cada astro le es un arteson plateado,
Cada orizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre,
Trono de un Dios y de su sangre lleno;
Y de esas tumbas en el yerto seno,
Hai riqueza y poder, beldad y nombre.

Todo es sublime como el Dios de todo,
Y de su lampo la verdad le alumbra.
La eternidad en pompa se columbra,
Sobre humana soberbia que ya es lodo.

Lodo y no mas, dichosos de la tierra,
Seremos y sereis! ¿Es un consuelo
Que nos permite compasivo el cielo
A los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada
Al reino de la muerte nos llegamos,
Y en su espejo infalible divisamos,
Que gloria, pena, dicha, todo es nada!

Sí que en este lugar se os vé temblando
Palidecer entre congoja y miedo,
Y del manto del tiempo el viejo ruedo
Con mano desperada asegurando,

Quisierais detenerle en su carrera.
Que os arrastra tranquila y majestuosa,
Y al batir de su pié, se abre la fosa
Que inevitable al término os espera!

Y si de rejia pompa precedido
Llega a esa puerta el ataud fastuoso;
Es que el mundo que os fué tan engañoso,
Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se alza altanero en el momento
Para albergar vuestro despojo helado;
De la humanal prudencia es un legado,
Que a la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro
A la fuljida luz de mil achones;
Es remedar sin fé las oraciones,
Para pedir a vuestras arcas oro.

Lo dudais? Preguntad al prócer fiero
Que entre mármol y bronce allí reposa,
Al Cresco que recubre aquella losa,
Al bravo que aquí duerme con su acero.

A dónde está el poder, a dó la gloria
Que en tanto de la tierra era preciada;
Do la opulencia que brilló envidiada;
A dóndo el himno audaz de la victoria?

Todo pasó cual humo disipado,
Todo pasó! pero quedó el olvido...
Y ¿acaso en el sepulcro del mendigo
Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved a vuestro mundo hermoso.
Y en medio del festin y sus cantares,
Incensad de fortuna los altares,
Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormeceos en sitial dorado
De la lisonja al embriagante acento:
«Caigan virtud y honor para el contento
«De quien en noble cetro está apoyado.»

Hollad al débil si piedad os pide
Y al mísero que jima en vuestra sala,
No le deis ni aun las sobras de la gala,
Que donde quiera vuestra planta mide!

Alzad la espada sanguinosa y fuerte,
Que doma al pueblo esclavitud sembrando,
Y de las leyes el altar pisando,
Poblad la tierra de orfandad y muerte!

Que yo, sobre las tumbas recostado,
De vuestras dichas y poder me rio;
En la justicia del Señor confio,
Que solo el que la ofende es desgraciado!

Alegrete (Sur del Brasil) Junio 5.

PANDO.

(JOSÈ MARIA DE)

Don J. M. de Pando nació en Lima en 1787. Educado en el Seminario de Nobles de Madrid, a los quince años de su edad desempeñó ya empleos en varias legaciones del gobierno de España, cerca de algunos estados italianos.— Negándose a prestar homenaje a José Napoleon, fué preso en 1809 en una fortaleza de los Alpes.

En 1815 desempeñó la Secretaria de la legacion española en el reino de los Paises Bajos, y tambien las funciones de Encargado de Negocios.

Obtuvo en 1818 la plaza de oficial de la primera Secretaría de Estado y poco despues, la de Secretario del Rei y la cruz de Cárlos III.

Concurrió en 1820 a la redaccion del manifiesto de 10 de marzo, y se le nombró Encargado de Negocios y Cónsul jeneral en Lisboa. En 1822 obtuvo el empleo de oficial segundo en la primera Secretaría de Estado, y el de Secretario primero de la legacion a Paris, en cuya capital permaneció hasta las amenazas de invasion de los franceses en la Península.

Cuando ya agonizaba el réjimen constitucional de España, fué nombrado Secretario de Estado, en cuyo puesto, que renunció repetidas veces, hizo servicios importantes a dicho réjimen.

En junio de 1824, llegó el Sr. Pando al Perú, en donde el jeneral Bolivar le nombró Ministro de hacienda, y en seguida Ministro Plenipotenciario al Congreso de Panamá.

En 1833, fué Ministro de Estado en la administracion del jeneral Gamarra, y luego Administrador jeneral de Correos.

En 1835, volvió el Sr. Pando a Madrid en busca de una tranquilidad de que no gozó: las inquietudes de la vida pública le trajeron la muerte en 1840, cuando solo contaba 54 años de edad.

El Sr. Pando es conocido como escritor por las obras siguientes: — «Mercurio Peruano,» periódico publicado en 1827. — «Reclamacion de los vulnerados derechos de los Hacendados de las provincias litorales del Departamento de Lima.» — Lima 1833. — «Pensamientos y apuntes sobre moral y política. — Cadiz 1837. — Elementos de derecho internacional » — Madrid 1843.

La «Epístola a Próspero» fué publidada en Lima en 1826, firmada por el autor y acompañada de una corta advertencia en la cual se leen estas palabras. «Me lisonjeo de que Próspero y el Poeta (si me es lícito juntar estos nombres) somos superiores a la sospecha de lisonjeado y de lisonjeador: él por su inmensa gloria, yo, por mi carácter independiente y aun austero.»

EPISTOLA A PROSPERO.

Magnus ab integro sæclorum nascitur órdo.

Guerrero escelso! si benigno atiendes
De un vate a los acentos, no receles
Que vil lisonja contamine el verso.
Aunque cabe las moles habitára
Que al cielo empinan la soberbia cumbre,
Do bajo el brillo de techumbres áureas
A los solios entorno velan siempre
La torpe adulacion, la fraude, el dolo;

Jamas mi pecho al seductor contajio
Se rindió; ni jamas ante las aras
Del Vicio, o del Poder, ofrecí incienso.
Y cuando aspiro las salubres auras
De Libertad, que soplan desde el Ande
Por tu penacho ondeante suscitadas,
¿Prostituiré la majestad del plectro,
El honor de mi patria, y tu alto nombre,
Con loores serviles?—Antes caiga
Sobre mi cuello la segur ibéra,
Y mi nombre se entregue a infamia eterna!

¿Ni qué alabanza a tu sublime esfuerzo
Adecuada será? ¿La trompa heróica
Celebró nunca tan grandiosos hechos?
¿Qué son de Aquiles la ira, los trabajos
Del hijo de Laërte, ni del Lácio [1]
La conquista famosa, comparados
Con el tema inmortal que tú presentas?
Medio planeta emancipado; rotas
Cadenas de tres siglos, remachadas
Por la superstición y el fanatismo;
Despedazada la ominosa pájina
Que a los ciegos mortales inculcaba
De *lejitimidad* el impio dogma;
Y en su lugar profundamente esculctos
Los derechos del hombre imprescriptibles
Que el Supremo Hacedor le concediera...
Hé aquí, Próspero, tu obra portentosa
Que aterra al jenio que cantarla osase.
Su adamantino escudo la Constancia
Ante tu pecho sin cesar tendiera;
Y en tres lustros de afanes y combates
Tu cuadriga impertérrito ostigando
Del Orinoco al Apurima raudo
Bajo tus pies la inmensa cordillera
Sus cimas aplanó porque sellaras
En Junin y Ayacucho los destinos,
No de América sola,—de la tierra.

Ayacucho, Junin, nombres suaves!
¿Hai corazon tan duro americano
Que al recordar los campos venturosos
De gratitud y gozo no palpite?
Oh quién diera a mi voz robusto acento
Y a la mente inflamada estro divino
Para ensalzar vuestro denuedo heróico
Nobles propugnadores de mi Patria!
Timbre y orgullo del peruano suelo
Que el ferreo hispano yugo quebrantasteis,
Esforzados campeones! os tributo
De respeto y amor puro homenaje.
Vivid profundamente en la memoria
De todo americano, mientras haya
Virtud y honor en los humanos pechos;
Y sobre los sepulcros do descansan
Las cenizas ilustres de los mártires
De nuestra independencia, que florezcan,
Cabe el alto laurel inmarcesible,
Fragantes violas y purpúreas rosas.

Ya marcial gloria te sació. Victoria
Con alas rutilantes, sobre el asta
De la bandera tricolor fijóse;
Y desde Tumbez a la cima helada
De Potosí arjentífero: tremolan
Los triunfantes pendones que dividen
De albo y rojo matiz tres zonas bellas.
Cual leve arista el aquilon furioso
Disipaste las huestes opresoras.
Asaz, asaz regaste los altares
Sacros a Libertad y a la venganza,
Con la terrible y necesaria ofrenda
De sangre de tiranos y de esclavos.
Suspende en alto ese fulmíneo brazo
En acto de amagar. Tan solo el brillo
De tu terrible espada infunde espanto
Al déspota sañudo, y al insano
Fautor de turbulencia. Es tiempo, Próspero,
Que entorno al lauro que la sien te ciñe—
Pues con desprecio miras la diadema
Que con falso esplendor deslumbra al siervo—
De dulce oliva rama se entreteja
Cuyo verdor pacífico presajie
Próximo fin de nuestra larga angustia.

Tiende, Señor, tu penetrante vista
Por esta tierra de dolor, marchita
Do quiera que la holló la planta impura
Del insolente Godo.—Campos yermos,

[1] Se alude a las tres Epopeyas mas célebres, la Iliada, la Odisea, y la Eneida. (El A.)

ueblos quemados, huérfanos, viudas,
nto, tristeza, lágrimas, silencio,
an solo advertirás. Cada familia,
educida a indijencia, llora víctimas
acrificadas al orgullo estólido
a la feroz codicia del tirano.
as santas elyes su benigno imperio
erdieron. Aflojáronse los lazos
ue el doméstico hogar hacen tan grato;
estragadas costumbres y egoismo,
a sociedad minando en su cimiento,
isolucion parece le amenazan.

¿Quién podrá reparar males tamaños
Con imparcial teson, sino tú mismo,
Amaestrado a la par por las lecciones
De adversidad y de filosofía?
¿Quién sofocar podrá del monstruo infando
De la anarquía las cien cabezas de hidra
Sino tu hercúlea respetada mano?
Piloto esperto fuiste en la borrasca
Cuando roto el timon, rota la entena,
Rujian los vientos en discordia horrenda:
Ora, guia la nave al puerto ansiado,
De festones alegres coronada,
Y la Esperanza sobre la alta prora.
En tu grande alma, no, caber no puede
Pensamiento mezquino: aqueste suelo
De los Incas, salvaste; él es tu patria
Como la marjen del feliz Catuche! [1]

Bello es triunfar en las sangrientas lides,
Y bajo el pié del espumante bruto
Del postrado enemigo hundir la frente:
¡Cuánto mas bello aun de Jano el templo
Cerrar las férreas puertas con la diestra
Que aterró a las falanjes orgullosas,
Fundar de Astrea el reino, y a la sombra
De las erguidas palmas de Gradivo [2]
Dar al pueblo la paz y bienandanza!

De tantos que azotaron a la tierra
Con su loca ambicion y sus hazañas
De ominoso renombre, ¿qué vestijios
El filósofo observa? Soledades
Formadas por su espada, o bien ruinas
De pirámides tristes amasadas
Con el sudor y lágrimas de esclavos.
De luto se reviste, se estremece
Naturaleza cuando nace un héroe.

Cuán diferente, Próspero, es la gloria
Noble, pura, inmortal, que te circunda!
De la abyeccion infame de colonos
A la alta dignidad de ciudadanos
Nos levantaste tú, contento solo
Con ser de ellos primero; y desdeñando
Esa púrpura réjia, que consume
Con veneno fatal, cual la funesta
Dádiva recibida por Alcides
Del celoso furor de Deyanira, [3]

Deja ladrar a la calumnia infame
Que en todos tiempos vierte su ponzoña
Sobre la alma virtud. ¿Vivir no quieres
En los siglos futuros? pues desprecia
Ruines clamores, miramientos vanos,
Acaso ingratitud: tu mision cumple;
El duro casco y la coraza arroja;
Y la cándida toga revistiendo,
Dócil a inspiraciones de Minerva,
Sábias, justas, estables, dános LEYES. [4]

---

1 Rio que baña a Caracas. (El A.)

2 El dios Marte. (El A.)

3 Es bien conocida la fábula de la túnica emponzoñada con la sangre de una serpiente, legada por un Centauro a Deyanira como un feltro para recuperar el amor de Hércules. Apenas se vistió este con ella, sintió el veneno correr por sus venas, y espiró en medio de tormentos. (El A.)

4 Casi todos los pueblos antiguos confiaron la formacion de sus leyes fundamentales a un solo hombre: basta recordar a Minos, Zaleuco, Licurgo, Solon; y entre los modernos a Rousseau, y Locke. Las Constituciones formadas por asambleas ofrecen tantos inconvenientes *a priori*, que no corresponde señalarlos en una nota de una epistola poética: pero reflexionemos tan solo sobre el éxito desgraciado de las varias que abortó la revolucion de Francia, de la española, y de muchas de las americanas; y no podremos menos de sospechar algun vicio inherente en el modo de su redaccion. Aprovechemos nosotros el don que nos ha hecho la Providencia, y pidamos un código adaptado a nuestras delicadas circunstancias, al hombre único, que desnudo de ambicion, ilustrado por la esperiencia, y anhelante por la gloria pura y desinteresada, posee todos los medios de darnos, como Solon, las mejores leyes politicas que podemos recibir, y, lo que es mas, de establecerlas (El A.)

De la inconstante Atenas la discordia,
Por facciones frenéticas rasgada
Y el injusto furor del ostracismo,
Hasta que bajo el yugo de Filipo
La altanera cervíz triste humillara,
Tú nos harás huir. No de la adusta
Bárbara Esparta ejemplo tomaremos,
Ciegamente admirando sus virtudes
Insociables y atroces. Ni la gloria
Será que nos deslumbre de los hijos
De Quirino [1] feroz, tras cuyas huellas,
Con torrentes de sangre señaladas,
Servidumbre espantosa y esterminio
Al mundo todo enmudecer hicieron:
Mientras en plebiscitos tumultuarios
La agraria lei contaminó los rostros; [2]
Y allí donde se oyeron los acentos
De Tiberio, de Cayo, y Marco Túlio, [3]
Se vió el tremendo tribunal de Sila
Sobre cráneos de víctimas erguido, —
Y espiró libertad. En vano, en vano
Cesar cayó bajo el puñal de Bruto,
Ella despareció: que nunca mora
Entre hombres corrompidos, devorados
Por vicios torpes y por sed del oro.

Oh de insensata Galia dura suerte
No lo pregonas con terribles ecos?
Del humilde tugurio al alto alcazar
La segur se paseó con feral pompa
Sin cansarse jamas: ni edad, ni sexo,
Ni virtud, ni inocencia, desarmaron
La delirante furia demagójica,
Que igualdad! Libertad! gritando siempre
A los crudos verdugos aguijaba,
Hasta que sobre oscombros y cadáveres
Levantó despotismo la audaz frente,
Y el indignado y oprimido pueblo
Cual presente del cielo le aclamara

Y tú, Iberia infeliz, envuelta en duelos
Sin consuelo ni término; tú, albergue
Perenne de dolor y de impericia,
Que de la teocracia el yugo besas
Sin saber ni servir ni emanciparte, [4]
¿A los pueblos atónitos no clamas
Con voz desfalleciente, que se apartes
De ese horrible sendero que condujo
Perpetuamente a perdicion y ruina?

Oh tierra de Colon! oh Patria mia!
Si escarmiento fatal no te alecciona,
Si dañosas y pérfidas doctrinas
E hipócritas consejos no rechazas;
Antes que verte en la carrera odiosa
De disencion, de llanto y de licencia
Mis tristes ojos dura parca cierre!

Mas no: presajio mas risueño invoco.
Huesped del cielo, Libertad divina,
Tu hermoso rostro a este emisferio vuelves
Como Palas armada, y sostenida
Por tí, oh Prospero, su hijo predilecto.
Siento inflamarme de un furor fatídico.
Del porvenir entre la densa niebla
Veo tu fama brillar, sublime, inmensa;
El rio de olvido arrastra tus errores,
Mas tus grandes virtudes serán rocas
Al embate del tiempo incontrastables.
Piensa con noble orgullo que la América
Por tí se eleva a colosal grandeza.

Un dia vendrá que la vetusta Europa
Bajo el peso agoviada de sus crimenes

---

1 Los Romanos. Tal vez los jóvenes estudiosos de los bellos modelos de la antiguedad, tacharán de injustos mis juicios sobre aquellos tres pueblos famosos. Asi pensé yo tambien a los veinte años; pero a los cuarenta se ven los objetos bajo sus verdaderos colores, y se conflesa que el gobierno de Atenas era una ochlocracia monstruosa e inicua, el de Esparta el réjimen de un monasterio quo se compusiese de iroqueses; y el de Roma, la eterna fluctuacion entre dos elementos discordes, sobre la base de la ambicion mas frenética. (El A.)

2 Los estudiosos de la historia Romana saben que los *rostros* o proas de galeras cartajinesas adornaban la tribuna del Foro. (El A.

3 Tiberio y Cayo Graco perecieron a consecuencia de horribles sediciones escitadas por su proposicion de ley agraria, rechazada por los avaros *patricios*. (El A.)

4 *Neque totam libertatem neque totam servitutem pati possunt.* Tacito. (El A.)

or la servidumbre degradada,
:iba beneficios por injurias.
vez de destruccion y de cadenas
varán nuestros nietos fuego hermoso
libertad, para encender la antorcha
civilizacion que se estinguiera.
Oh! quién lucir os viera, dias gloriosos!
Anticiparos en la mente férvida
Hace feliz al vate, a quien devora
De humanidad el sacrosanto afecto.

—Lima, 1826.—

PARDO Y ALIAGA.

(FELIPE)

Don F. Pardo nació en Lima el año de 1806. Hizo sus primeros estudios en aquella capital; pero siendo su padre un majistrado español, creyó este de su deber el abandonar el Perú y trasladarse a la Península.

Con este motivo continuó el Sr. Pardo sus estúdios en Madrid bajo la direccion del Sr. D. Alberto Lista, «ilustre injenio... a quien mucha parte le cabe en la gloria de casi todos los jóvenes que con tan brillante éxito cultivan en España la bella literatura, y las matemáticas.» [1]

El Sr. Lista mostró a su discípulo la amistad y el recuerdo que le conserva, dirijiéndole en 1838, una composicion poética, a la cual pertenece la siguiente estrofa:

«Yo recuerdo ; ai de mi! los bellos dias
De tu primera juventud dichosa:
Cuando por mi adiestrado le pedias
A Horacio y Newton su laurel y rosa. ...»

Vuelto al Perú en 1828, concluyó su carrera de abogado, y se consagró a esta profesion, en cuanto se lo permitió el desempeño de varios destinos de importancia, hasta el año de 1835.

Desde esta época la vida del Sr. Pardo ha estado sujeta a vicisitudes de todo jénero.—Estuvo por entonces en la República de Chile, en clase de Ministro Plenipotenciario del Perú, y encargado cerca de S. M. C. de otra mision igual que no desempeñó.

Se hallaba en Chile, con el carácter indicado, cuando, el mal éxito de las armas del jeneral Salaverry y acontecimientos subsiguientes en el Perú le trajeron espatriaciones y trabajos, y con ellos, una penosa alteracion en su sistema nervioso de que se resiente todavia. A pesar de ella desempeñó el Ministerio de Relaciones Esteriores hasta la caida del jeneral Vivanco.

Actualmente se halla desempeñando el cargo de Ministro Plenipotenciario del Perú cerca del gobierno de Chile.

El Sr. Pardo profesa tan particular aficion a la poesía, que ha podido dar a ella algunos momentos, a pesar de sus ocupaciones, de sus viajes y de su delicada salud. Ha cultivado varios jéneros, en particular el festivo, al cual ha sabido dar cierta direccion social que es mui de agradecérsele.

Ha escrito tres comedias de costumbres de su pais, dos de las cuales se han representado en Lima. Algo se conoce de él en prosa que le coloca a la altura de los primeros escritores de costumbres en lengua española.

Las poesías que publicamos del Sr. Pardo, están tomadas de varios periódicos, en cuyas colecciones quedan todavia muchas que no hemos podido conseguir.

---

1 Ochoa.

AL SEÑOR DON J. J. DE OLMEDO.

Cortante espada que en feroz contienda
batió vencedora
abezas enemigas,
fué con sus reflejos tan tremenda
ual la lumbre del rayo destructora:
Yazga en quietud eterna sumerjida;
En negro orin el tiempo
Envolverá su brillo deslumbrante
Y su filo tajante;
Hasta que carcomida,
Al impulso mas leve
Veráse en sucio polvo convertida.

Al alazan brioso
Que no temió erizadas bayonetas
De fuertes batallones;
Que por entre los fuegos discurria,
Con vistosos arqueos
Las manos levantando
Cual pudiera en festines y torneos;
Que, ájil, veloz, impávido y fogoso,
Densas filas rompia,
Y hollaba con sus plantas
Mil cuerpos de guerreros espirando; —
Miralo en aquel prado,
Desgreñada la crin, caido el cuello,
Por su ingrato jinete ya olvidado.
Su casco ayer el encrespado risco
Y la áspera montaña heria fuerte,
Y hoi pisa trabajoso blanda tierra.
Flaco, débil, y mustio,
Próximo a ser despojo de la muerte,
Perdió su ardor natio
Para la cruda guerra,
Y en la carrera el arrogante brio.

Atleta corpulento
En medio el ancho circo
Sus colosales miembros ostentaba
Y su esbelta apostura;
Y no bien entregaba
Con soberbio ardimiento
Y arrogante y jentil desenvoltura
El brazo a la pelea;
Cuando miraba, al ímpetu violento,
A sus piés abatido
Al mas fiero contrario,
En polvo, en sangre, y en sudor teñido.
Pero ¡ah! ya el eco grato de la gloria
Su espíritu apocado no enardece,
No busca ya el laurel de la victoria,
El ceño de un contrario lo estremece,
A la sangrienta lid el cuerpo niega
Y al ocio muelle y femenil se entrega.
—Descuidado de tí, raudo caminas
A igual destino, Olmedo.
El fuego inspirador del sacro Apolo,
Que arrebata la mente a las divinas
Mansiones del Olimpo, arde en tu alma.
Tú conseguiste solo
Entre los vates del Perú la palma;
Ya la suerte llorando
De aquel precioso niño
Que abrió sus ojos a la luz del dia,
Aun atada la patria
Al yugo de la negra tirania;
Ya en cántico sonoro eternizando
El venturoso instante,
En que el peruano pabellon triunfante
Vió derrocarse el trono de Fernando.
Pero ¡ai! ya sumerjido
En ocio y en silencio,
No los lábios desplegas,
Ni de tu acorde lira
El eco resonante al aire entregas,
Indócil tu albedrío
Al elevado númen que te inspira.

Tiempo será, si su favor desdeñas,
Que irritado ese númen niegue frio
Su inspiracion al canto,
Y, en heladas cenizas convertida
El áscua enjendradora de esa llama
Que el corazon te inflama,

No elevarse atrevida
Tu voz sonora vuelva
En sublimes canciones;
Que verde muzgo envuelva
Las cuerdas de tu citarra, y no alcances
De tu inútil pulsar otra armonía
Que mal ligados sones.

Ya verás impacible que se acerca
Ese funesto dia,
—Asi a tus compatriotas doloroso
Como a tí vergonzoso,—
En que perdido el sacro privilejio,
Que a rejiones mas altas te sublima,
Entre el profano vulgo te confundas?
¿Tal vez, tu blando corazon herido
Por el punzante arpon de los pesares,
No puede complacido
Darse a dulces cantares?
Tal vez ausente de tu cara esposa
Y del único fruto,
Que el cielo a tus amores reservára,
Ligada noche y dia
A tan tiernos objetos,
Huye al poder del Dios tu fantasía?
¡Ah! no: bien sabes, inspirado vate,
Que cual suele apacible ventolina
Disipar tempestuosos nubarrones,
Tal la influencia divina
De las musas, al alma pesarosa
Consuela tierna amiga,
Con habla cariñosa,
Y la amargura del dolor mitiga.

¿Falta acaso a tu lira asunto digno?
¿No puedes dar lecciones
De paz y de grandeza
A este libre emisferio,
Elevados ejemplos presentando
De otras libres naciones?
¿No ves hondo venero de belleza
Entre los fastos del antiguo imperio?
¿Lamentar no te es dado los horrores
De la feroz conquista,
Cuando—por cimentar el poder rejio
De lejanos Señores
Acá en nuestras comarcas.—
Cometieron el torpe sacrilejio
Los ministros del fiero despotismo,
De hacer correr la sangre de los Incas
Mezclada con el agua del bautismo?

O bien; por qué las mieles destilando
De anjelical dulzura,
Que la amabilidad puso en tu pecho,
Por qué no ensalzas con acento blando
De nuestros ricos campos la hermosura,
Y en recompensa digna
Del afecto que de ellas merecieras,
Por qué el jentil donaire y la ternura
No celebras, cantor, de las hermosas
Que habitan estas playas,
Y de las que despliegan sus encantos
Allá en las deleitosas
Fructíferas praderas
Que fertiliza el abundante Guayas?
Tan culpable inaccion destierra, o vate:—
Al májico poder de tu armonía,
Has que mi pecho ufano se dilate.
Canta: y el padre del Perú, bondoso
Al canto sonoroso,
Desde su solio diamantino ria:
Canta; y mi númen inesperto guia.

A MI LEVITA.

LETRILLA

(IMITACION DE BERANGER.)

A nuestra amistad sé fiel,
Mi levita idolatrada.
En ambos deja estampada
Su huella el tiempo cruel.
Diez años yo con mis manos
Te he cepillado leal,
Sin dejar que otros profanos
Pongan el cepillo en tí.
¿Y Me pagarás tan mal
Que te separes de mí?

En mi santo te estrené.
Mis amigos te cantaron,
Y tu hechura celebraron
Y tu color de café.
En sus cartas con frecuencia
Te renuevan su memoria,
Que a pesar de su indijencia
No se olvidaron de tí.
¡Mi único amor y mi gloria!
¡No te separes de mí!

A un sastre frances le dí
Por tí dos onzas y media,
Producto de una comedia
Sentimental que escribí.
En las primeras posturas
Fuiste en estremo bonita:
Mas hoi ya de tus costuras
El pelo fugaz voló.
¿Y aunque estes calva, oh levita,
Podré abandonarte yo?

Un año tras otro año
Siempre conmigo te viera.
Si acaso la suerte fiera
Contra tu raido paño
Preparase su furor;
Opon la filosofía,
Cual la opone tu señor
A su ciego frenesí,
Y ¡dulce levita mia!
¡No te separes de mí!

¡Ese surcido!.... ¡O recuerdo!
Con Delia una vez jugaba:
Me seguia, la burlaba:
Me asió del faldon izquierdo
E incauta me lo rasgó.
Mas la pobre en todo un dia
Con la aguja, no quitó
Sus bellas manos de tí.
¡Levita del alma mia!
¡No te separes de mí!

¿Te bañé nunca en olores
Que un necio galan exhala?
¿Te espuse en una antesala
Al jesto de altos señores?
Otro cruces impaciente
Ansia o bustos de Simon;
Y yo flores solamente
En tus ojales prendí.
¡Joya de mi corazon!
¡No te separes de mí!

Verás, verás cuán lijeros
vuelan mezclados los dias
De llantos y de alegrías,
De soles y de aguaceros.
Yo voi de capa caida,
Y mui pronto moriré:
Entonces tu triste vida
Podrás tambien acabar.
Pero mientras vivo esté,
¿Quién nos podrá separar?

—1830.—

LISTA DE TOROS.

LETRILLA.

La mejor tarde de toros
El pueblo a gozar se apresta:
Que mas magnífica fiesta
No hubo en tiempo de los moros.
¿Quién hai que no se alborote,
Al ver que en mas bello dia
No pudo Doña María
Figurar, ni el monigote?
A tan grande diversion
No hai jente que se resista.
Vamos pronto a la funcion:
¡Muchachos, vendo la lista!

¡Cuánto rostro encantador
Llenará el circo anchuroso!
¡Cuánto grito aguardentoso
Resonará en derredor!
¡Cuánto necio mozalvete
Correrá las galerías,
Regando majaderias
Donde quiera que se mete!
Todo el mundo irá puntual,
Majistrado, oficinista,
Negociante y menestral.
¿Quién quiere comprar la lista?

La saya mas infeliz,
Símbolo de la escasez,
Y un manto que de vejez,
No es manto sino tamiz,
Presas del tiempo rapaz,
Sirven a Tecla de traje.
¿Si adoptará ese ropaje
Por recurso o por disfraz?
A todos sale al encuentro:
Todos le clavan la vista:
¡Si supieran lo que hai dentro!
¡Muchachos, vendo la lista!

Perfumado Don Silverio
La retaguardia le pica,
Hasta que al lado se aplica.
Ansia sondear el misterio;
Y por fruto de su afan
Sabe que es fea y que es vieja,
Mas sigue siempre a la oreja:
Que a buen hambre, no hai mal pan.
No será el solo cortejo,
De quien diga esto un cuentista
Antes que acabe el despejo.
¿Quién quiere comprar la lista?

Ya hai galeria tomada.
¡Qué broma! ¡qué concurrencia!
Lleva allí Doña Clemencia
De niñas una brigada.
Aquel gringo Don Daniel,
Rojo como un camaron,
Es quien paga la funcion.
Allá lo verán con él
Mui pronto. ¡Bueno es el tal
Para aguantar al corista
al sastre y al colejial!
¡Muchachos, vendo la lista!

Para ser fiesta cabal
Va tambien Doña Rosenda,
Que ya era mui reverenda
En los tiempos de Abascal.
Su cuerpo es como una lanza:
Mas, como hai madapolanes,
Un chasco a cuatro galanes
A dar por detras alcanza;
Y ¿quién sabe si hace alarde
De lograr una conquista?
Mucho hai que ver esta tarde.
¿Quién quiere comprar la lista?

Un espumoso alazan
Rijiendo el brazo siniestro,
Y recojida en el diestro
La capa en noble ademan,
Frente del toril al bruto,
Gallardo espera un jinete.
Veloz la fiera acomete:
Suelta él la capa, y astuto
La ondea y burla su saña:
Hace que otra vez embista,
Y otra y otra vez lo engaña.
¡Muchachos, vendo la lista!

Al mas intrépito arredra
El toro solo al mirar,
Capaz de despanzurrar
Al Convidado de piedra.
Mas un bravo de buen cuño
A pié aguarda cual atleta,
Y sin mas que una pirueta,
Le mete el hierro hasta el puño.
Pero ¡ai! un hombre y un potro
Han muerto:— ¿y quién se contrista?
Siga la danza y venga otro.
¿Quién quiere comprar la lista?

¡La lanzada!.... ¡Qué interes,
Qué vivo entusiasmo inspira!
¡Cómo de aquel cuarto estira
El pescuezo Don Jines!
Empiezan ya los clamores:
Llega el lozano campeon,
Tan indio, y tan retacon,
como sus antecesores.
Aunque alguno en este trance
Grite *¡la Virjen te asista!*
¿Quién pierde por nada el lance?
¡Muchachos, vendo la lista!

Bamboleándose se avanza
A su sitio el adalid,
Y va mas bravo que un Cid
Con todo Pisco en la panza. [1]
Se hace primero la cruz:
Con la lanza al toro espera:
Mas no sabe, al ver la fiera,
Si es toro, o si es avestruz.
Ya va ensartado en un cuerno,
Y ya dos pasos no dista
De la puerta del infierno.
¿Quién quiere comprar la lista?

Aquella con su abanico
Se cubre entrambas mejillas,
Y por entre las varillas
Vé al indio entregar el pico.
Esa beata se santigua;
Pero no aparta los ojos.
Ese hombre de los anteojos,
Que parece una estantigua
Le dice a Frai Pantaleon:
»¡Padre, por san Juan Bautista,
»Échele la absolucion!"
¡Muchachos, vendo la lista!

¡O de cultura portento
Y del injenio primores!
De estos lances, y aun mejores
Hemos de tener un ciento.
Ya desde ahora se avisa
Que habrá escenas mui chistosas,
Sangre, muertes, y otras cosas
Que harán perecer de risa.
No habrá nadie que denigre
Esta tarde al asentista,
Pues cada toro es un tigre.
? Quién quiere comprar la lista?

—1833—

1 En este puerto del Perú se fabrica el aguardiente llamado tambien *pisco*.

LOS PARAISOS DE SEMPRONIO.

LETRILLA.

«Si yo fuera Presidente,
¡Bello el pais estaria!
¡Ah! ¡cómo se elevaría
Prontamente,
Hasta un grado incomprensible
De prosperidad y gloria!
No afearan nuestra história
De la horrible
Anarquia los pendones,
Que trastorna las naciones,
Y desgarra.»
Otra cosa es con guitarra.

«Cuanto en los libros se ensarta
Sobre romanas escenas,
Cuanto se admira de Atenas
Y de Esparta,
Cuanto hablan autores ciento
De públicas libertades,
No fuera en estas edades
Puro cuento,
Si los Destinos quisieran
Que los peruanos cayeran
En mi garra.»
Otra cosa es con guitarra.

«Dicta el congreso una lei:
En cumplirla seré activo;
Pues yo soi Ejecutivo,
No soi Rei.
Arruina al pais quien la invoque:
No importa: tieso que tieso,
Hasta que en otro congreso
Se revoque.
Huirá el desorden maldito
Como se borra lo escrito
En pizarra.»
Otra cosa es con guitarra.

«Se encerrarán los poderes
Dentro de un límite eterno;
Y no hablarán de gobierno
Las mujeres:
Con mi política unidos
Todos al bien marcharán,
Y ya no se ajitarán
Los partidos.
¿Quién, mandando yo, alborota?
¿Quién no es sincero patriota?
¿Quién desbarra?»
Otra cosa es con guitarra.

«¿Qué obstáculo habrá que impida
Hacer mejoras a miles;
Formar códigos civiles;
Dar la vida
A la agonizante hacienda,
Honra a la literatura;
Y lograr que la cultura
Tal se estienda,
(No son estas paradojas)
Cual suelen las verdes hojas
De la parra?
Otra cosa es con guitarra.

«Irán siempre en su trabajo
Las oficinas corrientes,
Aunque lluevan espedientes
A destajo.
Haré salir de sus ócios
A la turba de empleados,
Que a jefes poco versados
En negocios,
Confunde, ahoga, impacienta,
Sofoca, aburre, atormenta,
Y achicharra.»
Otra cosa es con guitarra.

«Quien de su deber se aparta,
Quien la opinion atropella,
Quien con pie atrevido huella
Nuestra carta,

Creará mil Marcos Brutos.
Los periódicos, las leyes,
El pueblo, serán mis reyes,
Absolutos.
Y con tan sanos intentos,
¿Quién me hace pronunciamientos?
¿Quién me amarra?
Otra cosa es con guitarra.

«Si de esta administracion
Cuatro años el Perú alcanza,
Será de la bienandanza
La mansion.
Y cuando haya terminado
De mi gobierno el período,
En regla dejaré todo:
Al Estado
Sin disensiones crüentas:
A las cámaras contentas
Y a la barra.»
Otra cosa es con guitarra.

Sempronio, tus intenciones
Son patrióticas, honrosas;
Pero na pasan de hermosas
Ilusiones:
Manda, y lucha con la inópia:
De intrigantes ambiciosos,
Egoistas, perezosos
Con la copia;
Y dirás (hago una apuesta),
«Otra vez para esta fiesta,
¿Quien me agarra?»
«*¡Vaya al diablo la guitarra!*»

—1833—

¡QUÈ GUAPO CHICO!

LETRILLA.

¡Dios me bendijo!
No hai duda en ello,
Dándome un hijo,
Mozo tan bello.
¡Cuánta esperanza
Dá su crianza!
Aunque mi caja
Con él camina
A su ruina,
Con tal alhaja
Me juzgo rico.
¡Qué guapo chico!

El asombro era
De su colejio
Con su mollera
De privilejio.
Ya que ha salido
De él y adquirido
Hartas nociones,
Solo pasea
Y sanganea,
Por mas sermones
Que le predico.
¡Qué guapo chico!

Disputa, chilla,
Nos hace bulla,
Su tarabilla
Nos aturrulla.
Si con cariño
Le digo—«niño,
Por Dios, no grites,»
Echa dilemas,
Y echa entimemas,
Y echa sorites,
Por ese pico.
¡Qué guapo chico!

A mí me asombra
La algarabía
De lo que él nombra
Filosofía.
Pido razones
Y esplicaciones
Claras y sérias;

Y en sus respuestas
Me dice, que estas
No son materias
Para un borrico.
¡ Qué guapo chico!

Siguió de historia,
Para ejercicio
De la memoria
Con que propicio
Le dotó el cielo,
Con gran desvelo
Curso completo.
Justo es le alabe:
Lo mismo sabe
De Hugo Capeto
Que de Alarico.
¡ Qué guapo chico!

Mas, dados, banca
Y gallos juega;
Con mano franca;
Y mas despliega
En estas cosas,
sus portentosas
Disposiciones,
Que en las lijeras
Y pasajeras
Ocupaciones
A que lo aplico.
¡ Qué guapo chico!

Si le amonesto,
Se enciende en furia,
Porque mas que esto
Nada le injuria.
Tales enojos
Brotan sus ojos,
Que me acobarda.
Yo cayo al punto
Como un difunto.....
¡Buena me aguarda
Si le replico!
¡ Qué guapo chico!

—1831—

LA HAMBRE.

LETRILLA.

Congreso, ataques
De imprenta libre,
Y otros achaques
De este calibre,
Con sus ribetes
De gabinetes,
Soberanías
Y garantías,
A Don Canuto
Tienen—no es cuento
Cada momento
Mas cari-enjuto.
Ya, ¡si alborota
Si escribe y chilla,
Si nunca agota
Su taravilla!
¡Si vierte insano
contra el tirano
Atroz veneno
de que está lleno!...
Mas ¿qué le impele
A dar los diarios
Estrafalarios,
Con que nos muele?
¿Tantos dislates,
De disparates
Tal embolismo,
Tan vasto enjambre,
Es patriotismo?
—No señor: hambre.

Pintiparado
Don Amadeo,
Acartonado
Pálido y feo,
Seco el gaznate

Con el debate
Que en la tribuna,
Con importuna
Vocinglería,
Sostuvo terco,
Y roto, y puerco,
Y hecho una arpia;
Hace mui poco
Se presentaba.
Mas no está loco
Ya como estaba:
Ya en el congreso
No pierde el seso:
Al alboroto
Puso ya coto;
Viste con gusto
Y con aseo.
Hasta le veo
Gordo y robusto,
Que no se sabe
Ya como cabe
Tan bella alhaja
En su corambre...
—Ya sacó raja.
Ya mato el hambre.

Mas Don Mauricio,
Grave y sesudo,
No abraza oficio
Tan peliagudo.
Deja a censores
Y gritadores,
Que otro camino
Sigan con tino.
Orondo y sério
Va por albricias
De mil noticias
Al ministerio.
Lleva rejistro
De espionaje:
Sirve al ministro
Mejor que un paje.
Hasta le saca
De la casaca,
Las pelusillas.
¡Qué maravillas
Hace! A montones,
A manos llenas,
A su Mecenas
Adulaciones
Sagaces obla.
Ante el se dobla,
Dócil, flexible,
Como un alambre.
¡O irresistible
Poder del hambre!

Mas nunca el ojo
Ni un dedo dista
De un buen anteojo
De larga vista.
¡Qué vijilancia!
Ver a distancia
Con eso puede
Al que sucede.
¿Su personaje
Cayó de bruces?
Le hace tres cruces,
Y feliz viaje:
Nuevo astro raya:
Vuelve a él los ojos:
Es atalaya
De sus antojos:
Los examina:
Los adivina:
Los mide atento,
Y—este portento
Fuerza es que asombre—
Ni dos cabellos
Discrepa de ellos.
¡Qué tino de hombre
Tan soberano!
Ni el meridiano
Con mas certeza
Midió Delambre.
¡Tal agudeza
Le ha dado el hambre!

Deja que clame:
¡O atróz vestiglo

Del vicio infame?
¡O mundo! ¡O siglo?
Escuchando esto
Dijo Modesto
¿Son las edades
De iniquidades
Que Oracio llama
«Fecunda culpa»
¿Hai quién disculpe
Tanta vil trama,
Tanta impostura,
Tanta bajeza?
¡Qué! ¿no hai fé pura
Ya, ni nobleza
Entre los hombres?
¿Hasta sus nombres
Se han sumerjido
En negro olvido?
¿No hai pudor santo,
Que antes que abrigo
Dé el pecho amigo
A crimen tanto,
Sin induljencia
De la existencia,
Con fuerte acero
Rompa el estambre?
—Si, hai pudor; pero
Mas es el hambre.

¡Ah! sé en prolijas
Censuras parco,
Y no te erijas
En Aristarco.
Deja que aduleo
Y que acumulen
Torpes bajezas.
Sobre vilezas.
Deja que griten,
—Tienen derecho—
Y en su provecho
Se desgañiten.
Modesto, ceja
De esos impulsos:
Que escriban deja
Poemas insulsos,
Tristes cuartetas,
Tantos poétas
Adocenados
Y desalmados:
Y, en Franco y Galo,
A los histriones,
De traducciones
Hagan regalo;
Aunque con tales
Dramas bestiales
Terciana cobres,
Y hasta calambre.
¿Qué harán los pobres
Si tienen hambre?

—1834.—

EL MINISTRO Y EL ASPIRANTE.

LETRILLA.

«No es posible estar mejor:
El amor al órden cunde,
La Hacienda va de primor,
Y la instruccion se difunde.
Gobierno tan bienhechor
Forzoso será que funde
La gloria de este hemisferio.»
Este ocupa un ministerio.

«Esto se lo lleva el diablo:
El desórden que se nota
No lo ataja ni San Pablo:
La hacienda está en bancarrota,
Y, o no sé yo lo que hablo,
O hace este gobierno idiota
Del pais un cementerio.»
Este quiere un ministerio.

«¡Cuánto complace el que sean
Premiadas hoi las virtudes!
¡Cuánto ver que solo emplean
A hombres de honor y aptitudes!
¡Cuánto que su fin ya vean
Nuestras largas inquietudes
De la lei bajo el imperio!»
Este ocupa un ministerio.

«¡Da horror ver en su apojeo
A viciosos disolutos
Y que no se dá un empleo
Sino a pícaros y a brutos!
La nacion es el recreo
De estos dueños absolutos.
¿Quién sufre tal cautiverio»?
Este quiere un ministerio.

«El mandarin mas adusto
Ve en el pueblo a sus iguales,
Y gobierna franco y justo
Con afectos paternales.
¿Y habrá censor tan injusto
Que pueda manejos tales
Juzgar dignos de improperio?»
Este ocupa un ministerio.

«Vilmente hollando la lei
¿A quien dejarán de herir?
Peor que en tiempo del Rei
Va el Estado, en mi sentir:
Cada Prefecto es un Dei,
Cada ministro un Visir:
Todo es tapujo y misterio.»
Este quiere un ministerio.

Si del poder se ensancháran
los límites, ¡ai! entonces
Mucho se facilitáran
De esta máquina los gonces:
Proyectos se ejecutáran
Dignos de grabarse en bronces,
Y algo se hiciera mas sério.»
Este ocupa un ministerio.

«Se anhela por una inmensa
Libertad en los negocios,
Y a este fin jime la prensa
Bajo el ministro y sus socios.
¿Quiérenla aun mas estensa
Para entretener sus ócios?
¡O verguenza! ¡o vituperio!»
Este quiere un ministerio.

«Mas bienandanza cabal
No tendrá la patria mia
Mientras la imprenta fatal
No vea su último dia,
Y se agote el manantial
De calumnia, de osadia
De impudencia y de dicterio.»
Este ocupa un ministerio.

«No hai libertad de opinion:
Por la imprenta no hai ataques.
Que esperen la Estrema-Uncion
Los que se metan a jaques
Contra cualquiera mandon.
¿Piensan estos badulaques
Que es la nacion monasterio?»
Este quiere un ministerio.

Sin oir este charlar
Eterno, aunque no administro
Ni ambiciono administrar,
Puedo, si el alma rejistro
De cada hombre, penetrar
Que el que quiere ser ministro
No usa del mismo criterio
Que el que ocupa un ministerio

—1834.—

EL DIA DE LOS ELOJIOS.

LETRILLA.

Don Canuto es presa
Ya de muerte cruda,
Y deja a su viuda,
(¿Hai dicha como esa?)
Catorce muchachos
Entre hembras y machos,
Amen de infinitos
Que tuvo fortuitos.
Sin embargo, el hombre
Hoi goza del nombre
Menos disoluto
Que se halla en la historia.
¡Pobre D. Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

De viuda y pimpollos
Ha sido la herencia
Fatal indijencia,
Discordias, y embrollos,
Insolutos cargos,
Procesos, embargos.
Menores y viejas
Por trampas añejas
Saltaron al quinto.
Con todo, el difunto
Merece el tributo
De honrada memoria.
¡Pobre D. Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

Metódico, activo,
Dicen que fué el hombre:
No hai quien no se asombre
Mirando su archivo:
Entre la basura
Se halló una escritura.
Pareció otra rota
Dentro de una bota;
Y eran sus gabetas,
Armarios, secretas,
Cáos absoluto,
Zarzal, pepitoria.
¡Pobre D. Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

«¡Pobre! ¡y buena estampa!»
Esclama la jente.
«¡Figura escelente!»
¿Figura? ¡ya escampa!
Y el tal fué bisojo,
Y a mas de esto, cojo;
Y a mas su joroba
Pesaba una arroba,
Y a mas por narices
(Hai hombres felices)
Cupo al rostro enjuto
Atroz zanahoria.
¡Pobre D. Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

«¡Qué pasta! ¡qué porte!
»¡Qué jenio tan mole!
»¡Qué amor mereciôle
»Su tierna consorte!»
Si, mereceria;
Que dél recibia
Por requiebros tiernos
Pelucas y ternos,
Lapos por abrazos,
Por mimos trancazos.
¡Qué ropa de luto
Tan consolatoria!
¡Pobre D. Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

«¡Y qué grande suma
»De conocimientos!
»Brillantes talentos!
»¡Magnífica pluma,
»Clara, vigorosa.

»En verso y en prosa
»En todo era esperto.»
¡Lo que es haber muerto!
Jamas en la vasta
Cuadrúpeda casta,
Se vió mayor bruto
Dar vuelta a una noria.
¡Pobre D. Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

—1834 —

EL MINISTRO.

LETRILLA.

Señor Ministro,
Sabe vuesencia
Cómo administro
Con qué vehemencia,
Con qué desvelo
Defiendo y celo,—
Con qué servicios
Libro de engaños
Y desperdicios,
Hace doce años
Y cuatro meses—
Los intereses
Que a mis cuidados
Encomendados
El fisco tiene.
—*¿Y eso a qué viene?*

Escelentísimo
Señor, a pelo:
Que es ya grandísimo
Mi desconsuelo.
Yo por mi parte
Conozco el arte
De hacer con sana
Filosofía
Menos tirana
La suerte mia.
Mas ¿mi familia
Quién me la auxilia?
De diez mesadas
Que hai atrasadas
Ni una he cobrado.
—*Quedo enterado.*

Bien: mas espero
Que, ya que he escrito
Este lijero
Memorialito,
Quiera vuesencia,
Con induljencia
Pasar la vista
Por sus renglones,
Y ver la lista
De las razones
Que pongo en claro.
Yo aguardo amparo
Del hombre recto,
A cuyo aspecto
Mi frente agacho.
—*Hoi no hai despacho.*

Pues de agonia
Me hallo hoi mas harto.
La esposa mia
Con sobreparto
Queda y con tisis:
Mi hija en la crisis
De un mal que aumenta
Mis infortunios,
Y la atormenta
Los novilunios:
Otro chiquillo
Con tabardillo.
¿Qué he de llevarles?
No hai como darles
Ni una tisana.
—*Vuelva mañana.*

Mire vuesencia
Que no da esperas
Ya mi indijencia.
Las lastimeras
Esposiciones
Con que distraigo
Sus atenciones,
Muerto me caigo
Si son finjidas.
Bien atendidas
Sean suplico,
Y un corto pico
Se satisfaga.
—*Hoi no se paga.*

De añadidura,
Temo un embargo:
Esto ya apura.
De penas largo
Es el resumen,
Señor: consumen
Mis sinsabores
El diccionario,
Mis acreedores
El calendario.

Lea el escrito
¡Por San Benito!
Que espongo todo
En él de un modo
Breve y exacto.
—*Veré el estracto.*

¡Si el espediente
Ya está completo!
¡Si no hai pendiente
Mas que un decreto!
¡Tenga vuesencia
De mí clemencia.
Tal vez le aburro
Con mi desgracia:
Mas ¿donde ocurro
Sino a su gracia?
¡Ah! ¡ya una vida
Tan aflijida
Me causa tedio!
¿No habrá remedio
Para mi mal?
—*Vista al fiscal.*

—1834.—

QUÉ LASTIMA DE MUCHACHOS

LETRILLA.

Sus padres a Juan, pimpollo,
Buscan mujer entre mil,
Huyendo de plebe vil
Y de pobreza el escollo.
Eleonora,
Que aun ignora
Que atractivos
Atesora
En sus vivos
Ojos negros
Hace a los celosos suegros,
Con cuna y oro cautivos.
Pronto boda: el tiempo vuela.
Ya van los dos vivarachos
Al tálamo de la escuela.
¡Qué fortuna de muchachos!

Juan todo su pensamiento
Pone en la mujer que adora,
Y la sensible Eleonora
Da por un halago ciento.
Mas ya empieza
La tibieza
Del marido.
¡Buena pieza!
Que aburrido
Del casorio
Busca otro laboratorio
De placer a su sentido.
Aunque al principio algo finje,
Hasta la lei, sin empacho,
Del pudor despues infrinje.
¡Qué lástima de muchacho!

Eleonora sufre y calla:
Pero al cabo abre los ojos.
Y remedio a sus enojos,
En su mismo poder halla.
Y si esquiva,
Fiera, altiva,
Al amante
Que fé viva
Y constante
Le jurara,
Con la indignacion mas rara
Le despachaba al instante,
Hoi ya mas tratable mira
Sin encono, y facha a facha,
Al que por ella suspira.
¡Qué lástima de muchacha!

Juan, al descubrir su mengua,
Es natural que la riña.
¡Mas jueguese con la niña
Que no se muerde la lengua!
Arman fiera
Pelotera,
¡Qué insensatos!
Y se altera
Ciertos ratos
Tal la bilis
De Juan y su hermosa Filis,
Que se tiran con los platos.
La injuria sigue a la injuria,
Y hasta en torpe dicharacho
Juan llega a espresar su furia.
¡Qué lástima de muchacho!

Ella ya ama una divisa
Militar, ya engancha un gringo:
Muda jueves y domingo
Amantes como camisa.
Y es tan sabia,
Y su labia
Tal apresta,
Que no agravia
Cuando asesta
A un varon
Prosélito de Cenon
Su envenenada ballesta.
Por esto y mas que yo sé,
Ya algun maligno le tacha
Bien se presume de qué.
¡Qué lástima de muchacha!

Por saciar sus apetitos
Juan de holganza y de placeres,
Establece sus quehaceres
En burdeles y garitos.
Vicios tales
Capitales
Ya deshacen
Sus candales.
De ellos nacen
Otros mil.
¡Cuál descuella el zascandil
Entre cuantos se complacen
En crápula audaz y franca!
Ha dado hasta en ser borracho
Desde que se halla sin blanca.
¡Qué lástima de muchacho!

El barrio está inaguantable,
La mordacidad se inflama
Contra Eleonora, y madama
De su descoco en palpable
Testimonio,
Dá al demonio
Miramientos,
Matrimonio,
Chismes, cuentos,
Pataratas
Que asustan solo a beatas,
Y adquiere nuevos alientos.
El pueblo levanta el grito,
¿Ella la cabeza agacha?
¡Qué agachar! se le da un pito.
¡Qué lástima de muchacha!

Persuadirlos con razones
A enderezar el entuerto,
Es predicar en desierto.
Los lleva de las pasiones
El torrente
Velozmente,
Y del juicio
Totalmente
Roto el quicio,
Uno y otro

Como desbocado potro
Corren la senda del vicio.
¿Y cuál fué el fin del consorcio
Del par de mozos ricachos?
¿Cuál? indijencia y divorcio.
¡*Qué lástima de muchachos*!

—IBI.—

MI VECINITA.

LETRILLA.

¡Ai! el que vea
A mi vecina,
Vé la preséa
Mas peregrina.
Toda esperanza
De bienandanza
La tiene fija
En una hija,
Que es la muchacha,
Mas vivaracha,
Mas decidora
Y encantadora
Que se conoce.
Raya en las doce.
Nunca se cura
De la costura
(¡Y qué bien hace!);
Pues no le place,
Porque la aguja,
Cuando la empuja,
La mano hermosa
No le taladre.
¡*Qué niña tan graciosa*!
¡*Retrato de su madre*!

Dale paseos.
Dale jarana,
Dale bureos;
Y en su lozana
Fresca mejilla
Verás cuadrilla
De cupidillos
Jugnetoncillos,
Que travesean
Y se recrean:
Verás que hermosa
Risa graciosa
Baña sus labios.
Empero agravios
Recibe eternos,
Y hasta hecha ternos
(Tal por la injuria
Se enciende en furia)
Cuando se intenta
Que haga contenta
Alguna cosa
Que no le cuadre.
¡*Qué niña tan graciosa*!
¡*Retrato de su madre*!

Un mozalvete
Almibarado
Allí se mete.
Tan grande agrado
Se le acredita,
Que su visita
Nunca fenece.
¡Qué! si parece
Que se entornilla
Sobre la silla.
Con él retoza
Y se alboroza
La damisela
Que se las pela,
Y hasta hai de quiños
Y de cariños
Canje secreto.
Al tal sujeto,
Segun es fama,
Siempre le llama
La candorosa
Mamá, — «compadre»
¡*Qué niña tan graciosa*!
¡*Retrato de su madre*!

Saber le gusta
Quién entra en casa,
(Cosa mui justa)
Y hasta quién pasa.
Por eso tiene
Cuida y mantiene
La señorita,
Una perrita
Que es un armiño,
De su cariño
Felice dueño.
Todo su empeño
Es que si alguno
Llega importuno
Cuando se aplica
La bella chica
A sus constantes
E interesantes
Distribuciones
Y devociones,
La maliciosa
Perrita ladre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

A su hábil lengua
Mil señoritas
Deben su mengua.
¡Qué! ni amiguitas
Fácil perdona
La picarona.
Mas a los hombres
¡Qué dulces nombres
Que les prodiga
Cual tierna amiga!
Del petimetre
Mas sin caletre
Y mas erguido,
Del presumido
De literato
Mas mentecato,
Hace una alhaja:
Quiere, agasaja
Con suaves modos,
Afable, a todos,
Y cariñosa,
Menos al padre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

—1835.—

LA LETRILLA Y LA NOTA.

LETRILLA.

El infrascrito... Ni al diablo
Se le ocurre mas maldito
Proyecto.... ¿Yo el infrascrito?
Por Dios que no sé lo que hablo.
Esta charla me acribilla
Y la paciencia me agota.
Mas, fuerza es poner la nota
Y abandonar la letrilla.

La letrilla, en jugueton
Ademan, a otra tarea
Mas dulce me aguijonea.
Fácil la imajinacion
Al mirarte se alborota,
Y la voluntad se humilla....
¡Yo abandonar la letrilla!
No; abandonemos la nota.

¿Cómo la nota?... El rejistro
De la letrilla cerremos,
Y de una vez empecemos.
El infrascrito ministro....
La materia es mui sencilla:
Mas mi caletre se embota
Y es fuerza poner la nota
Y abandonar la letrilla.

Todo ha de tener su turno:
¿Para qué tanta eficacia?
Hora de la diplomacia
Cálzome el grave coturno,
Y mi nota sigo.... ¡Idiota!
¡Y en donde vas a seguilla,
Si has escrito una letrilla
En el papel de la nota?

—1836.—

¡BUENAS NOCHES!

LETRILLA.

Por hoi, amigo, es bastante:
Ya marea y acribilla
Escuchar tan incesante
Taravilla.
¡Vamos! ya me rinde el sueño;
Y temo que aquí trasnoches
Sino interrumpo tu empeño.
¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! pero advierte
Que aun hai que hablar infinito,
Y vuelvo mañana a verte
Tempranito.
—Está corriente: haz mañana,
Como hoi ya no me agarroches,
Lo que mas te dé la gana.
¡Buenas noches!

Te hablaré de mi querella
Con la inconstante Marica,
De mi amor con una bella
Viuda y rica,
De sus prendas estimables
De su hacienda y de sus coches.
—Me hablarás, pero no me hables.
¡Buenas noches!

—Agur.... Cuando estoi contigo,
Me embeleso, me deleito...
¡Ah! y no te olvides, amigo,
De mi pleito.
Temprano ves a los jueces:
No en la cama te abizcoches.—
—Ya me lo has dicho diez veces.
¡Buenas noches!

—Ese usurero maldito
Que tenazmente me enjuicia
Pretende un auto inaudito
De injusticia:
¡Somos cuerdos cuando viejos....
¡Hijo mio! no derroches,
Porque....—¿A estas horas consejos?
¡Buenas noches!

—Me faltaba lo mejor.
Te traigo aquí mis poemas.
Has de ser tú mi censor;
Y no temas
Me irrite que al criticarme
Severo te desabroches.
—¿Si acabarás de dejarme?
¡Buenas noches!

No aguardo fallos adversos:
Hai imájenes, poesia:
Verás fluidez en los versos
Y armonía,
Aunque de algunos vocablos
La antigüedad me reproches.
—¡Pelmazo! ¡con dos mil diablos!
¡Buenas noches!

—No temo serte importuno...
—¿No lo temes? ¿qué tal digas?
Me importunas cual ninguno,
Me atosigas;
Y no calmará mi enojo
Mientras tus labios no abroches.
O te vas, o me recojo.
¡Buenas noches!

—1835.—

PESADO.

(JOSÈ JOAQUIN)

En las «Obras sueltas» de D. José Luis de Mora, citadas ya en alguna otra parte de esta coleccion, hallamos i siguiente noticia, relativa al poeta mejicano cuyo nombre se lee arriba.—«D. José Joaquin Pesado es nativo de rizaba e hijo de una familia rica de aquella villa: sus disposiciones naturales por las ciencias morales y políticas, o mismo que por la literatura, son verdaderamente portentosas: su familia no lo dedicó a la carrera literaria, peo él se formó por sí mismo y por sus solos esfuerzos debidos a su estudio privado, hasta llegar a ser, como lo es, mo de los primeros literatos del pais. Pesado escribe en prosa con exactitud, con facilidad y correccion: sus producciones poéticas son acaso las mas perfectas que han salido hasta ahora de la pluma de un mejicano. Los principios políticos de este ciudadano son los de progreso rápido y radical, que jamas ha abandonado, pero suave y dulce por carácter, nunca ha pensado insinuarlos ni sostenerlos por castigos u otros medios que tengan el carácter de apremio o violencia. El Sr. Pesado fué diputado al Congreso de Veracruz, bajo la administracion Farias: fué tambien electo para el gobierno del Estado, que no aceptó, y hoi vive en Méjico para honor de la república, que a mayor edad debia elevarlo a la primera majistratura, para cuyo desempeño tiene fuerzas y capacidad sobradas. Ciudadanos de esta clase son raros, y la nacion que llega a tenerlos debe colocarlos en posicion proporcionada a sus talentos y virtudes.»

Las poesías del Sr. Pesado aparecieron primero en los periódicos mejicanos, y asi corrian con aceptacion hasta que las reunió su autor, bajo el título de «Poesías orijinales y traducidas,» en un volúmen impreso en Méjico en 1839. Estas poesías están divididas en amorosas, morales y sagradas; comprenden la traduccion de muchos salmos y odas de Horacio, y una notable version del Cantar de los cantares: de aquel volúmen tomamos las poesías siguientes, a esepcion de los sonetos últimos, escritos despues de 1839.

MI AMADA EN LA MISA DE ALBA.

I.

Puras estrellas del cielo;
Que en la noche tenebrosa
Vais derramando en el suelo,
Con vuestra luz misteriosa,
La claridad y el consuelo:

¡Qué de veces habeis dado
Motivos al pecho mio,
Para revelar osado
El objeto de un cuidado,
Que al mudo silencio fio!

Sublime objeto de amor,
Que la borrasca en bonanza
Convierte con su esplendor,
Y levanta mi esperanza
A otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
El fuego con que me inflama,
Y en mis entrañas mantiene
Con su vivífica llama
El culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
Toque con débil barquilla
El mar de la eternidad,
Yo saludaré en la orilla
El rayo de su beldad.

Tras una nube lijera
Muestra la noche sus galas:
¡Ai cielos, y quien me diera
Ceñir de fuego unas alas
Para volar a esa esfera!

Yo sé que sobre esa altura
Es el amor mas perfecto,
Es sin ficcion la ternura,
Mas inocente el afecto,
Y eterna la paz y holgura.

Unido a la amada mia
Visitara esas rejiones
Donde siempre mora el dia,
Bañados los corazones
De purisima alegría.

¡O estrellas! si acaso es cierto
Que la mano que os produjo
En el espacio desierto,
Os dió soberano influjo
Sobre este planeta yerto:

Haced que el benigno sino,
Que me tocó en nacimiento,
Me una a este objeto divino,
Y tenga en mí cumplimiento
El decreto del destino.

II.

¡O tú! que de los cielos producida
Destierras de mi seno la amargura,
Y el desabrido cáliz de mi vida
Conviertes en dulzura:

Astro glorioso, que a mi mente envia
La inspiracion de un puro sentimiento,
Imájen cara a la memoria mia,
Alma del pensamiento:

Modesta virjen, cuyas formas bellas
El cielo admira, el universo adora,
En cuyos ojos brillan las estrellas,
Y en tu frente la aurora:

Bajo el abrigo de la noche umbria
Presente estoi (disculpa mis arrojos)
Para gozar del alba antes del dia,
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,
Grato en la noche el soplo de la brisa,
Pero mas tus dulcísimas miradas,
Y tu hechicera risa.

No dejes a tu amante que suspire
Separado del bien que solo quiere,
Permite, ídolo mio, que te mire,
Y humilde te venere.

Del lecho donde duermes te levanta,
Y a tu ventana sal, linda doncella:
A darte la alborada se adelanta
Mi timida querella.

III.

El lucero matutino
Coronaba el horizonte,
Y de la aurora vecina
Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas
En las elevadas torres,
Anuncian que viene el dia
Gon repetidos clamores.

A misa salió mi amada
De sus umbrales entonces,
Como la mañana bella,
Y fresca como las flores.

El recato y la modestia
La van siguiendo conformes:
Dos iris lleva en sus cejas,
Y en sus mejillas dos soles.

Do quier que vuelve la vista
Hace que encendidos broten
De sus miradas, deseos,
Y de sus labios, olores.

Un vientecillo lijero
Atrevido descompone
De sus profusos cabellos
Los rizos puestos en orden.

Con la mano los sujeta,
Dando a sus miradas nobles
Tal espresion de dulzura,
Que conmoviera los bronces.

Toma el camino del templo,
Diversas calles traspone,
Pisa las gradas lijera,
Y bajo el pórtico entróse.

Como exalacion ardiente,
Que las densas nieblas rompe.
Y alumbra por un momento
El aire, el mar y los montes:

Así se mostró en su curso
Esta aparicion veloce:
A sus luces repentinas
Desapareció la noche.

Tras sus pisadas camino
Y llego a la iglesia, donde
Arrodillada la miro
En el pavimento, inmóvil.

Los ojos levanta al cielo,
Luego en el suelo los pone
Y en su semblante reflejan
Las llamas de los blandones.

IV.

Cuando en el templo postrada
Estás ante el Ser inmenso,
Entre una nube de incienso
Símbolo de la oracion:
Me parece que eres ánjel
Que al trono de Dios asiste,
Y que por el hombre triste
Intercedes con fervor.

La cándida vestidura
Ciñes tú de la inocencia,
Y brilla la intelijencia
En tu frente virjinal.
En tu corazon se ocultan
De amor los puros afectos,
Y en tu mente los conceptos
De la ciencia celestial.

¡Oh cuanto respeto imprimes:
Eres bella, injenua, pura,
Y reinas en una altura
Harto superior a mí!
Moradora del empireo,
(No sé yo cómo te nombre)
¿Quién es el hijo del hombre
Digno de llegar a tí?

Con esas formas divinas,
Que acá en la tierra demuestras,
Das al que te mira muestras
De la hermosura eternal:
Ya sé lo que vale el alma
Que mis sentidos anima,
Pues que conoce y estima
El precio de tu beldad.

Si jentil hubiera sido,
Altares te levantara,
La rodilla te doblara,
Y fueras mi diosa tú:
Incienso y flores rendido
Tributara a tu belleza,
Emblemas de tu pureza,
Y tú fragante virtud.

Hoi eres a estos mis ojos
Imájen por escelencia
De la suma intelijencia,
Pues que cristiano nací:
Espíritu que me guia
En los caminos del mundo,
Y en el piélago profundo
Norte fijo para mí.

¿Qué fuera del globo triste,
De espanto y de sombras lleno,

Si no brillara en su seno
Tu rayo consolador?
Tú disipas los temores,
Todo el universo alegras,
Y haces sus moradas negras
Pensil donde reina amor.

V.

¡Cuándo verán mis ojos aquel dia
En que dueño feliz de tu hermosura,
Ni el rigor tema de la suerte impía,
Ni que vuele cual sombra mi ventura!

De inmarcesibles rosas coronado,
Bajo las alas del amor propicio,
Disfrutaré en tu seno reclinado
De todos los tesoros que codicio.

LA SALIDA AL CAMPO.

¿Cómo ocultarte pudieras
De mi vista enamorada,
Si lo que encubren tus ropas
Tu belleza lo declara?

¿Pudiera no conocerte?
¿Cuándo un amante se engaña?
En mí con rasgos de fuego
Vives, Elisa, grabada.

Dejaste el traje de seda
Ornado de punto y gasas,
Y tomaste otro vestido
Sin la pompa cortesana.

Sabe que en oficios rudos
Tambien el Amor se agrada,
Y bajo paños humildes
Sus tiernas formas disfraza.

¡Qué gallarda te presentas
Hermosísima aldeana!
¡Qué bien cojido el cabello
Trenzado en torno y con gracia!

Las florecillas silvestres,
Que en él entretejes y atas,
Se muestran envanecidas
De verse allí colocadas.

Y ese chal que en tus hombros
Luce con labores varias,
Contrasta con el vestido
Simple y desnudo de galas.

Vencen en estima y brillo
A las margaritas raras,
Los abalorios que llevas
A la candida garganta.

Y la cadena que el pecho
Con dobles vueltas te enlaza,
Es muestra de la que liga
A tu voluntad las almas.

Nunca en sus amenas sombras
Miraron las selvas altas,
Prodijio, que así pudiese
Ser de adoraciones causa.

Ni aun al paganismo ciego,
La cazadora Diana,
Se representó tan bella
Por los bosques y montañas.

La pobre choza que habitas
Es ya gloriosa morada,
Donde la hermosura reina
Con nuevos triunfos y palmas.

Mudos y en silencio miran
Tu belleza soberana,
Los labradores con gozo,
Con turbacion las serranas.

Tú de la ciudad trajiste
El Amor a las cabañas:
¡Cuántos afectos se ocultan
Bajo sus techos de paja!

Cuántos tímidos suspiros!
¡Cuantas amorosas ansias
Perturban en estos sitios
La antigua paz que gozaban!

Las quejas de los amores,
Y la voz de la alabanza,
Entre los bosques resuenan,
Y en las cimas escarpadas.

Vamos a la fuente, Elisa,
Oye en las floridas ramas
Las aves que en sus gorjeos
Deidad del campo te llaman.

Oye como tierna arrulla
La tórtola solitaria,
Que del ausente consorte
Lamenta ya la tardanza.

Aman las frondosas vides
Y a los árboles se abrazan,
Aman las parleras fuentes,
Y hasta los peñascos aman.

¡Qué mucho si cuanto miras
En vivas llamas abrasas!
¡Hechizo de estas riberas!
¡Incendio de estas comarcas!

Disfruta de los placeres
Con que brinda la campaña,
Y mientras dure la siesta
Goza las templadas auras.

El césped te ofrece asiento,
Sombra la verde enramada,
Fragante aroma las flores,
Y su frescura las aguas.

LA NIÑA MAL CASADA.

No así recien casada el rostro esquivo
Presentes desdeñosa:
No así marchita la color de rosa,
Turbado el fuego de tus ojos vivo,
Muestres aniquilados en un dia
Tres lustros de esperanzas y alegría.

La deidad voluptuosa de Citeres
Desciñó tu cintura;
Al tálamo te guió, y a tu hermosura
Cubierta de rubor brindó placeres:
Con risa vió tu frajil resistencia,
Y el velo descorrió de la inocencia.

En estas horas que el esposo amado
Al mirarte se ajita,
Tus caricias sediento solicita,
Sin separarse sino de tu lado.
¿Olvidando sus nuevos alborozos,
Respondes con lamentos y sollozos?—

«¡Ai, desgraciada! escucho que me dices,
No fueron los amores
Los que echaron violentos y traidores,
A mi cuello cadenas infelices:
Fué la codicia que con nuevo empleo
La hacha encendió del lúgubre Himeneo.

«Bañando con mis lágrimas mi lecho
Me encontrará la aurora;
Y cuando el sol el Occidente dora,
Herido de dolor verá mi pecho:
Veráme llena de dolor profundo,
La negra noche cuando cubra el mundo.

«En dulce juventud me veo perdida,
Mi desamor llorando:
Nunca a mi pecho estrecharé, gozando,
La imájen de mi ser reproducida;
Pues mi dolor y muertas alegrías
Abrieron el sepulcro de mis dias.»—

¡Perezca, entonces dije, el que atrevido
A la ambicion del oro
Sacrificó insensible y sin decoro
El pudor y el recato desvalido!
¡Ofrezca en él un mísero escarmiento
El crudo y vengador remordimiento!

A SILVIA.

¡Qué cantaré de tí, jentil doncella,
De moreno color, serena frente,
Candorosa, inocente
Y humilde a par de bella?

No a tí te concedió naturaleza
El color de la rosa y la azucena,
Ni de soberbia llena
Desdenes y esquiveza.

Mas dióte gallardísima apostura,
Y negros ojos y mullido seno
Y un mirar tan sereno
Que escita la ternura.

Semejante en el prado a la violeta,
Que agrada mas con pálidos colores,
Que entre vistosas flores
La rosa y la mosqueta:

Así me places tú, Silvia querida,
A quien mi triste corazon adora,
Mas que otra engañadora
Belleza fementida.

¿Sientes allá a tus solas, por ventura,
Ese deseo de amar sin resolverse?
¿Querer, y no atreverse,
A mostrar mas dulzura?

Pues sabe que yo soi el que ha inspirado
A tu pecho ese noble sentimiento,
Ese dulce tormento,
Ese feliz cuidado.

Y yo lo sé mui bien, porque te miro,
Y me miras, y vuelves recelosa,
Y luego ruborosa
Lanzas ¡ai! un suspiro.

Ven ¡adorada! arrójate a mis brazos,
Estrecha al mio el corazon amante,
Y cíñeme constante
Entre tus dulces lazos.

Debajo de este plátano que mece
Sus hojas en el aire blandamente:
Orillas de esa fuente
Que vaga se adormece:

A la luz de la luna, que menguada
Con turbia claridad nos ilumina,
Junto a mí te reclina,
¡O Silvia enamorada!

Y unidos siempre en lazo delicioso,
Volar dejemos la fugace vida:
Tú por siempre querida,
Yo por tí venturoso.

LA POSESION TRANQUILA.

Hora que vuelve la primavera
Y el campo todo florece y vive,
Al campo vamos y selva umbrosa.
Por tí, mi Elisa, sus verdes pámpanos
La tierna yedra lozana estiende,
Y el cedro erguido con pompa ofrece
Sombra apacible, donde descanses.
Por tí la fuente templada y limpida
Desciende al sesgo del verde monte,
Y reflejando del sol las luces,
Por entre guijas y cesped, diáfana,
Une sus ondas al sacro rio,
Que coronado de hojosos álamos,
Movibles plátanos y esbeltas palmas,
Cubierto en torno de espuma cándida
Su curso rápido tuerce sonando.
En la espesura, dulces flauteos
Las tiernas aves esparcen, tímidas,
A entre las ramas tálamo forman.
¡Felices sitios do el alma goza
Soledad grata, quietud, contento!
Aquí, do quiera, memorias viven
De amores férvidos y blandas quejas:
Aquí delicias, nueva esperanza,
Paz y cariños fieles renacen.
Ah! pues la suerte me da propicia
Gozar tus brazos y amarte siempre,
Jamas, Elisa, de ellos me apartes.

Los años vuelen y yo a tu lado
Premio merezca, que no concede
Benigno el cielo, si no es felice,
Al tierno amante, que cual yo, amare.

EL SEPULCRO DE MI MADRE.

Bajo esta losa fria
¡Idolatrada Madre!
Descansan para siempre
Tus restos venerables:

Descansan, y mis ojos,
Que no te ven cual antes,
Cercados de tinieblas
En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas
Se pierden en el aire,
Que nada los lamentos
Contra la muerte valen:

Ni logra el blando ruego,
Que exhala el pecho amante,
El que su presa vuelva
La tumba inexorable:

Ni menos a su impulso,
Que dóciles se ablanden,
Del lúgubre destino
Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente,
Rendida orabas antes,
En este mismo templo
Donde hora inmóvil yaces:

Pidiendo al Ser Supremo
Con ruegos incesantes,
Que en mí sus claras luces
Benigno derramase.

¡Cuántas veces la aurora
Te vió en estos umbrales,
Impetrando del cielo
Favores y piedades!

Jamas a lo alto fueron
Tus súplicas en valde,
Que era para el Eterno
Tu valimiento grande.

¡Cuántas miró la noche
Tus lloros abundantes,
Como tu amor ardientes,
Y a tu cariño iguales!

Tus flébiles suspiros
Herian estas naves,
Que hora sordas repiten
Mis dolosos ayes.

Sobre las breves huellas
Que en pos de tí dejaste,
En escuadron vinieron
Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles,
Con fuerza incontrastable
Lanzáronme a un abismo,
Sobre barquilla frájil.

Así, Madre querida,
Desde que tú faltaste,
Cual náufrago navego
En borrascosos mares.

Encréspanse las olas,
Silban los huracanes,
Y entre agrupadas nubes
Rujen las tempestades.

Perezco sin remedio,
Pues que llegó a apagarse
La luz que era mi guia,
En las olas instables.

¡Oh si pluguiera al cielo,
Que en tan horrible trance
Asilo bonancible
En tu sepulcro hallase.

En él nacen contino
Provechosas verdades,
Alivios duraderos,
Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta,
Que en tus cenizas arde,
Al corazon envia
Centellas eficaces.

No rico Mausoleo
De mármoles y jaspes,
Oprime tus despojos
Bajo su mole grave:

Sino sepulcro humilde
Al pié de los altares;
Lugar que tantas veces
En vida frecuentaste.

En torno las virtudes
Con cándido ropaje,
Te cercan, encubriendo
Llorosas el semblante.

Ellas en vela siempre,
Hacen que se te guarde
Respeto merecido,
Libre de todo ultraje.

Permite que me acerque,
Que con lágrimas bañe
Tus restos, y en mi auxilio
Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo
Tu espíritu brillante,
Sobre el empireo goza
Delicias inmortales.

Espléndida diadema
Te ciñe radiante,
Y en trono de zafiros
Triunfas de las edades:

Contemplando segura,
Con ojos penetrantes,
La injénita belleza,
Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides:
Ah! mi dolor te apiade:
No porque el cielo habitas
Dejas ya de ser madre.

JERUSALEN.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.
SALMO LXXXVI.—3.

I.

Morada del poder y los honores
Corte de Dios un dia,
Objeto de consuelos y terrores,
Prestijio de mi humilde fantasía:

¡Qué de veces, Salen, tus sumas glorias
A mi mente se ofrecen,
Y mezcladas con lúgubres memorias
Entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padron, que levantado
Puso el dedo divino,
Para marcar al hombre esclavizado
La libertad que el cielo le previno.

Eres tú, monumento sempiterno,
Eres viva enseñanza
Del amor y bondades del Eterno,
Y tambien de su enojo y su venganza

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo
En tus altas señales,
Las pisadas del tiempo fujitivo,
Y de Dios los designios eternales!

¡Oh! si los sacros muros visitara,
Cual pobre peregrino,
En donde tú, Señor, la lumbre clara
Mostrate ya de tu poder divino.

Donde vaticinaron tus profetas
De tu Hijo la venida,
Y verdades sublimes y secretas
Mostraron a la tierra oscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,
Humilde y oprimido,
De los sabios y grandes despreciado,
Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato
Las luces y el consuelo,
Abriendo con su sangre al hombre ingrato
Los supremos alcázares del cielo.

II.

Pues que una suerte contraria
En esta tierra me liga,
Encadenando enemiga
Los impulsos de mi amor:
Hágate el afecto acaso
Tocar lo que yo no veo,
Y en las alas del deseo
Alza el vuelo, corazon.

Junto a la rota muralla,
Que a Jerusalen circunda,
En la soledad profunda
El Eterno te hablará:
Allí escuchará benigno
Tus oraciones sencillas;
Prodijios y maravillas
A tus ojos mostrará.

No hai para el amor distancia,
Ni tampoco inconveniente:
Lo pasado y lo presente
Sabe en un punto juntar.
Paréceme que salvando
Selvas y montañas densas,
Las soledades estensas,
Y la inmensidad del mar:

Se presentan a mis ojos
El monte de las Olivas,
Los estanques de aguas vivas,
El torrente de Cedron;
Los sepulcros de los reyes,
El santo monte Calvario,
Los escombros del santuario
Y la Colina de Sion.

¡Salve! suelo sacrosanto,
Del hombre infeliz abrigo,
De su redencion testigo,
Sagrario de santidad;
Asilo del inocente,
Del desgraciado patrono,
De revelaciones trono,
Y templo de la verdad.

¡Qué hermosas son en tus montes
Las plantas del que bendice
A los pueblos, y predice
Al cautivo libertad!
¡Del que anuncia a las naciones,
Que ningun opreso jima,
Porque el Señor se aproxima
Y en el mundo reinará!

III.

Felices los que oyeron
¡Oh Señor! de tu boca santa y pura
Las palabras, y vieron
Tu modesta hermosura,
Gozando tu piedad y tu ternura.

Aquí les enseñabas:
Allí de tu poder muestras hacias:
Los enfermos sanabas:
La muerte destruias;
En todo, como Dios, resplandecias.

Brindabas a los niños
Tu amor: al infelice tus desvelos:
Al pobre tus cariños:
Al triste tus consuelos:
A todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste
Del hombre las tinieblas y ceguera,
Y benigno curaste
De su culpa primera
La horrible llaga, inveterada y fiera:

Yaces ¡ai! enclavado
A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:
Del pecho lastimado
Lanzando tristemente
Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio
Que sufre del Agosto los rigores,
Yaces con el martirio:
Cargaste mis errores,
Y eres varon de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa
El dolor, y de tu alma se apodera:
Ardiente sed te abrasa:
Tu aliento se acelera:
Tu corazon se funde como cera.

¡O pueblo descreido,
Sordo a las voces, y al ejemplo ciego!
La sangre que has vertido
Vendrá sobre tí luego:
Tu crímen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina
Su rayo vengador, airado el cielo.
La composicion divina,
Al predecir tu duelo,
Lágrimas derramó sobre tu suelo:

IV.

Cuando aquesta ciudad delincuente
Se manchó con la sangre del justo,
Un acento incesante, robusto,
Fatigaba los ecos do quier.
Con proféticas voces revela
Los arcanos del tiempo futuro:
«Ai del pueblo, del templo, del muro!
»¡Ai de ti, desdichada Salen!»

En el aire de sangre teñido
Escuadrones de ardientes guerreros
Con clarines, banderas, aceros,
Discurrir combatiendo se ven.
Despeñados despues los recibe
En sus senos el báratro oscuro:
«¡Ai del pueblo, del templo, del muro!
»¡Ai de tí, desdichada Salen!»

Los Levitas oyeron de noche
Dentro el SANCTA SANCTORUM augusto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel:
Y una voz que pronuncia: *Salgamos*
Presto, presto del sitio inseguro:
«¡Ai del pueblo, del templo, del muro!
»¡Ai de tí, desdichada Salen!»

El concento del harpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron:
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos jimieron tambien:
Vanos son de la virjen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro:
«¡Ai del pueblo, del templo, del muro!
»¡Ai de tí, desdichada Salen!»

De furor el romano ceñido
A tí viene frenético y ciego:
Le precede la muerte y el fuego,
El espanto le sigue despues:
Y te cerca, y te estrecha, y te intima
Su decreto terrífico y duro:
«¡Ai del pueblo, del templo, del muro!
»¡Ai de tí, desdichada Salen!»

Fuertes lazos te cercan de muerte,
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez:
Estallando tus puertas, dan paso
Al jentil, al profano, al impuro:
«¡Ai del pueblo, del templo, del muro!
»¡Ai de tí, desdichada Salen!

Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita llama,
El incendio voraz se derrama,
Y consume tu vana altivez:
Toda envuelta en torrentes de fuego,
Ya no ofreces un punto seguro:
«¡Ai del pueblo, del templo, del muro!
»¡Ai de tí, desdichada Salen!»

Con el tiro postrero que lanza
Sobre ti la fatal catapulta,
Al profeta infelice sepulta,
Que el estrago annunciábate fiel.

al morir, este acento repite,
ue en el eter divágase puro:
¡Ai del pueblo, del templo, del muro!
¡Ai de tí, desdichada Salen!»

V.

Dónde están de la flébil elejia
.os tristes ecos, el amargo llanto?
Dó están, que no acompañan la voz mia
En tan duro quebranto?

Cayó Sion de su elevado asiento,
El Señor la apartó de su memoria,
Trocó en pena y suspiros su contento,
En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,
Negra mancha su cándido decoro,
Perdió su estima, cual con liga impura
Pierde su precio el oro.

¡Cómo yace desierta y desolada
La que un tiempo humilló pueblos enteros!
¡La señora del mundo esclavizada
Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,
Sus calles enlutadas y desiertas,
Sus torres y murallas derruidas,
Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos
Sobre ceniza vil, jimen dolientes;
Sus virjenes tambien con lloros vanos
Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece,
Al contemplar escenas tan estrañas,
Mi voz entre sollozos enmudece,
Se rompen mis entrañas

VI.

¡Cómo yace entregada
Hoi a letal olvido
La ciudad, a quien antes
Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,
Tu popular bullicio,
Y tristeza afrentosa
Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche
Su manto denegrido,
Se cruzan por tus plazas
Tristísimos suspiros.

Cayó Salen, prorrumpen
Los ecos adormidos,
Cayó, tambien responden
Los montes convecinos.

No de Gion la fuente
Vierte raudales limpios,
Para regar los huertos
De higueras y de olivos:

Ora sus aguas turbias,
Con lánguido ruido,
Se arrastran torpemente
Entre zarzas y espinos.

En vano con su acero
Quiso el cruzado altivo
Reconquistar tu gloria,
Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron,
Cual pasa el torbellino,
Que en pos tinieblas deja,
Y truenos y granizos.

Y vino el Agareno
Cual tigre enfurecido,
Y te cerró en sus garras
Con hórridos rujidos.

Tambien el Idumeo
Bajando de sus riscos,
Dividió por despojos
A tus inermes hijos.

Llevándose delante,
Cual mudos corderillos,
Con despiadada vara,
Tus vírjenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,
Templo, ni sacrificio,

Eres de tus contrarios
La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos
Las voces de cariño,
Ya no en tu triste espacio
Halagan los oidos.

Todo es pavor y llanto,
Todo es dolor esquivo,
¡Cuán largo es tu tormento!
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,
Hundida en un abismo,
Jamas te mira el cielo
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! ajitada
De un mar embravecido,
No hai quien de tí se duela,
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo
El pobre peregrino,
Ultrajes y rigores
Participa contigo,

El tirano que ostenta
En tí su cetro indigno,
La piedad que te muestran,
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso
Darte yo algun alivio!
¡Mas ai! que nada puede
Mi canto dolorido!

VII.

Con lágrimas amargas contemplaba
Aquel funesto estrago, y el suspiro
Mi lastimado pecho trabajaba.

Cuando vuelto de un estasis me miro,
Al resplandor de un fósforo distante,
Colocado en un árido retiro.

El espíritu Eterno en un instante
Allí me trasladó, su diestra fuerte
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
En polvo la creacion, y se dilata
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata
De una parte sus lindes, el Mar Muerto
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al estender la vista en el desierto,
De secos esqueletos descarnados
El infecundo suelo vi cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
De sus primeros troncos divididos,
En confuso desorden hacinados.

Nunca esperimentaron mis sentidos
Sensacion mas interna de amargura,
Ni a compasion mayor fueron movidos.

Entonces se apagò la llama pura,
Que brillaba serena y esplendente,
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseido de horror bajé la frente,
Y al suelo la incliné con triste lloro:
Despues volviendo el rostro ácia el oriente,

Mientras a Dios en mi afliccion imploro,
Miro escrito entre luces en el cielo,
El nombre de JEHOVAH con letras de oro.

«¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!
Dije, con voz rendida y fervorosa,
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante a compasion las penas duras
A que nacen tus hijos condenados:
No les niegues del todo tu dulzura.»

En esto se agolparon mil nublados,
Y cercaron mis ojos de repente,
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbacion cayó mi mente,
Y en hondos pensamientos sumerjida,
Vagaba en lo pasado y lo presente.

mbre de lo alto procedida
. tercera vez brilló a mis ojos,
seña de paz esclarecida

ó de mi pecho los enojos:
rcánjel en medio despedia
landores clarísimos y rojos.

rmamento eterno comprimia
sentar sus plantas, y eclipsaba
su luz la diadema que ceñia.

paso varonil se adelantaba,
l profundo cristal del mar undoso
s luces y sus fuegos reflejaba.

. viejo venerable y respetoso,
stido de una túnica de lino,
en la mano un baston de oro precioso,

everente a encontrar al Ánjel vino,
arrodillado en tierra alzó el semblante,
odo arrobado en estasis divino.

ludo permanecia en tal instante:
a barba sobre el pecho le bajaba,
ruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posicion inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Ánjel descendiendo de la altura
Con una ascua vivísima de fuego
A sus labios tocó con mano pura:

El semblante inclinó radioso luego,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido,
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto en pié gravemente, revestido
De escelsa majestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirijido;

Del poder recibido firme usando:
«Volved de nuevo ¡oh muertos! a la vida
«En nombre del Eterno yo lo mando.»

Dijo, y al punto, una aura, que impelida
Bajaba de los montes al desierto,
Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,
De florecillas frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas
Las reliquias humanas reunirse,
Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,
De carnes, miembros y vigor llenarse,
De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,
Y entre cantos de Hosanna, con presteza
En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta a su cabeza,
Con poderoso esfuerzo lo rejia:
Lleno de majestad y de grandeza.

El Ánjel desde lo alto dirijia
Su marcha, y le indicaba su destino,
La tierra se aplanaba y abatia:

Los montes no estorbaban el camino:
Saltaban de contento los collados:
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,
Verjeles, huertos, frescas alamedas
Hallaba a su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:
La mano del Eterno le cubria,
Dando sombra a sus sendas y veredas.

Jerusalen, Jerusalen, decia
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda celeste repetia.

Entonces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
A que unieron alegres sus concentos
Los espíritus puros de la gloria.

VIII.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó,
Y conforme a su santa promesa,
Al sepulcro su presa arrancó.

CORO SEGUNDO.

Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra
Los Jigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el dia
En que el Señor demuestra
La fuerza de su diestra,
Su gloria y su poder:
Aqueste dia anunciaron
Visiones y profetas;
Sus palabras, completas
Hoi se llegan a ver.

UN JOVEN.

Hoi del sepulcro helado
Libertarnos le plugo,
Y el poderoso yugo
De la muerte quebró:
Este es el dia anunciado
Con palabras espresas;
Sus eternas promesas
Hoi el Señor cumplió.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó,
Y conforme a su santa promesa,
Al sepulcro su presa arrancó.

EL PROFETA.

Regocijaos ¡oh cielos!
Salta de gozo ¡oh tierra!
Que la muerte, la guerra
Y la opresion ceso.
Resuenen en los montes
Los himnos de alabanza:
¡Qué cierta es mi esperanza!
¡Qué fiel es el Señor!

UNA DONCELLA.

La hija de Sion querida,
Que en prision sepultada
Lloraba desolada,
Sin consuelo y sin luz:
Hoi recobra gozosa
Su espléndida belleza,
Su candida pureza,
Su primera virtud.

TODO EL PUEBLO.

Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra
Los Jigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

IX.

¡Jerusalen ilustre! este es el dia
En que los ojos mios van a verte
Coronada de paz y de alegría,
Sin temor y sin riesgo de perderte.
JEHOVAH su salvacion al suelo envia,
Destrozado el imperio de la muerte;
Y trocando en placer tu llanto y penas,
De tu cuello desata las cadenas.

Levántate del polvo, Sion querida,
Do fuiste como esclava maltratada,
En mortales angustias sumerjida,
Del cáliz soporífero embriagada.
Grande ha sido tu culpa y sin medida,
Y grande tu castigo, desdichada:
Mas apiadado ya tu antiguo esposo,
Hoi te abraza y te estrecha cariñoso.

e lo que te dice el Ser Eterno
n acento dulcísimo, inefable.—
i no olvida la madre al niño tierno,
ıe en su seno llevó por tiempo estable,
ómo te olvidaria mi amor paterno,
mi afecto de esposo, inestimable?
endido, calmaste mis enojos
n el llanto perenne de tus ojos.

abe tú, que en mi mano dibujados
ıs muros y baluartes siempre tengo;
los serán al punto reparados,
ıe yo al Señor Eterno lo prevengo:
ı que vivo en los cielos estrellados;
ı que formé la tierra, y que contengo
ı el espacio breve de mi mano
tempestoso y férvido oceano.

¡Se ha encojido mi brazo por ventura
ıra que yo no pueda libertarte?...
.evántate, Salem! y tu amargura
lvida, pues que vengo a visitarte.
istete tu preciosa vestidura:
en a tu antiguo trono a colocarte:
a no la esclavitud te deshonora,
ino que eres feliz, libre y señora.

Estiende para tí tus pabellones,
oma un sitio mas ancho y dilatado,
ue ya vienen de todas las rejiones
os hijos infinitos que te he dado:
as remotas y bárbaras naciones
tí se postrarán, yo lo he mandado:
.eyes serán los criados que tú elijas,
reinas las nodrizas de tus hijas.»—

Los cielos y los astros de repente
En pavesas y en humo se deshacen,
Y otro cielo, otro sol mas refuljente,
Y estrellas mas espléndidas renacen.
El alto empíreo muéstrase patente,
Y entre luces sin fin, que de allí nacen,
Al suelo baja una ciudad divina,
Como esposa que al tálamo camina.

Y llega, y se establece en el cimiento
Do la antigua Solima fué labrada;
Tiene de oro macizo el fundamento;
Mas pura es que el cristal, mas acendrada:
Tres puertas manifiesta a cada viento,
Cada una por un Ánjel custodiada:
Sus muros son crisólitos brillantes,
Zafiros, amatistas y diamantes.

Allí se allega el pueblo presuroso
Entre cantos de gozo y alegria,
Y al escuadron anjélico dichoso
Unido en la ciudad desde aquel dia,
Disfruta de la paz y del reposo
Que a los suyos Jehovah benigno envia.
Allí jamas hai noche ni tristura;
Todo es delicia y paz, placer y holgura.

En medio se halla el trono del Cordero
De do mana una fuente de agua viva,
Y un árbol prodijioso y duradero,
Que cada mes da fruto con medida.
No entra allí el orgulloso, el altanero,
El rapaz, el violento, el homicida:
El vicio corrompido y la torpeza
Nunca empañan su brillo y su pureza.

MEMORIAS FUNEBRES.

EL BIEN PERDIDO.

Lágrimas que abrasais de mis mejillas
El marchito verdor con curso ardiente:
Desde hoi se perderá vuestra corriente
De la ancha eternidad en las orillas.
En vano elevaré preces sencillas
Para volver a ver el bien ausente:
¡Podrá dar vida mi jemir doliente
Del sepulcro a las sombras amarillas?
Pasaste ya las aguas del olvido;
Y yo en la tierra permanezco, donde
A llorarte quedé, dueño querido.
El sitio toco que tu cuerpo esconde,
Clamo al mármol con grito dolorido,
Y a mi ronco clamor nadie responde!

LOS RECUERDOS.

Prendas en otro tiempo recibidas
De mí, con dulces lágrimas regadas,
Con ósculos ardientes regaladas,
Y con tristes presajios recojidas:
Hoi en mi duelo recordais unidas
De un afecto infeliz glorias pasadas.
¿Dónde quedais memorias desdichadas?
¡Caricias de mi bien! Dónde sois idas?
Prendas que recordais bienes y males,
Vuestra vista en tormento se convierte,
Con afectos del todo desiguales:
Valor tomais de la mudable suerte;
Fuisteis antes de amor fieles señales,
Ora solo despojos de la muerte.

EL RUEGO.

De mí con duro golpe dividida,
Al sepulcro bajaste sola, yerta;
Tu bella forma inanimada y muerta
Yace en polvo y ceniza convertida.
Tu alma de los sentidos desprendida,
Entre los brazos del creador despierta:
Ora brillas allá con luz mas cierta
En las nuevas rejiones de la vida.
Mírame convertido en largo llanto,
Ciegos mis ojos sin tu lumbre pura,
Despedazado el pecho de quebranto;
Y merezca contigo mi ternura
Un mismo asilo sobre el cielo santo,
Y en la tierra una misma sepultura.

NUEVA ESPERANZA.

Por la mano de Dios me fuiste dada
Como rico tesoro en feliz dia;
Mi juventud llenaste de alegría,
Dulce prenda de amor, nunca olvidada.
Hoi que gozas, al cielo trasladada,
Del premio que tu vida merecia,
¿Te esquivarás acaso, esposa mia,
De quien fuiste en la tierra tan amada?
No, que tu escelso espíritu desciende
Del alto Empíreo con callado vuelo,
Y piadoso me asiste y me defiende.
Siente mi corazon blando consuelo,
Cuando, pensando en tí, fácil entiende
Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

PRIETO.

(GUILLERMO)

El Sr. Prieto es mejicano. Hallamos su nombre en la lista de Redactores del «Museo Mejicano» en la seccion de literatura. De esta publicacion y del «Recreo de las Familias» (mencionado ya en esta coleccion) hemos tomado las siguientes poesías.

LA SONRISA DEL PUDOR.

A R. G.

Es hermosa mi querida
Cuando en sus ojos de fuego
Se pinta el desasosiego
Que nos inspira el amor;
Pero se torna mas bella,
Aspecto anjélico toma,
Cuando a sus lábios asoma
La sonrisa del pudor.

Emblema de la esperanza,
Arco-iris de consuelo,
Símbolo de paz del cielo
Entre el hombre y el amor,
Señal de gratitud pura
En la beldad apacible,
Es divina, indefinible,
La sonrisa del pudor.

Pura cual la voz del niño
Que entre incienso al cielo sube,
Cual sobre la blanca nube
Nítido rayo del sol,
Como el tinte de la aurora
Que refleja el mar en calma....
Enajena, arroba mi alma
La sonrisa del pudor.

Dije a mi amada: «yo te amo.»
Me miraba, se encendia,
Su cuerpo se estremecia,
Moria al salir su voz:
Tiene humillados los ojos,
Tiene el semblante agraciado,
Tiene en su lábio encarnado
La sonrisa del pudor.

Prodigo tiernos elojios
A su encanto soberano,
Imprimo en su blanca mano
Un beso lleno de ardor.
Teme.... duda.... huir pretende....
Tiembla.... se acerca.... se allega,
Y en su labio se despliega
La sonrisa del pudor.

Es la reprension modesta
De una ciega confianza,
Es un rayo de esperanza
Entre sombras de temor,
Es una arma poderosa
En labios de la hermosura,
Es de anjélica dulzura
La sonrisa del pudor.

No es la espresion fastidiosa
De la insensata alegria,
No es maliciosa ironía
A la inocente pasion,
No es del rencor o el desprecio
La máscara engañadora;
Es sublime, seductora,
La sonrisa del pudor.

Mi amada compadecida
De mi pasion ardorosa,
Tiende una mano piadosa
Y me mira con amor,
Una lágrima derrama,
Vergonzosa retrocede,
Y tímida me concede
La sonrisa del pudor.

Es dulce lazo que liga
Al amor con la inocencia,
Una tierna complacencia,
Es el velo del candor:
Es en tus labios ¡amada!
La gracia mas seductiva;
Me embelesa, me cautiva
La sonrisa del pudor.

Adorada, esa sonrisa
Me entusiasma, me embelece;
Que interpreta me parece
El mismo agrado de Dios.
Es tu escudo la modestia,
Es el honor tu divisa,
Y tu encanto esa sonrisa,
La sonrisa del pudor.

— Octubre 2 de 1837. —

LA MUJER PERDIDA.

¡Ven, adorada, ven! tu eres la gloria:
Deja que estalle del dolor el trueno;
Ven; un mar de placer bebe en mi seno,
Y el infierno despues.... palpita el pecho,
Como contra sus diques el torrente.
Dulce es mirar tu desmayada frente,
Si la cubre en desórden tu cabello,
Como es entre los árboles la luna.
Arcánjel de mi amor, encanto mio;
Tú que perfumas con tu aliento mi alma,
Airosa como el tallo del almendro
Que se retrata en el sereno rio.
Ven! participa del intenso fuego
Que mis entrañas devorando quema;
Soñé una dicha espléndida y suprema,
Y fué su aurora tu primer sonrisa.
¡Oh, cómo la aplaudí! Cuánto te adoro,
Cuando al traves del velo de mi lloro
Contemplo tus encantos seductores,
Cual se vé entre las gotas del rocío
El cáliz virjen de las tiernas flores.
Me estremecí de amor; tomé tu mano
Y la estreché a mis lábios, y sentia
El pétalo de seda de una rosa
Donde pasion y frenesí bebia.
Tú me mirabas, y a mi soplo ardiente
Inclinaste la faz, vertiste llanto,
Como la flor que al rebramar el viento
Arroja de su cáliz inocente
La lluvia que guardó. ¡Pobre doncella!
Como pretende huir la mariposa
Que en su mano sagaz apresó el niño,
Temblabas en mis brazos ruborosa
Tu pudor encendiendo mi cariño.
Tronaba el porvenir allá lejano,
Y yo en tu seno plácido dormia,
Cual barca que en el puerto desafia
Las hervidoras ondas del Oceano.

II.

¿Dónde están, hermosa jóven,
Esos sueños de amor ciego?
¿Ese torrente de fuego,
Niña, por qué se agotó?
Mírate sola, perdida,
Sin tu gala y sin tus glorias,
Aislada con las memorias
De tu eterna execracion.

La engañó el falso murmullo
De las aguas del torrente:
Creyéndolo mansa fuente
Quiso la sed apagar.
Despues.... pugnó por librarse:
¡Ai! del que a beber se atreve,
Que es forzoso que lo lleve
La corriente hasta la mar.

Rompió tu velo de virjen
Del amor el beso impuro,
Y en su lugar el perjuro,
Huella de afrenta dejó.
Flor que se agostó temprana
Bajo del ala del hielo,
Mofa del florido suelo,
Triste, indiferente al sol:

Ave huérfana y errante,
¿Dónde vas con tu tormento?
Ave, juguete del viento,
¡Mas te valiera morir!
Congoja me dá tu llanto:
Tu padecer me atormenta:
Sirve de escarnio tu afrente
Y de leccioin tu jemir.

Del infiel que tanto amabas
Vibra en tu oido el acento,
Dejó esparcido en el viento
El perfume de su fé.
Y está tibia tu mejilla
Del beso de su ternura....
¡Triste es hallar amargura
Al despertar del placer!

Miras pasar mil amantes
Circundados de delicias,
Agotando en sus caricias
La dicha del corazon.
Y dicen si les sorprende
Tu plegaria dolorida:
Quede a la mujer perdida
La mofa y la execracion.

El llanto de tu deshonra
Gota a gota ha calcinado
Tu corazon, fatigado
De desengaño y pesar.
Compasion, clamas al mundo,
Piedad de mi desventura:
Para la mujer impura
No tiene el alma piedad.

De vejez la mano helada
Sus atractivos destierra,
Y solo pisó en la tierra
Espinas su incierto pié.
En la juventud un sueño,
Sueño de pérfido encanto;
Y solo enjugó su llanto
Del sepulcro en el dintel.

Duerme en paz: tan solo miro
Sobre de tu losa yerta,
De un arbusto la hoja muerta
Que allí el acaso arrojó.
No tiene inscripcion tu tumba,
Que tu nombre en ella escrito,
Recordara tu delito,
Y viviera tu baldon.

—Febrero de 1844.—

UNA NUBE.

I.

En la mitad del cielo sus ráfagas derrama
Reverberando ardiente desde su trono el sol,
Y el lago reproduce la abrasadora llama,
Y lánguidos doblega sus pétalos la flor.

El aura replegando sus alas bienhechoras,
Entre las hojas secas parece sollozar.
Ni un eco, ni un celaje, ni de aves voladoras
Bandadas en los aires contémplanse cruzar.

Con tardo movimiento, muriendo de fatiga,
Divísanse rebaños y al perezoso buei,
Y las aves le siguen porque es su sombra amiga,
Mientras lame la yerba para apagar la sed.

Cual guardias apostados se miran los palmeros
Sobre la loma agreste tranquilos descollar,
Cual símbolos cristianos sombríos y severos
Que marcan espresivos la tumba del mortal.

Los brazos descarnados del indolente espino
Rastreros sobre el suelo se miran estender,
Parecen desafiando la furia del destino,
Durmiendo entre las rocas el sueño del no ser.

Un leve polvo de oro poblando está el vacío
Que sube de los valles hasta el sereno azul,
Y ven los ojos llamas en medio a un campo umbrío,
Si los párpados cierran heridos por la luz.

Del lago al lado opuesto se miran mil jardines,
Y de árboles las copas al viento estremecer:
Cual jóvenes que burlan en plácidos festines,
El infalible amago de su destino infiel.

Tambien de entre las rocas salvajes, caprichosas,
Saltando despeñadas las linfas del raudal,
Bajo dosel de parra y entre jazmin y rosas,
Se ven copos de espuma temblando en el cristal.

¡Martirio! así lo siente impío moribundo
Al mirar espirante del sol la postrer luz,

Cuando esta le descubre delicias en el mundo,
Delicias, que percibe pisando el ataud.

II.

Señor, Señor, desplega tu sonrisa,
Y mi sien que fallece cual las flores,
Que del fuego sucumbe a los rigóres,
Revivirá la brisa.

Templa ese sol que su mirar de fuego
Tus santas obras iracundo abrasa,
Sediento está este labio por do pasa
Mi fervoroso ruego.

Diste a ese campo su tranquilo rio
A la noche la sombra de tu manto,
A las flores la brisa y el rocío:
¿Y a mí tan solo el llanto?

Que penetre mi ruego en tu santuario
Que falto de vigor muere mi acento:
Tu labio, eterno Dios, jimió sediento
El dia del Calvario.

¡Ai! que me agobia la tenaz fatiga:
¡Ai! que insensible el sol quema mi frente:
Estiende ¡o Dios! tu mano omnipotente,
Será mi sombra amiga.

Pego mi boca a la abrasada arena
Sintiendo arder doliente mis entrañas,
Miro postrado relucir serena
La nieve en las montañss.

Al pueblo tu verdugo, Dios clemente,
Viste piadoso en medio del desierto,
Y tras su manto espléndido cubierto
Refrescaste su frente....

III.

Cual plácida jóven que besa hechicera
La frente severa de amante infeliz,
El aura a los campos voluble se allega,
Gozosa despliega su manto sutil:

Festiva entre nubes de blandos olores,
Cual vaga entre flores fugaz colibrí,

Se acerca a las plantas, les presta embeleso
Y aspira su beso fragante el jazmin.

Las aves rompiendo su rápido vuelo
Levantan al cielo mil himnos de amor:
Si al lago los lábios del aura se aplican,
Mil olas duplican la imájen del sol.

La frente elevaba con gozo al Eterno,
Sentia yo tierno su soplo de paz:
Vivífico el aire, dió vida a mi acento,
Sonando en el viento mi canto inmortal.

De pronto cual ave que deja su nido,
Celaje vestido de rejio arrebol,
Bogando en los aires cual místico velo
Templó bajo el cielo benigno el calor.

Levanten las flores su aroma el mas blando,
Las aves cantando preclamen a Dios:
Cayó sobre el cielo su sombra suprema....
Brilló la diadema del fúljido sol.

¡Oh cielos! eleven sublimes cantares,
Sus himnos los mares, su incienso el volcan,
Mil soles que al hombre mezquinos deslumbran,
Son cirios que alumbran tu májico altar.

Celaje que vuelas con alas de armiño
Mas puro que el niño; cual feble sendal
Que oculta el semblante de esquiva hermosura,
Y presta dulzura voluble a su faz.

Tú llevas al cielo fugaz la plegaria
Que alcé solitaria ferviente al Señor,
Cual ave apacible me muestras su agrado
Celaje adorado, me dices su amor.

Empape tus alas de blanca paloma
Del campo el aroma, celaje feliz:
Si al verte embebido con plácido encanto,
Anégame el llanto, lo vierto por tí,

Tu sombra benigna cayendo en mi frente
Se alzó al Dios potente, palpé su bondad,
Sentí mis sudores su soplo secando,
Su soplo tan blando de amor paternal.

Señor, el insecto nos dice tu nombre,
El hombre ¡ai! el hombre si te osa negar;
Y llevan tus sombras las nubes del viento,
Las auras tu aliento, tu imájen el mar.

Mi Dios, tú que viste mi agudo quebranto,
Tú acepta mi canto, mi amparo, mi bien:
Tú acepta del labio que vuelve a la vida
La voz conmovida de intenso placer.

Mi pecho gozando de dulce ternura
Cual se abre flor pura del viento al vagar,
Te rinde un aroma de ardiente alabanza,
Mi santa esperanza, mi Dios inmortal.

Feliz ¡o celaje! si en eco de trueno
Me llama a tu seno la muerte y mi Dios;
Y rápida mi alma del suelo levantas,
Poniendo a mis plantas la frente del sol.

—Febrero 3 de 1844.—



TROVA A MARIA.

Otros escuchen amores
De galantes trovadores,
Vida mía:
Yo ensalzaré tu hermosura,
Con la voz de mi ternura,
Mi María.

Flor de mi ignorado asilo,
Fuente de curso tranquilo,
Mi tesoro;
En el silencio de mi alma,
Con veneracion y calma,
Yo te adoro.

Tú de infortunio inclemente
Me defiendes dulcemente
Con tu sombra:
Tu virtud me hace dichoso,
Y mi labio es armonioso
Si te nombra.

Dulce es en tarde serena
Ver mecida la azucena
Por la brisa;
Pero es mas dulce, mi cielo,
Cuando busco mi consuelo,
Tu sonrisa.

Dulce es ver entre el ramaje
Volar el albo celaje
Por el viento.
Y es mas dulce en tu pupila
Hallar la espresion tranquila
Del contento.

Dulce es palpar con blandura,
Con el labio la ternura
De la rosa.
Y me causa mas delicia
Una cándida caricia
De mi esposa.

Tú embelleces, vida mia,
Mi penosa medianía,
Mi destino.
Como entre cerril maleza
Ostenta el rio belleza,
Cristalino.

Tú lloras con mi ternura,
Tú ries con mi ventura,
Dulce dueño;
De noche te veo al lado
Del ánjel idolatrado
De mi sueño.

Tú mi nombre le enseñaste
Al hijo mio y le hablaste
De su padre,
Reviviendo embellecido
El recuerdo tan sentido
De mi madre.

Cuál se dilata mi pecho,
Cuando yo oculto te acecho
Con amor,
Y con mi hijo en las rodillas
Por mí alzas preces sencillas
Al Señor!

Silencioso voi llegando;
Te miro, y estás llorando
De ternura:
Yo te adoro con encanto,
Y rio, vertiendo llanto
De ventura.

Árbol santo, árbol amigo,
Que amparas con tierno abrigo
La inocencia:
Astro en mi destino incierto,
Fuente santa en mi desierto,
Mi existencia:

Para ti dicha suprema
Quisiera, y una diadema,
Mi María!
Feliz viera tu grandeza
Del fondo de mi pobreza,
Vida mia!

Ah! tu nombre me enamora;
Tiene cadencia sonora,
Y alegría;
Cuando lo pronuncio blando,
Queda en el aura vibrando
Su armonia.

Y aquellos tiernos cuidados,
Tan puros, tan ignorados,
De la esposa;
Dicha que cruza escondida,
Pero que torna la vida
Deliciosa.

No aspiro a rejio tesoro
Ni que adule humilde el oro
Mi existencia;
Me basta tu amor sagrado,
Y de mi hijo idolatrado
La inocencia.

Y hará risueña mi suerte
Cuando a mi puerta la muerte,
Toque amiga,
Pensar que mi dulce esposa
Siempre que mire mi losa
Me bendiga.

—1843.—

BRINDIS.

Del férvido Champaña la espuma rebosante
Nos brinda ¡o dulce instante! la copa del festin.
Los rostros son de amigos, las voces son de amores;
Cubridme, sí, con flores, la senda del morir.
¡Hurra!! apaguen los vivas el grito del Destino;
Nos dé febril el vino mil sueños de placer.
Ved, a mi frente burlan los tiempos mi arrogancia,
Y estrechan la distancia del ser y del no ser.

Vino!! saltando toquen las nubes los tapones,
Fecundo en ilusiones del vino es el raudal;
Las músicas celebren con cánticos mi suerte
Mientras a mí la muerte se acerca un paso mas.

Las flores voluptuosas exhalan su perfume,
La esperma se consume con plácido brillar.
Voluble reverbera la rica arjenteria,
Y encanto y alegría circuye a la beldad.

Champaña! mas Champaña! Deleite! aturdimiento!
El aspid del tormento me hiere el corazon;
El llanto que en mis ojos a mi despecho brota,
Somero gota a gota destile en mi licor.

Llorais, esposa amada? Tú lloras, mi María?
Mis hijos! madre mia! que cese la afliccion.
Acerba es esta vida, fugaz y engañadora,
El alma que os adora, eterna como Dios.

La nave que me lleva tan rápida a la nada
Que parta empavesada del centro del festin;
Un año que trascurre, de muerte es un mensaje:
Hurra!!! se acerca el viaje; brindemos al partir.

—Febrero 10—1845—

QUINTANA ROO.

(ANDRES)

El Sr. Quintana Roo, goza de mucha celebridad en Méjico, su patria, por sus virtudes como ciudadano y por sus talentos como escritor. Los editores de la «coleccion de poesías mejicanas», colocan al Sr. Quitana Roo entre aquellos ciudadanos que honran a su pais por sus servicios a la libertad y por su literatura; y el Sr. D. Tadeo Ortiz, en su obra titulada «Méjico considerado como nacion independiente y libre,» le llama «poeta eminente y profundo.»

DIEZ Y SEIS DE SETIEMBRE.

> Ite, ait; egregias animas, quæ sanguine nobis
> Hanc patriam peperere suo, decorate supremis
> Muneribus,....
> (V. EN. L. XI.)

Remueva o musa, el victorioso aliento
Con que, fiel de la patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento [1]:
Cuando mas orgulloso
Y con mentidos trunfos mas ufano,
El ibero sañoso
Tanto ¡ai! en la opresion cargó la mano,
Que al Hanahuac vencido
Contó por siempre a su coyunda unido.
«Al miserable esclavo (cruel decia)
Que independencia ciego apellidando,
De rebelion el pabellon nefando,
Alzó una vez en algazara impía,

---

1 En 16 de setiembre de 1812, el autor estendió un manifiesto, con el título de Aniversario, por encargo de la junta nacional establecido en Zitácuaro. La imprenta, objeto principal de la saña de los opresores, corria mayores riesgos que los patriotas bajo el cuidado y vijilancia de D. Ignacio Rayon, que hizo indecibles esfuerzos por salvarla, como lo consiguió en medio de la desecha y horrorosa borrasca. Este jefe se dirijia entonces a los cantones de Huichapan y Zimapan, y se detuvo solo medio dia en reconocer el fuerte de Nadó, situado en las alturas del pueblo de Aculco. Aprovechóse aquel corto tiempo para componer el Aniversario que debia publicarse dos o tres dias despues. Llegaba ya el autor al fin de su trabajo, aunque no completaba la descripcion de los sucesos ocurridos en los dos años de guerra, cuando la voz de *tenemos al enemigo encima*, le hizo abreviar la tarea, cerrando el discurso con este anuncio tan felizmente justificado por el suceso: «Sin armas, repuestos, dinero, ni uno solo de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la nacion llena de majestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria a la inmortalidad del vencimiento.» Se halla este manifiesto entre los papeles que entonces publicó la imprenta nacional, y los documentos que recopiló el Dr. D. Servando dc Mier en el tomo 2.º de su historia de la revolucion de Méjico, impresa en Londres en 1813.—(El A.)

nuevo en las cadenas
ı mas rigor a su cerviz atadas,
mentemos las penas,
e a su última projenie prolongadas,
digno cautiverio
r siglos aseguren nuestro imperio.»
«¿Qué sirvió en los *Dolores* vil cortijo,
e el aleve pastor el grito diera
libertad, que dócil repitiera
insana chusma con afan prolijo?
valor inesperto
ı sacrílega audacia estimulado,
nuestra vista yerto
ı el campo quedó, y escarmentado
ı criminal caudillo,
ndió ya el cuello al vengador cuchillo.»
«Cual al romper las Pleyadas lluviosas
seno de las nubes encendidas,
el mar las olas antes adormidas
úbito el austro altera tempestosas;
e la caterva osada
si los restos nuestra voz espanta,
ue resuena indignada
recuerda, si altiva se levanta,
l respeto profundo
ue inspiró de Vespucio al rico mundo.»
«¡Ai del que hoi más los sediciosos labios
)e libertad al nombre lisonjero
ıbriese pretestando novelero,
ıentidos males, fútiles agravios!
)el cadalso oprobioso
/eloz descenderá a la tumba fria,
Γ ejemplar provechoso
ıl rebelde será, que en su porfía
Desconociere el yugo
Que al invicto español echarle plugo.»
Asi los hijos de Vandalia ruda
Fieros clamaran cuando el héroe augusto
Cedió de la fortuna al golpe injusto;
Y el brazo fuerte que la empresa escuda,
Faltando a sus campeones,
Del terror y la muerte precedidos,
Feroces escuadrones
Talan impunes campos florecidos,
Y al desierto sombrío
Consagran de la paz el nombre pio.
No será empero que el benigno cielo,
Cómplice fácil de opresion sangrienta,
Niegue a la patria en tan cruel tormenta
Una tierna mirada de consuelo.
Ante el trono clemente
Sin cesar sube el encendido ruego,
El quejido doliente
De aquel prelado, que inflamado en fuego
De caridad divina,
La América indefensa patrocina.
«Padre amoroso, dice, que a tu hechura,
Como el don mas sublime concediste,
La noble libertad con que quisiste
De tu gloria ensalzarla hasta la altura,
¿No ves a un orbe entero
Jemir, privado de escelencia tanta,
Bajo el dominio fiero
Del execrable pueblo que decanta,
Asesinando al hombre,
Dar honor a tu escelso y dulce nombre?»
«¡Cuánto ¡ai! en su maldad ya se gozara
Cuando por permision inescrutable,
De tu justo decreto y adorable
De sangre en la conquista se bañara,
Sacrílego arbolando
La enseña de tu cruz, en burla impía,
Cuando mas profanando
Su relijion con negra hipocresía,
Para gloria del cielo
Cubrió de escesos el indiano suelo!
«De entonces su poder ¡cómo ha pesado
Sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,
Creciendo siempre en crímenes mayores,
El primero a tu vista han aumentado!
La astucia seductora
En auxilio han unido a su violencia:
Moral corrompedora
Predican con su bárbara insolencia,
Y por divinas leyes
Proclaman los caprichos de sus reyes.»
«Allí se vé con asombroso espanto
Cual traicion castigado el patriotismo,
En delito erijido el heroismo
Que al hombre eleva y engrandece tanto.

¿Qué mas? en duda horrenda
Se consulta el oráculo sagrado
Por saber si la prenda
De la razon al indio se ha otorgado,
Y mientras Roma calla,
Entre las bestias confundido se halla.»
«¿Y qué, cuando llegado se creia
De redencion el suspirado instante,
Permites, justo Dios, que ufana cante
Nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero,
El jeneroso Hidalgo ha perecido:
El término postrero
Ver no le fué de la obra concedido;
Mas otros campeones
Suscita que rediman las naciones.»
Dijo, y Morelos siente enardecido
El noble pecho en belicoso aliento;
La victoria en su enseña toma asiento
Y su ejemplo de mil se ve seguido.
La sangre difundida
De los héroes su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur, la encina reverdece,
Y mas vigor recibe,
Y con mas pompa y mas verdor revive.
Mas ¿quién de la alabanza el premio digno
Con títulos supremos arrebata,
Y el laurel mas glorioso a su sien ata,
Guerrero invicto, vencedor benigno?
El que en Iguala dijo:
Libre la patria sea, y fuelo luego
Que el estrago prolijo
Atajó y de la guerra el voraz fuego,
Y con dulce clemencia
En el trono asentó la Independencia.
¡Himnos sin fin a su indeleble gloria!
Honor eterno a los varones claros
Que el camino supieron prepararos,
¡Oh Iturbide inmortal! a la victoria.
Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa;
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo como en noche hermosa
Entre estrellas sin cuento
A la luna en el alto firmamento.
¡Sombras ilustres, que con cruento riego
De libertad la planta fecundasteis,
Y sus frutos dulcísimos legasteis
Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!
Recibid hoi benignas,
De su fiel gratitud prendas sinceras
En alabanzas dignas,
Mas que el mármol y el bronce duraderas,
Con que vuestra memoria
Coloca en el alcázar de la gloria.

RAMALLO.

(MARIANO.)

El Dr. D. Mariano Ramallo nació en la ciudad de Oruro (República de Bolivia) en 24 de setiembre de 1817. Reci- su educacion literaria en la Universidad de Chuquisaca, en la cual se graduó en derecho el año de 1842. Desde ta época se consagró a la enseñanza, desempeñando varias cátedras y el Rectorado, en el «Colejio Bolivar.» tualmente es profesor de Derecho y ciencias políticas en la Universidad de la Paz de Ayacucho.

UNA IMPRESION AL PIE DEL ILLIMANI.

I.

Era una tarde de Julio
En que el sol se desplomaba
Todo su ardor derramando
Sobre una vega templada,
En que la naturaleza
Por los yelos agostada,
Con el moribundo invierno
Ya victoriosa luchaba.
Por todas partes mis ojos
Con dulce placer miraban
Praderas enriquecidas
De vejetacion lozana,
Que fertiliza fecundo
El *Chuquiapu* con sus aguas.
Verjel que forma un contraste
Con la tierra cabrinada,
De cenicientas colinas
Por todas partes cortadas
En pendientes precipicios,
De mil picos erizadas;
Parece que un cataclismo
Con sus encendidas lavas
Hubiera vuelto cenizas
Estas peladas montañas,
De verde vejetacion
Otro tiempo coronadas.
Lánguida mi fantasía
Y de esta idea embargada,
Un objeto mas grandioso
Con toda ansiedad buscaba;
Un objeto que pudiese
Aplacar la sed del alma,
Y calmar ese deseo
Que el corazon abrumaba.
Ya me gozaba en las flores
Que embalsaman la quebrada
Dando vida al que respira
Tan tibia y tan vital aura:
Ya con placer el murmullo
De las aguas escuchaba,
Que entre las piedras del valle
Quebrándose se quejaban,
Regando con sus cristales
Una alfombra de esmeraldas.
En tan risueños objetos
Y escenas tan variadas,
Vagaba la mente mia
Sin quedar nunca fijada:

Cuando al volver una peña
Por un torrente cortada
Se presentó ante mis ojos
Esa jigante montaña,
Dominadora del mundo,
De los Andes soberana.

—

Como al salir de un letargo
Si el sol la pupila hiere,
Palpita, vacila y muere
Velada en negro capuz:
Y los ojos deslumbrados
Y en las tinieblas sumidos,
Quedan de pronto perdidos
En un torrente de luz:

Asi al verla tan inmensa
Tocando su frente al cielo,
Cubrió mis ojos un velo,
Y lleno de admiracion,
Contemplaba con asombro
Aquel cuerpo prodijioso;
Monumento portentoso
De toda la creacion.

—

Mustio quedé, sin aliento
Viendo el inmenso coloso,
Y un respeto relijioso
Absorvió mi pensamiento.

Y estasiado yo miraba
Sin movimiento y sin voz,
Aquel jigante en que Dios
Todo su poder mostraba.

Cubierto de eterno yelo
A todo el orbe domina,
Su cabeza diamantina
Es el pedestal del cielo.

En su nieve virjinal
Jamas ha sido posada
Del hombre la planta osada
Ni del águila real.

Esa cabeza eminente
Perdida en el firmamento,
Es tocada solamente
Del rayo del sol fuljente
Y del huracan violento.

De sus nieves plateadas
Cien trasparentes cascadas
Espumantes se desatan:
Y en mil hilos destrenzadas
Por su falda se dilatan.

Y fecundas resbalando
Por aquel ameno suelo,
Bellas flores van regando
Y árboles mil que ostentando
Están sus copas al cielo.

Allí el granado encendido
Y de corales cubierto,
Se alza a los aires florido;
Y su tronco eleva erguido
El palmero del desierto.

Forman juntos bosque vivo,
El añoso cocotero
Que crece junto al olivo;
Y el cedro que abriga altivo
Al preciado limonero.

Esta risueña pradera
Es sitio de bendicion,
En ella fijó hechicera
Una eterna primavera
Su encantadora mansion.

II.

En un bosque de naranjos
Respirando aromas mil
Con que el ambiente embalsaman
El azahar, el alelí,
El nardo, la rosa pura
Y el oloroso jazmin;
Una deliciosa tarde
En dulce placer viví.
El alma toda ocupada
De inspiracion juvenil,

Adormida se mecia
Cual la flor en su pensil:
Y el corazon embargado
De dulce quietud feliz,
Calmaba aquellos latidos
En que oscilando ¡ai de mí!
Entre el dolor y el fastidio,
Y en ajitacion febril,
Solo a mi mente delirios
Inspiraba y frenesí.
Allí toda mi amargura
En un instante la ví
Disipada, y en placeres
Convertido mi sufrir:
Y toda la mente mia
Ocupaba ya el matiz
De las esmaltadas flores,
O ya el armonioso fin
Con que las sentidas notas
De su gorjeo sutil,
Hace escuchar melodioso
El pintado colorin.

—

En un instante volaron
Estas apacibles horas,
Empero otras seductoras
Mis momentos ocuparon.

Apenas el rei del dia
Escondió sus luces puras,
Un mar de nieblas oscuras
Los hondos valles cubria.

Y presuroso subiendo
A las altas serranías,
Entre sus hondas sombrías
Las iba todas hundiendo.

De pronto cubierto el mundo
Por este diluvio inmenso,
Quedó sepultado en denso
Y oscuro vapor profundo.

Solo la frente elevada
Del encumbrado jigante
Por la viva luz brillante
Del sol era iluminada

Y esa frente colosal
En el espacio encendida.
Parecia desprendida
De su eterno pedestal.

Radiante en la oscuridad
Asombro causaba verla,
Como una infinita perla
Colgada en la inmensidad

—

Este faro luminoso
Al fin tambien se apagó,
Y todo se halló cubierto
De la oscura inundacion:
Y en un solemne silencio
De aletargado sopor,
Muda la naturaleza
Como los hombres quedó.
Entonces al sentimiento
De triste meditacion,
En la soledad tranquila
Toda mi alma se entregó;
Y en la misteriosa noche
Sintiendo la emanacion
Deliciosa que exhalaban
Los limoneros en flor,
Gozaba en silencio mudo
De la asombrosa impresion
Que me causó ese coloso
¡Obra jigante de Dios!

— Agosto de 1845. —

INSPIRACION.

En un árido desierto,
Bajo un cielo nebuloso,
Del huracan proceloso
Combatido sin cesar;
Al pié de incultas montañas
Celebradas por sus minas,
Alienta entre viejas ruinas
El pueblo do está mi hogar.

Parece que el cielo quiso
Condenar en él mi vida,
Y que fuese la guarida
De mi seco corazon:
Y que encerrado pasara
En un helado sosiego,
Un alma llena de fuego
Y sedienta de ilusion.

A la inaccion condenado
Arrastro mi vida triste,
Sin gozar de cuanto existe
Y cuanto alienta el amor:
Solo ven los ojos mios
Una llanura desierta,
La naturaleza muerta
Sin hechizo y sin verdor.

Jamas escucho el susurro
Del céfiro entre las hojas,
Ni la angustia y las congojas
Llegan a mi soledad
De la tórtola amorosa,
Que en acento lastimero
Llorando a su compañero,
Se queja de su horfandad.

Jamas, ni por un momento
Toca mi marchita frente
El embalsamado ambiente
Que fecundiza la flor:
Ni jamas a mi alma llega
Alegrándome el oido,
El suave y manso ruido
De arroyo murmurador.

No he visto nada del mundo,
Y parece que su nada
Por do quiera derramada
Mis ojos contemplarán:
Pues solo escucho del buho
El monótono jemido,
Las quejas del aflijido
Y la voz del huracan.

—

El alma no ha gozado todavia
El inmenso espectáculo del mar;
Ni ha sentido aun rodar bravia
En su seno la ronca tempestad.

No ha visto esas flotantes fortalezas
Que dominando el elemento audaz,
Conducen en su seno las riquezas
Siempre con vivo infatigable afan.

No ha visto en esos techos de topacio
A la luna, en flotante aparicion,
Mecerse vacilante en el espacio
Derramando en el mar su resplandor.

Ni en su terso cristal como centellas
Retratadas rielar en confusion,
Ese espléndido polvo de estrellas
Que levantan los pasos de Dios.

—

Nada sublime a mis ojos
Mostró aun naturaleza,
Solo miro su tristeza
Su aridez y sus abrojos.

Mísera, pálida, inerte,
Como olvidada del cielo,
Es el palacio del hielo
Y el dominio de la muerte.

En las nieves del invierno
Envuelta, como en sudario,
Parece que en un osario
Descansa con sueño eterno.

Dolorosa es para el hombre
La idea, penosa y cierta
De tener tumba desierta
En ella, triste y sin nombre.

En una soledad muda,
Sin un cipres por abrigo,
Y sin que llore un amigo
Contemplándola desnuda.

—

Perdon! no escuches, Dios mio,
Mi terrena queja impia,
Y la paz al alma mia
Devuélvale tu piedad:
Esa paz, dicha del hombre,
Esa paz, hija del cielo,
La delicia y el consuelo
De la triste humanidad.

Con ella libre de angustias
Alzaré a vos mi memoria,
Y publicaré tu gloria
Con inspirado fervor:
Con ella veré la tierra
Menos desolada y triste,
Y cuanto a mi lado existe
No me inspirará dolor.

Oiré en la voz del desierto
Tu omnipotente entereza;
Y el himno de tu grandeza
En la ronca tempestad:
Y tu poder derramado
En el espacio, en los montes,
Y en todos los horizontes
De la inmensa soledad.

—Oruro, Junio 1.° de 1845.—

REAL DE AZÚA

(GABRIEL ALEJANDRO.)

El Sr. Real de Azúa nació en Buenos Aires y se educó con aprovechamiento en los colejios de aquella ciudad. Creemos que era mui jóven todavia, cuando empezó sus viajes por América y Europa. No ha podido establecerse en su pais «del cual conserva tantos y tan tiernos recuerdos,» por serle nocivo a la salud el clima del Rio de la Plata. Reside actualmente en Copiapó.

El Sr. Real de Azúa ha cultivado las letras con amor e intelijencia, ya haya vivido entre los monumentos de Roma, o entre las montañas de Chuquisaca. Su instruccion le ha hecho acreedor a que «varias sociedades científicas y literarias,» le cuenten en el número de sus miembros.

La intencion moral de las obras del Sr. Real de Azúa, es la mas pura y patriótica que pueda darse. Piensa que «el cultivo de la poesía es ya de deber en las naciones civilizadas, puesto que aun los salvajes son sensibles a los »encantos del verso. El que no haya nacido poeta sepa siquiera compasar los diferentes metros para dar sentido a »la lectura de los poetas, y gustar de la rima y del número por medio de un oido habituado a la harmonia: este »gusto es el que quisiera imprimir en los delicados órganos de os jóvenes americanos: ... muchos de ellos no ma»nifiestan las brillantes disposiciones para la poesía, de que han sido dotados por la naturaleza, porque no se ejer»citan desde temprano en la versificacion, cuando debian emprender esta tarea a un tiempo con la de la Gramática, «como lo practicaban los antiguos.» Segun este mismo señor,—«el poeta es esencialmente relijioso, pues acos»tumbrado a elevar su espíritu a las empíreas rejiones, toca con su mente en el trono del Escelso, la espacia en la »contemplacion de su magnificencia, y se abstrae de los objetos materiales por engrandecerse admirando los sublimes «atributos de la Divinidad.»

Las obras poéticas del Sr. Real de Azúa, componen tres volúmenes, publicados en Paris, por D. Vivente Salvá, mediante los años de 839 y 40. En el prólogo de uno de ellos, promete sus composiciones «morales y filosóficas» que no han aparecido todavia.

LA MAÑANA.

Alza la Aurora su virjinea frente
Bañando el cielo de encendida grana,
Y húmedas rosas despidiendo ufana
Al mostrarse jentil por el Oriente.

Pero antes el lucero refuljente,
Heraldo y precursor de la mañana,
Subió anunciando que la luz cercana
Es mui mas que su luz resplandeciente.

Vuelve a la vida el mundo; a sus amores
Tornan las aves con festivo canto;
Y a su rústico afan los labradores.

Y los que beben de la noche el llanto
Cálices puros de gallardas flores,
Brindan perfume, suavidad y encanto.

—

LA MODA EN EL ESCRIBIR.

Admiracion con mil admiraciones
ıusa ver la moderna ortografía,
›s puntos sucesivos de valia
stán, y mas de moda los guiones.

Todo el lujo ortográfico en renglones
ıatro se ha de lucir, si no, seria
ala la construccion; ¿qué se diria
el estilo, faltando suspensiones?

Pero es la admiracion la mas usada:
Cae un borracho al pozo, ponen una!
Cinco mas si la suerte desdichada

Escriben de don Álvaro de Luna!!!!!!
Y doce para hacer mas admirada,
Napoleon, tu rápida fortuna!!!!!!!!!!!!

—

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

. . . . Movo espanto,
Vendo que se sostem nas ondas tanto.
CAMOÉS.

¡Cuál bramas, mar ferviente, y de tu seno
irado lanzas espumantes olas!
¡Cómo de saña lleno
Luchas contigo mismo
Y turbas el abismo!

Ai! ya niega su luz el rubio Febo,
'a no refleja en tu cristal su llama;
La noche del Erebo
Corre el fúnebre manto
De tinieblas y espanto.

¡A tu ruido formidable y bronco
)el seno oscuro de la espesa nube
Estalla el trueno ronco
Que por la esfera zumba,
Y horrísono retumba;

Y el relámpago breve y luminoso
Se repite, anunciando el fuerte trueno,
Y este al rayo espantoso:
Asi es que no termina
Fuego, estridor, ruina!

Y Eolo suelta los fugaces vientos
De sus húmedos antros, y seguidos
De huracanes violentos
Hinchan el Oceano,
El cual se ajita insano.

Mas ai! que con un débil blando pino
La oscura tempestad furiosa juega,
Y flotando sin tino
La frájil navecilla
Se aproxima a la orilla;

A la orilla, de rocas escarpadas
Guarnecida: y en ellas a estrellarse
Sus tablas mal trabadas
Vuelan con rumbo incierto,
Cual si ese fuera puerto.

Y el piloto aturdido, que al acaso
El timon y la brújula confia,
Porque en tan arduo caso
Ya ve inútil su arte,
Toma en el llanto parte.

Siente en aquel momento, no su vida,
Sino al anciano padre, al hijo tierno
Y a la esposa querida,
Que deja en la indijencia
Si pierde la existencia.

Entonces tiende por el ancho cielo
Flébiles ojos, y a distancia mira
Un lampo de consuelo;
Las nubes enrarecen,
O bien desaparecen.

Brilla el astro criador; su voz calmando
El huracan, las aguas se nivelan;
Y un vientecillo blando,
Que leve se desliza,
Las frescas ondas riza.

Prosigue el nauta su maniobra, y cierto
De dulce calma que promete el iris,
Corre a tomar el puerto,
Alegre y victorioso
Del piélago espantoso.

Así el triste se salva de inminente
Riesgo de ver su nave dividida,
Y aunque este le amedrente,
Le queda la esperanza
Que vendrá la bonanza.

Y así la frájil existencia mia
En la furiosa tempestad que sufre,
Con las penas porfía
Hasta que llegue el alma
A recobrar la calma.

A VICTIA. [1]

Raya la aurora: con vistosas nubes
De armiño y grana, por do quier dispersas,
Los céfiros la esperan; ora quedos
Cubren con ellas el dorado oriente,
Y festonando su brillante alcázar,
En un purpúreo trasparente incendio
Cada ráfaga tornan; ora vagos
Corren la esfera circular, a impulso
De sus ocultas, bulliciosas alas,
Y parece que dicen: astro hermoso,
Naced abrasador, naced radiante,
Que vuestra llama templaremos gratos.
Las parlerillas aves ¡cómo encantan
Con su dulce trinar! Cada una pide
Que se le premie con un rayo fébeo
Su diestrísimo canto. A un tiempo todas
Vuelan festivas, y a la par esclaman:
Venid, oh rei del cielo! ¡oh socio amado
De la alma luna, y a quien dais el brillo,
Fanal inmenso de perene lumbre,
Oh sol! venid; el universo todo
Quiere exaltaros, pero humilde vitor
De nuestros picos recibid primero.
El Flamíjero al fin parece, y baña
Con su lumbre vital antes la cima
De una empinada sierra; y ella goza
Ver la primera su luciente carro,
Y es predilecta en saludar al dia.
Este en seguida su fulgor derrama,
Y alumbra tanto la elevada cumbre
Como los valles que a sus piés se estienden.
Todo es ya luz, y brillantez, y fuego.
Pero la cima de la enhiesta sierra
¿Ufana no estará de haber brillado
Antes que las demas, aunque compitan
Otras con ella en eminente altura?
Y en verdad, si por Febo fué dorada
Antes ¿cómo antes no ha de ser de todas?

Sale la inquieta susurrante abeja
Por los jardines, cuando el alba vierte
Líquidas perlas, al rasgar el manto
Que tenebrosa desplegó la noche.
No hai flor que lleno del celeste aljófar
No le presente su pintado cáliz.
Pero ¿a cuál va la abeja? Enamorada
Del seno virjinal de alguna de ellas.
¿No liba allí primero? ¿o corre acaso
Con sed ansiosa de apurar el jugo,
Sin que las bellas a elejir se aplique?
Ah! no, recuerda que entre muchas rosas
Una mas linda, para envidia, crece;
El dia anterior la descubrió, y la busca,
Y la encuentra lozana, del pimpollo
Rota ya la prision, que en solo un dia
La rosa pasa por los dos estremos
De juventud y de vejez ajada:
(Patente imájen de la vida nuestra!)

1 Esta hermana mia se quejó (sin duda solo por estimularme a responder en verso) de que la espresion de cariño *predilecta*, con que a ella la distinguia, la habia yo usado escribiendo a otro hermano; por lo cual traté de desvanecer sus celos con estos versos. Ai! ya en la actualidad no puedo dirijirle otros igualmente cariñosos, porque la muerte, arrebatándola, puso entre nosotros una barrera eterna de silencio e incomunicacion, aunque no una de olvido. (El A.)

h! qué bella aparece! ¡cuán pomposa
luestra a su lado los botones frescos,
ue como ella abrirán al otro dia
' al tercero serán como ella, nada!
tápidamente la abejilla llega;
'ero antes de tocarla, bulliciosa
'aga a su rededor, se acerca, escapa,
'uelve, la mira, la desflora, y cierra
l fin sobre ella sus alitas leves.
llí amorosa el aguijon esgrime,
Y el dulce néctar de su caliz liba,
Que en miel convierte y en dorada cera.
Tiende en seguida presurosa el vuelo
Y en un vecino tulipan, rayado
Con lindas fajas de escarlata y nieve,
Su cuerpecillo oculta; y pasa pronto
A una azucena cándida, esponjada,
Que desplegando su ropaje puro,
Amable el oro de su seno brinda
Al cefirillo que le da mil besos.
Mas ya corre voluble al jazmin albo
Como las galas del canoro cisne,
En fragancia y candor émulo altivo
De la hermosa azucena; ya lo deja
Por un azahar fino, que teniendo
Perfumada la selva, tambien tiene
Vida mas larga que las otras flores.
Y paró allí la abeja? No, inconstante,
El tímido alhelí, la humilde viola,
El junco débil, el clavel gayado,
El tomillo oloroso y otras plantas
Prueba, y apenas interrumpe el vuelo.
Pero a la rosa que al salir festeja,
¿Cuál florecilla de las otras puede
Disputar preferencia, bien que a tantas
Hiere despues el penetrante dardo
De la abejilla, que en panal las trueca?
Y si entre todas se miró atendida
Antes ¿cómo antes no ha de ser de todas?

Al primer rayo de la aurora el lecho
De rosas deja cefirillo blando;
Y trascendiendo a los aromas finos
De tanta yerba y florecilla, parte
A salir al encuentro a Olfia, sorda
A los suspiros de su fiel Lisandro:
Quien tanto amor le descubrió imprudente.
Y la divisa ya que al prado sale
Llena de gracias, de lindeza y garbo;
Sueltas al aire las doradas trenzas,
Y los rasgados, amorosos ojos
Puestos en cada flor, que no deciden
Cuál arranque la mano, esperanzada
De hallar mas adelante una mas bella:
Al modo que oye repetidos ayes
De finos amadores, y a ninguno
Cede su afecto, por temor sin duda
De que acabe su imperio. ¡Así liviana
Es la mujer por presuncion y orgullo!)
Oh! cuál se ajita por llegar a ella
Rápido el cefirillo! Ya se envuelve
En la áurea cabellera, ya la riza
O la presenta al undulante seno.
¡Cuán placentero y afanado bate
Las tiernecitas alas, y oficioso
Ciñe la frente, de jazmines hechas!
Luego pasa a los ojos; allí bulle,
Asoma y no se atreve, sorprendido
Del vivo incendio que se abriga en ellos,
La radiante pestaña al menos sopla,
Y se retira, y vuelve, y asustado
Del peligro, veloz al labio baja.
¡Cómo se empapa en su licor divino!
¡Cuánto bebe, y se goza; y un instante
Adormido se queda en su señuelo,
Donde descubre imperceptible turba
De bellos y graciosos amorcillos!
Les besa, y besa la purpúrea boca,
Y en lo mas ancho sus alitas tiende;
Y se desliza fujitivo, y bulle
Jirando en torno del cenceño talle.
No está allí mucho, que hasta el pié se lanza,
Y no hai lugar adonde no se atreva.
Pero se ausenta al fin; dejó a la hermosa
De su grato susurro apasionada,
Y a otras zagalas sus deleites brinda:
A cual le bate el velo, a la otra orea
Con fragancia suave, y atrevido
Por su mal toca en los ardientes globos
Que de nieve juzgó, y allí su audacia
Paga inflamado en devorante fuego.
Pero el vital aliento que respira,
Y el perfume esquisito de su soplo,
¿Cuál primero sintió? Quién fué su Cloris?

Bien que a las otras prodigase luego
Sus favores, si Olfía fué acatada
Antes ¿cómo antes no ha de ser de todas?

Estos ejemplos convencerte deben
De cuán injustas tus celosas quejas
Contra mí son, que cabalmente, Victia,
Nací para quererte. Amor eterno
Me unio a tu corazon cuando mi labio,
Entorpecido por la edad temprana,
Vanos esfuerzos por nombrarte hacia.
Te amé, pues, antes de estimar lo que eras.
Creció mi edad, crecieron mis afectos,
Y ya lejos de tí me fué penoso
Un instante pasar: entre las risas
Y juegos ajitados, que a toda hora
Al muchacho divierten, yo siguiendo
A los otros, jugaba si allí estabas
Y conmigo a los juegos asistias.
Los años sucedieron, y al estudio
Con cuánto gusto me entregué contigo!
De las fugaces horas ¿no pasaba
La mayor parte, sin que libre fuese
A mi mano dejar aquellas obras
Llenas de ciencia, de moral y gusto?
Fatigado mi labio, tú seguias
Leyéndome en la historia mucho crímen
Para poca virtud que tuvo el hombre.
Oh plácidos recreos! do habeis ido?
Vos que abundasteis en la infancia mia,
Cuánta amargura me costais ahora!
¿Hubo contento que contigo a medias
No quisiese gustar? Dispuso el hado,
Que vuelve turbias para mí las olas
Del correntoso rio de la vida,
Que ellos tan pocos y fugaces fuesen,
Que apenas tengo del placer idea.
Mas, no; me engaño, pues me queda un goce
Perene en el recuerdo: por él siempre
Te veo, te oigo, y en union vivimos.
¡Dulces delirios, ilusion dichosa,
Que nunca, nunca me dejeis os ruego;
Seré felice si con vós espiro!
Victia, y te quejas? ¿y celosa olvidas
Mi fino proceder? ¿A mí me imputas
El haberte pospuesto a mi otro hermano,
Porque le dije predilecto mio?
La cima que primero el fulgor fébeo
Vió, aunque las otras tan escelsas eran;
La rosa que primero abrió su caliz
A la punzante abeja, aunque en el prado
Tanta flor bella y odorante habia;
Olfía, a quien primero cefirillo
Oreó con fresco, perfumado soplo,
Qué tienen que decir? ¿en qué fundaran
Celos si el céfiro, la abejilla y Febo
Despues estienden su benigna influencia
Por donde quiera? Y bien, Victia, ¿lo entiendes?
Si te he llamado predilecta mia
Antes ¿cómo has de ser despues de nadie?

LA CITA.

Adela resistia
Y Silvio importunaba,
Silvio, que por Adela se abrasaba.
Pero al fin alcanzó con su porfía
Que a su cita la cruda conviniera,
Cuando cesase de alumbrar el dia.
Puntual anduvo el tierno enamorado:
Se asoma, nadie viene; en vano espera
Al dueño idolatrado.
Mas no, ya por por el soto la divisa
Trayendo en su compaña cautamente
Dos perros, la linterna y un sirviente,
Y ahogándose de risa;
De cuya burla Silvio avergonzado,
Se fué a dormir por lo que habia velado.

—

LA CAMPANA.

La parroquia del lugar
Tiene un sonoro instrumento
Que tocado
Todos marchan a rezar,
Causando gran movimiento
Su llamado.
Niños, mozos y muchachas,
Por el qué dirá la jente
O de gana
Van con las cabezas gachas,
Cuando suena gravemente
La campana.

Corre el primero el amante
Y de planton en la ermita
Se consuela,
Con ver pasar por delante
La aldeana tierna y bonita,
Porque anhela.
Y cuando fino prorumpe
En prez de su llama loca,
Inhumana
El requiebro le interrumpe,
Y le pone un tapaboca
La campana.

Apenas el pisaverde
Al alba cierra los ojos,
Que el tañido
Hace que inquieto recuerde,
Maldiciendo en sus enojos
Tal ruido.
Y el jugador y el soldado
Y el enfermo, que dormitan
De mañana,
Sin ver que es bronce sagrado,
Váyase al infierno, gritan,
La campana.

Mas el virtuoso ermitaño
Al sonido se levanta
Presuroso,
Y sin tenerlo por daño
A Dios alabanza canta
Fervoroso.
Goza del alba el nacer
Cuando de oriente la puerta
Abre ufana,
Y debe tanto placer
A que locuaz le despierta
La campana.

No así el cura regalon,
Que antes que empieze el orate
De la misa,
Manda espumar el capon,
Las natas y el chocolate
A Narcisa:
A la doncella modesta,
Que tan solo por aseo
Se engalana;
Que huye del que le hace fiesta,
Siendo todo su recreo
La campana.

Oh! ¡con cuánta devocion
Al toque pausado y pio
Van las jentes,
Pidiendo la absolucion
De su culpable desvio
Penitentes!
Mas el padre confesor
Con el ojo vivaracho
Dice: hermana,
Vuelva esta noche es mejor,
Que ya me toca el muchacho
La campana.

La hora de penitencia
El eco sagrado indica
Badajeando,
Y él como hijo de obediencia
A tal órden no replica
Y va volando.
Entonces sí que se ofrece
Cual música al consistorio
Soberana,
Entonces sí que enloquece
Cuando toca a refectorio
La campana.

EPIGRAMAS.

A UN POETA
QUE USABA DE PIROPOS Y DE FRASES EXÓTICAS.

Mal discípulo de Apolo,
Que con atrevido vuelo
Elevas tu estilo al cielo,
Do te entronizas tú solo;
Si tu alto injenio pretende
Dar a luz sus producciones,
Délas en en esas rejiones,
Que aquí nadie las entiende.

—

A UN INSIGNE EMBUSTERO.

Tú, a quien la pura verdad
Es fénix desconido,
Tanto el crédito has perdido
Por tu embuste y falsedad,
Que si llega a suceder
Que recitando algun cuento,
Digas injenuo: «yo miento»
Nadie te querrá creer.

—

A UN ESTRANJERO,
QUE HABLANDO MUI MAL EL CASTELLANO, ME PEDIA QUE LE CORRIJIERA OPORTUNAMENTE.

Si, segun tú me suplicas,
He de correjir puntual
Las voces que dices mal,
Cuando en mi lengua te esplicas;
Mui grande trabajo emprendo
Al servirte de este modo,
Pues tendré que hablarlo todo
Si lo mal dicho te enmiendo.

—

RESPUESTA DE UN VEJETE.

Dije a Beltran: a los viejos
No les conviene el amor;
Retírate, lo mejor
Es ver los toros de lejos.
Y él contestó: si el amor
Es fuego, por conveniencia,
En esta edad de inclemencia,
Busco que me dé calor.

—

A UN TUERTO CELOSO.

Fuertes celos te devoran
Por tener un ojo abierto;
Ojos que no ven no lloran,
Dicen: y es refran mui cierto.
Pues bien, piérdelo: cegando
Imita al amor divino;
Lo cual te es fácil, estando
En la mitad del camino.

FABULAS.

EL GATO DELINCUENTE.

Oh crueldad, crueldad ferina!—
Y bien, qué hai?.... una pamplina,
Que el gato de don Benito
Llegó a tragarse un pollito.
Y don Benito que hablaba,
Cuántos de ellos se tragaba?
Uno diario era su plato.
¡Con todo en el pobre gato
Es gula, horrible apetito
Lo que dieta en Don Benito!

—

LA GAVIOTA Y EL CANARIO.

rico estravagante de mi patria
entre rejas de oro a una Gaviota,
ras en jaula de grosero junco
Canario dulcísimo aprisiona.
es sin mas razon que esta, con desprecio
aquella al Cantor y me lo apoca,
harto al fin de humillacion y ultrajes,
eprende por su orgullo a la otra:
ién eres tú? Recuerda que en el rio
no mas andabas con tu tropa
de inmundo alimento, fastidiando
los con tu voz ingrata y ronca.
porque habitas en dorada jaula
quieres presumir de gran señora,
irar con desden y menosprecio
buenas cualidades que me adornan?
ues sabe que yo aquí como en el campo
capaz de encantar a cuantos me oigan,
ú bajo ese techo o por los aires
serás mas que inmunda y graznadora.

Nobles modernos que lograis por suerte
un palacio pasar desde una choza,
ajeis al pobre, porque puede un dia
blar como el Canario si se enoja.

—

LA PALOMA Y EL MILANO.

A cuantos cargos hacia
Al Milano la Paloma
Porque en su zarpa la toma,
Él con burla respondia:
Hija, la culpa no es mia;
¿Si tengo la fuerza en mano,
Cómo no he de ser tirano,
Y en la ocasion abusar?

Así el poder militar
Siempre se muestra Milano.

—

EL MULO Y EL LEON.

Un Mulo vió encima de noble blason
Moznado, sin armas, al rejio animal;
Y dijo a sus solas: Qué engaño! al Leon
En balde tememos, no puede hacer mal.

Creyendo en pinturas al campo se fué,
Sin uñas ni dientes pensando que está,
Y el rei de los bosques apenas le vé
Esgrime las garras y muerte le dá.

Creamos las cosas por nuestro sentir
O mal informados de la realidad,
Y cual la del Mulo veremos salir
Burlada de muerte nuestra necedad.

—

LA LLAMA Y EL ASNO.

La Llama que camina
Erguiendo la cabeza,
Y que aun yendo cargada
No se inclina jamas a ver la senda;
Orgullosa por verse
Tan gallarda y derecha,
Al flaco y débil Asno
En Bolivia atacó de esta manera:
No puedo ver que vayas
Con la cabeza en tierra,
Agobiado de un peso
Que puedes sin dolor llevar a cuestas.
¿Por qué de mí no aprendes
Que marcho siempre recta,
Dando a todos ejemplo
De arrogancia, donaire y jentileza?
Porque mi carga es doble,
Responde con modestia
El otro (¡escepcion rara,
Entre borricos uno sin soberbia!)
¿Qué importa eso, interrumpe
La Llama con vehemencia,
Si aunque es doble tu carga
Dobles brios te dió naturaleza?
A proporcion soporto,
Segun mi resistencia,
Igual peso. ¿Qué alabas
Como virtud tu complexion mas recia?
Cuál ciegas, oh amor propio!
Esclamó el Asno; en esas

Razones que me arguyes
Para tu confusion hallo respuesta:
¿Jactarme fuera impropio
De que te escedo en fuerzas,
Pues no es gracia adquirida
Sino disposicion con que naciera?
¿Y a qué otra cosa debes
La gallarda presencia
Que aunque te aflija el peso
Naturalmente y sin pensar conservas?
Si no es a costa tuya,
Si no has hecho violencia
Para vencer un vicio,
Debes hacer alarde de tal prenda?

Luego dirán que el Asno
Es estúpida bestia,
Pero esta vez al menos
Un sabio mejor que él no respondiera.

—

LA ROSA.

Una Rosa clamaba: Oh dura suerte!
Nazco bella, fragante y halagada;
Apenas luzco un sol cuando agostada
Mis galas son despojo de la muerte,
Por la que nombre y esperanzas pierdo:
¡Que hasta el recuerdo
De mí se acaba:
Quien me halagaba
Pronto ha olvidado
Que adorné el prado!

Cual Rosa el esplendor de nuestra vida
Es adulado, efímero, y se olvida.

—

LA VIZCACHA Y LA CHINCHILLA.

Diciendo a la Vizcacha [1] la Chinchilla
Que es la mas infeliz de todos ella,
Pues no tan pronto el cazador la pilla
Que de su piel avaro la desuella;
¿Soi mas dichosa yo? repuso aquella.
¿A mí tambien injusto no me mata
Porque mi carne al paladar es grata?...
Sépase, amiga, que en el mundo todos
Son infelices por diversos modos,]
Y que quien mas lamenta su destino
No ganara en trocar con su vecino.

—

LA LECHUZA, LA GOLONDRINA Y EL CONDOR.

La Lechuza se jactaba
A presencia del Condor
De haber trepado valiente
A una inmensa elevacion,
Sin duda porque a unos riscos
Ajilmente se encumbró,
Dándoles en breve rato
Una vuelta al rededor.
¿Pero ante quién ostentaba
Grandes humos de veloz
Para escalar eminencias?
Y en qué precisa ocasion?
En la de llegar entonces
De los cielos el Condor,
Despues de haber revoleado
Por la azulada rejion,
Y recorrido las cimas
De los Andes, que elevó
A una altura prodijiosa
El infinito Criador.
La Golondrina que oia
Dijo: avechucho simplon,
Calla, que para rastreras
Hemos nacido las dos.
Hablar de medir alturas
Delante de tal señor,
Es vanidad la mas necia,
Que no merece perdon.

Oh! si el Vencejo supiese
Comprender lo que entre nos
Sucede, ¡qué de aspavientos
Hiciera de admiracon!
Delante del mayor sabio
Se alaba el fatuo mayor,
Y habla con mas vanagloria
Que pudiera Salomon.

—

EL CONEJO Y LA ZORRA.

El Conejo se quejaba
De que el Huron noche y dia

1 *Callomis-Viscacia*, J. Geoff. St-Hil y D'Orbi.) mamifero de los llanos de Buenos-Aires.

Contra su vida atentaba;
Y una Zorra que le oia,
Este consejo le daba:

Cúbrete con un pellejo
De Huron; así pasarás
Por el mismo animalejo,
Y amigo íntimo serás
Del que persigue al Conejo.

Desde que dió esta leccion
La Zorra, no hai un bribon
Que no vista como el bueno,
Y que con mérito ajeno
No alcance la salvacion.

—

EL SORDO.

Dijo un sordo: ¿por qué inventan
Que es bullicioso el Cochino,
Cuando tengo en la pocilga
Seis que no meten ruido?
Mienten pues los que tal dicen,
O bien un linaje mismo
No tienen todos los Cerdos,
Pues son callados los mios.
Es de inferir que estos eran
Seis trompetas del Juicio,
Que gruñir como Verracos
Supieron desde mui chicos.

Ved cual ciega el amor propio!
Lo que era falta de oido
En el Sordo, él lo atribuia
A falta de sus vecinos.

—

EL AVESTRUZ Y LA PERDIZ.

Como tiene costumbre de llevar elevado
El Avestruz airoso su pescuezo Delgado,
Y atender raras veces a lo que está en el suelo
Por esparcir la vista con incesante celo
Temiendo que ya el hombre u otro enemigo quiera
Sorprenderle maligno cuando él menos le viera,
En una ocasion de estas a la Perdiz sencilla,
No reparando en ella, hubo de hacer tortilla.
Estábase escondida entre las verdes matas
Sin esperar el golpe de tan tremendas patas,
Y aplastádola hubieran si ella no grita: tente,
Conque vivo fiada en tu ojo solamente
Por su gran vijilancia y sin igual cautela;
¿Vendrá a darme la muerte mi misma centinela?
Importa estar en todo, nada haces con salvarte
Si a quien en tí confia dañas por otra parte.
A lo cual le contesta el Avestruz: amiga,
Aunque es mui afectuosa la amistad que nos liga,
Que yo aprecie mi vida mas que la suya es justo,
Y prevenirlo todo no me permite el susto.

No con tantas cotufas a la amistad gravemos,
Que si pedimos mucho al fin la aburriremos.

—

EL TIGRE Y EL HALCON.

Tendido estaba un Tigre a las orillas
Del rio Paraná como holgazando,
Y un Halcon que le vé de cuando en cuando
Enturbiar con la mano las olillas,
Le dice: cómo! ¿ocioso y en cuclillas
Horas enteras os pasais jugando?
No hai tal, responde el Tigre, estoi cazando
Con mas tino que vos las avecillas.
En efecto el Cuadrúpedo, enturbiada
El agua, echaba afuera muchos peces,
Teniendo así comida delicada.

Nadie obra sin su fin, nadie calcula
Mal en propio interes; si alguno a veces
Demuestra lo contrario, disimula.

—

EL GATO MÉDICO.

Metióse un Gato a médico, en ensayos
Para adquirir la fama de perito
Por poco entierra la gatuna especie,
Pues no mató en sus pruebas por millares
(Admirate, lector), mató por cuentos:
Era el médico aquel una guadaña.
En fin compadecido hace de simples
Varios remedios, en verdad no malos;
Pero el bendito Gato a todo achaque
Da sus recetas sin exámen previo
De las causas, los síntomas o el clima.
Asi fué que un enfermo (a quien de priesa
Debilidad cruel arrebataba
Por no haber encontrado un Ratoncillo)
Toma un récipe de estos, cabalmente
Diaforético activo, y tanto suda
El infeliz paciente, que a la hora
De pura inanicion perdió la vida.

Hasta hoi tenemos por acá vijentes,
Hechas por los Alonsos y Fernandos
Muchas leyes así, que al aplicarlas
A infinitos perdieron en la prueba.
Como no se dictaron ni se innovan
Atendiendo a las épocas, distancias
Y costumbres del pueblo en donde rijen,
Las aplica seguro un Majistrado
Que se está como el Gato a la rutina,
Y a la una parte sin piedad le espeta
Un fallo destructor, una receta.

RIVERA INDARTE.

(JOSÉ)

D. J. R. Indarte, nació en la ciudad de Córdova del Tucuman el 13 de Agosto de 1814; pero habiéndose trasladado su familia a Buenos Aires, se educó en esta capital, en la cual estudió hasta concluir el curso de leyes que se dicta en su Universidad. En 1834, estudiante todavia, se dió a conocer con la publicacion de un opúsculo.—«El voto de América»—con el cual logró persuadir de las ventajas que traeria a la riqueza del Rio de la Plata, el abrir sus mercados y puertos a los productos y bandera de España.

Desde algunos años atras, estaba Indarte complicado en la politica oscura y personal de los «Restauradores:» quien conozca esta politica, no estrañará que cayese aquel (inocente pero horriblemente calumniado) en calabozos y en pontones de donde no pudo salir, a pesar de recomendaciones de valia, sino por mar, y en rumbo a paises estranjeros. Mediante la prision rehizo Indarte sus estudios, robusteció sus ideas con nuevas y asiduas lecturas y cobró amor a la poesia dándose a versificar al mismo tiempo.—«El cristiano Preso,» composicion a que pertenecen las dos estrofas siguientes, es de aquella época:

Anima al corazon dulce esperanza,
Y una luz de los cielos descendida
Abuyenta de mi carcel denegrida
El lúgubre capuz.

Lejos de mí rencores y venganza:
Es tu instrumento el brazo del tirano;
No puedo aborrecer al que es mi hermano;
Perdónalo Jesus!

Indarte pasó su destierro en Norte-América y en el Brasil, siempre estudiando y escribiendo: a bordo de una embarcacion, a la luz de la bitácora, convaleciente de una enfermedad cruel, escribió en los mares mejicanos varias de las poesias que publicamos

En Julio de 1839, se hizo cargo de la redaccion del «Nacional,» periódico de Montevideo, en el cual, mediante seis años combatió dia a dia la marcha politica del gobernador Rosas. Las tendencias de aquel periódico y las miras del partido a que pertenecia su redactor, aparecen del siguiente párrafo, copiado del núm. 513. «Nosotros trabajamos, porque los derechos del hombre sean efectivos; porque el sistema representativo sea una realidad; porque todos concurran a la formacion de la lei por la libre eleccion, a la administracion pública por actos arreglados a una constitucion y a las mejoras de los elementos de bienestar: por la renovacion periódica y progresiva de los administradores y la correccion de los abusos por el libre ejercicio de la libertad de escribir y de pedir »

Este periódico bastaria por sí solo para fundar la reputacion de un hombre; pero, Indarte, incansable en el trabajo y fecundo en ideas, produjo a mas, muchas otras obras, panfletos, poemas etc. todos interesantes y que sobrevivirán a la jeneracion actual. Rendido por la tarea y la lucha, murió de una enfermedad al pulmon en la noche del 19 de Agosto de 1845, en la isla de Santa Catalina.

Rivera Indarte era modesto porque tenia mérito real: nunca se creyó poeta y desconfió de la aceptacion que pudie-

ran tener sus versos: creia, sin embargo, que la poesía era una fuerza que puede encaminar los espíritus al bien, y que ella debia «tener una mision de castigo y de premio y no perderse en el platonicismo de las ideas, o en la «espiritualizacion del amor:» — Al coronarse el actual Emperador del Brasil D. Pedro II, le dedicó Indarte un canto, no para adularle, sino para dirijirle elevados consejos, atreviéndose a pedirle la emancipacion de los hombres negros, esclavos en sus dominios:

> «Rompe la vil cadena
> Que a esa raza embrutece:
> Toda opresion condena
> El que a Dios obedece;
> Porque en la cruz del Gólgota
> Al espirar el hijo,
> «Selle mi sangre, dijo,
> Del hombre la igualdad.»

Habiéndosele dicho (segun su biografo [1]) que un poeta republicano se degradaba cantando a un monarca, contestó: «El poeta filósofo acepta la inspiracion, ya venga del solio o se levante de la cabaña: en el rei y en el mendigo considera a la humanidad, y sin pretender cambio en las formas esteriores que le dan la fortuna o las leyes, sola a ella tributa el fruto de su musa.» —

Las poesías de Indarte, se hallan en las voluminosas colecciones de los periódicos que redactó; por consiguiente no podemos poseerlas todas: publicamos las mas interesantes entre las poquísimas que tenemos a nuestra disposicion.

EL ROSARIO.

Cara memoria de mi tierna madre
Del pecho nunca te sabré apartar;
Su mano un dia en él te colocára
Como a infalible y santo talisman.

A mi frente sus lábios se juntaron,
Y su llanto corriendo por mi faz,
Alzó la diestra en nombre del Eterno
Y pronunciò su bendicion de paz.

Peregrino en el mundo desde entonces,
Miro horrísono el trueno retumbar,
Y el rayo descender a los palacios
Y a mi mansion humilde respetar.

Sin duda por tu influjo misterioso
La proteccion se alcanza celestial:
Das en la vida amparo, y en la muerte
La aureola de los justos inmortal.

Cuando Satan el libro del pecado
Gozoso lleve al juicio divinal,
Tú borrarás sus pajinas horribles,
Y el fiel de la balanza inclinarás.

La vez que tus palabras pronunciamos,
Suspende el purgatorio su penar,
Y las míseras almas que allí habitan
Cercano ven el término a su mal.

Antes que venga de la noche el jenio
Con su vuelo mis ojos a cerrar,
Mi corazon contempla enternecido
Esta dulce reliquia maternal.

Y despues.... a otro mundo trasladado,
Junto a mi tierna madre creo estar,
Veo a un ánjel de luz sobre su frente,
Alas de oro y de nieve desplegar.

---

1 El coronel de artillería D. Bartolomé Mitre. «Biografía de D. J. R. Indarte — escrita por encargo especial del Ministro de gobierno y relaciones esteriores de la República Oriental del Uruguay.»

EL REI BALTASSAR.

(MELODIA HEBRAICA.)

Mane, Thecel, Phares.

En el impio festin
El rei Baltassar estaba,
Con la corona en las sienes
Y sobre un trono de plata.
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grei,
Se postraba y esclamaba:
Gloria al rei!

De Israel los vasos de oro
Que se trajeran mandaba,
Y en ellos el vino beban
Sus concubinas amadas.
De orgullo y lascivia lleno
Sus ricos mantos desgarra,
Y en la desnudez hermosa
Su disolucion halaga.
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grei,
Se postraba y esclamaba:
Gloria al rei!

—«Los verdes ojos del rei
Parecen dos esmeraldas,
La púrpura de la rosa
Sus rojos labios no iguala.»
—«Dichosa la vírjen bella
Que oye sus dulces palabras;
Dichosa la que en sus brazos
De amor el aliento exhala.»
—«Prudente y sabio es el rei,
Justicia tan solo manda,
La tierra adora sus leyes,
Ventura eterna le aguarda.»
—«Qué vale el Dios de Israel
Contra el poder de su espada!
De los míseros judíos
Cuál es la triste esperanza!
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grei,
Se postraba y esclamaba:
Gloria al rei!

En esto una horrible mano
Sobre la pared grabára,
Sentencia que nadie entiende,
Y el rei Baltassar temblaba.
Era *Mane, Thecel, Phares*,
La inscripcion de la muralla,
Y al rei, la corte y el pueblo
Terror de muerte causaba.
A sus magos les pregunta:
«Qué dicen esas palabras?»
Y ellos responden confusos:
«Nuestra ciencia no lo alcanza.»
La reina entonces le dice:
«Llama a Daniel, a que aguardas?
Es hombre de Dios querido,
Y en él tu padre confiaba.»
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grei,
Se alejaba y esclamaba
Ai! del rei!

—«Si aclaras este misterio
Que a mi corazon espanta,
Segundo te haré del reino
Y vestirás escarlata.»
—Triste mortal qué me ofreces
Cuando a tí todo te falta?
En esa inscripcion yo leo
«Tú vas a morir *mañana.*»
En esa inscripcion yo leo
El Moro y Persa *mañana*,
Se dividirán tu reino,
Las riquezas de tu casa.

Pues blafemaste de Dios,
Tu triste huesa *mañana*
Del último de tus siervos
Será con desprecio hollada....
El gozo de los tiranos
Es cual fosfórica llama,
Que en la noche tenebrosa
De las tumbas se levanta.
Solo un momento es la tierra
De sus caprichos esclava,
Pero él pasa y sus verdugos,
Son polvo, gusanos, nada.
En tanto al mísero rei
La pena y terror desmayan,
Busca a los suyos y encuentra
Solo a Daniel que le hablaba;
Pues damas y cortesanos
Y toda la sierva grei,
Se alejaba,
Y esclamaba:
Ai! del rei!

—

MI PROMESA.

SONETO.

Del abierto bajel la rota quilla
Consagra al cielo el triste naufragante,
Que la furia del piélago espumante
Logró evitar en la cercana orilla.
Del hado injusto embota la cuchilla,
Sosten, Señor, mi esfuerzo vacilante;
Te ofrece tuya ser en adelante,
Esta alma que el dolor hoi amancilla.
Ya no será mi corazon despojos,
Ingrato Amor, de tu mentido encanto,
Fosfórica vision de barro inmundo:
El llanto que derraman estos ojos
Solo al pié correrá del leño santo,
«En que espirára el Salvador del mundo.»

EL PAJARO DEL MAR. [1]

Aquella noche de memoria ingrata
Mar y cielo entre sombras ocultó,
Solo una estrella a ratos despedia
Por entre nubes pálido fulgor.
De las rujientes olas azotada,
Luchando con el viento bramador,
La nave de los hijos de Colombia
Audaz el ancho piélago surcó.
El bronce que las horas acompaña,
La fatídica décima anunció,
Y el blanco paño del bajel soberbio
La estrella solitaria reflejó:
Sobre el árbol mayor deforme objeto
El nauta absorto entonces descubrió;
Era un oscuro pájaro selvático,
Que reposo o asilo allí buscó.
Tan estraña vision en aquella hora
Llenó mi alma de súbito terror;
El espíritu errante ver creia
De alguno que en las ondas espiró.
Era tal vez un ave peregrina
Que la tierra estranjera abandonó,
Para gozar en los nativos valles
La gloria con que el Mayo los vistió.
Horrible idea el fiero nauta tuvo
Y la muerte del ave decretó,
Su bárbara impiedad yo le afeaba,
Ni ruegos, ni reproches escuchó.
El plomo despidió su arma funesta,...
Un jemido en los aires resonó,
Y con sangre las velas salpicando,
Sin vida, al mar, el pájaro cayó.

1 Estos versos fueron escritos en los mares del norte de América. (El A.)

No dejará sin pena tal delito
Aquel Uno, invisible vengador:
Yo vi ¡ay! rojo fuego levantarse
En el lugar do el pájaro murió.

Calmó el viento y las olas se aquietaron
Y el marino su hazaña celebró:
Necio contento! a veces la venganza
Es mas cruel si dilata su furor.

LA DONCELLA LOCA.

Vertiendo acerbo llanto
Vaga una virjen bella,
Y de mortal quebranto
Lleva profunda huella
Sobre su rostro pálido,
Cuál deshojada flor.

Doliente y enlutada
Tres lustros no ha cumplido,
Y ya desconsolada
Del mundo ingrato ha huido,
Y en el sepulcro busca
Remedio a su afliccion....

En vano la doncella
Con anhelantes ojos,
En su dolor mas bella,
Buscaba los despojos,
Del jeneroso jóven
Que su alma cautivó.

No halló de sus amores
La tumba ensangrentada,
Y las funereas flores
De sí lanzó angustiada,
Y entre sus labios áridos
Sonó una maldicion.

Y aquel virjinal seno,
Robada su esperanza,
Jirar sintió el veneno
De la hórrida venganza,
Y pronunció de muerte
Un juramento atroz.

Allá en la noche cruza
Por la ciudad dormida:
Puñal oculto aguza
Demente y dolorida,
Y un corazon acecha
Por otro que perdió.

—1841.—

A........ EN SU NATALICIO.

De tu natal en el dichoso dia
Quisiera poseer mi fantasía,
Para ceñir tu frente una corona;
No orlada con el mirto de Helicona,
Ni con las flores que apetece el mundo
Y que marchita el viento en un segundo.

No de opaco laurel, ni de oro o plata
Que el ansia aumenta y el contento mata,
Ni de rubí, topacio y esmeralda
De blancas perlas o brillante gualda,
Ni de buscada piedra de Golconda
Que el ojo alegre y un tesoro esconda.

Una aureola mi afecto pide al cielo
Que ajar no pueda de la muerte el hielo,
Do se mire enlazada la esperanza
Con el bien anhelado que ella alcanza,
Y en bella forma esten entretejidas,
De Maria las preces bendecidas
Y los maternos besos. y de un niño
El pensamiento puro cual armiño;
Y con el *sí* de amor que da la esposa
La lágrima de virjen piadiosa.

El incienso del ara, y el jemido
Que exhala el pecador arrepentido,
Con el ruego que un martir espirando
Eleva a Dios por su verdugo infando.

La bendicion paterna, y la harmonía
Que inunda el templo en un solemne dia;
Cristalizando en modo caprichoso
Los suspiros del triste y del dichoso.

De estas joyas formando una corona
Cuando el sol brilla en su plateada zona,
En tu natal tu frente ceñiria,
Y esa corona eterna brillaria.

—1840.—

EULOJIA PEREZ.

Murió la Vírjen de las dulces horas,
De la belleza la dorada flor:
Iba a ser tuya, jóven que la lloras,
Y alma del cielo se elevó hasta Dios.

En los senderos de la ingrata vida
Como ilusion de tierno frenesí,
Como la perla en arenal perdida,
Brilló y su lampo al esconderse ví.

Y la luz de sus ojos esplendente,
Suave como la estrella matinal,
Y los rubios cabellos de su frente
Cual oro y seda en su garganta ondear:

Jentil y pura como el alba hermosa
Para hechizar el corazon nació,
Y de su boca de jazmin y rosa
Para verter palabras de pasion.

Y era santa, inefable su sonrisa,
El perfume que suelen exhalar
Las flores ajitadas por la brisa
Que ha mojado sus alas en el mar.

Hija sensible, cariñosa y pía,
La corona de esposa le ofreció
El ánjel de la ardiente simpatía,
De los santos amores precursor.

Y la idea querida que atesora,
Bañó su rostro en cándido rubor,
Presente siempre la dulcísima hora
En que su seno palpitó de amor.

Pero con ciegas iras
La despiada muerte,
En su cabeza jóven
Vapor de tumba vierte,
Y desfallece y arde
La vírjen infeliz.

Y su cabello hermoso
Al punto dividido,
No ondea ya en su cuello:
Joyel de amor perdido,
Aroma que sus hojas
Rinde entre polvo vil.

En el solemne trance
No le amedrenta el ceño
De enfermedad terrible:
El encantado ensueño
De sus amores cándidos
Le encubre su dolor.

Y entre ilusiones flota
Su mente delirando,
Piensa que el sol para ella
Sus rayos derramando,
Brilla con la luz plácida
Que alegra el corazon:

Y que guirnalda pura
De azahar ciñe su frente,
Y que su amor de vírjen
Trémula, balbuciente,
Ofrece a su adorado,
Del ara en el dintel.

Pero con soplo frijido
La realidad auyenta
Las ilusiones de oro
Que su pasion inventa,
Y la doncella mira
Su porvenir cruel.

Férvido *adios* entonces
Envia resignada
A sus llorosos padres,
A su familia amada,
Y a su adorado, lánguida
Dice tambien *adios*.

Por su ventura ruega
Pero la idea impía,
De que otro amor su pecho

Pueda abrigar un dia,
La aflije y al delirio
Torna de su pasion.

En su blanco ataud como dormida
La mira el pueblo con doliente faz,
Y no puede creer que de esta vida
Se ha desceñido el velo funeral.

Y del templo en la cúpula está ella
Transformada en celeste querubin,
Mas que en el mundo fascinante y bella
Sus ecos une a la oracion de allí.

Y las nítidas lágrimas recoje
Que a su memoria vierte la amistad,
Las preces de las vírjenes acoje,
Manda a sus pechos bálsamo de paz.

Las que vais a gustar santos amores
A Eulojia un pensamiento consagrad,
Y con guirnaldas de arjentinas flores
La cruz de su sepulcro coronad.

— Montevideo, Diciembre 19 — 1842. —

A....................

(VERSOS ESCRITOS EN EL GOLFO MEJICANO.)

En las ondas azules, ajitadas,
Cuando el austro amenaza tempestad,
El riesgo olvido de mi frájil nave,
Solo pienso, mi bien, en tu beldad.
Ruega por mí, ferviente y piadosa
Al que rije la tierra, el viento, el mar;
De tus santas plegarias conmovido,
Mi delincuente vida salvará.
Este secreto impulso que me arrastra,
Ácia tu ser hermoso, celestial,
No es el amor profano de este mundo,
Misterio es de pasion y de piedad.
Suele buscarte mi alma enardecida
En el éter del aura matinal,
En el cielo de un sol que se despide.....
No en el grato recinto de tu hogar.

Antes de verte, hechizo de mi vida,
Mi triste corazon era un volcan,
Y en su lóbrego centro se ajitaban
Fiera ambicion, venganza funeral.
Crudos embotes de civil discordia
Lauro sangriento, aplauso popular,
Eran objetos que a mi pecho hacian
De esperanza y de gozo palpitar.
Te ví, y amé el perfume de los campos,
La pureza de un pecho virjinal,
El rio que se esconde entre las flores
En un infante el beso maternal.
Hoi ya no cruzo el piélago espumoso
Tras de una gloria de placer falaz;
Corro a tus brazos.... a mi opaca frente
Una lágrima tuya animará.

LA CINTA VERDE.

A.............

Deja mi pecho ingrato desconsuelo
Que ya volvió mi plácida ilusion;
Hoi con un ánjel descendió del cielo
La cinta verde de inmortal color.

Ella un misterio de piedad me envia,
Una esperanza de futuro amor:—
De mi victoria el lauro será un dia
La cinta verde de inmortal color.

Si en el combate una enemiga lanza
Vuela a mi seno con mortal rigor;
Me escudará del golpe a la pujanza
La cinta verde de inmortal color.

En negra cárcel o en hogar suntuoso
Adornará mi amante corazon,
De mi firmeza símbolo glorioso
La cinta verde de inmortal color.

Y si al que osado tu belleza adora
Rindes la fé que debes a mi amor,
Con muda lengua te dirá: «traidora!»
La cinta verde de inmortal color.

Junto a la cruz de mi funérea losa
Como reliquia de amoroso ardor,
Pueda ocultarte mano piadosa
Oh! cinta verde de inmortal color.

LA LECHUZA.

Si miro al mar, mil sombras considero,
Si al cielo miro, sangre me parece
Su velo azul, si al aire lisonjero,
Aves nocturnas son las que me ofrece.
CALDERON.

Desde aquel dia en que cayó a mis plantas,
Bañado en sangre mi infeliz rival,
Una vision horrible me persigue,
Y ni un momento ceso de penar.

Temblando Elvira me estrechó en su seno,
Pero al querer mi triunfo coronar,
Sobre el purpúreo lecho damasquino
Ví una negra lechuza revolar.

Huyendo esta vision que me atormenta
Mil apartados climas recorrí,
Y ya tranquilo mi ajitado pecho
La antigua llama renovar sentí.

Ciego de amor y de esperanza, al puerto,
De mi patria a la playa me volví,
Salté al esquife, y circular mi frente
Al ominoso pájaro yo ví.

Llega la noche, y si mis tristes ojos
Plácido sueño llegan a gozar,
Tres veces silba el monstro que me asedia,
Y la bóveda cruza sin cesar.

En la vecina iglesia una campana
Lúgubremente empieza a resonar,
Crecen las sombras, y repite el eco
Un lejano jemido sepulcral.

Ya de Elvira la imájen he olvidado
Pero constante vive mi dolor,
Y del ave nocturna a todas horas
Suena en mi oido el fúnebre clamor.

Este ser que la sangre ha producido
Que derramó mi criminal furor,
Jemirá eternamente mientras dure
De mi espíritu el pálido fulgor.

OJOS HERMOSOS LLORAD POR MI.

En vano al viento doi mi querella
Sin esperanza muero de amor,
Ayer mi vida tan dulce y bella
Y hoi desgarrada por el dolor!
Piedad os cause mi amarga pena,
Pues sois sensibles y yo infeliz:
Turba una sombra mi luz serena....
Ojos hermosos llorad por mí.

Es la que adoro la suave aroma.
El ánjel puro que envia Dios:
Cuando a la tierra su frente asoma
Se ajita plácido el corazon:
Negros cabellos y tez de nieve
Y labios rojos como carmin,
Y cual la palma graciosa y leve ...
Ojos hormosos llorad por mí.

Entre pestañas negras y hermosas
Sus ojos brillan de amor volcan,
Y sus palabras son armoniosas
Como las auras que besa el mar:
Pero a mis ansias es siempre muda,
O no comprende mi frenesí:
Aquí en el pecho.... tengo una duda....
Ojos hermosos llorad por mí.

De amor habléla tan solo un dia,
Y ella me dijo con triste voz:—
«Me aguarda pronto la tumba fria
Y a mis umbrales vela el dolor.»
Si así lo ha escrito la dura suerte
Aborrecible me es el vivir,
A ambos nos hiera la misma muerte....
Ojos hermosos llorad por mí.

Si tú me amas benigno el cielo
Tu vida bella prolongará,
Muere la rosa de ingrato suelo
Bajo las alas del vendaval,
Pero su furia firme resiste
Y crece altiva triunfando al fin,
Si amiga mano contra él la asiste. ..
Ojos hermosos llorad por mí.

Mirarme suelen sus lindos ojos
Y por mis venas corre el placer.
Mas huyen luego, ardo en enojos
Que su luz pura la torna cruel.
Es mi enemigo. .. que tambien la ama....
Quizá dichoso cual yo infeliz!
Crímen de sangre mi pecho inflama:....
Ojos hermosos llorad por mí.

Nunca esta angustia la dirá el labio
Que tiemblo mísero de su rigor,
No la castigue cual torpe agravio
De eterna ausencia con pena atroz.
¿Qué importan dudas! si yo te miro
Mujer que ocultas al serafin,
Y hasta tu aliento dulce respiro......
Ojos hermosos llorad por mí.

—1843 —

HOJAS DE UNA GUIRNALDA.

Un año mas se cumple hoi
Que a la tierra mandó el cielo
La flor que anhelando estoi
Y que es delícia del suelo.
Dichosa! porque los años,
La engalanan con primores,
Y ni la traen desengaños,
Ni la aflijen con rigores.

—

Cuando en su seno el Otoño
Ostenta su fausto dia,
Parece jóven retoño
Que a los vientos desafía.
Y resplandece mas bella
Y su intelijencia alta,
Como la palma descuella,
Como el águila se exalta.

—

Sin duda en la hora dichosa
Que ella tuvo nacimiento,
Visitó una esfera hermosa
De un ánjel el pensamiento.
Sin duda fueron felices
Dos flores cuyo perfume,
Cuyos dorados matices,
Un rayo de sol consume:
O al jirar por los espacios
Dos astros en harmonía,
De sus ejes de topacios
Se escuchó la melodía:
O a dos perlas Orientales
De sus májicos colores,
Sobre lecho de cristales,
Vistió el alba con amores.

—

Los años en mi cabeza,
Hondas huellas van abriendo,
Mi planta en el mal tropieza,
Mis ensueños veo huyendo:
Perdida sin horizonte
Navega mi triste vida,

Cuando descubre algun monte
En él ve la muerte erguida.
Y mi corazon palpita
Con profundo desconsuelo:
No hai quien sepa que lo ajita,
No hai quien comprenda su duelo.
Pero si te canto, hermosa,
Todas mis penas olvido,
Cual la tórtola llorosa
Si canta su bien perdido.

—

¿Quién pudiera tus deseos
Uno a uno adivinar,
Y con rosas siempre frescas
Tu cabeza coronar?
¿Quién pudiera a tus umbrales
Como esclavo tuyo estar,
Y de tus ojos la lumbre
A todas horas gozar?
Quién el guardian de tu sueño
Lo pudiera contemplar,
Y los latidos dulcísimos
De tu corazon contar?
¿Quién pudiera de tu boca
El rezo santo escuchar,
Que al cielo elevas ferviente
De la aurora al asomar?
¿Quién pudiera a tu destino
Su destino encadenar,
Y como madre a su niño
Sobre tu dicha velar?

—

El porvenir sin misterio
Es para tí virjen bella,
En él constante el imperio
Será de tu blanca estrella.
Tú siempre tendrás quien te ame,
Quien al nombrarte suspire,
Quien en su dolor te llame,
Quien con encanto te mire.
Que eres bendicion del cielo,
De poetas ilusion,
Jazmin que no amustia el hielo,
Dulce iman del corazon.

—Montevideo, Mayo—1844.—

EN UN ALBUM.

Pájina frájil símbolo de olvido,
En tí quiere tu dueño que yo grabe
Mi oscuro nombre a su amistad querido.
No importa, no, que tu existencia acabe,
Que mi nombre en su pecho está esculpido,
Pájina frájil, símbolo de olvido.

—1840.—

A UN AJIOTISTA.

.. Coeur de tigre et tête de mulet.
BARTH. ET MERY.

De cuerpo burdo, en la paciencia bruto,
Villano en el querer, sierpe en malicia,
Enjendro de delito y avaricia,
Demonio aleve de matanza y luto.
La guerra soplas con rencor astuto,
Y es la horrible discordia tu delicia,
Que apagada la antorcha de justicia
Cosechar puedes de maldad el fruto:
Del cielo y de los hombres maldecido,
De parientes y amigos y de hermanos
Al dolor insensible y al lamento,
Sobre tumbas de suelo enrojecido,
En convulsivo afan cuentan tus manos
Precio de tu perfidia oro sangriento.

—1841.—

FRAGMENTO DE UN POEMA A MAYO.

Suena el clarin, de América campeones,
La que es colonia quiere ser nacion;
Relinchan de la guerra los bridones:
¡Gloria al azul y blanco pabellon!»

Entre Europa y América, lindero
De mar profundo puso el Hacedor,
Salvóle el jenio de la España fiero
Y la cruz en los Andes enclavó;
Y bajo el soplo de ambicion cruenta
Cayó el imperio idólatra del sol:
Sobre él cristiana una nacion se ostenta:
Ya terminó de España la mision.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

El campo labra nuestro corvo arado,
Vencido el toro a nuestra fuerza, es buei,
Y el ingles en batallas avezado
Sus armas ha rendido a nuestos pies.
Doctores, vates, próceres tenemos,
Luz de la ciencia del Estado honor,
Ciudades, puertos, minas poseemos
Y un varonil altivo corazon.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Un pueblo somos de otro pueblo esclavo,
Entre los siervos abatida grei:
Tal afrenta borremos! el que es bravo
No consiente en su casa estraño rei.
Bellas como los ánjeles del cielo
De nuestra patria las mujeres son;
Pero al mirar un español al suelo
Bajan los ojos con servil temor.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Grandes, obispos, jueces, jenerales,
A nuestras playas nos arroja el mar;
Nobles son y señores principales,
Vosotros un rebaño que les dan.
Indio! por qué derramas triste lloro?—
—Me envian al horrible socavon
A do murió mi padre.... a sacar oro,
Oro que a España llevará el Galeon.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Sangrienta ha sido por demas la historia
Del indio, presa del hispano audaz;
Olvidemos tan hórrida memoria
Que a nuestros padres Dios ha de juzgar.
De verdugo y de víctima nacidos,
De la paloma y gavilan voraz,
Por qué encerrarnos en oscuros nidos
Si a los vientos podemos desafiar?

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Misero negro al África robado,
Encara firme el matador fusil;
De tu esposa en el vientre, condenado
Estaba tu hijo a servidumbre vil.
Doble falanje de tus amos viene,
Hiérela osado, venga tu baldon;
Sobre su esclavo un déspota no tiene
Sino de orgullo y crímen la ilusion.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Vuestros harapos, gauchos del Oriente,
Trocareis por la gala carmesí,
Recamada de plata reluciente,
Que ostentan esos sátrapas allí.
Sus! a la carga con la lanza fija,
Nada detenga el rápido corcel,
Entre el monton vuestro rencor elija
La sangre odiosa que ella ha de verter.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Esa servil mesnada que se avanza
A vuestro intento apoda de traicion,
Mostrad que quien combate lanza a lanza
Es leal adversario, no traidor.
No os apiadeis! que caigan esos cuellos
Bajo del sable, al filo del puñal:
Ved que cuelgan en trenzas sus cabellos,
Son asideros que la muerte os dá.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Cadalso en esos muros ominoso,
Para el vencido preparado está,
Y laurel al que en ellos animoso
Logre el patrio estandarte tremolar.
Ea! a la carga, rotas sus lejiones
De la llanura en la tremenda lid,
En salva estrepitosa esos cañones
De anuncio a nuestra gloria han de servir.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

Y despues de esta guerra vencedores,
Alzaremos el templo de igualdad:
Habrá pueblo, no plebe ni señores,
Y ara el trono será de libertad.
Y tú ¡oh mi patria! entre los pueblos bella
De dicha y de virtud serás mansion,
Cual en opaco cielo nueva estrella
De misterioso y plácido esplendor.

«Suena el clarin, de América campeones etc.

—1841.—

SALAZAR.

(JOSÉ MARIA)

El Sr. D. J. M. Salazar (Neo-granadino) fué plenipotenciario de Colombia en los Estados-Unidos, por los años de 1826. Al año siguiente, obtuvo el nombramiento de Ministro de la Alta Corte de Justicia en Bogotá, cargo que no desempeñó, pues a fines de 1828, partió desde Nueva York para Europa. Murió en Paris.

El redactor del «Museo de Ambas Américas,» en el tercero de sus artículos sobre las «Delicias y ventajas del estudio,» coloca al Sr. Salazar, entre aquellos injenios americanos que han producido injeniosas o bellas composiciones en distintos jéneros de poesía. Al mismo distinguido literato debemos el conocimiento de la siguiente cancion, la cual, entre otros méritos, tiene la de ser uno de los primeros cantos de la independencia.

CANCION NACIONAL.

CORO.

«A la voz de la América unida
»De sus hijos se inflama el valor;
»Sus derechos el mundo venera,
«Y sus armas se cubren de honor.»

Desde el dia que en este hemisferio
De la aurora la gloria brilló,
Vivir libre juró nuestro pueblo
Convertido de esclavo en Señor.
Este voto del cielo inspirado
A la faz de la tierra ofreció;
Con placer las naciones le oyeron,
Los tiranos con susto y pavor.

CORO

Tú primero, inmortal Venezuela,
Dar supiste el ejemplo y la voz;
Y con gloria la Nueva Granada
Sus cadenas al punto rompió.
Buenos-Aires y Chile a porfía
Se disputan el mismo blason,
Y hasta al suelo del Méjico hermoso
Libertad comunica su ardor.

CORO.

Se conmueven de júbilo y gozo
Las cenizas del digno Colon,
Y los manes de príncipes tantos,
Cuyo trono la Iberia usurpó.
Ya revive la patria querida
De los Incas, los hijos del sol,

El imperio del gran Motezuma
De los Zipas [1] la antigua nacion.

CORO.

Héroes indios, la América toda
Os saluda con himnos de amor,
Y os ofrece por justo homenaje
Roto el cetro del cruel español.
Y vosotras ¡o víctimas caras!
Que el cadalso del yugo libró,
Viendo el fruto de tal sacrificio
Descansad en la eterna mansion.

CORO.

A los aires se eleva triunfante
De la América el fiero Condor,
Y a su vista le mira abatido
De la Iberia el soberbio Leon:
Ya no ruje cual antes solia,
El aliento primero perdió,
La melena sacude sin brío,
Falto ya del antiguo vigor.

CORO.

Nada importa que en vez de la fuerza
Ponga en juego la infame traicion,
Y que el fin de su imperio señale
Con escenas de muerte y horror.
Los despojos, las ruinas, los pueblos
Que la llama enemiga abrasó,
Nos escitan a justa venganza,
Y nos hablan con mudo clamor.

CORO.

Esto es hecho! La América al orbe
Se presenta cual nueva nacion,
La barrera del vasto oceano
De dos mundos impide la union.
Adios trono, ministros, validos,
Instrumentos de vil opresion;
Bendiciendo la mano divina
Os decimos el último adios.

CORO.

—1815.—

---

1 Los *Zipas*, príncipes indíjenas de Bogotá, eran tributarios de los jefes de los famosos Muiscas, nacion poderosa que habitaba en las llanuras de Cundinamarca.

En un núm. reciente del «Dia de Bogotá» hemos leido una composicion poética al «Tequendama,» en la cual el jóven autor (de cuyo nombre solo conocemos las iniciales) apostrofa así a los sitios en donde imperaron los «Zipas.»

Mas, dónde están ¡o rio! aquellos pueblos
De esta rejion antiguos moradores?
Qué se hicieron los Zipas triunfadores
Que se asentaban sobre el trono de oro,
Y que padres mas bien que augustos reyes,
Sonriendo con delicia y frente leda,
De paz y amor dictando iguales leyes,
Cual se gobierna a una familia, al pueblo
Con el cayado patriarcal llevaban
Cual con riendas de seda?
¿En dónde el templo en láminas de oro
Resplandeciente al sol? ¿A qué comarca
Trasladaron las aras en que ardia
El aroma suavísimo, entre el coro
De voces virjinales noche y dia?
Dónde Aquimin, el Bogotá, el Tundama?
A dónde el Santo Sugamuczi? ¿a dónde?—
Tu trueno asolador como un lamento,
Es la voz sola que a mi voz responde.....

SANFUENTES.

(SALVADOR)

El Sr. D. Salvador Sanfuentes nació en Santiago de Chile, el dia 2 de febrero de 1817, en cuyos colejios se educó hasta recibirse de abogado en Mayo de 1842.—Desde 1835, seguia la carrera de los empleos obteniendo el de Secretario de legacion al Perú en 1836, el de oficial mayor del Ministerio de Justicia y el de Secretario jeneral de la Universidad en 1837. Fué diputado por Vallenar y Freirina en la última cámara.

El Sr. Sanfuentes servia desde Abril de 1845, el importante cargo de Intendente de Valdivia, cuando fué llamado a integrar el Ministerio de Setiembre en el departamanto de Justicia, Culto e Instruccion pública.—

El Sr. Sanfuentes ha dicho en una carta confidencial: «Para mí la posía es la primera de las artes. Me reconozco deudor a la Eneida de Virjilio, a la Araucana de Ercilla y a las trajedias de Juan Racine del entusiasmo que desde mi primera juventud concebí por ella.» Fruto de este amor es el poema «El Campanario», algunos rasgos publicados en el «Semanario,» y otros trabajos de importancia que permanecen inéditos en poder del autor.

EL CAMPANARIO.

LEYENDA NACIONAL EN TRES CANTOS.

PROLOGO.

Grave asunto es escribir
Para el público un poema:
Cosa dificil un tema
Que a todos guste, elejir.
Unos lo serio prefieren,
Otros aman lo jocoso,
Estos estilo pomposo,
Aquellos humilde quieren.
Yo que acometer intento
Empresa de tanto azar,
Casi siento al empezar,
Sucumbir mi atrevimiento.
Porque sé que para el chiste
Vale bien poco mi musa,
Y casi siempre confusa
A encumbrarse se resiste.
De llorar se cansa a veces,
Y de describrir pasiones,
Y entre sus inspiraciones
Vierte a menudo sandeces.
Pero sé tambien, Chilenos,
Que si nunca comenzamos,
Campo vastísimo damos,
A los dicterios ajenos.

Ya sabeis lo que nos dice
Un periódico perverso,
Que no ha producido un verso
Nuestro caletre infelice;
A pesar que nuestro hermano
Mas estrofas ha medido,
Que lagrimones vertido
Por el monte y por el llano.
Sabeis tambien que induljentes
Serán con nuestros ensayos
Ciertos benéficos ayos
Que quieren hacernos jentes.
¿Qué tememos, compatriotas,
Con tan franco pasaporte?
Ea ¡que no hai quien nos corte,
Ni diga: «Callad idiotas!»
Si no sabemos hablar,
Inventemos un lenguaje;
Todo lo vence el coraje,
Y se trata de empezar.
Por mi parte, he de deciros
Que aunque sé que nada valgo,
A vuestra cabeza salgo
Deseoso de redimiros
De ese temor que encadena
Vuestras mentes embotadas
Por reglas ya desterradas
Del recinto de Hipocrena.
¿No somos libres hoi dia?
¿No hemos hecho mil pedazos
Los ignominiosos lazos
De la hispana Monarquía!
Y formando a nuestro modo
Un gobierno democrático,
¿No hemos con grito simpático
Dicho que el pueblo lo es todo?
Pues ¿por qué en literatura
Sufrimos un yugo exótico,
Y ese vestijio despótico
Entre nosotros aun dura?
¡Vamos, vamos! que es en suma
Preciso ser consecuentes,
Y hacernos independientes
Con la espada y con la pluma.
Escribamos sin preceptos,
Cuanto a las mientes nos venga,
Y ninguno se detenga
A meditar sus conceptos.
Si le falta el consonante,
En el sitio requerido,
Hágase el desentendido,
Y continúe adelante.
Ni mida con mucho empeño
Los versos que vaya echando,
Que en la tierra anda alternando
Lo grande con lo pequeño.
Con nuestra facilidad
La prensa jemir hagamos,
Y entre tanto repitamos:
«Qué viva la libertad!»
Si os parece estrafalario,
Compatriotas, tal consejo,
Con vuestro capricho os dejo;
Ya yo soi su partidario.
Y hoi permito a rienda suelta
Divagar mi pensamiento,
Y una historia os presento
En difícil metro envuelta.
Si os gusta, tanto mejor:
Si os desagrada, acabóse;
Mas de un poeta llevóse
Un chasco mucho peor.

—

CANTO PRIMERO.

Cuando el siglo diez y ocho promediaba,
Cierto Marques vivia en nuestro suelo,
Que las ideas y usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo:
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo:
Viejo devoto y de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas,
O a Paris se alabase de bonito.
Sobre la filiacion de casi todas
Las familias de Chile era perito,
Y de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
Aducia argumentos con destreza

ı hacer verosímil su concepto
lerivar de reyes su nobleza.
otros hoi llamáramos inepto
ombre que albergase en su cabeza
ıoca vanidad tales vestiglos;
esto era frecuente en otros siglos.

bien podia mi Marques sin mengua
rde hacer de pretension tan loca,
que él era mui rico, y ¿a qué lengua
hace callar tan fuerte tapaboca?
vano contra el oro se deslengua
moralista, y su valor apoca:
que yo siempre he visto desde chico,
que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
sitaba el Marques por el verano,
erciendo en sus siervos y peones
amplia jurisdiccion de un soberano;
luego a los primeros nubarrones
ıe anunciaban el invierno cano,
ıento de molestias y pesares,
ırnaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
ı que sonaban cajas y cohetes,
ra una procesion con lujo vario
e arcos triunfales, música y pebetes,
e admiracion llenaba al vecindario,
daba a las beatas y vejetes
ara conversacion fecundo tema,
n que ensalzaban su piedad estrema.

Como ningun quehacer le daba prisa,
ormia hasta las ocho este magnate:
In su oratorio le decian misa,
Y tomaba despues su chocolate.
La comida a las doce era precisa,
Y la siesta despues, y luego el mate,
Y tras esto, por via de recreo,
ba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
Llama a Escuela de Cristo el campanario,
El Marques y los suyos dan ejemplo
De infalible asistencia al vecindario.
Si no hai distribucion, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
Y luego ir a palacio dilijente,
Para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
Y vuelto a su mansion, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
Donde cabrian bien sus cuatro ahora,
Y viniéndole el sueño dulce y blando,
A las once el Marques se halla roncando.

Tenia este dichoso personaje
Un hijo y una hija; y al primero,
Por no hacer una injuria a su linaje,
Solo de paso describir yo quiero;
Leia no mui bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo hacia
Garabatos sin lei ni ortografía.

En la aula de un convento procuròse
Que aprendiese a Nebrija de muchacho;
Pero en llegando a *quis vel qui* estancóse,
Sin poder dijerír aquel empacho.
Al fin su sabio preceptor cansóse,
Y recibió el alumno su despacho
Para vivir, cual viven tantos otros,
Laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios! a los cuales
Se aficionó bien pronto a tal estremo,
Que el andar en rodeos de animales
Era su dicha y su placer supremo.
Con tal educacion, con gustos tales,
Muchos lectores pensarán, yo temo,
Que cuando Cosme a la ciudad venia,
En sociedad ridículo seria.

Error ¡solemne error! Desde el momento
Que el señorito Cosme se mostraba,
La atencion jeneral y el rendimiento
De su persona en rededor volaba:

El mismo sexo hermoso ¡qué portento!
Con su conversacion se deleitaba,
Aunque hablar de otra cosa no le oyera,
Que de pechadas, lazos, y carrera.

Tanto es lo que valia y lo que vale
Ser hijo de Marques! Mas si discurro
Mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
Mui prolongado, y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplín se exhale
En duras voces, a pintar me escurro
A la bella Leonor, digna por cierto,
De tener un hermano mas despierto.

A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
Para enterar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: a mí me gusta
Como a Lord Byron la mujer que es alta;
Y no se tache esta opinion de injusta,
Que en pigmea mujer nunca resalta
Ese jentil y seductor donaire,
De que habla aquel proverbio: *amor es aire.*

Su delicado talle es tan esbelto,
Que sin duda las Gracias le han formado:
Breve es su planta, su ademan resuelto,
Y su seno gracioso y abultado:
Cuando el negro cabello ondea suelto
Al rededor del cuello torneado,
Ver en todo su cuerpo me imajino,
La obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color oscuro,
Pero chispeando de celeste fuego,
Y su mirada al corazon mas duro
En blanda cera lo convierte luego.
Mas ¡habré de meterme en el apuro,
Yo, pobre bardo que a escribir me entrego,
Cuando ya tantos otros han escrito,
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si es no es henchida,
En que los signos del talento lucen,
Boca pequeña y a la vez pulida,
Donde las perlas y el coral relucen:
Tanta gracia mil veces repetida,
Que los poetas sin cansarse aducen
Para pintar sus bellas heroinas,
Son, describiendo a mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
Y hablemos de su noble entendimiento,
Que es como fértil planta entre breñales
Nacida sin cultivo ni fomento;
Mas su despejo y su vigor son tales,
Que a tener el mas leve pulimento,
Daria en profusion rico tributo
De sazonado y esquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato
Poco servian tan brillantes dotes,
Y era en las niñas escesivo ornato
El saber algo mas que hacer palotes:
Coser, bordar y por la noche un rato
Leer devotamente unos librotes
Donde raros prodijios se injirieran,
Los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenia letra hermosa,
Era porque copiaba de contino
Novenas que su madre relijiosa
Juzgaba flores del amor divino;
Y siempre que ocurria alguna cosa
En que importaba el escribir con tino,
Desde el amo de casa hasta el sirviente,
Hacian de Leonor su confidente.

Un viejo motilon que era mui diestro
En tocar en el órgano una misa,
Y con su canto lúgubre y siniestro
Causaba a veces a los niños risa,
Fué de clave y de canto su maestro,
Y si bien la enseñanza anduvo a prisa,
De tal manera adelantó la dama,
Que hizo adquirir al motilon gran fama.

En casa de Leonor no se permite
Visitar sino a Condes y Marqueses;
Jente de estado llano no se admite,
Sino por grande precision a veces.

padre confesor hace en desquite
as de veinte visitas en dos meses,
siempre su persona gorda y santa
la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
on sus discursos fáciles y amenos,
al mismo tiempo que consejos dicta,
uenta pasajes de chuscadas llenos.
sobre todo su elocuencia invicta
arece despedir rayos y truenos,
uando por blanco de su arenga toma
los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
Del Marques, tiene en ella tal imperio,
Que por precepto incuestionable pasa
Cuanta regla prescribe su criterio;
Con cuidado especial no se traspasa
Lo que él decide sobre baile serio,
Siendo solo el minuet lícita danza,
E invencion infernal la contradanza.

En los dias tambien de alguna fiesta
Dice que puede haber gran *manducacio*,
Y mesa de manjares bien repuesta,
Pero con el licor se ande despacio:
Que haya un poco de canto, que haya orquesta,
Mas que se deje suficiente espacio
Entre ambos sexos, pues la vil lujuria
Con la proximidad se vuelve furia.

Y a las diez de la noche cada uno
Se retire a su casa sin desvelo,
Que el pasar de esta hora es importuno,
Y anuncia planes que reprueba el cielo.
Yo estoi con este padre: yo me aduno
A los consejos de su santo celo,
Y al ver tal mutacion en años pocos,
Esclamo: «O *tempora corrupta* ¡O locos!»

Vivió Leonor tranquila y satisfecha
En tan mística vida algunos años,
A pesar que ha llegado ya a la fecha
En que amor suele hacer terribles daños,
Y en que la niña a la virtud mas hecha,
Por mas que la refiera desengaños,
Empieza a desear con ansia mucha
Triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando a tal edad, la mujer siente
Una vaga inquietud; gustosa mira
De dos palomas el cariño ardiente,
Y apartando los ojos, ai! suspira:
Ama a los niños con ardor vehemente,
Y su inocencia encantadora admira:
Se vuelve ácia un espejo, y se alboroza
Al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va a mirar si está el zapato
Ajustado a su pié; si el chal es rico:
Examina el vestido un largo rato,
Y abre y cierra con gracia el abanico:
Se hace de crespos un pomposo ornato,
Y ufana se acomoda el sombrerico:
Y al fin despues de ajitacion tan viva,
Viene a quedarse mustia y pensativa.

Mas Leonor no ama aún: no; quien lo crea
Se engañará por cierto: ella conoce
De Condes y Marqueses la ralea,
Pero la encuentra insoportable, atroce;
Y por mas bellos jóvenes que vea
De una clase inferior, los desconoce,
E imbuida en las ideas de su rango,
Cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algun encanto,
Para ser mas completa su ventura;
Mas de advertir cuál sea dista tanto,
Que se jacta de ser cual bronce dura:
Viendo tal perfeccion, lleno de espanto
Dice su confesor que alma tan pura
No ha encontrado jamas des que confiesa,
Y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
Confesaros que pienso de otro modo,
Y de un sabio frances sigo el aviso,
Pues que se amolda a mi esperiencia en todo.

Dice, pues, Labruyère en su conciso
Lenguaje, que a mis versos acomodo,
Que la mujer que de tibieza charla,
Aun no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba con un caso sucedido
En la ciudad de Esmirna a cierta dama,
Que niña que hasta tarde no ha querido,
Cuando llega a querer, de veras ama;
Y las aguas del ancho mar tendido
No son bastantes a estinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
La desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto a ver, porque se acerca
La hora decisiva de su suerte,
Y si aun consigue mantenerse terca,
Ya diré con razon que es mujer fuerte.
Figúrese el lector que ya está cerca
El dia del Marques, que de su inerte
Reposo él sale, y quiere que haya boda [1]
A que se invite la nobleza toda.

Brillando como el dia los salones
Me imajino ya ver con los reflejos
Que despide la luz de los blandones,
Repetida en finísimos espejos.
Las techumbres ornadas de florones
Y portentosos figurones viejos,
Mas de ricos dorados esmaltadas,
Se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines
Las damas de purísimo linaje,
Con ricos y plegados faldellines
Y lijeras mantillas por ropaje.
Los adornos de perlas y rubines,
El bordado de plata y el encaje
Con que su lujo y su riqueza ostentan,
De sus encantos el poder aumentan.

Sentado en un macizo taburete,
Y de grandes señores rodeado,
Preséntase el Marques con mas copete
Que si fuera un monarca coronado:
Parece tener algo que le inquiete,
Porque ya varias veces ha cortado
El hilo del discurso de improviso,
Y se ha puesto a escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo,
Porque en venir el Presidente tarda,
Cuya honrosa visita con orgullo,
Por un aviso anticipado aguarda;
Y si un leve rumor, cualquier mormullo
Hiere su oido, que se encuentra en guardia,
Con dulce sobresalto se detiene,
Creyendo ya que su Escelencia viene.

Últimamente un ruido no engañoso
De coche y de caballos se percibe:
«El Presidente!» grita sonoroso
Clamor al punto, y el Marques revive.
Con los demas señores presuroso
Se precipita ácia el zaguan, recibe
En él al noble amigo, y mui ufano
Le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salon do en impaciencia viva
Las señoras esperan su llegada,
Don Antonio Gonzaga y comitiva,
Hacen con pompa y majestad su entrada.
Era el tal don Antonio de atractiva
Presencia y de estatura algo elevada,
Cortés, afable, y amador de gloria,
Segun le pinta la chilena historia.

Pero a pesar de ser tan halagüeño
Y popular su trato, bien se observa
En cierto aire sombrío de su ceño,
Que un mal oculto su interior reserva:
El ver frustrado el favorito empeño
De hacer vivir en pueblos la caterva
De indomables indíjenas, le causa
Dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
Bordado de oro el personaje tiene,
Sobre cuyas labores con encanto

[1] La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier funcion doméstica. En este sentido se toma aquí. (N. del A.)

a vista de las damas se detiene.
n pos de él, aunque no con lujo tanto,
ucida escolta de oficiales viene,
óvenes, viejos, y de edad mediana,
ue han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, a quien parece
n cariño especial tener Gonzaga,
óven gallardo, que en su aspecto ofrece
uanto el capricho mujeril halaga:
El valor en sus ojos resplandece,
Si corre el campo de la lid aciaga,
Mas si a un estrado por ventura asoma,
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
Que cubre su cabeza en leve rizo,
De estrema ajilidad su cuerpo bello,
Y su conversacion llena de hechizo,
Un clásico poeta al conocello,
Diria pronto que el amor lo hizo,
A fin de que las damas insensibles,
Aprendiesen a ser mas accesibles.

Tal fué el jóven a quien el Presidente,
Luego que se sentó llamó a su lado;
Y al marques que le asiste dilijente,
Presenta el oficial afortunado,
Diciendo: «Amigo mio, este valiente
»Jóven, que siempre como a hijo he amado,
»Es el ilustre capitan Eulojio,
»De que os hablé mil veces con elojio.

»Es el que me ha sacado del barranco
En que he estado metido sin remedio
»Y derrotando al fiero *Curiñanco*,
»Libró a *Cabrito* de su duro asedio.
»En vano de mil tiros se hizo el blanco,
»Rompiendo con sus bravos por el medio
»Del ejército infiel que a Angól cercaba,
»Pues su próspera suerte le guardaba

»Para honor de su patria. Bien merece
»Que le titule Salvador la España.
»¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
»A nuestra imitacion tan noble hazaña!»
Así dice Gonzaga, y se enternece,
Ocasionando admiracion estraña
Con su tierno discurso laudatorio,
A todo el nobilísimo auditorio.

La vista jeneral clavóse al punto
En el jóven así favorecido,
Y todos alabaron el conjunto
De las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulojio entretanto era el trasunto
De un hombre que se encuentra confundido,
Y no hallando espresion que satisfaga,
Con cortesias respondió a Gonzaga.

Tambien le hizo el Marques gran agasajo,
Aunque fué mas forzado que sincero,
Porque al momento a su memoria trajo
Que Eulojio no era un noble caballero;
Y aunque es verdad que en su linaje bajo
Se podia citar mas de un guerrero
Que se cubriera de esplendente gloria,
Esta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzon modesto
Por la falsa afeccion que le mostraba
Y de aquel sitio retiróse presto,
Porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor ¡trance funesto!
Nó sé que cosa en su interior notaba
Que daba a sus ideas raro jiro.;
Ello es que sin querer lanzó un suspiro.

Y a una amiga de su intima confianza
Que allí se hallaba, con misterio dijo:
»Lástima es que ese jóven de esperanza
»No sea de ascendientes nobles hijo.»
Que la respuesta fué maligna chanza,
Esto cualquiera lo tendrá por fijo,
Y con sorpresa tal llena de susto,
Hizo Leonor un jesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
En el cual varias veces mi heroina
Llenó al concurso de agradable encanto
Con los gorjeos de su voz divina;
Pero nada le atrajo aplauso tanto,

Y nada ejecutó con voz tan fina,
Con tan propia espresion, cual la cantata
Que aquí voi a copiar y la retrata.

«Corren mis dias en perfecta calma:
No halla el camino de mi pecho amor,
Y de sus tiros, victoriosa el alma,
Burla el rigor.
No, no se han hecho para mí sus penas,
Libre me veo entre cautivas mil,
Ni quiero que arda por mis puras venas
Fuego tan vil.
Dicen que suele ocasionar mil bienes,
Que amor es fuente de inmortal placer;
Yo de laurel coronaré mis sienes,
Libre he de ser.
Una pastora conocí que amaba
A un pastorcillo con estremo ardor,
Y a la inocente el seductor juraba
Sincero amor.
¡Mas ai! que pronto la olvidó triunfante,
Viéndola frio ante sus pies jemir,
Y otro consuelo no quedó a la amante
Que el de morir.
La triste suerte de esa fiel pastora
Siempre grabada en mi memoria está,
Siempre del lazo de pasion traidora
Me salvará.
Y como el ave que la red burlando,
Que la tendiera cazador cruel,
Vuela, su dulce libertad cantando,
Por el verjel,
Yo que orgullosa de desprecios huyo,
Yo que no quiero de dolor morir,
Siempre ¡o amor! del cautiverio tuyo
Me he de eximir.»

No bien su canto terminó Leonora
Entre aplauso sonoro y repetido,
Cuando esclamó Gonzaga: «Pues ahora
»Una guitarra para Eulojio pido.
»No solo la natura bienhechora
»La prenda del valor le ha concedido,
»Que mostrándole prodiga su afecto,
»Le ha formado tambien galan perfecto.
«Vamos, Eulojio, vamos! Tus canciones
»Distrajeron mil veces mis fatigas,
»Cuando en pos de contrarios escuadrones
»Corríamos las tierras enemigas.
»Osténtanos pues hoi tus perfecciones,
»Y que el digno Marques y las amigas
»Nobles y bellas que a su fiesta asisten,
»De tus talentos a juzgar se alisten.»

Y tal invitacion, de rubor lleno,
El mancebo jentil quiso escusarse;
Pero ningun pretesto se halló bueno,
Y le fue necesario resignarse.
Al dulce son del instrumento ameno
Deja al fin estos versos escucharse,
Que, segun malas lenguas refirieron,
Para aquel casō improvisados fueron.

Laura hermosa cual la estrella
Que precede a la mañana,
Vive sola y mui ufana
Con su dulce libertad.
Amadores mil por ella
Largo tiempo han suspirado,
Pero ya se han ausentado,
Maldiciendo su impiedad.
Con afecto mas sincero
A sus piés llega otro amante,
Y asi pinta sollozante
A Laura su padecer:
«Influjo del hado fiero
Me fuerza a amarte, bien mio,
Ni pendió de mi albedrío
El dejarte de querer.
«Sé que otros te han ofrecido
Títulos, honor riqueza;
Sé tambien que tu belleza
Sus presentes despreció.
«En hora fatal nacido,
Sin fortuna y sin honores,
Para obtener tus favores
¿Qué puedo ofrecerte yo?
«Solo un corazon poseo
Que te adora apasionado,
Y únicamente a tu lado
La vida podrá sufrir.

«Complacerte es su deseo,
Y como por tí respira,
Si compasion no te inspira,
Su solo anhelo es morir.
«A tí dictar mi sentencia,
Vida mia, corresponde.»
Laura entonces le responde:
«La libertad es mi bien.
Ni me engaña tu apariencia,
Que otros morir me han jurado,
Pero ya me han olvidado;
Tú me olvidarás tambien.»
Desprecio tan rigoroso
Sufrir no pudo el amante,
Y ante Laura al mismo instante
De sentimiento espiró.
«Vive para ser mi esposo!»
Clamó Laura arrepentida;
Pero el cuerpo ya sin vida
Sus palabras no escuchó.

El que vagando en una fértil vega
A orillas de un arroyo entre el carrizo,
Oye al nevado cisne que despliega
De su voz melodiosa el suave hechizo,
Nunca a sentir las impresiones llega
Con que a Leonor enternecerse hizo
En delicioso inesprimible encanto
Del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algun sueño
De los que habian su niñez mecido,
Aquel acento dulce y halagüeño
Escuchado por ella habia sido,
Que la llamaba: *mi querido dueño*,
Y se quejaba triste y dolorido
De la frialdad e indiferencia dura
Con que pagaba su inmortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
Su mente absorve, y en estatua muda
La deja convertida al mismo instante
Que un palmoteo al capitan saluda.
La amiga que la observa vijilante,
Le dice «Ola, Leonor ¿qué es lo que anuda
»Al presente tu voz? ¿No te entusiasma
»Esa linda cancion que a todos pasma?»

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
Débil enfermo que el causon padece,
Responde la doncella: «el trance amargo
«Del desdichado amante me enternece!»
La amiga sonriose, y aunque largo
Espacio a nuevas chanzas se le ofrece,
Esta vez prefirió dejar que libre
El fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
Y al oficial tomando de la mano,
Le llevó ácia Leonor, y con atento
Ademan y lenguaje cortesano,
»Señorita, le dice, mucho siento
»No verme ya tan ájil y lozano
»Como en los dias de mi edad primera,
»pues danzar un minué con vos quisiera.

«Mas como impropio de mi edad reputo
»Ofrecerme yo a vos por compañero,
»Os presento en Eulojio un substituto,
»Que vos gustosa aceptareis espero.
La jóven, sin tardarse ni un minuto,
Se levanta con rostro placentero,
Y siguiendo al mancebo afortunado,
Se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
Enlazadas las manos avanzaron,
Y luego en movimientos elegantes,
Y graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos espresivos y brillantes
Diversas veces con temor se hallaron,
Y el carmin de sus rostros encendióse,
Y aun en sus pasos turbacion notóse.

Mas Leonor en su gracia majestuosa
Y aéreos ademanes parecia
Aparicion celeste y luminosa
Que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiracion algo anhelosa
En su ajitado seno se veia,
Y cierta languidez que cunde en ella,
La hace mostrarse cada vez mas bella.

Y cuando a fin de terminar, volvieron
Los dos con leves pasos a acercarse,
Y sus dos manos en union sintieron,
Y sus piés mutuamente aproximarse,
Sin duda en aquel punto conocieron
Que si merece la existencia amarse,
Es solo por saber cuáles arcanos
El amor les descubre a los humanos.

Nunca habia bailado con mas gusto
Mi heroina un minué, ni hubo quien fuese
Con la bella pareja tan injusto,
Que aplausos repetidos no le diese:
Solo el Marques sufrió con ceño adusto
Que un compañero tal su hija tuviese,
Mas su enojo no osó salir al labio,
Que ofender al amigo temió sabio.

—

CANTO SEGUNDO.

I.

Terminóse la fiesta, y el concurso
Se retiró a sus casas satisfecho:
La negra noche al promediar su curso,
Vió reposando a todos en el lecho,
Menos a dos, que dieran buen recurso
Para alargar mi canto un largo trecho,
Si quisiera pintar como violenta
De dos amantes la pasion se aumenta.

II.

Pero no he de aburrir a los lectores
Con una relacion que ellos ya saben;
A falta de otros méritos mayores,
Por conciso deseo que me alaben.
¿Quién no ha tenido su época de amores?
¿Qué monstruo ha permitido que se acaben
Los dias de su dulce primavera,
Sin ablandar su corazon de fiera,

III.

Para poder decirnos qué contento
Tan dulcemente triste es desvelarse
Vagando con la mente en seguimiento
De un objeto empeñado en alejarse,
Cuando torna mas bello a aproximarse,
Y con sus ojos lánguidos nos mira,
Y al escucharnos suspirar, suspira?
Que no bien le olvidamos un momento,

IV.

Él está ahí: su andar es como un sueño
Que blandamente el corazon halaga
El eco de su voz es un beleño
Que en celestial deleite nos embriaga:
Le vemos alargarnos halagüeño
Un brazo de marfil, su mano vaga
Sentímos como velo trasparente
Cariñosa pasar por nuestra frente.

V.

Vamos a asir esa adorada mano,
Y ¡cielos! como ambiente se desliza:
Fué toda una ilusion, un soplo vano,
Que la onda sosegada apenas riza.
Desvanecido nuestro error insano,
El destino que atroz nos tiraniza,
Tiende su brazo, y nos recuerda impío
Que nunca será cierto el desvarío!

VI.

Leonor y Eulojio como dos imanes
Mutuamente atraidos se quisieron,
En vano a aquella sus antiguos planes
De indiferencia avergonzar la hicieron:
En vano a su memoria los desmanes
De las malignas lenguas se ofrecieron,
Como incendio voraz su amor la abrasa,
Y cuanto estorbo se le ofrece arrasa.

VII.

Y si ella por acaso se estremece,
La oposicion paterna presumiendo,
Y un mar de desventuras le parece
Que entre ella y su cariño está rujiendo,
Con nueva reaccion su audacia crece,
Una voz dulce y amorosa oyendo,
Que le dice: «Leonor, juntos vivamos,
O ambos a dos por nuestro amor muramos»

VIII.

Si al capitan en fin alcurnia ilustre
le ha otorgado su infeliz destino,
No le dan sus hazañas mayor lustre
ue a los nobles un vano pergamino?
Quién dirá que su casa se deslustre
on un enlace tal, cuando el mas fino
l mas puro crisol sin duda alguna,
as virtudes lo dan, no la fortuna?

IX.

Así la jóven infeliz se place
Alimentando su ominoso fuego,
Y en deseos vehementes se deshace
Porque vuelva a su vista Eulojio luego.
Al fin el Presidente satisface
El anhelar de su cariño ciego,
Y volvió a casa del Marques un dia
Trayendo al capitan por compañía.

X.

¡Cuántas dulces miradas se cambiaron
Los amantes a falta de espresiones!
Cuán fervientes sus pechos palpitaron
Al contemplar sus mútuas perfecciones!
Dos ánjeles sin duda se juzgaron,
Enviados por Dios a estas rejiones
A fin de que su amor tan puro fuera
Como el azul de la celeste esfera.

XI.

Siguióse a esta visita otra visita
Y muchas mas despues; y ya bien claro
Se vé que el Presidente solicita
Protejer el amor del jóven caro.
Ya la cruel locuacidad maldita
Que todo lo pondera sin reparo,
Va publicando por Santiago toda
Que Gonzaga va a hacer una gran boda.

XII.

La madre de Leonor fué la primera
Que pertrechada de senil malicia,
Penetró tal proyecto, y considera
Que al Marques debe darle esta noticia.
Incrédulo al principio se exaspera
El magnate, y culpando la estulticia
De su esposa, le dice con enfado
Que solo presumirlo es un pecado.

XIII.

Mas la Marquesa aduce pruebas tales
A fin de demostrar que razon tiene,
Que apartando a sus ojos los cendales,
El buen Marques a convencerse viene;
Y con el fin de precaver fatales
Resultados tal vez, no se detiene
En jurar que a Gonzaga dirá recio,
«Si ha podido tenerle por un necio;»

XIV.

«Y esperar que él consienta en un enlace
Que cubriera de oprobio a su ascendencia?
Que la alta injuria que con esto hace
A su amistad, le agota la paciencia»—
Esta resolucion no satisface
A la astuta matrona, y su prudencia
Halla que es necesario ver un modo
De conseguirlo sin peligro todo—

XV.

Despues que largas horas discurrieron
Sobre un asuuto de interes tan grande,
Los dos con sabio acuerdo resolvieron
Que a Leonor esconderse se le mande:
Diferentes escusas previnieron
Para cuando Gonzaga la demande,
Y a ella misma dirán que en caso urjente,
Con desprecios despida al pretendiente.

XVI.

Mas por fortuna de la amante triste
La ocasion no llegó de que le fuera
Con el rigor que un hijo no resiste,
Intimada una órden tan severa.
De síntomas crueles se reviste
Mas cada vez el mal que en traicionera
Lentitud consumiendo va a Gonzaga,
Y ya su vida al descubierto amaga.

XVII.

Pronto le fué imposible del palacio
Salir a divertir su amarga pena,
Y de su estancia en el estrecho espacio
Suspira en vano la llanura amena:
Su fuerza se estinguió; su cuerpo lacio,
Cual árbol majestuoso que condena
A perder su verdor larga sequía,
Perdió su robustez y lozanía.

XVIII.

Y cual leve vapor que por el viento
Lentamente se exhala y se disuelve,
Dejando el corporal alojamiento,
El alma de Gonzaga al cielo vuelve.
A tan triste noticia en sentimiento
Y luto y llanto la ciudad se envuelve,
Ponderando del muerto las bondades,
Con que supo captar las voluntades.

XIX.

Despues que con gran pompa y aparato
Se le hicieron los últimos honores,
El fino Eulojio que ni un breve rato
Del lecho se apartó de sus dolores,
Volvió a entregarse al pensamiento grato
Y esclusivo ya en él de sus amores,
Y a buscar empezó con vano empeño
Quien le llevase a casa de su dueño.

XX.

Mas viendo al fin que nadie se le ofrece
A realizar su fervoroso anhelo,
Y que un dia tras otro desparece
Sin brillarle esperanza de consuelo,
En su impaciencia loca le parece
Que debe sofocar todo recelo,
Y armarse del valor que necesita
Para hacer por sí solo una visita.

XXI.

Locura fué en verdad; pero locura
De las que amor inspira a cada paso
Al hombre de mas seso, si procura
Que su ardiente pasion no sufra atraso;
Mas la pena de Eulojio fué tan dura,
Que el cuento mio de moral no escaso
Será si la describo a mis lectores
Con todos sus perfiles y colores.

XXII.

En el primer salon Leonor se encuentra
Cosiendo al lado de su madre, cuando
Con garboso ademan Eulojio entra,
Si bien interiormente tiritando.
Todo su esfuerzo militar concentra
El vencedor del infidente bando
Para hacer un bellísimo saludo;
Pero respuesta conseguir no pudo.

XXIII.

Sin hablar la Marquesa al fin le mira,
Mas con ceño tan ágrio, que bien puedo
Al del Ande igualarlo, cuando en ira
Furiosa brama y nos infunde miedo.
La sangre al corazon se le retira
A Eulojio, y desfallece su denuedo;
Y aun yo no sé del infeliz qué fuera
Si Leonor a tal punto no le diera

XXIV.

Una mirada, muda; pero escrito
Iba en ella un volúmen! amorosa
Cual la que a un hijo que se va proscrito
Da en el último adios madre llorosa:
Melancólica y triste como el grito
Que exhala un amador sobre la fosa
Del dueño que adoró; mirada ardiente
Cual la que echa a la patria un hijo ausente.

XXV.

Con ella algun aliento recobrando,
Eulojio se desploma en un asiento,
Que no le han ofrecido, y balbuciando
Se esfuerza a pronunciar un cumplimiento.
Pero sin atender su dicho blando,
Cual si solo se hallase el aposento,
Regañando a Leonor, dijo la madre:
«¿Zurciste ese chaleco de tu padre?»

XXVI.

«Mira que corre prisa, niña floja!»
ificil es que a comprender alcance
el pobre Eulojio la fatal congoja
uien no se haya encontrado en igual lance.
veces imposible se le antoja
ue le tenga el destino en ese trance,
piensa que todo es un sueño vano
ue ajita y turba su cerebro insano.

XXVII.

Y ve que los objetos se oscurecen,
Y se le van perdiendo en lontananza;
Pero tornan bien pronto, y resplandecen,
Y la terrible realidad le alcanza.
Ya sus sentidos muertos desfallecen,
Y ya el dolor con súbita pujanza
le punza y hiere y le destroza el pecho,
Sin dejarle alentar un solo trecho.

XXVIII

Mira a los muebles y al callado muro
Creyendo que en su inmóvil apariencia
Van a dolerse de su horrendo apuro,
Pero los halla en fria indiferencia.
Imajínase al techo menos duro,
Y levanta la vista ¡qué demencia!
Las grotescas figuras que allí estaban,
Riendo de su angustia, le burlaban.

XXIX.

Él hubiera querido que cayese,
En medio de este horrible parasismo,
El techo de la casa, o que se abriese
Bajo sus piés al punto un hondo abismo;
O a terminar su confusion viniese
El hacha fiera del verdugo mismo.
¡Vanos deseos de su mente ciega!
Todo consuelo a su dolor se niega.

XXX.

Y lo peor de todo es que ni tiene
Valor para marcharse en el momento,
Que una mano invisible le detiene,
Como ligado a un potro, en el asiento:
Si al fin a levantarse se previene,
Al punto le acobarda el pensamiento
De hacer una salida desairada,
Así no logra resolverse a nada.

XXXI.

Inmóvil, cabizbaja y silenciosa
Leonor tiene la vista en su costura,
Pero el llanto en los ojos le rebosa,
Revelando su pena y su amargura:
A veces su mejilla esplendorosa
La palidez de un muerto desfigura
Y a veces arde tanto y se enrojece
Que en pura sangre prorumpir parece.

XXXII.

Y mas y mas se aumenta su congoja,
Y aun se imajina desplomarse muerta,
Cuando ve que su madre ya se arroja
A emplear una burla mas abierta,
Que llama a la criada, y que se enoja
Porque ha poco dejó franca la puerta
Para que entrasen importunas jentes,
«Otra ocasion le romperá los dientes.»

XXXIII.

No aguantó mas Eulojio, y al fin pudo
Su sombrero tomar y levantarse,
Hizo una inclinacion, y ciego y mudo
De aquel infierno consiguió escaparse.
Respondió la Marquesa a su saludo
Con un *Anda con Dios* que fué de helarse,
Y la infeliz Leonor convulsa y yerta,
Cayó sobre la alfombra como muerta.

XXXIV.

Faltan palabras a mi torpe pluma
Para poder pintar como debia
La horrenda confusion que a Eulojio abruma
Mientras a largo paso se desvia.
Como gusano vil se hallaba en suma
El mísero humillado, y aunque ardia
Cual nunca el sol en la mitad del cielo,
Sus miembros embargaba un frio hielo.

XXXV.

De espantosos ruidos su cabeza
Y de crueles vértigos zumbaba,
Y de una en otra idea sin fijeza
Su abrasado cerébro divagaba.
Inmensa se le hacia la largueza
De las calles que raudo atravesaba
Por llegar lo mas presto a sus umbrales,
Y de los hombres esconder sus males.

XXXVI.

Pues que tiene vergüenza el sin ventura
De cuantos a su paso se le ofrecen,
Y aun los desconocidos se figura
Que al mirarle a la cara le escarnecen.
Al fin triste refujio a su amargura
Los muros yertos de su estancia ofrecen,
Donde apenas se vé, cuando convulso,
Es darse muerte su primer impulso.

XXXVII.

Iba ya a preparar la fatal arma,
Cuando de pronto a su memoria vino
El llanto de Leonor, la triste alarma
Con que habia mirado su destino:
Este recuerdo su furor desarma,
Y cambiando de acuerdo con mas tino,
Toma pluma y papel y entre borrones
A su amada dirije estos renglones:

I.

«Nacido en humilde esfera,
Sin duda debí mirar
Que a tanta dicha aspirar
Escesivo arrojo era.
Mas ai! si la suerte fiera
Fué para Eulojio tan dura,
¿Podia yo por ventura
Obligar al pecho mio
A contemplar yerto y frio
Tu celestial hermosura?

II.

Y hacer que al asir tu mano
No retemblase la mia
Cuando en el baile te vía
Gala del aire liviano?
Por ventura dióme en vano
A mí el cielo un corazon?
¿Por qué cruel sin razon
Cometo un delito horrible
Con mostrarme tan sensible
Como esos nobles lo son?

III.

Mas dirán con altivez
Que pude en silencio amarte,
Pero mi amor declararte
Era mucha avilantez.
Yo preguntaré a mi vez
¿En qué les soi inferior?
¿Con qué hazañas de valor
Ellos la Patria han honrado,
Cuánta sangre han derramado
En los campos del honor?

IV.

Y una simple ejecutoria
A ellos les da un derecho
Inasequible al que ha hecho
Tanto mérito a la gloria!
Ah! si al recorrer mi historia,
Leonor, mi modestia dejo,
Si con violencia me quejo,
Perdóneme tu alma pura,
Que en mi terrible amargura
Soi incapaz de consejo.

V.

Y estos son ayes postreros
Que exhala el que va a morir!
Voi de nuevo a combatir
Por los que me ultrajan fieros,
Por hacer mas placenteros
Sus gratos dias de calma.
Tan solo en la muerte el alma
Puede hallar algun consuelo.
Adios, Leonor, dete el cielo
De eterna dicha la palma!

VI.

A morir sin ser llorado
Voi en los campos do un dia
La esperanza me reia
De un porvenir fortunado.
No me pesa haber mirado
Mi ilusion desvanecida,
Y si al dejar yo la vida
Algun tormento me asiste,
Solo es ignorar si fuiste
Culpable en mi despedida.»

XXXVIII:

Confiando sus quejas a esta carta,
Sintió lijero alivio el desdichado,
Y ya solo procura hacer que parta
A poder del objeto idolatrado.
Una esclava por fin a quien él harta
De dones y promesas, se ha encargado
De entregarla a Leonor, y esta respuesta
Vino a calmar su ajitacion funesta:

Despues de una larga lucha
Con mi deber, os contesto:
Bien sé que falto con esto
Al respeto paternal.
Pero con tanta injusticia
Por mi causa habeis sufrido,
Que teneis bien merecido
Este alivio a vuestro mal.

Seria crueldad estrema
Imajinar un momento
Que en aquel recibimiento
Pude tener parte yo.
¿Mis ojos no os anunciaron
Lo que el corazon sufria?
¿Pero qué remedio habia
Si una madre lo ordenó!

Si al despedirnos por siempre,
Aun pedis otro consuelo,
Pongo por testigo al cielo
Del voto que voi a hacer.
Ya que amaros me prohiben,
Jamas al menos mi mano
Será de ningun tirano
De esos que puedo querer.

—

Eulojio leyó esta carta
Y mil veces la leyó,
Dando besos repetidos
A la prenda de su amor.
Sus líneas bálsamo fueron
Que su angustia mitigó,
Rocío que dió la vida
Al marchito corazon.
Vertió llanto de consuelo,
Y aun a bendecir llegó
La hora fatal que le habia
Causado tanta afliccion,
Puesto que ella produjera
Alivio de tal dulzor.
Torna a escribir a su dueño,
Y la piedad, la pasion,
Dejar de admitir sus cartas
No consienten a Leonor.
Con esta correspondencia
Crece su afecto veloz
Como la llama que activa
Fiero Norte volador:
De modo que ya no piensan
Sino en unirse los dos,
Del universo a despecho,
Sin reparo ni temor.
Y queda al fin concertado
Que en la primer proporcion
Leonor dejará a sus padres
Por seguir a su amador.
¡Desgraciados que no advierten
Que son débiles los dos,
Y se opone a su cariño
Un poderoso señor!

—

Llegóse el jueves de Semana Santa,
El sol en occidente se escondió,
Y en un silencio lúgubre que espanta

Sumerjida Santiago se quedó.
A la luz del crepúsculo dudosa
Se vé de cuando en cuando atravesar
Por las calles la jente fervorosa,
Que camina, y no cesa de rezar.
Las mujeres envueltas en mantones,
Van hiriendo sus pechos con fervor
Al son de sus devotas oraciones;
Y los hombres en traje de dolor.
Todos a pié, los ojos en el suelo,
Y descubiertos, sin farol ni luz,
En largos grupos, implorando al cielo,
Van tras la enseña de una negra cruz.
Todas las puertas míranse cerradas,
No se vé luminaria ni candil:
Tan solo las iglesias alumbradas
Se hallan de antorchas funerales mil.
Y se eleva en el ancho presbiterio
Un vasto monumento sepulcral:
Suena en el coro el místico salterio,
Y del profeta el cántico ritual.
Parece que de repente
La ciudad se ha transformado
En panteon dilatado
Que han salido a recorrer
Las almas de los difuntos
Que habitan sus sepulturas,
Envueltas en vestiduras
Negras y horribles de ver.
Y ácia los templos caminan
Con llorosas cantilenas
A pedir que de sus penas
Tenga el Señor compasion.
Entretanto no se siente
Rumor de campana alguna,
Mas la matraca importuna
Viene a aumentar la ilusion.
¿Veis de las gradas de ese augusto templo
Una solemne procesion bajar?
Por la vecina calle la contemplo
Sus alas misteriosas prolongar.
La flor de la nobleza va alumbrando,
Y visten todos funeral capuz,
El aire levemente va ajitando
En cada diestra una ominosa luz.
Tristes los rostros, el andar tardío,
Como agobiado de mortal dolor,
Viene despues el escuadron sombrío
De los ministros santos del Señor.
Ora en hondo silencio se adelantan,
Ora de triste música al compas
Lúgubres himnos fervorosos cantan,
Con que la pompa se realza mas.
Sobre andas anchurosas imitados
Van los tormentos que en Sion cruel,
A fin de redimir nuestros pecados,
Sufrió Dios mismo a su promesa fiel.
Aquí con sus azotes los judíos
Remudándose están de dos en dos
Para romper y desgarrar impíos
El cuerpo santo donde habita un Dios.
Y mas allá, del escuadron nefario
De sayones cercado va Jesus,
Sin fuerzas arrastrando ácia el calvario,
Sobre sus hombros la pesada cruz.
Viene luego la Virjen congojosa,
La madre que, mirándole sufrir,
Parece al Padre Eterno lacrimosa
Por el cordero que olvidó, pedir.
En torno de las andas, ved! desnudos
A la mitad del cuerpo pecador,
Diversos penitentes marchan mudos
Lacerando sus carnes con furor,
Las sienes coronadas con espinas,
Ceñido el cuello de un cruel dogal,
Al golpe de aceradas disciplinas
Resurte un sanguinoso manantial.
Del pueblo que en reedor la marcha cierra
Miro la turba acrecentarse, hervir,
Y en medio del asombro que la aterra,
De pesadumbre y compuncion jemir—

—

La procesion desemboca
A la plaza principal,
Do se agolpa de tal modo
Del pueblo el hirviente mar,
Que a los que mecen sus olas
Respiracion falta ya.
Y en la terrible apretura

De aquel confuso ondular
Que envuelve de las tinieblas
El cobertor funeral,
Todos cuantos iban juntos
Divídense aquí y allá,
Buscando solo por donde
Escurrirse cada cual.
La marquesa entre el tumulto
Se halló por casualidad,
Que con Leonor asistia
A esta fiesta cuaresmal.
Largo rato, a pesar suyo,
Se ajitó en la tempestad,
Recibiendo aquí un pellizco,
Un empujon por allá;
Y cuando al fin sin aliento
Logra del turbion salvar,
Recobrada ya del susto
Y la congoja mortal,
Lo primero a que ella atiende
Es a ver en dónde está
Su prenda, que entre el tumulto
Se dejó tal vez atras.
Tiende en derredor la vista,
Pero ¡qué fatalidad!
A ninguna parte logra
Ni aun su sombra vislumbrar.
Perdida! esclama, y se vuelve,
Con un doloroso afan,
A mezclar en la apretura,
Sin temer la estrujen ya.
La llama, y solo responde
Del pueblo el sordo bramar;
Pregunta a todos por ella,
Nadie noticias le da.
Y cansada de pesquisas,
Viendo que son por demas,
A su casa se dirije,
Diciendo: «Allí debe estar.
«Permitidlo así, Dios mio,
«Y tened de mí piedad!»
A pesar de tanto abril
Que sobre sus miembros pesa,
Las calles rauda atraviesa
Como la brisa sutil.
Es su paso acelerado
Como el de Eulojio aquel dia,
Que ácia su mansiou corria
Confundido y despechado.
Llega por fin, y pregunta
Con la congoja mas viva;
Mas al oir negativa
Cielo y tierra se le junta.
Nadie la ha visto volver,
Ni a darle noticia acierta,
Y ella, sin Leonor, desierta
Su casa imajina ver.
«Salgan todos a buscarla!
»Y que mi umbral nadie pise
»Sin que a lo menos me avise
»En dónde podré encontrarla.
«Llamen tambien al Marques»—
A este mandato imperioso,
Cada cual sale afanoso
Alas haciendo los pies.
Rejistran calles y plazas,
Templos y casas de amigas;
Pero ¡inútiles fatigas!
Que no encuentran ni las trazas.
Era ya la media noche,
Y Leonor no parecia,
Aunque revuéltose habia
La ciudad a trochemoche.
El marques está furioso
Y crece su rabia ciega
A cada nuncio que llega
Sin aviso venturoso,
«Torpes!» dice a sus esclavos,
«Vosotros teneis la culpa.»
Y sin admitir disculpa,
Les da bofetones bravos.
Todos huyen de su vista,
Pues parece un tigre fiero
Que no espera carnicero
Sino hallar a quien embista.—
Noche fué de triste duelo
Esta en casa del Marques:
Todo es llorar: todo es
Alzar plegarias al cielo.
Pero en vano, pues la aurora
Siguiente y otras vinieron,
Y las pesquisas siguieron,

Sin saberse de Leonora.
Era ya una especie cierta
Que o fujitiva o robada
Andaba la hija adorada,
Mas con quién? nadie lo acierta.
Por fin, al declinar el cuarto dia,
Se logra vislumbrar una esperanza,
Sabiendo que una hermosa en compañía
De un bello jóven ácia el sur avanza.
Por las señas que da la lengua impía
Que la amante pareja a la venganza
Denuncia del Marques, claro se infiere
Que a Eulojio y a Leonor mostrarse quiere.
No bien llegó al magnate aqueste dato,
Cuando se apronta él mismo al seguimiento,
Pues para castigar tal desacato,
Fuera un delito malograr momento.
Veinte jinetes en un breve rato,
Provistos de un insòlito armamento,
Parten veloces, y el Marques delante,
A quien Cosme acompaña en este instante.
Desmantelada y pobre una capilla
En el centro de humilde poblacion
Con los destellos moribundos brilla
Que está en su ocaso despidiendo el sol.
Un solo altar ocupa su testero,
No luce el oro ni la plata en él,
A cada lado un pobre candelero
Se vé con lumbre vacilante arder.
La imájen de Jesus crucificado
Se eleva sobre tosco pedestal,
La Virjen amorosa está a su lado
Con pecho herido y lacrimosa faz.
Hondo silencio en la capilla impera,
Sin que murmure su oracion un fiel,
Y solo allí la brisa pasajera
Viene un lamento a introducir tal vez.
A su ruido el pájaro nocturno
Que en la bóveda encuentra habitacion,
Recuerda de su sueño taciturno,
Y hace crujir su chilladora voz.
Entonces, ai! parece de la tumba
Del que halló su postrer morada allí,
Que una plegaria dolorosa zumba
Pidiendo alivio a su cruel sufrir.
Solo está el templo, triste y silencioso;
Pero en su aspecto es fácil conocer
Que se prepara un acto relijioso....
Derrame Dios su bendicion sobre él!
Una puerta lateral
Se abre, y parece por ella
Eulojio: su faz destella
Un contento celestial.
Sin duda por mas decoro,
Va de uniforme vestido,
Que la púrpura ha teñido,
Dándole esmaltes el oro.
Mas de un premio de valor
Sobre el pecho está brillando,
Y rica espada colgando
De un labrado ceñidor.
Por la mano de su amante
Sigue Leonor conducida,
De oscura tela vestida,
Con un manto rozagante.
Ella no lleva otro adorno
Que su hermosura hechicera,
Va suelta su cabellara
El cuello halagando en torno.
Tan turbada está la triste,
Y su mirar es tan vago,
Que bien se vé que un aciago
Presentimiento la embiste.
Ni parece que ácia el ara
Viniera del himeneo,
Pues vacila como un reo
Que a su suplicio marchara.
No bien entra en el templo y se le ofrece
Delante el ara do va a ser su union,
Cuando tiemblan sus miembros, palidece,
Y volviéndose atras, clama ¡*Qué horror*!
Eulojio con dolor la reconviene
Por este inesplicable proceder,
Con que demuestra que a disgusto viene,
Cuando él un cielo ante sus ojos vé.
Ni por esto Leonor recobra aliento,
Antes parece su terror cundir,
Y en dolorido funeral acento
Que al bronce ablandaria, dice así:
«Perdona, Eulojio mio, soi culpable!
Por tí mi hogar paterno abandoné,
Y sobre mí del cielo inexorable
El rayo se prepara a descender.»—
«Fantasmas de tu mente, dueño mio!

¿Crees que se oponga a nuestro afecto un Dios?
No es injusto como el mundo impío,
Él nos vá a conceder su bendicion.»—
«Su bendicion! ¿No ves lo que yo veo?
¿Un féretro mortuorio allí no está?
¿No te hace estremecer aquel trofeo?
¡Ai ¡sácame de aquí—no puedo mas!
Puso término a esta triste
Y estraña conversacion
El cura que se presenta
Con los testigos en pos.
Al aspecto venerable
Del Ministro del Señor,
Leonor se esfuerza algun tanto
A ocultar su turbacion,
Y ya está mi suerte echada!
Dice con siniestra voz,
Y aunque trémula se deja
Conducir por su amador.
Ya están delante del ara
Frente uno de otro los dos,
Y el sacerdote en el medio,
Los testigos en reedor.
«Jurais, Eulojio, a la vista
Del divino Rendentor,
Pura fé y eterno afecto
A la que se halla ante vos?»
«Sí juro» sin detenerse,
Alegre Eulojio esclamó.—
«¿Y vos, señora, jurais
Que siempre en el corazon
Eulojio el último objeto
Ha de ser de vuestro amor?»
Antes de que la jóven respondiera,
Sordo ruido resonó remoto,
Como si aproximándose viniera,
De asolacion preñado, el terremoto.
Es semejante el ruido que se escucha
Al que hace en medio de la noche umbría
Cuando asalta al redil con rabia mucha,
De hambrientos lobos la manada impía.
O al que a veces asusta a un delirante
Que en tormentosa convulsion perplejo,
Está viendo a la muerte a cada instante
Aproximar su fúnebre cortejo.
Suspensos quedan todos y aturdidos
Con este amago de terrible agüero,
Y mas cuando perciben los sonidos
De voz furiosa y de enemigo acero.
Falta de aliento casi, ácia la entrada
Vuelve la vista la infeliz doncella,
Y se siente de horror petrificada
Viendo a su padre aparecer por ella.
Diabólico mirar en el semblante
Desfigurado del Marques fulgura,
En su diestra una espada relumbrante
Al rayo vengador se me figura.
Sus vestidos están llenos de lodo
Cual si de largo viaje se apeara:
Ánjel de perdicion parece en todo,
Que al moribundo pecador se encara.
«Prendedlos!» grita al escuadron de siervos
Que auxiliar de sus iras trae consigo,
«No respeteis a nadie! Los protervos
«Segun su ofensa sufrirán castigo!»
A esto mandato, cuyos ecos zumban
Por la capilla amenazando horrores,
Ácia el grupo indefenso se derrumban
Del Marques los armados servidores.
Leonor lanzando un grito doloroso,
Sobre el seno de Eulojio desfallece,
Marchita flor que al vendabal furioso
El tallo rinde, y sin sosten perece.
Cíñela su amador en tierno abrazo,
Y aprestándose él solo a la defensa,
Juzga que ha de bastar su heróico brazo
Para triunfar de muchedumbre inmensa.
Ya en su diestra reluce el fuerte acero,
Y ya amenaza en furibundo tono
Con muerte inevitable al que primero
Ose de cerca provocar su encono.
En vano el sacerdote se adelanta,
Y en alta voz les pide consideren
Que es de Dios mismo la morada santa
La que sus iras profanar hoi quieren.
El bravo capitan, solo atendiendo
A rechazar el enemigo empuje,
Es fiera que a sus hijos defendiendo
La garra afila y los colmillos cruje.
Él sonrie de triunfo y de alegría
Viendo que llega la ocasion ansiada
De librar a Leonor de su agonía
O de morir en brazos de su amada.
Uno de los contrarios acercarse

Osó, impelido de indiscreto celo:
Del primer tajo Eulojio sin turbarse
Hizo rodar su brazo por el suelo.
Y la sangre en hirvientes borbotones
Del mutilado miembro resaltando,
Hace ciar los bárbaros sayones
Que se acercaban con furor infando.
En vano el Marques les clama
Que no abandonen su presa,
Pues la medrosa sorpresa
Hielo en sus venas derrama.
Y todos temen hallar
La suerte del compañero
Que con grito lastimero
Hace el templo resonar.
El Marques que ya no alcanza
A moderar su impaciencia,
Ni tolera resistencia,
Hierro en mano él mismo avanza.
Y así grita en su despecho:
«O viles! que en vano traje,
»Vereis si él tiene coraje
«Para herir tambien mi pecho!»
A esta voz cual si fuera la que un dia
Ha de llamar a juicio al pecador,
Del desmayo profundo en que yacia
Se ve volver a la infeliz Leonor.
Trémula, helada, respirando apenas,
Y el triste rostro en palidez mortal,
Con las pupilas ¡ai! de llanto llenas,
Hermosa imájen de un dolor fatal,
De los brazos de Eulojio se desprende,
Y avánzandose en medio, dice así:
«Padre mio! yo soi quien os ofende,
»Yo la sola culpable: heridme a mí.
»Pero vos no dareis injusta muerte
»A aquel que solo por mi amor faltó.
»Ni vos, Eulojio, agravareis mi suerte,
»Amenazando al que el vivir me dió.
»Ya la sangre ha corrido!... Ai Dios! Mis ojos
»Tu templo santo reteñir la ven!
»Calmad, calmad, Dios mio, sus enojos,
«Y un parricidio no sufrais tambien....»
Así diciendo, Leonora
Las manos al cielo alzaba,
Mientra el llanto destilaba
De su vista encantadora.
Sus labios en contraccion,
Arco trémulo formando,
Están sin hablar mostrando
Lo que sufre el corazon.
Y al mirar aquel semblante
Tan bello y tan afligido,
Sintiérase enternecido
Un corazon de diamante.
Contúvose el padre fiero,
De sí mismo avergonzado,
Y dijo, casi ablandado:
«Que se rinda solo quiero!»
—«Que te rindas, Eulojio, ¡lo has oido!
Lo que no hizo el temor, hazlo por mí.
Nuestro destino adverso lo ha querido.
¿De qué aprovecha resistirle aqui?»
«Tú pudieras triunfar de tus contrarios:
A todo basta tu valor: lo sé.
Pero ¿qué sirven triunfos tan precarios,
Si el mundo en ellos mil delitos vé?»
«Tú me has visto seguirte al pié del ara
Para jurarte sempiterno ardor.
El cielo no dejó que yo acabara
Mi promesa, ¿quién vence su rigor?»
«Es forzoso ceder, Eulojio mio,
Y no pugnar contra el torrente aun,
Si nuestro amor condenan como impío
El cielo y tierra en aversion comun....»
«Mas tú vacilas ¡ai! y aunque me sientes
Tu mano entre las mias estrechar,
Y aunque miras mis lágrimas ardientes
Al son de mis jemidos resbalar.»
«Temes que el someterte mengua sea
Con que se manche tu luciente honor,
Y en tu diestra irritado aun centellea
El ministro fatal de tu valor....»
«Ven a triunfar primero ante las aras
Oyendo el voto con que a ti me entrego,
Y vé si todavia te preparas
A resistirte a mi doliente ruego.»
«O tú solo mortal a quien el alma
Adoró desde el punto en que te ví,
Tú cuya vista mis tormentos calma,
Sin el cual no hai contento para mí,
«Yo te juro a la faz del mundo entero,
Te juro en la presencia del Señor,

e si me apartan de tu lado, muero,
de hoi es tuya la infeliz Leonor! »—

Oyendo tal juramento,
Ciego el Marques de furor,
Acia su hija avanzaba
A partirle el corazon.
«Teneos! gritóle Eulojio
Con una imponente voz,
«Yo he triunfado.... A vuestro turno
Vais a triunfar tambien vos.
No niego que os he ofendido,
Y aunque bien pudiera yo
Deciros que no hice en esto
Sino volver por mi honor,
Ni trato de disculparme,
Ni imploro vuestro perdon.
Yo sé mui bien lo que puedo
Esperar de un gran señor.
Ahí teneis a vuestras plantas
El acero que me dió
Mas glorias y mas nobleza
Que vuestra alcurnia os dió a vos,
El que me habia hecho digno
De un tratamiento mejor,
Si al mundo no avasallara
Injusta preocupacion.
Haced de mí a vuestro antojo,
Vuestro prisionero soi,
Y no me asustan venganzas
Que aun la muerte es un favor.
Solo por ella, tal vez....
Mas seria agravio atroz
Temer que, siendo su padre,
La negaseis su perdon!»

Dijo y su espada a los piés
Del Marques fiero arrojó,
Para aguardar su destino
Con firme resignacion.
El padre injusto amarrarle
A sus siervos ordenó,
Y lanzáronse a él los viles,
Como se lanza al leon
Desangrado, la caterva
Que ante su saña tembló.
Ni una queja virtió Eulojio
Ni muestra dió de dolor,
Mientras las manos le ataban
Sin respeto o compasion.
Solo cuando vió al Marques
El brazo asir de Leonor,
Y apretarlo y sacudirlo
Con violencia tan atroz,
Que la hizo exhalar un ai!
Al impulso del dolor,
Solo entonces un suspiro
Salió de su corazon,
Y en su párpado agobiado
Una lágrima asomó.

Cura, testigos y amantes,
En prisionero convoi,
Salieron, cercados todos
Del Marques y su escuadron.
Por un momento sus pasos
Irse alejando se oyó:
Pero se perdió el ruido,
Y el templo solo quedó.

—

CANTO TERCERO.

Cielos! venir al mundo! ¿Y qué es el mundo?
Los sabios le han llamado justamente
El valle del dolor, y me confundo
Al ver que el hombre abandonarlo siente.
Solo el Criador con su saber profundo
Pudo hacernos amar tan locamente
Esta mansion en que sufrimos tanto,
Pagando con mil penas un encanto!

Hombre indolente, acercate! en tus labios
Olea blandamente la sonrisa,
Y en tu perpetuo gozo ni aun resabios
De antiguos duelos el comun divisa;
Mas dime si reputas como sabios
A aquellos que observándote de prisa,
Propalan que jamas angustia sientes?
Si tú lo afirmas, yo dirè que mientes;

Y sostendré que apenas comenzaba
Tu espíritu infantil a abrir los ojos,
Del mundo en el jardin ya contemplaba
De trecho en trecho jerminar abrojos;
Y aunque tu sol en su zenit brillaba,
En tu horizonte nubarrones rojos,
Cual sombras aterrantes parecian,
Que enlutar su esplendor fieras querian.

Pero corriendo tus felices años,
Se iba aumentando mas la sombra densa,
Llegando entre terribles desengaños
Tal vez a hundirte en lobreguez inmensa,
Y entonces para alivio de tus daños
Ibas buscando por la niebla estensa
Un astro que guiase tu camino,
Y ese era el rostro de tu amor divino.

Mas, ai! lejos de hallar en su mirada
La dulce compasion de tu amargura,
Veíasla quizá tibia y helada
Reir, y de tu propia desventura
Hacer alarde.... ¿Tu alma desperada
No deseó en tan triste coyuntura
Que no fuese un delito tan villano
Darse la muerte por su propia mano?

Tú jemiste en silencio, y aun llegaste
A fuerza de dolor y de despecho
A triunfar de tu suerte: en el contraste
Bronce insensible se volvió tu pecho,
Así como no hai tósigo que baste
A privar de la vida al que se ha hecho
Larga habitud de su terrible prueba,
Y es vano ya que en profusion lo beba.

Y tu presente risa es ironía,
Una ironía amarga, engañadora,
Porque bien sabes que en la tierra impía
No encuentra simpatías el que llora.
Tienes razon! Fuerza es que el hombre ria
Mientras en la alta habitacion no mora,
Donde a su Dios con dudas mil no ofenda.
—Volvamos entretanto a la leyenda.

Que voi a describir en tosco estilo
Una sesion de la Real Audiencia,
Y si en forense confusion me enhilo,
Benévolo el lector tendrá paciencia:
Si él es juez o letrado, que tranquilo
No tache mi labor de impertinencia:
Pinto el foro del siglo que pasó,
Porque el presente marcha *Comme il faut.*

Figurémonos, pues, una gran sala
De bajo techo y polvorientos muros,
Cuyo alfombrado es una jerga rala,
Cuyos asientos son escaños duros:
Ostenta el arteson por rica gala
Pintada a la Justicia, que sus puros
Fallos consulta en imparcial balanza,
Armada del puñal de la venganza.

Bajo un dosel de oscuro terciopelo
Cinco oidores se ven encaramados
Sobre poltronas, con su faz de hielo
Grande nariz, cabellos empolvados:
Sendas golillas con erguido vuelo
Tienen, y en anchas togas sepultados,
Con pompa y majestad se contonean,
Y sin cesar sus ojos pestañean.

Hai frente de ellos una mesa vasta
Que reviste de púrpura un tapete,
Al medio otra menor, donde se gasta
Del relator el triste sonsonete.
Fiero el marques, cuyo rencor no basta
A saciar el destierro ni el grillete,
Y venganza mortal pide inhumano,
En pié se encuentra a la derecha mano.

Protéjele un doctor, cuya esperiencia
Merece a todos reverente aprecio,
Su persona es tan ancha cual su ciencia,
Y para acusador no tiene precio.
Mas tan pagada se halla su conciencia
De su mérito propio, que de necio
Parece que tratara su insolente
Mirada a otro doctor que se halla enfrente.

El cual defiende al reo, y faz enjuta
Tiene, y cuerpo delgado como alambre,
Es diestro en embrollar una disputa,

ıcer de falsas citas un enjambre;
ɒ el pueblo por sabio le reputa,
que empezando a hilar el largo estambre
su difusa estrepitosa arenga,
hai freno ya que su furor contenga.

'erca de él está Eulojio: a la cintura
va cadena que a sus pies desciende,
us manos tambien esposa dura
ı injusto rigor aprieta y hiende:
á casi encubierta su figura,
es sobre el seno su cabeza pende,
nque la turba que le mira atenta,
ı halla de palidez su faz exenta.

Si es cierto su dolor, si en desaliento
encuentra Eulojio, no es que le acobarde
ı secreto interior remordimiento,
su sentencia con terror aguarde.
ıro hallarse en tan triste abatimiento!
ır a su fiero acusador alarde
ıcer de la opresion en que le tiene!.....
?or qué la muerte de una vez no viene?...

Luego que el escribano del proceso
a relacion monótona concluye,
l fiscal con razones de gran peso
ntabla su filípica, y arguye
itando leyes en profuso esceso,
mas de un escritor que mucho influye,
exije al fin la muerte sin dispensa
'ara el autor de tan horrible ofensa.

Pidió tras él el defensor permiso,
dijo: «Es de alabar la sabia argucia
'on que mi contendor nada conciso
'asi a mi pobre parte desahucia;
'ero yo voi a darle un buen aviso,
es que las costas pagará su astucia:
'an cierto me hallo de probar que Eulojio
'astigo no merece sino elojio.»

«*Primum!* La lei que el adversario cita
No es aplicable aquí sin que se tuerza
Su sentido, pues ella se limita
Al que roba muchachas por la fuerza.
Mirad a fojas treinta y tres escrita
La absolucion de Eulojio: allí se esfuerza
Leonor en inculcar que por su gusto
Dejó la casa de su padre injusto.»

«¿Y quién dice que fugas semejantes
Merezcan escarmiento? El griego, el godo,
Y el persa y el frances qué hacian antes
Si los padres les daban con el codo?
¿Quién dirá que los Dioses son tunantes?
Pues jamas perdonaron ningun modo
De obtener del amor la dulce copa;
Dígalo el toro que arrebata a Europa.» [1]

«Aun hai mas: estos robos a menudo
Han producido imponderables bienes,
Naciendo de ellos un varon membrudo
Que en verde lauro coronó sus sienes.
Y o tú, imponente Roma! yo no dudo
Que si mil pueblos a tus plantas tienes,
De las Sabinas lo debiste al robo!
Quien no lo confesase fuera un bobo.» [2]

Causó al principio risa mas que enojo
A los jueces discurso tan agudo,
Despues uno empezó a cerrar el ojo,
Otro un bostezo reprimir no pudo:
Escapóse un respingo al menos flojo,
Y al que era mas alegre un estornudo,
Y al fin y al cabo se durmió el Rejente,
Cansado ya de su papel de oyente.

Mas despertole Eulojio que abrasado
Como una grana levantando el rostro,
«Basta, señor,!» le dijo a su letrado,
»Que tanta necedad ya yo no arrostro.
»Señores, continuó, yo que un soldado
»Solo he sido hasta aquí, cuando me postro

[1] Alusion al robo de Europa por Júpiter en figura de toro. (El A.)

[2] Por si alguno encontrase inverosímil este modo de argumentar del abogado de Eulojio, debo prevenir aquí que esta imitacion no hace mas que dar una idea mui remota de los discursos de aquellos tiempos. Cualquiera que haya rejistrado algunas pájinas de los manuscritos sobre la historia del pais, que existen en nuestra Biblioteca, se habrá quedado asombrado de hallar que por lo menos sus dos terceras partes se pierden en digresiones y comparaciones fundadas sobre la historia antigua, y la Mitolojía. (El A.)

»A pediros de hablar justo permiso,
»No os pienso fastidiar: seré conciso.

«Toda mi desventura ha procedido
De haber amado con ardor estremo,
Y de haberme la suerte concedido
Correspondencia de mi bien supremo:
Leonor por su cariño me ha seguido,
Y a mi conciencia contrariar no temo
Asegurando aquí que su pureza
No tuvo que sufrir de mi terneza.»

«Para hacerla mi dueño, para darla
Por siempre de mi pecho el señorío
De su mansion me resolví a sacarla.
Es verdad que sus padres con impío
Desprecio me prohibieron adorarla;
Mas la sola razon de su desvío
Fué no haber yo nacido en alto puesto:
Toda mi culpa atroz consiste en esto.»

«Ahora, pues, preguntad (siguió mostrando
Un alto y venerable crucifijo,
Que al juez que el cielo habita recordando,
En frente al tribunal se hallaba fijo)
Preguntad a ese Dios si él espirando
En los tormentos de la cruz, maldijo
La estirpe mia, o si al rendir su aliento
Abrió a todo hombre el celestial asiento.»

«Mas si el juez de la tierra halla por justo
Que solo por quien soi se me castigue,
Ni os tacharé por vuestro fallo augusto,
Ni menos pediré que se mitigue.
Tanto he sufrido ya, tanto el injusto
Destino ha largo tiempo me persigue,
Que lejos de inquietarme por mi suerte,
Casi os suplico sentencieis a muerte.»

Dijo: el fiero Marques con rostro arisco
Lanza al mirarle por los ojos fuego,
Y el influjo mortal del basilisco
Quisiera que sobre él tuviesen luego:
En lenguaje violento como el risco
Que de alto monte se desprende ciego,
«Malvado!» prorrumpió, «¿juzgas que sea
Poca falta que un vil de tu ralea

«Contaminar con su mirada impura
La tierna flor de mi esperanza osase,
Y el cristal que halagaba una aura pura
Con su aliento pestífero empañase?
¿Quién eres, dime, tú, funesta hechura
Del capricho de un jefe, y en qué base
Disculpas forjas a tu arrojo indino,
Vil robador, sacrílego asesino?»

Fuerte campanillazo en la ancha mesa
Del Tribunal sonó, mas no bastara
A calmar del Marques la furia aviesa,
Si Eulojio en voz de trueno no esclamara:
«¿Quién soi yo, me decis? A toda priesa
Cualquier campo de lid os contestara
Esa pregunta que me haceis triunfante,
Si vos los consultasteis un instante.»

«Mucho tiempo hace ya que una batalla
En Chile no se dió, sin que mi pecho
O el de mi padre fuesen dura valla
Al furor enemigo; y a despecho
De ese orgullo feroz que en vos estalla
Gloriosos nuestros brazos nos han hecho;
Buscad en tanto vos los grandes hombres
De vuestra alcurnia, y repetid sus nombres!»

«¿Yo hechura de un capricho? Pero acaso
Los ascendientes vuestros algo fueron,
Mientras vertiendo el oro a cada paso
Una venal nobleza no obtuvieron?
Como hez inmunda en reluciente vaso,
Su baldon en un título escondieron,
Y porque así no quise yo ilustrarme
Pensais que sin temor podeis hollarme?»

«Si al padre de Leonor en vos no viese,
Marques, yo vuestro rostro escupiria....
Señores, perdonad que así se esprese
Mi dolor un instante. ¿No podia
Su rabia contentar que yo estuviese
Aquí aguardando la sentencia mia
Lleno de grillos e ignominia suma
Como al que un crímen horroroso abruma?»

«¿Era tambien preciso que el ultraje
Viniese a completar la obra inhumana,
Y que en silencio vil yo ni el coraje

...viese de humillar su audacía insana?
...crílego asesino en su lenguaje
...rioso me ha llamado, y esta vana
...culpacion es fuerza que confunda
...ntes, o jueces, que en silencio me hunda.»

«Sangre en el templo derramó mi espada,
...as fué por defenderme, fué, señores,
...or salvar a mi amante refujiáda
...unto a mi corazon de sus furores.
...i vuestra alma no ha sido siempre helada
De la pasion mas tierna a los ardores,
Solo haré esta pregunta a vuestro pecho:
«En situacion igual ¿qué hubierais hecho?»

Así termina Eulojio, y el semblante
Volviendo a doblegar sobre su seno,
Sonaron sus cadenas un instante,
Luego quedó de movimiento ajeno.
El gran concurso que le oyó anhelante,
De entusiasmo y piedad a un tiempo lleno,
Alzó de aprobacion sordo murmullo,
Del Marques reprobando el fiero orgullo.

El cual quisiera hablar, y aun mas vehemente
Dar curso a la ira que su aliento exhala,
Pero la campanilla del Rejente
Sonó, mandando despejar la sala.
No fué largo el acuerdo, y nuevamente
Al reo que aguardaba en la antesala,
Entrar y arrodillarse le mandaron,
Y así el injusto fallo le intimaron.

«Una doncella robasteis
Pura, noble y sin mancilla,
Y una sagrada capilla
De sangre humana empapasteis.
Las leyes que quebrantasteis
Reo de muerte os reputan,
Mas vuestros jueces computan
Lo que a Chile habeis servido,
Y en destierro indefinido
De este reino os la conmutan.»

—

A ninguno esta sentencia
Pudo allí contento hacer,
Y el pueblo dejó entender
A las claras su impaciencia.
Eulojio con ironía
Dió gracias al Tribunal,
Y el Marques con infernal
Furia el labio se mordia.
Una mirada volcánica
A los jueces arrojó,
Sú rostro desfiguró
Una sonrisa satánica.
Y murmurando se fué:
«Si ellos en poco han tenido
«La ofensa que he recibido,
«Yo mismo la vengaré!»

Condujeron a Eulojio al triste encierro
De lóbrega mansion, de do debia,
Al primer rayo del siguiente dia,
El camino emprender de su destierro.
Allí, como en la tumba se sepulta
Cadáver yerto en impasible calma,
Frio ostentando su firmeza de alma,
El reo al vulgo observador se oculta.
Mas ai! Cuando a la hora señalada
Los ministriles a sacarle entraron,
Sola y desierta la prision hallaron,
Y su cadena en tierra destrozada.
Dan voces, se amenaza al carcelero,
Rejistran la prision, jente se invoca,
Por la ciudad y campos se desboca
Buscando a Eulojio un escuadron entero.
Levanta una sumaria el escribano,
Y jura el alguacil, la Audiencia amaga;
Pero ni una vislumbre incierta y vaga
Vino a aclarar las sombras de este arcano.
Las beatas decian que un prodijio
Esta desparicion era sin duda,
Que una horrible lejion de diablos muda,
Llevóse al preso sin dejar vestijio.
A fin de autorizar error tamaño,
Cuentan que a media noche una vecina
Se asomó para ver quién orijina
Rumor que siente por la calle estraño,
Y alcanzó a distinguir con gran sorpresa
Cuatro ardientes demonios que salian

Del cuartel, y a caballo conducian
En hórrido silencio humana presa.
El que priva por ser menos iluso
Pretende que un amigo la cautela
Con oro adormeció del centinela,
Y en libertad al prisionero puso.

Entre tanta confusion
De conjeturas diversas
Solo algunos por Eulojio
Peores sucesos recelan.
Estos son los que conocen
Del Marques la impia tema,
Y saben que en él el odio
Es carcoma que se aferra
De un tronco, y no le abandona
Hasta tornarle en pavesa:
Los que saben que en la noche
Del dia en que dió sentencia
El Tribunal contra Eulojio,
Él de su casa saliera
Oculto, sin dar noticia
Del objeto que le lleva,
Ni decir a dónde vaya
Ni cuándo será su vuelta,
Seguido de cuatro esclavos
Que a todo trance obedezcan,
Y que aun el puñal esgriman
Al menor jesto que entiendan!—
Dos auroras han pasado
Sin que de ellos nadie sepa,
Así como ignoran todos
La suerte que Eulojio tenga.
¿Y quién puede imajinarse
Lo que en vista de esta ausencia
Sufrió la triste Leonora,
De horribles recelos llena?
Ella adora ¡ai infelice!
Ella por larga esperiencia
Sabe que antes que su padre
El tigre su rabia enfrena;
Y está viendo al hado adverso
Tan tenaz en ofenderla
Que abrigar no osa un instante
Leve esperanza risueña.
Por fin al tercero dia
Estuvo el Marques de vuelta,
Sereno el rostro, y el alma
Al parecer satisfecha.
En lugar de la sombría
Meditabunda apariencia
Que él al partirse llevara,
Sus facciones mas abiertas
Mostraban que sus pesares
Ya le inquietaban apenas,
Fuese por estar vengados,
O porque a olvido los diera.
Solo la amante Leonora
Mirando esta calma tiembla,
Y que es la nieve que encubre
Un volcan furioso piensa.
Aun juzga que de su padre
En la mirada siniestra
Hai algo que está anunciando
Criminal accion sangrienta;
Pues en torno sus pupilas
Los párpados que blanquean
Manchas rojas de repente
De infausto agüero presentan;
Y cuando alguno de Eulojio
El escape le recuerda,
Vagan atroces sus ojos,
Aunque él finja indiferencia.
Convirtióse en certidumbre
El temor de la doncella,
Cuando un esclavo entrególe
Una carta con cautela.
Un retrato dentro habia,
Y con sangre cuatro letras
Mal trazadas, con las cuales
Darian horrible nueva,
Porque alarido espantoso
Lanzó la triste al leerlas,
Y quedó por largo tiempo
En hondo estupor envuelta.

Pocos dias despues, una mañana
De las postreras del templado abril,
De un convento de Monjas la campana
Los aires hiere èn vibraciones mil.

El sol que ostenta su esplendente llama
Sin un celaje por la esfera azul,
Sobre apiñados grupos la derrama
Vestidos de manton y negro tul.

Mujeres son que corren la ancha via
Que conduce ácia el templo del Señor,
Dando a su andar veloz nueva enerjia
De la campana el lúgubre clamor.

«Ya no vamos a hallar hueco ninguno,»
Una beata esclama por aquí—
«Ai, niña! si es horror: monjío alguno
«De tanta bulla y confusion no ví.»—

«Dicen que ella va a ser sacrificada!»
Una bella susurra mas allá—
«Harto lo ha merecido la malvada!»
Responde en voz severa la mamá.

«Pol recita!» una vieja solterona
Dice, ostentando falsa compasion,
«De aquella que a sus gustos se abandona
«Estos al fin los desengaños son!»—

Así van hablando, y el paso aceleran,
Pues ya desesperan
Poder del monjío los lances contar.
Inútil empeño, y estimulo vano!
Que desde temprano
De jentes el templo se vé rebosar!

—

Mil luces en sus aras centellean
Aumentando del sol el brillo inmenso,
Y por su ámbito vasto se pasean
Espesas nubes de oloroso incienso.

Ya son las once, y reparar se deja
Bien la inquietud con que el concurso aguarda,
Cuando se corre el velo tras la reja
Que el santo coro del convento guarda.

Por sus dobles hileras de pilares
Atónita la vista se estasia,
Admirando los tétricos lugares
Donde al Señor se invoca noche y dia.

¿De dónde viene ese clamor profundo
Que súbito amedrenta el corazon?
Parece que cien voces de otro mundo
Acordes alzan funeral cancion!

Se siente discurrir por los recintos
Internos esa triste cantilena,
Ya se oyen sus acentos mas distintos,
Y ya del coro los espacios llena.

Envueltas en sus lúgubres sayales
De monjas aparece doble fila,
Y sin mirar al pueblo, con ciriales
En misteriosa lentitud desfila.

Un momento su paso ha detenido,
Y hasta los cielos su clamor se alzó,
El órgano con eco interrumpido
Su entonacion funesta acompañó.

Mas vedla ya marchar, ¡Cuánta fantasma
Solo a su voz atenta desparece!
¿Es ilusion de un sueño que me pasma,
Y para siempre al despertar fallece?

A la puerta del convento
Corre el pueblo en confusion,
Y acudir por dentro siento
Ácia allí la procesion.
Tambien al Marques severo
Y a la Marquesa yo miro,
Y a su presencia suspiro,
Porque la víctima infiero.

—

La vasta puerta de repente abrióse,
Y lo interior del claustro descubrióse,
La procesion sombría allí se hallaba,
Y ante el umbral al mundo presentaba
Un momento a Leonora,
Hermosa como siempre, encantadora,
Coronada la frente
De perlas con diadema reluciente,
Y ostentando mas lujo en su vestido
Que jamas el oriente ha producido:
Era la triste un sol que relucia

Mas brillante que nunca en aquel dia
Para eclipsarse eternamente: era
Una mansa cordera
Que sin quejarse de su amarga suerte,
Iba sumisa a recibir la muerte.

Cubre su frente palidez süave,
Pero indicios no da de pena grave,
Su tranquila mirada;
En tierra está clavada,
Y en sus mejillas que la fresca rosa
Como antes ya no esmalta esplendorosa,
Solo de cuando en cuando se aparecen,
Cual fujitivas sombras que incesantes
En sueños ven pasar los delirantes,
Leves manchas que pronto desparecen.

Y en su aparente calma
Del interno dolor que sufre el alma
Solo se ven indicios algo ciertos
En sus cárdenos labios entreabiertos,
Que a veces un temblor rápido ajita,
Como cuando una ráfaga lijera
La superficie de algun lago altera.—
Su seno ora palpita
En conmocion estraña,
Mas ora inmóvil respirando, engaña.—

Era la paz que el firmamento ostenta
Cuando feroz se acerca la tormenta,
Y al horizonte sube
Cual punto leve imperceptible nube.—

Mas el nevado encaje
De su costoso traje,
Símbolo de su cándida inocencia,
Le infunde una apariencia
Tan celestial y pura,
Que el vulgo ver en ella se figura
Una paloma que ácia el alto cielo
Va suavemente a remontar su vuelo.—

A fin de darla el postrimer abrazo,
La Marquesa sus pasos avanzó,
La jóven al mirarse en su regazo
Ni estremo afecto ni aversion mostró.

Solo una bella lágrima temblante
Se miró de sus párpados correr,
Reconvencion que un pecho sollozante
Daba a una madre injusta al perecer!

Abrazarla el Marques quiso a su turno,
(La ceremonia lo pedia así)
Mas cual si espectro aterrador nocturno
Fuera, la jóven le alejó de sí.

Asombráronse todos, y la madre
Reprendiendo su arrojo con furor,
«¿Te olvidas, esclamó, de que es tu padre?»
—«Dejólo ya de ser!» dijo Leonor,

«De sangre nos divide un mar horrendo,
Un mar que él nunca apartará de sí.
¿Su injusta voluntad no estoi cumpliendo?
Y qué mas tiene que exijir de mí?»—

Así esclamando temblaba
Como la hoja sacudida,
Y de su vista encendida
Vivos rayos arrojaba.
De escándalo el pueblo lleno
Por un momento encontróse;
Pero al punto adelantóse
La procesion, y en su seno
Quedó la víctima oculta,
Como débil navecilla
Que hecha pedazos la quilla,
En las ondas se sepulta.—
La puerta volvió a cerrarse,
Y la mística harmonía
Lentamente se entendia
Por los claustros alejarse.
Pronto en el coro volvieron
A entrar las monjas cantando,
Y los cirios apagando,
A sus asientos se fueron.

Quedaron solo dos junto a la silla
Que en medio el coro ocupa la abadesa,
Y Leonor, indefensa cervatilla,
En medio de ellas para ser su presa.

e sus ricos vestidos la despojan,
›s joyeles de su cuello y sien
10 galas inmundas los arrojan
re el polvo en fanático desden.

luego sus suavísimos cabellos
: descendiendo hasta los piés están,
ando el hierro cortador por ellos,
nbien al suelo sin dolor los dan.

.eonor los vió caer, y aunque sus ojos
ore ellos un instante se fijaron,
sin pena mirando esos despojos
e un dia mil bellezas envidiaron,

Empero esta afliccion presto borróse,
por su mente tan veloz pasó,
al muere la ola que en tormenta atroce
amando en medio de la mar se alzó—

¿Por qué sentirlos ya, si ella no ignora
ie aquel que un tiempo los amó tan fiel,
un cadáver insepulto ahora,
ya no puede disfrutarlos él?....

A vestirla del saco se preparan,
:ro al quitarla su postrer adorno,
ue era un verde jubon, cielos! reparan
culta cinta de su cuello en torno,

De la que pende con esmalte vario
e oro y rubies, cual brillante estrella,
a guisa de devoto relicario,
e hermoso jóven miniatura bella.

Pretenden arrancársela al instante,
ero Leonor su intento previniendo,
a aferra entre sus manos anhelante,
resiste impertérrita diciendo:

«No, no puedo cederos mi tesoro,
:l solo bien que me dejó la suerte,
ši no os ablanda mi doliente lloro,
ıntes que os lo lleveis dadme la muerte.»—

«¿Qué es lo que haceis?» esclama la abadesa
A este altercado con severo tono—
«Es un retrato!» dicenle de priesa
Las despojantes con piadioso encono—

«De quién?»—De un jóven!»—Padre Dios [Eterno!
Y en estos sitios conservar desea
Todavia esa alhaja del infierno!
Que yo en el polvo sin tardar la vea!»—

La jóven con gran dolor
Tuvo que ceder su prenda,
Última querida ofrenda
Que Eulojio hiciera a su amor.
Mas ai! desde aquel instante
A impulso de su amargura,
Se apoderó la locura
De su mente delirante.
Y olvidando lo pasado,
Insensible a lo presente,
Fué solo un eco doliente
Del huracan que ha acabado.—

Apenas revestida la tuvieron
Del áspero sayal y ancho ropon,
Cuando ácia la Abadesa la impelieron
A hacer su respetuosa sumision.

Leonor obedeciendo reverente
Se arrodilló delante del sitial,
Y recibió sobre su helada frente
La sacrosanta bendicion claustral.

Levantóse despues, y en torno al coro
Las monjas todas abrazando fué,
Parecida a un brillante meteoro
Que por las tumbas divagar se vé.

Luego que visitó con paso lento
Tanta fantasma muda y sin sentir,
Que solo se movia en el asiento
Su fraternal abrazo a recibir,

De las rejas del coro cerca viene
Do los padrinos alumbrando están,
Doblega las rodillas, y sostiene
Con su derecha un cirio que le dan.

E inclinados los ojos, ella escucha
La plática del padre confesor,
Que se prepara en elocuencia mucha
A ser la lengua del divino amor.—

Mas era tanto el jentío,
Y asi por ver se agolpaba
A las rejas, que ya ahogaba
Padrinos y confesor—
El cual clamaba en su aprieto;
«Qué irreverencia es aquesta?
Solo por ver una fiesta
A Dios perdeis el respeto?»
«Ea! pues, profano vulgo,
Despejad que ya me ahogo,
Si no me dais desahogo,
Como hai Dios, que os descomulgo»
Gritando así, se enrojece
Su rostro como un tomate,
Mas no por eso el embate
Del fiero tropel descrece.
Viendo al fin que en balde chilla,
Resuelve no estar en bajo,
Y no sin grande trabajo
Se sube sobre su silla.—
Allí luego su discurso
En dos partes dividiendo,
Una reseña fué haciendo
Del destino mundanal:
Las espinas que entre flores
Al que lo sigue depara,
Y su sinsabor compara
Con la beatitud claustral.
Adujo diversas citas
De la escritura sagrada,
Y aunque nadie entendió nada,
A los mas los convenció.—
Leonor, con la vista fija
En tierra, le estuvo oyendo,
E ir en su rostro cundiendo
Mortal palidez se vió.—
Pero cuando el sacerdote
La dijo: «si un dia, hermana,
»Alguna pasion profana
»Pudo ajitaros tal vez,
»Ai! relegadla al olvido,
»Porque esta mansion dichosa
»A la que en Dios no reposa,
«Solo es mortal lobreguez.»
Entonces los ojos la mísera alzando
Vidriosos y turbios como ojos de un muerto,
Y en risa frenética al pueblo mirando,
Decir algo quiso su labio entreabierto,
Mas ai! como suele en invierno aterido
Helarse la lluvia en el aire al caer,
Tan solo lanzaron horrendo alarido,
Sin que una palabra pudiese correr.
Su vista fijóse, sus miembros temblaron,
Un vértigo horrible su frente sintió:
Sin fuerzas el cirio sus manos soltaron,
Y al fin sobre el suelo su cuerpo cayó.—
Absorto su arenga cortó el predicante,
Pasmado sintióse el concurso quedar,
Las monjas corrieron el velo al instante,
Que vino esta escena horrorosa a ocultar.

Media noche va a sonar,
Brilla en el cielo la luna,
Mas tal vez una importuna
Nube la viene a entoldar:
Nube que se ve rodar
Negra, ominosa y tardía,
Que a cada instante varía
Su fantástico contorno,
Y parece un triste adorno
Puesto en salon de alegria.

Los campos y la montaña
Ora hermosos resplandecen,
Ora en partes se oscurecen
Cuando la luna se empaña.
Y así en variacion estraña
De trechos de luz y sombra
Vagando el alma se asombra,
Y sumida en amargura,
Imájen a la natura
De la humana suerte nombra.

El viento apenas suspira,
Y el aire sin movimiento,
Deja oir el rumor lento
Del rio que tardo jira.

Solo rara vez se mira
Algunas ráfagas flojas
Sacudir las secas hojas,
Que del tronco desprendidas,
Van volando confundidas
A formar alfombras rojas.

Todo al pecho temeroso
Anuncia ruina y espanto,
Los claustros están en tanto
En silencio pavoroso.
Solo turba su reposo
El cipres que renegrea,
Y el bulto denso menea,
Cuyo funeral ropaje,
Sin que el otoño le ultraje,
Del tiempo se enseñorea.

¿Qué figura estoi mirando
Vagar por los corredores,
Ora en pasos voladores
Ora en lentitud marchando?
Negra mortaja arrastrando
Va, y el rumor de sus piés,
Que apenas se oye, igual es
Al murmullo de la brisa
Que revolver se divisa
De su ropon al traves.

Ya la ilumina la luna,
Ya entre las sombras se esconde,
Segun el lugar por donde
Lá lleva su atroz fortuna.
No vuelve atras vez alguna
El rostro, atenta a su objeto.
¿Es algun sucio esqueleto
Que negra intencion suscita,
Y a cumplir se precipita
De alto conjuro el decreto?

Al pié del gran Campanario
Y delante de su puerta
Se detiene un punto incierta,
Luchando en designio vario.
Tal vez su intento nefario
La amedrenta mas allí,
Mas de repente la ví
Resuelta desparecerse,
Y la puerta estremecerse
Con raudo choque sentí.

Mudo de asombro he quedado,
Y esa aparicion un eco
Triste indefinible y hueco
En mi cerebro ha dejado.
¿Se habrá cual sueño alejado
Porque yo su imájen borre?
No, que en lo alto de la torre
Vuelve a aparecer. Miradla!
Descubre un rostro de gualda
Su velo que se descorre.

La luna a sus anchas luciendo a tal punto,
Me deja el semblante admirar de Leonora,
No ya rozagante cual brilla la aurora,
Sí mórbido y triste cual sol ya difunto.
Ai! Cómo tan presto acercóse a la tumba!
Cual vagos recuerdos sus gracias ya son,
O incierta harmonía que lúgubre zumba
Si cubre la noche fatal panteon.
La lánguida frente sostiene en su mano,
Y alzando los ojos sin lágrimas ya,
Olvida a sus plantas el mundo profano,
Y fija en los astros inmóvil está.
Mas oh! Qué memoria de pronto la asalta?
¿Por qué sacudiendo en atroz frenesí
Su hermosa cabeza, de súbito salta,
Y dar, ai! dos vueltas en torno la ví?
El ruido del viento, el caer de las hojas,
Del astro nocturno el sereno esplendor,
Habrán en sus fibras relajas y flojas
Tal vez producido una imájen de amor?
Un canto parece a entonar se dispone;
Su voz que al principio es un eco de muerte,
Bien pronto endulzando su acento disone,
En harpa divina por fin se convierte.
Y atentos los aires, callados los vientos,
Escuchan absortos la dulce cancion,
La fríjida torre a sus tristes lamentos
Parece temblando sentir compasion!....

«Vuelan las hojas, las hojas
Sin cesar volando van,
Y todas al fin caerán,
Porque es tiempo de morir.

Nacieron para secarse,
Y aunque brillaron un dia,
Cada sol que amanecia
Las acercaba a su fin!

Yo tambien brillé como ellas,
Y ví envidiar mi ventura,
Hoi ya ser se me figura
Hoja que volando voi.
Un sepulcro y una amante
Que sobre su mármol llora!...
¿Por qué yo no soi ahora
La que en el sepulcro estoi?»

Una mano me condujo
A un altar, y alguien decia:
¿Por qué lloras, vida mia,
Cuando un cielo veo yo?
Y yo seguia llorando,
Aunque la voz me animaba.
Cielos! y por qué temblaba?...
Ya todo se me olvidó!

¿Por qué a lo lejos no veo
Un incendio propagarse,
El huracan levantarse
Y el viento en furor bramar?
Tal vez el mar furibundo
Hasta esta torre llegára,
Y en sus olas yo mirára
Un cadáver blanquear!

Qué gloria morir con él
Aunque entre las olas fuese,
Sin que un tirano viniese
Nuestro abrazo a dividir!
Mas ai! para mi consuelo
Ni un cadáver me conceden,
Y solo las hojas pueden
Junto conmigo morir.»

—

Morir! los ecos tristes repitieron.
Morir! el campanario resonó:
La luna rojas nubes escondieron
Al punto en que Leonor despareció.
Inmóvil la natura, silenciosa,
Y sumerjida en honda lobreguez,
De un desastre la nueva pavorosa
Está esperando con terror tal vez.
Un ruido sordo se oye de repente
Del Campanario en confunsion salir,
Y luego las campanas el ambiente
Solas empiezan ¡o portento! a herir.
¿Media noche será? ¿Llaman por suerte
Al coro a las esposas de Jesus?...
No, que doblando están: en son de muerte
Lloran por alguien que dejó la luz!
Atónitas las monjas van saliendo
De sus celdas aprisa, y con sorpresa
Tienden oidos al clamor tremendo
Que el Campanario de esparcir no cesa.
Corren, se buscan, vuelven y admiradas
La causa se preguntan entre sí,
Y reconocen de terror pasmadas
Que solo falta la novicia allí!
La Abadesa en fatal presentimiento,
Con luces y en estrecha procesion
A sus súbditas manda que al momento
La causa corran a indagar del son.
Sumisas obedecen, y caminan
Temblando todas con pavor glacial;
Mas no bien sus antorchas iluminan
Del Campanario la mansion fatal,
Y entre la incierta claridad se pudo
El techo percibir, cuando lanzaron
Todas a un tiempo un alarido agudo,
Al suelo las antorchas arrojaron,
Y en espantosa confusion corriendo,
No paran hasta el medio del jardin,
Temblante aún, y de un cordel pendiendo,
A Leonor vieran rematar su fin!

. . . .

Una fosa cavada al otro dia
Del Campanario ante el cimiento habia.
Sin aparato ni señal de duelo,
Ni canto que por él se eleve al cielo,
Un cadáver desciende a aquella tumba,
Y mientra el azadon sobre él retumba
La menuzada tierra apisonando,
Ni un solo ai! de dolor, ni un eco blando
Con un *Descansa en paz!* a honrarlo vino.
Fué de Leonor el mísero destino
No reposar debajo el pavimento
Del templo del Señor, donde el acento
Del himno alzado a la Suprema altura,
Hubiese mitigado su amargura.
Solo fué dado saludar sus manes
Al rujir de los fieros huracanes.

l aire libre, al sol y lluvia espuesta
ual rosa que perece en la floresta,
l pié del Campanario está Leonora.
' todas huyen su sepulcro ahora,
;ual si estuviese por Jesus maldito,
un su memoria el claustro la ha proscrito
:omo sus padres a la triste en vida!
Ni jamas una flor se vió esparcida
Sobre su lecho de eternal reposo.
Solo en medio el silencio pavoroso
De la noche, una dulce melodía
En torno suyo resonar se oía,
Preludiando de amor tiernos delirios.
Y en el invierno dos hermosos lirios
Nacer sobre la tumba se miraban,
Que al soplar de los cierzos enlazaban
Sus pétalos llorosos blandamente,
Imitando de amor el beso ardiente.
Dos aves entre tanto
Venian a entonar su dulce canto
Al rededor, y en ecos jemidores
Contarse parecian los amores,
Cuya historia encerraba aquel sepulcro.
Mas no bien claro el sol, y el cielo pulcro
Anunciaban de alegre primavera
La brillantez primera,
Cuando una y otra flor mustia y marchita
A un tiempo se secaban, cual si solo
Cuando ofuscaba el huracan el polo,
Pudiesen existir, y la esquisita
Aroma del verano
Para ellas fuese destructor gusano.
Al punto la avecilla se alejaba
Y a la desierta tumba no acudia
Hasta que en el invierno venidero
El uno y otro lirio renacia;
Y en eco plañidero
Ella a seguir su lloro retornaba.

—

¿Qué suerte cupo al Marques?
¿Dias serenos gozó
Despues que hirió sus oidos
La desgracia de Leonor?
Ai! a demostrarlo así
Él aleve se esforzó,
Y siguiendo en sus devotas
Prácticas de relijion,
Insultaba al mismo cielo
Con su hipócrita fervor.
Quizá insensato esperaba
Que de su crimen atroz
Jamas las densas tinieblas
Alumbrase un resplandor.
¡Cómo débiles se engañan
Los malvados! No tardó
Muchos años en saberse
Por pública y cierta voz
Que uno de sus propios siervos,
Lleno de espanto y terror,
De la muerte en los delirios
Claramente reveló
Que en aquellos mismos dias
Que Eulojio despareciò,
Él en espesa montaña
De un campo de su señor
Un cadáver mutilado
Horriblemente encontró,
Que exhalando corrompido
Insoportable fetor,
Apenas se distinguia
Que a un jóven perteneció.
Èl le habia sepultado
Movido de compasion,
Y por miedo largo tiempo
Hondo silencio guardó.
¿Habia sido de Eulojio
Aquel despojo de horror?
Todos así lo creyeron,
Y el Marques de execracion
Universal abrumado,
Largo tiempo no venció
Su cruel remordimiento,
Que como espectro feroz
Le hacia la noche umbría
Divagar por su mansion,
Pidiendo misericordia
Con doloroso clamor,
Y sin que humano consuelo
Diese alivio al corazon.
Hasta que acabado el cuerpo
En horrible consuncion,
Entre espantosa agonia
Su último aliento rindió.

TAGLE.

(FRANCISCO M. SANCHEZ DE)

Poeta mejicano a quien llama un escritor compatriota suyo: — «injenio noble y sublime, cuyos pensamientos elevados, elocuencia y estilo castizo, han contribuido a restaurar el bello gusto de la poesía en Méjico.» —

«A quién los bellos sones
No agradan que tañir diestro sabes?»

dice el autor de los «Ocios juveniles» dirijiéndose al mismo Tagle. Este señor, segun la composicion de donde tomamos los dos versos anteriores, ha cultivado jéneros mui diferentes en sus poesías,

«Ya festivas, ya plácidas, ya graves.»

A LA LUNA, EN TIEMPO DE DISCORDIAS CIVILES.

Con qué silencio y majestad caminas,
Por miles de luceros festejada,
Súbditos que dominas,
Ornato augusto de la noche helada!
Ellos acatan tu beldad fuljente
Desque en carro de nacar y de plata
Asoma en horizonte,
Consuelo al triste y al virtuoso grata:
Y estáticos te siguen por la inmensa
Bóveda del santuario del Eterno,
Do la oracion intensa
Del justo perseguido escucha tierno.
Con ellos te saludo, almo destello
De la luz perennal, fija la mente
Y ojo absorto en tu cuello
Y en esa ebúrnea majestuosa frente,
De donde luz gratísima difundes
Por la inmensa creacion desfallecida,
Con que sopor le infundes,
Seguro jermen de repuesta vida.
A tu arjentada luz sus presas cede,
Que otra vez le arrancó, mal de su grado,
Voz que todo lo puede,
Y pensaba engullir el caos menguado.
Duermen los montes, y en sus grutas hondas
Duermen los vientos y el horrible trueno:
Duermen del mar las ondas
Y Lebiathan, y monstruos de su seno.
Hace pausa la vida de los seres
Que engrandecen al orbe: tu beleño
Embarga sus poderes
Con ligaduras de apacible sueño.
¡Alto silencio, interrumpido apenas
Por pies del gamo que ni toca el suelo,
Y las hojas serenas
Recorriendo Favonio en blando vuelo,

alud, o don de la triforme diosa,
Que desciendes al pecho trabajado
En vida congojosa,
Nido revuelto de mortal cuidado,
el temer y esperar sin fin ni tino
Y de allí lanzas el aciago susto;
Y ya el nectar divino
De la quietud, a tu presencia, gusto!
'ú avanzas, ¡o bella majestuosa!
Recorriendo la bóveda azulada,
Ufana cual la esposa
Que del lecho nupcial sale adornada.
'e rinden homenaje cielo y tierra:
Y la sombra huye sin saber a dónde;
Ya tras fragosa sierra,
Ya en la lejana nube se te esconde
Plegando el manto mas y mas, medrosa,
Mas tú incansable, en sólita carrera,
Por siempre victoriosa,
No le das tregua, y lanzas de do quiera.
Todo es calma y dulzor, ¿y el hombre?.. ¡o Luna!
Huye veloz del tachonado cielo,
Tu luz le es importuna,
Y a la maldad consagra su desvelo.
No alumbres, no, los crímenes atroces
Que unos contra otros sin cesar maquinan:
Mutuamente feroces
Al dolor y a la muerte se destinan.
O víctimas o cómplices furiosos
Busca tan solo el hombre en sus hermanos,
Con ojos sanguinosos
En el vagar amenazante insanos.
Ahora ¡o dolor! en horridas reuniones,
Astutos para el mal, el mal sazonan;
Preparan combustiones;
Amasan el penar, y mas se enconan.
Allí la seduccion la venda teje
Que del incauto oprimirá los ojos,
Y mirar no le deje
Sino fantasmas, ocasion de enojos.
La atroz calumnia, el venenoso aliento
Y los densos vapores de allí lanza
Contra famas sin cuento,
Y amancilla, y marchita cuanto alcanza.
En grupos parten desconfianza y celo,
Y a la discordia en su pos siguieron:
Padres, hijos, abuelos,
Romperán lazos que antes los unieron.
No habrá mérito ya, virtud segura:
Todo se ataca, todo se atropella
Con mano y lengua impura:
Impudente maldad todo lo huella.
La patria del placer y la abundancia
Ya es del horror y crímenes guarida,
Y tenebrosa estancia
Donde la rabia carnicera anida.
¡Y es a tu nombre, o Patria idolatrada,
Que los malvados fraguan tantos daños,
Con los que destrozada
Aparezcas infame a los estraños!
¿Qué mal has hecho a tus rabiosos hijos
Que así desgarran el materno seno,
Y solo en dañar fijos,
Gustado apenas, les hastía lo bueno?
Las antiguas heridas aun gotean,
¡Y abrirte quieren nuevas, insanables
Los que amarte vocean,
Hipócritas, perversos, detestables!
¡Qué porvenir te labran tan funesto
Y tan discorde de tu bella aurora!
¿Doblará el cuello enhiesto
La que del orbe se veria señora?
¿Paz, dulce paz, de nuestro triste suelo
Para nunca volver te habrás marchado?
¿Y el fervoroso anhelo
Del patriota veráz será frustrado?
¿No ha de haber ya justicia so la tierra,
Ni quien vindique hollados sus derechos?
¿Siempre amagos de guerra
Mantendrán yermos nuestros caros lechos?
Si así ha de ser, o Luna, cede el puesto,
Y haz al ocaso de tu lumbre dueño:
Fine mi vida presto:
Cierre mis ojos el eterno sueño.

TRADUCCION

DE LA ODA 11, LIBRO II. DE LAS DE JUAN BAUTISTA ROUSSEAU.

EL RUISEÑOR.

Doliente Filomena,
¡Qué no des treguas al antiguo duelo
Cuando en calmar tu pena
Todo *ser* muestra cariñoso celo!

A tu vuelta renace,
Para agradarte, el orbe; sombra luego,
La que al pudor aplace,
Ofrece el bosque a tu ardoroso fuego.

Por ti su soplo helado
Llévase lejos Aquilon furioso;
Y reverdece el prado,
Y orna luz nueva al cielo fulgoroso.

La que a Céfalo amores
Llanto fecundo le tributa a Flora:
Balsámicos olores,
Libando rosas, Céfiro atesora.

Toda ave, embebecida
Con tu canto dulcísimo, enmudece;
Ni a tu inocente vida
El ambicioso cazador empece.

Con todo, inconsolable
Nutres recuerdos, siempre sumerjida
Siempre, en el lamentable
Caso de aquella hermana tan querida.

¡Mas ai! cuán diferentes
Son nuestros males, y los mios mayores!
Lloro yo los presentes,
Y la causa pasó de tus dolores:

Y natura festiva
En mitigar tu pena muestra anhelo,
Cuando a mí se me priva
Aun de quejarme el mísero consuelo.

VALDES.

(GABRIEL DE LA CONCEPCION.)

> *«Sus cantos revelan un corazon de leon y una frente de águila.»*
> MUSEO DE AMBAS AMÉRICAS.

G. de la Concepcion Valdes, mas conocido con el nombre de «Plácido,» era un oscuro jóven de color, nacido en Matanzas en la isla de Cuba. La aparicion de sus poesías en 1838, le granjeó la amistad de persones distinguidas, estendiéndose su fama de poeta a todos los paises en donde se habla lengua española.

Pero no le valieron estos méritos para escapar a la sentencia de muerte fulminada contra diez y nueve hombres de color, procesados por conspiradores contra los habitantes blancos de la isla. Plácido, comprendido en aquel número murió con rara enerjía, atravesado por las balas, en las primeras horas del dia 28 de Junio de 1844.—La pobre víctima pudo consolarse, tal vez, recordando que «no es el patíbulo el que afrenta sino el crímen;» pero ella buscó en Dios la resignacion para sus últimas tribulaciones, como se vé por su soneto, «Fatalidad,» y por la «Plegaria,» cuyos versos recitó caminando a la muerte.

El Sr. Salas y Quiroga en sus «Viajes a Cuba,» ha consagrado a Plácido algunas pájinas entusiastas, colocándole mas arriba de todo poeta americano (incluso Heredia) por el «jenio, la inspiracion, la hidalgía y la dignidad.»

GICONTECAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquin de oro,
Que finas perlas dibujan;
Tan brillantes que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El jóven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean,
Y el pueblo que le circunda,
A que contestan alegres
Trescientas vírjenes puras:
«Baldon y afrenta al vencido,
«Loor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores,
Y gracias mil le tributan.
Mas, ¿por qué veloz el héroe,
Atropellando la turba,
Del palanquin salta y vuela,
Cual rayo que el eter sulca?
Es que ya del caracol,
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
En eco sonante anuncia.

Suspende a lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúljida,
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mustias.
Llega, los suyos al verle,
Cambian en placer la furia,
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
Perdon, esclama, y arroja
Su collar; los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por él disfrutan.
«Tornad a Méjico, esclavos;
Nadie vuestra marcha turba;
Decid a vuestro señor,
Vencido ya veces muchas,
Que el jóven Gicontecal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda;
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas, dispersas e inermes,
Sino con armas y juntas.
Que arme flecheros mas bravos,
Y me encontrará en la lucha
Con sola una pica mia
Por cada trescientas suyas;
Que tema el funesto dia,
Que mi enojo a punto suba;
Entonces, ni sobre el trono
Su vida estará segura;
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros,
Calzada haré en la laguna.»
Dijo y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta,
Y el nectar de las palmeras
Entre victores apura.
Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas, como sobre la tierra
No hai dicha estable y segura,
Vinieron atras los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoi se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava,
Barreada de áureas puntas,
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

A MI RIVAL,

DESPUES DE LA MUERTE DE MI AMADA.

Ya los pájaros cantores,
No darán músicas bellas,
Ni danzarán los pastores,
Ni el cielo vestirá estrellas,
Ni la primavera flores.

Ni los simples tomejines
Vendrán por verla en la fuente,
Ni ella al verme en los jardines,
Orlará grata mi frente,
De claveles y jazmines.

Aquella frente agraciada,
En cuya forma hechicera
Tuvo el placer su morada,
Tornó a lo mismo que era
Antes de ser enjendrada.

Yo sé, Pilar, cuanto hacias
En obsequio de mi amada,
Y que amistad le tenias,
Y algo mas; pero, así en nada
Mi honor ni el suyo ofendias.

Por ser cosa natural
Que unánimes dos estén;
Y no porque en caso tal,
Quisieras tú a Fela bien,
Debo yo quererte mal.

Nuestra situacion retrata
Dos cazadores que en vano
Corren para ver quien mata
La paloma, y un milano
A la vista la arrebata.......

EPIGRAMA.

Ufano un sepulturero,
Tentando su bolsa un dia,
Cantaba como jilguero,
Porque en verdad nunca habia
Ganado tanto dinero.

«Gracias a Dios Soberano
Que este año has tenido hermano
Gran cosecha,» dije yo,
Y él cavando respondió: —
«Gracias al Doctor Fulano.»

MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra Guillermo Tell la heroica frente.
Yace en la playa el déspota imprudente,
Con ferrea vira al corazon clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente.
El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al Oceano,
Tórnanle a echar las olas y los vientos:
No encuentra humanidad el inhumano!
Que hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

FATALIDAD.

Ciega deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste,
Cual fuente clara cuya marjen viste
Magüei silvestre y punzadora tuna!
Desde el materno tálamo y la cuna
El ferreo muro del honor pusiste,
Y bárbara, cruel te complaciste
Por verme descender desde la luna.
Sal de los antros del Averno oscuros
Sigue oprimiendo mi existir cuitado;
Y si sucumbo a tus decretos duros,
Diré como el ejército cruzado
Esclamó al divisar los rojos muros
De la santa Salen: ¡«Dios lo ha mandado!»

A DIOS.

PLEGARIA.

Ser de inmensa bondad, Dios Poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Estended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo marcar quiere mi frente.

Rei de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio:
Todo lo puede quien al mar sombrío,
Olas y peces dió, luz a los cielos,
Fuego al sol, jiro al aire, al norte hielos,
Vida a las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima a vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece,

Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al traves de mi cuerpo el alma mia
Cual del aire a la clara trasparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra a tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impio,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia;
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio.

—

VALDES.

(DR. D. JOSÉ MANUEL.)

Fué este señor,— catedrático de prima de medicina Protomédico jeneral del Perú, Director del Colejio de medicina y cirujía de Lima, y socio de la Real Academia de medicina de Madrid.

El Dr. Valdez, segun su propio testimonio, ocupó toda su vida en el estudio y ejercicio de su profesion; «pero siendo lícito a todos reposar algunas horas, y distraerse honestamente,» dió sus ocios a la version castellana de los Salmos, cuya primera edicion se publicó en Lima el año 1833.— En la presente coleccion se sigue la edicion hecha en Paris en 1836, en dos tomitos.

SALMO VIII.

DOMINE DEUS NOSTER.

El Salmista celebra la grandeza de Dios, y las prerogativas naturales concedidas al hombre.

¡O Dios y Señor nuestro!
¡Que escelso y admirable
En la tierra es tu nombre,
Pues su gloria reluce en todas partes!
¡Qué mucho si en los cielos
Tu grandeza no cabe,
Y tanto los escede,
Que no pueden contigo compararse!
A párvulos sencillos
Inspiras que te alaben:
Y de este modo humillas
A los que no te rinden homenaje.
Pero yo cuando miro
Esos cielos tan grandes,
Que formaron tus dedos,
A la luna y estrellas rutilantes:
¿Qué es el hombre, te digo,
Que recuerdo de él haces?
¿Qué es el hijo del hombre,
Para que tú te dignes visitarle?
A los ánjeles santos
Poco inferior le criaste;
Mas tú le glorificas,
Para que a todos los vivientes mande.
Para que como a dueño
Le sirvan y le acaten
Las obejas, los bueyes,
Y cuantos brutos en el campo pacen.
Los pájaros veloces,
Que atraviesan los aires;
Y hasta los mismos peces,
Que surcan los senderos de los mares.
¡O Dios y Señor nuestro!
¡Qué escelso y admirable
En la tierra es tu nombre,
Pues su gloria reluce en todas partes!

SALMO XVIII.

COELI ENARRANT.

El Profeta celebra en este salmo la gloria de Dios, contemplando las obras admirables de la naturaleza; y hace un elojio de la lei divina. Las prerogativas que se atribuyen aquí a la lei, solo se verifican perfectamente en el evanjelio.

Con clara voz publican
Los cielos la escelencia
De la gloria de Dios: su omnipotencia
Las obras de sus manos testifican;
Y el claro firmamento
Las declara en armónico concento.

Cada dia al que sigue
Anuncia su grandeza:
Sus encomios tambien la noche espresa:
La que sucede el cántico prosigue;
Y este himno permanente
En todo idioma se oye claramente.

Su armonioso sonido
En la tierra percibe
Hasta el salvaje que en su estremo vive:
Y solo el temerario, que su oido
Cierra a este lenguaje,
Le niega al Hacedor el homenaje.

Su trono majestuoso,
De clara luz formado,
Parece que en el sol ha colocado:
Pues cual sale del tálamo el esposo,
Así es la bizarría
Del astro refuljente que hace el dia.

Con pasos de jigante
Emprende su carrera,
Desde un estremo al otro de la esfera:
La repite gozoso en el instante;
Y al mundo vivifica
Con la luz y calor que comunica.

Sin mácula y hermosa
Mas que el sol la lei santa,
Al sumo bien las ánimas levanta;
Y en sus promesas fiel y jenerosa,
Hace a los pequeñuelos
Que aquí gusten la ciencia de los cielos.

Sus mandatos son rectos;
Dirije las acciones;
Alegra los devotos corazones,
Escitando dulcísimos afectos;
Y es su luz tan activa,
Que a la razon ilustra y la cautiva.

Inspira el temor santo
Que al alma fortalece,
Y que en el justo siempre permanece.
Es mui veraz; no admite algun quebranto:
Y en el premio o castigo,
Su justificacion está consigo.

Aquesta lei divina,
Mas que el oro es amable,
Y las piedras preciosas; porque estable,
Es la felicidad a que encamina,
Y porque mas dulzura
Que la miel tiene para el alma pura.

Tu siervo, ¡o Dios! la observa,
Y tal deleite gusta,
Que todo fuera de ella le disgusta:
Y al que esta santa caridad conserva,
Le tienes preparada
Copiosa recompensa en tu morada.

Mas ¡ai! ¿quién tener puede
¡O Señor! sin tu lumbre,
De todos sus delitos certidumbre?
Haz que de los ocultos libre quede:
Y tu perdon imploro
De los ajenos que contrito lloro.

Mirame, pues, propicio;
Tu indignacion se acabe;
Tu santa gracia mis pecados lave,
Y echa de mí al orgullo, al grande vicio,
Que a ninguno perdona,
Porque a todos los hombres inficiona.

Entonces mis loores
Serán a tu oido aceptos:

umiaré en tu presencia los preceptos,
on grato corazon a tus favores;
Y por ningun motivo
le apartaré jamas de tu atractivo.

Así, Señor, lo espero,
Porque ya con tu ayuda,
De falsos bienes mi alma está desnuda,
Y solo quiere amar al verdadero.
A tí se dé la gloria,
Pues tuya, o Redentor! es mi victoria.

SALMO XXIII.

DOMINI EST TERRA.

David en este salmo describe el carácter de los predestinados, y celebra la entrada triunfante del Arca del Señor en el Tabernáculo, que figuraba la gloriosa Ascension de nuestro Señor Jesucristo a los cielos.

Del Señor es la tierra,
Y todo lo que en ella se contiene;
Su vasta redondez, cuanto ella encierra;
Y todos los vivientes que en sí tiene.
Porque la crió de nada;
Sobre mares y rios le dió asiento,
Para que de aguas sin cesar bañada,
Diese a sus moradores alimento.
¿Y quién al monte santo
Del Señor subirá para alabarle?
¿Quién en el valle de miseria y llanto
Podrá ante su Santuario contemplarle?
Aquel que es inocente
En sus obras y afectos: cuya vida
Dedicada a servirle santamente,
No le fué sin provecho concedida:
Que nunca falso jura,
Ni a su prójimo engaña con malicia,
Y sus palabras conformar procura
A la eterna verdad y la justicia.
Al que en esto es constante,
Bendecirá el Señor; será rejido
Por Dios su Salvador, y en todo instante
Por su misericordia protejido.
Así al justo consuela,
Que le busca por fé en las criaturas,
Y cuyo amante corazon anhela
Ver al Dios de Jacob en las alturas.
¡Principes celestiales!
Abrid las puertas y entonad victoria:
Levantaos, ¡o puertas eternales!
Pues viene el Rei a entrar en su alta gloria.
¿Quién es, decis pasmados,
Este Rei de la gloria? santo y fuerte
Señor, que combatiendo, derribados
Ha dejado al infierno y a la muerte.
De vuestra corte el velo
¡O príncipes! alzad: sagradas puertas,
Abríos, para que entre el Rei del cielo,
Por cuyo triunfo quedareis abiertas.
¿Quién es el Rei laudable
Que entra triunfante en la celeste esfera?
El Dios en las batallas formidable;
El Rei que en todo el universo impera.

SALMO XXVIII.

AFFERTE DOMINO.

Entre diversas opiniones sobre este salmo, parece mas probable la de que el Profeta describe en él una tempestad, dando gracias a Dios por la lluvia que cayó en la Judea despues de una larga sequedad.

¡Fuertes hijos de Dios! venid al templo,
Detestando contritos las ofensas,
Y ofreced al Señor sus corderillos
Como lo ordena.
Tributad al Señor toda alabanza;
Ensalzado por vos su nombre sea;
Y ante su Tabernáculo adoradle
Con reverencia.
Su voz retumba en pavorosa nube
De aguas negras preñada, cuando atruena
Este Dios de la gloria, y con sus aguas
Baña la tierra.
Esta voz formidable y poderosa,
Que obra con tanta prontitud y fuerza,
La majestad divina del Escelso
Nos manifiesta.
Ella destroza los robustos cedros;
Y hasta los que en el Líbano descuellan
Sobre el lumbroso cielo, hechos pedazos
Al punto quedan.

Y vagan por el aire sus astillas,
Como saltan con mucha lijereza
El becerro y pequeños unicornios
Cuando se alegran.
Corta esta voz la llama, y hace el rayo:
Al estallido los desiertos tiemblan;
Y hasta el horrendo Cádes se estremece [1]
Con la tormenta.
Los ciervos huyen con terror y espanto [2]
Porque los bosques esta voz penetra,
Y abren camino las ardientes llamas
Entre las selvas.
Los hombres que a Dios temen, conmovidos
Al grave estruendo de esa voz tremenda
Se unirán en el templo para honrarle
Con grandes fiestas.
Allí confesarán que es absoluto;
Que puede enviar sus lluvias cuando quiera;
Y que sentado en esplendente trono,
Por siempre reina.
Será su pueblo invicto en los combates
Con el continuo amparo de su diestra;
Y gozará despues de sus victorias,
De paz perpetua.

SALMO XLVI.

OMNES GENTES.

Este salmo parece haber sido compuesto por David, para celebrar el trasporte del Arca, de Cariathiarim al Tabernáculo preparado en Jerusalen. Pero la gloriosa Ascension de N. S. J. C. y la vocacion de los jentiles, están claramente profetizadas en él.

¡O pueblos esparcidos por la tierra!
Alabad al Señor con himnos sacros;
Y en muestra de contento y regocijo,
Aplaudidle tambien con vuestras manos.
Porque altísimo es Dios: porque es terrible
Si enciende su furor contra los malos;
Y porque es el Rei grande que domina
Sobre la tierra y todo lo criado.
Él solo ha sometido a nuestro imperio,
Los pueblos que creyeron destrozarnos;
Y por él nuestros fieros enemigos,
Se postran en la tierra que pisamos.
Nos ha elejido para ser su herencia,
Y de todos los pueblos el mas grato;
Pues del padre Jacob nosotros somos
La hermosa estirpe que es su objeto caro.
Fijad la vista en Dios: ved como sube
Con júbilo divino al monte santo:
El Señor vuela al son de las trompetas,
En medio de la pomba y los aplausos.
¡O pueblos fieles! en la noche y dia,
Load a nuestro Dios con dulces salmos:
Cantad de nuestro Rei las alabanzas,
Porque al pueblo elejido ha puesto en salvo.
Mas como es Rei y Dios del universo,
Y son todos los hombres sus vasallos,
Alabadle con júbilo piadoso,
Sus divinos preceptos observando.
Reinará sobre todas las naciones
Este Dios poderoso, recto y sabio:
Y sobre eterno y refuljente trono,
Recibirá mas puros holocaustos.
Pues al Dios de Abraham soberbios reyes,
Despues de abandonar sus dioses falsos,
Se unirán por la fé, debida al celo
Que el Señor ha de dar a sus vicarios.

—

1 Cádes es un horroroso desierto, inmediato a la ciudad de Cádes, de la que tomaba el nombre. Se le llamaba tambien el desierto de Farán o de Sin, segun se lee en el cap. 13 del lib. de los Números. En este desierto acampó algun tiempo el pueblo de Israel. (El A.)

2 El testo dice, *que prepara a los ciervos;* y segun el hebreo, *que hace parir a las ciervas*. El mayor número de espositores refiere: que las ciervas por su construccion física, paren con mucha dificultad, y con gravísimos dolores cuando el terror causado por el trueno no les facilita el parto; apoyando su opinion en lo que se lee en el cap. 39 del lib. de Job, sobre el parto de las ciervas. Mas como ningun Santo Padre haya esplicado el testo de este modo; como San Juan Crisóstomo esponiendo a Job, asegura que las ciervas paren fácimente; y como ni Buffon, ni su anotador Sonini, en su difusa descripcion de estos animales, hablen del difícil parto, ni de la estrecha organizacion que se supone en las hembras, yo he preferido la esposicion de Le-Blac y Calmet, que no adhieren en este punto al sentir de los demas espositores. (El A.)

SALMO LXXXIV.

BENEDIXISTI DOMINE.

ı este salmo se anuncia la libertad del pueblo hebreo ivo en Babilonia. Pero bajo de esta figura se profetiza le la redencion del jénero humano por el Mesias J. C., uyo tiempo se juntarian la misericordia y la verdad, iberian darse un ósculo santo la justicia y la paz.

:n fin, Señor, tu bendicion echaste
ore esta tierra que tu herencia llamas;
ıl pueblo de Jacob has libertado
l duro cautiverio en que se hallaba.
Le has perdonado todas las maldades,
ıe dieron ocasion a su desgracia;
ısmando sus culpas en el seno
: tu misericordia soberana.
Has aplacado tu terrible enojo;
así el castigo rigoroso apartas,
uando por nuestras culpas indignado,
u justicia pedia la venganza.
¡Omnipotente Dios! consuma tu obra:
alvador nuestro, tu piedad nos valga:
:onviértanos tu amor, y haz que a tí vuelvan
.os que distantes de tu gremio se hallan.
¿Tú, Señor, por ventura, nos condenas
ı ser el blanco de tu eterna saña?
¿Y será tu furor tan implacable,
Que se cebe tambien en nuestra raza?
No será así, mi Dios: cual tierno padre,
Visitarás de nuevo nuestras almas;
Y con júbilo santo entonaremos
Los cánticos piadosos que te agradan.
Tu gran misericordia, Señor mio,
Sobre nosotros míseros derrama;
Y envia al Salvador, de quien tu pueblo
Espera su salud con vivas ansias.
Atento oiré lo que a mi mente inspire
Mi Señor y mi Dios, pues sus palabras,
La dulce paz anunciarán al pueblo
Que nunca en sus trabajos desampara.
La dicha de los justos me revela,
Que la divina lei fielmente guardan;
Y tambien de los pobres pecadores,
Que ya por el perdon contritos claman.
Venturosos sin duda son los fieles,
Si el temor santo en su interior se arraiga:
Su Salvador se acerca, y con el brillo
De su gloria, esta tierra será santa.
Satisfechas entonces la justicia
Y la misericordia, y dándose ambas
Un ósculo amigable, en todo el mundo
Harán que la justicia y paz renazcan.
Nacerá la verdad de limpia tierra,
Pues la eterna justicia al contemplarla,
Bajará presurosa desde el cielo
Para fijar en ella su morada.
El Señor tan benigno con nosotros,
Así como al presente nos rescata;
Con su divino soplo hará que brote
Su fruto nuestra tierra, estando intacta. [1]
Y quien de él se nutriese, a la justicia
Verá delante, y que le tiene a raya,
Dirijiendo sus pasos por la senda
Que lo conduzca a la celeste patria.

SALMO LXXXVI.

FUNDAMENTA EJUS.

Bajo la figura de la ciudad de Jerusalen, célebre por ser el centro de la relijion en los Judíos, por estar construida sobre los montes Sion y Moria, y por su numerosa poblacion; elojia el Profeta a la Iglesia cristiana, edificada, como dice San Pablo en su carta a los Efesios, c 2, *sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, en el mismo Jesucristo, que es la principal piedra angular, en el cual todo el edificio que se ha levantado, crece para ser un Templo santo en el Señor, en el cual vosotros sois tambien juntamente edificados para morada de Dios en espíritu.*

Jerusalen se mira fabricada
Sobre el Moria y Sion, sagrados montes;
Y Dios ama a Sion, mas que a las tiendas
Donde los hijos de Jacob se acojen.
Ciudad de Dios, magnífica, admirable,
Tus prodijios publican claras voces:
Así son conocidos y admirados
Tu grandeza y poder en todo el orbe.

1 María Santísima es esa tierra intacta y fecunda, que sin detrimento de su virjinidad, concibió y parió a Jesucristo Dios y hombre verdadero, y fruto bendito de su vientre. A imitacion de María, todos los cristianos que se nutren de su divino fruto, pueden y deben concebir en su corazon, y parir cada dia a J. C. por el amor e imitacion de sus virtudes. Así nos lo enseñan los SS. Padres; y San Jerónimo se espresa en estos términos: *Lo que nació una vez de María, nace cada dia en nosotros; y si queremos, podemos parir a Cristo.* (El A.)

Vendrán a tu recinto, el Señor dice,
De Ejipto y Babilonia las naciones:
Haré que me conozcan y confiesen,
Que en el Templo me alaben y se postren. [1]

Vendrán a tí tambien los Philisteos,
Los de la rica Tiro y los Etíopes,
Que separados ahora por su culto,
Estarán en su fé y amor conformes.

¿Por ventura los que a Sion mirasen
Con tanta jente, no dirán entonces:
La ha fundado el Altísimo, la ampara,
Y así en ella florecen tantos hombres?

Será tan numeroso su jentío,
Tantos los principales y los nobles,
Que solamente Dios podrá contarlos,
Porque escritos los tiene y los conoce.

Y no obstante de que tantos sean,
¡O sagrada ciudad! tus moradores,
Habrá entre todos paz, habrá alegría,
Porque en tu seno vivirán acordes.

SALMO CIII.

BENEDIC ANIMA MEÁ.

El Salmista se escita a alabar a Dios a la vista de la grandeza, sabiduria y poder que resplandecen en cada una de sus obras. Esplicando este salmo un espositor, dice así: ***Aprende, ¡o cristiano! a filosofar; y contemplando a la naturaleza, eleva tu mente al Criador de las maravillas que observas.***

Al Señor, alma mia, magnífica.
¡Cuánta, ¡o Dios y Señor! es tu grandeza!
Sin cesar la publica,
Alaba y glorifica
Con sonorosa voz naturaleza.

Ostentando tu gloria y hermosura,
Cuando de nada al universo criaste,
Con una vestidura
De luz brillante y pura,
Lleno de majestad te presentaste.

Como flexible piel tendiste el cielo,
Cuyo variado aspecto nos complace;
Y encima de ese velo,
Para nuestro consuelo,
Agua pusiste que las lluvias hace.

Sobre alas de los vientos en vistoso
Carro de espesas nubes te paseas
Por el cielo lumbroso:
Y el rayo pavoroso,
Para que el hombre te respete empleas.

Y así como te sirven obsecuentes,
El aire y fuego, están a tu servicio
Espíritus ardientes
Que cumplen dilijentes
De ánjeles y ministros el oficio.

Colocaste a la tierra suspendida,
Con su gran peso, sin sosten ninguno;
Y a tu órden sometida,
Ni se vió removida,
Ni la verá tampoco siglo alguno.

Sobre ella el mar estuvo derramado;
Sus aguas como manto la cubrian;
Y en tan confuso estado,
Sin lugar destinado,
Sobre los montes su remanso hacian.

Las reprendes airado; y abatidas
Al formidable ruido de tu trueno,
Temiendo ser destruidas,
Huyen despavoridas,
A sepultarse en su profundo seno.

Se elevan a sus útiles alturas,
Los orgullosos montes: aparecen
Las humildes llanuras;
Y aquestas criaturas,
Conforme a tu mandato se establecen.

---

1 No se verificó esta profecía en la Jerusalen terrena, sino solo en la mística, esto es en la Iglesia cristiana despues de promulgado el Evanjelio: pues ella sola recibió en su seno, y conserva en él a los fieles de todos los pueblos y naciones, segun esta promesa por boca de Isaías: *Del oriente traeré tus hijos y del occidente te congregaré. Diré al aquilon, da, y al ábrego, no lo estorbes. Trae mis hijos de lejos, y mis hijas de los estremos de la tierra.* *C.* 43 *v.* 5 *y* 6. (El A.)

érmino señalaste al mar: hiciste
lijeras arenas sus murallas:
Y a tu órden no resiste,
Pues cuando las embiste,
as se vuelve sin salvar las playas.

.a tierra fertilizas con las fuentes
e humedecen los valles y campañas;
Y conductos patentes,
Abres a sus vertientes,
tre las duras y ásperas montañas.

Así a las aguas haces asequibles:
ben las bestias que en el campo pacen
Dóciles y apacibles;
Y las fieras terribles,
deseo igualmente satisfacen.

Con frecuencia en sus plácidas orillas,
notan numerosas poblaciones
De mansas avecillas,
Que en humildes casillas,
ntonan entre piedras sus canciones.

Sobre los altos montes de la sierra,
;ua viertes en tiempos señalados;
Y así en toda la tierra,
A las plantas que encierra,
iriqueces con frutos sazonados.

Tambien brota heno con que se mantienen
achos brutos; y yerbas especiales,
Que a los hombres convienen,
Porqué eficacia tienen
ara alivio y remedio de sus males.

Otras plantas les sirven de sustento,
para hacerles cómoda la vida:
Les da el trigo alimento;
Alegría y aliento,
l delicioso vino en la comida.

El rostro con aceite se embellecen;
el pan es la comida cotidiana,
Con que se robustecen,
Y que mas apetecen,
'or ser tan nutritiva como sana.

A los árboles riegas de los prados,
Y a los cedros del Líbano que al cielo
Se miran levantados,
Por tí solo plantados,
Donde albergan las aves sin recelo.

Las guia la cigüeña, y con presura
Hace su nido: el ciervo va lijero
Al monte, en cuya altura,
Halla cueva segura;
Y el erizo entre piedras su agujero.

Tú hiciste que la luna en su carrera,
Por tiempos señalados alumbrase:
Y que el sol en la esfera,
A su ocaso corriera,
Despues que nuestro cielo iluminase.

Cuando el sol de nosotros se desvía,
Con negras sombras a la tierra enlutas;
Sigue la noche al dia,
Y salen a porfía,
Los animales fieros de sus grutas.

Los leoncillos hambrientos con presteza,
Por los amenos prados se derraman,
Rujiendo con fiereza;
Y deseando una presa,
A tí, por ella ocurren, y a tí claman.

Mas luego que ellos renaciendo miran
Al claro sol, sus rayos luminosos
Tal miedo les inspiran,
Que al punto se retiran,
Y ocultan en sus antros tenebrosos.

Al contrario, sacude el hombre el sueño,
Cuando raya la luz, y al sol descubre;
Y alabando a su dueño,
Trabaja con empeño,
Hasta que por la tarde se le encubre.

¡Qué grandes son tus obras! resplandece
Tu saber, ¡o Señor! en cuanto hiciste:
Y porque en tí creyese
El hombre, y te sirviese,
¡Con qué dones la tierra enriqueciste!

¿Quién viendo al mar tan grande y anchuroso,
Con brazos de agua y peces sin guarismo,
Amante y respetuoso,
Como a Dios poderoso,
No te adora humillándose a sí mismo?

En él viven y tienen sus moradas
Animales pequeños y mayores:
Y las naves osadas,
Sobre ondas encrespadas,
Navegan despreciando sus furores.

Y el enorme dragon a la lijera [1]
Saltando, burla al piélago violento:
Mas de tí solo espera
Cada animal do quiera
Que le hayas colocado, su alimento.

La comida les das, y la reciben:
Tu mano ven abierta en su indijencia;
Y el socorro perciben
Todo el tiempo que viven
Confiados en tu grande providencia.

Si el rostro les ocultas, se estremecen
Y el aliento les falta: sus sentidos
Y miembros desfallecen;
Y exánimes perecen,
Para quedar en polvo reducidos.

Mas no mueren a un tiempo; pues reservas
De cada especie, para que produzcan;
Cuyos hijos preservas,
Y así siempre conservas
En la tierra entes que se reproduzcan.

Sea dada al Señor eterna gloria,
Pues le agradan las obras de sus manos;
Y la sagrada historia
Dilate su memoria,
Escitando su amor en los humanos.

¡Terrible es nuestro Dios! si se enfurece,
Y ve a la tierra, con espanto sumo
Se turba y estremece,
Como si feneciese:
Y si a los montes toca, exhalan humo.

A mí Señor por tanto beneficio,
Le haré mientras viviere, de alabanza
Perpetuo sacrificio:
Y será mi ejercicio,
Cantarle salmos lleno de confianza.

Ojalá que despues de yerros tantos,
Merezca en todo tiempo complacerle
Con mis devotos cantos;
Y que unido a los santos,
Inundado de gozo logre verle.

Luzca, Señor, el venturoso dia,
En que a los pecadores justifiques,
Y aun a la jente impía:
Y alábale, alma mia,
Para que mas y mas te purifiques.

1 Por dragon se entiende la ballena, y demas cetáceos, o peces de enorme magnitud. (El A.)

VARELA.

(FLORENCIO.)

El Dr. D. Florencio Varela es hijo de Buenos-Aires y se ha educado en esta ciudad. Del «Colejio de ciencias morales» pasó mui jóven a las oficinas del Ministerio de Relaciones Esteriores del gobierno de Buenos-Aires, en donde hizo una carrera lucida en tanto que estudiaba jurisprudencia y otras ciencias en la Universidad.

A consecuencia de los sucesos políticos de 1829, emigró el Sr. Varela a Montevideo donde permanece hasta ahora ejerciendo la profesion de abogado. No há mucho que desempeñó una mision importante del gobierno de aquella plaza, cerca de algunos gabinetes europeos, logrando que en el seno de las camaras francesas hicieran el elejio de su carácter y talento los señores Thiers y Guizot.

Hasta el año de 1830 consagró el Sr. Varela sus horas de descanso a la bella literatura y particularmente a la poesía; pero, sumamente severo con sus obras y consagrado despues con mas asiduidad a sus asuntos forenses y a los negocios políticos del Rio de la Plata, no ha cuidado de revisar ni de reunir sus numerosas composiciones métricas que existen en los periódicos a cuya redaccion concurrió.

El Sr. Varela posee una rica coleccion de obras impresas y de manuscritos relativos a la América meridional y se prepara a escribir la historia antigua y moderna de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. Publica actualmente un periódico,—el «Comercio del Plata,»—en cuyas columnas da lugar a importantes documentos relativos a la jeografía y a la historia de la parte austral de nuestro continente. Estos documentos forman ya tres tomos importantes, dignos de la atencion de los estudiosos.

Las composiciones que publicamos a continuacion no son las mejores del Sr. Varele sino las únicas que poseemos: ellas pueden dar alguna idea de la elevacion y bondad de las ideas, que son tambien las de sus amigos políticos.

LA ANARQUIA.

Alzad, alzad de la tumba,
La frente, sombras guerreras,
Perdidas por libertarnos
De la ibérica cadena.
Alzad del polvo y decidme;
Cuando en la horrible pelea
Disteis el postrer aliento
Con jenerosa firmeza,
¿No fué vuestro último voto
La quietud de nuestra tierra?
¿No esclamasteis, espirando,
«Honrad la memoria nuestra
Con la concordia, Arjentinos,
Dad a la patria existencia,
Dadle leyes; sin las leyes
La libertad es licencia?»
Tal dijisteis: ¿y es posible
Que en corazones de piedra
Vuestro clamor se estrellase
Sin conmoverlos siquiera?
¡Ah! sí es posible: ya el crímen
Entronizado se ostenta,

Y el asiento de las leyes
Profanado bambolea,
Decidiendo nuestra suerte
O la traicion o la fuerza
De los pérfidos caudillos
Que tremolan con afrenta
El mortífero estandarte
Que la discordia les diera.
¡Bárbaros! La patria en vano
Opone su débil fuerza
Contra el anárquico bando,
Que se avanza, y tala, y yerma,
Bien como el raudo torrente
Desprendido de la sierra,
Cuando desciende a los llanos,
Rompiéndose entre las breñas,
Y caudaloso arrebata
Cuanto en su camino encuentra.
¿Qué es el amor de la patria,
Què su honor, qué su existencia,
Para los hijos protervos
Que esterminarla desean?
¡Ai! nada son sino voces,
Voces inútiles.... Ella,
Apenas sus grillos rompe,
Se adelanta con nobleza
A contener la arrogancia
Con que el umbral de la tierra
Profana la planta aleve
De la ambicion estranjera.
Lanza al Oriente sus hijos,
Sus tesoros; toda entera
Se sacrifica en venganza
De tan insólita afrenta,
Y a la virtud de sus hijos
Fia su quietud.—¿Y es esta,
Esta es la ocasion, impíos,
De que en la nefaria diestra
Enarboleis los puñales
Con que amagais su existencia?
¿Qué mas hicieran los tigres
De la sanguinaria Iberia,
Para volver a sus garras
La que un dia fué su presa?
¿Qué mas hiciera el tirano
Que al Brasil de horrores llena,
Para imponernos su yugo
Si tan imbécil no fuera? [1]
¡Traidores! ¿y qué esperanza
A horrores tantos os lleva?
Cuando el fratricidio impío,
Multiplicándose apriesa,
Por el furor del hermano
Asuele la hermana tierra
Y en el jeneral naufrajio
Nuestra patria quede envuelta;
¿Qué esperais entónces? ¿Dónde
Llevareis la planta incierta
Para evitar los horrores
Que os cercarán donde quiera?
¿Quién abrigará en su seno,
En vez de un hombre, una fiera,
Que la marca del delito
Llevará en su frente impresa?
¿Dónde volvereis la vista,
Sin hallar ruinas? ¿Qué herencia
Legareis a vuestros hijos,
Sino una triste existencia,
Cercada, al nacer, de horrores
Y para horrores dispuesta?
¡Hijos a quienes el crímen
Dará la primera escuela,
Y en vuestras propias entrañas
Capaces de hundir la diestra!
¿Cuándo fué mansa la prole
De las feroces panteras?
Mirad ácia atras: en sangre
Regada está vuestra huella:
Volved los ojos al tiempo
Que apresurado se acerca,
Y hallareis sangre.... ¿No os grita
¡No mas sangre! la conciencia?
Dó está la virtud? ¿sus aras
Cayeron tambien por tierra?
¡No la escuchais?...... Y entretanto
Las sierpes de su cabeza

[1] Al escribirse esta oda se hallaba la República Arjentina en lo mas empeñado de la guerra con el Brasil.

Sacude mas la Discordia,
De nueva sangre sedienta.
Los dragones de su carro
Apura, la brida suelta,
Y de Córdoba se lanza
Y al triste Santiago yerma,
Y a Tucuman amenaza,
Y hasta Salta ardiendo llega.
En el vértigo espantoso
Que forma la ronca rueda
Mueren cien jeneraciones
Y hallan sepulcro en la huella.
Entonces llora la industria
Su triste viudez, la tierra
De áspero abrojo se cubre
Y ponzoñosa maleza,
Que no hai brazos que la rompan
Y echen la simiente en ella,
O sorprendan en su cuna
Las naturales riquezas.
El hambre excuálida entonces
Cien familias desespera;
Y en los brazos de la madre,
Exánime y medio muerta,
Pendiente del seco pecho
Espira el infante; mientras
Corre el famélico padre
Desesperado do quiera
Con el puñal en la mano
A demandar subsistencia.
¿Hai mas horrores, Dios Santo?
Sí los hai.—Ardiendo llega
La forajida cuadrilla,
Y sin respeto atropella
El hogar en donde mora
Quizás la vejez enferma;
Y, esmerándose en el crímen,
Violan aquí la doncella,
Allá el feroce soldado
En robo infame se ceba,
Y atentados tan horrendos
¡Oh Dios! con tu nombre velan...
¿Y lo sufres? ¿y los rayos
No lanza, Señor, tu diestra?
¡Y esta es mi patria!!! Si acaso
En tu justicia severa
Has decretado su ruina
Entre delitos y afrentas:
Y si escándalo del mundo
Ha de ser la misma tierra
Que su admiracion fué un dia;
Haz de una vez que perezca,
Y en violento terremoto
Borrada del globo sea.

—1827.—

A LA HERMANDAD DE CARIDAD DE MONTEVIDEO.

¿Con qué es verdad que el vicio entronizado
Rije nuestros destinos; que su aliento
Pestilente ha apagado
De la virtud la antorcha; derrocado
Con su mano el altar desde el cimiento,
Y que yace en el mundo
El jérmen de los bienes infecundo?
No; que en la escelsa cima,
Do el Eterno fijó su solio augusto,
Arde sin fin la llama, y ella anima
Con su sagrado fuego al hombre justo.
Al fin los ojos mios,
Que tanto tiempo con dolor vagaron,
Huyendo de espectáculos impíos,
Un objeto encontraron
En que fijarse sin horror: y mi alma,
Marchita, acongojada,
Con tanto crímen como el suelo encierra,
Halla por fin do reposar en calma
La ajitacion pasada;
Y revive, al mirar que aun en la tierra
Se adora la virtud. Sí, que hasta el cielo
Veo elevarse el grande monumento,
Que con noble desvelo,
Alzó la fraternal Beneficencia,
Para ofrecer asilo y valimiento

Al mísero que jime en la indijencia.
A su vista, de gozo arrebatado
Late mi corazon, mi fantasía
Se inflama en el momento;
Un númen celestial mueve mi aliento,
Y a su impulso lanzado,
Entona ya con grata melodía
El canto de alabanza que merece
La virtud que en silencio resplandece.
¿Ni cómo he de callar? ¡Pues qué! ¿podría
Reservarse tan solo el don del verso
Para ensalzar al opulento erguido,
Que de escándalo sirve al universo,
Viviendo en el deleite sumerjido,
Mientra una parte del linaje humano
Sin sustento perece? ¿O solamente
Es digno de cantarse el inhumano,
Cuyo orgullo insolente
El carro precipita de la guerra
En la azorada tierra;
Y furioso atropella
Al jòven y al anciano,
Al niño y la doncella;
Y por do quier pasó la ronca rueda
Yermo el terreno y asolado queda?....
¡Esto gran Dios, se canta! ¿Y se venera
El nómbre del coloso, que algun dia
Con su mano abarcó la Europa entera,
Cuando a su carro triunfador la uncía;
Y de su acero el formidable filo
Sañudo desvastó cuanto se encierra
Desde el Rin a Moscow, de Italia al Nilo;
En tanto que a la tierra
No hai quien enseñe los sagrados nombres
De los ilustres hombres,
Que en enjugar las lágrimas ajenas
Hallan tan solo ocupacion constante;
Ni viven mas que de endulzar las penas
Con que ven oprimido al semejante?
Mas yo los cantaré. ¿Qué importa ahora
Que el venenoso diente
Cebe en ellos la envidia roedora;
Que sus trabajos la maldad desdeñe?
¿Qué importa que un demente
Con solo un soplo en apagar se empeñe
La lámpara del Sol? El astro hermoso
Sigue su curso, que ninguno ataja,
Y derrama su lumbre bondadoso
Sobre el mismo insensato que le ultraja.
Venid, venid vosotros, los que erguidos
En ociosa opulencia,
En jamas escuchasteis los jemidos,
Ni el doliente clamor de la indijencia;
Los que a la compasion siempre negados,
Ignorais la amargura
A que la suerte dura
Condenó a tantos seres desgraciados;
Venid al rico suelo del Oriente,
Y contemplad el edificio hermoso, [1]
Que alzó la Caridad pura y ardiente
De un hombre jeneroso
Que ya la oscura eternidad abarca,
Mas que dejó en el suelo,
Por vengar el ultraje de la Parca,
Dignos imitadores de su celo.
Mirad ese edificio: entre sus muros
Ni brilla el oro, ni deslumbra el lujo,
Que con afanes duros,
De remotas rejiones
El orgullo condujo,
Para adornar espléndidos salones,
Donde engaña la vida el poderoso
Con el bullicio del festin pomposo.
Modesta sencillez, silencio santo
En sus muros abriga, o solamente
Se interrumpe algun tanto
Con el clamor del mísero doliente,
Que desde el triste lecho,
Donde la *Caridad* sus males cura,
Bendice entre su pecho
La mano que el alivio le procura.
Penetrad su recinto relijioso;
Sus salas recorred; y confundidos,
Resonar sentireis en los oidos,
Un eco misterioso,
Que por do quiera os dice,

1 El Hospital Jeneral de Montevideo, levantado al pié en que se halla, y sostenido por los HERMANOS DE LA CARIDAD, es sin duda, uno de los mejores edificios de esta capital. A él está unida la casa de Espósitos, que tambien sostiene la HERMANDAD. Acaban de colocarse sobre la puerta principal del edificio tres estatuas de mármol blanco que representan LA MATERNIDAD, LA RELIJION, Y LA CONSTANCIA. (El A.)

Aprende a socorrer al infelice.
Y se aprende, es verdad. Las vastas salas
Pobladas vi de semejantes mios,
Que en dolores impíos
Hundió la enfermedad, cuando sus alas
Sobre ellos desplegó; y en su morada,
Desvalida, indijente,
Esperaban la muerte lentamente,
Del hambre y la miseria acompañada.
Pero la *Caridad* que siempre vela
En bien del desgraciado,
Asilo y proteccion allí le ofrece,
Le ausilia, le consuela;
Y con blando cuidado
A la Parca homicida
La víctima arrebata, y restablece
La fuente casi exausta de la vida.
Yo lo ví por mi bien; y de mi pecho,
De placer y ternura conmovido,
El suspiro lanzóse en el momento,
Que prolongaba el silencioso techo
Con eco repetido,
Mientras mi llanto sin cesar bañaba
El santo pavimento,
Que con respeto relijioso hollaba.
Mas ¿qué nuevo espectáculo se ofrece
A mi alma enternecida? ¿Quién me llama
Con mas grande interes, y mas acrece
La grata admiracion que ya me inflama?
¿Con qué en esta morada bienhechora
Tan solamente a la virtud se adora?
Sí; que en sus mismos muros levantado
Tambien halla el benéfico instituto,
Donde se abriga el inocente fruto
De un amor desgraciado,
Por la moral sevéra condenado.
Instituto de bien; honor eterno
Del pueblo que le funda;
Prodijio de cordial beneficencia,
Fuente siempre fecunda
De todo sentimiento noble y tierno;
Obra inmortal que la virtud dirije;
Y ofrenda la mas digna, en la presencia
Del Dios escelso que los mundos rije.
¡Ai! el amor, que todo lo trastorna,
El frenético amor asaltó el pecho
De una incauta mujer: cayó marchita
La gracia virjinal, que al sexo adorna;
Y en criminoso lecho
El fruto nace de la union vedada.
Desde el fondo del alma al punto grita
El austero pudor, y desolada
La madre miserable,
Apura del dolor la hiel amarga,
Mientras que a la opinion inexorable
Sus desagravios el pudor encarga:
Entonces la infeliz sufre la pena
A su culpa debida;
Cuando de angustia y de tormentos llena
A la voz del honor obedeciendo,
Lejos arroja el ser a quien dió vida,
Que el pecho maternal está pidiendo.
¿Y quién le abrigará? ¿Solo y tendido
Sobre el helado suelo,
Ninguno oirá su llanto dolorido?
¿Será que la miseria le destruya,
Y pague el inocente pequeñuelo
Con la vida, una culpa que no es suya?
No, no será; la *Caridad* sublime
De los hombres benéficos, que miran
En cada semejante un nuevo hermano,
Y al bien de los hermanos solo aspiran,
Al huerfanillo que desnudo jime
Tienden al punto la oficiosa mano;
Ellos allí le dan albergue y cuna,
Ellos educacion, ellos fortuna.
¡Salud, hombres ilustres! Mientras brama
El implacable jenio de la guerra,
Bañando en sangre la preciada tierra
Que en otros siglos a Colon dió fama;
Mientras tantos millares de insensatos
Solo se ocupan en soplar la llama
De la discordia atroz, que entre el estruendo
Del campo y los guerreros aparatos
Una jeneracion va consumiendo;
Vosotros, en silencio reunidos,
Empleais vuestras vijilias, meditando
El modo de aliviar mas desvalidos,
De hacer que sea el infortunio blando,
Y llevadera la miseria. El mundo
Hoi vuestras obras todavia ignora,
Porque el siglo de ahora,
En maldades fecundo,

Las mas nobles acciones
Por medio vé del engañoso prisma
Que a los hombres presentan las pasiones,
Siempre que la *Moral* es un sofisma,
Y un sueño la *Virtud*. Mas vendrá dia
En que alzada hasta el cielo
La voz de tantos hombres
Como deben la vida a vuestro celo,
Proclamará a porfía
Vuestros grandes trabajos, vuestros nombres,
Y el mundo agradecido,
Sabrá pesarlos en mas fiel balanza,
Y os pagará el tributo merecido
De dulce gratitud y de alabanza.
Seguid vuestra tarea, y entretanto
Permitidme siquiera
Que mi menguado canto
A la luz saque, por la vez primera,
Tantas obras de bien. Si entre mi pecho,
Por mi mal algun dia
Desmaya la virtud, yo iré volando
A penetrar bajo el sagrado techo
De ese asilo feliz; el alma mia,
Entonces vuestro ejemplo contemplando,
Al sendero perdido
Conseguirá volver; arrepentido,
La huella seguiré que me revela
El jenio que bendice
A la ilustre *Hermandad*, y en esa escuela
Aprenderé a aliviar al infelice.

—1830.—

LA CONCORDIA.

Deh, fate un corpo sol di membri amici,
Fate un capo che gli altri indrizzi e frene.
GERUSÁLEMME LIBERATA.

¡Ai, proteje, Señor, tu hermosa hechura!
Por ti este pueblo sacudiera el yugo
De servidumbre dura;
Y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo
Darle nueva existencia,
Y llamarle a gozar de independencia.

No abandones jamas la tierna planta
Al furor de los vientos, cuando apenas
Lozana se levanta.
Libra a tu pueblo ¡oh Dios! de las escenas
De discordia inhumana,
Que destruyen la tierra Americana.

Si en merecida pena a sus delitos
Impuso tu justicia a otras naciones
Los males infinitos
Que traen las fraternales disensiones,
El pueblo del Oriente
Como recien nacido es inocente.

Sálvale, por piedad: no se marchiten
Jamas sus esperanzas deliciosas;
Sin fin en él habiten
La Concordia y la Paz, hijas dichosas
De la virtud, consuelo
Al hombre justo dado por el cielo.

A su sombra benéfica florecen
Las ciencias y las artes bienhechoras,
Los pueblos se engrandecen
Llenos de vida; y leyes protectoras
La perfeccion alcanzan
Y moderada libertad afianzan.

La Concordia es la fuente mas fecunda
De los bienes que gozan los humanos;
Y como el sol inunda
Con su fulgor las cumbres y los llanos,
Ella con su influencia
A todo sabe dar nueva existencia.

Al verla se despeñan al abismo
La ambicion prepotente, la ignorancia,
El ciego fanatismo,
La sacrílega y ruda intolerancia,
Y todos los errores
Que las pasiones traen con sus furores.

Ella fué la que un dia dió renombre
A mi patria: por ella el universo
Veneraba su nombre,
Y la historia veraz, y el rico verso
En pájina divina
Honraron la república Arjentina.

El cielo la robó tanta ventura.
Llanto y respeto a su fatal estrella:
Y el que, con lengua impura,
Se atreva mancillar su fama bella,
Y su desgracia insulte,
En el profundo Averno se sepulte.

Sus males evitad, hijos de Oriente;
De la Corcordia al delicioso abrazo
Volad alegremente:
Él os estreche con perpetuo lazo,
Ahogando en vuestra orilla
De la anarquía la letal semilla.

La madre entonces besará tranquila
Al hijo de su amor, sin que la muerte
De la rebelde fila
Se lo arrebate en flor; y a dura suerte
Su ancianidad condene,
Y de amargura y de dolor la llene.

Ni temerá el colono que inclemente
El soldado feroz sus mieses tale,
Dejando solamente
La negra huella que el furor señale;
Y de pueblos cubiertos
Los campos se verán que hoi son desiertos.

Mis votos oye ¡oh Dios Omnipotente!
Y una familia sola reunida
Forma en el rico Oriente,
Que, a leyes paternales sometida,
La peligrosa rienda
Nunca usurpar con crímenes pretenda.

Ampara tú su juventud dichosa,
Y hostias de Paz adornen tus altares;
Con mano bondadosa
Vierte sobre ella dones a millares
De la gloria y ventura;
¡Ai, proteje, Señor, tu hermosa hechura!

—Montevideo, 1830.—

AL BELLO SEXO ORIENTAL.

En este dia
Penas a un lado;
Venga la lira
Vamos cantando.

Tiernos, sencillos,
Suenen mis versos
En alabanza
Del bello sexo.

Las orientales
Ora me inspiran:
Vamos cantando,
Venga la lira;

Pues son las hijas
Del rico Oriente
Como las flores
Que da diciembre.

Todas gallardas
Como azucenas,
Modestas todas
Como violetas;

Como las rosas
Todas lozanas,
Y todas suaves
Como las malvas.

Yo de la tierra
Donde he nacido
Salí llorando,
Pobre y proscripto.

Y los sollozos
De mi familia,
De mis amigos,
De mi querida,

Fueron el solo
Triste consuelo
Que me dejaron
En tal momento.

El fin entonces
Miré cercano
De mis marchitos
Jóvenes años.

Mas, por fortuna,
Pisó mi planta
Estas riberas
Hospitalarias:

Y aquí me dieron
Hogar y asilo;
Hallé consuelos
Encontré amigos;

Y ví las hijas
Del rico Oriente,
Como las flores
Que da diciembre.

Todas amables
Graciosas todas;

Que como aquellas
Su suelo adornan.

Ellas hicieron
Con sus modales,
Con la dulzura
De su carácter,

Que mis tormentos
Se mitigáran;
Y que, si estraño
Mi dulce patria,

Halle en la suya
Blandos cuidados,
Que son alivio,
De un desterrado.

Hijas donosas
De aqueste suelo,
¡Así mis votos
Oyera el cielo!

Vierta sus dones
Sobre vosotras,
Jóvenes tiernas,
Madres y esposas.

Amor os brinde
Solo delicias,
Como a mí ¡ai triste!
Brindóme un dia.

Jamas los celos
Ni las mudanzas
Marchitar puedan
Vuestra esperanza.

Entre los brazos
Del himeneo,
Vuestros amores
Bendiga el cielo.

Y vuestros hijos
A par que crezcan,
Con el sustento
Virtudes beban.

Dulces y blandos
Como sus madres,
Vuestro cariño
Tiernos os paguen.

Vuestros ejemplos,
Vuestros cuidados,
Harán virtuosos
Los ciudadanos.

Así la patria,
Verá gozosa,
Que su fortuna
Debe a vosotras.

¡Y así mis votos
Oyera el cielo!
Pero entretanto
Donoso sexo

Recibe el voto
De un arjentino,
Que mientras llora
Triste y proscripto,

Canta a las hijas
Del rico Oriente
Como a las flores
Que dá diciembre.

—1830.—

VARELA.

(JUAN CRUZ)

Heureux le poète national! avoir des chants pour la patrie c'est en avoir pour la posterité.
I. I.

D. Juan C. Varela nació en Buenos-Aires el 24 de Noviembre de 1794. Empezó sus estudios universitarios en 1810, en Córdoba del Tucuman, y en 17 de Noviembre de 1816, se graduó allí en teolojía y cánones: inmediatamente regresó a su ciudad natal en donde obtuvo, sin solicitarlo, un empleo en las oficinas del departamento de gobierno.

Debiendo reunirse, en 1816, un Congreso jeneral de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, fué nombrado el Sr. Varela entre los diputados por Buenos-Aires. En 1826, desempeñó el cargo de Secretario del Congreso Nacional hasta la disolucion de este cuerpo.

D. Juan C. Varela perteneció activamente al movimiento político de su pais. En el periodo que media entre los años 1816 y 1829, no solo fué empleado y funcionario público, sino fundador tambien y redactor de varios periódicos políticos y literarios, en los cuales atacó sin tregua todas las malas propensiones de la sociedad colonial. El «Mensajero Arjentino, el «Tiempo,» el «Centinela,» el «Porteño,» son otros tantos diarios en los cuales mostró el Sr. Varela el liberalismo de sus principios y su acendrado patriotismo.

En 1826 se dividió la sociedad arjentina en dos grandes y enconados partidos políticos, y desde entonces fué mui ajitada la existencia del Sr. Varela. El enérjico lenguaje del «Porteño [1],» las sales picantes del «Granizo,» le trajeron una prision en la cárcel de policía y un amago serio contra su persona en la tarde del 9 de Noviembre de 1827.

En 1829 se refujió con su familia en Montevideo y continuó en esta ciudad trabajando para la prensa periódica, como redactor del «Patriota» y de la «Revista Oficial,» hasta que salió desterrado para la isla de Santa Catalina por órden del Presidente Oribe, en Octubre de 1836.—Murió en Montevideo el dia 24 de Enero de 1839: murió espatriado, sin bienes de fortuna; pero «no todo murió en él,» porque, «quien canta para la patria canta tambien para la posteridad.» Su nombre es querido entre los suyos, porque espresó en hermosos versos el sentimiento popular en la guerra, y celebró todas las mejoras sociales, en la paz.

El Sr. Varela escribió versos desde niño: en los periódicos que hemos citado arriba insertó casi todas sus poesías líricas, las cuales reducidas mucho en número y severamente castigadas, legó a su hermano D. Florencio, en cuyo poder existen manuscritas. Escribió dos trajedias que corren impresas, y dejó traducidos los primeros libros de la Eneida y las odas de Horacio en su mayor parte.

---

1 El Dr. D. Manuel Bonifacio Gallardo asoció su nombre al del Sr. Varela en la redaccion de este periódico, escrito desde una prision.

A DON RAMON DIAZ, [1]

CON OCASION DE LA MUERTE DE SU HERMANO DR. D. MATIAS PATRON, ACAECIDA EN CÓRDOBA EL 6 DE ENERO DE 1822, A LOS 38 AÑOS DE SU EDAD.

Sí, Ramon, es verdad: El tiempo fiero,
La hóz cortante y el nervioso brazo
Desde que hai sol alzados,
Su vista atroz al universo entero
Horrendo tiende desde el borde mismo
Del inapeable abismo
En que fijó su asiento permanente,
Y a do precipitados
Se derrocan los siglos hondamente.
La edad que ya pasó, la edad presente
Un solo instante son ante sus ojos;
Y a la edad venidera,
Cual si ya se escapára a sus enojos,
Con ávida impaciencia vé acercarse
Al sepulcro insondable de los siglos;
Y su ansia destructora,
Lejos eternamente de saciarse,
Tanto mas crece cuanto mas devora.

Sentado allí en el límite espantable
Do su imperio se cierra,
Mira en un solo punto confundidas
Cuantas edades distinguió la tierra:
Aquella de oro, en que el mortal guardaba
Sin juez la lei, sin leyes la justicia;
Y esta de duro fierro
Que el cielo en su rencor nos reservaba;
Esta edad en que vino la malicia,
El doblez, el engaño,
Y mil y mil pasiones conjuradas
Con horrible furor en nuestro daño.

Allí vé el tiempo en una convocadas
La época de Aquiles, mas remota
Que el remoto cantor de sus hazañas;
Y la época del grande poderío
De Napoleon terrible, cuando azota
Al soberbio leon de las Españas;
Cuando su heróico brío
La impertérrita hueste segundaba,
Y desde el Rhin y el Lodi
Terror y asombros a la Europa daba:
Cuando con sus lejiones
Corre hasta las llanuras que sostienen
La pesadumbre inmensa
De las altas pirámides, que miran
Con envidia y respeto las naciones,
Y cuya cavidad enorme, estensa,
Cien dinastías, cien jeneraciones
Tragó, y cien glorias del antiguo Ejipto.

Tal es el tiempo: todo lo amontona
Al borde de su abismo:
Todo lo vé a la vez; y luego él mismo
Los siglos acinados despeñando
Con una de sus manos, con la otra
Los siglos venideros va abarcando.

A cada instante a la insaciable muerte
En su furor apela,
Y la insaciable muerte a cada instante
Al horrendo llamado horrenda vuela:
A do su negro carro la arrebata
Allí se ceba su feroz guadaña,
Y en afanosa saña,
A do ciega voló, mas ciega mata.

Sí; ciega, inexorable,
Tan pronto criminal que justiciera,
Al criminal y al justo los confunde,
Y en su veloz carrera
En un sepulcro igual, igual los hunde.

---

1 D. Ramon Diaz, representante del pueblo de Buenos-Aires mediante tres lejislaturas; procurador jeneral, y defensor de pobres y menores; editor de la *Lira Arjentina*. Murió en Buenos-Aires, su patria, a la edad de 28 años, el 6 de diciembre de 1824.

¡Ai, Ramon! ¡Ai, Ramon! su furia insana
Ni tiene fin ni modo.
Los frescos años de la jóven bella,
Y la cabeza cana
Del anciano rugoso, cede todo
Al ímpetu y furor con que atropella.
La opulencia insultante yace hollada
Por la rápida rueda,
Y al mismo tiempo la miseria honrada
En igual torbellino envuelta queda.
El esclavo al caer, mira, y se asombra
De ver caer con él al poderoso
Que hasta la nada lo humilló algun dia,
Y ante quien, azorado y humildoso,
Al sonar de su voz se estremecia.

Es muerte todo, y todo es de la muerte
Cuanto este globlo abarca;
Que en su furia sañuda
Jamas amengua la insaciable Parca.
¿Qué mucho; si la cruda
Ni acatar sabe la virtud hermosa!
La virtud y el saber.—¿Qué es de tu hermano?
En la honda tumba yace, y poderosa
Cubre la enorme losa
Las cenizas, a mi alma siempre caras,
Del amigo veráz, del juez humano,
Del hombre digno, a quien gozoso el cielo
En su nacer rió, y a quien avaras
Las horridas miradas de la muerte
Se volvieron al fin, y a nuestro suelo
En luto sepultaron,
Y sobre él los dolores derramaron.

Y yo lo ví, Ramon. Angustiadora
La enfermedad un dia
Las negras alas sacudió, y el viento
Que, al mover de sus alas se movia,
En pestilente aliento
A la mísera Córdoba envolvia. [1]
Llegó a tu hermano el venenoso soplo,
Y las castas cortinas
La mano del dolor alzó en su lecho;
Y caer lo miramos,
Y en derredor del lecho retemblamos.
Témis y Astrea en sentimiento mudo
Temieron de la Parca la venganza,
Y no vieron qué mano sostendria
El equilibrio fiel de su balanza
Si tu hermano y mi amigo perecia.

Y pereció sin fin.—¡Ai! ¿Qué valieron
Los secretos del arte que se emplea
En embotar el filo
De la guadaña que a la muerte dieron
Los rencores del tiempo? El frájil hilo
Que ata el ser al no ser ¿tan fácilmente
Se rompe, y huye la preciosa vida
Al Báratro profundo,
Mientra el ingrato mundo
La virtud muerta para siempre olvida?

Mas no la olvidará.—Si el clamor ronco
Con que mis versos suenan,
Si el ¡ai! profundo que el dolor me arranca
Tal vez en eco bronco
Por otros climas, como aquí, resuenan,
Entonces es, entonces, que conmigo
El anchuroso mundo
El nombre caro de mi dulce amigo
Repetirá con labio jemebundo.
Repetirá; sus plácidas virtudes
Tendrán el digno premio; y la victoria
Del tiempo y de la muerte
No alcanzará jamas a su memoria.

Yo aprendí en su morir; y tú aprendieras
A no dar treguas a tu llanto largo,
Sí, como yo, lo vieras
Apurar lentamente el trago amargo
Del cáliz de dolor, que envenenaba
La fuente pura de su dulce vida,
¡Ai! en sazon en el sepulcro hundida.
Allí vieras al hombre!—Desde el lecho
Tu hermano contemplaba
El insondable y horroroso estrecho

2 Cuando murió en Córdoba el doctor Patron, estaba aquel pueblo sujeto a una pestecilla, que a pesar que no arrastraba víctimas, no dejaba de presentar pacientes en casi todas las casas. Patron murió de otra enfermedad. (El A.)

A do su vida rápida volaba
Para ahogarse sin fin: empero entonces
Imperturbable el alma,
Jamas gozó de mas tranquila calma.
Él oyó rechinar sobre sus gonces
La formidable puerta
De la honda eternidad; miróla abierta,
Y miró sin temblar; que no temblára
Aunque cielos y tierra se movieran
Contra su sola frente,
Y aunque cielos y tierra de repente
A su vista el Criador aniquilara.

Todo esto vale la virtud: todo esto
Atropella iracunda
La muerte sin piedad; mas furibunda
Cuanto en faz mas serena
El mortal que la arrostra,
A su vista tremenda no se postra.

¿Qué teme la virtud? ¿Qué temeria
Tu tierno hermano, cuando ya pisaba
Los voraces umbrales
De la mansion callada de los muertos?
¿Qué vez, qué dia los acerbos males
Del semejante oyó, sin que volára
A su alivio veloz, y en larga mano
De la miseria el llanto no enjugára?
La balanza fatal en que se pesa
El premio y el castigo
Confióle Astréa; y le entregó la espada
Que siempre está desnuda y levantada
Sobre la audaz cabeza
Del desacatador de tantas leyes
Como dictó llorando la justicia,
Por refrenar del hombre la malicia.
Ministro santo de la diosa augusta,
Jamas en sus altares
Sufrió profanacion; ni en faz adusta
Y en insultante agravio
Aflijió al criminal, que ya agobiaba
El peso del delito, y esperaba
O su vida o su muerte de su labio.[1]
En el templo de Témis penetraba;
Sus divinos oráculos oia;
Y cuando ejecutaba,
La equidad compasiva presidia
Sus menores consejos. — Nunca odiosa
Será a la humanidad reconocida
Su memoria, Ramon: en faz llorosa,
Y en arrastrado y lúgubre ropaje,
Irá a la tumba que tragó a tu hermano,
A tributar el plácido homenaje
Debido a la virtud, y al pecho humano
En que vivió escondida,
Por modesta tal vez desconocida.

Mas bastante lució; que en vano, en vano
Al rayo enjendrador del sol hermoso
Se opondrá densa la tiniebla obscura.
Del eterno fanal la lumbre pura,
Destinada a bañar lo mismo el llano
Que la nevada altura,
Atraviesa la niebla, y tanto dora
Las comarcas del Persa
Que el astro fulgoroso humilde adora,
Como las de Occidente,
En que reclina su lumbrosa frente.
Lo mismo es la virtud, aunque quisiera
Ocultarse modesta: ¿y quién podria
Su encanto resistir, y no adorarla
En el mortal dichoso, que ha sabido
Inmaculada en su alma conservarla?

Tal fué tu hermano; y tal lo ha conocido
El dichoso pais, en que su cuna
Tu tierna madre de esperanzas llena,
Há siete lustros que meció tranquila.
Sobre el alto destino, y la fortuna
Sagrada de la patria, en algun tiempo
Su labio pronunció[2]. — Cuando la guerra
Sopló en nosotros la Discordia impía
Y la angustiada tierra
La sangre ciudadana enrojecia:
Cuando la altiva frente

1 El Dr. Patron fué muchos años fiscal de la Exma. Cámara de justicia en Buenos-Aires. (El A.)
2 Fué diputado por Buenos-Aires en el último congreso jeneral. (El A.)

De crimenes y horrores circundada
Levantó triunfadora la Anarquía,
Y los fraternos lazos
La civil disension hizo pedazos;
La Patria entonces en su angustia acerba
Lo llamó, y acudió: voló a los llanos
Do tendida la hueste, preparaba
Contra sí misma, contra sus hermanos,
Los cuchillos sangrientos que afilaba.
Llegó, los embotó; del alto cielo
La paz. por él llamada,
Descendió a nuestro suelo,
De abundancia y placeres coronada. [1]

¡Oliva y rosas a su tumba, y llanto!
Llanto largo mas bien. ¡Ai! nunca, nunca
Del sueño helado a que cerró sus ojos
Dispertará a la luz; y yo entretanto
Maldigo de la Parca los enojos,
Y los maldigo en vano;
Que ella se burla en mi dolor insano.

¡Ai! vuelve, vuelve, idolatrado amigo:
Llámalo, mi Ramon: tu blanda madre
Que lo llame tambien; él la llamaba
Cuando, muriendo, se estrechó conmigo,
Cuando, muriendo, me estampó su beso,
Y entre sus tiernos brazos
Mi corazon se dividió en pedazos.
Tu madre solamente, sí, tu madre,
Ausente lejos de su triste lecho,
Sus postreros momentos amargaba.
Rios y llanos le apartaban de ella,
Llanos y rios en su amor salvaba;
Y mil veces y mil su dulce nombre
En jemidos envuelto repetia,
Y mil veces y mil su helado rostro
El tierno llanto del amor cubria.
Adios le dijo en moribundo labio;
Y al repetir *adios*, la muerte fria
Sopló en su boca, conjeló su aliento,
Y su suspiro se perdió en el viento.

Llora, llora, Ramon, cual yo he llorado
Cuando toqué su faz, cuando en sus ojos
Busqué la luz, y la encontré perdida,
Y toqué muerte do buscaba vida.
Mi vista entonces enclavé en el cielo,
Mi lengua entonces desaté en agravio
De la misma deidad, y en largo duelo
Eran ofensas cuanto habló mi labio.
Desperado y perdido
Ácia su lecho me volví llorando;
Y veia, y dudaba;
Y mi labio a los suyos acercando,
Otra vez y mil veces le llamaba.
¡Vano llamar! ¡y suspirar mas vano!
Que al reino del olvido
La voz no llega que lanzó el jemido.
Mas valiera, Ramon; sí, mas valiera
Ni sentir ni querer; y cual huimos
De carnivora fiera,
Así del hombre, cuyo pecho vimos
Abierto a la amistad y a sus encantos.
¡Ai! ¿Quién resiste, si se pierden ellos,
Tan acerbo pesar, tan largo llanto?
Resista el duro; mientras yo postrado
Sobre el cadáver del que fué mi amigo,
Todos los nombres del amor le daba,
Y desoído, y solo
De ingrato a mi cariño le acusaba.

¿De que no lo acusara?—Allá en su pecho
Mis secretos vivian,
Y los secretos suyos hasta el mio
A esconderse venian,
Cuando en dias serenos,
No de amargura, como aquestos, llenos,
Su amigo me decia,
Me alargaba su mano cariñosa,
Y temblaba su mano entre la mia.

Llorémosle Ramon: eternamente
Llorémosle los dos. Allá en la tumba
Quedó mi corazon; pero mi llanto
Sincero, permanente,

[1] Él, y el Sr. Dr. D. Mariano Andrade, firmaron la paz de Buenos-Aires con Santa-Fé, en 1820. (El A.)

A do quiera me sigue,
Y a do quiera su sombra me persigue;
Su sombra amiga, que por todo veo,
Y a quien mis tiernos brazos
En vano tiendo en mi tenaz deseo.

¡O tiempo! ¡O muerte, que sin fin maldigo!
Anticipad mis horas, y llenadlas:
Que ya su peso soportar no puedo.
Se malogró mi idolatrado amigo,
Se malogró sin fin; y yo entretanto
Ni su ceniza fria,
Que yace lejos de la patria mia,
Puedo regar con mi afanoso llanto.

¡O tiempo! ¡O muerte! La profunda
Que abrieron para él vuestros enojos
Es mi huesa tambien: arrebatadme
Hasta su borde ya, y allí dejadme
Confundir con los suyos mis despojos.

AL INCENDIO DE CANGALLO.[1]

¡Venganza eterna! ¡Sin piedad venganza!!!
¿Hijos del sol, qué haceis? Ahora, ahora
Renazca el odio y el rencor inmenso
A que provoca la feroz matanza,
La sed de sangre que sin fin devora
A los tigres de Iberia. El humo denso
Mirad cual forma impenetrable nube,
Y el Eter todo en derredor se inflama.
Oid, mirad, que la estallante llama
Hasta los astros sube;
Y entre ruina y ceniza
Un pueblo de patriotas agoniza.
¿No sabeis? ¿No sabeis? El fiero hispano,
Estirpe atroz del execrando Atila,
En el Perú desesperado brama;
Y en su última impotencia deshumano,
Con bárbaro furor quema, aniquila,
Y se goza el feroz al ver la llama.
¡Cangallo miserable! ¡Pueblo amigo,
Condenado a llenar en nuestra historia
Las pájinas de llanto! tu memoria
No pereció contigo:
Ya vengarte juramos;
Vengarte, sí; y a la venganza vamos.

LA PREOCUPACION.

¡O preocupacion! tu nombre solo
Es una plaga a la aflijida tierra,
Mas terrible mil veces,
Y mas asoladora que la guerra.
La impostura es tu madre: nuevas creces
La sencillez te da, y en el instante
El poder te fomenta,
Y sus aspiraciones alimenta.
En todo tiempo tu ominosa sombra,
Bajo distinto velo,
Ha cubierto de crímenes el suelo,
Y tú les diste de virtud el nombre.
En todo tiempo el hombre
Supersticioso, débil, engañado,
Oráculos falaces ha escuchado
Que la mentira por verdad vendieron,
Y en su interes al mundo le dijeron:
Oye, cree, y enmudece;
El cielo te lo manda y obedece.

Ciego, ciego el mortal obedecia:
Y contra el mismo corazon luchando,
Y contra su conciencia batallando,
Corazon y conciencia sujetaba
A la voz que le hablaba

1 Este pueblo del Perú, situado en el departamento de Ayacucho a dos jornadas de la ciudad de Huamanga, fué incendiado por *Carratalá* y consumada la ruina por decreto del virei Laserna dado en Lima a 11 de enero de 1822. E noble represalia de estos actos, se llama calle de *Cangallo*, una de las principales de Buenos-Aires.

En nombre de los cielos,
Y en nombre de los cielos le mentia.

Viérase entonces, al rayar el dia,
Engañado el Ejipcio,
Postrarse con sacrílego respeto
Ante el primer objeto
Que presentó a su paso
La fatalidad ciega del acaso.
Viérasele despues correr al Nilo
Con afan presuroso,
Y al feroz cocodrilo
Tributarle humildoso
La adoracion debida
Al ser que diera al universo vida.

Viérase como en Aulida Ifigenia,
Al mandato de Calcas,
Fué del beso materno arrebatada,
Y en aras homicidas
Con horrenda piedad sacrificada,
Consintiéndolo Atridas:
Y el ejército iluso, y tantos reyes,
Al sacerdote infame obedeciendo,
Y el fuego de las aras encendiendo,
Se imajinaban dioses
Como Calcas, tiranos y feroces.
¡O Preocupacion, siempre funesta!
Pero funesta mas, cuando en el cielo
Apoyas los errores
Que al miserable suelo
Con sombra de piedad cubren de horrores.
¡Relijion! ¡relijion! tu nombre santo
Do quiera se profana;
Y en vano la deidad manifestarse
Bondadosa ha querido
A la menguada intelijencia humana.
Los mismos que escucharla han pretendido,
Entre tiniebla densa,
Y entre negra impostura,
Han logrado ocultar su lumbre pura.
La relijion es hoi el instrumento,
Como siempre lo ha sido,
De la astucia, la intriga; y confundido
El resplandor de la verdad divina,
Todo el Orbe camina
En ciega obscuridad, lo mismo ahora
Que en los siglos de atras; y el pueblo ignora
Lo que saber debiera
Si, al gritar *¡Relijion!* no se mintiera.

Hai impostores, que a los pueblos llevan
Por la senda torcida
Que se abrió el interes de los llamados
Intérpretes del cielo;
Y por siempre ocupados
En condensar el velo
De la supersticion y la ignorancia,
Nos engañan con pérfida arrogancia.

Tal vez no en vano por el ancho mundo,
Del Sud al Septentrion, y del Oriente
Hasta el remoto Ocaso,
El aire hiende, y por el mar profundo,
Atraviesa una voz, en dulces tonos
Gritando *¡Libertad!* y estremeciendo
Desde el cimiento los soberbios tronos.
Al trozarse do quier los eslabones
Del crudo despotismo,
Se trozará tal vez esa cadena
Con que ató a la razon el fanatismo.
Este teme la luz, que ya se acerca;
Y, al sentirla llegar los impostores,
Entre el temor horrible que los cerca
Redoblan sus engaños y furores.
¡Pueblos! no los oigais.—El cielo mismo
No los oyó jamas.—Ellos violaron
De la razon los fueros,
Al cielo y a los hombres insultaron,
Y su interes es siempre embruteceros.

—1823.—

TRIUNFO DE ITUZAINGO.[1]

CANTO LIRICO.

Las barreras del tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, obscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios a mi anhelo:
Partióse al fin el diamantino muro
Con que de mi existencia dividias
Tus hombres, tus sucesos, y tus dias.
Mil siglos ya volaron
Ante los ojos mios; mil naciones
Con ellos perecieron;
Y otras jeneraciones,
Y otros imperios a la vez nacieron:
Empero la República Arjentina
Se salva sola en tan inmensa ruina.
Presente allá en las pósteras edades,
Veo que no ha quedado ni memoria
De griegos y romanos: otra historia
De admiracion embarga al universo;
Otros hechos sublimes, otros nombres
Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso,
Y en pájinas eternas; y los hombres
Los pronuncian, de asombro penetrados,
Y en respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo.
No suenan las Termópilas, los llanos
De Maraton no suenan;
Platéa y Salamina
Cual si no fueran son; y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe;
Que otra gloria mas ínclita domina,
Y la atencion del universo absorve.
Esos nombres ilustres se eclipsaron;
Los de ALVEAR y de BROWN los reemplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el *Uruguay* escritos,
Enseñan a los reyes de la tierra
Que los *libres* no sufren sus delitos.
Descended ácia mi, númen del canto,
Mientras el jenio de la historia corta
La pluma de oro, que a la tierra deje,
Cual yo la miro en el momento, absorta.
Mientras jaspes, y mármoles y bronces
El buril no penetra,
Y a los siglos de entonces
Gravada pasa indestructible letra;
O mientras en estatuas colosales
El mundo no conoce todavia
Esos republicanos inmortales
Que dieron glorias a la Patria mia,
Descended ácia mí, númen del canto;
Y, si un mortal feliz pudiese tanto,
Mi verso irá por cuanto Febo dora,
Del Austro a los Triones,
Y, leido en las playas de Occidente,
Llevado por la fama voladora,
Admirará despues a las naciones
Que reciben la lumbre refuljente
Del rosado palacio de la Aurora.
Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba el Nuevo Mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitára
A la ambicion sedienta;
Y la ambicion sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchára,
A la venganza en su socorro acude:
La venganza sus crímenes prepara,
La discordia sus víboras sacude,
Y su grito feroz hinche el Averno.
Estos jenios del mal luego quebrantan
Las eternales puertas del infierno,

---

1 Esta batalla trajo la independencia de la República del Uruguay. Fué dada el 20 de febrero de 1827 por el ejército *Nacional*, compuesto de 7000 arjentinos y 2000 orientales, contra el imperial, que constaba de 12000 hombres, entre los cuales habia una fuerza de infantería alemana.

Con hórrido alarido el mundo espantan;
Y al Brasil se lanzaron,
Y el estruendoso carro despeñaron.
Entonces ese déspota insolente,
Que en el Brasil domina,
Tiende a los bellos campos del Oriente
Una mano alevosa y asesina:
Y con enojo horrible, y bronco tono,
«No puede ser (clamó) que el Arjentino
»Así se burle de la voz del trono,
»Y tenga mas poder que el del Destino.
»El mio es dominar un hemisferio,
»Que tuvo la osadía
»De aspirar a ser libre en algun dia;
«Ni basta a mi ambicion mi solo imperio.»
Así dijo el tirano; pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caractéres ígneos su delito,
Con caractéres ígneos su escarmiento:
Escrito estaba; y de la voz divina,
Del fallo irrevocable, el cumplimiento
Confióse a la República Arjentina.
Ella llamó a sus hijos, y sus hijos
El flamíjero acero descolgaron,
Esos mismos aceros, que algun dia
Las falanjes ibéricas segaron,
Cuando otro rei inbécil nos queria
Arrebatar la independencia cara,
Y que el baldon de América durára.
Ya tremolando por el aire veo
Aquel mismo estandarte,
Que en torno a la infeliz Montevideo
Paseaba fiero el sanguinoso Marte,
Cuando el muro cercaba
Que de España las huestes encerraba.
Ya las voces escucho
De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los íberos
En Pichincha, en Junin, en Ayacucho;
Guerreros arjentinos, que llevaron
Triunfantes sus banderas,
Desde la márjen del ondoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al terrible marchar de los campeones:
Parten de allí, cual rayo, a otras rejiones,
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada
Miró arjentinos, y quedó asombrada:
Y hélos de nuevo aqui, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra;
Justo rencor a la nacion conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra;
¿Y quién es el valiente, que se atreve
A conducir los bravos a la guerra?
¿Cuál es el Jeneral, que en sí confia?
¿Cuál es mas fuerte, si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fia?
¿Cuál es el héroe que a los héroes mande?
ALVEAR se presentó: toda la hueste
Con víctores festivos lo aclamaba;
¡Este es el vencedor, el jénio es este!
Y sus triunfos la hueste presajiaba.
La espalda en tanto del inmenso rio
Las náos brasileras
Oprimen formidables y altaneras;
Y en vano, en vano, en belicoso brio
Arde la capital, los campos arden.
¿Cómo atraviesan a la opuesta playa
Los valientes de aquí, que, cuanto tarden,
Crece el peligro en que la Patria se halla?
¡Tardar! No lo consiente
El marino impertérrito, terrible,
Que sintiéndose intrépido, invencible,
Se decide a forzar a la Victoria
A que empiece a tejerle la corona,
Con que algun dia en Uruguay las sienes
Le adorne del laurel con que blasona.
Alzóse BROWN en la barquilla débil,
Pero no débil desde que él se alzára,
Y la espumante prora,
Dividiendo las ondas cristalinas,
Convierte al enemigo vencedora;
Le arroja de las aguas arjentinas,
Y en un combate, y mil, al mundo enseña
Que el poder es ser bravo, y que Fortuna

Del sublime valor, que la desdeña,
No tiene en las hazañas parte alguna.
Mientras, contra la fuerza y el Destino,
BROWN combatia la tremenda flota,
Quedaba libre el líquido camino;
Y a la playa remota
Volaban las lejiones animosas,
Que al causador de tan inicua guerra
A mostrar iban ya que las banderas
De la Patria flameaban victoriosas,
Lo mismo que en las aguas, en la tierra.
«¡Salud, Banda Oriental! ¡Salud, campeones!
»Que desde Sarandí poséis la gloria!
»Fué vuestro primer paso una victoria,
»Vuestro ensayo primero hundir lejiones:
»Ya la Patria os saluda;
»Sus hijos sois; y, uniendo el Occidente
»Su esfuerzo a los esfuerzos del Oriente,
«Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.»
Tal dijo ALVEAR, cuando pisó la playa
Opima, fértil, de riqueza llena,
Que fué la presa de ambicion ajena,
Y que ya libre para siempre se halla.
Otra vez os imploro,
¡Oh Númenes del canto!
Pulsad mi lira con el plectro de oro,
O borro el verso que no alcanza a tanto.
Oiga yo resonar:::::: ¿Mas qué interrumpe
El eco celestial de la armonía?
¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,
Y destruye su grata melodía?
¡Ai! Que sonó la trompa,
La ronca trompa del feroz Mavorte,
Y en belicosa pompa
Se desprendió del campo la cohórte.
¡Oh madres arjentinas! Contra el pecho
Oprimid, oprimid al tierno infante,
Que ya no tiene padre en adelante.
¡Esposas! Empapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron,
Y la horfandad y la viudez amarga
La marcha del soldado precedieron,
Derramando tras sí miseria larga.
Pèro no: presentad a vuestros hijos
El valor de sus padres por modelo,
Y dejad a las madres brasileras
Llanto sin fin, inacabable duelo;
Que sus hijos caerán en las hileras
En grande muchedumbre,
Cuando el filoso acero corte un dia
El encorvado cuello, que sufria
El yugo de oprobiosa servidumbre.
¡Tirano del Brasil! Ya nuestros bravos
Traspasaron el límite anchuroso,
Que divide la tierra de los libres
De la tierra infeliz de los esclavos.
Ahora es el tiempo de que el rayo vibres
Con que nos amagabas jactancioso,
Cuando inmensas distancias separaban
Ejércitos y ejércitos; ni Marte
En tus campos plantaba su estandarte,
Ni nuestro Sol tus águilas miraban.
¡Tirano del Brasil! ¿Adónde, adònde
Los ministros están de tu venganza?
¿O cuál es el lugar en que se esconde,
Huyendo de la bárbara matanza,
Ese grupo venal, en cuya frente
Miro la marca del esclavo impresa,
Afrentando el valor del combatiente?
¡Déspota! Tú, que perpetuar pretendes
La usurpacion de una provincia ajena,
¿Tu mismo patrimonio no defiendes?
¿Y cuál es el poder de que blasonas,
Si apenas nuestro intrépido soldado
El umbral del imperio ha traspasado,
El suelo del imperio le abandonas?
¡Oh Dios! ¡Y aquesto es rei! ¡Y un pueblo entero
Su honor, su suerte, su vivir le fia!
Sí; pero ya no mas; que llega el dia
En que corona y cetro:::::: ¿Mas la sierra
No es que, tronando, en derredor retumba,
Y el eco clamoroso de la guerra
Hinche la esfera, y por los aires zumba?
¿No es que el casco y la lanza de Belona,
Allá en la cima del lejano monte,
Brillar se miran, cual nimbosa luna,
Cuando sube sangrienta al horizonte?
Sí; que yo veo la caverna obscura
Preñada de armas y hombres sin lanzarlos;
Si no van nuestros bravos a buscarlos
Al mismo pié de la fragosa altura:
Así Tesandro, y Menelao, y Epeontes,
Y Neoptolemo, y el astuto griego,
Para envolver en una noche infanda

La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Calcularon la estúpida confianza
Con que hasta el pié del pérfido caballo
El troyano imprudente correria,
Y, sin temer la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiria.
Pero asi no será; porque el guerrero
A quien confió su libertad la Patria,
Si es que aprendió de Marte
Frio valor en el combate fiero,
No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevee, dirije, determina,
Y el arma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas, y el lugar combina.
Desde este dia, ALVEAR, tu nombre aumenta
La lista de los grandes Jenerales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y a que tributa honor en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia!
¡Fatal y necesario! Derramado
Por la estension desierta,
Donde horroriza la natura muerta,
Nada es que el sol abrasador hostigue
Al escuadron valiente,
Y no haya fresca linfa que mitigue
La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:
Su gloria es la fatiga;
Y la bóveda espléndida del cielo,
O de la húmeda noche el negro velo,
El solo techo que al guerrero abriga;
Marchar es su descanso,
Y áridos arenales sus caminos:
Pero tienen valor, son Arjentinos.
Ábrete, historia, y muéstrame aquel hombre
Que, como de poder por prueba rara,
En Córcega produjo la natura,
Para que el universo se asombrára.
Voluntad eficaz, omnipotente,
Que trastornar el orbe se propuso;
Y trastornára el orbe ciertamente,
«Y ya la especie humana no seria
Lo que la hizo el Criador en algun dia», [1]
Si conseguido Napoleon hubiera
Que, como su ambicion mandaba al jenio,
Su ambicion a su jenio obedeciera.
Muéstramelo lanzado en su carrera,
Todo el mundo ocupado de admirarlo:
O deja que la olvide, por buscarlo
Del Ejipto en los vastos arenales,
Seguido de franceses inmortales.
¡Oh! ¡Cuál la Musa se complace ahora
De ver que el mismo verso
Que esa campaña describir podria,
La campaña de ALVEAR describiria!
Y atónito observára el universo
Que del gran capitan el gran modelo
No en vano se ha gravado en la memoria,
Y que tenemos gloria
Parecida a la suya en nuestro suelo.

Mas ya salvan el yermo inhospitable
Las huestes arjentinas,
Y mostraron su frente deleitable
De Vallés las bellísimas colinas.
¡Brasileros, salud! Los hombres libres
Con una mano vuestra mano enlazan,
En signo de amistad; mas con la otra
El acero fatal con que amenazan
Descargarán, cual rayo, sobre aquellos,
Que, al oro vil de un déspota vendidos,
Intenten atrevidos
Su fuerza y su valor medir con ellos.
¡Brasileros! Mirad los que pregonan
Su renombre y sus hechos hazañosos;
Mirad esos soldados que blasonan
De que armaron sus brazos poderosos
Por defenderos hoi, como abandonan
Al furor militar del estranjero
Vuestro honor, vuestra vida. ¿Y qué seria
De vosotros ¡oh pueblos! este dia,
Si el arjentino acero
Fuese instrumento vil en viles manos
De la ambicion fatal de los tiranos?

¿Qué haceis, qué haceis, soldados,
Que ya no descendeis de la alta cumbre,
Y, por estas llanuras derramados,
Ostentais vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Vallés encierra
Abandonais así? ¿No sois testigos

---

1 El pensamiento que se espresa en los dos versos anotados es de Madama de Staël. (El A.)

De que recojen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y, a la ambicion y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron,
En demanda de gloria y de laureles?
¡Qué! ¿No hai audacia en el feroz Germano,
Y audacia no hai en el Sicambro fiero,
Para bajar al llano
Con ímpetu guerrero,
Y que triunfe el valor, y no la suerte,
En los campos horribles de la muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen. Así acosada
Del veloz cazador tímida cierva,
Mas y mas se enmaraña en la espesura,
Y aun su pavor conserva,
Ya del venablo y del lebrel segura.
¡Ministros de un tirano!
Mirad, mirad la marcha triunfadora
Con que avanza la hueste vencedora,
Conquistando los pueblos del Imperio:
Pero ¡qué conquistar! despedazando
Los grillos de oprobioso cautiverio,
Y por todo su tránsito sembrando
La semilla del árbol, que algun dia
Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
Del frio Septentrion al Medio-dia,
El suelo que Colon ha descubierto.
Pero Alvear, persiguiendo a la victoria,
Quiere que el lauro de la lid le brinde;
Y en vano, en vano San Gabriel se rinde,
Que un pueblo sin defensa es poca gloria.
Como cuando retiembla el pavimento,
Del fuego subterráneo conmovido,
Y el rio en encontrado movimiento,
O retorna al lugar donde ha nacido,
O, en curso desusado,
Baña los campos que no habia bañado:
Asi retiembla la campaña en torno
Bajo el pié del alípedo caballo;
Y así en varias y opuestas direcciones
Corren los formidables escuadrones;
Y ya la falda de la sierra tocan
Que inexpugnable al enemigo abriga,
Y ya vuelven al llano, y lo provocan
Sin perdonar trabajo ni fatiga.
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
Bien prontamente os cubrirán de gloria,
Y harán que se conserve entre las jentes
Con asombro y honor vuestra memoria,
Hoi se ven precisados
A simular temor, y retirarse,
Por probar si se atreven a lanzarse
De la sierra esos tímidos soldados:
Pero tiemblen del bárbaro escarmiento
Con que habrán de pagar en algun dia
La torpe y degradante villanía
De obligar a un valiente al finjimiento.
Así lo dijo Alvear, y a los campeones
Abrasados en sed de la venganza,
Ordenó que siguieran sus pendones
Hasta el campo feroz de la matanza.
El enemigo entonces se alucina,
Equivoca el temor con la destreza,
Y recien abandona la aspereza,
Cuando cree que el contrario huye cobarde.
¡Infelices! Marchad; la muerte espera;
Para saciar su saña nunca es tarde,
Y ella os va a sorprender en la carrera.
El sol sepulta en tanto
Su carro esplendoroso en Occidente,
Y abandona el olimpo refuljente
A la enlutada noche: el negro manto
Cubre la frente de la luna clara,
Y el trémulo brillar de los luceros,
El horror que en el campo se prepara,
Y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
Mil sombras pavorosas divagaban,
Cuyo lamento y míseros jemidos
Las huestes enemigas aquejaban;
Y, por lúgubres ecos repetidos,
Sangre, horrores, y muerte presajiaban.
Pero al campo arjentino
No así el pavor cubria
En tan terrible noche: de contino
Alvear por las lejiones discurria;
Y hora dispone que escuadron tremendo
Siga a *Lavalle* en su feroz avance,
Hora elije el lugar de donde lance

El tronador cañon su globo ardiendo:
Este es el sitio que el infante guarde,
Aquella el ala que primero parta;
Aquí la muerte una falanje guarde,
Allá la muerte otra lejion reparta.
Frio y sereno ALVEAR, ordena todo,
Y todo lo prevee; no de otro modo
Que, si en lugar de la batalla fiera,
La fiesta de su triunfo dispusiera.
La terrorosa espectacion del dia
Hace cesar el sol; y el brasilero,
Que en fuga vergonzosa nos creia,
Atónito, azorado,
Mira a su frente al enemigo fiero,
A espantable venganza preparado.
¡Oh dia de prodijios y de horrores!
¡Dia de luto, asolacion, y llanto!
No, no te puede celebrar mi canto:
Perdonadme, terribles vencedores;
Este asunto no es mio;
Toma tu trompa, canorosa Clio.
  Antes que los mortales
La industria de matar adelantáran,
Y el rayo a las esferas celestiales
Atrevidos robáran,
Y en los hórridos bronces lo encerráran;
Con no menos furor, con menos arte,
A los campos de Marte
Los feroces guerreros descendian
En silencio espantoso, y mas de cerca
Mas segura la muerte repartian.
Asi en Ituzaingó, silencio horrible
Reinaba en toda la estension del campo,
Y cón paso terrible,
Y con serena frente,
Se acercan uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
De muerte inevitable,
Si en la lucha sangrienta no vencian,
Infundieron valor, dieron fiereza
A los mismos soldados,
Que, en las breñas poco antes abrigados,
Parecian un grupo de indolentes,
Tímidos, pusilánimes, indignos
De matar y morir entre valientes:
Braun a su frente está; y él solo fuera
El digno contendor que ALVEAR tuviera.
Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros Teutones,
De agudas bayonetas erizadas,
Rodeadas del cañon: sus batallones
Muros parecen que moviera el arte;
Inespugnable muro: no hai guerrero
Tan formidable que contra él se estrelle,
Ni rayos suficientes a abrasarlo,
Ni fogoso bridon que lo atropelle,
Ni pujanza bastante a derribarlo.
El valor arjentino solamente
La tremenda falanje
Pudiera ver llegar, y no temblára;
Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
Desnudó con que pronto la segára.
  Pero el bronce tronó: la muerte fiera
Subió en su carro a la señal de Marte
Y se lanzó en el campo carnicera;
El belicoso bruto al punto parte,
Que ya el audaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y al ímpetu feroz con que arremete
Retiembla la campaña combatida.
Y retembló otra vez, que el bronce fiero,
Lanzando el rayo con letal destino,
A la implacable muerte abrió el camino:
Saltó la sangre del primer guerrero,
Y otra sangre la venga,
Y ya no hai dique que el furor contenga,
De temor que el estrago a la distancia
No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Se acometen, se chocan, se rechazan,
Y se estrellan lejiones con lejiones,
Y con mútuo furor se despedazan.
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces;
Y en manos del soldado
El puñal fiero, y el filoso sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,
Sirven mas al furor de su venganza;
Y, en silencio horroroso y espantable,

Se ejecuta la bárbara matanza.
Sin eleccion la inapiadable muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere, rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningun bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre,
A raudales hirvientes y copiosas,
Corren mezcladas, cual mezcladas corren
Las aguas de dos rios caudalosos,
Despues que en la confluencia se encontraron,
Y con ímpetu horrible se chocaron.
Golpe ninguno se descarga en vano:
Brazo a brazo pelea el combatiente!
Ni hai punta aguda, ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.
De ALVEAR empero la razon serena
El valor ardoroso dirijia,
Sin ceder al furor que la enajena:
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso cáos mantenia
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
Del medio de la lid llamando a *Brandzen*,
«Allí (dijo) el combate es mas sangriento,
»Y nuestra patria, amigo, este momento
«Entre su honor y la ignominia lucha.»
No dijo mas. El héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso de que asi lo mande,
Y allí lo envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu desciende:
El rayo está en su mano y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de *Brandzen* los enojos
Redobló del soldado: tal un dia
Allá a los campos de la antigua Troya
Héctor descenderia,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó. La Parca avara,
No satisfecha de vulgar matanza,
Una víctima grande señalára:::::—
Y *Brandzen* espiró::::::::—¡Golpe terrible!
¡Oh brasileras huestes! ¡Mas valiera
Que tal honor el hado
En este dia atroz no os concediera!
La sangre que el campeon ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Recien empezará. ¡Venganza! grita
El intrépido *Paz*. ¡Venganza! clama,
Ardiendo en ira, el escuadron tremendo,
Y ¡venganza, venganza! ALVEAR responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado lo sigue: vanamente,
Con la muerte de *Brandzen* orgulloso,
El esperto jinete brasilero
Oponerse pretende al impetuoso,
Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza;
Como torrente, el escuadron furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Deja a su espalda el espantoso estrago,
Y con sólida falanje al fin se estrella.
La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prision de fuego;
Pero mas fiero el arjentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
O del fogoso bruto el ancho pecho.
Ciérrase luego el escuadron deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira;
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete.
Asi las olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Se vuelven, se alzan, y otra vez furiosas
Con repetido empuje la combaten,
Hasta que se desploma a lo mas hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
La enemiga lejion no de otro modo
Desaparece al cabo;

La vida de algun bravo
Tal ruina cuesta, pero es ruina todo;
Y, cayendo guerreros a millares,
Digno holocaûsto fueron
A las sombras de *Brandzen* y *Besares*.
La lid por todas partes entretanto
Es, como aquí, sangrienta,
Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañon; su fuego
La árida yerba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora devorante llama,
Mientras el aire hienden
Globos ardiendo, que tambien lo encienden.
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza;
Y el grito lamentable del herido,
La hórrida convulsion del que agoniza,
La sangre hirviendo en el ardido campo,
Los miembros destrozados
Y lejos de sus troncos arrojados,
Tal es el cuadro que la lid ofrece;
¿Y ya no es tiempo ¡oh Dios! de que ella cese?
Basta para triunfar. ¡Qué! ¿La victoria
Vende tan caramente sus laureles?
¿Dónde costó jamas muertes tan crueles
El arrancar sus palmas a la gloria?
Y en medio del estrago
¿Adónde está el guerrero
Cuya presencia triunfa, cuyo amago
Pavor infunde al enemigo fiero,
Y cuyo brazo el jenio de la guerra
Armára él mismo del fulmíneo acero,
Para que hiciera estremecer la tierra?
¿*Lavalle* dónde está?—Cual raudo viento
Que arrebata en furioso torbellino
Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
Derribando no mas, se abre camino:
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas rocas arrastrando,
Rápido se despeña algun torrente,
Y a los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y sobre ruinas espumoso pasa;
Así *Lavalle* y su escuadron valiente
Atropellan, derriban este dia
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse insensatos a su frente;
Mui mas allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los destrozan,
Los acaban en fin, y no reposan,
Y a la lid vuelven que pendiente se halla.
Llegaron, y al instante
Disipóse la nube que cubria
El rostro al Sol, que a su zenit subia,
Nunca mas majestuoso, mas radiante.
De lo mas elevado
De los aires desciende de repente
Un trono refuljente,
De azul, y de oro, y resplandor velado;
Armoniosos cantares
Mil voces celestiales repetian,
Y las sombras de *Brandzen* y *Besares*
El pedestal del trono sostenian.
BELGRANO estaba en él. Su frente orlaba
El laurel de la gloria,
Y en su mano brillaba
La espada que nos daba la victoria,
Cuando BELGRANO fué.—«Basta de sangre
»(El héroe prorrumpió;) que este es el dia
»En que, en otro Febrero,
»Rendir vió Salta el pabellon ibero,
»Y cubrirse de honor la Patria mia:
»Este estrago fatal, este escarmiento
»Es sacrificio a mi memoria digno,
»Y digno de la Patria el vencimiento.
«¡Arjentinos! triunfad.» Dijo, y benigno
Sobre la sien de ALVEAR en el momento
Dejó caer el laurel que lo adornaba,
Y la vision desapareció en el viento.
En el medio del campo se entroniza
Entonces el terror; el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
A quien lo dió el valor. El arjentino
Tambien vuelve, y se asombra
De mirar a sus pies la horrible alfombra
Que le dejó la muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba;

Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.
Soler, *Mancilla*, *Lavalleja*, *Iriarte*,
Laguna, *Paz*, valiente *Olavarria*,
¡Cuánto os debió la Patria en este dia
En que alzasteis triunfante su estandarte,
Sirviendo con honor a su venganza!
Y tú tambien, incontrastable *Oribe*,
El debido tributo de alabanza
De la justicia y la amistad recibe.
Ni tampoco tu nombre en el olvido
Debe quedar, *Vilela*, sepultado:
Tú al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos, que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
Educado se hubieran,
Y a sus horrores avezados fueran.
¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras
Que en el campo formais, son hoi la Patria;
Solo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la victoria, ya de lejos
Os saluda la Paz, y a los reflejos
De su lumbre divina,
Triunfante, de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada,
Ya brilla la República Arjentina.
¡Ilustre Jeneral! ¡Oh, si mi verso
Al del cisne de Mantua se igualára!
¡Cómo entónces por todo el universo
Se estendiera tu gloria y lo llenára!
Pero admite entretanto
De mi cansada Musa el débil canto;
Que el dia llegará que el aire rompa
La voz del jenio a quien Apolo inspira;
Y, desdeñando ya la humilde lira,
Tal vez empuñará sonora trompa
El que cantó exaltado
Aquella ingrata noche habia pasado. [1]

—

AL CORONEL DON FEDERICO RAUCH.

Jóven terrible, rayo de la guerra,
Espanto del desierto,
Cuando vuelves triunfante a nuestra tierra,
Del negro polvo de la lid cubierto,
Te saluda la Patria agradecida;
Y la campaña rica,
Que debe a tu valor su nueva vida,
Tus claros hechos y tu luz publica.
¡Gloria al valiente *Rauch*! Suelo estranjero
Su cuna vió mecer; del Rin helado
Fueron las aguas que bebió primero:
Amó la Libertad, y abandonado
Con noble intrepidez a su destino,
Vino por medio de la mar furiosa
A defender las aras de la Diosa
En la orilla feliz del Arjentino.
Desde entonces la espada fulminante,
En sosten de la patria que elejia,
Cual hijo de la Patria el mas amante,
El intrépido huesped se ceñia.
Y mientras tanto, el bárbaro indomable,
El indio rudo, habitador del yermo,
Con estrago espantable
Por toda la comarca discurria,
Y su rencor antiguo, inaplacable,
De horfandad y miseria la cubria.
Tal como alguna vez de la montaña
Se lanza a la llanura de repente,
Con estrépito horrisono, el torrente,
Y retiembla a lo lejos la campaña,
Y arrebatan las ondas victoriosas
El pastor, el ganado, la cabaña,
Las mieses y las vides pampanosas;
O como suele con silbido horrendo
El huracan pasar, y donde pasa
Todo se precipita con estruendo,
Todo envuelve en su vórtice y lo arrasa:
El salvaje feroz, no de otro modo,
En bandas tumultuosas se lanzaba
Del fondo del desierto,
Y nuestros ricos campos inundaba.

---

1 Primer verso de la célebre Oda, que compuso el Dr. D. Vicente Lopez, con motivo del triunfo de Maipú (El A

A la piedad y a la ternura muerto
Su corazon ferino, y abrasado
De la sed de rapiña y de matanza,
El brutal indio, rudamente armado
Del fuego, de la flecha y de la lanza,
Volaba en el alípedo caballo,
Derramando a torrentes su venganza.
A la pálida luz de opaca luna
Que vaga en la alta noche entre celajes,
Arremetian sin barrera alguna
Las sanguinarias hordas de salvajes;
Y el hórrido alarido,
La súbita algazara, interrumpian
El sueño fementido
En que, confiados en la paz, yacian
Del campo los tranquilos moradores.
¡Ese era el sueño precursor de muerte!
¡Era el último sueño! Los amores
Tal vez de la consorte y las caricias,
Al lecho humilde de la humilde choza
Lo hicieron descender entre delicias:
¿Y despertará de él miserable
Para caer en brazos de la esposa,
Exánime, sangriento, moribundo,
Verla insultar por un salvaje inmundo
Con brutal osadia,
Y espirar en tan bárbara agonía?
Sí, que ya el fuego estallador devora
Los apacibles lares;
Y el temblon viejo, que abrigado mora
Allá en los mas recónditos hogares,
Atravesado el descarnado pecho
De saéta homicida,
Lanzó el cansado aliento por la herida;
En tanto que del lecho inmaculado
Arrebata con brazo ensangrentado
A la intacta doncella
Otro bárbaro atroz, y la destina
Para esclava de torpe concubina,
Sin apiadarse al llanto de la bella.
¿Y tan crueles horrores,
Sin levantar la diestra al escarmiento,
Impúnemente cometer dejamos?
La riqueza adquirida con sudores,
La poblacion del campo y su ornamento
Se roba, se destruye, ¿y no vengamos
El repetido ultraje
Sobre la vida del feroz salvaje?
¡Qué mengua! ¡Qué vergüenza!—*Rauch* no
Mas tiempo tolerarla: concitando [pudo
Las huestes valerosas de su mando,
Juró humillar al bárbaro inclemente,
Y descendió al desierto de repente.
Ájil mui mas que el indio, y atrevido
Como feroz aquel, pisa el soldado
El terreno hasta entonces oprimido
Solo de planta bárbara, y dejado
En inculta aridez. La turba impía
Que arrebató en trofeo mil cautivas,
Entre alaridos, en lugar de vivas,
Llegaba ya a la tosca *toldería* [1]
Y de pingüe ganado rica presa
Entre sí dividia
Sin cuidado y temor. Mas la sorpresa
Fué mayor que el placer, cuando improviso
Como en dia sereno
Suele estallar tal vez el ronco trueno,
Sintieron a sus piés temblar la tierra,
Al repetido golpe de la planta
Del cuadrúpedo amigo de la guerra,
Que furioso sobre ellos se adelanta;
Y el jinete, vibrando el limpio acero,
Y *Rauch* de su lejion a la cabeza,
Arremeten con ímpetu mas fiero,
Con mas estrago, con igual presteza,
Que cuando el rayo las esferas hiende,
Y cuanto encuentra en su carrera enciende.
¡Pudo llevarse al fin el escarmiento
A los inmensos llanos
Que habitan los salvajes inhumanos!
¡A tanto alcanza el bélico ardimiento!
Pudo llevarse, al fin, por vez primera,
Y de playa estranjera
Vino a las nuestras un guerrero esperto
A esterminar la raza carnicera
De los tigres feroces del desierto.
Reliquias de la inmensa muchedumbre
Escapar logran del tremendo estrago,
Y, atravesando de la sangre el lago,

---

1 Este es el nombre que se da a las informes chozas de cuero, en que habitan los salvajes. (El A.)

Escalan fujitivas la alta cumbre
De la helada montaña,
Que domina soberbia la campaña.
En la fragosa altura
Recobrados un tanto
Del susto, del pavor y del espanto,
Creyeron su existencia ya segura.
Intentan la defensa nuevamente
Con tosco ardid de inusitada guerra,
Cual el que allá, en la infancia de la tierra,
La natura tal vez al combatiente
Primero le enseñó: pero el valiente
Que conducia *Rauch* a la victoria,
Arredrarse no sabe,
Ni abandona las sendas de la gloria.
Con firme pié, por la pendiente grave
De la cuesta fragosa,
La lejion animosa
Con el rayo en la mano se aproxima,
Y mientras tanto, desde la alta cima,
Con estruendo espantoso despeñadas,
Ruedan moles injentes por la sierra,
Al empuje del bárbaro arrojadas.
Toda retumba en derredor la tierra
Al estruendoso golpe de la roca
Que en otra peña indestructible choca:
Pero el fuerte soldado
Entre la dura lluvia se abalanza,
Y, venciendo el peligro denodado,
El plomo, al cabo, del mosquete lanza;
Y luego, luego en la enemiga altura
Pone el pié vencedor y largos bajan
Los arroyos de sangre a la llanura.
¡Gloria al valiente *Rauch!* ¡Gloria a los bravos,
Que por la gloria y el honor trabajan,
Y a tan heróica empresa lo siguieron!
¡Redencion a los míseros esclavos,
Que tantos años en dolor jimieron!
¡Y paz a la campaña! Su riqueza
No será ya la presa
Del ávido salvaje, que asolaba
Cuanto su furia bárbara encontraba;
Y el labio virjinal de la doncella
Cantará los loores
Del guerrero a quien debe sus amores,
Y el padre anciano las caricias de ella.

—1827.—

EL VEINTE Y CINCO DE MAYO DE 1838, EN BUENOS-AIRES.

«Ya raya la aurora del dia de mayo:
»Salgamos, salgamos a esperar el rayo
»Que lance primero su fúljido sol.
»Mirad, todavia no asoma la frente,
»Pero ya le anuncia cercano al oriente
»De púrpura y oro brillante arrebol.
»Mirad esas filas, el rayo, el acero,
»Los patrios pendones, la voz del guerrero
»Al salir el astro saludo le harán:
»De párvulos tiernos inocente coro
»Alzará a los cielos el canto sonoro,
»Y todas las madres de amor llorarán.
»Por los horizontes del rio de Plata
»El pueblo en silencio la vista dilata
»Buscando en las aguas naciente fulgor;
»Y el aire de vivas poblaráse luego
»Cuando en el baluarte con lenguas de fuego
»Anuncie el momento cañon tronador,
»Cándida y celeste la patria bandera
»Sobre las almenas será la primera
»Que el brillo reciba del gran luminar:
»Y ved en las bellas cándida y celeste
»Como la bandera la nítida veste
»En gracioso talle graciosa ondear.
»Yo he sido guerrero: tambien ha postrado
»Mi brazo enemigos: me le ha destrozado
»La ardiente metralla del bronce español.
»No sigo estandartes inútil ahora,
»Pero tengo patria.... Ya luce la aurora,
«Y seré dichoso si miro este sol.»
Así entre estranjeros que absortos oian,
Y a ver esta pompa de lejos venian,
Hablaba un soldado, y era jóven yo.
¡Que Mayo el de entónces! ¡Qué glorias aque-
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas [llas!
Consiente el tirano que el mando robó.
¡Ai! sella tus labios, antiguo guerrero,
Y no hables ahora si ansioso estranjero
La gloria de Mayo pregunta cuál es!
¡Sí, sella tus labios, reprime tus iras,
¡Ah! no te desprecien los hombres que miras,
Espera los dias que vendrán despues!

¡En vano se abrieron de oriente las puertas!
Cómo en negra noche, mudas y desiertas
Las calles y plazas y templos están!
Solo por escarnio de un pueblo de bravos,
Bandas africanas de viles esclavos
Por calles y plazas discurriendo van.
Su bárbara grita, su danza salvaje
Es en este dia meditado ultraje
Del nuevo caribe que el sur abortó.
Sin parte en tu gloria, nacion Arjentina,
Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
En su enojo el cielo tal hijo te dió.
Feroz y medroso, desde el hondo encierro
Do temblando mora, la mano de hierro
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.
Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
Los hombres de Mayo son hombres de crimen
Para este ministro del jenio del mal.
Sin él *Patria*, *Leyes*, *Libertad* gritaron,
Sin él valerosos la espada empuñaron,
Rompieron cadenas y yugo sin él.
Por eso persigue con hórrida saña
A los vencedores de su amada España,
Y en el grande dia la venga cruel.
El Plata, los Andes, Tucuman hermoso,
Y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso
¿Le vieron acaso pugnar y vencer?
Vilcapujio, Ayuma, Moquegua, Torata
Donde la victoria nos fué tan ingrata,
¿Le vieron acaso con gloria caer?
A fuer de cobarde y aleve asesino
Espiaba al momento que al pueblo arjentino
Postrado dejára discordia civil.
Y al verle vencido por su propia fuerza
Le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza
En que arrastre esclavo cadena servil.
¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos,
De la dulce patria nuestras mismas manos
Las tiernas entrañas osaron romper:
Y por castigarnos al cielo le plugo
Hacer que marchemos uncidos al yugo
Que oscuro salvaje nos quiso imponer!
¿Y tú, Buenos-Aires antes vencedora,
Humillada sufres que sirvan ahora
Todos tus trofeos de alfombra a su pié?
¿Será que ese monstruo robártelos pueda
Y de tí se diga que solo te queda
El mísero orgullo de un tiempo que fué? [1]
¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,
Qué nuevo infortunio, cara patria mia,
De que tú no seas la víctima ya?
¡Ah! si tu tirano supiese siquiera
Reprimir el vuelo de audacia estranjera
Y vengar insultos que no vengará!
De Albion la potente sin duro castigo,
Del Brasil, de Iberia bajel enemigo
La espalda del Plata jamas abrumó.
¡Y hora estraña flota le doma, le oprime,
Tricolor bandera flamea sublime,
Y la azul y blanca vencida cayó!
¿Qué importa al perjuro tu honor o tu afrenta?
Los heróicos hechos que tu historia cuenta,
Tus dias felices, tu antiguo esplendor,
Deslumbran su vista, confunden su nada,
Y el bárbaro intenta dejar apagada
La luz que a los libres en Mayo alumbró.
Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
Postrado tres siglos en sueño profundo
Y diste a los reyes tremenda leccion,
¿De un déspota inbécil esclava suspiras?
¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?
¿No has visto a tus plantas rendido un Leon? [2]
¡Hijos de mi patria, levantad la frente
Y con fuerte brazo la fiera inclemente
Que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!
Lavad vuestra mancha, valientes porteños,
Y mostrad al mundo que no tiene dueños
El Pueblo que en Mayo gritó *Libertad*.

---

1 *Col misero orgoglio d' un tempo che fu* dice el vehemente Manzoni en uno de sus coros. (El A.)
2 Alusion al último verso de la primera estrofa del himno nacional arjentino. (El A.)

DE MI MUERTE.

Ora benigno me dilate el cielo
Estos momentos que llamamos vida,
Ora le plazca que el presente sea
Mi último dia;

Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de lejos que la muerte llega,
Bien como rayo que improviso hiere,
Súbito venga;

Ya me arrebate del festin alegre,
Entre los brindis del lijero Baco,
Ya cuando, a solas, de mi patria lloro
Triste los hados;

Sin que me aflija roedora duda
Bajaré impávido a la eterna noche,
Y las riberas pisaré tranquilo
Del Aqueronte,

Iré a presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impio turba;
Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazon de piedra,
Al aflijido que a su vista jime,
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros;
Y el pecho blando que me dió natura
Finje de acero.

Mas como el númen que al mortal espera
En las rejiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ajeno,
Mi alma no teme.

O cielo! escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que solo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y, moribundo, con errante mano
Pulse la lira.

—Montevideo, 1830.—

FIN.



ÍNDICE.

